Q. 176
E-33
E-1
T-6
h°-3

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA

DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR

D. FRANCISCO DE P. SALCEDO

AUTORES

SEÑORAS

Cheis Martinez (doña Isabel). Pardo Bazán (doña Emilia). Sáenz de Melgar (doña Faustina).

SEÑORES

Aguilar (Francisco). Alonso (Bachiller). Alarcón (Pedro Antonio).
Alvarez Amandi (Justo). Amicis (Edmundo). A. V., Caballero (Fernán). Dominguez Berrueta (Martin). Equis. Fabraquer (Conde de)
Fernández y González (Manuel). Ferrándiz (P. José).
García (P. Ramón). Gómez (Valentin). Jiménez Campaña (P. Francisco). Karr (Alfonso). Lasso de la Vega (Angel).
López Núñez (Alvaro). Martí Bestard (Jaime). M. Pereda (J.). Menéndez Pidal,
Mir (P. Miguel). Montalvo (Luis).
Moreno de la Tejera (Vicente). Olmedo (Antonio). Paniagua (M. J.). Pereda (J. M.).
Pérez Nieva (Alfonso). Pidal y Món (Alejandro).
Polo y Peyrolón (Manuel). Pou y Ordinas (Antonio). Salcedo (Angel). Sánchez de Castro (Francisco). Sanz y Escartín (Eduardo).
Selgas (José). S. R., Tejado (Gabino). Valle (Restituto del). Vergara de Prado (Angel).
Wadswasth (Enrique). Zorrilla (José).

COMISIÓN PROVINCIAL DE MONUMENTOS
GRANADA
BIBLIOTECA

TOMO XVI
CORRESPONDIENTE AL AÑO 1893

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL
(GRANADA)
Sala
Sección
Serie
Libro n.º 12

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FELIPE PINTO Y OROVIO
Calle de la Flor Baja, núm. 11
—
1893

ÍNDICE GENERAL DE MATERIAS

TEXTO

A

Aguilar (F.)—Desde Manila: Perspectivas de viaje; págs. 13, 14, 39, 40, 41, 58 y 59.
Alarcón (Pedro Antonio).—En el campamento; 308 y 309.—A la bandera del batallón de Ciudad Rodrigo, 309.—Imprenta en Marruecos; 327.
Alonso (Bachiller).—María Magdalena; pág. 91.—Bibliografía; 116 y 117.—La educación á la moda; 140.—Revista literaria; 170.—Las conferencias de San Vicente de Paul; 219.—La Exposición de Chicago; 235 y 236.—Crónica social y literaria; 242, 243 y 244.—La fiesta del Dulce nombre de María; 258 y 259.—El poder temporal del Papa; 274.—La cuestión nacional; 280.—Actualidades: La guerra de Africa; 322 y 323.—Melila: Su historia; 339, 340 y 342.—Los sucesos de Melilla; 354, 355 y 370.
Amicis (Edmundo).—Por Marruecos; 310 y 311.
Alvarez Amandi (Justo).—Un insigne músico español: D. Domingo Olleta; págs. 231, 232 y 234. Arzobispo Obispo de Madrid-Alcalá: Pastoral; 82 y 83.
A (V).—El jubileo del Papa; 50 y 51.—Melilla; 310.

B

Balbín de Unquera (A).—Zorrilla y Larra; pág. 22.—Las mujeres de los sectarios; 41, 42, 59, 75 y 103.—La cuestión nacional; 290.

C

Caballero (Fernán).—Estar demás; págs. 14, 15, 44, 46, 61 y 62.
Cesaldo.—La quincena; 34.—D. Luis Montalvo; 67.—Congreso Eucarístico de Valencia; 210 y 211.

CH

Cheis Martínez (Isabel).—La partida: págs. 234, 235 y 296.

D

Domínguez Berrueta (Martín).—Un libro nuevo; págs. 35 y 36.—Don Alejandro de la Torre y Vélez; 54 y 55.—En Cuaresma; 74 y 75.—Stabat Mater; 90.—El triunfo de León XIII; 99.—Los misterios de la astronomía; 118, 119, 120, 121, 122, 135, 136 y 138.—San Pedro de Cardeña; 155 y 156.—San Vicente de Paul: 202 y 203.—San Juan de la Cruz; 299, 300, 301, 302, 318, 319, 330, 331, 332, 333, 343 y 344.

E

Equis.—Crónica; págs. 162 y 163.

F

Ferrándiz (P. José).—Nuestro arte religioso; págs. 11, 12, 36, 37, 38, 71, 74, 100, 101, 102, 122, 123, 134, 135, 149, 150, 151, 164, 165, 166, 181, 182, 198, 199, 215, 218, 229, 230, 231, 244, 245, 246, 262, 263, 264, 282, 283, 296, 297, 298, 315, 316 y 318.—La Misa del Gallo en Madrid; 374.
Fernández y González (Manuel).—A Africa; 357.
Fabraquer (Conde de).—Nuestra Señora de la Almudena, en Madrid.—107, 108, 109, 110 y 111.

G

Gómez (Valentín).—Los Reyes en el establo de Belén; págs. 4 y 5.—Pedro; 55.—Luz, calor y vida; 68, 69 y 70.—El Calvario; 86 y 87.—Resurrección; 98 y 99.—Pascua Florida; 114.—El naturalismo en el arte; 130, 131 y 132. El mundo microscópico; 151, 152 y 154.—Las órdenes monásticas; 166 y 167.—La casa; 178, 179 y 180.—La libertad; 211, 212, 226 y 227.—D. Benito y Doña Victoria; 246.
García (P. Ramón).—Breve muestra de poesía alemana; 349, 350, 351, 359, 360, 362 y 382.
García Romero (Miguel).—El conde de Orgaz; 371.

H

Horario del Congreso Eucarístico; pág. 322.

J

Jubileo Episcopal de León XIII; pág. 212.
Jiménez Campaña (F.)—El trovador, poesía; 328.

K

Karr (Alfonso).—Los muchos amigos; págs. 327 y 328.

L

López Núñez (Alvaro).—Azucena entre espinas; pág. 142.—Santa Teresa de Jesús; 290, 291, 292 y 293.
Lasso de la Vega (Angel).—Album de poesías: El primer homicida; 344, 346 y 347.

M

Mir (P. Miguel).—La Pasión de Jesucristo; págs. 5, 6, 7, 8, 10, 11, 27, 28, 29, 30 y 31.—Los efectos de la Pasión de Jesús; 88 y 90.—El P. Ramón García; 359.
Moreno de la Tejera (Vicente).—Recuerdos de Monserrat; 38 y 39.
M. D. B.—Bibliografía; 62 y 63.
Martí Bestard (Jaime).—A San Isidro Labrador, oda; 155.—Judit; 266, 267, 302, 303, 314, 315 y 378.
Montalvo (Luis).—El verdadero progreso; 103, 106 y 107.—La absoluta verdad; 123, 124 y 125.—El Sol del Vaticano; 140, 141 y 142.—A la memoria de la angelical cuanto inolvidable niña la señorita doña Nicolasa González; 183.
Menéndez Pidal.—El pendón negro; 170, 171, 186 y 187.
Massaguer (Narcisa).—Consejos de Mad. Maintenón á Mad. la duquesa de Borgoña; 375.

O

Olmedo (Antonio).—Grabados en todos los números.

P

Pardo Bazán (Emilia).—Apostasía; págs. 278 y 279.
Pérez Nieva (Alfonso).—Sin nido; 67 y 68.—El perro gimnasta; 102 y 103.—Llovido del cielo; 133.—La cartera; 151. Toma puntapiés; 181.—El velocípedo; 198.—El músico mayor; 214.—El puesto del café; 228 y 229.—El balcón de los pájaros; 250 y 251.—De caracoles; 268.—A campo traviesa; 282.—El burro de la trapera; 330.—Los zapatos de Frasquita; 342 y 343.
Prugast (Enrique).—A fray Luis de Granada; 38.
Pidal y Món (Alejandro).—Conferencia en el Ateneo de Madrid; 190, 191, 205, 206, 221, 222, 223, 238 y 239.
Peregrinación á Roma; 130.
Paniagua (M. J.)—Rosa de cien hojas: Gracia; 358.
Pereda (J. M.)—Fisiología del baile: 55, 56, 57 y 58.
Polo y Peyrolón (Manuel).—Cuentos de mi lugar; 70 y 71.—Todo un poema de amor cristiano; 91 y 92.—Murmuraciones de vecindad; 99 y 100. El zagal y el cazador; 117 y 118.—La tía Marimamo; 154.—El Santo Viático; 163 y 164.—La muerte del rico... cristiano; 183 y 186.—El tío Marisanta; 202.—A fuerza de trabajo; 218 y 219.—Dos lágrimas; 234.—Restituciones e ultratumba; 251 y 252.—La humildad amansa á las fieras; 266.—El Sacerdote católico y sus verdugos; 276 y 277.—El siglo de la Inmaculada; 342.—La Purísima de Juanes; 358 y 359.—La señora de Verrugo; 372.
Pou y Ordinas (Antonio).—Sección doctrinal: Harmonía entre el trabajo y el capital; 247, 250, 256, 260, 261, 262, 279, 280, 282, 311, 312, 313 y 314.

R

Redacción de la «Revista Calasancia».—España y Africa; págs. 362 y 363.

S

Saez de Melgar (Faustina). Hermanas del Servicio Doméstico de la Inmaculada Concepción; págs. 125, 126, 138, 139 y 140.
Salcedo (Angel).—Zorrilla; 18, 19, 20, 21 y 22.—D. Miguel Mir: 84, 85 y 86. Nueva historia de la Pasión de Jesucristo; 115, 116, 133 y 134.—La peregrinación al Escorial; 146, 147 y 148.—La anciana de la Cruz; 167, 168 y 170.—Restauración del Santuario de Ripoll; 194, 195, 196 y 197.—Historias populares: La Virgen de la Paloma; 252 y 253.—La patria de Nuestra Señora; 268.—El invierno; 294.—Actualidades: La conquista de Melilla, etc.; 306 y 307.—Historia de moros y cristianos; 324, 325, 326 y 327.—Congreso Eucarístico de Valencia; 338.
S. R.—Notas bibliográficas; 357 y 358.
Selgas (José). Joyas literarias: El número 13; 156, 157, 158, 171, 172, 173, 174, 187, 188 y 189.—Mundo, demonio y carne; 203, 204, 205, 219, 220, 221, 236, 237, 254, 255, 269, 270, 271, 283, 284, 285, 286, 287, 333, 334 y 335.
San José, por un devoto del Santo.
Sanz y Escartín (Eduardo).—El alza de los cambios y sus remedios; 277 y 278.
Sánchez de Castro (Francisco).—Año nuevo; 2 y 3.

T

Tejado (Gabino).—Joyas literarias: Ensayo crítico sobre algunas épocas de la literatura española; págs. 347, 348, 349, 353, 364, 366 y 379.
Trompeta.—A Clarín; 199 y 202.

V

Valle (P. Restituto del).—El Viernes Santo; 87 y 88.
Vergara de Prado (Angel).—Un modelo de virtudes, 298 y 299.—El panegírico del Santo; pág. 375.

W

Wadswarth (Enrique).—Traducción de D. Carlos Morla: Evangelina, romance de la Acadia; 43, 44, 59, 60, 61, 75, 76, 77, 78, 92, 93 y 94.

Z

Zorrilla (José).—Album de poesías; págs. 22, 23, 24, 25, 26 y 27.

GRABADOS

RETRATOS

Lord Gladstone; pág. 5.
D. José Zorrilla; 20.
Doña Ernestina Manuel de Villena, fundadora del Asilo de huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús; 33.
Conde de Lesseps; 41.
La Charra; 44.
San José; 66.
D. Luis Montalvo; 68.
P. Miguel Mir; 84.
Pradilla; 97.
D. Adelardo López de Ayala; 121.
D. Juan Valera; 136.
La florera; 137.
Ilmo. Sr. D. Gabino Alonso Castrillo, 156.
D. Miguel Cervantes de Saavedra; 169.
El velocipedista Campos; 173.
Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Vich; 193.
El Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba; 225.
Pintor David; 252.
Los Duques de Norfolk; 257.
Edisson con su fonógrafo; 276.
Santa Teresa de Jesús; 289.
Felipe II; 292.
Mr. Fernando Lesseps; 308.
Excmo. é Iltmo. Sr. D. Ciriaco María; 312.
Sancha, Arzobispo de Valencia; 338.
Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Santander; 340.
El conde de Orgaz; 372.

ARTE

La comunión de San Jerónimo; 1.
Nostalgia; 8.
Entrega de las llaves de Granada; 21.
Viejos torreones; 29.
El entierro de doña Ernestina; 36.
De cuerpo presente; 37.
Asilos nocturnos en Madrid; 60.
Paisaje de Despeñaperros; 61.
Arte cristiano; 65.
El Descendimiento; 81.
Entierro en las Catacumbas; 85.
Señora orando; 85.
La visión; 88.
La Magdalena; 89.
Adoración en el Monumento; 92.
Copón de oro ofrecido á S. S. León XIII, por la Guardia Noble; 93.
El zapatero Santo; 101.
Lápida sepulcral en San Miguel de la Cogolla; 109.
Consolatrix aflictorum; 113.
Llegada de Carlos V al Monasterio de Yuste; 120.
Suplicio de Juana de Arco; 129.
Anacreonte (grupo en mármol); 145.
Muerte de Lucano; 161.
El río Jordán; 181.
En la pradera; 184.
En el bosque; 185.
Dama turca; 189.
Estudio de cabeza; 200.
Vistas de Amberes; 201.
Vistas de Hilman, en Georgia; 209.
Plaza de la Libertad (Santander); 213.
Mosáico; Sepulcro y brazo de Santiago; 216.
Sucesos de la Commune. El Arzobispo de París en capilla; 229.
Los Padres franciscanos exhortando al pueblo; 232.
Los pájaros y el estío; 248
El Vesubio: ascensión; 253.
Paisaje del Monte de San Bernardo; 269.
Lago del Buen Retiro; 273.
Globos cautivos en el mar; 277.
Casa de nipa; 280.
El Javiro; 285.
Las islas Chinchas; 293.
Vista de Niza; 305.
La Coruña; 309
Vista de Melilla; 313.
Decoración del acto 3.° de Gerona; 324.
El barco ballena; 325.
Paisaje de otoño; 337.
Un punto de vista en la Magdalena; 340.
Un naufragio; 348.
La mendiga; 349.
Costa de Túnez; 356.

ACTUALIDADES

Moro riffeño; pág. 312.
Vista de Melilla, 313.
Un ataque de los moros; 329.
Centinela moro.—El General Macías. Corneta de órdenes.—Interior de una mezquita. Fuerte de Cabrerizas Altas.—Fuerte de Rostrogordo. Grupo de moros á caballo.—Torre de Camellos; 341.
Plano de Melilla; 354.
Kadí moro; 357.
Muley Hassam, sultán de Marruecos; 360.
Combate entre un soldado del disciplinario y un moro.—Jefes marroquíes en consejo.—Fuerte de Sidi Aguariach.—Ni á Melilla, ni á mi casa.—Vista de Tánger. El *Conde Venadito* disparando; 361.
Un episodio de la marcha del Sultán; 365.

COSTUMBRES

En la pradera; pág. 9
Marzo (alegoría); 32.
La resurrección del Carnaval; 53.
La caza del tigre; 72.
Sermón en una Catedral; 77.
Causa y efecto; 104 y 105.
Después de las carreras; 133.
Fiesta naval en Huelva; 152.
Odios africanos; 153.
Huyendo de un comensal inesperado; 168.
En el Desierto; 177.
Huir á tiempo; 217.
La siesta en Cuba; 221.
La bruja; 237.
Al salir de misa; 241.
Barriendo el atrio; 260.
Circo de fieras en Bulgaria; 261.
En el Monte de Piedad; 264.
Un estudiante de antaño; 265.
Carreras de búfalos; 284.
Los alojados; 300.
Una cacería en el siglo XV; 328.
Recuerdos de aldea; 333.
Hostilidades; 344.
Recuerdo; 345.
Moros corriendo la pólvora; 353.
Amargos recuerdos; 376.
Al volver del campo; 377.
El desayuno de Su Eminencia; 381.

MONUMENTOS

El coliseo romano; 13.
Los claustros abandonados; 24.
Los castillos en ruínas; 25.
Casa Lonja de Valencia; 40.
Casino de San Sebastián; 45.
Vista interior de la Basílica de San Pedro en Roma; 49.
Monasterio de Rueda en Zaragoza; 56.
Iglesia de San Martín en Marsella; 69.
Universidad de Coimbra (Portugal); 116.
Iglesia de Nuestra Señora en Río Janeiro; 117.
Vista de Monserrat; 125.
Nuestra Señora de Monserrat; 141.
Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial; 146.
Un patio de Granada; 157.
Bolsa de Oporto; 165.
Monasterio de Ripoll; 194.
Claustro del Monasterio de Ripoll; 197.
Iglesia de la Santísima Trinidad y ruínas del Palacio de Federico I; 205.
Exposición de Chicago: Pabellón Central; 233.
Idem de íd.: Palacio de Bellas Artes; 244
Idem de íd.: Interior de la casa japonesa; 245.
Monumento á fray Bartolomé de las Casas; 281.
Casa de Correos en París, vista exterior; 296.
Idem íd. íd., vista interior; 297.
Castillo donde nació Chateaubriand; 301.
Int rior de la Iglesia del Convento de Religiosas Mercenarias de San Fernando, en Madrid; 317.
Coro de la catedral de Chartres; 369.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 pts.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 8 1/2 ps. fs.
Un año..... 16 »

NÚMERO 1.º.—Madrid 15 de Enero de 1893

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 francos
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 5 ps. fs.
Un año..... 10 »

BELLAS ARTES.—La Comunión de San Jerónimo

SUMARIO

TEXTO

Año nuevo, por Francisco Sánchez de Castro.—Los Reyes en el establo de Belén, por Valentín Gómez.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—La Pasión de Jesucristo, por el P. Miguel Mir.—Nuestro arte religioso, por el P. José Ferrándiz.—Desde Manila, por F. Aguilar y Bioscá.—Letras de más (relación), por Fernán-Caballero.—Reclamos y anuncios.

GRABADOS

La Comunión de San Jerónimo.—Gladeones.—Nostalgia.—En la Pradera.—El Coliseo romano.

AÑO NUEVO (1)

¡UN año más!

Así hablamos los hombres al entrar en un nuevo año.

Y nos regocijamos; y festejamos el día; y obsequiamos á nuestros deudos y amigos, celebrando la común dicha de tener un año más.

Bien miradas las cosas, sería más exacto decir ¡un año menos!

Y más conforme á nuestra naturaleza deleznable y pecadora, sentir penas y dar señales de ella al terminar cada uno de los años de nuestra vida.

El año que pasa nos muestra lo fugaz del tiempo; lo vano de las riquezas y de los placeres; lo falso de las esperanzas; lo real de los dolores y lo inevitable y próximo de la muerte.

He vivido un año, es lo mismo que decir: he andado trescientos sesenta y cinco pasos más hacia la tumba.

¡Y por esto muestran bullicioso regocijo precisamente los hombres á quienes más espanta y debe espantar la idea de la muerte!

¿Por qué te alegras, infeliz? El año que expira, ¿ha sido para ti abundante en prosperidades? Teme que lo sea en dolores el que comienza. ¿Ha sido estéril y desgraciado? Nadie te asegura que el nuevo no lo será más todavía y no añadirá dolor á dolor.

¿Te alegras porque amas la vida y la deseas larga? El año que termina no volverá jamás, y el que empieza no te promete que verás su fin.

Tu camino, de todas suertes, es ya más corto, y más limitado tu horizonte.

***

Burla, burlando, han venido los nuevos años siempre á regocijarnos con sus esperanzas y promesas; pero han ido llevándose ilusiones, bienes, seres amados; añadiendo á nuestra persona, el uno un desengaño, el otro una cana, el otro una arruga; dejándonos dolores y achaques, aquéllos; llanto y soledad éstos, y todos vacío inmenso en el alma.

El año nuevo viene, además, á convencernos de la pequeñez de nuestras fuerzas; de la inconstancia de nuestras resoluciones; de lo miserable de nuestra virtud.

En el anterior dijimos: «año nuevo, vida nueva,» conociendo que nos faltaba mucho para vivir bien. Veíamos claro que teníamos ciertos defectos, aunque difícilmente los deja ver el amor propio; conocíamos que nos dañaban de varia manera; nos hallábamos sujetos á pasiones atormentadoras y fecundas en males; conocíamos las ajenas, que debían hacernos discretos y precavidos para evitar sus efectos, y el nuevo año nos sorprende en los mismos ó mayores riesgos; con los mismos ó mayores daños; con la misma ó peor condición y carácter, con idéntico ó más censurable genero de vida.

La experiencia no nos sirvió de nada. Hemos malbaratado el tiempo que Dios nos dió.

***

¡Qué pérdida la del tiempo! Como dicen los místicos y moralistas, es la más sensible de todas, porque es la más irreparable. La riqueza, la salud, la honra; todo lo que los hombres tienen y pueden perder, todo puede recobrarse ó repararse de alguna manera; el tiempo perdido, de ninguna manera se repara ni se recobra.

Algunos se engañan miserablemente aun en esto, creyendo que hoy puede hacerse más de lo necesario para compensar lo que no se hizo ayer. ¡Ilusión! Cada día, cada hora, cada instante tienen su valor y su oficio propios, y no pueden hacer nada por los que pasaron ni por los que vendrán.

El tiempo realmente perdido es absolutamente imposible repararlo. Ni el poder divino puede hacer que no haya pasado el día que pasó, ni que yo haya hecho en él lo que no hice.

Y sin embargo, no hay cosa que los hombres perdamos con menos pena, con más indiferencia, y hasta con más gusto que el tiempo. Los españoles tenemos la frase «hacer tiempo» para expresar por antífrasis, que lo perdemos. Estoy haciendo tiempo, suele querer decir: «no estoy haciendo nada.»

Al fin del año, deberíamos pensar muy seriamente en esto. ¡Cuántas cosas pude hacer y no hice! ¡Cuántas, por el contrario, hice que no debía! ¡Cuántos días serenos, como no sé si volverán en todo lo que me dure la vida, pude emplear provechosamente! ¡Cuántas ocasiones de obrar bien, de ejercitar la paciencia y la caridad! ¡Cuánto tiempo perdido!

***

Hombres habrá que en todo el año no hayan hecho una cosa buena, ni empleado bien una hora. Muchos esclavos del vicio, ó engreidos con la riqueza, ó entregados á las disipasiones y al regalo, ó petrificados por la inacción, el abandono y el ocio, habrán dejado pasar el año sin acordarse de que hay pobres y necesitados; de que tienen familia que educar y dirigir, y patria y sociedad que auxiliar; de que tienen alma nacida para cosas más grandes que amontonar oro y recibir adulaciones; de que el tiempo pasa y la muerte se acerca, y la eternidad se presenta á la vista.

Y estos infelices festejarán el año nuevo, y se cambiarán tarjetas y felicitaciones, diciendo: ¡sea enhorabuena!

¿De qué ó por qué? ¿Por tener un año más de faltas y de errores y de delitos, y uno menos de vida? ¡Donosa enhorabuena por cierto!

Si los hombres fueran reflexivos, deberían en tales casos darse el pésame. Son comerciantes arruinados, que al hacer el balance de fin de año, encuentran mermadísimo el *Haber* y enormemente aumentado el *Debe*.

***

«La vida, corta; la cuenta, larga»; dice la frase cristiana.

Por eso, los únicos que deben alegrarse al terminar un año, son los que encuentran la cuenta bien arreglada; el *Debe* muy disminuído, y aumentado el *Haber*.

No puede nadie aumentar el número de sus días ni de los días de un año; pero los días llenos dan una riqueza inmensa que dura toda la eternidad.

Un año bien empleado vale incomparablemente más que un siglo mal empleado ó perdido.

¡Con qué gozo mirará el principio de un año el que granjeó bien el anterior! La casa segura, la despensa provista, llenas las bodegas; repletos los graneros, mira sereno el labrador al invierno que se acerca, y no le acobardan los hielos ni las lluvias; y *su familia no temerá la nieve, porque toda su gente tiene las vestiduras dobladas* (1).

¿Qué importa que los años pasen, y la juventud huya, y la vejez se acerque, á quien empleó bien el tiempo, y sabe que el mundo es sombra y fantasma la vida, y no pone su amor en las cosas terrenas?

Teman la vejez, la enfermedad y la pobreza, los que ponen su gloria en la hermosura, en el poder, en la vanidad; lloren por el rápido curso del tiempo los que sólo viven para goces que se van con él, para grandezas que él destruye, para bienes fugaces que él arrebata, para amores inconstantes y pasajeros que él marchita. Las almas verdaderamente grandes; las que aman y buscan lo perfecto, lo eterno, lo infinito, no lloran porque el tiempo se va, sino porque no se va más rápidamente; y con voz que asombra al mundo, exclaman: ¡Ay de mí, que se ha prolongado mi destierro!

¡Dame, Señor, una centella de ese amor poderoso, de ese amor incontrastable y avasallador que no espera en cosas caducas y todo lo arrostra por sus inmortales esperanzas!

***

Siempre es temerosa la muerte; pero todos los días lo vemos: los justos que viven pensando en ella y disponiéndose para el largo viaje, la miran venir tranquilos, y aun la reciben gozosos, como galardón esperado y suspirado bien.

En ellos «he vivido un año más», significa: «he andado trescientas sesenta y cinco jornadas más hacia la patria.»

¡Alegráos, sí, vosotros en el año nuevo! Os queda uno menos que sufrir, uno menos de lucha y de peregrinación y de desierto. Alegráos: la patria está ya cerca.

Alegráos, sí, valientes soldados. El año que expira os llenó de méritos y de derechos para cuando paséis las fronteras. Vuestro pobre y roto traje de campaña será trocado por un manta de púrpura; el ejercito ya victorioso que os precede, os acogerá con trasportes de entusiasmo, y el Rey os coronará de laurel y os sentará entre los príncipes y grandes de su reino eterno.

¡Eterno! ¡Qué palabra esta! Dicen los escritores ascéticos que ella sola ha producido muchísimos Santos.

¡Eterno! ¡Sin fin! Nos parece mucho un año, un lustro; nos parece larguísimo un siglo, y se acaban muy pronto. Y todos los días del hombre, y del mundo; y todos los hechos de la historia; y todo el formarse y crecer y morir de los pueblos, las razas, los imperios y las civilizaciones que nos han precedido; todo ese tiempo que nos parece sin medida, todo ha sido un día, un instante: *ha sido*, es decir, pasó; no es.

Y si suponemos una duración de tiempo de tantos millones de siglos como gotas de agua tiene el mar; y muchísimo más todavía: cuanto la razón alcance y las matemáticas cuenten ó puedan contar en millones de millones de siglos, todo ello sería menos que un soplo comparado con la eternidad; todo ello acabaría, y, acabado, no sería nada; como no lo habría sido una duración igual que supongamos anterior á este instante, y que en este instante terminara. Y como si se tratase del día de ayer, todo lo expresaríamos con estas palabras: acabó ya; pasó; no es.

Y la eternidad no habría sufrido el más pequeño menoscabo ni merma. Su imperio sin límites se extiende sin sujeción ni relación con el tiempo.

Sin principio ni fin, Dios sólo es eterno. Estos cielos, esta tierra, este sol, envejecerán como un vestido, y perecerán, mientras Dios, siempre el mismo, permanece y permanecerá eternamente... y más allá.

De su eternidad participarán todas las cosas que creó, y que no serán aniquiladas, sino purificadas y renovadas: *Coelum novum et terram novam;* y participará muy especialmente esta alma humana, criada para la verdad infinita y el eterno amor.

(1) En vez de crónica, y para esperar dignamente las tareas del año, reproducimos este magnífico artículo que hace muchos años escribió para nuestra Revista el insigne poeta católico D. Francisco Sánchez de Castro, cuya pérdida lloramos aun en todos los artículos.

N. de la R.

(1) Prov., cap. XXXI, vers. 11.

¡Qué destino! ¡Qué grandeza tan incomparable!...

***

Alegráos, pobres humanos, y bendecid el tiempo, camino para la eternidad.

Alegráos, porque el Señor de la vida y de la muerte os concede un nuevo año. ¿Empleásteis bien el que expiró? Mirad éste como premio que os da su amor para alentaros á mayores empresas. ¿Tuvísteis la desdicha de emplearlo mal? Mirad el nuevo como plazo que os deja su misericordia para que os hagáis dignos de premio.

† Francisco Sánchez de Castro.

GRABADOS

La Comunión de San Jerónimo.—(Pág. 1.ª)

Publicamos hoy una reproducción del magnífico cuadro del Dominiquino, titulado «La comunión de San Jerónimo». Domingo Zampieri coincide con el nombre de el Dominiquico; fué uno de los más afamados artistas de la escuela de Bolonia y discípulo el más ilustre de Calvart. Nació en 1581 y murió en 1625. A más del célebre cuadro que hoy ofrecemos á nuestros lectores, débense á su pincel: *San Jerónimo escribiendo en el desierto, El sacrificio de Abraham, Dios echando en cara á Adan su desobediencia, David tocando el arpa,* una *Sacra familia, Santa Cecilia, Eneas y Anquises, Nuestra Señora del Rosario,* el *Martirio de Santa Inés* y otros muchos que sería prolijo enumerar.

San Jerónimo escribiendo en el desierto y el *Sacrificio de Abraham,* son inapreciables joyas de nuestro magnífico Museo del Prado.

Gladstone.—(Pág. 5.ª)

El insigne hombre de Estado que hace ya próximamente un año rige los destinos del pueblo quizás más poderoso del mundo, se acerca ya á los ochenta y cuatro años de edad, pues nació en Liverpool el día 29 de Diciembre de 1809.

Pocos hombres habrá que hayan tenido una vida tan fecunda; á los veintitrés años fué elegido diputado por el distrito de Newark; á poco de entrar en el Parlamento se distinguió por la elocuencia de su palabra y por las raras aptitudes que mostraba para la agitación y las luchas de la política. Peel, que conoció al punto cuánto se podía esperar del novel miembro de la Cámara de los Comunes, le nombró en 1834, cuando no contaba sino veinticinco años, lord de la Tesorería, y poco después subsecretario del departamento de los Colonias. Gladstone, como tantos otros hombres ilustres, no acertó en sus primeros pasos á elegir el camino que convenía á su carácter, á sus ideas y á su educación. Se afilió al partido tory quizá por error de su entendimiento, ó quizá, y esto lo tenemos por más probable, para significar su gratitud al protector que propuso su nombre á los electores de Newark. Bien pronto hubo de comprender que la amplitud y la generosidad de sus ideas no se acomodaban á los procedimientos de gobierno usados por la administración Peel, porque así que dejó ésta el poder se agrupó al partido liberal para no salir ya de sus filas.

Desde entonces no ha tenido un solo instante de vacilación; así en la política interior como en la política exterior, ha sido uno de los campeones más resueltos en favor de las grandescausas. Amigo de los oprimidos, donde quiera que se ha formulado una queja legítima, allí ha acudido la gran inteligencia de Gladstone para aliviarla y socorrerla. Se ha dicho, con ciertoaparato de razón, que no ha sido jamás hombre de grandes iniciativas como Peel, como Palmerston ó como Beaconsfield. El cargo, si por tal se puede tomar, es fundado á medias, y nace del criterio que solemos emplear los del continente para apreciar las aptitudes de los hombres públicos de la Gran Bretaña. Los grandes pueblos libres, como los Estados Unidos ó como Inglaterra, gobernados por la opinión, no necesitan de la iniciativa de sus hombres de Estado sino en muy contadas excepciones. Sustituír la iniciativa individual á la iniciativa colectiva cuando está bien encarrilada, será todo lo atrevido que se quiera, y revelará en quien acometa tal sustitución condiciones singulares de carácter, pero todavía está por averiguar si es siempre útil al bien común. Gladstone no ha querido jamás ponerse en contradicción con los sentimientos de su patria, singularmente cuando colocado en las alturas del poder, los actos deben de seguir inmediatamente á las palabras. Los medios de gobierno los entiende el grande hombre de Estado de otro modo: gobernando por su país y para su país, piensa que el más sano y más fecundo ejemplo que un estadista puede ofrecer en pró de la opinión y de la libertad de todos, es el respeto á los demás llevado hasta sus más exagerados límites.

Por eso Gladstone guarda las iniciativas para la oposición; cree, y con gran tino á nuestro juicio, que en la vida política, desde el Gobierno se manda y desde la oposición se educa. No bien desciende del poder echa sobre sus hombros la responsabilidad de proponer nuevas reformas, dirigiéndose en *meetings* y en la plaza pública á sus compatriotas; la prensa se apodera de las nuevas ideas, las discute y las comenta; si la opinión las repugna, se aplaza su realización para tiempo oportuno; si las admite, entonces es cuando se someten al Parlamento en forma de proyectos de ley.

No están en lo cierto, ó desconocen al hombre, los que piensan que adolece de falta de iniciativa. Su política, como su vida toda es un sistema. Precisamente si se señala por algo mister Gladstone es por sus grandes audacias.

Él mismo dice que tiene que reprimir los movimientos de su carácter, propenso á las cosas nuevas y desconocidas. Lo que hace en el Parlamento refrenando su palabra para impedir que traspase los linderos de la conveniencia, lo hace en el Gobierno con sus actos. En la Cámara le sujeta el respeto á la santidad del sitio; en el país el respeto á la opinión soberana, por cima de la cual fuera insensato colocar la suya propia.

Suya es la iniciativa sobre la reforma de la Iglesia en Irlanda, que ha concluído con uno de los privilegios más mostruosos existentes en Europa; suya es la iniciativa sobre la reforma de la propiedad territorial; suya es la iniciativa sobre la reforma de la instrucción popular; suya es la iniciativa sobre la supresión del voto secreto en las elecciones políticas; suya la iniciativa que ha traído en pos de sí millones de electores á las urnas, igualándolos en sus derechos políticos con los demás ciudadanos; suyas son, y bien recientes por cierto, las iniciativas para conjurar los males de la isla hermana, con reformas que rechazó hasta el radicalismo más intransigente; y suya y no de de otro es la iniciativa para dirigir el gobierno de la Gran Bretaña en momentos como los actuales, acaso los más difíciles y más peligrosos que haya tenido en su historia desde el término de su famosa revolución.

El ilustre estadista es infatigable; á pesar de su edad conserva el cuerpo rígido y los músculos vigorosos y fuertes. En su castillo de Hawarden comparte el tiempo con sus lecturas y sus trabajos intelectuales en fatigosos ejercicios físicos. Es frecuente verle por aquellos pinares con un hacha en la mano haciendo el oficio de leñador descuartizando robustos árboles. Uno de los regalos que más estima es el de un hacha tajante que no se melle á los duros golpes. Las mejores que se hayan fabricado en Inglaterra las tiene él.

Cuando los deberes le obligan á vivir en Londres, suple con largos paseos el ejercicio de los bosques. Andarín incansable, suele caminar algunas veces en un solo día 24 ó 30 millas (ocho ó diez leguas). Ha dicho en la intimidad, que el mayor de los sacrificios que le impone el Gobierno es el de sus paseos y ejercicios habituales.

Lleva bien sus largos años; su inteligencia no ha sufrido el menor eclipse, y su palabra es tan abundante, tan elocuente y tan fresca como en su mejor edad.

Cuando retirado del Gobierno parece que se aparta del mundo en las soledades de Hawarden, y que vive para el descanso y el reposo, los periódicos nos sorprenden con la noticia de la aparición de trabajos filosóficos, escritos y exegéticos de la más alta valía.

Sus libros y sus folletos sobre las más diversas materias son numerosos. Las revistas inglesas han publicado excelentes artículos suyos, que luego son traducidos á casi todas las lenguas de Europa.

Sus estudios sobre Homero merecen señalarse entre los mejores que se han hecho en le presente siglo.

Nostalgia.—(Pág. 8.ª)

Esta es una estatua moderna, de la escuela italiana. La expresión del rostro es de profundo hastío ó de meditación profunda. Toda la figura respira la pasión que lleva por título.

En la Pradera.—(Pág. 9.ª)

Saludables y hasta necesarias son para todos las espansiones campestres, pero en especial para los niños; si todos ellos pasaran los primeros años de su vida entre praderas y bosques impregnados de oxígeno y rebosantes de verdor, acaso la generación presente no se vería amenazada por la terrible anemia que la consume y acabará quizás por devorarla. Ved el rostro de los niños de nuestro grabado respirando alegría y bienestar. Son dos niños que cansados de corretear á través de las campiñas, se tienden sobre la fresca hierba para gozar de ese blando y regalado sueño de que sólo gozamos en la edad dichosa de la nfancia.

El Coliseo romano.—(Pág. 13.)

Jerusalén, que había crucificado al Redentor de los hombres, cayó convertida en escombros bajo la espada de Tito, y 80.000 judíos murieron entre sus ruinas. Los que sobrevivieron á la catástrofe fueron llevados á Roma, y á las órdenes de Gaudencio levantaron, en tres años, un nuevo Calvario donde había de reproducirse, en muchos miles de mártires, la escena sangrienta y salvadora del Gólgota. El imperio romano, regido por mónstruos, cuya sensualidad y barbarie tenían aterrado al mundo, perdida ya la fuerza que le había hecho dueño de todas las naciones, é incapaz de resistir torrente de los bárbaros que por todas partes lo invadían, complacíase en los espectáculos del Circo, sin considerar que aquellas fiestas eran los funerales de su soberanía, que había de caer hecha pedazos á los piés de los mártires. Y así sucedió: de la arena de este Coliseo, empapada en sangre, brotó la Iglesia de Roma, madre de todas las Iglesias, centro del Catolicismo, fuente de libertad para todos los pueblos oprimidos.

Después de la batalla sostenida en el Coliseo por tantos años entre la debilidad de los cristianos que entregaban su cuerpo á las fieras, y la brutalidad de los Césares, que no se saciaban de sangre inocente, los Pontífices subieron con la palma de la victoria al Vaticano, y los Césares no volvieron á subir al Capitolio.

Algunos siglos más tarde, un gran Pontífice, continuador de los grandes pensamientos de Gregorio VII, hallábase encerrado en este Coliseo, huyendo de las asechanzas del excomulgado Enrique IV de Alemania, que había invadido á Roma. Una tarde, según parece, cuando sumido el Pontífice en graves meditaciones

se paseaba por las oscuras galerías del Anfiteatro, vió llegar hasta él y arrojarse á sus plantas á un peregrino, que después de besarle los piés le entregó una carta del Patriarca de Jerusalén, en la cual este Prelado pintaba la triste situación de la Ciudad Santa, profanada por los musulmanes, y pedía á la Santa Sede que le socorriera para defenderse contra los infieles. El peregrino era Pedro el Ermitaño: el Papa Urbano II: sobre la arena del Coliseo, siempre fecunda, había brotado el pensamiento grandioso de las Cruzadas.

El espectáculo que ofreciera este vasto edificio, que mide 1.812 piés de circunferencia y 176 de elevación, cuando sus gradas y sus pórticos estaban ocupados por 107.000 personas, y sobre su arena luchaban multitud de fieras y de gladiadores, ó inundado de agua hasta la primera gradería daba cabida á varios barquichuelos de oro y de marfil que representaban simulacros navales, el espectáculo, repito, sería tan asombroso, que nada tiene de extraño que hinchase de vanidad y de soberbia al pueblo romano, é hiciese á los Césares considerarse á sí propios como divinidades muy superiores á las del Olimpo y del Panteón. Pero las fieras y los leones pasaron, y el Coliseo, con toda su grandeza, no pudo tampoco resistir á las iras de los hombres y á los estragos del tiempo. Los Papas, celosos guardadores de los antiguos monumentos, han restaurado en diversas épocas el Coliseo, levantando altares en su recinto para que los fieles orasen sobre este suelo, amasado con sangre de Cristo.

¿Qué se ha hecho de los altares levantados por la solicitud de los Papas? ¿Dónde está aquella Cruz, ante la cual oraban en otro tiempo los peregrinos?... La revolución ha arrancado de este suelo tan santos objetos y ha abierto las bóvedas de las *cáveas* para que la memoria de los antiguos Césares brote de nuevo y reciba aquí culto de los nuevos paganos.

Pero á pesar de la profanación, no hay ni puede haber lugar en el mundo que conmueva más hondamente al alma que el que se presencia desde las despedazadas gradas del Coliseo.

ANTONIO DE OLMEDO.

Los Reyes en el establo de Belén.

Puede decirse que todos los grandes misterios que rodean la cuna del Cristianismo son misterios de humildad.

Llegado al mundo el Divino Redentor de los hombres en una época de orgullo universal y de vergonzosa tiranía, con ninguna virtud podía purificarse mejor la atmósfera de corrupción que respiraba el linaje humano, que con aquélla que parece exquisito perfume de todas las demás virtudes.

La Inmaculada Virgen, en cuyo seno se había verificado la concepción del Verbo, era, aunque descendiente de príncipes, modesta esposa de un menestral. El severo José, conocedor de la alta jerarquía á que había sido elevado por disposición del Eterno Padre, cuyas veces iba á hacer en la tierra al lado de su Hijo, no se desdeñaba de ganar el sustento con el servil trabajo de sus manos; y cuando el César mandó que se hiciera el censo de todos los habitantes del Imperio, los dos esposos vinieron modestamente desde su casa de Nazaret hasta Belén, confundidos entre la insignificante multitud, que iba también á cumplir el mandato del jefe de la República.

Belén era la patria de David, y los descendientes de este poderoso Rey no encontraron en el lugar de sus padres sino un inmundo establo donde cobijarse en la fría noche de Diciembre, que había de ser testigo del misterioso nacimiento del Hijo de Dios.

¡Qué asombroso misterio de humildad! Para que el gran decreto de la redención del hombre se cumpla, vienen dos artesanos desconocidos á Belén, se guarecen en una gruta, y allí, solos, entre animales de labor, y sin más cuna que los pesebres de la vil estancia, presencian el portento que habían anunciado tantos Profetas, que habían esperado tantos Patriarcas, y por el cual los mismos ángeles abandonan sus moradas de perpetua luz, y se encargan de rodear, en actitud de adoración, el pequeño espacio que ocupa el prodigioso Niño.

Con ellos y por ellos llegan también unos sencillos pastores, representando á la clase más humilde de la sociedad, y se postran delante del pesebre, y adoran al Niño, y besan la túnica de la Madre, y se encomiendan á la bondadosa protección del carpintero José, que es en aquel momento la viva imagen del Autor de la Creación, de la primera persona de la Santísima Trinidad.

Unos menestrales guarecidos en un establo; un Niño reposando en un pesebre, y unos pastores que se arrodillan en la misma paja que sirve de cama al recién nacido. Tal es el cuadro primero que ofrece á nuestra consideración la historia del Cristianismo. ¿Es posible imaginar nada más humilde?

Pero no bastaba que la familia de Jesús careciese de todo lo que en el mundo supone distinción, alcurnia y bienestar; no bastaba que la virtud, cuyos destellos envolvían la cuna del Niño, resplandeciese, como soberano ejemplo, en las santas personas que ocupaban el establo; era preciso que desde aquel mismo instante fuese considerado como principio general, como base y fundamento de todas las virtudes, como fuente copiosa en que bebiesen por igual los grandes y los pequeños de la tierra, y de aquí que si los pastores fueron los que antes que nadie gozaron de la vista del Salvador y se declararon súbditos fieles del futuro Rey, que había de tener su Trono en una cruz, los monarcas de Oriente fueron los que en seguida llegaron al establo á doblar la rodilla, como los pastores, ante el Niño, y á declararse modestos tributarios de las personas más pobres y más desamparadas del mundo.

Nacía Jesucristo en una época y en una sociedad en que la mayoría del linaje humano estaba condenada á la servidumbre. Eran pocos los que tenían el honor de llamarse ciudadanos romanos, muchos menos los que disfrutaban las ventajas del patriciado, y no había nadie que creyese en la igualdad de los hombres ante la Justicia Suprema de Dios.

El desprecio con que los privilegiados miraban á la multitud desheredada, había levantado una barrera casi infranqueable entre unos y otros, y la soberbia de los poderosos era tan grande, que no se contentaban con menos que con buscar su genealogía entre la de los mismos dioses.

La vanidad, la codicia del poder y de las riquezas, el amor á los placeres materiales, la fe en el derecho de la fuerza, y el odio recíproco de unas clases á otras de aquella culta sociedad, eran los fundamentos de su existencia, nunca tan pacífica como entonces y acaso nunca tan corrompida y degradada.

En tal situación, para que el gran Regenerador del mundo manifestase y probase su naturaleza divina, era necesario que sustituyese el desprecio con el amor, la codicia con el desinterés, la sensualidad con el espiritualismo, la fuerza con la razón y la soberbia con la humildad; es decir, que trastornase radicalmente el orden de las ideas y de los sentimientos entonces en boga, promulgando teórica y prácticamente un Código del todo contrario al que la humanidad aceptaba á la sazón como justo y verdadero.

Que los pastores le adorasen nada tenía de particular. Eran humildes de condición, y poco trabajo les costaba humillarse una vez más delante de personas que, después de todo, les superaban en categoría, aunque fuesen también pobres y modestas.

Pero Reyes poderosos, cargados de riquísimos presentes, llegan de las apartadas regiones de Levante: preguntan dónde está el Prometido, dan con él en el fondo de un establo, y sin entretenerse en averiguar por qué extraño modo ha venido al mundo el Divino Salvador sobre las pajas de un pesebre, se postran, ofrecen el oro, la mirra y el incienso, reconócenle como Señor de cielos y tierra, como Rey de Reyes, como Soberano de lo visible y de lo invisible, y el cetro, la corona, el manto, la espada y cuantos atributos denotan autoridad, poder y fuerza, ríndense en el establo como trofeos de la victoria más grande que ha alcanzado la humildad en el Universo.

Aquí comienza realmente la asombrosa revolución que viene á hacer el Cristianismo en la sociedad humana. Aquí resplandece ya con luz inextinguible aquel sol de justicia oscurecido por las pasiones y los errores de tantos siglos de idolatría y concupiscencia, y cuyos destellos van á fundir las cadenas de toda esclavitud y á pulverizar el hierro de todo despotismo.

Nuevo concepto de la autoridad surge del establo de Belén el día en que los Reyes de Oriente depositan las insignias de su poder á los piés del humilde Hijo de la Esposa del carpintero.

No será en adelante ley indiscutible la voluntad caprichosa del Príncipe; no se fundará el gobierno de los pueblos en la mayor ó menor fuerza con que cuenten sus jefes ó sus senados, ni se tratará á la multitud como rebaño, ni al monarca como Dios, porque si todavía el orgullo y la perversidad del hombre pondrán durante siglos enteros obstáculos y resistencias formidables á la nueva doctrina que hace de los Reyes siervos de Jesucristo y de los pastores hermanos de los Reyes, cada año, al celebrar la Iglesia el acto de humildad de los Monarcas orientales en el establo de Belén, arrojará á los cuatro vientos una solemne y magnífica protesta contra toda tiranía, una condenación elocuente de toda soberbia, y un cántico universal de ensalzamiento á toda humildad.

Los Reyes en el establo, adorando al Salvador, son los precursores de Constantino poniendo la Cruz en su bandera y dejando al Pontífice en la Ciudad Eterna como faro único de Príncipes y pueblos; son los precursores de Clodoveo doblando la frente bajo la mano de San Remigio; de Carlomagno, declarándose el primer soldado del Santo Vicario de Jesucristo; de Pedro de Aragón, no queriendo la corona sino de manos del Pontífice; de Luis de Francia y Fernando de Castilla, besando las llagas de los leprosos y recibiendo á Jesús Sacramentado de rodillas sobre la ceniza y con una soga al cuello; son los precursores, en fin, de Eduardo de Inglaterra, de Canuto de Dinamarca, de Isabel de Hungría, de Isabel de Portugal y de tantos Reyes y Reinas que prefirieron ceñir su frente con el nimbo que fulgura en el establo de Belén, á adornarla con los vanos resplandores del oro y la pedrería.

El espíritu superficial de nuestro siglo no penetrará en la honda significación de las fiestas cristianas, y por eso no sabrá tampoco agradecer los incalculables beneficios que debe á todas y cada una de esas conmemoraciones anuales de los hechos más culminantes de la historia del Cristianismo. Pero ellas hablan á toda hora con elocuencia irresistible, y su acción constante llega hasta las entrañas mismas de la sociedad, y ¡quién pue-

de imaginar el número infinito de males que le evitan, como el número no menos grande de bienes con que la favorecen!

Hoy ya no toleramos las tiranías de nadie; hoy queremos saber la razón y la justicia con que se nos manda, y, más altivos que Diógenes delante de Alejandro, pedimos, no solamente el sol que Dios envía á todos, sino el pan para nosotros y nuestros hijos, á cambio de nuestro sudor, honrada y libremente vertido sobre los instrumentos de nuestro trabajo. Hoy nos juzgamos todos iguales, y difícilmente besamos la mano del poderoso, si la autoridad que representa no está sancionada por la Autoridad moral de su persona.

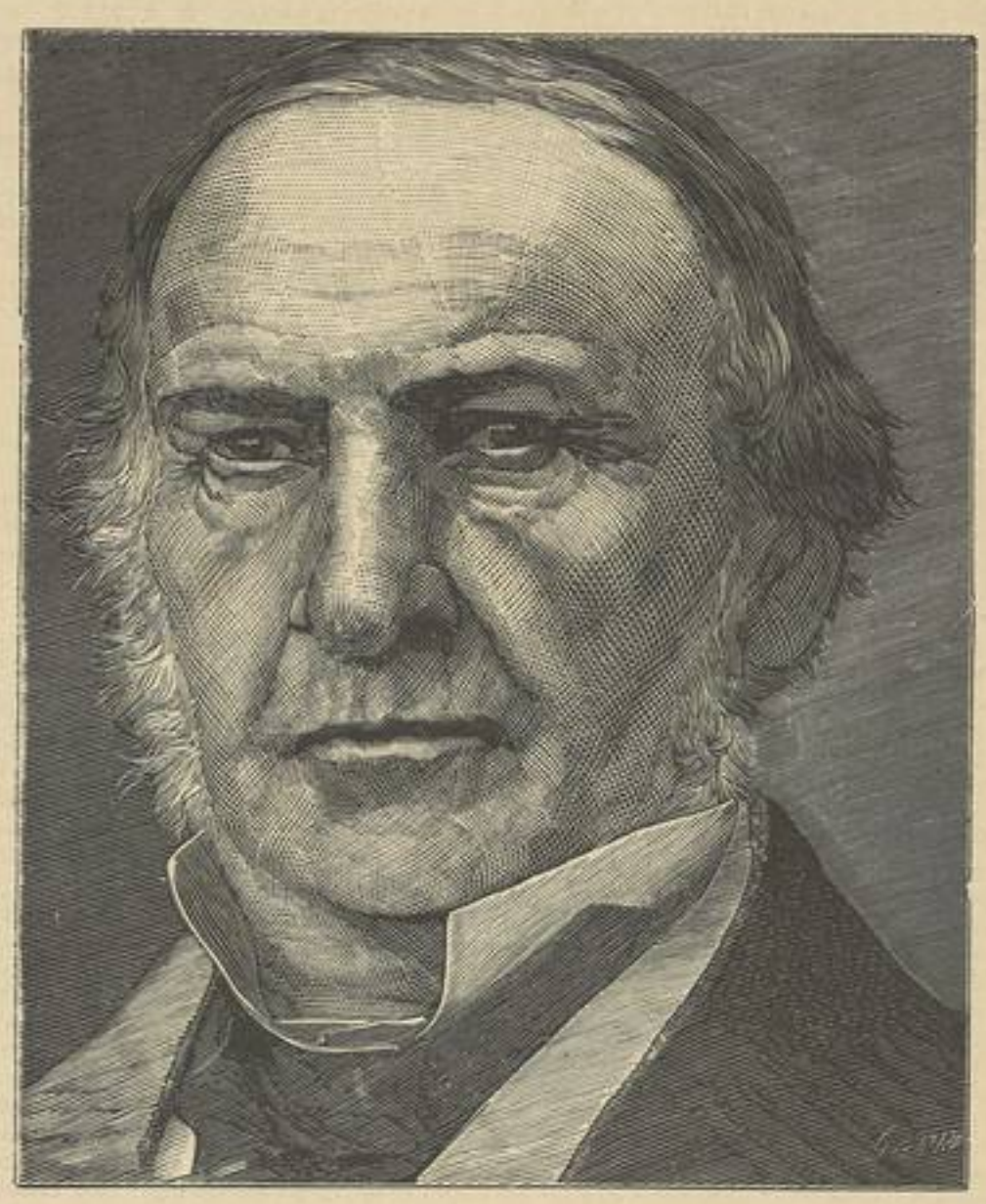
Quizá exageramos estos alardes de independencia, y nos hacemos esclavos de otras pasiones y de otros intereses por huir demasiado de las tiranías políticas. Pero lo bueno y generoso que hay en esa libertad que todos respiramos, en esa igualdad de condiciones que nivela al prócer y al plebeyo, al potentado y al mendigo, del establo de Belén procede; allí, en aquel humilde pesebre, entre aquellas miserables pajas tuvo su cuna, el día mismo en que los Reyes Magos, con su numeroso y brillante séquito, reconocieron, rodilla en tierra, que aquella ruin morada era á la vez templo de Dios vivo, palacio del Monarca universal y estrado del Sumo Juez de todas las generaciones.

¡Gran día el día de la Adoración de los Santos Reyes! Puede decirse que es la fecha en que se firmó el acta de emancipación del género humano por los más elevados Representantes de la autoridad política del antiguo mundo.

Al humillarse ellos en el establo, nos ensalzaron á nosotros, hijos del pueblo, reconociéndonos como sus hermanos en Cristo.

¡Qué ingratitud tan enorme la nuestra, si, enorgullecidos por esa honrosa fraternidad, no nos humillásemos también delante del pesebre santificado con la presencia del Salvador, y no ofreciéramos, como los Reyes, el oro de nuestras buenas obras, la mirra de nuestra fe y el incienso de nuestra adoración!

VALENTÍN GÓMEZ.



LORD GLADSTONE

La Pasión de Jesucristo

CAPÍTULO IX

Es presentado Jesús ante Herodes; y vuelto á Pilato, es azotado, coronado de espinas y condenado á muerte.

Es la furia popular una bestia fiera que no se amansa con palabras ni por concesiones; su guía es el instinto, su fuerza la furia de pasión; mostrar ante ella irresolución y debilidad es atarse de piés y manos, para ser arrastrado á donde quiera llevarle el ímpetu de su enfurecimiento. Tal sucedió con la muchedumbre reunida en Jerusalén la mañana del viernes de Pascua en la plaza del Pretorio. Conocedora de la debilidad y del aturdimiento y liviandad de ánimo de Pilato, se creció y envalentonó con las concesiones que le había hecho el Gobernador, y cuanto le vió más débil, tanto se mostró más fuerte y exigente, propasándose á violencias á las cuales jamás se hubiera propasado si hubiese visto en el Presidente mayor energía para reprimir sus arrebatos y desafueros.

Ya se ha indicado más arriba que después de soltar á Barrabás perseveraba Pilato en su deseo de salvar la vida de Jesús. Para esto, viendo que las palabras y manejos eran ineficaces, pensó en poner por obra una traza que ya había indicado á los príncipes del pueblo, es á saber, la de ejecutar en Jesús un castigo que por la lástima y compasión que ocasionase bastase á amansar la furia de sus enemigos y ablandar á la muchedumbre y hacerla desistir de la muerte de cruz que pedía contra Jesús. Este castigo era el de la flagelación.

La pena de los azotes que Pilato quería imponer á Jesús era una de aquellas penas atroces que fueron inventadas por la barbarie de la antigüedad pagana, y de que apenas podemos formar idea los que estamos acostumbrados á la suavidad de costumbres introducida por el cristianismo; era excesivamente infame, y tan rigurosa y cruel, que no pocas veces acarreaba la muerte á los infelices que eran condenados á ella. Empleábase muchas veces como preparación para el tormento de la crucifixión, aunque también era usado como medio de examen ó investigación y como castigo más benigno que el de la muerte de cruz. Siendo de suyo vil y vergonzosa, estaban exentos de ella los ciudadanos romanos, aplicándose solamente á esclavos ó gente ruin y miserable, en quien ensayaban su ferocidad los insolentes Gobernadores del Imperio y siendo por esto ordinaria y común en los pueblos conquistados, donde la altivez romana hacía gala de la bárbara crueldad que usaba con los pueblos vencidos.

El destrozo que causaba en el cuerpo del miserable condenado á tal tormento era tan cruel, que Cicerón le llamó la mitad de la muerte. Los lictores eran sus ministros ordinarios. Para esto cogían al reo, le despojaban de sus vestiduras, atábanle las manos por detrás de la espalda á un poste ó columna que para esto había ya en el mismo tribunal, ya en el lugar del suplicio, y teniéndole así fuertemente sujeto y amarrado empezaban á ejecutar en él el horrible tormento. Usaban para esto varas de fresno ó riendas ó cordeles hechos de varios ramales armados á lo largo de pedazos de hueso ó ruedecitas de metal con abrojos de hierro en su derredor, y aun terminados á veces por bolas de plomo y pequeños ganchos ó garfios de hierro. La carnicería que con estos instrumentos se hacía excede á toda descripción y encarecimiento. No sólo las espaldas y los brazos eran horriblemente desgarrados, sino también la cara, el pecho y todos los miembros á donde llegaban los azotes llevados por la furia ó ciego frenesí de los atormentadores. Saltaban á veces de sus sitios los ojos y los dientes, arrancábanse pedazos de carne, rasgábanse y dilacerábanse los miembros, con que los cuerpos eran á veces tan crudamente destrozados, que se les descubrían, no sólo las venas y arterias, pero aun las entrañas y partes y tejidos más ocultos. Había quien fallecía en el tormento; el que escapaba con vida quedaba convertido en una masa informe de carne toda magullada y destrozada, palpitando con convulsiones horribles, y lanzando gritos y aullidos espantosos, cual si fuese á exhalar el último suspiro.

A esta crueldad abominable condenaba Pilato á Jesús después de declararle inocente y no más que por salir del mal paso en que le había metido su propia imprudencia y necia y desatentada debilidad, sin considerar que con aque-

lla traza infernal, en lugar de mejorar la causa de Jesús, no conseguía sino empeorarla, y en vez de amansar la furia de sus enemigos, la azuzaba y embravecerla más y le ofrecía motivos y ocasión de mayores desafueros.

Mas dada la orden, no había sino cumplirla. No teniendo el Gobernador de Judea lictores para ejecutar los castigos que imponía, harían sin duda sus veces los soldados de la cohorte que había en Jerusalén. Eran generalmente de dos á seis los que tomaban parte en este tormento. Aunque en muchos casos ejecutábase el suplicio en el mismo tribunal en un poste ó columna que solía haber junto al mismo asiento del Presidente, parece colegirse de las indicaciones de los Evangelistas que la flagelación de Jesús hubo de ser en la parte interior del palacio de Pilato, en el atrio que allí había y en presencia de los soldados de la cohorte, para los cuales sería quizá aquel espectáculo motivo de curiosidad, cuando no de bárbara diversión y pasatiempo.

Apenas hubo mandado Pilato ejecutar la orden de flagelación, fué introducido Jesús en el patio susodicho, y ya allí se dispusieron los soldados á cumplir lo que les había ordenado su Presidente, para lo cual tomaron á Jesús con el desacato y desenvoltura propia de gente encallecida á tales escenas de horror, y quitándole arrebatadamente sus vestiduras, dejaron desnudo el cuerpo virginal, expuesto á las afrentas de la vil y desvergonzada canalla, y llenos de saña insolente le ataron con violencia las manos, y le sujetaron á un poste ó columna baja y humilde, y teniéndole así sujeto y en vivas carnes, encorvadas las espaldas y vueltas á la columna que está asido, se dispusieron á ejecutar en él la cruelísima sentencia.

A este efecto colócanse en derredor de Jesús, y estando convenientemente repartidos, y cogiendo en sus manos los crueles azotes, después de afirmar bien los piés y esgrimir con denuedo feroz los instrumentos del suplicio, los levantan en alto y los blanden con espantosa violencia, amenazando con ellos los miembros delicados del Salvador. Con los ojos puestos en el cuerpo sagrado asegúrase el golpe, y levantados en alto los fieros instrumentos rásgase de pronto el aire con temeroso crujido y caen los azotes impetuosos y restallantes sobre las carnes divinas. Al primer golpe toda la santa humanidad se resiente vivísima y agudamente; todo tiembla y se extremece en derredor, y segundando los golpes y ayudando á ello la feroz porfía de los sayones, van cayendo uno tras otro sobre las espaldas de Jesús los instrumentos horribles, y cada vez con mayor violencia y furor. A los pocos golpes el ímpetu y la furia se hacen ya espantosamente terribles; y menudeando luego golpe tras golpe y herida tras herida, ármase la carnicería más atroz que al humano entendimiento es posible imaginar. La tierra treme, el espacio se atruena con los estallidos de los azotes, y el cuerpo de Jesús, herido, magullado y horrorosamente despedazado, ofrece á los ojos el más atroz y lastimero espectáculo. La tez blanca y hermosa se va sonrosando primero, y enrojeciéndose y amoratándose después con los cardenales; hínchanse las carnes tiernas y sensibles; rásgase el cutis delicado, y arreciando los golpes penetran los azotes en la carne viva, hasta que rotas las venas y reventando la sangre, corre esta en abundancia y á hilos por todo el cuerpo, y tiñe los instrumentos del suplicio, y aun mancha y salpica á los mismos atormentadores. Con tal atrocidad de suplicio, desángrase por momentos la sagrada humanidad; las llagas abiertas por los azotes se van extendiendo y ahondando más con los nuevos golpes que reciben encima, y acreciéndose y juntándose los hilos de la sangre, fórmanse en aquellas benditas carnes surcos que, destilando por todo el cuerpo, se escurren hasta las plantas y llegan á la tierra y la humedecen y empapan toda en derredor.

Este espectáculo horripilante, que pusiera terror en los pechos más inhumanos, no conmueve ni ablanda los de los despiadados sayones; antes cual lobos carniceros encarnízanse con la vista de la sangre del cordero inocente, y enloquecidos por el furor, descargan sobre él más y más golpes, hasta dejar el cuerpo, los hombros, los brazos, el pecho y todos sus miembros acribados de llagas y dolores y espantosamente despedazados.

No es posible averiguar el número de golpes que recibió Jesús en aquel horrendo suplicio. La ley judaica prohibía que se diesen más de cuarenta; pero como Pilato castigó á Jesús, no según las leyes de Israel, sino según las del Imperio romano, las cuales no señalaban número determinado de azotes, es muy posible que, según era la furia de los soldados y su odio á los judíos, y más al que se decía Rey y Príncipe de ellos y además enemigo del César, Numen ó Divinidad de los pretorianos, se pasase de este número. En cuanto á los dolores que padeció Jesús en la flagelación, hubieron de ser tan excesivos, que ni hay palabras con qué declararlos ni maginación que de mil partes se los pueda figurar.

Habiendo de esta manera ejecutado el castigo que había mandado el Presidente, los soldados romanos desligaron á Jesús de la columna á que le tenían atado. Con esto quedaba cumplida la orden de Pilato; pero ellos no se contentaron con la atrocidad que acababan de ejecutar, sino que quisieron añadir de su parte otras que añadiesen á los dolores del cuerpo las deshonras y las afrentas del alma y acrecentaran de una manera increíble los sufrimientos de Jesús. Así, mientras que el Señor encubría con sus ropas sus llagas y su desnudez, aquellos esbirros desvergonzados dieron en una traza diabólica que sólo pudo ocurrir á su furor y brutalidad soldadesca. Y fué que como habían oído decir á los príncipes del Sanhedrín que el reo á quien tenían entre manos se había querido apellidar Rey de los judíos, y que muchos le habían tenido por tal, y aun que pocos días antes había entrado en Jerusalén con regios honores; y de otra parte, como habían visto que Herodes se había burlado de él vistiéndole el arreo de la púrpura imperial con que le había enviado á Pilato, quisieron ellos seguir esta broma solazándose á sus solas con él como con un rey ó emperador de burlas. Para lo cual, juntándose toda la cohorte, con gran tumulto y algazara se pusieron en torno de Jesús, y quitándole de las espaldas la ropa que se acababa de vestir, cogieron una clámide ó manto astroso de púrpura que allí habia y se lo echaron á cuestas; y mientras unos tomaban una caña y se la ponían en las manos como cetro real, tejían otros con agudos juncos ó cambroneras una manera de corona ó capacete y se la clavaron en las sienes como á Rey y Emperador.

Con estas diabólicas invenciones no es decible el extremo á que llegó la afrenta de Jesús y sus ignominias y dolores. Porque las espinas largas y agudas, apretadas con fuerza, penetrando en la sagrada cabeza, despuntábanse unas al entrar, enredábanse otras en los largos y tendidos cabellos, estirándolos y arrancándolos de camino, y las más llegaban hasta el cráneo y se fijaban en la carne delicadísima de Jesús. Abiertas por mil partes y agujereadas las sienes, brotaban de la venerable cabeza hilos de sangre, que caían repartidos por los cabellos, por la frente y por todo el semblante, anublando la luz brillantísima de sus ojos y afeando aquel rostro, que con su celestial hermosura baña de gloria á los bienaventurados. En cada uno de los puntos ó agujeros taladrados por aquella horrible diadema sentía el Señor agudísimos dolores, y como las espinas, al unirse é incorporarse con la sangre, hinchasen y enconasen las pasadas heridas, avivábase por momentos la impresión del dolorosísimo tormento.

Y no contenta con esto la vil y desorejada gavilla de los soldados, llegábanse á él, y haciéndole acatamiento y reverencia, dobladas las rodillas, le saludadan diciendo: «Dios te guarde, Rey de los judíos,» y tras esto le escupían en el rostro y le daban fierísimas bofetadas, y cogiendo la caña que le habían puesto en las manos, le golpeaban con ella el rostro, los ojos y la cabeza, hincándole y apretándole más adentro las espinas y abatiendo aquella frente generosa, por cuyo abatimiento y humillación habíamos de levantar la nuestra los que la traíamos caída y humillada por la vergüenza de nuestros pecados.

Agobiado de tantos dolores y hartado de tantas maneras é invenciones de vituperios, callaba Jesús y lo sufría todo sin responder palabra á tantas afrentas y descortesías que con él se hacían, solo, desamparado y olvidado de todas, sin nadie que volviese por él ni que le tuviese lástima ó compasión. En profecía de estas afrentas, le representó el profeta David cercado de canes rabiosos y novillos y toros gruesos, y bravos leones y unicornios muy feroces, que le rodean y espantan con sus bramidos y le desgarran con sus uñas y le muerden y despedazan con sus bocas y con sus cuernos le voltean de una parte á otra. «En esta forma, dice San Pedro (1), padeció Cristo por nosotros, dándonos ejemplo para que nosotros, pecadores, sigamos las pisadas del que no obró jamás pecado, ni en que jamás fué encontrado engaño; del que cuando era maldecido no maldecía, y cuando sufría no amenazaba, sino que se entregaba al que le juzgaba justamente, resignado con la voluntad de aquel que pocas horas antes, en el huerto de Getsemaní, le había presentado el cáliz de su pasión para que apurase todas sus amarguras.

Mientras que en la parte interior del Pretorio se cometían estas infamias, allá en la plaza de afuera estaban los príncipes del pueblo gritando y tumultuando, resueltos á no cejar en su propósito de obtener de Pilato la muerte de Jesús. Veía el Procurador romano esta insolencia de los jueces de Israel, y aunque le parecían de todo punto despreciables y enteramente fuera de toda razón y justicia, no las tenía todas consigo sobre lo que podía suceder al presentarles á Jesús castigado con el castigo que había prometido darle. Mas, al fin, resuelto á probar fortuna, entró en el átrio y fué á sacar de allí á Jesús para presentarle á la muchedumbre de los judíos que llenaba la plaza pública del Pretorio.

Estaba el Señor en aquella hora en manos de los sayones en la forma y disfrazque se ha dicho, vestido con el traje irrisorio que le habían puesto los soldados, coronada la cabeza con las espinas, arpadas sus carnes y chorreando sangre de sus heridas. Al poner Pilato sus ojos en aquella lastimosísima figura, no hay duda que su ánimo hubo de extremecerse de horror, como tampoco es posible dudar de que al mirarle detenidamente le tendría profundísima compasión y aun se persuadiría de que cuando el pueblo viese á Jesús en tal estado cesaría en su porfía de pedirle la muerte. Con esta idea, pues, mandó á Jesús que le siguiese, y llevándolo tras sí lo sacó afuera hacia donde estaban los príncipes del pueblo, y ya que lo hubo colocado en puesto que todos le podían ver, les dijo: «Veis aquí donde os le saco fuera para que veáis que no hallo en él causa ninguna;» y fijando luego la vista en Jesús y alargando hacia él la mano, mostróselo al público, y con tono de lástima y conmiseración les dijo: «¡He aquí al hombre!»

¿Quién no se conmoviera al poner los ojos en aquel tremendo espectáculo? ¿Quién no se penetrara de horror al ver aquel cuerpo, todo herido y despedazado, desgarradas las espaldas, ceñidas las sienes de hórridas espinas, el cabello descompuesto, los ojos llorosos y ensangrentados, y todos los miembros hechos una llaga espantosa? Fieras y no hombres debieran haber sido los habitantes de Jerusalén á no haberse conmovido á la vista de la figura de Jesús; de bronce hubieran de tener los corazones si no se

1 Pet. I. II. 21. 23.

hubiesen extremecido á la vista de aquella escena tremebunda. El momento de la presentación de Jesús hubo de ser, en verdad, un momento de agonía horrible, un instante de espanto y de terror universal. A la vista del terrible espectáculo, un extremecimiento de horror traspasó, sin duda, los corazones de la muchedumbre. La lástima y la compasión se apoderaron de los ánimos, y fué tan general el terror, y la conmoción tan grande y universal, que quedaron todos embargados y enmudecidos por el espanto. En aquella crítica ocasión, una voz, un grito, un ademán cualquiera que se hubiese levantado en favor de Jesús, hubiera bastado para mover al pueblo y recabar de Pilato su libertad y su vida.

Pero vieron esto los Pontífices y los ministros del Sanhedrín, y temerosos de que á lo mejor del caso viniesen á malograrse sus esfuerzos, ellos por sí se pusieron á gritar desaforadamente: «Crucifícale, crucifícale;» y al par que así gritaban y vociferaban, excitaban con voces y contorsiones á la muchedumbre á que les ayudase en su nefanda empresa.

Al ver esto Pilato no pudo contener más su indignación, y todo colérico é indignado y mostrando aire de desdeñosa severidad, dijo á los príncipes de los judíos: «Tomadle vosotros y crucificadle, porque yo no hallo en él causa.» Exasperáronse más y más con esta salida del Presidente los enemigos de Jesús, y viendo que quería echarse otra vez fuera de aquel negocio, justificando á Jesús y alegando la imposibilidad de condenarle según las leyes del imperio, se pusieron á acusarle de nuevo, diciendo: «Nosotros tenemos ley, y según la ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.»

Al fin, después de mil vueltas y tergiversaciones, los príncipes de los judíos venían á declarar ante Pilato la causa de la mala voluntad que tenían contra Jesús y la razón de pedirle la muerte, cosa que habían callado hasta entonces, fuese por no exponer ante el Procurador gentil una acusación que él no podía apreciar, fuese por no querer enredar más la causa y condenación de Jesús, haciéndola depender de la interpretación de la Ley judaica. Mas esta acusación, proferida, sin duda, con ánimo de reducir á Pilato á lo que ellos querían, estuvo tan lejos de favorecer su causa, que realmente no sirvió sino para ponerle nuevos obstáculos. Presentada así la acusación, hubiera podido Pilato haberse desentendido de la causa de Jesús, pues se salía evidentemente del círculo de sus atribuciones, y siendo asunto exclusivamente de la Ley, no á él, sino al Sanhedrín tocaba determinarlo, como determinó otro por el estilo los años adelante Galión, sucesor de Pilato en el gobierno de Judea. Pero mareado ya y entontecido con las intrigas y clamores de los príncipes del pueblo, metióse de rondón á definir puntos de la Ley judaica, de la cual nada entendía, empeorando así un negocio ya harto embrollado y confuso. Chocóle, sin duda, aquella apelación de Hijo de Dios que, según los consejeros del Sanhedrín, se daba Jesús, y como de otra parte considerase el resplandor de divinidad que desteliaba de la persona del santo reo, su modestia, su mansedumbre, su entereza y libertad en medio de tantas acusaciones é ignominias como sobre él habían llovido, juntando todo esto con la fama de sus maravillas y milagros y con lo sucedido á su mujer en la noche anterior, hubo de sentirse vivamente herido y perturbado en su ánimo, sospechando quizá que el reo que tenía presente podría ser alguno de los infinitos descendientes é hijos de dioses que fantaseaba la superstición romana, y que, según creía el vulgo gentil, solían andar entre los hombres en traje y apariencia humilde y sujetos á ultrajes y malos tratamientos de los hombres.

Así, revolviendo estas ideas en su fantasía, enredábase más y más Pilato en su conciencia, y si antes temía condenar á un justo, hombre extraordinario y amigo de los dioses, ahora se llenaba de temor pensando que podía pronunciar sentencia de muerte contra un héroe ó un Hijo de Dios, que podría tomar de él terrible venganza. Así, meditabundo y pensativo además, y lleno de pavor y congoja, dejó á los príncipes de los sacerdotes, y haciendo á Jesús ademán de que le siguiese aparte, se entró á solas con él en el Pretorio y le hizo esta pregunta: «¿De dónde eres tú?» No quería saber Pilato de dónde era natural Jesús, pues ya sabía que era de Galilea, sino cuál era su origen y procedencia, es á saber, si era nacido de hombre ó de Dios, esto es, si su generación había sido natural ó sobrenatural. Mas Jesús, dice el Evangelio, no le dió respuesta.

La pregunta de Pilato procedía de pura curiosidad, no del deseo de conocer sinceramente la verdad y de obrar según ella. Bien persuadido estaba de la inocencia de Jesús, y con todo, no había tenido valor de librarle de la muerte; si ahora temía condenarle, no era, por consiguiente, por amor á la justicia, sino por miedo del castigo que pudiese sobrevenirle; sucedíale lo que acontece á los malvados, que al oir los gritos de su conciencia se espantan y despavorecen, pero con todo, no se retraen de sus vicios y pecados. Pilato tenía, sin duda, luz suficiente para ver y reconocer la justicia, pero faltábale valor para defenderla, y sin duda no le habría dado esta fortaleza el conocimiento de la naturaleza de Jesús, cosa, por otra parte, que excedía sus naturales alcances. Por esto, el mejor partido que pudo tomar el Salvador fué el de callarse, no exponiendo la verdad al ludribrio de la temeraria insensatez, ni entregando las piedras preciosas al desprecio de los animales inmundos

Con todo, este silencio del Salvador hirió el orgullo del Presidente, el cual, mohino y enojado del poco caso que parecía hacer de él Jesús, interpretando á orgullo y descortesía lo que no era sino extremo de prudencia y discreción, le dijo: «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo potestad para dejarte libre?»

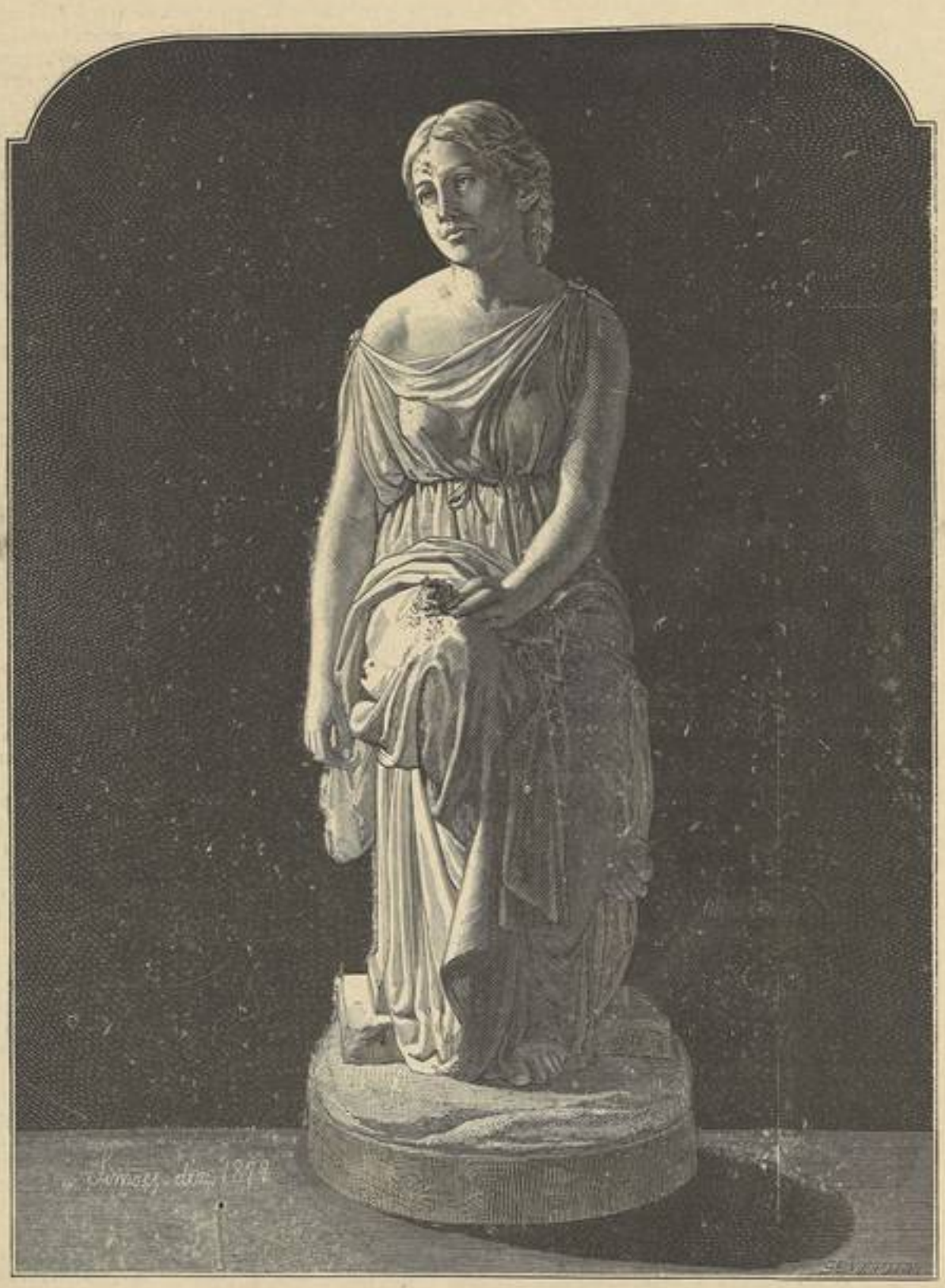
La altivez de estas palabras, inspiradas por la soberbia, era la condenación más explícita del proceder de Pilato en la causa de Jesús. Si tenía facultad de salvarle y condenarle, si ninguna fuerza superior violentaba su conciencia, si todo dependía de él, ¿por qué no obraba según lo que sentía y creía? ¿Por qué no resistía y tenía fuerte á la violencia de los príncipes de los sacerdotes, haciendo que prevaleciese la inocencia sobre la injusticia y el derecho de la virtud sobre el desenfreno de la pasión? ¿Por qué había ido aflojando y cediendo ante las exigencias de cuatro malvados, y estaba en la pendiente de aflojar y blandear aún más, hasta llevar á Jesús al infame patíbulo?

Esto habría podido decir Jesús al temerario Presidente; pero no quiso salir por sí ni defender su inocencia, antes, atento sólo á los derechos de la verdad y á la soberanía de la divina justicia, inspiradora de la humana y su ley y norma incontrastable, abrió sus labios divinos para defender á esta misma justicia, y dirigiendo su dulce mirada al Presidente, con milagrosa calma y serenidad le dijo: «No tendrías potestad alguna contra mí si no te hubiera sido dada de arriba; por tanto, el que me ha entregado á tí tiene mayor pecado.»

Estas fueron las últimas palabras que pronunció Jesús en el tribunal de la justicia humana; con ellas no intentó defenderse, ni responder á sus acusadores, ni complacer al juez, que le exigía que se sincerase y explicase su manera de proceder. Su causa, en lo que tenía de personal, le era indiferente. Sus ideas volaban y se cernían más alto. La espantosa iniquidad que en aquella hora se estaba perpetrando era lo que afligía su mente y apesaraba su corazón hasta lo indecible; y esta iniquidad espantosa, y la liviandad y aturdimiento con que se cometía, y la bárbara violencia con que se atropellaban los más sagrados derechos, ponía en sus labios aquellas terribles palabras, con las cuales, al par que indicaba la gravedad del crimen, señalaba la parte de culpa que en él cabía á cada cual y la aciaga suerte que aguardaba, así á los que habían tramado aquella iniquidad, como á los que, pudiendo, no resistían, antes flaqueaban y cedían, entregando la inocencia al furor de las pasiones de la insensata muchedumbre.

A tanta grandeza y majestad de lenguaje de un reo que parecía la misma flaqueza y debilidad, no pudo continuar insensible la conciencia del Presidente. A través de las expresiones de Jesús, tan sencillas en la apariencia, pero tan graves y terribles en la realidad, creyó Pilato vislumbrar la sombra de la divina justicia, como era así en verdad, que hablaba por boca de aquel santo hombre. La apelación á la Divinidad, juez supremo de las acciones de los hombres, la indicación de la suerte terrible que aguardaba á los perseguidores de los buenos y de los inocentes, la claridad con que Jesús parecía leer en el corazón de Pilato, llenaron á éste de admiración y de espanto. Su conciencia sentíase más y más acosada de remordimientos; la inocencia de Jesús era para él cada vez más clara é incontrastable, y sintiendo á vueltas de sus vacilaciones y veleidades levantarse en él enérgica y eficaz la resolución de defenderle, buscaba nuevos ardides para librarle de la rabiosa violencia de sus enemigos. No dice el Evangelista cuáles eran estos medios. Tal vez trataría Pilato de dar treguas al asunto, de dilatar para otro tiempo su resolución y de buscar, en tanto, alguna vereda por donde salirse del atolladero en que, por su indiscreción é imprudencia, se había metido. Esta fluctuación de Pilato fué inmediatamente conocida por los príncipes de los sacerdotes, los cuales, recelosos del peligro que corría su negocio de enmarañarse otra vez, y aun de perderse del todo, resolvieron concertar sus esfuerzos y echar el resto de sus amaños, atropellos y violencias, á fin de evitar el fracaso que recelaban. Para lo cual, conociendo el lado flaco del Gobernador, y por donde ya le habían acometido con éxito en otras ocasiones, es á saber, su miedo á la apelación del César y á los tribunales romanos, se presentaron ante él con turbulenta y amenazadora actitud, y gritando y vociferando le dijeron: «Si sueltas á éste, no eres amigo del César, pues cualquiera que se hace Rey contradice al César.»

Este argumento de invocar el nombre del César era bien sacado y en buena coyuntura. *Amigo del César* era el título más ambicionado por los grandes personajes del Imperio, por los Procónsules y Gobernadores y aun por los Reyes y Príncipes tributarios. Y por el contrario, la acusación de haber violado el nombre de Augusto y despreciado la majestad del César era lo que más temían los Procónsules y Prefectos de las provincias. Aquellos hombres abatidos aduladores del poder, y de quienes el mismo Tiberio, enojado de tanto servilismo, decía que eran nacidos para la servidumbre, temblaban á cualquier cosa que pudiese indisponerlos con el Emperador, no ciertamente por respeto que tuviesen á su autoridad, sino por el peligro que con ello podían correr sus intereses y ambiciones. Este peligro podía temerle Pilato en la ocasión presente de la causa de Jesús, como quiera que, siendo tal el ardor de las pasiones que se había concitado, facilísimamente podía suceder que si no accedía á lo que reclamaban de él los príncipes del pueblo, éstos le acusarían ante Tiberio de no defender su honor y de defraudar á su autoridad, no condenando á quien se atrevía á usurpar los derechos de su majestad y los títulos y preeminencias de su soberanía; como el Gobernador romano tenía mucho por qué temer de tal apelación á causa de las vejaciones y tropelías de toda suerte que había cometido en su gobierno, no podía desconocer que, si se llevaba su causa á Roma y se presentase en el Senado, habían de resultarle graves peligros y consecuencias, sobre todo siendo las reclamaciones sostenidas por hombres á quienes no les faltaba

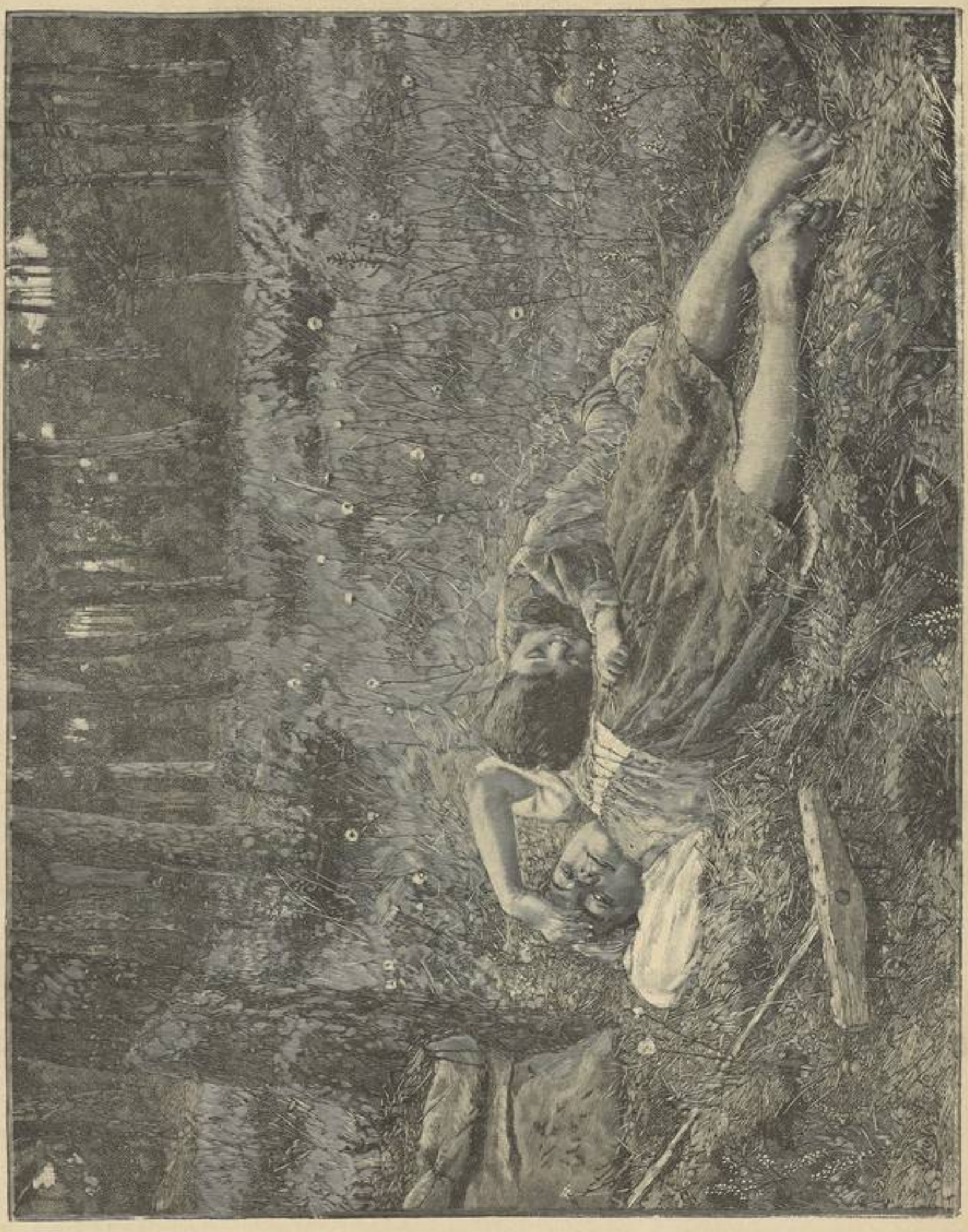


NOSTALGIA

ni la astucia ni la perseverancia ni el dinero, y delante de un Emperador como Tiberio, en quien hallaban crédito las acusaciones más impudentes y castigo severísimo el delito más eve que sonase á desacato ó desautoridad de su inviolable persona.

Y aquí, antes de pasar adelante, conviene fijar la vista en las tristes circunstancias y deplorable estado en que se hallaban por aquel tiempo, así los Gobernadores de Palestina como los gobernados, los representantes de la autoridad y los á ella sometidos, los vasallos del emperador y los hijos de Israel. Por larga serie de errores y prevaricaciones, la sociedad israelita había llegado á uno de aquellos períodos críticos, anormales é irregulares á que llegan á veces los pueblos en el discurso de su historia. Perdida ó debilitada en muchos la antigua fe, habíase perdido también y menoscabado la grandeza y energía de los caracteres. Hombres y cosas, todo en la nación de Israel andaba suelto y desencajado. Nadie obraba conforme á sus ideas ó convicciones. Todos se movían al azar, sin tendencia ó impulso común, impulsados por móviles é intereses del momento, y atentos no más que á vivir y pasar el día, sabiendo todos que obraban mal, conocedores cada cual de su propia debilidad y convencidos de que no tenían más fuerza para sostenerse en el estado ú oficio en que estaban que la que les daba la flaqueza de los otros. Si los israelitas se recelaban de los romanos, se recelaban aún más de los israelitas. El poder romano, llegado á las consecuencias que se había propuesto con su habilidad y paciencia (1) en llevar adelante sus conquistas, habíase apoderado de todos los medios y resortes de gobierno, acabando casi del todo con la independencia de la nación; pero extraño en una sociedad cuya naturaleza le repugnaba invenciblemente cuya religión era una protesta permanente contra las supersticiones del gentilismo, y cuyos usos y costumbres era imposible se juntasen ni amalgamasen con las paganas, trataba de arreglarse en ella como podía, tirando y aflojando, supliendo con artería y amaños la fuerza que necesitaba para establecer su dominación, pero siempre temeroso de que se le fuese y escapase de las manos al mejor descuido. Por otra parte, habiendo el Sanhedrín y el Supremo Pontificado perdido su independencia y autonomía, estaban entregados al poder de unas cuantas familias que, depuesto todo temor de Dios, sólo pensaban en adelantar sus intereses y ventajas particulares; mirando las cosas de la religión como objeto de granjería, no celaban ni miraban por ellas sino en tanto en cuanto convenía á sus provechos y ambiciones, hechos para esto

1 Macc., VIII.



En la fradera

abatidos aduladores de los romanos y contemporizando con las exigencias de los Gobernadores. El pueblo, en fin, hablando en general, era en Israel el mismo que en todas partes: sintiéndose víctima de los amaños é intrigas de los poderosos, odiábalos cordialmente, pero se sometia á su dominación; no faltaba quien recordando la pasada libertad y tomando consejo de su desesperación, se revolvía airado contra la opresión y tiranía; pero sus esfuerzos heroicos eran pronto ahogados en la sangre; mas éstos eran los menos; los más, habituados ya á la degradación y al envilecimiento, habían caído en una indiferencia y en un excepticismo enervador, haciéndose camaleones de los gustos del que mejor les trataba, y dejándose llevar ya á un lado ya á otro, según soplase el viento de la ambición de los que les conducían y guiaban. Eran aquéllos días de degradación y de vergonzoso servilismo, el paraíso de los corazones fríos y de las almas mezquinas, la edad de oro de los intrigantes, de los esclavosy de los viles y abatidos.

En tal estado de cosas, la prevaricación universal se había hecho señora del campo, la pasión había sustituído á la rectitud moral, y la conveniencia y el provecho á las reglas de la equidad y la honradez. El más astuto y ladino era el más próspero y afortunado; el más vocinglero y matón, el victorioso y triunfador. Cometíanse crímenes horribles, todo el mundo lo sabía y confesaba; pero el crimen cometido por unos pocos era aprovechado por los más, y sufrido y aguantado por todos. Se robaba y piratcaba en grande, pero el delito y el latrocinio parecían á los ojos de muchos una especie de ente de razón, un vestiglo, una quimera que no tenía asiento en la conciencia de nadie; se hacían enormes injusticias, pero nadie resultaba culpable; y unos por falta de valor, otros por sobra de audacia, éstos por tener que ceder, aquéllos por haber ya cedido, todos cedían y cobardeaban ante el más audaz y facineroso. En tanto, el hombre justo que tenía la desgracia de caer bajo el poder de la gavilla de malvados no hallando forma de desenredarse de la red de intrigas que le cercaban de todas partes, perecía irremediablemente víctima de la violencia de los unos, de la debilidad de los otros y de la malicia y perversidad de todos. Tal iba á pasar en Jesús en el desenvolvimiento y remate de su causa.

Con las contiendas habidas entre Pilato y los príncipes de los judíos; con la parte que había tomado en ellas el pueblo, y, sobre todo, con las debilidades y miserables y extemporáneas concesiones del Gobernador, la causa de Jesús había seguido un giro fatal, que difícilmente podía remediarse. Las pasiones se habían exacerbado hasta un punto increíble; hábitos de odio y de furor habían inflamado la atmósfera, y ráfagas de furor cruzaban los corazones y trastornaban y enloquecían las inteligencias; lo que había de resolverse solamente por la ley y por la razón, estaba expuesto al embate de las concupiscencias más feroces; la ira, la envidia, el odio más desatinado, de tal suerte señoreaban en los ánimos de todos, que al más ciego é ignorante no se podía ya ocultar que el resultado de todo este amasijo de pasiones había de ser por necesidad en extremo fatal y deplorable.

En verdad, la situación de Poncio Pilato, situación de la cual nadie más que él era el responsable, había llegado á tal punto, que era muy difícil é imposible de deshacer. Para desbaratarla en la forma que lo exigían la recta justicia, necesitábase algo de aquella virtud que brilló en los mejores días de la república, algo de la energía y valor de un Régulo y del heroico desinterés de un Cincinnato. Por desgracia, los tiempos habían cambiado mucho; la virtud antigua había desaparecido del ánimo de los romanos; los Régulos y los Cincinnatos se habían convertido en miserables aduladores y parásitos de los que los mandaban; los representadores de la grandeza de Roma, más que defensores de la justicia y de la virtud, eran unos imbéciles tiranuelos que, descuidando la buena administración de sus gobernados, sólo cuidaban de promover sus intereses y sus medros y conveniencias.

Pilato tenía, sin duda, buenos deseos é instintos; sentía la belleza de la justicia y no era inaccesible á los atractivos de la virtud; pero á fuer de verdadero romano de la decadencia, medía sus acciones, no por la regla de la moral, sino por la ley de su utilidad y provecho; atendía, no á los dictámenes de la conciencia, sino á las exigencias de las circunstancias; quería ser justo y honrado, no cuando lo requería la ley divina, sino cuando se avenía bien con sus conveniencias particulares; afectaba, en fin, cumplir con Dios, pero con la condición de cumplir también con los hombres. Con esto, no es maravilla que expuesto á las violencias de los príncipes del pueblo y á la gritería de la muchedumbre y al temor de caer en la desgracia del César, su amo, diese al través con todo su valor, y trampease con sus convicciones, y se persuadiese á cometer un acto que interiormente repugnaba y abominaba en su conciencia.

Así, resuelto ya á ceder y darse á partido, llamó Pilato á Jesús, y se sentó en el tribunal. Conforme á las leyes de Roma, las sentencias de muerte habían de promulgarse en público, desde lugar elevado y eminente, desde el cual se dominase la muchedumbre que acudía á presenciarlas. El destinado á este fin en Jerusalén levantábase en el testero del Pretorio, y estaba colocado sobre un pavimento hecho de piedras cuadradas, conforme al estilo romano, del cual le venía el nombre de *lithostroton*, y como su figura era circular, llamábase en hebreo *Gabbata*, que significa *altura redonda*. Encumbrado en este sitio estaba, pues, Pilato, decidido ya á pronunciar la sentencia de muerte contra Jesús. El momento era crítico, solemne, el más solemne que ha habido en toda la historia de la humanidad. Por eso el Evangelista que lo refiere nota advertidamente el día, la hora y todas las circunstancias que concurrieron en aquella ocasión, para siempre memorable. Era, dice San Marcos, la hora de tercia, esto es, sobre las nueve de la mañana. La plaza del Pretorio estaba cuajada de espectadores. Hebreos y gentiles, legos y sacerdotes, hijos de Abrahám y prosélitos advenedizos, moradores de Jerusalén y viajeros llegados de las provincias de Palestina y de los puntos más remotos del orbe conocido, estaban allí confundidos y revueltos. La vida popular se esplayaba libre y desenfrenada, con la insensatez de sus instintos, con la ferocidad de sus apetitos y afectos y con toda la brutalidad de sus furibundas pasiones. Un ruido ensordecedor, mezcla confusa de mil ruidos distintos, se levantaba sobre aquella abigarrada muchedumbre. El astro del día, no muy elevado aún sobre el horizonte, enviaba los esplendores de su claridad sobre aquella tumultuosa agrupación de pueblo, dando carácter particular á la confusa variedad de tipos, trajes y ademanes que resaltaban en las gentes. Aquel mismo sol había sido en otras ocasiones testigo de virtudes sublimes y de abnegaciones heroicas; hoy iba á presenciar una gran vergüenza y una inmensa ignominia: y la plaza del Pretorio, que había sido mil veces respiradero de justas cóleras y de sublime venganza, iba á ser teatro de la escena más feroz, más bárbara, más estupidamente brutal que ha presenciado jamás pueblo alguno en la tierra.

Al ir á sentarse Pilato en el tribunal, habíase advertido en la muchedumbre que llenaba la plaza un movimiento de vivísima curiosidad, que se retrató en los semblantes y en las fisonomías de todos. Un confuso murmullo habíase levantado de aquel mar de cabezas, y una secreta conmoción había agitado los corazones. Sentado Pilato en el tribunal, fué poco á poco cesando la agitación y apagándose el murmullo, y la inmensa muchedumbre, como dominada por fuerza irresistible, se puso en anhelosa espectativa. El silencio más profundo dominaba en todo el ámbito de la plaza. La atención de aquellos millares de hombres estaba fija en un punto; su vivísima curiosidad pendía de los labios del presidente; todos los ojos estaban fijos en él, espiando sus más ligeros movimientos y ansiando adivinar en ellos y en los ademanes de su fisonomía el resultado de aquella causa, que era para ellos objeto de tantas angustias y recelos. En esto Pilato levantó el brazo, y, tendiéndolo hacia Jesús, le miró fija y detenidamente. Siguiendo la mirada de Pilato, instantáneamente todas las de la muchedumbre se pusieron también en el reo divino, que estaba, los ojos bajos, modesta la frente, todo el rostro bañado en rubor indecible. Estando así unos y otros, volvióse de pronto el Gobernador hacia el público, y con alta y firme voz exclamó: «He aquí á vuestro Rey.»

El efecto que produjo en la muchedumbre esta palabra, que nadie ciertamente esperaba, no es para describirse. Instantáneamente, cual si se hubiese apoderado de todos los espectadores súbita obsesión, una agitación espantosa cundió por toda la muchedumbre; centellearon los ojos de todos con terrible fulgor; crispáronse las manos; tendiéronse los brazos, agitados y convulsivos; y de los pechos de todos se escapó un clamor inmenso, un rugido y baladro espantoso en que iban mezcladas la ira, la indignación, el más loco y frenético coraje. «Alzale, álzale, crucifícale,» gritábase en todos los ángulos de la plaza. Era aquél el espectáculo más feroz y abominable que se ha visto jamás en la tierra. No era aquello un arrebato ó embriaguez de la pasión; era una locura, un delirio, un frenesí. Un espíritu diabólico parecía haberse apoderado de la muchedumbre. El tigre popular, furiosamente irritado, había roto todos los frenos, y, suelto y enloquecido, lo llenaba todo de sangre y terror. Al eco de aquellos furiosos rugidos temblaba el suelo, atronábase el aire, y retumbando las aclamaciones por las calles y plazas vecinas, llenaba á cuantos las oían de miedo y terror.

La apelación de Rey que había dado Pilato á Jesús en son de ironía y desprecio, era quizá, no tanto por hacer burla de la persona del Señor, cuanto para mofarse de los judíos que habían aclamado por Rey á hombre tan bajo y despreciable. Así, cuando se hubo calmado la agitación, como insistiese Pilato en este desprecio de los israelitas, repuso con voz más tranquila y serena: «¡Cómo! ¿A vuestro Rey he de crucificar?» Tal pregunta era irritar más la fiera, que estaba ya harto irritada y azuzada; así, enloquecidos y fuera de sí, se pusieron a gritar con más vehemencia y furor: «Crucifícale, crucifícale;» y mientras que el pueblo se contentaba con esta imprecación contra Jesús pidiendo contra él la pena de muerte, los príncipes de los judíos, los miembros del Sanhedrín, los sacerdotes, los guías y maestros de Israel, contestando directamente á las palabras de Pilato, añadían: «Nosotros no tenemos rey, sino al César.»

¡Desdichados! ¿Pues no sois vosotros los que teneis por la gloria más alta de vuestra religión el no ser vasallos sino de Dios? ¿No sois vosotros los que en el templo y en las sinagogas, en las calles y en las casas particulares, en las oraciones públicas y en las privadas, á todas las horas del día estáis continuamente protestando ante los cielos y la tierra de que no reconocéis más soberanía que la de Jehová, ni más norma que la de vuestra Ley, ni más tradiciones que las tradiciones de vuestros padres? ¿No sois vosotros los que habéis alborotado mil veces á vuestro pueblo, armando motines y tumultos precisamente por no querer pagar más tributos que á Dios ni reconocer otra autoridad que la de vuestro Sanhedrín y la del Sumo Pontificado? ¡Prevaricadores de las tradiciones de vuestros padres! ¿Así echáis en olvido los timbres más ilustres de vuestra historia y renegáis de vuestras glorias antiguas y pisoteáis el

honor de Israel, entregándoos al arbitrio y á la autoridad de los gentiles? Decís que no tenéis ni queréis tener más rey que el César; pues ya lo tendréis al César; ya vendrá con su poderío, con sus legiones, con sus pretorianos, y os hará sentir el peso de su autoridad, y entonces veréis lo que ahora elegís. Y cuando, en castigo de esta elección, Dios ejecute su ira sobre vosotros, y os haga experimentar la violencia y brutalidad de este poder, y derrame el hambre y la mortandad sobre vuestro pueblo, y veáis la abominación de la desolación sentada en el santuario, entonces sentiréis las consecuencias de vuestras prevaricaciones; entonces será el llanto y el crujir de dientes; entonces será la hora de vuestra desesperación é intolerable agonía, viendo caer sobre vosotros tal cúmulo de calamidades, cuales no se han visto ni se verán jamás caer sobre pueblo ni nación alguna de la tierra.

Todos los esfuerzos hechos por Pilato para amansar aquella furiosa muchedumbre habían sido en vano. La firmeza y resolución del Presidente de defender á Jesús, había flaqueado y dado al través en aquel mar de embravecidas pasiones; su derrota era evidente; mas quedábale un escrúpulo, y de él iba á desembarazarse antes de confesar paladinamente su vergonzoso vencimiento. Para ello determinó servirse de un rito ó ceremonia que, aunque hay indicios ó alusiones de ella en la historia de la gentilidad, era en aquel caso propia del judaísmo, y por consiguiente, muy inteligible y de singular significación y eficacia para cuantos estaban reunidos en la plaza del Pretorio; y este rito fué que, mandando traer un jarro de agua, se lavó públicamente las manos en presencia de todo el pueblo, diciendo: «Soy inocente de la sangre de este justo: veréislo vosotros.»

Obrando así, y protestando públicamente de que si condenaba á Jesús le condenaba forzado y á más no poder, constreñido por la violencia que se le hacía, y con la convicción de condenar á un inocente, creía el débil Presidente poner á salvo su conciencia y descargar su responsabilidad sobre los acusadores de Jesús. ¡Vana protesta! ¡Cobarde efugio! ¡Quien hacía traición á la legalidad y á la justicia, era inútil que se quisiese cubrir con su manto! La sangre de Jesús, al verterse en el madero de la Cruz, iba á caer gota á gota sobre la cabeza del juez cobarde y malvado, por cuya orden era ejecutada la sentencia, no menos que sobre las de los sacerdotes y príncipes del pueblo y sobre el mismo pueblo que violentamente se la arrancaba. Su responsabilidad era tremenda é incontrastable. El nombre del Gobernador romano iba á llevar sobre sí las maldiciones de los hombres, y el peso de la justicia de Dios había de recaer sobre la conciencia de aquel infeliz cuyo nombre había de pasar á la posteridad como trasunto del juez cobarde y malvado que hace traición á sus deberes, que se burla de la virtud y de la justicia, que entrega á sabiendas al inocente, que hace objeto de mofa, de granjería y comercio lo más santo y augusto que hay en la tierra.

Al ver el pueblo la acción de Pilato, entendió toda su trascendencia y la significación de sus palabras, como entendió también el estado meticuloso de su conciencia; por esto, arrebatado por el frenesí y azuzado por sus príncipes y consejeros, y como si quisiese hacer befa de los escrúpulos del Procurador romano, se puso á gritar violenta y desesperadamente: «Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.»

Este grito horrible, capaz de helar de espanto á toda alma recta y honrada, produjo en Pilato efecto contrario, aliviando su espíritu y dando á su conciencia una cierta calma y serenidad. En tal estado, según la costumbre de los jueces romanos, levantóse de su asiento, é intimó á Jesús la sentencia de muerte. No expresan los Evangelistas la fórmula empleada por Poncio Pilato; es natural que fuese conforme á la que usaban generalmente los procuradores del imperio, formulada en estas ó parecidas palabras: «Jesús, has de ir á la muerte.» Estas palabras, pronunciadas por Pilato en clara y alta voz, fueron recibidas por el populacho reunido en la plaza del Pretorio, y principalmente por los príncipes del Sanhedrín, con frenéticos aplausos y con algazara tremenda é infernal. Una llamarada de furor, salida de los antros del infierno, parecía haber entrado en los pechos é inflamado súbitamente los corazones de todos. Al fin los enemigos de Jesús habían conseguido lo que tanto habían deseado; los gritos de salvaje alegría resonaban sin cesar en todo el ámbito de la plaza. Los semblantes descompuestos, las voces enronquecidas, los gestos y ademanes violentísimos de aquellos energúmenos, indicaban el paroxismo de rabia que los agitaba y enloquecía.

Con la sentencia dada por Pilato, la causa de Jesús, que había pasado por tantos trances y alternativas, estaba al fin decididamente resuelta. Con ella, la inocencia había sido infamemente sacrificada; el odio feroz de los príncipes del pueblo de Israel había triunfado, y el cúmulo de pasiones más abominables que se ha reunido jamás en pechos humanos había quedado vencedor y dueño del campo. Pero no hay injusticia humana que no tenga su contraste y contraparte en la justicia divina, y la iniquidad más grande que se ha cometido en la tierra había de tener su venganza en el castigo más espantoso que se ha visto en el mundo. Porque al mismo tiempo que Poncio Pilato pronunciaba en el Pretorio la sentencia de muerte contra Jesús, pronunciábase en el tribunal de la divina Majestad otra sentencia tremenda contra los perpetradores del horrendo delito. Conforme á lo que habían sentenciado los mismos enemigos de Jesús, la sangre de éste, al ser impíamente sacrificada al furor de unos cuantos malvados, había de caer sobre ellos y sobre sus hijos y descendientes; en realidad de verdad, aquella sangre había de atraer sobre todo el pueblo de Israel los rigores de una eterna venganza; ella había de ser la rúbrica con que se había de firmar su sentencia de muerte. Esta sentencia vino á cumplirse al pie de la letra. Así, conforme á los decretos de una Providencia inexorable, los hijos de Israel, no muchos años después de la muerte de Jesús, vieron cumplidas las calamidades que pocas horas antes de morir el mismo Jesús había previsto y profetizado. A vueltas de tremendas catástrofes, vieron asolada toda la nación, exterminado su pueblo, destruída la ciudad y su templo; y cual si no fuesen bastantes tantas calamidades, fueron obligados á desamparar sus campos, pueblos y ciudades, y esparcirse por todos los ángulos, condenados á vivir sin patria, sin templo, sin sacerdocio, maldecidos de Dios y despreciados de los hombres, y llevando por donde quiera impresa indeleblemente sobre sus frentes la condenadora marca de *deicidas*.

MIGUEL MIR
De la Real Academia Española.

Nuestro arte religioso

XXI

Al firmar el artículo anterior, hubiera dado por finalizada mi pobre tarea, pues sólo me propuse con ella pasar una breve revista sobre el estado en que se halla nuestro arte sagrado, y sin meterme en el terreno de la estética trascendental, atento solo á la práctica, á lo concreto, señalar los principales defectos que lo afean y demuestran su nunca bastante deplorado extravío. Ni aun tenía necesidad de insistir mucho sobre las causas de este, que son ya bastante conocidas, como quiera que hoy muchos, aunque no tantos como son necesarios, se han dedicado á estudiarlas.

Aún habría sido más corto mi trabajo si no hubiera atendido á benévolas indicaciones de muy queridos é ilustrados amigos y pacientísimos lectores, que tenían el heroísmo de seguirme, y echaban de menos algunos juicios sobre cosas que les preocupaban, como era lógico en hombres de buen gusto y recto criterio. Mi propósito era que el estudio, aunque no fuese ligero y agradable, por incapacidad del autor, resultara al menos un tanto breve. Mas ya que ni aun esto he acertado á conseguir, perdido, como vulgarmente se dice, por mil, quiero perderme por mil y quinientos, y deferir á las muy sabias insinuaciones de una persona respetabilísima por su sagrado carácter, por su profundo saber y excepcionales dotes literarias, que soy de los primeros en admirar. Confieso que tenía razón sobrada cuando decía que á estos artículos, un tanto pesimistas por necesidad, les faltaban afirmaciones concretas, ó *conclusiones* en que propusieran alguna sombra de remedio para el mal que censuraba. Sería, pues, casi un pecado en mí no intentar complacerle como Dios me dé á entender, y sálveme, si puede, mi buena voluntad.

Antes, empero, de proceder á este complemento de mi exigua campaña, en la que de intento he preterido lo tocante á la oratoria sagrada, que si bien puede considerarse como arte, necesita ella sola un tratado y un escritor de otros vuelos, y además no es, por lo regular, comprendida en el campo de lo que hemos dado en llamar arte cristiano, creo del caso decir algo, aunque poco, de una rama especialísima de éste que ni aun nombre tiene todavía, por más que su estudio sea importante en sumo grado.

Me refiero al arte de dar á las funciones del culto, no sólo esplendor y grandeza por el empleo de todos los elementos adecuados que pueden lícitamente tomarse de los que ofrece la humana industria y ciencia, sino ese carácter grave, augusto y solemne que debe serles propio, mediante un orden y simetría especiales, tanto en la disposición de las cosas como en el modo de operar y producirse las personas que toman parte en la acción ritual.

Eso es, en resumen, dirá el observador ligero, el cumplimiento exacto de la liturgia.

No. La liturgia es el conjunto de preceptos y autorizadas costumbres que regulan la práctica del culto. Es, como si dijéramos, la letra de la ley. Todo el que la haya estudiado algo y haya visto cómo se lleva á efecto en varias iglesias y comarcas, sabe que sin contravenir formalmente esos preceptos se puede caer en grandes y chocantes deficiencias que deslucen, despoetizan, quitándoles belleza, ó amaneran dándoles carácter profano, las augustas ceremonias. Pueden éstas verificarse con observancia estricta ó mediana, y aun casi nula, por faltar á muchas reglas, hasta el extremo de no conservar sino lo más saliente, y, permítase la expresión, lo más grueso; pero la mayor ó menor severidad en este punto no constituye precisamente el arte que nos ocupa.

Desde los diez años de su edad pertenece, aunque indigno, el que esto escribe al servicio de la Iglesia, en el que continúa y espera morir con la gracia de Dios. En el transcurso de muchos años que ha ejercido oficios desde los de menor entidad hasta el sacerdocio en diferentes templos de España, y habiendo estudiado, aunque no por mucho tiempo, las prácticas de algunos del extranjero, ha podido ver y observar muchas cosas, y apreciar cómo se puede cumplir ó descuidar la liturgia, y además practicar en ella cierta táctica y procedimiento, en cuya virtud el aspecto de una iglesia y de su culto sea, ya el desolado y poco atractivo que le da la rutina y la negligencia, ya el devoto y simpático, hijo de un cuidado severo y diligente, ya el grandioso y magnífico resultado de la pericia, que á ese cuidado añade un profundo saber y largo estudio, ya el exceso y nimiedad, que casi toca en la afectación y el ridículo, pecando por exceso como la negli-

gencia por defecto, y ya, por último, el profano y exótico, que hace parecer al templo un salón en que todo, hasta el perfume, recuerda el mundo y sus vanidades.

Las reglas que en esa práctica pudieran guiarnos, son á la liturgia como las leyes adjetivas á las fundamentales, y hasta ahora, que yo sepa, nadie ha escrito sobre ellas tratado alguno en que sean expuestas técnicamente. Si me hallara con fuerzas, intentaría en un libro el ensayo de este tratado, tan sólo con el fin de que por enmendarme los muchos yerros que seguramente cometería, escribiera uno, cual le necesitamos, cualquiera de los muchos eclesiásticos sabios, y en esta materia versados, que hay en nuestra patria, donde seguramente abundarán más los liturgistas de varios géneros, que los que se hayan ocupado en esta especialísima tarea.

Declaro, porque así es necesario para alejar toda sombra de confusión, que en manera alguna se trata de pecar en la práctica del culto «por carta de más, como dice Menéndez Pelayo juzgando al P. Jungman, y obedecer, aun sin quererlo, á esa especie de romanticismo neo-católico, que en Francia desde Chateaubriand, y en Alemania desde los Schlegel, propendió á mirar la Religión por el lado sentimental, florido y poético, y las ceremonias de la Iglesia como una especie de ópera.» No es ese el fin de este arte; pero sí debe corregir los descuidos y proscribir las rutinas de los que creen que todo está hecho con salvar lo esencial; error funesto al que se deben los muchos defectos que luego no falta quien nos critique desde fuera, y desde casa también.

Voy á valerme de ejemplos que, dado el poco espacio de que dispongo, darán más luz sobre la materia.

Supongamos una parte cualquiera de alguna función litúrgica: la procesión de reserva. Los preceptos rituales no son muchos ni complicados; el Clero, con cirios en las manos, procede en dos filas, empezando por los inferiores, que van inmediatamente detrás del crucífero y los ceroferarios (acólitos con ciriales), y acabando por los más dignos que preceden al palio, llevado bien por Sacerdotes vestidos como los demás, con sobrepellices ó con pluviales, bien por seglares distinguidos, y bajo el cual el Preste, acompañado por los Diáconos *in vestibus sacris*, lleva cogido, con paño humeral, el ostensorio que contiene visible la Sagrada Forma. Uno ó dos acólitos mueven los incensarios ante el palio; los sochantres dirigen el canto en que todos toman parte, y si se quiere, y es muy conveniente, una ó varias cofradías preceden al Clero, llevando también cirios encendidos.

Hasta aquí el ritual; su observancia no es difícil, puesto que la parte preceptiva nada tiene de intrincada; pero este acto puede recibir, siempre sin traspasar la ley, diferentes aspectos, no todos ciertamente bellos, como es de desear, ni siquiera edificantes.

Con gran frecuencia, desgraciadamente, se ve que las cofradías que rompen la marcha no guardan un orden estricto en ella, se adelantan ó retrasan, cortan la procesión... sus individuos, vestidos unos bien y otros harto profanamente, miran á un lado y á otro; llevan cada uno de distinto modo cirios á veces desiguales, sucios y rotos. El Clero viste, es cierto, sotana y sobrepelliz, y lo mismo acólitos, sacristanes y cantores; pero ¡ay! que la sotana puede ó no llegar á los talones, y dejar ver el pantalón oscuro ó claro, y un calzado roto, manchado ó nada eclesiástico; las sobrepellices desiguales en tamaño, forma, tela y matiz del blanco; rizada ésta, lisa la otra, con puntillas y entredoses como pañuelo de boda la de más allá; con mangas larguísimas una, casi sin ellas, de puro cortas, otra, ofrecen un caos de desigualdades; los bonetes, unos son bajos y abiertos, otros altos como celemines y con picos encorvados hacia dentro, éstos de seda brillante, aquéllos de merino mate, negros, pardos, verdosos, con ó sin borla... El mismo porte de las personas varía mucho, pues unos, sin ser ancianos, se encorvan por mala costumbre, otros andan echados hacia atrás ó á un lado; quién lleva las barbas de cinco ó seis días, quién pelo largo, que otros dejan corto, etc.

Veamos ese sacristán que enseña sobre la sotana el cuello de su camisa vuelto á la marinera y parte de una corbata de color. El cantor de más allá deja ver las mangas de una americana que no es negra; el acólito despeinado, con las manos sucias, casi descalzo y mostrando los codos de su chaqueta rotos... Ahí vienen los incensarios negros por el humo; sin duda no los han limpiado en un año. Como la cruz es muy pesada, y además tiene el ridículo aditamento de la *manga*, no puede llevarla un ordenado, y va en manos de un mozo alquilado al efecto, el cual sostiene la sagrada carga lo mismo que un baul. El palio es llevado por seglares que, no acostumbrados á su manejo, cometen involuntariamente mil irreverencias; sus ropas no son iguales tampoco entre sí, ni sus aspectos; ó si lo llevan Sacerdotes, su presencia se echa de menos en el escaso cortejo del Clero, y además tampoco se han ejercitado en esta práctica y mueven las varas desigualmente. Añadamos un canto descuidado, muy rápido ó demasiado lento, lleno de notas extrañas, desafinado y estentóreo, como el órgano que lo acompaña; y, por fin, si el terno está en mal estado, y los que lo llevan no le dan *el aire* necesario, y á uno le arrastra mientras al otro le viene corta la dalmática ó la capa, todo lo cual no está previsto ni quizá debe ó puede estarlo en el ritual, dígame el fiel devoto que sienta verdadero celo por la casa de Dios, y sepa algo de sus intimidades, si este espectáculo, tan frecuente, por ejemplo, en las parroquias de Madrid (no es aquí del caso por qué motivos), no le hace caer, como dice el vulgo, el alma á los pies, y no le contrista profundamente.

Volvamos ahora la hoja. En esa misma procesión los seglares, ya que no uniformados, vestidos con trajes modestos, en forma y color, exentos de nota alguna discordante, llevan cirios iguales en idéntica dirección, sin mirar á uno y otro lado ni interrumpir la simetría del cortejo, guiados por sus porta-estandantes (1).

Supongamos que un clérigo joven revestido de alba y dalmática lleva la cruz acompañado por dos niños, como él bien peinados, limpios hasta lo pulcro, vistiendo sotana de buena forma, roquete blanquísimo y muceta negra, que hace resaltar más la brillante plata de los ciriales. Imaginemos que todo el Clero le sigue uniformado con sotanas, sobrepellices, bonetes y alzacuellos iguales y bien hechos, y que procura, no sólo no producir desigualdades, sino corregir las que inevitablemente produce la naturaleza, y ya son hartas para que la negligencia las aumente con otras. Los sacristanes, correcta y uniformemente vestidos y portados, manejan con modestia incensarios que relucen como luceros; los cantores aparecen tan bien trajeados como los Sacerdotes; y, por último, bajo el palio suelto, hábilmente llevado por bedeles con toga como los pertigueros de catedral, ó bien por cofrades uniformados ó poco menos (tampoco harían mal los militares, los magistrados, etc.), si las circunstancias no permitían que esto lo hicieran Presbíteros ó colegiales; bajo del palio, pues, pongamos tres Sacerdotes con limpias y bien ceñidas albas, dalmáticas y capa pluvial, si no ricas, muy decentes y bien llevadas; vaya un pertiguero delante de la cruz y un silenciario o hujier al lado de los tres ó más congregantes ó autoridades, que como respetuosa escolta siguen también con cirios al palio; y ¿no es cierto que este hermoso conjunto, realzado por una música religiosamente ejecutada, nos encantaría por su belleza ordenada y simétrica, por su severa compostura é irreprochable corrección?

Pues hemos empleado en él las mismas personas, los mismos objetos, igual ritualismo, idénticos elementos, pero muy distinto arte: eso es todo.

Respecto de los muebles y utensilios, consideremos que está prescrito colocar catorce candeleros con sus cirios en el altar en que se exponga el Augusto Sacramento. Ahora bien; ¡hay tantas maneras de poner esos candeleros! ¡Pueden ellos ser de tan distintas formas y condiciones! El arte es quien debe encontrar lo que parezca más conforme con el espíritu de la ley, ó también lo más bello y edificante.

El lector me habrá comprendido de sobra: resta sólo decirle, por si no lo sabe, que desgraciadamente esta rama del arte cristiano lleva entre nosotros la misma dirección que el tronco á que pertenece.

En Madrid, por ejemplo, hace muchísimos años que no se ha visto una procesión eucarística, fúnebre, ó lo que fuera, medianamente ordenada.

Si se ha verificado alguna ceremonia excepcional y un tanto difícil (consagración de una iglesia ó de Obispos, etc.), saben todos los liturgistas de la corte que no ha salido jamás con perfección... relativa siquiera. Nuestros templos, aun en las más solemnes funciones, dejan muchísimo que desear, aunque se observe en ellos regularmente la letra del ceremonial... cuando y en lo que se observa; pues vemos todos que aquí, contra toda ley, los cantores, vestidos de paisano y con barbas, se mezclan con el Clero en las procesiones y otros actos; en los funerales hay costumbres poco litúrgicas; la Semana Santa es el caos ritual y artístico, en que aun las iglesias más favorecidas parecen parroquias rurales; éstas... vale más no hablar de ellas.

Conozco la eterna muletilla con que se pretende contestar muy cómodamente á todo. La pobreza de las iglesias, su escasez de personal. En efecto, algo hay de eso, pero no es todo. En la corte y en otras ciudades grandes se gasta en muchas funciones (y debemos alegrarnos de que haya qué gastar) más de lo necesario para dejar contento al más escrupuloso: hay á veces hasta esplendidez, pero falta el arte. Con los mismos recursos, personas, local, menaje y demás elementos de que se dispone en cualquiera de esos templos, un buen organizador haría maravillas. La hoy suspendida colegiata de San Isidro de Madrid, con once capellanes, cuatro cantores, dos organistas, dos sacristanes y tres niños, personal muy mal pagado (y en la época de la revolución, ni mal ni bien), fué por muchos años, y no de los más prósperos, una iglesia modelo en todos sentidos: modelo de observancia litúrgica, de corrección en el canto, del arte que nos ocupa, y hasta del servicio y orden de misas y culto de devoción. Vivos están los que lo han admirado como yo. ¡Si allí hubieran dispuesto del dinero que derrochaban algunas cofradías! Los recursos no podían, sin embargo, ser más exiguos; pero había allí buenas tradiciones. He visto, y con esto concluyo, una misa conventual en cierto pueblo pequeño, oficiada por un solo Sacerdote con tres niños que le asistían, mientras un sacristán cantaba y á la vez tocaba el órgano, y aún me dura la buena impresión que me produjo aquella iglesia tan pobre, pero limpia, ordenada, simétrica; aquel Sacerdote tan correcto, aquellos niños tan adiestrados, aquel canto tan sencillo y puro adornado por un órgano que parecía nuevo, aunque no lo era. Siempre que lo recuerdo, me digo: Este arte, aún sin nombre, no hay duda que consiste... en saber aprovechar todos los elementos.

José Ferrándiz.

(1) El mal gusto y la vanidad, que todo lo corrompen, convirtieron en dos planchuelas dimensas, trabadas por unas cintas, el *escapulario* monástico (vestidura de los hombros), prenda parecida á una casulla larga y rectangular con abertura para dejar paso á la cabeza. Así *vestidos* los cofrades, darían mayor respetabilidad y uniforme belleza á sus reuniones de fiesta, y podrían decir con propiedad que visten el escapulario, pues el actual, solo sombra suya, *no viste*.

Desde Manila

PERSPECTIVAS DE VIAJE

Puerto Said, 28 Noviembre 1892.

X

El Coliseo romano

NADA nos ocurrió durante nuestra retirada por las calles de Puerto Said que pueda reputarse digno de la ática péñola de Jenofonte, ó, si se quiere, del bienhadado instrumento con que el historiador griego trazó los magníficos párrafos de su *Anabasis*. Por lo visto, ciertas cosas han degenerado mucho desde aquellos buenos tiempos homéricos, y nosotros no pudimos consumar más hazaña ni sacrificio que prorrogar cuanto nos era dado las burlas y denuestos contra los monicongos que obstruían el paso, enmarañando las encrucijadas, y adquirir modestamente en precarios baratillos diversas fruslerías, como *paipais*, ó abanicos formados de una sola hoja vegetal, gorras de viaje, fosforeras, etcétera, todo ello bártulos muy recomendables para ser presentados á bordo como encantadores trofeos de nuestra sin par excursión por tierras egipcias.

No estará demás advertir que eso de las fosforeras afectaba á bordo una importancia de primer orden, y tanto más innegable, cuanto que el uso de fósforos se hallaba *absolutamente prohibido* desde la roda hasta el codaste y desde la quilla hasta el tope del palo mayor, según rezaban dos letreros muy visiblemente estampados á uno y otro lado del testero del entrepuente; y acatando tan previsora medida, todo el mundo, penetrado de su trascendencia, ponía gran celo en desobedecerla con el menor peligro posible para el buque de ocho mil toneladas y pico que nos conducía. «Por nosotros no pasen ustedes ningún cuidado—nos había advertido cierta apreciable familia; —pues el paquete de cajas de cerillas que nos llevamos de Madrid por lo que pudiera ocurrir, lo traemos metido en el baul que va abajo en la bodega.»

Cometería una preterición imperdonable si, á pesar de lo arriba indicado, no mencionase nuestra breve asentada en el ejido de un café, cuyo título francés no recuerdo, resguardados del sol por amplia marquesina de lienzo vistosamente listado, que derramaba sobre el árido y brozoso pavimento próvida sombra de bastante perímetro para abarcar una sillería completa de mimbre ó bejuco, aparcada á sendos veladores y mesas de marmóreo tablero. Intercalamos nuestras ibéricas personas en la escasa y perezosa concurrencia de bípedos extranjeros allí estacionada, dispuestos á saborear los habituales cocimientos de *moka* y de *tchá*, más ó menos apócrifos, situándonos á propósito para enfilar con la vista el embarcadero del fangoso muelle, que mostraba á la distancia de unos sesenta pasos su suelo zarrapastroso y polvoriento, sus pilotes acorchados y enmohecidos, sus jaurías de entoldadas lanchas, dedicadas al transporte, saqueo y aturdimiento de pasajeros marítimos. Agua adentro, y á la vuelta de diseminadas embarcaciones de mayor cuantía, divisábase la estirada eslora del *Isla de Luzón*, cuyos perfiles y contornos entrevelaba la movediza gasa del vaho efervescente del mar, y á su vista creímos reanimarnos, preparándonos á dar buena cuenta, con toda la marcialidad del mundo, de las bebidas que un camarero mostrenco y atezado nos iba presentando, no sin grata destreza, bajo la importante dirección del empresario francés.

Nos pareció notar en éste más afectuosidad que en su compatriota el quincallero de los anteojos preservativos, tanta por lo menos como en el hostelero italiano, y la reconciliación internacional fué cosa hecha. Añádase á ello que por la encrucijada, uno de cuyos chaflanes ocupábamos nosotros, atravesaban varios grupos de combarcanos nuestros, entre ellos uno de misioneros dominicos, que recorrían la población con afanes de *touriste*, y se comprenderá que los mutuos saludos espetados á diestro y siniestro, sin cortedad en la expresión ni en el gesto, antes bien henchidos de alborozo y librados con el mayor desparpajo, no pudieron menos de entonarnos, llamándonos á consideraciones de índole más halagüeña. Nuestro idioma, el idioma de las jotas y de las vocales llenas y sonoras, se destacaba briosamente de aquella insulsa mazmorra de semitonos, bemoles, sostenidos, vocales mudas, gangosidades, acentos circunflejos y consonantes estridentes que constituía la cháchara callejera de Puerto Said, y claro es que el lance no dejaba de lisonjearnos, aun conociendo el laudable celo que los españoles venimos desplegando para apabullar sin pérdida de tiempo ese idioma y destemplar la pronunciación de sus vocablos.

Frente á aquel mismo chaflán, y bajo la celebrada marquesina, fuimos obsequiados por varios arrapiezos egipcios con una danza simbólica y pantomímica, tal vez reminiscencia deslabazada de alguna ceremonia, tal vez importación de cualquiera de las invasoras razas que por tan diversos motivos han acampado en las cercanías del Nilo, pero danza al fin, que nadie pudo zafarse de remunerar pecuniariamente, y que no nos sacó de ningún apuro arqueológico ó etnográfico, sin duda por no haber hallado á mano intérprete ni *cicerone* que nos pusiera al habla con los bailarines. Libro, sin embargo, tan interesante noticia, por si á alguno de mis lectores le ocurre tener que visitar á Puerto Said el día menos pensado, á fin de ponerle al tanto de los requilorios lingüísticos y hasta coreográficos, de eminente utilidad en aquella estrafalaria tierra.

Satisfechas, pues, las *viles leyes de la materia*, y resarcidos en debida forma, á nuestro juicio, del poquísimo caso que los malandrines puerto-saideses habían intentado hacer de España, representada en aquellos preciosos instantes por nuestras episódicas personas, así como del poco ó ningún caso que España hace realmente de Puerto Said, tomamos definitivamente la vuelta del embarcadero, algo temerosos de que el *Isla de Luzón*, ultimados sus menesteres, se aprestase á levar anclas, sin importársele un ardite de nuestras aventuras terrestres. Cierto es que los hidalgos vapores no se desdeñan de avisar á los pasajeros rezagados, antes de disparar su bárbara maquinaria, con tres prolongados rugidos de espeluznante acento; pero no siempre el pasajero se halla en aptitud de oír la fragorosa consigna, ni la travesía hasta el buque es cosa tan expedita y hacedera que pueda dejarse impunemente para última hora.

No éramos, sin duda, nosotros solos los que discurríamos de modo tan sensato y machucho, pues á medida que nos íbamos aproximando á la playa, veíamos confluir por diferentes puntos los demás pasajeros, sueltos ó agrupados, en demanda de lanchas para trasladarse al olivo. Los rapazuelos encargados de cazar parroquianos para los esquifes de sus respectivos amos, revolotean que se las pelan por las inmediaciones del embarcadero, y son, sin disputa, los egipcios que conocen más palabras del idioma castellano. El que á nosotros nos tocó en suerte, y apalabramos desde luego, nos dijo, á poco de escoltarnos, con expresión chapucera é indefinible:

—Otro buque español...

—¿Cómo dices? ¿Que ha venido otro buque español?

—Otro buque español, señor.

—¿No es el *Isla de Luzón*?

—Otro, otro: allí...

Y mascullando palabras á su manera, señalaba con el dedo índice hacia la entrada, ó lo que es lo mismo, hacia la salida del canal de Suez.

Pronto caímos en la cuenta: era el *Isla de Mindanao*, de la misma Compañía Trasatlántica, que venía de Filipinas, buque también de más de ocho mil toneladas, que forma con el *Luzón* la plana mayor de la flota destinada á desempeñar los servicios oficiales entre la Metrópoli y el Archipiélago magallánico.

Después de lo que referí en mi penúltima carta, puede presumirse la impresión singularísima que nos causó la noticia, ó mejor dicho, el suceso, á pesar de ser cosa muy natural el

que los buques ascendentes y descendentes de una misma línea se encuentren en el camino, siquiera el punto donde se verifique el encuentro sea un puerto tan ajeno á la influencia española como Puerto Said. ¡Qué extraña explosión de contrapuestos sentimientos inundó nuestros pechos! ¿Cómo? ¿Entra otro barco español en el puerto, saliendo del canal de Suez, que inmediatamente embestirá otro barco español, tal vez aún no borrada la estela que trazó en sus aguas el primero, y este polvoroso Puerto Said, con sus comerciantes empedernidos, sus coptos, sus beduínos, con sus razas heterogéneas y sus peligrosos equilibrios, permanece indiferente é impasible, y sólo ese miserable galopín, imberbe grumete, ratón de lancha, celebra á su modo la coincidencia, puesto que se ha apresurado á notificárnosla? ¿Es que Puerto Said, como población advenediza, artificial y descastada, no recuerda que en luengos años ni aun los peces podían cruzar por el Mediterráneo sin llevar grabado en el lomo, á guisa de pasaporte, el escudo de una preclara provincia española? ¿Es que aquí, en las ingratas y desapacibles riberas del canal de Suez, se ignora que allende los mares, en la espléndida cuna del Oriente, hay otra España de inmenso porvenir, poseedora de infinitas riquezas, vigía del Asia, como la Península ibérica es vigía de Europa, civilizadora de Oceanía, como ésta fué civilizadora del continente jofético, y que entre ambas Españas, la occidental y la oriental, existen lazos indisolubles, uno de cuyos bizarros nudos lo forman precisamente esos dos barcos, uno que va y otro que viene, los cuales en este mismo momento van á abrazarse sobre esas aguas que ondulan extremecidas? Pero España, ¿es una nación ó es un sueño?

Rebosando de estas cavilaciones y de otras mil, que de puro confusas unas veces y de puro rutilantes otras, resultan imposibles de hilvanar, aceleramos el paso, anhelando el instante de surcar con la diminuta lancha del rapazuelo las mismas aguas que oprimía con su mole el *Isla de Luzón*, y que hendía con su quilla el *Isla de Mindanao*. La multitud de embarcaciones fondeadas en la ensenada á causa del bajo nivel del piso, que descendía hasta el nivel del agua, nos impedía divisar las que anclaban en segundo y tercer término, y por lo tanto, las que entrasen y saliesen del Canal; esto era para desasosegar al más templado. ¡Quién se hallara ya á bordo del *Isla de Luzón*, para despulmonarse vociferando la bienvenida á los pasajeros del *Isla de Mindanao*, cuando las bordas de ambos vapores se estarán besando precisamente, columpiándose de gozo sus cascos y extremeciéndose de emoción sus maquinarias, al reconocerse los dos colosos antiguos compañeros de viaje, expedicionarios de los mismos mares, franqueadores de los mismos peligros, vehículos de la misma familia, consortes de una misma aspiración, igualmente testigos de la tenaz parálisis en la grandeza de la patria!

Cinco ó seis lanchas, casi á un tiempo, arrancaron de la playa repletas de españoles, y por lo visto, los bogadores de todas ellas habían recibido recados urgentes; remaban como desesperados, á pique de estrellarnos contra los lomos de algún mónstruo mercante; pero, sin duda, más por temor de deteriorar su armatoste, que de despampanarnos á nosotros, sortearon proas y popas gigantescas, y desembocamos sanos y salvos en la anchurosa plaza acuática, cuyo promedio ocupaba el *Isla de Luzón*, en actitud de megaterio descansando. En aquel momento asomaba por detrás de su popa la enhiesta proa del *Mindanao*, y los timones de las lanchas maniobraron convenientemente para aproximarnos á él. Un minuto después podíamos ya contemplar á sabor el rozagante paso del vapor correo ascendente.

Los pasajeros del *Isla de Luzón* que se habían quedado á bordo, aparecían agolpados sobre la baranda de babor ó de la izquierda, y los que traía el *Isla de Mindanao*, apiñábanse sobre la baranda de igual costado. ¡Qué incomparable perspectiva en tan reducido espacio! Verdad es que en aquellos momentos, más que en el espacio, la perspectiva se desarrollaba en nuestra fantasía, y sus proporciones, tan escasas en el ámbito de la ensenada, multiplicábanse en el estereóscopo del alma, mostrándosenos en vertiginosa sucesión nuevos paisajes, prominentes relieves y hondas depresiones, cuya sorprendente existencia no podía sospechar siquiera la mísera pupila del cuerpo, al modo que en un grano imperceptible de arena, cien veces pisado con habitual indiferencia, descubre el lente del microscopio nuevos mundos, una segunda ó una milésima naturaleza con su tres reinos, trasunto de la naturaleza que abarca con su extensión todas las criaturas.

Así como al llegar al punto culminante de un drama, los espectadores se abstraen de cuanto les rodea para concentrar su atención y sus miradas en los dos personajes que acaso desentrañan el argumento y arrostran la acción, así nosotros nos olvidamos de Puerto Said, de Egipto y de Inglaterra, y desde los banquillos de las endebles lanchas que nos mantenían sobre las ondas, consagramos todos nuestros sentidos y potencias á la coutemplación de los vapores nacionales que se cruzaban en el agreste pórtico del Canal de Suez y en medio de dos Continentes circundados de otros cien vapores, que con sus enormes cascos y sus encumbrados aparejos nos parecían enanos indignos de la más insignificante de nuestras miradas.

Desfilaban fronteramente las colonias españolas, la que llegaba de las abrasadas regiones intertropicales, y la que acababa de salir de los climas benignos de las zonas templadas; la que se dirigía corriendo á abrazar á la madre patria después de algunos años de abrumadora ausencia, y la que acababa de dejarla tras la melancólica estela de la nave, torturado el corazón por indefinibles presentimientos; la que volvía vencedora de la obstinada y pérfida lucha que la naturaleza ecuatorial nos tiene declarada, diezmándonos con sus insaciables fiebres y sus vampíricas anemias, y la que con insegura animosidad forzaba marchas para constituirse en el sitio de la refriega y cerrar con toda la muchedumbre de peligros, prestos siempre á disputárnoslo.

La colonia del *Isla de Mindanao*, vestida de flotantes y blancas telas, simulaba una bandada de palomas posada sobre las barandillas del buque, esperando gozosa el momento de saltar al albergue patrio; la del *Isla de Luzón*, trajeada de paños oscuros, parecía una expedición de golondrinas, marchando resignadas tras lo desconocido. Entonces las dos bandadas rompieron á aletear alborozadamente, ondearon pañuelos, agitáronse manos, voltijearon sombreros, rasgaron los aires inefables trinos, y nosotros, arrollando los toldos de las lanchas, nos pusimos de pie sobre ellas, como movidos por un mismo resorte, enarbolamos los bongos y *paipais*, y una prolongada y robusta aclamación, que amedrentó á nuestros boteros, saludó el paso de nuestros compatriotas, pregonando con ardoroso frenesí la avasalladora pujanza del sentimiento nacional.

F. Aguilar y Biosca.

ESTAR DE MAS

RELACION

POR

FERNÁN-CABALLERO

(Continuación.)

Convinieron en esto, y el Cura quedó con el triste cargo de anunciar la desgracia á D. Sebastián, y el Doctor de anunciársela á D. Ignacio, antes que lo supiesen por los periódicos.

Aquella tarde, al regresar de paseo, dijo el Doctor á D. Ignacio que fuese con él á su casa á ver un merendero que estaba construyendo en su jardín, y llegado que hubieron, el Doctor le comunicó la infausta nueva, que aterró á D. Ignacio, no sólo por el cariño que le había inspirado Ramiro, sino por el dolor de su hija, que sería sin consuelo.

Al regresar á su casa D. Ignacio hizo por parecer sereno, y la tertulia se animó algo con la inesperada aparición de Andrés, que acababa de llegar, sin haber logrado, como era de esperar, ninguna de las muchas cosas que fué á pretender.

—¿Cómo es eso, Blanca? le dijo después de haber saludado, ¿cómo es que no estás de luto?

—¡¡Luto yo!! preguntó sobresaltada Blanca.

—Luto, sí; pensé hallarte con toca de viuda y hecha una Magdalena.

Blanca dió un grito y se levantó con ojos extraviados, empezando á delirar extraviadamente.

—¡Mi hija está loca! exclamó con la mayor angustia la pobre madre.

—¿Qué has hecho, bárbaro? gritó D. Sebastián dirigiéndose á su hijo.

—¿Pues qué, no lo sabían ustedes? En Madrid la noticia es ya vieja.

En la infeliz Blanca, con el extravío de su razón, coincidieron los primeros dolores de parto. Blanca cayó amenazada en su razón y su vida. Si ambas conservó, fué debido al saber y asiduos cuidados del Doctor, que no desamparó la cabecera de su cama ni de día ni de noche.

Blanca volvió á la vida tan débil y tan parada, que el Doctor se vió obligado á prohibir que nadie le hablase, y que no se le enseñase á su hija, que había nacido entre el cadáver de su padre y su madre moribunda. La niña estaba tan caída que no prometía vivir, afectada, como estaba, por alferecías.

Al cabo de algún tiempo brilló un día en los ojos de Blanca un rayo de inteligencia; los fijó en el Doctor, que se había acercado á ella para pulsarla, y le dijo con voz queda y apagada:

—Doctor, ¿por qué no me habéis dejado morir?

—Porque, contestó el Doctor, había quien me pedía que no lo hiciese.

Lo que diciendo se acercó á la cuna, en que yacía la niña, y la acostó al lado de su madre. Ésta, al verla, dió un doloroso gemido, la atrajo con el brazo á su pecho y prorrumpió en un copioso llanto. El Doctor, con el rostro animado por el gozo, se dirigió á los padres y les dijo:

—¡Se ha salvado!

Don Ignacio lo estrechó en sus brazos y le dijo derramando lágrimas:

—Después de á Dios, á usted se lo debemos.

—No sé, añadió Doña Teresa, cuál es en mí mayor, si la admiración al facultativo ó la gratitud al amigo.

Desde aquel día siguió la convalecencia su lento y seguro curso. Pero mientras más fuerzas adquiría, más energía tomaba en la convaleciente la facultad de sentir, y el dolor que exacerbaba la tenía en un estado de agitación, que solía hasta hacerla desbarrar; ni á súplicas, ni á reflexiones y ni á ruegos prestaba oído. En vano se le recordaba su anterior docilidad, el cariño que siempre había demostrado á sus padres, y el que debía á su hija; nada le impresionaba, y este estado de sobreexcitación empezó á dar cuidados al Doctor.

Un día entró éste y suplicó á D. Ignacio y á Doña Teresa que le dejaran solo con la enferma; ambos salieron, y el Doctor se sentó á la cabecera de la enferma.

—Blanquita, le dijo, usted se goza en traer á su memoria cuantos recuerdos tiene del hombre que ha amado. Uno hay, no obstante, que habéis del todo olvidado.

—¿Olvidado yo? exclamó Blanca.

—Sí.

—¡Imposible! ¿Y cuál es, caso que lo tenga usted presente?

—Sí, por cierto, presente lo tengo, pues fué un voto que hicisteis ambos... y yo hice tam

bién; y los votos que se hacen cuando uno es feliz para cumplirlos cuando no lo es, no se pueden, no se deben olvidar cuando llega el caso de cumplirlos.

—Es cierto, repuso Blanca; pero el dolor se ha hecho de tal suerte dueño de todo mi sér, que todo lo embarga.

—¿No recordáis, Blanca, el voto que hicísteis al pie del Señor en su ermita, que acudiríais á su santo llamamiento llevando en pos de él la cruz que le pluguiera enviaros?

Blanca calló un rato, al cabo del cual dijo en tono desesperado:

—Sí... pero esta cruz...

—Es muy pesada, dijo el Doctor, y así os la ha enviado el Señor para cerciorarse de la sinceridad de aquel espontáneo voto que, como todos, es fácil decir, pero difícil de cumplir.

Blanca permaneció callada.

El Doctor continuó:

—¿Acaso hicísteis este voto con la idea de que no llegaría nunca el caso de cumplirlo? Más valiera que no lo hubiéseis hecho. Un voto es cosa grave, Blanquita; y si una promesa hecha á un hombre y no cumplida deshonra, ¿qué será una promesa hecha á Dios? Discútalo usted con su confesor, Blanquita; esos consejeros y guías que para su ministerio tienen saber infuso, ó mejor dicho, infundido por Dios, aunque á veces sean hombres de no grandes alcances y faltos de mundo. Cabalmente, sabiendo la mejoría de usted, ha venido el Cura á verla.

—Sí, sí, sí; que entre, dijo Blanca acongojada.

(Se continuará).

ANUNCIOS Y RECLAMOS

El autor del jabón del Congo, Víctor Vaissier, proveedor en título de S. M. el Rey de los Belgas, de S. A. el Rey de Tunis, etc., recomienda á su numerosa clientela pidan en todas partes los Polvos Congolanos, adherentes é invisibles, y el Extracto del Congo, perfume exquisito para el pañuelo.

Depósito central: Príncipe, 19 y 21, Madrid.

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

La vara mágica del mendigo.

Cierto día llegóse un mendigo á un monasterio y pidió una limosna, pero en esa época había en el país una gran carestía y la limosna le fué negada. Marchóse el mendigo lamentándose. El prior, sin embargo, se movió á compasión y dijo: «Llamad á ese pobre hombre atrás y dadle el último bocado que haya en el monasterio.» Al recibir el pan de manos del religioso, el mendigo tendió su vara en el suelo, y al recogerla de nuevo, vióse brotar del mismo lugar donde había estado la vara una fuente de agua pura y cristalina.

Esta es la historia de una fuente que aún existe en cierta aldea de Francia. No vemos inconveniente en creerla, pues que la lección es más importante que el hecho. La benevolencia y la gratitud valen más que las cosas ú objetos que las manifiestan.

Los siglos han seguido su pesado vuelo. El monasterio está hoy convertido en ruinas y los monjes no existen ya, pero las avecillas cantan con regocijo sobre las quebrantadas paredes, y el agua de la fuente del mendigo sigue siendo tan dulce como nunca. Aun hoy día los transeuntes beben de ella, mostrándose tan agradecidos de poder apagar con ella su sed, como el mendigo lo estuvo con el padre prior.

No está al alcance de todos poder recompensar un favor con tanta esplendidez como lo hizo el mendigo, pero al menos sabemos apreciar la buena suerte cuando ésta nos toca.

Hemos recibido últimamente una carta que concluye con estas palabras: «Doy á ustedes permiso para hacer público este milagro.» Dice el autor de dicha carta que ha estado sufriendo por mucho tiempo de enfermedad del corazón. «Me era imposible andar, dice, ó moverme sin experimentar palpitación alarmante y otros síntomas que me ocasionaban mucha inquietud. Mi médico me ordenó el iodo y otras medicinas, pero ninguna de ellas me aliviaba. Por casualidad, un día uno de sus folletos llegó á mis manos, y después de haber tomado tres botellas del Jarabe Curativo de la Madre Seigel, mi enfermedad me abandonó por completo. (Firma) Francisco Rueda, Calle de Tendillas de Santa Paz, núm. 27, Granada, Octubre 14 de 1892.»

«Este milagro», como lo llama el Sr. Rueda, puede explicarse fácilmente sobre principios naturales. Dicho señor era víctima de la indigestión y dispepsia, y sus dolencias en el corazón eran uno de los síntomas y resultados de esa común y peligrosa enfermedad. Los venenos procedentes del estómago, en cuyo órgano reinaba la dispepsia, esparciendo el malestar por todo el cuerpo, era lo que ocasionaba todo el daño.

Es verdaderamente lástima que la gente ignore de dónde proceden casi siempre las enfermedades, es decir, de los órganos debilitados y entorpecidos de la digestión, y que no sepan que les sería fácil hacer deliberadamente lo que el Sr. Rueda hiciera por una casualidad, ó sea emplear el Jarabe Curativo de la Madre Seigel desde luego que se manifiesten indicios de algún desorden; pero este caso y otros idénticos les servirá de lección.

«Me dirijo á ustedes para participar, dice otro corresponsal, que he estado sufriendo durante cinco años con una enfermedad en el estómago, y ninguna medicina pudo aliviarme de los dolores ni del vómito. Casi todo lo que comía ó bebía lo devolvía un cuarto de hora después. Tantos y tan crueles eran los dolores que sufría, y en tan diferentes partes del cuerpo, que no parecía sino que era yo víctima de varias enfermedades á la vez.

»No obstante, después que empecé á emplear el Jarabe de la Madre Seigel, me curó por completo en menos de un año. De ustedes afectísimos (Firma) Sebastián Jiménez, Medina Sidonia (Cádiz), Septiembre 29 de 1892.»

Nada misterioso hay en esto. En lugar de ser víctima de varias enfermedades, nuestro amigo lo era solamente de una, ó sea la indigestión y dispepsia, lo cual era lo bastante. Afortunadamente, ese remedio tan eficaz y tan conocido ya curó dicha enfermedad y le dejó tan saludable y fuerte.

El mendigo pidió pan. Ya contaba con el apetito. El Jarabe de la Madre Seigel hace más, pues da el apetito y la digestión á los que están á punto de morir en presencia del alimento que no pueden tomar.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

BANCO HISPANO COLONIAL

ANUNCIO

El Consejo de administración, según lo prevenido en el art. 25 de los estatutos, ha acordado convocar á los señores accionistas para celebrar junta general ordinaria el día 14 del actual, á las once de la mañana, en Barcelona, en el domicilio social, Rambla de los Estudios, núm. 1, principal, con objeto de aprobar el balance y cuentas del 16.º ejercicio social, que terminó en 31 de Diciembre de 1892.

Según lo dispuesto en el art. 26 de los estatutos, sea cual fuese el número de los concurrentes y de las acciones representadas, se constituirá la junta y se celebrará la sesión con plena validez legal.

Para tener derecho de asistencia se necesita depositar en las Cajas de la Sociedad, con arreglo al art. 27, 50 acciones, cuando menos, cuyo depósito podrá efectuarse en Barcelona hasta el 13 de Enero, y hora de las cinco de la tarde; en Madrid, en la Delegación del Banco, Infantas, 31, hasta el 11 de Enero y tres horas de la tarde, y en provincias en casa de los corresponsales del Banco hasta el 9 del mismo mes, cuyos Centros expedirán los resguardos y papeletas de entrada á los depositantes.

El derecho de asistencia puede delegarse en otro accionista, para cuyo efecto se facilitarán ejemplares de poderes en los puntos donde se admiten depósitos.

Los socios que no posean individualmente 50 acciones, podrán, según el art. 27, reunirse y conferir la representación de sus acciones, 50 cuando menos, á uno de entre ellos.

Lo que de acuerdo del Consejo se anuncia para conocimiento de los interesados.

Barcelona 2 de Enero de 1893.—El Secretario general, *Arístides de Artiñano.*

BANCO HISPANO COLONIAL

ANUNCIO

El Consejo de administración, cumpliendo con lo dispuesto en el art. 34 de los Estatutos, ha acordado el dividendo de veinticinco pesetas á cada acción, por los beneficios líquidos del décimosexto año social.

En su virtud, se satisfará á los señores accionistas el expresado dividendo desde el lunes 9 del actual, á la presentación del cupón núm. 15 de las acciones, acompañado de las facturas, que se facilitarán en este Banco, Rambla de Estudios, núm. 1.

Las acciones domiciliadas en Madrid cobrarán en el Banco de Castilla, y las que lo estén en provincias en casa de los comisionados de este Banco.

Se señala para el pago en Barcelona desde el 9 al 23 de Enero, de nueve á once y media de la mañana. Trascurrido este plazo, se pagará los lunes de cada semana á las horas expresadas.

Lo que se anuncia para conocimiento de los interesados.

Barcelona 2 de Enero de 1893.—El Secretario general, *Arístides de Artiñano.*

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis.

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID

TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 8

1892

Fábrica de Guantes

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes para señores Obispos, Sacerdotes y colegiales.
Unica casa en Madrid dedicada á este artículo.
Guantes piel primera clase, tres botones, á 2 pesetas.
Idem bordados, á 2,50.
Para caballero, superiores, á 2,50.
Especialidad en guantes piel de caballo, cabrito, Suecia, gamuza y lana.
Corbatas última novedad.

CALLE DE FUENCARRAL, NÚM. 7

ELIXIR DE Protocloruro

DE HIERRO
CON HIPOFOSFITOS
DE VIVAS PÉREZ

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginoso y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.*

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.—MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA, Farmacia VIVAS PEREZ

MONTERA 23

RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G.° GIROD
Sucesor de Losada.

GRAN CERERIA

ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABEJAS para el **Culto católico**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas denominaciones.

Casa fundada en 1859. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar

Princesa, 40 SALVADO Y SALA Barcelona

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis

LA ARTISTICA

Calle del Caballero de Gracia, 8

ESTAMPERIA

Novedades en todo género de estampas en grabado, fotograbado, litografía, fotografía, etc., de las principales casas del extranjero.
Especialidad en asuntos religiosos.

IMÁGENES TALLADAS

Se reciben encargos garantizando su buena ejecución.

CATÁLOGO GRATIS · CARRETAS · ENVIOS Á PROVINCIAS
BAZAR · PRECIO FIJO · MÉDICO
ALTIMIRAS · PRECIO FIJO · ORTOPÉDICO
FRENTE Á CORREOS · MADRID

PRIMERA CASA EN ESPAÑA

en instrumental de cirujía, fisiología, diagnóstico, óptica, higiene, ortopedia, antisépticos, vendajes, gomas, sillones y mesas de operar, y para imposibilitados, é inmenso surtido en artículos de curación. Procedencias acreditadas.

Especialidad en el tratamiento herniario por medio de vendajes, bragueros y fajas de gran comodidad, sistema «Altimiras», altamente recomendables por la ciencia médica.

Proveedor de clínicas y Hospitales del reino

PERUJO-ANGULO

DICCIONARIO
DE
CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes casi folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado.—TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
DE
ZOZAYA, (Editor).
PROVEEDOR DE LA REAL CASA
Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españole y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA
DE
VICENTE GARCIA MUSTIELES
(SUCESOR DE PÉREZ)
CALLE MAYOR, NÚM. 50
MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.
Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.
Se sirven los pedidos con toda prontitud.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 8 1/2 ps. fs.
Un año..... 16 »

NÚMERO 2.º.— Madrid 31 de Enero de 1893

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 12 francos
Un año..... 20 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 »

EL SEÑOR

DON JOSÉ ZORRILLA

CANTOR DE LAS TRADICIONES ESPAÑOLAS

Falleció el día 23 de Enero de 1893.

SU MUERTE HA SIDO UNA DESGRACIA NACIONAL

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA se asocia al duelo de la patria y del mundo entero, y ruega á sus amigos encomienden á Dios el alma del insigne finado.

ZORRILLA

La muerte de Zorrilla, ó mejor dicho, su tránsito de la estrecha cárcel de este bajo mundo á las regiones infinitas de la inmortalidad, es un acontecimiento nacional. Zorrilla era más que un poeta de indiscutible mérito y de gloria universalmente reconocida y acatada; era la misma poesía española, personificada en un hombre, al que concedió la Providencia el privilegio de ser verbo de las tradiciones patrias, revelador de toda la belleza, grande y melancólica, que duerme en las ruinas de un pasado que, no sólo por serlo, nos parece mejor que el presente; para Zorrilla no tenían secretos las piedras de los castillos feudales, las galerías y claustros de los antiguos monasterios, las aguas de los ríos que corren, á través de llanuras yermas, en lo interior de la Península, las leyendas que conserva y engrandece la fantasía popular, ni las figuras históricas misteriosas, seres reales y ficticios al mismo tiempo, cuya verdadera fisonomía en vano pretenden descubrir y contemplar el erudito y el arqueólogo. De Daudet dice Zola que vive en la región media entre lo ideal y lo real; de Zorrilla podría decirse que ha vivido vida de imaginación en las fronteras de la historia y de la leyenda. Él ha visto todo el pasado á una luz romántica y melancólica que, sin borrar los contornos ni falsear los colores de las cosas, las transfigura y agiganta, haciéndolas más bellas y atractivas. La poesía, enseñó Aristóteles, es más verdadera que la historia, porque el poeta penetra en lo interior de sus personajes y sorprende el móvil de sus acciones y empresas, mientras que el historiador procede por mera contemplación externa; sólo ve los efectos y los resultados, lo cual es ver la realidad muy incompleta. Zorrilla contempló los personajes y sucesos de la historia al través del maravilloso lente de la poesía, y por eso pudo ahondar más que ningún escudriñador de archivos en la esencia de los tiempos pasados. Por eso también ha podido escribir galanamente Castelar, que «encontró la tumba de Don Rodrigo; redimió á Don Pedro; salvó á Don Juan; prestó la lengua de su vencedor á Boabdil, enseñándole á pedir á las golondrinas vueltas de Andalucía los píos aprendidos en el susurro de los laureles del Generalife y de las corrientes del Darro para llorar sus nostalgias;» y por eso D. Manuel Tamayo, nuestro más insigne dramaturgo, decía las otras noches á un periodista que le preguntaba su opinión acerca de Zorrilla: «Opino que entre los requisitos indispensables para ser un buen español, es uno muy esencial el de admirar los versos de Zorrilla, y hasta saberlos de memoria, y lo será desde hoy amar el recuerdo del que fué ese cadáver que está ahí.»

Nació el gran poeta nacional en Valladolid. Su padre, respetable y austero magistrado, llamábase como se llamó su hijo, D. José Zorrilla, y su madre, virtuosísima dama, Doña Nicomedes Moral. Como todos los que han tenido la dicha de conocer á una buena madre, Zorrilla conservó siempre de la suya un recuerdo dulcísimo. En casi todas sus composiciones de índole religiosa aparece la hermosa figura de la madre cristiana, ya enseñando á su tierno hijo la plegaria que no había de olvidar nunca, ya ponderándole los sufrimientos de María al pie de la Cruz ó en el cruel desamparo de la soledad. Esta santa memoria es en la poesía de Zorrilla una fragancia más, allí en donde se ofrecen tantas y tan puras é intensas.

La fecha de su nacimiento fué el 21 de Febrero de 1817. Ha vivido, por consiguiente, setenta y cinco años, once meses y dos días. Destinábanle sus padres á las graves funciones judiciales, y con este objeto hiciéronle ingresar en 1827 en el Seminario de Nobles de Madrid, en el que hacía trece años que se había educado Víctor Hugo. Así, el autor de *Hernani* y el de *Traidor, inconfeso y mártir*, bebieron en las mismas fuentes la primera enseñanza. Los jesuítas, directores del Seminario de Nobles, adivinaron en Zorrilla el genio de la poesía. En el Colegio había un teatro, y en su escenario consiguió nuestro gran poeta sus primeros triunfos; era el primer actor de la estudiantil compañía, y como tal representó los principales papeles del teatro antiguo. De aquí nacieron sin duda su afición al teatro y su destreza en recitar versos, que sólo podía compararse á la que tenía para componerlos.

En 1834 pasó el joven estudiante á Toledo para cursar la Jurisprudencia. Zorrilla no era de la madera de que pueden formarse los Tribonianos y Gregorio López; nada más antitético á la índole de su talento y á la exuberancia de su fantasía que la Novísima Recopilación. En el orden judicial, Zorrilla no había de pasar de ser el autor de la leyenda *A buen juez, mejor testigo*. Por lo demás, Zorrilla, en Toledo, vagó por las calles, admiró los monumentos y las ruinas, preguntó por las tradiciones de cada lugar y de cada época, leyó el Romancero y cuantos versos pudo, contempló, meditó, soñó; pero no estudió leyes. Su padre se incomodó; sobrevinieron en el hogar reyertas intestinas; y un día, nuevo Don Quijote, se salió de su casa montado en el Rocinante de sus ilusiones; y, como Don Quijote también, sin dineros, siendo probado que no pueden vivir ni aun los caballeros andantes sin esas redondelitas de oro y de plata que llamamos monedas.

En estas disensiones domésticas no hay que culpar á Zorrilla, obediente al irresistible impulso de una verdadera vocación, ni al padre, que quería para su hijo lo que, según cálculos de la humana prudencia, parecía lo mejor. De seguir el poeta los consejos paternos, quizás no hubiera llegado al pináculo de la gloria; pero es casi seguro que habría sido más dichoso en este mundo. El día 5 de este mes, cuando ya estaba tan cercana la muerte, escribió Zorrilla al director de un periódico de Granada:

«La gloria mundana, la celebridad, y más la literaria, es el mayor castigo que puede dar Dios al hombre, cuando no le da al mismo tiempo tanta vanidad como gloria, y mi gloria ha hecho la infelicidad de mi vida.

Hoy me cambiaría por cualquier hidalgüelo de lugar importante y honrado que haya podido vivir en la casa de sus abuelos, con sus padres, sus abuelos y sus hijos, comiendo todos el pan de su siembra y bebiendo el vinillo agrio de sus bodegas, sin saber que hay trufas, faisanes ni Champagne, y sin haber visto más capital que la de su provincia de tercer orden» (1).

Volviendo al Zorrilla de diecinueve años que fugitivo de la casa paterna vino á Madrid en 1836, diremos que encontró en su efervescencia el movimiento político y literario que caracteriza en la historia contemporánea la regencia de la primera María Cristina. Ardía en los campos la guerra civil, guerra implacable, sin cuartel, que había convertido en fieras á los españoles de uno y otro bando; en las ciudades la revolución y la anarquía material más desenfrenada y sangrienta enseñoreábanse de todo, y todo lo trastornaban y confundían, lo mismo los edificios que destruía la piqueta demoledora, que las imaginaciones que exaltaba aquel violento desaparecer del antiguo régimen, con aquellas muertes é incendios continuados, y la literatura romántica, entonces en su apogeo, y cuya influencia no se circunscribía, como la de otras escuelas y tendencias posteriores, al libro, al Ateneo y al periódico, sino que invadía las costumbres sociales. En medio de aquella sociedad calenturienta, epiléptica, revolucionaria de ocasión, y por pasiones más que por ideas, romántica de reflejo, que degollaba á los frailes y aborrecía las tres unidades, vivió y se agitó Zorrilla, siendo lo que después llamó Alfonso Karr un bohemio; dibujaba, escribía, peroraba en los clubs y sobre las mesas de los cafés; habitaba, como Mario el de los *Miserables*, en un zaquizamí; comía por casualidad; hacía de la noche día, y era, en suma, un poeta de profesión, según debían serlo entonces los que habían profesado en la noble carrera de *genios desconocidos*. Por aquel tiempo también fundó un periódico político, y los artículos que en él se publicaban, eran tan violentos contra el Gobierno, que mandó éste á la policía para que dispersara á la redacción y prendiese á los redactores. Zorrilla escapó descolgándose por una ventana, y disfrazándose de gitano, máscara que no sentaba mal á su carácter aventurero y al género de vida que traía.

En Febrero de 1837 se suicidó el célebre crítico D. Mariano José de Larra, más conocido por el pseudónimo de *Fígaro*. El entierro del malogrado escritor fué una ruidosa manifestación de duelo, si merecida por los méritos literarios del finado, escandalosa por tratarse de un suicida, siendo aquel uno de los primeros actos públicos que se permitió aquí la impiedad en menosprecio de las santas costumbres de nuestros antepasados. Los progresistas y moderados compitieron entonces en alardes de indiferencia religiosa; el cadáver del suicida fué llevado, como en triunfo, al cementerio de la Puerta de Fuencarral, *á su Capitolio*, como escribía Pastor Díaz; el marqués de Molins pronunció un discurso sentimental ante el cadáver. Terminada la fúnebre arenga del marqués, vieron los circunstantes adelantarse hacia el ataud á un joven desconocido, pálido, pobremente vestido, que con armoniosa voz y solemnes ademanes rompió á recitar versos en loor del insigne muerto. No son una maravilla aquellos versos, pero la posterior celebridad del poeta que los compuso y que los recitó en aquella ocasión memorable, los ha conservado para la posteridad.

Dicen así sus primeras estrofas:

«Ese vago clamor que rasga el viento
es la voz funeral de la campana;
vago remedo del postrer lamento
de un cadáver sombrío y macilento
que en sucio polvo dormirá mañana.

—

Acabó su misión sobre la tierra,
y dejó su existencia carcomida,
como una virgen al placer perdida
cuelga el profano velo en el altar.
Miró en el tiempo el porvenir vacío,
vacío ya de ensueños y de gloria,
y se entregó á ese sueño, sin memoria,
que nos lleva á otro mundo á despertar.

—

Era una flor que marchitó el estío,
era una fuente que agotó el verano;
ya no se siente su murmullo vano,
ya está quemado el tallo de la flor.
Todavía su aroma se percibe,
y ese verde color de la llanura,
ese manto de hierba y de frescura
hijos son del arroyo creador.

—

Que el poeta, en su misión
sobre la tierra que habita,
es una planta maldita
con frutos de bendición.»

....
....

El poeta que así cantaba á la memoria de Fígaro era Zorrilla que, aconsejado por un italiano amigo suyo, aprovechó aquella circuns-

(1) *El Defensor.*—Publicada en *El Imparcial* del día 16.

tancia luctuosa para darse á conocer de sus contemporáneos. Algún tiempo después renegaba Zorrilla del origen de su fama, exclamando:

¡Broté como una planta maldecida
Al borde del sepulcro de un malvado!

Por lo pronto consiguió el joven poeta lo que se proponía. Fué conocido; los periódicos escribieron su nombre con elogio; los literatos brindáronle con su amistad y trato, y le franquearon las puertas de sus círculos. Zorrilla frecuentó durante algunos meses la tertulia de Espronceda; pero luego se apartó de él, porque la índole apasionada, poética de buena ley, cristiana y española del vate vallisoletano no se avenía con el caracter sombrío, cínico, utópico, antirreligioso y anárquico del imitador de Byron. Más tierna y duradera amistad trabó con Pastor Díaz, y éste fué el que puso prólogo al primer tomo de versos de Zorrilla, que vió la luz en el mismo año de 1837. Notables por lo que son en sí mismas, y por haberlas confirmado plenamente la posteridad, son muchas de las apreciaciones contenidas en aquel prólogo.

«Parece, escribía el autor de *De Villahermosa á la China*, que nuestra época se afanaba en producir un poeta que estuviese á su nivel y en armonía con ella, que fuese como el representante literario de la nueva generación, de sus ideas, de sus sentimientos y creencias; varios jóvenes, al parecer con esta esperanza, y con éxito más ó menos feliz, se habían presentado hasta ahora en la escena, y el público no dejó de vislumbrar en ellos ráfagas de nueva luz y sentir aliento de nueva vida; pero á la aparición de Zorrilla ha visto ya el oriente de un astro muy luminoso. Tibios todavía sus primeros rayos, han despertado en su derredor todo un hemisferio de poesía, y si aún no ha nacido el sol, estrellas muy resplandecientes se eclipsaron ya ante su brillante crepúsculo. Si sus preludios marcan una aurora, sus cantos sellarán una época: si su aparición ha sido fatídica, su poesía será providencial; si el eco de su voz ha sobrecogido y su primera inspiración fascina, muy trascendental y poderosa será la influencia que debe ejercer, y más anchurosa de lo que se cree la esfera de acción en que debe obrar su impulso.

.....

Hijo del siglo, le ha pagado también un tributo de lágrimas; ha pasado por bajo el yugo de su tiranía; ha llorado también á solas y ha dado al viento sus sollozos; ha golpeado su frente de poeta contra el calabozo que le aprisionaba; ha forcejeado por quebrantar cadenas que no son lazos; ha invocado el auxilio de un Dios, y ha renegado del cielo; ha cantado el éxtasis de los bienaventurados y saludado á la Reina de los ángeles, y ha lanzado gemidos de desesperación infernal, llamando en su socorro la muerte y la nada.

.....

Bajo su pluma vemos levantarse de entre el polvo y el cieno que la cubren como un sepulcro olvidado la severa capital del imperio godo, revestida del armiño de sus reyes y de la púrpura de sus Prelados, guerrera como sus héroes y sus armas, religiosa y política como sus Concilios; trocada después por el árabe voluptuoso en una mansión de placeres, asistimos á sus fiestas y á sus torneos y caballerescas justas, perfumados de los ouríes de Oriente, adornados de galas, plumas, seda y pedrería y respirando el aliento de las huríes de Mahoma; pero en seguida vemos alzarse gigantesca y descollar por sobre todas estas memorias la catedral primada, símbolo arquitectural del Cristianismo, con los estandartes de piedra de sus torres, con las lenguas de bronce de sus campanas, y presenciamos los sagrados ritos de la Religión más bella que ha existido sobre la tierra; oímos el órgano cantando sus solemnes misterios por *la céntuple garganta de los tubos de metal*, y escuchamos á la par el canto de los Sacerdotes, el crujir de sus tenues y brocados, y nos deslumbra el brillo de mil lámparas reflejado en el oro de los altares y en los diamantes del Tabernáculo; y prosternados con el pueblo que asiste á tan grandioso espectáculo nos embriagamos de luz y de armonía, de aroma, de incienso y de música del cielo, y se apodera de nosotros el éxtasis que remeda en la tierra el arrobo santo de los bienaventurados».

A poco de conseguir con la publicación de sus poesías señalado lugar entre los líricos de su tiempo, empezó á escribir Zorrilla para el teatro. Sus obras *Vivir loco y morir más, Más vale llegar á tiempo que rondar un año, Ganar perdiendo, Cada cual con su razón, Lealtad de una mujer, El zapatero y el rey, El eco del torrente, Los dos virreyes, El molino de Guadalajara, Sancho García, Caín, Un año y un día, La reina y los favoritos, El caballo del rey Don Sancho, D. Juan Tenorio, El excomulgado, El puñal del godo, La calentura, Sofronia, La oliva y el laurel, La copa de marfil, El alcalde Ronquillo, Traidor, inconfeso y mártir, La creación y el diluvio*, valiéronle otros tantos triunfos en la escena, y han vivido más ó menos tiempos en la general estima. La más famosa de todas, *Don Juan Tenorio*, es también la más discutida por los críticos del teatro español contemporáneo. El público profesa singular afición á esta obra que gusta de ver representada todos los años durante la primera quincena del mes de Noviembre. Algunos literatos insignes, y entre ellos la eminente Pardo Bazán, consideran á *Don Juan Tenorio* como una obra maestra de la dramática española. Otros, en cambio, la juzgan con mucha severidad; y el que con mayor dureza la trató fué sin duda su mismo padre, que la llamaba *su hija espúrea*, y que no comprendía cómo había llegado á lograr tanto favor del público. Para Zorrilla, *Don Juan Tenorio* era un centón deplorable, un engendro monstruoso de la locura. Quizás, como observa Balart, en esta crueldad del autor para con su obra más famosa, tenía alguna parte la amargura que debía producir en su ánimo la consideración de ser él tan pobre que necesitara en ocasiones del apoyo de la caridad, mientras que su *Don Juan Tenorio* producía á sus propietarios una renta de 7 á 8.000 duros anuales. Zorrilla, á pesar de haber sostenido un pleito con los editores, dueños del *Don Juan*, no ganó en una obra que ha enriquecido á otros, sino la miserable suma de 2.500 pesetas. ¡Y luego habrá que decir que los socialistas no tienen razón en nada!

Si en el entierro de Zorrilla hubieran formado todos los que en España y América han representado los papeles del *Don Juan Tenorio*, el fúnebre cortejo aún no habría acabado de desfilar á estas horas. Si todos ellos dieran un real á la viuda del poeta, ¡qué patrimonio habría más espléndido! En la corte y en provincias; en las ciudades como en las aldeas; hasta en apartados cortijos de las sierras y llanuras de la Península, hemos oído nosotros recitar los versos del *Don Juan* y representarlo mejor ó peor. Degollar el *Don Juan* es ya como una obligación de todos los aficionados al teatro. Zorrilla compuso su drama en veinte días, y ya van cuarenta y siete años que se aplaude; y como dice Fernanflor, no se vislumbra todavía el término de este éxito sin par; porque á medida que pasa el tiempo y se abren nuevos teatros, se representa más y más.

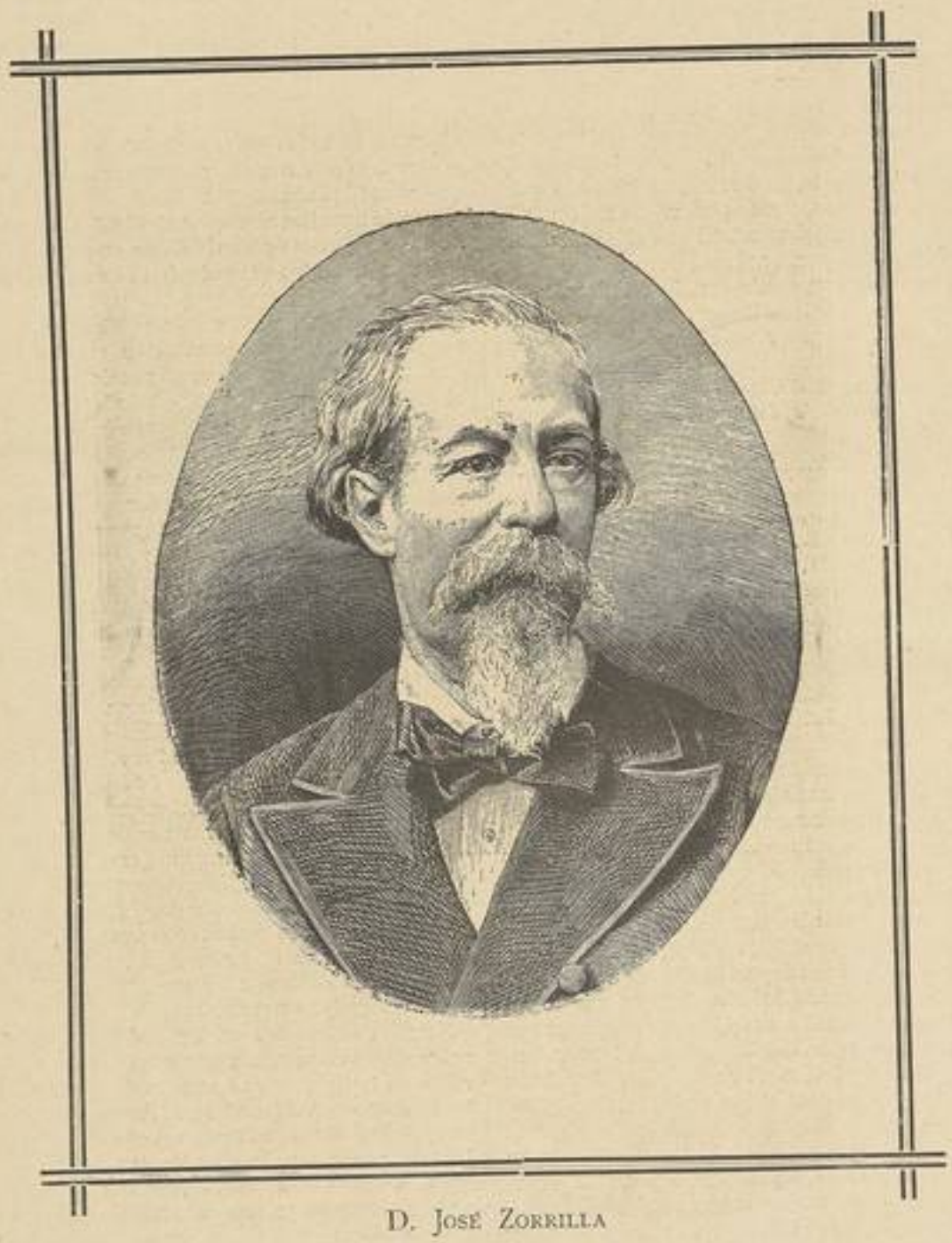
Zorrilla estaba mucho más satisfecho que del *Tenorio*, de su drama *Traidor, inconfeso y mártir*. «Sus dos primeros actos, escribió en sus *Recuerdos*, están confeccionados maestramente, y tengo para mí que por ellos tengo derecho á que mi nombre figure entre los de los dramáticos de mi siglo.» «Aquélla, dice también el poeta, es mi única obra dramática pensada, coordinada y hecha según las reglas del arte.»

Sabida es de todos la manera como improvisó *El puñal del godo*, fruto de una apuesta, y que por la circunstancia de ser de varones todos los papeles que en él juegan, es el drama obligado en todos los colegios de segunda enseñanza que tienen teatro para recreo de sus colegiales. ¡Cuántos y cuántos se acordarán ahora de aquellas noches inolvidables, vecinas á las vacaciones de Navidad, en que representaron en el teatro del colegio el drama de Zorrilla!

Todas las composiciones dramáticas del gran poeta nacional son leyendas en acción. Los dramas de Zorrilla desmerecen, mirándolos en el conjunto y finalidad de la fábula; pero son invencibles cuando se consideran los tipos, tan castizos como los que pintó Velázquez en su cuadro de *Las Lanzas*, y como éstos, valientes, arrogantes, fuertes, caballerescos, dignos representantes de lo mejor de nuestra raza y de lo más glorioso de nuestra historia. Convengamos en que el desenlace del *Don Juan* es disparatado, absurdo, inmoral y anticristiano; pero así y todo, ¿quién no admira el tipo del mismo D. Juan? Y ¿á quién no encanta ese aire misterioso de antigüedad heroica, ese ambiente de sol puesto, ese pasado ya desvanecido que como una luz melancólica circunda todas las figuras dramáticas de Zorrilla? ¿A quién no calienta la lumbre escasa de aquella gruta en que se guarece de las inclemencias del cielo y de los hombres el último rey de los godos? ¿Quién no sueña con beber una jarra de vino en la hostería de Butarelli, en compañía de tantos alegres y gentiles caballeros? ¿A quién no interesan aquellos embozados tan arrogantes que traen tantas historias que contar, y que son capaces de llevar á remate venturoso las más arriegadas empresas?

Zorrilla dramático es, sin embargo, un Zorrilla de menor cuantía comparado con el Zorrilla de la lírica y de la épica. Cierto que en los numerosos volúmenes que forman la colección de sus obras, hay mucho que descontar. La labor del poeta ha sido inmensa, pero desigual. Como una selva virgen es su obra, mirada en conjunto; no hay allí nada que añadir. En cambio hay mucho que quitar. La hojarasca lo invade todo, y en ocasiones hasta roba las mayores perspectivas. Pero ¡qué bellezas encuéntranse á cada paso! Mientras que los hombres no pierdan el sentimiento de la hermosura, será Zorrilla admirado y enaltecido por todas las generaciones que se vayan sucediendo en la vida.

De las poesías de Zorrilla había que hacer con el tiempo una selección, y las que resultasen escogidas serán el documento imperecedero de su gloria en las edades futuras. Entre esas obras figurarán en lugar preferente las leyendas. Tiene razón Castelar asegurando que en ese género de poesía Zorrilla no tuvo precedentes, ni tendrá imitadores dignos de él. La leyenda es una forma de poema épico, con algo de novela en verso, y no poco de composición dramática, que se caracteriza principalmente por el asunto, que es de fondo histórico y de accidentes conservados por la tradición oral más ó menos fiel de muchas generaciones. Ya en 1838 publicó Zorrilla sus primeras leyendas *A buen juez mejor testigo* y *Para verdades el tiempo*. Después escribió y publicó otras muchas, algunas de ellas coleccionadas bajo el título común de *Cantos del Trovador*, á los que precede la conocida introducción, que es de lo más hermoso que jamás crearon nuestras musas, y que constituyen por sí solos un momento de poesía que podrían envidiar á nuestro tiempo los que pasan por siglos de oro de las diferentes razas y literaturas. El poeta comprende mejor que nadie el carácter de su poesía cristiana y nacional, y henchido de sublime entusiasmo exclama:



D. José Zorrilla

(† en Madrid el dia 23 de Enero de 1893).

Yo soy el trovador que vaga errante:
si son de vuestro parque estos linderos
no me dejéis pasar, mandad que cante;
que yo sé de los bravos caballeros
la dama ingrata y la cautiva amante,
la cita oculta y los combates fieros
con que á cabo llevaron sus empresas
por hermosas esclavas y princesas.

—

Venid á mí, yo canto los amores;
yo soy el trovador de los festines;
yo ciño el arpa con vistosas flores,
guirnalda que recojo en mil jardines;
yo tengo el tulipán de cien colores
que adoran de Stambul en los confines,
y el lirio azul incógnito y campestre
que nace y muere en el peñón silvestre,

—

¡Ven á mis manos, ven, arpa sonora!
¡Baja á mi mente, inspiración cristiana,
y enciende en mí la llama creadora
que del aliento del Querub emana!
¡Lejos de mí la historia tentadora
de ajena tierra y religión profana!
Mi voz, mi corazón, mi fantasía
la gloria cantan de la patria mía.

—

Venid, yo no hollaré con mis cantares
del pueblo en que he nacido la creencia:
respetaré su ley y sus altares:
en su desgracia al par que en su opulencia
celebraré su fuerza ó sus azares,
y fiel ministro de la gaya ciencia,
levantaré mi voz consoladora
sobre las ruinas en que España llora.

—

¡Tierra de amor! ¡Tesoro de memorias,
grande, opulenta y vencedora un dia,
sembrada de recuerdos y de historias,
y hollada asaz por la fortuna impía!...
Yo cantaré tus olvidadas glorias:
que en alas de la ardiente poesía
no aspiro á más laurel ni á más hazaña
que á una sonrisa de mi dulce España.

Esta, esta es la poesía genial de Zorrilla, y la que vivirá siempre. Nada se ha compuesto nunca tan hermoso en su orden como el magnífico final de la leyenda *A buen juez mejor testigo*.

Es una tarde serena,
cuya luz tornasolada
del purpurino horizonte
blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
sus hojas plegando exhalan,
y el céfiro entre perfumes
mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
con suave rumor las aguas,
y las aves en la orilla
despidiendo al día cantan.
Allá por el *miradero*,
por el *Cambrón y Visagra*,
confuso tropel de gente
del Tajo á la vega baja.
Vienen delante D. Pedro
de Alarcón, Ibán de Vargas,
su hija Inés, los escribanos,
los corchetes y los guardias,
y detrás monjes, hidalgos,
mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
en la vega les aguarda,
cada cual comentariando
el caso, según le cuadra.
Entre ellos está Martínez
en apostura bizarra,
calzadas espuelas de oro,
valona de encaje, blanca,
bigote á la borgoñesa,
melena desmelenada,
el sombrero guarnecido
con cuatro lazos de plata,
un pie delante del otro,
y el puño en el de la espada.
Los plebeyos, de reojo
le miran de entre las capas,
los chicos al uniforme
y las mozas á la cara.
Llegado el gobernador
y gente que le acompaña,
entraron todos al claustro
que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el Cristo
cuatro cirios y una lámpara,
y de hinojos un momento
le rezaron en voz baja.
Está el Cristo de la Vega
la cruz en tierra posada,
los pies alzados del suelo,
poco menos de una vara;
hacia la severa imagen
un notario se adelanta,
de modo que con el rostro
al pecho santo llegaba.
A un lado tiene á Martínez,
á otro lado á Inés de Vargas,
detrás al gobernador
con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
la acusación entablada,
el notario á Jesucristo
así demandó en voz alta:
—«Jesús, Hijo de María,
ante nos esta mañana
citado como testigo
por boca de Inés de Vargas,
¿juráis ser cierto que un día
á vuestras divinas plantas
juró á Inés Diego Martínez
por su mujer desposarla?»
Asida á un *brazo* desnudo
una *mano* atarazada
vino á posar en los autos
la seca y hendida palma,
y allá en los aires «¡Sí juro!»
clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
la vista á la imagen santa...
los labios tenía abiertos
y una mano desclavada.

El suspiro del moro es otra leyenda de fondo elegiaco y maravillosamente versificada, que bastaría por sí sola para labrar la reputación de un gran poeta. Nadie como Zorrilla ha visto á una luz tan bella la triste figura de Boabdil, abandonando á su Granada y muriendo proscripto en extranjera tierra. La despe-

dida de los vencidos y el recuerdo que prometen imperecedero á su ciudad perdida, es de una fuerza plástica, de un colorido tan brillante, que, una vez en la imaginación del lector, quedan en ella como cuadros imborrables y siempre frescos. Zorrilla intentó también una especie de epopeya granadina; tal es su poema *Granada*, al que puso una introducción aún más hermosa por lo rica y exuberante que la de los *Cantos del Trovador*, que es cuanto hay que decir.

¿Pero quién podía recordar siquiera los títulos de las composiciones de Zorrilla que merecían figurar en sus obras escogidas? ¿Quién no se sabe de memoria *La tempestad*, con aquellos versos de armonía imitativa que sirven de modelo en todas las obras y en todas las clases de Retórica? ¿A quién no ha extremecido de religioso espanto el paso de *El Angel exterminador que calcina con sus plantas las estrellas?* ¿Quién no ha llorado la *Soledad de María*, cantada por Zorrilla en los versos que dicen:

El templo era obscuro;
vestidos pilares
se vian, y altares
de negro crespón.

. . . . . .

Es en absoluto imposible tratar de enumerar las composiciones de Zorrilla que merecen título de mejores, y que se contienen en sus libros *Cantos del Trovador, Vigilias del estío, Cuentos de cuentos, Granada, Cuentos de un loco, María, Un cuento de amores, Leyenda del Cid, Album de un loco, El drama del alma, Composiciones diversas, Ecos de las montañas, El bufón de Vidiago, Gnomos y mujeres, De Murcia al cielo, A escape y al vuelo* y *Mi última brega*.

El espíritu aventurero de Zorrilla no se satisfizo ni con su romántica fuga del hogar paterno, ni con la gloria que muy pronto alcanzó, y que le fué desde luego universalmente reconocida y acatada. Su alma necesitaba de continuo impresiones nuevas, y sus ojos buscaban instintivamente horizontes inexplorados y peregrinos. De aquí su vida errante, las altas y bajas de su fortuna y la mayor parte de las desgracias que le acompañaron como un cortejo fúnebre hasta su muerte. Como es común á todos los hombres, sin exceptuar á los de ingenio más esclarecido, Zorrilla echaba la culpa á sus contemporáneos, á sus editores, al Gobierno de su país, al prosaísmo de la edad presente, á todos y á todo menos á él mismo, que era quien la tenía realmente. En él se comprobaba la antigua doctrina de que la inspiración es una especie de enfermedad, y no de las menos peligrosas y crueles. A la exaltación de su numen correspondía un como desarreglo genial y profundísimo de todas sus facultades; carecía en absoluto de lo que llamamos *sentido práctico* de la vida. Era tan sincera su poesía, que la ponía, no solo en sus versos, sino en el arreglo de su casa y hacienda. ¿Tenía dinero? Pues á cantar una oda, y todo se iba en imágenes y floreos. ¿No lo tenía? Pues elegía al canto, y todo eran lloros y lamentaciones.

A pesar de lo cual, no fué nunca perezoso ni rehuyó trabajo alguno que pudiera proporcionarle medios honrados de satisfacer las necesidades de la vida. D. Manuel Troyano refiere en *El Imparcial* el género de labor á que se dedicó durante cierto tiempo. Es curiosa la anécdota y muy significativa para comprender el medio ambiente en que se desarrollan la mayor parte de nuestros ingenios. «Una casa editorial de Barcelona, cuenta el Sr. Troyano, había contratado con Zorrilla la publicación de una serie de leyendas, que bajo el título *Ecos de las montañas* salían á luz con gran lujo tipográfico é ilustradas con grabados de Gustavo Doré. Las planchas de aquellos grabados habían sido adquiridas de lance; así, en vez de ser el grabado hecho para la leyenda, ésta había de ser escrita para el grabado, condición que sometía á insoportable tortura el espíritu del más espontáneo y genial de nuestros poetas.»

EL MUNDO DE ZORRILLA

ENTREGA DE LAS LLAVES DE GRANADA

Hastiado de la vida en España, Zorrilla abandonó la patria en 1854, permaneciendo en América hasta 1866. Maximiliano, el infortunado emperador de México, le nombró lector de su corte, cargo que recuerda el que solían desempeñar ciertos poetas árabes en las cortes de emires y califas. «Hay que ver á Zorrilla, dice un poético escritor, (1) en la puente del navío en que hizo su viaje á América soñando con la gloria y la fortuna; en la corte de Maximiliano requerido de las damas, adorado de los palatinos y del pueblo; cabalgando en indómito potro como un gaucho por la sierra andina, la gentil cabeza oculta por anchísimo sombrero, la rica melena al viento, el poncho ondeando al compás de la marcha.»

La catástrofe de Querétaro abrió de nuevo para Zorrilla la era de sus contrariedades de fortuna, la serie de sus aventuras. Sabidas de todos son las últimas etapas de su carrera; cómo fué recibido al volver á su patria; de qué modo egregias damas le señalaron decorosa pensión, más tarde convertida en nacional por el voto de las Cámaras legislativas y la sanción de la corona; cómo le contrató Ducazcal para que leyese y recitase en todos los teatros de la Península, profanación del genio, que cuesta trabajo y da vergüenza recordar; y finalmente, la ceremonia de la coronación en Granada, espectáculo teatral de dudoso gusto, y que al poeta nunca le agradó del todo, aunque agradeciese la intención de los iniciadores. Era nota muy señalada del carácter de Zorrilla la de no ser vanidoso; antes por el contrario, era la modestia misma. Zorrilla se tenía en muy poco, y juzgaba severamente sus obras. Gustaba de los afectos y amistades íntimas, y huía, como por instinto, de esas ruidosas explosiones del entusiasmo más ó menos contrahecho de la muchedumbre, á la que su espíritu, verdaderamente patricio, despreciaba en el fondo. Zorrilla comprendía que lo llevaron á Granada, no vientos de sincero amor á su poesía, sino el deseo del reclamo, tan exigente y cruel á veces en las modernas sociedades. La coronación atraería gente á Granada, y cuando va gente á una ciudad, ya se sabe, se gana dinero; eso fué todo; y si Zorrilla accedió á ser el *gigante* de aquella feria, fué porque á su llaneza castellana repugnaba el papel de melindroso y á su hidalguía el de ingrato. Pero en lo interior de su alma Zorrilla era como un

(1) Ortega y Munilla.

monje en lo desprendido que estaba, y en lo despreciador que era de las vanas pompas de la gloria terrena; no quería más que un poco de dinero para vivir con relativa holgura, y que lo dejasen en paz, embozado en su capa, sin mirarle, sin que le saludaran más que sus deudos y sus amigos del alma. Verdadero poeta, suspiraba por la patria de la suprema hermosura; ingenio verdadero, no estaba satisfecho de sí, y comprendía que no había producido ni la mitad de lo que tenía dentro de su espíritu.

Sus últimos años han sido para él de tristísima decadencia. En sus postreros cantos todo lo que había sido hermosura se había como eclipsado, y todo lo que había sido sombra en sus versos se había engrandecido. Pero de vez en cuando brotaban chispas de aquel cerebro que hacían recordar á todos la perdida luz del astro, ya en su ocaso. Había momentos en que Zorrilla volvía á ser el Zorrilla de siempre.

Su muerte ha sido un glorioso triunfo. ¡Que descanse en paz el cantor de las patrias tradiciones!

ANGEL SALCEDO.

Zorrilla y Larra.

Hay entre nosotros una disposición administrativa que ¡cosa extraña! se ha respetado á pesar de las revoluciones, que nunca dejan despejado nuestro horizonte, ni leyes en pie, ni costumbres que se hagan viejas. Nos referimos á la prohibición de pronunciar discursos en los cementerios y al pie de las tumbas; costumbre ciertamente pagana, y de paganos copiada servilmente. Junto al cántico de Zacarías, ni antes ni después de él, ¡qué voz humana se atreve á interrumpir el misterioso silencio de los cementerios! Frente á la muerte, con sus eternas esperanzas para los cristianos, ó con su eterna desesperación para los ateos y materialistas, ¿qué ha de decirse? Nada en cierto modo puede rivalizar con ella en misterio y en elocuencia más que el silencio. Sólo son más fuertes que ella la fe y la oración. Y eso es lo que debe únicamente poner frente á la muerte el alma cristiana.

El gran poeta religioso de nuestra época que ha recibido cristiana sepultura, el cantor de María, bien sabía ya que sobre su sepulcro no se habrían de oir voces como las que elevó él frente á la tumba de Larra. Ni lo quería ni lo esperaba. El que en sus versos contaba con que su última palabra se dedicase á la Virgen, no debía hacer gran caso de las glorias mundanas. Bástele haberse sobrevivido desde hace algunos años conservando el puesto que se había ganado desde los tiempos del romanticismo, hasta hoy, en que todo reviste el más opuesto carácter.

El astro de nuestra lírica apareció, bien lo saben nuestros lectores, sobre un sepulcro. La fe resplandeció sobre la crítica, las creencias sobre el excepticismo, la esperanza de una larga vida sobre una muerte, en más de un concepto desgraciada. Un talento malogrado pudo compararse á otro que de sí mismo daba tantas esperanzas. El secreto de tal contraste no es otro que la diferencia que existe entre creer y no creer, esperar y desesperar, sobreponerse á las exigencias y convencionalismos de su época, ó rendirse á ellas servilmente. El silencio sobre la tumba de Zorrilla es una relevante prueba de la diferencia que existe entre la primera mitad del siglo y la segunda que ahora termina.

No es el talento, sino el uso que del mismo se haga, lo que verdaderamente distingue á los hombres. Pasó Larra, más que expresando sus propias ideas, copiando las de una parte de la sociedad contemporánea, y á pesar de su ingenio, y contra lo que pudiera esperarse de sus privilegiadas dotes de escritor, no alcanzó la perdurable celebridad con que había soñado. Zorrilla, aislándose de la sociedad de su época, y volviendo á lo pasado sus miradas, consiguió mover los ánimos del pueblo español y de cuantos en América hablan nuestro idioma; y esto ¿qué prueba sino que las obras de la fe son duraderas, y que nada imprime á las obras humanas tal sello de permanencia como la fe religiosa?

Larra fué á Zorrilla lo que Byron á Moore. Más viven en la memoria de los pueblos los que pulsan la lira del patriotismo, que los que presumen de intérpretes del sentimiento de toda la humanidad, engañándose á sí mismos, pues lo que hacen no es más que revestir del lenguaje de la poesía sus propias y personales impresiones. El poeta que se hace intérprete de falsos y convencionales sentimientos, no aspira á la nombradía que á las veces alcanzan los falsos filósofos. Zorrilla es el poeta de España, como de Irlanda lo fué Moore, y este será el secreto de su fama.

Cuando se dice que la poesía no es de nuestro siglo, quizá se pronuncia una frase más verdadera que lo que muchos creen; porque si el siglo es ante todo escéptico, no pueden vivir ni respirar en él los verdaderos cantores. *Poesía* es *creación*, y en la edad de las ruinas están de más las creaciones. Por eso los que no comprenden semejante misión en la poesía, hacen bien cuando proscriben la lírica, lo mismo que si declaran imposible la épica y si prostituyen la dramática.

La primera manifestación literaria del pensamiento humano pertenece, no al prosista, sino al poeta; no á toda clase de poetas, sino á los líricos, ni á todo lírico, sino al religioso. Los himnos de Moisés, lo mismo que el *Rig Veda*, lo mismo que los cantos de Homero á los dioses, nos indican históricamente lo que expresan las anteriores palabras, unas veces á la única verdadera divinidad, otras á las falsas; lo cierto es que el alma no adora la materia; lo cierto es que el ateísmo no encuentra sitio donde colocarse en el estadio de la literatura. Parece que la palabra del Real Profeta encuentra en todas partes un eco, y que todos los pueblos se conjuran para decir como él:

«*Laudate Deum in psalterio et citara; laudate cum in chordis et organo, laudate in cymbalis bene sonantibus.*»

Los dos grandes sentimientos que vivifican la poesía, el religioso y el patriótico, hallaron eco en la lira de Zorrilla, y esa es la explicación de su popularidad. El que se dió á conocer á su país sobre el sepulcro de Fígaro, no há menester de panegíricos de cementerio: más elocuente es ante su tumba el silencio, y más cristiano y mejor indicio de la instrucción religiosa de nuestros contemporáneos.

A. BALBÍN DE UNQUERA.

ALBUM
DE
POESIAS DE ZORRILLA

DISCURSO DE RECEPCIÓN
EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Humillate y serás ensalzado.
(Máxima del Evangelio.)

No te humilles para que te ensalcen, porque tu humildad será hipocresía; pero di de ti mismo la verdad como la sientas, aunque no te crean como la dices: los que no te crean probarán que están desprevistos de tu modestia y que son incapaces de tu probidad.
(Paráfrasis mía.)
JOSÉ ZORRILLA.

I

Mi recepción, señores, como todo
lo que sintetiza ó me revela,
como todas mis obras y mis hechos,
para ser natural, va á ser excéntrica:
pero excéntrica y lógica; su forma
una tan sólo puede ser, y es ésta.
¿Qué es lo que me ha valido la honra doble
de aceptarme dos veces la Academia?
El bagaje de versos que me sigue
y mi exclusivo nombre de poeta,
que, título ó apodo, estigma ó nimbo,
encoroza ó corona mi cabeza;
pero que, honroso título ó estigma,
yo soy el solo que sin más le lleva,
el único que más no ha sido nunca
y el solo acaso de la edad moderna.
La poesía fué mi único vicio,
mas son mis versos mi única defensa,
á imponerme la prosa y el discurso
rigor fuera en vosotros, y en mí mengua.
¿Qué discurso ha de hacer quien no le tiene?
¿Sobre qué discurrir podrá, aunque quiera,
ni sobre qué podrá formar un juicio
quien por vivir sin él hasta aquí llega?
Yo, conculcando vuestras reglas todas,
me hice famoso; de oradía á fuerza
atropellé y amordacé á la crítica,
sofoqué á la razón y formé escuela;
inconsciente, es verdad, justicia hacedme,
jamás cátedra abrí ni fundé secta:
levantó el remolino de mis versos
de sectarios tras mí la polvareda.
Y vosotros, señores, sí, vosotros
mismos, alucinados por aquella
luz de farol que os pareció de faro,
chispa de hogar que os pareció cometa,
me abristeis este templo há siete lustros;
sed, pues, lógicos hoy; si vuestras reglas
por infringir, dos veces me llamásteis,
dejad que las infrinja la tercera.
Acordadme los versos; porque al cabo,
ya por la inevitable decadencia
natural de mi edad, ya de mi viejo
estilo con el nuevo por la mezcla,
ya, en fin, por el monótono y bastardo
metro en que en mi discurso de manera
voy verso y prosa á amalgamar, es fácil
que ni prosa ni versos os parezca.

II

Por poeta no más logré tal honra...
¡gracias por tal favor, noble asamblea!
Mas ¿sabéis bien quién soy?... porque en mí al hombre
no conocéis aún más que por fuera.
El poeta cargado de oropeles,
aclamado por turbas vocingleras
y á la humeante luz de las antorchas,
que siempre más que lo que alumbran ciegan,
os deslumbró; por moda me aceptásteis
ayer, y hoy por cortés benevolencia;
pero el hombre y sus obras constituyen
un aborto monstruoso y un problema:
juntos, parecen de su siglo cifra,
mas son una parásita excrescencia;
tal vez parecen bendición del cielo,
y resultado son de su anatema.
Permitid, tal cual soy, que me presente;
oídme la verdad, por más que os sea
increíble en mis labios; y en la mía
creed, aunque no se use la modestia.
La historia del poeta de sus libros
está en las hojas: ¡hojarasca seca!
no más las hojeéis; sólo dan polvo,
y no mi gloria, mi baldón son ellas.
Sin principio ni fin determinadas,
como sin intención sin consecuencia,
evocaciones son de la pasada
de escasa trabazón con la edad nuestra.
Divagador y descriptor difuso,
productor tan sin plan como sin ciencia,
y versificador tan laberíntico
que con versos labré rombos y trenzas,
si es flor mi poesía, es inodora,
rítmica y musical, mgs sin ideas...
Poeta sin doctrina ni enseñanza
útil al bien social, ¿de mí que resta?
Humo de antorchas y rumor de aplausos.
lo único que de sí rastro no deja:

el humo se disipa al exhalarse,
y el aplauso subsiste lo que suena.
No me habléis de mis obras; reunidas,
al ofrecerlas hoy, no halló su venta
ni patrocinador ni compradores;
de su poco valor no hay mejor prueba.
No me habléis de mis versos: ya en la plaza
no corren, ya no son papel-moneda;
y es claro: no tuvieron mira alguna
y tener no pudieron trascendencia.
Tal es la historia del poeta; y como
tiene que ir en la del hombre envuelta,
y la historia del hombre está en el libro
del alma... voy á abrirle y á leérosla.

III

Es una historia ilógica y sin cabos:
amalgama de luz y de tinieblas,
de fe y de dudas, de osadía y miedo,
de indomable tesón é inconsecuencias.
Yo nací para amar y ser amado;
yo concebí desde mi edad más tierna
que el calor del hogar y la familia
es el solo que nutre y que calienta.
Mi alma fué del amor y de la casa
no más por Dios para los goces hecha:
un rincón de la tierra con cariño,
un techo propio en heredada tierra,
un heredado ajuar, un nombre oscuro,
ningún anhelo de mi casa fuera;
amigos, pocos; enemigos, nadie,
y una vida vulgar, honrada y quieta;
reunir á mis abuelos y mis padres
un día con mis hijos á la mesa,
juntos orar, sufrir y gozar juntos
el calor del hogar en paz perpetua,
fué mi bello ideal desde la cuna;
y no ví en el Edén de la existencia
más que luz, esperanza, poesía,
y eterno amor en juventud eterna;
y al sentirme la voz en la garganta,
la fe en el corazón, y en la cabeza
la ardiente inspiración, como la alondra
en himno matinal solté mi lengua;
y amé cuanto Dios puso en torno mío,
canté del Universo la belleza,
el sol, la mar, los árboles, las flores,
cuanto absorto miré sobre la tierra.
¡Bello es vivir! ¡La vida es la armonía!
exclamé; y comentando las sentencias
del Evangelo y de la Biblia, puse
en el hogar mi dicha venidera...
Pero nunca en mi hogar con mi familia
viví; por vanos humos de nobleza
fuera de ella, educado entre los grandes,
mi casa, al fin, me resultó pequeña;
y al romper el volcán que fermentaba,
del hogar de mi casa solariega
extinguió de repente hasta el rescoldo
y sus cenizas dispersó la guerra.
Una guerra civil, feroz cual todas,
á mi padre arrastró tras su bandera,
á mi madre encerró tras de las nieves
de un monte, y en la atmósfera revuelta
me echó á mí como un átomo perdido;
mas yo, que de laurel semilla era,
eché raíz donde caí, y mi tronco
de ramas coronó la estación nueva.
Arbol de Apolo, me creí del rayo
libre, y del aire la mansión paterna
poder guardar, y los anillos rotos
soldar de la familia en la cadena.
En lustro y medio de voraz trabajo
que á mi patria asombró, ver logré en ella
volar mi nombre de la fama en alas,
é intenté realizar mi gran quimera:
alzar una pirámide de gloria
del solar de mis padres á la puerta,
y que al volver á él, hallaran limpias
mis manos, y mi honra y mi conciencia.
Hice milagro tal; pero fué inútil:
para no ver el resplandor siquiera
de mi gloria, cerraron de mi casa
por dentro los balcones y las rejas.
Toda España admiró mi fe y mi gloria;
¡mi raza nada más no quiso verla!
¡Fué la caída de Icaro, fué el agua
pretender conservar en una cesta!
Dios no quiso aceptar mi sacrificio;
Dios maldijo mis versos y mi herencia,
y me volví á quedar ante mi gloria
vacío el corazón y el alma huérfana.
Entonces en mi sér se efectuó un cambio
rápido y radical: la pura esencia
de mi amor al hogar y á la familia
se convirtió, no en odio, ¡más valiera!
de odio al amor, como de amor al odio
fácil, por ser extremos, es la vuelta;
yo sentí por la vida un vago hastío,
caí en la más profunda indiferencia
y desprecié mis versos y mi nombre,
la patria gloria, hasta la patria lengua,
y para ir á morir tendí la vista
á los desiertos páramos de América.
Entonces me llamásteis generosos
y alucinados por la vez primera.
¡pero yo abandonaba hasta las tumbas
de mis padres!... No oí: me hice á la vela,
y allá á morir me fuí... mas no á matarme:
Dios hará de mi vida lo que quiera;
Él fué quien me la dió; yo no la estimo
y por Él la conservo, no por ella.
Veinte años de mi patria viví lejos;
ni supe de ella más, ni inquirí si era
ya en ella recordado; de mi vida
que he dormido veinte años hago cuenta.
Y ¡qué sueño! ¡ay de mí! ¡qué pesadilla!
vagué entre tumbas á mi paso abiertas,
¡y cuanto allá me amó se hundió entre sangre,
traiciones, y calumnias y miserias!
Mas desperté y volví. Del hijo pródigo
la vuelta fué; con músicas y fiestas
me recibió mi patria generosa,
de flores alfombrando mi carrera;
y hasta vosotros hoy aquí, olvidando
mi ingratitud, me abrís vuestra asamblea;
pero por más que á mi decoro cueste
tal confesión, descrédito ó vergüenza,
una os debo de hacer como hombre honrado,
creáis ó no mi confesión sincera:
«ni allá ni aquí, por mí ni por mis versos,
he podido vencer mi indiferencia.»
Son trabajos forzados de mi vida,
una casi ridícula faena,
una labor de niños ó de locos
que hoy la gente formal casi desdeña.
Los versos de esta década han sufrido
tal envilecimiento y decadencia,
que al caer de la cumbre del Parnaso
se han ido á encanallar á la taberna,
y han procreado en el café flamenco
una vil poesía callejera;
todo está en verso ya: desde el anuncio
del sermón, al cartel del sacamuelas.
¿Qué me váis á decir? ¿Que ésta es sin duda
grande verdad, pero que nada prueba?
¿Que los versos no son la poesía?
No; pero son su vestidura regia;
Son de su jerarquía el atributo,
la pedrería son de su diadema,
de su manto real son los armiños:
la poesía por el verso es reina.
La versificación es la cuadriga
de corzas blancas en que va á las fiestas
la góndola de nácar en que boga
y las alas de cisne con que vuela.
El verso es noble y de divino origen;
de los dioses no más habla la lengua;
bebe con ellos néctar y ambrosía,
calza coturno y desparrama esencias.
Sólo en las Academias y Liceos,
Ateneos y templos, habló en Grecia,
y en Roma con Horacio y con Virgilio
bebió Falerno y conversó con César.
El verso que anda á pie, que coje barros,
fuma, se embriaga y riñe en las plazuelas,
no es el hijo de Apolo y de las Musas,
en un rufián de raza gitanesca;
y llamar al lenguaje tabernario
de sus ramplonas coplas chocarreras
y obscenos chascarrillos poesía,
y á sus engendros bárbaros poemas,
es poner manto real al barrendero,
al mochuelo tomar por oropéndola,
tomar por tulipán á la amapola
y los huesos de dátiles por perlas;
es á su real cuadriga enganchar asnos
para acarrear á los establos yerba,
en su concha poner huevos de rana
y sus alas de cisne á la corneja.
Yo no hago versos ya; los que dí al pueblo
alzar al sol le hicieron la cabeza,
y los poetas de hoy en nuevo rumbo
de progreso social á entrar le enseñan.
Los poetas de ayer éramos pájaros,
hoy filósofos son, casi profetas;
yo embelesé á mi pueblo con gorjeos,
los de hoy el sol del porvenir le muestran.
Verdad es, por su mal ¡y es el castigo
que da Dios á la altiva inteligencia!
que va un turbión de audaces rapsodistas
detrás del genio que descubre y crea;
y al viciar y enlodar sus creaciones,
va haciendo, al convertirlas en escuela,
de la antorcha del genio, lamparillas,
del alma sol del porvenir, linternas.
Por eso hace años que por mí y mis versos
no puedo dominar mi indiferencia;
y ya, sin fe, mi inspiración ahogada
mató su luz y me dejó en tinieblas.

IV

No imaginéis ¡por Dios! que es lo que os digo
hiel que en el corazón se me aglomera
por creerme pospuesto ó desdeñado
por la generación que me rodea;
no; yo he vivido siempre errante y solo
como el salvaje cárabo en la selva,
siempre encerrado dentro de mí mismo,
sin querer de mí mismo salir fuera.
Mas ¿qué no pude ser? *Don Juan Tenorio*
me franqueó en mi país todas las puertas;
yo me he parado en el umbral de todas
y he dicho á la fortuna: «vuelvo, espera».
Y no volví, me aguarda todavía
y yo la tengo aún la espalda vuelta;
mi popularidad estriba en eso:
en mi fría y salvaje independencia.
Yo vengo aquí como do quier he ido,
tal cual soy; como sombra de otra época
extraña ya á la actual; pero no sombra
sin espíritu, muda, sorda y ciega.
De mi siglo á través no paso mudo
porque el sér de mi siglo no comprenda:
callo, al pasar, porque callar me cuadra,
no porque brío ó que decir no tenga.
Dios me dió un corazón con fe y sin miedo
con un valor civil de estofa recia,
y no hay nadie en el mundo que algo valga
de lo que vale sin tener conciencia.
Decir no quiero lo que siento en vida,
por decirlo después desde mi huesa,
porque la voz del muerto entre los vivos
traiga de Dios y la verdad la fuerza.
Treinta años há se me hace una pregunta:
ya aquí... tengo que dar una respuesta.
¿Qué pienso de esta edad? ¿Vivo ó no vivo
en ella yo? ¿Por qué no influyo en ella?
Nuestras costumbres de espansión y holganza,
nuestra afición al ruido y á la gresca
y nuestro afán de echarlo todo á broma,
pienso yo que del siglo están ya fuera.
Responder con el chiste al argumento;
hacer arduas cuestiones bagatelas;
darnos todos por grandes, y tomarnos
por notabilidades y eminencias;
juzgarlo todo sin pararse en nada;
fiarlo todo á Dios y á como venga;
dejar pasar la vida haciendo tiempo;
tomar el sol punteando la vihuela
y la gloria falsear, poniendo la honra
de la nación de un diestro en la muleta,
bien podrán ser costumbres nacionales,
pero costumbres son que nos amenguan.
Una palabra más, y no temamos
á la verdad, por agria que nos sepa:
va faltando lo serio en nuestra vida
social, y el porvenir es cosa seria.

EL MUNDO DE ZORRILLA

Los claustros abandonados

Sí; ridiculizar todo lo bello,
de todos los respetos hacer befa
y caricaturarlo todo, haciendo
oposición á todo por sistema,
es traer al lodazal el blanco armiño,
es á quien nacen alas tirar piedras;
nada, en fin, respetar y osar á todo,
no es progreso social, es desvergüenza.
Treinta años há se me hace una pregunta;
me he resistido hasta hoy á dar respuesta:
¿Qué pienso de esta edad? No es ya misterio:
si de ella soy, ¿por qué no influyo en ella?
Porque tal es mi sér; porque no abrigo
ambición de poder ni de influencia;
porque nací para vivir al fuego
del hogar, y no al sol que agosta y quema.
Porque perdí la fe que me guiaba
y de mi vida equivoqué la senda;
porque yo ni del mundo ni del claustro
pude ansiar ni el alcázar ni la celda.
Para vivir cual genio de su gloria,
ó en la fe solitaria del asceta,
debí nacer dos siglos más temprano;
morir ó no tornar debí de América.
¿Qué ha de hacer con el oro y con la gloria
alma de envidia y vanidad exenta?
¡Si en mi hogar no hubo padres y no hay hijos!...
¿para qué quiero yo gloria y riquezas?

¡No me habléis de caudal hecho con cálculos,
números no metáis entre mis letras!
Yo le engendré y vendí á *Don Juan Tenorio*
por no perder el tiempo en echar cuentas.

V

Excusad tan excéntrico discurso:
no puedo ya cambiar naturaleza.
¿Qué más queréis de mí? Clara os he dicho
mi verdad, y podéis ó no creerla;
Soy el más popular y el más famoso,
pero el poeta soy de menos ciencia:
miembro inútil á ser en vuestro cuerpo
voy, si tal me aceptáis; tenedlo en cuenta.
¿Ya académico soy? Dios os perdone
error tan grato para mí; sincera
será mi gratitud cuanto me dure
la vida... ¡lo que ya no es gran promesa!
Pero aunque viva siglos, ya mi gloria
no podrás revivir, ¡noble Academia!
ni en el cielo del arte hacer de nuevo
brillar la luz de mi apagada estrella.
No arrancarán del alma las espinas
las coronas que nimben mi cabeza,
ni me hará creer el pueblo que soy grande,
siendo, cual son, mis obras tan pequeñas.

El Dulce Nombre de María

13 DE SEPTIEMBRE

¡Estrella de la mar, Virgen María,
de la infinita creación Señora!
Tu nombre es un raudal de poesía,
de fe, vida y placer engendradora,
y al corazón del hombre da alegría,
miel á sus labios, música sonora
á su oído, á su ánima consuelos
en el afán de sus mortales duelos.

Tu nombre es una música más grata
que cuantas escuchó la baja tierra.
Cuantos ecos la atmósfera arrebata
en bosque ó llano, población ó sierra;
cuantos el viento en su extensión dilata
robándoles al mar que les encierra,
no imitaron jamás la melodía
del dulcísimo nombre de María.

Yo quisiera encontrar en mi garganta
sonidos y palabras celestiales
para explicar la melodía santa
que atesora su nombre á los mortales.
Mas su nombre inmortal, ¿cómo se canta
con lengua y con palabras terrenales?
¿Cómo ofrecer al paladar del hombre
la miel que mana de su dulce nombre?

EL MUNDO DE ZORRILLA

Los castillos en ruinas

No existe sér cuya palabra impura
no manche su esplendor cuando le alabe,
ni encarecer su mística dulzura
torpe la humana inteligencia sabe,
ni en comprensión de humana criatura
la concepción de su excelencia cabe,
ni osar puede á tan gran merecimiento
más que la fe que asalta el firmamento.
Perdona, pues, emperatriz divina,
si para celebrar tu nombre santo
conceptos de él indignos imagina
mi comprensión al elevar mi canto.
Perdona si mi voz se determina
á ponderar tu nombre excelso tanto
con miserables símiles profanos
y en el lenguaje vil de los humanos.
Misteriosos incógnitos rumores
que componéis la mágica armonía
del globo universal: susurradores
murmullos de la noche, melodía
de los ecos del valle, zumbadores
gemidos de las auras, poesía
del son con que la hoja, el agua, el ave,
en lengua hablan á Dios que Él sólo sabe:
Prestad á mi garganta
el acordado ruido
de vuestra lengua santa,
de Él sólo comprendido:
la voz que sólo para Dios levanta
cuanto con voz por Él creado ha sido,
Prestádmela un instante,
porque la lengua mía
como vosotros cante,
y mi bárbara y tosca poesía
embelese la tierra,
procurando imitar la melodía
que en sus letras suavísimas encierra
el dulcísimo nombre de María.
Nombre de bendición y de esperanza,
como expresivo, santo,
mayor que todo extremo de alabanza,
de admiración y canto,
abarca y simboliza
en la expresión que encierra
cuanto la débil existencia hechiza,
cuanto del sumo cielo á ver alcanza
el mísero mortal desde la tierra.
Nombre más grato al alma y más sonoro
que la conmovedora salmodía
que en la nave del santo monasterio
alza de monjes reverente coro,
la fiesta honrando de solemne día
con los sones del órgano y salterio;
más grato que el arábigo perfume
que allí aventado en incensarios de oro
ante el altar brillante se consume,
cuyo humo azul en espiral se eleva
por el aire incoloro,
que á las sagradas bóvedas le lleva.
Consuelo del que llora,
del extraviado guía,
para el alma apenada que le implora
es ámbar y ambrosía;
y más que nombre bálsamo divino,
el erial de la vida fertiliza
y en la carrera del mortal destino
alivia las fatigas del camino
y las llamas del alma cicatriza.
Más deliciosa que la mansa calma
tras huracán bravío y estridente,
más que en el haz del arenal ardiente
la sombra de la palma.
¿Quién explicar ni comprender sabría,
ni con qué á comparar se atrevería,
en el lenguaje mundanal mezquino,
el misterio secreto, peregrino,
del dulcísimo nombre de María?
¿Oísteis por ventura
en la nocturna soledad serena
cantar en la espesura
de la floresta amena
á la alegre y canora filomena?
¿La oísteis en el viento
mezclar el suave acento
de su amoroso pío
con el trémulo son de la onda pura
con que el sonoro río
fecunda de los olmos la verdura?
Pues más dulce es aún que la armonía
del son del agua y del cantar del ave
la melodía mística y suave
del dulcísimo nombre de María.
¿Habéis guizdo acaso

del mar por las orillas
el descarriado paso,
lás blancas arenillas
con distracción pisando,
la música escuchando
y el manso movimiento
absortos contemplando
del oleaje lento
con que la mar en calma
distrae el pensamiento
é infunde, sus recuerdos inquietando,
memorias melancólicas al alma?
¿Habéis prestado oído
al hervoroso ruido
de la flotante espuma
que deja en el arena,
y que, antes que se suma
entre sus granos, suena
con bullidor murmullo,
á cuyo vago misterioso arrullo
embebecida el alma se adormece?
Pues música más dulce es todavía
que la del mar que arrullador se mece,
para aquél que le invoca con fe pía,
el dulcísimo nombre de María.
¿Imagináis, por suerte,
del náufrago espirante
que lucha con la muerte,
cuál es la penetrante
y rápida alegría
si ve poco distante
la nave protectora cuyo amparo
cable oportuno y salvador le envía?
¿Imagináis el ansia con que avaro
de salvación aprieta el cabo suelto?
¿Concebís el placer con que respira
al percibir que el cable le retira
de la salobre mar, y cuando vuelto
en sí, seguro en el bajel se mira?
Pues es más dulce al corazón humano,
náufrago errante por la mar sombría
de la miseria y del dolor mundano,
invocar el auxilio soberano
del dulcísimo nombre de María.
¡Dichoso quien le adora!
¡Feliz quien en él fía!
Dulce será su postrimera hora
y dulce su agonía;
y al cerrarse sobre él la sepultura
para emprender, temblando de pavura,
de la tremenda eternidad la vía,
María de su alma protectora
alumbrará su eternidad sombría.

PLEGARIA

María, cuyo nombre
como conjuro santo
ahuyenta con espanto
la saña de Luzbel,
escríbeme en el pecho
tu nombre omnipotente,
porque jamás intente
aposentarse en él.
María, Soberana
de cuanto el orbe encierra,
rocío de la tierra,
estrella de la mar,
tu nombre misterioso
será el fanal tranquilo
que alumbrará el asilo
de mi terreno hogar.
María, cuyo nombre
es fuente de pureza
que lava la torpeza
del frágil corazón,
tu nombre será el agua
que el mío purifique
de cuanta en él radique
maligna inclinación.
María, luz del cielo,
cuya brillante esencia
es luz de toda ciencia
y del saber raudal,
tu nombre sea antorcha
cuyo fulgor ahuyente
de mi acotada mente
la lobreguez letal.
María, cuyo nombre
es música más suave
que el cántico del ave
y que del agua el son,
tu nombre sea fuente
do beban su armonía
mi tosca poesía,
mi pobre inspiración.
María, á cuyo nombre
la divinal justicia
al pecador propicia
se inclina á perdonar,
tu nombre sea, cuando
la eternidad se me abra,
la última palabra
que exhale al expirar.

A MARÍA

—

PLEGARIA

Aparta de tus ojos la nube perfumada
Que el resplandor nos vela que tu semblante da,
Y tiéndenos, María, tu maternal mirada,
Donde la paz, la vida y el paraíso está.

—

Tú, bálsamo de mirra; tú, cáliz de pureza;!
Tú, flor del paraíso y de los astros luz,
Escudo sé y amparo de la mortal flaqueza
Por la divina sangre del que murió en la Cruz.

—

Tú eres ¡oh María! un faro de esperanza
Que brilla de la vida junto al revuelto mar,
Y hacia tu luz bendita desfallecido avanza
El náufrago que anhela en el Edem tocar.

—

Impela ¡oh Madre augusta! tu soplo soberano
La destrozada vela de mi infeliz batel;
Enséñale su rumbo con compasiva mano,
No dejes que se pierda mi corazón en él.

La margen del arroyo.

—

¡Qué dulce es ver muellemente,
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!
Ver cómo la yerba blanda,
En la margen se le inclina,
Y cómo crece
De violas morada banda
Que la linfa cristalina
Salpica y mece.
Los juncos de las riberas
En haz espeso apiñados
Se le encorvan,
Y las raíces someras
Evita por ambos lados
Si le estorban.
Insectos de mil colores
Con mil susurros campestres
Le dan ruido,
Y en vez de cuidadas flores
Rueda entre lirios silvestres
Escondido.
Y no han de envidiar sus olas
De cortesanos jardines
La hermosura,
Porque á cientos amapolas,
Jacintos brota y jazmines
Su frescura.
Ni han de envidiar á los ríos
Los alcázares y puentes
Que sustentan,
Porque esos mónstruos sombríos,
Más que coronar sus frentes,
Las afrentan.
Ni á las fuentes y cascadas
Sus tazas de jaspe y oro,
Ni sus rocas,
Aunque se vierten hinchadas
En estrépito sonoro
Por cien bocas.
Que ambas le cercan orillas
Entre agudas espadañas
Cortadoras,
Esponjadas y amarillas,
Altas y sonantes cañas
Cimbradoras.
Ni ha de envidiar á los mares
De buques la excelsa pompa
Y gritería,
Ni sus altos alminares,
Ni de su bélica trompa
La voz impía.
Porque tiene en un remanso
Sauces y olmos corpulentos
Encopados,
Que le hacen murmullo manso
Al suspirar de los vientos
Perfumados.
Y en vez de roncos clarines
Columpia trinando amores
La ancha copa,
De mirlos y colorines
Y vistosos ruiseñores
Pintada tropa.
¡Oh, dulce es ver muellemente
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo transparente
que va por la verde alfombra
Murmurando!
¡Oh, que es dulce contemplar
El agua los pies venir
A lamer,
Y susurrando pasar,
Y al intentarla seguir
La perder!
Y aquel bullir sin sosiego,
Y aquel seguir siempre igual
Su camino;
Y aquel transparente juego
Que hace el voluble cristal
Tan contino.
Y aquellas mil piedrezuelas
Que se arrastran y se empujan
Y se acosan,
Y aquellas redes y telas
Que en las arenas dibujan
Do se posan.
Y aquellas cintas de plata
Que en el perfil de las ondas
Finge el sol,
Donde entre gotas redondas
Duplica, aviva y retrata
Su tornasol.
Y aquella colgada oruga
Que en hilos imperceptibles
Baja á vellas,
Y al tocarlas las arruga,
Y al sentirlas tan movibles
Huye de ellas.
Y aquel insecto que nada,
Medio mosca y medio pez,
Sobre alguna,
Siempre en la misma jornada,
Y el paso más cada vez
Se importuna.
Siempre en el mismo lugar
En su afán sin concluir
Noche y día.
La oruga siempre en hilar,
Siempre el insecto en seguir
Su porfía.
Y aquel entorpecimiento
En que gozan los sentidos
Viendo tal,
Que duda el entendimiento
Si duermen al son mecidos
Del cristal.
¡Oh, dulce es ver muellemente,
De un olmo á la fresca sombra

Descansando,
Un arroyo transparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

—

¡Arroyo, es muy triste
Pensar junto á tí
Que así van las vidas
Rodando á su fin!
Hoy tiende en tu margen
Sus flores Abril,
Tus ondas perfuman
El lirio y jazmín,
Su sombra te prestan
Tus árboles mil,
Te canta armonioso
Su amor desde allí,
Bebiendo tus aguas
Libre el colorín,
Te arrulla sonora
La caña gentil,
Tu orilla es un fresco
Y ameno jardín,
Que el sol tornasola
De el alto cenit...
¡Pero ¡ay! que es muy triste
Pensar junto á tí
Que así van las vidas
Rodando á su fin!
¡Arroyo, así viven
Los que han de morir
Gozando embriagados
El tiempo feliz!
Vendrá Julio ardiente
Tu pompa á extinguir,
Y á impulso de oculto
Veneno sutil
Secarán tus lirios
Su tallo y raiz,
Perderá tu hierba
Su verde turquí,
Las rojas violetas
Su aroma y matiz
Iráse estrechando
Tu manso perfil,
Tus cañas y juncos
Vendrán á rendir
Encima tus aguas
La seca cerviz,
Y al fin tu corriente
En hilo sutil
Su curso en la arena
Vendrá á concluir...
¡Ve, arroyo, que es triste
Pensar junto á tí
Que así van las vidas
Rodando á su fin!

—

Arroyo, sigue corriendo
Por esa silvestre calle
De verdura,
Que abajo te están abriendo
Los cenagales del valle
Sepultura.
Arroyo, sigue bañando
Mientras te preste sus flores
Primavera,
Que al valle irá resbalando
Con sus galas y primores
La primera.
Ella nunca será más
Que un mensaje del verano
Fugitivo;
Pero tú, arroyo en el llano,
Lago en el valle serás
Siempre vivo.
Allí no tendrás jazmines,
Ni juncos, ni esbeltas cañas,
Ni amapolas,
Ni vendrán los colorines
A tus márgenes extrañas
Siempre solas;
Mas yendo y viniendo días,
Tú á merced de una fortuna
Siempre igual,
Tendrás suelo y ondas frías,
Bien sea arroyo ó laguna
Tu cristal.
Pues agua siempre has de ser,
Sigue por la verde alfombra
Murmurando,
Que es dulce verla correr
De un olmo á la fresca sombra
Descansando.

La Pasión de Jesucristo

CAPÍTULO X

Va Jesús al Calvario y es crucificado.

ERAN sobre las nueve de la mañana cuando el Procurador romano promulgó la sentencia de muerte contra Jesús. En Roma solían mediar dos días entre la promulgación de la sentencia y su ejecución; en las provincias parece no haberse observado esta regla; en lo que se refiere el proceso de Jesús no había que pensar siquiera en tal dilación, ya que si por una parte los príncipes de los judíos habían de emplear todos sus esfuerzos en que se ejecutase cuanto antes la sentencia, por otra la ocasión de la solemnidad de la Pascua en que estaban era la más á propósito para espectáculo semejante, no sólo por razón del ejemplo que se daba á la muchedumbre de gente aglomerada en la sazón en Jerusalén, sino por ser ésta, según los escribas, la mejor manera de santificar el día sagrado castigando al blasfemo que había insultado á la Divinidad arrogándose sus derechos (1). Conforme á ésto, apenas hubo Pilato intimado la sentencia contra Jesús, cuando se juntó inmediatamente en el átrio del Pretorio la cohorte romana, ó sea el cuerpo de guardia, venida aquellos dias de Cesarea, y á quien competía ejecutar las órdenes de su Presidente. Habiendo mandado el Centurión á cuatro soldados que se dispusiesen á ejecutar la sentencia de Jesús, fueron éstos, y quitándole arrebatadamente el mantón de púrpura que por irrisión le habían echado á las espaldas, le vistieron de nuevo su vestido ordinario, y con el cual había de ser llevado al suplicio; entretanto requerianse la cruz, los clavos, el martillo, las sogas, la escalera, y los demás instrumentos del horrible suplicio; hacíanse las provisiones de boca para el tiempoque hubiese de durar la guardia del reo, y se despachaban las órdenes convenientes para queestuviese á punto todo lo necesario para la ejecución de la terrible sentencia.

Finalmente, con Jesús habían de ser crucificados dos ladrones y salteadores de caminos de aquéllos que por aquellos tiempos infestaban el país de Palestina, ya hubieran sido condenados aquella misma mañana, ya en días anteriores, pero guardados en la cárcel para darles suplicio el dia de la Pascua, según solía hacerse. Tan triste acompañamiento sería, sin duda, casual; mas con ser así, no fué de poca afrenta para Jesús el ir acompañado al suplicio de gente tan ruín y desalmada, así como no sería de pequeño regocijo para sus enemigos verle en aquella humillación y afrenta.

Estando ya todas las cosas á punto, se dispuso el fúnebre cortejo. Era parte esencial del suplicio de la cruz que el reo llevase en sus propios hombros, y hasta el lugar del suplicio, el patíbulo en que había de ser crucificado. Acerca del modo ó forma de llevar la cruz no hay seguridad ni conformidad de opiniones; quizá no la hubo tampoco en los casos diferentes, ni en los pueblos ó naciones donde se ejecutó tal suplicio. Es sabido que algunas veces el que había de ser ajusticiado llevaba sobre sus espaldas el instrumento de su suplicio, ó más bien los dos palos ó maderos de que constaba, unidos por uno de los extremos y separados los otros dos, y en medio de ellos, como metida en un yugo, la cabeza del criminal, cuyas manos estaban atadas con sogas á los otros dos extremos que andaban sueltos y separados. No es ésta la forma en que la tradición ha representado á Jesús llevando á cuestas su patíbulo, sino que lo ha figurado con la cruz ya hecha, cargada en uno de los hombros, y apoyando ó sosteniendo con las manos el palo trasversal. Aunque nada puede decirse con seguridad en este punto, parece indicio ó prueba de que así llevase su patíbulo el Salvador, ya el hecho mismo de la tradición, ya la facilidad con que nos representa el Evangelio haber sido sustituído por otro en la carga ó conducción de él.

Ya que estuvo todo apercibido y dispuesto, y los reos se hubieron cargado con sus cruces y armádose los verdugos de los instrumentos necesarios para la ejecución del suplicio, dió el Centurión la señal de desfile y se puso en marcha la fúnebre comitiva. Va primero el pregonero proclamando en alta voz y á intervalos los nombres de los que van á ser ajusticiados, los crímenes que cada cual ha cometido y el suplicio que van á padecer. Junto á él, si ya no la lleva el mismo pregonero, ó quizá cada uno de los reos colgando al cuello, como solia á veces suceder, lleva otro sayón una tabla donde en grandes letras está escrito lo mismo que anuncia el pregonero, para que todos lo vean bien y escarmienten. Vienen luego los reos, acompañados cada cual de los cuatro soldados que le tienen á cargo y que le han de ajusticiar, yendo á la delantera Jesús como capitán de aquella triste compañía, siguiendo en pos de él los dos ladrones, y detrás, y en su contorno, la muchedumbre innumerable de curiosos y desocupados, entre los cuales no faltarían algunos de los príncipes del pueblo, sacerdotes y letrados de los que más parte habían tomado en el proceso.

La salida de los reos del Palacio del Pretorio hubo de tener cierta grandiosa, aunque lúgubre solemnidad. La aparición de Jesús era esperada con ansiedad febril y tumultuosa. Como la noticia de su condenación se había derramado inmediatamente por toda Jerusalén, corriendo por calles y plazas, por tiendas y bazares, por oratorios y sinagogas, esta noticia había atraído al Pretorio muchedumbre inmensa de gente, en especial de forasteros y advenedizos. Con esto, la oleada de gente reunida en el Pretorio era inmensa; todos porfiaban á ver salir á Jesús cargado con su patíbulo, empujándose para ello unos á otros, revolviéndose y arremolinándose, deseosos de contemplar de cerca al que de tal manera había excitado su curiosidad y alborotado sns pasiones. Al anuncio de que ya salía hubo en la muela de gente un instante de perturbación; un confuso murmullo se levantó entre la muchedumbre; todas las cabezas, como movidas por secreto impulso, se volvieron simultáneamente hacia un punto, y todos los ojos buscaron al que era objeto de su curiosidad. Fué aquel para Jesús un momento de angustia y vergüenza mortal, imposible de ser descrito ni ponderado con palabras.

Según costumbre admitida igualmente por romanos y por judíos, la ejecución había de hacerse, no dentro, sino fuera de los muros de las poblaciones y en sitio abierto y accesible á la muchedumbre; á esta ley quiso sujetarse Jesús, cumpliendo designios de altísima providencia, pero es probable que no se encaminase fuera de los muros de Jerusalén allá directa é inmediatamente, sino que diese alguna vuelta ó rodeo, ya que era estilo ordinario y parte principal de la crucifixión, antes de llegar al lugar designado para el suplicio, pasear los reos cargados con las cruces por las calles principales de la ciudad, no siendo obstáculo para esto la solemnidad de la Pascua ni la muchedumbre de gentío que se agolpaba en Jerusalén, antes razón de más para hacerlo al efecto del escar-

(1) Véase *Keim Geschichte Jesus von Nazara*, t. VI, p. 213.

miento público que se intentaba con el alarde del suplicio.

No bien cundió la voz del curso que había de seguir el fúnebre cortejo, la ola de gente, contenida por la curiosidad en torno de la entrada del Pretorio, empezó á desbordarse por las calles por donde había de ir Jesús, dilatándose por todas sus avenidas y encrucijadas y ocupando principalmente los sitios que eran más á propósito para contemplar el triste espectáculo. En medio de aquel tumulto y rebullicio de la gente salía del Pretorio la comitiva de los ajusticiados y comenzaba á desfilar por las calles de la barriada de Acra, próxima al Pretorio, y que era la más populosa y concurrida. Todas las plazas y encrucijadas, todas sus calles y pasadizos hervían de gente. En todas partes, en los umbrales de las casas, en las azoteas y terrazas, en las pequeñas alturas y eminencias del terreno, rebullíase infinito número de hombres y mujeres. La confusión y el desorden que reinaban era universal. Anhelosos de presenciar el terrible espectáculo, forcejeaban muchos por adelantarse, haciéndose lugar y rompiendo entre la gente; traveseaban unos por unas calles, otros por otras; buscaban éstos los lugares más eminentes, trepando sobre los miradores y terrazas, y atajaban aquéllos los caminos revolviéndose por el laberinto de pasadizos y callejuelas, á fin de ganar por la mano á los demás y antecoger el sitio más á propósito para satisfacer su curiosidad. Con esto el oleaje de la gente era enorme y no menor el ruido y la confusión. En medio de aquellas idas y venidas, á vuelta de aquel torbellino de pasiones que bullía en la mente y en los corazones de la abigarrada muchedumbre, una idea, un sentimiento, un nombre estaba en la mente y en los labios de todos. Todos ansiaban ver á Jesús, contemplar su lastimosa figura, notar por menudo sus ademanes y movimientos, y no perder ninguna de las particularidades del tremendo espectáculo que ofrecía su conducción al suplicio.

En tanto, la triste procesión se movía, ondeando como inmensa serpiente por las calles de Jerusalén, descendiendo de las alturas del Pretorio, y abriéndose paso por entre las oleadas de la muchedumbre. Eran las calles de Jerusalén torcidas y angostas, mal empedradas además, y no pocas en empinada pendiente. Estando completamente obstruídas de gente, hacíase muy difícil revolverse en ellas y abrirse paso, en especial para los pobres ajusticiados, que andaban cargados con las cruces. Así, cuando pasaban éstos, era necesario arrimarse todo lo más que podían á las paredes, apretándose y amontonándose la gente y causando enorme confusión, á fin de dejar franco el paso al fúnebre cortejo. Atravesando aquella masa de pueblo con la dificultad que se deja entender, iba caminando Jesús cargado con su suplicio y caminando lenta y trabajosamente. Rodeábanle por todas partes los ministros, soldados, sayones y ministros de justicia, mientras que él, fatigado el cuerpo con los trabajos y tormentos pasados, desvanecida la cabeza con el hambre y con la falta de sueño, molidas y hechas una llaga las espaldas, todos los miembros fatigados y doloridos, más que andando iba arrastrándose por las calles, el paso vago é inseguro, el huelgo acongojado, hinchado el rostro y sonroseado con la fatiga del caminar, y todo el cuerpo bañado en sudor que, mezclado con la sangre, le corría por todos sus miembros.

Según que iba desfilando por entre las hileras de la gente, la moción que causaba en los espectadores era más general é intensa. Una onda de inmensa amargura parecía desprenderse de la faz de Jesús, que reflejándose en los ánimos de todos, los bañaba en indecible tristeza. Al asomar por encima de las cabezas la espantosa cruz, todos los ojos se volvían á ella, delatando en la curiosidad de su mirada las pasiones terribles que se agitaban en los corazones; sobre todo, cada vez que el pregonero, dominando con su estridente voz la gritería de la plebe, pronunciaba el nombre de Jesús y la razón de ser condenado á muerte, una corriente de horror pasaba por los corazones de todos; las lágrimas acudían á los ojos de muchos, y los afectos más vehementes de lástima y de terror invadían los ánimos de todos. ¿Cómo era, en verdad, posible no llenarse el corazón de terror á la vista de aquel espectáculo? ¿Cómo olvidar que aquel hombre, á quien veían en tanta afrenta é ignominia, era el mismo á quien pocos días antes habían visto entrar en Jerusalén como regio triunfador, á quien habían vitoreado con festivas aclamaciones, y en honor de quien habían tremolado verdes renuevos de pacífica oliva y brotes de palma vencedora? ¿Cómo desconocer que era el mismo que por espacio de tres años había discurrido por toda la tierra de Palestina predicando santísimas enseñanzas, obrando curaciones prodigiosas, haciendo estupendas maravillas, sembrando por todas partes bendiciones y beneficios? ¿Cómo no recordar que aquellos ojos, que veían actualmente anublados con la sangre y con las lágrimas, eran los mismos cuyo dulcísimo centelleo habían colmado de consuelo y alegría los ánimos de cuantos acertaban á mirarlos; que aquellos labios, ahora sellados por el dolor y por la vergüenza, eran aquellos de los cuales brotaban palabras más dulces que la miel y más suaves y consoladoras del alma que cuantas han salido jamás de labios humanos? ¿Que aquél corazón, ahora cubierto de dolor y de vergüenza, había simpatizado con las tristezas, con las lástimas, con las miserias de todos, y remediádolas con la corriente de celestial consuelo que de él había brotado? ¿Que aquel cuerpo, en fin, al que veían tan ajado, tan maltratado y dolorido, era el más hermoso de entre los hijos de los hombres, asilo de santidad y depositario del alma más bella que se vió jamás en el mundo? Y al recordar todo esto, y al fijar de nuevo la mirada en el Salvador, y al verle tan mezquino, tan abandonado de todos, tan trocado de como antes le habían visto, ¿cómo no sentir vivísimo dolor y lástima y compasión entrañable? ¿Cómo no acongojarse de su desventura y condolerse y tener lástima de su desgracia?

Pero si eran muchos los que se condolían de Jesús y se compadecían y lastimaban de él, ¡cuán pocos serían, aun entre éstos, los que habían conservado su fe en él, el entusiasmo por su doctrina y la opinión de ser él el Mesías enviado por Dios para salvar y redimir á su pueblo! ¡No faltarían quizá quienes examinando todo el proceso de la causa de Jesús y de qué principios se había llegado á fines tan lastimeros, conocerían bien que todo ello había sido un amasijo de villanías é infames calumnias, y que á pesar del estado de vergüenza é ignominia en que le veían, era, sin duda, hombre santo, maestro enviado de Dios y salvador de Israel! Pero al lado de estos pocos, ¡cuántos de los que contemplaban á Jesús en aquel abatimiento y afrenta, pasado el primer momento de horror que causa naturalmente en el ánimo la contemplación de un terrible espectáculo, vueltos de su emoción, desviarían de él los ojos y le mirarían con desprecio, y aun se llamarían á engaño por haberle creído y tenido trato con él! ¡cuántos se afrentarían de su propia pasada credulidad y de haber juzgado por Mesías é Hijo de David á un hombre que era despreciado y odiado por la gente más autorizada de su nación y perseguido á muerte por los consejeros del Sanhedrín, y que por remate de su vida era llevado al patíbulo de la cruz para morir en ella ignominiosamente! Y al pensar en esta muerte, ¿quién sabe si viniéndole al pensamiento aquellas palabras: «maldito el que cuelga del madero», maldecirían á boca llena de Jesús y blasfemarían de su predicación y de sus enseñanzas y de sus virtudes y milagros? Terrible, en verdad, era la lucha de afectos y sentimientos que se libraba en el corazón de los más fieles y leales amigos de Jesús, y bien pudo el Salvador, anteviendo este conflicto, pronunciar aquella sentencia memorable. «Dichoso aquél que no se escandalizare en mí.»

En medio de este tumulto de gente, voces é ideas que bullen y se confunden entre sí, atraviesa Jesús las calles de Jerusalén muda la lengua, avergonzado el semblante, los ojos bajos, humillado y abatido en lo exterior, pero tranquilo, sereno, majestuoso en lo interior y en su conciencia. Fuera de él todo es ruido y desorden, dentro todo silencio y tranquilidad; fuera, todo confusión y violencia, dentro, todo paz, todo orden, todo serenidad. La muerte no es para Jesús término fatal de los acontecimientos, ni siquiera necesidad impuesta por el triunfo pasajero del mal sobre el bien, sino que es un sacrificio voluntariamente admitido y previsto, el término natural de la misión que ha tomado sobre sí, la perfección y el cumplimiento de los designios de Dios sobre su persona, tales como estaban de antiguo profetizados en las santas Escrituras. Toda su vida había tenido presente esta muerte, y mil veces la había anunciado con todos sus accidentes y pormenores. A sus ojos Él era el dón de Dios enviado al mundo para salvarlo; el buen Pastor que da la vida por sus ovejas; el imán divino que, levantado de la tierra y puesto en la cruz, había de atraer á sí á todos los hombres. Su sangre es la sangre del Nuevo Testamento que será derramada por los pecados de muchos. Su muerte es un sacrificio que ha de ofrecer por la salud y redención del mundo, y á derramar esta sangre, á ofrecer este sacrificio va de su voluntad con una resignación, una paz, una tranquilidad y divina conformidad del alma que no hay lengua que la pueda declarar ni sentimiento humano que la pueda comprender.

Siguiendo el camino señalado para la lúgubre procesión, iba Jesús cargado con la pesadumbre del infame madero, cada vez más oprimido y acorvado, el paso lento y vagaroso, flaqueándole las rodillas, y temblándole y sudándole todo el cuerpo. Siendo, como es dicho, las calles de Jerusalén estrechas y pendientes, torcidas y mal empedradas, la molestia del camino era cada vez más insoportable. En varias ocasiones, abrumado por el cansancio y molimiento, hubo de rendirse por la carga de la cruz; pero aguijado por la rabia de los soldados que le conducían, seguía su camino, aunque con sumo trabajo y dificultad. Mas hubo un momento en que no pudo más con su extremada debilidad y flaqueza. Esto sucedió cuando después de mucho revolver por la ciudad hubieron salido de ella por la puerta que llamaban de los huertos (Djennath), por razón de los muchos que había en sus cercanías, y que estaba situada al Oeste de Jerusalén, hacia el lugar destinado al suplicio. Poco faltaba para llegar á él; pero con ser tan poco, era tal la debilidad de Jesús, que los sayones hubieron de persuadirse de que era inútil continuar en la porfía, y así pensaron en aliviarle de la carga que llevaba á cuestas. Daba la casualidad de que en aquella hora entraba en Jerusalén un hombre que venía de sus haciendas ó labranzas; el cual, apenas fué visto por los soldados, cuando fué detenido por estos y obligado á llevar la cruz del Salvador. La cosa era de suyo vergonzosa, y más en aquellas circunstancias; pero hízolo el buen hombre, gozoso tal vez de aliviar el trabajo de Jesús. Este hombre llamábase Simón, y era natural de Cirene, y padre de Alejandro y Rufo, que fueron más adelante cristianos, y muy conocidos por su virtud y honradez.

Al tomar Simón sobre sí la cruz del Salvador, la parte mayor de la carrera era ya andada, y habíase pasado asimismo la porción mayor y más principal de la ignominia que llevaba aneja la crucifixión, que era el pasear el ajusticiado por las calles de Jerusalén llevando públicamente y sobre sus hombros el instrumento de su suplicio; mas para que no se quitase punto de esta ignominia, mandaron los soldados á Jesús que fuese delante de Simón, á fin de que supie-

sen todos que era él, y no el que llevaba la cruz, el condenado al infame patíbulo.

En esta forma, pues, prosiguió su camino el fúnebre cortejo. Iba delantero Jesús, como es dicho; seguíalo Simón de Cirene con la cruz; venían en pos los dos ladrones, y en su contorno ó seguimiento los ministros de justicia que tenían á cargo á los condenados. La muchedumbre que se agolpaba detrás era muy grande, pues aunque habían ya salido á descampado, y por consiguiente la gente andaba más desahogada que en las estrechas, tortuosas y renegridas calles de la ciudad, había acudido de los campos ó huertos vecinos gran cantidad de curiosos de los que, venidos á la celebración de la Pascua y no habiendo podido albergarse en Jerusalén, habían levantado allí tiendas y aduares para su vivienda.

Entre los concurrentes y curiosos señala el Evangelista San Lucas unas mujeres de Jerusalén, las cuales, á pesar de estar prohibido a los hebreos derramar lágrimas de compasión por los ajusticiados, al ver á Jesús en aquel estado tan mísero y abatido, no pudieron menos de condolerse de él, y deshacerse en lágrimas, despidiendo amargos sollozos y dolorosos alaridos. Al pasar por delante de ellas, Jesús las miró con ánimo tranquilo y sereno, y al contemplar su llanto y su aflicción, abriendo sus divinos labios les dijo: «Hijas de Jerusalén, dejad de llorar sobre mí; llorad más bien sobre vosotras y sobre vuestros hijos. Porque héos aquí que vendrán días en que dirán: bienaventuradas las estériles y vientres que no concibieron y pechos que no dieron de mamar; entonces comenzarán á decir á los montes: caed sobre nosotros; y á los collados: cubridnos.»

Con tales palabras indicaba Jesús el misterio de la muerte que iba á padecer. Por lo que á él tocaba, no era su suplicio un mal ni una calamidad afrentosa, ni mucho menos la pena de un castigo, sino el objeto de su perfecta obediencia y de su absoluto poder; si la temía no era tanto por el temor que causa la humillación y crueldad de muerte tan cruel, cuanto por la abominación del crimen que en ella iba envuelto. No era él, por consiguiente, quien merecía la lástima y la compasión. Eran éstas más bien debidas á los malvados jueces y príncipes del pueblo, que se la estaban ocasionando, los cuales, aunque al parecer triunfaban y se gozaban en su victoria, eran verdaderamente muy desdichados y espantosamente miserables. En verdad, la calamidad mayor que puede suceder al que obra el mal es el logro completo de sus perversos fines, puesto que cuanto más completo es el triunfo de la iniquidad, tanto es más abominable en sí y tanto más irrita y provoca la indignación de la eterna justicia. El crimen cometido contra Jesús no podía menos de ser merecidamente castigado, y como este crimen había sido, no solamente de los particulares, sino de toda la nación, toda la nación había de sufrir las consecuencias del castigo que preparaba la divina venganza; toda la nación había de sentir el peso de la sangre de Jesús, que las autoridades que representaban al pueblo de Israel habían proclamado públicamente que querían que cayese sobre ellos y sobre sus hijos. Este castigo lo veía Jesús venir á toda prisa en las terribles calamidades que iban á caer sobre la nación israelítica, en el asedio de sus poblaciones, en la mortandad de sus ciudadanos, en la peste, en el hambre y en la sed que iban á devorar millares de hombres, de mujeres y de niños, en la desesperación y agonía incomparable que iban á acabar con aquella nación eternamente desventurada. Y contemplando aquella serie de desastres, los más atroces que se han visto ni se verán jamás en nación alguna de la tierra, apartaba los ojos de sí, de los oprobios y afrentas que actualmente padecía, y aun de la infame cruz que le amenazaba, y poniéndolos en la terribilidad de dichas calamidades, las sentía amarguísimamente y convidaba á las piadosas mujeres de Jerusalén á que no llorasen por él, sino por sus propios hijos, que habían de ver y sufrir aquellas tremendas desgracias. Y después de haberlas así exhortado, una extraña visión figurábase en su fantasía. Imaginaba dos árboles, uno grande, grueso y corpulento, pero árido y decaído; otro joven, verde y lleno de vigor y lozanía. El seco y árido había, naturalmente, de perecer, y al contrario, vivir el joven y vigoroso; pero la astucia humana quiso matar á éste para que viviese aquél; determinó que muriese un hombre que llevaba en sí gérmenes de vida inmortal para que no pereciese una nación que estaba totalmente corrompida, y Dios, en los designios de su Providencia, permitió que se llevase adelante esta trama infernal para servirse de ella para los fines de su soberana misericordia. Porque si Dios permite el triunfo de la iniquidad no es para siempre. Si Dios castiga el pecado en su propio Hijo, con más razón lo castigará en la nación que se ha hecho abominable á sus ojos y que se ha condenado á sí misma á la desolación y á la muerte. «¿Si en el árbol verde, decía Jesús á las mujeres de Jerusalén, en el seco, qué se hará?» El judaísmo era el árbol seco y desechado, Jesús el verde y florido; el judaísmo parecía grande y robusto, pero en su interior estaba seco y podrido; Jesús aparecía pobre y abatido, pero contenía en sí esperanzas inmortales. La pompa y altanería del judaísmo pudo atraer las miradas de las gentes, pero al fin y al cabo no había de servir sino para acrecentar su castigo y hacer mayor su vergüenza é ignominia; mientras que las humillaciones y dolores de Jesús pudieron hacerle despreciable á los ojos del vulgo, pero de ellos había de resultar el engrandecimiento de la vida del género humano y la salud y regeneración eterna.

Era costumbre de los romanos y de los judíos igualmente ejecutar las sentencias de muerte fuera de la ciudad, pero en sitios donde pudiesen fácilmente, y sin mucho cansancio, ser presenciadas por el pueblo, porque éste sacase de ellas el conveniente terror y escarmiento. Elegíanse para esto las vías públicas y los sitios algo elevados y cercanos á los caminos de mucho tránsito, no lejos de las puertas de las poblaciones. Según parece, ni en Jerusalén ni en ninguna de las ciudades orientales había sitio expresamente designado para esto, sino que era elegido á voluntad del que mandaba ejecutar la sentencia. El escogido para el suplicio de Jesús y sus compañeros en Jerusalén, era una pequeña altura ó collado que por afectar la forma de cráneo ó cabeza humana era llamado vulgarmente Gólgota, ó sea calavera. Estaba situado al Oeste de Jerusalén, en la parte que mira al valle de Hinnon, hacia donde se va inclinando el terreno en suave pendiente, y al pie de él corría un camino ancho y espacioso y muy frecuentado de los que entraban y salían á la santa ciudad. Yendo del Palacio de Pilato, el camino más conveniente era por la puerta llamada Gennath, hoy puerta de Jaffa; este camino seguiría Jesús y por estas puertas pasaría si ya, como se ha indicado, se le hizo dar más largo rodeo para su mayor afrenta y tormento.

Al llegar la lúgubre comitiva á este sitio, dió el Centurión la señal de pararse, y á su voz hicieron todos alto. Es posible que antes de llegar los ajusticiados, aquel sitio y sus cercanías estuviesen ocupados por la muchedumbre, ansiosa de presenciar de cerca el espectáculo que en él había de verificarse. Si fué así, como es natural, al acercarse Jesús y sus compañeros de suplicio les fueron abriendo el camino, formándose en torno de ellos una gran muela de gente, mientras se descargaban las cruces y se preparaban los soldados á ejecutar en ellos su terrible oficio.

Mas antes de cumplirlo, y mientras que los soldados enarbolaban los palos de las cruces y apercibían todas las cosas necesarias á la ejecución del suplicio, sucedió un lance singular que, aunque de poca importancia en sí, dan cuenta de él los Evangelistas, y fué que preparada, sin duda, por personas amigas de Jesús, tal vez por algunas de las mujeres que le habían seguido en sus peregrinaciones y viajes, le fué ofrecida una bebida confeccionada con mirra muy amarga y vino. Debía darse esta bebida á los que iban á ser ajusticiados, por la virtud que tenía de enajenar ó entorpecer y embotar los sentidos; con lo cual se disminuían y mitigaban los dolores, hasta el punto de hacerse á las veces insensibles. Este brebaje confortativo preparado, como es dicho, por manos amigas y compasivas, fué dado á Jesús por los soldados, y no lo rehusó el Señor, antes lo aceptó con muestras de agradecimiento. Mas dice el Evangelio que habiéndolo gustado, no quiso beberlo; tal vez como interpretan algunos, á fin de sentir en toda su acerbidad y amargura, y sin ningún linaje de alivio, las pe-

EL MUNDO DE ZORRILLA

VIEJOS TORREONES

nalidades del tormento que iba á padecer, y dar la vida en toda la plenitud de sus sentidos y con toda la claridad y serenidad de su conciencia.

Mientras pasa esto, la oleada de la gente se apiña más apretadamente en torno de Jesús y de sus compañeros; un silencio glacial se derrama en el concurso, y los soldados, despreocupados y atentos á su faena, van haciendo los preparativos necesarios á la ejecución del tremendo suplicio, horror y afrenta del género humano.

Al llegar á este punto, y al fijar la vista en la escena que se va á seguir, apodérase del ánimo indecible terror; anúblase la inteligencia; la fantasía se turba y confunde, y se detiene y embaza la pluma ante la terribilidad de los tormentos que se preparan á la santa Humanidad de Jesús. ¿Quién será capaz de figurarse lo que es objeto de estupor á los mismos ángeles? ¿Qué entendimiento podrá entender jamás cómo el Engendrado desde toda la eternidad, aquél que vive por sí, en quien está la vida, y la vida es luz de los hombres, en quien todas las cosas viven y subsisten, va á someterse á las penalidades de la muerte, y á sufrir y desfallecer y morir finalmente entre tormentos y afrentas indecibles? ¿Qué lengua podrá expresar la inmensidad de los dolores que va á padecer la santa Humanidad de Jesús con aquel horrible tormento? ¿Quién no se perderá y naufragará en este abismo insondable? Aquí, sin duda, toda palabra es pobre y defectuosa, toda idea es pequeña y mezquina, toda imaginación se conturba y desfallece. Sólo el espíritu divino, que estaba presente é hipostáticamente unido á aquella humanidad, pudo conocer la profundidad de este misterio, y sólo la luz emanada de este espíritu es la que puede iluminar el humano entendimiento en esta confusión y tiniebla. Envíenos este soberano espíritu un rayo de esta luz, para que con ella la mente acierte á entender y la pluma á expresar, si no toda la realidad, una sombra ó vislumbre siquiera de los dolores y penalidades que va á sufrir Jesús en su terrible é imponderable martirio.

Enhiesto estaba ya y enarbolado el madero de la cruz, y bien fijo en el hoyo que para esto se había hecho, cuando procedieron los soldados á la ejecución del suplicio. Para ello principiaron por despojar á Jesús de sus vestiduras. En los pueblos de la gentilidad era usual dejar á los reos completamente desnudos; no así entre los judíos, los cuales permitían á veces dejar á los ajusticiados aquellos vestidos que exige naturalmente la modestia. Aunque Jesús fué ajusticiado según las leyes romanas, no es inverosímil suponer que se usaría esta delicada condescendencia con un reo á quien el Procurador imperial, aunque á vueltas de culpables debilidades, siempre había mirado con respeto.

Al ser Jesús desnudado por los judíos no pudo menos de sentir suma vergüenza é ignominia y no menos intensísimo dolor, porque como las vestiduras que le habían puesto después de la flagelación se le habían pegado y hecho un cuerpo con las llagas, al quitárselas fué necesario arrancárselas con violencia, reproduciendo y enconando las heridas, y encrudeciéndose los agudísimos y ya intolerables dolores.

Así desnudo, fué forzado á subir al madero de la cruz, sea por medio de una escalera, sea con la ayuda y esfuerzo de los mismos soldados, sus verdugos, colocándole á tal altura que pudiese descansar como cabalgando sobre una estaca que sobresalía de la mitad del palo recto de la cruz. En esta posición alargó el mismo Señor sus brazos divinales, tendiéndoles á uno y otro lado del palo trasversal, y entregándolos en manos de los sayones para que se los enclavasen.

Principió la terrible operación por la mano derecha. A fuerza de durísimos martillazos, que hacían retemblar todo el instrumento del suplicio, penetraba el clavo en el hueco de la mano, rompiendo nervios y venas, y descoyuntando los huesos de aquellas partes tan delicadas. El dolor producido por el taladro fué intensísimo é incomportable; manaba la sangre en abundancia; ensanchábase y profundizábase más la herida con los nuevos golpes, y continuando éstos, fué atravesando el clavo toda la palma de la mano, hasta quedar fijo y asido tan fuertemente que pudiese sostener el cuerpo del Señor. Taladrada la mano derecha acudieron los verdugos á la izquierda, clavándola con igual fiereza y dolor; y sujetas y enclavadas entrambas manos, pasaron á los piés y se los horadaron de igual manera, sea con un clavo cada uno de ellos, sea con uno para los dos, pues de ambos modos solía hacerse; pero con más vivo é intenso dolor que el sufrido en las manos, por ser más los huesos y tendones que se habían de atravesar.

Hecho esto, fijaron los soldados en la parte superior del palo vertical de la cruz que sobresale por encima de la cabeza la tabla en que había escrito Pilato el nombre de Jesús, y la calidad del crimen por el cual era crucificado. Acerca de lo cual pasó un lance que es registrado por los Evangelistas. Había Pilato escrito en dicha tabla las palabras siguientes: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos*, y las había escrito, no solamente en hebreo, lengua usual en Palestina, sino también en griego y latín, á fin de que todos los que no entendían aquella lengua, que eran muchos á la sazón en Jerusalén, pudiesen conocer el nombre del reo y el crimen por el cual había sido puesto en la cruz. Mas la tal leyenda enojó y alborotó furiosamente á los príncipes del pueblo; porque como en ella se daba á Jesús el título de Rey de los judíos, no declarándose si este título era legal ó ilegal, ni si los judíos le habían ó no le habían reconocido por tal á Jesús, creyeron que esto era ocasión de que los que leyesen la inscripción pensasen que realmente Jesús había sido Rey de los judíos, y como tal reconocido por el pueblo, ó sido por lo menos tenido por un personaje importante, representador de las aspiraciones y de las tradiciones nacionales, y á quien los príncipes de la nación habían sido impotentes á defender contra el poder y la influencia de los romanos. Esta idea les hería vivamente en su orgullo; por lo cual se fueron resueltamente al Procurador romano á quejarse delante de él de la forma en que había redactado la inscripción, y decirle que no debía haber llamado á Jesús *Rey de los judíos*, sino decir que Jesús se decía y apellidaba tal á sí mismo; con lo cual sabrían los que leyesen el título su significación verdadera. «Lo que he escrito, escrito está,» les respondió esquivo y amostazado el Procurador. A las cuales palabras no tuvieron los príncipes de los sacerdotes más remedio que bajar y humillar sus cabezas, conformándose mal de su grado con lo hecho y pasando como pudieron la vergüenza en que les ponía la malaventurada leyenda. Entre tanto quedó ésta fija en la cruz, pregonando á vista de los cielos y de la tierra, y en todas las lenguas entonces habladas en Jerusalén, que Jesucristo era verdadero Rey, dominador soberano del pueblo judaico y sustentador de la Divina Realeza que en aquel momento se estaba estableciendo y asentando en el mundo.

En el mismo tiempo en que los cuatro soldados encargados de la crucifixión de Jesús desempeñaban su cometido, hacían otro tanto con los dos reos compañeros del Salvador los soldados á quienes había tocado aquel triste oficio, crucificándolos de igual manera, el uno al lado derecho, y el otro á la izquierda de Jesús, quedando éste en medio cual si fuera su cabeza ó capitán, y cumpliéndose así lo que de él se había mucho antes escrito: «fué reputado entre los malhechores».

Hecho ya todo esto, quitáronse las escaleras que habían servido para el suplicio, recogiéronse las sogas, los martillos y demás instrumentos de aquel menester, y los soldados procedieron á tomar el premio de su faena, que era la repartición de las vestiduras de los ajusticiados, que les eran concedidas por la ley romana, cual si fuesen ellos los únicos y naturales herederos. Pobres eran las vestiduras de Jesús, reducidas á un manto exterior usado generalmente por los hebreos, y á la túnica interior, que solía llevarse pegada al cuerpo. Y con todo no fué fácil el repartimiento. Porque siendo cuatro los soldados que habían tomado parte en el suplicio, rompióse el manto en cuatro partes y dióse á cada soldado la suya; mas en cuanto á la túnica, como era de algún valor, hecha toda de una pieza, sin costura y tejida de alto á bajo, les dió lástima de romperla, y así la sortearon para ver á quian tocaría, cumpliéndose así lo dicho por el profeta: «Repartiéronse mis vestidos y echaron suertes sobre mis vestiduras». Después se pusieron á guardar el cuerpo de los ajusticiados, ora sentados, ora de pie, presididos por su jefe, el Centurión á quien Pilato había encomendado la ejecución, y teniendo cabe sí las provisiones y bastimentos para pasar todo el día.

Mientras tanto, quedaba el cuerpo del Señor en laexcelsa cruz, suspendido en el aire, expuesto á los abrasadores rayos del sol y sujeto á los atroces dolores del atrocísimo suplicio.

Las llagas de las cuales colgaba, bañadas del ambiente abrasador, hubieron de inflamarse rápidamente. Dilatadas las heridas con el peso y estiramiento del cuerpo, resentidos é irritados los nervios y todo el cuerpo horrorosamente agitado y convulso, crecía por instantes la viveza y la terribilidad de sus dolo-res. Cualquier contracción voluntaria ó involuntaria que hiciese trastornaba y ponía en conmoción toda la máquina de su cuerpo. No podía revolverse á ningún lado ni hacer el más mínimo movimiento sin hacer sus dolores más agudos é intolerables. Si cargaba sobre los pies, desgarrábanse más las heridas de éstos con los clavos que los sujetaban. Si se apoyaba en las manos, rompíanse más sus aberturas con el peso y esfuerzo del cuerpo que de ellas pendía. Así, no podía socorrer ninguno de sus miembros sino con mayor perjuicio de los demás, y aun de los mismos á quienes quería aliviar. De esta manera, con la postura violentísima de todo el cuerpo, las manos y los pies taladrados y descoyuntados, la cabeza en vago y sin arrimo, crugiendo y balanceándose al menor movimiento, no pudiendo cambiar de postura por espacio de tantas horas y sin esperanza de alivio sino el que traería consigo la muerte, no es posible de mil partes imaginar el punto de intensidad y vehemencia á que subirían sus atrocísimos dolores.

Por otro lado, tendidas y agarrotadas violentamente las extremidades, de una parte los humores del cuerpo se paraban y estacionaban en ellas, impidiendo la libre circulación de la sangre y aumentando las llagas é inflamándose éstas con nuevos y vehementísimos dolores; y de otra, como impedida y dificultada la circulación por aquellas partes extremas, afluyese la sangre con mayor cantidad y vehemencia á las que quedaban libres, este exceso de sangre, hinchando desmesuradamente las arterias, las congestionaba sobremanera, produciendo en el cerebro dolores agudísimos y vértigos y molestias indecibles, y en todo el cuerpo angustia y extremecimiento y desasiego espantoso.

Y más: esta dificultad de la circulación, que tales alteraciones y trastornos producía en las extremidades del cuerpo, las ocasionaba aún mayores en el centro, de donde partía, y en los vasos y miembros vitales. Porque como la arteria aorta, que recibe la sangre que le viene del corazón y la reparte y distribuye por todo el cuerpo, no podía, á causa de la dicha dificultad, admitir toda la cantidad del líquido que el ventrículo izquierdo incesantemente le enviaba, este exceso de sangre, represado y acumulado en aquel vaso, desconcertaba la regularidad y tranquilidad de su ritmo, forcejeando sobre el pulmón y sobre los vasos inmediatos, y causando

en ellos un malestar, una angustia y agonía más atroces é intolerables que la misma muerte.

Hasta qué punto llegó esta congoja espantosa con la prolongación del tormento, y de qué manera hubo de acrecentar los dolores del Salvador, no hay entendimiento que lo pueda entender, ni imaginación que sea capaz de figurárselo, ni corazón que al pensar en ello no se extremezca de horror.

De esta manera sujeto á tan agudos é intolerables dolores, estaba nuestro Rey y divino Salvador suspendido entre los cielos y la tierra, desangrándose y debilitándose por momentos, oprimido y acongojado el corazón, desflaquecida la cabeza, abrasados sus ojos con las lágrimas, y desgarrado el cuerpo y calenturiento y plagado de llagas, de heridas y dolores. Y mientras que así penaba en el tormento, hecho la lástima y el horror de los unos y el escarnio y la befa de los otros, presentaba á su Eterno Padre sus llagas, sus dolores y humillaciones, y extendía en las nubes del cielo el arco de su cuerpo bendito, todo enrojecido con la sangre que de los miembros destilaba, como prenda y memorial de la eterna confederación que en aquella hora se estaba realizando entre Dios y los hombres, y como señal de la lluvia de bendiciones y gracias que la Majestad divina estaba á punto de derramar sobre la tierra para fertilizarla y santificarla para siempre.

MIGUEL MIR
De la Real Academia Española.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

El autor del jabón del Congo, Víctor Vaissier, proveedor en título de S. M. el Rey de los Belgas, de S. A. el Rey de Tunis, etc., recomienda á su numerosa clientela pidan en todas partes los Polvos Congolanos, adherentes é invisibles, y el Extracto del Congo, perfume exquisito para el pañuelo.

Depósito central: Príncipe, 19 y 21, Madrid.

Respiraba, pero no vivia.

Sentimos que el espacio de que podemos disponer no nos permita dar por entero la siguiente historia. Ver al que escribe y hablar con él, merecería la pena de emprender un viaje á América. Condensar los hechos en corto espacio es tarea de bastante dificultad; pero no tenemos más remedio que intentarla, en gracia al interés que no dudamos ha de inspirar. Estos informes se han dado voluntariamente, y de seguro que muchos de nosotros podremos sacar de ellos más partido que de la relación del viaje de Stanley por el África. Es lo mejor dejar al interesado que dé cuenta de su experiencia en sus propias palabras, como hacemos en el siguiente extracto de un artículo que llamó mucho la atención en los Estados Unidos.

Helo aquí: «El día primero del año de 1883 pesaba 185 libras. Mis venas estaban llenas de buena sangre. Tenía la cabeza fresca, los nervios en buen estado, los músculos vigorosos. No encontraba dificultad en el trabajo y dormía perfectamente. La vida era un placer, como debía de serlo para todo hombre. Cuatro ó cinco años más tarde era una criatura miserable, inútil para mí y para los demás. Todo esto es hijo de una ignorancia imperdonable en una época de tanta ilustración. A principios de Febrero de 1883 empecé á sentirme malo. Me sentía pesado y triste, no podía trabajar y andaba como si estuviese rodeado de niebla. Me sentía molestias en el pecho, en los costados y en la parte baja de la espalda. Perdí el apetito, y las secreciones renales empezaron á dificultarse y á tomar un color subido. Pensé que había cogido un resfriado y que pronto se pasaría. Me equivoqué; no se pasó, y antes de dos meses estaba hidrópico.

Esto me hizo sufrir las penas de la muerte durante cuatro meses. El alimento más ligero me caía en el estómago como hierro frío. No había medio de removerlo. Estaba como un reloj cuando se le rompe el muelle real. Entonces vino un cúmulo de circunstancias á disgustarme y asustarme: mal gusto de boca, eruptos de gases nauseabundos; algunas veces sentía una especie de saliva ó mucosidad agria que parecía que me ahogaba; la piel se me puso amarilla, las extremidades frías, la lengua áspera; me daban mareos, me palpitaba el corazón y me parecía que me moría, como una vela que apaga el viento. Luego se presentó la falta de sueño con los horrores de pasar las horas de la noche escuchando el sonido incesante de un reloj. El escritor más hábil no hubiera podido describir mi estado. Así estuve cerca de cinco años. ¡Un muerto viviente! Pasaba por el valle de las sombras; respiraba, pero no vivía.

Sin embargo, luchaba. Probaba todos los remedios que sabía, sin dejar ninguno. Los amigos y los médicos trataban en vano de darme auxilio. Empecé á toser y creí que estaba tísico, como creyerou otros; pero no lo estaba. Puedo decir que hay miles que se curan por tísicos y tienen pulmones tan sanos como si fueran de acero. Debían curarse otras enfermedades. Un momento. Para entonces mi estómago estaba en tal estado que devolvía hasta la leche. El médico decía que tenía que aliviarme ó morirme pronto.

¿Cuáles eran las probabilidades? Ni el médico, ni yo, ni nadie las conocía.

A pesar de todo hoy estoy bueno. Cómo me he puesto bueno es para mí un misterio y seguirá siendo hasta que penetre el último secreto que á todos nos está guardado. La verdad es que no podía andar; sólo podía dar algunas cambayadas, hasta que me caía en una silla ó en la cama. Un amigo que vino á verme, me dijo: «Usted está muy malo; ojalá que lo hubiera sabido antes, pues temo que ya sea demasiado tarde. «¿Qué hubiera hecho usted?» le pregunté. El contestó: «Le hubiera dado á tomar el Jarabe curativo de la Madre Seigel, nada más. Sé que ha curado muchos casos parecidos, aunque ninguno tan malo como el de usted. «Lo probaremos, aunque sea tarde, dije yo.» Así se hizo. Una botella pareció que producía alivio. Pasaban días y yo perseveraba. Me empecé á aliviar. Dormía y comía algo. Salí de la tierra de las pesadillas. Un día en que estaba en casa de unos amigos, sintiéndome con apetito, por descuido comí demasiado. Temí que me mataba, pues era la primera vez que sucedía en mucho tiempo. Pasaban las horas, pero en vez de morirme, me sentí cada vez mejor y más fuerte. Continué con mi amiga la Madre Seigel y me puse bueno.

Solamente tengo que añadir que las nueve décimas partes de las enfermedades son indigestiones. Los otros males aparentes son sólo sus síntomas. Arránquese la raíz emponzoñada y perecerá el mal arbol. Esto lo hace el Jarabe de la Madre Seigel y yo lo sé.—(Firmado).—D. O. Alderson.—Sinks Grove, West Virginia, Estados Unidos de América.»

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del dades frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

Banco de España.

Agotados los cupones de los títulos de la Deuda interior al 4 por 100, y próximo el canje de ellos por otros nuevos, los que tengan depósitos de esta especie en las Cajas del Banco y deseen conservar sus títulos sin canjear, podrán avisarlo hasta el día 24 del corriente mes; en la inteligencia de que el Banco procederá desde luego al canje de todos los títulos de esta Deuda depositados, sin otra excepción que los correspondientes á los depósitos cuyos dueños avisen oportunamente que no se presenten al canje.

Madrid 18 de Enero de 1893.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

Banco de España.

Los interesados que tengan en depósito en este Banco los valores que se expresan á continuación, pueden presentarse en la Caja del mismo desde el día 18 del corriente, de once de la mañana á tres de la tarde, á percibir los intereses vencidos en 1.° del actual.

Inscripciones de la Deuda perpetua al 4 por 100 interior.
Obligaciones del ferrocarril de Almansa á Valencia y Tarragona, al 3 por 100.
Idem íd. íd., al 5 por 100.
Id. íd. de Zaragoza á Barcelona.
Id. íd. del Norte de España, 3.ª y 4.ª serie.
Id. de prioridad del ferrocarril de Zaragoza á Pamplona.
Id. del ferrocarril de Tudela á Bilbao, tercera serie.
Id. del íd. del Grao de Valencia á Almansa.
Id. íd. de Sevilla á Jerez y Cádiz, primera emisión.
Id. íd. de Langreo.
Id. íd. de Madrid á Zaragoza y á Alicante.
Id. hipotecarias del ferrocarril y minas de San Juan de las Abadesas.
Id. de la Compañía Trasatlántica al 4 por 100.
Id. hipotecarias de la Sociedad de Altos Hornos de Bilbao.
Id. de la Sociedad del Tranvía de Estaciones y Mercados al 5 y 6 por 100.
Id. de la nueva Bolsa de Madrid, 2.ª serie.
Acciones del ferrocarril de Madrid á Zaragoza y á Alicante.
Id. del ferrocarril de Langreo.
Idem de La Unión y El Fénix Español.
Id. de la Compañía general de Tabacos de Filipinas.
Id. del Banco Hipotecario de España.
Id. del Banco Hispano Colonial.

Madrid 17 de Enero de 1893.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

Banco de España.

El Consejo de gobierno ha acordado negociar pagarés del Tesoro, emitidos conforme á la ley de 12 de Mayo de 1888, al vencimiento de 15 de Abril del corriente año, con el descuento á razón de 5 por 100 anual.

Los pagarés son de 5.000 pesetas ó múltiplos de esta cantidad.

Se admiten pedidos en las oficinas del Banco, en Madrid y en las sucursales, directamente ó por medio de Agente de Bolsa ó Corredor de Comercio, adjudicándose los pagarés por el orden de presentación de los pedidos, y pagándose al contado con el descuento que corresponda por los días que faltan para el vencimiento.

Madrid 16 de Enero de 1893.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

El doctor **Chervin**, director del Instituto de Tartamudos de **París**, empezará en Madrid (Hotel de Rusia) el **6 de Marzo** un curso para la corrección en veinte días de la

TARTAMUDEZ

Para seguir dicho curso, es de rigor presentarse la víspera de su apertura; los retrasados serán aplazados para el curso de 1894.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis.

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea.

Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 8
1892

Fábrica de Guantes

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes para señores Obispos, Sacerdotes y colegiales.
Unica casa en Madrid dedicada á este artículo.
Guantes piel primera clase, tres botones, á 2 pesetas.
Idem bordados, á 2,50.
Para caballero, superiores, á 2,50.
Especialidad en guantes piel de caballo, cabrito, Suecia, gamuza y lana.
Corbatas última novedad.

CALLE DE FUENCARRAL, NÚM. 7

ELIXIR
DE
Protocloruro
DE HIERRO
CON HIPOFOSFITOS
DE VIVAS PÉREZ

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.*

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.--MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA, Farmacia VIVAS PEREZ

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G.° GIROD
Sucesor de Losada.

GRAN CERERIA

ESPECIALIDAD

en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABEJAS para el **Culto católico**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones.

Casa fundada en 1856. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar

Princesa, 40 SALVADO Y SALA Barcelona

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis

LA ARTISTICA
Calle del Caballero de Gracia, 8

ESTAMPERIA

Novedades en todo género de estampas en grabado, fotograbado, litografía, fotografía, etc., de las principales casas del extranjero.
Especialidad en asuntos religiosos.

IMÁGENES TALLADAS

Se reciben encargos garantizando su buena ejecución.

CATÁLOGO GRATIS · CARRETAS · ENVIOS Á PROVINCIAS

BAZAR MÉDICO · PRECIO FIJO · 35 · ALTIMIRAS ORTOPÉDICO · PRECIO FIJO

FRENTE Á CORREOS MADRID

PRIMERA CASA EN ESPAÑA

en instrumental de cirujía, fisiología, diagnóstico, óptica, higiene, ortopedia, antisépticos, vendajes, gomas, sillones y mesas de operar, y para imposibilitados, é inmenso surtido en artículos de curación. Procedencias acreditadas.

Especialidad en el tratamiento herniario por medio de vendajes, bragueros y fajas de gran comodidad, sistema «Altimiras», altamente recomendables por la ciencia médica.

Proveedor de clínicas y Hospitales del reino

PERUJO-ANGULO

DICCIONARIO
DE
CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes casi folio, tipos claros, **pesetas 110** rústica y **130** encuadernado.—TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
DE
ZOZAYA, (Editor).
PROVEEDOR DE LA REAL CASA
Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españole y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA
DE
VICENTE GARCIA MUSTIELES
(SUCESOR DE PÉREZ)
CALLE MAYOR, NÚM. 50
MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.
Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.
Se sirven los pedidos con toda prontitud.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 pts.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 150 ps. fs.
Un año..... 4 »

NÚMERO 3.º—Madrid 15 de Febrero de 1893

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 franco
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 »

SÉPTIMO ANIVERSARIO DEL FALLECIMIENTO DE DOÑA ERNESTINA MANUEL DE VILLENA

FUNDADORA DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

RETRATO DE LA INSIGNE FUNDADORA

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por Cesaldo.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Un libro nuevo, por M. Martínez Barrueta.—Nuestro arte religioso, por J. Ferrándiz.—A Fr. Luis de León, por Enrique Pregent.—Recuerdos de Monserrat, por J. Moreno de la Tejera.—Desde Manila, por F. Aguilar y Blasco.—Las mujeres de los sectarios, por A. Balbín de Unquera.—Evangelina, traducción de Carlos María Vicuña.—Estar de más, por Fernán Caballero.

GRABADOS

Séptimo aniversario del fallecimiento de Doña Ernestina Manuel de Villena. Retrato. Entierro. De cuerpo presente.—Casa Lonja de Valencia.—El Conde de Lemos.—La Charca.—Casino de San Sebastián.

LA QUINCENA

La muerte del insigne poeta Zorrilla ha cubierto de luto para todos los amantes de las letras patrias estas entradas del año de 1893, y no ha sido sola esta tristísima pérdida. Pocos días después, los periódicos nos sorprendieron con la noticia del fallecimiento de Concepción Arenal, señora gallega que unía, á un conocimiento profundo de varias ciencias y á gran facilidad para escribir, dotes singulares de modestia y un espíritu sensible y amigo de hacer el bien á sus semejantes.

Deja escritas varias obras, que son generalmente apreciadas, aunque no estén, á nuestro juicio, exentas de graves defectos, entre los que merece señalarse en primer término el *vago sentimentalismo* que la difunta escritora había tomado de ciertos poetas panteístas y de autores filántropos, sin que con esto queramos decir que doña Concepción Arenal fuese panteísta, ni que los estímulos que movían su pluma fuesen puramente filantrópicos. Por el contrario, doña Concepción fué siempre católica, y conforme á su vida ha muerto y sido enterrada cristianamente, según leemos en los periódicos. (Q. D. E. P.)

***

Los PP. Dominicos preparan la publicación de una Revista religiosa, científica y literaria, escrita en lengua francesa, que verá la luz en París, con la colaboración de todos los grandes escritores que honran hoy á una de las Ordenes más esclarecidas por su doctrina que hay en la Iglesia de Dios. La Revista será digna, seguramente, de los Hermanos de Santo Tomás de Aquino, y adquirirá desde luego una inmensa autoridad en el mundo culto. Se publicará por cuadernos de muchas páginas, y serán los cuadernos seis al año. Sería conveniente, á nuestro juicio, que los Dominicos españoles sirvieran á nuestro público esta excelente Revista vertida al castellano, con lo que prestarían inestimable servicio á la cultura de nuestra patria.

***

Dentro de poco tiempo se publicará también la tan esperada y ya famosa *Historia de la Pasión de Jesucristo*, escrita por el Presbítero Don Miguel Mir, de la Academia Española. Esta obra será un verdadero suceso literario nacional, como puede juzgarse por los hermosísimos capítulos, modelo de elocuencia española, que ha publicado LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA. Según nuestros informes, la *Historia de la Pasión de Jesucristo* aparecerá en un elegante y primoroso tomo, con artísticos grabados que ilustren el texto.

***

Los republicanos se han coligado, y de resultas han celebrado un *meeting*: y en el *meeting* Pí y Margall se ha despachado á su gusto contra la Iglesia Católica y contra todo lo que huele á cristiano. ¿Es este el camino para que los españoles simpaticen con la forma de gobierno republicana? Y sin embargo, es indudable la habilidad de los revolucionarios para formar reputaciones.

Los hombres que consiguen hacerse notar entre ellos, tienen segura una cosa: la fama de grandes hombres.

Y no hay que darle vueltas. Los mismos católicos y conservadores se encargan de poner el sello ó el visto bueno á la obra de los revolucionarios con las consabidas muletillas: «No seamos intolerantes; justicia para todos, y aunque sea en contra nuestra. D. Fulano es un loco, es peor aún: un hombre funesto; pero no puede ni debe negarse que es un grande hombre.»

Así corren las falsas reputaciones y se consolidan, y así se multiplica la raza de los grandes hombres.

¡Cuántos grandes hombres produjo la revolución de Septiembre!

Todos los que en ella figuraron en primera línea, se calzaron con el mote de grandes hombres.

Grande hombre fué Figueras.
Y también Castelar.
Y Moret.
Y Martos.
Y Ruiz Zorrilla.
Y Pí.
Y Sagasta.
Y otra infinidad.

Durante los famosos seis años no pasaba mes sin que perdiéramos diez ó doce millones de pesetas, y sin que apareciera en la escena política un nuevo grande hombre.

¡Váyase lo uno por lo otro!

¡Cuánto han costado á España sus grandes hombres!

Nos han salido, verdaderamente, por un ojo de la cara. Pirro decía: «Si gano otra victoria como esta, me arruino». El pueblo español puede decir: «A pocos grandes hombres nuevos que me salgan, me quedo el pueblo más chico de la tierra».

Y por esto, sin duda, hace algunos años que no se conceden tan fácilmente las patentes de grandes hombres. Lo cual desespera á Hidalgo Saavedra, y á Nackens, y á Chíes, y á otros muchos que se creen con perfecto derecho á tomar la alternativa de grandes hombres.

Por ahora hemos de contentarnos con los antiguos. Y Pí es uno de los que disfrutan de ese beneficio con más unanimidad de las gentes. Nadie se atreve á negar que Pí es:

Un carácter.
Un escritor maravilloso.
Un político serio.
Un hombre puro.
Y la lógica personificada.
Y, sin embargo...

Pí sabe perfectamente que las viudas y huérfanos que cobran haberes en concepto de clases pasivas lo hacen en virtud de un derecho legítimo, y á pesar de saber esto, quiere que no se les pague.

Pí sabe que lo que cobra la Iglesia es indemnización por sus bienes, tan bien adquiridos como mal arrebatados, y á pesar de saber esto, pretende y aconseja que no se le pague esa indemnización justísima.

Pí es partidario del derecho de asociación, y defiende la autonomía del individuo; y sin embargo, propone que se disuelvan por la fuerza las Comunidades religiosas, por suponer él que su fin es contrario á la naturaleza humana.

Y un hombre que cae en tamañas contradicciones y que aconseja tales horrores, es para muchos españoles un grande hombre.

Toda su fuerza está en una cosa: en decir las mayores barbaridades con la mayor calma y con el menor número de palabras posibles.

Si mañana se le ocurriera decir que España debe ser incendiada, no emplearía muchas palabras. Lisa y llanamente diría: «que se prenda fuego á la nación por los cuatro costados»,

Y se quedaría tan fresco.

Y muchos exclamarían:

—¡Qué admirable concisión!

Nosotros también queremos ser concisos. Usted, Sr. Pí, será un grande hombre; pero para calificarlo con una sola palabra, no hay más que repetir una vez su apellido, como si fuéramos tartamudos:

Pí-pí.

***

Luego se dirá que los católicos politiqueamos. Pero ¿es politiquear oponerse á la política anticatólica que pregona el Sr. Pí y Margall?

***

Reina un tiempo hermosísimo. Madrid goza de su gran diversión, que es el sol y el aire templado.

***

Un truhán, empresario de ferias, llevó á la de cierto pueblo una orquesta contratada. Llamó la atención del alcalde que uno de los músicos se arrimaba el clarinete á la boca, pero no tocaba. «Ese pillo de empresario, pensó el alcalde, nos ha estafado; ha traido aquí un músico que no es músico.» Y llamó al empresario y se lo dijo. Pero el muy tuno no se descompuso ni se desconcertó por eso, sino que con mucha flema contestó: «¿Con que no toca ese músico?..; Pues pida usted á Dios que no rompa á tocar, porque si lo hace, ni usted ni nadie podrá parar en el pueblo.»

CESALDO.

GRABADOS

Séptimo aniversario del fallecimiento de Doña Ernestina Manuel de Villena.

Retrato (pág. 33). *Entierro* (pág. 35). *De cuerpo presente* (pág. 37).

—

Los grabados que consagramos á la memoria de la insigne fundadora del Asilo de Huérfanos del Corazón de Jesús, y como tal propietaria de nuestra Revista, debieron publicarse en el número anterior, correspondiente al 31 de Enero último. Pero vino á impedirlo el suceso magno de la muerte de Zorrilla, cantor de las tradiciones españolas, y hubimos de variar á última hora toda la composición del número para dar cabida al retrato del insigne poeta, y grabados alusivos á sus hermosas obras. Cumplido aquel deber apremiante, es dulcísimo para nuestro corazón el cumplimiento de este otro, no menos sagrado. La memoria de Ernestina Manuel de Villena está en LA ILUSTRACION CATÓLICA siempre viva, y sus grandes ejemplos siempre á la vista, para no desmayar en estas penosas luchas de la prensa, que imponen tantos y tan continuados sacrificios. El día 27 de Enero de 1886 falleció aquel ángel de la caridad, honra y gloria de su sexo y de su patria; y para cuantos conocieron á Ernestina, su recuerdo es el más querido de todos, y su obra, bendita por Dios, se consolida y desarrolla de año en año, albergando cada vez á mayor número de huérfanos y ejerciendo la beneficencia cristiana cada vez en mayor escala. ¡Cuántos pobres disfrutan en estos días de comida sana y abundante en el comedor de la caridad que funciona en el asilo!

En 1887, con motivo del primer aniversario de la muerte de Ernestina, escribía el Sr. Osorio y Bernard:

«Veinticinco años consagrados al amor de Dios y al bien del prójimo constituyen la historia gloriosa de la mujer que en 1859 alquilaba por su cuenta una pobrísima casita para dar albergue á un niño huérfano, que después ampliaba con ajenos auxilios su obra caritativa, y que pudo morir con la halagüeña esperanza de que muy en breve se hallaría com-

pletamente terminado el admirable edificio de la calle de Claudio Coello. Para realizar semejante empeño, que en el orden material representa algunos millones, Ernestina tuvo la suerte de encontrar poderosos auxiliares en las señoras de la Asociación, que unieron al suyo sus nobles y levantados esfuerzos; en el ilustre arquitecto Marqués de Cubas, que dió la traza, dirigió las obras y contribuyó generosamente al pago de proveedores y jornaleros; en el eminente Castro y Serrano, que supo herir las fibras del sentimiento de muchos poderosos con su constante propaganda, convirtiéndoles en protectores del Asilo, y en las dignísimas personas encargadas de dirigir la actividad que se observa en la vida interior del Establecimiento. Todas las voluntades rindiéndose á la inquebrantable voluntad de Ernestina; todos los esfuerzos uniéndose en uno solo, que había de dar como resultado el triunfo de la caridad juntamente con el de la religión; he aquí el ímprobo trabajo que hoy aparece plenamente coronado por el éxito.»

Ernestina Manuel de Villena, según consigna en uno de sus artículos el ilustre escritor D. José de Castro y Serrano, no se retrató nunca; tuvo horror instintivo á que su rostro se fijase en placas ó lienzos, y cuando le instaban á que se dejase retratar, preguntaba sencillamente: —¿Y para qué?

Sin embargo, durante unos ejercicios piadosos que practicó en el Colegio de las Ursulinas, las monjas, utilizando la oportunidad de hallarse allí un fotógrafo para retratar á las educandas, alcanzaron por sorpresa fijar en la placa el rostro de la piadosa dama.

Queda además en el Asilo fundado por la misma la mascarilla de su rostro, admirablemente sacada pocas horas después de ocurrir su fallecimiento.

Para muchos, Ernestina está en opinión de santa, y á nuestro juicio, esta fama, lejos de disminuir con el tiempo, se ha de aumentar. La Iglesia es la que ha de decidir acerca de este punto; pero mientras tanto, ha de sernos permitido á los cristianos celebrar á la que fué, indudablemente, una mujer ejemplarísima y un ángel de la caridad, y que piadosamente pensando, estará en el cielo recibiendo el premio de sus muchas y excelentes obras.

Casa Lonja de Valencia.—(Pág. 40.)

Entre los monumentos que adornan é ilustran á la noble ciudad del Turia, ocupa lugar preferente la Casa Lonja, construcción medioeval de gran mérito que, más que una casa de contratación, parece una fortaleza, y que presta un carácter histórico bellísimo á la plaza del mercado, que es el orgullo de los valencianos y uno de los sitios más agradables y pintorescos de España. Si el exterior de la Lonja parece, como decimos, una fortaleza, su interior es el de un magnífico templo de tres naves, todo de piedra y con hermosos haces de columnas góticas sosteniendo las elevadísimas y gentiles bóvedas. La prosperidad mercantil de Valencia, en aumento siempre, como todo lo que es natural y espontáneo, da á la Casa Lonja una constante animación; allí se contrata diariamente por muchos miles de pesetas en trigo, aceite, frutas y toda clase de productos agrícolas. Valencia, que por su población y riqueza es ya la tercera capital de España, puede llegar á ser la primera á poco que una inteligente y activa administración municipal utilice los inmensos recursos naturales con que cuenta la ciudad, su puerto y la incomparable huerta, paraíso de España.

El Conde de Lesseps.—(Pág. 41).

¿Quién había de decir que el gran francés se viera comprometido al término de su carrera en un proceso por estafa? Sean las que quieran las consecuencias del mismo, la figura del gran ingeniero pertenece al número de aquéllas que irán agigantándose á través de los tiempos, hasta llegar á revestir proporciones colosales ante los ojos atónitos de las generaciones venideras. La concepción del proyecto del Canal de Suez, la decisión y la constancia para llevar á feliz remate pensamiento tan ñandioso, hacen de Lesseps el hombre quizás más grande de este siglo y su obra la mayor indudablemente de cuantas ha visto realizadas este siglo, que en el orden de los adelantos materiales ha podido contemplar cosas tan estupendas.

La Charra.—(Pág. 44.)

La charra es el tipo clásico popular de la provincia de Salamanca, señalado entre los de las demás regiones de España por la riqueza de sus galas y lo caprichoso de sus trajes. No es el verdadero vestido de charra el que se halla más usado en la extensa demarcación de Salamanca, sino que es propio de determinados pueblos y aldeas.

El traje de lujo, el que constituye, por decirlo así, el carácter de la charra, está reservado á las clases bien acomodadas y para los días de grande solemnidad. Suelen vestir de tal forma cuando van á la ciudad, y con especialidad en las funciones de Semana Santa y en las ferias. En Salamanca algunas señoritas visten elegantemente de charras en las mismas épocas y en Carnaval.

Llama siempre la atención la charra por el oro y las piedras preciosas con que adorna sus vestidos, observándose en esta parte una verdadera competencia entre las acaudaladas aldeanas.

Casino de San Sebastián.—(Pág. 45).

El magnífico edificio erigido en la capital de Guipúzcoa con el título que encabeza estas líneas, es un verdadero portento de arquitectura, lujo y comodidades. Lástima que tan soberbia construcción haya servido tan sólo para albergar distracciones y entretenimientos no muy en armonía con los preceptos de la moral cristiana. El Casino que empezó su vida de un modo fastuosísimo y amenazaba con eclipsar muy pronto el esplendor de otros lugares de disipación de fama universal, arrastra, desde hace dos años, una existencia lánguida; sabido es que augustas indicaciones vinieron á interponerse en la carrera frenética por donde iba despeñado, obligando á las autoridades á tomar cartas en el asunto y á encauzar la marcha del Casino donostiarra, por las sendas de donde nunca debe apartarse un establecimiento de esta clase.

El Casino de San Sebastián es uno de los edificios más lindos de la moderna capital de Guipúzcoa, y por eso le ofrecemos hoy á nuestros lectores.

ANTONIO DE OLMEDO.

Un libro nuevo.

De tal modo nos atrevemos á designar las *Lecciones de Literatura general y española* del docto catedrático de la Universidad Salmantina D. Rafael Cano, no obstante ser la cuarta edición de su obra la que recientemente se ha publicado.

Hace tiempo que conocíamos la obra del señor Cano en sus anteriores ediciones; pero en verdad que cuando hemos visto la última nos ha parecido un libro nuevo, teniendo en cuenta las modificaciones introducidas, si no en lo esencial de la doctrina, sí en la mayor extensión con que algunas cuestiones se estudian en la parte general, y las notables adiciones y detenidas críticas con que se ha avalorado la historia de la literatura patria.

El Sr. Cano, consagrado á la enseñanza, no ha perdido nunca de vista cuando ha escrito su libro las exigencias de la misma y los adecuados moldes á que debe reducirse la obra de texto; sus *Lecciones* son como el desenvolvimiento de un programa que le sirve de índice. Y tratando de dar una idea de este libro no está fuera de lugar que digamos que es su carácter el estar basado en la más sana doctrina acerca de la teoría literaria y de la esencia de la belleza, con la cual fácil es proceder con seguridad en la crítica histórica de las producciones del genio, huyendo de los vicios originados por una falsa y superficial ilustración.

No es nuestro objeto hacer una exposición detallada del libro que nos ocupa, y lo que únicamente está á nuestro alcance es trazar las líneas generales para darla á conocer como una obra de utilidad indiscutible y recomendable por todos conceptos.

Está dedicado el primer tomo al estudio de la denominada *Literatura general*, comprendiéndose bajo este estudio el de la Estética y la Preceptiva. Aceptando con el uso más generalizado el nombre de Estética para la filosofía de lo bello, si bien haciendo observar la impropiedad de tal palabra, se plantean las cuestiones relativas á la belleza, á su naturaleza y sus principios, siguiendo en orden la exposición de la teoría literaria, objeto especial de la Preceptiva, que establece las reglas adecuadas para cada uno de los géneros de manifestaciones bellas del pensamiento.

En estas materias, en las cuales las novedades introducidas en la edición cuarta no afectan á lo esencial, á la doctrina, hay que señalar la bondad del criterio con que se estudian, la bondad de la filosofía católica que informa la enseñanza de la literatura en manos del señor Cano. Y nadie puede dudar de la importancia y trascendencia de colocar tan sólido fundamento para levantar sobre él toda la ciencia de la literatura, resolviendo con acierto las grandes cuestiones relacionadas con el arte en el orden de bellezas más altas y trascendentales, pues del espíritu que anima la filosofía de lo bello depende toda la doctrina literaria, y de cada extravío del filósofo nace un sistema disparatado en Estética.

Por desgracia, y por lógica del error, también el sereno cielo de las artes bellas y de la ciencia literaria se ha visto invadido por los delirios de la razón humana cuando saliéndose de su ordenado ejercicio ha marchado fuera de sus caminos, y de tanta más importancia y necesidad es hoy, por esta causa, la publicación y propaganda de un libro como el del señor Cano, escrito para salvar los buenos principios y enderezar á la juventud estudiosa en la educación sólidamente científica, á sus más altos fines.

Un complemento muy exigido por la índole del plan con que se cultivan hoy estas materias, coloca el Sr. Cano en la primera parte de su libro, que es la ahora examinada, en la *Preceptiva*, acompañando la teoría de los géneros literarios de una noticia histórica de los autores que han brillado en las distintas manifestaciones de cada uno de ellos.

Precede, según el método más observado, el grupo de los géneros poéticos á las obras en prosa, incluyendo en este último apartado una ligera noticia de la literatura periodística y sus especiales condiciones. Bueno es que algo vaya diciéndose del periodismo, género tan complejo y de tanta influencia social en los tiempos modernos, y bueno sería que se hiciera alguna luz en su confuso campo para emprender la costosa tarea de separar de entre tanto como se escribe para la hoja periódica, lo que únicamente cae dentro de la noción literaria, en su sentido propio.

En la historia de la Literatura, en el segundo tomo de las *Lecciones* del Sr. Cano, que versan sobre el desarrollo de la literatura española, es donde realmente hemos encontrado mayor esfuerzo y más esmero para hacer una

DOÑA ERNESTINA MANUEL DE VILLENA

El Entierro

obra nueva de un libro que lleva cuatro ediciones publicadas. Y el Sr. Cano logra su deseo con las adiciones importantes que ha hecho á su *Literatura española* y con estudios críticos especiales acerca de determinadas materias.

Procuraremos señalar estos puntos capitales, si bien con la concisión á que deseamos reducir esta noticia bibliográfica, para no hacerla demasiado larga; mas antes nos parece oportuno dar idea de cómo concibe el Sr. Cano la historia de la literatura, formando de ella un concepto exacto, con el cual estamos completamente conformes.

Hemos indicado ya la importancia del estudio filosófico, del conocimiento de la Estética y de la teoría literaria en sí, y como necesario precedente para apreciar cómo en las obras del genio en un determinado pueblo se han observado las trazas del arte y las leyes y principios generales de la belleza. Queremos decir que para pasar á la historia de la literatura española hay que suponer poseída la Estética y la Preceptiva, y de aquí que según sean las doctrinas profesadas en las materias filosóficas relacionadas con la literatura, así caminaremos en la historia, y sobre todo en la crítica, único carácter con que creemos posible la exposición de las producciones bellas del pensamiento humano por medio de la palabra.

No es, ciertamente, la Historia literaria maestra de por sí, como puede serlo la historia de la humanidad; de los hechos literarios aislados nada se deduce, y de tal modo se les presentaría si la misión del historiador se concretase á presentar el catálogo de obras y de autores. La historia literaria ha de ser crítica, y esta crítica toma todo su valor y su carácter de los principios sentados y profesados en la filosofía del arte, en la Estética y en la Preceptiva.

El estudio crítico-literario con relación á un determinado pueblo, pide un cuadro general de la significación y valor de este mismo pueblo, como tal en el mundo de las manifestaciones literarias.

Y todo esto ha de hacerse cuando no se trata de una obra magistral, sino de un libro para la enseñanza, reduciendo á lo necesario todo lo que á erudición se refiere, pues de otra suerte es desconocer el fin á que se dirige la obra. Así se hace posible el acomodamiento á las circunstancias, dejando al profesor el ampliar lo que del libro juzgue conveniente, según aquéllas.

Esta es la historia de la *Literatura española* del Sr. Cano, escrita con recto juicio y vasto conocimiento de la materia.

Hemos ofrecido hacer algunas anotaciones de la parte especial del libro del Sr. Cano, y vamos muy ligeramente á cumplirlo.

Concede, y con motivo justificado, el señor Cano una especial atención á la transformación originada en la poesía por las ficciones caballerescas; y después de estudiar los orígenes, la caballería como institución religiosa y la nota distintiva de su historia nacional, observa el Sr. Cano la dificultad de formar juicio favorable acerca de la literatura hija del sistema feudal, por sus exageraciones fantásticas, su poca fijeza en conocimientos geográfico-históricos, y por aquella monotonía de aventuras y lances que constituyen su fondo.

En muchos otros capítulos de esta obra nos quisiéramos detener; en todos aquellos en que el estudio del Sr Cano ha sido más profundo y en los cuales ha logrado hacer algo nuevo y de propia labor.

Nuevo es también en este libro, el primero que tal estudio hace entre los que corren en las Universidades, el comprender la literatura contemporánea, la primera mitad del siglo XIX, haciendo fijar la atención en el carácter general de este ultimo periodo, en el que tienen desenvolvimiento y continuación todos los gérmenes que legó la civilización de la pasada centuria.

El P. Blanco abrió el camino para la crítica de la literatura de nuestro siglo, lanzándose en una investigación nueva, á la que tantos deseaban se llegase muy pronto; el Sr. Cano, siguiendo al ilustre religioso agustino, lleva el estudio de las obras del siglo XIX á la enseñanza de la literatura.

No queremos terminar sin consignar el especial estudio que del teatro hace el Sr. Cano desde los orígenes, y siguiéndole en las diversas épocas de nuestra historia literaria; pondera su marcada influencia en las costumbres, y mueve tan valioso resorte de la educación social hacia los únicos ideales que debe tener la escena dramática. Pero lo que más es digno de señalarse, porque al Sr. Cano corresponde el modo acertado de trazar la cuestión, es el cuadro ordenado que nos ofrece al considerar el romanticismo en el teatro; va siguiendo sus pasos, y reduce los períodos de su vida á los cuatro autores que los representan: el duque de Rivas, García Gutiérrez, Hartzenbusch y Gil Zárate. Va más allá aún, y dominando la clave para apreciar este asunto, llega á señalar los pasos del romanticismo en las obras principales de los dramaturgos citados.

Para nosotros abarca la *Literatura española* del Sr. Cano lo que abarcar debe, dado el campo á que por necesidad ha de reducirse, y mucho más en un libro de texto; claro está que la *Historia de la Literatura española*, en su más ámplio sentido, debe llegar á donde llegue el habla castellana, estudiar también las literaturas regionales y buscar los precedentes de la literatura patria en las de otros pueblos que vivieron antes.

Si de algo vale el aplauso de un discípulo tratándose de la obra de un maestro, reciba el Sr. Cano nuestra felicitación sincera y la expresión de nuestro deseo, que no es otro sino el de ver coronados por el éxito sus esfuerzos en pro de la enseñanza católica de la literatura.

M. Domínguez Berrueta.

Nuestro arte religioso

XXII

Conclusiones.

El primer artículo de esta serie comenzaba así:

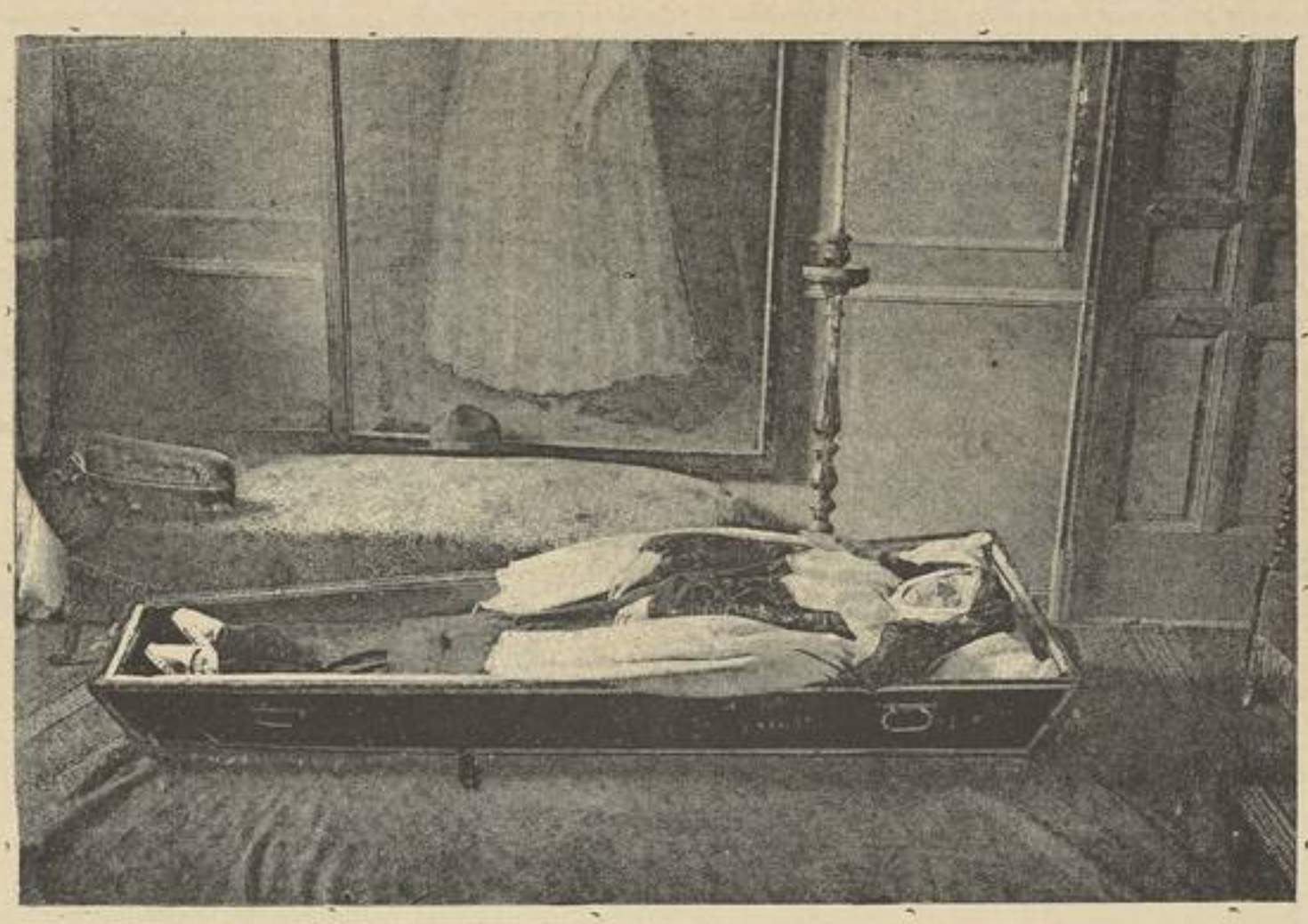
«Sería inútil negarlo, y es más conveniente confesar con absoluta franqueza que nuestros días pertenecen á la ya larguísima época de extravío, desconcierto y carencia de ideales que tanta confusión introdujo en el hermoso campo del Arte Cristiano.»

«Si un movimiento vigoroso, añadía, y en lo posible rápido, no encauza las corrientes artísticas, la misma reacción que está verificando resultará estéril...»

Creo que este movimiento enérgico ha da ser sabiamente dirigido; que la dirección ha de ser tan autorizada como pide lo importante de la moción, y que nadie tiene en la Iglesia esa sabiduría y esa autoridad más que los que están arriba y cumplen la misión de regirnos. Pero mientras creen llegada la hora de tomar fecundas iniciativas, á los que sienten el estímulo del celo amoroso por la casa de Dios toca, según las fuerzas con que se sientan, librar las primeras batallas contra la corrupción y exponer lealmente las soluciones que su buen deseo les dicte, y sea luego lo que quiera.

Esta es la parte de mi tarea que resta para darla por terminada. Seguiré en ella, para no confundirme, el mismo orden que en la expo-

DOÑA ERNESTINA MANUEL DE VILLENA



De cuerpo presente

sición de los males, al proponer modestamente, sin pretensiones de infalibilidad, ni siquiera de mediano acierto, algunas bases, sólo algunas ideas generales que puedan servir como de esbozos ó puntos de vista en el trabajo de regeneración artística que se impone, y que otros han de emprender cuando suene la hora tan deseada.

Pero ante todo, creo que debo decir algo con toda claridad, aunque me excomulguen muchos rutinarios, sobre el elenco de los medios de que casi todos los modernos creemos disponer siempre que se trata de hacer algo. El primero es el inevitable nombramiento de una comisión de eminencias; después viene la redacción del imprescindible informe ó Memoria, ó lo que fuere, en que se dice lo que ya sabe todo el mundo, para venir á parar en la creación de cátedras, escuelas, juntas inspectoras, subcomisiones y demás organismos mayores y menores, que cuando llega, si es que puede llegar la hora del trabajo, no hacen, como se ha visto hasta en la esfera de algunas agrupaciones católicas, cosa alguna de provecho.

Porque esos organismos constarían necesariamente, en su mayoría, ya que no en la totalidad, de hombres de nuestro siglo, del cual se puede muy propiamente decir con la Sagrada Escritura, que *toda carne se ha corrompido*... en materia de artes. Y como, según dice con gran acierto de la arquitectura Menéndez Pelayo, «no se inventan fácil y artificialmente estilos nuevos del arte más colectivo del mundo y el más indócil al capricho individual», y como esto mismo es casi exactamente aplicable á todas las otras artes de la forma y el color, hijas ó parientas muy cercanas de ésta, é igualmente á la música, bien puedo creer, *salvo meliori*, que si no hubiera otros caminos, y debe haberlos, aunque no soy yo el llamado á descubrirlos, ya podíamos echarnos en el surco y dejar estóicamente que el arte se precipitara en el abismo de la moderna barbarie.

¡Medrados estaríamos si al tratarse, por ejemplo, de corregir abusos inspeccionando para previa censura trabajos arquitectónicos, erigiéramos en juez á la Academia de San Fernando, que muy ufana dió su aprobación á la fachada ignominiosa del Teatro Real, como á tantos otros delirios de arte, como á tantas estatuas reprobables, á tantas pinturas *sagradas*... al estilo de las de San Francisco el Grande! ¡Qué juicio harían de las obras musicales los académicos que son autores de misas llenas de romanzas, arias y duetos sobre motivos de ópera! Y si esto nos sucedería en el centro de la cultura artística de estos reinos, ¿qué podríamos esperar de las comisiones de monumentos que hay en esas provincias de Dios?

Muy sensible me es decirlo, pero quiero adelantarme á los seculares hostiles á la Iglesia, que pudieran arrojármelo como argumento y dudar de mi sinceridad; mucho lo siento, pero confieso que entre el Clero, que hoy apenas sabe algo de canto llano, cuanto menos de arquitecturas, que gracias á la miseria en que el poder civil tiene los Seminarios, no puede estudiar arqueología ni arte cristiano (que no es lo mismo), y que en virtud de esta deficiencia consiente muy complacido y alienta con la más cándida buena fe los mayores anacronismos, absurdos y profanaciones, engañado por negociantes y artífices, por músicos y adornistas, despreciando ó mal vendiendo ricas joyas, que hoy están en poder de seglares, y lo que es peor, extranjeros; en el Clero, repito, cuyos miembros son más, mucho más ilustrados de lo que se cree y de lo que sería otra clase sumida en semejante pobreza, pero entre los cuales son una excepción los que saben de qué estilo es la iglesia en que ejercen su ministerio, no es fácil tampoco hallar la suma de inteligencias peritas que sirvan de núcleo en cada provincia eclesiástica para llevar á cabo tamaña obra, al menos en este momento.

Hecha esta necesaria salvedad (y cabrían otras varias) en cuanto á las generales de la ley, procedo á particularizar mis afirmaciones, empezando por la arquitectura, que es el arte madre.

La Iglesia, es cierto, no ha legislado acerca de cuál sea el estilo más propio del templo, y ha dado hasta ahora gran libertad en este punto; pero á la altura que nos encontramos en la historia de nuestra Santa Religión y en el estado en que se hallan las artes, se puede muy bien sostener sin miedo á error y desear que trasciendan á la práctica las siguientes bases: el estilo árabe, el indio, el persa, el egipcio, el ruso, y, en fin, todos los orientales, lo mismo que la indefinible enciclopedia arquitectónica moderna y el barroco ó churrigueresco, deben ser absolutamente proscritos de todo edificio eclesiástico, aunque no sea precisamente el templo.

El mudéjar y el muzárabe, por su historia entre nosotros, que los relega ya al panteón de la Arqueología porque son, no estilos, sino degeneraciones, ó, si se quiere, maneras, y el Renacimiento, de triste memoria, merecen el mismo juicio; y en cuanto al bizantino, que es sólo una decadencia, ahora respetable por su antigüe-

dad, si bien se discute mucho sobre si debe ó no ser cultivado, la mayoría de los artistas y arqueólogos opinan que, cuando más, es admisible el que representa la Catedral vieja de Salamanca; y por cierto que muy discretas manos han de ser las que lo traten si ha de quedar bien parado. Lo que hoy se construye con el nombre de bizantino, como el proyecto de la Basílica de Atocha, es sólo un abominable delirio, producto de la ignorancia, el mal gusto y la atonía del ideal.

Las construcciones antiguas, poco ó mucho y estimables, de estos estilos, las que ostentan la mezcla de algunos otros, aunque respetables por sus años, y las que no sea fácil reemplazar ó reformar, claro es que deben ser respetadas; y, cuando más, se ha de procurar arreglarlas y amueblarlas de manera que ganen tanto en aspecto religioso como en uniformidad y ordenada belleza.

No se deberá consentir sino con carácter muy provisional la erección de templo alguno sin estilo arquitectónico bien determinado, y lo mismo si el arquitecto quisiere fantasear é inventar nuevas formas.

Aunque hoy casi todos convienen en que el gótico, sobre todo en las formas de los siglos XIII, XIV y XV, es el estilo cristiano por excelencia, todos, hasta los protestantes y otros sectarios, es asimismo indudable que los tres órdenes griegos dórico, jónico y corintio, el toscano y el greco romano ó compuesto, bien puros (suponiendo que sea fácil determinar exactamente su pureza), bien retocados por la posteridad y con las conquistas que los embellecieron, como el arco de medio punto ó los rebajados, la bóveda y los adornos sobrios y elegantes, universalmente admitidos en todos ó en cada uno de ellos, son formas respetables por su antigüedad, y porque, dígase lo que se quiera, exceden á todas las más antiguas y no han sido superadas en belleza por las posteriores; formas que el Cristianismo empleó en sus primeras Basílicas, y aún las ostenta en templos celebérrimos más modernos, y que, por último, bien tratadas son susceptibles de producir la belleza eminentemente religiosa y tan austera como sea necesario, si un espíritu de verdadero artista cristiano se sirve de ellas. Esto lo demuestran millares de iglesias antiguas y relativamente nuevas esparcidas por todo el mundo.

Cualquiera que sea el estilo que se emplee de estos nueve ú once disponibles (los cinco clásicos, las tres ó cinco divisiones del gótico, y si se quiere, el bizantino arriba dicho), el edificio religioso, y sobre todo el templo, deberá ser correcto y puro, uniforme, simétrico, amueblado y dotado de accesorios convenientes y adecuados á su estilo (con pocas y muy razonadas excepciones), ó de órdenes muy semejantes y que no produzcan discordancia ó desentono y falta de belleza, de propiedad, de carácter y de simetría.

Debe discutirse mucho antes de adoptar una prudente resolución, acerca del *neo clásico*, ó intentona que en el siglo XVIII, y por muy poco tiempo, prevaleció por los esfuerzos de algunos enamorados de Herrera ó pagados de la restauración que intentaron los Borbones de Francia. Hay de esa etapa artística ejemplares bastante aceptables de los cinco órdenes, y no falta por eso quien opine que hasta ahí, y no más allá, podría llegar cierta benévola tolerancia.

Mucho tino creo yo que sería en esto necesario.

Se impone la purificación de todas las iglesias góticas ó bizantinas, de piedra, y aun de ladrillo, forradas con obra más ó menos falsa, de formas clásicas, pseudoclásicas, del Renacimiento, como aparecen gran parte de las del reino de Valencia, ó de formas neobizantinas, cual la catedral de Lisboa. Es este un desagravio por los atentados monstruosos como el que aún sufre la catedral Valentina, perpetrados durante aquella época, funesta para el arte, que podemos bautizar llamándola del odio á la Edad Media, y sobre todo al gótico.

Todas las restauraciones que se hagan en lo sucesivo deben regirse por este criterio á restituir á las obras su primitiva pureza y carácter, y si son de ladrillo encalado, á darles formas correctas, y sustituir todos los accesorios inconvenientes ó corrompidos que no tengan importancia histórica ó religiosa con otros adecuados y correctos. La libertad artística soñada por algunos, y no rechazada por todos los que debieran, es una aberración madre de toda licencia y extravío.

Vengamos ahora á los materiales de construcción.

Todo templo debiera ser de buena y dura piedra, pero si en los que obedecen á los cinco estilos clásicos es tolerable el ladrillo revestido, y en nuestros días lo sería acaso (usada con arte y suma prudencia) alguna materia nueva en la construcción, como el cristal, la piedra artificial buena, ó alguna otra, después de bien experimentada, en las obras góticas ó bizantinas no debe entrar más que la piedra en dovelas visibles y de un solo color, el suyo natural. Los mármoles blancos ó alternados con los de distinto matiz, y adornados de bronce, sólo son propios de edificios que ostentan alguno de los cinco estilos. La obra llamada cal y canto, la de ladrillo y otras inferiores no deben figurar en el interior del templo ó pieza noble de un edificio religioso. En algunas construcciones góticas ó bizantinas sencillas podría emplearse el ladrillo blanco de tamaño ordinario, solo ó alternado con la piedra, y también es posible y más en carácter hacer piezas de mayor tamaño, á manera de dovelas; pero nunca se debiera usar el ladrillo rojo, fino ó basto, solo ó acompañado, ni aun para el exterior.

Sólo obligados por la necesidad debiéramos permitir la erección de templos de ladrillo revestido, y en este caso, no dejando visible el yeso ó cal, cuya blancura se ensucia pronto y es nociva á la vista; no aparejado de estuco blanco, que es profano en demasía, sino de color conveniente que imitase bien y á permanencia un material de uso frecuente y permitido. Los colores chillones por abigarrados, el blanco adornado de oro y las medias tintas por ser propias de lugares profanos, no tienen cabida en los sagrados muros.

En general se debiera huir de toda imitación, que al fin es una mentira, de todo lo débil que no resista al tiempo y á los agentes naturales ó signifique afeminación y profanidad, y por tanto, debiéramos prohibir las pinturas ó revocos que imitan miembros arquitectónicos, bóvedas, puertas, ventanas, arcos, etc., que no existen. Los pisos y zócalos deben guardar, así en forma y color como en material, la debida proporción y carácter con el lugar en que están colocados.

El hierro (excepto en piezas ocultas y de pura solidez, como armaduras de tejado, eslabones y grapas, etc.), el zinc, las mezclas ó amalgamas que sirven para rellenar, imitando obra menos falsa, y todos los materiales contrahechos é invenciones nuevas, deben ser absolutamente prohibidas. Esto quiere decir que abomino con toda el alma de esas iglesias portátiles de hierro, como los mercados, que tanto alaban algunos modernistas poco reflexivos. Madera, la menos posible, porque toda precaución es poca para evitar incendios.

Es de necesidad el pararrayos, y admisible la bajada de aguas pluviales en tubos... muy separados de los muros. La electricidad... debiera aguardar á tener más juicio para entrar, fuese en la forma que fuese, en el templo.

Sobre estas bases creo, no sin haber leído, pensado y consultado bastante, que se podría legislar cuando se creyera conveniente poner orden en el caos de la moderna arquitectura religiosa.

José Ferrándiz.

A Fr. Luis de León.

SONETO

Divo Fray Luis, es tu alma de profeta
que en vórtices de lumbre huye del suelo,
y asciendes como Elías al Carmelo
mártir, santo, filósofo y asceta.

Docto entre doctos, orador, poëta,
á Teresa y Juan Cruz el árduo vuelo
tu enseñanza prestó; tu sacro celo
al Obispo de Meaux llevó á la meta.

Nadie cual tú favores de la musa
recibió; la Piéride en tus labios
al Tormes dióle luz, guía y acento.

y bebiendo en la fuente de Avetusa
tu *Dicebamus heri* entre los sabios
pasmó en París y Salamanca y Trento.

Enrique Prúcent.

Recuerdos de Monserrat

Llega un momento en la vida en que los recuerdos de lo pasado, con las amarguras devoradas, con las aspiraciones desvanecidas, con su amontonamiento de placeres y dolores, de pesadumbres y desvelos, llenan nuestro espíritu, dejando espacio apenas á las débiles esperanzas de lo porvenir.

Nos entregamos á la vida de los recuerdos, que son hechos positivos, más que á la vida de la esperanza, que es la vida de la ilusión.

Muchos de esos recuerdos se desvanecen, se disipan, se confunden unos con otros, dejando en el alma algo así como las reminiscencias de un plácido ensueño, ó como la dolorosa vaguedad de una pesadilla.

Pero hay recuerdos también que no palidecen nunca, que se grabaron en el cerebro con caracteres indelebles, y vienen á ser para el espíritu antorchas que iluminan toda la historia de nuestro pasado.

Yo, en los días venturosos de mi juventud, recorrí pueblos, y países, y continentes, y un día ante los míseros restos de Pompeya y en la alta cima del Vesubio, otro ante las soberbias ruinas de la Acrópolis de Atenas, después á las orillas del Nilo y más tarde en los ingenios de América, sentí las variadas emociones que despierta en el alma la contemplación de la Naturaleza, de las ruinas históricas y de las preciosidades artísticas.

Han transcurrido muchos años. Todos esos recuerdos representan un mundo que llevo dentro de mí; pero entre ellos hay uno, de época más reciente, que brilla en mi espíritu con luz más poderosa, como si iluminara todo mi pasado, para mostrar al mismo tiempo nuevos derroteros á mi porvenir.

¡Monserrat!... ¡Monserrat!

En medio del camino de mi vida, como diría el Dante, llegó un momento en que pareció desquiciarse el objeto de mi existencia... Quedé solo; la muerte me rodeaba, y dentro de mí no había más que un espantoso vacío.

¡Qué tristeza tan infinita!

Entonces una mano piadosa me condujo á Monserrat.

¿Qué es Monserrat? Vista á lo lejos, una gigantesca filigrana de piedra... Grecas, picachos, cornisas, flechas, aristas, arabescos, una construcción grandiosa, á la par sólida y ligera, entrecruzamiento de todos los caprichos del arte, que no hubiera podido soñar la imaginación de un arquitecto que reuniera las inspiraciones de todos los arquitectos del mundo.

De cerca, Monserrat, además de lo grandioso, es lo inexplicable y aun lo inverosímil. Es una montaña conglomerada de siete cuerpos ó de siete pisos, cantos rodados en las cimas, y arcilla y greda y piedrecillas casi microscópicas sirviendo de base á la gigantesca construcción...

Todo esto, si no es un mentís á la Geología, representa un problema para los geólogos.

Yo subí, y á medida que subía, parecíame que paso á paso me desprendía de lo finito para acercarme á lo infinito.

Llegué á la cumbre más alta... ¡Espectáculo grandioso que no intentaré describir!

Toda aquella aglomeración de montañas que, por arte incomprensible, forman una unidad, es una obra que parece realizada por la Naturaleza para que sirva de pedestal á la veneranda imagen de la Madre de Dios.

Allá, á mis piés, una estrecha cinta refulgente serpenteaba por la campiña: era un río caudaloso... Aquellas insignificantes accidentaciones del terreno eran montes y colinas... Lo que parecía menudo césped eran árboles corpulentos... Y aquello que entre el césped se movía, apenas perceptible, aquello era el hombre.

Yo, en mi abstracción, me creía, no lejos, sino fuera del mundo, y desde allí, desde el mundo del espacio, desde el mundo de lo infinito, que sentía dentro de mí, ¡qué pequeño me parecía aquel mundo de lo finito que ante mis ojos se desarrollaba!

Mi propio dolor, ¿qué era, qué valor tenía comparado con aquella grandeza que se había apoderado de mi espíritu?

Por vez primera comprendí todo lo que tienen de pequeñas y mezquinas las pasiones humanas, y sus aspiraciones y sus luchas y sus desvelos, cuando se encierran en el limitado horizonte de esta vida transitoria.

Todo ello desaparece cuando el alma aspira á lo infinito...

Descendí de la altura... Entré en el Santuario... Allí la sagrada imagen de la Virgen, sagrada imagen que se venera desde los primitivos tiempos del Cristianismo.

A sus piés se han postrado millares y millares de seres en sucesivas generaciones, emperadores y reyes, santos y pecadores, almas acongojadas en busca de perdón ó de consuelo.

¡Cuántas oraciones se han murmurado allí! ¡Cuántas lágrimas, que son oraciones también, se han evaporado á los piés de la Virgen, para llegar hasta el cielo convertidas en súplicas!

Yo, al besar fervorosamente la mano de la sagrada imagen, donde los labios se posaron de tantos millares de seres en el transcurso de los siglos, sentí, no en los nervios, sino en el alma, una conmoción misteriosa...

Recuerdo que oré y lloré.

¿Qué podía yo desear ni pedir? Un objeto á mi vida, un amor que llenara el vacío de mi existencia.

Volví al mundo, pues aquellos días me pareció haber estado fuera de él.

Mi amargura tenía ya el consuelo de una esperanza no determinada aún, pero que bien pronto se determinó y se realizó.

Un amor inmenso, el amor á un hijo, la presencia de un ángel en mi antes desierto hogar, abrió nuevos horizontes y marcó derroteros nuevos á mi vida.

Aquella visita al Santuario de Monserrat, que despertó en mi alma sentimientos, si no desconocidos, amortiguados, corrió un velo sobre la primera mitad de mi vida, encendiendo la antorcha que ilumina el resto de mi camino, llevando luz á mi pensamiento y luz también á mi conciencia.

¿Por qué hoy estos recuerdos se levantan más vigorosos que nunca? Porque en aquel bendito Santuario, donde yo sentí el recogimiento y la emoción de lo infinito, resuenan hoy solemnes cantos y melodías sublimes cuyos ecos recoge afanosamente mi espíritu.

Yo, con el pensamiento, me traslado á aquellos lugares, y me creo allí, postrado á los piés de la Virgen, uniendo mi acción de gracias á las fervorosas preces de tantos centenares de peregrinos.

¡Monserrat, Monserrat!... Yo bendigo el recuerdo de mi peregrinación, recuerdo que vive en mi alma como supremo consuelo de todas mis amarguras,

VICENTE MORENO DE LA TEJERA.

Desde Manila

PERSPECTIVAS DE VIAJE

Puerto Said, Febrero 1892.

IX

El afortunado constructor de coches Garchitorena, que tiene sentados sus reales, y aun sus pesetas, en Manila, y que inunda todo el Archipiélago de sus sólidos vehículos, desde la plebeya *carromata* hasta el elegante milord, y desde el panzudo *guilez* hasta la impalpable duquesita, se moriría de tedio y de nostalgia en Puerto Said, donde todo el vecindario, por punto general, entiende preferentemente, según frasecamos en España, de andar montado en la cruz de sus respectivos pantalones, ó prenda equivalente. De muelles para adentro, la ciudad anglo-egipcia resulta una población hasta cierto punto sosegada y silenciosa, tanto, por lo menos, como es de alborotada y trapalona de muelles para afuera: el inmenso y discordante fragor producido por los mil carruajes que se atropellan en todas direcciones, reventando pavimentos y forjando de cien modos con inclemente martilleo el cráneo de los señores habitantes de Madrid, y en menor escala de los de esta *Perla de Oriente*, es desconocido allí, por lo menos á la hora en que nos cupo á nosotros la honra de bajar á tierra. Tampoco ensordecen el aire los encascabelados tiros de las diligencias, hostigados por la incansable tralla y la retorcida locuacidad de los postillones, ni hacen crujir las bóvedas de las alcantarillas, extremeciendo los cimientos de los edificios más robustos, las férreas llantas de desmesurados carromatos, cuyas recuas kilométricas asoman pausadamente por el extremo de una población cuando la zaga del vehículo se decide á penetrar por el extremo opuesto.

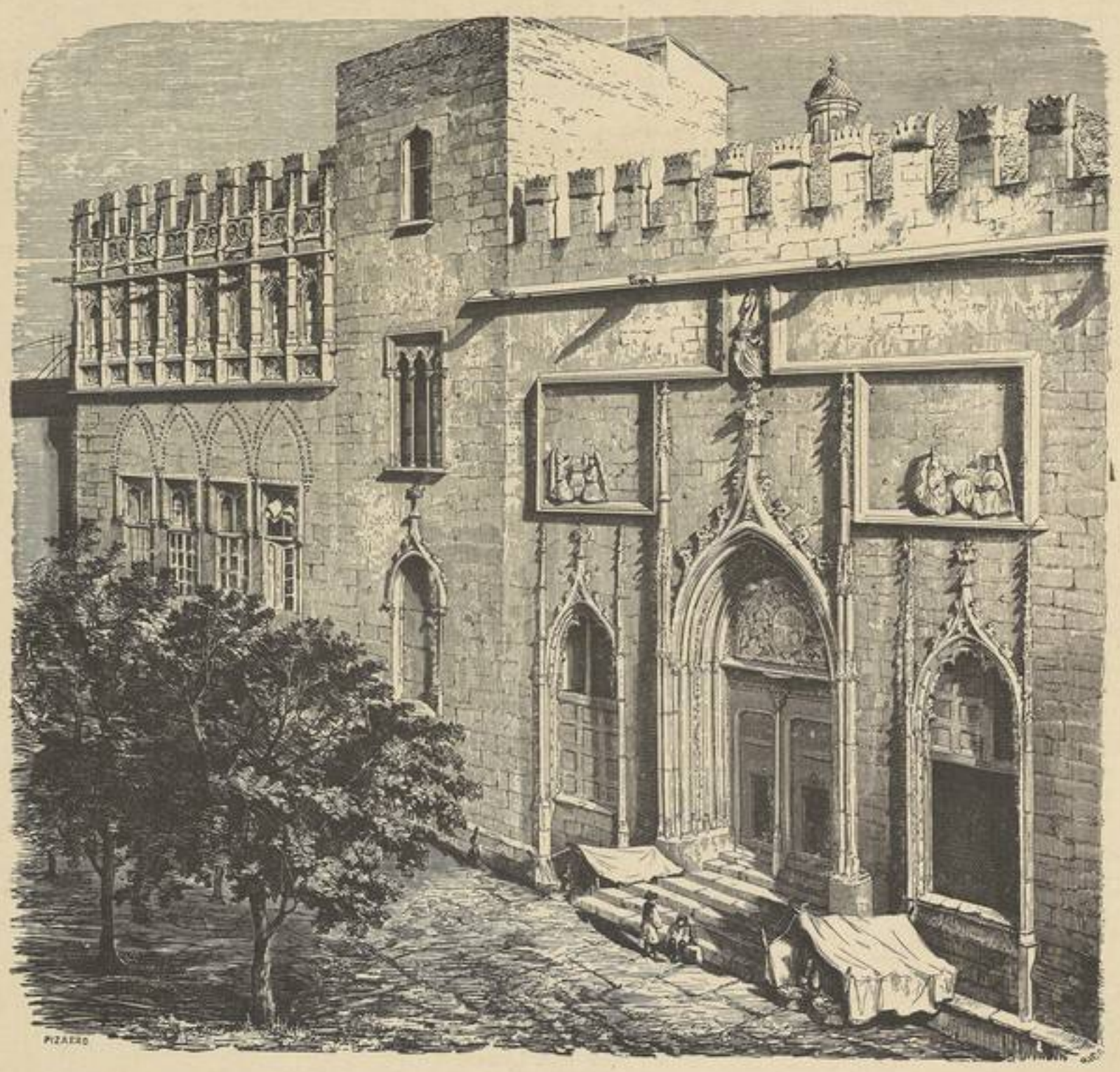
No existe, indudablemente, en Puerto Said el tráfico terrestre en la verdadera acepción de la palabra, y no menudean en sus alrededores las bulliciosas expediciones de trenes ascendentes y descendentes, las cuales se hallan diabólicamente suplidas por las irrupciones de los huracanes y las turbonadas de langosta, debiéndose atribuir, á buen seguro, á tales achaques el de que no crucen y recorran las calles de la ciudad esas caprichosas bandadas de carruajes que, con su amena variedad de hechuras y colores, con sus chispeantes barnices y lujoso trapío, tanta vida y animación añaden á nuestras grandes poblaciones, tantos sustos brindan á los transeuntes y tantos desaguisados y averías reparten á diestro y siniestro.

Claro es, por consiguiente, que tampoco nos fué dado divisar por ninguna parte las próvidas paradas de fiacres ó coches de punto, descansando de largas fatigas sobre sus cuatro desvencijadas ruedas, como sobre sus cuatro desmirriadas patas el jamelgo encargado de pasearlo filosóficamente de Ceca en Meca, con el respectivo uniformado auriga bostezando en las alturas del pescante, dispuesto igualmente á soltarle cuatro frescas al lucero del alba que á doblegar la cerviz y aceptar las más espinosas transacciones, si las abona una propina espléndida. Y la verdad es que ¿á dónde diablos podrían dirigir sus carreras, tanto los coches particulares como los públicos, en caso de que se estilaran con mediana profusión? Ni aquellas calles están hechas para el tránsito de carruajes, ni alrededor de la población se desarrollan más paseos y carreteras que la calcinada planicie del desierto, interrumpida por los amargos lagunejos de las marismas.

Cruzaron, sin embargo, ante nuestra vista, y con breve intervalo, dos calesines de buena pinta, que ocupaban y guiaban respectivamente otros tantos, al parecer personajes que nada mostraban de europeos ni en la fisonomía ni en la vestimenta. Cada uno de estos calesines llenaba por completo en su anchura la parte de calle que en Madrid denominamos arroyo, y si cualquiera de ellos hubiese querido volcar ó atascarse, habría impedido el paso á cuantos siguieran su ruta, como lo impediría en el canal de Suez á todas las embarcaciones la de mediano porte que se empeñase en varar ó sumergirse. En Puerto Said, como en Madrid, el menor avance en el camino de la urbanización cuesta un triunfo y supone una penosa conquista contra la brutalidad de una naturaleza indómita que disputa el terreno palmo á palmo á los maestros de obras, arquitectos é ingenieros.

Cuando salimos del fondín italiano, convencidos de que le habíamos ahorrado sendos almuerzos al sobrecargo del *Isla de Luzón* á costa de nuestros esquilmados bolsillos, así como de que de allí en adelante echaríamos de menos en más de cuatro ocasiones las frutas y los frutos sazonados por el sol de Europa, dimos de manos á boca con una estirada pareja de *policemens*, espetados en rígido orgullo inglés, cuyo protectorado cariñosísimo sobre el Egipto alcanza, por lo visto, á todos los menesteres de la vida pública y trasciende á todos los pormenores de la vida privada. Allí, pues, bizarreaban nuestros dos polizontes, uniformados de blanco, resguardados los piés con buen calzado y las piernas con altas polainas de paño pardo, estrechándoles el talle bruñido cinturón de cuero, y coronándoles la áspera testa el indispensable gorro turco, serios, graves, reflexivos, enfáticos, amagando con su elevada estatura y roblizos músculos contra los amigos de alterar el orden público, garantiendo con su vigilante mirada de fogoso africano el aseo y limpieza procomunales, y diciendo á todo el mundo con el sellado, pero expresivo lenguaje de su imponente apostura: *Inglaterra nos mira*.

Una vez curioseados exteriormente aquellos dos artefactos de la industria internacional inglesa, experimentamos vivos y naturales deseos de verlos maniobrar, y ya nos entraba la tentación de hurgarles en algún sitio para sacarlos de sus casillas, cuando un incidente oportunísimo vino á relevarnos de esa molestia, y tal vez á librarnos de alguna intimación desdorosa para nuestra dignidad de viajeros europeos. Nada ofrece de particular que en Puerto Said cuezan habas como en todas partes, y guste la gente de armar camorra y andar á la greña, improvisando divertidos trapatiestos con el menos plausible motivo del mundo; así es que no sé si del polvo que entapizaba la calle, ó de algún cesto puesto á la venta, ó de algún resquicio de las paredes, surgió un grupo de mozalbetes, sucios, polvorientos y pringosos, los cuales rodearon súbitamente á una mujer de profesión indescifrable, acosándola con estridentes chillidos y gatunos ademanes, y obligándola á replegarse sobre el primer portal que halló á mano, donde los perseguidores mostraron aviesas intenciones de descuartizarla y dar buena cuenta de ella á bocado limpio. Contemplaron breves momentos, y cachazudamente, los dos *policemens* el inopinado sainete, y cuando más sumidos parecían en estoica impasibilidad, gruñeron algunas frases ininteligibles, se aproximaron al belicoso grupo, descargaron por vía de introducción sobre los infantiles cogotes estupendos manoplazos que debieron de oirse desde todos los puertos del Mediterráneo, y acto seguido, á éste quiero, á éste no quiero, asieron



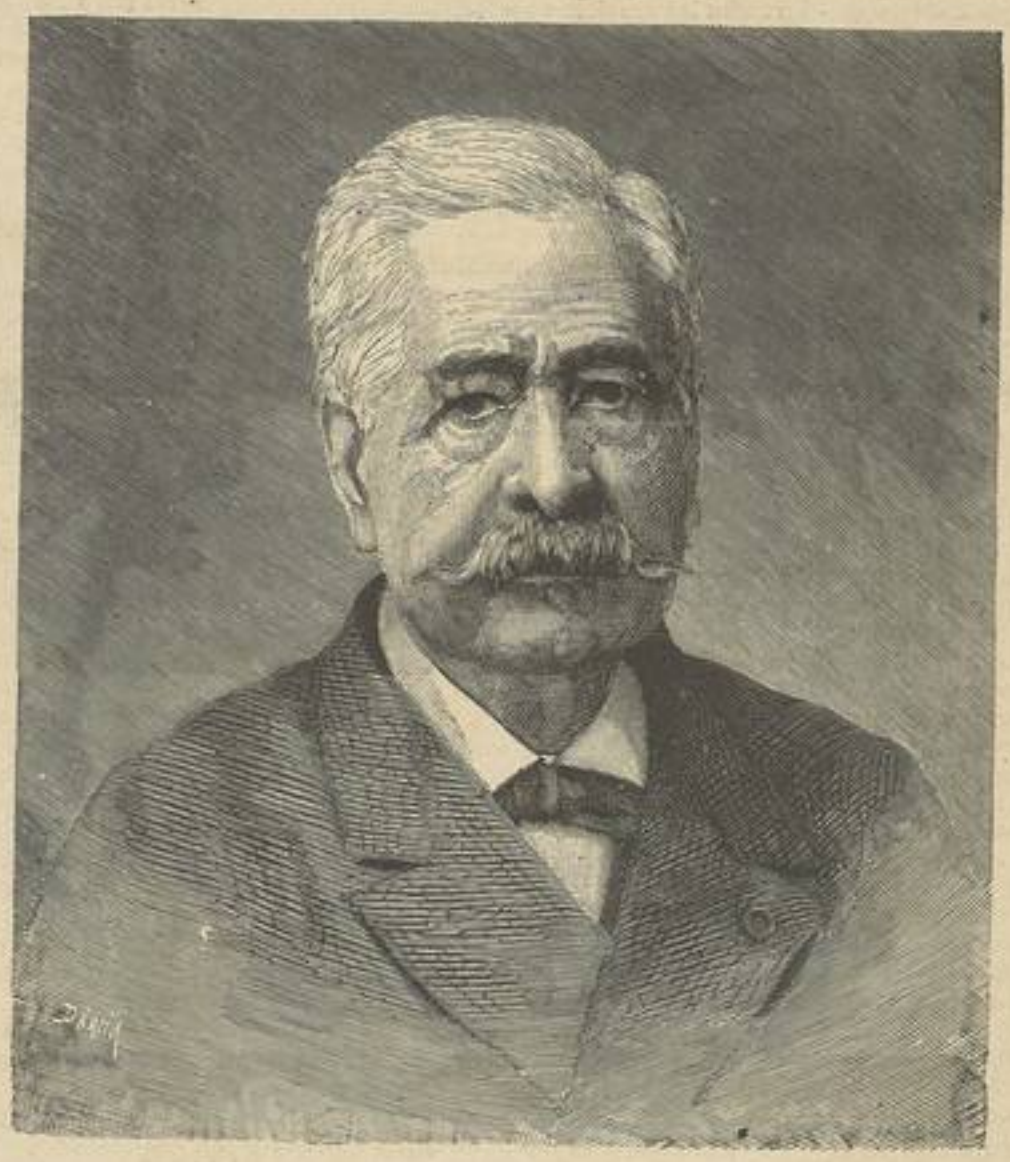
Casa Lonja de Valencia

con cada mano, como si apañasen gatos por el pestorejo, otros tantos granujillas, y con la parsimonia de quien tira al tejo, los fueron lanzando á veinte ó treinta pasos de distancia, sin curarse de si caían panza arriba ó panza abajo.

Con este acto de energía se dió por terminado el *apropósito*, y nosotros proseguimos nuestro camino de retorno, y durante un buen trecho pudimos convencernos de que también en Puerto Said la mendicidad sale á campar por sus respetos, dándose muy buena maña para burlar las Ordenanzas municipales, sortear los ataques de la policía, y abordar y enternecer al prójimo hasta sacarle una migajita de su peculio, inferior al del mendicante en muchas ocasiones. No sé que se haya escrito ningún libro con el título de *Historia de la mendicidad*, y sin embargo, ¡qué pintorescos capítulos podrían ensartarse en una historia de esta índole, y qué lugar tan preeminente podría solicitar en ella nuestra rica y feliz Península! Pero no ahondemos en el asunto, y puesto que no es ocasión de armar digresiones, dejemos que otros con más copia de datos y más provistos de paciencia se consagren á él, si por ahí les da el naipe.

No sé quién nos había advertido con la oportuna antelación que no dejásemos de surtirnos de unos anteojos especiales, con lentes verdes ó azules, que los quincalleros de Puerto Said venden expresamente para uso de los viajeros que han de recorrer el canal de Suez, y por contera el mar Rojo. Dijeron que de los desiertos fronterizos salía, difundiéndose por la atmósfera, un polvo finísimo y de tan maligna condición, que no sólo acarrea por de pronto atroces molestias en la vista, sino que, obrando interiormente del modo más aleve, la estropeaba hasta el punto de originar la ceguera en muchos casos. Francés era el quincallero á quien nos cupo la honra de preguntar por tan beneficioso aparato profiláctico, y casi ortopédico, si ustedes quieren, y en efecto, hubimos de concluir por mandar al bueno del comerciante á freir espárragos, pues no sólo caímos en la cuenta del sobreprecio que imponía al adminículo ocular, sino que, después de resignarnos á satisfacerlo, tuvo la bondad de manifestarnos que no podía admitir moneda española de plata, y que si no teníamos otra, nos era fácil remediar el percance abonando dos reales por quebranto de cambio. Medio nos descorazonó la cosa: hasta nuestra moneda, refunfuñamos, rechazan los que no viven de la pedigüeñería.

Es mucho cuento éste de que en todas partes hemos de salir con una pata de gallo los españoles cuando se llega al terreno de lo práctico y de lo positivo; sin embargo, consolémonos meditando que somos los descendientes del *Rey Sabio*, y que á falta de buenas monedas, tenemos buenas *Cantigas* y un habla de las más armoniosas del mundo; conque váyase lo uno por lo otro. Ello es que nuestra ley ó hidalguía monetaria le valieron al comerciante francés unas cuantas malas razones, conjugadas en *jota*, y á nosotros el quedarnos sin antiparras, dispuestos á cruzar todos los mares del universo y á tragarnos el polvo de todos los de-



El Conde de Lesseps

siertos, fronterizos ó no fronterizos, antes que confesar que una peseta valía menos que un franco; hubo quien se acordó del par de cañones rayados que teníamos á bordo del *Isla de Luzón;* pero al fin se convino en que no era prudente el precipitar los sucesos por entonces, y nos encaminamos á un kiosko, henchido de tabaco elaborado para todos los gustos, de cajas de mistos ó pajuelas, y cubierto exteriormente de periódicos, que colgaban por tandas desde el techo hasta el suelo.

Pues bien: en aquel diantre de colmena de mercachifles estaba escrito que nos habían de endosar un nuevo remoquete. Rebullíanse allí en alegre amalgama diarios y revistas de las cinco partes del mundo, entre ellos creo que algunos hasta del Congo y de Onomotapa; ¿cómo diablos no habíamos de encontrar en aquel brillante surtido algunos periódicos españoles, por lo menos ejemplares de los de gran circulación, de los de más circulación en la Península? Pues no vimos uno para un mal remedio. Y ¡cuidado si se necesita ingenio para no tener puestos á la venta diarios españoles en los sitios públicos de una población de tanto movimiento comercial como Puerto Said, donde tal vez la lectura de periódicos sea la única distracción apetecible, y por donde pasan dos vapores-correos directos al mes procedentes de provincias españolas! Claro es que habrá, ¡no ha de haber! cuatrocientas cincuenta y cuatro mil razones para explicar satisfactoriamente y aun para justificar un hecho tan poco halagüeño; pero el resultado es que los españoles que se dirigen desde la Península á las provincias del extremo Oriente no hallan en el transcurso de más de tres mil leguas nada que les hable de la patria más que los propios compañeros de viaje embanastados en el mismo buque.

En cambio, llegan ustedes á Manila y lo primero que se echan á la cara, además de la correspondiente avalancha de chinos, que después de todo poco importa, son saludos é invitaciones de esta especie: *Indo China Steam Navigation Company Limited*, para carga y pasaje; *Smith, Bell y C.; Félix y Emmanuel Ullmann*, joyeros; maderas aserradas, *Mac Gavin Grindrod y C.;* harina marca «Señorita», *Sperry et Co.;* champagne lacre blanco, *Kuenzle et Streiff;* pianos, *Wusinowsky et Co.*

Y como para muestra basta un botón, pongamos aquí punto hasta mejor coyuntura, en que podamos explayarnos más á sabor por las áureas páginas de ese placentero florilegio, y rematemos declarando que nos retiramos del malhadado kiosko cuajados de despecho y con invencibles deseos de protestar ante el mundo entero de lo que acabábamos de observar, tomando la vuelta del embarcadero un tanto mustios y caridolientes para refugiarnos de nuevo en la toldilla ó en los camarotes del *Isla de Luzón*, á pesar de la hulla, del calor y de los beduínos que cubrían el barco.

F. Aguilar y Biosca.

Las mujeres de los sectarios

VII

EGILONA

Muchos son los que consideran á Mahoma, no tanto como fundador de religión, como en concepto de heresiarca ó jefe de una secta parecida al arrianismo. En nuestros días hay también quien

emprende la defensa del mahometismo, aunque no en absoluto, sino relativamente á la idolatría de los árabes; los que así escriben olvidan que no hay verdaderos elementos de civilización en la creencia muslímica, y sin duda no conocen que es marcada é irremediable la decadencia á que han venido cuantos países sienten la maléfica influencia de la media luna.

La ruina del imperio visigodo está, según se cuenta, envuelta entre fábulas más que la de ningún otro de los pueblos bárbaros. Los esfuerzos de Wamba, Chindasvisto y Recesvinto fueron inútiles, acaso por lo tardíos, y estaban hasta cansados los godos y los hispano-romanos para sostenerse frente al viento del desierto que les amenazaba. Excusado será decir que no creemos en la tragedia de Rodrigo conforme nos la trasmiten, más bien la fábula y la leyenda que la historia, ni en aquella Florinda, que no sabemos cómo juzgar entre las más opuestas versiones, sobre las que ha prevalecido la del famoso Abulcacim Tarik Abentarik, engendro del pretendido traductor Luna. Pero no hablamos de Rodrigo, ni de Florinda, ni de D. Julián, ni de D. Oppas, sino de Egilona, llamada por las crónicas arábigas *Ommalisam*, la de los lindos collares. Egilona era esposa de D. Rodrigo, y compartió su trono el breve tiempo que le fué dado regir á los visigodos. Si lo que se dice de las veleidades del rey es cierto, ya comprenderán nuestros lectores que no serían muy prósperos los días de aquella soberana. Pasemos por alto la venida de Tarik, la batalla del Guadalete y las innumerables consecuencias de aquella jornada, que ya veía el profético Tajo en la fantasía de Fr. Luis de León, cuando le decía al desdichado monarca:

»Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males,
Entre tus brazos cierras.»

No es de nuestra incumbencia el primer período de la vida de Egilona, sino el segundo y más poético, en que dicen los cronistas que sin renunciar á la religión de sus padres, contrajo misterioso enlace con el más simpático de los caudillos agarenos. Cree D. Faustino Borbón, citado por Lafuente, que Abdelaziz, el hijo de Muza, había abrazado el Cristianismo; ni uno ni otro escritor exponen los fundamentos de su parecer, que tampoco parece tener muy segura base. Séanos permitido afirmar con igual razón que los de opinión contraria, que uno y otro de los cónyuges conservaron su heredada creencia. La invasión arábiga respetaba los templos, cuando los árabes puros, y no las hordas berberiscas, eran los que guiaban á los guerreros. Abdelaziz llevaba tras de sí las simpatías de los españoles que amaban su comodidad y el pacífico retiro de su casa, y al mismo tiempo no se atrevían á emprender la peregrinación del patriotismo hacia las ásperas montañas de Asturias. Puede asegurarse que durante dieciocho meses reinó Abdelaziz en España. Pero la política de conciliación requiere siempre ocasión oportuna, y pocas veces en períodos críticos produce buen resultado. Levántanse todos contra los gobernantes del *justo medio*, y los hacen víctimas de sus iras; sobre todo cuando existen diferencias de razas ó de creencias religiosas. Eran bastante adictos á la tradición los que podríamos llamar *padres de los mozárabes*, para recordar que las grandezas de los visigodos se habían debido á la Iglesia y á los Obispos, y no suficientemente patriotas para romper los lazos de gratitud que los unían ó los musulmanes. Los invasores conservaban todavía el ardor de los neófitos, y como las primeras espadas del islamismo, Amón y Caleb, creían que fuera del Koran no había ciencia, ni moral, ni legislación aceptables.

Muchos fueron los caudillos mahometanos que perecieron dentro del santuario; porque el fanatismo de los intransigentes no perdonaba las prácticas religiosas en sus enemigos. Abdelaziz cayó á los golpes que le asestó Habibben Obeidah el Fehoi, á la cabeza de sus guerreros, en el momento en que el jefe musulmán, retirado en su casa de campo cerca de Sevilla, rezaba las oraciones que el Profeta prescribía como diarias á los que en él creyesen. Sin duda la persecución contra Abdelaziz era producto del odio entre árabes y berberiscos, que tantas veces ensangrentó los campos de España; hay, sin embargo, quien opina que los adversarios de Muza levantaron contra su hijo el puñal del asesino para congraciarse con el califa de Damasco. Y este parecer es tanto más fundado, cuanto que Muza fué llamado al Asia por el príncipe de los creyentes, y privado de honores y cargado de años y de laureles hubo de ver la cabeza de su hijo separada del tronco. Egilona debió quedar olvidada en España, porque ni árabes ni cristianos vuelven á recordar su nombre después de la catástrofe de su esposo.

Cerca de Antequera se encuentra un valle denominado de Abdelaziz, que tal vez sea el único recuerdo del celebrado hijo de Muza.

Ni aun por lo aciago de los tiempos admite disculpa la conducta de la última reina de la España visigoda. La majestad caída nunca parece mejor que cuando á los piés del enemigo se postra envuelta majestuosa en la toga, como César á los piés de la estatua de Pompeyo. Si conservándose cristiana convirtió á su esposo, no lo hizo en público, ni de una manera manifiesta, ni le hizo confesar á Cristo ante el mundo, para que á su vez el Redentor le reconociese delante de su padre. Más vale hundirse en el olvido, como el vencido de Guadalete, que seguir en el Poder y en medio del fausto, cuando la patria se arruina, á la manera de Egilona.

Afortunadamente, la historia de España nos ofrece en la infanta de León, doña Teresa, el tipo contrario de la esposa de Rodrigo y de Abdelaziz. Rechazó doña Teresa todo enlace con los enemigos de la Religión y de la patria, exponiéndose al martirio; pasó Egilona por las horcas caudinas del deshonor, no sabiendo hacerse superior á más ó menos fundadas simpatías; la historia debe emplear para juzgarlas tan diferente criterio, como ellas para dirigir su conducta privada y pública.

VIII

CONSTANCIA

Constancia es un tipo completamente nuevo en nuestra galería, si bien hallaremos más adelante algunos que se le asemejen. Ni la ambición, ni la liviandad, ni menos la ferocidad de los instintos fueron causa de que favoreciese á los sectarios, sino la falsa devoción y el inmoderado deseo de hablar en la iglesia. Era esta princesa hija de Constancio Cloro, y, por consiguiente, hermana de Constantino el Grande. Habiendo fallecido Constancio, siguió su hija la suerte del nuevo emperador, entronizador del Cristianismo en Roma. Casó después Constancia con Licinio. Este era idólatra, pero no persiguió siempre á los cristianos. Hijo de este matrimonio fué Licinio Liciniano. Los amores de Licinio y Glaphira, dama de la corte, dieron harto que padecer á la desgraciada esposa, que, retirada en su palacio de Nicomedia, Glaphira fué, con muy hábil política, desterrada á la ciudad de Amasia, en el Ponto, no sin que algún Obispo contribuyese á hacer esta buena obra.

Las relaciones entre los esposos se agriaron desde que Licinio se declaró enemigo de Constantino y perseguidor de los católicos; pero la princesa volvió á mostrarse generosa, obteniendo el perdón del rebelde. En años sucesivos, Constancia se declaró protectora de muchos Prelados, singularmente de Eusebio, de Nicomedia. Pero, desgraciadamente, los favorecidos no eran los más ortodoxos, sino los enemigos del Santo Patriarca de Alejandría, Alejandro, porque todos, más ó menos, se inclinaban al naciente arrianismo.

«Esta herejía, dice M. de Serviez en su curioso libro *Las emperatrices romanas* (t. III, página 346), no podía tener mayor apoyo que el favor y la protección de Constancia. Por eso se propagó tan rápidamente, causando tantos desórdenes y desventuras.» Constancia no pudo impedir que se reuniese el famoso Concilio de Nicea, y que Eusebio fuese desterrado. San Atanasio comenzó inmediatamente á sufrir una activa persecución, que le obligó á esconderse en un sepulcro en los arenales del Africa; pero sin dejar de levantar en todas partes el estandarte de su célebre *Símbolo* y de la fe católica.

Elevábanse los cimientos de Constantinopla, la segunda Roma, y con ocasión de las espléndidas fiestas que entonces se dieron, se indultó á Eusebio y pudo venir á la Corte. No contenta con esto la hermana de Constantino, buscó por todas partes apoyo y protección al malvado Arrio, concediéndole cuanto estaba en su mano. Hasta en el lecho de muerte utilizó la princesa los grandes recursos de su habilidad para sostener aquel partido, que era político, por lo menos, tanto como religioso. Cierto Sacerdote que acompañó á la fautora de los herejes en su agonía, recomendó en aquellas solemnes circunstancias al heresiarca. «Arrio no es digno de compasión, dijo aquel Sacerdote, sino el eclesiástico más ilustre que hoy cuenta la Santa Iglesia. Su mérito y sus virtudes constituyen su crimen. Por eso fué víctima de las persecuciones del Patriarca Alejandro. Y sin embargo de tener tales méritos, hoy se encuentra desterrado de Alejandría y tratado peor que los mayores enemigos de la fe cristiana.»

Como el emperador visitase diariamente á su sagaz hermana, ésta no dejó de aprovechar aquellas entrevistas para recomendar al heresiarca. «Señor, le dijo: he recibido de vos infinitos favores, que son buen agüero para el que trato de pediros, el más precioso de todos. En cambio de tantas gracias, he de concederos una que os probará mi cariño y respeto. No faltan á los príncipes cortesanos que velen por su temporal prosperidad; pero no les sobran fieles amigos que trabajen por su eterna salvación. Conozco á un hombre que llenará este vacío, que os conducirá á la perfección por sendas que Dios solamente conoce; os doy, pues, un tesoro. No os dejéis sorprender por los artificios de vuestros enemigos, y aceptar mi regalo.»

Pocos ejemplos de impenitencia final pueden rivalizar con el que daba Constancia. A pesar de todo, Constantino, lejos de favorecer á los herejes, sostuvo la causa católica. La enseñanza que de la vida de Constancia pueden obtener nuestros lectores, no deja de ser útil; pues nos demuestra que la falsa devoción, y el no abstenerse prudentemente las mujeres de intervenir en las discusiones religiosas, produce incalculables desgracias. Si Fausta, la malvada mujer de Constantino, fué un azote para su familia y causó la muerte de su inocente hijastro, Constancia, con seguir, al parecer, una vida austera, fué causa de la perdición de muchas almas.

A. Balbín de Unquera.

EVANGELINA

ROMANCE DE LA ACADIA

por el poeta norteamericano

ENRIQUE WADSWORTH LONGFELLOW

TRADUCIDO DEL INGLÉS EN OCTAVAS REALES

por el diplomático chileno

D. CARLOS MORLA VICUÑA

(Continuación.)

CLII

No faltó quien le hiciera reflexiones:
«Tu alma ilusa, decíanle, ¿qué aguarda?
¿No hay como el de Gabriel cien corazones?
¿Es ya ceniza el que tu pecho guarda?
¡Del hijo del notario las pasiones
Agitó tu beldad, niña gallarda!
¿Por qué un *sí* complaciente no le dices?
¡Vamos! ¡dale tu mano y sed felices!»

CLIII

Entonces respondía Evangelina
Disimulando su profunda pena:
«Donde espontáneo el corazón se inclina,
Allí el alma, allí todo se encadena.
Él con su propia llama se ilumina
Y alza un jardín en la desierta arena,
Y en albor de esperanza el cielo esmalta
Ese cielo sin sol cuando amor falta.

CLIV

Al oir estas frases de su boca
Aplaudía el buen padre su cordura
Y decíale: «Deja que cual roca
El vulgo te suponga fría y dura;
Desdeña la opinión de gente loca
Si juzga tu constancia una locura.
Hija, tú sabes bien que nunca en vano
Fluyó el amor del corazón humano.

CLV

»Si su armoniosa, límpida corriente
No fertiliza al corazón ajeno,
De la tranquila, originaria fuente
Vuelven sus aguas plácidas al seno.
¡Tu amorosa misión cumple paciente!
¡Persevera con ánimo sereno!
¡Asaltaránte en vano pena y duda
Si de constancia y fe tu alma se escuda!»

CLVI

Así de su profundo abatimiento
Alzábala, infundiéndole esperanza,
Y aunque del muerto padre el pensamiento
Su pecho hería como aguda lanza,
Cuando oraba, en su oído un blando acento
Murmurábale dulce: ¡Ten confianza!
Y seguía, los pies con sangre rojos,
Hollando espinas y rozando abrojos.

CLVII

¡Las huellas, musa mía, seguir quiero
De la desorientada peregrina!
No iré marcando el áspero sendero,
Paso entre paso, en pos de Evangelina;
Mas si la seguiré como el viajero
El curso de corriente cristalina
Que, sepultada entre la selva umbrosa,
Murmurando se arrastra perezosa.

CLVIII

Cuando el murmurio musical se aleja
El viajero percibe su extravío,
Y hasta volver á oir la blanda queja
En busca marcha del oculto río;
La linfa, al cabo, tímida y perpleja
Sale del seno de su bosque umbrío,
Y al descubrirla el que tras ella vaga,
Feliz la sed de su corrient eapaga.

CLIX

Flores prodiga Mayo generoso.
Pasada del Ohío la ribera
Y el ancha boca del Wabash undoso,
Bien tripulada embarcación ligera,
Del patriarcal Misissipí grándioso
Por la dorada espalda va velera.
Son víctimas del bárbaro tirano
Que errantes van en busca del hermano.

CLX

Cual de la nave que en el mar naufraga
Los nautas flotan sobre balsa ruda;
De la nación que zozobrara aciaga
Entre el horror de tempestad sañuda
La triste gente por el río vaga
Presa de hondo pesar y amarga duda;
Y al lado del piadoso sacerdote
Navega Evangelina en aquel bote.

CLXI

Ya los engolfa rauda catarata
Entre islas verdes, por pasaje estrecho;
Ya corriente veloz los arrebata
De albos algodoneros bajo techo;
O ya entre arenas, cual bullente plata,
Que en remolino surgen de hondo lecho,
Al resplandor de diamantina luna,
Desembocan en plácida laguna.

CLXII

Así corre la intrépida barquilla
Por el seno del río turbulento;
Sobre las selvas que atraviesan brilla
Sereno el azulado firmamento,
Y noche á noche en la breñosa orilla
Reposan en abierto campamento
Al resplandor de vívidas hogueras
Que con su luz espantan á las fieras.

CLXIII

Albo como el armiño y elegante
Sobre la onda el pelícano se mece;
Vegetación soberbia, exuberante
Del ancho río en las orillas crece,
Y como entre esmeraldas el diamante,
Entre cañaverales resplandece,
Al lado del hogar del africano,
La mansión luminosa del sudiano.

CLXIV

Engolfándose van por las regiones
Do el ardiente verano hincó su rueda;
En donde de naranjas y limones
Se carga la aromática arboleda;
Donde embriaga nuevas poblaciones
Con su rico perfume el aura leda,
Y del Misissipí la onda corriente
Dobla, en curva magnífica, al Oriente.

CLXV

Tuerce también su rumbo el débil barco
Y entra en un abra plácida y serena;
Tenebrosos cipreses hacen marco
A aquella triste, misteriosa escena;
Inclinado el ramaje forma un arco
Que de solemne pompa el cuadro llena,
Y cuelgan de las copas los festones
Como del cenotafio los crespones.

CLXVI

Allí silencio sepulcral se asienta,
Tan sólo por la garza interrumpido
O por buho que anuncia la tormenta
Con fatídico, lúgubre chillído,
Cuando torna en la tarde cenicienta
De las praderas á su oculto nido;
Y el astro de la noche, que se encumbra,
Como entre ruinas macilento alumbra.

CLXVII

Todo es oscuro, misterioso, aciago,
En esa escena tropical y estiva;
Entre la sombra de futuro estrago
Asalta al peregrino alarma viva;
Que así como al rumor distante y vago
Pliega su cáliz tierna sensitiva,
Antes que el dardo el infortunio arroje
El alma lo presiente y se recoge.

CLXVIII

Cuando la grave cruz abrumadora
Su delicado espíritu quebranta,
Una visión celeste, encantadora,
De Evangelina el corazón levanta;
Las sombras de su noche aterradora
Disipa luminosa la fe santa
De que Gabriel alienta en ese clima
Y hacia él por instantes se aproxima.

CLXIX

Álzase un pescador sobre la prora,
Y por saber si en el oscuro río
Navega otra partida exploradora,
Su cuerno pastoril sopla con brío;
El aire hiende la señal sonora,
Y penetrando por el bosque umbrío
Como en el hondo seno de la tumba,
Bajo sus negras bóvedas retumba.

CLXX

En la extensión inmensa del paisaje
Sordos ecos suscita por doquiera,
Y vienen á expirar bajo el ramaje
A lo largo de la húmeda ribera;
En vano el pescador á su mensaje
De otra voz la respuesta ávido espera,
El grupo ve, con sentimiento vivo,
Tornar aquel silencio primitivo.

CLXXI

La niña duerme ya... Boga la gente,
Alzando con su canto alegre bulla;
Con apagadas voces la corriente,
Cuando guardan silencio, los arrulla;
Orea el sudor tibio de su frente
El aura, que los gritos de la grulla
Y del caimán deforme los quejidos,
Trae en sus leves alas confundidos.

CLXXII

Cándida aurora en el Oriente raya,
Y se divisan entre niebla rota
Los lagos del tranquilo Atchafalaya.
Sobre los pliegues de las aguas flota
De la ninféa la familia gaya,
Que entre el follaje exuberante brota;
Y sobre el grupo que incesante rema
Irgue el loto gentil su áurea diadema.

CLXXIII

Ostenta el ave matizada pluma,
Su rico aroma la magnolia exhala,
El tibio ambiente que la flor perfuma
Lánguido de molicie pliega el ala;
Y sobre copas de nevada espuma
La pintoresca embarcación resbala
Por entre verdes islas nemorosas
Bordadas de jazmines y de rosas.

CLXXIV

La sombría quietud de la floresta
Con atractivo poderoso invita
A solazarse en descuidada siesta
A aquella banda mísera y proscrita;
Amarra la barquilla mano presta
A un corpulento sauce de Wachita,
Y la tripulación se desparrama
A reposar sobre la verde grama.

CLXXV

Bajo un frondoso cedro allí se tienden,
Balanceados por el aura pura,
Verdes bejucos de sus ramas penden
De escalera silvestre en la figura;
Si ángeles hay que ascienden y descienden
La escala de Jacob en la Escritura,
De avecillas la turba vocinglera
Sube y baja esta rústica escalera.

CLXXVI

La niña, en dulce sueño trasportada,
Ve de su árida vida en el desierto
De súbito la sombra disipada,
Y de flores el páramo cubierto;

La Charra

Raya en Oriente mágica alborada,
El cielo está á su espíritu entreabierto,
Y en gratitud ante el divino ensalmo
Sonoro arranca de su pecho un salmo.

CLXXVII

Por la mansa corriente, voladora
Ligera y frágil barca se desliza
Conduciendo partida cazadora
Que su marcha con cantos ameniza;
Al Norte mira la cortante prora
Y el agua transparente apenas riza;
Fijo lleva su rumbo aquella barca
Del castor y el bisonte á la comarca.

CLXXVIII

Con faz desencajada y macilenta,
Signo de un corazón despedazado,
Mancebo melancólico se sienta
En la ancha popa, del timón al lado;
Es Gabriel, que batido en la tormenta,
El Oeste recorre dilatado,
Para su tierno corazón herido
El bálsamo buscando del olvido.

CLXXIX

Se aproxima á la isla el leve bote;
Más adelanta por la orilla opuesta,
Y no divisa bajo el sauce ó flote
A la otra barca, oculta en la floresta;
Por más que el remo sobre la onda azote
No alcanza á perturbar la dulce siesta,
Y un ángel no hay que anuncie á Evangelina
Que el bien que tanto anhela se avecina.

CLXXX

Pasa el bote del céfiro impelido
Cual cruza blanca nube el firmamento;
Del remo en los toletes el crujido
Piérdese arrebatado por el viento;
El grupo, sobre el césped adormido,
Despierta de su blando arrobamiento,
Y la niña, saliendo del reposo,
Dícele suspirando al religioso:

CLXXXI

«¡Antorcha mía, Padre Feliciano!
Una secreta voz mi pecha halaga
Y tenaz me murmura que cercano
Mi adorado Gabriel por aquí vaga.
¿Es éste, padre mío, sueño vano?
¿Loca superstición que el juicio estraga?
¿O es algún ángel, que á piedad movido,
A anunciar la verdad bajó á mi oído?»

(Se continuará.)

ESTAR DE MAS

RELACION

POR

FERNÁN-CABALLERO

(Continuación)

El Doctor se levantó, abrió la puerta, y el anciano Cura, previamente avisado, entró en el cuarto.

Una hora duró la entrevista que tuvieron, al cabo de la cual, habiéndose despedido el Cura, entraron los padres y el Doctor en el cuarto, y hallaron á Blanca inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho y sus hermosos ojos levantados al cielo, la que con la blanquísima palidez de la enfermedad parecía una santa de alabastro.

Desde aquel día cesó el estado de agitada desesperación que tanto atrasaba el restablecimiento de Blanca, y pasados unos días pudo levantarse del lecho y dedicarse á los cuidados que exigía su hija, que se criaba en sumo delicada, gracias al estado de inquietud y de dolor en que se encontró la madre durante el embarazo y parto de la niña.

En cuanto á doña Carmen, por carácter y por edad, más templada que Blanca, el golpe que recibió fué como el de una daga, poco sangriento, pero incurable. Su único consuelo lo halló en hacer sufragios por aquel hijo que era para ella todo su pasado, su presente y su porvenir. Uno de estos sufragios fué costear en la iglesia un altar de ánimas de que carecía, que llevase al pie una lápida en que se expresase en sufragio de quién se había erigido aquel altar, concluyendo con estas palabras: *Rogad por su alma.*

—¡Qué lástima, dijo Andrés, cuando se trataba de este asunto, que no se pueda poner en lugar de esa vulgaridad el magnífico mote romano *séate la tierra ligera!*

—Mira, Andrés, dijo su padre con coraje, te he advertido ya que esa herejía, que se usaba antes que alumbrase á los hombres la luz del Evangelio, no la celebres en mi presencia ni en la de ninguna persona cristiana.

—¿Hereje? Yo soy, señor, más católico que nadie, sino que no confieso, no ayuno, no voy á la iglesia, no oigo misa ni hago ninguno de esos actos de fanatismo.

—¿Hay paciencia para esto? exclamó D. Sebastián; de manera que para ser religioso es menester omitir las muestras de serlo.

—Pero, padre, ¿qué tiene de hereje ese hermoso lema? Preguntad al Doctor, que dice usted que sabe tanto.

—Dejaré, contestó éste, que prejuzgue la cuestión un hombre cuyo saber é ilustración no podrá usted negar, Andrés, pues es D. Nicasio Gallego.

—Ya se ve que ni uno ni otro negaré; vamos á ver la opinión de ese culto sabio.

Dice en la *Revista de Madrid*, 2 de Abril, tom. II, fólio 346:

«Hemos oído más de una vez en el Congreso Nacional: «Séale la tierra ligera.» Esta ridícula afectación de gentilismo es tanto más risible, cuanto el que así se explica ni los oyentes pueden creer que la tierra que cubre un cadáver haya de serle ligera ni pesada. Increíble extravagancia la de preferir aquella expresión vacía de sentido á la de «descanse en paz,» que satisface á la razón y dilata el ánimo de cuantos debemos á Dios el inmenso beneficio de creer en la vida futura y en la eficacia de los sufragios.»

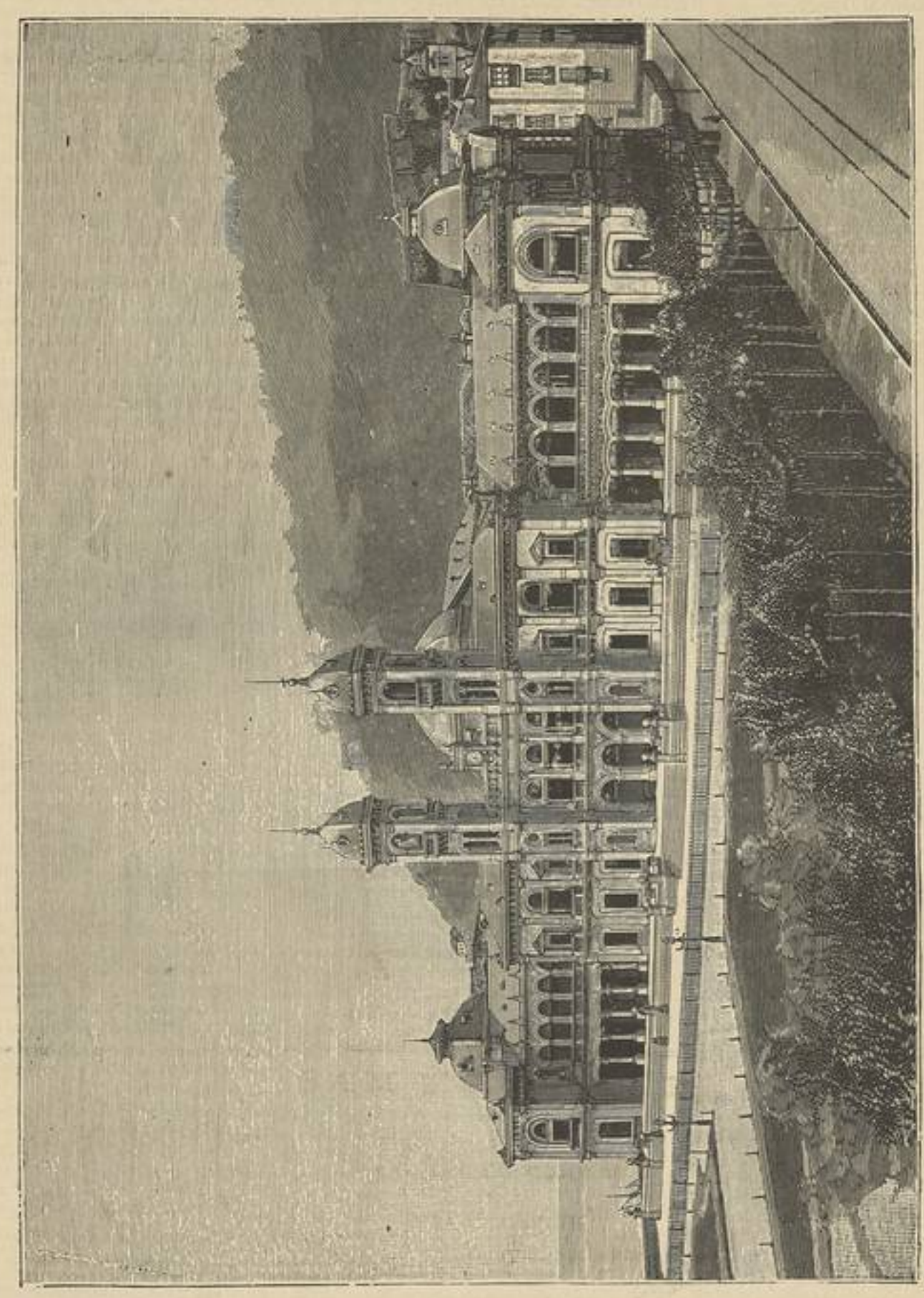
Al oir esto Andrés se quedó parado un momento, y luego dijo sentenciosamente: «Eso lo dijo D. Nicasio cuando era viejo.»

Uniformes pasaron dos años tranquilos, pero tristes como la noche. Con placer veían los padres que, como un débil rayo de la luna, venía de cuando en cuando una sonrisa á iluminar el rostro de Blanca cuando su niña daba los primeros vacilantes pasos y venía á caer con alegre risa en los brazos de su madre; y cuando la primera palabra que sus balbucientes labios pronunciaron fué el nombre de su madre, y el segundo el nombre del Doctor, que la niña quería con extremo.

Si los hombres detuviesen su atención más á menudo sobre la idea de que tienen todos sobre sus cabezas, pendiente de un hilo, la muerte, como la espada de Damocles, vivirían mejor y morirían más tranquilos, pues es la *cierta*, como la denomina el pueblo en su expresivo lenguaje.

Don Ignacio era un hombre de buena edad; en su vida había estado enfermo ni había cometido exceso alguno; era frugal; no usaba bebidas espirituosas; hacía un ejercicio moderado; en fin, era por inclinación y por costumbre un dechado de las reglas de la higiene. ¡Cuán en lotananza estaba el término de su vida, y no obstante, solía decir cada noche al acostarse: «Vamos á poner el cuerpo donde le encontremos vivo ó muerto mañana!»

Una noche D. Ignacio se sintió resfriado; la



CASINO DE SAN SEBASTIÁN

pasó inquieta, y á la mañana siguiente le acometió una fuerte calentura con un violento dolor de costado. Tan luego se avisó al Doctor, pero éste había ido á un pueblo vecino, de donde había sido requerido para una junta. Cuando volvió á la tarde se sobrecogió al ver al enfermo, el que inmediatamente fué sangrado, pero era tarde.

—Lo pensé, dijo abatido el Doctor.

Don Ignacio, que conservaba toda su lucidez de espíritu, conoció desde luego su estado, y dijo al Doctor:

—¡Dios mío, esos dos pedazos de mi corazón que quedan sin abrigo y sin amparo, dos cañas dulces sin arrimo y sin apoyo!

—¿Tenéis confianza en mí, D. Ignacio? dijo el Doctor.

—Como en el ángel de nuestra guarda que habéis sido siempre.

—Pues si mi palabra os basta, estad tranquilo, pues no le faltará á la una ni á la otra apoyo, ni conocerán cuidados mientras yo viva.

Don Ignacio cogió las manos del Doctor, que estrechó entre las suyas; dos lágrimas surcaron sus mejillas; quiso hablar y no pudo.

En este momento entraron su mujer y su hija.

—¡Venid! exclamó el moribundo; dad gracias á este hombre que Dios ha puesto en nuestra senda como dispensador de sus beneficios, el que me acaba de hacer el mayor de todos procurándome una muerte tranquila, pues me acaba de prometer cuidar de vosotras, por lo que no muero en la congoja de dejaros desamparadas.

El Doctor se había ausentado, tanto para no oir las expresiones de gratitud, que no creía merecer, como para avisar al Cura, pues urgía el auxilio divino.

—Blanca, le dijo su padre después de un rato, en el que sólo se oyeron los sollozos de las dos desgraciadas que iban á perderlo. Blanca, si quieres ser feliz en lo que te queda de vida, si quieres pagar la inmensa deuda de gratitud que con ese hombre sin igual hemos contraído todos, si quieres justificar y santificar el amparo que necesitáis y él os dará, sé su mujer y devuélvele en felicidad la que él nos ha proporcionado; esta es la súplica y esperanza de tu moribundo padre.

Entraba el Sacerdote con el Doctor, el que arrancó á la madre y á la hija de la cabecera del enfermo, dejándolas al cuidado de doña María Josefa y doña Carmen.

Pero después llegó el teniente Cura trayendo el Viático, el que con cirios en las manos recibieron el Juez y D. Sebastián, y al que seguían en dos filas con faroles encendidos cuantos hombres se hallaban en el lugar, pues la campana de la iglesia, con el grave toque que avisa la salida de Su Divina Majestad, los había reunido.

Al día siguiente se enterraba el más querido de los maridos y padres, el probo funcionario, el honrado patricio, del que nadie habló nunca por la sencilla razón de que sólo bien se podía decir de él; y aún no habían enjugado su mujer y su hija las primeras lágrimas, cuando recibieron aviso de que habiendo sido nombrado nuevo administrador, desocupasen la casa.

—Esto debía de suceder, dijo el doctor á las desconsoladas viudas; así es que en estos días me he ocupado en preparar á ustedes sus habitaciones en mi casa, y espero que las hallarán cómodas.

—Eso no puede ser, dijo Blanca sumamente agitada.

—Pero, ¿por qué?

—¿No comprendéis, Doctor, vos que sois tan delicado, que pareceríamos unas parásitas?

—Tiene Blanca razón, dijo suspirando doña Teresa.

—Un medio habría de evitar este inconveniente que tanto os alarma, dijo con voz conmovida y temblorosa el Doctor.

—Arrendar una casita, se apresuró á decir Blanca.

—No las hay de arriendo en este pueblo, en el que cada cual vive en casa propia, á no ser alguna de pobres jornaleros, inhabitable para ustedes.

Blanca calló.

—Doctor, ¿qué es lo que queríais decir? preguntó doña Teresa; ¿qué medio proponéis?

El Doctor titubeó y dijo:

—Que Blanca éntre en la casa como dueña suya.

—Ese fué, dijo llorando doña Teresa, el más vivo deseo de mi pobre Ignacio.

En este instante la puerta se abrió, y con pasitos vacilantes entró la niña, que, al ver al Doctor, se fué hacia él y se echó en sus brazos.

—Madre é hija están en mi favor, dijo el Doctor acariciando la niña; vos sola me rechazáis; pero hacéis bien; yo no os merezco; así, arreglemos el asunto de otra manera: ustedes se irán á mi casa, pues no tienen otro albergue, y yo saldré de ella.

—¡Eso no! exclamó con energía Blanca, que al fin, vencida por tanto cariño, tanta generosidad y tanta abnegación, añadió:

—Pues bien, tomad mi mano, y si con ella no os doy el corazón, es porque está muerto.

A los pocos días se corrieron las amonestaciones. El casamiento se hizo triste y silenciosamente, sin más testigos que los amigos íntimos, y las señoras pasaron á casa del Doctor, que éste había arreglado con sumo gusto y primor, de manera que madre é hija quedaron agradablemente sorprendidas. Sólo notó Blanca que en la sala, en cuyas paredes pendían ricos cuadros dorados, solamente en el testero, sobre el sofá, quedaba un espacio vacío.

En el alegre comedor, que tenía luces y vistas al jardín, había preparada una sencilla y bien condimentada cena con manjares y golosinas traídas de la capital. Concluída la cena, después de dejar Blanca acostada á su madre en su tranquila y cómoda alcoba, regresó á la sala para pasar á la suya. En la sala la aguardaba su marido; sobre el velador estaba colocado un reverbero que esparcía una brillante luz, con la que vió Blanca, en el vacío que había notado sobre el sofá, colocado el retrato al óleo de Ramiro, que durante la cena había cuidado el Doctor que del palacio fuese traído y colocado en aquel testero. Enternecida Blanca por tanta delicadeza, se acercó á su marido y prorrumpió en lágrimas, apoyando su cabeza sobre el hombro de aquél; éste, estrechándola sobre su pecho, le dijo:

—Ya que los infortunios te han traído á buscar este amparo, procuraré que la felicidad te apegue á él.

Blanca era mujer y delicada, y amaba con extremo el aseo, el primor, las flores y lo *bonito*, por lo cual se encontró en su centro en la tan primorosa casa del Doctor, en aquel jardín tan lleno de flores, á cual más bellas, de las que solía decirle el Doctor: «Las sembré y las cultivé solitario, de manera que las mariposas y abejas creyeron que lo hacía para ellas; pero las flores deseaban otra reina y han logrado tenerla.»

Doña Teresa, cuya salud se había mejorado, no cesaba de dar gracias á Dios por la compensación tan cumplida que concedía á sus dolores y pérdidas. La niña, gracias á los cuidados y cariños de su padre, como llamaba al Doctor, crecía hermosa y con el dulce carácter de su madre, y el Doctor, creyéndose siempre poco merecedor á su dicha, demostraba á Blanca una gratitud que la enternecía y avergonzaba.

El nacimiento de un niño vino á colmar la felicidad de entes tan dignos de gozar esa felicidad doméstica, la sola real y, según el espíritu de Dios, la sola que no tiene inquietudes, que no deja remordimientos, que no crea censuras ni envidias; la única que se sustrae á la sabia sentencia: *Al entrar en la iglesia deja al mundo detrás de la puerta*, pues entra en ella con el que la posee.

Así pasaron ocho años, sin que el más leve celaje turbase la serenidad de la dulce y diáfana atmósfera en que respiraban, pues entre aquellos seres, carácter, sentimientos, ideas y gustos, todo congeniaba, de tal manera, que hacía inútil la fina y prudente calidad de ceder, por no llegar el caso de hallarse divididas sus voluntades; esto provenía de tener por base sus caracteres la bondad; la bondad, calidad menos común de lo que se cree, y que aun unida á la falta de talento, constituye las personas más apreciables.

Era el día de San Juan, día del Doctor, cuando nos volvemos á ocupar de esta feliz familia.

La niña, que tenía ya diez años cumplidos, y su hermanito, que tenía seis, estaban ambos en una sala del piso bajo que tenía la puerta cerca de la cancela del zaguán, y estaban ocupados en adornar la mesa que allí estaba puesta aquella mañana para recibir á los convidados que habían de acompañar al dueño de la casa. Éste había tenido que ir temprano á un cercano pueblo, de donde había sido requerido, y la madre y abuela de los niños habían ido á la función del Santo, que era patrón del pueblo.

—¡Qué día tan hermoso y alegre es este, ¿no es verdad, hermana? dijo el niño.

—Sí, por cierto, contestó ésta; es el día más largo de todos los del año; es día del primo de Nuestro Señor, su precursor.

—Esta noche hay candeladas por las calles, añadió el niño, y dice Santiago el gallego que en este día se levanta el sol bailando.

—¿Lo has visto?

—Yo no, porque siempre que yo me levanto seha levantado ya el sol. Pero cierto será cuando lo dice la copla que canta Santiago; y el niño se puso á cantar:

San Juan pideu á Cristo
Que non adormentáse
Para ver bailal ó sol
Día de su romaxe. (1)

Oyeron llamar á la campanilla, y en la creencia que fuese alguno que trajese uno de los muchos obsequios que en su día le eran enviados á su padre, fueron á abrir, pero se encontraron con un hombre muy moreno, con poblada barba negra, singularmente vestido con un levitón y sombrero de paja de anchas alas que le tapaba la frente y los ojos.

—¿Vive aquí el Doctor D. Juan? preguntó el forastero.

—Sí, señor, contestó la niña algo sobrecogida; no está en casa ni en el pueblo.

—Desearía hablarle.

—Pues éntre usted, que ya no puede tardar padre.

—Pues qué, ¿eres su hija? ¿Está casado?

—Pues ya se ve.

—¿Y con quién ha casado?

—Con mi madre.

—Lo supongo, pero ¿cómo se llama?

—Blanca Arana.

—¡Qué has dicho! exclamó el forastero con el rostro demudado y la voz insegura.

(Se continuará).

Correspondencia con los señores suscritores.

Pegalajar.—F. H.—Recibida libranza.
Valdelaguna.—C. G.—Idem íd.
Vitoria.—A. de G.—Idem íd.
Ferrol.—E. A.—Idem íd.
Mahón.—P. P.—Idem íd.
Segorbe.—C. S.—Idem íd.
Palma.—Seminario.—Idem íd.
Santa María del Mao.—P. G.—Idem íd.
Córdoba.—C. P.—Idem. íd.
Plasencia.—J. M. B.—Idem íd.

(1) San Juan le pidió á Cristo
Que no lo adormeciera,
Para ver bailar al sol
El día de su fiesta.

Ciudad Real.—Excmo. Sr. Obispo.—Idem íd.
Pamplona.—P. Y.—Idem íd.
Granada.—F. J. S.—Idem íd.
Ribadavia.—E. P.—Idem íd.
Aranda de Duero.—F. de la M.—Idem íd.
Cervatas de Cueza.—F. M.—Idem íd.
Villanueva de los Caballeros.—P. B.—Idem ídem.
Ciudad Real.—G. R.—Idem íd.
Córdoba.—M. C.—Idem íd.
Peñaranda.—F. S. de la P.—Idem íd.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

El autor del jabón del Congo, Víctor Vaissier, proveedor en título de S. M. el Rey de los Belgas, de S. A. el Rey de Tunis, etc., recomienda á su numerosa clientela pidan en todas partes los Polvos Congolanos, adherentes é invisibles, y el Extracto del Congo, perfume exquisito para el pañuelo.

Depósito central: Príncipe, 19 y 21, Madrid.

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

¿Qué pediríais al hada?

Si por amor al hombre una buena hada ofreciese conferiros el poder de curar una sola enfermedad, dejando á vosotros la elección, ¿qué enfermedad escogeríais? Acaso pediríais primeramente tiempo para considerarlo.

Si dicha hada me hiciera á mí la oferta, desde luego le contestaría diciéndole: «Buen hada, deseo el poder de curar el reumatismo, pues que es universal. Es ésta enfermedad que ataca á cualquiera, de la raza ó clima que fuere»; y el hada reconocería mi sabiduría y me concedería la secreta virtud.

Las hadas, no obstante, han desaparecido ya, y así hemos de emprender la lucha sin la ayuda de ellas.

«Desde Octubre del año pasado, dice el profesor D. J. Maimo, de la Escuela pública para niños, en Pratdip, sufría de una severa crisis de reumatismo. Me sometí á diferentes clases de tratamientos, entre éstos baños é ioduro de potasio tomado interiormente, sin conseguir el más leve alivio. Muy al contrario, fuí de mal en peor, hasta quepor casualidad llegó á mis manos uno de esos folletos ilustrados en los que se describe la medicina llamada el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Al leer dicho libro y al ver que el reumatismo era, según en el citado folleto se indicaba, una de las enfermedades que el consabido Jarabe aliviaba y curaba, me decidí á probarlo, é imagináos cuál sería mi regocijo al sentirme aliviado antes de haber agotado la primera botella.

»Como que la enfermedad se encontraba en su más agudo grado, tuve que seguir tomando el Jarabe durante tres meses consecutivos, á fin de hacer desaparecer los dolores punzantes que al más leve cambio de temperatura me sentía en las extremidades, en el pecho y en las coyunturas. En la actualidad mi dolencia no es más que una sombra de lo que antes era, y puedo consagrarme ahora con toda laboriosidad al trabajo propio de mi profesión.

»A veces, sintiéndome libre de todo dolor, he dejado transcurrir dos ó tres días sin tomar medicina alguna, habiendo observado además que al dejarse sentir nuevamente el dolor me ha bastado tomar sesenta gotas del Jarabe para conseguir un alivio inmediato. También debo hacer constar que jamás me he encontrado mejor, en cuanto al estómago, que desde que tomo el Jarabe de la Madre Seigel, pues cada invierno me veía obligado á tomar algún purgante, hallándome propenso á la constipación. En la actualidad estoy enteramente exento de esta dolencia, gozo de buen apetito y encuentro gusto en todo lo que como.

»De lo que acabo de manifestar (y no es más que la pura verdad), podrá usted inferir la alta estima que me merece este remedio, y cuán agradecido estoy á su propietario.

»El buen resultado que produjo en mi caso ha sido sabido de tantos, que muchas personas me visitan para pedirme pormenores más detallados, y éstas á su vez consiguen alivio igualmente tomando el Jarabe.

»Sírvase aceptar el testimonio de mi más sincera consideración. (Firma.) J. Maimo, profesor en la Escuela pública para niños, 20 Mayo, 1892.»

Para poder comprender la razón de la maravillosa eficacia del Jarabe de la Madre Seigel en el caso del señor profesor Maimo, el lector se servirá observar dos partes sobresalientes en su excelente carta: primera, su relación de su reumatismo, y segunda, su referencia á la acción de la medicina sobre su sistema digestivo. He aquí la causa y el efecto: la indigestión y la dispepsia, la causa; el reumatismo, el efecto.

El tratamiento que antes siguiera no tenía poder alguno sobre su reumatismo, porque carecía de toda acción sobre su digestión. El Jarabe desterró el ácido úrico de su sangre (siendo el ácido producido por un estómago é hígado adormecidos) y el reumatismo desapareció en el orden de la naturaleza, junto con el veneno que lo produjera.

Dos palabras más como comentario, y habremos concluído.

El reumatismo es universal porque son también universales las malas costumbres observadas en las comidas. Donde se encuentra la indigestión y la constipación allí está el reumatismo con miles otras enfermedades, que no son más que sus síntomas y frutos. Tómese nota de esto y téngase presente.

Las hadas han desaparecido, como ya dijimos; pero para conseguirse el folleto que trata de remedio tal, y que encierra en sí mayor poder curativo que cualquiera hada pudiera conferir, dirigirse á los propietarios del Jarabe curativo de la Madre Seigel.

Si el lector se dirige á los señores A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

Banco de España

Por acuerdo del Consejo de gobierno se pone en circulación una nueva serie de billetes de 100 pesetas que lleva la fecha de 1.° de Junio de 1889.

Lo que se anuncia al público para su conocimiento.

Madrid 9 de Febrero de 1893.—El Vicesecretario, *Gabriel Miranda*.

Banco de España.

Debiéndose proceder á la corta de los cupones que vencerán en 1.° de Abril próximo venidero, correspondientes á los valores depositados en este establecimiento, se avisa á los interesados:

1.° Que podrán retirar los cupones en rama, previo pedido, así como avisar que se conserven unidos á los títulos:

Hasta el día 15 del corriente, los de Deuda perpetua al 4 por 100 interior.

Hasta el 28 del mismo mes, los de Deuda amortizable al 4 por 100.

Hasta el 15 de Marzo próximo, los de Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

Y hasta el 20 del expresado Marzo, los de las demás clases de valores.

2.° Que transcurridos estos plazos, el Banco procederá á la presentación y cobro de los cupones de Deuda interior y amortizable que no hayan sido objeto de pedido ó aviso.

3.° Que no se admitirán en depósito los valores que contengan el indicado cupón de 1.° de Abril próximo:

Desde esta fecha, los de Deuda perpetua al 4 por 100 interior.

Desde el día 1.° de Marzo, los de Deuda amortizable al 4 por 100.

Desde el día 16 del mismo Marzo, los de Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

Y desde el 21 del expresado mes de Marzo, los de las demás clases de valores.

4.° Que el Banco admitirá, desde luego, á descuento, á razón del tipo que rija, los cupones de 1.° de Abril próximo de la Deuda perpetua interior y de la amortizable al 4 por 100, estén ó no depositados.

5.° Que el mínimum de percepción por los descuentos será de 15 céntimos de peseta por cada factura.

6.° Que los cupones del vencimiento de 1.° de Abril próximo de la Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y de los Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, se admitirán en negociación desde la fecha de este anuncio, estén ó no depositados, con la bonificación que diariamente se fijará en las Oficinas del Banco.

7.° Que los cupones de títulos depositados de las mismas Deudas exterior y de Cuba que no se retiren en el período desde la fecha de este anuncio hasta el 15 de Marzo próximo, se entenderán cedidos al Banco por los depositantes, con la bonificación que se fijará por el mismo el día 16 del mismo Marzo, y será la equivalente al precio medio á que resulte la de los referidos valores negociados por el Banco en el citado período de tiempo.

8.° Que para el descuento ó la negociación de los cupones depositados bastará la presentación del resguardo de depósito respectivo.

Madrid 10 de Febrero de 1893.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

El doctor **Chervin**, director del Instituto de Tartamudos de **París**, empezará en Madrid (Hotel de Rusia) el **6 de Marzo** un curso para la corrección en veinte días de la

TARTAMUDEZ

Para seguir dicho curso, es de rigor presentarse la víspera de su apertura; los retrasados serán aplazados para el curso de 1894.

La librería editorial de Bailly-Bailliere é hijos, de Madrid, acaba de publicar los elegantes *Calendarios Americanos Religiosos*, que por su precio están al alcance de todas las fortunas, y en los cuales introduce todos los años alguna novedad.

Llamamos muy especialmente la atención de nuestros lectores sobre los referidos Calendarios, que se venden al ínfimo precio de 2 reales. Los hay también desde una á 2,50 pesetas, y á los cuales se puede adaptar el termómetro si se quiere.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis.

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 8
1892

Fábrica de Guantes

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes para señores Obispos, Sacerdotes y colegiales.
Unica casa en Madrid dedicada á este artículo.
Guantes piel primera clase, tres botones, á 2 pesetas.
Idem bordados, á 2,50.
Para caballero, superiores, á 2,50.
Especialidad en guantes piel de caballo, cabrito, Suecia, gamuza y lana.
Corbatas última novedad.

CALLE DE FUENCARRAL, NÚM. 7

ELIXIR DE Protocloruro DE HIERRO CON HIPOFOSFITOS DE VIVAS PÉREZ

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.*

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.—MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA, **Farmacia** VIVAS PEREZ

MONTERA 23

RELOJES

DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE **G.° GIROD**

Sucesor de Losada.

GRAN CERERIA

ESPECIALIDAD

en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABEJAS para el **Culto católico**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas denominaciones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar

Princesa, 40 SALVADO Y SALA Barcelona

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis

LA ARTISTICA

Calle del Caballero de Gracia, 8

ESTAMPERIA

Novedades en todo género de estampas en grabado, fotograbado, litografía, fotografía, etc., de las principales casas del extranjero.
Especialidad en asuntos religiosos.

IMÁGENES TALLADAS

Se reciben encargos garantizando su buena ejecución.

MANUAL BÍBLICO

Ó

CURSO DE SAGRADA ESCRITURA

POR

MESSIEURS L. BACUEZ y F. VIGOUROUX

Traducida al castellano bajo la dirección de *D. Vicente Calatayud y Bonmatí.*—Le precede una carta-prólogo del Ilmo. Sr. D. Juan Maura Gelabert, Obispo de Orihuela.

Tomo primero, 5 pesetas en rústica.

Se vende en las librerías de los señores D. Enrique Hernández y don José del Amo, Paz, 6, Madrid, y en las principales librerías católicas de provincias.

En los pedidos al por mayor, dirigiéndose al traductor (Valencia), se hará rebaja proporcionada á la importancia del pedido.

PERUJO-ANGULO

DICCIONARIO DE CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes casi folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado.—TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españole y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA DE

VICENTE GARCIA MUSTIELES

(SUCESOR DE PÉREZ)

CALLE MAYOR, NÚM. 50

MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.
Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.
Se sirven los pedidos con toda prontitud.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 17½ pts. fs.
Un año..... 18 »

NÚMERO 4.º—Madrid 28 de Febrero de 1893

PRECIOS DE SUSCRIPCION
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 francos
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 »

VISTA INTERIOR DE LA BASÍLICA DE SAN PEDRO EN ROMA

SUMARIO

TEXTO

El Jubileo del Papa, por V. A.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Don Alejandro Torre y Vélez, por M. Domínguez.—Pedro, por Valentín Gómez.—Fisiología del baile, por J. M. Pereda.—Desde Manila, por F. Aguilar y Rioseca.—Las mujeres de los sectarios, por Antonio Ballín de Unquera.—Evangelina.—Estar de más, por Fernán Caballero.—Bibliografía.

GRABADOS

Vista interior de la Basílica de San Pedro en Roma.—Marzo (alegoría).—La resurrección del Carnaval (alegoría).—Monasterio de Rueda, en Zaragoza.—Asilos nocturnos en Madrid.—Paisaje de Despeñaperros.

EL JUBILEO EPISCOPAL

LEÓN XIII, OBISPO

(RECUERDOS Y EFEMÉRIDES)

EL 1.º de Enero de 1888 celebró el mundo católico el jubileo sacerdotal de nuestro Santísimo Padre León XIII, el cual cantó su primera misa en igual fecha de 1838, en la capilla de San Estanislao de Kostka, situada en el primer piso de la Casa-Noviciado de los Jesuitas de Roma. Tenía entonces Su Santidad veintiocho años no cumplidos.

El próximo pasado 19 de Febrero hemos vuelto los católicos á celebrar otro jubileo de León XIII, el de su Consagración Episcopal, que tuvo lugar el 19 de Febrero de 1843. *El Diario de Roma* del 21 de Febrero de 1843 daba cuenta de este acto en los siguientes términos: «El domingo último, el Eminentísimo y Rvdmo. Sr. Cardenal Luis Lambruschini, Secretario de Estado de Nuestro Señor, se trasladó á la iglesia de San Lorenzo *in Panisperna*, en donde con asistencia de Monseñor Luis Asquini, Arzobispo de Tasso y Secretario de la Sagrada Congregación de Obispos y seglares, y de Monseñor Castellani, Obispo de Pasfisio y Sacristán de Su Santidad, consagró á Monseñor Joaquín Pecci, elegido en el Consistorio secreto del 27 de Enero próximo pasado Arzobispo de Damieta *in partibus*, y nombrado Nuncio Apostólico cerca de la real corte de Bélgica.

»La sagrada función resultó conmovedora y majestuosa. Estuvo presente Su Excelencia el Srmo. Conde de Vultremont, Ministro de Bélgica cerca de la Santa Sede, al cual acompañaba todo el personal de su legación. También asistieron muchos Prelados y varios ilustres personajes».

León XIII estaba ya nombrado Nuncio en Bruselas. Tomó posesión de su cargo el 6 de Abril de 1843. En 2 de Junio de 1844 presidió las fiestas del Centenario de Nuestra Señora de la Chapelle. En 1845 coadyuvó eficazmente á la fundación del Seminario belga en Roma.

Por aquel tiempo visitó la Bélgica nuestro inmortal filósofo Balmes; el nuncio Pecci le honró con un banquete, al que asistieron todos los Obispos de Bélgica. En 1845 dirimió las discordias que se habían suscitado entre los jesuitas y la Universidad de Lovaina. En 1.º de Mayo de 1846 le confirió el Rey de los Belgas la gran cruz de Leopoldo I. Todavía se conservan en Bélgica los recuerdos más vivos y afectuosos de la permanencia de León XIII en aquel país.

En el Consistorio de 19 de Enero de 1844 fué preconizado Nuestro Santísimo Padre Obispo de Perusa. Hizo su entrada en dicha ciudad el 26 de Julio del mismo año, y gobernó su diócesis durante treinta y dos con sabiduría, celo y apostólica caridad dignas de un Apóstol de Jesucristo.

Monseñor Laurenci, Obispo de Amata y auxiliar que fué de Su Santidad durante su Episcopado, ha reunido en unas tablas cronológicas los principales acontecimientos del Episcopado de León XIII.

Helas aquí dichas tablas:

1848.—Reforma el Seminario, para abrirle de nuevo bajo forma y disciplina diferentes.

1849.—Hace restaurar el marmóreo pavimento de la Catedral.

Asiste á una Asamblea general de los Obispos de Umbría, reunidos en Spoleto, para examinar los medios de procurar el bien de sus Diócesis respectivas, encargándose de la redacción de las actas

1850.—Publica una pastoral para la Cuaresma contra el vicio de la impureza.

Es nombrado Visitador apostólico de la Congregación de San Felipe en Monte Falcó.

Asiste al feliz descubrimiento del cuerpo de Santa Clara, en Asís.

Publica una instrucción y muchas disposiciones para la santificación de las fiestas.

1851.—Establece la Congregación de los *Lugares Pios*, con estatutos y reglamentos para su administración.

Formula una ordenanza para arreglar la disciplina de los alumnos externos.

Funda y abre el santuario de *Puente de la Piedra*, cerca de Perusa, en honor de la milagrosa imagen de María, Madre de las Misericordias.

Instituye y preside una Comisión para los trabajos de arquitectura y pintura de su Catedral.

1852.—Publica, de acuerdo con otros Obispos de la provincia, útiles reglamentos para la buena administración del Monte de Piedad.

1853.—Es celebrado en su diócesis con regocijos públicos su nombramiento de Cardenal Presbítero del título de San Crisógono.

Publica un edicto con oportunas disposiciones contra la blasfemia.

Al comenzar su segunda visita pastoral, publica una homilía, pronunciada en su iglesia Catedral, con advertencias y enseñanzas sobre los vicios de la sociedad actual.

1854.—Reivindica ante la Congregación del Concilio su derecho de visita pastoral sobre las cofradías y las casas de regulares.

Durante una pública calamidad, señalada por la carestía y escasez de víveres, adopta sabias y caritativas disposiciones para socorrer á los necesitados.

Publica una pastoral sobre el jubileo.

Es nombrado Visitador apostólico del noble Colegio Pío.

1855.—En calidad de Visitador apostólico de Panicale, publica un reglamento orgánico y administrativo para su reorganización.

Llama y establece á los Hermanos de la Misericordia de Bélgica y les entrega la dirección de la casa de huérfanos varones, después de haber reformado su reglamento.

Consagra, en medio de un gran concurso de fieles, la imagen milagrosa de Santa María de las Gracias, en la Catedral de Perusa.

Abre para las jóvenes expuestas á los peligros del mundo, un asilo de preservación, la obra pía Graciani, y confía su dirección á las Hermanas belgas de la Divina Providencia.

Publica un edicto con ocasión del primer aniversario de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, para que se celebre, y para dar gracias á Dios por la desaparición del cólera.

1856.—Como Canciller de la Universidad de estudios, establece reglamentos para el orden de la administración y de los cursos académicos.

Publica una nueva edición del *Catecismo Diocesano*, y dirige al Clero de su diócesis una pastoral con instrucciones sobre la enseñanza de la Religión.

Bendice é inaugura el nuevo asilo para las mujeres enfermas incurables.

1857.—Abre la casa-pensión de Santa Ana en un local edificado bajo su dirección; le pone nombre y lo coloca bajo el patrocinio de Pío IX, é instala como maestras á las religiosas del Sagrado Corazón.

Publica un edicto contra los abusos del magnetismo.

Recibe como dádiva del Papa Pío IX un magnífico cáliz de oro para la Catedral.

Recibe al Padre Santo Pío IX en su viaje, y al regreso de Etruria le acompaña hasta Roma.

Da instrucciones á los Párrocos con un manual de reglas prácticas para el ejercicio de su ministerio en lo concerniente á la disciplina exterior.

1858.—Establece por una pastoral los *Jardines de San Felipe Neri* para catequizar á los niños en los días de fiesta y preservarlos de los malos juegos y de la disipación.

1859.—Inaugura la Academia teológica de Santo Tomás de Aquino para promover y favorecer el estudio de la escolástica.

Obtiene para su diócesis el oficio y la misa del Santísimo Corazón de María.

1860.—Publica una pastoral sobre el poder temporal del Papa.

Protesta contra el decreto que suprime las Corporaciones religiosas.

Se une á los Obispos de Umbría para protestar contra las disposiciones del Comisario general del reino subalpino.

1861.—Publica un decreto con las reglas litúrgicas para las ceremonias extraordinarias del culto.

Escribe dos cartas á Víctor Manuel para protestar contra el matrimonio civil y contra la expulsión de los monjes camaldulenses de Monte Corona.

1862.—Publica, de acuerdo con el Episcopado de Umbría, una declaración doctrinal contra el matrimonio civil, y da por una carta circular instrucciones especiales al Clero de su diócesis.

Es citado ante el tribunal de Roma por tres eclesiásticos, á quienes había suspendido por haber firmado un mensaje contra el poder temporal del Papa, y sale absuelto.

1863.—Dirige al pueblo de Perusa una advertencia pastoral contra las escuelas protestantes.

Se une á los Obispos de Umbría para publicar un documento solemne sobre las medidas del *regium exequatur*.

Publica una pastoral contra el libro impío de Renán.

1864.—Regula por un decreto la limosna sinodal de las misas.

Escribe una pastoral sobre los errores actuales contra la Religión y la vida cristiana.

1866.—Prescribe al Clero reglas de conducta para los tiempos de revueltas políticas.

Publica una pastoral sobre las prerogativas de la Iglesia católica.

1868.—Publica una pastoral sobre *la lucha cristiana*.

1869.—Anuncia el jubileo, y publica una instrucción sobre el Concilio Ecuménico del Vaticano.

Instituye la obra pía para redimir á los clérigos del servicio militar.

1871.—Celebra, entre los homenajes y fiestas del Clero y del pueblo, el año vigésimo quinto de su Episcopado.

Se une á los Obispos de Umbría para dirigir un mensaje á Su Santidad Pío IX relativo á la ocupación de Roma.

Obtiene del Padre Santo Pío IX indulgencias para la insigne reliquia del Anillo.

Publica una homilia sobre las prerogativas del Romano Pontífice.

Por mandamiento apostólico consagra en su Catedral al Obispo de Orvieto y al de Tolemaida.

1872.—Consagra solemnemente la ciudad y diócesis de Perusa al Sagrado Corazón de Jesús, previa publicación de una pastoral á este objeto destinada.

Redacta un *programa normal de estudios* para su Seminario episcopal.

Publica una pastoral contra la violación de las fiestas y contra la blasfemia.

Regula la hora de las misas, y prescribe instrucciones catequísticas en las iglesias de la ciudad para los días festivos.

1873.—Publica una pastoral para la Cuaresma sobre *los peligros de perder la fe*.

Consagra la ciudad y diócesis de Perusa á la Virgen Inmaculada.

Funda la piadosa *Asociación de San Joaquín* para los eclesiásticos indigentes.

Instituye la primera Comunión solemne en la ciudad de Perusa.

1874.—Publica una pastoral para la Cuaresma sobre las *tendencias del siglo presente contra la Religión*.

Instituye por primera vez misioneros diocesanos para la predicación.

1875.—Escribe y publica himnos latinos en honor del patrono principal de su diócesis, San Herculano, Obispo y mártir.

Publica una pastoral sobre el *año santo*.

Establece y distribuye en su diócesis la tercera Orden de San Francisco de Asís, y pronuncia una alocución en Asís, tomando posesión del cargo de protector de esta Cofradía.

1876.—Invita á los Párrocos á escribir Catecismos para los adultos.

Publica una pastoral sobre *la Iglesia y el siglo XIX*.

Escribe una pastoral sobre *la Iglesia y la civilización*.

Es nombrado camarlengo de la Santa Iglesia Romana, y consagra á su Obispo auxiliar, monseñor Laurenci, en la iglesia de San Crisógono, en Roma.

1878.—Hace pintar y hermosear la capilla de San Onofre en la Catedral.

Escribe y publica la segunda parte de su pastoral sobre *la Iglesia y la civilización*.

El Pontificado episcopal de León XIII fué, como se acaba de ver, una brillantísima preparación para su Pontificado universal. León XIII figurará en la historia como uno de los hombres más notables que han brillado en la larga sucesión de los siglos. Teólogo, filósofo, literato, poeta, político consumado, ejemplarísimo Sacerdote; por cualquier lado que se mire su colosal figura, resulta admirable. El célebre corresponsal del *Times* en París, Mr. Blowitz, describe de este modo á León XIII:

«León XIII me pareció una figura imponente. Su cuerpo delgado, elegante, alto, con su traje blanco, se destacaba con majestad tranquila y natural sobre el sencillo y solemne fondo de aquel oratorio íntimo, cuyo altar componía su mayor riqueza. Se acercó á un sillón que se apoyaba en el altar, y me indicó que ocupase otro sillón que estaba cerca del primero. Cuando se sentó el Padre Santo me senté yo también, y entonces empezó la conversación.

El Papa, hablando unas veces francés y otras italiano, se expresaba con un lenguaje rápido y sonoro. Algunas veces permanecía inmóvil, y otras veces, obedeciendo á su pensamiento, se levantaba de su butaca con un movimiento de rápida emoción, que aumentaba la profunda impresión que yo sentía.

Su cara, como su cuerpo, tienen un aspecto de puro ascetismo, y responden á la idea solemne que se forma uno del Soberano Pontífice.

Bajo su traje de blanca lana, que le cubre como un poético sudario, aparece ante la imaginación como el cautivo voluntario que sacrifica la incomparable alegría de la libertad á la defensa entusiasta de los derechos confiados á su guarda.

O'Reylli, en su *Vida de León XIII*, le retrata admirablemente en los siguientes párrafos:

«No hay persona que se haya puesto una vez no más ante la presencia de León XIII, que haya fijado sus ojos en su fisonomía, que haya escuchado su voz y atendido á sus dulcísimas é inolvidables palabras, que no haya formado altísimo concepto de la perspicacia de su ingenio y de la maravillosa grandeza y singular penetración de su inteligencia. Ante aquella soberana capacidad intelectual no hay quien no se sienta confundido y como aplastado. El brillo centelleante de sus ojos, no apagado por los años, es reflejo de la vivísima claridad de su entendimiento. La prontitud y acierto de sus respuestas, la prudencia de sus palabras, y aun la señoril actitud de sus modales, revelan al hombre dueño siempre de sí mismo, que ve justo y claro cuanto se le presenta ante su vista, y que sabe mirar y tomar las cosas por el lado ó punto de vista más apropiado.

Las demás facultades están en él maravillosamente armonizadas. A una sensibilidad exquisita, júntase una imaginación viva, una memoria tenaz, un tacto y conocimiento de las cosas, que sorprende y arrebata; su palabra es fácil y animada; el timbre de su voz, dulce, penetrante, melodioso; tiene en su hablar una especie de acentuación acompasada y armoniosa que regala suavísimamente el oído. Su gesto, digno y majestuoso, realza y avalora cuanto sale de sus labios.

Aunque ha pasado la mayor parte de su vida en la administración diocesana y el trato de los hombres y en el expedienteo de los negocios, nunca ha abandonado el estudio y el cultivo de las facultades del espíritu. Las más altas especulaciones de la ciencia se han juntado en él á los pormenores más menudos de los negocios. Todos los ramos del saber han tenido en nuestro Pontífice, no sólo un protector decidido, sino un cultivador asíduo y perseverante. Pero entre tantas cosas á que se ha aplicado, hay una que ha solicitado más especialmente su afición, y que ahora, que sublimado á la mayor de las grandezas humanas y abrumado por los asuntos más arduos que pueden embargar el entendimiento del hombre, le ocupa algunas veces para descanso y solaz de su espíritu, esto es, el arte de la poesía. Cree el vulgo que este arte es propio de gente joven, ecétera, etc.

Hemos hablado de las dotes intelectuales de León XIII. Es justo que digamos algo de sus cualidades morales y del tenor ordinario de su vida.

En todos sus actos resplandece alteza soberana de pensamientos y una rectitud y sinceridad de intención que señala á todas luces el verdadero servidor de Cristo, únicamente atento á la gloria de Dios y á la salvación de las almas. Su ánimo se cierne en alturas donde no llega el estruendo de las pasiones humanas. Su espíritu descansa en una paz, efecto de una conciencia limpia, y en la cual reverbera la luz de Dios. Sus frases, en fin, se dirigen siempre al bien, y nada hay en el mundo que le impida ejecutar lo que cree justo y recto.»

No sólo los católicos, sino que también los herejes, cismáticos y racionalistas reconocen y admiran el mérito excepcional de nuestro gran Pontífice. Así, que no es extraño que con tanto entusiasmo se hayan celebrado en todo el mundo estas nuevas fiestas jubilares. En Roma celebró Su Santidad la misa en la Basílica de San Pedro, de la que ofrecemos á nuestros lectores una vista interior en la primera página de este número, no publicando nuevo retrato de Su Santidad por haberlo hecho en el pasado año. En la católica España las fiestas han resultado espléndidas, á pesar de la penuria que aflige al país. En el Palacio real se celebró capilla pública con asistencia de S. M. la Reina y de toda la corte, y en todas las poblaciones solemnísimas funciones religiosas y lucidas sesiones literarias. No hay que decir que LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA se asocia de todo corazón á este concierto universal de homenaje al inmortal Pontífice puesto por Dios para gobernar su Iglesia.

V. A.

GRABADOS

Vista interior de la Basílica de San Pedro en Roma. (Pág. 49.)

(Véase el artículo *León XIII, Obispo*).

Marzo (alegoría).—La resurrección del Carnaval (alegoría).—(Páginas 52 y 53).

He aquí dos dibujos en que el ingenio caprichoso de su autor ha querido simbolizar esta época del año en que el espíritu del mundo da á las almas la batalla del Carnaval, y el espíritu del cielo brinda á los hombres con las saludables penitencias cuaresmales. En la alegoría del mes de Marzo, el demonio sopla con un fuelle enorme sobre los míseros descendientes de Adan, y produce huracanes y ventisqueros en el orden material y en el moral. La parte superior del cuadro está consagrada á representar los piadosos ejercicios de Cuaresma, y remata con una representación del divino sacrificio del Calvario, aludiendo á la Semana Santa, que suele caer á últimos de este mes. Más ingeniosa nos parece la alegoría de la resurrección del Carnaval. El Carnaval es un muerto; lo mató el Cristianismo. Pero un demonio malo lo resucita todos los años para perder á los hombres. Los que dicen que el Carnaval no es causa de abominaciones sin número y de pecados gravísimos, que lean lo que cuentan los periódicos de Madrid á propósito de los escándalos que tuvieron lugar en el Liceo Rius y en otros bailes ó revolcaderos inmundos. El Carnaval es una fiesta pagana; lo más inocente de él es la parte zafia y grosera, la mamarrachería que invade las calles y paseos. Sería muy de desear que con el tiempo acabase esta solemnidad del infierno, tan contraria al espíritu cristiano como indigna de la cultura de que blasonan las sociedades modernas.

Monasterio de Rueda, en Zaragoza.—(Págs. 56 y 57.)

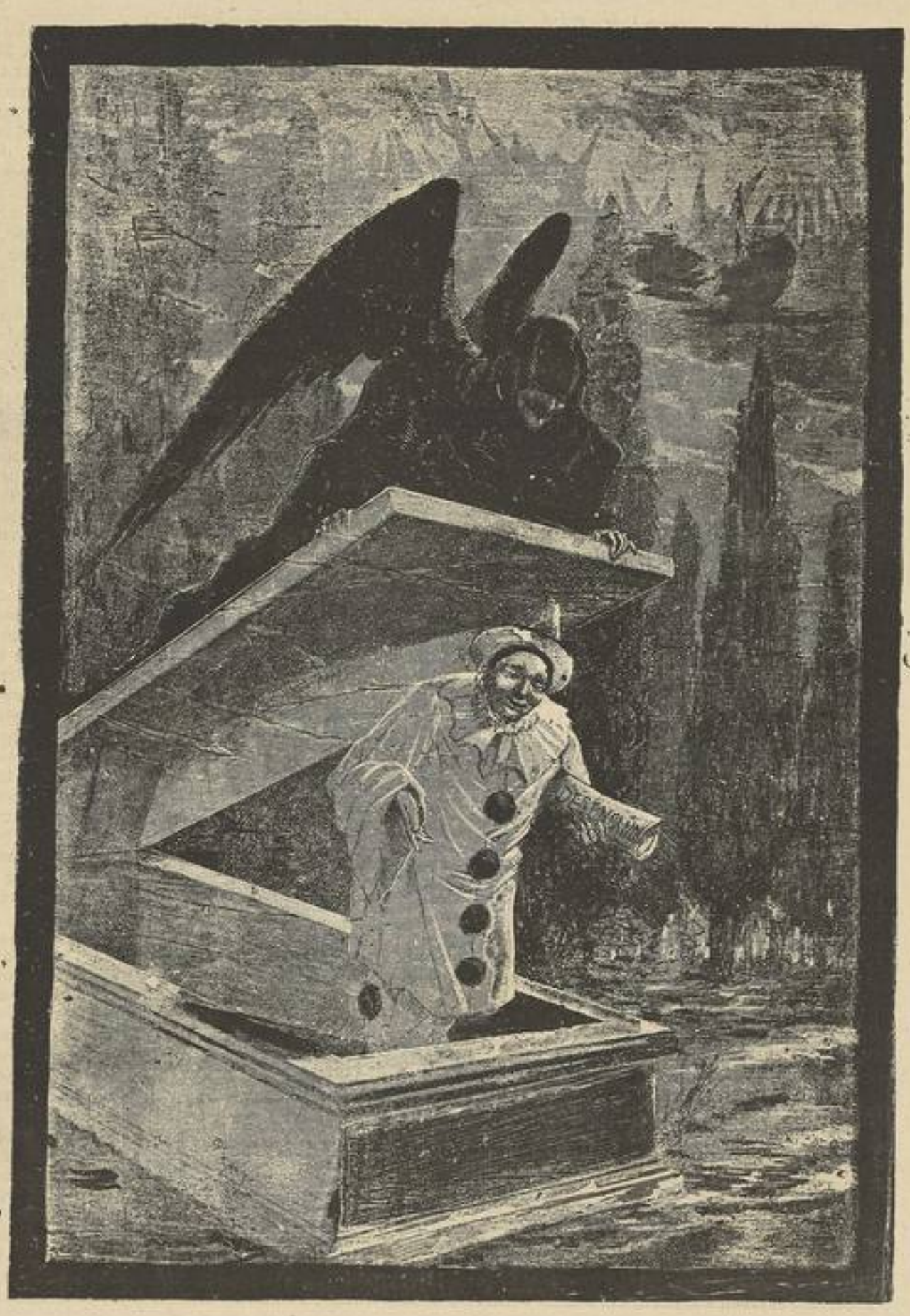
Aunque en deplorable estado, todavía encierra el antiguo Monasterio de Rueda bellezas de primer orden.

Hállase situado sobre la ribera izquierda del Ebro, enfrente de la Villa de Escatrón (provincia y diócesis de Zaragoza). Fué fundado por el Rey de Aragón D. Alfonso II, por los años de 1180 á 1195, con objeto de proporcionar digna y suntuosa morada á la comunidad de Monjes de la Orden del Císter, que habitaban el Monasterio de Santa María de Junquera ó *Junceira*, en las cercanías de Villanueva de Gállego, terminándose las obras de la parte más antigua del edificio el año 1205.

Los reyes sucesores de D. Alfonso y muchos ricos homes de Aragón concedieron á este Monasterio importantes privilegios y donaciones.

Debido á su situación, y en obediencia á las leyes que así lo prescribían, era este Monasterio el punto donde se celebraban los Capítulos provinciales de la Orden. Poseía cuantiosos bienes raíces y gran número de reliquias y preciosidades que en su interior se custodiaban.

MARZO (*alegoría*).



La resurrección del Carnaval *(alegoría)*.

La guerra de la Independencia nacional le hizo perder considerable parte de sus riquezas, quitándole los posteriores acontecimientos no poca de su antigua importancia. Al sobrevenir la exclaustración en 1834, la comunidad contaba en su seno 30 monjes, 20 legos é igual número de criados.

Asilos nocturnos en Madrid.—(Pág. 60).

La mendicidad toma en Madrid proporciones aterradoras, como consecuencia de la penuria general del país. No serán verdaderos pobres todos los que pedigüeñean por calles y paseos; pero ¿cómo negar que muchos de ellos lo son, que la miseria es la causa determinante de la mendicidad, y que si bien hay mendigos que no son pobres, existen en cambio innumerables pobres que no mendigan por vergüenza que les da de salir á la calle á pedir una limosna por amor de Dios? Este problema de la mendicidad interesa por igual al hombre caritativo que al político digno de tal nombre. Nación en que abundan los mendigos, no puede ser una nación feliz, ni pacífica, ni ordenada. La mendicidad tiene misteriosas relaciones con la criminalidad y con los motines. Por eso muchas personas que piensan seriamente, y que son al mismo tiempo buenas cristianas, se desviven por crear asilos y hospicios que aten-úen la mendicidad, ya que extinguirla por completo sea empresa superior á las fuerzas humanas.

En Madrid se han desarrollado siempre extraordinariamente todas las instituciones de caridad. Para socorrer á los mendigos, además del Hospicio, de los Asilos municipales y del de la Santa Hermandad del Refugio, existen actualmente las tiendas-asilos, en que por 10 céntimos se sirve á los pobres una ración de alubias, patatas ó cualquier otro alimento análogo, sano y nutritivo, y caliente y bien condimentado. También funcionan los asilos nocturnos, creados por iniciativa del Excmo. señor Marqués de Santa Ana, y en los que reciben los desvalidos albergue, cena y cama. Actualmente la Sociedad de Protectores de los pobres proyecta construir otro Asilo espléndido y bien acondicionado. Por desgracia, todo resulta insuficiente; la ola de la miseria sobrepuja, pasa por encima de las barreras que construye la caridad para contenerla. Esta consideración, lejos de desanimarnos, debe de aumentar nuestro celo y hacernos cada vez más desprendidos y generosos para con nuestros hermanos que gimen en la miseria y el abandono. Nuestro grabado representa el interior del Asilo nocturno de las Peñuelas en el acto de esperar los pobres el reparto de las boletas de alojamiento.

Paisaje de Despeñaperros.—(Pág. 61.)

La Sierra Morena es el baluarte de Andalucía, la cordillera que separa á esta región de la Mancha. El paso del camino recibe el expresivo nombre de Despeñaperros, que alude á lo agreste y terrible de aquellas alturas inaccesibles, rodeadas de horrorosos precipicios. Por la cumbre de la sierra va la carretera; por el fondo el camino de hierro. Es éste una de las obras más sorprendentes de la moderna ingeniería, en la que tuvieron parte principal los ingenieros españoles. Sálvase el precipicio por una serie de túneles, algunos de considerable extensión, y otra serie de puentes muy bien construídos. Desde las ventanillas del vagón el paisaje resulta imponente, maravilloso en su selvática hermosura de montañas. Antes de la construcción de la vía férrea, era Despeñaperros lugar predilecto para los bandoleros; en aquellas breñas vivieron y robaron á todos los transeuntes, muchas generaciones de bandidos. Todavía en tiempo de Fernando VII, cuando atravesaban el paso carruajes con fondos del Tesoro público, iban escoltados nada menos que por un batallón de infantería y algunos escuadrones de caballería. La Guardia civil y la vía férrea han puesto fin á las hazañas monstruosas de los salteadores de camino.

Al pie de la sierra están las Ventas de Cárdenas, que hizo célebres una popular canción del genero flamenco. En la montaña encuéntranse La Carolina y otros lugares, que son las colonias fundadas por Carlos III para poblar la sierra, y en cuyas moradas aún se conservan el tipo y algunas tradiciones de sus abuelos, que fueron los alemanes que de orden de Carlos III ocuparon en el siglo pasado dichas aldeas.

ANTONIO DE OLMEDO.

†

D. Alejandro de la Torre y Vélez.

El viernes 17 entregó su alma á Dios, con la muerte del justo, el sabio Lectoral de la Catedral Basílica de Salamanca cuyo nombre encabeza estas líneas, siendo sinceramente sentida su pérdida, que representa la de uno de nuestros contemporaneos más ilustres, respetado en el mundo intelectual por su vasto talento y pasmosa erudición, y en la vida social por su modestia y sus virtudes sacerdotales.

El Clero español está de luto, y la Ciencia española católica ha perdido uno de sus más distinguidos campeones.

El Sr. Torre y Vélez era en la actualidad el miembro más antiguo del Cabildo salmantino, en cuyo seno la autoridad y el prestigio de su saber le rodeaba siempre. El anciano Lectoral no había cedido en su vigor al peso de los años, y hasta en sus últimos días ha concurrido á su silla del coro, y constantemente ha desempeñado las cargas de su prebenda, inclusa la de explicar su cátedra en el Seminario central.

Era D. Alejandro de la Torre y Vélez doctor del claustro de la celebérrima Universidad de Salamanca, de cuyo profesorado formó parte cuando la Teología se cursaba en aquel Estudio, y hasta que por virtud de nuevas y brillantes oposiciones pasó á ocupar su canonicato de oficio en la Catedral.

La profundidad en sus investigaciones, la erudición, que al mismo tiempo enriquecía sus conocimientos y su lenguaje y estilo correcto, y poblado de imágenes, de hermosas figuras, eran los caracteres de sus discursos y la nota distintiva de sus obras.

La figura del Sr. Torre y Vélez era interesante en el púlpito; su blanca cabeza inspiraba veneración, y aun aquella misma apagada voz atraía y reclamaba para sí toda la atención de sus oyentes, que embelesados se esforzaban por no perderle una palabra, gustando de aquel lenguaje singularísimo, de aquellas concepciones admirables, aquellos rasgos del talento, aquellas expresiones mágicas que tanto decían. Cuando se oían sus sermones, se olvidaba uno de la acción generalmente desigual de sus brazos y de la falta de poderosa voz que animase sus pensamientos.

Muy próximos á la cátedra sagrada nos colocábamos sus admiradores para seguirle en su rápida manera de decir, y siempre quedábamos encantados, siempre nos parecía todo nuevo, aunque le correspondiese tratar un mismo asunto todos los años.

Por su débil voz, pocas veces predicaba en días de gran solemnidad; pero cuando lo hacía, el pueblo quedaba en completo silencio para percibir sus acentos, y él parecía más potente para anunciar las verdades eternas, más escogido en sus frases, más abundoso en las galas de su dicción. ¡Qué pensamientos y qué vestidura la que les daba!

En la Universidad también debía señalarse el paso por sus aulas de tan esclarecido hijo, y se recuerda aún su brillante profesorado y su magnífico discurso de apertura, valiente apología de la filosofía cristiana y una de las páginas más preciadas de la historia de aquella escuela.

El año pasado, en el Paraninfo de la Universidad, volvió á oírse la palabra del sabio Lectoral, leyéndose por uno de sus compañeros del Cabildo el notable discurso compuesto para el acto solemne que Salamanca, pagando tributo á sus tradiciones, consagraba á la memoria del descubridor de las Américas.

Colón y su empresa, la filosofía del gran acontecimiento, la marcha de la humanidad á través de la historia, eran el centro preferente de sus trabajos, de sus estudios y de sus afanes.

Gran parte de su vida, consagrada á este linaje de investigaciones, deja el Sr. Torre Vélez retratada en sus libros *La Filosofía de la Historia á la luz del descubrimiento del Nuevo Mundo* y los *Estudios críticos sobre un período de la vida de Colón*, cuyos tratados parecía querer ampliar con su *Discurso* último y con los artículos que venía publicando en la revista *El Centenario*.

Esto es lo que la posteridad ha podido lograr de la modestia del Sr. Torre Vélez; la mayor parte de sus escritos están inéditos, y en igual estado hubiera permanecido su labor crítica sobre la vida de Colón en España, si consideraciones para él superiores no hubieran sacado las cuartillas de su pobre pupitre. Con efecto, años hacía que sobre su mesa tenía terminada esa obra que él consideraba continuación á sus aficiones y estudios, complemento de su *Filosofía de la Historia*, cuando iniciándose un restaurador movimiento histórico-crítico al aproximarse el cuarto Centenario de Colón, fué invitado á publicar sus apuntes por una respetable Sociedad editorial, que prestó tan señalado servicio á las letras españolas.

Una dirección enteramente nueva imprimió con su obra el Sr. Torre Vélez en el modo de historiar el acontecimiento grandioso de la edad moderna; su pensamiento era atrevido, y para nosotros lo realizó; borrar todo lo escrito acerca de la vida del genio genovés en Castilla, y sin otra fuente que la de los documentos auténticos, rehacer la historia y presentar con caracteres de evidencia la parte que á Salamanca y á sus dominicos correspondió en aquel hecho.

En esa obra figura, llenando sus mejores capítulos, la *Memoria* que premió la Sociedad Onubense, en uno de sus certámenes, al señor Torre Vélez.

Su erudición, decimos antes, era vastísima; había leído D. Alejandro de la Torre y Vélez muchísimo, y cuando su vista se apagó y no le era posible valerse de sus ojos, se servía de otra persona para que de viva voz le hiciese conocer las obras contemporaneas, y de esa manera había logrado poseer y estar al tanto del movimiento literario en un período de diez años que venía padeciendo la enfermedad de su vista.

En Filología tenía conocimientos superiores; en más de una ocasión fué reclamado su concurso para interpretar documentos de lenguas sabias y gustaba extraordinariamente de buscar lazos de unión entre las distintas maneras de hablar que ofrecen los pueblos. El francés lo poseía muy bien, y el inglés lo hablaba correctamente, desempeñando en estos últimos años la clase de Lengua inglesa en la Universidad.

Por cuanto, de esta suerte, venía siendo el señor Torre Vélez como la encarnación de una no interrumpida hermandad, de relaciones íntimas y cordiales que se han mantenido entre la Universidad y la Catedral en Salamanca, como si hasta exteriormente en aquella sabia Escuela se quisiera hacer palpable la armonía de la religión y la ciencia.

Ha dejado una traducción al inglés de las obras de Balmes, y en sus papeles es de esperar se encuentre material abundante para que sea más conocido su talento.

Como hombre y como sacerdote, el Sr. To-

rre Vélez era ejemplar: su trato afable y cariñoso, su carácter levantado y noble. Su conversación era instructiva, y era incansable cuando discutía.

En Salamanca, su fama y la veneración de su nombre no se limitaba á clases: era para todos la misma. El pueblo le rendía el homenaje de su admiración; veía en él á un pensador, á un filósofo, y aunque su lenguaje no fuera igualmente inteligible para todos, ni pudiera acomodarse á toda clase de cultura, el pueblo acudía á sus sermones y se contentaba con decir: *¡Cuánto vale el Lectoral! No le oímos por su poca voz; pero ¡cuánto vale!*

Dios le ha llamado á su juicio; en el ejercicio de su ministerio estaba el Sr. Torre Vélez predicando en la Catedral, cuando se sintió enfermo, y á los cinco días la muerte le abría las puertas de la eternidad.

A su memoria le dedicamos este recuerdo, prueba de la amistad que en vida le profesamos; para su alma tendremos siempre una oración, que pedimos también á nuestros lectores.

M. Domínguez.

PEDRO

Hace más de mil ochocientos años que moría ajusticiado en Roma un hombre singular.

Llamábase Pedro, y era hijo de un tal Jonás, pescador en Betsaida. Su origen no podía ser más humilde ni su oficio más insignificante. Y, sin embargo, aquel pescador, hijo de pescador, sufría una muerte horrorosa por el más extraño é inverosímil delito que en aquellos tiempos era capaz de cometer un hombre: por el delito de predicar la doctrina de otro ajusticiado, carpintero que había sido de Nazareth, llamado Jesús durante su vida, y comunmente conocido después con el nombre de *Cristo*.

Pero no se limitaba el pescador á enseñar la doctrina de Cristo. Decíase también vicario suyo y jefe de una grande y poderosa asociación que, extendida ya por Oriente y Occidente con el título particularísimo de *Iglesia*, parecía dispuesta á llenar el mundo con el número de sus adeptos y á escalar hasta el mismo trono de los Césares.

Estos calificaban de locura la enseñanza y las pretensiones de Pedro y los suyos. Sólo que la locura iba tomando tan peligroso incremento, que no había más remedio que cortarla de raíz. Era necesario, pues, apelar al hierro y al fuego, y herir, sobre todo en la cabeza, el formidable enemigo que de tan bajos orígenes se elevaba á fines tan encumbrados.

Echóse mano al audaz pescador, y en una cruz ignominiosa pagó con la vida el crimen de su fe.

Pedro, el hijo de Jonás, y jefe de la Iglesia de aquel Cristo que había muerto en Jerusalen confundido con dos ladrones treinta y cuatro años antes de estos hechos á que nos referimos, expiró crucificado, teniendo constantemente en los labios el nombre de su Maestro, y no permitiendo, por humildad, que se le crucificase como á Él, con la cabeza mirando al cielo.

El César descansó tranquilamente en su lecho después de haber terminado á su gusto este negocio, que amenazaba turbar el buen orden y concierto del grande Imperio romano.

Muerto el pescador de Betsaida como había muerto el carpintero de Nazareth, no era probable que nadie se atreviese á repetir la tontería de hablar al mundo entero en nombre de un nuevo Dios, y de proclamarse jefe de un nuevo reino para cuya fundación no se buscaba el concurso de los soldados, ni el apoyo de los príncipes.

Mas he aquí que lo que no era probable resultó hecho inmediatamente después de la crucifixión de Pedro.

Aquella asociación, llamada Iglesia, de quien Pedro se decía jefe, nombró para sustituirle en el gobierno á un tal Lino, y luego á un tal Cleto, y luego á un tal Clemente, y luego á un tal Anacleto, y así, uno tras otro, fueron sucediéndose en el martirio primero, y en el poder y la gloria del triunfo después, hasta doscientos sesenta y tres representantes del carpintero de Nazareth.

Pedro se llama hoy León XIII, y, prisionero como aquél, continúa viviendo en la Roma de los Césares, igualmente dispuesto al martirio de la Cruz que á las grandezas de los Médicis.

Los Césares desaparecieron para no volver. Pedro, á través de vicisitudes increíbles, sigue ocupando el primer sólio del mundo, y unas veces en el Tabor y otras en el Calvario, es siempre el mismo Vicario del Maestro, el mismo jefe visible del Reino místico de Dios Omnipotente, la misma piedra inconmovible, contra la cual no prevalecerán las potestades del abismo.

Todo es singular y extraño en la historia de la Iglesia, porque toda es obra misteriosa de su Divino Fundador.

No hay dinastía de origen más humilde que la dinastía de los Pontífices, ni hay poder más desprovisto de fuerzas materiales que el poder de la Iglesia.

Pues he aquí que la única dinastía cuya sucesión no se ha interrumpido, y el único poder que se mantiene incólume y fuerte en medio de las adversidades presentes, es la dinastía y el poder de aquel oscuro pescador de Galilea que cambió el nombre de Simón por el de Pedro.

Una borrasca desatada de las frías regiones del Septentrión barrió el Imperio de Occidente.

Otra borrasca desatada de las ardientes arenas del desierto barrió el Imperio de Oriente.

Pedro, entre tanto, firme sobre la roca, guiaba al mundo por los senderos de la verdad, sin sufrir interrupción ninguna en el altísimo ejercicio de su soberanía universal.

Las dinastías poderosas se aniquilaban. Las de los Merovingios y Carlovingios; las de los Godos y Ostrogodos; las de los normandos y los Plantagenetas; las de los árabes españoles; las de los turcos de Constantinopla; las de los Príncipes de la Escandinavia y de los Grandes Duques de Rusia; las de los Borgoñas; la de los Valois; la de los Estuardos; la de los Austrias en el Mediodía de Europa; como en América la de los Incas y la de los Moctezumas; como en Asia la de los sucesores de Hengis-Kan, y las infinitas que han dominado las fértiles orillas del Tigris y el Éufrates, del Azul y del Ganges... Todas estas fortísimas razas de Emperadores y Reyes, que contaban los soldados por millones y las provincias por centenares, desaparecían como nubes de verano, y otras razas y otros poderes y otras instituciones han ocupado su lugar; razas, poderes é instituciones que á su vez serán bien pronto sustituídos por otros, sin que ninguno de ellos pueda sentar la planta en ninguna parte con la seguridad de permanecer allí ni el breve espacio de una jornada.

Pedro, entre tanto, allí está, en el mismo sitio de que tomó sangrienta posesión hace mil ochocientos años. Su dinastía se perpetúa constantemente; su poder no se merma ni en las catacumbas ni en los palacios: su grandeza no se disminuye con el martirio ni se aumenta con los esplendores del trono. Es siempre igual, como la luz del sol. Pueden las nubes oscurecerla á la vista de los hombres; pero el astro es el mismo y su luz tan intensa hoy como al principio del mundo.

¡Qué dinastía la de Pedro el pescador! Recorred las páginas de esa historia incomparable, y ponedla frente á frente á la de todas las dinastías de la tierra. ¡Qué grandeza de una parte! ¡Qué pequeñez de otra!

En cada pueblo encontraréis uno ó dos Santos coronados. Un Hermengildo y un Fernando en España; un Luis en Francia; un Eduardo en Inglaterra; un Esteban en Hungría; un Ladislao en Polonia; un Canuto en Dinamarca; una Clotilde en Germania; una Isabel en Portugal... ¿Y qué es esto? Los cincuenta y seis Pontífices primeros fueron Santos. Después de ellos, esa gran dinastía cuenta con veintitrés más y tres beatos.

Entre los que no han merecido el honor del culto, hay hombres tales que bastarían por su saber, por su virtud ó por su grandeza de alma, para honrar á todas las familias reales del mundo. Hay, en efecto, hombres como Silvestre II, Inocencio III, Pío II, Julio II, León X, Sixto V, y otros ciento que han pasado por las alturas del Vaticano derramando luz sobre todos los horizontes, y continuarán derramándola sin cesar hasta el fin de los tiempos.

Ese es el pescador de Betsaida; esa su dinastía; esa la ejecutoría del Anciano contra el cual se desatan hoy las iras del averno y las concupiscencias del mundo.

¿No es cierto que al examinar ese pasado siente el corazón alientos para luchar confiadamente por la conquista gloriosa del porvenir?

Valentín Gómez.

Fisiología del baile.

«El baile es un círculo cuyo centro es el diablo.»

Esto lo dijo un teólogo que no era rana.

Mas para los moralistas de hogaño esta definición no es admisible, porque, prescindiendo de que el tiempo de los *sábados* y de las metamorfosis ha pasado, el círculo no es la figura simbólica de nuestros bailes. Demasiado saben ustedes que cada pareja se va por donde se le antoja, pierde el compás cuando le acomoda, y vuelve cuando le da la gana; luego si no hay círculo, no hay centro: *ergo* si no hay centro, mal puede el diablo hallarse en él.

Sin embargo, la opinión del teólogo está fundada. «Las mujeres son el mismo diablo,» se dice vulgarmente; y admitiendo la denominación de *círculo* que suele darse á las reuniones danzantes, y teniendo en cuenta que el bello sexo es el núcleo ó centro de estas reuniones, «el baile es un círculo cuyo centro es la mujer.»

Sustituyendo ahora en lugar de este término su equivalente «el mismo diablo,» viene á quedar probada la exactitud de la máxima del teólogo.

Pero de este modo se infiere un gravísimo cargo á las mujeres; pues no es lo mismo decir «que son el diablo,» que «el diablo es la mujer;» y apelo en testimonio á la gramática.

Buscando un término medio á estas combinaciones diabólicas, he llegado yo á creer que el teólogo citó al diablo para dar alguna forma decente á las *tentaciones*.

Por lo que hace á éstas, los mismos que no creen en brujas y se ríen del diablo, no se atreverán á negar que tiene en el baile la mejor parte.

Pero sean las tentaciones ó el diablo el centro abominable del baile, según el consabido teólogo, conste que he querido comprobar su máxima para que no se me diga que la acepto por sistema; porque yo la acepto... *Ergo*, detesto el baile.

Y ya que la solté, voy á justificar á mis propios ojos esta opinión, que á los de la flamante *filosofía* no pasa de ser una ridícula debilidad.

«La mujer (dicen) baila, como toca el piano, hace *puntillas* ó va *de tiendas*.»

Tal es la opinión general, aun entre los padres más *celosos* y los maridos más avisados.

Yo opinaría como ellos si la mujer bailase sola ó con otra mujer y ante un círculo de mu-

jeres; entonces, á todo tirar, podría el más malicioso atribuirle un poquillo de afán por lucir su garbo, su ligereza ó sus formas; pero la mujer no baila sola ni con otra mujer, sino con un hombre y ante un concurso de hombres.

Si la mujer bailase sólo por el gusto de dar brincos, no sería el baile su placer favorito; tendría igual afición que á él á jugar al marro, ó á la pelota, ó á saltar la cuerda; placeres que en cuanto á ejercicio muscular, nada tienen que pedir á ningún otro.

La historia de la mujer civilizada dice bien claro que sólo se descompone en público, sólo marchita sin duelo sus adornos, y sólo es insensible á la acción de la intemperie y de los pisotones y porrazos en el baile... pero en brazos de un hombre *(condilio sine qua non.)*

De lo cual deducirá cualquiera que una mujer, en teniendo un hombre con quién bailar, ha colmado sus ambiciones en el baile; es decir, que sólo se ocupa entonces su espíritu y materia en dar vueltas por el salón.

Pues, no señor: si así fuera, las simpatías de una mujer en un baile estarían en favor del hombre más ligero y mejor bailarín; pero allí, como siempre y en todas partes, le es más simpático el que es más hermoso y más travieso.

Reparad cada vez que calla la orquesta y las mujeres se retiran á las orillas del salón en torpe desorden, como la espuma á la playa cuando va cesando la tormenta. Oid lo que dicen á sus amigos cuando se han sentado á su lado, y desafío al más sagaz á que me cite una muchacha que, al sentarse á descansar, se dé por satisfecha si sale de los brazos de un hombre vulgar y adocenado, por más que en el baile sea una peonza, y la prudencia misma en su comportamiento.

De lo que se deduce que la mujer, para bailar, no solamente necesita un hombre que la estreche, quiero decir, que la acompañe, sino también que este hombre sea *intencionado*, travieso y más que de regular estampa, importando muy poco que baile como una abutarda.

Explanemos una idea que apunté más atrás.

La mujer, ordinariamente, es meticulosa y pulcra; la vista de una araña la hace temblar; al contacto de un hombre en un paseo, se ruboriza; la menor humedad la obliga á caminar de puntillas; el humo de un cigarro la hace estornudar, y en un carruaje público se marea.

Puesta esta misma mujer en un baile campestre, aguanta el relente de la noche sin constiparse; gira como una peonza en brazos de un hombre horas enteras, y no se marea; sufre un pisotón que le aplasta un par de dedos, y no se queja; encuéntrase en su rápida marcha con una docena de parejas, crujen hasta sus pulmones con la violencia del choque, y no se da por entendida del suceso; rozan su terso cutis las patillas de su adjunto, y no se ruboriza; respira casi en la boca de ésta su aliento tabacoso. y no estornuda; rómpese el leve zapato entre los chinarros del salón, y su pie delicado no da señales de sentir la aspereza del suelo; cae, en fin, un chaparrón de Agosto, y si no le dicen: «párate,» sigue bailando con el agua á las rodillas.

¿Qué significa todo esto? ¿Que tiene la mujer dos naturalezas, una débil para la vida ordinaria, y otra insensible é impermeable para los salones de baile? Esto es imposible. ¿Que son estudiados artificios siempre en ella el rubor y sensibilidad? No quiero creerlo, aunque atrevidos autores lo aseguren. ¿Que hay en el baile alguna cosa que la preocupa tanto que la hace superior á sus propias debilidades?

No hay más remedio que creerlo.

Y ¿cuál es esa cosa? *Hæc est quæstio.*

¿Qué pensamiento será capaz de dominar á una mujer, hasta el extremo de que no se duela al contemplar desgarrado su vestido, desgreñada su cabellera, sudosa su piel, desencajadas sus facciones, ni se caiga desmayada viéndose abrazar y resobar por un hombre ante un público numerosísimo, bullanguero y bromista?

Respóndame el Adán más bonachón. Por mi parte, aseguro que el tal pensamiento no es sólo el de dar brincos. Esta sola causa haría muy poco honor al chirumen de la mujer civilizada, que será... lo que ustedes quieran, pero no tonta.

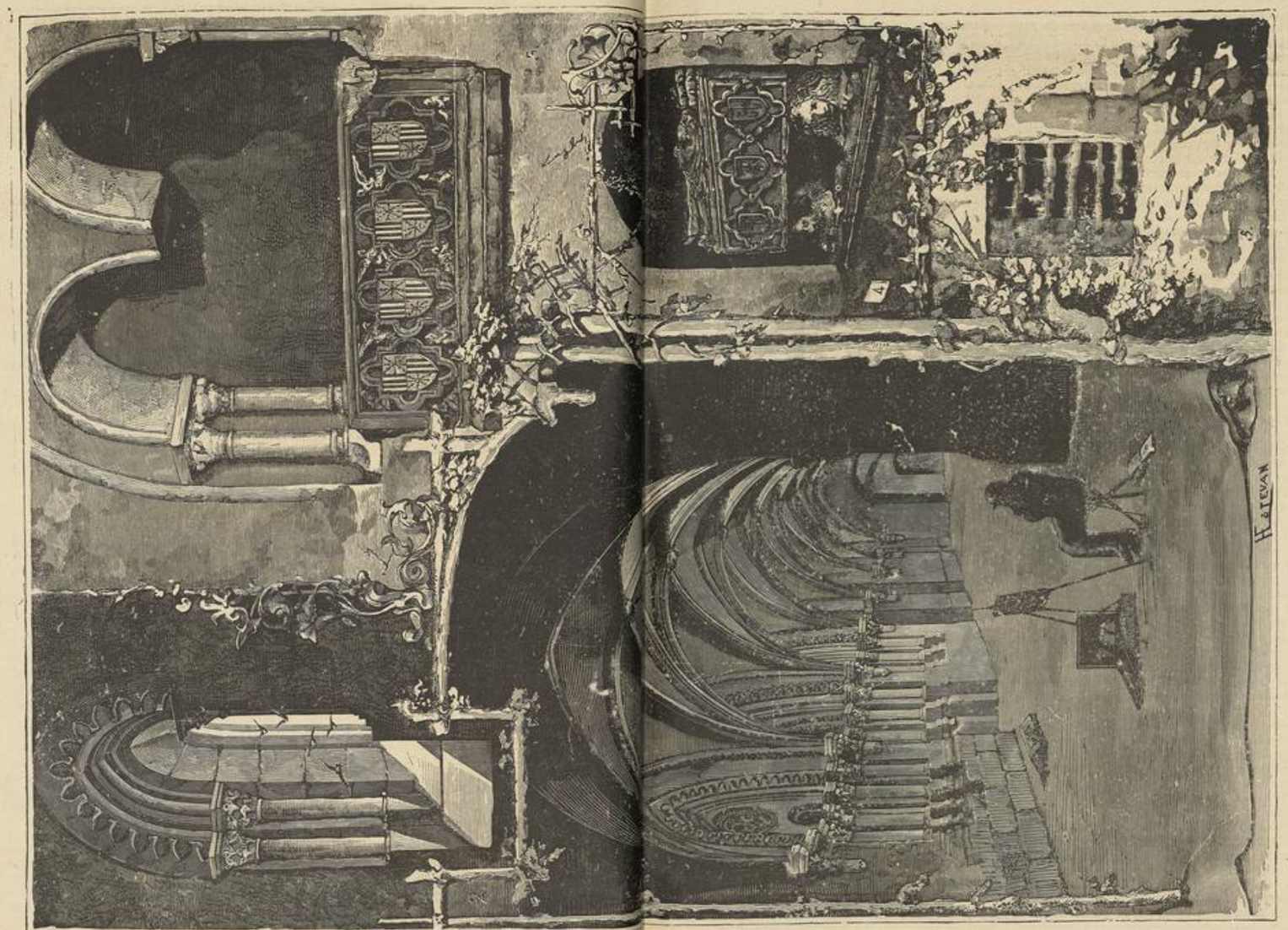
¡Qué diablo! Entremos en un baile, en el de más campanillas, y echemos un vistazo en derredor, y aun cuando uno quiera figurarse á la mujer desprovista de toda tentación, ella nos demuestra lo contrario.

Como el estilo es el hombre, el baile es la mujer.

Y tantos y tantísimos otros ejemplares que pasan ante los ojos de uno entre las confusas turbas de un salón de baile, ¿no nos dicen en sus especiales actitudes que en todo piensan entonces menos en que van saltando?

¡Ah! ¡pues si nos fuera dado penetrar más tarde tras ellas hasta el misterioso albergue! ¡Si escucháramos los rumores de su inquieto sueño!...

Pero respetemos los de estas mujeres sensibles...



MONASTERIO DE [illegible]DA, EN ZARAGOZA

Si no me llamaran cruel, haría una pregunta al marido *tolerante*:

¿No has notado alguna vez, al retirarte de un baile, que tu hermosa costilla está taciturna, áspera y desabrida contigo?

Como me vas á contestar que sí, me tomo la libertad de explicarte ese fenómeno, aunque me llames entrometido. Todo ese despego significa que has perdido mucho en la comparación que de tí ha hecho con los que en el baile la han acompañado; significa que le pareces feo, tonto y ridículo, aunque seas bello, discreto y elegante, porque... está probado que en las comparaciones que hacen las mujeres salen perdiendo siempre los maridos; y en el baile se compara como en ninguna otra parte.

Pero, ¿á qué cansarnos en traducir el pensamiento de la mujer en el baile, en deducciones más ó menos lógicas? ¿Hay más que consultarnos á nosotros mismos? La proximidad del hombre á la mujer, cuando con ella baila, hace casi idénticas las *situaciones* de entrambos; si el primero se quema, no debe estar muy lejos del fuego la segunda.

Pues bien; el hombre busca siempre para su pareja la mujer de mejores formas, más amable y menos *escrupulosa*.

Lo que esto quiere decir me excusa de lo que callo, por respeto á vosotras, que, dicho dicho sea de paso, me arañaríais de buena gana si me tuviérais á mano.

Pero sospecho que, por lo crudo de esta aseveración, sois capaces de recusarme por *apasionado*. Lo cierto es que pocos se han atrevido á hablar tan claro en tan revuelto asunto.

Veamos si hallo una razón que tenga vuelta.

El baile es una sociedad como otra cualquiera, regida por leyes especiales y con sus costumbres propias.

Tratemos de formar con ellas un cuadro exacto y compendiado, de modo que de una sola mirada se aprecie el asunto en su verdadero valor; y con este objeto, examinemos el salón, reparemos lo que los concurrentes hacen, y escribamos el resumen de nuestras impresiones.

Hele aquí:

«El baile es una república en que no tienen autoridad ni derecho los padres ni los maridos sobre sus hijas y mujeres respectivas. Estas pertenecen al público, que puede necesitarlas para bailar, al tenor de los siguientes dos preceptos:

»*Deberes de la mujer:* Esta, sin faltar á la *buena educación*, no puede negarse al que primero la solicite.

»*Derechos del hombre:* El hombre es dueño de elegir la mujer que más le guste; y ya en la *arena*, puede estrecharla entre sus brazos, poner en íntimo contacto con ella, por lo menos todo el costado derecho, desde la coronilla á los talones; pisarle los pies, romperle el vestido y limpiarle el sudor de la cara con las patillas, si no con el bigote, sin faltar á las leyes de la decencia; pues contando con la agitación y la bulla de la fiesta, no es posible establecer un límite á los puntos de contacto, ni amojonar el cuerpo para decirle al hombre: «Aquí no se toca.»

»*Nota.*—Las anteriores prescripciones se observan rigurosamente desde el hombre más feo y antipático hasta la mujer más linda y exigente.»

Repárese que en tal república, donde el hombre tiene *derechos* tan peregrinos, la mujer no tiene más que *deberes*.

Creo que esta fidelísima fotografía que acabo de hacer del baile, completa sobradamente mi propósito.

Una observación en honor del hombre culto: No hay padre ni madre que repare en enviar sus hijos y su mujer al baile; pero la sociedad se escandaliza el día en que una soltera atraviesa sola, de acera á acera, la calle en que vive.

Fundándome en mejor lógica, establecería yo la siguiente

«*Jurisprudencia:* Los padres y los maridos que proveen los bailes con sus hijas y sus mujeres, no tendrán derecho á ampararse á las leyes de la justicia ni del honor en los casos de agravio... de *mayor cuantía;* se les negará la sal y el fuego, y con un cencerro al cuello, expiarán su estupidez de baile en baile.»

Consignado así mi voto, no debo insistir en nuevas deducciones, y doy por acabada mi tarea.

Porque creo que se necesita mucho menos que sentido común para condenar el baile bajo el aspecto puramente estético, y no hay necesidad de que yo gaste tinta ni paciencia en ello.

Un hombre de frac y chistera, máxime si tiene canas, y una mujer muy bonita, muy prendida y remilgada, dando brincos como dos salvajes de Mozambique, sudando el kilo y sacando la lengua de cansancio, solamente los puede uno soportar delante sin echarse á reir, cuando considera... que el fin justifica los medios.

Ahora bien: ¿por qué escribo yo esto? ¿Aspiro á la austeridad del anacoreta?

No tengo, desgraciadamente, tanta virtud.

Si en el baile encuentro un filón de verdaderas *gangas*, ¿por qué, en vez de procurar su destrucción, no le exploto callandito?

Veamos si mis lectoras, cuyos pies beso, á pesar de lo dicho, hallan la respuesta en la siguiente

MORAL DEL CUENTO.

Yo he bailado también; pero preguntándome con horror á cada vuelta:

¿Me casaré yo algún día?

Y si me caso, ¿habrá *bailado* mi mujer?

¿Llegaré á tener hijas?

Y si las tengo, ¿dejaré que me las *bailen*?

Temiendo ser tan padre y tan marido como todos los demás, he escrito estos renglones; quiero tenerlos delante de los ojos cada vez que mi ceguera de marido y de padre, vaya á hacerme merecedor del castigo á que condeno á todos los *mansos* del gran rebaño de la sociedad danzante.

J. M. PEREDA.

Desde Manila

PERSPECTIVAS DE VIAJE

Puerto Said.

Henos ya, pues, nuevamente arrellanados en la alta toldilla del *Isla de Luzón* fisgoneando las últimas maniobras que practica el *Isla de Mindanao* al escalonarse entre los demás vapores arrinconglerados á lo largo del confuso muelle en espera de franqueo para tomar el portante, y apalear por milésima vez con las atroces aspas de sus hélices las viejas olas del Mediterráneo.

Las amplias portas de nuestro barco continuaban abiertas, esparrancadas las bordas del combés y del alcázar, atracadas á babor y estribor las gabarras de la hulla, y brincando incansables por la laberíntica fábrica flotante los simiacos esporteadores que nos habían copado durante la noche. El sobado espectáculo nada podía ofrecernos ya de instructivo, y mucho menos de seductor; pero en justa compensación, brindábanos con la prórroga más empalagosa y más inclemente que haya podido ocurrírsele al empresario más pérfido, prosaico y vengativo. Los bullidores chorros de combustible que, confluyendo de diversos manantiales, desembocaban atropellándose en las lóbregas carboneras del *Isla de Luzón*, desaparecían en la inmensa concavidad lo mismo que riachuelos en el mar, sin formar caudal ni levantar nivel. Es de presumir que si no se acude con tiempo á refrenar la escandalosa voracidad, la *bulímica* devastadora de los vapores modernos, nuestros nietos se verán precisados á enviar sus mineros á otros planetas en demanda del indispensable mineral, después de dejar bien acodaladas las huecas entrañas del que nos sustenta.

Puerto Said desplegaba á la sazón todo el lujo de su insuperable climatología; la menor de sus caricias habría bastado en aquellos momentos para desarrugar el ceño siniestro de todos los ventisqueros de los Alpes, para sembrar de sonrisas la adusta y cruenta faz de la Siberia, para quebrantar la eterna impasibilidad de los ateridos mónstruos que vedan el paso de las misteriosas regiones hiperbóreas. Habíanse disipado totalmente las precarias neblinas materiales, tejidas á la luz de la luna por la resaca, y una nitidez deslumbradora se extendía por todo el horizonte, retratándose á su amparo en la faz de la tierra y del cielo de tan angustiosa manera la devoradora sed que á entrambos consumía, que ya se nos antojaba insuficiente el agua de los dos mares allí empalmados para librar del conflicto. El reverberar frenético del sol en la bóveda celeste por un lado, y por otro en la pelada superficie del desierto, parecía querer convertir á los dos en hemisferios de espejos ustorios con el inhumano intento de calcinarnos á cuantos infelices realizábamos la proeza de mantenernos al alcance de sus reflejos; y para que nadie pueda murmurar sobre si aquello no era otra cosa que la nada entre dos platos, allí, jadeando, sudorosos y despechugados, puedo mostrarle á los pasajeros del *Isla de Luzón*, esparcidos por la toldilla y aplastados contra los bancos y sillones á modo de zaleas y piltrafas expuestas en un baratillo á la abominación pública.

Los barcos circunvecinos infundían lástima y casi asco al propio tiempo. Los vaporcitos de bahía, retozones y traviesos, se habían escabullido oportunamente como mozalbetes rendidos de jugar, deparándonos en medio de aquel variado surtido de incomodidades un gratísimo y confortable silencio, y permitiéndonos contemplar á nuestro sabor los rozagantes vapores de altura, enfangados hasta las corvas, seguros é inmóviles como si se hallasen atornillados á soportes de acero. Unos, como el nuestro, se aplicaban á atiborrarse de carbón, otros se abastecían de diversos menesteres; éstos parecían esperar con toda la cachaza del mundo la hora de levar anclas, y aquéllos tal vez velaban pudorosamente la *jumera* de sus respectivas tripulaciones, lance no escaso en los avisados buques ingleses. Entre los primeros no cabe preterir al de las «Mensajerías francesas», que sesteaba acostado sobre su voluminoso abdomen, y que no satisfecho sin duda de la zorrera levantada con el interminable trasiego de combustible, se entretenía gustosamente en desparramar inmensas gorgorotadas de humo purulento á diestro y siniestro, las cuales, desdeñadas y repelidas por la atmósfera, descolgábanse de lo alto de la chimenea, caían deshilachándose sobre cubierta, rebosaban luego por los bardas, y descomponiéndose en mil orondos pavilones resbalaban perezosas á lo largo de los costados del navío, se regolfaban al topar con la dura superficie del agua, y dilatándose con pausadas evoluciones vermiformes, envolvían el alquitranado casco desde la roda hasta el codaste, trocando su presencia de buque postal en inmundo túmulo de basura, como si algun asqueroso crustáceo submarino hubiese optado aquella tarde por sacar al sol su viscosa caparazón y aventar la flema de sus entresijos.

En la orilla opuesta, ó sea en la izquierda mirando al canal de Suez, aparecieron también dormitando otros vapores, con su hocico metido en el cieno y con su grupa agachada, en ademán de atisbar socarronamente la delantera por aquel estrecho paso y lanzarse á apropiársela á todo trance apenas se presentase la primera oportunidad para ello. A la legua se echaba de ver que esos vapores, momentáneamente acampados á lo largo de la ribera arábiga, vivían dedicados al tráfico mercantil de un modo exclusivo, pues no asomaba alma viviente por ninguna de sus barandas ni por ninguno de sus ventanillos, y las bordas apenas levantaban la estatura de un hombre del nivel del agua. De este modo guardaban cierta consonancia con los someros, escuetos y despoblados arenales del flanco, sin que bastaran á darles alguna ventaja sobre ellos los tiesos mástiles de su sobria armadura, á pesar de sus cables atirantados, de sus enroscadas maromas y de sus enmarañadas gavias, perfectamente reproducidas en los tinglados, arbotantes y cumbreras de los almacenes de hulla, que regateaban su desgalichada estampa en el segundo término de aquel extraño cuadro; cuadro sombrío, no obstante los torrentes de luz que se desbordaban sobre él; frío, no obstante las oleadas de fuego que lo inundaban, y amenazador, no obstante la solemne quietud que reinaba de confín á confín.

Esos barcos atraillados junto á la costa arábiga, entre los cuales pastaba el *Isla de Luzón* ocupando la vanguardia, daban muestras, consciente ó inconscientemente, de mejor sentido estético por lo que se refiere á su orden de colocación. Mientras los de la banda africana formaban en rigurosa hilera, dando proas con popas ó viceversa, y semejando una soporífera recua de cetáceos vahosos y mugrientos, los de la banda asiática, favorecidos acaso por las tristes sinuosidades de la playa, hallábanse desplegados como en guerrilla, muy separados entre sí en unos parajes, muy cercanos en otros; éstos casi en medio de la bahía; aquéllos casi tocando la margen de la costa, y algunos de la zaga, cuyos fondeaderos ocultaban los recodos negruzcos del litoral, parecían anclados en la arena, como peces arrojados por la resaca. Deslizábase el agua en levísima corriente hacia la embocadura del canal, debido sin duda al reflujo del mar Rojo, y este movimiento, que sólo se advertía por la pausadísima marcha de alguna astilla ó papelucho flotantes, nos alucinaba la vista, fingiéndonos lentas viradas de los buques vecinos, y esperanzándonos de poder presenciar la partida de alguno de ellos y su avance por el estrecho y borroso cauce del diminuto é imponderable mar de Lesseps; pero la ilusión se desvanecía pronto, y todo alrededor volvía á quedar en la imperturbable quietud, que sólo interrumpían las plañas de monicongos encargados de surtirnos de hulla.

Por fortuna, no tardaron en presentarse á bordo algunos pasajeros del *Isla de Mindanao* provocando prolongados apretones de manos, efusivas salutaciones, estrechos abrazos y verdaderas granizadas de preguntas y respuestas, que pocas veces resultaban congruentes. Todo el pasaje del *Isla de Luzón* se agolpó alrededor de los visitantes, y los que andamos algo picados del achaque de la observación ó curioseo pudimos notar muy pronto que empañaba sus rostros cierto dejo de tristeza, y no menos que el clima filipino entiende como el que más de transformar el temple y el semblante de los descendientes de Legaspi. ¡Qué color tan quebrado, qué tez tan pálida, qué parsimonia de movimientos, qué voz tan desmadejada, qué enervamiento general en los que venían, y qué matices tan valientes, qué acento tan lleno, qué cariz tan firme, qué arranques tan sueltos y enérgicos en los que iban, á pesar de los mareos apenas acabados de suspender! El país del eterno calor y de las eternas humedades, de las implacables calenturas y del solapado paludismo, de la sepulcral anemia y de la sanguinaria disentería, de la insípida morisqueta y del hueco vino chínico, prodigaba excelentes muestras de su cariñoso padrinazgo, y bien le sobraban motivos para vanagloriarse de sus hazañas. Esto pareció advertirnos una vez más que antes que aclimatar al hombre, debemos procurar humanizar el clima.

Los míseros cadáveres de dos pasajeros habían salvado la borda del *Isla de Mindanao* para descender á la profunda sima del océano, y se disponían los preparativos para enviar á la misma terrible mansión los lúgubres restos de un agonizante desahuciado, que moría casi á la vista de las risueñas y anheladas playas de la madre patria. ¿Qué ilusiones se habrían forjado aquellos infelices al emprender la interminable ruta hacia el Archipiélago Magallánico, que tan ilustres vidas ha segado en flor? Cuando en su viaje de ida hendía la quilla del barco aquellas mismas aguas que al regreso habían de recibir voraces en su espantoso seno sus inanimados cuerpos, ¿qué fantaseaban con los demás pasajeros muellemente congrega-

dos sobre cubierta, ó qué soñaban reclinados en la avara litera del camarote, mecidos al compás del sordo golpear de la máquina y del fatídico susurrar de las olas? ¿Cuántos de los que arrastraba el *Isla de Luzón* á los confines de la tierra volverían á cruzar sanos y salvos aquella tranquila ensenada de Puerto Said?

Poco, poquísimo halagüeñas podían ser las consideraciones que en el ánimo de todos hubo de suscitar la infausta nueva, y por lo mismo fué de agradecer el anuncio de que en el Cabo de Guardafuí, maldita avanzada del África Ecuatorial, se habían desencadenado los vientos del Mediodía, puesto que, gracias á ellos, el *Isla de Luzón*, como cada hijo de astillero, hallaría allí magnífica ocasión de divertirnos por espacio de dos ó tres días, luciendo su más selecto repertorio de funambulismo naval.

F. Aguilar y Biosca.

Las mujeres de los sectarios

IX

HIPATIA

Siempre esclava, siempre misteriosa, desde que obedeció á Cambises hasta que se postró á los pies de la Gran Bretaña; siempre uniendo con lazos de oro el Occidente y el Oriente, yace esa tierra de Egipto en medio de los continentes antiguamente conocidos, y vuelve hoy á estar en medio del curso de la moderna civilización. Unas veces enviándonos rayos de ciencia, y otras mortíferos miasmas, jamás puede sernos indiferente, como tampoco lo es en la historia del Cristianismo. Allí los grandes padres del yermo; los insignes combatientes de las escuelas filosóficas y religiosas; los grandes magos, desde los contrincantes de Moisés hasta la hechicera Cleopatra; los grandes trastornadores del mundo moral y material, desde Alejandro hasta Lesseps. Egipto es una como gran pirámide colocada en medio de la historia universal, como una esfinge que no pueden sepultar los cambios históricos, á la manera que los laberintos y las esfinges menores quedan enterrados bajo las ráfagas del viento del desierto.

Hace algunos, bastantes años, que en las cátedras del Ateneo de Madrid, y al cantar, más que contar, lo que ocurrió en los primeros siglos del Cristianismo, recordaba el Sr. Castelar ese tipo de Hipatia, y lo juzgaba, de seguro, muy de otra manera que hoy lo juzgaría. Hipatia es una figura histórica, que parece el original de la *Corina*, de Mad. Staël, si bien la egipcia no tuvo más amores que el de la ciencia. Su nombre ha quedado inscrito como uno de los más notables en esos libros de frases huecas en que se recogen los de las llamadas víctimas de intolerancia; y no habiendo Inquisición en el siglo en que vivió Hipatia, se inventa para ella por los panegiristas de cierta clase de doctrinas. Nada cuesta pintar á un Obispo como intolerante, como fácilmente manejable y como iluso á un gran pueblo—y eso que era como el París de la antigüedad en aquella época,—aun más culto que el de Atenas, y cuesta menos todavía dar esa historia como pasto á los que no la estudian, y formar partido. Pero, afortunadamente, en nuestra edad se indaga y se critica más que hace algunos años, y por eso no cunden ni prosperan tanto determinadas teorías.

Por otra parte, el ideal de la mujer no es para los hombres sensatos parecido al de Hipatia ni al de Corina. Para las mujeres, más que para Sócrates, la principal y casi única parte de la filosofía es la *moral;* su mejor epitafio, que en parte semeja inspirado en textos de Salomón, no es otro que el conocido de las matronas romanas *domi mansit; lanam fecit.* Y sobre todo, es impropia de la mujer la lucha científica, ya porque encona los ánimos, ya porque exacerba los caracteres, ya porque da más humo que luz, sea cualquiera el hogar de que surja la llama. Por algo se prohibió á las mujeres en Roma que ejerciesen la abogacía, y eso que Hortensia no desmerecía gran cosa de la reputación que había ganado su ilustre padre.

Treinta y cinco años vivió Hipatia, desde 380 á 415 de la Era Cristiana. Era hija del filósofo Theon, de quien, aunque más supiese que su hija, apenas ha quedado memoria. Recordemos que la Musa de Alejandría desempeñaba varios oficios repartidos entre sus antecesores del Pindo, siendo oradora, filósofa y matemática; que no le escaseó elogios por sus elecciones el Obispo Synesio, y que era muy frecuentada la cátedra de la profesora.

Era prefecto de Alejandría Orestes, al que llegaron, sin duda, los ecos de la celebridad de Hipatia. No cabían en sí de gozo los paganos al ver que los no cristianos ocupaban todavía las cátedras é influían en la opinión, por más que entonces, y á pesar del eclecticismo de los alejandrinos, figurasen siempre menos los paganos. Queda un problema histórico en pie, y es el de la verdadera profesión religiosa de Hipatia. ¿Era ó no cristiana? ¿Había querido, como tantos otros, conciliar con la filosofía la buena nueva? Para muchos pasaba por nestoriana; para los más por neoplatónica. La cuestión se ha tratado conjeturalmente, y tanto ha interesado el personaje, que el alemán Wernstorff publicó en 1848 una serie de curiosas disertaciones acerca de Hipatia. Existe una carta, que unos atribuyen á la filósofa y otros la niegan, por la que se quiso demostrar que era cristiana y se encontraba afiliada á la herejía. Para nosotros, el problema no se ha resuelto aún; pero creemos que está bien colocada la sabia alejandrina entre las mujeres de los sectarios. Si no hubiera sido trágica y lamentable su muerte, habríase oscurecido su nombre, antes que para nadie, para los mismos sectarios, porque la corriente que hoy siguen no es, ciertamente, la de los sueños neoplatónicos, ni la de las creencias de los herejes asiáticos y africanos.

Por la Cuaresma del año 415 seguía enseñando Hipatia durante el Pontificado de San Cirilo. Y aquí entra la tragedia, y comienza á oirse el coro de los sectarios, que hacia el proscenio se adelantan. Dícese que el Prelado, al pasar por delante de la Academia, concibió envidia de aquella celebridad, y que si no promovió, por lo menos no contuvo el tumulto popular, en que lo mismo tomaban parte los gentiles que los cristianos. Creció la efervescencia de las turbas y el ataque directo contra Hipatia, sus discípulos y admiradores, hasta el punto (y en esto seguimos la relación de los sectarios) que, conducida hasta los alrededores de una iglesia cristiana, fué muerta á pedradas. Basta la narración que extractamos para comprender que se ha falseado la verdad histórica. Reinaba en Alejandría tanta ó más libertad que en la ciudad de Minerva en los buenos tiempos de la filosofía; la Academia y el Pórtico no se hostilizaban *viribus et armis,* sino con silogismos y sistemas. Pasaba el Obispo católico frente á las casas y escuelas de los herejes, y no penetraba en ellas, y menos para discutir, si no se le provocaba á la lucha. El genio de San Atanasio, más ardiente aún que el de San Cirilo—ya en estos artículos lo hemos recordado,—no provocaba á sus adversarios á singular combate, por más que siempre venciese, pero sólo en el terreno de la defensa. Lo mismo hacía el Patriarca Cirilo, no sólo con una mujer como Hipatia, sino con los mismos doctores de los heresiarcas. Es de creer, dada la situación de la ciudad de Alejandro y de todos los antecedentes de esta historia, que fuese casual, ó que obedeciese á cualesquiera otros motivos que el de la intolerancia, la muerte, ciertamente sensible, de la profesora de filosofía. Esto no impide que la catástrofe de la misma haya quedado hasta hoy como uno de los tópicos de la incredulidad, y que así continúe, mientras sea de moda hablar sin estudiar para lisonjear las creencias de los preocupados.

A. Balsín de Unquera.

EVANGELINA

ROMANCE DE LA ACADIA

por el poeta norteamericano

ENRIQUE WADSWORTH LONGFELLOW

TRADUCIDO DEL INGLÉS EN OCTAVAS REALES

por el diplomático chileno

D. CARLOS MORLA VICUÑA

(Continuación.)

CLXXXII

Luego agrega entre púdicos sonrojos.
«Perdonad: me avergüenzo, padre mío,
De presentarme loca á vuestros ojos
Consultando tan necio desvarío!...»
«De tu mente no son vanos antojos,
Grave responde el sacerdote pío;
Que es el presentimiento la advertencia
De sabia, inescrutable Providencia.

CLXXXIII

»Es hondo y silencioso el sentimiento,
Mas su flotante inspiración es hija,
Cual boya que en continuo movimiento
Anuncia que en el fondo hay ancla fija:
Próximo está Gabriel este momento,
Esa voz de tu espíritu prohija,
Pues en estos que ves fértiles prados
San Mauro y San Martín están fundados.

CLXXXIV

»Allí á la novia el venturoso amante
De ósculos cubrirá la tez de rosa;
Recobrará el pastor su grey errante,
Que há tiempo busca con el alma ansiosa;
Sobre ese suelo, bajo un sol radiante,
El Creador, con mano generosa,
Sus más preciados dones verter quiso
Y formó de Luisiana un paraíso!»

CLXXXV

Con tal himno de aliento se prepara
A proseguir la gente el largo viaje.
Como un mágico, el sol su ardiente vara
Desde el ocaso extiende á aquel paisaje;
Y cual si á su contacto se incendiara,
El aire, el suelo, el río y el follaje;
Con rojas tintas se transforman luego
En océano undívago de fuego.

CLXXXVI

Cual por la azul esfera suspendida
La nacarada nube correr vemos,
La barca por las auras va impelida
Y llueven perlas de los blancos remos;
Evangelina el alma lleva henchida
Ante esos espectáculos supremos
De viva admiración y de ternura,
Imaginando próxima ventura.

CLXXXVII

Extasiada en delicioso encanto
Deja que su alma al cielo se remonte;
Brillan las fuentes de su afecto santo
Como en su torno brilla el horizonte;
Suelta su libre, armonïoso canto,
Columpiado en los sauces, el sinsonte,
Y parece prestarle atento oído
El paisaje, en silencio sumergido.

CLXXXVIII

Son sus primeras notas quejumbrosas;
Loco delira luego, y se diría
Que de bacantes lúbricas, furiosas,
Con su canto enardece hórrida orgía;
Da en pos notas aisladas, dolorosas,
Y lanza, en fin, raudales de armonía,
Como de extremecidos carrizales
Cae sonante lluvia de cristales.

Asilos Nocturnos en Madrid

CLXXXIX

Con tal preludio el barquichuelo llega
Al Teche, que cruzando la campaña
Las admiradas Opelusas riega
Y varios pueblos en su curso baña.
Tras de los arbolados de la vega
Nube de humo azulado el aire empaña;
De un cuerno pastoril se oye el gemido
Y del toro el raucísono bramido.

CXC

Del río al margen, sobre el verde lecho
Tiene un pastor su choza construída.
Sombra suave extiende sobre el techo
Haya frondosa en que el zorzal anida;
Crece á sus plantas el ramoso helecho
Que con dorada hoz podaba el Druida,
Y un cercado florido la circunda,
Cuyo exquisito aroma el aire inunda.

CXCI

Baranda, que á la vez sirve de reja,
La sencilla cabaña en torno abraza;
Caprichoso, formando red completa,
El silvestre rosal á ella se enlaza;
Allí en la tarde, zumbadora abeja
De flor en flor libando se solaza,
Y se eleva, cual símbolo de amores,
Enhiesto palomar entre las flores.

CXCII

El sol en Occidente reverbera,
Dorando de los árboles la cima;
Manto de sombra plácida y ligera
De la pajiza choza cae encima;
El rojo disco enciende la pradera
Mientras más al ocaso se aproxima;
Húndese al fin en la florida alfombra
Y sucede á su luz diáfana sombra.

CXCIII

Del último fulgor la luz suave
Un grupo de nopales ilumina,
Y aparecen fantásticos cual nave
Que en el mar de los trópicos camina.
Sus ramas lona son, que en calma grave
Se pliega al mástil lánguida y mohina,
Y al cordaje marino bien remeda
La vid que por los árboles se enreda.

CXCIV

Do la pradera su florida ola
Estrella contra el bosque, caballero
Con arreo y montura á la española
Está sobre un bridón el ganadero.
De la piel de los ciervos que allí inmola
Es su traje; y por bajo de un sombrero
Aliancho, al uso de la nueva España,
Contempla como dueño la campaña.

CXCV

En ese verde y extendido prado
Vaga rumiando sobre el pasto tierno
Lucio y abundantísimo ganado
Que el rigor no conoce del invierno;
Requiere el ganadero del costado
El pastoril inseparable cuerno,
Lentamente lo lleva hacia la boca,
É hinchando el pecho con vigor lo toca.

CXCVI

Del viento arrebatado va el rüido,
Y el ganado, que libre el pasto muerde,
Como rizos de espuma en mar batido,
Alza los cuernos sobre la onda verde;
Mira un punto, y con áspero bramido
Se lanza á las praderas y se pierde
Donde el ojo á seguirle ya no alcanza,
Como una vaga sombra en lontananza.

CXCVII

Volviendo el ganadero á su alquería,
Ve que vienen á él por los ribazos
El abate y la niña en recta vía.
Sueltos dejando á su corcel los lazos,
Asombrado y radiante de alegría,
Hacia ellos vuela con abiertos brazos.
Y ellos, al ver de cerca su semblante,
Al herrero conocen al instante.

CXCVIII

Basilio, del jardín por el sendero,
Con abrazos les da la bienvenida,
Y de cómo llegó á su verde otero
Les cuenta en la enramada florecida:
El buen padre á su vez dice al herrero
Las tristes aventuras de su vida,
Y en tanto, viendo que su novio falta,
Negro temor á Evangelina asalta.

CXCIX

Percibiendo Basilio el incidente,
Dice entonces, un tanto embarazado:
«Del río Atchafalaya en la corriente,
¿Cómo es que á mi Gabriel no han encontrado?»
Á esas palabras, la doncella siente
El tierno corazón despedazado:
«¿Ha partido Gabriel?» trémula exclama,
Y el rostro oculta y lágrimas derrama.

CC

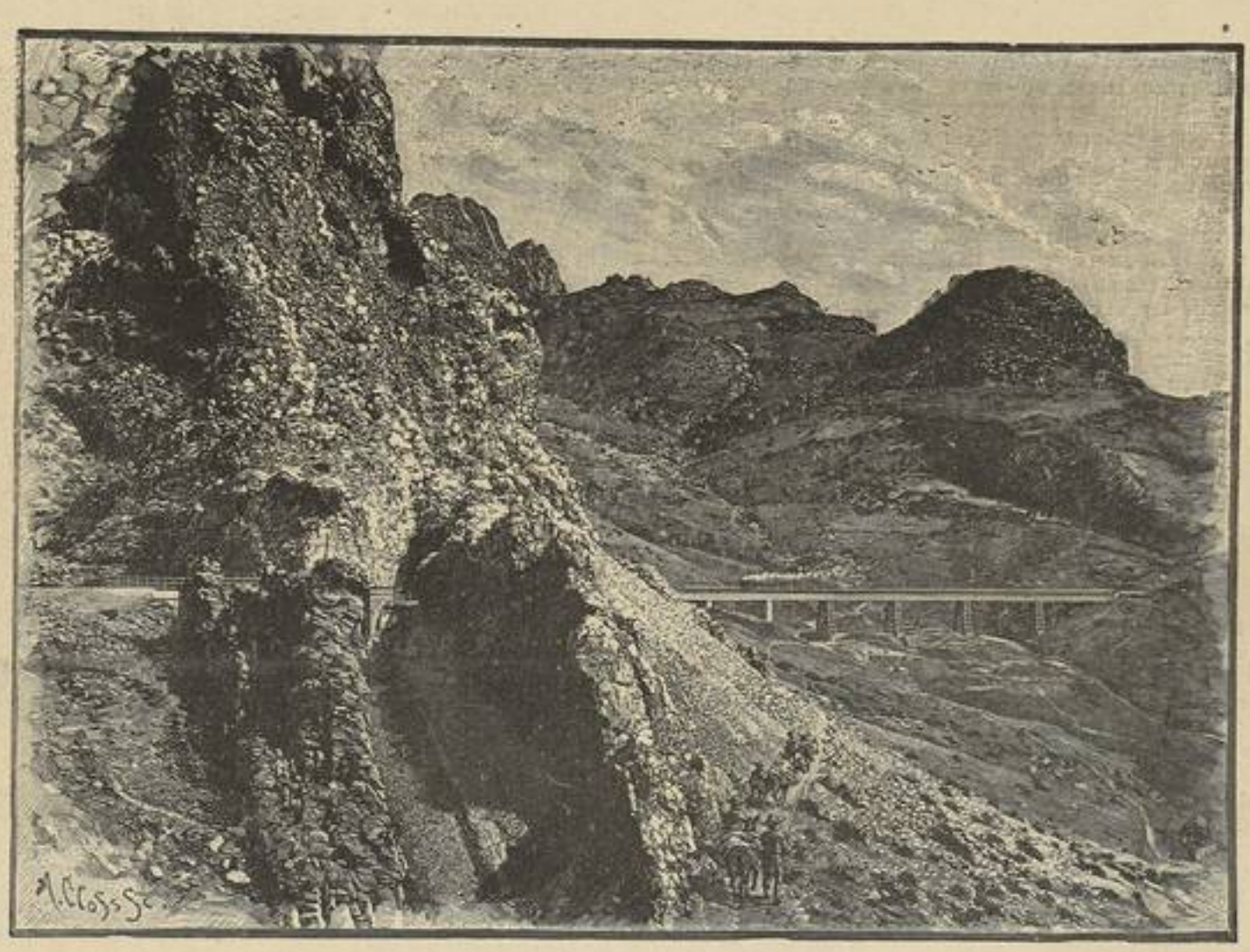
Del corazón de la inocente niña
Quiere extraer Basilio la saeta.
Dícele: «Antier no más esta campiña
De prisa abandonó; ¡prisa indiscreta!
Con la fortuna adversa siempre en riña,
Desorientada, mísera é inquieta,
Ya no podía soportar su alma
De esta vida monótona la calma.

CCI

»Vagaba como hastiado de este mundo
En sombra de fatal melancolía;
Llena su alma de tí, meditabundo,
Uno tras otro sol le sorprendía;
Mostraba á los demás desdén profundo,
Y caviloso el pueblo se ofendía
Cuando de aquí partiendo hace dos soles
Se dirigió á una aldea de españoles.

CCII

»De allí irá á visitar toldos indianos,
Y llegará de Ozark hasta los montes;
Vagará por las selvas y los llanos
A caza de castores y bisontes;
Mas serena tu espíritu, que ufanos,
Por esos dilatados horizontes
En pos del fugitivo marcharemos
Y á esta grata prisión lo arrastraremos.»



PAISAJE DE DESPEÑAPERROS

CCIII

En esto, de cien voces la algazara
Trae la blanda brisa hasta su oído,
Y Evangelina en el cantor repara
Que, en brazos de la plebe suspendido,
Viene con su violín y alegre cara:
Huésped constante del herrero ha sido;
Y allí, en tardes serenas, á raudales
Su música prodiga á los mortales.

CCIV

Ha conquistado el ministril su fama
Con su instrumento y cana cabellera,
Y donde quiera que lo ve, lo aclama
La campesina turba vocinglera.
Suena el violín; sobre la verde grama
Danzan al son de música ligera,
Hasta que, viendo al Padre Feliciano,
Corre á darle un abrazo el listo anciano.

(Se continuará).

ESTAR DE MAS

RELACION

POR

FERNÁN-CABALLERO

(Continuación)

La niña lo miró asombrada y contestó:

—El nombre de mi madre, que es su mujer.

El forastero apoyó una mano en la pared para no caer, pues sus piernas vacilaban y no podían sostenerle.

—Blanca Arana, dijo al fin con trémula voz, ¿no casó con un marino?

—Sí, señor, con mi padre, que está... Y levantando sus hermosos ojos negros y una de sus blancas manos, señaló al cielo.

El forastero abrió los brazos y dió hacia la niña un paso, pero se contuvo y dijo:

—¿Conque murió tu padre?

—Sí, señor, contestó el niño: ahogado; y se lo comieron los tiburones y otras fieras que están dentro del mar.

—Y mi pobre madre, añadió la niña, cuando lo supo, se puso á morir y perdió el juicio; y entonces nací yo tan débil y enferma, que si no hubiera sido por mi padre, que me cuidó y asistió, me hubiese muerto; así es que dice mi madre que le debo la vida.

—¿Y tus abuelos? preguntó el forastero.

La niña, como casi todas, tenía penetración; pero sólo alcanzaba á las cosas propias de su edad: así no comprendió la extrañeza é importunidad de las reiteradas preguntas del forastero, ni alcanzó á explicarse la fuerte impresión que le causaban las respuestas que le daba.

—Mi abuela, dijo, que quiere á mi padre tanto como lo queremos mi madre y yo, está aquí con nosotros; mi abuelo murió, y como poco después tuvieron que dejar la casa al nuevo administrador, se hallaron solas y desvalidas sin saber dónde refugiarse, y entonces mi padre nos trajo á todas aquí, y se casó con mi madre.

—Pero, dijo el forastero, ¿por qué no se fueron en casa de tu otra abuela?

—Mi otra abuela había muerto, respondió la niña.

Al oír estas palabras el forastero dió un profundo gemido y cayó desplomado sobre una silla, diciendo, con un sollozo y voz ininteligible:

—¡Mi madre muerta! ¡Dios mío! Nadie me echa de menos, y... estoy de más.

—¿Qué tiene? preguntó el niño á la niña.

—Se habrá puesto malo; voy á darle una copa de vino.

La niña llenó una copa y se la presentó al forastero; éste la cogió y bebió ávidamente, conociendo que iba á desfallecer.

—¿Y tú, dijo á la niña después de haberla bebido, no quisieras que volviese tu padre?

—¡No, no, no! exclamó la niña; madre no puede tener dos maridos; y el primero se la querría llevar, y madre, ¿quién la separaba de mi padre y de mi hermanito? No, eso no puede ser; estése mi padre en el cielo, allí arriba.

—Gracias á Dios, dijo el niño, los muertos no vuelven.

El forastero, al oír aquellas palabras, apoyó la cabeza en la pared y murmuró:

—Mi presencia haría la desgracia de todos; estoy de más.

Al cabo de un instante, levantándose con un brusco movimiento, dijo:

—Me voy.

—Pero madre no puede tardar, advirtió la niña.

—No puedo detenerme, repuso el forastero. Decid á vuestra madre que su marido me dijo, antes de emprender su último viaje, que la amaba y la amaría hasta su último aliento...

Oyéronse entonces las pisadas de un caballo.

—¡Padre, padre! exclamaron los niños gozosos, echando á correr para ir á recibirlo.

El forastero los siguió apresuradamente, calándose el sombrero hasta los ojos, y al llegar á la calle vió apearse del caballo un hombre de cincuenta años, pero que no los representaba, que cogía con un brazo á la niña, que se había colgado de su cuello, y con el otro rodeaba al niño, que abrazaba sus rodillas.

El forastero huyó precipitadamente.

Mientras, había entrado el feliz padre con sus dos hijos en la casa, y éstos se apresuraban á ofrecerle, la niña la pechera de una ca-

misa primorosamente bordada por ella, y el niño la primera plana de bien alineados palotes que escribía.

La madre, que regresaba de la iglesia, entró en el momento en que su marido preguntaba á los niños:

—¿Quién era ese hombre que salió con ustedes de casa y se apresuró en alejarse?

—Era uno, contestó la niña, que dijo ser amigo de mi padre, que está en el cielo; y contó que le había encargado que si venía á España dijese de su parte á su mujer que la amaría hasta el último aliento de su vida.

—¡Qué recado tan extraordinario para haberlo dado á un extraño! dijo Blanca conmovida; ¿y cómo era ese hombre?

—Viejo y feo, respondió el niño, y cuando miraba sus ojos reñían.

—No, hermano, repuso la niña, cuando sus ojos miraban, lloraban.

—¿Tú lo viste? preguntó Blanca á su marido; ¿qué te pareció?

Sólo lo ví de espaldas, al alejarse precipitadamente, respondió el Doctor, y me pareció su continente el de un extranjero de escasos medios.

—¿Y por qué no se detuvo á aguardarme? volvió á preguntar Blanca á los niños.

—Porque dijo que traía mucha prisa y no podía detenerse, respondió la niña.

—Yo me alegré de que se fuese, añadió el niño, pues me daba miedo.

En esto entraron los parientes y amigos á felicitar al Doctor en sus días, y poco después se sirvió la comida con bien cocido jamón y bien asado pavo, y los abundantes y exquisitos postres con que había sido obsequiado el santo del día, y entonces la alegría de los niños y de sus primos fué tan ruidosa, que al cabo de un rato D. Sebastián exclamó:

—Niños en tortilla yo no los quiero; fuera la gente menuda, y al patio, al patio.

Los niños salieron todos apresuradamente.

—Qué hermosas criaturas, dijo doña Teresa á su yerno, al lado del cual estaba sentada.

—Sí, respondió al oido de su suegra el Doctor; pero ninguno tan hermoso y distinguido como los nietos de usted.

Blanca, que medio oyó y medio adivinó lo que dijo su marido, lo miró con indecible y dulce simpatía.

El forastero, mientras, salía en desatinada carrera del pueblo. «Mi vida, iba diciendo, es una desgracia para ellos y para mí; mi muerte es una nececidad. Venga, venga, pues, la muerte, que todo lo remedia; ella es dulce cuando la vida es amarga. ¡Oh, que no me hubiese hecho su presa cuando tan cerca la tuve! ¡Por qué, cuando el huracán hubo volcado el barco, permitiste, Dios mío, que hallase bajo mi mano aquel leño, al que me así, y empujado por corrientes y marcas me depositó moribundo sobre las arenosas playas de aquella isla de salvajes, en la que tantos años he pasado sirviéndoles, hasta que al fin atravesó las desiertas mares un barco que pudo distinguir las señales que, pidiendo socorro, yo le hacía! Me recogió y desembarcó en Gibraltar. ¡Qué gozo, mi Dios, cuando volví á pisar el suelo de mi patria! ¡Con qué embeleso me lancé, para venir á estrechar entre mis brazos los seres más queridos que tiene el hombre, su madre, su querida legítima y su hija! Y hallo á mi madre muerta; á mi mujer que lo es de otro; á mi hija que, lejos de desear mi vuelta, la mira como una desgracia que vendría á turbar la dicha de todos!

¡Cuán cierto es que el tiempo todo lo nivela, todo lo reemplaza! Sucede como al mar, que ve desaparecer sus olas, que tan luego son reemplazadas por otras, sin que dejen huellas ni se note su falta; mi muerte es una necesidad para ellos y para mí; mi existencia es un desastre para ellos y para mí. Mi muerte todo lo evita; venga, pues, esa libertadora; que la muerte es dulce cuando la vida es amarga. En el caso en que me hallo, vivir sería una falta de generosidad, y el acabar con la vida no es un crimen; es generosidad, es abnegación y es heroísmo. Madre mía Santísima, y tú, madre mía, que me diste el ser, recibid mi alma, y si separarla de mi cuerpo y miserias de este mundo es un crimen, abogad por mí con nuestro Dios y Criador para que me perdone.

Haciendo estas amargas reflexiones y corriendo fuera de sí por el camino que lo alejaba del lugar, había llegado á la ermita del Señor con la Cruz á cuestas, al pie de cuya reja cayó abrumado por la desesperación y cansancio.

Entonces fijó la vista en el Divino Rostro, del mismo modo que años antes, cuando la vida le brindaba todas sus sonrisas y felicidades en lo presente, y todas sus mas bellas esperanzas para el porvenir. Mas ahora, en la más horrible de todas las desgracias, en la más terrible de todas las agitaciones, le repetía suavemente: «Quien quiera venir en pos de mí, tome su cruz y sígame.»

Cual entre negras y espesas nubes apiñadas por el huracan se abre á veces paso un rayo de sol, de la misma suerte se abrió paso en el henchido corazón de aquel infeliz, con la condolida y resignada imagen del Salvador, la idea de la eternidad; envióle el Señor de las misericordias, en aquel momento, como un áncora de salvación, un recuerdo. Este recuerdo era el voto que había hecho años antes, en aquel mismo santo lugar, de llevar la cruz con que le abrumase el destino hasta el Calvario, como el Señor llevó la suya.

Largo tiempo quedó prosternado en el mismo sitio, en las más terribles luchas. Parecíale ver á su mal ángel con ademán decidido y heroico señalarle la muerte como el solo y definitivo fin de aquella situación horrible y á sus acerbos é irremediables dolores; pero luego se le aparecía su ángel bueno, que le decía: «Si eres cristiano, ¿no te parece que son de sufrir todas las cosas trabajosas por la vida eterna? ¿No es de pequeña estima ganar ó perder el reino de Dios? Levanta, pues, tu rostro al cielo; mira que el Señor y todos sus santos, los cuales tuvieron grandes combates en este siglo, ahora gozan y están consolados» (1).

Al fin se levantó, exclamando:

—Tú mandas como Dios, como Rey y como Padre; yo te obedezco como tu criatura, tu vasallo y tu hijo, y cumplo el voto que á tus pies hice... Te sigo.

EPÍLOGO

A una legua de Córdoba y á su vista está la sierra, y en ella un asperísimo cerro, casi de piedra, lo que motivó á denominarlo Cerro de Carcel, y también Cerro de las Víboras. En este sitio hay un cercado alto, construído de mampostería, como de media legua de circunferencia; dentro y en medio de él se halla la iglesia con depósito del Santísimo Sacramento, dedicada á María Santísima, Nuestra Señora y Madre de Belén, patrona dulcísima de esta Congregación. Dentro del cercado están distribuídas las ermitas en número de 15, con los nombres de los doce Apóstoles, San Pablo, San Pedro de Alcántara y Santa María Magdalena, y una cueva subterránea que habitó el venerable hermano Francisco de Santa Ana, primer hermano mayor de esta Congregación, distantes entre sí como un tiro de fusil, y cada una situada en medio de un cercado de piedra suelta, como de veinte varas de travesía, con un torno pequeño para introducir la comida sin ver ni comunicar con el que la lleva. Las ermitas se reducen á dos separaciones como de á dos varas en cuadro; la primera para el trabajo de mano, y la interior para dormir y orar. Tienen una torre pequeña con su campana, la que tocan siempre que lo hacen en la iglesia.

(1) Kempis, *Imitación de Jesucristo*.

Es tan grande la antigüedad de estos ermitaños y de su vida cenobítica, que se pierde en la oscuridad de los tiempos, pues existían ya con bastante anticipación, y aun permanecieron en el dominio de los romanos, godos y agarenos, sufriendo muchísimo en el tiempo de los árabes (1).

Como muestra de precocidad poética, y como pueba de la popularidad de estas santas ermitas, trasladaremos unos trozos de una preciosa composición escrita por Gonzalo Arcos y Segovia, niño de once años, dedicada á las ermitas:

«Si alguna vez los ángeles
Bajan del cielo,
De Córdoba lo saben
Los altos cerros.
Allí en ermitas
Silenciosas y blancas
Sólo se habitan.
Ni de revoluciones
Ni crudas guerras
Las armas y el estruendo
Suben á ellas,
Que están muy altas,
Y ambiciones del mundo
No las alcanzan.
Manantial de virtudes
Es allí el llanto;
Van allí á llorar penas
Pechos mundanos:
Puros y limpios
Los más manchados salen
Cual castos niños.»

Dos años después de los sucesos referidos, doblaba la campana de la iglesia de aquel lugar, que en lentos y solemnes tañidos parecía decir: «¡Murió!», y las campanas de las demás ermitas repetían á intervalos el solemne tañido que decía «¡Murió!»

Una sólo callaba, cual el ermitaño que la ocupaba, y que yacía frío cadáver en ella.

Era un hermano que dos años antes había llegado; se había presentado al hermano mayor de las ermitas, el que le había dado posesión de aquella en que yacía muerto, y de la que no había salido sino únicamente para ir á la iglesia. No se hallaron papeles ni cosa alguna que pudiera dar luz sobre éste el más recoleto de todos esos cenobitas. Sólo sobre su corazón se halló, pendiente de un cordón, una pequeña estampa del Señor con la Cruz á cuestas, en cuyo reverso estaban escritas estas palabras:

«Te sigo, mi buen Jesús,
Pero ya no puedo más,
Que la más pesada cruz
Es saberse estar de más.»

FIN DE LA NOVELA

(1) Manual que contiene las prácticas religiosas que observan los ermitaños de San Pablo de Córdoba.

BIBLIOGRAFÍA

Una obrita del P. Cámara.—El Excmo señor Obispo de Salamanca acaba de publicar un librito titulado *María, Madre del Buen Consejo*, con el fin de propagar la devoción á la Santísima Virgen bajo esta advocación.

Refiere el sabio Prelado la historia de la milagrosa imagen de Genazzano, siendo tan interesante su lectura, que no se deja, una vez empezada, hasta llegar á su término. Realza la narración el estilo castizo y hermoso, peculiar del Sr. Obispo de Salamanca.

La Revista Tomista (2).—Siguen las Ordenes religiosas tomando importantísima parte en el

(2) La anunciábamos en el anterior número.

movimiento de la cultura, aprovechando los medios de oportunidad que traen consigo los cambios de épocas, como distintivos de cada una en su civilización. Es un hecho, y nadie puede negarlo; es una nota característica de la Iglesia católica, y hay que reconocerla sin vacilaciones; patente está la fecundidad de nuestra universal y Santa Iglesia, y no precisamos para observarlo más que recorrer en paralelismo su historia y la historia de la humanidad.

Obedeciendo por su origen á una necesidad que afecta al orden humano en general, ó en particular á uno de sus limitados aspectos, ya exclusivamente á la disciplina eclesiástica y siempre á la santidad y perfección de la vida cristiana, los institutos religiosos, sin alejarse en nada de los destinos de su fundación, sin olvidar la misión primera que la Providencia les confiara, saben encauzar las fuerzas sociales, las tendencias de los tiempos, sean cuales fueren, descendiendo á las circunstancias para amoldarse á ellas y desenvolver de modo conveniente su benéfica acción, salvando los intereses altísimos de la ciencia y la fe.

Hoy nos da ocasión á estas consideraciones el anuncio de una nueva Revista científica y literaria, redactada por los PP. Dominicos.

La Revista Tomista, que así se ha de titular, aparecerá en París el día 7 del próximo Marzo, festividad de Santo Tomás de Aquino, cuya doctrina ha de ser la norma de la nueva publicación.

Los Dominicos se proponen por objeto la ciencia cristiana, y alcanzar que los sabios sean creyentes; contribuir á conseguir en las investigaciones de los hombres cultos de nuestro tiempo la más hermosa verdad que la dan la Ciencia y la Fe en armonía.

Tratar de las cuestiones que hoy preocupan en la esfera religiosa, filosófica y social, por el esfuerzo superior de la razón humana, acompañada de los esplendores de la fe; relacionar la filosofía y la teología de los grandes siglos con las ciencias experimentales é históricas, tan ventajosamente cultivadas hoy, á fin de precisar las soluciones adquiridas y realizar verdaderos progresos; aplicar los resultados así obtenidos á disipar los aparentes conflictos que algunos imaginan entre la revelación y la razón; trabajar, en fin, por la síntesis de las ciencias físicas y metafísicas, naturales y sagradas, son los caminos que ha de recorrer la Revista dominicana para sus ideales.

En Santo Tomás de Aquino y sus luminosas obras, en el príncipe de la teología y de la filosofía católicas, proclamado como tal por Su Santidad León XIII para la restauración de nuestras escuelas, encontrará *La Revista* la más alta y perfecta expresión de la especulación racional y cristiana.

Sus críticas están perfiladas en su programa, diciéndose que serán respetuosas, imparciales y sinceras, pesando atentamente las objeciones de los contrarios y elevándose á las fuentes mismas de la doctrina tomista.

Y con sus razonados procedimientos y los métodos apropiados á sus fines, sacando provecho de los descubrimientos modernos, *La Revista Tomista* realizará noblemente su divisa: *Vetera novis augere.*

No será Revista de escuela en el sentido recelante de la palabra; su lenguaje será exacto, sencillo y para todos, no de fórmulas técnicas, ininteligibles para los que no han pasado por ellas.

Comprenderá *La Revista* secciones varias: teológica, escrituraria, filosófica, histórica, arqueológica, fisiológica, físico-química, geológica, etc., y en ella colaborarán todos los Dominicos y los sabios más ilustres de Francia y el extranjero.

La dirigirá una verdadera eminencia, el hoy profesor de Dogma de la Universidad de Friburgo, R. P. Coconnier.

Se publicará los días 15 de Marzo, Mayo, Julio, Septiembre, Noviembre y Enero, por cuadernos de 128 páginas en 8.°.

La aparición de *La Revista Tomista* es un acontecimiento literario de importancia: lo que hace falta es que los Dominicos españoles tengan su edición castellana y que su publicación realice los pensamientos de la orden de predicadores que tanto se esfuerza en defensa de la verdad católica.

M. D. B.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de Paris y que prescriben los medicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo ademas la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

El autor del jabón del Congo, Víctor Vaissier, proveedor en título de S. M. el Rey de los Belgas, de S. A. el Rey de Túnez, etc., recomienda á su numerosa clientela pidan en todas partes los Polvos Congolanos, adherentes é invisibles, y el Extracto del Congo, perfume exquisito para el pañuelo.

Depósito central: Príncipe, 19 y 21, Madrid.

Venenos que se aspiran ó tragan.

El que suscribe vió una vez á un hombre tragarse la ponzoña de seis víboras—una especie de serpiente cuya mordedura produce rápidamente un resultado fatal. Sin embargo, el veneno no le causó daño alguno, porque *solamente penetró en el estómago*. Si hubiera entrado en la sangre por medio de cualquier herida en la lengua ó la garganta, le hubiera matado.

La naturaleza tiene esta regla general: que venenos fatales, cuando penetran en la sangre, sean inofensivos si se tragan. Sin embargo, *cualquier* veneno puede ser peligroso inesperadamente. Nadie sino un tonto hace experimentos con tales cosas sin tener alguna razón superior para ello. Desgraciadamente, hay muchos oficios y ocupaciones que exponen á los hombres al peligro de daño ó muerte, á causa de estos agentes malignos.

El Sr. Miguel Abad, de Fitero, en la provincia de Navarra, es un pintor, y ha sufrido mucho con «saturnino», ó cólico de pintores. Entre los síntomas de esta enfermedad prevalecen dolores agudos en el estómago y vómitos. En una ocasión su estado era tan grave, que se temió no se restablecería.

En una carta reciente, el Sr. Abad dice: «Mi enfermedad fué producida por aspirar el veneno de las pinturas metálicas que necesariamente se usan en mi ocupación. Obtuve un alivio temporal con el aceite de ricino, pero no me curó. Mis sufrimientos parecían fuera de los alcances de remedio alguno; y el pensar que nunca recuperaría mi salud, me puso en un estado grande de melancolía y depresión de espíritu.

Un día, muy abatido y preocupado, fuí á la farmacia de D. Fernando Palacios Pelletín, establecida en esta ciudad, y encontrando allí también al excelente é ilustrado doctor D. Manuel Val Abren, le hablé del estado de mi salud, é inmediatamente me aconsejó que tomara el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, un remedio nuevo y eficaz para tales casos. Dijo que era puramente vegetable y que no tiene reacción química con ningún veneno en el sistema. Principié á tomarle en seguida, dando por resultado que muy pronto estuve completamente curado. Por la presente extiendo mi satisfacción y gratitud á los propietarios del Jarabe, y en particular al Sr. Palacios, por tener en su farmacia un específico que hace sólo poco tiempo que se conoce aquí. Soy su seguro servidor (firmado), Miguel Abad».

Antes de hacer comentario alguno sobre la exposición citada, nos permitiremos introducir otra de un carácter semejante. El que la suscribe dice: «Soy un hojalatero, como usted sabe, y tengo que trabajar en acero, cobre y estaño. Así es que me veo obligado á aspirar el humo del estaño y del zinc, lleno, como está, de partículas insalubres de los metales. Esto me causó la pérdida del apetito y grandes dolores en el estómago, con otros síntomas que me angustiaban y alarmaban. Me quedé muy delgado y débil, y pasé días enteros en cama siempre echado de bruces. Al fin mi maestro me dió el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, que me alivió, y al cabo de un poco de tiempo se restableció la salud por completo. Estoy muy agradecido de conocer una medicina que me ha devuelto la vida. Suyo (firmado), Antonio Palerna Morilla, Calle Villalba, 47, Cartagena».

La acción del Jarabe en ambos casos fué estimular el hígado, estómago, riñones y entrañas, á arrojar fuera del sistema las sustancias venenosas que estos hombres habían tomado por los riñones. Sin embargo, no debemos ocultarnos el hecho de que están sujetos á nuevos ataques por las mismas causas si continúan en sus oficios. La mejor protección, contra tales ataques es hacer buena digestión y esto se consigue usando frecuentemente el Jarabe, para fortificar el cuerpo entero contra los venenos insidiosos, no permitiéndolos localizarse cuando se aspiran accidentalmente. En el último análisis se ve que todas las enfermedades provienen de venenos absorbidos ó engendrados dentro. Con lo que tenemos que contender, por lo tanto, es con *indigestión* y *dispepsia* en algunas de sus numerosas formas. Este notable remedio tiene poder sobre esta enfermedad cuando todos los demás tratamientos fallan, y por esta razón y poder secreto impide y cura la enfermedad.

Si el lector se dirige á los señores A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

El doctor **Chervin**, director del Instituto de Tartamudos de **Paris**, empezará en Madrid (Hotel de Rusia) el **6 de Marzo** un curso para la corrección en veinte días de la

TARTAMUDEZ

Para seguir dicho curso, es de rigor presentarse la víspera de su apertura; los retrasados serán aplazados para el curso de 1894.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis.
Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París.

LOS QUE TENGAN TOS

va sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea.
Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 8
1893

GRANADA - BIBLIOTECA - UNIVERSITARIA

Fábrica de Guantes

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes para señores Obispos, Sacerdotes y colegiales.
Unica casa en Madrid dedicada á este artículo.
Guantes piel primera clase, tres botones, á 2 pesetas.
Idem bordados, á 2,50.
Para caballero, superiores, á 2,50.
Especialidad en guantes piel de caballo, cabrito, Suecia, gamuza y lana.
Corbatas última novedad.

CALLE DE FUENCARRAL, NÚM. 7

ELIXIR DE Protocloruro DE HIERRO CON HIPOFOSFITOS DE VIVAS PÉREZ

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.*

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.—MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA, **Farmacia** VIVAS PEREZ

MONTERA 23

RELOJES

DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE **G.° GIROD**

Sucesor de Losada.

GRAN CERERIA

ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABEJAS para el **Culto católico**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas denominaciones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar

Princesa, 40 SALVADO Y SALA Barcelona

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis

LA ARTISTICA

Calle del Caballero de Gracia, 8

ESTAMPERIA

Novedades en todo género de estampas en grabado, fotograbado, litografía, fotografía, etc., de las principales casas del extranjero.
Especialidad en asuntos religiosos.

IMÁGENES TALLADAS

Se reciben encargos garantizando su buena ejecución.

MANUAL BÍBLICO
ó
CURSO DE SAGRADA ESCRITURA

POR

MESSIEURS L. BACUEZ y F. VIGOUROUX

Traducida al castellano bajo la dirección de *D. Vicente Calatayud y Bonmatí.*—Le precede una carta-prólogo del Ilmo. Sr. D. Juan Maura Gelabert, Obispo de Orihuela.
Tomo primero, 5 pesetas en rústica.
Se vende en las librerías de los señores D. Enrique Hernández y don José del Amo, Paz, 6, Madrid, y en las principales librerías católicas de provincias.
En los pedidos al por mayor, dirigiéndose al traductor (Valencia), se hará rebaja proporcionada á la importancia del pedido.

EL AGUILA

GRAN BAZAR DE ROPAS HECHAS
Y GÉNEROS PARA CONFECCIONAR Á LA MEDIDA
Gran surtido en trajes para niños.
PRECIO FIJO
Preciados, 3, esquina **á la de Tetuan.**
MADRID

VERDADERAS PILDORAS DEL Dr BLAUD

Empleadas con el mayor éxito, hace mas de 50 años, por la mayoría de los médicos, para curar la **Anemia**, la **Clorosis** (colores pálidos) y para facilitar el desarrollo de las jóvenes. La inscripcion de estas píldoras en el nuevo Codex frances, dispensa de todo elogio.
NOTA. — Estas píldoras no se venden mas que en frascos de 200 y medios frascos de 100 al precio de **5** y **3** francos, y nunca sueltas.
Exíjase sobre cada píldora el nombre del inventor como en esta marca.
BLAUD
DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES
PARIS : 8, Rue Payenne. — *De venta en las principales Farmacias.*

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA
Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españole y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PSMANERÍA

DE

VICENTE GARCIA MUSTIELES

(SUCESOR DE PÉREZ)

CALLE MAYOR, NÚM. 50

MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.
Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.
Se sirven los pedidos con toda prontitud.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN			NÚMERO 5.º—Madrid 15 de Marzo de 1893	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS				EXTRANJERO	
Un mes	1,50	pts.		Seis meses	11 francos
Tres meses	4	»		Un año	21 »
Seis meses	7,50	»		FILIPINAS Y AMÉRICA	
Un año	15	»		Seis meses	5 ps. fs.
CUBA Y PUERTO RICO				Un año	8 »
Seis meses	6 1/2	ps. fs.			
Un año	4	»			

SUMARIO

TEXTO

SAN JOSÈ
por un devoto del Santo.

GRABADOS
por Antonio de Olmedo.

D. LUIS MONTALVO Y JARDIU
por Cesaldo.

SIN NIDO
por A. Pérez Nieva.

LUZ, CALOR Y VIDA
por Valentín Gómez.

CUENTOS DE MI LUGAR
por M. Polo y Peyrolón.

NUESTRO ARTE RELIGIOSO
por José Ferrándiz.

EN CUARESMA
por M. Dominguez Berrueta.

LAS MUJERES DE LOS SECTARIOS
por A. Balbín de Unquera.

EVANGELINA
traducción de Carlos Morla Vicuña.

GRABADOS

ARTE CRISTIANO
(Dibujo á pluma por el hermano Melquiades de Guilarte, de las Escuelas Pias).

D. LUIS MONTALVO Y JARDIU

IGLESIA DE SAN MARTÍN
en Marsella.

LA CAZA DEL TIGRE

SERMÓN EN UNA CATEDRAL

ARTE CRISRIANO

Dibujo á pluma por el hermano Melquiades de Guilarte.

SAN JOSÉ

Desde los primeros siglos se ha tributado á San José culto por los cristianos. Lo demuestran los restos artísticos de la antigüedad cristiana.

Podemos citar, entre otras, una pintura encontrada en una de las catacumbas más antiguas de Roma, la de Santa Priscila, donde se ve á José entre Jesús y María.

Y no es éste un testimonio aislado. Piedras sepulcrales, pinturas murales, vasos, multitud de objetos confirman lo que venimos diciendo, y dan á conocer el lugar que la devoción á San José ocupaba en los corazones de aquellos fieles.

Se encuentra, entre otras esculturas, la escena del nacimiento del Salvador. Es un cuadro de poco dibujo, pero de admirable expresión. La luna brilla, derramando sobre la tierra su luz dulce y apacible, como símbolo de paz que Cristo venía á traer á la tierra. Allí se ve el celestial anuncio de la estrella simbolizando la vocación de los gentiles. En la gruta está todo, destacándose la figura de José en actitud de extática contemplación ante el Dios que acaba de nacer.

En otra parte, en la Roma subterránea, se ve una losa sepulcral que se encontró en el cementerio de San Hipólito, consagrada á la memoria de Santa Severa, con esta inscripción: *Severa, in Deo vivas!* Junto al busto de la noble romana, grabado sobre la piedra, se ve la escena de la adoración de los Magos, ejecutada con la ingenuidad de aquellos tiempos, á menudo desprovista de arte, pero nunca de inspiración. Detrás de María aparece la figura de San José extendiendo su mano derecha sobre la Madre y el Niño en señal de protección.

En otra parte el naciente arte cristiano, de que hay tantas muestras en las catacumbas, nos representa el encuentro del Niño Jesús en el templo disputando con los Doctores. A la derecha de Jesús está José en la actitud propia del jefe de familia.

Podemos citar otro testimonio de la devoción á San José en aquellos tiempos. Es tal vez la más bella pintura de las catacumbas, escribe M. L. Perret. Diríase que es la obra de un discípulo de Fidias, pero de un discípulo cristiano. Jesús es un niño, mas un niño que es Dios. A la candidez de la edad, el autor supo añadir por manera admirable el sello de la sabiduría. Está enseñando á los Doctores, á quienes se impone por el prestigio de su saber. A la derecha del Niño están José y María manifestando un sentimiento de admiración que semeja un éxtasis. Este fresco fué descubierto en 1849 en el fondo de una cripta en el cementerio de San Pretextato.

Así continuó el culto de San José, con su carácter espiritual, íntimo; culto en el fondo de las almas, sin ocupar un puesto especial en esa grande manifestación de la sabiduría y del espíritu de la Iglesia que se llama la Liturgia.

Donde primero figuró el culto de San José en el ceremonial litúrgico fué en Oriente.

Se encuentra allí un himno en alabanza del Santo, que nos da á conocer el sabio dom Gueranger en su colección de oraciones litúrgicas. Su traducción es como sigue:

«José, esposo de María, ve con sus ojos la consumación de las profecías. Escogido para el matrimonio más ilustre, recibe las celestiales revelaciones de boca de los ángeles, que cantan: «Gloria al Señor, que ha dado paz á la tierra.»

»Anunciad, ¡oh José! á David, el ascendiente del Hombre-Dios, la maravilla que contemplaron vuestros ojos: vísteis al Divino Niño reclinado en el seno de la Virgen; le adorásteis con los Magos; le glorificásteis con los pastores, obedeciendo á la inspiración del Angel. Rogad al Cristo-Dios, para que sean salvas nuestras almas.

»Aquel Dios infinito, ante quien tiemblan las potestades, vos le recibísteis en vuestros brazos cuando nació de la Virgen: fuísteis consagrado con tan augusto contacto: por esto, nosotros os glorificamos.

»Fuísteis obediente á las órdenes celestiales: radiante de celestial pureza, merecísteis, ¡oh, afortunado José! tener por esposa la sola pura é inmaculada entre todas las mujeres: fuísteis el custodio de aquella santa Virgen, á fin de que ella pudiese ser el tabernáculo del Criador.

»Unicamente á Gabriel en los cielos, y únicamente á vos en la tierra, después de la incomparable Virgen, ¡oh, dichoso José! el más ilustre de todos los hombres, fué confiado el sublime y venerando misterio que había de aplastar á nuestro enemigo el príncipe de las tinieblas.

»¡Oh, José, ministro del incomprensible misterio! Vos conducísteis desde la ciudad de David á Egipto, para desvanecer las tinieblas de la idolatría, á aquella Virgen pura, semejante á una nube misteriosa que tenía oculto en su seno al divino Sol.

»Vos, ¡oh, José! asistísteis, lleno de prudencia, al Dios hecho niño en la carne; le servísteis como uno de sus ángeles, y Él, á su vez, os iluminó á vos con claridades espirituales, que vos recibíais, ¡oh, afortunado José! en vuestro corazón y en vuestra alma, radiante de incomparable resplandor.

»Aquél que con una palabra creó cielo, tierra y mares, fué llamado el hijo del artesano, vuestro hijo, ¡oh, admirable José! Vos fuísteis llamado Padre de aquél que es sin principio quien os glorificó como ministro de unos misterios que sobrepujan toda inteligencia.

»¡Cuán preciosa fué vuestra muerte en presencia del Señor, oh afortunado José! Consagrado á Dios desde la infancia, vos, que fuísteis el custodio de la Virgen bendecida, cantásteis con ella: «¡Que toda criatura bendiga al Señor y le exalte en los siglos eternales. Amén!»

En este himno figuran poco los detalles de la vida mortal de San José; pero en cambio se ve la grande alma del Santo, su misión, sus destinos, todo, expresado con esa brillante amplitud propia de la poesía oriental.

En este himno no debemos ver la inspiración de un poeta de más ó menos genio, sino el espíritu de la Iglesia de Oriente, en la que el culto á San José en aquel tiempo formaba ya parte de la vida de su fe y de su piedad. De otro modo, á este himno no se le habría designado un puesto en la santa liturgia.

Pasaron algunos años, y San José entró más de lleno en la liturgia sagrada, teniendo un Oficio en su honor.

El Oficio divino es la principal oración pública dirigida á Dios, en nombre de la asamblea de los fieles, por los Ministros de la Religión.

Es el Oficio divino el eco de aquel cantar con que los serafines entonan himnos al Dios tres veces santo; es el corazón creyente elevándose al cielo por medio de un conjunto de geplarias que tienen en su favor la sanción divina dada por medio de la Iglesia; es el hombre que, reconociendo su pequeñez, se remonta á lo infinito en alas de esas fórmulas de oración, que tienen en su favor la consagración más augusta.

Allí, en el Oficio divino, se unen los suspiros de los antiguos Patriarcas con las homilías de los Padres y Doctores de la Iglesia; los cantos de David con las oracionees de los Pontífices del Cristianismo; la historia del pueblo de Dios y la del pueblo cristiano personificado en los grandes héroes de santidad. Cuanto de bello, de sublime, de divinamente inspirado ha salido de boca de los creyentes desde el principio del mundo, todo se encuentra allí; y la sociedad de las almas justas de todas las épocas se reune en aquel conjunto de plegarias, siempre antiguas y siempre nuevas, que hacen de todos los siglos como una grande iglesia enlazada por los más nobles sentimientos y las más venerandas tradiciones.

UN DEVOTO DEL SANTO.

GRABADOS

Arte cristiano.

Dibujo á pluma por el hermano Melquiades Guilarte, de las Escuelas Pías —(Pág. 65).

El Instituto de San José de Calasanz, que tantos días de gloria ha dado á la patria española y tanto bien hace á las clases menesterosas, conserva entre sus tradiciones de enseñanza la de las Humanidades y la de primeras letras, sin que por esto descuide, ni mucho menos, las de otras disciplinas del humano espíritu. Los humanistas y maestros de primera enseñanza en las Escuelas Pías, constituyen una serie gloriosísima de verdaderos bienhechores del pueblo y de verdaderos ornamentos de la patria.

El hermano Melquiades Guilarte, de las Escuelas Pías de San Antón, es, como todo el mundo sabe en Madrid, un prodigio en la caligrafía. Sus trabajos en este hermoso cuanto difícil y hoy poco cultivado arte, son realmente admirables. Con la pluma hace maravillas el hermano Melquiades. Su colección de trabajos sobre la bula del Pontífice Pío IX declarando la Concepción Inmaculada de María, es un portento. La obra que últimamente ha producido el hermano es la que damos en copia en la primera plana, y es un primorosísimo trabajo, cuyo original pueden ver nuestros lectores de Madrid en la sacristía de San Pascual, en donde se halla expuesto con objeto de rifarlo entre los fieles, y destinar los productos de la rifa á fomentar el culto del Santísimo Sacramento.

El Movimiento Católico, *La Unión Católica*, *El Globo* y otros periódicos, han elogiado con entusiasmo el nuevo trabajo del hermano Melquiades, y á nosotros nos ha parecido tan hermoso, que lo publicamos en primera plana en copia fotograbada, hecha expresamente para nuestra Revista.

La composición de tan notable dibujo á pluma es un afiligranado arco ojival, flanqueado por dos torrecillas góticas. Bajo el arco vese un altar; y sobre éste álzase la custodia, formada de graciosas curvas combinadas airosamente, y constituyendo el carácter de originalidad del autor manifestado en todas sus obras. Todo, puede decirse, es suyo en esa vida que da á sus líneas, en los adornos de sus ángeles, en la composición y enlace de los detalles.

En las torrecillas del arco, en el arranque de sus pilastras y cornisas, en el frontal del altar, en la simetría de su plan, en todo el cuadro hay que detenerse si se quiere apreciar lo que vale la incansable labor del Sr. Guilarte. A lo mejor sucede que pasamos de ligero sobre alguna de sus cintas ó adornos, y no nos hacemos cargo de que formando su fondo está algún himno religioso, alguna glosa ó canto.

En una de las cintas del arco, y entre dos ojivas, da principio el himno *Lauda Sión*, etcétera, que continúa en la greca interior y termina en el centro, sobre el que se eleva el Sacramento. Son todos caracteres góticos, y variando en su tamaño para ajustarse al conjunto.

Terminaremos esta ligera noticia con las palabras con que termina la suya nuestro colaborador el joven é ilustrado Sr. D. Martín Domínguez Berrueta en *El Movimiento Católico:*

«Por nuestra parte, nada más diremos del cuadro. Contadas veces ha sonado en la prensa el nombre del hermano Melquíades; es un hombre de indiscutible mérito y de sólida virtud, y hubiéramos temido alterar el sosiego de su humilde vida religiosa si al intentar hacer una breve descripción de su último trabajo no hubiéramos encontrado una consideración altísima que, pesando en su ánimo, nos sirviera de legítima excusa; se trata de una obra piadosa, de fomentar el culto del Santísimo Sacramento, y nos ha de permitir el señor Guilarte que, dando á conocer su última producción caligráfica, contribuyamos también al fin que él se ha propuesto.»

D. Luis Montalvo y Jardiu.—(Pág. 68).
(Véase el artículo.)

Iglesia de San Martín (Marsella).—(Pág. 69).

Marsella, á pesar de su antigüedad, no es ciudad donde abundan los monumentos de la Edad Media. La iglesia de San Martín era una de las más estimables, no sólo por su mérito arquitectónico, sino por los recuerdos que á ella estaban vinculados. El Municipio acordó, con escándalo de la población, que se derribase.

Alzáronse contra el acuerdo municipal los arqueólogos de una parte, el clero en masa y la gran mayoría de los vecinos de Marsella. Fué esta iglesia Parroquia desde el siglo XI, y el 2 de Agosto de 1597, erigida en Colegiata. En su larga historia ha sufrido diversas restauraciones, pero conservaba el carácter del siglo XV.

La revolución ha devorado un monumento más del arte cristiano. El siglo XIX hace buena la memoria de los bárbaros.

La caza del tigre.—(Páginas 72 y 73.)

Es un cuadro titulado *Robo de los hijos*, y ha sido tratado con suma maestría, y no cabe más perfección en todos y cada uno de sus detalles.

El tono general del cuadro es el que corresponde al lugar donde el artista desarrolla su inspirado pensamiento.

Una desierta llanura africana despojada de árboles, y en la cual apenas hay asomos de vegetación. Todo es árido en esas inmensas llanuras del Africa central, donde son dueños y señores del terreno los animales más salvajes de la creación.

El asunto representa un episodio de la arriesgada y peligrosa caza del tigre, llevado á cabo por uno de los moradores de aquellos países, y el artista lo ha sorprendido en el momento en que un tigre hembra se apercibe de que le han sido arrebatados los pequeñuelos.

La lucha que se entabla entre el salvaje y el animal, que acaba de ver burlada su fiereza, es imponente y aterradora.

La bondad del grabado completa mejor la explicación que pudiéramos dar de tan hermoso cuadro.

Sermón en una catedral.—(Pág. 77.)

Nada tan solemne como la escena que representa nuestro grabado; nada que eleve y edifique tanto la figura de un pastor de almas como la cariñosa solicitud con que acude al templo y encamina á sus diocesanos, con prudente consejo y cariñosa elocuencia, á las prácticas de la virtud.

ANTONIO DE OLMEDO.

D. LUIS MONTALVO Y JARDIU

Mil veces se ha dicho: atravesamos unos tiempos que tienen de todo, menos de poéticos. Es más, la característica de nuestra edad es el prosaísmo. Verdadera vocación necesitan los que, contra viento y marea, en medio de la general indiferencia, se atreven todavía á cantar. Pero el cultivo de la poesía, para los que realmente son poetas, es una necesidad del alma; el verdadero poeta nunca suspende su arpa del sauce babilónico: canta aunque no le oigan los demás.

El Sr. Montalvo es una prueba de lo irresistible que es la vocación poética, y de su persistencia en los corazones nacidos para sentir poéticamente las cosas. Ni el prosaísmo de sus contemporáneos, ni sus propias ocupaciones, también prosaicas, profesionales ó jurídicas, han podido destruir en su alma el germen de la poesía. Desde niño ha cantado, y hoy, ya en la edad madura, depurado su gusto, sigue cantando con el fervor de sus primeros días.

El Sr. Montalvo es santanderino, de esa montaña tan fecunda siempre en hombres notables. Estudió en Madrid las carreras de Filosofía y Letras y Derecho, logrando en ambas los grados superiores con la calificación de sobresaliente. En 1859, siendo todavía estudiante, fundó una Sociedad literaria y una revista del mismo género, y publicó un poemita titulado *La Redención* (1). *La Redención* es la historia de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, y el Sr. Montalvo demostró en ella que no sólo creía, sino que sentía ya hondamente las bellezas divinas de esta Religión católica, á cuyas enseñanzas no había de ser infiel en toda su vida.

En muchos periódicos y revistas siguió el Sr. Montalvo publicando versos, y en 1861 vió la luz una colección de ellos con el modesto título de *Ensayos poéticos*. La crítica y el público acogieron favorablemente este libro.

Al año siguiente compuso el Sr. Montalvo un discurso histórico-crítico sobre las *Hermandades de Castilla*, que le valió la nota de sobresaliente en el acto de recibir el grado de doctor en la Facultad de Filosofía y Letras, y que corre impreso para honra de su autor y esclarecimiento de uno de los puntos más discutidos de la historia de España.

Desde el año de 1867, hasta hace siete ú ocho, fué el Sr. Montalvo profesor auxiliar de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid, distinguiéndose extraordinariamente por su elocuencia y fino trato con los alumnos. En 1876 explicaba la asignatura de Literatura general y española el Sr. Canalejas, tan conocido después como hombre político y ministro que ha sido de diferentes departamentos; los alumnos no querían al entonces joven catedrático, y se insubordinaron, arrojándole de la cátedra con inmenso alboroto y escándalo. Tuvieron que suspenderse todas las clases, y se suscitó en las calles una verdadera cuestión de orden público. Ni el Claustro universitario ni el Gobierno sabían cómo salir airosos de aquel conflicto; por fin se ocurrió nombrar al Sr. Montalvo para que explicase la asignatura en sustitución del Sr. Canalejas, y todo se aquietó y serenó como por encanto. En sus explicaciones de Literatura conquistó el Sr. Montalvo muchos aplausos y simpatías. Es lástima que aquí concluyera su carrera de catedrático; el Sr. Montalvo es desde 1865 oficial del Consejo de Estado, y el Gobierno le obligó á optar entre su destino en el Consejo y la cátedra. La Universidad perdió con esto á uno de sus más esclarecidos doctores, que hubiera llegado á ser de sus más insignes ornamentos y glorias.

Pero volvamos al escritor y al poeta.

En 1870 dió á luz otro libro de poesías, una de las que, titulada *El Genio*, obtuvo el primer premio en el certamen extraordinario que celebró la Sociedad científico-literaria *Emulación y Estudio* el 18 de Diciembre de 1860, y fué leída y calurosamente aplaudida en el Liceo Piquer.

Obtuvo asimismo medalla de plata por el soneto que, dedicado á D. Pedro Calderón de la Barca, presentó al concurso abierto por la Universidad Central para conmemorar el segundo centenario de tan esclarecido genio.

Van á publicarse ahora otras dos poesías del Sr. Montalvo, *El verdadero progreso* y *La absoluta verdad*. Ni una palabra diremos de ellas, porque nuestros lectores han de saborearlas enseguida por sí mismos.

Es nuestro poeta, ante todo, un poeta cristiano.

«A pesar de que el Sr. Montalvo—escribía en 1870 el Sr. Pizarroso,—parece como que ha huído por modestia de distinguirse especialmente en determinado género y de sobreponer en su obra tal ó cual sentimiento, la verdad del hecho es que nosotros, juzgando con toda imparcialidad, hemos hallado uno dominante, del que están infiltradas sus mejores composiciones: éste es el religioso».

Del mismo crítico es el siguiente párrafo:

«Leed las tres composiciones cuyos títulos son: *El dolor de María á los pies de la cruz*, *A la Asunción de Nuestra Señora*, y *A María Inmaculada*, y os creeréis por un momento bajo la suave influencia de la casta musa de Fray Luis de León. Estas tres poesías, reunidas como están, forman un lindo ramillete que el sentimiento místico del autor ofrece á la Doncella de Nazaret, Madre del Verbo encarnado. Las dedicadas á Dios y á la fe están llenas de profundos y elevados conceptos bellísimos en la forma. Y si luego el poeta se levanta hasta las regiones de la lírica para cantar en una oda las glorias de España obtenidas en las playas africanas, también se subleva en él el sentimiento religioso; no halla medio mejor de enaltecer esas glorias que simbolizarlas en la enseña del cristiano, ligando ambos pensamientos de este modo:

Por fin logró mi patria idolatrada
Allí izar su bandera,
Cual otro tiempo aconteció en Granada
Con Isabel Primera.

....

Demos gracias al Dios Omnipotente,
Al Dios de las victorias,
Que accedió á nuestros ruegos indulgente
Colmándonos de glorias.

....

Y el ver la Cruz de Calpe en la ladera
Enardece las almas,
Y de Gades á Albión la Europa entera
Al punto bate palmas.»

Queremos nosotros al Sr. Montalvo entrañablemente, respetándole como á maestro y admirándole como á poeta. Pero no creemos que ni nuestro cariño ni nuestra admiración sean parte á extraviar nuestro juicio; no creemos que sea el Sr. Montalvo un excelente profesor, un escritor distinguido y un poeta insigne porque sea de nuestra particular devoción y nuestro más querido amigo; antes por el contrario, si le admiramos y queremos tanto, es porque reconocimos en él, desde luego, aquellas excelsas cualidades.

CESALDO.

(1) Colaboró en este poema D. J. Joaquín Moreno.

SIN NIDO

Sí, daba gusto en una mañana de primavera madrileña, tan cruda, en que soplaba un zarzagán finísimo de allá, de la sierra, cubierta aún con un gorro de dormir de copos de nieve; daba gusto estar en aquel nido, enclavado en un rincón, en la hor-

D. Luis Montalvo y Jardiu

quilla más ignorada de la copa, resguardado del cierzo, por la espesa urdimbre de los brazos del árbol, y bañado de sol por un rayo caritativo que horadaba el follaje naciente, entrándose á calentar la habitación de pajas de los inquilinos de la buhardilla del tronco. ¡Muy bien!... Pero hacía una atrocidad de tiempo que había amanecido; la cría se cansaba de mirar el pedazo de horizonte azul que se descubría por un boquete de la fronda y... nada; no se distinguían unas alas negras ni para un remedio, ni venía el desayuno. ¡Cómo tardarían tanto los padres! No faltó entre las crías quien propusiera huir de la casa paterna á buscarse por esos aires la vida. ¡Qué buena idea!... ¡Así no se haría esperar el almuerzo! ¡Pero si no sabían volar, ni tenían en las espaldas más que una porquería de plumas inútiles!...

No había otro remedio que esperar y matar el tiempo contemplando la mañana, que era toda una señora mañana, de esas que llenan el corazón de deseos, hacen brotar las fresas y abren las rosas; en el espacio latía tanta luz, que los pajarillos pensaban si habría estallado en fragmentos el sol, y á no ser por el viento, que saltando al Norte se traía las últimas agujas de frío de la mala estación, no hubiera tenido tacha aquella mañana de primavera tan azul.

Por fin oyeron en el espacio un chillar conocido. Los cuatro á la vez, piando cada quisque con furia: ¡á mí! ¡á mí! ¡á mí!... y abriendo todos cuanto podían los picos, se empinaron las avecillas, apoyándose en las suaves paredes del nido y pidiendo á voces la pitanza. La madre llegó como una bala al árbol, se entró en la copa escurriéndose entre su cordaje, y dejó caer en el pico que encontró más cerca un insecto que llevaba en la boca; enseguida se remontó, cuidando de no olvidar el hijo que había comido. Otras alas más grandes bajaron después y dieron de almorzar á otro pequeño, largándose en el acto; era el padre. Tornó la hembra con más alimento y se lo transmitió á uno de los pájaros que estaban todavía en ayunas, dominando el alboroto de los demás, que pugnaban por atraparlo. Luego volvió el macho: ahora traía un buche de agua en la boca. Y así se les fué el rato traga que traga, al sol, entre el follaje, y sin ver sus estómagos ahitos.

La madre iba á elevarse; en aquel momento guardaba silencio la cría. De pronto, fuera de la copa, en la calle, estalló el gemir desconsolado de un niño que lloraba, y la vocecita de otro que procuraba calmarle con sus palabras acariciadoras y llenas de ternura. El ave se asomó cautelosamente por entre las ramas, atraída por los sollozos, y vió dos pobres criaturas, sucias, mugrientas, desharrapadas, descalzas, casi desnudas, que pedían limosna temblando de frío y buscando con ansia aquel rayo de sol ardoroso y apetecible que bajaba al árbol y que tenía resplandores para los pájaros y no para los niños. Apenas cubiertas de andrajos sus carnes ateridas, acurrucadas junto al tronco, prestándose calor mútuamente, alargaban los tiernos menesterosos su manecita trémula á las modistas que pasaban á escape en derechura á sus talleres y á las criadas que transitaban con la cesta al brazo en busca de los mercados. Los dos pequeñuelos eran rubios, con el rubio tostado que da al cabello la intemperie, chupándose hebra á hebra el color de trigo; ninguno ostentaba risas en las mejillas, y ambos presentaban una carita lacia, chupada, huesosa, transparente en fuerza de flaca, sin señales de besos ni de caricias, y unos ojos tristes, apagados, sombríos, sin ninguna claridad en su fondo oscuro y misterioso. Adentro, en la copa, la insaciable cría tornaba á chillar turbulentamente en pro de la panza, aguijoneada de nuevo por el hambre. El ave acabó de contemplar tristemente á los niños; pió á los suyos: tened paciencia; y se remontó otra vez á caza de insectos, murmurando al tender las alas con la conmiseración de todas las madres:

—¡Qué lástima!,.. ¡Son dos chicos que no tienen nido!...

Alfonso Pérez Nieva.

Luz, calor y vida.

En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. (*Evangelio de San Juan*).

Los ojos se van tras esa luz del día que hiere con sus últimos resplandores las crestas de las montañas.

La luz es la vida. Parece que huye la vida del mundo cuando huye el sol. Hay cierto abatimiento en la Naturaleza toda que corresponde á la melancolía que se apodera del alma al caer de la tarde.

¡El sol! ¡La luz! ¡La vida! ¡Qué hermosas palabras, y, sobre todo, qué hermosas ideas! Ni una sola vez fijo en el sol la mirada sin recordar aquella profunda frase de San Juan Evangelista: *En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.*

Vida y luz, sinónimos para el Evangelista. Así lo entiende también la Naturaleza cuando se abate y languidece al ponerse el sol. Así lo entiende también el alma humana cuando se entrega á esa vaga melancolía que se parece á la muerte de la esperanza.

No hay vida sin luz; no hay luz sin vida. La vida es el calor de la luz; la luz es el resplandor de la vida. Cuando el calor no esparce rayos que iluminan el alma, el calor consume y mata como el fuego de la desesperación. Así debe ser el calor del infierno. Cuando la luz no calienta el alma y la fortifica, la luz es falsa y siniestra, como la que despide la corona de Satanás.

Luz que caliente y calor que ilumine. Esta es la condición de la luz que es vida.

Las pasiones desordenadas calientan, pero no resplandecen. El error resplandece, pero no calienta. La verdad calienta y resplandece á un tiempo. Su calor es el bien, su resplandor es la belleza.

El genio del mal, Satanás, como le llamamos los cristianos, separa el calor de la luz y la luz del calor. Por eso en él no existe ni el bien, ni la belleza, ni la verdad; por eso en él no hay vida.

En Dios se une todo lo vario. Él es la unidad perfecta, en donde se ordena y reposa la variedad.

En Satanás se separa todo lo uno. Es la variedad indefinida, en donde se despedaza toda unidad.

Así se comprende lo profundo de aquella frase de Bossuet dirigida al protestantismo: «Varías, luego no eres la verdad.»

La verdad es inmutable, y porque es inmutable une. El error es variable, y porque es variable separa.

Creo firmemente en el simbolismo. Creo, como Laserre, que así como nosotros expresamos las ideas por medio de palabras, Dios las expresa por medio de cosas. Para Dios, escribir es crear. Cada criatura es la expresión de un pensamiento, y todas las criaturas

IGLESIA DE SAN MARTÍN, EN MARSELLA

juntas forman un libro magnífico y misterioso entregado á nuestra meditación.

El compendio de ese libro es un *Hossanna* que se transmiten los siglos unos á otros, y que repite la eternidad.

El sol, al parecer, es el pensamiento más brillante de ese libro grandioso. ¿Qué quiere decir el sol? Él es luz que calienta y calor que ilumina. Luego él es vida, en efecto.

Parece simbolizar el bien, en cuanto es calor; parece simbolizar la belleza, en cuanto es luz; parece simbolizar la verdad, en cuanto calienta y resplandece á un tiempo.

¡El sól de la sabiduría! ¡El sol de la verdad! ¿No habéis oído mil veces estas frases? ¿No las habéis leído en los Doctores de la Iglesia hablando de Jesucristo?

San Juan dice: *En Él estaba la vida.* ¿Se comprende la vida sin calor? La señal de todo cuerpo vivo es el calor. El frío es la muerte.

Porque Jesucrito es vida, es también calor; el calor del mundo moral, del mundo del alma. Pero es luz—*y la vida era la luz,*—como el sol es luz y calor del mundo físico, del mundo del cuerpo.

¡El sol! ¡La vida! ¡La luz! Todo ello parece significar un mismo concepto. Todo ello despierta en la mente una serie de ideas que tienen su origen en un mismo punto y van á parar á un punto mismo. *En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.*

¡Él! He aquí el punto de donde proceden y á donde convergen todos los rayos, todo el calor de la inteligencia cristiana que contempla el sol, la luz y la vida desde las alturas del simbolismo.

Él es la vida, El es la luz, El es el sol. Da calor al corazón, y le hace bueno. Da luz á la imaginación, y la hace artista. Da luz y calor á un tiempo á la inteligencia, y la hace sabia. El calor es el símbolo del bien: esto es, de la moral. La luz es el símbolo de la belleza: esto es, del arte. El calor y la luz unidos, son el símbolo de la verdad: esto es, de la ciencia.

Pero estas cosas no pueden separarse, sin que dejen de ser lo que son. Todo el trabajo del mal consiste en separarlas para destruirlas. Lo he dicho ya, y lo repito ahora. Luz sin calor, es luz siniestra, que en vez de iluminar extravía. Calor sin luz, es fuego horrible, que en vez de vivificar consume; que en vez de calentar, abrasa. Aquella luz fría se llama *error*. Este calor opaco se llama *vicio*. Nótese que la luz, así aislada, no contraría al arte; es decir, no produce la fealdad, sino que contraría la ciencia; es decir, produce el error. La razón de esto se funda en que, como tal luz, conserva siempre el ropaje de la belleza; belleza relativa, imperfecta, fría, pero con bastantes matices de aparente hermosura para extraviar y desvanecer al alma débil. En cambio la verdad padece con este falso brillo, por lo mismo que la verdad es el lazo de unión, la base del bien y de la belleza, del calor y de la luz.

En último resultado, siempre es la verdad la que padece, porque ni el bien ni la belleza son tales, sino en cuanto obedecen á los preceptos de la verdad. Todo acto malo ó feo, es en el fondo la negación *práctica* de una verdad.

Morir es separar. Por eso el genio del mal separa todo lo que está unido. Si él fuera capaz de amor, diría yo que amaba la muerte. Lo propio y exacto es decir que odia la vida.

Morir es separar. ¡Ay! Nada de lo que veo en rededor de mí me horroriza tanto como el afán de separación que aqueja á la sociedad moderna. ¡Suicida! Ha caído en el lazo que le tendió Satanás.

El liberalismo es la más grande y profunda de todas las herejías, porque es la separación esencial. La luz que despide es fría, como la luz de la luna. El calor que contiene es opaco y abrasador, como el fuego de los volcanes. Luz y calor divididos, que sólo pueden producir la muerte.

Oigo decir: «¡La luz de la ciencia! ¡El sol de la libertad!» Y no hay tal sol, porque su luz es fría; ni hay tal ciencia, porque su calor no ilumina, y en cambio abrasa el entendimiento.

¡Insensatos! Habéis separado la ciencia de la fe, y por eso vuestra ciencia hiela el corazón: es luz sin calor. Habeis separado la libertad del bien, y por eso vuestra libertad abrasa y no ilumina: es calor sin luz.

Separar es morir. ¿A dónde va el mundo, sino al abismo de la muerte, con esa ruptura completa de tantas uniones santas que forman la armonía del universo social? Separación de la ciencia y la fe; separación del arte y la moral; separación de la Iglesia y el Estado; separación de la libertad y la autoridad; separación del marido y la mujer por el divorcio; separación de los miembros de la familia por el individualismo; separación del capitalista y el obrero por el socialismo; separación, en fin, del mundo y Dios por el derecho al mal, que es el triunfo más grande que el infierno ha podido obtener.

¡Separación, es decir, disolución; es decir, muerte!... Tiemblan de pavor mis huesos cuando considero el horroroso estrago que ha hecho en el mundo el olvido de esta verdad sublime, que la Iglesia proclama todos los días en todos los puntos del Universo: *En Él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres.*

¡É luz! ¡Él vida! ¡Y el mundo lucha con las agonías de la muerte en medio de los helados resplandores de una luz fúnebre como la de eterna tristeza; en medio del calor opaco de un fuego que devora como la lava de los volcanes!

¡Luz, calor, vida! Yo os siento aquí, entre los pliegues de mi corazón, y quisiera desparramaros por el mundo y encender y despertar el alma de mis hermanos los hombres. ¿Es posible que no quieran ver, ni amar, ni vivir? ¿Es posible que el odio los mueva á hacer pedazos esa cadena de oro que une á todos los corazones creyentes entre sí y con Dios?

¿Por qué no dar calor á la ciencia, y la ciencia será fecunda? ¿Por qué no dar luz al arte, y el arte elevará el espíritu? ¿Por qué no dar calor y luz á la sociedad, y la sociedad, en medio del alegre movimiento de la vida, atravesará los siglos cantando un *Hossanna* perpetuo al que es luz, calor y vida?

¡Iglesia santa, depositaria de la vida y de la luz! Tú sola puedes arrancar de las tinieblas al desdichado mundo. *La luz resplandece en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la comprenden.* Ven, Madre cariñosa; ven, sabia Maestra. Enseña á las tinieblas esa luz; comunica á los muertos esa vida; une lo separado y ensalza lo unido en la fe. Ven, que el mundo agonizante há menester de tí una vez más.

Como el sol que traspone las montañas, así parece que la luz se ha ido. El frío rayo de la luna da al alma la tristeza de los cementerios. Luzca de nuevo por tí ¡oh Iglesia santa! el sol de la verdad y de la justicia, y el corazón helado y encogido y melancólico cantará un *Aleluya*, que regocijará á los hombres, y repetirán los Ángeles, y extremecerá al abismo.

VALENTÍN GÓMEZ.

CUENTOS DE MI LUGAR

EL HERRERO DE PANCRUDO

En toda la provincia de Teruel es conocido este famoso herrero, porque mallando, mallando, se le olvidó el oficio; pero no todos saben las divertidas aventuras que le acaecieron en su larga vida, de las cuales acaba de darme puntual noticia una vieja, graduada hace muchos años, no sé por qué Universidad, de doctora en cuentos y consejas.

Pues, señor, y no va de cuento porque aún vive quien lo cuenta, el herrero de Pancrudo era, como la mayor parte, aficionado al trago y á los juegos todos de naipes, singularmente al tute, para el cual, naturaleza próvida le había dotado de singular astucia. Estaba, además, perdidamente enamorado de su hermosa herrera, llamada María; y entre la mujer, las cartas y los tragos, malla que te mallarás, se le olvidó el oficio, hasta el punto de no saber calzar una reja ni hacer una herradura. Los parroquianos huyeron, naturalmente, de su fragua, porque les inutilizaba el hierro y cada día trabajaba menos y peor. Para ir comiendo y tirando no tuvo más remedio nuestro herrero que vender, poco á poco, las tierrecillas de pan llevar que la herrera había aportado al matrimonio, excepción de un huerto con frutales, que no lejos del lugar estaba.

La pobreza de nuestros herreros era tanta, que un día en que se entretenían marido y mujer jugando al tute en la puerta de la fragua, por falta de trabajo y de yantares, presentáronse tres peregrinos en la puerta pidiendo hospitalidad, y el herrero los despidió á cajas destempladas, asegurando que más pobre estaba él que los mendicantes. Pero la herrera se compadeció de aquellos pobres, y le propuso á su marido compartir con ellos el único pan que en la casa había. Accedió el herrero, y en amor y compañía comiéronse los cinco juntos el susodicho pan, sazonado con unos gajos de cebolla cruda del huerto de los herreros. Marcháronse los peregrinos agradecidísimos, y al poco rato retrocedió uno de ellos y le dijo al herrero, de parte de su amo, que pidiese una gracia.

—¡Pero qué gracia ni qué ocho cuartos me habéis de conceder vosotros, si aún sois más pobres que yo, que es cuanto puede decirse!

—Pida usted y no sea tonto, que mi amo y señor es muy poderoso.

El herrero, riéndose y por pedir algo y acabar pronto, pidió que cuantos se sentaran en el poyo de su puerta ó subieran al peral de su huerto, no pudieran moverse de allí sin permiso suyo, lo cual le fué concedido en el acto.

Pasaron años, y la pobreza del herrero de Pancrudo era tan grande, que estuvo á punto de vender el huerto con el famoso peral, de mala cara y todo; pero el hombre se aguantó al fin, y contentábase con echar por aquella boca sapos y culebras, dándose continuamente á todos los diablos. Ciego ya de indignación, exclamó cierto día:

—El alma daría yo al demonio por unos cuantos miles de duros.

En el acto se hundió parte del techo de la fragua y comenzó á llover plata acuñada abundante, con alguna que otra monedilla de oro, en tanto que apuesto mancebo de fulgurantes ojos se plantaba en la puerta, papel en mano, invitando al herrero de Pancrudo á que se comprometiera por escritura á entregar su alma al demonio dentro de diez años, á cambio de todo el dinero que se le antojase. El herrero firmó como en un barbecho; desapareció el misterioso mancebo, y desde aquel día nuestro héroe y su mujer se dedicaron á comer y beber, y jugar al tute á todas horas, sin acordarse para nada del precio de aquellos holgorios, ni del compromiso contraído con el diablo á cambio de aquellos malditos dineros.

Pasaron los diez años como una sombra, y en vista de que el herrero de Pancrudo no se acordaba de cumplir el escriturado contrato entregando la prometida alma, Satanás le envió un emisario á recordarle el cumplimiento de su promesa. Se asustó el herrero ante semejante embajada, y con el pretexto de arreglar el equipaje, de saldar sus cuentas con los acreedores y hasta de preparar la merienda para el camino, entretuvo todo lo posible á aquel diablillo de menor cuantía, y le fué dando largas, hasta que se cansó el diablo de esperar y se sentó en el poyo de la puerta.

No quería otra cosa el herrero; llamó á gritos á su María, diciéndola que trajese el mallo; lo hizo así la herrera, y entre ambos, como el pobre diablo no podía levantarse del poyo sin permiso del herrero, le dieron tal tunda de martillazos, palos y pellizcos, que prometió no volver en su vida si le dejaban levantarse de allí para regresar á los infiernos.

La rechifla que por su cobardía se llevó este diablejo en los dominios de Lucifer no es para pintada con exactos colores. Otro diablo valentón ofrecióse á desempeñar mejor la embajada, y Satanás le autorizó en el acto para que trajera al herrero de Pancrudo muerto ó vivo.

El herrero recibió al segundo emisario con todo género de zalamerías, obsequiándole con partidas de tute y copas de vino generoso; pero ni por esas: el diablo aquél, que debía de ser de la misma piel de Satanás, no se dejó seducir, cargó con el herrero al hombro, y tan desesperados esfuerzos hizo éste para no dejarse arrastrar á la tierra caliente, que al pasar por la puerta de la fragua se dejó caer como cuerpo muerto sobre el poyo; se arrojó sobre él el diablillo para recuperar su perdida carga, y en la lucha logró el herrero sentar al diablo sobre el poyo, visto lo cual por la herrera sacó el mallo y una tranca y molieron á palos y á martillazos al atrevido, no dejándole hueso sano ni miembro sin sangre, hasta que prometió largarse por donde había venido, con juramento diabólico de no regresar nunca; á este precio únicamente le dejó el herrero levantarse del poyo mágico.

Lucifer en persona asumió sobre sí empresa tan ardua; montó en corcel brioso, se pertrechó bien de toda clase de armas infernales y se presentó en Pancrudo. Todos los convites y zalamerías del herrero se estrellaron contra los bríos y talento monstruoso de Lucifer, el cual tomó al herrero de una oreja, lo levantó en vilo como si fuera una pluma y le obligó á montar á grupas en el fogoso caballo, emprendiendo en seguida el trote hacia los infiernos. Al pasar por el huertecillo del herrero, tanto insistió éste para que Satanás le dejara subir al peral á coger unas peras de mala cara que estaban diciendo comedme, para el camino, que Lucifer le dejó subir al árbol, arrimando su caballo al tronco para que no se escapara el perillán del herrero.

—Vamos, herrero, ya has cogido bastantes; baja inmediatamente.

—Lo que yo siento, señor diablo, es que vuestra señoría no pruebe unas peras tan ricas como éstas.

—¿De veras son tan buenas como tú dices?

—En el mundo entero no hay otras semejantes; mala cara, pero buenos hechos.

—Echa, pues, una de las más sazonadas, porque como soy tan viejo, ya no me quedan dientes.

—Suba usted de un salto, y entre los dos las cogemos en un periquete.

Subió Lucifer para acabar pronto, pues ocupaciones numerosas le esperaban en otras partes, y una vez en el peral, ya no pudo moverse. Se descolgó á escape el herrero, hizo una mueca de burla á Satanás y corrió á Pancrudo, convidando á comer peras á todos los muchachos, que á la sazón salían de la escuela; acudió turba numerosa de rapaces, y apedrearon tan á su gusto el árbol, que no quedó en él pera que no viniera al suelo, ni á Satanás parte en su cuerpo que no fuera herida y magullada. Tantos y tales alaridos daba Lucifer, que los muchachos huyeron, muertos de susto, y el herrero consintió en dejarle escapar, con la condición de que presentara allí mismo la escritura para hacerla cien mil pedazos. De esta ingeniosa manera quedó libre de las garras de Satanás el famoso herrero de Pancrudo. Regresó á su pueblo más contento que unas castañuelas, y vivió largos años, arrepintiéndose, con multitud de rezos y de buenas obras, de haber vendido su alma al demonio. Pero como todo llega, murió al fin; tomó sus alforjas al hombro, después de haber metido en ellas las tenazas de herrar y la baraja, y ala, ala, ala, se plantó en la puerta de los infiernos, por ignorar el camino del cielo; llamó, y cuando el portero dijo que era el herrero de Pancrudo, se alborotó el cotarro, y Lucifer dió orden de que no se le abriera, temiendo alguna otra mala partida; pero un diablillo joven asomó las narices por una rendija de la requemada puerta, con el solo propósito de curiosear, y el herrero echó mano á las tenazas, agarró con ellas la nariz del diablico, y, á fin de que soltara, le enseñó éste el camino del cielo, para donde partió en el acto nuestro herrero.

—¿Tú eres?—le dijo San Pedro al verle.—No te debía dejar entrar, porque le vendiste el alma al demonio por unos cuantos maravedises.

—Fueron pesos duros, y no pocos, señor.

—Lo mismo da: todo el oro del mundo vale menos, mucho menos, que un alma redimida con la sangre de Cristo.

—Sí, señor; pero me arrepentí y he hecho penitencia.

—Lo que te salva es que partiste tu pan, cuando eras pobre, con aquellos peregrinos.

—¿Quiénes serían hombres tan poderosos?

—Cristo Nuestro Señor en persona, y dos de sus más queridos Apóstoles.

—¡Avemaría purísima! Y yo que me figuré que serían algunos hambrones.

—Es que Dios da ciento por uno, y aquella limosna te abre ahora la puerta del cielo; entra, pues, pero quédate el último, aquí, junto á la puerta.

—Muchas gracias, señor San Pedro.

Allí se aposentó nuestro herrero, y al poco rato invitó á su vecino á echar un tute. Negóse éste por falta de baraja; pero sacó de las alforjas el herrero la suya, y no sabiendo qué jugarse, se jugaron el puesto. De esta manera, y ganando siempre puestos, porque era gran jugador, el famoso herrero de Pancrudo, aquél que mallando, mallando, olvidó el oficio, fué avanzando, avanzando, por aquellos mágicos salones del cielo, hasta que vino á colocarse para siempre nada menos que debajo del mismo Trono de la Trinidad Beatísima.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

Nuestro arte religioso

—

XXIII

(Siguen las conclusiones.)

DISPOSICIÓN ARQUITECTÓNICA DEL TEMPLO

No basta que el templo ó el edificio eclesiástico sea bello, correcto y fuerte; no basta que sea claro y ventilado, con la orientación conveniente (1) y las condiciones higiénicas que hagan saludable la permanencia dentro de sus muros; es también indispensable que esté *bien dispuesto*.

Por lo tanto, el presbiterio, las capillas, las naves, la sacristía y todos los departamentos necesarios, según la importancia de la construcción, debieran ser del tamaño y proporciones adecuadas á los usos para que están destinados, y con las comunicaciones, ventilación, luz y demás requisitos, sin omitir el ornato y carácter, siempre religioso y en armonía con el resto de la obra.

EL CORO (2)

El lugar más conveniente para el coro es la parte del presbiterio posterior al altar, que debe ocupar el medio y estar un tanto elevado, con tres gradas lo menos, como prescribe la liturgia. Las primeras sillas deben, á lo más, quedar al nivel ó un poco atrás de las credencias (si éstas están á línea con la mesa del altar) y la silla principal ocupando el centro, precisamente detrás de aquél y algo más baja, aunque un tanto elevada sobre las otras sillas. Entre su sitio y el respaldo del altar estará el facistol de cuatro caras, dejando aún bastante espacio para que, desde el nivel del facistol hasta la parte posterior de la mesa y credencias, quepan un piano, un órgano expresivo y bancos para la orquesta y bastantes cantores de capilla no pertenecientes al clero; de modo que, aunque en una solemnidad grande aumentase el número de músicos, no hubiera necesidad de dividir el coro en altos y bajos, ni de ocupar las tribunas de los órganos ú otras cualesquiera si las hubiere.

Si esta disposición no es alguna vez posible, la que le sigue en ventajas es la llamada francesa ó valenciana, que dejando el altar bajo el retablo mismo y adosado á él ó poco separado, y dividiendo en dos partes el presbiterio, reserva la posterior más próxima á la mesa para su servicio, y la anterior para el coro, cuyas sillas ocupan el lugar que en otro caso la barandilla de ingreso, dando frente los coristas al retablo y la espalda al público. La serie de asientos es interrumpida en el centro para dar acceso al coro y al altar. Tiene esta disposición el inconveniente de que el facistol no puede ocupar el centro del coro, lo que desarmoniza bastante el ejercicio litúrgico; la silla presidencial no está en el centro como debiera, y el pueblo no ve apenas á los sacerdotes si no suben al sitio elevado del altar; pero así y todo, ésta y la anterior colocación son las únicas aceptables, según demuestran de consuno un detenido estudio y larga experiencia.

El coro en el centro del crucero, apoyándose en el presbiterio, sería y es en algunos templos italianos y franceses un estorbo grandísimo, aunque los asientos sean bajos y no rodeados de muro ú otro parapeto. Situado en el centro de la nave principal, como en casi todas las catedrales antiguas, todavía estorba más, pues sobre quitar espacio al pueblo, rompe todas las visuales favorables al lucimiento del templo, incluso la más bella, la de la capilla mayor vista desde los pies de la nave á la entrada por la puerta principal, y divide el recinto en dos partes, una de ellas, la más grande, casi inútil. Si de las catedrales de Sevilla, Burgos, Toledo y León quitáramos el coro de su lugar, sería grande nuestro asombro al ver el maravilloso efecto que nos causaría su hermosa perspectiva.

El coro bajo, á los piés de la iglesia, tampoco es ventajoso, porque, ó intercepta la entrada principal, ó tiene que sufrir las consecuencias de su uso, que haría entrar al pueblo por en medio de los coristas; y de cualquier modo que se considere resulta muy lejos del presbiterio y de la sacristía, y una disminución tan engorrosa de la nave, como si estuviera en su centro.

Los coros altos, en ese mismo sitio, serían buenos, á lo más, para comunidades de mujeres, pues cuanto á las de hombres, la dificultad para llevar del altar al coro la paz, el incienso, etc., es la misma. Tampoco el pueblo ve á los que cantan, ni se entera de sus ceremonias ni de las entradas y salidas, ni toma ejemplo de su compostura y devoción. La sacristía también está demasiado lejos de ellos, todo lo cual hace el ejercicio litúrgico más incómodo y menos lucido, y aumenta excesivamente la distancia entre el pueblo y el clero. Sobre éstas, aún tienen otra desventaja: convierten en una especie de cueva la entrada de los templos, como vemos en el de El Escorial y en otros muchos (1).

Sin coro no debiera permitirse que estuvieran más que las ermitas ó iglesias pequeñas de monjas (1), cuya Orden les permita oficiar con órgano. En las demás iglesias, aunque no sean grandes, debe haber coro, y no pueden bastar á suplirle las dos filas de bancos ¡tapizados y todo! y lo que es el colmo de la profanidad, sillones y butacas ó poltronas de salón que hoy suele haber en el presbiterio á ambos lados del altar, para que los sacerdotes, sin orden de colocación ni aparato alguno coral, sin facistol ni dirección conveniente, canten sólo vísperas, completas ó tercia, en determinadas fiestas, y de estas horas sólo la mitad, pues lo restante lo ejecutan cantores desde la tribuna del órgano.

Esta división ó dualidad de coros también es incorrecta, sin que valga para excusarla el ejemplo del Vaticano y de algunas otras iglesias excepcionales exornadas con ciertos privilegios que sólo en ellas deben tener cabida. Este uso vicioso de confundir el coro con el presbiterio y dividirlo además con la tribuna alta donde está el órgano, va siendo demasiado común; en Madrid es lo ordinario. El coro provisional, consistente en unos cuantos bancos puestos en la nave con el nombre de *circo*, según se usa en esta corte para ciertas vísperas solemnes y siempre en las parroquias de Sevilla, por ejemplo, tampoco es admisible más que en ermitas, pues, al contrario que en el coro alto, en este sistema el pueblo está demasiado cerca, encima casi del clero, y ve también más que lo conveniente... Somos hombres, no ángeles, y esto lo explica todo. Consecuencia de lo dicho: que la capilla mayor y cabeza de la cruz que forma el templo debe ser bastante extensa, como por desgracia no lo es en la mayoría de los casos para contener en su ámbito el presbiterio y el coro.

EL ÓRGANO

Como consecuencia de lo dicho sobre el coro, y me he extendido en sus conclusiones porque es asunto más importante de lo que, desgraciadamente, creen los católicos vulgares de nuestros días, que sólo piensan en gozos y villancicos cantados por músicos seglares, ó por niños y señoritas, la colocación del órgano debe estar muy sujeta á límites. Si el coro está según la disposición primera (tras de la mesa del altar), y más conveniente, ó con arreglo á la segunda (la de Valencia), los órganos (en toda iglesia de cierta importancia debiera haber dos casi iguales) pueden estar, ó en el mismo presbiterio, en sus muros laterales y tan discretamente dispuestos cual los vemos en la catedral de Madrid (Colegiata de San Isidro), en la de Milán y en los Santos Juanes de Valencia, de modo que no estorben, sino que adornen, o en los muros principales del crucero, como en San Andrés de Valencia, en la Encarnación, y antes en San Sebastián, de Madrid, en la Catedral de Toledo y en otras muchas. De ninguna manera conviene colocar el órgano en el testero principal, sitio del retablo mayor, aunque sea en iglesias que no le tengan, pues este instrumento, aunque muy noble, no es digno de tanta preferencia. Esta colocación, que vemos en San Felipe de Zaragoza y en alguna catedral francesa, es más bien propia de iglesias protestantes, que así suplen su fría carencia de imágenes y adornos (2).

Los órganos en el aire, sobre los muros laterales del coro cuando éste se halla en el centro de la nave, como en nuestras catedrales, son una verdadera calamidad que rompe toda la simetría imaginada por el arquitecto; y si, como se hizo torpemente en Murcia con aquel

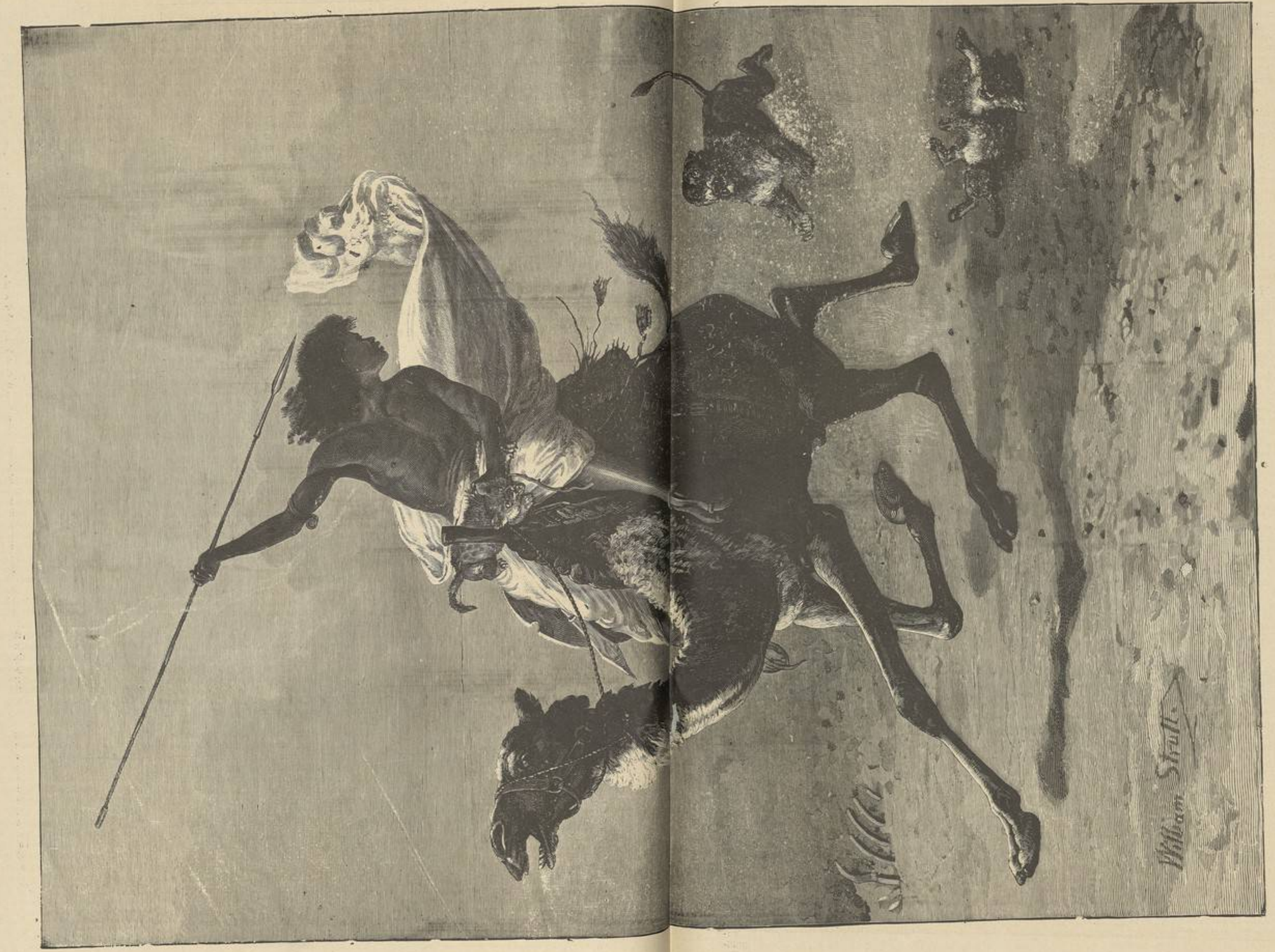
(1) La orientación clásica, que prescribía se hallase al Oriente el altar mayor, aunque muy digna de respeto, no es rigurosamente canónica en nuestros días, ni puede serlo, porque las condiciones locales, sobre todo en las ciudades, y también la higiene y otras muchas consideraciones, pueden obligar á elegir otra, sin duda alguna más conveniente y apropiada.

(2) Es muy frecuente que los presbiterios sean pequeños ó insuficientes para el número de sacerdotes que pueden ser necesarios en una solemnidad, y asimismo los coros, las sacristías, capillas de la comunión, salas de capítulo, etc., de iglesias muy grandes, rodeadas además de atrios extensos: disposición que prueba la impericia del arquitecto y de los que aprobaron su plan. En las obras modernas, sobre todo, vemos que la sacristía, escaleras y cuantas piezas no forman parte de la iglesia propiamente dicha, carecen de todo ornato y carácter, presentando así la apariencia de habitaciones particulares idénticas á las de nuestras viviendas; y si, como también es lo corriente, el adorno, el piso y el menaje (armarios, relój, mesas, bancos, etc.) es el usual de los profanos, obra de pacotilla y almacén, el aspecto de esos lugares no puede ser más inconveniente é indigno del uso á que se destinan.

(1) De la colocación en los brazos del crucero ú otro sitio lateral no se habla siquiera.

(1) No las grandes, que, como las Descalzas Reales de Madrid, y en otros tiempos Santa María de la Estrella en Lisboa, tienen capilla de música y cabildo de capellanes, que celebran las funciones sin intervención alguna de la comunidad.

(2) Pudiera pasar la colocación de órganos, hallándose el coro en las dos situaciones dichas, en los muros frontero colaterales del altar mayor, y también en los opuestos, si las naves laterales que en ellos desembocan no fuesen muy altas; pero estas disposiciones tienen sus inconvenientes, además de los acústicos.



LA CAZA DEL TIGRE

órgano, bueno, sí, pero demasiado grande para tan pequeña catedral, é inútil cabalmente por su extraordinario mérito, colocamos el instrumento en el testero, dando frente á la capilla mayor, aún resulta más calamitoso, pues divide completamente el templo en dos, uno presidido por el retablo grande y otro por la caja de la tubería, que quita así toda vista del recinto ulterior al trascoro.

En los muros de la nave no están bien los órganos, por regla general, y en el testero, sobre la puerta principal, á los pies de la iglesia, como en las catedrales francesas, tampoco; á no ser que el coro sea alto, y aun entonces, si el instrumento es grande, intercepta la ventana ó rosetón, muy conveniente allí, ó éste perjudica al órgano; por eso es tan común colocarle en un lado, según se halla aquí en San Luis y San Martín, aunque sea prolongando en dicho sentido el coro en forma de tribuna, como vemos en la parroquia del Carmen, en San José y otros muchos templos de la corte. Cualquiera otra colocación fuera más viciosa todavía. Téngase como regla general ineludible que el órgano ha de estar siempre á cierta altura, fuera del alcance de toda mano que pudiera deteriorar su delicadísima complexión interna y externa. El recurso de los órganos portátiles, tan en boga en Italia, que ya va renunciando á ellos, no es serio, y solo puede convenir para ciertos actos secundarios que se verifiquen en capillas muy apartadas; pero ha de haber siempre un órgano grande y fijo, por lo menos; y si la iglesia es importante y en ella se practica el coro vivo, conviene más tener dos órganos, aunque no sean muy notables, que uno solo de extraordinaria magnitud, porque si, como es inevitable, un día tiene que enmudecer mientras es reparado, ya es necesario valerse de instrumentos impropios ó deficientes para semejante culto (1).

LA SACRISTÍA

Debe hallarse, ó en el crucero ó muy cerca de él, con puerta á uno de los muros principales ó de los colaterales; y si las naves laterales no rodean la capilla mayor, ha de tener otra puerta que comunique con ella sólo para servicios secundarios. Debe ser declarada viciosa la colocación tan ordinaria de la sacristía á un lado del presbiterio y sin más puerta que la abierta en uno de los lados de éste. Lo mismo ha de entenderse cuando está demasiado lejos; v. g., en mitad de la nave, junto al extremo inferior de la iglesia, etc., ó en desnivel, habiendo necesidad de subir ó bajar para entrar en ella, ó en lugar tan extraño y oculto, que cueste trabajo hallarla y sea engorroso el tránsito desde ella al altar mayor y al coro.

OTRAS DEPENDENCIAS

Por regla general, no deben ser visibles las escaleras que conducen á las tribunas altas ú otro lugar cualquiera, y asimismo los cubos que las contienen. Si su entrada ha de dar al templo, esté resguardada por puertas muy seguras y cerradas siempre. En punto á tribunas debe haber mucha sobriedad; no son necesarias, y pudieran alguna vez resultar perjudiciales: se parecen demasiado á los palcos, y engendran pretensiones, vanidades y preferencias que son causa de disgustos. Las excepciones en esta parte de la construcción sean muy razonadas. La regla general es esta: en el suelo todo el mundo.

(1) Es indispensable especificar todo esto muy bien, porque ordinariamente no se halla aún tratado en los libros de arquitectura religiosa, y tan pobres son los conocimientos de la mayoría de los arquitectos, que es muy frecuente lo que le ocurrió al Sr. Villajos cuando, después de concluída la iglesia del Buen Suceso, halló que no tenía sitio en que poner un órgano y fué necesario colocar el que había preparado ¡en un rincón! Y luego, cuando se construyó otro más grande, fué instalado de un modo más que irregular sobre dos columnas de hierro de las que hay... ¡en los cafés! trastornando completamente el trazado de la tribuna alta. Aquello es lastimoso y un verdadero padrón de ignominia. ¡¡Un órgano colgado!!

LAS TORRES

Las torres deben ser altas, excediendo siempre al cimborrio, y con las campanas en la parte superior; así, todos las oyen y á nadie molestan. Sean estas construcciones fuertes, bellas; su escalera muy resistente y cómoda; que empiece en el interior del templo ó de alguna de sus dependencias, pues de no hallarse las torres separadas del edificio, lo que no es siempre conveniente, no deben tener puerta al exterior. El sitio y número de las torres puede ser elegido por el arquitecto según convenga á su plan; pero deben, si son varias, guardar orden y simetría. Colocarlas sobre la puerta no deja de ser expuesto, desde muchos puntos de vista; sobre el crucero, como hay algunas, debiera proscribirse completamente; ese lugar no puede ocuparle más que el cimborrio.

CAPILLAS

Las capillas sean iguales en extensión, altura de techo y forma de su planta, por lo menos dos á dos, capaces, y si es posible con alguna comunicación de unas á otras. Es conveniente cerrarlas con verjas de hierro. En toda iglesia algo importante debiera haber una capilla para la comunión, bastante capaz para contener mucha gente, y los confesonarios. Esta capilla, que es el lugar indicado para colocar el monumento en la Semana Mayor, debe comunicar con la sacristía y las dependencias interiores, si es posible. Éstas deben ser las necesarias (y alguna más), y todas bien colocadas y distribuídas, teniendo presente las disposiciones canónicas y litúrgicas. Los edificios religiosos inmediatos al templo y dependientes de él sería mejor que no estuvieran apoyados en sus muros, sino algo separados de ellos, aunque no sin comunicación. Su altura será siempre menor que la del sagrado recinto; su ornato menos lujoso y siempre en carácter.

SUBTERRÁNEOS

Por regla general, las criptas y subterráneos de las iglesias no deben ser practicables y abiertas al culto, al menos, ordinariamente. Esas segundas iglesias no llenan necesidad alguna, y son ocasionadas á muchos peligros de todo género. Valiera más hacer mayores los templos, y de todos modos, que la luz del día ilumine cuanto en ellos se haga.

SEPULCROS Y CEMENTERIOS

En las iglesias modernas debe haber poquísimos sepulcros ó ninguno, excepto los de los prelados ó príncipes, cuyo enterramiento es más propio de las criptas. El cementerio, sobre todo en las ciudades, debe estar algo distante de las iglesias y tener carácter religioso, no aspecto de parque ó jardín. La capilla debe descollar sobre todo mausoleo (y éstos deben guardar condiciones de estilo, orden, simetría, etc., á juicio del prelado, que tiene derecho á juzgar los proyectos de los constructores), y bastante capaz; pero no se enterrará á nadie en sus muros.

Si un jardín rodea ó precede al templo, además de no afectar formas y usos profanos, se debe cuidar que sus árboles no cubran los muros ni les quiten luz y sol, dándoles humedad.

Estas son las bases que juzgo necesarias para legislar sobre la disposición de los edificios religiosos, materia que debiera estar aclarada en varios modelos gráficos que, sin poner trabas al genio del artista, le encauzaran dentro de lo que prescribe el derecho y lo que es tradicional y conveniente con el espíritu de la Iglesia.

José Ferrándiz.

En Cuaresma.

Estamos en la Cuaresma.

Pasará inadvertido para muchos este tiempo que los cristianos llamamos de bendición y de salud.

Una multitud innominada notará tan sólo, y como de lejos, la influencia que necesariamente ha de ejercer la idea religiosa universalmente extendida, pagando así tributo al imperio de las creencias cristianas y de las prácticas de la Iglesia; no se podrá sustraer á ella, porque vive respirando en su ambiente.

Quién, de entre otros, habrá que, para su desdicha, no sepa escuchar la voz del Maestro, no entienda nada de mortificación y de cruz, y sea siervo de sí mismo en lugar de señor y dueño.

Los que no hayan olvidado la educación recibida de labios de una madre cristiana, creciendo en aquel espíritu de vida, esos no acertarán á separar el sello que la Religión impone á sus actos; seguirán á la Iglesia, identificándose con ella, y sabrán lo que la Cuaresma significa, lo que este tiempo representa en orden á nuestros deberes como discípulos de Jesucristo.

¡Bendita esa educación en el temor de Dios y en la sumisión y amor á su Iglesia! Sólo vivir cristianamente es vivir conforme á las exigencias de nuestra racional naturaleza.

Para nosotros tiene su lenguaje la Cuaresma; sus días se nos presentan con bien señalados caracteres: son días de recogimiento, de mortificación y penitencia.

El templo ha cambiado por completo de aspecto, y todo nos habla directamente al alma, todo nos eleva á la consideración de las verdades eternas, todo nos convida á la amistad con Dios, á escalonar sus misericordias, preparándonos para de nuevo subir al Calvario á recibir los superabundantes frutos de la redención.

Se acerca la Semana Mayor, la de los misterios sublimes, la recordación de aquella escena en la que todo un Dios-Hombre es el personaje principal ofreciéndose como víctima expiatoria á la justicia eterna, y una Virgen Madre amarga su corazón y sufre por todos los pecadores.

Un paño morado cubre los altares; sola y con majestad se levanta la Cruz, síntesis hermosa de toda la filosofía humana, emblema de la vida cristiana y punto luminoso que alumbra las tinieblas de los tiempos anteriores, y que abre paso á todas las civilizaciones que van sucediéndose.

La casa de Dios inspira siempre piedad y recogimiento; pero como en ninguna otra ocasión, nos eleva en este tiempo de retiro y de penitencia.

Basta la luz inquieta y débil de la lámpara, la de dos velas que arden al lado de la Cruz, para que con sus rayos, extendiéndose por entre las sombras del templo, despierten el alma y llenen de vivísimos resplandores el entendimiento, engolfándole en el libro de la vida de la gracia, en la meditación de los más trascendentales problemas de la existencia.

El Sacerdote sube á la cátedra del Espíritu Santo, fija los puntos doctrinales, exhorta al creyente, inicia el camino para el tímido, y á todos hace entrar en conversación interior, en juicio íntimo, tan provechoso para la dirección del espíritu.

¡Y qué utilidad tan imponderable la de estos ejercicios espirituales, practicados en la forma que más apropiada se estima por quien los dirija!

Si los católicos entendiésemos siempre la razón de nuestras prácticas religiosas, tan en armonía con lo que la naturaleza humana reclama; si acostumbrados estuviéramos á buscar la altísima filosofía que las informa, la Cuaresma sería para todos de una misma signifi-

cación, y la mortificación del cuerpo iría siempre acompañada de la mayor solicitud en el aprovechamiento del espíritu, aleccionándonos en la contemplación y meditación de la doctrina.

El alma necesita este ejercicio; el alma, que vive de la fe, de la esperanza y de la caridad, encuentra en él un valioso refuerzo, un complemento exigido por sus tendencias.

Precisamente creemos que el flaco de nuestra profesión religiosa está en lo poco que profundizamos en la doctrina; mejor diríamos, en lo poco que nos preocupa el conocerla. Y para seguir á Jesucristo es necesario conocer sus caminos. La Cuaresma debe servirnos para tan señalado provecho.

La Iglesia nos ofrece el silencio y la soledad; nos guía y conduce á la conversación interior; en nuestro aposento debemos cerrarnos para hallar la verdadera paz.

La filosofía ha girado siempre entre los mismos puntos: el origen y el destino del hombre; pero el pensamiento humano, sin la revelación, no ha acertado á dar solución al problema moral. Dentro de nosotros mismos podemos encerrar toda la esencia de la vida; con nuestra doctrina somos filósofos con una filosofía más dilatada, vamos más allá, traspasamos el límite de lo humano, y la fe nos hace sabios.

El alma consigo misma y con Dios; Dios enseñándonos en la Cruz toda la sabiduría, el conocimiento del último fin y los medios de alcanzarlo, y prometiéndonos su posesión para toda una eternidad; he ahí los horizontes inmensos de la meditación, los términos á que puede reducirse el plan de la perfección cristiana.

Y he ahí también materia de aprovechamiento para la Cuaresma.

MARTÍN DOMÍNGUEZ BERRUETA.

Las mujeres de los sectarios

XII

No hemos de registrar más la historia antigua para informar á nuestros lectores de la significación pública y privada de las mujeres sectarias. Sublevároнse contra la doctrina del Cristianismo, que les había devuelto la consideración de personas, y cuantas imiten su ejemplo darán la más insigne prueba de ingratitud que en corazón humano cabe. En el estado de barbarie, lo mismo que en el de refinada civilización, la mujer nada es fuera de la doctrina y de la vida cristiana. El salvaje hace cargar á su hembra hasta con los arcos y flechas que destina á la caza. Un romano, tenido entre los suyos por ilustre, decía que si el género humano pudiera propagarse sin mujeres, para nada se necesitaban éstas, y nadie preguntaría por ellas en todo el mundo. Entre los indígenas americanos, como entre los chinos, el infanticidio escogía sus principales víctimas entre las niñas recién nacidas, cuya venida á la tierra se consideraba gran motivo de luto. Si bien Mahoma evitó entre los árabes tales crímenes, sabido es que apenas se habla para nada de las mujeres entre los pueblos musulmanes, y que los amigos pregúntanse unos á otros, antes que por sus mujeres, por sus camellos ó por sus caballos. Queda demostrado, pues, que no hay ingratitud más repugnante que la del sexo femenino á la Religión, si todos sus individuos pudieran, hasta ese punto, degradarse.

Al lado mismo de la Cruz, y bajo su sombra, hay más mujeres que hombres; antes saben aquéllas que éstos la hora en que resucitó el Redentor; y aun las gentiles, como la mujer de Pilatos, delicadísimo tipo que se abre paso entre las sombras de la Pasión, manifiestan que la mujer comprendía que también para ella especialmente había sonado la hora de la rehabilitación, aunque parezca imposible que se olviden los caracteres de madre, de esposa, de hija. ¡Cuántas veces y en cuántos pueblos se han desconocido y despreciado! Y si la mujer nada es, nada significa dentro de la familia, ¿qué ha de ser en la sociedad? Léase el prólogo de Cornelio Nepote en sus *Vidas de generales*, tan conocido en las escuelas, y se verá lo que eran las mujeres en Grecia, y cuán parecidos son el *gineceo* y el *harem*, á pesar de ser tan diferentes las religiones de los griegos y de los musulmanes. El amor era para los antiguos como una enfermedad, de la que no trataban Hipócrates, Celso ni Galeno, pero que los poetas elegíacos diagnosticaban y pronosticaban. El tipo de la Beatriz del Dante hubiera sido una monstruosidad para los antiguos, aun para los más espiritualistas, para todas aquellas generaciones que no habían nacido de Dios, sino de la *voluntad del hombre y de la voluntad de la carne y de la sangre*.

Era la mujer para los antiguos verdadera flor de un día; lo que es aún en los países de Oriente no cristianos; no más que *el heno á la mañana verde, seco á la tarde*, que dijo el poeta. El Cristianismo ha dignificado todas sus condiciones y sus relaciones con la familia y con la sociedad. Y tanto es cierto lo que decimos, que ya se leen sin protesta los estudios de los sociólogos que hablan del sistema familiar *matriarcal*, y reflexiones como las de M. Toussenel, que considera el sexo de que hablamos como superior al masculino. Páginas y observaciones como éstas no se hallarán en toda la antigüedad, aunque se busquen con la linterna de Diógenes.

La mujer no está organizada ni para las luchas científicas, ni para las controversias religiosas; ¿cómo ha de estarlo, si á una mujer se debe aquella bellísima definición del infierno, que es el lugar donde no se ama y donde no se puede amar por los desgraciados que en él residan?

La falsa ciencia en la mujer toma un carácter agresivo que tal vez no adquiere siempre entre los hombres; por eso los que hablan de su emancipación nada más consiguen que hacerla desgraciada. ¿Qué hay mejor en la naturaleza que la heroica fuerza de resistencia, que la sublime abnegación de la mujer, que podría definir lo que es el sacrificio, remitiéndose á sus propias habituales acciones? Esta es la naturaleza de la mujer en la primera y en la segunda revelación, en la ley natural y en la cristiana; mas apenas se emancipa de la fe, apenas levanta un altar á la Razón y le inmola sus mejores prendas, como los chinos queman delante de sus groseros ídolos los papelillos de oro, transfórmase el tipo de mansedumbre y dulzura propio de su sexo, pertúrbanse la familia y la sociedad, y nace la guerra entre padres é hijos, hermanos y hermanos.

No vacilaremos en decir que si las mujeres de los sectarios en la antigüedad fueron malas, se hicieron peores todavía en la Edad Media y en la contemporánea, porque su influencia es en cada época más pronunciada. El falso amor, el amor sensual, pierde muchas veces el sentimiento de lo que es fe y de lo que es herejía; ha blasfemado en prosa y verso, ha preferido á la vida inmortal, propia del hombre, y á la casa que tenemos en los cielos, no construída por mano de criatura alguna, como San Pablo dice, el pesebre dorado. Los que renunciando para sí mismos á la Religión han querido reservarla para sus mujeres, han confesado implícitamente que la mujer sin Religión y la que se declara contra ella son verdaderos monstruos.

Se ha negado que puedan existir los ateos; entre las mujeres aún es más difícil que aparezcan; pero la superstición suele ocupar el puesto del asesino, y de ahí que la mayor parte de las sectarias figuren entre las supersticiones. La Edad Media nos presentará legiones de brujas, y la moderna no carecerá de *iluminadas*. Perplejos nos veríamos si hubiésemos de pronunciar nuestro fallo contra las que nada creen y las que creen en las supersticiones; quizá juzgáramos peores á las segundas, porque siempre han sido más numerosas. Nuestro siglo abunda también en las últimas, y contra éstas principalmente hemos de ponernos en guardia, empleando para eso la educación y el ejemplo, y como dice la Sagrada Escritura, *la espada de la palabra*. La mujer pocas veces se muestra indiferente; es la indiferencia un disfraz que no usa, y que no se pondrá de moda.

De cuanto hemos dicho se infiere que debemos prepararnos á ver en la Edad Media y en la moderna mayores males producidos por las mujeres de los sectarios. Más interesante que la serie anterior serán las que siguen, porque existe mayor analogía con nuestros tiempos en la familia y en la sociedad que la que presenta la primera época, y por consiguiente la enseñanza que de la historia obtengamos resultará sin duda más provechosa.

A. BALBÍN DE UNQUERA.

EVANGELINA

ROMANCE DE LA ACADIA

por el poeta norteamericano

ENRIQUE WADSWORTH LONGFELLOW

TRADUCIDO DEL INGLÉS EN OCTAVAS REALES

por el diplomático chileno

D. CARLOS MORLA VICUÑA

(Continuación.)

CCV

Solícito á sus huéspedes festeja
El buen Basilio, en medio de su encanto;
Parécele fantástica conseja
Tan extraña ventura y placer tanto;
Luego, salvando la florida reja,
Cruzan por ancha senda de amaranto
Y entran en la cabaña, do extendida
Aguarda ya la mesa abastecida.

CCVI

Asómbrase la gente, en su simpleza,
Viendo á su antiguo y mísero Vulcano
Convertido en señor de tal riqueza
Y de región tan vasta soberano.
Él pinta la feraz naturaleza
Diciéndoles que allí, tender la mano
Es todo cuanto el hombre necesita;
Y más su muda admiración excita.

CCVII

Mientras la buena gente se embriaga
De la sencilla fiesta en la alegría,
Ante la noche tenebrosa apaga
Su tenue luz el moribundo día:
La emperatriz del cielo sube y vaga,
Vertiendo sobre el bosque su luz fría,
Y en el festín su rayo plateado
Cual huésped se presenta inesperado.

CCVIII

De pie Basilio está en la cabecera;
De allí prodiga con largueza suma
Enternecida y franca su alma entera
Y purpúreo licor alzando espuma;
Saca de la bordada tabaquera
Del Natchitoche que en el Sur se fuma;
Abastece la pipa, en pos la enciende,
Y así declama al grupo que le atiende:

CCIX

«Bienvenidos de nuevo, amigos míos,
Que habéis andado errantes tantas horas;
De nuevo aquí recobraréis los bríos
Gastados por fatigas roedoras;
El invierno la sangre, cual los ríos,
No hiela en estas tierras seductoras,

Y cual vela en el mar quilla ligera
Aquí el arado rasga la pradera.

CCX

»Prófugo de sus bosques de azahares
Plácido sopla el céfiro halagüeño,
Crecen las nuevas flores á millares
En lo que dura de una noche el sueño;
De verde pasto por revueltos mares
Vagabundo el ganado va sin dueño,
Y la segur transforma en la montaña
La encina añosa en nítida cabaña.

CCXI

»Y cuando el fértil seno de la tierra
Cubra miés ondeante y amarilla,
No habrá tirano Jorge de Inglaterra
Que azuce de sus perros la traílla,
Moviendo á los pastores cruda guerra
Y destrozando su naciente villa,
Ni se verá por el rëal encono
De su hogar arrancado el buen colono.»

CCXII

Al recordar el maldecido agravio,
Montado en ira el labrador despide
Espesa y blanca nube de su labio
Y el salón con violentos pasos mide;
Álzase entonce el sacerdote sabio,
Y caridad y mansedumbre pide
En nombre de aquel Dios que los reún
Y que nunca al malvado deja impune.

CCXIII

Torna Basilio á hablar desde su asiento
Con voz süave y ademán tranquilo:
«Amigos, dice, aquí su estrago cruento
Hace la fiebre con agudo filo,
Y nadie escapa á su furor violento
Llevando al cuello entrelazado un hilo
De que penda una araña, cual solía
Hacerlo el pueblo en nuestra Acadia fría.»

CCXIV

Se oye alegre rumor en los portales
Y pasos en los anchos corredores:
De aquellos campos son los naturales
Y nuevos acadenses labradores.
Vienen á reforzar los comensales
Y á disfrutar también de los favores
Que el hacendado liberal prodiga
A cuanta se le brinda gente amiga.

CCXV

De la alquería luminosa adentro,
De vecinos y antiguos camaradas
Jovial y venturoso es el encuentro;
Almas por tanto tiempo separadas,
Abrazándose al fin en común centro
Sus ardorosas ansias ven colmadas,
Y al recordar la patria que perdieran
Son amigos allí los que antes no eran.

CCXVI

Desde una oculta cámara inmediata
El violín de Miguel sonoro vibra,
Y al raudal melodioso que desata
La alegre gente á retozar se libra;
El entusiasmo al público arrebata
Al són que da la atormentada fibra;
Y cien zagalas van vertiginosas
Girando como aéreas mariposas.

CCXVII

Basilio y el abate Feliciano
Conversan del pasado y el presente,
Mientras Evangelina trata en vano
De simular contento entre la gente;
El fúnebre rumor del Oceano
Y el muerto padre asáltanle la mente:
La alegría genial la martiriza,
Y al jardín sollozando se desliza.

CCXVIII

Hermosa está la noche; ni una nube
El estrellado firmamento empaña;
La luna majestuosa por él sube
Y en argentina luz el bosque baña;
Sus destellos, cual rizos de un querube,
Hieren las ondas entre espesa caña
Y brillan cual ensueño de ternura
En el fondo abismal de un alma oscura.

CCXIX

Como almas tiernas que de amor henchidas
Aun en la soledad dicen de amores,
En sus flexibles vástagos mecidas
Su aroma exhalan las abiertas flores;
Abátense las auras adormidas
Por la grata embriaguez de sus olores,
Y, cual vaga el cartujo bajo el claustro,
Rueda la noche en silencioso plaustro.

CCXX

De espesa sombra el corazón cubierto,
Más que el albo jazmín rica en fragancia,
Evangelina va con paso incierto
Atravesando la florida estancia;
Llega donde termina el verde huerto
Y se ve la pradera á la distancia,
Y el rayo de la luna, en calma plena,
Su ser con ansia indefinible llena.

CCXXI

Allí el campo sin límite se extiende,
El vagaroso céfiro suspira,
Y en la serena atmósfera que enciende
Voluble enjambre de lucernas gira;
Legión de estrellas por el cielo asciende,
Ese cielo que el hombre ya no admira
Sino cuando lo rasga en vuelo aciago
Flamígero cometa augur de estrago.

CCXXII

Allí en la soledad, al libre viento,
«¡Oh, mi amado Gabriel! la niña exclama;
¡Tan cerca estás de mí, y aún no tu acento
Llega al oído de quien tanto te ama!
¡Tornando del trabajo, veces ciento
Te habrás sentado aquí, sobre esta grama!
¿Cuándo será que pueda en dulces lazos
A tu cuello, ¡oh Gabriel! ceñir mis brazos?»

CCXXIII

Súbito vibra de un gorrión la nota
Como mágica flauta en la espesura,
Y arrebatada por el viento flota
En el monte y la selva y la llanura.
Desde el retrete do la linfa brota,
«¡Paciencia!» el haya secular murmura,
Y del ancha pradera el aura ufana
Suspirando respóndele: «¡Mañana!»

CCXXIV

Raya serena el alba al nuevo día;
El lozano pensil con fresco lloro
Del sol las plantas nítidas rocía;
Las flores su balsámico tesoro
De los cálices vierten á porfía,
Gratas ungiendo su cabello de oro;
Y Basilio y la niña entre el ramaje
Se alistan á emprender nuevo viaje.

CCXXV

De pie el abate en el dintel sombrío
«¡Adios! les dice; ¡que traigáis muy luégo
A ese nuevo hijo pródigo confío;
Cuide la virgen necia que su fuego
No se vuelva á extinguir, como en el río
Cuando iba Dios á coronar su ruego!»
Ambos la mano dan al sacerdote
Y al río bajan donde aguarda el bote.

CCXXVI

De la risuena aurora á la luz grata,
Llenos los corazones de contento,
Cual si fueran en rápida regata
Van del triste Gabriel en seguimiento.
Al infeliz, en tanto, lo arrebata
De su destino el huracán violento,
Cual hoja que del árbol desprendida
Vuela por los desiertos impelida.

CCXXVII

Ni aquel día, ni al otro, ni al siguiente,
Huellas de su camino hallar es dado
Ni en las selvas que bordan la corriente,
Ni en los lagos serenos, ni en el prado.
Pero tenaz en su entusiasmo ardiente
Sigue la exploración el grupo, guiado
Por rumores tan vagos como inciertos,
Atravesando selvas y desiertos.

CCXXVIII

Deshecha aquella gente de fatiga
De Adayes en la villa al fin se apea.
El gárrulo ventero en charla amiga
Da á Basilio las nuevas que desea
Y le aconseja que la marcha siga,
Pues la víspera solo, de la aldea,
Con rumbo á las praderas dilatadas,
Partió Gabriel con varios camaradas

CCXXIX

Extiéndense al Oeste los desiertos
En que la sierra altísima levanta
Picos de nieve perennal cubiertos.
Por la tortuosa y áspera garganta,
Dócil marchando en pos de los expertos,
El convoy de inmigrados adelanta.
Corre allí el Oregón hacia el Oeste,
Y el Waleway y el Owijí hacia el Este.

CCXXX

El valle de Agua dulce entre amapolas
Recorre á saltos locos el Nebraska.
Bajan desde las sierras españolas,
Aunque el granito á veces los atasca,
Torrentes numerosos cuyas olas
Formando van magnífica borrasca,
Y al mar se lanzan con audacia suma,
Arboles arrastrando entre su espuma.

CCXXXI

Entre uno y otro rápido torrente
Pradera dilatada amarillea,
Y tornan soporífero el ambiente
Sementera de adelfas que allí ondea.
El sol desde su trono refulgente
Aquel jardín sin límites otea,
Y vagan por las faldas de los montes
Antílopes, venados y bisontes.

CCXXXII

Con ímpetu salvaje los corceles,
Nunca sujetos á tirante brida,
Cruzan por entre verdes mirabeles,
Mientras el lobo hambriento en su guarida
Acecha los pacíficos tropeles
Para atacar la presa apetecida;
Y allí, más fiera de Ismael la raza,
De sangre fraternal regueros traza.

CCXXXIII

El buitre bate sus oscuras alas,
Y en círculos sin fin, alzando el vuelo,
Del indio que cayera entre las balas
Parece el alma ser, que desde el suelo
Por invisibles, mágicas escalas,
Se remonta á la bóveda del cielo;
Y por doquiera en los confines sube
Del toldo indiano la azulada nube.

CCXXXIV

El oso gris, espeluznado, huraño,
De la oscura caverna en que se encaja
Cual rudo, misántropo ermitaño,
Al valle en busca de alimento baja
Allí apaga su sed en fresco baño,
Sacia el hambre en raíces que desgaja;
Y allí en toda su pompa y su grandeza
Reina sola con Dios naturaleza.

CCXXXV

Gabriel, con sus leales cazadores,
Ya dejaba á su espalda la pradera,
Y nueva senda abriendo entre las flores
Iba del monte Ozark por la ladera.
Basilio, consultando los rumores,
Llega allí con la novia, y ella espera,
Según lo que asegura indiano guía,
Alcanzar á su amante cada día.

CCXXXVI

Cree una vez la doncella en lontananza
De un campo distinguir la luz rojiza:
El grupo entonces anhelante avanza,
Mas encuentra al llegar sólo ceniza.
No abandonan por eso la esperanza;
Ella de nuevo el entusiasmo atiza,
Pues fija de su pecho va en el centro
La dulce perspectiva del encuentro.

CCXXXVII

Es ya de noche. El grupo, fatigado
En pos de una jornada larga y ruda,
Por ardiente fogata iluminado,
Yace en la tierra frígida y desnuda.
Entra una india, y de la hoguera al lado
Se sienta sola, pensativa y muda;
De hondas angustias en su rostro hay huellas
Y de paciencia tan tenaz como ellas.

CCXXXVIII

Interrogada por Basilio, cuenta
La lamentable historia de su vida:
De los comanches la nación sangrienta
Asesinó á su esposo, y afligida
A su tribu Choní volver intenta
Por esa antigua ruta conocida.
La gente, al escuchar tal desventura,
Reverencia la tétrica figura.

CCXXXIX

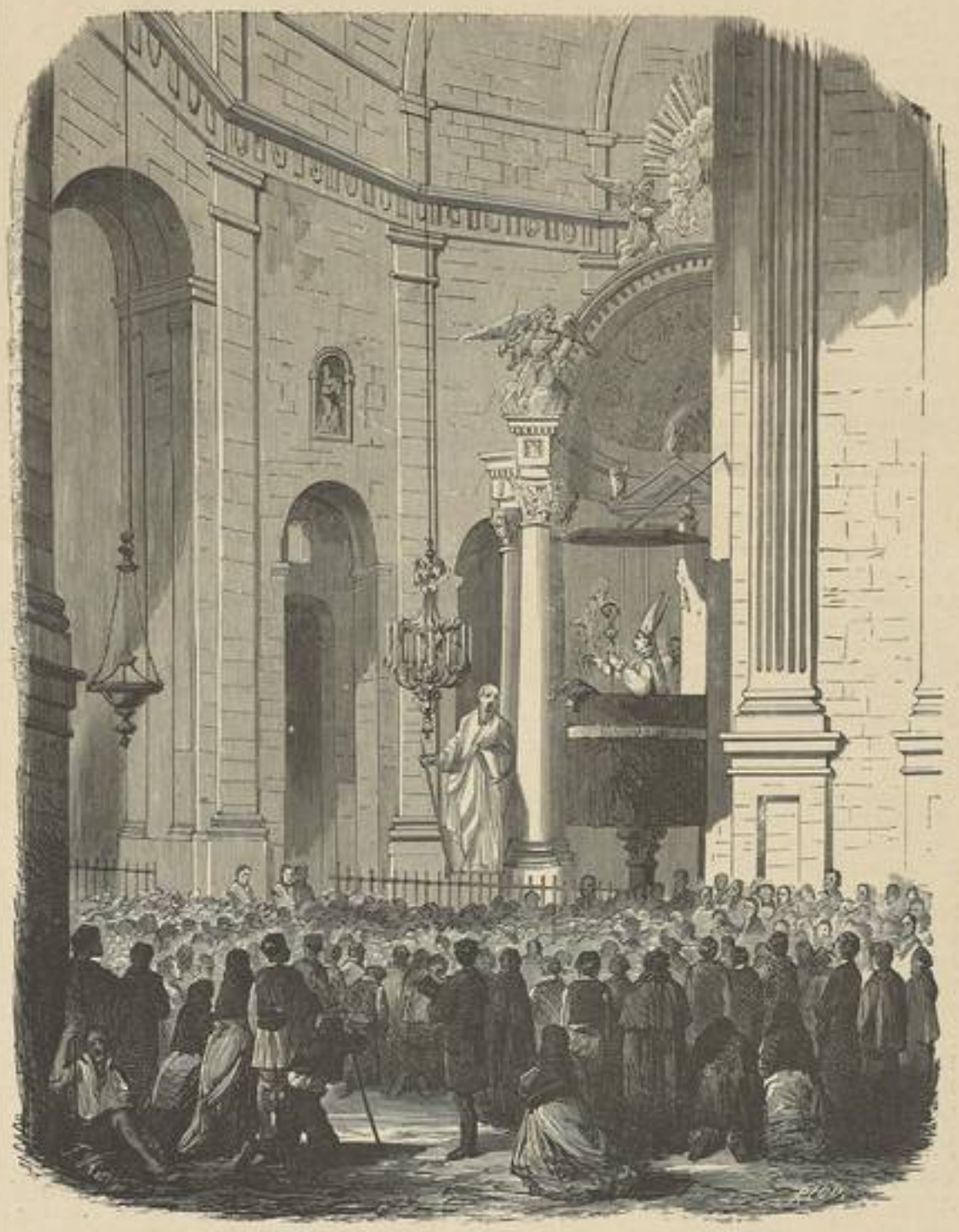
Movidos los virtuosos corazones,
Minístranle afectuosos el consuelo
Que está á su alcance, y tiernas atenciones,
Fraternizando con su intenso duelo.
Dánle de ciervo asado dos raciones,
Y la niña, guardándola del hielo,
Echa á la india infeliz sobre la espalda
Manta velluda de encarnado y gualda.

CCXL

Cuando sobre la tierra áspera y yerta
(Que no hay para el cansancio cama dura),
Con sus espesas mantas bien cubierta
La gente el sueño conciliar procura,
Y el último tizón con luz incierta
En los semblantes pálidos fulgura,
La niña, de la india acompañada,
Van á sentarse solas á la entrada.

CCXLI

Allí, con esa voz melíflua y lenta
Que entre las indias tribus es notoria,
Sus desdichas tristísimas le cuenta
Y suspira evocando su memoria.
Evangelina, en tanto, escucha atenta
Esa á las suyas semejante historia,
Y en conmoción simpática y profunda
Su rostro angelical el llanto inunda.



Sermón en una Catedral

CCXLII

Calmada, empero, su profunda herida,
Pues otra que ha sufrido está á su lado,
Le refiere el poema de su vida,
También de dicha y de dolor formado.
La india escucha en silencio sumergida
Aun después que la niña ha terminado,
Y, cual venciendo pesadilla horrenda,
Cuéntale al fin de Mowis la leyenda.

CCXLIII

Mowis, de quien la Nieve siendo esposa
Cedió de otra beldad al blando hechizo,
Y á la Nieve burlando, á aquella hermosa
Votos de eterna adoración le hizo;
Mowis, á quien en su ira rencorosa
Con sus rayos de fuego el sol deshizo,
Y á quien, desde ese día, la doncella,
Sin lograrle alcanzar, sigue la huella.

CCXLIV

Cuéntale en pos la historia de Lilina,
Quien del nativo huerto entre el follaje
Vió al fulgor de la luna diamantina
Bello fantasma de voluble traje,
Y fascinada por su voz divina
En su séquito audaz entró al boscaje,
Perdióse en medio al laberinto oscuro
Y nunca regresó al paterno muro.

CCXLV

Presa de mil extrañas emociones,
La niña escucha á la choní parlera
Sus tristes y veladas tradiciones;
Parécele un encanto la pradera,
Las nubes y los árboles visiones,
Y su huéspeda indiana una hechicera
Cuando la sombra á herir sube oportuna
Sobre las crestas del Ozark la luna.

CCXLVI

Con el gárrulo ambiente se armoniza
El rumor de apartada catarata,
El cercano arroyuelo se desliza
Murmurando entre guijas con voz grata;
El manto de ovas que el cristal tapiza
Torna la luna en fulgorosa plata,

Y el soplo de la noche blando mece
La espadaña gentil que al borde crece.

CCXLVII

Lleno de puro y amoroso anhelo
De Evangelina el corazón rebosa;
Mas luégo, hincando en él su garra el duelo,
Atorméntalo más, y más lo acosa;
Así en el nido al tímido polluelo
Sorprende la serpiente venenosa,
Con mirada flamígera lo espanta
Y entre ásperos anillos lo quebranta.

CCXLVIII

No es el que la penetra horror mundano;
La hiela de las almas el aliento
Que gira en torno al pavoroso llano;
Asáltala un instante el pensamiento
De que en pos de un fantasma corre en vano,
Como la virgen del indiano cuento,
Y en medio á tanto horror y tanta sombra,
Duérmese al fin en la florida alfombra.

CCXLIX

Prosíguese la marcha interrumpida
Al relucir de la siguiente aurora.
La triste indiana anuncia á la partida
Que en un soto, á distancia de una hora,
Se alza una villa agreste y reducida
En que el caudillo misionero mora,
Y el cristianismo, sin temor de ultrajes,
Va enseñando afanoso á los salvajes.

CCL

Con emoción secreta y repentina:
«Allí noticias encontrar espero»,
Precipitada exclama Evangelina;
Adopta la partida aquel sendero,
Y al trasmontar una áspera colina,
Sobre la verde margen de un estero
Las albas tiendas ven de los cristianos:
La misión del Jesuita en esos llanos.

CCLI

Bajo un antiguo roble que frondoso
En el centro se eleva de la villa,
El cacique, de túnica, piadoso
Con numerosa prole se arrodilla;
Un crucifijo atado al tronco añoso
Con los celajes de la tarde brilla,
Vuelta la faz agonizante y tierna
Al pueblo, que á sus plantas se prosterna.

CCLII

Basilio al punto cuéntale su historia,
Y el grave sacerdote le contesta:
«Seis días há, si exacta es mi memoria,
En esta choza que su sombra os presta,
Gabriel, entre su banda migratoria,
Contóme esta leyenda asaz funesta,
Y en él impresa del dolor la estampa,
Marchó de nuevo á la anchurosa pampa.

CCLIII

Por la ajena desgracia enternecido
Les habla el misionero en voz suave,
Mas de la niña el pecho dolorido
De sus palabras siente el peso grave;
Como la nieve en el desierto nido
Que en vuelo ingrato abandonara el ave,
Cae en su corazón la infausta nueva
Y hielo sepulcral á su alma lleva.

CCLIV

«Hacia el Norte su marcha ha continuado,
Sigue el apóstol, y confiado espero
Que, cuando haya la caza terminado,
Ha de tornar Gabriel por este otero.»
La niña entonce exclama: «¡Padre amado,
Su vuelta en la misión aguardar quiero!»
Basilio consintió, y al otro día,
Dejándola, regresa á su alquería.

CCLV

Los arcos cruza del cimborrio aéreo
Lleno de unción el religioso canto,
Confundiendo sus notas el Salterio
Con el susurro del hojoso manto;
Acércanse atraídos del misterio
Los peregrinos á aquel grupo en tanto,
Y apeándose allí de los bridones
Se asocian á las tiernas devociones.

(Se concluirá).

---

†

Ha fallecido en Madrid el Excmo. Sr. don Ivan de Aranguren, conde de Monterrón, después de recibir los Santos Sacramentos y la bendición apostólica.

Su viuda, su madre, sus padres políticos los señores marqueses de Castellanos y de Monroy, demás familia y LA ILUSTRACION CATÓLICA, suplican á las personas piadosas le encomienden á Dios.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

El autor del jabón del Congo, Víctor Vaissier, proveedor en título de S. M. el Rey de los Belgas, de S. A. el Rey de Túnez, etc., recomienda á su numerosa clientela pidan en todas partes los Polvos Congolanos, adherentes é invisibles, y el Extracto del Congo, perfume exquisito para el pañuelo.

Depósito central: Príncipe, 19 y 21, Madrid.

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de Paris y que prescriben los medicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

Los que gozan de la dulce libertad.

Los antiguos romanos imponían á veces á los delincuentes un castigo horrible: solían atar el criminal á un cadáver. San Pablo hace alusión á esto en el pasaje donde describe la condición del transgresor contra la moral: «¡Oh, desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?»

Esto lo comprenderán los que hayan sufrido enfermedades aparentemente incurables. No les es posible separarse de ella ni desecharla. En todo tiempo y en todas partes está con ellos, formando, por decirlo así, una parte de sí mismos. Si se retiran á descansar les interrumpe el sueño; si despiertan se encuentran siempre la repugnante enfermedad, que no les abandona.

Escribe un caballero lo siguiente:

«Durante muchos años estuve sufriendo una enfermedad que me atormentaba cruelmente. La angustia y el dolor no me dejaban ni á sol ni á sombra. El alimento que tomaba se me quedaba en el estómago como aprisionado. Ningún tratamiento me aliviaba de mi malestar. No obstante, yo conocía la índole de mi enfermedad, que no era otra que la indigestión y dispepsia; la peor de las enfermedades, por ser la causa y condensación de muchas otras.

»Hablo ahora de lo que afortunadamente ha pasado ya. Después de haber ensayado toda clase de medicinas sin resultado alguno, me curé con el Jarabe de la Madre Seigel. Este Jarabe me ha librado de una existencia de sufrimientos. Bajo la acción del mismo desapareció mi enfermedad como por encanto. Mi gratitud es inefable. De usted atento y seguro servidor Q. B. S. M., Antonio Atienza, Calle Ventanilla, núm. 15, Granada.»

Debido á la condescendencia de los señores D. P. Galiano é Hijo, de Manzanares, damos publicidad á la siguiente carta que les ha sido dirigida:

«Puedo dar fe de los efectos maravillosos del Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Sufría una enfermedad del estómago, la indigestión y dispepsia; tomé muchas clases de medicinas, á más de lo que me recetaban los médicos, pero sin resultado alguno.

»Desde que empecé á tomar el Jarabe Seigel la enfermedad ha desaparecido por completo, y como son ustedes quienes me aconsejaron lo tomara, deseo ofrecer á ustedes este testimonio de mi gratitud imperecedera, quedando suyo afectísimo seguro servidor Q. B. S. M., José Rodríguez, Membrilla, Octubre 2 de 1892.»

Otro corresponsal nos escribe como sigue:

«Estuve sufriendo por espacio de cinco años de una enfermedad del hígado. Los dolores de costado me atormentaban contínuamente; experimentaba además fuertes dolores de cabeza y mal paladar. Me aconsejaron tomase el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Me encaminé, pues, una tarde (que jamás olvidaré) hacia la farmacia de la señora Viuda de Reguera, en la calle Real, y compré una botella del mencionado Jarabe.

»Las primeras dosis me produjeron alivio, y después de haber continuado el remedio, desaparecieron la enfermedad y sus síntomas. Doy gracias á Dios en primer lugar, y luego á la Madre Seigel, pues hoy mi salud es inmejorable. Me suscribo de ustedes atento seguro servidor Q. B. S. M., Gumersinda Parra, Ubrique, Noviembre 16 de 1892. (Provincia de Cádiz.)»

He aquí lo que otro corresponsal dice:

«Yo, Gabriel Martín, Cirujano Veterinario de esta población, declaro que he estado sufriendo de gastritis, acidez y mala digestión, acompañados, con frecuencia, de vómitos. Con ninguna de las medicinas que tomé hallé alivio, excepción hecha del Jarabe de la Madre Seigel, pues desde que lo tomo me encuentro mejor y abrigo la confianza de que me curará por completo. Declaro y firmo lo que antecede. Gabriel Martín, Ubrique, Noviembre 16 de 1892.»

Las numerosas cartas y declaraciones que de esta misma índole recibimos de todas partes del país, son testimonios del bien que este gran remedio está haciendo. Este Jarabe ejerce su acción directamente sobre el sistema digestivo, que es la morada y la fuente de la mayor parte de los padecimientos que convierten la vida de millones de personas en una onerosa carga ó un contínuo tormento. Expele los venenos engendrados en el estómago adormecido, y pone en movimiento saludable ese órgano de vitalidad y fuerza.

Todos pueden tomar dicho Jarabe sin temor alguno, pues al par que es eficaz en curar, no contiene nada nocivo.

Millares de personas en todos los países, las cuales estuvieron una vez «atadas» á la enfermedad (que es la muerte en vida), escriben sin cesar relatando cómo el remedio de la Madre Seigel les ha libertado de sus padecimientos.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

Banco de España.

Desde el día 10 del corriente, y bajo facturas que se facilitarán en la caja del Banco, se admitirán, para su señalamiento al cobro, los cupones de la Deuda amortizable al 4 por 100 del vencimiento de 1.° de Abril próximo venidero y los títulos amortizados en el sorteo de 1.° del actual.

Madrid 6 de Marzo de 1893.—El secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

BANCO DE ESPAÑA

QUINTO SORTEO

Nota de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Números de las bolas que representan los lotes	NUMERACIÓN de los títulos que deben ser amortizados		Números de las bolas que representan los lotes	NUMERACIÓN de los títulos que deben ser amortizados	
Serie A					
380	3791 á	800	7218	72171 á	80
516	5151	60	7559	75581	90
518	5171	80	7840	78391	400
568	5671	80	7848	78471	80
582	5811	20	7888	78871	80
782	7811	20	8281	82801	10
885	8871	80	8541	85401	10
971	9701	10	9123	91221	80
1599	15981	90	9158	91571	80
1657	16561	70	9276	92751	60
1705	17041	50	9299	92981	90
1958	19571	80	9790	97891	900
1984	19831	40	10125	101241	50
2272	22711	20	10527	105261	70
3192	31911	20	11061	110651	60
3550	35491	500	11171	111701	10
3685	36841	50	11325	113241	50
3838	38371	80	11423	114221	80
3906	39051	60	11426	114251	60
4079	40781	90	11546	115451	60
4092	40911	20	11774	117731	40
4126	41251	60	12122	121211	20
4217	42161	70	12125	121241	50
4496	44951	60	12152	121511	20
4554	45531	40	12259	122581	90
5248	52421	30	12319	123181	90
5926	59251	60	12646	126451	60
6191	61901	10	12950	129491	500
6262	62611	20	13296	132951	60
6744	67431	40	13731	137301	10
6896	68951	60	13748	137471	80
7041	70401	10	14238	142321	30
7170	71691	700	14834	148331	40
Serie B					
401	4001 á	10	5571	55701 á	10
490	4891	900	5841	58401	10
598	5971	80	5870	58691	700
1013	10121	30	6114	61131	40
1054	10531	40	6120	61191	200
1218	12171	80	6542	65411	20
1860	18591	600	6867	68661	70
1423	14221	30	7143	71421	30
1570	15691	700	7385	73841	50
1760	17591	600	7445	74441	50
1866	18651	60	7627	76261	70
1969	19681	90	7762	77611	20
2510	25091	100	7841	78401	10
2588	25871	80	7954	79531	40
2541	25401	10	7986	79851	60
3659	36581	90	8021	80201	10
3724	37231	40	8109	81081	90
3965	39641	50	8502	85011	20
4403	44021	30	8987	89861	70
4487	44861	70	9019	90181	90
4898	48971	80	9469	94681	90
4985	49841	50	10112	100111	20
5489	54881	90	10029	100281	90
Serie C					
228	2271 á	80	4861	48601 á	10
296	2951	60	5114	51131	40
596	5951	60	5154	51531	40
656	6551	60	5442	54411	20
732	7311	20	5481	54801	10
812	8111	20	6301	63001	10
1139	11381	90	6310	63091	100
1215	12141	50	6727	67261	70
1241	12401	10	7343	73421	30
1654	16531	40	7426	74251	60
1771	17701	10	7441	74401	10
1977	19761	70	7857	78561	70
2794	27931	40	8104	81031	40
3171	31741	50	8257	82561	70
3451	34501	10	8900	87991	88000
3912	39111	20	8837	88361	70
4074	40731	40	8975	89741	50
4188	41871	80	9050	90491	500
4456	44551	60	9735	97341	50
4701	47001	10	9784	97831	40
4707	47061	70	9819	98181	90
4769	47681	90	10112	101111	20
4777	47761	70	10114	101131	40
4805	48041	50			
Serie D					
234	2331 á	40	1218	12171 á	80
538	5321	30	2090	20891	900
670	6691	700	2170	21691	700
879	8691	700	2301	23001	10
1026	1 251	60	2701	27001	10
1056	10551	60	2857	28561	70
1168	11671	80			
Serie E					
539	5381 á	90	1640	16391 á	400
548	5471	80	1750	17491	500
701	7001	10	1782	17811	20
1085	10841	50	1979	19781	90
1565	15041	50	2018	20121	80

Madrid 1.° de Marzo de 1893.—El Secretario general, *J. Morales.*—V.° B.°, el Gobernador, *Gullón.*

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba. Emisión de 1886.

27.° SORTEO

Celebrado en este día, con asistencia del Notario D. Luis G. Soler y Plá, el 27.° sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886, según lo dispuesto en el art. 1.° del Real decreto de 10 de Mayo de 1886 y Real orden de 9 de Febrero de este año, han resultado favorecidas las catorce bolas números 358, 2.112, 2.776, 4.492, 5.361, 6.890, 7.453, 7.536, 7.551, 8.465, 9.627 11.280, 11,319 y 11.549.

En su consecuencia, quedan amortizados los 1.400 billetes números 35.701 al 35.800; 211.101 al 211.200; 277.501 al 277.600; 449.101 al 449.200; 536.001 al 536.100; 688.901 al 689.000; 745.201 al 745.300; 753.501 al 753.600; 1755.001 al 755.100; 846.401 al 846.500; 962.601 al 962.700; 1.127.901 á 1.128.000; 1.131.801 á 1.131.900 y 1.154.801 á 1.154.900.

Lo que en cumplimiento de lo dispuesto en el referido Real decreto se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse, desde el día 1.° de Abril próximo, á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, más el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona 1.° de Marzo de 1893.—El Secretario general, *Aristides de Artiñano.*

BANCO HISPANO-COLONIAL

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba. Emisión de 1886.

ANUNCIO

Venciendo en 1.° de Abril próximo el cupón número 27 de los *billetes hipotecarios de la isla de Cuba*, emisión de 1886, se procederá á su pago desde el expresado día, de nueve á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta Sociedad, Rambla de Estudios, núm. 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España, en Madrid; en casa de los corresponsales, designados ya, en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos, y en Londres, en casa de los Sres. Baring Brothers y C.ª Limited.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día podrán presentarse asimismo al cobro de las 500 pesetas que cada uno de ellos representa, por medio de doble factura que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias donde haya designada representación de esta Sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid, Barcelona, París y Londres, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siempre, sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 1.° al 19 de Abril, y transcurrido este plazo, se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana á las horas expresadas.

Barcelona 1.° de Marzo de 1893.—El Secretario general, *Aristides de Artiñano.*

BANCO HISPANO COLONIAL

ANUNCIO

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba. Emisión de 1890.

Noveno sorteo.

Celebrado en este día, con asistencia del Notario D. Luis G. Soler y Plá, el noveno sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1890, según lo dispuesto en el art. 1.° del Real decreto de 27 de Septiembre de 1890 y Real orden de 14 de Febrero de este año, han resultado favorecidas las cuatro bolas números 181, 259, 832 y 1.802.

En su consecuencia, quedan amortizados los cuatrocientos billetes

Números 18.001 al 18.100, 25.801 al 25.900, 83.101 al 83.200 y 180.101 al 180.200.

Lo que, en cumplimiento de lo dispuesto en el referico Real decreto, se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse desde el día 1.° de Abril próximo á percibir las 500 pesetas importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, mas el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona 10 de Marzo de 1893.—El Secretario general, *Aristides de Artiñano.*

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis.

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca tambien la boca y aromatiza el aliento. — *Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.*

MADRID
TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 8
1893

MEDICACION TÓNICA

PILDORAS Y JARABE
DE
BLANCARD

Con ioduro de Hierro inalterable

ANEMIA · COLORES PÁLIDOS · RAQUITISMO · ESCRÓFULOS · TUMORES BLANCOS etc., etc.

Exíjase la firma y el sello de garantía.

PARIS
40, rue Bonaparte, 40

ELIXIR
DE
Protocloruro
DE HIERRO
CON HIPOFOSFITOS
DE VIVAS PÉREZ

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cúidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.*

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.—MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA, **Farmacia** VIVAS PEREZ

EL AGUILA

GRAN BAZAR DE ROPAS HECHAS
Y GÉNEROS PARA CONFECCIONAR Á LA MEDIDA

Gran surtido en trajes para niños.

PRECIO FIJO

Preciados, 3, esquina **á la de Tetuan.**

MADRID

GRAN CERERIA

ESPECIALIDAD

en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABEJAS para el **Culto católico**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar

Princesa, 40 SALVADO Y SALA Barcelona

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis

LA ARTISTICA

Calle del Caballero de Gracia, 8

ESTAMPERIA

Novedades en todo género de estampas en grabado, fotograbado, litografía, fotografía, etc., de las principales casas del extranjero. Especialidad en asuntos religiosos.

IMÁGENES TALLADAS

Se reciben encargos garantizando su buena ejecución.

MANUAL BÍBLICO
Ó
CURSO DE SAGRADA ESCRITURA

POR

MESSIEURS L. BACUEZ y F. VIGOUROUX

Traducida al castellano bajo la dirección de *D. Vicente Calatayud y Bonmatí.*—Le precede una carta-prólogo del Ilmo. Sr. D. Juan Maura Gelabert, Obispo de Orihuela.

Tomo primero, 5 pesetas en rústica.

Se vende en las librerías de los señores D. Enrique Hernández y don José del Amo, Paz, 6, Madrid, y en las principales librerías católicas de provincias.

En los pedidos al por mayor, dirigiéndose al traductor (Valencia), se hará rebaja proporcionada á la importancia del pedido.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANO
DE
ZOZAYA, (Editor).
PROVEEDOR DE LA REAL CASA
Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españole y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA
DE
VICENTE GARCIA MUSTIELES
(SUCESOR DE PÉREZ)
CALLE MAYOR, NÚM. 50
MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.
Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.
Se sirven los pedidos con toda prontitud.

Fábrica de Guantes

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes para señores Obispos, Sacerdotes y colegiales.
Unica casa en Madrid dedicada á este artículo.
Guantes piel primera clase, tres botones, á 2 pesetas.
Idem bordados, á 2,50.
Para caballero, superiores, á 2,50.
Especialidad en guantes piel de caballo, cabrito, Suecia, gamuza y lana.
Corbatas última novedad.

CALLE DE FUENCARRAL, NÚM. 7

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 pts.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 150 pe. fs.
Un año..... 18 »

NÚMERO 6.º—Madrid 31 de Marzo de 1893

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 FRANCO
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pe. fs.
Un año..... 5 »

SUMARIO

TEXTO

PASTORAL
DEL EXCMO. É ILMO. SR. ARZOBISPO-OBISPO DE MADRID ALCALÁ

GRABADOS
por Antonio de Olmedo.

D. MIGUEL MIR
por D. Angel Salcedo y Ruiz.

EL CALVARIO
por D. Valentín Gómez.

EL VIERNES SANTO
por el P. Restituto del Valle.

LOS EFECTOS DE LA PASIÓN DE JESÚS
por D. Miguel Mir.

STABAT MATER
por D. Martín Domínguez Berrueta.

MARÍA MAGDALENA
por el Bachiller Alonso.

TODO UN POEMA DE AMOR CRISTIANO
por D. Manuel Polo y Peyrolón.

EVANGELINA
por D. Carlos María Vicuña.

GRABADOS

EL DESCENDIMIENTO
(cuadro de Alonso Cano).

D. MIGUEL MIR
Presbítero, de la Academia Española.

LA ADORACIÓN DEL MONUMENTO

SEÑORA ORANDO

LA VISIÓN
(cuadro de Meriot.)

LA MAGDALENA

ENTIERRO EN LAS CATACUMBAS

COPÓN DE ORO
OFRECIDO Á SU SANTIDAD POR LA GUARDIA NOBLE

EL DESCENDIMIENTO *(cuadro de Alonso Cano).*

CARTA PASTORAL

del Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo-Obispo de Madrid Alcalá.

NOS EL DOCTOR D. JOSÉ MARÍA DE COS, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Arzobispo Obispo de Madrid Alcalá, caballero gran cruz de la real Orden de Isabel la Catolica, senador del Reino, etcétera, etc.

Al venerable Deán y Cabildo de nuestra Santa Iglesia Catedral, Ilustre Abad y Cabildo de la Insigne Magistral de Alcalá, Arciprestes, Párrocos y demás Clero, Comunidades religiosas y fieles todos de nuestra Diócesis.

SALUD EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Hermanos é hijos muy amados:

Somos en medio de vosotros sucesor de un Obispo insigne, que supo llevar á cabo muchas é importantes empresas, y merecer de sus súbditos la veneración y el cariño. Inferior á él en los méritos, somos igual en los deseos, y nos hallamos animados de sus mismas aspiraciones. Lo que á vuestro Prelado falta, por vosotros será suplido con esa vivísima fé y esa caridad ardiente, que abre escuelas, alza conventos y edifica templos y asilos.

Al contar con vuestro auxilio, Nós os ofrecemos el nuestro, de corazón, expontáneo, decidido, incondicional. Pobre y débil, tal como somos, estaremos siempre en el puesto que nos marque nuestro deber. Alma y cuerpo debe el Obispo á los que el Señor le confía; y alma y cuerpo estamos resuelto á consagraros totalmente. Pues si todo el vigor de un angel seriaes caso para llenar nuestro pastoral ministerio, ¿cómo emplear en otro objeto ni la más pequeña partícula de las escasísimas fuerzas que al divino favor debemos?

No nos robarán, pues, el tiempo los afanes de atesorar. Nuestro capital es guardar el depósito de la fé en las almas de los creyentes, y nuestro tesoro aumentarle, extendiendo sus riquezas á las almas de los incrédulos.

Tampoco nos lanzaremos á la lucha por lo terreno. Nuestra política es que Cristo sea el Rey de todos los hombres, y que su docrtina, y su amor, y sus preceptos y consejos vengan á ser como el alma del individuo, de la familia, de la sociedad, del mundo. *In omnibus et per omnia Christus.*

Esta es la senda derecha por que pensamos caminar, y con el favor del cielo no nos separaremos de ella ni á la derecha ni á la izquierda, fija la mirada en el lema de la bandera que nos guía: «¡Cristo, Dios-Hmobre, Rey Eterno, Salvador del linaje humano!»

Por este mismo camino os exhortamos, amados hijos, á que caminéis vosotros, sin apartar vuestros ojos de la clara luz de su fé, faro inextinguible que alumbra los derroteros de la vida y que guía al puerto la nave, libre de zozobra y naufragios. No olvidéis ni por un instante que Jesucristo es la verdad (1), y que esa verdad libra al hombre de todas la tiranías (2), empezando por la del error, que hace esclava á la inteligencia; continuando por la del vicio, que hace esclavo al corazón (3); y terminando por la de la fuerza, que, haciendo esclavos á los cuerpos, oprime con sus cadenas los cerebros y las conciencias.

Siglo de las luces se llama este siglo en que vivimos. Grandes esfuerzos científicos le han conquistado tal renombre; pero, así como á la sombra de un guerrero libertador suelen merodear ladrones que esclavizan y que saquean, así en derredor también de algún insigne pensador surgen soñadores sin número, para mal de sus semejantes y descrédito de la ciencia. Estos son los falsos profetas anunciados por Jesucristo (1), que tergiversando los hechos y trastrocando las doctrinas, si no infunden la convicción, engendran, en cambio, la duda, que en resumen es la ignorancia y la ceguedad del espíritu. Cualquiera que haya bajado hasta el fondo de las cuestiones, estudiando con detención esa multitud de sistemas que se proponen escalar los alcázares del saber, para asegurar desde allí la dominación de la tierra, verá que sobre las filas de millares de combatientes que se acometen y rechazan, y se levantan y caen; entre los gritos de *ciencia* que por todas partes resuenan, lo que se yergue y tremola es la bandera de la *duda*. Un diluvio de afirmaciones no comprobadas todavía, un diluvio de negaciones no justificadas aún, van invadiendo la tierra y trocándola en mar revuelto. Las olas vienen y van, y se embisten y se destruyen, flotando sobre ellas la nave de la sociedad humana sin rumbo determinado que la pueda llevar al puerto.

Mientras tanto, en su derredor rugen vientos aterradores; encima de su cabeza se condensan oscuras nubes, y debajo de sus plantas se extremece y tiembla la tierra. No hay unidad de pensamiento, no hay unidad de deseo, no hay unidad de aspiración, no hay, en suma, unidad de fin ni de medios para alcanzarlo; y por tanto no hay sociedad, sino innumerables partidos, todos puestos en pie de guerra para arrojarse á la pelea y disputarse los girones del manto común que los cubre. Y es que la discusión tranquila, que siempre existió entre los doctos, se ha extendido á los indoctos incapaces de discutir. La debilidad de sus ojos no ha podido sufrir la luz, y ha venido la ofuscación y los ha dejado en tinieblas. Entre los gritos de los que niegan y las voces de los que afirman, no se han decidido por nada y se han entregado á la duda. De este estado de incertidumbre, que no puede ser permanente, han pasado á la afirmación, y se han dicho: «¡Todo es mentira!» Su amor propio les ha inspirado desligarse de los deberes que les imponen sacrificio, y abrazarse con los derechos que les causan satisfacción.

El bien del particular se ha antepuesto al bien del común. Cada agrupación primero, y hoy ya casi cada individuo, no por sentimiento de gloria, como un poderoso monarca, sino por interés mezquino, menos noble que la ambición, con el lenguaje de los hechos ha dicho: «El Estado soy yo.» «La propiedad es un robo,» grito de guerra al capital, que la Europa oyó sorprendida de la boca de un hombre solo, ha venido á ser un programa de numerosa multitud, dispuesta á escribirlo con sangre en las páginas de la historia. Y, como si no bastara esta ruda negación del derecho de propiedad, base material de los pueblos, se levanta otra multitud para proclamar la anarquía y destruir la autoridad, base moral de las naciones. Y lo más triste, amados hijos, es que al afirmar ideales, unos dudosos, otros falsos, contradictorios algunos, y la mayor parte de ellos peligrosos ó disolventes, para granjearse prosélitos todos dicen: «Yo soy la luz.»

En presencia de este estado de incertidumbre, de duda, de confusión, de principios, de combate y desquiciamiento, os pedimos, amados hijos, que volvais vuestras miradas hacia el que padece en el Gólgota y desde lo alto de la Cruz tiende sus brazos amorosos á la humanidad afligida. Él, salvador de los hombres, que la libró de la ignominia de los ritos del gentilismo, de la esclavitud deprimente y del cesarismo pagano, la librará en nuestros días de los males que la rodean y hará que de ellos recoja copiosísima mies de bienes. Bajó del cielo para ser el Maestro de las naciones (2): vino al mundo para ser el caudillo de los pueblos. No abandonará la cátedra desde donde enseña á los sabios, ni depondrá el suave cetro con que rige á los que gobiernan.

¡Ah! Bien sabemos que hay, por desgracia, quienes rechazan su reinado y quienes quisieran arrojarle hasta de las mismas conciencias; pero la historia nos enseña que aquel pueblo que exclamó un día: «No tenemos más rey que el César,» fué borrado con la espada del catálogo de los pueblos, condenado á errar sin patria, sin altar y sin sacrificio, cargado, sí, de riquezas, pero más cargado de oprobio, y salpicado, como Caín, con la sangre del justo Abel.

Sí, hermanos, no lo dudéis. Jesucristo es el cimiento que asentó la mano de Dios, y nadie puede arrancarle sin que arranque á la vez con Él el sostén de la sociedad.

Asia y Africa lo proclaman con la voz de sus infortunios. Pueblos prósperos y felices desde que vieron la *gran luz*, que profetizó Isaías, se hundieron en las tinieblas desde que esa luz los dejó para iluminar otras zonas. En cambio, la hermosa tierra del continente americano, y las mil islas fronterizas, esparcidas como esmeraldas en los mares que le rodean, se rejuvenecen y alegran, y se renuevan y prosperan desde el venturoso momento en que la bandera de España flota al viento en sus ensenadas, y su hijo adoptivo, Colón, planta en ellas la Cruz de Cristo. No hay civilización que dure cuando la abandona Jesús, ni barbarie que no sucumba ante su presencia divina.

No son obras del acaso la cultura y la barbarie, el progreso y la decadencia. Las ideas y las costumbres son la causa de estos fenómenos; las purísimas doctrinas y la santísima moral que Jesús ha enseñado al mundo, regenerando las almas que para su bien las aceptan, realizan las más pasmosas y más grandes transformaciones. ¡Mil veces dichoso el pueblo que les abre su corazón y las guarda con el afán del que ha hallado rico tesoro! En ellas llevará el gérmen de su dicha y su bienestar. ¡Infeliz mil veces el pueblo que les cierra su corazón y las arroja con desdén como una moneda falsa ó una antigualla baladí! Con ellas arrojará su bienandanza moral, y la material vendrá al suelo, como la casa del hombre necio, cimentada en movible arena (1).

La patria y la Religión son dos entidades gemelas, que, aunque distintas entre sí, jamás podrán separarse. Son cuerpo y alma que, unidos constituyen un sér viviente, y, separados, no son más que un espíritu que se aleja y un cadáver que se corrompe. Una y otra parten del cielo, atraviesan juntas la tierra para realizar el orden, y regresan al cielo juntas para constituir allí una sociedad perfectísima en la perpétua adoración y en la caridad sempiterna. ¡Sólo el espíritu del mal pudo decir que la Religión es enemiga del Estado! ¡Sólo el angel de las tinieblas pudo convertir al Estado en rival de la Religión! ¡Sólo la astuta serpiente pudo hacer creer á los hombres que el Estado y la Religión eran los verdugos del pueblo! Suprimid el uno y la otra, negad la existencia de Dios, base de la Religión; desconoced la autoridad sobre que descansa el Estado, y después venid y decidnos qué será del pueblo infeliz... ¡Ah! vendrá la lucha por la vida, por la vida terrenal, por la vida del orgullo, por la vida de la riqueza, por la vida del placer, por la vida de las pasiones, por la vida de los sentidos, por la vida de los vicios. Pero no la lucha del hombre constituído en sociedad, con la ley de la Religión, que le refrena por dentro, y con la ley del Estado, que le contiene por fuera, sino la lucha del hombre desligado de todo vínculo; la lucha del hombre salvaje constituído en Dios y en Rey y abandonado sin freno al impulso de sus instintos. ¿Quién sucumbirá en esa lucha, de que no tenemos idea los que hemos nacido en el seno de los pueblos civilizados al amparo de las leyes y al calor de la Religión? Todo, todo sucumbirá en ese combate de fieras. La

(1) Joan, XIV, 16.
(2) Joan, VIII, 31.
(3) Joan, VIII 32.

(1) MATH, VII 15.
(2) Is., LV, 4.

(1) Math., VII, 26.

agricultura y el comercio, las artes y los oficios, la industria y la propiedad, la tranquilidad y el reposo; pero la primera víctima será el pueblo trabajador, oprimiendo el rico al pobre, al débil el poderoso, el malvado al hombre de bien y al más pequeño el más grande, no viniendo á quedar en pie otra ley que la del más fuerte.

Hermanos é hijos carísimos: ante semejantes peligros, todos tenemos que cumplir grandes é imperiosos deberes. A ellos faltaríamos Nós si dejáramos inculcarlos, con todo respeto sí, pero sin ambajes indignos. Sea la primera palabra para nuestro amado Clero.

Hay que conservar incólume la doctrina de Jesucristo, para salvación de las almas y prosperidad de los pueblos. Hay que predicarla pura, como la enseñó Jesucristo, sin permitir que se la mezcle nada mundanal ni terreno. Hay que colocarse á la altura de este celestial magisterio, apoyándole de una parte, en profunda y sólida ciencia, y de otra parte en el ejemplo de una irreprensible conducta. Hay, por fin, que hacerse cargo de las circunstancias del tiempo, entregándose de lleno á contínuo y rudo trabajo, y aceptando de corazón una vida de sacrificios. Sólo así responderemos á lo que espera de nosotros una historia de dos mil años, nos demanda nuestra misión y nos piden Dios y los hombres.

Sea la segunda palabra para nuestras hijas carísimas, las consagradas al Señor en cualquiera Orden religiosa, Instituto ó Congregación. *Angeles en carne* os llaman con frecuencia los Santos Padres, y ángeles habéis de ser en cuanto esta vida permite. Los ángeles en el cielo incesantemente se ocupan en las alabanzas divinas. Alabadle también vosotras con fe viva y conciencia pura. Los ángeles oran siempre por la mísera humanidad y recogen nuestros suspiros para presentarlos á Dios. Orad sin cesar vosotras por la Religión, por la patria, por el pecador, por el justo. Los ángeles en la tierra son custodios de los mortales y los toman de la mano para conducirlos al cielo. Cuidad y guiad vosotras al enfermo y al desvalido. Sed ángeles tutelares de los pobres y de los niños.

Sea la tercera palabra para los padres de familia. El matrimonio es manantial de las humanas sociedades. Turbias serán las corrientes, si las fuentes son cenagosas. Engendrar y criar los hijos, sólo es media paternidad. La otra media es la educación para la virtud y el trabajo. Los ojuelos de los niños se parecen á los del ángel: miran de contínuo á sus padres, como los del ángel á Dios. Como los del ángel también, esos ojos lo observan todo. No hay movimiento que no vean, ni hay gesto qué no sorprendan. Sus almas, de blanda cera, sobrepujan la perfección del *fonógrafo* más sensible. En ellas se graba todo cuanto se habla en su derredor, y allá lejos, en la ancianidad, se repite todo fielmente. Como se dice que la muerte es el eco fiél de la vida, debe afirmarse que la vida es el eco de la niñez, y que la niñez es el eco de la educación paternal. ¡Qué responsabilidad tan enorme ante Dios y la sociedad la de aquellos padres y madres que, irreflexivos, negligentes, atolondrados ó frívolos, resignan la educación en las manos mercenarias de una institutriz ó de un ayo, y se dispensan á sí mismos de enseñar el bien á sus hijos! ¡Qué crimen el de los padres que á sus hijos escandalizan con la irreligión, las discordias, el adulterio, la crápula, el juego, la ociosidad, el lujo y los pasatiempos! No ya á los ojos de la fe; á los de la misma razón y hasta del simple buen sentido, serán siempre reputados reos de lesa sociedad y espiritual parricidio, que allá castiga el Señor y acá vengan los propios hijos.

Sea la cuarta palabra para las clases distinguidas.

Los grandes de la fortuna, del saber ó del nacimiento, no son grandes para sí mismos, que lo son para los pequeños, á quienes deben el auxilio, el ejemplo y la dirección. Son como los altos montes, que se elevan sobre los valles para guía del viajero que va atravesando la tierra. Son como los astros lucientes, que se remontan en el cielo para norte del marino que va recorriendo los mares. Son como los grandes ríos, que recogen los arroyitos y se arrastran por la llanura para fertilizar los campos.

Si abandonan esta línea que les traza la Providencia, los grandes dejan de serlo y se convierten en pequeños; y al ver vacíos los sitiales que á las altas clases competen, los que se encuentran abajo sienten la ambición de subir y se abalanzan á escalar las alturas de la grandeza. Todo queda de esta manera fuera del lugar que le toca, y la sociedad viene á ser, como ha dicho un gran pensador, una pirámide invertida, colocada sobre su cúspide, que se inclina y se desploma y queda tendida en el suelo, si es que no salta hecha pedazos con el choque de la caída.

¡No! Por culpables que seamos los individuos, las clases, los partidos y la nación, no queremos pensar que llegue semejante desquiciamiento, que revestiría el carácter del supremo de los castigos. No es posible que los que hoy viven y los que han de vivir mañana degeneren radicalmente de los que vivieron ayer. Nuestros nobles antepasados jamás negaron su auxilio á la Religión ni á la patria. Dióles el noble su prestigio y el sabio su dirección, y sus caudales el rico, y todos juntos con el pueblo su valor, nunca desmentido, y su sangre generosísima. La elevación de las miras, la verdad de los ideales, la justicia de los proyectos, la rectitud de la intención, la ausencia del egoísmo en individuos y fracciones, el desinterés más completo y la más viva caridad, son los sacrosantos lemas que las clases directoras deben escribir en su escudo.

Y al pueblo humilde y modesto, á quien todos solicitan y dirigen frases de halago, ¿le podremos decir palabra que no sea franca y leal? Traición innoble sería, más que en otro ninguno en Nós, que nacimos hijo del pueblo y del pueblo hemos sido hermano, y hoy somos padre del pueblo por la autoridad de Aquél que bajó del cielo á la tierra para encarnar en Nazareth, y siendo Hijo del Dios Altísimo, no se desdeñó de ser llamado hijo de un pobre carpintero.

No os dejeis seducir por halagüeñas promesas, ni por frases almibaradas que os anuncian un porvenir lleno de ventajas y dichas. Este mundo es un destierro donde todos sufren y lloran, y ninguno encuentra la dicha, que no logró ni Salomón con su ciencia, con sus riquezas y su gloriosísimo trono. Serán siempre muchos los pobres y poquísimos los ricos. El trabajo y la economía son la fuente de la riqueza. Así han llegado á ser ricos los que hemos conocido pobres, y por el camino opuesto llegarán también á ser pobres los que conocemos ricos.

No os coloqueis frente á frente de la autoridad que os manda. Dios instituyó la civil para gobierno de las naciones, como ordenó la paternal para bien de las familias. Salvas siempre las imperfecciones inherentes á lo terreno, la autoridad es el amparo del bueno y de sus derechos, como es también el vengador de los crímenes y delitos.

No ahondéis el antagonismo entre el capital y el trabajo; que no puede existir el trabajo si no hay capital que lo pague, ni producir el capital, si no hay trabajo que lo mueva. Son hermanos inseparables y con dependencia recíproca, y no es racional que vivan en desavenencia contínua, sino que se amen mútuamente como verdaderos amigos. La caridad en el capitalista y el respeto en el obrero vendrían á hacer del taller una especie de gran familia, con un padre bondadoso que ayuda y cuida á sus hijos, y unos hijos laboriosos que reverencian á su padre y secundan sus pensamientos en provecho y lucro común.

Estos son, amados hermanos, los avisos que hemos creído que debíamos dirigiros en estilo breve y conciso y con palabras sencillísimas. Al terminar nuestra carta os exhortamos vivamente á que no los olvideis, porque ellos serán el remedio de nuestros males presentes y el antídoto que nos libre de mayores males futuros, dando quietud y reposo á esta revuelta sociedad, cuyo porvenir preocupa á los más grandes pensadores.

A Dios Nuestro Señor pedimos por los méritos de Jesús, que vertió su sangre por todos, y por la mediación de su Madre, que por todos intercede, os libre de todo mal y os colme de todo bien; y á este fin os damos á todos nuestra paternal bendición en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

De nuestro palacio de Madrid á 10 de Marzo de 1893.

José María,
Arzobispo-Obispo de Madrid Alcalá.

Por mandado de S. E. I., el Arzobispo-Obispo mi señor, *Dr. Julián de Diego y Alcolea*, Canónigo Secretario.

GRABADOS

El descendimiento. Cuadro de Alonso Cano.—(Pág. 81).

La pintura española es un verdadero tesoro de poesía religiosa. Nuestros grandes maestros no trataron ningunos asuntos con tanta complacencia como los místicos y de historia sagrada. Muchas veces hemos hablado de Alonso Cano en La Ilustración Católica. Hoy, que tenemos poquísimo espacio para esta sección del periódico, nos limitamos á señalar el precioso cuadro, cuya copia publicamos en primera plana.

Don Miguel Mir, presbítero, de la Academia Española, historiador de la Pasión de Jesucristo.—(Pág. 84).

(Véase el artículo.)

Entierro en las catacumbas.—Señora orando.
(Pág. 85).

No necesitan explicación los dos grabados que ofrecemos en esta página, y que son representativos de la santas costumbres de estos días.

La visión. Cuadro de Meriot.—(Pág. 88).

es un pintor moderno, y ha procurado acercarse lo más posible en su cuadro á la grandeza de los pintores místicos. ¡Cuánta diferencia, sin embargo!

La Magdalena.—(Pág. 89).
(Véase el artículo.)

La adoración del monumento.—Pág. 92).

Respírase en este cuadro el ambiente purísimo de los primeros días del Cristianismo. Parece una página de Fabiola.

Copón de oro, ofrecido á Su Santidad León XIII por la Guardia noble.—(Pág. 93).

Es una preciosa joya de orfebrería, cuyas gallardas proporciones pueden contemplar y admirar nuestros lectores en el grabado.

Nota.—La necesidad imperiosa de incluir otros originales, nos ha obligado á ceñirnos extraordinariamente en esta sección de la Revista.

Antonio de Olmedo.

EL P. MIGUEL MIR

Presbítero, de la Real Academia Española.

El insigne autor de la *Harmonía entre ciencia y la fe* y de la *Historia de la Pasión de Jesucristo* nació en la ciudad de Palma de Mallorca, á 10 de Diciembre de 1841. Fueron sus padres D. Miguel Mir y doña Ana Noguera. Para Menéndez Pelayo «es materia de asombro y maravilla» que haya nacido, y criádose en Mallorca, «hablando aquella heróica lengua llevada por los conquistadores catalanes á los huertos de las Hesperides que circunda el Mediterráneo,» un escritor al que *hay que contar en el número limitadísimo de los cultivadores de la buena prosa castellana*. No es, sin embargo, á nuestro juicio, tan singular y raro este fenómeno como parece querer indicar el sabio historiador de las ideas estéticas; mallorquín es Cuadrado, y ha escrito en los *Recuerdos y bellezas de España* párrafos hermosísimos de elocuencia castellana; y lemosines fueron también Aparisi y Galindo, ambos académicos de la Española, y de los académicos legítimos, por ser escritores muy castizos y conocedores de todos los secretos del habla castellana. El manejo de un idioma como instrumento literario, no es lo mismo que el manejo del propio idioma como medio usual de comunicación entre los hombres; para lo segundo, el haberse soltado á hablar en la lengua de que se trate, será siempre una inapreciable ventaja; lo primero es resultado de largos estudios y trabajos, y no producto espontáneo de la naturaleza ni de la costumbre.

Grandes dificultades ha de encontrar el que pretenda enseñorearse de una lengua tan rica, flexible y musical como la castellana, hasta el punto de hacer de ella lo que Fidias y Praxiteles del mármol pentélico, esto es, materia prima de obras de arte. En enriscada cumbre está la victoria de tal empresa, y si la ascensión es áspera y desabrida para un catalán, vascongado ó gallego, no lo es menor para un andaluz ó para un burgalés. A estos últimos, la misma facilidad aparente les engaña, y suele perderles; los segundos, acometen ya la empresa con temor, y apercibidos con todas las armas de su ingenio, porque saben que han de pelear y que no podrán vencer sin mucho esfuerzo y fatiga. Y á esto hay que añadir, que si en la infancia no oyeron hablar en castellano, se libraron por eso mismo de los vicios y fealdades que lleva consigo la conversación vulgar, y por lo tanto, no tienen esos resabios que con tanta dificultad se borran luego con el estudio; y además, cuando la educación es bien dirigida, tiene la ventaja para el provinciano de que le enseñen á deletrear en la lengua de Castilla los grandes maestros de la misma lengua, iniciándole así en los secretos de la buena sintáxis y del buen gusto, al propio tiempo que en el significado de las palabras.

Tuvo el Sr. Mir esta ventaja; porque su educación literaria no pudo ser mejor, ni más á propósito para formar un excelente hablista castellano. A los quince años ingresó como novicio en la Compañía de Jesús, cursando hasta los veinticinco Humanidades, Retórica, Ciencias naturales, Filosofía y Teología. Sabido es que la Compañía concedió siempre al estudio de la antigüedad clásica una importancia excepcional, y que sus buenos alumnos han salido buenos latinistas y helenistas, cosa que no es de maravillar teniendo en cuenta que en sus colegios llegan dichas lenguas á ser familiares por lo mucho que se ejercitan en prosa y en verso, en la conversación ordinaria y en los ejercicios literarios. En las Universidades alemanas y en las inglesas de Oxford y Cambridge sucede lo propio: no hay inglés que haya cursado en dichos centros del saber, que no lea de corrido á Horacio y á Ovidio, y que no haya compuesto en sus mocedades versos latinos; entre nosotros han caído en decadencia vergonzosísima los estudios de Humanidades, y puede decirse que donde únicamente se conserva la áurea tradición de nuestros bellos días literarios, es en los colegios de Jesuitas.

En uno de ellos aprendió el Sr. Mir el griego y el latín, y compuso sus versos en el idioma de Cicerón, y hasta pronunció homilías en la lengua del Crisóstomo. Como descanso y recreo á tan graves ocupaciones escolares, leía los clásicos castellanos más clásicos de todos si se nos permite la frase), que son los escritores místicos y ascéticos del siglo de oro. A los diez y seis años leyó por primera vez *Los nombres de Cristo* de Fr. Luis de León, y aunque aún no podía entender el sentido teológico y filosófico de aquellas admirables páginas, quedó tan prendado de la música del estilo y de la belleza de las imágenes, que de entonces acá no ha pasado año sin que haya vuelto á leer, siquiera una vez, la obra maestra del inmortal agustino.

Profeso en la Compañía, y ordenado de Sacerdote, fué destinado el Sr. Mir por sus superiores á explicar diferentes asignaturas, primero en el Colegio de Burgos, y después en el Seminario Central de Salamanca. La revolución de 1868 expulsóle de España, como á los demás jesuitas; y tras una breve residencia en Francia, fijó el Sr. Mir la suya en Inglaterra, en donde permaneció tres años, y perfeccionó sus estudios escriturarios, allí tan adelantados merced á las ya tan antiguas polémicas religiosas entre católicos y protestantes. Amainada la tempestad revolucionaria, volvió á España el Sr. Mir, y establecido en Madrid empezó á escribir para el público, distinguiéndose muy pronto entre los mejores prosistas castellanos.

Publicábase entonces *La Ciencia Cristiana*, revista quincenal dirigida por el Sr. Orti y Lara. En ella se insertaron varios artículos del P. Mir sobre la Pasión de Jesucristo, que son la base de la Historia que ha visto ahora la luz, y que fueron para el público la espléndida revelación de un ingenio capaz de hacer reverdecer sobre las sienes de la patria española los laureles literarios del siglo de oro. Por el mismo tiempo, D. José del Ojo y Gómez, persona tan discreta como activa y piadosa, emprendía la obra de editar en bonitos tomos, con magníficas ilustraciones al agua fuerte de Maura, una biblioteca selecta de autores clásicos religiosos; y escogidos para empezar algunos libros del P. Rivadeneira, el discípulo amado de San Ignacio de Loyola, fué el P. Mir encargado de ponerles prólogos, y salió maravillosamente de su empresa, escribiendo sendos prólogos á la *Vida y misterios de Cristo Nuestro Señor*, á la *Vida y misrios de la gloriosa Virgen María*, á la *Vida de San Ignacio de Loyola* y al *Tratado de la tribulación*, obras todas admirables del citado Rivadeneira, y en cuyas introducciones ó preámbulos compitió el P. Mir, en cuanto á belleza y pureza del estilo, con el mismo autor clásico del siglo XVI. No es menos hermosa otra introducción compuesta por el P. Mir en aquellos días: la que encabeza el librito, por el propio P. Mir sacado á luz, titulado *Vida del Sr. Gonzalo de la Palma, escrita por su hijo el P. Luis de la Palma*. Con ser este jesuita del siglo XVI uno de los escritores que dominaron á nuestro idioma con mayor maestría, el prólogo del P. Mir no desmerece al lado de su texto; el texto del P. La Palma y el prólogo del Sr. Mir, parecen obra del mismo ingenio.

Por aquel tiempo, también ocurriósele al señor Salmerón traducir al castellano el libro del impío yankée Draper, *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, hábil recapitulación de todas las objeciones vulgares discurridas por los libre-pensadores modernos contra el Cristianismo. La publicación en nuestra lengua del libro de Draper causó inmenso escándalo en España, y un acaudalado aristócrata señaló cierta cantidad para premiar la mejor obra

ENTIERRO EN LAS CATACUMBAS

que se escribiese refutándolo; la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas fué encargada de conceder el premio, previo examen de los libros inéditos que se presentasen á concurso. Con este motivo escribió el P. Mir la *Harmonía entre la Ciencia y la Fe*, que la Academia de Ciencias Morales no conceptuó digna de premio (¡¡ffense ustedes de concursos y de Academias!!), y de la cual corren ya tres copiosas ediciones españolas y cuatro extranjeras; una traducida al alemán, otra al portugués, otra al francés y otra al inglés. (Todo esto, por supuesto sin permiso de la Real Academia. ¿Habrá picardía?) Y el público, también sin permiso de la Academia, no se cansa de leer y admirar la *Harmonía*, y en cambio deja apolillarse en los armarios de la Academia otros libros que la docta corporación ha premiado por unanimidad de votos. Bien dijo el que dijo que el mundo está trastornado y echado á perder.

La *Harmonía entre la ciencia y la fé* es sencillamente una obra maestra, con permiso de los reales académicos de la Plaza de la Villa.

El Sr. Menéndez Pelayo, que aunque académico de Ciencias Morales, no es la Academia, sino algo más que la Academia, trató de ella extensa y tan discretamente como él sabe hacerlo, en su discurso de contestación al P. Mir, arriba citado; es un juicio crítico acabado y perfecto que honra igualmente al escritor que lo emite y al que es objeto de él. De hermosa manera habla el Sr. Menéndez Pelayo en primer lugar del estilo del P. Mir, manifestando que «*no propende jamás á la frase cortada y contenciosa de nuestros políticos y moralistas del siglo XVII*», sino que su forma «es aquel período rotundo y llano, grave y majestuoso, de ritmo un tanto semejante al de la poesía, de solemne andar, y de pliegues amplios y rozagantes como los de una toga romana: período clásico y latino por excelencia, que de los labios de Marco Tulio pasó con mayor fuego y no menor gran dilocuencia á los de Fr. Luis de Granada.»

Entrando luego en el fondo de la obra del Padre Mir, cuida de consignar el ilustre crítico que la *Harmonía entre la ciencia y la fé*, no es un *nuevo combustible lanzado á la polémica diaria*, ni la refutación de *algún oscuro sofista alemán ó norteamericano*, sino que obedece á más altas inspiraciones y generosos intentos, siendo la concepción de tan maravilloso libro profundamente metafísica.

SEÑORA ORANDO

Y de esa elevación del pensamiento, dice con gallardía suma el Sr. Menéndez Pelayo, «nace por consecuencia forzosa, esa serenidad, á un tiempo clásica y cristiana, que es el mayor encanto y la cualidad más envidiable del estilo del P. Mir, ese inefable reposo y dulzura que se siente al recorrer sus libros, cuando uno sale del campo fangoso de la polémica contemporánea donde parece que hasta la verdad más acrisolada se contamina y se empaña con el brutal aliento de los que dicen defenderla, y que en cierto modo no puede negarse que la defienden, dando con sus obras testimonio de la excelencia de una causa que puede resistir á semejantes defensores. No: la fortaleza se manifiesta por la templanza: en la boca del león está el panal de inexplicable dulzura: el que está firme en su creencia no necesita afectarla con contorsiones de histrión ó de energúmeno. La verdad, científicamente profesada, la intimidad solitaria con las ideas, tiene la escondida virtud de componer, de ordenar, de medir de una manera grave y, por decirlo así, *rítmica*, las acciones, las palabras y hasta el gesto y el ademán de quien la profesa. El escribir bien, en su sentido más profundo, esto es, el escribir conforme á la realidad, conforme á lo que las cosas son y conforme se reflejan en el espíritu libre y purificado de las nieblas de la pasion, no es solamente acto y deber literario, sino acto y obligación moral, porque al fin y al cabo el arte que hace respirar al mármol ó extiende sobre la tela los colores, dándoles la animación de la vida, ó infunde eternidad á las palabras voladoras, no es más que una forma y manifestación del arte principal y soberano en que todos debemos ser artistas: del *arte de la vida*, la cual cada día y

cada hora debemos purificar y embellecer más, para hacerla digno templo de las obras del espíritu.»

Larga es la cita; pero de seguro que han de agradecerla nuestros lectores, y que vale más que cuanto nosotros hubiéramos podido decir.

Vacante por fallecimiento de García Gutiérrez uno de los codiciados sitiales de la Real Academia Española, se apresuró esta corporación, *Senado literario de España*, según feliz expresión del autor de *El sombrero de tres picos*, á llamar á su seno al insigne apologista de la fe. Desde 1767, fecha de la expulsión de los jesuítas, no había entrado en la Academia Española ni un solo Sacerdote de la Compañía; y no sólo se daba esta circunstancia en la elección del P. Mir, sino otra también muy honrosa y grata para el elegido: la de ser el primer balear que obtenía la dignidad de académico, desde la fundación del Instituto en el reinado de Felipe V.

La recepción pública del nuevo académico, que tuvo lugar el 9 de Mayo de 1886, fué una verdadera solemnidad literaria. Los críticos más mordaces y los gacetilleros que gustan de insolentarse con la Academia, no tuvieron que poner otro reparo á la elección del P. Mir, sino el reparo de que escribía *harmonía* con *h*. Apropósito de esta *h* de *harmonía* se han intentado hacer muchos chistes por esos graciosos de oficio que se desternillan ellos mismos de risa leyendo lo que escriben en jocoso. Pero aquí del sentido de la frase atribuída á Galileo: á pesar de todos los chistes, *armonía* debe de escribirse con *h*.

El discurso leído por el P. Mir en su recepción académica es una obra admirable sobre las *Causas de la grandeza y perfección de la lengua castellana en el siglo de oro de nuestra literatura*. Contestó al P. Mir, dándole la bienvenida á nombre de la Academia, el señor Menéndez Pelayo con el discurso á que ya nos hemos referido en estos apuntes.

A poco de haber ingresado en la Real Academia Española fué trasladado el P. Mir por los superiores de la Compañía á la ciudad de Zaragoza, perteneciente á la provincia jesuítica de Aragón. Por aquel entonces habían empezado ya las tristes discordias intestinas entre los católicos españoles, y los malhadados bandos de íntegros y mestizos, que tanto han afligido á los Obispos y perturbado las conciencias de las gentes sencillas.

El P. Mir no fué nunca ni íntegro, ni mestizo; porque á su acendrado gusto literario, no podían por menos que repugnar las *cuestiones* que tan exacta y gráficamente se calificaron de *estúpidas* en el primer Congreso Católico, y porque á su espíritu religioso, profundamente cristiano, tampoco cabía que agradasen aquellas lamentables diferencias entre los partidarios de Apolo y los de Pablo, engendradoras de enconadísimas contumelias, y opuestas en absoluto, no ya á esta bula ó á aquel cánon, sino á la misma esencia del Evangelio. Y como por otra parte, no es el P. Mir de los que deben ni pueden callar cuando su conciencia les manda que hablen, ni la hipocresía fué nunca su defecto, habló alto y claro, y dijo á cuantos quisieron oirle, que la Iglesia no se había establecido en el mundo para que pretendiesen dirigirla unos cuantos legos audaces, auxiliados, asesorados ó protegidos por unos cuantos clérigos, más amigos de bullir y meter ruído, que de rezar, meditar, leer libros santos y ejercer su divino ministerio; que para enseñar á los fieles el camino de la vida, estaban instituídos por Dios el Papa y los Obispos, y no los escritores ingeniosos ó procaces; que las mismas Ordenes religiosas son en la Iglesia auxiliares, y no directoras; que era justo y santo que los cristianos procurasen y deseasen *el reinado social de Jesucristo en la tierra;* pero que debían esperar, como los judíos espirituales, un Mesías manso y apacible, *vestido de humildad y sencillez, sin más aparato que el de su pureza y santidad incomparables, sin más armas ni pertrechos de guerra que los atractivos de su bondad, y las riquezas de su mansedumbre y misericordia infinita;* que esperar otro género de Mesías ó de reinado social de Jesucristo, sería en el siglo XIX tan nécio, como lo fué ya en los últimos tiempos de la historia hebráica, y como entonces cosa propia de judíos carnales, y no de verdaderos amadores de Dios y de la justicia.

Estas opiniones del P. Mir, no eran sin duda del gusto de todos. Pero agradaban á muchos, y entre éstos se contaban seguramente los mejores. Mientras que las emitía en conversaciones familiares y amistosas, con noble franqueza cristiana y española, trabajaba con asiduidad en la *Historia de la Pasión*, obra meditadísima, de la que algunos capítulos han costado á su autor más de mil horas de esfuerzo intelectual. Después, de todo, hasta las deplorables discordias entre los católicos, han debido de contribuir poderosamente al mejor resultado de la Historia de la Pasión; porque ¿no es de creer que el P. Mir, mirando el espectáculo que por aquellos días ofrecía la sociedad católica española, tropezara con algún hermoso ejemplar vivo de fariseo ó de seduceo, que le sirviera de admirable modelo para sus pinturas de aquellas antiguas sectas?

Quiso Dios por su infinita misericordia que mejorase algún tanto el estado de la sociedad católica, á cuyo benéfico resultado contribuyeron los Congresos Católicos. Sabida es la historia del segundo, celebrado en Zaragoza, y cómo el P. Mir recibió de los Obispos allí congregados, el encargo de redactar unas reglas prácticas de conducta que pusieran término á las discordias entre los clérigos y fieles españoles. De qué modo cumplió su cometido el P. Mir, la historia ha de juzgarlo; en la biografía del P. Mir sólo cabe apuntar que los Obispos aprobaron unánimamente su trabajo, y que los superiores inmediatos del autor de las *Reglas prácticas* no llevaron muy á bien que el P. Mir las compusiera sin haberles dado parte á ellos, y solicitado la aprobación de la Compañía. Tal fué la causa de la salida del P. Mir del Instituto de San Ignacio.

Establecido nuevamente en Madrid, el P. Mir acaba de publicar su *Historia de la Pasión de Jesucristo*, de la que prometemos hablar con cierta extensión á nuestros lectores en el próximo número. Baste decir ahora, que en los pocos días que está puesta á la venta, se han despachado, sólo en Madrid, cerca del millar de ejemplares, cosa inaudita en un país en que aún no se ha resuelto el problema que planteó Fígaro: *si no se lee porque no se escribe, ó no se escribe porque no se lee.*

De otros libros del P. Mir quisiéramos decir algo, especialmente de su primoroso folleto crítico sobre *Bartolomé Leonardo de Argensola*, y de la entusiasta y razonada defensa de la *Influencia de los aragoneses en el descubrimiento de América*, publicada con ocasión del Centenario. Pero no es ya posible que nos detengamos más, y solo cabe concluir consignando que D. Miguel Mir, por la pureza de su vida sacerdotal, por la cristiana sencillez de su carácter y costumbres, por su hermosa franqueza y lealtad, por su amor á la justicia y al bien, por su ilustración y por su acendrado gusto literario, por lo rectamente que piensa y por lo gallardamente que escribe, es un presbítero, decoro y ornamento del Clero español, gloria de la Iglesia y de la patria.

A. Salcedo.

EL CALVARIO

Un hombre que es Dios, después de curar á los enfermos, resucitar á los muertos, dar consuelo á los afligidos, amonestar á los poderosos, perdonar á los pecadores y azotar á los hipócritas, es recibido como triunfador por el pueblo de Jerusalén.

A los pocos días la envidia y la calumnia le persiguen, el fariseismo le delata, un discípulo le vende, Sacerdotes impuros le acusan, un Juez vil le abandona á las iras del populacho, y escupido, insultado y hecho pedazos, va á exhalar su último aliento en lo alto de una afrentosa Cruz, que por esto sólo deja de ser afrentosa para convertirse en arbol de vida, en signo de gloria y de honor hasta la consumación de los siglos.

¡Qué suceso tan extraño! ¡Qué singular tragedia y qué inverosímil triunfo si la víctima no fuera el mismo Dios hecho hombre!

Personas ilustres, sabios filósofos, guerreros afortunados han muerto á manos de la injusticia. Pero ¿quién ha logrado enaltecer y santificar el mismo instrumento de su suplicio? ¿Quién ha universalizado su doctrina con su propio martirio? ¿Quién ha dado á millares de hombres, mujeres y niños el valor necesario para morir por Él y á semejanza de Él? ¿Dónde hay, en fin, en la historia del linaje humano nada que se parezca á ese acontecimiento, que es y será siempre la desesperación de los incrédulos, el problema insoluble de los impíos?

***

Todo cuanto se refiere á la muerte de Jesucristo, sería absurdo si se mirase desde el punto de vista mundano.

Ese cadáver sacrosanto pendiente de una Cruz, es objeto de nuestra adoración, es la vida de nuestra vida; su afrenta es nuestro honor, la desolación de su desamparo es nuestra mejor compañía, su vencimiento es nuestra victoria, todo cuanto Él, la justicia y la inocencia mismas ha perdido á los ojos del mundo, lo hemos ganado nosotros á los ojos de Dios.

¿Cómo puede explicarse esto, que es contrario á todo lo que el hombre hace en el orden general de su vida?

Si Cristo hubiera sido lo que esperaba entonces el pueblo judáico, un conquistador, un héroe, un poderoso de la tierra, se comprende que, como á César después de asesinado, se le tributasen honores divinos, y que encendidos en generosa indignación sus partidarios, empuñasen las armas para vengar su muerte.

Pero el Hijo de Dios es un hombre pacífico que, por enseñar á las gentes una nueva doctrina y atestiguarla con el esplendor de muchos milagros, es cogido á deshora en un bosque, llevado entre sombras de un Juez en otro, sentenciado á prisa y corriendo y entregado á turbas groseras qne le insultan, le abofetean, le escupen, le arrancan á pedazos la carne, y lo conducen finalmente al patíbulo, obligándole á cargar con la propia Cruz en que ha de morir.

Muerte sin gloria y sin honra; muerte ignominiosa como la de los dos malhechores que le acompañaban, ¿puede ser muerte adorable y convertirse en gloria nuestra, y en objeto universal del culto más civilizado de la tierra, si Cristo no era Dios?

Zoroastro, Boudha, Confucio y Mahoma fundaron religiones; á alguno se le tiene por Dios entre sus secuaces... ¿Murió alguno de ellos en el patíbulo como Cristo? ¿Fué escarnecido, envilecido y abochornado de todos en las últimas horas de su vida? ¿Hizo de este envilecimiento título de gloria y de salvación para el mundo entero? ¿Hay algo en la vida y la muerte de los fundadores de religiones, que se asemeje á los terribles y misteriosos resplandores del Calva-

rio, que fulguran al cabo de diez y nueve siglos iluminando el Universo, bañando nuestra cuna y nuestro sepulcro, como foco eterno de salud y de vida?

***

—¿Qué es eso?—preguntaría quizá algún viajero al caer de la tarde, pasando por las cercanías del Gólgota.

—Un ajusticiado—le contestarían.

Y el viajero se encogería de hombros continuando su camino hacia la ciudad de Jerusalén.

Tendría que hacer algún negocio importante... Quizá pensaba lucrar con mercancías preciosas del extremo Oriente... Quizá llevaba pliegos de interés para el gobernador de Judea... Algo grave ocupaba toda la atención del viajero que miró desdeñosamente el cuerpo de un hombre colgado de una Cruz...

¡Cuántos viajeros de la vida hacen desde entonces lo mismo!

Importa mucho el negocio, la mercancía, el pliego; pero no importa nada ese Divino Ajusticiado, cuya sangre corre gota á gota por el madero abajo, y penetra en la tierra, y tal vez cae sobre el cráneo de Adán para devolver la salud á la humanidad enferma y hacer inmortales á los que habíamos sido sentenciados á perpetua muerte.

Por ventura, el desdeñoso viajero oye al al poco tiempo la historia de aquel hombre que murió en la Cruz, y escucha de boca de sus discípulos las admirables doctrinas del Evangelio, y sabe por primera vez que el negocio, la mercancía y el pliego son fútiles cosas en comparación de lo que interesa al alma; y el viajero ¡oh maravilla! se postra ante la imagen del Ajusticiado, y besa sus llagas y llora su pasión... y llega hasta imitar su muerte.

Estos milagros hicieron entonces la doctrina y la pasión de Jesús; estos milagros ¡oh incrédulos pertinaces! se repiten todos los días en todos los siglos.

En los países casi desconocidos del Africa, en los imperios degradados del Asia, en las naciones apartadas de la unidad de la fe, hay muchos viajeros que comienzan por mirar con desdén al Ajusticiado que, con los brazos abiertos y la frente caída sobre el pecho, se levanta en la desierta cima del Calvario, y acaban por abrazarse al instrumento del suplicio y besar los piés del Cadáver Santísimo, y abrir el corazón á la eficacia de aquella sangre divina que corre gota á gota por el madero abajo para hacer inmortales á los que habíamos sido sentenciados á perpetua muerte.

Y día llegará en que todo el linaje de Adán caiga á los piés del Crucificado, y espere su nueva venida sobre nubes resplandecientes para juzgar á los vivos y á los muertos!

Y en aquel día ¡oh enemigos de Cristo! también los hijos de vuestra carne y de vuestra sangre doblarán la rodilla ante el Divino Ajusticiado, y le pedirán que purifique sus labios ennegrecidos por la blasfemia, y vosotros tal vez os extremeceréis de horror en vuestras tumbas al contemplar la gloria inmensa del Patíbulo en que el Cordero ha vencido á la serpiente.

VALENTÍN GÓMEZ.

El Viernes Santo.

....

Del torrente Cedrón en las riberas,
Y á la sombra de lánguidas palmeras,
Que el ala errátil de la brisa mece,
De nuevo alza Israel sus tabernáculos,
Do apresta cada tribu sus cenáculos,
Y ázimo el pan del holocausto cuece;
Enérgico bullicio
Por los contornos de Salém se ensancha,
Y en las tiendas del Santo sacrificio
Se oye balar al recental sin mancha,
Y mientras vaga lento y solitario,
Ó abreva en las cisternas el camello,
Y enhiesto, cara al sol, el corvo cuello
Rumia postrado el viejo dromedario,
Teñida la amplia vesta de esmeralda,
Con cíngulos de Ofir, suelta en la espalda
De sus cabellos la madeja de oro,
Y en la cabeza el cándido teristro,
De Oplan desciende por la agreste falda
Con plectros de marfil tañendo el sistro
De sulamitas vírgenes el coro.
Ya en la puerta de Oreb, la arcada rota
Repercute el rumor de cantos patrios,
Y, como mar que el huracán azota,
La multitud se agrupa y alborota
Del sacro templo en los vetustos atrios.
Allí del Acra baja en los confines,
Frente á los salomónicos jardines,
Do aura primaveral pródiga esparce
Del tamarindo en flor aire de aromas,
Do, cual lágrimas de oro,
Grácil nardo su bálsamo gotea,
Traspira el cedro con sudor de gomas,
Abre su ancho follaje el sicomoro
Y la alta palma su esbeltez cimbrea;
Allí entre hervor de alegre vocerío,
Cabe el dintel del pórtico agolpado,
Ondula en gruesas olas el gentío,
Como un espeso enjambre alborotado.
En tanto, en las probáticas piscinas
Su cándido vellón limpia el cordero,
Y en el esbelto capitel frontero,
Sobre el fragor del popular tumulto,
El clamor de cien trompas argentinas
Vibra, anunciando de la pascua el culto.

Confuso vocerío
De la ciudad los ámbitos conturba,
Y en tumultuosa turba
Hierve el pueblo judío;
Mas desgarrando el viento,
Cual de inmenso dolor ronco lamento,
O alarido de cólera apresada,
Clamor de trompa funeral ahoga
La grita de la plebe alborozada;
Y en lo alto de la acrópolis enhiesta
Flámula negra al populacho advierte
Que un crimen sentenció la sinagoga
Con sentencia de muerte...
Trémula de ansiedad se arremolina
Del templo en el umbral la muchedumbre;
Ya ambas manos blandiendo
Vocífera iracunda,
Ya, cual reptil enorme, serpentea
Del Acra descendiendo por la cumbre;
Pronto del Sanhedrín el atrio inunda,
Y allí llega á su oído
Que, al decirse el Mesías prometido
Un profeta impostor de Galilea,
De Israel el Consejo soberano
Desgarró de dolor sus vestiduras,
Con unánime voz dictó su voto,
Y, esquivando del pueblo el alboroto,
Llegó á las puertas del Pretor romano.

Rompiendo en clamorosa gritería,
Derrámase en tropel por la ancha vía
Que une el Acra al Pretorio, en cuyas gradas,
Como grueso torrente comprimido,
Desborda en turbulentas oleadas.
Sobre el marmóreo peristilo erguido
Que del palacio el límite demarca,
Y ante el busto gentil que hábil artífice
De Tiberio, Rey máximo, esculpiera,
Su voz al pueblo apostrofando austera,
Se destaca el anciano emalotarca,
Del gran Concilio Sanhedrín Pontífice.
....
Aún, cual suave rumor, vibra en el viento
La celestial doctrina
Que de Jesús el inspirado acento
Sembró en el corazón de Palestina;
Aún del poder de su virtud divina
Jerusalén contempla los vestigios,
Y el recuerdo inmortal de sus prodigios
Ruido de asombro popular levanta;
Aún deshoja la plebe con su planta
Brotes de olivo y palma florecida,
Y alegre canto espira en su garganta;
Aún de gritar *hosana* enronquecida
Cuando el amplio vestíbulo ensordece,
Anunciando al Pretor, trompa guerrera,
Su agudo son del pueblo amotinado
La cólera embravece;
Y en la arcada del *Gábbata* severa,
Frente á la turba y del sayón al lado,
Jesús cual Rey sacrílego aparece...
Aspera trenza de punzante espina
Rasga su sien divina,
Que espesa sangre mana;
Rojo harapo de clámide escarnece
Su estirpe soberana,
Y en sus manos por cetro resplandece
De irrisorio poder insignia vana,
Más de aclamar de Cristo la inocencia
Mueve al procónsul pertinaz deseo,
Juzgando en su conciencia.
Inícuo al delator, sin culpa al reo;
De Jesús el escarnio le conmueve;
Piensa aplacar las furias de la plebe
Si de aquel reo la ignominia muestra;
Y sin manchar los labios con su nombre,
A él tendiendo con desdén su diestra,
Grita á la multitud: «HE AQUÍ AL HOMBRE».

Prolongado rugido
De ira y de escarnio entre el tumulto brota,
Como hervoroso ruido
De olas que encrespa el mar y el viento azota.
Con horrendo baladro, de repente
«Caiga su sangre sobre nuestra frente»
Replica el Sanedrín, y enardecida
La multitud de instintos inhumanos,
Arrancando del pecho su estridente
Alarido de fiera,
Ciega de frenesí, blande sus manos,
Y un inmenso clamor responde «muera»

Pueblo ingrato y perjuro, su perfidia
Llorando el hijo de Anatoth doliente,
Ahogó la voz del canto,
Y al cielo vuelto el rostro con espanto
Ayes lanzó de madre parturiente.
Cuando á Jesús desamparado viste,
Oh estirpe maldecida,
Su sangre á grito tronador pediste,
Por dar la muerte á quien te dió la vida,
Su sangre en tí caerá...
Ya en vano ruega
Turbado el juez ante la turba ciega,
Solo al escarnio y al furor propicia,
Y del odio á la voz temblando opone
La voz de la justicia;
El populacho se revuelve y ruge;
Fuego infernal en sus entrañas arde;
Ya le increpa con aire de tirano
Manchando el patrio honor de aquel cobarde
Decadente romano,
Ya á la razón el vértigo sucede...
¡Trance de horror! la chusma baladrera
Redobla su clamor gritando «muera.»
Invoca al César y el Procónsul cede...
.. ..
Camino del suplicio,
Bajo la infame cruz del sacrificio,
Y entre el pueblo iracundo,
Tras el dogal que empuña vil sicario,
Sube la agria pendiente del Calvario
El Redentor del mundo.
Miradle allí.. postrado y sin alientos
Por calmar de la turba los enojos,
Alza su rostro lívido y sangriento,
Y en la angustia voraz de su tormento,
Piedad implora con inmobles ojos...
Mas del sayón la encallecida mano
Descarga en su semblante;
Entre congojas se retuerce y gime
Bajo el leño, cual mísero gusano,
Y ante el gozo del pueblo delirante,
Más que la cruz la ingratitud le oprime...

LA VISIÓN *(cuadro de Meriot).*

Oh escena de dolor desgarradora!
En medio de la turba atronadora
Y el alma sin consuelo
Muda y mirando al cielo,
Su pobre madre le acompaña y llora.
Llora, madre infeliz; anegue el llanto
El rostro do brilló toda hermosura;
¡Oh Virgen de Sión! muera tu encanto;
Sólo madre eres ya de la amargura;
Grande es ¡ay! como el mar tu desventura,
Y amargo cual sus aguas tu quebranto;
Mas sigue tras Jesús, que no infecundo
Será en la tierra tu dolor profundo;
Sobre ese mar de inmensos desconsuelos
Hoy volverás, paloma de los cielos,
La oliva de la paz mostrando al mundo...

Fr. Restituto del Valle Ruiz,
Agustiniano.

Escorial, Marzo de 1893.

Los efectos de la Pasión de Jesucristo.

La gracia de Cristo entrañada en los corazones de los hombres fué poco á poco corrigiendo y suavizando sus costumbres, abatiendo sus vicios y plantando virtudes nuevas del todo y nunca vistas. Entonces se vió al que era orgulloso y soberbio, tornarse humilde y rendido; al que andaba tras de la vanidad y la ambición, buscar la humildad y el abatimiento; al que se desvivía por las riquezas y bienes de este mundo, hallarse contento con la escasez y pobreza; al que se abrasaba en los ardores de la sensualidad, hermosear su cuerpo con la mortificación y la pureza; al que en todo se buscaba á sí, anhelar únicamente á Dios y celar su honra y ansiar por su servicio. La parte más débil de nuestro linaje, que había sido víctima de la opresión y de las malas pasiones de la otra mitad más fuerte y poderosa, se levantó de la abyección en que yacía, hasta el punto de venir á ser espléndido ornamento de la nueva sociedad. Las frentes de los tiernos mancebos y de las débiles doncellas se iluminaron con la luz de celestial pureza; las matronas que antes pasaban miserablemente la vida entregadas á toda suerte de liviandades, más que de las galas del cuerpo cuidaban de engalanar sus almas con los adornos de la virtud y de la honestidad; varones santísimos anularon en la tierra la inocencia de los ángeles, y mártires gloriosísimos, triunfando del amor á la vida, de la debilidad y regalo del cuerpo y de la flaqueza femenil, fatigaron la arbitrariedad de los Césares y la crueldad de los gobernadores del Imperio, y entre tormentos atrocísimos derramaron á millares su sangre y su vida por la fe, por la Religión, por el amor de Nuestro Señor Jesucristo. Todo el hombre, en fin, quedó de todo punto renovado y esclarecido, y los destellos divinos de la gracia de Cristo, de tal manera realzaron y ennoblecieron su naturaleza, que, no sólo hermosearon su alma, sino que iluminaron también á veces su cuerpo con no sé qué vislumbres de gloria que parecen reflejar en la tierra la hermosura de los ángeles.

De esta manera, la virtud, que andaba antes despreciada y abatida, recobró el perdido honor; así triunfó la virtud de Dios de la rebeldía del corazón del hombre; así se estableció en la tierra aquella novedad de la vida, de que habla tan hermosamente San Pablo. Y cuando esta gracia y novedad, después de obrar en lo secreto de los corazones y penetrarlo con su virtud, cundió en las partes vivas del cuerpo moral de la sociedad humana, de tal manera las avivó y restauró, que nada puede concebirse más bello, nada más levantado, nada más hermosamente fecundo que esta forma y manera de ser de la sociedad cristiana. Así, de entre las ruinas del antiguo mundo, que se consumió en la abyección y en la podredumbre, surgió otro nuevo con artes, ciencias, instituciones políticas y sociales maravillosamente renovadas y justificadas, y que, bañadas en las aguas regeneradoras de Cristo, vivieron de su espíritu y lo comunicaron á los miembros de la sociedad, en cuyo bien habían sido establecidas. De esta manera levantó Nuestro Señor Jesucristo á la pobre humanidad que yacía en la degradación y en la miseria; así reparó sus quiebras y restituyó sus prerrogativas; así la dió vida nueva formando de ella un cuerpo bellísimo, cuyos miembros vivos son los que, habiendo recibido la gracia de Cristo con fe viva y eficaz, la conservan; templo santo donde se adora á Dios en espíritu y en verdad; trono glorioso donde reina la justicia, la paz y el gozo en el Espíritu Santo.

Pero el hombre no desenvuelve en la tierra toda la vida y actividad de que es capaz. Es un

LA MAGDALENA

peregrino que, si camina en el tiempo, tiene por término de su viaje la eternidad; es una flor que si se abre y muestra la brillantez de sus colores en este mundo material, reserva sus frutos para el mundo espiritual y eterno. Y lo que se dice del hombre individuo es también cierto de la sociedad ó comunión de las almas, que han sido santificadas por la gracia de Cristo unido á sus propios esfuerzos y merecimientos.

No ha aparecido todavía, dice San Juan, todo lo que seremos. La obra comenzada en este mundo ha de acabarse y perfeccionarse en el otro. Lo que la gracia de Cristo ha purificado y santificado en la tierra, lo ha de consagrar y glorificar en el cielo. El hombre y la sociedad humana, resucitados á la vida de la gracia por los merecimientos de la Pasión y muerte de Cristo, han de ser nuevamente resucitados, transfigurados y endiosados por virtud de estos mismos merecimientos en los alcázares terrenales, en compañía de los ángeles de Dios, y en el acatamiento de la Majestad soberana.

Y esto será el postrer fruto y el último beneficio de la obra del Hijo de Dios en este mundo; con él se acabará y perfeccionará de todo punto la revelación del misterio de Cristo; con él llegará á su último complemento la sociedad ó conjunto moral de las almas que fueron redimidas por la sangre de Jesucristo, hijas adoptivas de Dios, marcadas con su sello luminoso y embellecidas con las presesas y galardones de su gracia.

Esta sociedad así renovada y engrandecida formará el Reino de Dios, la herencia que el Padre celestial encomendó á su Hijo, la que éste ganó y adquirió con su sangre, y que devolverá y pondrá de nuevo en las manos del mismo Padre, hermoseada y enaltecida con los dones de su gracia y colmada de todos aquellos bienes de virtud, de gloria, de ennoblecimiento, que van unidas á los merecimientos de su santa Humanidad.

Enriquecida con estos bienes, inundada de la gloria divina y abismada en el Oceano de luz que envuelve la Soberana Esencia, esta sociedad gozará bienaventuradamente de la inmensa claridad divina, viendo cada una de las almas que la compongan instintivamente la Esencia de Dios, cada cual en su medida y esta visión terminará para ellas todas las delicias del espíritu y todos los goces de la mente, todos los consuelos del corazón, y unidos y distintos estos goces y delicias, formarán un concierto inefable de loores y acciones de gracias á su dominador y redentor supremo Nuestro Señor Jesucristo, que por los méritos de su Pasión y de su muerte fue el consumador de su fé y será perdurablemente el comunicador de su gloria.

Y á vueltas de estas divinas alabanzas millares de angeles dirán en alta voz: «Digno es el Cordero que fué inmolado de recibir la virtud, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición.»

Y todas las criaturas del cielo y de la tierra y de lo profundo responderán: «Sea bendición, tronos, gloria y poder por los siglos de los siglos al Divino Cordero que está en el Trono.»

Y todos los espíritus bienaventurados se inclinarán y se prosternarán sobre sus frentes, y adorarán al Cordero que vive en los siglos de los siglos.

MIGUEL MIR.
de la Academia Española.

(Del libro recientemente publicado, *Historia de la Pasión.*)

STABAT MATER

Se acercaba la consumación del sacrificio; pendiente del más afrentoso de los patíbulos se alzaba el Hijo de Dios, crucificado entre dos ladrones, sufriendo con una intensidad que no puede abarcar el humano entendimiento, con la intensidad que á la naturaleza humana de Jesús podía comunicar su naturaleza divina.

La hora de la redención había sonado en los planes de la misericordia y justicia eternas; las profecías iban á tener exacto cumplimiento; el Hijo del hombre, el Dios hecho carne, experimentaría sed y no tendría con qué apagarla; y desgarrado su cuerpo y vertiendo hasta la última gota de su preciosísima sangre, iba á entregar su espíritu en manos de su Padre dejando rescatado al linaje humano con su pasión y muerte, y estableciendo en el mundo el reinado de la paz y caridad.

Sí; todo estaba próximo á ser consumado; el universo experimentaba sacudidas violentas; la tierra, el sol, la luna, la creación toda presenciaba el espectáculo más grandioso que ha podido ofrecerse, cubriéndose de luto y espanto, y en medio de aquellas tinieblas y convulsiones del mundo, en lo más recio de la tempestad, cuando habían llegado al delirio los insultos del pueblo y las blasfemias y mofas de los verdugos, contrastando con la consternación de los discípulos y los gemidos y llantos de las mujeres piadosas, estaba la Madre, *Stabat Mater*, al pie de la Cruz, inmóvil, convertida en morada del dolor, fijos sus ojos en los de la víctima y abierto su corazón á los golpes descargados sobre el amorosísimo corazón de su Hijo.

Si la palabra no pareciera impropia, tratándose de las obras de Dios, diríamos que en el Calvario se había agotado la sublimidad, y sublimidad la más alta. No es dado á la torpeza de nuestra lengua encontrar expresión para lo que el alma siente siguiendo de cerca y con la meditación la pasión y muerte del Salvador; cuando se llega á la Cruz; cuando se sube á la cumbre del Gólgota y se penetra en aquellos misterios á la manera que le es dado á la criatura penetrar y entender la sabiduría, el amor y la bondad infinitas; cuando todo esto viene á nuestra consideración, y la vista del Cuerpo Santísimo de Cristo desfigurado y maltratado nos confunde y anonada, ó el dolor sin medida de la Madre nos conmueve é inclina á acompañarla en su duelo, en verdad que no parece que lo sublime y divino se ha agotado; que en cierto sentido ha como tocado en sus límites lo que no puede tenerlos: la Omnipotencia del amor de Dios á los hombres.

Morir Dios por nuestra salvación cargando sobre Él la iniquidad de todos los pecados, aceptando la pasión y la muerte infinitas en intensidad de padecer, como pasión y muerte de un Dios, no parece que pueda tener más allá.

Permanecer en pie al lado de la Cruz; compartir el dolor con el Hijo; sufrir como Madre, y Madre de un Dios, de tal suerte que «repartido su dolor entre todas las criaturas, ninguna hubiera dejado de sucumbir», no parece pueda tener semejante. *«¡Oh, vosotros, todos los que pasais por el camino, considerad y ved si existe algún dolor igual á mi dolor!»*

No hay palabras para reseñar aquella escena; la imaginación es pobre para dibujar la presencia de la Virgen al pie de la Cruz; el *Stabat Mater* no puede tener intérprete entre los mortales; el corazón del hombre es muy pequeño para comprender el dolor de la Virgen en la muerte de su Hijo, de la que Ella sola fué testigo.

El Evangelio dice que con María, Madre de Jesús, habían llegado, y estaban con ella, María Salomé, mujer del Zebedeo y madre de Juan y de Jacobo; María, mujer de Cleofás, hermana de la Madre de Jesús, y María Magdalena. No obstante, bien cabe decir que estaba sola en su dolor; solamente ella podía compadecer y sentir la inmensidad de los sufrimientos de su divino Hijo; ella sola podía ser testigo de aquel misterio sublime.

¡Quién como la Madre había de saber de los sufrimientos y tormentos que el Hijo pasaba! ¡Qué corazón como él de María se confundiría con el de Jesús, ni qué otra naturaleza podía ser víctima también con Cristo sino la de su Madre, la que le dió cuerpo para padecer con su naturaleza divina! ¡Quién sino la Virgen, llena de gracia, estaba en posesión de sensibilidad más delicada para amargar su alma con dolor sobre todo dolor, comprendiendo toda la infinita perfección de su Hijo, su Dios, la bondad, la belleza, la verdad eternas!

Era Madre, y veía en el madero de ignominia á su Hijo; era Virgen y Madre de Dios, y Dios era el que en la Cruz moría; era coredentora, y el sacrificio de la redención se consumaba en su corazón; era la criatura elegida, la Esposa del Espíritu Santo, la Hija del Padre y la Madre del Verbo; su amor era el mismo con que amándose el Padre y el Hijo constituyen la tercera persona de la Trinidad Augusta. Tales son los títulos de su dolor, las excelencias de su amor, por donde podemos rastrear y vislumbrar la significación del *Stabat*, la grandeza de su dignidad permaneciendo en pie, sin desmayo, superior á la humanidad y al sacrificio, y convertida en Madre de dolor.

No había, en verdad, otro dolor con que comparar el de la Virgen: se consumaba en la Cruz el martirio de su vida santa; la espada profética atravesaba su corazón.

El corazón de la Virgen atravesado de dolor. ¡Qué corazón y qué dolor!

Jesús en la Cruz mirando á su Madre, penetrando con su compasión en aquel virginal corazón, amargaba más los supremos instantes de su agonía; y la Virgen Santísima recogiendo aquellas miradas, no encontraba medida á sus angustias y ansias, ni límite á su dolor. Y permanecía en pie, *Stabat*, porque el conocimiento perfecto del misterio le daba fuerzas para sobrellevar su desolación y ofrecer su vida también con la de su Hijo al Eterno Padre para la regeneración de la humanidad.

En la Cruz fuimos engendrados en la gracia, y allí se nos dió por Madre á la Madre de Dios; fuimos engendrados en el dolor, *Mater Dolorosa* llamamos á nuestra Madre. Esa es la misión de María al pie de la Cruz; misión recibida como en testamento de Jesús, cuando hablando como Dios desde la altura de su sacrificio, *habiendo visto á su Madre, y junto á ella á su amado discípulo, dijo:* MUJER, HE AHÍ TU HIJO. *Y después dijo al discípulo:* HE AHÍ TU MADRE. *Y desde aquella hora, el discípulo la recibió por suya.*

Desde aquel momento sublime, María es nuestra verdadera Madre en el trance más cruel para su pecho, en el esfuerzo heróico de su aflicción, cuando la muerte separaba de sus brazos la vida de su vida, cuando las últimas palabras de Jesús, en expresión de Bossuet, habían hecho inmortales sus penas.

Aquella agonía larguísima tocaba á su término. *¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?* fué el grito con que la Víctima del Amor apuró las amarguras del cáliz, extremeciendo con su voz al mundo y perdiendo todo su centro.

Poco después todo se había consumado: *Consumatum est,* y el Hombre-Dios entregaba su espíritu al Señor; al pie de la Cruz permanecía levantada la Virgen Madre.....

.....

¡Oh mortales! No desmayéis si el dolor ó la tribulación os agobia; acordáos de que hay una Madre del dolor y la aflicción, que permanece en pie al lado de la Cruz; mirad si vuestro dolor puede compararse al suyo, é inmediatamente seréis consolados, recibiréis alientos, y con las criaturas todas acompañaréis al llanto de María.

MARTÍN DOMÍNGUEZ BERRUETA.

María Magdalena.

Los Evangelistas no se propusieron, según se ha dicho muchas veces, escribir sendas biografías del Redentor, ni mucho menos historias completas de la predicación y martirio de Jesús; los Evangelios no son más que memorias personales de sus ilustres autores acerca de los grandes hechos, por los mismos Evangelistas presenciados, de la vida de Jesucristo. Por eso resultan tan compendiosos y sucintos; no hay en ellos más que lo esencial para que nos formemos idea del carácter divino del Mesías y del sublime objeto de su aparición en el mundo.

Indudablemente intervinieron en la vida de Jesús muchos más personajes que los que nos muestran los Evangelistas. Pero éstos sólo hablaron de aquellos cuya intervención puede descubrirnos aspectos enteros, por decirlo así, del carácter moral del Redentor, y cuyas relaciones con Jesús nos revelan los fines de la misión en la tierra del Hijo de Dios.

Partiendo de este supuesto, no puede maravillarnos la relativa prolijidad con que tratan los historiadores sagrados de María Magdalena y de sus relaciones con Jesucristo. María Magdalena era una gran pecadora; siete demonios habían hecho morada en su espíritu. Ya fuese prostituta de profesión, ya (lo que parece más probable) señora rica, elegante y corrompida, del relato evangélico se deduce que fué persona de gustos exquisitos, y dotada de uno de esos corazones que, en lo bueno y en lo malo, aman hasta el extremo, porque el amor es la primera y más apremiante de sus necesidades íntimas. Con estos datos, cualquiera medianamente versado en el conocimiento del mundo, puede reconstruir el retrato moral de la Magdalena, antes y después de su conversión. Entre los siete demonios que dominaron su alma, es seguro que no se contaba el demonio del egoísmo. Magdalena pecó, y pecó mucho; pero sin duda pecó por amor de otros, por descuidos de su inteligencia, que no supo encontrar objeto digno para su amor. Indudablemente fué engañada muchas veces. Le fingieron amor, y ella creyó en el amor fingido, porque el que ama cree. Su vida licenciosa no fué para ella un placer, sino un continuo dolor. Acíbáronle todo goce los desengaños. Su corazón debía chorrear sangre. Si no encuentra á tiempo al Redentor, hubiera muerto como Safo: suicidada; un día habría llegado en que sobre las aguas del mar de Tiberiades habría flotado su hermoso cadáver, mientras que su alma, hermosa también en medio de sus depravaciones, hubiera caído en el antro oscuro que definió otra mujer, siglos después, con estas admirables palabras: *El infierno es un lugar en que no se ama.*

Por la misericordia de Dios no sucedieron así las cosas; María Magdalena encontró á Jesús. Y Jesús desplegó ante los ojos de María Magdalena el horizonte infinito del amor espiritual á las cosas eternas; con su dedo divino señaló el cielo á aquel gran corazón que sólo ansiaba amor, y le dijo: *allí es donde se ama eternamente*. El corazón de la Magdalena, que ella creía quizás muerto, y que sólo estaba dormido, despertó gozoso, extremecido de íntimo placer ante el nuevo, dichoso é inacabable camino que se le abría. Encontró el objeto condigno que neciamente había buscado entre los hombres. Y puso en el amor divino aquel fervor, que loca y criminalmente había puesto antes en el amor humano.

Desde este momento puede decirse que comenzó para María Magdalena el paraíso, en lo que el paraíso tiene de substancial, que es el amor á Dios. Sus penitencias, sus dolores, sus trabajos en la vida, hasta la pasión que sufrió viendo morir y sufrir á Jesús, todo fué dulcificado por el amor intenso, fervorosísimo que sentía. Como amaba tanto, creía mucho. María Magdalena pasó desde la sima del vicio hasta la cumbre de la santidad; no se detuvo ni un momento en la vida ordinaria y común, porque los grandes corazones no han nacido para esa vida; ó son criminales ó son santos.

Si el alma es naturalmente cristiana, como dijo Tertuliano, las almas como la de María Magdalena son naturalmente santas. La corrupción de lo mejor es lo peor; y por eso estas almas privilegiadas, dotadas de una inmensa fuerza impulsiva, no pueden sostenerse nunca sobre la haz de la tierra: ó vuelan hacia lo más alto, ó se precipitan á lo más profundo; son ángeles, ó son demonios; ó consuelo, gloria y esplendor de la humanidad, ó su más tremendo azote. Los grandes corazones son más poderosos que las grandes inteligencias. En donde aparece un gran corazón todo se conmueve, agita y trastorna á su alrededor; el amor es contagioso, y profundamente revolucionario. Las almas le siguen como atraídas por fuerza irresistible. Un gran corazón que se mueve hacia el bien, arrastra tras de sí á una muchedumbre de corazones; un gran corazón pervertido es la perversión de todo un pueblo.

Ninguna de estas victorias, ni las inefables del bien, ni las horrendas del mal, están reservadas al egoísmo. El egoísmo es frío, y esparce en su derredor la muerte. Es tan antipático y repulsivo, que sólo puede vivir disimulado. Las almas naturalmente egoístas pueden ser buenas, porque la gracia de Dios no se niega á nadie; pero sobre serles más difícil que á las otras la purificación, casi nunca son almas santas. Lo común y ordinario es que no suelan ser malas de remate, porque no quieren incomodarse ni para pecar; ni que sean buenas tampoco, porque el ser bueno cuesta trabajo. Pertenecen á ese grupo de espíritus insípidos de que habla el Evangelista San Juan.

No fué así nunca María Magdalena.

BACHILLER ALONSO.

Todo un poema de amor cristiano.

I

VALVERDE es un lugarejo enclavado en el corazón de una alta sierra y en el fondo de un hermoso, y, como su nombre dice, verde valle. Cuarenta ó cincuenta casas con su iglesia parroquial y campanario correspondientes, algunos huertos entre las casas y en sus alrededores, extensas praderas donde pasta numeroso ganado mayor, pinares espesos, un riachuelo y muchas fuentes; hé aquí, en cuatro palabras, todo cuanto compone el lugar y su término.

II

También en las aldeas, entre los estériles riscos de escarpados montes y miserables praderas del valle, viven personas cristianas y felices, más felices, y sobre todo más cristianas que muchos encopetados habitantes de cultas y populosas ciudades. No diré yo que todos los montañeses sean honrados y dichosos, porque faltaría á la verdad; pero sí aseguro que lo eran, y mucho, los protagonistas de este relato.

La tía Anacleta y la tía Ramona, respetables comadres de Valverde, viudas ambas, regularmente acomodadas las dos, tenían un solo hijo, llamado José María, aquélla; y una hija, también única, llamada María Josefa, ésta. Ninguna de ellas era rica, ni noble, ni poderosa, ni influyente, ni ilustrada, ni reunía, en fin, las condiciones que, según el mundo, constituyen la terrrena felicidad. Habían apurado muchas veces el cáliz de amargura, procedente de la humana miseria; y sin embargo, eran dichosas cuanto cabe serlo en este valle de desdichas, y daban contínuas gracias á Dios por ello. ¿De dónde procedía tanta felicidad? De sus sentimientos extraordinariamente piadosos y de su absoluta conformidad con la voluntad suprema.

III

Juntas estaban las casas de las dos viudas, separadas sólo por un tabique, con un corral común delante y dos huertecillos detrás.

En el corral común, José María y María Josefa pasaron juntos los tiernos años de su infancia entre juegos, risas y lloros; pero siempre bajo la escudriñadora mirada de sus madres. Mientras los muchachos corrían y jugueteaban en su presencia, las viudas cosían, hilaban ó hacían calceta, sentadas en un poyo de piedra que separa las puertas de sus casas; y estrechaban aquella dulce amistad, que tenía por base el sentimiento religioso, la vecindad y la semejanza de condiciones. Esta intimidad, esta casi vida común, influyó poderosamente para que los corazones de aquellos niños se apasionasen mútuamente. Aprendieron antes á quererse que á hablar; y en cariño tan profundamente arraigado, vieron acertadamente sus madres un incentivo peligroso para lo porvenir. Evitaron, pues, el peligro separándolos insensiblemente, rompiendo poco á poco aquella intimidad, y acostumbrándolos con mucho tacto á considerarse y respetarse como deben hacerlo siempre los jóvenes de diferente sexo. Educáronlos, sobre todo, en el santo temor de Dios; y al abrigo de su cristiano y maternal cariño, crecieron tan inocentes como apuestos y sanos. No os figuréis que eran dos beldades; pero sin serlo atraían y cautivaban con su candoroso aspecto, robustas formas y hermosos colores. Esta simpatía que inspiraban á todos, sintiéronla, sin duda, el uno por el otro, y en ella tuvieron origen los cristianos amores que me propongo referir para edificación de los enamorados é inocente esparcimiento de mis lectores.

IV

Tenían ya veinte años José María y diez y ocho María Josefa, y aún no habían pronunciado sus labios la menor frase amorosa; pero indudablemente se amaban con tanta intensidad como inocencia.

Se buscaban instintivamente, y ya juntos, se miraban en silencio, se sonreían, ruborizábanse, bajaban los ojos, pensaban contínuamente el uno en el otro y... nada más. Separados, se encomendaban á Dios en sus oraciones, y sin saber por qué acudían las lágrimas á sus ojos. También se llora de felicidad.

Así pasaban los días, los meses, los años y... siempre lo mismo.

Cierta tarde de verano regaba José en su huerto. Bajó María al suyo, y le dijo:

—Pepe, también yo tengo que regar las judías. ¿Me cedes la mitad del agua?

—¿La quieres toda? Ya regaré yo á la noche.

—No, con la mitad basta.

—Allá vá, pues.

Dejó correr media regadera de agua, arrancó el más hermoso capullo del rosal próximo, y lo embarcó en las cristalinas ondas. Momentos después acariciaba el capullo los limpios pies de la gentil hortelana; lo libró ésta del naufragio, lo sacudió amorosamente para secarlo, aspiró con placer su aroma y adornó con él el negro y abundante rodete de sus cabellos. Mensajero ingenioso y poético el capullo, le habló al oído á María por vez primera del amor de José.

Mientras descalzos de pie y pierna dirigían con sus escavillos el riego de uno y otro punto, se dijeron cantando é indirectamente lo que no habían tenido valor de decirse verbalmente y cara cara.

Cantó José:

ADORACIÓN EN EL MONUMENTO

Es María más hermosa
que el oro y la plata fina,
más que el agua cristalina
que corre de losa en losa.

Contestó María:

Es San José bendito
el mayor santo,
que en el cielo proteje
á los humanos.
¡Bendito sea!
quien con piadoso orgullo
su nombre lleva.

José.—Qué me importa que te tenga
cara á cara, frente á frente,
si no he sabido decirte
lo que por tí mi alma siente.

María.—No te canses, ni me busques,
para, solitos, hablarme,
que mi corazón no es lerdo
y leer en tus ojos sabe.

José.—Más quiero yo una mirada
de esos tus ojos divinos,
que todo el oro y diamantes
de los moros argelinos.

María.—La hermosura se marchita
y las miradas se apagan:
lo que jamás pierde el brillo
es la hermosura del alma.

José.—No te quiero por hermosa,
ni me enamora tu talle;
te quiero porque te quiero,
sin que el por qué sepa nadie.

La declaración estaba hecha; todo un rosal cargado de rosas se dejó ver en cada mejilla de María, que pudorosa y medrosica, con el pretexto de dirigir el riego, ocultó la cara bajándose, y ya no supo qué cantar. Aunque José esperaba una contestación categórica, la elocuencia de aquel silencio le satisfizo por completo; y los fuertes latidos de su corazón, que parecía quererle saltar del pecho, fueron para el enamorado mozo señal inequívoca de su felicidad.

Continuó y terminó el riego en el mayor silencio. Ninguno de los dos se atrevió á cantar nuevamente, ni á dirigirle al otro la palabra.

María recogió su azada y su escavillo y entró en la casa diciendo:

—Adios, José; puedes quitar el agua, que he concluído.

—Adios, lucero, (contestó éste).

Apenas quedó solo, entonó con fuerza la canción siguiente:

Aunque tu madre no quiera
y la mía diga no,
si tú quieres y yo quiero
nos casaremos los dos.

V.

Pero si una y otra madre no adivinaran el cariño de nuestros enamorados, nunca llegarán ellos á ver su pasión premiada y dichosa. A sus amorosas madres debieron su unión feliz, su hogar bendito y aquella felicidad que los buenos alcanzan.

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

EVANGELINA

ROMANCE DE LA ACADIA

por el poeta norteamericano

ENRIQUE WADSWORTH LONGFELLOW

TRADUCIDO DEL INGLÉS EN OCTAVAS REALES

por el diplomático chileno

D. CARLOS MORLA VICUÑA

—

(Concluído.)

CCLVI

Al terminar las vísperas, y dada
La bendición que á la sumisa gente
Distribuye la mano consagrada
Como esparce el labriego la simiente,
Se acerca á la partida desmontada
El padre, y saludando complaciente,
Al oir en la selva el propio idioma
Alegre luz á su semblante asoma.

CCLVII

A un neófito encarga los corceles
Y él conduce á su choza al peregrino
Allí le invita sobre blandas pieles
A reposar del áspero camino:
Con silvestres pañales de albas mieles,
Harina de maíz y fresco vino
Al fatigado caminante agracia,
Y su hambre y sed el misionero sacia.

CCLVIII

Lentos pasan los días y los meses,
Y el maiz que al llegar sembrando viera
A aquellos laboriosos feligreses,
Ondea alto y flexible en la pradera
Y ofrece ya sus sazonadas mieses
Entre la verde y rubia cabellera;
Cébase en la mazorca la avecilla,
Y en sus lozanos vástagos la ardilla.

CCLIX

El neófito al sol ya lo desgrana
Y del verde follaje le despoja;
Cuando descubre la inocente indiana
Mazorca tierna y como sangre roja,
Allí de amores precursora ufana
Con candor inefable se sonroja;
Pero ni esa mazorca coralina
Vuelve el perdido amante á Evangelina.

CCLX

No hay día en que el apóstol no la exhorte
«Ten paciencia, le dice: al cielo ruega,
Si quieres que en tu penate conforte.
¿Esa planta no ves que al sol despliega
La delicada flor mirando al Norte?
Dios la hace germinar y Dios la riega;
Brújula que dirige al caminante
Por la espaciosa soledad errante.

CCLXI

»¡Tal en el alma humana es la creencia!
De la ardiente pasión las gayas flores
Encierran en su cáliz rica esencia,
Pero con sus pestíferos olores
Prostituyen y asfixian la inocencia;
Sólo esta flor de plácidos colores
Puede guiarnos, ceñida el ancha frente
De asfodelos rociados con nepente.»

CCLXII

Pasan así el otoño y el invierno
Y no llega Gabriel; la primavera
Los campos cubre ya de pasto tierno,
Y puebla el bosque turba vocinglera;
Sucédela el verano; el ancho cuerno
De la copia derrama en la pradera,
Y un rumor trae el viento vagaroso
Más que el trino del ave melodioso.

CCLXIII

Muy lejos, dice, al Norte y al Oriente,
Del Michigán en la floresta umbría,
Del Saginó bordando la corriente
Gabriel desconsolado vive hoy día.
Únese al punto á hospitalaria gente
Que al San Lorenzo marcha en recta vía,
Y adiós diciendo á la misión amada
Emprende Evangelina esa jornada.

CCLXIV

Cuando en pos de cien marchas peligrosas
Esperanzada llega Evangelina
Al fondo de las selvas majestuosas
Que al lago Michigán forman cortina,
Halla junto á corrientes caudalosas
Desolada la choza y en ruina,
Do aguardara Gabriel, pensando en ella,
La aparición de su eclipsada estrella.

CCLXV

Así el tiempo fatídico resbala,
Y en diversos lugares y estaciones
Se ve á la errante y púdica zagala,
Ya del Moravo humilde en las misiones
Ya do ruidoso ejército se instala;
Ora entre chozas, ora en poblaciones

Vaga como visión, luego se aleja
Y ni memoria de su paso deja

CCLXVI

De juventud radiante y de hermosura,
Con fe emprendió la niña el largo viaje,
Y exhausta ya, colmada de amargura,
Termina su fatal peregrinaje;
Cada día agravando su tortura
La adversidad le inflige nuevo ultraje,
Y, cual destellos de segunda aurora,
Más de una hebra de plata su sien dora.

CCLXVII

«En esa tierra plácida que baña
El Delawér, y que á la dulce sombra
De alta floresta y pastoral cabaña
A Penn, su apóstol, reverente nombra;
Allí, de la fructífera campaña
Sobre la igual, terciopelada alfombra,
La ciudad que él fundó marca su huella
Y del río á las márgenes descuella.

CCLXVIII

Sus calles repercuten todavía
Los nombres de sus árboles frondosos,
Como ansiando aplacar con su armonía
A dríadas y silfos nemerosos,
Que vieron con enojo el hacha impía
Invadir sus retretes misteriosos;
Y allí el aura es fragancia, y la hermosura
En el pérsico vé su imagen pura.

CCLXVIX

Arrojó en esta playa el Oceano
A Evangelina huérfana y proscrita,
Y si patria y hogar le hurtó el tirano,
Aquí otra patria con amor la invita.
René Leblanc, el venerable anciano,
Reposó aquí su dilatada culta,
Y de cien descendientes, uno apenas
Vió en torno suyo al rematar sus penas.

CCLXX

Para su amiga en Filadelfia había
Algo que hablaba al corazón siquiera,
Algo que murmurarle parecía:
«Entre nosotros no eres extranjera».
Y el cuácaro tutear que en torno oía
Le recordaba aquella paz primera,
Aquel Edén de iguales y de hermanos,
Arcadia realizada entre cristianos.

CCLXXI

Así, cuando por fin cesó en el mundo
Esa persecución que nunca alcanza
Su objeto; aquel afán ciego, infecundo;
Ese loco esperar sin esperanza:
Entonces, sofocando en lo profundo
Del corazón la impía desconfianza,
Volvióse aquí, como hacia el sol las hojas,
Aquella alma en tinieblas y congojas.

CCLXXII

Y cual se ve desde eminente cumbre
Plegarse y disiparse el cortinaje
De niebla matinal, y entre áurea lumbre
Ir surgiendo el magnífico paisaje,
Roja ciudad de innúmera techumbre
Quintas y aldeas como suelto encaje,
Y entrelazando hogares y plantíos
Caminos de oro y plateados ríos:

CCLXXIII

Así también se disipó en su mente
La neblina falaz que la distrajo,
Y hoy al sol del amor resplandeciente
Ve el mundo inmenso dilatarse abajo.
El sendero asperísimo y pendiente
Que entre angustias y lágrimas la trajo
Perdió con la distancia sus fragores,
Y es ya una calle de arbolado y flores.

CCLXXIV

Gabriel no ha muerto, vive en su alma: en ella
Su imagen brilla sin cesar, vestida
De amor y juventud: dos veces bella,
En flor de corazón y en flor de vida;
Cual lo vió última vez la fiel doncella

COPÓN DE ORO, OFRECIDO Á SU SANTIDAD LEÓN XIII POR LA GUARDIA NOBLE

Extático en ardiente despedida,
Y más perfecto aún, que hoy lo acrisola
De eterna ausencia fúnebre aureola.

CCLXXV

El tiempo no entra en su memoria; en vano
Los años, aunque lentos, se suceden:
No han de cambiarlo en su tezón profano,
Transfigurarlo solamente pueden.
Para Gabriel no existe aquel tirano
De quien olvido y desamor proceden.
El ya no es un ausente: es como un muerto
Que al fin la mar depositó en su puerto.

CCLXXVI

Dulce paciencia, abnegación constante,
Consagración activa al bien ageno,
He aquí lo que esa mártir anhelante
Leyó escrito en las llagas de su seno.
Así va á difundirse en adelante
Aquel amor de que rebosa lleno,
Cual rica especia embalsamando el viento
Sin perder su fragancia al dar su aliento.

CCLXXVII

Roto de la esperanza el frágil vaso,
Y todo anhelo terrenal proscrito,
Sólo ansía ya con reverente paso
Seguir las huellas de Jesús bendito;
Reanima el cuerpo quebrantado y laso
Templándolo en el piélago infinito
De la divina caridad, y ufana
Ciñe el cordón humilde de la Hermana.

CCXXVIII

Meses y años enteros se deslizan
Viéndola infatigable en su tarea;
¡Cuánta llaga esas manos cicatrizan!
¡Cuánta miseria incógnita rastrea!
Por callejuelas que á hombres horrorizan
De puerta en puerta sin temor golpea,
Y para cada mal lleva consigo
Pan, luz, remedio, estímulo y abrigo.

CCLXXIX

Noche tras noche, cuando duerme el mundo
Y ruedan por las calles desoladas,
Entre ráfagas de aire gemebundo,
Las voces del sereno acostumbradas;
A tiempo que él anuncia aquel profundo
Sueño, y la paz y la quietud guardadas,

Tal vez divisa en mísera boardilla
Velando algún dolor su lamparilla.

CCLXXX

Y día tras día el alemán labriego,
Al entrar paso á paso con la aurora,
Rodando el carretón aldeaniego
Colmado en frutos de Pomona y Flora;
Cuando sus gritos turban el sosiego
Del arrabal, que aún duerme en esa hora,
Ve que á su claustro vuelve entonces ella,
Pálida de velar, mas siempre bella.

CCLXXXI

Cébase en la ciudad hórrida peste
Precedida de lúgubre presagio,
Y en bandadas las aves del Oeste
Acuden como nuncios del contagio;
Eclipsa al claro sol la alada hueste,
Cual nube precursora del naufragio,
Y en las que caen de la aérea flota
Descúbrese en el vientre una bellota.

CCLXXXII

Y cual sube en Septiembre la marea
Remontando corriente cristalina,
Y pronto en lago desbordada ondea,
La muerte así á la vida contamina.
Con las heces inmundas que acarrea
De la existencia la onda diamantina
En un día fatal turba y empaña,
Y roto el cauce, las ciudades baña.

CCLXXXIII

No tiene la riqueza poderío,
Ni encanto la beldad contra el tirano;
Sin distinción fulmina el rayo impío
La inexorable, destructora mano.
Fórmase en torno al mísero el vacío,
Y sin un compañero ni un hermano,
Se arrastra al hospital y allí perece,
En ese hogar del que de hogar carece.

CCLXXXIV

Entre el bosque, en la húmeda pradera,
En los suburbios se alza esa morada
Que en día no lejano verse espera
Por la ciudad creciente circundada;
Mas de medio del brillo de esa era
Ha de leerse siempre en su portada
La sentencia del Dios del Cristianismo;
«A los pobres amad como á mí mismo.»

CCLXXXV

De día y en la noche tenebrosa
Viene la Hermana á ministrar consuelo.
Los moribundos en su faz hermosa
Descubrir se imaginan luz del cielo;
Divina irradiación, esplendorosa
Que, ya espirante en su piadoso anhelo,
Juzga el paciente lámpara que luce
En la senda eternal que á Dios conduce.

CCLXXXVI

De un día del Señor en la mañana
Por la desierta, silenciosa calle,
Arriba al hospital la dulce Hermana;
Perfuman gayas flores aquel valle,
Y ella coge al pasar la más lozana,
Porque en su ramo el moribundo halle
El goce que su aroma le procura,
Al borde de su triste sepultura.

CCLXXXVII

Cruza el pórtico abierto y solitario;
Llega remoto y blando hasta su oído
Del cristiano vecino campanario
El gemebundo lúgubre tañido.
El canto de los suecos triste y vario
Por las auras del campo conducido,
De su agreste capilla sale entonce
Y se confunde con la voz del bronce.

CCLXXXVIII

Süave como el ala que se abate
Siente su pecho bienhechora calma,
Y ya con fiebre el corazón no late,
Que una secreta voz murmura en su alma:
«Hoy termina el mortífero combate,
Vas del martirio á recibir la palma!»
Y entra, con ademán noble y tranquilo,
Del acerbo dolor al santo asilo.

CCLXXXIX

Discurren silenciosas por la sala
Otras vírgenes puras de alba toca.
Esta al que espira el cielo le señala,
Aquélla enjuga la espumante boca;
Y al que la vida suspirando exhala,
Quedando inmóvil como yerta roca
Vencido por la muerte en árdua guerra,
Los ojos ya sin vista esta otra cierra.

CCXC

Más de un mustio paciente se levanta
Cuando entra en esta sala Evangelina,
Y anque el dolor los miembros les quebranta
Se incorporan cuando ella se avecina:
Su seráfico rostro los encanta,
Pues brota de sus ojos luz divina
Que alumbra su dolor, cual rayo puro
De un calabozo en el abismo oscuro.

CCXCI

Mira en torno; comprende en el momento.
Que ya el final consolador, la muerte,
Ha puesto fin de muchos al tormento,
Rindiendo, á par del achacoso, al fuerte,
De formas conocidas más de ciento
En la noche han partido de esta suerte,
Y sus lechos están abandonados
O ya por extranjeros ocupados.

CCXCII

De subito detiene el paso incierto,
Como de horror ó asombro poseída;
Está su labio lívido, entreabierto
Y es por temblor extraño sacudida;
El olvidado ramo al suelo yerto
Se escurre de su mano entumecida,
Y vuelan de su faz, cual sombra vana,
El brillo y el frescor de la mañana.

CCXCIII

De su terrible angustia eco profundo
Arranca un ¡ay! del lacerado pecho,
Óyelo en su delirio el moribundo
Y se incorpora en su mortuorio lecho;
Un anciano su adiós diciendo al mundo
Está frente á la hermana, á corto trecho,
Por guedejas sedosas y argentadas
Sus desteñidas sienes sombreadas.

CCXCIV

A la luz de la aurora placentera
Diríase que asume un breve instante
Todo el frescor de juventud primera
Del moribundo el pálido semblante;
La fiebre atiza la encendida hoguera
Y el labio tiñe en púrpura quemante.
La vida marca al hombre de esa suerte,
Para desviar al ángel de la muerte.

CCXCV

Inmóvil, espirante y sin sentido
La fuerza de su espíritu se agota,
Y se ve por instantes sumergido
De sombra eterna en la región ignota.
Por el reino del sueño y del olvido
Hacia la eternidad en rumbo flota,
Cuando súbito hiere esa alma mustia
El grito aquel de penetrante angustia.

CCXCVI

Y oye luego una voz que así suspira
Con dulce acento y celestial ternura:
«¡Amor mío! ¡Gabriel!» y al punto espira
Entre el silencio de su noche oscura.
Entonces evocada ante sí mira
De su aurora infantil la escena pura,
La aldea, el bosque, la florida alfombra,
Y Evangelina entre la fresca sombra.

CCXCVII

Agólpase á sus párpados el llanto,
Y al elevar la trémula mirada
Se desvanece el primitivo encanto;
Allí está Evangelina arrodillada.
Él se esfuerza en nombrarla; en su quebranto
Espira aquella voz, no articulada,
En el labio, que rígido, de hielo,
Resiste indócil su amoroso anhelo.

CCXCVIII

¡Incorporarse quiere, mas en vano!
É hincando Evangelina la rodilla
La sien le enjuga con abierta mano
Y refresca con besos su mejilla.
Torna aquel rostro á sonreír lozano;
Nuevo fulgor en su mirada brilla;
Mas de súbito se hunde en sombra aciaga
Cual esplendente luz que el cierzo apaga.

CCXCIX

Ya todo terminó: la espectativa,
La esperanza, el temor, el largo duelo;
Del tierno corazón la alarma viva,
Aquel inquieto, inextinguible anhelo,
Esa pena profunda y siempre activa,
Esa angustia constante y sin consuelo;
Y ella, al besar la inanimada frente,
«¡Gracias, oh Padre!» exclama humildemente.

CCC

Aún se alza allí la selva primitiva;
Mas muy lejos están de su espesura
Los que al fin alcanzaron su ansia viva
Durmiendo en ignorada sepultura:
Al pie del templo de ventana ojiva
De triste olvido entre la sombra oscura,
Y en medio al pueblo que los vió expirantes
Descansan juntos hoy ambos amantes.

CCCI

El mar de la existencia los rodea;
Y va á estrellarse tumultuosa al lado
De mil almas ardientes la marea,
Donde á las suyas reposar fué dado.
Mil cerebros febriles allí orea
El aura que sus sueños ha arrullado,
Y llega más de un laso peregrino
Donde ellos terminaron su camino.

CCCII

Álzanse aún los bosques seculares;
Mas á la sombra de ramaje habita
Otra nación, que atravesó los mares
Por suceder á la nación proscrita.
El sitio do brillaron sus hogares
Recorre á veces con la sien marchita
Uno que otro acadense, cuyo abuelo
Regresara á morir al patrio suelo.

CCCIII

Se halla el telar activo todavía
Del pescador humilde en la cabaña;
Las zagalas, cual se usa en Normandía
Ostentan su alba cofia en la montaña;
Se cuenta en el hogar en noche umbría
De Evangelina la leyenda extraña;
Mientras gime el oceano y la floresta
Con dolorida voz le da respuesta!

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

El autor del jabón del Congo, Víctor Vaissier, proveedor en título de S. M. el Rey de los Belgas, de S. A. el Rey de Túnez, etc., recomienda á su numerosa clientela pidan en todas partes los Polvos Congolanos, adherentes é invisibles, y el Extracto del Congo, perfume exquisito para el pañuelo.

Depósito central: Príncipe, 19 y 21, Madrid.

El anciano de la bohardilla.

Jamás olvidaré un admirable poema que leí en cierta ocasión. La primera vez que lo leí fué durante mi niñez, y tal fué la impresión que me produjo, que lo aprendí de memoria y lo recité ante mis condiscípulos varias veces. El poema trataba de un hombre muy anciano que había empleado toda su vida en buscar el modo y manera de convertir en oro el metal inferior. Con este objeto en vista, abandonó toda otra ocupación ó fruición. Carecía de parientes y de amigos, y no disfrutaba de satisfacciones de ninguna clase. Murió, finalmente, una noche borrascosa, en su bohardilla desierta, en la que fué hallado luego su extenuado cadáver, y de donde lo sacaron para enterrarlo en tumba hoy desconocida.

Supérfluo es decir que este pobre alucinado jamás logró encontrar lo que buscaba; es decir, la manera de poseer oro á bajo precio y á discreción.

La Naturaleza rehusa revelar al hombre ciertos secretos que, de conocerlos, serían su ruina; no obstante, mediante detenidas y asíduas indagaciones por parte del hombre, suele hacer conocer á éste ciertos hechos que le ayudan y salvan.

Imponte, lector, de la siguiente carta, y cuando la hayas leído te explicaré con mejor éxito lo que quiero decir con lo que antecede:—

«Mi anciano padre, dice el autor de la misma, estuvo sufriendo dolores en el estómago, y perdió el apetito desde que tuvo lugar la feria de Játiva, hasta la de Cieza, en cuya última estuvimos comprando caballos durante las tres semanas que allá permanecimos. No tomaba más alimento que el caldo, y en cierta ocasión llegó hasta comer un huevo, después de algún esfuerzo de su parte. Tanto mi hermano como yo, observamos que esta colación fué seguida de grande incomodidad para el enfermo.

Su apariencia era la de un esqueleto, y el cuerpo del enfermo carecía de toda sensibilidad. En cada pueblo que visitábamos comprábamos diferentes clases de medicinas. Su habitación parecía una botica, pero ninguno de estos remedios le prestaban alivio.

Cierto día acertó á leer en la «Florida» de D. José María Mateo, en la calle Blanca, el librito de la Madre Seigel, y desde luego compró una botella del Jarabe Curativo de la Madre Seigel, por dos pesetas, en la farmacia de D. Federico Cortina Mayor, de Murcia, calle de Santa Teresa.

Desde que nuestro padre tomó esta primera botella, los dolores del estómago desaparecieron y volvió á recuperar su apetito. Ahora, á Dios gracias, su salud se halla completamente restablecida, lo cual nos permite continuar nuestro negocio de caballos.

Pongo esto en conocimiento de usted con la mayor satisfacción, dándole un millón de gracias. De usted, etc., (Firma) Carlos Moine.»

¿Qué lección debemos aprender de esta carta simple, aunque llena de gratitud? Pues la siguiente: Que por más que la Naturaleza rehuse colmarnos de riquezas á pesar de nuestros ruegos, nos concede lo que aún vale más, á saber: la salud y la felicidad en sustitución de la miseria y la enfermedad.

La medicina que menciona la precitada carta fué descubierta por la Madre Seigel, excelente al par que inteligente señora, que había hecho detenidos estudios acerca de las propiedades de las plantas, y buscó y halló un remedio contra esa terrible y generalizada enfermedad, llamada indigestión y dispepsia.

Primeramente logró convencerse de su maravillosa virtud, y luego, habiéndolo preparado en cantidades, dió cuenta de él al mundo entero. El bien que desde entonces ha producido, y sigue produciendo constantemente, no tiene ponderación. Miles de personas que durante muchos años han estado sufriendo, y en cuyos casos todo tratamiento ha resultado ineficaz, nos escriben de todos los países cartas llenas de gratitud por su restablecimiento por medio de este remedio.

De esperarse es que los enfermos que con frecuencia han visto frustrarse sus esperanzas al emplear otras medicinas, se muestren rehacios en admitir asertos tan extraños y notables como el que antecede. No obstante, al optar por hacer una prueba con el citado jarabe, concluyen por convencerse de que *Dios en la Naturaleza se muestra más compasivo hacia la humanidad doliente que lo que ellos creían*; de que para la peor enfermedad existe en una ú otra parte su remedio; y añadiremos que la peor de todas las enfermedades, la feroz madre de casi todas las demás, es la indigestión y dispepsia; porque hiela la fuente misma de la vida, y engendra miles de otras enfermedades conocidas bajo diversos nombres.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, ocho reales.

Banco de España.

Resultando 16,60 por 100 el precio medio á que ha salido al Banco el importe de los cupones del vencimiento de 1.° de Abril próximo, correspondientes á los títulos de Deuda exterior y de billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, que ha tomado en negociación desde el 10 de Febrero último, fecha con que se publicó el anuncio de esta operación, el Consejo de gobierno ha acordado, conforme á la regla séptima del citado anuncio, que los referidos cupones que continúen depositados ó dados en garantía de operaciones en el Banco y en sus sucursales se paguen con la bonificación al respecto del expresado tipo de 16,60 por 100.

En su consecuencia, desde el día 21 del corriente se abrirá el pago de los mencionados cupones con la bonificación señalada, correspondiente á los títulos de Deuda exterior, y desde el 27 el de los de billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, previa presentación de los respectivos resguardos de depósito ó pólizas de préstamo ó de crédito con garantía.

Madrid 17 Marzo de 1893.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

Banco de España

Habiéndose recibido de la Dirección general de la Deuda pública los talones de los resguardos hasta el núm. 1.000, expedidos por aquel Centro en representación de cupones de Deuda perpétua al 4 por 100 interior, vencimiento de 1.° de Abril próximo, presentados en aquella Dirección, los portadores de los citados resguardos pueden presentarlos al cobro en las Cajas de este Banco en la forma siguiente:

Día 1.° de Abril: Resguardos núms.	1	á	400
» 3	»	»	»	401	á	800
» 4	»	»	»	801	á	1000

En los días sucesivos se pueden presentar al cobro en las mismas cajas, sin previo anuncio, los resguardos cuya numeración exceda de la última señalada, que serán satisfechos en el acto siempre que el Banco haya recibido de la Dirección general de la Deuda los talones correspondientes.

Madrid 28 Marzo de 1892.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

Banco de España

Desde el día 1.° de Abril próximo, de once de la mañana á tres de la tarde, se pagarán por este Banco los intereses correspondientes al primer trimestre del corriente año, de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 y los de la Deuda perpetua al 4 por 100 interior, depositados en las cajas del mismo ó entregados en garantías de operaciones.

Los interesados pueden presentarse en la caja de este Banco á percibir el importe de los intereses, por el orden siguiente:

DEUDA AMORTIZABLE AL 4 POR 100

Sábado 1.° de Abril.—Garantías de operaciones, depósitos intransmisibles, judiciales, necesarios, fianzas y cuentas corrientes de efectos.

Martes 4.—Depósitos transmisibles; resguardos números 170.223 á 260.000.

Jueves 6.—Id., id., id., id., 260.001 á 289.000.

Sábado 8.—Id., id., id., id., 289.001 á 302.000.

Martes 11.—Id.. id., id., id., 302.001 á 314.432.

DEUDA PERPETUA AL 4 POR 100 INTERIOR

Lunes 3 de Abril.—Garantías de operaciones, depósitos intransmisibles, judiciales, necesarios, fianzas y cuentas corrientes de efectos.

Miércoles 5.—Depósitos transmisibles; resguardos números 181.580 á 233.000.

Viernes 7.—Id., id., id., id., 233.001 á 261.000.

Lunes 10.—Id., id., id., id., 261.001 á 278.000.

Miércoles 12.—Id., id., id., id., 278.001 á 289.000.

Jueves 13.—Id., id., id., id., 289.001 á 300.000.

Viernes 14,—Id., id., id.. id., 300.001 á 308.000.

Sábado 15.—Id., id., id., id., 3080.01 á 313.959.

Los depósitos en Deuda amortizable al 4 por 100 que por resultado del sorteo de 1.° del actual contengan títulos amortizados, necesitan ser retirados por los depositantes, á fin de poder hacer efectivo el importe de aquéllos con el libramiento que se les entregará en equivalencia de los mismos.

Madrid 28 de Marzo de 1893.—El secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis.

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París.

LOS QUE TENGAN TOS

va sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea.

Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 1
1893

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA
DE
VICENTE GARCIA MUSTIELES
(SUCESOR DE PÉREZ)
CALLE MAYOR, NÚM. 50
MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.
Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.
Se sirven los pedidos con toda prontitud.

ELIXIR
DE
Protocloruro
DE HIERRO
CON HIPOFOSFITOS
DE VIVAS PEREZ

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginoso y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.*

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.--MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA, **Farmacia** VIVAS PEREZ

EL AGUILA

GRAN BAZAR DE ROPAS HECHAS
Y GÉNEROS PARA CONFECCIONAR Á LA MEDIDA
Gran surtido en trajes para niños.
PRECIO FIJO
Preciados, 3, esquina **á la de Tetuan.**
MADRID

GRAN CERERIA

ESPECIALIDAD
en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABEJAS para el **Culto católico**, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.
BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.
CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS
ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES
de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones.
Casa fundada en 1856. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar
Princesa, 40 SALVADO Y SALA Barcelona
Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis

LA ARTISTICA
Calle del Caballero de Gracia, 8

ESTAMPERIA
Novedades en todo género de estampas en grabado, fotograbado, litografía, fotografía, etc., de las principales casas del extranjero.
Especialidad en asuntos religiosos.
IMÁGENES TALLADAS
Se reciben encargos garantizando su buena ejecución.

MANUAL BÍBLICO
Ó
CURSO DE SAGRADA ESCRITURA
POR
MESSIEURS L. BACUEZ y F. VIGOUROUX
Traducida al castellano bajo la dirección de *D. Vicente Calatayud y Bonmatí.*—Le precede una carta-prólogo del Ilmo. Sr. D. Juan Maura Gelabert, Obispo de Orihuela.
Tomo primero, 5 pesetas en rústica.
Se vende en las librerías de los señores D. Enrique Hernández y don José del Amo, Paz, 6, Madrid, y en las principales librerías católicas de provincias.
En los pedidos al por mayor, dirigiéndose al traductor (Valencia), se hará rebaja proporcionada á la importancia del pedido.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
DE
ZOZAYA, (Editor).
PROVEEDOR DE LA REAL CASA
Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34
Especialidad en música religiosa
Publicamos constantemente todas las novedades de autores español y extranjeros.
OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA
JORGE G.° GIROD
Sucesor de Losada.

Fábrica de Guantes
J. F. IRUMBERRI
Gran surtido en guantes para señores Obispos, Sacerdotes y colegiales.
Única casa en Madrid dedicada á este artículo.
Guantes piel primera clase, tres botones, á 2 pesetas.
Idem bordados, á 2,50.
Para caballero, superiores, á 2,50.
Especialidad en guantes piel de caballo, cabrito, Suecia, gamuza y lana.
Corbatas última novedad.
CALLE DE FUENCARRAL, NÚM. 7

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 pts.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 2 1/2 ps. fs.
Un año..... 4 »

NÚMERO 7.º—Madrid 15 de Abril de 1893

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 FRCOS
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 »

SUMARIO

TEXTO

Resurrección
por D. Valentín Gómez.

Grabados
por Antonio de Olmedo.

El triunfo de León XIII
por D. Martín Domínguez Berrueta.

Murmuraciones de vecindad
por D. M. Polo y Peyrolón.

Nuestro arte religioso
por D. José Ferrándiz.

El perro gimnasta
por D. Alfonso Pérez de Nieva.

Las mujeres de los sectarios
por D. Antonio Balbín de Unquera.

El verdadero progreso
por D. Luis Montalvo Jardín.

Nuestra Señora de la Almudena en Madrid
por el conde de Fabraquer.

Advertencia importante.

Reclamos y anuncios.

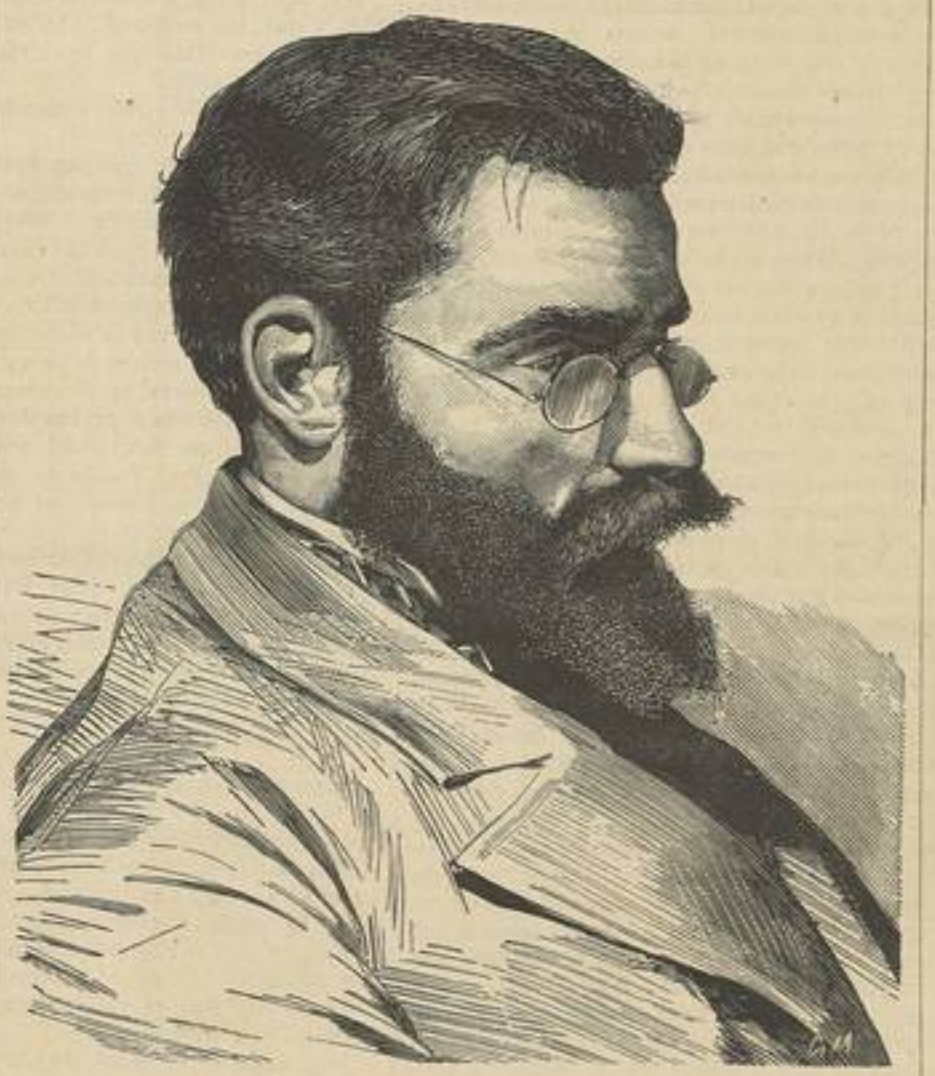
GRABADOS

Pradilla.

El zapatero santo.

Causa y efecto.

Lápida sepulcral en San Miguel de la Cogolla.



PRADILLA

Resurrección.

I

Ha terminado la conmemoración de los sucesos tristes: el alegre tañído de las campanas, que comienza en las regiones más apartadas de Europa y se extiende por el Asia, y cruza ambos Oceanos y se repite en las últimas aldehuelas de América, anuncia al mundo el misterio consolador de la Resurrección de Jesucristo, preliminar admirable de la resurrección de todos los cuerpos al fin de los siglos.

La Iglesia se despoja de sus lutos, señal de la muerte, y se viste con sus más bellos ornamentos de seda y oro, símbolo de la vida.

Cesaron los cánticos del dolor, los ayes lastimeros de los Profetas, los discordantes sonidos de la carraca, las ceremonias de la desolación, y ya por todas partes se escuchan los cánticos de la alegría, los acordes harmoniosos del órgano, el hueco choque del metal, que en magnífico y universal coro entonan el *Gloria in excelsis* con que saludaron los ángeles la venida del Divino Infante á la morada de los hombres.

¡Gloria á Dios en las alturas! ¡Gloria al vencedor de la muerte! ¡Gloria al Hijo del Hombre, que entregó su cuerpo á la ignominia, á la afrenta y al sepulcro, para sacarlo luego del seno de la tierra, más hermoso que sale la mariposa del capullo y la dorada espiga de la simiente que se pudrió en el lodo!

No quiso nuestro adorable Salvador que su cuerpo sufriera la ley de la corrupción á que están sujetos todos los seres creados. Incorrupto permaneció en la sepultura, mientras el alma de Jesús abría las puertas del seno de Abrahám y resplandecía en los abismos para anunciar á la serpiente que su cabeza había sido quebrantada; y llegado el día tercero, después de la muerte, el cuerpo y el alma, unidos de nuevo, rompieron lo cárcel que los contenía, y Jesús volvió á aparecer en medio de sus discípulos, mas ya no bajo el velo de la carne mortal, sino glorioso y transfigurado, como está en el cielo á la diestra de su Eterno Padre.

La profecía de la Resurrección acababa de cumplirse, como se habían cumplido las de la vida, pasión y muerte del Justo por excelencia. Todas las precauciones de los pérfidos judíos habían sido inútiles; mejor dicho, se habían vuelto contra sus propios intentos. Persiguieron y crucificaron á Jesús porque, llamándose Hijo de Dios, tenía el atrevimiento de hacer milagros en su nombre. Ahora habían puesto guardas en el sepulcro y lo habían sellado, para evitar el nuevo milagro de la Resurrección que, según ellos, sería peor que los otros. Pero hé aquí que estas escrupulosas precauciones sólo sirven para hacer que el milagro sea más patente y el hecho de la Resurrección más indudable. Si el sepulcro del Salvador no hubiera sido guardado y sellado por sus propios verdugos, ¿qué argumentos no inventaría la incredulidad para combatir aquel hecho? Los príncipes de los sacerdotes, rebeldes á la evidencia, no se dieron, sin embargo, por vencidos, y en la confusión de su ciega inteligencia sobornan á los guardas para que digan que mientras ellos estaban dormidos, los discípulos de Jesucristo fueron sigilosamsnte á robar su cuerpo. ¡Qué mal teje sus embustes la mentira! Pues ¿cómo, si estaban dormidos, supieron que el cuerpo había sido robado? ¿Ni cómo los discípulos rompieron el sello y levantaron la gran piedra del sepulcro, sin despertar á los guardas?

Mas era necesario que la mentira diese testimonio de la verdad, y por eso las mismas palabras y los mismos hechos de los judíos testifican con incomparable elocuencia los milagros todos que más se empeñaron en desconocer.

La Resurrección de Jesucristo, es, pues, un hecho demostrado que el odio puede combatir, pero que la buena fé no puede negar. Y si resucitó, hubo de hacerlo por su propia virtud; y si lo hizo por su propia virtud, y si antes había devuelto la vida al hijo de la viuda de Naín y á Lázaro, ¿no es evidente que Jesucristo era Dios, pues solamente Dios puede alterar de este modo las leyes de la Naturaleza, y solamente Él es dueño de la vida y de la muerte?

Jesucristo era Dios, y sus palabras de verdad son la verdad misma; luego, habiendo enseñado que nosotros resucitaríamos, como Él resucitó, á fin de ser juzgados en la carne y en el espíritu, claro es que debemos creer en la resurrección de los cuerpos, como creemos en la divinidad de Jesucristo.

Los hombres que no dan crédito sino á lo que ellos enfáticamente llaman *ciencia*, y que suponen absurdo cuanto está por cima de su pobre entendimiento, se sonríen con desdén al oir la exposición de estos admirables y consoladores dogmas. San Agustín, que adivinó á estos sabios, sale al encuentro de sus objeciones con un discurso que será perpetuamente la desesperación de los incrédulos. Escuchemos al inmortal y santo Obispo de Hipona:

«Acerca de la Resurrección, el hijo de Dios predijo dos cosas increíbles, á saber: que los cuerpos resucitarán y que el mundo lo creería, habiéndolas predicho ambas mucho antes de que una de ellas sucediese. De estas dos cosas increíbles vemos que una de ellas ha sucedido ya; esto es, que el mundo creería una cosa increíble, la resurrección de los cuerpos; así, pues, veremos la otra, puesto que lo sucedido no es menos difícil de creer. A estas dos cosas increíbles añadid, si os place, una tercera que no lo es menos; y es que el mundo ha creído una cosa increíble por el dicho de algunos hombres groseros é ignorantes.

»He aquí, pues, tres cosas igualmente increíbles, y que, sin embargo, han sucedido:

»1.° Es increíble que Jesucristo haya resucitado en su carne.

»2.° Es increíble que el mundo haya creído una cosa tan increíble.

»3.° Es increíble que un corto número de hombres pobres, desconocidos é ignorantes hayan podido persuadir al mundo y á los sabios del mundo una cosa tan increíble.

»De estas tres cosas increíbles, nuestros adversarios no se avienen á creer la primera; están obligados á ver la segunda, y no podrían comprenderla, á menos de creer la tercera. En cuanto á la primera, la Resurrección de Jesucristo es predicada y creída desde Levante á Poniente; y si no es creíble, ¿cómo es creída por toda la tierra? Y si lo es, ¿por qué un puñado de hombres obstinados no creen lo que todo el mundo cree? (1)»

Es decir, que lo increíble es lo verdaderamente racional; y así, quien no crea estas cosas increíbles, no da á su razón aquella fe que necesita para explicarse en cierto modo los altísimos misterios que constituyen el objeto de nuestra vida en el mundo.

II

Si no puede negarse que Jesucristo resucitó; si lo proclama la historia con pruebas tales como ningún hecho quizá las ha tenido en pro de su exactitud, y está repitiéndolo el mundo entero hace diez y nueve siglos, y á la hora presente lo celebran millones de católicos esparcidos por toda la redondez de la tierra que cantan himnos de gloria y gratitud en cientos de lenguas distintas, claro es que nosotros hemos de resucitar también.

Jesucristo es el único Hombre que ha resucitado para nunca más morir; predijo su resurrección como testimonio de su divina infalibilidad; es así que anunció también la resurrección de todos los muertos en el fin de los siglos; luego esta resurrección será no meno cierta que lo fué la suya propia.

¡Resucitar! Esta carne que se corrompe, que se disuelve y confunde en el polvo como el grano de sal en la inmensidad de las aguas; esta materia, compuesta de tantas partículas que han pertenecido á tantos seres distintos; esta máquina complicadísima, cuyas células misteriosas se modifican y sustituyen tantas veces durante la vida; estos órganos, que se gastan, que enferman, que se deshacen, y, por fin, van á desparramarse entre los diversos órdenes mineralógicos á que pertenecen; todo este pequeño mundo, dentro del cual vive encarcelada el alma durante un período de tiempo que pasa rápido y enojoso como una pesadilla, ha de volver á constituirse de la misma manera sustancial que hoy está constituído, á ser lo que es hoy, un cuerpo humano con todas sus partes y condiciones propias, aunque ya libre de la sentencia que le hace mortal en su peregrinación por la tierra.

—¡Imposible! ¡absurdo! ¡sueño! ¡delirio!—grita la incredulidad fuera de sí.—No hay ley de la Naturaleza que haga sospechar siquiera la posibilidad de un hecho semejante. Todo lo que vive nace, todo lo que nace muere, todo lo que muere se transforma, cambia de sér, pero no vuelve á ser nunca lo que antes fué; es decir, no resucita.

He aquí lo increíble, saliendo siempre al paso de los incrédulos para aniquilarlos. El absurdo, el sueño, el delirio, es objeto de una fe enseñada por un pobre carpintero que se llamaba Jesús y predicada por una docena de miserables pescadores que se llamaron Apóstoles.

Esa fe, que tiene esos orígenes, fué aceptada por sabios y por ignorantes, por nobles y por esclavos, por Príncipes y por pueblos; y en su defensa murieron más número de personas de todas clases, edades y categorías en un mes de persecución, que han muerto desde que el mundo existe por defender cualquiera otra verdad del orden natural ó un error cualquiera del orden religioso.

¡Tantos mártires por ese delirio increíble, y tan pocos por las verdades de la ciencia ó los errores de un impostor!

¿No es esto verdaderamente maravilloso é inexplicable por la simple razón humana?

¿Qué extraño hombre era ese Jesús que hizo creer al mundo cosas tan estupendas como la resurrección de la carne y el Sacramento del Altar?

Que Él, después de muerto y después de resucitado, quedaba vivo y entero en un pedazo de pan y un poco de vino; que esos manjares se convertían en su propio Cuerpo, en su propia Alma, en su propia sustancia; esto es, en Dios Criador del Universo y Redentor de los hombres, y que los hombres habían de postrarse en tierra y adorar aquel Sacramento y alimentarse con Él y vivir una vida de amor espiritual que nadie había imaginado jamás... y luego, que hemos de resucitar al cabo de los tiempos, y que lo que hoy se oculta bajo el velo misterioso del Sacramento, lo veremos entonces mejor que vemos la luz del sol, y será nuestra delicia, nuestra felicidad suma, inenarrable, infinita... ¿Qué es esto? ¿Por cosas tales han dado la vida tantos millones de mártires, han hecho penitencias cruelísimas tantos millones de justos, se han sepultado en los claustros tantos millones de monjes, han desafiado las tempestades, las pestes, el hambre, la sed, todas las miserias posibles, tantos millones de misioneros?

Sí; por esas cosas, por esos delirios, por esos absurdos que enseñó un pobre carpintero de Nazareth llamado Jesús y unos miserables pescadores que se daban el nombre de Apóstoles.

Pero aquel pobre carpintero resucitó al tercer día de su muerte, y sus propios enemigos dieron testimonio del hecho, y nadie más que

(1) *Ciudad de Dios*, lib. XVII, cap. V.

Él ha resucitado en el mundo para no volver á morir. Pues si el hecho es evidente, y lo es la propagación inmensa de sus doctrinas increíbles, Jesús, que resucitó y que anunció la resurrección de toda carne, no podía menos de ser Dios.

¡Jesús es Dios! Hé aquí la verdad sublime que todo lo explica y esclarece: hé aquí la base fundamental de esa fé admirable que ha engrandecido al hombre, haciéndole superior á los infortunios, á los tormentos y á la muerte.

El carpintero de Nazareth era el Dios vivo que abría las aguas del Mar Rojo, que relampagueaba en el Sinaí y se ocultaba en el templo de Salomón.

Era el mismo que en el principio creaba al mundo de la nada, que hacía huir á las tinieblas ante el primer rayo de luz que brotó de su mano omnipotente, y colocaba el sol, la luna y las estrellas en la inmensidad del éter, y poblaba de seres el Universo, y de harmonías y perfumes el aire, y de colores los cuerpos, y concluía, en fin, haciendo con un poco de barro la figura más bella de la Creación, al hombre, imagen y semejanza de Dios, inteligencia dominadora de todo lo visible, y voluntad poderosa para unirse en sus afectos al mismo Sér que le dió vida.

Ese era y ese es Jesús, resucitado de entre los muertos.

Maestro celestial de los hombres, que no quiso volver al seno del Padre sin dejarnos el dulcísimo consuelo de nuestra propia resurrección.

Como Él resucitó, así resucitaremos nosotros. La muerte es un paréntesis; es verdaderamente un sueño de la materia, del cual despertará tan radiante y hermosa como há menester el espíritu bienaventurado que ha de habitarla eternamente.

¿De qué modo ha de suceder esto?

¡Ah, vana curiosidad del orgullo humano! Nacemos y morimos, y todos los días y á todas horas vemos nacer y morir, y aún no hemos podido averiguar de qué modo nacemos y morimos, ni en qué consiste la vida y la muerte, y pretendemos saber cómo será nuestra resurrección!

Conténtate, ¡oh soberbia ignorancia de la incredulidad! con saber que, como nacemos y morimos, así resucitaremos.

VALENTÍN GÓMEZ.

GRABADOS

Pradilla.—(Pág. 97.)

¿Quién no conoce de oídas al autor de *Doña Juana la Loca*, de la *Rendición de Granada*, de los frescos del palacio de Murga y tantas otras obras admirables, pasmo de los inteligentes y de todo el público? Pradilla es una gloria nacional. Premiado en multitud de certámenes pictóricos, admirado en todo el mundo, su firma es de las que más se aprecian en Europa y América, y sus composiciones son reproducidas constantemente en todas las naciones por el pincel y el grabado. Es de los pintores que no aspiran sólo á la ganancia, sino á la gloria, y que toman no ya por lo serio, sino por lo sublime su arte. Confirmador de Rosales, su obra pasará á la posteridad y resistirá á la crítica.

Su biografía es sencilla por demás. Natural de Zaragoza, criado y educado en Madrid, pensionado en Roma y últimamente premiado en la Exposición de Madrid por su cuadro *Doña Juana la Loca*, su vida entera se ha consagrado al arte, y toda España le considera y aprecia como á uno de sus hijos predilectos.

El zapatero santo.—(Pág. 101.)

La tradición portuguesa no ha olvidado el nombre de Simón Gomes, el zapatero santo. Dícese que estaba dotado de gracia profética, y acudía á él gente de todas clases sociales para oir sus predicaciones. Fué la maravilla del siglo décimo sexto en Portugal.

Murió con fama de santo en 1576, siendo sepultado en la iglesia de San Roque delante del altar de las vírgenes.

Causa y efecto.—(Págs. 104 y 105.)

He aquí las caricaturas inglesas, ó mejor dicho, los cuadros de costumbres, á los que tan aficionados se muestran los pintores ingleses contemporáneos. La intención es graciosa, y las figuras resultan muy bien concebidas y ejecutadas.

Lápida sepulcral de San Millán de la Cogolla.
(Pág. 109.)

En el Monasterio de San Millán de la Cogolla encuéntranse multitud de recuerdos de la Edad Media, del arte cristiano por excelencia La lápida sepulcral cuya copia ofrecemos á nuestros lectores, es un verdadero monumento arqueológico, de inestimable valor histórico y artístico.

ANTONIO DE OLMEDO.

El triunfo de León XIII

La Providencia es admirable en sus designios; sabia y bien patente en acción en la historia de los pueblos, y en el sucederse continuo de los acontecimientos, se muestra esa Providencia vinculada para la Iglesia católica en la palabra eterna que no pasará aunque todas las cosas creadas pasen; en la promesa de que el Espíritu Santo ha de asistirla hasta la consumación de los siglos, y que las potestades de la tierra y del infierno no prevalecerán contra ella.

El Papa estará sin dominios temporales, será víctima del más sacrílego despojo, se le reducirá á vivir en su palacio negándole la libertad; pero su reino nadie podrá usurparlo ni ponerle límites, su imperio no tiene fronteras, y su poder parece acrecentarse, y de hecho así sucede á medida que quiere dejársele eclipsado. Es Dios que así dispone las cosas para confundir la soberbia de los hombres; el Papa desde su gabinete seguirá representando el poder más alto, y gobernará al mundo, siendo su voz obedecida y buscada para decidir de la suerte de los pueblos, y para bendecir los monumentos civilizadores y de verdadero progreso.

León XIII triunfa é impera, y su imperio y su triunfo es el de la Iglesia, es el de la verdad que se levanta sobre las ruinas de todo lo que pasa, cambia y perece; es el triunfo del Pontificado, hoy más grande, más señor y soberano que en época alguna, porque su grandeza tiene por medida la pequeñez que le prepara y proporciona el odio y persecución sectaria que para mengua de la cultura hace guerra al Pontífice como representante de la Iglesia católica, creyendo neciamente que su señorío puede tener término no dejándole un palmo de terreno en sus Estados, cuando por cada palmo que se le arrebata se le ofrece un mundo de más dilatados horizontes, la soberanía que le reconocen las gentes de todo país y raza.

Ya lo sabrán los lectores de nuestra Revista, el Papa hablará en la Exposición de Chicago, y este concurso magno y espléndido de la actividad humana se abrirá á la voz del venerable anciano que dirige los destinos de la Iglesia católica; el fonógrafo, maravillosa aplicación de la electricidad, ha recogido en sus placas la palabra del Pontífice, y repetirá su discurso en aquel acto solemnísimo.

Los periódicos han dado detalladamente esta noticia que tanta alegría ha despertado en los católicos. El Santo Padre, accediendo á la petición del Sr. Moriarty, llegado á Roma con este exclusivo objeto, acercándose al fonógrafo que el referido señor le presentó, recitó un breve discurso en latín saludando al pueblo americano.

Se verificó la prueba, y el aparato de Edisson, llenando de asombro á los que presentes estaban, repitió las palabras del Papa, quien admirando también lo prodigioso del invento, con un pensamiento digno de su genio y saber ponderaba lo que hubiera valido hace dos mil años para poder escuchar en sagrado silencio la voz de Jesucristo.

Sin grande esfuerzo aparece á nuestra mente dibujado el cuadro por el entusiasmo que nos inspira; América convoca al mundo antiguo y á las naciones del continente nuevo para que ofrezcan un hermoso concierto de todas las manifestaciones del trabajo, presentando las artes sus creaciones, la ciencia sus progresos, la industria sus prodigiosos inventos, el hombre del siglo XIX el resumen, el tesoro de la civilización, y levantando así el monumento más expresivo de la gratitud de la humanidad á la bondad de Dios, autor de todo, que abrió el paso de Colón por los mares para descubrir un mundo. ¿Quién sino el Papa, Jefe de la cristiandad, podía inaugurar esa Exposición? ¿Quién sino León XIII, centro de estabilidad, unidad única que persiste como roca inquebrantable, podía hablar á la multitud y diversidad de gentes allí reunidas?

Una espectación solemne, una viva ansiedad, esperará que el fonógrafo empiece á funcionar; el Papa está hablando; es su voz la que se escucha; sus palabras de paz, de bendición, son las que deleitan á aquellos oídos, las que toman posesión de aquellos corazones.....
....

No necesita la ignorancia y la ciencia incrédula condenación más explícita; el fonógrafo está proclamando que la doctrina católica nunca se ha opuesto al adelantamiento y perfección del hombre y de sus obras; que la ciencia es hija predilecta de la Iglesia; que el representante de Cristo en la tierra saluda con efusión y júbilo las conquistas del siglo XIX cuando en nada embarazan el camino de la humanidad á su último y supremo destino.

Esto, que no es nada nuevo, hay que repetirlo sin cansancio en nuestra época, y hay que llamar la atención sobre ello para que espíritus pobres, débiles, no se dejen arrastrar por mentidos progresos, soñados antagonismos entre la razón y la fe.

La experiencia viene confirmando lo que es de razón y sentido común; al lado de la verdad, de la Iglesia y su Vicario, están los hombres honrados, las inteligencias privilegiadas, la realización y el progreso sólido y realmente tal.

El triunfo de León XIII, hablando en la Exposición de Chicago, concreta, determina y materializa, si vale la expresión, ese pensamiento, arrancando como una confesión universal de su exacto cumplimiento en la historia.

M. DOMINGUEZ BERRUETA.

Murmuraciones de vecindad.

I

ANTES DE LA MISIÓN

Todos mis cuentos pasan en Vallehermoso. No hay, por lo tanto, que advertirlo, ni para qué inventar nuevos nombres de aldeas ó lugares. Si aquél no os gusta, cambiadlo, lectores míos, y atención.

Era el día 12 de Junio del año de 1876. Hacía algo de calor, por lo que varias mujeres refu-

giáronse por la tarde en la puerta de la tía Venancia, á la sombra de los frescos pámpanos de una parra que de pórtico á la casa sirve. Sentadas éstas sobre el duro suelo, aquéllas sobre escaños y algunas sobre troncos de leña, hablaban todas por los codos; pero hilaban ó cosían á la vez, sin levantar mano de la labor.

—Dígame usté, tía Venancia (preguntó la Escribana, llamada así por ser mujer del Secretario del Ayuntamiento), ¿es cierto que tenemos fiesta esta semana?

—¿Pues no lo oiste el domingo en Misa mayor?

—No señora, porque como no estoy tan desocupada como ustedes, me contenté con ir á la rezada, y de prisa y corriendo.

—Dí que no te dió la gana, y hemos concluído. Como tu marido es hombre de pluma y tan leído, te ha llenado la cabeza de pájaros: antes no eras así.

—Bueno, siempre está usté con la misma canción; pero ¿hay fiesta ó no?

—Sí, mujer, sí;—contestaron varias á coro.

—Pues ¿á qué Santo?

—Al Papa, que cumple el viernes treinta años en el trono.

También á Vallehermoso llega el eco de los estrepitosos acontecimientos que celebra la cristiandad, pues sus vecinos son todos ellos cristianos, no conversos, sino rancios y añejos como el buen vino. Alguno que otro se apunta y va convirtiéndose en vinagre; pero ¡cómo ha de ser!

—¿Al Papa? (dijo la mujer del Secretario), Pues ¿qué tenemos que ver nosotros con ese señor?

—Hija (contestó la entendida tía Venancia), lo mismo que con Jesucristo nuestro Dios, de quien es representante en la tierra.

—¡Qué cosas tiene la Escribana!—exclamaron todas.

—¿Y para eso vienen los Jesuítas?—preguntó aquélla.

—Para eso (respondió la tía Venancia). El señor Obispo, que es muy bueno y conoce que los necesitamos, envía dos misioneros para que, con el señor *Retor*, celebren un tríduo de misión, que empezará el día 16.

—Decid lo que querais (observó la maliciosa Escribana); pero, según mi hombre, no faltarán disgustos.

—¿Por qué ha de haber disgustos?—preguntaron todas asombradas.

—Pues es muy sencillo (dijo aquélla) porque los Jesuitas son los peores Curas, y eso que no hay que fiarse de ninguno.

—¡Ave María Purísima! ¡Qué herejías dice esta mujer!

—Chicas, si queréis que os diga la verdad, yo no he visto Jesuitas en mi vida; pero mi hombre, que los conoce muy bien, dice que, aunque parecen unos benditos que en su vida han roto un plato, son muy malos, y á pocos días que estén, nos han de revolver el pueblo y se nos han de llevar los cuartos.

—Calla, lengua de víbora, calla (contestó la tía Venancia); tu marido es un judío completo, y tú una bobalicona que le escuchas con la boca abierta, y te las tragas como ruedas de molino. Pues mira, aunque sois de la piel del diablo, me figuro que no seréis los últimos que vayan á confesarse con los Padres Jesuitas.

—No pienso en semejante cosa.

—Allá veremos.

II

EN LA MISIÓN

Era el día 18 por la tarde. Las murmuraciones no habían empezado aún en la puerta y debajo de la parra de la tía Venancia; pero iban acudiendo las comadres vecinas y, ocupando sus respectivos puestos, emprendían la labor. Se habló de mil tonterías, y una mocetona robusta, aprovechando un momento de silencio, abrió el pico, y cantó como un ruiseñor la siguiente copla:

Me han dicho que no me quieres,
no me da pena maldita,
que la mancha de la mora
con otra verde se quita.

Repitieron todas el estribillo, y terminado que fué dijo la tía Venancia:

—Casilda, mujer, ¡cuánto mejor fuera cantar las letrillas de los misioneros!

—Dice usté bien, tía Venancia. Vamos á cantarlas.

Bajaron todas la cabeza, recogieron su espíritu y cantaron á coro:

Perdón, oh Dios mío,
perdón, indulgencia,
perdón y clemencia,
perdón y piedad.

CASILDA. Pequé; ya mi alma
su culpa confiesa,
mil veces me pesa
de tanta maldad.

CORO. Perdón, oh Dios mío, etc.

CASILDA. Mil veces me pesa
de haber, obstinado,
tu pecho rasgado,
¡oh suma bondad!

CORO. Perdón, oh Dios mío, etc.

CASILDA. Yo fuí quien del duro
madero inclemente
te puso pendiente
con vil impiedad.

CORO. Perdón, oh Dios mío, etc.

—Hijas, ¡qué afición les habéis cogido á las canciones de los misioros!—dijo la Escribana llegando, interrumpiéndolas y sentándose.

—Pues tampoco á tí te disgustan (contestó la tía Venancia), que anoche estabas en la iglesia, á mi lado, llorando como una Magdalena y cantando con toda tu alma.

—Verdad es, abuela; no se puede oir á esos Padres sin enternecerse. Yo le puedo asegurar á usté que ningún predicador más que ellos me ha hecho llorar nunca. ¡Qué pico de oro! Y como llegan sus palabras á las entretelas del corazón! Válgate Jesús, ¡bendita sea la madre que ha parido semejantes hijos!

—¿No ves, mujer? Ya te decía yo que no serías de las últimas que se confesasen.

—No por cierto: esta noche misma pienso ponerme bien con Dios.

—Nosotras ya hemos ido; pero acudiremos á la Comunión general.

—Y tú marido, ¿qué dice, Escribana?—preguntó la tía Venancia.

—Está de un humor de todos los diablos. Dice que los Padres lo están desacreditando, y luego no habrá nadie que lo crea, ni quien le mire á la cara en el lugar.

—Hija, que haga lo que todos; que se convierta y se confiese.

—Pues eso mismo le digo yo.

—¡Dios lo quiera!

III

DESPUES DE LA MISIÓN

Era el día 20. Todo el pueblo, hombres, mujeres y niños, jóvenes y viejas, habían salido á despedir á los Padres misioneros. Las lágrimas enturbiaban muchos ojos; todos se disputaban el honor de besar sus manos; el señor Cura y los más distinguidos vecinos del lugar estrecharon cariñosamente entre sus brazos á los humildes hijos de Loyola; y en medio de una aclamación general partieron.

La muchedumbre regresó á la aldea. Entre los últimos caminaba, con paso lento, un grupo de mujeres, presidido por la respetable ochentona tía Venancia. Apoyada en el brazo de Casilda y en medio de las comadres y vecinas, habituales tertulianas de la casita de la parra, dirigíase á Vallehermoso, comentando los sucesos que motivaban aquella romería.

—Hijas, ¿queréis que descansemos un poco?—preguntó de repente.

—Bien pensado, tía Venancia; sentémonos en este ribazo.

Lo hicieron así. Un hombre y una mujer, más rezagados todavía que nuestras comadres, pasaron del brazo momentos después, saludaron y prosiguieron su camino.

—Sí no lo viera, no lo creería (dijo Casilda señalando á los traeseuntes): diez años hace que vivían separados.

—Pues qué, ¿ha quedado en el lugar después de la misión (preguntó la tía Venancia) algún matrimonio mal avenido?

—No, señora (contestó la Escribana), todos han hecho las paces para volver á vivir juntos; pero lo que más me admira es que se hayan reconciliado también el tío Juanón y el tío Miguelillo que, como sabéis, se odiaban á muerte y habían intentado más de una vez asesinarse.

—¡Toma! (añadió una comadre). Pues á mí lo que me pasma es que por conducto del Cura y de los Padres, hayan sido devueltos á sus dueños todos los objetos robados en estos años últimos. Hasta mi Juan Antonio ha recobrado aquella hermosa manta que le quitaron en las eras.

—Todo lo que dices (observó la tía Venancia) es tan cierto como admirable; pero para mí el mayor milagro de esta misión, y no te enfades porque lo diga, Escribana, es que se haya confesado tu marido.

—Tiene usté razón, abuela (dijo la aludida): veinte años hacía que no entraba en la iglesia, ni cumplía con la parroquia. ¡Dios sea bendito por todo!

—¿Y cuánto os ha costado esta conversión?—preguntó la intencionada vieja.

—Ni un céntimo, tía Venancia.

—Como decías que los Jesuítas revolverían el lugar y nos dejarían sin un cuarto...

—¿Qué quiere usté? El que tiene boca se equivoca.

¿Para qué seguir? Á confesión de parte, relevación de prueba.

MANUEL POLO Y PEYROLON.

Nuestro arte religioso

XXIV

(Sigue las conclusiones.)

Un templo de buena arquitectura y bien dispuesto, con acertada distribución de todas sus partes y dependencias, puede tener muy mal aspecto, y quedar ocultas ó deformadas sus bellezas por el aditamento de un mueblaje mal escogido.

El arte de amueblar iglesias casi no existe: no debe haber personas peritas y á él dedicadas, ó quizá no se sabe dónde hallarlas cuando son necesarias, como quiera que no se ve por ninguna parte un lugar santo bien amueblado. Los antiguos han sido casi todos convertidos en abigarrados almacenes de objetos de diferentes épocas y gustos, hacinados en sus naves, capillas, altares y sacristías; los nuevos demuestran bien patentemente la falta, no sólo de gusto, sino hasta de sentido común, en los que se han atrevido á surtirlos de muebles y accesorios. San Francisco el Grande es una de las pruebas indiscutibles de tan sensible desgracia, por la que nuestros sucesores habrán de juzgarnos harto severamente, lo mismo á los españoles que á los extranjeros. No es posible imaginar anarquía semejante ni más completa ausencia de todo criterio. Hemos perdido enteramente los papeles.

EL ZAPATERO SANTO

A mi pobre juicio, el que trate de dictar reglas y reducir á cuerpo metódico de doctrina este arte, ó bien de legislar sobre el mueblaje de los templos, deberá tener en cuenta los siguientes.

Por regla general, el mueblaje será correcto en cuanto al estilo, y concordante con la arquitectura, aspecto y condiciones del templo que adorna.

Esta conformidad no es en manera alguna (y aquí está el hito de la dificultad de este arte, ó sea el gusto exquisito en la variedad, aunado con la corrección y la propiedad), no es la monotonía de un criterio cerrado que pretenda dar á todos los objetos las formas que dominaban en el tiempo á que corresponda la arquitectura de la construcción, excluyendo los adelantos verdaderos (nueva dificultad para saber distinguirlos, y apartarse tanto del atavismo como de las exageraciones y desplantes de los modernistas), para caer en la uniformidad más enojosa. Así, por vía de ejemplo, estaría tan fuera de lo justo colgar lamparones feísimos, como algunos del tiempo de la arquitectura ojival, sólo por ser éste el estilo de la iglesia que se quisiera adornar, ó que fueren exclusivamente del orden corintio hasta los menores detalles de todos los objetos que pusiéramos en un edificio del referido orden; como el no tener en cuenta éste para casi nada, y llenar el recinto de muebles de varias épocas y hasta de los que ahora se construyen para las viviendas.

Segunda regla, también general: los muebles y accesorios deben ser adecuados á su objeto, y, por lo tanto, cumplir su misión, y nada más, sin estorbar ocupando demasiado espacio ó interrumpiendo las líneas y puntos de vista arquitectónicos. Además, no debiera haber menos ni tampoco más de los necesarios y bien justificados.

Regla tercera. Los objetos que formen parte del mueblaje eclesiástico han de reunir estas condiciones indispensables: solidez aparente y real, verdad, buena y noble materia y belleza, tanto si los consideramos aislados como en combinación con el monumento en que figuran. En su consecuencia, debiéramos proscribir del templo todas las zarandajas de yeso, cartón piedra, papel, trapo, cartón, maderas flojas y bastas, los objetos de bisutería y de metales inferiores; debiéramos proscribir todas las imitaciones á mármoles, bronces y materiales esquisitos, los muebles chapeados, los metales barnizados, los diversos trasparentes que imitan vidrios de colores, los cromos que pretenden sustituír á las pinturas de lienzo, los falsos mosáicos, los empapelados, el tapizado perpétuo de las paredes, aunque sea con buenas telas, el estuco, el dorado á la purpurina, y en fin todo cuanto sea feble y quebradizo, poco estable y contrahecho, debiendo preferir el uso á las claras de una materia menos noble, el buen pino, v. gr., ó el metal amarillo á la imitación del nogal ó del bronce, por medio de procedimientos que muy pronto han de fallar y dejar al descubierto la falsedad, sin engaño de nadie, pero dando carta de naturaleza á la mentira en el santuario de la verdad. Por esta regla debiéramos desterrar de la iglesia toda decoración teatral de pinturas al temple en bastidores, así las que se colocan á perpetuidad, como las de uso transitorio (monumentos, altares portátiles, catafalcos, aparatos que están puestos mientras una novena, ecétera.) Debe darse muy poco lugar á la ilusión, y por lo tanto no debe ser lícito el uso de los espejos que parecen agrandar el espacio, ni de las gasas que imitan vapores ó nubes, ni de las flores contrahechas, bien imiten las que produce la tierra, bien las metálicas que en otro tiempo solían fabricar con plata, oro ó bronce los artistas. Asimismo no debe moverse en el templo cosa alguna, y es necesario prohibir los ángeles que colgados de alambres elásticos ó de gomas parecen volar, las figuras de movimiento (Cristos que echan la bendición ó simulan la agonía abriendo la boca, etc.), así en los altares como en los órganos ó en los relojes, y todos los mecanismos sencillos ó complicados, todas las combinaciones é industrias que huelan desde cien leguas á espectáculo fantasmagórico, juego de imaginación é ingeniosidad de pasatiempo. El culto no es una representación teatral de los sagrados misterios.

Como corolario de la regla anterior, en lo que respecta á la belleza y la forma puede establecerse esta otra regla. Los muebles y utensilios destinados á figurar en la iglesia, no sólo han de ser correctamente bellos, sino que deben estar en carácter, presentando las formas propias de tales cosas del culto, formas sancionadas por la tradición y uso constante. Según este principio, las mesas estilo Luis XV, las sillas, los tibores, secreteres, lámparas, arañas, estátuas que sirven de porta luces, los relojes, escaños, tapices, mecheros y candelabros, pedestales, espejos ó cornucopias, alfombras con figuras de hombres ó animales, y otros mil objetos, no pueden de manera alguna servir para adorno del templo ó de sus dependencias, y no deben ser aceptados como donativo (á no ser para ser vendidos y destinado al culto su precio), y debe cuidarse muy mucho que las obras de arte religioso en nada se parezcan á éstas, sino que conserven su

tradicional fisonomía severamente religiosa y austera, con esa sencillez propia de la casa de Dios. Es necesario que en ella nada recuerde el mundo; y por lo tanto lo que hay en la iglesia debe ser genuinamente eclesiástico.

¿Y no podría suceder alguna vez que el mundo pusiese de moda objetos iguales ó muy parecidos, formas idénticas á las que vemos en los templos? Podría en efecto ocurrir eso, pero no debe preocuparnos; la moda no duraría mucho, porque el mundo es tan voluble y tornadizo, como séria, constante y tradicional es la Iglesia; al poco tiempo ésta seguiría usando lo que usó siempre, y aquél habría cambiado los motivos de su pasajera predilección.

Además de estas reglas generales yo aconsejaría á todos que se guiasen por esta otra de orden algo menos elevado, pero asaz importante para tenerla siempre en cuenta, á saber: tratándose de amueblar y surtir de menaje una iglesia, huir como de la peste de toda *empresa* nacional ó extranjera y de cuanto con ella tenga la más remota conexión, ó lo que es lo mismo, no adquirir en lo posible obras de pacotilla y almacen, trabajos de turquesa ó pauta constante, que son producidos por ediciones, como los cromos y las novelas, y por lo tanto despreciar esas obras de catálogo que delineadas en cuadernos impresos ó litografiados nos ofrecen como prospectos las *casas* francesas, belgas, alemanas ó de Cataluña y Valencia que se encargan de todo el mueblaje, de los útiles, ropas, instrumentos y hasta de la cera que pueda necesitar una iglesia, ó si no de todo ello, de una ó varias clases de *géneros ó artículos* (¡qué palabrejas!) *religiosos*, y nos quieren meter por los ojos sus candeleros, lámparas, atriles, balaustres, altares, tabernáculos, custodias, ciriales y demás manufacturas de cobre barnizado ó corleado, ó alhajas de metal amarillo plateado ó blanco que pronto se vuelve negruzco, ó de plata y oro de ley más bajo, y endeble como el papel, ó ya nos quieren deslumbrar con sus púlpitos y confesonarios góticos al uso y de roble teñido ó pino chapeado; con sus altares de falsos ó muy inferiores mármoles y mal dibujo; con sus vía-crucis de cartón piedra, barro cocido ó al cromo; con sus falsos órganos, que tienen raquítica la fachada, llena de caños mudos, y bajo ellos las vergonzantes lengüetas y los afeminados timbres del armonium.

Ni debemos mirar esos Santos de aserrín molido en mezcla con la escayola ó de maderas blandas, facturas de vaciado y patrón fijo, de formas y expresiones abominables. El mismo desprecio debiéramos tener hacia esas ropas sagradas hechas por figurín como los vestidos mujeriles, y de las que sus fabricantes nos dicen: *es la última moda, es lo que ahora se lleva*, etc., como si se tratara de sombreros para señora ó levitas de vestir. Y, por último, consecuentes con el espíritu de la Iglesia, debiéramos proteger al pobre y darle trabajo, aunque nos defraudase, que nunca sería tanto como las empresas; protegerle con encargos especiales de obras ideadas por artistas cristianos; obras hechas especialmente para un objeto dado y con formas propias y originales, sugeridas, no por el mercantilismo rutinario y soez, sino por un espíritu verdaderamente estético, inspirado en ideales de la Iglesia. Esta conducta favorecería, no sólo el arte y la industria de nuestra patria, sino que produciría esa hermosa variedad de nuestro antiguo arte genuinamente cristiano, hoy perdido, por desgracia; variedad que no riñe con las reglas ni quebranta la unidad, sino que la hermosea, huyendo de esa atroz monotonía que hace que todas las iglesias modernas pseudogóticas, y hasta pseudoiglesias, se parezcan hasta confundirse; como que todo cuanto encierran ha salido de los moldes que hay en unas cuantas fábricas.

Este modo de proceder no es, como pudiera creerse, más costoso y difícil, porque si bien por el momento acaso (y también sobre esto habría mucho que hablar) el desembolso fuera mayor, en cambio la belleza, la duración casi eterna y la propiedad de la obra no tienen comparación posible con los trabajos de pacotilla. Todo lo barato es caro (1).

Acaso obrando así contribuiríamos á que volviesen á abundar entre nosotros aquellos artistas que tallaban la piedra y la madera, aquellos plateros, orífices, rejeros, miniaturistas, calígrafos, grabadores, bordadores, tejedores de telas ricas, carpinteros, cerrajeros, broncistas, fundidores de campanas, relojeros, constructores de órganos y otros artífices que, aunque agremiados, no formaban lo que ahora llamamos *casas ó empresas*, invención funesta destinada á matar el verdadero arte, sino que trabajaban en sus respectivos domicilios, con cierta independencia, en nada semejante á la negra esclavitud de nuestros talleres y fábricas; trabajaban para la Iglesia, á cuya sombra protectora vivían largos y tranquilos años, protegidos de ella, y dedicados á darle esplendor, inscritos en sus cofradías, y alentando, en una palabra, de su apacible vida religiosa. Esta es una de las restauraciones que debiéramos anhelar y procurar con todas nuestras fuerzas, porque sin ella la existencia del arte eclesiástico será siempre efímera é ignominiosa, cual lo es hoy; ó mejor dicho, no será sino muerte y sombra, modernismo sacrílego, comercio sin entrañas, falsificación desdichadísima del verdadero arte, y negación de las bellezas clásicas, que tanto lustre dieron y aún pudieran dar á la Iglesia Católica.

Por eso creo necesario contrarrestar enérgicamente esa nueva industria de los *artículos religiosos*, y que para ello encontremos maneras ingeniosas de arrojar del templo los productos que ya introdujo en él, y de no adquirir en adelante otros nuevos. El modernismo en la iglesia es una verdadera calamidad, capaz de asustar aun á los mismos impíos, que al entrar alguna vez en el lugar santo no esperan ver los inventos de la época y as novedades, usos y refinamientos del mundo, sino los encantos arqueológicos de la tradición, lo que les recuerde sus primeros años y las creencias bebidas en ellos, lo que les muestre esa inmutabilidad serena y majestuosa, ese culto amable por la antigüedad, esa firmeza en elegir y conservar todos los elementos convenientes, en desechar las novedades y no admitir sino lo que ya es definitivo, probado, sólido y estable, lo bello con grandeza, y lo que inspira ideas nobles, austeras y tranquilas. Un hachón de blanca cera sobre su candelero de bronce ó de hierro, una lámpara con su lucecita flotando sobre el agua del limpio vaso, como la verdad flota sobre las vanidades insustanciales de este mundo, valdrán siempre más y estarán más en carácter dentro de la iglesia que la lámpara incandescente eléctrica (vulgo pera), que en esmerilada bomba nos recuerda el salón ó el vestíbulo del teatro y del baile con la impía batahola de este mundo miserable.

Se dirá que acaso los primitivos cristianos se habrían alumbrado con gas si lo hubieran tenido á mano. Es posible, pero ellos empezaban la obra y no tenían tradiciones que continuar, como nosotros, sino muchas que abolir por viciosas, si bien supieron huir siempre de novedades y de toda imitación del mundo profano. Esta la verdad.

Ultima regla. Lo nuevo ó menos antiguo admisible, es solo aquello que siendo un verdadero adelanto, esto es, más perfecto que su estado anterior, no rompe ni con las leyes ni con las tradiciones, ni deforma, desnaturaliza ó corrompe el aspecto genuinamente religioso propio del templo católico. Así fueron admisibles los adelantos hechos en el órgano de la iglesia sobre las muchas imperfecciones de que adoleció en la antigüedad.

Esto sentado, resta aplicarlo en la práctica á la confección, elección y uso de cuantos objetos debe encerrar una iglesia de nuestros días.

José Ferrándiz.

(1) En la iglesia que tengo el honor de servir, mandó hacer un párroco, hace muchos años, una colección de candeleros de metal amarillo verdad, torneados, que aunque caros, salieron muy bellos y sólidos. Veinte años después un señor muy piadoso regaló seis, comprados en una fábrica de esas, y á los tres años no había quien los mirase, mientras los antiguos continuaban y continúan como cuando eran nuevos, y sin embargo habían costado... ¡algo más baratos! que los de pacotilla.

El perro gimnasta.

Ya lo creo que adoraba él á su perro!... Como que constituía la base de su existencia. Aquel faldero humilde, de pardas orejas y descomunales manazas, permitíale ganarse honradamente la vida por esas calles y plazuelas, divirtiendo á la gente y él tocando en su cornetín valses y polcas, y el can bailándolas gravemente en dos patas; se sacaban todos los días cuatro pesetillas de jornal que les daban para comer. El chucho acróbata era para el muchacho su compañía y su familia; el pobre diablo no tenía en el mundo otra madre, otra amante ni otra hermana que el paciente faldero, que venía á ser al mismo tiempo su clown, su *jongleur*, su compañía toda; el mísero animal simbolizaba en absoluto lo radiante de su vida, su pedazo de corazón y su pedazo de pan. Así, el infeliz mozalbete se miraba en el tuso, que, á su vez correspondía con una lealtad á toda prueba á un cariño tan igual...

¡Y que no era el perro mañoso!... En cuatro lecciones, sin gritos ni estacazos, con sólo el mandato de voz había aprendido cuantas habilidades sabía su amo: saltar sobre un palo, atravesar aros de papel, hacer el ejercicio, contestar á ladridos los años que tenía, responder ahullando con beneplácito á las preguntas de si debía casarse tal ó cual rubia de las que contemplaban el espectáculo, y, furiosamente, á la de que si debía meterse monja... ¡El público siempre se formaba de igual modo!... Él comenzaba á tocar en el cornetín un bailable que el can danzaba, y la gente detenía su paso atraída por el *chirriar* del instrumento y las piruetas del falderillo; después, cuando los transeuntes se aglomeraban en corro, el perro ejecutaba todo su programa de ejercicios gimnásticos. De tal manera recorrían la población diariamente repitiendo su función de circo centenares de veces, almorzando un poco de pan y queso á medias en cualquier parte, en un banco de un paseo, en la primera esquina, donde les sorprendía el hambre; y por la noche, después de compartír en un olvidado rinconcito de un figón un cocidillo mísero que religiosamente engullían por mitad empresario y titiritero, se recogían en una guardilla que les servía de alojamiento, acostándose el perro á los pies de la cama de su amo y sobre su mismo colchón. Trabajando con tan incansable constancia, gastando poco, contentos y resignados con su suerte, no faltándoles nunca que comer ni que dormir, vivían felices y satisfechos aquellos dos seres huérfanos y abandonados á sí mismos y unidos por el destino desde el día en que el azar les hizo encontrarse en el arroyo.

La misma casualidad que enlazó sus existencias las separó bruscamente; una tarde el inocente can, oliendo como de costumbre aquí y allí, atisbó junto á un montoncillo de basura un trocito de sabrosa carne que trascendía á gloria; en seguida se abalanzó sobre la incitante pelotilla, y en un dos por tres, y relamiéndose, se la echó al coleto; casi en el acto, el empresario ambulante advirtió que el perro comenzaba á temblar convulsivamente, su-

friendo terribles sacudidas y babeando jadeante; los ojos se le inyectaron en sangre; intentó echar á correr, pero los miembros se le habían agarrotado de pronto y no pudo moverse; con la boca abierta, la lengua fuera, desencajado, permaneció en pie unos minutos, y al cabo dobláronsele las manos y cayó, quedándose acostado sobre las piedras, pero revolcándose acometido de convulsiones tremendas.

El pobre empresario no supo lo que le acontecía; perdió su serenidad y se quedó mirando al can aterrado, pero en seguida volvió de su aturdimiento: dominando su angustia enorme, se abalanzó al perro, se arrodilló ante él llamándole con extrema dulzura, acariciándole con la voz; luego saltó en su cerebro la chispa de una repentina idea; se incorporó de un brinco, y en cuatro saltos se plantó en la primer tienda que halló á mano, donde pidió un poco de aceite para provocar el vómito en el animal. Llegó tarde; cuando de nuevo se arrodilló sobre el faldero, la vida se le escapaba al desdichado en un postrer retorcimiento, y sólo pudo el caritativo empresario recoger la última mirada vidriosa de su fiel acróbata, que le dejaba para siempre, haciendo tronar su circo errante. El amo entonces cogió el cadáver del perro; llorando en silencio, lo llevó en sus brazos á las afueras, donde lo enterró, y dos días después se le veía al pobre diablo, sin cornetín, sin bastón y sin aros, pidiendo limosna recostado en una pared.

A. Pérez Nieva.

Las mujeres de los sectarios

—

XIII

La Edad Media suele dividirse en varios períodos; uno, sobre todos, que se denomina de hierro, y que se prolonga hasta el año 1000, pretendido fin del mundo; por él se han juzgado muchas veces los siglos á que nos referimos. Abundaron las herejías, sobre todo en el Oriente, y subieron al apogeo del poder los iconoclastas, que atribuyendo al Catolicismo, relativamente á las imágenes, un concepto que no era el que la Iglesia enseña, derribaron, hacha en mano, los más venerables restos de la antigüedad, entregaron Crucifijos, Vírgenes y Santos á las olas del mar y á las corrientes de los ríos, y añadieron al *libro de oro* de la Iglesia no pocos mártires. En Occidente las teorías de los maniqueos, bajo los varios nombres de Cátharos, Valdenses, Albigenses y otros, cuyo gran debelador veneramos en Santo Domingo de Guzmán, hacían iguales ó mayores extragos, y además de las heregías, el universal predominio de la superstición introducía poco á poco en las conciencias y en el mundo el amor á las ciencias ocultas y á las artes diabó-licas, la magia negra, la astrología, la alquimia, que eran á las verdaderas ciencias lo que las creencias heréticas al dogma.

La Iglesia distinguíase sobre todo por su amor á la instrucción, en la que llevaba el antídoto de tantos males. Carlo Magno se rodeaba de los sábios de su época, más como discípulo de Alcuino y otros, que como emperador de Occidente; Alfredo en Inglaterra fundaba las inolvidables escuelas de Oxford. Gerberto desde el solio pontificio venía á ser el Edison de su época, por sus multiplicadas y maravillosas invenciones. San Gregorio el Magno había explicado el verdadero concepto de las imágenes, y lo que en aquellos tiempos de tan extendida ignorancia podían servir para la educación del pueblo. Las Órdenes religiosas, cuyos servicios y méritos ha escatimado Hallam, extendiéndose por donde quiera, llevaban esa luz de la instrucción hasta los últimos confines del territorio, y gracias á ellas y á los contínuos esfuerzos del Clero secular, los nombres *clérigo* y *eclesiástico* se hicieron sinónimos de hombre instruído, de literato y aun de sabio eminente.

Hay en la naturaleza humana, después de la caida original, innegable tendencia á indagar el porvenir que á la Providencia plugo velar por utilidad nuestra. Es el mismo pecado de los progenitores de la especie humana; el árbol que tentaba su codicia, su afán de saber, todavía despliega ante nosotros sus hojas y muestra sus frutos. Los más cuerdos entre los gentiles reconocieron que era muy ventajoso al hombre el desconocimiento del porvenir, llegando algunos, como César, á preferir la muerte repentina a todas las demas, exagerando la disposición a que nos referimos. Salomón, que desde el cedro del Líbano hasta el hisopo conocía toda la naturaleza, no sabía del porvenir más que el resto de los mortales, y no por eso dejó de ser la más alta personificación de la ciencia. Importa poco, sin embargo, recordar que el hombre ansía conocer lo venidero, y gusta de que se le anuncie, para explicarnos casi todas las aberraciones religiosas de la Edad Media. Por otra parte, si recordamos á Catalina de Médicis y a Nostradamus en plena edad moderna, no extrañaremos que en siglos más atrasados fuese mayor la superstición, ni de que se uniese en monstruoso consorcio con las antiguas heregías.

Otro carácter de las de este tiempo, fué como dejo y rezago de las doctrinas montanistas. La mayor disolución de las costumbres se aliaba con un aparente y exagerado misticismo. Los albigenses se llamaban *catharos*, esto es, los *puros*, y nada más escandaloso que sus Asambleas. Afectaban otros extraordinaria pobreza, como Pedro Valdo, y tanto seducían á los pueblos, que se necesitó para su desengaño que San Francisco de Asís les manifestase la verdadera pobreza y la mendicidad practicada en honra de Jesucristo. Como á través de los harapos de Diógenes se descubría satanica soberbia, no de otro modo se descubría el orgullo en los ejercicios y en la manera de vivir de los valdenses. Algunas veces el pueblo se dejaba llevar de la heregía, por creerla más democrática que la religión profesada por sus señores, siguiendo el mismo error que hoy ciega á determinados obreros, que hasta en lo que sienten y creen se proponen distinto plan de conducta que sus patronos.

En gran parte de Europa, como en el Norte, no se introdujo el Cristianismo sin luchar con muy arraigadas supersticiones; larga fué y empeñada la lucha de los *Eddas* contra la Biblia. En las naciones escandinavas, no menos que en las germanicas, la mujer no quería renunciar al sacerdocio que le reconocían las preocupaciones del vulgo. Así, lo que en el Mediodía influía la mujer, gracias á la galantería y al amor de los sentidos, influía en el Norte por el respeto que venía profesándoe al sexo femenino desde la antigüedad más remota.

¡Cuánto no han desbarrado los sectarios al decir que se discutió en cierto Concilio si la mujer pertenecía ó no á la especie humana, decidiendo la cuestión negativamente, y cuál ha sido la confusión de los que tal sostienen al no poder demostrar su aserto! Cabalmente la Iglesia ha llamado siempre á las mujeres el *sexo devoto*, y la historia, al registrar en ellas mayor moralidad que entre los hombres, ha demostrado con la elocuencia de los hechos y de los números que no se equivocaba la Iglesia.

Los herejes, en su mayor parte, rebajaron la condición y la dignidad de la mujer, y siguen la misma conducta en nuestra época. Pasada la fiebre de la galantería, las naciones meridionales se colocaron en el justo medio respecto al trato y consideración que merece la mujer, mientras las septentrionales conservaron las tradiciones de la edad pagana, ó por el contrario, trataron á las compañeras de su vida con la brutalidad con que las trataban los corifeos de la mal llamada *Reforma*. Las *druidesas* y las *esclavas* tornaron á presentarse en los países protestantes; y claro es que ambos conceptos son impropios del verdadero en que debe tenerse á la mujer en la civilización moderna; en el Cristianismo se sostiene que no deben hablar en la iglesia, pero que su voz debe ser respetada y atendida en el seno de la familia.

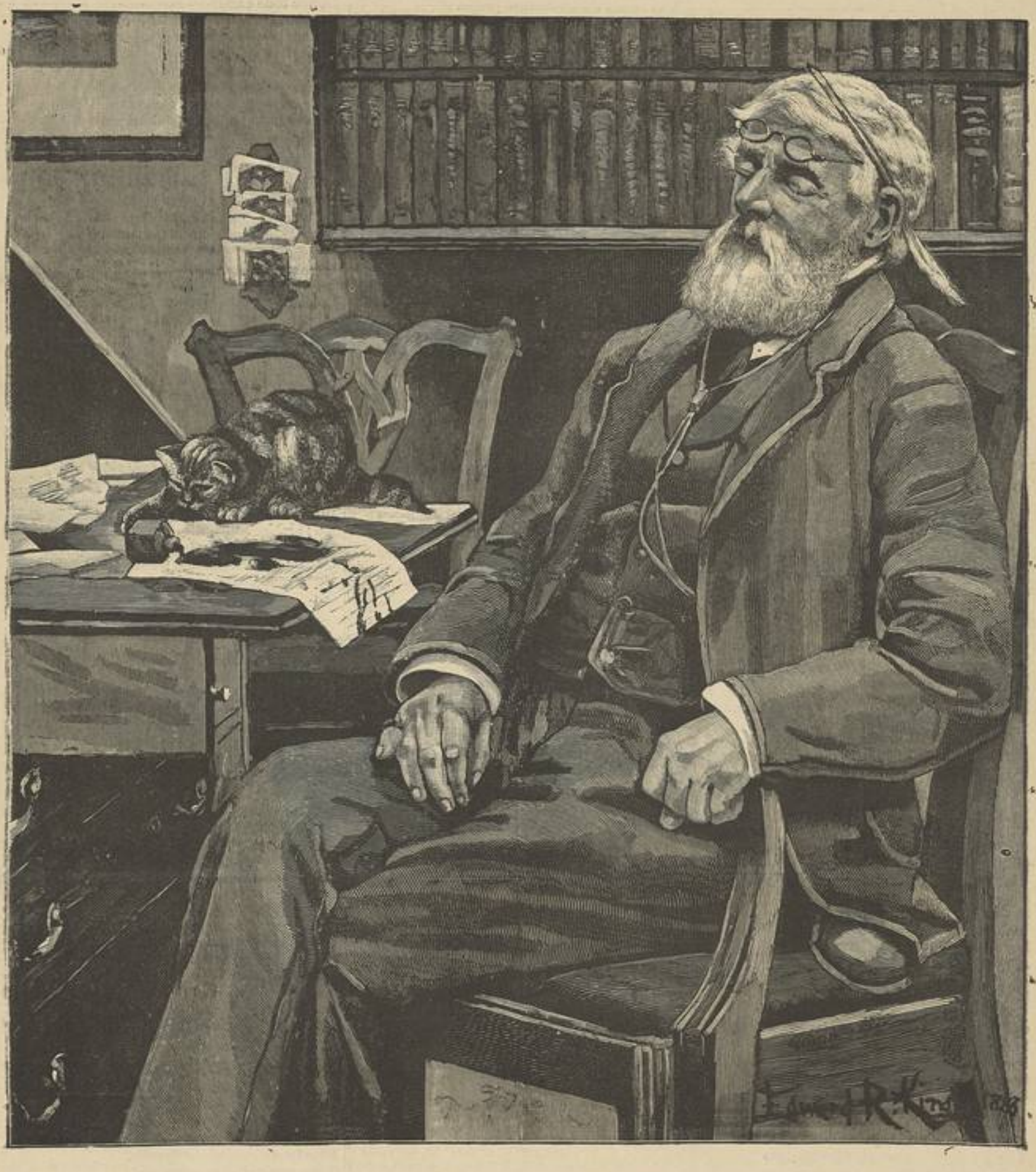
El último carácter que debemos observar en las herejías medio evales, no vacilamos en decirlo, es el espíritu de rebelión y de libre examen, más pronunciado que en todas las de la edad antigua. Ese libre pensamiento que desde Lutero y Calvino se remonta á Juan de Hus y Jerónimo de Praga, de éstos á Wicler, de éste á Berenguer, y del último á los maniqueos, informa, como ahora se dice, todo el movimiento de la inteligencia, que pugna por romper los moldes de la tradición. Los cuákeros han entendido ese espíritu de individualismo y de libre pensamiento. Comenzando por transformar en púlpito el banquillo del zapatero Fox, han hecho púlpitos de todos los asientos, sillas y taburetes de sus templos; no han pedido más misión que el espíritu de cada cual, y han reconocido por predicadores á cuantos fueron despreocupados y valientes para hablar en público, y se manifestasen tan desligados de toda convicción anterior y común á sus hermanos, como sueltos de lengua.

A. Balbín de Unquera.

El verdadero progreso.

Al principio eras Tú, tu Ser Eterno.
Tan solo en el principio Sér había,
y entonces no existía
Ninguna realidad de tí apartada;
Mas lo quisiste tú, con solo un fiat
Hiciste que surgiese de la nada,
Del caos tenebroso,
La luz y el firmamento
Y la luna y el mar esplendoroso,
Y los inmensos mares,
Y las altas montañas, cuyo asiento
Se pierde en las entrañas de la tierra;
Tú, de la misma suerte,
De la materia inerte
Surgir la vida hiciste rica y varia,
Y brotaron los seres á millares:
Los que cruzan el líquido elemento;
Los que en el aire vuelan y se agitan,
Los que adheridos á la tierra viven,
Las múltiples también que con sus plantas
La huellan, la aprovechan y la habitan;
Y luego, en fin, que lo poblaste todo
De vida y de hermosura,
Que todo sabiamente lo ordenaste,
De vil lodo formaste,
Como suprema hechura
Y á imagen tuya, á quien dotar quisiste
De luz, belleza y excelencias tales
Que á las de toda otra criatura
De un modo indefinido superasen:
Al hombre, á quien le diste
Lugar tan preeminente y encumbrado,
Que le hiciste señor de lo creado.
Le colocaste en Paraíso ameno,
Bellísima mansión encantadora,
Do reinaba una eterna primavera,
Un aura embriagadora,
Un cielo siempre azul, siempre sereno;
Y luego, para hacerle más dichoso,
Le concediste dulce compañera,
Que uno y otra fuesen inmortales,
Exentos de quebrantos y de males,
Ordenando que todo obedeciera
A cuanto el hombre disponer quisiera.

CAUSA Y EFECTO



CAUSA Y EFECTO

La dicha, pues, del hombre era inefable;
Un precepto tan solo se le impuso;
Cumpliéndolo, con ella inalterable
Pudo vivir gozando,
Como Señor y Rey de lo creado,
Sin que fuese su imperio disputado.

Envidia tuvo de tan gran ventura
El que antes Luzbel se apellidaba,
Aquel que por soberbio descendiera
Desde el Cielo al averno,
Y en dolor infinito y sempiterno
Trocada vió la gloria que gozaba
Aquel angel caído,
En Lucifer entonces convertido.
Envidioso, soberbio, despechado,
Poniendo en juego su malicia artera,
Con mentidas promesas, triunfar pudo
De la débil mujer y su inocencia,
Y que ésta sedujera
También á Adán para que hollase
El precepto divino,
En día triste y por demás aciago;
Carcajada sarcástica y horrible,
Estridente, siniestra y pavorosa
Lanzó, con fruición, el enemigo,
Y al instante el castigo,
Como rayo de noche tormentosa,
El Señor indignado fulminaba,
Y en un punto no más Adán y Eva,
Por su pecado, todo lo perdieron
Y de Reyes esclavos se volvieron.

En un punto no más, desde lo alto
Sumidos fueron en profunda sima
De quebrantos, de penas, de dolores,
De vergüenza, amargura y sobresalto.
Trataron de esconderse de la vista
De aquel que de riquezas les colmara,
Sin comprender que ni la leve arista,
Ni el pensamiento, ni lo más pequeño,
Se sustrae á su alcance y su mirada,
Y del hermoso Edén expatriados,
Su desnudez, hasta ahora no advertida,
Ambos ruborizados contemplaron,
Y les atormentaron
Del tiempo los rigores é inclemencias,
Las fuerzas y elementos naturales;
Los mismos animales
Que les estaban antes sometidos,
Dejaron de prestarles obediencia,
Pues ellos contra Dios se rebelaron,
Y en tal manera se cambió su suerte,
Que quedaron sujetos á la muerte.

Horrible fué la culpa, abominable,
El castigo fué grande y merecido,
Nuestros padres contritos la lloraron,
Con abundoso llanto,
Y el Señor, condolido,
Brillar á un tiempo hizo
Su justicia y su gran misericordia,
Y en señal de alianza y de concordia
Les ofreció que una mujer vendría
A quebrantar por siempre la cabeza
De la infernal serpiente, y que sería
La humanidad por ella libertada,
Y hasta en la ley terrible del trabajo
Que también como pena les impuso
Les dió medio precioso
De redención y porvenir dichoso;
Que el que todo lo puede y lo precave
Del mismo mal el bien aducir sabe.

Por la ley del trabajo bendecida,
A partir desde entonces, dió principio
La humanidad caída
Con esfuerzo laudable é incesante
A levantarse de la honda sima
De quebrantos, dolor y privaciones
En la que vino á verse despeñada,
Y triste y abatida y congojada.

A partir desde entonces una serie
De adelantos jamás interrumpida,
Por más que á veces tortuosa y lenta,
El progreso del hombre representa.
En un principio débil cual quedara.
A raiz de haber sido destronado,
Sintióse sojuzgado
Por todo en lo que antes imperaba,
La sed, el frio, el hambre y el cansancio
Y el atender á su defensa propia
De su inmenso estupor le despertaron.

Por obtener abrigo y alimento
Del árbol corpulento
Robusto tronco arranca, y á un extremo
Ata la dura y afilada piedra,
Y así con esta arma improvisada
Su lucha con las fieras se hace fuerte
Las acosa, las hiere y las da muerte.
Para no verse de ellas sorprendido
Al entregarse por la noche al sueño,
De la abrupta montaña se guarece
En un tronco escondido,
Y pone fuertes troncos á su entrada
Que salvaguardia son de su morada.

Infúndele también un indecible
Terror la oscuridad, por ahuyentarla,
Ya que le obliga siempre á recluirse
En un antro triste y cavernoso,
Por lograr disiparla,
Con afán persistente y animoso
Se inquieta, se revuelve y acongoja,
Y cuando al fin consigue,
Tras largas y penosas tentativas,
Hacen brotar la luz de unos maderos,
De súbito exaltado, enloquecido,
Se arroba con el bien que ha conseguido.

Con el fuego y la luz el hogar nace,
La familia se asienta y robustece,
Y la virtud florece.
Con las largas veladas del invierno
El amor y el trabajo se acrecentan
Y los goces aumentan;
Vense surgir después varias industrias,
Y ya Tubalkain el hierro funde
Y todo en fin el bienestar difunde.

Con el sudor copioso de su frente
Riega el hombre la tierra,
Y sus fuerzas nativas estimula
Con el fecundo arado,
Que fertiliza el yermo inanimado.
A los cardos, espinas y malezas
Reemplazan frutos mil muy deliciosos,
Nutritivos y bellos y sabrosos:
Las olorosas pomas y las mieses,
Que hacen doradas los estivos meses,
El producto abundoso del olivo,
Que la luz y adelanto simbolizan,
Y los racimos de la vid risueña
Que alegran á la vez y vigorizan.

Y al par que así florece y adelanta
La agricultura, vénse
Aparecer también las otras artes,
Que la informe materia transformando
Consiguen irla dando
Mayor utilidad ó más belleza
En una gradación inacabable
Que eleva, dignifica y engrandece,
Múltiples necesidades satisface
Y más dichosos cada vez nos hace.

Andan los tiempos y los siglos corren,
Y allá por el Oriente donde nace
El sol que con su luz todo lo inunda,
De entre aquella fecunda
Naturaleza exuberante y rica,
Llena de encantos, de hermosura y vida,
Que al éxtasis convida;
De entre aquellas montañas que se alejan
Hasta los mismos cielos,
Y ríos caudalosos que semejan
Al mar en su extensión y su grandeza,
Y árboles frondosos, cuyas copas
Siempre á una altura colosal se esconden;
De entre aquellas regiones
Donde todo cautiva y maravilla,
Despiértase también esplendoroso
El humano saber, y por doquiera
Esferas hasta ahora no exploradas,
Filosofía, religión y ciencia,
Con ardor cultivadas
Ora se ven, con rapidez avanzan
Y portentoso desarrollo alcanzan.

Allí el arte se muestra fastuoso,
Y en sus prístinas vastas creaciones
Escucha las gigantes proporciones
De aquella excepcional naturaleza;
Son grandes, colosales las estátuas,
La arquitectura inmensa, indefinida,
Como lo son los libros de los Vedas,
Y sus épicos cantos, y lo mismo
La absurda concepción del panteismo.

Más tarde á otra región llena de encantos,
Llena de luz y de hermosura llena,
Mansión en que natura se presenta
Engalanada y siempre sonriente,
De ricos accidentes exhornada,
La actividad del hombre se traslada.
Allí en la antigua Grecia desarrolla
Su fuerza prodigiosa y perdurable
En una concepción antroposmórfica,
En un naturalismo que seduce,
El pensamiento helénico se inspira,
Y el arte se sujeta á proporciones
Tan regulares ricas y perfectas,
Que no hay, en punto á formas, creaciones
Que las muestren tan bellas y selectas.

El genio se abre paso: la pintura
Vida recibe del sublime Apeles,
Y hacen inmortales sus cinceles
Praxitelis y Fidias, y Vitrubio
La arquitectura eleva y engrandece,
Y cantan las Rapsodias, é inspirado
Con estro soberano canta Homero
La cólera de Aquiles, del guerrero
Develador de Ilión, la partida
A Itaca de Ulises; canta Hexiodo,
Con peregrino modo,
Los bienes que el trabajo proporciona,
Y con cuadros vivísimos describe
En su cosmogonía
De los dioses la gran genealogía;
Tirteo con sus versos enardece
Del patrio amor el sacrosanto fuego,
A la vez que Teócrito retrata
De la vida del campo los encantos
Con espresión tan natural y viva,
Que al tañir la zampoña nos cautiva;
Filósofos insignes se suceden;
Y así como esta ciencia se levanta,
Levantada se ve también la historia
Y alcanza inmenso brillo la oratoria.

Como heredera de la antigua Grecia
Aparecer se ve la antigua Roma;
Esta de aquella sus modelos toma,
Si bien al imitarlos no los copia:
Que el pueblo Rey en cuanto hace imprime
El sello de su genio poderoso,
Y no solo persigue generoso,
Con noble afán que el éxito corona,
Los secretos del arte y de la ciencia,
Si que también anhela y ambiciona
Que en derecho la razón escrita
El Universo reconozca y lea

Y que su imperio respetado sea
Y por doquier se extienda soberano;
Fines que al cabo realizar consigue,
A todas las naciones sometiendo
Y sus leyes en ellas imponiendo.

La humanidad no cesa en su carrera
De avanzamiento siempre indefinido,
Y si á veces parece que no anda,
Y si á tiempos se cree que retrocede,
Esto jamás sucede;
Si en orden general se considera,
Sólo en aspectos siempre singulares
Acontecer en ocasiones puede
Qne aquella se detenga en su camino
De continua ascensión y de progreso,
Mas esto es solo por tomar aliento
Para seguir de nuevo el movimiento
Que por decreto altísimo, divino,
La lleva á realizar su gran destino.

Por eso al terminar la Edad antigua
Y derrumbarse con el gran coloso
El degradante absurdo paganismo
Y aquella sociedad tan corrompida,
A más fecunda y elevada vida
Al mundo todo llama el Cristianismo;
La religión sublime y verdadera
Con que comienza la dichosa era
En que brillan los grandes ideales,
A cuya luz divina y bienhechora
En elevado espíritu se informan,
Y en él fundadas son instituciones,
Leyes, artes y ciencia en las naciones.
Con fuerza irresistible, impetuosa
Cual la que el viento simoun desata,
Por providente modo
El hierro de los bárbaros destruye
El mundo por los vicios corroído,
Y su poder temido
Por todas partes el espanto lleva,
Azote son con el que Dios castiga,
Con que liberta y á la vez redime,
Que tras de noche larga y tormentosa,
Terrible y por demás caliginosa,
Destacarse se ven los nuevos rayos
De una luz celestial, cual acontece
Cuando después de tempestad parece
El sol más refulgente
Y la atmósfera pura y trasparente.
Providenciales fines estos pueblos
Vienen ahora á cumplir, y aunque parece
Que el mundo retrograda
Y que sucumbe al filo de su espada,
Con ellos nueva savia regenera
La humanidad entera,
Nuevas ideas, sentimientos nuevos,
Leyes, instituciones y costumbres
Más morales y puras se suceden;
Se derrumba el antiguo socialismo
Y por doquier se extiende el Cristianismo.
Esta nueva purísima doctrina,
Tan bella y tan sublime cual divina,
Es á la vez trascendental, profunda,
Y en enseñanzas por demás fecunda.
Por ella el pensamiento se remonta
A elevadas, altísimas esferas;
El verdadero Dios se nos revela,
Y con él nuestro origen y destino;
La ciencia adquiere inmensos desarrollos,
Deja el arte su antiguo formalismo,
Y en cambio gana en ideal y en fondo,
Ya no es superficial y sí más hondo,
Los hombres como hermanos se conocen,
El derecho de gentes aparece,
Se dulcifican las antiguas penas,
Del esclavo se rompen las cadenas,
Sustituye á la torpe poligamia
El matrimonio santo,
Que á la mujer eleva y dignifica;
Y la familia así se constituye
Sobre base moral é indestructible,
A cuyo amparo brotan como flores
Fragantes, siempre vivas y lozanas,
Las virtudes cristianas,
La fe, la caridad y la esperanza,
La humildad, la templanza y fortaleza,
La castidad hermosa como el lirio,
La abnegación llevada hasta el martirio.

Con ese poderoso avanzamiento,
Vigorizado por divinas fuerzas,
A edad viril la humanidad se allega,
Y su razón, que hasta ahora vacilante
Caer la hiciera en tan grandes desvaríos,
Por la fe dirigida y ayudada
Eleva hasta los cielos su mirada,
Y con paso seguro
La actividad del hombre se acrecienta,
Se enciende, se agiganta y multiplica,
Porque en la ley bendita del trabajo,
Que le sujeta y á la vez le inspira,
Su cruz y redención á un tiempo mira.
Un invento á otro invento se sucede;
Las fuerzas y elementos naturales,
Que perdidos vagaban
Y en nada provechoso se empleaban,
O á las veces mil daños producían,
En la Moderna Edad ya conocidos,
Con sabia dirección aprovechados,
Realizan los inmensos adelantos
Que á unir vienen los pueblos y naciones;
Con grandes, con gigantes proporciones
Las artes industriales se acrecentan;
Por los hilos eléctricos se llevan
La luz, el movimiento y las ideas
Del polo Norte á la abrasada zona;
Debajo de montañas oradadas
Se abre paso el vapor que raudo vuela;
Ya no solo la tierra está poblada,
Sino la mar de naves circundada.
El hombre es perfectible, y el progreso
Es la ley de su vida y de la historia.
Si el hombre fué ya rey de lo creado,
Y solo por su culpa fué expulsado
De un hermoso y divino Paraíso,
Donde todo á su voz obedecía,
Ya solo necesita
Para volver á conquistar su trono,
Hacer que con armónico consorcio
La razón y la fe juntos la guíen,
Que nunca surja entre las dos discordia,
Pues si esto sucediera, como un día
Por la soberbia fuera despeñado,
Se vería de nuevo destronado.
Sin la fe ni la ciencia viviría,
Ni el progreso sin ella existiría;
Que no es posible remontarse al Cielo
Si tan solo miramos á este suelo;
Y sin duda una nueva rebeldía
Al polvo y á la nada volvería
Cuanto hoy nos halaga y lisonjea;
Y todos esos grandes adelantos,
Con tanto tiempo y con perenne esfuerzo,
Con tan largas fatigas obtenidos,
Como la Torre de Babel deshechos
En el caos serían convertidos.
La fe es la necesaria propulsora
De aquestas graduales ascensiones,
Que tanto perfeccionan y mejoran
La condición de la existencia humana,
Ella es el faro, el espiendente faro,
La guía más valiosa y más segura
Que á la razón aguija y encamina;
Ella es la luz divina
Que alumbra á la razón y que la ayuda,
Con sus revelaciones
En sus más trabajosas excursiones.
Por ella, por la fe bendita y santa
Todo vive y alienta y se engrandece;
Todo sin ella muere y desfallece.
Por ella, por la fe santa y bendita
La ciencia se enriquece y acaudala;
Por ella se vislumbran horizontes
Elevados y al par indefinidos;
Sin ella es la razón tan torpe y vaga,
Que cual nave sin brújula naufraga;
Asido á ella el hombre es perfectible
Y el progreso será ley de su vida,
Siempre que recto hacia su Dios camine
Y la fe verdadera le ilumine.

LUIS DE MONTALVO Y JARDIN

Nuestra Señora de la Almudena en Madrid. (1)

Es tradición antiquísima, que cuando el Apóstol Santiago vino de Jerusalén á predicar á España, trajo á la milagrosísima Imágen que hoy llaman de la Almudena, á esta coronada villa de Madrid, y la colocó en esta iglesia, en compañía de uno de sus discípulos llamado Calocero, que fué el primero que predicó en ella el año del Señor de 38. Es la primera que adoró esta villa: y por la misma tradición se afirma fué labrada viviendo Nuestra Señora, por San Nicodemus, y colorida por San Lúcas, como consta de muchos autores. Renovóse este santuario año de 1640.

(Inscripción que se lee en la iglesia parroquial de SANTA MARÍA *de Madrid.)*

La España brilla entre las naciones del mundo por su fe viva y ardiente, parecida á su radiante sol, é inalterable y pura como las aguas de sus ríos. La fe le inspiró ese caballeresco valor con que asombró al mundo durante sus largos días de gloria y de dominación, y durante los días más largos todavía de sus reveses y de sus miserias. La fe le dió esa sublime resignación más hermosa todavía que su valor.

Cuando en el seno de esta Europa envejecida y entregada á todos los desórdenes, donde después de cerca de tres siglos, el orgullo del hombre se ha levantado como el angel rebelde, para pesar en sus débiles manos la justicia del mismo Dios: donde las antiguas costumbres no dejan en la sociedad, ávida de ilusiones y de locas esperanzas, sino vanas y lejanas huellas; donde la fe, como una planta secada por el abrasador viento del Sur, no halla ya asilo, sino en algunos corazones puros y sencillos; sólo la España, la católica España, fiel á las creencias de sus padres, conserva la unidad de su culto, y guarda con una sencilla constancia las tradiciones de los tiempos pasados.

Y sin embargo, de los ojos de esta noble reina de dos mundos han corrido lágrimas, y sus vestiduras de luto ocultaban apenas las crueles heridas de donde corría su generosa sangre; y en sus días de dolor, como una viuda de los tiempos heróicos, bella, pero afligida, recordaba sus pasadas glorias, y llamaba á sí con tierna voz á sus hijos, divididos por las discordias civiles. Y después la inefable sonrisa de la esperanza volvía á brillar en sus labios, y un pensamiento consolador hacía agitar su fecundo seno. El cielo le inspiraba este pensamiento, porque sus ojos estaban levantados hácia la cruz del Salvador, que estrechaba en sus poderosos brazos como el áncora de salvación, última esperanza del marinero.

Sí, en la fé ha estado siempre y está la fuerza y la esperanza de la España; esta esperanza no puede ser desmentida, esta fuerza no puede quebrantarse, porque no proviene de los hombres;... y si España cree así en el porvenir, es sin duda, porque en los antiguos recuerdos de su historia, que llena su pensamiento, hay una voz armoniosa, como una voz de un ángel que la grita: *¡Permanece firme en la fé! ¡María y el Señor son contigo!* Toda España, desde Madrid, su capital, hasta las poblaciones más humildes, está llena de tradiciones que acreditan esta celestial promesa!

Madrid, la antigua Mántua, que precedió en más de diez siglos en su fundación á Roma, existió desde los primeros tiempos de la población de España á muy pocos años del diluvio universal. Es una de las poblaciones más antiguas del mundo, contando hoy de existencia

(1) Este estudio es parte de la hermosa obra del Conde de Fabraquer *Imágenes de la Virgen María* aparecidas en España. Cuando lo escribió el insigne Conde, aún no se habían iniciado las obras de la Catedral de Madrid.—Téngalo en cuenta nuestros lectores.—*(Nota de la I. C.)*

cuatro mil treinta años. Fué también de los primeros pueblos que abrazaron la fé de Jesucristo. El Apóstol Santiago llegó con sus discípulos á Madrid, predicó en esta villa el Evangelio, hizo rápidas y numerosas conversiones, levantó un templo á la Santísima Vírgen María, posterior al del Pilar de Zaragoza, y colocó en él una imágen de esta Señora, que había traido desde Jerusalen, labrada por Nicodemus y colorida por San Lucas. Dejó á uno de sus discípulos, llamado Calocero, la misión de continuar el establecimiento de la Religión cristiana, consagrándolo el primer Obispo de Madrid, y volvió el santo Apóstol á Jerusalen, donde segun la predicción que le había hecho María en las márgenes del Ebro, encontró la palma y la corona inmortal del martirio.

El templo en que Santiago y San Calocero colocaron la imágen de María, era pequeño y de grosera arquitectura. Atravesó oscuramente los tres siglos en que pesaron sobre la Iglesia diez persecuciones, que inundaron de sangre cristiana la España, hasta el extremo de que en la décima dos inscripciones famosas de dos monumentos levantados en España en favor de Diocleciano y de sus colegas, fuesen al mundo dos pruebas irrecusables del furor con que se hizo la persecución en este país.

Decía una de ellas: «A Diocleciano Jovio, Maximiano Hércules, Césares Augustos, después de haber extendido el imperio romano en Oriente y Occidente, y *abolido el nombre de los cristianos (nomine christianorum deleto).*»

Decía así la otra: «A Diocleciano, César Augusto, despues de haber adoptado á Galerio en el Oriente, y *abolido por todas partes la superstición de Cristo (superstitione Christi ubique deleta.)*»

¡Inscripciones dictadas por la vanidad de estos príncipes impíos, á quienes en breve iba á confundir ¡Dios por medio de Constantino! Once siglos se levantaban amenazadores delante de Constantino: Constantino los hundió dentro de la fosa donde yacían los cadáveres de los perseguidores de la Iglesia. Salió ésta de las Catacumbas y se sentó con él en el trono imperial.

Entonces el pequeño templo de la Vírgen en Madrid adquirió mayor amplitud, y cuando después la invasión de los godos destruyó en España la dominación romana, aquellos bárbaros que destruían la brillante civilización de Roma, doblaron sus indomables frentes ante el Cristianismo, y fueron sumisos hijos de María. Así el templo de la Vírgen de Madrid fué muy venerado en el imperio de los godos, siendo visitado varias veces por San Ildefonso, Arzobispo de Toledo, el piadoso rey Recesvinto y alguno de sus sucesores, hasta la destrucción del imperio godo en tiempo del rey D. Rodrigo.

Rodrigo, el hermoso y poderoso hijo de los reyes del Norte que habían arrojado en otro tiempo á los romanos de la España, entregándose á los placeres y á las delicias, llenando el colmo de la tiranía, cansó la paciencia de los godos, cuyas amenazas miraba con insolente desdén.

La venganza del conde D. Julián abrió la puerta de la Península á los árabes, que pasando la distancia que separa á Calpe de Algeciras, cayeron sobre la España ansiosos de gozar de su suelo feraz y de su sol, menos ardiente que el de Africa. Lanzáronse cual impetuosos corceles sobre las verdes costas de Andalucía, cual el viento de Africa, que devora las plantas y los hombres. Los árabes vencedores en los campos de Jerez, no lejos de las riberas del Guadalete, sepultaron con su rey D. Rodrigo la monarquía goda (312). Fué aquel un día de luto, en que el Señor apartó sus ojos de la infeliz España, que perdió su antigua fortaleza, y después del cual los hijos de Omar, semejantes en su triunfante carrera á un torrente devastador, arrollaron sus huestes, sojuzgaron sus provincias, y asentaron en ellas los cimientos de un imperio que debía resistir á ocho siglos de incesante lucha. ¡Infausta jornada la del Guadalete, en que, como dice elegantemente un gran poeta moderno:

Y del crimen de un rey víctimas todos,
Nadó en sangre el imperio de los godos.

Los cristianos vencidos huyeron hacia Toledo. El pueblo, los sacerdotes y los guerreros, cargados con las reliquias de los Santos y ocultando las imágenes que no podían llevarse, marcharon á las montañas de Asturias, desde todas las partes de España, acosados por los infieles, á buscar un refugio al pie de la Cruz, y á ponerse bajo la protección de la espada de Pelayo, que había reunido en torno suyo los destrozados restos del ejército de los godos.

Las huestes vencedoras de Muza ocuparon á Toledo, desde donde debían venir á apoderarse de Madrid (714).

Cuatro años antes de que Madrid fuese presa de los árabes vencedores, gran número de venerables Sacerdotes de la iglesia de Santa María rodea una antigua imagen, objeto de la más tierna y viva devoción del pueblo de Madrid. Todos están arrodillados é inclinadas las frentes sobre el suelo, todos derraman copiosas lágrimas y dan en toda su persona señales de la más profunda desolación. Nada más triste que el espectáculo que presentan aquellos afligidos ancianos á la escasa luz de algunas lámparas moribundas, que sólo basta para hacer visible la oscuridad de la estrecha nave y de las lóbregas capillas del templo. Reina en él un solemne silencio, sólo interrumpido por los ahogados sollozos de los Sacerdotes con que algunos hieren sus pechos contritos, imaginándose en su inocencia y su santidad que sus levísimas culpas tenían irritado al Señor y hacía descargar el peso de su ira sobre la infeliz España. Lloraban ante la imagen, y á cada instante temblaban, no de vérsela arrebatar por los árabes, pues estaban resueltos á dejarse todos hacer pedazos primero que soltar aquella sagrada prenda querida; no de morir so el hierro musulmán en su inerme defensa, pues todos anhelaban la palma del martirio, sino al considerar que sacrificados ellos, y este sacrificio era ¡ay! harto fácil, sin duda los infieles destrozarían ó profanarían la santa imagen; ¡horrible atentado de que ya habían dado tantos ejemplos! En aquel momento de cruel angustia, uno de los Sacerdotes, el más anciano, y aquel en cuyas luces y santidad tenían todos entera confianza, púsose en pie, é imponiendo silencio á los demás, dijo después de algunos momentos de hondo recogimiento mental:

—¡Oh, hermanos míos! Un solo medio nos queda de preservar del furor de los bárbaros este depósito precioso, y el cielo mismo acaba de inspirármele. ¡Doloroso es, ¡ah! porque no podemos evitarle á costa de nuestras vidas! Hermanos, es preciso resignarnos á consumar un gran sacrificio; es preciso renunciar á ver con nuestros ojos, mientras dure la opresión de nuestra patria, á esa imagen, nuestra luz y nuestro consuelo...

Un doloroso murmullo circuló por la prosternada asamblea; el anciano prosiguió:

—Es preciso que ahora mismo ocultemos este tesoro, de suerte que no puedan descubrirle los sarracenos, y yo conozco un sitio á propósito para ello. Hay en la torre murada contigua á nuestra iglesia, un cubo que en pocos momentos podemos tapiar... ¡Valor, hermanos míos: vamos á consumar el necesario sacrificio!

Y todos respondieron: «¡Vamos!»

Pocos momentos después estaba colocada la sagrada imagen en un nicho del muro. Los Sacerdotes, favorecidos por las tinieblas y la soledad del templo, efectuaron la traslación sin que nadie lo advirtiese. Encendieron dos velas á ambos lados de la imagen, tapiaron el nicho, y se retiraron con llanto en los ojos, empero lleno su corazón de un inefable consuelo, de ese consuelo que da el convencimiento de haber llenado un arduo y penoso deber. ¡Estaba consumado el sacrificio!...

Madrid fué sometido por los árabes, y la iglesia de Santa María quedó en pie convertida en mezquita de los moros, cuya dominación duró en Madrid trescientos setenta y tres años, hasta que fué reconquistada por la valiente espada del rey D. Alfonso VI, ese rey de tan varia fortuna, que habiendo heredado á la muerte de su padre Fernando I las coronas de Castilla y Asturias, se las vió arrebatar por su hermano primogénito D. Sancho II, á quien la historia ha dado el renombre del *Fuerte*, ofendido de ver lastimados sus derechos de primogenitura por la división que había hecho su padre del reino. Un terrible combate, en que mandó las tropas el famoso Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el *Cid*, decidió la contienda. Alfonso I fué despojado de su trono, y su inhumano hermano le condenó á vivir encerrado en un monasterio. Auxiliado por su hermana Doña Urraca, escapóse á poco tiempo D. Alfonso y se refugió en la corte árabe de Toledo. Irritado con su fuga D. Sancho, hace caer sobre sus hermanos todo su resentimiento. Elvira pierde su trono de Toro, que cae en su poder; Zamora se defiende por Doña Urraca con más vigor; pero ya á punto de rendirse, don Sancho es muerto á traición por un caballero llamado Vellido Dolfos, que había salido de la ciudad con este intento, y que logrado, se volvía á ella. Traición que hizo tan honda sensación en España, que aun hoy se dice, para denotar un hombre fementido: *¡más traidor que Vellido!*

Alfonso se hallaba en Toledo cuando supo la muerte de su hermano. Protegido por Alí-Menon, vino á tentar fortuna, presentándose en Zamora, donde recibió la sumisión de los nobles de Castilla y de León, cuyas coronas volvieron otra vez á reunirse en su cabeza, habiéndole hecho jurar antes el *Cid* que no tenía parte en el asesinato de su hermano.

Alí-Menón, rey de Toledo, amigo y protector de Alfonso, había muerto, y en menos de un año el cetro había pasado de las manos de Hassen, su hijo mayor, á las de su hermano Jaiah. Alfonso, libre de sus compromisos de gratitud, bate á los árabes y trata de apoderarse de Toledo. Cinco años le costó el llegar hasta los muros de esta ciudad, que se defiende decidida y obstinadamente. La noticia de este famoso sitio atrae al estandarte de Alfonso un gran número de ilustres voluntarios, entre los que se cuenta el rey de Navarra á la cabeza de sus tropas, y los caballeros de más fama de Francia, Italia y Alemania. El rey árabe había resuelto sepultarse en las ruinas de su capital; pero el pueblo rodeó su palacio tumultuariamente, y le obligó á capitular. Toledo, después de haber permanecido bajo el dominio de los musulmanes trescientos setenta y dos años, cayó en poder de los cristianos; y Alfonso hizo de esta ciudad la capital de Castilla, como lo había sido en otro tiempo de toda la España goda (1074).

Diez años después emprende la reconquista de Madrid (1083); arroja á los árabes de sus murallas, y purifica el templo que profanó el culto impío del falso Profeta, volviendo á consagrar especialmente á la Reina del cielo la que antes fué mezquita principal de los moros.

Existía entre los fieles una confusa noticia, de que allí había sido venerada una devota imágen de la Vírgen María, y el rey D. Alonso se propuso buscarla á toda costa. En el ínterin hizo pintar en la pared de la capilla mayor una imágen de María, á quien el pintor, para lisonjear al monarca castellano, casado con la reina Doña Constanza, hija de Enrique I, rey de Francia, colocó en la mano una flor de lis. To-

davía existe hoy entera esta antiquísima pintura. Estaba antes á los pies de la iglesia de Santa María sobre la escalerilla de la puerta con una inscripción, en la cual, á pesar de haberse perdido algunas palabras con el transcurso del tiempo, puede aún leerse:

«Esta sagrada imágen de Nuestra Señora de la Flor estuvo pintada en la pared y oculta detrás del retablo del altar mayor; descubrióse con una gustosa novedad, año de 1623, con ocasión de trasladar á él á Nuestra Señora de la Almudena. Después, el año de 1638, se trasladó y colocó en este sitio, sácandose entero de la pared el espacio de ladrillo y yeso en que estaba pintada... Su antigüedad es del tiempo de Alfonso VI, que conquistó la última vez á Madrid: pintóse en ausencia de Nuestra Señora de la Almudena, cuando estuvo encerrada en el muro, y el rey mandó consagrar esta iglesia y dedicarla á Nuestro Señor con esta santa imágen.»

Hoy está colocada en un buen retablo, con su altar en la nave de la derecha de esta iglesia.

Era constante la tradición de que existía una antigua y muy devota imágen en Madrid escondida, nadie sabía dónde; y el rey Alfonso VI había hecho voto de buscarla y descubrirla donde quiera que se hallase. Este era su más constante anhelo, su pensamiento contínuo. Así es, que desde Toledo volvió á Madrid con ánimo de no desistir de su empresa.

El rey, por un pregón real, ordena que todo el pueblo, los ricos-hombres y la nobleza, implorasen por nueve días el auxilio divino por medio de oraciones, ayunos y penitencias, terminando el piadoso novenario con una procesión general, para suplicar á Dios el descubrimiento de la escondida imágen.

Era el 9 de Noviembre de 1083: una numerosa y brillantísima procesión acababa de entrar en la antigua iglesia de Santa María, decorada con toda la esplendidez que sabe desplegar en las grandes ocasiones el culto católico. Caminaba á su frente el rey de Castilla D. Alfonso VI, acompañado del rey D. Sancho de Aragón y Navarra, de los infantes D. Fernando, Cardenal, y D. Martín, y de una muchedumbre de prelados, grandes y caballeros. Todos eran conocidos por alguna gran proeza de guerra, ó por alguna piadosa y magnífica fundación; pero había uno entre ellos á quien todo el pueblo seguía con los ojos, y no se cansaba de mirar, señalándosele unos á otros con el dedo, y repitiéndose su nombre con orgullo. ¿Quién era ese caballero que excitaba tanto interés y curiosidad como el mismo rey de Castilla? ¡Ese era el *Cid Campeador*, el héroe de Vivar, el vasallo vencedor de siete reyes moros! ¿Qué mucho que su vista excitase tanto interés y tanto orgullo?

Luego que hubo entrado la procesión en la iglesia, empezó una solemne misa cantada, que todos oyeron con profunda devoción.

Acabóse el santo sacrificio de la misa, salió del templo la procesión en el mismo órden con que había entrado, prosiguiendo su piadosa investigación por todos los sitios donde podía suponerse que estuviese oculta la santa imágen. Cada vez era mayor la ansiedad del rey y de los fieles. El novenario habia concluído, ¡la imágen no parecía!

En aquella misma noche se dividió de pronto por sí mismo el cubo de la muralla inmediata á la iglesia, y apareció en su nicho la preciosa imágen, en la misma pureza de conservación, con la misma hermosura, y encendidas todavía las dos velas que á su lado pusieron los Sacerdotes en la noche infausta de su ocultación.

¡Ah! ¡cuánto fué el júbilo y el religioso entusiasmo de Alfonso y de toda la villa de Madrid con aquel venturoso hallazgo!!...

Al día siguiente fué trasladada la preciosa imágen con régia pompa y grande magnificencia, llevando los prelados en hombros las andas en que iba, al sitio que hoy ocupa en la iglesia de Santa María, y donde desde entonces es objeto de la más ferviente devoción del pueblo de Madrid. El Fénix de los ingenios, el célebre poeta Lope de Vega, describe así esta triunfal procesión:

En larga procesión, en dulce canto
Coronadas de flores las doncellas,
Le dán el parabién, parabién tanto,
Sembrando lírios y azucenas bellas:
Las luces de la villa y templo santo
Compiten con las fúlgidas estrellas,
Que amaneciendo el alba de María
La oscura noche se convierte en día.
A las voces y músicas dispares
Con que su antiguo Sol Madrid traslada
Atónito el anciano Manzanares
Alzó la frente de uvas coronada,
Y con envidia de profundos mares
La humilde plata al campo dilatada
Quiso besar el muro, y dió en la arena
Granos de aljófar y oro á la Almudena.

El rey D. Alfonso VI quiso se llamase esta santa imágen Santa María la Real de la Almudena, por haber permanecido trescientos setenta y tres años escondida en el cubo de la muralla cerca del almudín, alholí ó alhóndiga que tenían los moros. Fué declarada Patrona de Madrid. Se agrandó la iglesia, se construyó un precioso retablo para trono de la santa imágen, y se colgaron en las paredes del restaurado templo las banderas y estandartes arrancados en cien batallas á los moros por aquel animoso monarca.

LÁPIDA SEPULCRAL EN SAN MILLAN DE LA COGOLLA

En esta iglesia se estableció un Cabildo de Canónigos, que subsistió hasta que el Arzobispo de Toledo D. Gonzalo Palomeque, por rivalidades con la catedral de Toledo, logró del Papa Bonifacio VIII, en 1301, su extinción y conversión en parroquia.

A esta santa imagen han hecho riquísimos presentes de joyas y preciosos adornos muchos reyes y reinas, que la han tributado particularísima devoción, y en varias ocasiones han tratado de devolver su antigua categoría y de sustituir su pobre y pequeña iglesia por una catedral digna de la capital de la monarquía de dos mundos.

Carlos V, el monarca de las empresas gigantescas, trató de convertir la iglesia de Santa María en una suntuosa catedral, y obtuvo del Pontífice León X la bula de 23 de Julio de 1518 que decretaba su erección. Una catedral en Madrid era una poderosa rival de la de Toledo. El Cardenal Arzobispo Guillermo de Croy, sobrino del favorito del Emperador Carlos V, que apenas de veinte años había sucedido al venerable Cardenal Cisneros, cuyo nombra-

miento, por ser extranjero, fué un escándalo para la nación y uno de los mil motivos que produjeron el levantamiento de las Comunidades de Castilla, se opuso y paralizó este gran proyecto.

Un siglo más tarde, el piadoso Felipe III, especial devoto de la Vírgen de la Almudena, intenta de nuevo la conversión de su iglesia en catedral, y obtiene una nueva bula del Papa Clemente VIII, que también deja paralizada la tenaz oposición del Arzobispo de Toledo, Cardenal Sandoval y Rojas.

La reina doña Isabel de Borbón, esposa de Felipe IV, que miraba con singular predilección á la Vírgen, al morir legó en su testamento, en 12 de Noviembre de 1623, sesenta mil ducados de renta para dotar la futura catedral de la iglesia de la Almudena. El Ayuntamiento de Madrid oireció otros ciento cincuenta mil ducados. Se trabajó ardientemente en llevar adelante este proyecto, se levantaron los planos, se señaló el terreno de la plaza y casas contiguas á la iglesia, y hastá llegó á ponerse la primera piedra por el rey D. Felipe IV, el 15 de Noviembre de 1623, con extraordinaria pompa y magnificencia, en presencia de toda la corte.

De tan gran proyecto solo quedó la piedra colocada por el rey, donde más tarde se levantó una cruz en el sitio en que se puso, dando frente á lo que hoy es arco de la Armería, y la que también ha desaparecido.

El Ayuntamiento de Madrid, al ver disipado el proyecto de convertir en catedral la modesta iglesia de su santa Patrona, como lo había sido en los tiempos de Santiago y San Calocero, restauró á su costa el templo en 1640.

Entonces se formó también con gran solemnidad, el 29 de Agosto de 1640, la Esclavitud de la Virgen de la Almudena, constituyéndose por su primer esclavo y patrono Felipe IV, y á su muerte los reyes que le sucedieron en el trono, hermandad que dura hasta el día, y cubrió de planchas de plata, tal cual hoy se halla, el retablo de la Santa Virgen.

Doscientos treinta y seis años después de haberse abandonado el proyecto de Felipe IV de la catedral de Madrid, la Reina doña Isabel II, en 1859, con motivo de haberse designado en el Concordato celebrado con Pío IX á Madrid por silla episcopal, ha decretado la erección de una catedral, creando una junta de Prelados y altos funcionarios, bajo la presidencia del Rey, su augusto esposo, para que determinen los medios de llevar adelante su fundación.

Ya en este nuevo proyecto, que desgraciadamente tendrá el mismo éxito que el de Carlos V, Felipe III y Felipe IV, no se atiende en la erección de la catedral á su significación tradicional, religiosa é histórica.

La futura catedral, si llega á hacerse, no se levantará sobre la modesta capilla fundada por Santiago y San Calocero, sino en las dilatadas llanuras del Buen Retiro.

La imagen de Nuestra Señora de la Almudena es de madera, que unos suponen ser de cedro, otros de enebro, y otros de otra madera oriental desconocida, olorosa é incorruptible, pues á pesar de tantos siglos no ha padecido el menor detrimento en el brillante colorido de su rostro y ropaje, aunque ha permanecido más de tres siglos y medio entre los materiales del cubo de la muralla donde la ocultó la piedad de los fieles. Está en pié y calzada, si bien el ropaje oculta la mayor parte de sus plantas; su rostro es grave, majestuoso, más bien que redondo prolongado, empero agraciado; su color moreno; los cabellos rubios, aunque algo oscuros y tendidos sobre el cuello. La túnica es de color carmesí y oro; descubre algo el cuello y está ceñida con una cinta dorada; y el manto es azul recamado de oro, con varias flores. Tiene un Niño Jesús en los brazos, de extremada gracia y gentileza. La altura de la imagen es de siete cuartas y dos dedos.

Ante esta sagrada imagen han orado por muchos siglos las generaciones de los habitantes de Madrid. Ante esta santa imagen acudía á postrarse todos los días antes de marchar á labrar el campo, el Santo labrador Isidro, que debía un día ser el Patrono de la capital de esta grande monarquía. A esta santa imagen de la Vírgen de la Almudena debió Isidro el que su hijo, al caer en un pozo, fuese levantado suavemente por las aguas hasta el nivel de su brocal, hecho milagroso que ha consignado el pincel del célebre Alonso Cano en un bellísimo cuadro que existe en la iglesia de Santa María.

Una particularidad muy notable se halla auténticamente comprobada en esta santa imagen, y es la dificultad de obtener una copia exacta y de verdadera semejanza; empresa en que se han estrellado los más célebres pintores, y que nosotros podríamos dudar, á no tener una prueba de testigos tan excepcionales y tan altos como el mismo rey Felipe II y su hija la infanta Doña Isabel.

Felipe II, despues de haber por muchos años luchado en los Estados del Norte para sostener su autoridad, viendo inutilizados los esfuerzos de D. Juan de Austria, la terrible y sanguinaria inflexibilidad del duque de Alba y la política de tantos otros capitanes, queriendo asegurar su posesión á su familia, cedió la soberanía de los Paises-Bajos á su hija Isabel, casándola con el archiduque Alberto, gobernador ya de aquellos paises, bajo la condición de que los hijos que naciesen de esta unión, no podrían jamás contraer matrimonio sin consentimiento del rey de España, y que á falta de posteridad, volverían estos dominios á su corona, como sucedió despues en el reinado de Felipe IV.

La infanta Doña Isabel, antes de marchar en 1599 á Flandes, quiso llevar un retrato parecido de la Vírgen de la Almudena, de quien era fervorosísima devota. Sabía la tradición de que no se podían conseguir retratos parecidos, é hizo que los pintores más célebres de la córte sacasen copias para ver si entre todas lograba encontrar alguna parecida al original. Llevados hasta ocho lienzos á palacio, ninguno satisfizo á la infanta, ninguno copiaba exactamente el original. Sin embargo, llevó para su consuelo los retratos á Bruselas y los colocó en los salones de su palacio. Ninguno de los muchos señores españoles y flamencos, que muchas veces habían adorado la imágen de la Vírgen de la Almudena en su iglesia de Madrid, la hallaron parecida. En su ardiente devoción la infanta Isabel llegó á rogar con la mayor instancia á su padre que le enviase á sus Estados la imágen de la Vírgen de la Almudena; empero el prudente monarca, á pesar de lo mucho que amaba á su hija, se negó á su demanda, á que seguramente se hubieran opuesto tambien los habitantes de Madrid.

Entonces, no desistiendo la infanta Isabel de su piadoso deseo de tener al menos una copia exacta de la venerable imágen, mandó á un pintor de Bruselas para que viniese á Madrid con su secretario de Estado Brito, á retratar la santa imágen. Dió Felipe II un real decreto para sacar la imágen de la capilla al pórtico principal de la iglesia, en donde el pintor, colocándola á la luz conveniente y á presencia del cura de Santa María, el secretario de la infanta, Brito, y de otros personajes curiosos ó devotos, en vano procuró apurar los recursos del arte. Jamás pudo sacar el parecido del rostro, si bien copió exactamente la escultura del ropaje. Entonces arrojó á la vista de todos, sus pinceles; confesó humillado su arrogancia; se despidió devotamente de la santa imágen, y dió cuenta al rey Felipe II. Volvió á Bruselas; se presentó á la infanta, que admirada del prodigio, desistió de su intento, contentándose con adorar á María de la Almudena en su corazón, en donde su ardiente amor á tan gran Señora había grabado profundamente su retrato.

Igual particular prodigio se observó en los diversos retratos que hizo hacer de la Virgen Felipe IV á los célebres Dionisio el Mantuano, Alonso Cano, y á sus distinguidos pintores de cámara Sebastián y Francisco Herrera, Francisco Rici y Juan Carreño. Sus magníficos lienzos carecen de parecido y son distintos entre sí.

Muchos son los milagros que podríamos referir de la Vírgen de la Almudena; pero ni entra en nuestro propósito, ni lo consienten los estrechos límites de nuestro libro. Su protección, no sólo se ha extendido á algunos de los habitantes de Madrid en particular, sino á toda la coronada villa de Madrid.

Pocos años después de la muerte de Alfonso VI, Alí-Aben-Jucet, que se había apoderado del dominio de los almoravides, y había atraído á la España con la esperanza de un rico botín las hordas de Africa, recibiendo desde aquella época los árabes, por haberse mezclado con ellas, la denominación de moros, penetró en los Estados de Castilla, llegó hasta Toledo, que no pudo tomar, y revolviendo su furor sobre Madrid, atacó de improviso á sus descuidados habitantes. En vano resistieron con valor sus asaltos: los moros penetraron en la villa, arruinaron la muralla romana, y tuvieron los habitantes que retirarse al recinto de la muralla antigua inmediata á la iglesia de la Almudena.

Mientras parte de los vecinos de Madrid resistían denodados los asaltos furiosos de los moros, especialmente por la parte del muro donde había estado oculta la sagrada imagen, otros en la iglesia la demandaban humildemente su amparo en tan triste conflicto. Alí-Aben-Jucet, rechazado en sus asaltos con considerable pérdida, resuelve no levantar el cerco de la villa hasta que el hambre obligue á sus heróicos defensores á morir ó á rendirse. María oyó la súplica de los habitantes de Madrid, que la tenían por Patrona. Una horrible peste extiende la muerte y desolación en el campo sitiador; huyen de sus rigores los moros con precipitada fuga, y la villa de Madrid respira libre y canta agradecida un himno de alabanzas á su poderosa Patrona y bienhechora.

Veinte años más tarde, Aben-Jucet Miramamolin, después de haber derrotado á Alfonso VIII en la famosa batalla de Alarcos, comprendiendo la importancia de Madrid, trata de apoderarse de esta villa; empero conociendo el valor de sus habitadores, no quiere exponer su ejército á los azares de un asalto, é intenta rendirla por hambre, sabiendo que los sitiados se hallaban exhaustos de víveres. Era inminente la pérdida de la villa; no había recurso alguno; el hambre comenzaba á desplegar todos sus horrores; sólo un milagro podía salvarla, y la Vírgen de la Almudena lo hizo.

Estaban unos niños jugando en la iglesia y haciendo por entretenimiento un agujero en uno de sus pilares; por él comenzó á caer un filón de trigo. A aquella novedad acuden las gentes, derriban parte de la pared y hallan al lado de la iglesia la entrada de un abundante silo lleno de riquísimo trigo, y en tanta abundancia, que no solo bastó á socorrer las necesidades de los sitiados, sino que éstos desde las murallas arrojaban á los moros grano en grande abundancia, para demostrarles la ninguna esperanza que debían de tener de rendir la villa por hambre. Entonces los moros levantaron el sitio. Madrid celebró este nuevo triunfo debido á su excelsa Patrona.

Un gran cuadro colocado en el pórtico de la iglesia de Santa María, atestigua aún hoy este gran prodigio.

El tesoro de la Virgen de la Almudena ha quedado por las vicisitudes de los tiempos y por las calamidades que han pesado sobre la España, muy reducido. Son pocas las riquezas

que hoy tiene la santa imagen de la Virgen de la Almudena para su atavío.

Quédale no obstante aquel hermoso manto pintado por San Lucas, con flores, del que dice un poeta elegantemente:

Tiene el manto azul tan bellas
flores de varios colores,
que con ser pintadas flores
dan envidia á las estrellas.

El día 2 de Junio de 1798, un miserable llamado Manuel C., robó el collar de brillantes, varios hilos de perlas y otras alhajas con que estaba adornada la santa imagen, riquísimos restos aún de su pasada grandeza. Dos días tardaron los sacristanes encargados de la parroquia en notar el robo; dieron inmediatamente parte á la cofradía de la Esclavitud, que presentó lista de los objetos robados al gobernador del Consejo de Castilla.

Madrid entero se alzó con un grito unánime de reprobación por el sacrílego atentado. Pusiéronse en movimiento los alcaldes de la Real Casa y Corte; uno de ellos logró descubrir el día 7 en una prendería un collar de brillantes y varios hilos de perlas, que había llevado á vender como de la propiedad de su mujer un hombre.

Preso éste, que era un jardinero llamado Manuel C., se le encontraron enterradas en el jardín que cuidaba, varias joyas, y aterrado de su crimen confesó que habiendo encontrado el rosario de la Vírgen de la Almudena (que entonces salía todas las noches,) se fué acompañandolo hasta su iglesia, se quedó en ella escondido, y en las altas horas de la noche entró en el presbiterio, y viendo un hueco detrás de la gradería y en él una escalera, subió por ella al trono de la Santísima Vírgen, y á tientas por entre las cortinas que la cubrían, le fué quitando las joyas de su adorno y poniéndolas en su pañuelo. Se salió á la mañana siguiente al abrir la iglesia, se fué á su casa, y para poder venderlas fingió engañando á un memorialista, una hijuela en que aparecían ser los brillantes de las joyas que deshizo procedentes de una herencia de su mujer.

El célebre poeta D. Juan Meléndez Valdés, que en aquel mismo año (1798) había sido nombrado fiscal de la sala de Alcaldes de Casa y Corte, pronunció una magnífica acusación contra el sacrílego, que fué ahorcado por su horrendo crimen, cometido precisamente en una época en que regía el célebre auto acordado de Felipe V, que condenaba á la pena de horca cualquier robo que llegase á cuatro reales.

Este auto fué dado, como expresa el mismo, *por la necesidad de hacer segura la Corte á cuantos vinieran y residan en ella.* «Auto que, como dijo el mismo Valdés en su magnífica acusación, espantaba solo el leerlo. Un robo de cortísima cantidad, con sólo un testigo idóneo que deponga de él, aunque sea el mismo cómplice confeso, y dos indicios ó argumentos graves, bastan para la prueba del delito y llevan al suplicio al delincuente.»

Esta tremenda ley ha regido en la corte hasta el establecimiento del régimen constitucional.

La imagen de la Vírgen de Nuestra Señora de la Almudena es una de las nueve que por una piadosa y religiosa práctica acostumbran á visitar las reinas de España desde hace siglos, en el mes último de su embarazo, rogándolas favorezcan su alumbramiento, y colocando bajo su protección el fruto de sus entrañas, práctica que han imitado y siguen religiosamente todas las mujeres, lo mismo las de la más alta clase de la sociedad, que las de la más humilde condición.

CONDE DE FABRAQUER.

Advertencia importante.

En el último número publicamos unos apuntes biográficos del insigne autor de la Historia de la Pasión, reundos por nosotros de diferentes partes ó sacados de diversos documentos. Con este motivo hemos tenido el honor de ser visitados por el Sr. Mir, el cual después de darnos las gracias por los elogios que le tributamos y que en su sentir son sagrados, ha tenido la amabilidad de indicarnos algunas inexactitudes en que incurrimos. De ellas las principales son las siguientes: el Sr. Mir no fué el redactor de las Bases prácticas del Congreso de Zaragoza, sino del Mensaje de los Obispos, por más que en las Bases tuviera cierta participación de consulta. Y el incidente del Congreso *no fué el motivo* de la salida del Sr. Mir de la Compañía, sino *uno de los motivos*. También se escaparon algunas otras inexactitudes.

Por imposibilidad material de su autor no vá en este número el artículo prometido acerca de la Historia de la Pasión. Irá en el número próximo.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

El autor del jabón del Congo, Víctor Vaissier, proveedor en título de S. M. el Rey de los Belgas, de S. A. el Rey de Túnez, etc., recomienda á su numerosa clientela pidan en todas partes los Polvos Congolanos, adherentes é invisibles, y el Extracto del Congo, perfume exquisito para el pañuelo.

Depósito central: Príncipe, 19 y 21, Madrid.

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de Paris y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

Nuestros apreciables lectores leerán en el presente número un anuncio de la **bien reputada firma** de los **Sres. Valentin & C.ª**, banqueros, y Expendeduría general de lotería en **Hamburgo**, tocante á la lotería de Hamburgo, y no dudamos que los interesará mucho, ya que se ofrece por pocos gastos alcanzar, en un caso feliz, una fortuna bien importante.

Esta casa envía también gratis y franco de porte el prospecto oficial á quien lo pida.

El doctor Herrera de San Salvador.

«Solo esperaba que llegase la hora suprema de entregar mi alma á Dios.

Me hallaba cerca de la tumba, añade, y había puesto en regla mis asuntos, á fin de estar preparado para cuando llegase la muerte.»

Ahora bien, si un hombre fuese sentenciado á morir dentro de una semana, á manos del verdugo, ó dado el caso que se encontrase solo en una isla estéril, sin alimento, agua ó abrigo, sería natural que previese una muerte próxima y cierta. Sin embargo, tal vez su alarma fuese la peor parte de la situación. Todo dependería de un rescate posible. Hombres hay que han sido librados de inminentes peligros, y por otra parte, otros han perecido cuando no existía ni apariencia de peligro.

El caso á que aquí hacemos alusión es el de D. Francisco Lefontes, de San Salvador. En su carta, fecha 6 de Septiembre 1892, emplea las palabras precitadas, y añade: «He estado postrado en cama durante tres meses, sin que supiese yo cuál fuese mi enfermedad. Tenía las manos y los pies helados, la lengua cubierta, la piel y los ojos amarillentos, y faltábame el apetito. El vientre se encontraba constipado aunque suave al tacto, esperimentaba yo somnolencia, mal paladar, dificultad en la respiración, mis orines eran de color subido, y podían observarse otras condiciones alarmantes.

Mi ánimo se sentía abatido, y toda esperanza había concluido para mí. Cuanto pasaba á mi alrededor me era indiferente, todo lo cual me convenció de que mi fin era próximo. Rehusé tomar más medicina y solo anhelaba el momento en que la muerte pusiese fin á mis padecimientos.

Ya fuese por casualidad ó á instancias de unos amigos que hicieran caso omiso de mi petición, vino á visitarme á esta época el doctor D. Tiberio Herrera, eminente médico y miembro de la Sociedad Médica de esta República.

Después de haberme examinado con mucho detenimiento, el doctor Herrera me dijo: «Me encargaré de curar á usted, no por medio de mis recetas no obstante, sino mediante un remedio descubierto muchos años há por una antigua enfermera alemana cuyo nombre es conocido hoy por todo el orbe, y es el de la Madre Seigel. Su medicina se llama el Jarabe Curativo de la Madre Seigel.»

Por más que las palabras del doctor Herrera fuesen halagüeñas, fué con gran repugnancia que consentí finalmente en tomar la medicina que me recomendaba. Sin embargo, me decidí por último, y después de haber tomado el Jarabe durante cinco días, nueva vida parecía producirse en mí. La aurora del porvenir mostrábase más brillante y grata. Durante algunas semanas más, continué tomando la medicina de la Madre Seigel, y terminado ese período mi salud se hallaba restablecida nuevamente, y tal es el estado de la misma hoy por hoy, que soy el objeto de envidia de muchos de los que me conocen.

Jamás dejaré de estar agradecido á la bendita antigua enfermera alemana por su maravilloso específico, como igualmente al doctor Herrera por su bondad y energía en recomendármelo con insistencia.

Están ustedes en plena libertad de publicar esta carta si lo desean, y saluda á ustedes respetuosamente su muy atento seguro servidor,

FRANCISCO A. LEFONTE.»

Felicitamos cordialmente á nuestro corresponsal por su restablecimiento. La muerte puede haber estado tan cerca de él como él lo creía; sin embargo, es cosa cierta que la prolongación de la vida en el estado en que se encontraba, no hubiera resultado ser otra cosa que dilatado padecimiento y desdicha. Su enfermedad fué la indigestión y dispepsia, de la cual el malestar y dolencias que experimentara no eran más que las consecuencias y síntomas.

El remedio al cual debe su cura, ejerce su acción sobre el estómago, hígado, riñones, y en verdad, sobre todo el sistema digestivo y nervioso, como ninguna otra medicina lo ejerce. Todo enfermo debería saberlo y buscar remedio en él. Miles lo conocen, pero millones lo emplearían de conocerlo.

Prolonga la vida y dá aquello sin lo cual aun la vida es sin valor, á saber, la salud y el bienestar.

Si el lector se dirige á los Señores A. J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique la s propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del Frasco, 14 reales; Frasquito, 8 reales.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis.

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea.

Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 8
1893

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA
DE
VICENTE GARCIA MUSTIELES
(SUCESOR DE PÉREZ)
CALLE MAYOR, NÚM. 50
MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.
Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.
Se sirven los pedidos con toda prontitud.

ELIXIR
DE
Protocloruro
DE HIERRO
CON HIPOFOSFITOS
DE VIVAS PÉREZ

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.*

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.—MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA, **Farmacia** VIVAS PEREZ

EL AGUILA

GRAN BAZAR DE ROPAS HECHAS
Y GÉNEROS PARA CONFECCIONAR Á LA MEDIDA
Gran surtido en trajes para niños.
PRECIO FIJO
Preciados, 3, esquina **á la de Tetuan.**
MADRID

PERUJO-ANGULO
DICCIONARIO
DE
CIENCIAS ECLESIASTICAS
El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes casi folio, tipos claros, **pesetas 110** rústica y **130** encuadernado.—TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.

Calendario Americano Religioso para 1893
CON LA VIDA DE LOS SANTOS

Nuevo para este año: **Dieciséis láminas representando toda la Pasión.** Estas láminas están intercaladas una cada día, empezando quince antes del domingo de Pascua.—Magníficos cromolitografiados. Precios: desde 50 céntimos de peseta hasta 2,50 pesetas.
Se recomienda pedir los Calendarios publicados por la Casa **Bailly-Bailliere é hijos,** que son los más variados. Los hay con ó sin termómetro.
Se hallarán de venta en la librería editorial de **Bailly-Bailliere é hijos,** Plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, y en las librerías, almacenes de objetos de escritorio y bazares de España y Ultramar.

LA ARTISTICA
Calle del Caballero de Gracia, 8

ESTAMPERIA
Novedades en todo género de estampas en grabado, fotograbado, litografía, fotografía, etc., de las principales casas del extranjero.
Especialidad en asuntos religiosos.
IMÁGENES TALLADAS
Se reciben encargos garantizando su buena ejecución.

MANUAL BÍBLICO
Ó
CURSO DE SAGRADA ESCRITURA
POR
MESSIEURS L. BACUEZ y F. VIGOUROUX

Traducida al castellano bajo la dirección de *D. Vicente Calatayud y Bonmatí.*—Le precede una carta-prólogo del Ilmo. Sr. D. Juan Maura Gelabert, Obispo de Orihuela.
Tomo primero, 5 pesetas en rústica.
Se vende en las librerías de los señores D. Enrique Hernández y don José del Amo, Paz, 6, Madrid, y en las principales librerías católicas de provincias.
En los pedidos al por mayor, dirigiéndose al traductor (Valencia), se hará rebaja proporcionada á la importancia del pedido.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
DE
ZOZAYA, (Editor).
PROVEEDOR DE LA REAL CASA
Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa
Publicamos constantemente todas las novedades de autores españole y extranjeros.
OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA
JORGE G.° GIROD
Sucesor de Losada.

Fábrica de Guantes
J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes para señores Obispos, Sacerdotes y colegiales.
Unica casa en Madrid dedicada á este artículo.
Guantes piel primera clase, tres botones, á 2 pesetas.
Idem bordados, á 2,50.
Para caballero, superiores, á 2,50.
Especialidad en guantes piel de caballo, cabrito, Suecia, gamuza y lana.
Corbatas última novedad.
CALLE DE FUENCARRAL, NÚM. 7

LA ILUSTRACION CATOLICA

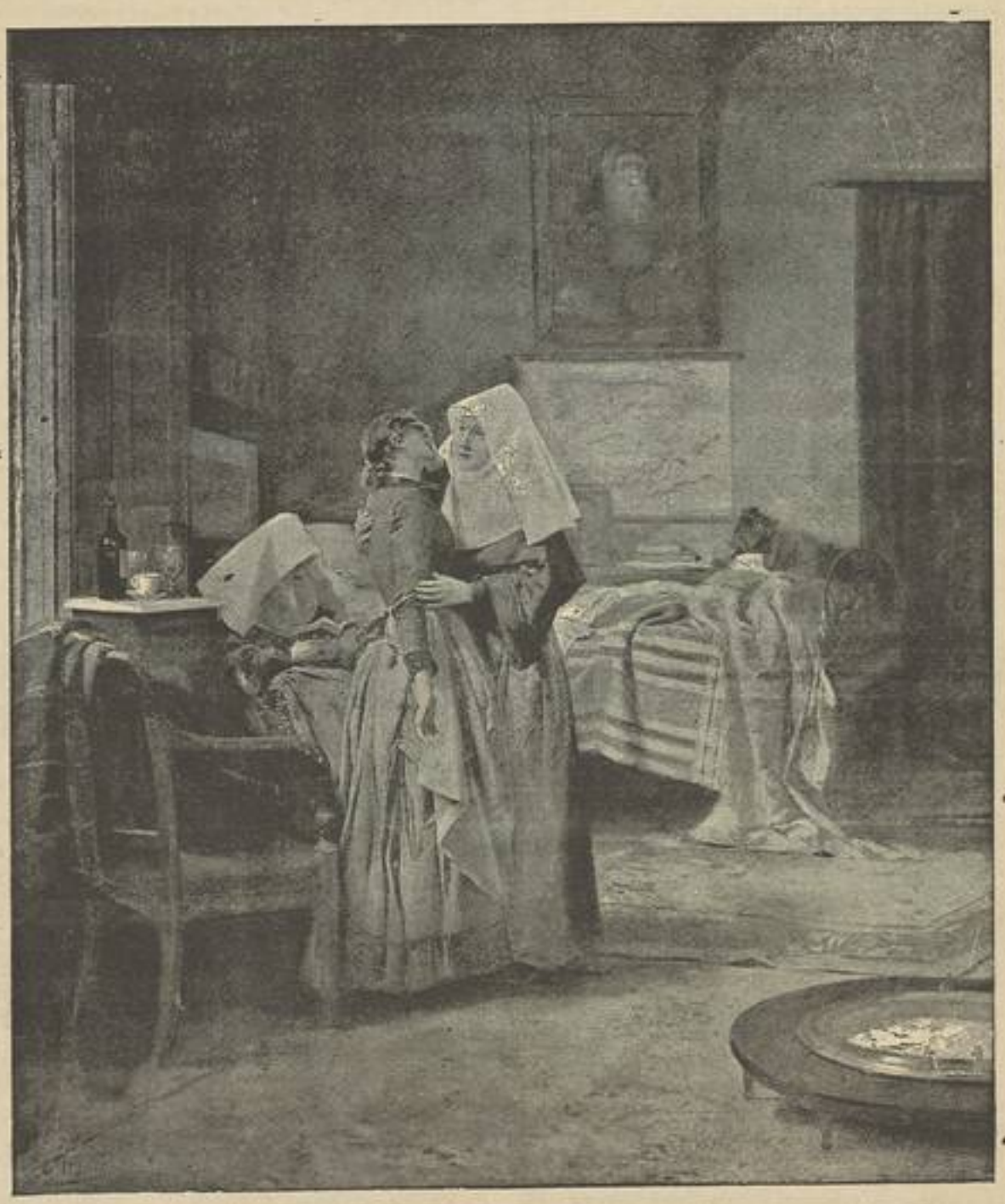
MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 pts.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 2 1/2 pt. fs.
Un año..... 4 »

NÚMERO 8.º—Madrid 30 de Abril de 1893

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 FRCOS
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pt. fs.
Un año..... 5 »



CONSOLATRIX AFLICTORUM

SUMARIO

TEXTO

Pascua florida, por Valentín Gómez.—Gralandón, por Antonio de Olmedo.—Nueva Historia de la Pasión, por Angel Salcedo.—Bibliografía, por el Bachiller Alonso.—El regal y el cazador, por Manuel Polo y Peyrolón.—Nuestro arte religioso, por José Ferrándiz.—Los misterios de la astronomía, por Mariano Domínguez Berrueta.—La absoluta verdad, por Luis Montalvo y Jardín.—Hermanas del servicio doméstico, por Faustina Sáenz de Melgar.

GRABADOS

Consolatrix afflictorum, copia del cuadro de D. Luis Franco Salinas.—Iglesia de Nuestra Señora, en Río Janeiro.—Llegada de Carlos V al Monasterio de Yuste.—D. Adelardo López de Ayala.—Vista de Montserrat.

PASCUA FLORIDA

Rasgáronse los negros crespones que cubrían el santuario.

Han pasado los terribles misterios del dolor, y las horas de aquella noche horrenda y de aquel día frío y triste en que la justicia de Dios aceptó los tormentos que había merecido la iniquidad de los hombres.

La casa del Señor se viste con los colores del regocijo, y los nevados lienzos de los altares, y las doradas cornisas de los tabernáculos, y las suntuosas vestiduras de los Sacerdotes, y el alegre sonido de las campanas, y el coro universal de los cristianos que entonan el *Gloria* bajo las bóvedas de todos los templos del mundo, anuncian el faustísimo hecho de la Resurrección del Hijo del hombre.

Al misterio de la muerte ha sucedido el misterio de la nueva vida; á la tristeza de la Pasión, la alegría de la Pascua.

La sangre del Cordero, que á torrentes corría por el afrentoso leño y empapaba la tierra horrorizada de aquel nunca visto espectáculo, sigue corriendo místicamente sobre el Ara santa, donde se repite el sacrificio del Calvario; pero es como arroyo de néctar divino, como fuente de agua pura y cristalina que apaga la sed del alma ansiosa del amor de Jesucristo.

«¿Con qué pagaré al Señor los dones que de él he recibido? Tomaré el cáliz de la salud, é invocaré su nombre, y lo alabaré y seré salvo de mis enemigos.»

Cáliz de la salud, manantial de eterna vida, jugo de la vid del Señor, delicia de los ángeles... ¡Pobre lengua humana que no sabe expresar la ternura deleitosa de los misterios de la fe!

Pero la Iglesia, que conoce como nadie los secretos de la poesía, dice en una sola y sencillísima palabra todo cuanto el entendimiento pudiera imaginar en la expresión de este feliz tránsito de los misterios del dolor á los misterios de la alegría santa.

¡Pascua florida! ¿Cómo decirlo mejor?

La Naturaleza se asocia á la humanidad cristiana para celebrar la Resurrección del Hijo de Dios.

Vístense los árboles con sus verdes galas; ábrense los capullos al tibio ambiente de la primavera, y las ya abiertas flores extienden sus matizadas hojas para que el sol quiebre sus rayos en las menudas gotas de lluvia que, como riquísimos diamantes, brillan sobre los pétalos y multiplican sus inimitables colores.

En la pradera se mecen los verdes sembrados á impulso del vientecillo que recoge todos los aromas para embalsamar la atmósfera de los campos y de las ciudades.

En las vertientes de las colinas saltan los humildes corderos que, según la Ley Antigua, debían ser sacrificados en este tiempo, y según la Ley Nueva, son sustituídos en el Ara por aquel Cordero sin mancha que vino á borrar los pecados del mundo.

Las aldeanas bajan de los altos caseríos con cuencos de cuajada y ramos de flores que ofrecen en el mercado á los habitantes de la ciudad, mientras dejan vagando por las cercanías del huerto á una bandada de polluelos, que siguen dócilmente las cariñosas insinuaciones de la vigilante madre.

Pascua y primavera son dos ideas hermanas que como ángeles de consolación vienen á aliviar las tristezas de la Cuaresma, y á ahuyentar las sombras del invierno.

De esta suerte, la Iglesia en sus festividades, y la Naturaleza en sus varios fenómenos, presentándose unidas á nuestra contemplación, hacen de la existencia del cristiano una dichosa sucesión de recuerdos, de impresiones, de tristezas y de alegrías, que preparan admirablemente el tránsito inevitable de la vida á la muerte, y como que nos indican algo de los inefables goces de la eternidad, donde se descorrerá el velo de tantos misterios, y contemplaremos en una sola visión la hermosura, la harmonía y la unidad de todas las cosas que hoy por distintos conceptos impresionan nuestro ánimo ó mueven las fibras de nuestro corazón.

***

Cierto que el Cristianimo lo abarca todo, lo informa todo, lo comprende todo: el individuo como la sociedad, la ley como la costumbre, el pensamiento como el lenguaje.

Hasta en los detalles de la vida, se ve por donde quiera brotar esa alegría de la Pascua, esa gloria de la Resurrección, magnífico antecedente de la resurrección universal del linaje humano.

En el rostro de los hombres resplandece esa alegría, y el lenguaje vulgar tiene una frase hecha que expresa efectivamente ese general contento que brilla en el semblante de los hombres como en la Naturaleza y en el Catolicismo.

La juventud como los pájaros saluda los albores de la mañana entre las enramadas de los ya poblados bosques, y canta con los jilgueros y ríe con las fuentes, y quisiera que el himno de su corazón vibrase con más fuerza, con más energía y con más sentimiento que el himno levantado por los séres todos del Universo en honra del Autor de tantas maravillas.

Y en esta época de universal regocijo nos manda la Iglesia que nos acerquemos á Dios con el espíritu y con la carne.

¡Qué mandato tan hermoso! Quiere que nuestra oCmunión se celebre con flores, perfumes y harmonías...

¿Qué poeta ha concebido jamás la idea sublime de reunir á toda la familia humana al pie del altar sacrosanto para recibir al mismo Creador en medio de todos los encantos de la primavera?

¡Oh, poesía de la fe! Hija del cielo, coronada con los resplandores de los astros y vestida con el azul del firmamento, nada hay en la tierra que no sea á tu lado oscuro como la sombra de la noche y triste como el dolor sin esperanza.

VALENTÍN GÓMEZ.

GRABADOS

Consolatrix afflictorum, copia del cuadro de D. Luis Franco Salinas.—(Pág. 113).

El cuadro *Consolatrix afflictorum*, en el que descuella la atractiva y espiritual figura de la Hermana de la Caridad que está prodigando sus consuelos á una afligida joven que acaba de perder un sér querido, subyuga la mirada y mueve al corazón á reconcentrarse y á meditar sobre las escenas de lágrimas de que es constantemente teatro la humanidad.

La preciosa obra del Sr. Franco, fué con justicia propuesta por el Jurado calificador para su adquisición por el Estado en una de nuestras Exposiciones.

Universidad de Coimbra (Portugal).—(Pág. 116).

Publicamos una de las partes más notables de este edificio: las salas de clase y las de los actos solemnes universitarios.

Esta Universidad es de primer orden; fué fundada por el Rey D. Dionis, y desde entonces hasta hoy, no se ha cesado de ampliar y aumentar sus dependencias.

Sabido es que un título universitario obtenido en Coimbra es un timbre glorioso, por la severidad que reina en los exámenes de dicha Universidad.

Iglesia de Nuestra Señora, en Río Janeiro.—(Pág. 117)

En el fondo de frondoso parque, entre palmeras seculares y espléndida vegetación, destácase este hermoso templo rodeado de flores.

Se empezó en 1842, colocando la primera piedra D. Pedro II. ¡Cuánto han cambiado las cosas desde entonces! La monarquía del Brasil se ha desmoronado, y el templo permanecerá erguido siglos y siglos, si no ocurre alguna catástrofe inesperada.

Llegada de Carlos V al Monasterio de Yuste. (Cuadro de Alarcón.)—(Pág. 120.)

Grande fué la emoción de los religiosos cuando tuvieron noticia de la llegada del Emperador. Recibiéronle cantando el *Te Deum*, echando á vuelo las campanas y con todas las mayores señales de alegría y satisfacción.

El Prior, vestido de capa pluvial, pero algo turbado en presencia del poderoso soberano que se hacía huesped de su convento, le cumplimentó denominándole *Vuestra Paternidad*.

El autor de este cuadro recibió por su trabajo el premio de distinción.

D. Adelardo López de Ayala.—(Pág. 121.)

D. Adelardo López de Ayala nació en Guadalcanal (Sevilla) el 1.º de Mayo de 1828, y pasó los años de su niñez en Villagarcía (Badajoz.) Estudiante de leyes en la Universidad de Sevilla, en donde tomó parte en algunos motines, y se dió á conocer como poeta, vino á Madrid resuelto á abandonar el bufete de abogado por los laureles de la escena, hallando un protector generoso en el que lo era de casi toda la juventud literaria, el conde de San Luis. Antes de cumplir los veintiún años entregaba al Teatro Español su primer drama *Un hombre de Estado*, que hubo de juzgar con grandes elogios D. Manuel Cañete, y que se representó en 25 de Enero de 1851. Empleado en el Ministerio de la Gobernación, y cesante al comenzar el bienio progresista, se dedicó con más ahinco á escribir para los teatros y en la prensa, colaborando, aunque no asíduamente, en *El Padre Cobos*. Representó á Badajoz como Diputado en 1857, cuando ya no formaba en las filas del moderantismo, sino en las de la Unión Liberal. Aceptó con todo su partido la revolución de 1868, en cuyos preparativos tuvo Ayala gran parte, escribiendo después el Manifiesto célebre de Cádiz. Parece que miraba con buenos ojos la candidatura del Duque de Montpensier para el trono; pero no impidieron tales precedentes que fuese Ministro en el primer Gabinete de la Restauración, presidido por Cánovas. Se acomodó mejor al carácter y hasta á la fisonomía de Ayala la Presidencia del Congreso, que desempeñaba al ocurrir su inesperada muerte en Madrid el día 30 de Enero de 1879. En la colección de escritores castellanos se ha publicado la primera edición completa de las obras de Ayala en siete volúmenes por el orden siguiente:

Tomo I. Teatro.—*Un hombre de Estado.—Los dos Guzmanes.—Guerra á muerte.*

Idem II.—Idem.—*El tejado de vidrio.—El Conde de Castralla.*

Idem III.—Idem.—*Consuelo.—Los Comuneros.*

Idem IV.—*Rioja.—La Estrella de Madrid.—La mejor corona.*

Idem V.—Idem.—*El tanto por ciento.—El agente de matrimonios.*

Idem VI.—Idem.—*Castigo y perdón.—El nuevo don Juan.*

Idem VII.—Poesías.—*Proyectos de comedias.*

Acerca de su representación en la moderna literatura española, dice el P. Blanco en su famosa obra: «La representación de Ayala en nuestro moderno teatro es casi la misma que la de Alarcón en el siglo XVII; la del poeta elegantísimo que purifica y encauza los elementos allegados anteriormente, imprimiéndoles el sello de la corrección y el buen gusto. Esta tarea paciente y fecunda luce en ocasiones más que la potencia creadora, por cuanto es más accesible á todos, y no muestra en la superficie esas desigualdades de estilo y esas asperezas desapacibles, argumento de los Zoilos y las críticas á medias tintas contra los Hércules del arte como Shakspeare y Calderón. ¿Quién pondrá hoy *El sí de las niñas* sobre *La vida es sueño* y *El alcalde de Zalamea?* Con todo, un Hermosilla que no encontrara en la comedia tantos defectos como en los dos dramas, quizás por esto sólo le otorgaría una preferencia injusta. Así también muchas obras maestras de nuestro antiguo y moderno teatro, no resisten el análisis minucioso y de pormenores como lo resiste *Consuelo*, y valen incomparablemente más. En el romanticismo había mucho bueno y aprovechable, que las circunstancias, la moda y la preocupación ligaron con la escoria de las exageraciones sistemáticas, y por eso fué tan necesaria esta obra de depuración que levantó el nombre de Ayala á las cumbres de una gloria más modesta que otras, pero también menos discutida.»

Vista de Monserrat.—(Pág. 125.)

El grandioso Monasterio, el santuario venerabilísimo y la montaña maravillosa de Montserrat, son de sobra conocidos de todos para que nos detengamos á describirlo. Damos hoy una vista de aquellos lugares famosos, habiendo publicado hace muy poco un artículo acerca del célebre santuario.

Nuestra Señora del Puy, ó Puig, en Francia es uno de los santuarios en que se manifiesta más visiblemente la devoción á Nuestra Señora de los católicos franceses, los cuales suelen acudir á él en gran número en hermosas peregrinaciones.

ANTONIO DE OLMEDO.

Nueva Historia de la Pasión de Jesucristo.

El defecto capital de la moderna literatura española es, á nuestro juicio, la improvisación. El tópico cursi de que se valen nuestros oradores de pacotilla en los exordios de sus discursos, y que se reduce á implorar la benevolencia del público, *porque el orador no viene preparado*, pudieran emplearlo del propio modo poetas y dramaturgos, novelistas é historiadores; porque en España es ya cosa tan frecuente, que á nadie maravilla escribir poesías, dramas, novelas y hasta libros de ciencia sin prepararse convenientemente para ello. Unos lo disculpan con la falta de tiempo—tienen que pasar todo el día en la oficina ó en el bufete para ganarse el pan cuotidiano, y sólo pueden dedicar ratos perdidos á las letras;—otros dicen que creen en la inspiración, y que ésta es llama que se enciende súbitamente en el cerebro, y que presto se apaga, debiendo el autor aprovechar sus fugitivos resplandores para revestir de forma literaria definitiva á sus pensamientos... Para estos creyentes en la inspiración, obra meditada es obra relamida, sin espontaneidad ni frescura; y, como planta criada artificialmente en la estufa académica, puede admirar, pero no atraer, ni subyugar el ánimo del contemplador; ni siquiera es simpática al espíritu, enamorado de la belleza verdadera, que es la natural. Con esto de no perder la frescura, ni desaprovechar la inspiración, se ahorran mucho trabajo ciertos ingenios. Escriben *á lo que sale*, á lo primero que se les ocurre, y vacían en el papel, á título de espontaneidades, toda la broza de sus entendimientos. No proceden así los finos bebedores de vinos generosos, los cuales, al destapar la botella, sacrifican, derramándola, la primera copa; porque saben que en la superficie hay siempre basura, y que para encontrar lo puro y bueno del líquido conviene buscarlo más en lo hondo.

Ferrer del Río se burló de Hartzenbusch por lo mucho que meditaba y limaba sus escritos. A pesar de lo cual, *Los amantes de Teruel* parecen cada vez más hermosos, y es de los pocos dramas románticos que aplaude nuestro público naturalista. ¿En dónde están aquellos mil dramas que *en horas veinticuatro* hacía pasar Lope de Vega *de las musas al teatro?* Pasaron tan rápidamente como se compusieron, y, fuera de los eruditos, nadie recuerda el teatro de Lope sino por aquellas piezas suyas que demuestran una concepción más lenta, una producción más prolongada. Esas flores que lucen en los jardines en estos hermosos días de primavera, producto son de una larguísima gestación de la naturaleza; desde el pasado otoño las está misteriosamente elaborando Pomona con sus jugos vitales más preciosos, en su laboratorio más escondido, á la *chita callando*...

El Sr. Mir es de los pocos literatos españoles contemporáneos que imita en esto á la naturaleza. Las flores de su ingenio brotan después de un otoño de siembra y de un invierno de muchos meses de meditaciones y estudios. No es, por lo tanto, un escritor espontáneo, á la manera que aquí se entiende la espontaneidad; pero, por lo mismo, es un escritor profundamente original, porque no pone en sus obras lo primero que se le ocurre; y lo primero que á cualquiera se ocurre es lo que se le suele ocurrir á todo el mundo, esas ideas comunes que, por decirlo así, flotan en la atmósfera espiritual como ciertos miasmas en la atmósfera física; el Sr. Mir desecha todo esto, y afanosamente busca en lo más profundo de su alma las ideas propias y peregrinas, que son casi siempre las que valen, ó por lo menos las capaces de iluminar con nueva luz un asunto ya tratado por muchos, y respecto del cual, si se ha de repetir lo ya dicho por otros, no hay que tomarse la molestia de tratarlo otra vez.

Por eso en las obras del P. Mir hay siempre algo nuevo que aprender; y por eso no teme él los asuntos más vulgares y trillados; porque sabe que no ha de repetir nada de lo que sobre los mismos asuntos escribieron otros. ¿Cuántos, desde los primitivos apologistas cristianos, no han discurrido, hablado y escrito acerca de la harmonía entre la ciencia y la fe? Pues el P. Mir, en su *Harmonía entre la ciencia y la fe* supo ser original. Y lo mismo cuando ponderó ante la Academia Española *la grandeza y perfección de la lengua castellana en el siglo de oro*, y cuando biografió á *Bartolomé Leonardo de Argensola*, y lo mismo ahora en su *Historia de la Pasión de Jesucristo*.

Para quien no sea de la madera del P. Mir, un asunto como la Pasión de Jesucristo es un asunto imposible, literariamente hablando. ¿Qué cosa nueva se puede decir acerca de la Pasión de Nuestro Señor? Los Evangelistas, los Padres de la Iglesia, los Doctores, los escritores más insignes de todas las naciones cristianas, parece que debieran haber agotado el tema. Lo que no se sepa de tan sublime materia después de diecinueve siglos de estudio y meditación continuos, parece que debíamos renunciar á saberlo, por lo menos en este mundo. Los judíos, los gnósticos, los infieles y herejes, los racionalistas y librepensadores, han agotado también las que pudiéramos llamar objeciones á la vida de Jesús; y desde el grosero talmudista, que escribió del Redentor que había nacido de un tronco de lechuga, y del Korán, que lo pinta como un profeta precursor de Mahoma, hasta Paul Bert, que dice haber descubierto que no murió el Salvador en la cruz, sino que sufrió un síncope á las tres horas de crucificado, y sobrevivió á su martirio, de donde procede la que llama él fábula ó leyenda de la Resurrección, no hay nada, por irracional ó estrafalario que sea, que no se haya dicho contra Jesús. El pro y el contra, el aspecto positivo y el negativo de la historia y significación moral del gran Profeta de Galilea, se ha discutido hasta la saciedad en Concilios y Academias, en libros y discursos, en los campos de batalla y en los tribunales de justicia; es esta una cuestión por la que se ha muerto heróica y santamente, y por la que se ha escrito en todos los géneros literarios y en todas las formas posibles, á lo filosófico, á lo histórico, á lo ascético, á lo místico, en serio y en broma, con amor y con odio, en prosa y en verso.

Y sin embargo, ¡cuánto queda por decir todavía! La primera impresión que produce la obra del Sr. Mir es esta, que el asunto es realmente inagotable. Si consagrándole el Sr. Mir un estudio de diez y ocho ó veinte años, ha conseguido descubrir en la historia de la Pasión aspectos que parecen y son realmente para nosotros aspectos nuevos, ¿qué no se ha de poder lograr en las edades futuras, cuando se conozcan mejor que ahora los pormenores de la civilización oriental y de la historia del pueblo hebreo, en cuyo seno apareció el Redentor de los hombres, y cuya vida vivió durante los treinta y tres años de su permanencia en el mundo? El misterio de Cristo no se ha de esclarecer para nosotros hasta que llegados á la otra parte del Jordán, reposemos bajo las higueras de la patria inmortal; pero interin peregrinemos por el desierto de la vida terrena, podremos irnos acercando á su conocimiento y tenerlo cada vez más cabal. De esta suerte, hasta la misma historia sagrada, hasta la misma vida del Redentor, son asunto en que caben la perfección relativa y el progreso, estímulos preciosos que ha concedido Dios á nuestro trabajo. Compárense la historia de la Pasión que acaba de dar á luz el P. Mir y las que se escribieron por otros varones en los pasados siglos, y se verá que, siendo inmutable el dogma, se ha enmendado ó perfeccionado sin embargo la historia, comprendiéndose hoy mejor que antes multitud de sus pasajes, y viéndose á mejor luz el conjunto de los hechos que la constituyen ó forman.

Y es que la civilización oriental y la historia política y social del pueblo hebreo se conocen en nuestra edad más perfectamente que en las anteriores.

Pasaron ya los tiempos en que se consideraba peligroso para los fieles, y en que lo era realmente para un hombre como Fr. Luis de León, el estudio de la Biblia en su original hebreo, y en que para la generalidad de los teólogos la Vulgata era una traducción inspirada por Dios. La interpretación de los sagrados libros ha progresado extraordinariamente, merced al progreso de los conocimientos orientalistas y á la aparición de nuevas ciencias, tales como la Geología y la Prehistoria, La Egiptología, la Asiriología, la Filología comparada, la Geología y Prehistoria, no sólo han venido á confirmar la verdad de las relaciones bíblicas, sino á ponernos en camino para entenderlas é interpretarlas mejor. La misma crítica impía, con ser tan injusta y procaz, contribuye á su pesar á tan excelente resultado, planteando cuestiones y señalando puntos de vista que en definitiva confirman la

UNIVERSIDAD DE COIMBRA (PORTUGAL)

verdad de los libros inspirados, y obligan de paso á los escritores católicos á estudiar estos mismos libros cada vez con más detenimiento y profundidad.

El P. Mir, para su *Historia de la Pasión*, lo ha aprovechado todo, absolutamente todo lo que puede aprovecharse en el orden científico moderno. La base de su trabajo son los cuatro Evangelios; pero los cuatro Evangelios estudiados y comprendidos á la luz suministrada por la ciencia crítico-histórica, hoy en su glorioso apogeo. Tilou y Josefo, el conocimiento de la lengua, costumbres, aspiraciones, ideas y modo de ser de la sociedad israelítica en tiempos del Redentor y el de los romanos, dominadores de Judá en aquella época, han servido al P. Mir de auxiliares para su obra. Y merced á eso, en la *Historia de la Pasión de Jesucristo* revive aquel mundo hebreo en que quiso aparecer el Cristo, y se manifiesta á nosotros, lectores del siglo XIX, con todo su color local, con sus doctrinas, sectas religiosas, usos públicos y privados, pasiones que lo dominaban y preocupaciones que entenebrecían su inteligencia, y se ven sus monumentos y sus ciudades, como si no hubiera pasado sobre ellos, hace tantos siglos, la cólera de Dios en forma de legiones romanas.

Este maravilloso fondo topográfico y social no pudieron pintarlo los Padres de la Iglesia, ni los escritores religiosos de otras edades, porque la arqueología no podía entonces proporcionarles los datos y elementos necesarios para ello; y, por otra parte, porque el público no gustaba, como ahora, de ciertas pinturas que se tenían por accesorias é inútiles, no estando, como no estaba, desarrollado el sentimiento de la naturaleza, ni comprendiéndose tampoco, sino de un modo confuso, la influencia que ejercen en nosotros las influencias externas de lugar y tiempo, á que llamó Darwin *medio ambiente:* para los antiguos el *paisaje* en literatura era mero adorno, cuando no alarde de estilo, que reprendían por vicioso los rígidos preceptistas. Hoy entendemos las cosas de otra manera, y sabemos más de muchas de ellas; por donde un hombre tan estudioso como el P. Mir ha podido llevar á cumplido remate una empresa que hubiera sido de realización imposible en otras épocas.

Asombra, sin embargo, considerar la suma de trabajos literarios á que el P. Mir ha tenido que consagrarse, no durante un año ó dos, sino durante varios decenios, para salir airoso de tal empresa. Sólo en leer libros ha debido invertir algunos lustros, y luego en meditar lo leído, comparar unos textos con otros, estudiar mapas y planos de Jerusalén, comprobar con el conocimiento de los lugares el de los relatos, y... etc., etc. Porque todo esto pasma y maravilla que sea un español del siglo XIX el que lo haya llevado á cabo.

Así, que en punto á ciencia la obra más bien parece de uno de esos sabios alemanes, á lo Monusem, que no de un compatriota contemporáneo nuestro.

A. Salcedo.

(Se continuará.)

Bibliografía.

La electrolisis, por D. Juan Domínguez Berrueta.

Nuestro querido amigo el ilustrado escritor que dirigió *El Criterio*, de Salamanca, hasta la sentida desaparición de este periódico, ha publicado un estudio acerca de la interesante y poco conocida materia que se conoce con el nombre de *electrolisis*.

La electricidad, el gran agente de la moderna física, ha hecho también su entrada triunfal en el campo de la química bajo el aspecto de fuerza modificante de la afinidad y agente analítico de grandísima importancia.

La electroquímica constituye uno de los capítulos más brillantes de la química contemporánea, y en esa rama de la ciencia es la electrolisis un fenómeno capital, cuyo gran interés han demostrado palpablemente autoridades tan respetadas como Maxwell, Roux, Bousdorff, Davy y Becquerel.

El Sr. Berrueta recuerda los trabajos de estos hombres de ciencia, estudiando los fenómenos electrolíticos desde Carlisle y Nickolson, que comenzaron esta clase de investigaciones en 1800, hasta los que hoy consagran su actividad á estudios de tan útiles resultados.

Dedícase el primer capítulo de la obra que nos ocupa, á reseñar los efectos que la electricidad *estática* produce en los compuestos químicos, pues no solamente determinan la electrolisis las corrientes eléctricas, sino también las descargas que restablecen el equilibrio etéreo.

Estudia á continuación el Sr. Berrueta las principales hipótesis que se han inventado para explicar el fenómeno electrolítico, las ideas del eminente Clausius, de Connel Bourgoin, y Ponillet; expone todas las manifestaciones de dicho fenómeno, las causas que lo modifican, los curiosísimos experimentos de Pouillet, Hittorf, Badía, Warburg, Tomassi..., los cultivadores más insignes de la electroquímica; las leyes descubiertas por Faraday, Becquerel, Ponthiere y Thomson; y dedica el capítulo VII á la aplicación de la electrolisis á la análisis química, asunto que en España es verdadera novedad, y cuya trascedencia no se oculta á los maestros de la química.

La electrolisis renovará por completo los procedimientos de análisis, y en los laboratorios que la ciencia construya en adelante, con seguridad el fenómeno electrolítico será utilizado por todos los que traten de indagar la presencia de los cuerpos químicos.

El Sr. Domínguez Berrueta ha prestado un señalado servicio á la ciencia española y ocupado un insigne lugar entre sus cultivadores, exponiendo admirablemente toda la teoría de la electrolisis que, como decimos, era del todo desconocida, ó poco menos, en nuestra España. Demuestra en este estudio que todas las personas impuestas en las ciencias físicomatemáticas deben procurar conocer y meditar profundos conocimientos en todas las disciplí-

IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA, EN RÍO JANEIRO

nas con que se relaciona ó en las que se apoya se trabajo. *La Ciudad de Dios* consagra en su último número una entusiasta bibliografía al trabajo del Sr. Berrueta, por el que felicitamos á nuestro docto y querido amigo.

BACHILLER ALONSO.

El zagal y el cazador.

EL zagal era Miguelillo en persona, ya conocido de mis lectores; es decir, un pastorcete listo como el hambre, malicioso como todos los montañeses, travieso entre sus iguales, pero tímido y encogido al parecer en presencia de personas desconocidas; y el cazador era uno de esos industriales valencianos, que con poca ó ninguna cultura y menos instrucción, han sabido, sin embargo, hacer mucho dinero, retirándose á tiempo de los negocios, y dedicándose exclusivamente á comerse sus caudales y darse el charol que nadie les otorga, pero al cual se consideran con derecho por la suprema razón de que son ricos.

Entre los esparcimientos que el cazador susodicho se dispensaba á sí mismo todos los veranos, tanto por considerarlo de buen tono entre personas acaudaladas, cuanto porque ese derrotero habian tomado sus aficiones en el seco cauce del Turia valenciano, dedicándose al tiro del pichón como socio legítimo del Casino de San Humberto, figuraba una cacería en *Aragó*, como él decia, y como si la vasta región aragonesa fuera un villorrio despreciable, al que dispensara insigne honor todo valenciano con su visita.

Mi hombre hasta se había comprado, para cazar exclusivamente, elegante traje de gamuza, profusamente adornado de pespuntes, trencillas, botones y bolsillos, para colocar en ellos instrumentos numerosos de campo y caza; y provisto de su arrogante canana, que le daba aires de contrabandista, de su soberbio pavero semejante al de los chulos andaluces, de sus polainas con borlas y colgajos, de sus cuchillos y hachas de monte, y de su escopeta de fuego central, se presentó en uno de los pueblos más miserables de la montaña aragonesa, que ofrecía más que fundados motivos al valenciano para elogiar á su hermosa Valencia, y poner como chupa de dómine al *Aragó* de sus imaginaciones.

Contrató á un cazador de oficio para que le acompañara y enseñase los mejores cazaderos de la sierra, y el arrogante valenciano con el modesto montañés, y la indispensable trahilla de perros que aquel llevaba á todas partes, partieron para el monte en busca de liebres, conejos y perdices.

—*Che*, ¿tú que te figuras? Pues has de saber que donde yo pongo el ojo pongo también la bala.

—Habrá cazao *usté* mucho.

Dos *veses* todas las semanas tiro al palomo en *Valensia*, y todos los veranos *caso* en una ú otra parte.

—¿Se puede saber en dónde, si no es descortesía?

—Pues unas *veses* voy á la *provinsia* de Cuenca, y allí *casamos* venaditos y *corsos*; otras *veses* á Sierra Morena, y allí *casamos* jabalines y lobos; otras *veses* á África, y allí *casamos*...¡pásmate!...hasta leones; otras *veses* á la Albufera, y allí *casamos* chochas, patos y boixos; y ahora me ha dado la *ocurrensia* de venir á *Aragó*. ¿Tú que opinas, *che*?

—Que ha hecho *usté* rematadamente mal, porque aquí no hay más que cuatro perdices y dos conejos *pa* los que tenemos piernas de acero y conocemos como si lo hubiéramos *parío* este terreno maldito.

—Malo es de veras, *che*; pero si encontramos *casa*...

—Casas no hay aquí más que en el lugar.

—Digo *piesas* que matar, ó reses que cobrar, como les digáis aquí.

—Pues eso podía *usté* hacer, matar una res, un carnero ó una oveja, y vería *usté* qué pronto íbamos á la cárcel.

—Hombre, no, yo digo reses de *casa* mayor, lobos, zorras, *corsos*, cabras montesas, *etsétera*.

—Sí, sí, déles *usté* expresiones: ahí nos guardan la caza mayor para diversión nuestra. Ya nos contentaremos con algún conejo ó perdiz, si damos con ellos, que son muy ladinos y hay que despernarse *pa encontralos*.

En estas y otras pláticas parecidas se ocupaban ambos cazadores subiendo monte arriba, cuando tropezaron con Miguelillo, que acababa de sacar de su zurrón un torrezno de sólidas gachas de almortas, y con su navajita de cachas de cuerno en la mano almorzaba tranquilamente sobre el verde césped de un ribazo, intercalando en su estómago rebanadas de pan y de gachas. Al ver á aquel señor tan *respetuoso*, como dicen ellos, en aquella catadura y con aquel traje, Miguelillo se ruborizó, bajó los ojos, y sin decir palabra siguió comiendo.

—Verás, *che*, ¡qué susto le voy á ese babieca!— dijo el valenciano.

—Ya, ya, como no se lo dé él á *usté*—contestó el montañés.

—Oye, pastor, ¡qué modos y que *criansa* es esa! ¿No sabes tú que cuando se come y llega

uno, sobre todo si es forastero como yo, se le dise: usted gusta?

Dijo el cazador al zagal, y ruborizándose más y entre dientes contestó Miguelillo preguntando:

—*¿Usté* quiere?

—Sí, trae aquí—contestó el valenciano cazador extendiendo la mano en actitud de aceptar la invitación.

—¿Pues qué no sabe *usté*—replicó el zagal—que se contesta: muchas gracias, que aproveche?

El montañés soltó una carcajada, y el valenciano prosiguió su camino reflexionando en alta voz.

—Vamos, los pastores de esta tierra no son tan tontos como *paresen*.

—Sí, sí, tontos, métales *usté* el dedo en la boca y verá.

Fatigáronse durante todo el dia subiendo y bajando cerros; la media docena de perros que el valenciano llevaba, y que no servían más que para comerse diariamente otras tantas hogazas, espantaban la poca caza que en aquel monte había; de repente saltó una banda de perdices de los mismos pies de los cazadores, dispersándose con su ruidoso aleteo en todas direcciones; dispararon á la vez las dos escopetas, mientras los perros armaban el gran escándalo, el valenciano los dos tiros seguidos de la suya de dos cañones, y el montañés el único de su escopeta; mató éste una perdiz y ninguna el gran *casador*; continuaron cazando largas horas sin volver á dar con más caza, y muertos de cansancio y de hambre regresaron al pueblo, sin otras aventuras que contar.

En vista del poco resultado y de la ninguna diversión que le proporcionaba al cazador valenciano la caza al vuelo, como el tiempo no podía estar más hermoso y hacía luna, determinaron salir á espera de liebres pasando la noche en uno de los cebaderos más famosos del contorno, es decir, en una de las parideras ó corrales de ganado, que tienen era ó pajar, y en donde los cazadores suelen echar trigo y paja para cebo de las liebres que de noche acuden á comérselos.

Como en los pueblos pequeños todo se sabe, dos cosas llegaron á oídos del zagal de nuestro cuento, á saber: que el valenciano le había llamado *babieca*, y que aquella noche iría á espera de liebres á la paridera del Ceñajo. Mucho antes que los cazadores se trasladó Miguelillo á las inmediaciones de la paridera dicha, deseoso de demostrarle prácticamente al cazador forastero que los pastores de aquellos montes no son tan tontos como parece, y que no falta quien va por lana y resulta trasquilado.

En el cubierto del corral, y en la pared adosada á la era, hay dos agujeros abiertos *ad hoc* para los cazadores que desde allí esperan y matan á traición á las tímidas liebres, que con todas las precauciones del mundo y á altas horas de la noche acuden á los montones de granzas en busca del necesario sustento. Cada uno de los cazadores ocupó su aspillera correspondiente, descansando el cañón de la escopeta sobre la piedra inferior del agujero, mirando por la parte superior sin quitar ojo al cebadero, y sin permitirse hablar ni aun respirar fuerte para no espantar la caza.

Largo rato llevaban en esta postura, cuando el montañés tocó suavemente con el codo al valenciano, como advirtiéndole: ya tenemos una. Efectivamente, era adelante avanzaba una liebre descomunal, dando saltitos, deteniéndose espantadiza, poniéndose en patillas al menor ruido producido por la brisa ó por una piedrecilla, que echa á rodar ella misma, y cayendo en fin sobre el cebadero, en donde se puso á comer incautamente. Sonaron dos tiros simultáneos, dió un salto mortal la liebre, y cayó pared abajo de la era haciendo piruetas. Como movidos por un resorte idéntico, ambos cazadores salieron de la paridera en busca de la pieza, y disputando acerca de quién la había muerto, pues los dos atribuíanse la hazaña.

—Pronto lo veremos (dijo el montañés), porque yo he apuntado á los lomos.

—Y yo á la cabeza—añadió el valenciano.

Pero no se pudo comprobar el acierto de ninguno de los dos, pues se cansaron de buscar la liebre sin encontrarla. Regresaron cariacontecidos á su escondite y se pusieron nuevamente en silencioso acecho. Al poco rato una sombra cruzó rápida por delante de las aspilleras; disparó el valenciano, y salieron, por segunda vez, á cobrar la pieza muerta; pero el resultado fué idéntico, la liebre no pareció por parte alguna. Repitióse la misma escena cuatro ó cinco veces, siempre con disparos del valenciano, al cual los dedos se le antojaban liebres, sin que nunca se cobrase la caza; y amostazado el cazador forastero y hasta desconfiando de su acompañante, regresaron al pueblo antes de que se hiciera de día.

Disponíase ya á marcharse con la escopeta á otro pueblo el flamante cazador, cuando se presentó Miguelillo con una liebre como un cabrito en la mano, invitándole á que la comprase.

—Hermosa *piesa*, babieca (dijo el valenciano). ¿En dónde la has *casado?*

—En ninguna parte, porque la cogió ayer mi podenco en la partida del Ceñajo.

—¿Cuánto quieres por ella?

—Un duro.

—Tómalo.

El valenciano cazador salió del pueblo, luciendo la hermosa liebre en su elegante morral, como si fuera fruta de su escopeta, y Miguelillo se quedó retorciéndose de risa.

—¿De qué te ríes tanto, majadero?—le preguntó el cazador montañés.

—¡Toma! ¿De quién me he de reir más que de ese *pijaito* que se ha ido?

—¿Por qué?

—Porque esa liebre la mató él *mesmo* anoche desde la paridera del Ceñajo, y yo que estaba *escondío* en un chaparro se la pesqué al vuelo.

—Ah, tunante, pues tienes que convidarme, porque yo también le tiré, y por lo menos la mitad es mía.

—Ya lo *vide* á *usté* desojándose y buscándola por entre las matas; pero aún me divertí más luego. Até una mata de tomillo á una cuerda y arrojándola por encima de las aspilleras, *pa* que ustedes no la viesen, cobraba luego de prisa tirando de la cuerda, y al pasar el tomillo corriendo por delante de los augeros, me lo acribillaban ustedes á tiros.

—Él, yo no, que yo conocía que aquello no era liebre ni Cristo que lo fundó.

—Y cuando salían ustedes á recoger la liebre de escoba, ya me había *zambullío* yo en el chaparro. En mi vida me he *reío* tanto como anoche.

—Lo creo, zagal, lo creo, y á costa de un farol que se considera el hombre más avisado del mundo.

—*Pa* que otra vez no me llame babieca.

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

Los misterios de la astronomia (1)

En presencia de los grandes enigmas de la naturaleza, el hombre está acostumbrado á repetir, con la energía viril del antiguo veredicto escocés: ignorancia.

(Du Bois Reymond).

Señores académicos:

Si acogéis con vuestra habitual amabilidad á cuantos hablan en esta Academia, seguramente que habréis de escuchar también, al menos con paciencia, al que tiene el honor de dirigiros en este momento la palabra.

Aun á trueque de rendir culto á costumbres que rayan casi en vulgaridades, necesariamente, parangonando vuestra reconocida ilustración con mi cortísimo ingenio y microscópico saber, he de contar por anticipado con vuestra amnistía para todos los delitos científico-literarios que cometeré en este esbozo de discurso.

Y volvamos por inversa un consejo de Horacio.

Dice éste que en las obras buenas se deben perdonar las faltas leves; pues tomad la recíproca, y en un discurso malo dispensaréis hasta las faltas más graves.

Para corresponder de alguna manera á vuestra condescendencia, acortaré todo lo posible la longitud de este trabajo; y en prenda de mi propósito empiezo por cortar aquí esta especie de sinfonía, y renuncio á seguir hablando de las vacilaciones que me asaltaron al empezar á escribir, y de los temores que abrigo de cansaros inútilmente... y de tantas otras cosas que todos presumiréis, y en cuya relación tardaría algún tiempo y os molestaría más y más.

Así, pues, preparáos á escuchar unas cuantas observaciones acerca de los «misterios que hay en la astronomía,» tema de este ensayo.

Pero antes de dar principio, explicaré la idea capital que me ha servido de base, el objeto que me he propuesto, el punto de mira desde el cual he examinado las cuestiones que más tarde os expondré.

Hay, por desgracia, bastantes hombres, por otra parte ilustrados, que en cuestiones religiosas afirman, con buena fe tal vez, y con ignorancia completa seguramente, que ellos no creen ni admiten lo sobrenatural, porque se les hace insufrible el admitir y bajar la cabeza ante los misterios que el Señor ha revelado.

Habladles á continuación de las ciencias físicas, y en seguida cerrarán los ojos á todo lo que les digáis en nombre de la ciencia.

«En las ciencias no hay sombras; todo es claridad, todo se demuestra palpablemente,» os dirán.

Señores, mentira parece; pero tales opiniones podéis recogerlas en todas partes, salidas de labios ignorantes que tal vez las encontraron en cualquier periódico más ó menos adocenado, de esos que extienden por el vulgo una ilustración que no vale mucho más de los cinco céntimos que cuesta.

Por la sola lectura del tema, cuyo desarrollo me propongo, podréis comprender mi objeto, que no es otro que recordaros, pues lo que diga ya lo sabréis vosotros, los muchos puntos oscuros, los misterios que existen en el campo de las ciencias físicas, y las muchas cuestiones en que es preciso renñirnos ante la autoridad de los maestros, tener fe en sus opiniones, y confesar al mismo tiempo nuestra pobreza intelectual, que, como dice el eminente P. Cámara, «niña y muy insípida fuera la razón del hombre, si la fe no la levantara á crecer en conocimiento y ensancharle la esfera de la ciencia» (1).

Y claro es que de aquí he de sacar una consecuencia preciosa: la de que si es necesaria la fe aun en las ciencias, ¿por qué hemos de rechazar la fe en Dios?

Ese es mi propósito, y aunque para ello emplee un discurso malo, admitid, señores, en este caso al menos, aquello de que «el fin justifica los medios.»

Y al llegar aquí, creo necesaria una aclaración.

Acaso alguno de vosotros sospeche que voy á intentar un trabajo para aminorar el brillo de las ciencias.

Si tal creyereís os ruego que desecheis tal escrúpulo.

Señores; yo soy un entusiasta admirador, me

(1) Discurso escrito para el Circulo de San Luis Gonzaga, de esta corte.

(1) P. Cámara.—Conferencias acerca de la R. h. y la fe católica.—1864.

honro con vivir entre los últimos seguidores de las ciencias, y á ellas he consagrado todos mis estudios.

Os hablaré con sinceridad.

Al salir de las aulas universitarias llevaba yo, lo confieso francamente, la idea y la convicción de que en el estudio de la naturaleza, al estado en que hoy se encuentra esta clase de conocimientos, todo se explicaba perfectamente y sin dejar en la inteligencia duda alguna; creía yo que no había misterios.

Mi desengaño no se hizo esperar.

En concepto de humilde aficionado consulté algunas obras maestras de diferentes materias, y allí ví que los primeros hombres de ciencia, los sabios de verdad, confiesan que hay que tener mucha fé en varias cuestiones, para cerrar los ojos y creer en la palabra de un hombre que inventó tal ó cual hipótesis, y en no pocos casos renunciar á esclarecer puntos obscuros.

Pero no se crea que es desconsoladora esta ignorancia, ni que esa pobreza del entendimiento humano debe arredrar al hombre estudioso, sino todo al contrario, pues como dice el insigne Menendez Pelayo, «debe servir de acicate y espuela.»

«Por todas partes, continúa, límites, deficiencias, contradicciones y nudos inexplicables. Y al fin de la jornada sed que no se sácia, y hambre que se torna más aspera cuando cree estar más cerca de la hartura» (1).

Más el cristiano encuentra en esos misterios motivo bastante para humillarse ante el Soberano Señor que tras de esta vida de sombras nos tiene preparado un cielo donde veremos brillar el sol de la suprema sabiduría, á cuyos rayos huirán las sombras que ahora nos cercan á poco que tendamos el vuelo en busca de verdades; y esa esperanza de ver á la luz clara explicados los enigmas, constituye un motivo más para perseverar en la virtud y merecer estar entre los escogidos del Señor.

***

Señores:

En el curso de este árido trabajo no habéis de escuchar una opinión mía, que por serlo sería de todo punto desautorizada, no; han de hablar los primeros hombres que son los pontífices en la ciencia, los principales descubridores, los que han dado su nombre á leyes admirables, máquinas insustituibles, obras magistrales que todos acatamos.

Oíd, pues, las palabra de los sábios, y respetadlas como yo las respeto; que solo con las palabras de los hombres de ciencia verdadera podré llevar á vuestro espíritu el convencimiento, tarea demasiado grande para que mi torpe razonar pudiera conseguir.

Con razón decía Aristóteles: «Lo más grande y lo más pequeño, Dios y el átomo, se esconden por mil maneras al espíritu más penetrante.»

Pero no he de traer á cuento en esta ocasión los testimonios de los sábios de la antigüedad; no iré á Atenas en busca de pergaminos; no revolveré infolios persiguiendo conafán las frases de los filósofos, que hace tiempo pasaron á la historia; no, señores; sólo he de consultar á los modernos oráculos que establecen su cátedra en Lovaina, Leipzig, París, Berlín, Stokolmo, Berna, Zurich, Manchester, Munich; recogeré las observaciones de los astrónomos de Roma, Stonyhuist, San Francisco de California, Kœnisberg y Mont-blanc..... y únicamente de testimonios menos nuevos he de referirme á los siglos medios, de verdadera gloria para la Religión y la ciencia, cuando Kepler trazaba las leyes del cielo, Newton establecía la gravitación universal, que une á los mundos con la misma energía que á las moléculas la cohesión, y que á los átomos la afinidad; Galileo fundaba la mecánica, que hoy á tal altura se ha elevado; Otto de Guerike estudiaba las atracciones eléctricas, que entonces se agitaban por primera vez provocadas por la mano del hombre; Torricelli determinaba el peso de la atmósfera y destruía el antiguo *horror* al *vacío*; Harvey, atravesando con misteriosa visión, las arterias y las venas, estudiaba la circulación de la sangre por el organismo; Huygens polarizaba la luz; el gran Leibnitz inventaba el cálculo infinitesimal; y Pascal escribía sus inmortales «Pensamientos». . . . . en ese tiempo en que el gran ingenio, el físico sin segundo, Newton, en el lecho de muerte, y recordando allá en su memoria las glorias de su vida, los estudios de su inteligencia, decía con la sinceridad de un agonizante: «Lo que sé es una gota de agua; lo que ignoro es el vasto é insondable Oceano».

«Iguales palabras repetía el gran geómetra Laplace á los amigos que le recordaban sus grandes descubrimientos; y lo mismo han confesado recientemente el fisiólogo berlinés Du Bois Reymond, y el profesor de Munich, Von Noegli, en discursos sobre el límite de la ciencia humana.» Así lo dice el inimitable P. Miguel Mir. (1)

Escuchemos las frases de Tyndall, el célebre termomecánico, que en su «Conferencia sobre la materia y la fuerza» dice, con la elocuencia que da el convencimiento profundo: «El problema del Universo trasciende nuestra inteligencia, y no es el hombre el encargado de descifrarle. La inteligencia del hombre puede ser comparada á un instrumento musical, que da solamente cierto número de notas. Allí donde falta nuestro pentágrama empieza un silencio absoluto.»

Oigamos ahora á Dumas, el químico analista más profundo de estos tiempos: «Desconocemos, dice el sabio, la naturaleza de la materia; desconocemos la fuerza que rige todos los movimientos, y desconocemos hasta la vida que nos alienta.» ¿En qué se diferencia un sabio de un ignorante? Solamente en una cosa; en que el ignorante negará todo, y el sabio tendrá el valor de creerlo todo.

El gran geólogo de nuestros días, Debreyne, confiesa, después de mucho estudio y más observación, «que Dios se reservó la última palabra de todo, y es bueno para el hombre tributar al Señor el homenaje de la ignorancia humilde.»

Y para terminar aquí estas confesiones de la limitación de nuestro entendimiento, cerraremos con un párrafo del insigne Moigno, á quien Lalande llama «el gran hombre de ciencia.» (2)

«Materia, éter, espacio, tiempo, atracción, afinidad, luz, magnetismo, electricidad, átomos... nosotros ignoramos su esencia.»

Y continúa el maestro: «Los misterios de las ciencias son montes escarpados contra los que es forzoso ir á estrellarse. Hasta tal punto, que fuera de los hechos, la ciencia es como una negra prisión en cuya puerta lee el hombre estudioso esta triste sentencia: ¡Oh, vosotros que entrais, dejad aquí toda esperanza! ¡A qué se reducen en último término los progresos de las ciencias sino á la multiplicación de las incógnitas!»

Sírvanme como de preliminares estas afirmaciones irrecusables, hechas, no por un principiante cansado de estudiar, no por un enemigo de las ciencias y de los adelantos, sino por Newton, Tyndall, Dumas, Debreyne y Moigno.

Hora es ya de examinar, aunque con la brevedad que he prometido, los principales misterios que se presentan en el estudio de la naturaleza.

***

Siempre excitaron los astros la curiosidad de los hombres estudiosos, que al levantar los ojos al cielo quisieron descubrir los inmensos hogares donde se caldea el Sol, para mantener viva su lumbre en medio del frío del espacio; las sinuosidades de las rocas y las explanadas enormes que en eterno silencio brillan en la Luna; los manantiales ignorados de la luz indecisa de las estrellas; el foco de donde parten los meteoros que cruzan el cielo; todos los enigmas que encierran los mundos desconocidos que pasean sus pesadumbres por el espacio, ocultando siempre á nuestra pobre vista las maravillas que contienen.

Los astrónomos dirigieron anteojos al firmamento, para sorprender los secretos que se dicen los habitantes hipotéticos de los astros.

Todos lo sabeis; los telescopios mayores que hay en el mundo se alzan majestuosos en la cumbre del monte Hamilton, en el Observatorio de San Francisco de California, y en Washington el telescopio fenomenal que aumenta 1.300 diámetros.

Es un verdadero gigante de la Astronomía moderna, puesto por los sabios para estudiar planetas y satélites en sus moderados pasos, en sus periódicos giros y continuos movimientos.

Pero, señores, si os acercais al ocular de ese magnífico aparato, para enfocar una estrella fija de esas que en noches claras centellean, y llevais la ilusión de descubrir mundos desconocidos, vuestra decepción será cruel.

Veréis la estrella, sí, pero del mismo tamaño que á simple vista, porque la distancia que nos separa es tan enorme, que el diámetro aparente del astro es inmedible; y por miles de kilómetros que el telescopio aproxime, la estrella fija se conservará siempre á la distancia suficiente para hacer inútil toda observación, y dar al traste con vuestras buenísimas intenciones.

Tan sólo conocemos hasta ahora la *paralaje* de la 61 del Cisne (1) y las de cinco más; el ω del Centauro, Wegaf, Sirius y la Polar. Dejad, pues, vagar vuestra fantasía, y contemplad en visión imaginaria montes de oro, fuentes cristalinas, valles amenos, rocas altísimas, árboles gigantes, mares ignorados con orillas de coral y arenas de oro... ¡colocad en esa estrella, si quereis, séres misteriosos que vivan una vida sidérea; suponedles dotados de gran inteligencia, poseedores de gran sabiduría, filósofos cual nunca se vieron, poetas más inspirados que los nuestros!... ¡dadles, si os place, también una hermosura ideal, un lenguaje de ángeles!... fantasead, en suma, cuanto querais, que no habrá un hombre de ciencia que os dé noticias ciertas, ni aproximadas siquiera, del astro objeto de vuestras ilusiones; no habrá un telescopio que os descubra el desconocido mundo que, despreciando vuestras observaciones, seguirá tranquilo su curso en el espacio.

Sólo el análisis espectral de los rayos célebres de Frahunhofer nos enseñará alguno de los elementos químicos que existen en las estrellas, dejándonos en completa oscuridad en cuanto á su forma, estructura, calor propio, condiciones de viabilidad, etc., etc.

El problema de la distribución de las estrellas, es decir, del orden en que están repartidas en el cielo, ha ocupado de continuo la atención de los sabios.

Descartes, el fundador de la Analítica, habla ya de tan importante cuestión, y dice (2): «Aunque las estrellas parezcan distribuídas muy irregularmente, yo no dudo, sin embargo, que hay un orden natural entre ellas, el cual es regular y determinado. Ensayé, prosigue el gran geómetra, á investigar ese orden, y me veo obligado á confesar que no puede ser conocido sino de Aquel que cuenta las estrellas y llama á cada una por su nombre.»

Después de los años, y con el progreso gigantesco de la Astronomía, todavía podría

(1) *H. de los heterodoxos españoles.*—T. III, pág. 828.

(1) *Harmonía entre la ciencia y la fé.*
(2) *Les splendeurs de la foi.*

(1) Determinada por Bessel, Director del Observatorio de Konisberg en 1838.
(2) Bonald. *Moises et la Geologie moderne.*

LLEGADA DE CARLOS V AL MONASTERIO DE YUSTE

repetir Descartes hoy mismo sus palabras.

Tan sólo á un resultado vago se ha llegado por los trabajos de Herschel, William en el Norte y Ihon en el Sur. Las *sondas* (star ganges) de Herschel no dijeron más de lo que á simple vista se apercibe, que hay más estrellas alrededor de la *Via láctea* que en el resto del firmamento.

Y eso en la región mejor conocida, pues llegando al Sagitario, aun en la misma *Via láctea*, el espacio es ya insondable; los telescopios mejores nos presentan solamente un polvo blanco de estrellas, y formando torbellinos una especie de niebla que impide ver más.

Con razón decía el sabio que sólo Dios contará las estrellas, sabrá su distribución y llamará á cada una por su nombre.

En vista de esto, declara el P. Secchi, el astrónomo profundo, el metereólogo insustituíble, el gran físico: «La profundidad de los cielos es insondable, y jamás conoceremos sus límites. Probable es que la reunión de estrellas grandes que rodean á nuestro Sol, no sea más que uno de los grupos de la *Via láctea*, que visto desde alguna distancia no nos pareciese más que una mancha.» (1)

Para medir esa inmensidad, termina el Padre Secchi, podemos aglomerar cifras, multiplicar los ceros y expresar esas distancias por números afectados de exponentes; no será por eso menos impenetrable el espacio.

Las estrellas están divididas, por su mayor ó menor brillo, en 20 categorías de magnitud. Hasta la 14.ª magnitud se han contado 43 millones (2). Según el sentir de los modernos sabios, ningún astro está inmóvil. Todas esas estrellas se mueven, tal vez con velocidad increíble, como la 61.ª de *Cisne*, que, aunque al parecer inmóvil, vuela por el espacio con una rapidez pasmosa, recorriendo nada menos que al día 619.000 miriámetros; y la conocidísima *Areturus* camina con velocidad de 85 kilómetros por segundo.

¿A dónde van todos esos astros con tan raudo vuelo?

¿A dónde va nuestra constelación, la inmensa *Via láctea*, que también participa de ignorados movimientos, y marcha, como dice Almera, (1) á regiones desconocidas, obedeciendo á atracciones que no es fácil entrever?

¿Cuál es el imán que así atrae á los mundos?

¿Dónde está el centro que buscan esos astros?

Preguntas son estas á que, probablemente, jamás contestará la ciencia; no hay por qué decir que hoy no obtienen ni se vislumbra la respuesta.

Tal vez sean misterios que el Señor reserve para los bienaventurados que después de vivir en la fe y la virtud lleguen al celestial Paraiso sedientos de escuchar la sabiduría infinita.

Todas las llamadas *estrellas fugaces*, parten, como sabéis, señores académicos, de un punto del espacio llamado, por esa causa, *punto radiante*, que se halla entre las constelaciones de *Perseo y Casiopea*, para las lluvias de estrellas en Agosto, y en la constelación del *León* para los que aparecen en la lluvia de Noviembre.

¿Qué núcleos son esos, y cuál su poder atractivo para que todas las órbitas de las estrellas fugaces vayan á pasar por allí?

Nadie lo sabe.

Pero continuemos en nuestra tarea.

Preguntad á las modernísimas eminencias en la Astronomía acerca del origen de los meteoritos, (1) y Olbers os dirá que provienen del choque entre cuerpos celestes; Daubree, que han sido formados por vía ígnea en un medio pobre de oxígeno; Zollern, Schenidt y Respighi opinarán que son efectos desastrosos de una explosión que conmovió las entrañas de un planeta, cuyos restos marcharon por los espacios en busca de un centro de atracción y de una órbita para girar; Delaunay opinará que son corrientes de materia que existen entre los planetas; Arago y Menner afirmarán con todo el peso de su autoridad que son sencillamente restos de erupciones volcánicas; y por último el ilustre Jesuita Schiaparosellí (2) defenderá que el origen de tales fenómenos astronómicos es una región poblada de ellos, y que al atravesar por esa zona nuestro planeta, cae como gigantesca nevada sobre la corteza terrestre. ¿Quién acertará entre tan opuestas quimeras?

Quedan por explicar, dice el P. Secchi, (3) cómo y por qué las apariciones de los meteoritos se repiten en épocas fijas, y cómo pueden ser variables durante muchos años y sufrir intermitencias.

Los planetas telescópicos, cuya influencia en el sistema planetario es completamente desconocida, pertenecen también á los misterios de la Astronomía; se ignora el número, grandísimo á no dudarlo, de dichos cuerpos; no se saben tampoco sus órbitas, que maravillosamente entrecruzadas, y cuyos ejes se atraviesan también, y vuelan por esas trayectorias los

(1) Le soleil.
(2) Almera. Cosmología.

(1) Cosmología. Pag. 12.

(1) *La Creación* P. Mir.
(2) Cuadro del sistema solar.
(3) *Le soleil*, t II, pág. 449.

D. ADELARDO LÓPEZ DE AYALA

planetas telescópicos sin que un choque terrible los convierta em polvo.

Incógnitos son también para la ciencia, á pesar de los estudios que estos últimos años han dedicado los principales observadores, los cometas no periódicos que atraviesan el firmamento, sin que hasta hoy se haya podido averiguar ni siquiera si las órbitas que describen son parábolas, hipérbolas, ó tal vez elipses de gran excentricidad.

Un eminente contemporáneo dice: «Si los cometas al entrar en la órbita del Sol poseen gran velocidad, deben describir hipérbolas; si por el contrario, la velocidad es pequeña, describirán parábolas ó elipses muy excéntricos. Si la órbita de un cometa llegase hasta las regiones del espacio donde la atracción del Sol es igual á la de otra estrella cualquiera, durará la revolución un millón de años por lo menos. Es imposible, asegura el P. Secchi, averiguar si esas órbitas son parabólicas ó elípticas.»

Vemos, pues, aparecer en el cielo alguno de esos cometas no periódicos, calculamos fácilmente la dirección que ha traído al presentarse á nuestra observación; pero el brazo enorme de la órbita que va describiendo, mejor dicho que va á describir, nos es desconocido; aquel astro se pierde, tal vez para siempre; con una velocidad incalculable se lanza en el espacio, deslizándose por una curva que no se cierra, traspasa nuestro horizonte, aún le siguen los observadores de otras latitudes, hasta que la vista del hombre renuncia á seguir al astro fugitivo.

Y aquí del poeta:

¿quién sabe do va?

¿Qué pensaremos, señores, de un astro que súbitamente ha aparecido en la constelación de el *Cocherf*, hace muy poco tiempo, en Diciembre de 1891? (1).

Ese astro misterioso al presentarse en el cielo fué clasificado en la quinta magnitud; pero en Marzo del año 1892 ya había pasado á la catorce magnitud.

¿Es una estrella?

¿Se va enfriando para perder brillo?

Huggius la estudió al espectro, y cree que es una estrella doble constituída por dos que giran alrededor de un mismo centro.

Otros astrónomos dicen que se trata de una estrella sencilla, y explican su apagamiento tan rápido, diciendo que al aparecer ardió una gran masa de hidrógeno y le dió brillo que pronto cesó.

No falta quien crea también que hubo un choque entre dos astros, y el calor desarrollado produjo ese resplandor que fué disipándose.

Y por último, Seeliger supone que es un meteoro inmenso, caminando con gran velocidad en una vasta nebulosa de masa cósmica.

Como veis, no hay conformidad ni en la clase de astro á que pertenece ese nuevo fenómeno.

La tarde del 11 de Diciembre de 1572, Tycho-Brahe al salir de su Observatorio de Urambourg, encontró un grupo de personas que estaban mirando una estrella de brillo vivísimo: sería de la constelación de *Casiopea*.

Nunca en esta región del cielo se había observado astro semejante, y es seguro que de

(1) *La nature. Revue scientifique.* Diciembre 1892.

haber existido una hora antes, Tycho la hubiera visto desde su Observatorio.

La aparición fué brusca, y el astro, aumentando de luz, llegó á brillar casi tanto como Júpiter en oposición, y fué visible en pleno día. En Marzo del año siguiente desapareció por completo. Así lo dice Delannay.

Las gentes afirmaban que era la misma estrella que guió á los Reyes que se encaminaban á Belén para adorar al Salvador del mundo.

Liceti, médico en Padua, por los años de 1656 escribió un libro titulado *De novis astris et comets*, dando cuenta de apariciones de estrellas.

La estrella 34 del *Cisne*, de sexta magnitud, apareció por primera vez en 1600, desapareció en 1621, y volvió á hacerse visible en 1655.

El año 1866, Courbelouse descubrió otra estrella nueva en la Corona boreal, y cuyo espectro fué estudiado por Wolf; dicha estrella desapareció en 1867.

En fin, hay tantos astros que desaparecen, que A. de Guynemer hizo un catálogo, bien extenso por cierto.

Para explicar estas apariciones y eclipses, se han ingeniado algunas hipótesis que no satisfacen por completo.

Unos suponen que cada estrella, á manera de nuestro Sol, tiene planetas que á su alrededor giran sin cesar, rodeando siempre al astro á cuya actividad deben la armonía de sus rotaciones, el calor que les anima, y tal vez la vida que en ellos alienta.

Pues bien; esos planetas, al volar en rotación periódica se interponen entre la estrella y la Tierra, y dejamos entonces de verla; es decir, hay una desaparición que termina cuando el planeta sale de la manga de luz que existe entre la estrella y nosotros.

Otros astrónomos, y entre ellos Maupertius, admiten que las estrellas cambiantes tienen la forma de lentejas, y según presentan el disco completo, ó sólo el canto ó borde, así nos figuramos que aparecen ó se pierden.

Por último, Faye, á raíz del descubrimiento de Courbelouse que antes citamos, supone á las estrellas una constitución análoga á la del Sol. Según él, á manera de los séres organizados, las estrellas nacen, se desarrollan y mueren, terminando en la oscuridad la vida gigantesca de aquel astro que nació un día derramando en el espacio resplandores brillantes.

Al nacer son, dice Faye, invisibles porque la alta temperatura hace imposibles las combinaciones químicas que desarrollan la luz; luego se enfrían y hacen visibles, hasta que los cuerpos formados se ponen en contacto con la región de mayor temperatura, y vuelven á disociarse, y el astro á perderse para los observadores.

Según la primera hipótesis, no debían desaparecer para siempre las estrellas, lo cual se está viendo todos los días; la idea de Maupertius es contraria á todas las probabilidades que dan á las estrellas, como á todos los demás astros, la forma esférica; y la de Faye, aparte de otros inconvenientes, presentó uno de origen, y es, que si las estrellas son exactamente iguales á nuestro Sol, las causas que mantienen constante el calor y la luz de éste, á través de los siglos, también debían obrar en aquéllas.

En cuanto á las nebulosas, divídense éstas, como ya sabemos, en dos grandes grupos; en el primero se consideran las llamadas *resolubles*, porque con anteojos de gran potencia se ha conseguido resolverlas en estrellas; y en el segundo estúdianse las *no resolubles*, acerca de los cuales reina una oscuridad casi absoluta en la ciencia.

Unicamente el espectro podía darnos alguna noticia de las nebulosas, pero analizadas con gran cuidado, primeramente por Huggias, solamente dan espectro contínuo la Andrómeda y la Virgen, pues las demás no presentan más que muy pocas rayas brillantes, como por ejemplo Orión y la Lira.

Créese que las *no resolubles* estarán formadas de gases en condensación; pero uno de los más autorizados espectrólogos dice que: «No estamos seguros de conocer el espectro de las nebulosas, pues la distancia es muy grande, la luz muy poca y los aparatos sobrado imperfectos.»

Tan sólo de cierto sabemos que ocupan extensiones inmedibles, cuya consideración hace exclamar al gran Director del Observatorio Romano: «Dios sólo puede comprender su obra.»

M. Domínguez Berrueta.

(Concluirá).

Nuestro arte religioso

XXV

(Sigues las conclusiones)

Consta la dotación de una iglesia de objetos que están fijos y adheridos á sus muros como accesorios de la arquitectura; de otros, que menos ligados á la construcción, podemos llamar propiamente muebles; y, por último, de los menores, destinados al servicio y ornato del altar.

Los primeros son: el altar, el tabernáculo, el retablo, las credencias, la sillería del coro y su facistol grande, el órgano, el púlpito, los confesonarios, las puertas y canceles, las verjas y balaustres, el *vía crucis* en algunos casos, las pilas bautismales y las de agua bendita, las vidrieras, el reloj de la torre, las campanas y el *carillón* ó campanario musical y donde sea costumbre, la rueda de campanillas.

La mejor situación del altar, así en la capilla mayor como en las otras, es la que consiste en dejarlo aislado de los muros y retablos, bien mediando espacio suficiente para el coro, bien algo menos. La colocación llamada oriental, en que el Sacerdote da frente al pueblo teniendo delante la mesa, no es la más conveniente para la liturgia latina, porque ofrece algunas dificultades, sobre todo si se trata de exponer á Nuestro Señor Sacramentado. Bien está lo antiguo cuando está bien, donde y como nuestros padres nos lo dejaron; pero en la actualidad creemos que no debe erigirse ningún altar á lo oriental, y que no se haría ningún disparate volviendo algunos de éstos en la forma de los latinos. El altar adosado al muro es bueno para capillas pequeñas ú otros lugares en que deba necesariamente estar así colocado.

El número de altares de una iglesia no debe ser excesivo, para que ni se hallen unos de otros demasiado cerca, ni obstruyan el espacio, ni rompan la simetría arquitectónica y los puntos de vista del ornato, ni ocupen lugares secundarios, expuestos al aire, con peligro para la salud del Sacerdote y de los fieles, ó al ruido de la calle y al tropiezo de todos los que circulen por el templo.

La forma de altar más elegante que va prevaleciendo y convendría que llegara á dominar por completo, es la de mesa cuadrilonga maciza, figura de ara prolongada ó pedestal, con su cornisa en lo alto y molduras inferiores, perteneciente todo ello al estilo del templo ó capilla que ocupa, y de mármol, con el ara ó piedra superior de una pieza, según prescribe la sagrada liturgia, y en lo antiguo se observaba puntualmente. Están permitidos los altares de bronce, de plata, de cristal, y en iglesias pobres algunos de madera. Todos macizos ó construídos de modo que no puedan servir para contener dentro objeto alguno.

Las dimensiones convenientes son, por lo menos, un metro noventa de largo, cincuenta centímetros el ancho, y un metro de alto. Los altares mayores llegan á tener de largo dos metros cincuenta, ó algo más. (1)

Sobre la mesa, y á la parte de atrás, debe haber una grada en los menores; dos, ó á lo más tres, en disminución de longitud de abajo arriba, en los mayores. El centro de las gradas lo ocupará el sagrario, cuya altura será la que sumen todas aquéllas; la anchura, capacidad y y hueco de la puerta las que basten á contener un copón grande ó una custodia pequeña; el interior adornado con planchas de oro, plata ó mármol, y, á lo menos, de maderas finas ó doradas. Sobre el sagrario, y un poco retirado, puede haber un templete ó tabernáculo, cuya anchura debe ser tal, que deje libre á cada lado un trozo de grada superior en que quepan tres candeleros grandes (en proporción al tamaño del altar), y cuyo fondo no le haga exceder por detrás de las gradas arriba de diez á quince centímetros, ni cubrir por delante toda la parte superior ó techo del sagrario, pues sobre éste, hacia atrás, ha de quedar espacio para la peana del crucifijo. Sagrario, gradas y tabernáculo serán del estilo arquitectónico del altar, esto indispensablemente, y todo el conjunto ha de estar sobre dos gradas de piedra, no sobre una sola (á no ser en altares menores) ni inmediatamente en el piso del presbiterio ó capilla. Los altares separados de la pared, tendrán su parte posterior adornada y decente, como la anterior, pues en la iglesia no cabe rendir culto á solo la apariencia. Una escalera estrecha, sólida, y que ocupe muy poco espacio y no sea vista ni estorbe, sea fija ó portátil, sirve para dar acceso al tabernáculo por uno de sus lados ó por detrás si el espacio lo permite.

Los tabernáculos góticos que se extienden por los lados mediante una especie de muro adornado con doseletes que contienen imágenes, y no dejan libre el espacio que hay sobre la última grada para que los candeleros estén al aire; los no góticos, que son tan anchos como todo el largo del altar ó más aún, de modo que éste parece un trozo de su pedestal, y los que aunque más estrechos son demasiado altos, no debieran construirse en lo sucesivo; sus inconvenientes son muchos, desequilibran la obra, dejando relegado lo principal (el altar) á categoría de cosa secundaria, pesan, ocupan mucho espacio, impiden la vista del retablo, y no hay custodia que luzca bien ellos.

En general, las gradas no medirán de fondo más de veinte á veinticinco centímetros, de alto unos veinte y de largo la inferior un poco menos (nunca más) que la mesa.

Cada una de las otras dos gradas disminuirá de su inferior un espacio igual al de su fondo. La anchura del tabernáculo no podría así exceder de la tercera parte del largo de la grada inferior, ni la altura pasar una vara de lo que sumen gradas y mesa desde el suelo; es decir, unos dos metros noventa centímetros cuando más, y como un exceso, contando la cúpula y el remate mismo. (2).

Son estos los altares más esbeltos, airosos, fáciles de servir y propicios para ser adornados sobria y elegantemente; pero no lo son menos los que, como el de la catedral de Madrid, no tienen tabernáculo ni cosa alguna sobre la última grada más que el Crucifijo y los seis candeleros. En estos altares se coloca un dosel de poco peso y fácil manejo cuando es necesario exponer al Santísimo Sacramento (3).

Las credencias son mesas pequeñas tan altas

(1) Gavanto, que es el que fija estas dimensiones, da para el ancho noventa centímetros, medida exagerada, porque no hay objeto de los que suelen ocupar el altar que necesite tanto espacio, ni brazos humanos que pudieran extraer v. gr. un copón del sagrario colocado á noventa centímetros del frontón del altar.

(2) Si las dos gradas inferiores que hay en el piso suman 0,30 metros; el altar 1,00; su gradería 0,60; total 1,90, el tabernáculo no ha de pasar de otros 0,90 de toda esa altura, ó sea que podrá medir á lo sumo 2,80, y todo el conjunto 4,70, y es mucho.

(3) Desciendo á estos detalles aun á riesgo de fatigar al lector, porque esta parte de la arquitectura sagrada y del arte de amueblar es importantísima, y, por desgracia, tan poco estudiada, que apenas si hay, en una ciudad tan grande como Madrid, un altar ó dos que reunan condiciones aceptables, y cada vez que se echa uno á la cara un proyecto de obra de estos tiempos, tiene que santiguarse, pues parece que es el diablo quien ha ideado tan absurdas trazas, indignas de un artista cristiano, por torpe que él fuese. Pues ¿y los altares franceses? *¡Vade retro!*

como la del altar, pero colocadas en el piso, no sobre tarimas ó gradas de igual materia y con su mismo ornato, pues han de hacer juego con él. Suelen tener una, ó á lo más dos gradas encima. Se colocan ó bien alineadas con la mesa, y separadas de ella un palmo ó más, según la extensión del terreno, ó formando con su línea un ángulo recto, y entonces quedan arrimadas á los muros laterales del presbiterio. Estas son las mejores credencias; (pueden ser huecas, y contener en su interior, é invisibles, objetos del culto). Las consolas doradas, las mesas, aparadores, etc., aunque de forma artística y muy adornadas, desentonan, y no son más que un insufrible anacronismo.

La sillería del coro tiene que ser de madera barnizada ó mate, pero sin más color que el suyo natural. La altura de las sillas, conveniente para que un hombre alto no experimente incomodidad al sentarse y levantarse, y uno de corta estatura no quede con las piernas colgando. Los asientos se doblarán hácia arriba, y tendrán sus bordes lo que llamamos *misericordia*, para apoyarse el corista mientras permanece en pié, y en las divisiones laterales la moldura llamada *reclinatorio*. Serán bastante anchos para que en ellos quepa un hombre grueso; los brazos no quedarán tan altos que casi oculten al corista, cuyos piés descansarán bajo una tarima. Si consta la sillería de dos ó más filas, las inferiores distarán de la superior lo bastante para permitir cómodamente el paso, y tendrán bajos los respaldos, y en la parte superior de ellos agujeros para hincar la espiga de un facistol pequeño, que puede fijarse ante todas las sillas de la fila superior. En España tenemos ejemplares muy buenos de sillerías de todos los estilos, algunas demasiado recargadas de adornos, y por lo mismo estropeadas. En adelante pudieran ser más sencillas, ó talladas con molduras difíciles de romper con el uso. Toda sillería ha de ser del estilo arquitectónico del lugar en que se halla, ó por lo menos de uno que no desdiga mucho de aquél. Los almohadones tapizados y toda blandura y comodidad están proscritos del coro.

El facistol mejor para el centro es el de cuatro caras, giratorio, de tamaño proporcionado, estilo y materia conforme al coro de que forma parte: regla que sirve para los bancos, atriles pequeños, taburetes y demás mueblaje secundario de este lugar.

Los púlpitos pueden ser de madera, de bronce ó de piedra, redondos ó de forma exagonal ú octógena; nunca cuadrados ú ovalados. Si son góticos, no les conviene constar de balaustre, sino de planchas ó lados compactos, porque el balaustre gótico es muy claro, y en el púlpito no ha de verse al Sacerdote por entre el antepecho.

Las balaustradas de los estilos clásicos son lo bastante espesas para salvar este requisito. De cualquier modo, el barandal será bastante grueso para que quepa sobre su borde una palmatoria, libro ú objeto análogo, y tendrá en el centro un agujero para hincar la espiga de un atrilillo portátil cuando fuese necesario. Los púlpitos sin columna son feísimos, y lo mismo los de hierro á manera de balcón. La baranda de la escalera es necesario que sea igual que la del antepecho, y como prolongación suya. Es supérfluo poner dos escaleras una á cada lado, como se ve en algunas iglesias de Francia y Bélgica. El fondo ó cabida será suficiente para que quepa siquiera un hombre sentado, la altura de la baranda no excederá de un metro diez centímetros, y la elevación de la columna no pasará mucho de dos metros, y de otro tanto la distancia entre el pasamanos y el tornavoz, cuyo diámetro es siempre algo mayor que el del púlpito. Está prohibido que aquél y éste se hallen unidos por un respaldar formando á manera de dosel.

El lugar más conveniente para el púlpito de predicar es la esquina del crucero al lado del Evangelio, y la escalera dirigida hácia el altar mayor y rodeando el machón ó arista que forman crucero y nave. Si hay dos púlpitos, habrán de ser iguales ambos y ocupar las dos esquinas referidas. Los púlpitos para cantar la epístola y el Evangelio ocuparán la entrada del presbiterio, con la escalera dentro de éste; serán iguales entre sí, algo más bajos, sin tornavoz y con atril, sin necesidad absoluta de hacer juego con el púlpito de predicar, pero sí de pertenecer al mismo orden arquitectónico del templo, ó no desentonar de él. Es peligroso horadar los machones del crucero ó cualesquiera otros para fabricar en su hueco la escalera oculta de los púlpitos; bien colocada ésta, no estorba y es un ornato aceptable.

La caja del órgano puede ser de bronce, de madera, de mármol, ó el muro mismo del templo horadado por los ventanales que ocupan los tubos y rodeado de elementos arquitectónicos que formen retablo. Esto es raro, pero no inadmisible. De cualquier modo, este ornato constará de formas de arquitectura según el estilo del sitio en que figure. Puede tener estátuas, ángeles, alegorías, etc., pero no mascarones y figuras que echando aire por la boca mueven, ruedas ó molinillos. Los tubos tendrán que ser en adelante lisos, muy bruñidos, y metálicos todos los visibles, sin adornos dorados, sin molduras, ni repujados, y también sin carátulas ni figuras de bocas y dientes humanos en el chaflan de sus bocas. La costumbre española de poner las trompetería horizontales en la fachada formando picos simétricamente, es muy digna de ser conservada, con tal que no se saquen allí trompetas demasiado largas y que todas queden bien seguras. Los fuelles deben quedar absolutamente invisibles, y lo mismo las personas que los levantan. Se procurará que la caja del instrumento sobresalga del muro lo menos posible. Nada de armatostes. Un reloj sobre la ventana del teclado es muy conveniente.

De los confesonarios sólo diré que, por regla general, no son buenos sino los pequeños, sencillos, cómodos para el confesor y los penitentes de ambos sexos, que su estilo sea el de el templo ó capilla en que figuren, que su material sea la madera sin pintar, que estén colocados en sitios libres de aire, humedad, ruido ó excesiva luz, y que no estorben al lucimiento de la arquitectura del templo, cubriendo parte de su ornamentación, sino que al contrario el arquitecto cuente con ellos al hacer el trazado, lo que es muy raro que suceda, y les designe no sólo el sitio sino también forma y dimensiones. Nada hay más ridículo que esos enormes confesonarios extranjeros, cuyo nombre consta en el letrero que hay encima de la puertecilla. Aquí hemos hecho las cosas más cristiana y sencillamente; pero conste que no es fácil hallar un confesonario bien dispuesto, porque también pecamos en el tamaño. Se debe proscribir un artefacto que se arma y desarma doblándolo por medio de goznes y aldabas, etc. Esa máquina estrambótica (en San Martín de Madrid hay varias), es indigna de la casa de Dios.

Las puertas de los templos y sus dependencias aparecerán bien ornamentadas según el estilo del monumento, bien provistas de detalles y herrajes, también conforme al estilo y época, como llamadores, clavos, goznes, cerraduras, fallevas, etc. Las maderas han de ser fuertes y bellas. En las puertas que puede haber en el interior del templo visibles para los fieles puede ponerse adornos de bronces, incrustaciones, tallas y mosáicos. En general todas estas puertas son de dos hojas, con ó sin postigos, y ábrense para adentro. Si es posible hay que evitar esos enormes canceles, pero caso que los haya, sean como los del Pilar de Zaragoza, verdaderas obras de arte no discordes con la fisonomía del templo.

José Ferrándiz.

La absoluta verdad.

Piensa mortal que esta vida
Es un término de prueba
Solamente,
Y que en él te se convida
A cumplir lo que se deba
Santamente.
Piensa que el término es
Muy fugaz y muy pequeño,
Muy fatal;
Que lo que viene después
No es un soplo, ni es un sueño
Terrenal;
Que conviene aprovechar
Este plazo perentorio
Que nos dan,
Para poder conquistar
De la gloria el alto emporio
Con afán;
Que el bien por que suspiramos
Y la dicha duradera
No está aquí;
Que tan sólo la alcanzamos
Por la senda verdadera
Que va allí.
Somos pobres viandantes
Que vamos hacia la tierra
Prometida,
Y son torpes delirantes
Los que creen que aquí se encierra
Nuestra vida.
De este valle hondo, oscuro,
Al trasponer la montaña
Con dolor,
Entonces verán seguro
Cuánto en el mundo engaña
Ese error.
Vale más sufrir aquí,
Y las penas resignados
Soportar,
Que vernos después allí
Para siempre condenados
A llorar.
Vale más que aquí seamos
Del malvado sin piedad
Atropellados,
Y que después nos veamos
Por toda una eternidad
Recompensados.
Más vale afligido ser,
Que verdugo empedernido
Y opresor,
Para al fin poderse ver
El víctima convertido
En vencedor.
¿De qué sirve atesorar
Con ambición, que á ser viene
Siempre ruín,
Si con ella hay que comprar
El gran dolor que no tiene
Nunca fin?
A mi una pobre mesilla
De dulce paz abastada
Bien me place,
Y la dorada vajilla
Sea de aquel á quien nada
Satisface.
Con el mar luche el que ansía
Verse de oro satisfecho
Y esplendor;
Yo tengo más alegría
Con mi humilde y pobre lecho
Sin temor.
Vaya en buen hora á la guerra
El que ambicione sediento
El botín,
Quien entienda que en la tierra
Todo pesar y contento
Tiene fin;
Mas no aquellos que creemos
Que nos cumple con gran tino
Ir en pos
Del bien para que nacemos,
Y ese nuestro destino

Solo es Dios.
El Dios que, por redimirnos,
Desde el puro y alto cielo
Descendió,
Y por sus puertas abrirnos,
Con dulce, inefable anhelo,
Se humanó.
Él solo puede saciar
Nuestra sed inextinguible
De verdad,
Y en su belleza llenar
Lo visible y lo invisible
De bondad;
Que solo el divino amor
A llenar el alma alcanza
De dulzura,
Librándola del temor
Que vislumbra en lontananza
La amargura.
Huya el mundano ruido
Quien tanta dicha ambicione.
Que es locura
Que en el mar embravecido
Confiado se abandone
Sin cordura.
¿De qué sirve aquí gozar
De fastuosas riquezas,
Si al morir
No logramos alcanzar
Las perenales grandezas
Del vivir?
Cuánto es mejor padecer
Para lograr sabiamente
Redimirnos.
Que, por gozar, merecer
A esclavos eternamente
Reducirnos.
El que necio se envanece
Y en las cosas terrenales
Pone empeño,
Verá cuán pronto anochece,
Pues las dichas mundanales
Son un sueño.
¿De qué sirve haber tenido
En el mundo gran poder,
Si se usó
Con desprecio y con olvido
De la justicia y deber,
Que se holló?
No espere, no, quien con saña
Solo pensó en dominar,
Codicioso,
Al trasponer la montaña,
Para siempre allá lograr
Ser dichoso.
Ni el que niegue la verdad,
Que tan hermosa destella
De la Cruz,
La verá en la eternidad
Esplendente, pura y bella,
Con más luz;
Que á quien mostrárnosla vino
También le plugo enseñarnos
Con su ejemplo,
Que el Calvario es el camino
por do podemos llegarnos
A su templo.
Bienhadados los que hallaron
Martirios para adorarla
Y defenderla,
Que para sí conquistaron
Poder siempre disfrutarla
Y obtenerla;
Bienhadados los que lloran
Y aquí sufren, resignados,
Atropellos;
La mansión en donde moran
Los en verdad fortunados
Es de ellos.
Si ponemos por tener
Goces pobres y fugaces
Tanto afán,
¿Qué no debemos hacer
Por los que no son falaces
Ni se irán?
La humanidad pecadora
En el Diluvio encontró
Su castigo;
Mas aquella que te implora
En Tí, Señor, siempre halló
Dulce abrigo.
¡Ay! las obras de los hombres,
Si en Tí no están inspiradas,
Desparecen,
Y execrados son sus nombres;
Mas las á tí consagradas
Permanecen.
Aquel lujo que tenía
Babilonia, sus barriadas
Y sus templos,
Pensiles y altanería,
Son cenizas aventadas
Por los tiempos.
Y aquel imperio coloso
De Alejandro, sus proezas
y victorias,
Y el de Augusto tan famoso,
Con sus mundanas grandezas
Y sus glorias;
Y el otro de Gengis-kan,
Y otros muchos, ¿qué se hicieron?
Cual montón
Que se lleva el huracán,
De hojas secas, se barrieron:
Polvo son.
Y aquella Roma pagana
Que al mundo sus leyes daba
Y dominó,
Dejó de ser soberana,
Y, de sus vicios esclava,
Sucumbió.
Los pueblos á que en un día
Impuso, con furor ciego,
Cautiverio,
Rompieron su tiranía,
Y le aplicaron muy luego
El cauterio.
Sus circos, sus saturnales,
Sus termas y Proserpinas,
¿Dónde fueron?
Y sus fiestas lupercales,
Sus Clodias y Mesalinas,
¿Qué se hicieron?
Los Tiberios y Nerones,
Que todo con su maldad
Lo profanaron,
El castigo á sus pasiones
Y proterva crueldad
Pronto hallaron.
Y el apóstata Juliano
Que, habiendo visto la luz,
Pretendió
El culto y dogma pagano
Reemplazar al de la Cruz,
¿Qué logró?
Cuanto en Tí, Señor, se inspira
Se dignifica y progresa
Sin cesar;
Lo que de Tí se retira,
En noche eterna y espesa
Viene á dar.
Desdichados ¡ay! de aquellos
Que con dañosas doctrinas
Envenenan,
Porque nunca verán ellos
Aquellas luces divinas
Que enajenan.
Los que con torpes pasiones
Los más puros sentimientos
Profanaron,
Sus más crueles prisiones
De eternos remordimientos
Fabricaron.
Todas las dichas mundanas
Y las que en sueños dibujas,
Solo son
Sombras fugaces y vanas,
Efímeras cual burbujas
De jabón.
Cual las olas encrespadas,
Hirvientes y bulliciosas
Vénse alzar,
Y al instante quebrantadas
A espirar van silenciosas
En el mar:
Naciones y dinastías,
Imperios muy poderosos
Florecieron,
Vivieron algunos días,
Y, cual ríos caudalosos,
Sucedieron.
No se engañe nadie, no,
Creyendo que acaba todo
Con morir,
Que quien en gracia murió
Comienza el glorioso modo
De vivir.
El que de la Cruz asido
Con ella el mundo ha logrado
Vadear,
¡Qué puerto tan bendecido
Y nunca jamás turbado
Viene á hallar!
Son muchos ¡ay! los que vagan
Por abismos agitados,
Procelosos,
Y casi todos naufragan
Sin lograr ser fortunados
Ni dichosos.
Imperios, goces, tesoros,
Amores, grandeza y fama
Que enloquecen,
Cual fugaces meteoros,
Cual vistas de cosmorama
Desparecen.
Honores y gerarquías,
Dolores, guerras y paces,
Bien presumo
Que son solo fantasías
Y quimeras tan fugaces
Como el humo.
No bien la aurora aparece
Y la rinden las alondras
Su saludo,
Cuando al punto desparece,
Y queda luego en las sombras
Todo mudo.
No bien la alegría embarga,
Con locura embriagadora,
Nuestro ser,
Cuando surge pena amarga
Y que conturba á deshora
El placer.
Vése la flor que lozana
Del botón se precipita
Tan gentil,
Tan hermosa á la mañana,
Por la tarde ya marchita
En su pensil.
Tras la bella primavera,
Con su encanto sonoroso
Dulce y tierno,
Se sucede bien ligera
La estación del silencioso
Crudo invierno.
Los imperios y naciones,
En otros tiempos potentes,
Ya no son;
No queda de las legiones
De aquellas pasadas gentes
Ni un pendón.
Alcázares y pagodas
Hechas con mármol y hierro,
Ya se hundieron,
Y puesto las dulces bodas
En triste y lúgubre entierro
Se volvieron,
Las mujeres más hermosas,
De beldad más seductora
Y afamada,
Vienen á ser como rosas,
Que se vuelven en un hora
Polvo y nada.
Y los ardientes amores,
Que convirtió en delirante
Su mirada,
Y aquellos adoradores
Se tornaron en instantes

Polvo y nada.
Polvo y nada solo es
Cuanto aquí nos enloquece
Y electriza,
Mas lo que viene después
Eso jamás desparece
Ni es ceniza.
Vanidad y desconsuelo
Sólo hallarás en la tierra
Que hoy habitas,
Para hallar el Bien del Cielo
Saber que aquí no se encuentra
Necesitas.
No aspires á ser feliz
En este lugar de paso,
Sólo cuida
De evitar todo desliz,
Y arribar bien al ocaso
De la vida.
No te fascinen las cosas
Efímeras, terrenales,
De este suelo,
Y obtendrás las más hermosas
Dichas que son perenales
En el Cielo.
Levanta hasta allí tu alma
Y sepárala del lodo
Que envilece,
Y en grata y plácida calma
Vivirás así de un modo
Que engrandece.
Ni las innobles pasiones,
Ni la sórdida codicia
Te atarán,
Y tus virtudes y acciones
Inacabable delicia
Te darán.
Los que en este valle andemos
Huyendo de lo que engaña
Y descamina,
De seguro alcanzaremos
Al trasponer la montaña,
Luz divina.
La luz que puede saciar
Nuestra sed inextinguible
De verdad,
Y en su belleza llenar
Lo visible y lo invisible
De bondad.
Dulce puerto deleitoso
Donde se goza y se deja
De anhelar;
Lugar el más venturoso
Del que por siempre se aleja
El pesar.
Do nunca llega el hastío,
Ni el ánimo á estar perplejo,
Ni á sufrir,
Con tal ambición te ansío,
Que muero porque no dejo
De vivir.
Venga la muerte si alcanza
A alejarnos de este empeño
Y vanidad;
Si torna nuestra esperanza
Y aqueste mundo sueño
Realidad.
Venga si el alma asciende
A la patria prometida,
Celestial,
Donde el puro amor se enciende,
Donde comienza la vida
Perenal.
Venga si así obtenemos
El bien que aquí perseguimos
Con martirio;
Si por siempre allí podemos
Hallar á los que quisimos
Con delirio.
Marchemos perseverantes
Sin caer en lo que engaña
Y descamina,
Y alcanzaremos triunfantes,
Al trasponer la montaña,
Luz divina.
Luz do brilla eternamente
Con esplendor indecible
La verdad,
Y la belleza en su fuente,
Como siempre inextinguible
La bondad.

LUIS MONTALVO Y JARDÍN.

VISTA DE MONSERRAT

INSTITUTO RELIGIOSO
DE
HERMANAS DEL SERVICIO DOMÉSTICO
de la Inmaculada Concepción.

FUENCARRAL, 113, MADRID.

I

Al pasar un día por la calle de Fuencarral, vimos á un amigo salir de un hermoso palacio situado en el núm. 113 de dicha calle, que hace algunos años habitaron los duques de Montpensier.

—¿Quién vive ahora aquí?—le preguntamos, con ese instinto de curiosidad que es tan natural en la mujer española.

—Las Hermanas del Servicio Doméstico—nos contestó el caballero;—yo he venido á buscar una criada.

—¿Es una agencia?—exclamé recordando las innumerables casas de este género que hay en París, de donde yo acababa de llegar.

—Es un Instituto Religioso fundado por una señorita que consagró toda su fortuna á esta buena obra.

—¡Ah! eso es muy curioso.

—Y muy digno de estudio, especialmente para usted, que tiene tanto afán por conocer los Asilos y obras piadosas creadas por señoras en Madrid.

—Es verdad; pues me alegraré conocer ésta; ayúdeme usted, y se lo agradeceré.

—Con mucho gusto; he aquí mi tarjeta; voy á escribir en ella dos letras, y la superiora, que es muy amable, les facilitará todos los datos necesarios.

En efecto, la tarjeta de nuestro amigo fu una llave mágica que abrió las puertas del suntuoso edificio donde se hallan acogidas en la actualidad unas ochenta muchachas destinadas al servicio doméstico, habitando un palacio regio, ellas, que son en las casas particulares el personaje más humilde.

De asombro en asombro fuimos recorriendo toda la casa conducidos por una amabilísima religiosa, cuyo nombre citaría si no fuera por ofender su modestia.

En el piso bajo vimos, en primer lugar, una salita muy humilde destinada á recibir á la gente pobre, demandaderos y personas que van á reclamar algún servicio. Más adentro, á la derecha, subiendo unas escaleras, nos introdujeron en un saloncito elegante, no con gran lujo, pero sí denotando una limpieza extraordinaria.

Esta pieza de recibo es para personas de más categoría. La religiosa que nos guiaba por encargo de la madre superiora nos hizo conocer la benéfica institución, dándonos cuantos detalles eran necesarios para escribir su historia desde los principios de su fundación; después nos llevó á visitar todas las dependencias, donde reina el aseo y el orden más admirable.

Lo que antes eran cocheras y cuadras, se han transformado en lavaderos grandes, amplios, dotados de enormes grifos que derraman raudales de agua cristalina.

Alrededor de los pilones vimos unas treinta muchachas inclinadas sobre las losas de madera, luciendo sus blancos y robustos brazos que se confundían con la blancura de la ropa que retorcían entre sus manos.

Todas eran jóvenes y por lo regular guapas, pues siendo recibidas en el establecimiento de quince á treinta años, las de mayor edad no tienen acceso á disfrutar las comodidades y beneficios que el regio Asilo proporciona á sus acogidas.

Dejamos los lavaderos, y subimos á varios salones de pisos de mármol y artesonados techos que son una maravilla, unos con los balcones á la calle de Fuencarral, donde están las clases de labores, otros con vistas al extenso y bien cultivado jardín que va hasta la calle de San Andrés.

Otra treintena de muchachas se hallaban ocupadas en labores de costura y de diferentes clases, todas de utilidad práctica, propias para

las tareas que las sirvientes han de desempeñar en casa de sus amos.

Uno de los salones nos chocó, porque estaba dispuesto como teatro.

—¿Es que representan ustedes comedias? pregunté á Sor E...

—Sí, señora, en varias épocas del año; sobre todo en Carnaval y por Pascuas, para que las chicas se diviertan, se hacen juegos y representaciones históricas;—nos dijo la hermana.

—Pero ¿y la parte de los hombres?

—La hacen las mismas chicas; ¡oh! no sabe usted cuánto se divierten!... Una de las religiosas escribe las comedias, que son, por lo general, alegorías sobre las virtudes, sobre el bien y el mal, representado por los ángeles y por Lucifer, que siempre sale condenado, porque nos quiere llevar á su bando las chicas mejores, y los ángeles buenos las defienden con ardor de sus garras.

—Pues ya lo creo que será divertido. ¿Y son ustedes muchas religiosas?

—Unas treinta. Todas estamos consagradas á enseñar á las muchachas, á cuidarlas y distraerlas, colocándolas después en buenas casas; de este modo entran unas y salen otras, y siempre hay aquí de setenta á ochenta. No caben más, como verá usted.

Subimos á los dormitorios, que están instalados en el piso segundo, en anchurosas salas, llenas de luz y de ventilación. Las camas son de hierro, tienen colchones y ropas limpias y cómodas, colchas encarnadas y fundas blancas. A un lado están las salas de tocador, y roperos donde cada una tiene su servicio independiente de palanganas, espejos, toallas, y un armario donde colocar su ropa y utensilios necesarios para el aseo personal.

En las galerías altas, lindando con una hermosa azotea, están las planchadoras, otras veinte ó más muchachas, haciendo primores, pues da gusto ver la ropa en pirámides, colocada artísticamente en las mesas laterales, ó colgada en la azotea, que tiene la entrada por la misma galería.

Maravillándonos de ver tantas camisas de hombre, nos dijo la hermana:

—Es que nos traen mucha ropa de fuera para lavar y planchar; tanta, que ya no podemos recibir más; y nos sirve al propio tiempo que de beneficio, para que aprendan las chicas.

—¿Y quién manda todo eso, el público?

—Las familias que protegen nuestro instituto benéfico, y á las cuales prestamos ese servicio y proporcionamos buenas criadas.

—Muchas deben ser, para haber conseguido habitar un palacio.

—Más de seiscientas. Con la protección de las almas caritativas se sostiene esta santa casa, evitando que esas pobres chicas se pierdan al encontrarse solas en la ciudad, sin recursos ni personas que las conozcan y preserven de la seducción y la desgracia.

Continuamos inspeccionándolo todo: ya sólo nos queda la enfermería, completamente aislada, donde vienen á curarse las criadas que caen enfermas y no quisieren tenerlas sus amos. Las Hermanas las asisten, enviando una en su puesto hasta que están buenas.

La capilla, que es la pieza más importante de la casa, la hemos dejado de exprofeso para lo último.

Está situada junto al jardín en el primer piso; es bastante grande, no tanto como la necesitan en la casa, pero llena sus funciones. En Semana Santa celebran piadosos cultos, á los cuales no sólo asisten las religiosas y asiladas de la casa, sino numerosas señoras que son asíduas protectoras de esta benéfica institución.

Más de trescientas señoras, nos dijo la Hermana, se reunían en aquella capilla, al parecer tan pequeña, para los ejercicios de Semana Santa y escuchar los sermones y conferencias de los Sacerdotes que asisten en la casa.

La antecapilla, donde está el confesonario, es también grande y cómoda, todo con la ventilación y hermosas luces del jardín.

II

Parece un sueño, y las religiosas lo conceptúan como tal, que este magnífico Instituto instalado hoy en un palacio que ha costado muy cerca de dos millones de reales, naciera hace no muchos años en 1853, en una humilde *casita* de la calle de Luciente, donde sólo había *tres camas* para otras tantas acogidas.

Su primitiva fundadora fué Doña Eulalia Vicuña, auxiliada por su marido el Excelentísimo Sr. D. Manuel de Riega, y por su hermano D. Manuel María Vicuña, rica familia procedente de Navarra, rivalizando los tres en piadoso y fervorosísimo celo por atraer las almas al buen camino de la Religión y el amor de Dios.

Primeramente dedicóse Doña Eulalia á proteger á las infelices muchachas que salían convalecientes y sin recursos ningunos del Hospital de San Juan de Dios, donde acudía con frecuencia á enseñarles la Doctrina cristiana. Pero habiendo fundado por entonces la vizcondesa de Corbalan, su Asilo ó Colegio para estas infelices, Doña Eulalia tendió la vista á distintos horizontes, consagrando su fortuna y las fuerzas todas de su vida á la protección de las jóvenes honradas que vienen de sus pueblos á servir en la corte, ó por enfermedad, falta de acomodo y otros diferentes motivos se ven en peligro de extraviarse.

Desde la calle de Luciente, y siempre por mejora del local, se trasladaron á la calle del Rubio, después á la del Humilladero, á la Plaza de San Francisco y á la calle de la Villa, después de haber tenido que tomar unas habitaciones en el convento de San Francisco el Grande, porque no tenían dónde hospedar á tantas infelices como acudían á ponerse bajo su noble amparo.

Doña Eulalia llamaba á su obra el grano de mostaza que habría sembrado en la *casita* de la calle de Luciente, por seguir á la letra la parábola del Santo Evangelio, y que se iba multiplicando de un modo tan asombroso con el favor de Dios que tan evidentemente la protegía.

Viendo el gran desarrollo que la piadosa obra tomaba, pensó Doña Eulalia y su hermano encargar del régimen interior á una Congregación religiosa, consultándolo con la Reverenda Madre general de las Carmelitas de la Caridad, Sor Paula de San Luis Gonzaga, que aceptó la fundación, tomando posesión de la casa el año de 1855. Necesitando con este motivo un gran edificio que fuera propiedad suya, y no pudiendo hacerlo todo por sí sola, formó una Junta de señoras, asociadas con D. Manuel Vicuña y dos virtuosos Sacerdotes cuyos nombres se repiten siempre con respeto en Madrid: eran D. Andrés Novoa y D. Antonio Herrero. Estos tres señores contrataron y compraron á su nombre una gran casa en la plaza de San Francisco, donde se trasladó el Instituto el año 1857, ya regido por las Carmelitas de la Caridad.

Por entonces se aprobaron de Real orden los estatutos, y tomó el nombre de *Casa de huérfanas y sirvientas*. Como generalmente lo que sucede con las juntas es que cada señora quiere que se adopten sus ideas, una de ellas se empeñó, y lo consiguió, que se crearan treinta plazas gratuitas para huérfanas, con lo cual se quitó el carácter á la fundación primitiva. Esto ocasionó algunos disgustos, y concluyó por presentar los Sres. Vicuña un nuevo reglamento á la junta de gobierno relativo á las sirvientas; pero éstas quedaron postergadas, y no hubo más remedio que separar lo que eran dos instituciones distintas, quedándose las Religiosas Carmelitas con las huérfanas, y doña Eulalia con las jóvenes sirvientas, que al fin fueron á instalarse en una casa de la calle de Cañizares, siendo en ella donde verdaderamente empezó á desarrollarse la benéfica obra, estando al frente su fundadora, que la convirtió en instituto religioso, colocándole bajo la dirección de su sobrina la señorita doña Vicenta María López Vicuña, hija única de su hermana doña Nicolasa, que desde el año 1862 venía ocupándose de las sirvientes acogidas con todo el interés y prudencia, no de una niña, como era entonces, pues sólo contaba 16 años, sino de un alma destinada por Dios desde los albores de su vida para que la consagrara toda entera, por amor del mismo Dios, á obras de misericordia y caridad cristiana.

Educada con el mayor esmero por una tía suya, que después fué Salesa en el primer Real Monasterio de Madrid, y, cuando mayor, por su otra tía doña Eulalia, bajo la dirección de profesores notables que iban á su misma casa, supo la niña dar gusto cumplido á sus señores padres, que deseaban se instruyese en todos aquellos conocimientos que debe saber una señorita destinada al gran mundo por su posición y sus riquezas.

Nació la angelical niña en Cascante, provincia de Navarra, el 22 de Marzo de 1847, de padres hidalgos y poseedores de una gran fortuna, siendo hija única, por haber fallecido de corta edad una hermanita que la precedió, siendo dotada de cuantos encantos físicos y morales pueden hacer encantadora á una señorita. Su belleza tenía un atractivo irresistible; era rubia como el oro, y sus ojos azules, que parecían copiar el cielo no sólo en el color sino en la dulzura de su expresiva mirada, reflejándose en su rostro angelical los sentimientos y pureza de su alma. Su corazón y todos sus sentimientos estaban consagrados á Dios; su caridad era inagotable, y su afán por enseñar el Catecismo á los niños y á los enfermos pobres, consolando á todos los afligidos, eran sus verdaderos, sus únicos placeres.

Tenía á su tía Eulalia como modelo, asociándose tan de corazón á su obra de protección á las jóvenes sirvientas, que las consagró su fortuna y su vida entera.

FAUSTINA SÁEZ DE MELGAR.

(Se continuará.)

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

El autor del jabón del Congo, Víctor Vaissier, proveedor en título de S. M. el Rey de los Belgas, de S. A. el Rey de Túnez, etc., recomienda á su numerosa clientela pidan en todas partes los Polvos Congolanos, adherentes é invisibles, y el Extracto del Congo, perfume exquisito para el pañuelo.

Depósito central: Príncipe, 19 y 21, Madrid.

Nuestros apreciables lectores leerán en el presente número un anuncio de la **bien reputada firma** de los **Sres. Valentín & C.ª**, banqueros, y Expendeduría general de lotería en **Hamburgo**, tocante á la lotería de Hamburgo, y no dudamos que los interesará mucho, ya que se ofrece por pocos gastos alcanzar, en un caso feliz, una fortuna bien importante.

Esta casa envía también gratis y franco de porte el prospecto oficial á quien lo pida.

La vara mágica del mendigo.

Cierto día llegóse un mendigo á un monasterio y pidió una limosna; pero en esa época había en el país una gran carestía, y la limos-

na le fué rehusada. Marchóse el mendigo lamentándose. El prior, sin embargo, se movió á compasión, y dijo: «Llamad á ese pobre hombre atrás, y dadle el último bocado que haya en el monasterio.» Al recibir el pan de manos del religioso, el mendigo tendió su vara en el suelo, y al recogerla de nuevo vióse brotar del mismo lugar donde había estado la vara una fuente de agua pura y cristalina.

Esta es la historia de una fuente que aún existe en cierta aldea de Francia. No vemos inconveniente en creerla, pues que la lección es más importante que el hecho. La benevolencia y la gratitud valen más que las cosas ú objetos que las manifiestan.

Los siglos han seguido su pesado vuelo. El monasterio está convertido en ruínas, y los monjes no existen ya; pero las avecillas cantan con regocijo sobre las quebrantadas paredes, y el agua de la fuente del mendigo sigue siendo tan dulce como nunca. Aun hoy día los transeuntes beben de ella, mostrándose tan agradecidos de poder apagar con ella su sed como el mendigo lo estuvo con el pan del prior.

No está al alcance de todos poder recompensar un favor con tanta esplendidez como lo hizo el mendigo, pero al menos sabemos apreciar la buena suerte cuando ésta nos toca.

Hemos recibido últimamente una carta que concluye con estas palabras: «Doy á ustedes permiso para hacer público este milagro.» Dice el autor de dicha carta que ha estado sufriendo por mucho tiempo de enfermedad del corazón. «Me era imposible andar, dice, ó moverme sin experimentar palpitación alarmante y otros síntomas que me ocasionaban mucha inquietud. Mi médico me ordenó el iodo y otras medicinas, pero ninguna de ellas me aliviaba. Por casualidad un día uno de sus folletos llegó á mis manos, y después de haber tomado tres botellas del Jarabe Curativo de la Madre Seigel, mi enfermedad me abandonó por completo. (Firma) Francisco Rueda, calle de Tendillas de Santa Paz, núm. 27, Granada, Octubre 14 de 1892.»

Este milagro, como lo llama el Sr. Rueda, puede explicarse fácilmente sobre principios naturales. Dicho señor era víctima de la indigestión y dispepsia, y sus dolencias en el corazón era uno de los síntomas y resultados de esa peligrosa enfermedad. Los venenos procedentes del estómago en cuyo órgano reinaba la dispepsia esparciendo el malestar por todo el cuerpo, eran lo que ocasionaba todo el daño. Es verdaderamente lástima que la gente ignore de dónde proceden casi siempre las enfermedades, es decir, de los órganos debilitados y entorpecidos de la digestión, y que no sepan que les sería fácil hacer deliberadamente lo que el Sr. Rueda hiciera por una casualidad, ó sea emplear el Jarabe Curativo de la Madre Seigel desde que se manifiesten indicios de algún desórden, pero este caso y otros idénticos les servirá de lección.»

«Me dirijo á ustedes para participarles, dice otro corresponsal, que he estado sufriendo durante cinco años con una enfermedad en el estómago, y ninguna medicina pudo aliviarme de los dolores ni del vómito. Casi todo lo que comía ó bebía lo devolvía un cuarto de hora después. Tantos y tan crueles eran los dolores que sufría, y en tan diferentes partes del cuerpo, que no parecía sino que era yo víctima de varias enfermedades á la vez.

No obstante, después que empecé á emplear el Jarabe de la Madre Seigel, me curé por completo en menos de un año. De ustedes afectísimo (Firma) Sebastián Jiménez, Medina Sidonia (Cádiz), Septiembre 29 de 1892.»

Nada misterioso hay en esto. En lugar de ser víctima de varias enfermedades, nuestro amigo lo era solamente de una, ó sea la indigestión y dispepsia, lo cual era lo bastante. Afortunadamente ese remedio tan eficaz y tan conocido, ya curó dicha enfermedad y le dejó tan saludable y fuerte.

El mendigo pidió pan. Ya contaba con el apetito. El Jarabe de la Madre Seigel hace más, pues da el apetito y la digestión á los que están á punto de morir en presencia del alimento que no pueden tomar.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del Frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

Banco de España

Debiéndose proceder á la corta de los cupones que vencerán en 1.° de Julio próximo venidero, correspondientes á los valores depositados en este establecimiento, se avisa á los interesados:

1.° Que podrán retirar los cupones en rama, previo pedido, así como avisar que se conserven unidos á los títulos:

Hasta el 1.° de Mayo próximo, los de Deuda perpetua al 4 por 100 interior.

Hasta el 31 del mismo mes, los de Deuda amortizable al 4 por 100.

Hasta el 15 de Junio, los de Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

Y hasta el 20 del expresado Junio, los de las demás clases de valores.

2.° Que transcurridos estos plazos, el Banco procederá á la presentación y cobro de los cupones de Deuda interior y amortizable, que no hayan sido objeto de pedido ó aviso.

3.° Que no se admitirán en depósito los títulos que contengan el indicado cupón de 1.° de Julio próximo:

Desde el día 3 de Mayo, los de Deuda perpetua al 4 por 100 interior.

Desde el 2 de Junio, los de Deuda amortizable al 4 por 100.

Desde el 16 del mismo Junio, los de Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

Y desde el 21, también de Junio, los de las demás clases de valores.

4.° Que el Banco admitirá, desde luego, á descuento, á razón del tipo que rija, los cupones de 1.° de Julio próximo de la Deuda perpetua interior y de la amortizable al 4 por 100, estén ó no depositados.

5.° Que el mínimum de percepción por los descuentos, será quince céntimos de peseta por cada factura.

6.° Que los cupones del vencimiento de 1.° de Julio próximo, de la Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, se admitirán en negociación desde la fecha de este anuncio, estén ó no depositados, con la bonificación que diariamente se fijará en las oficinas del Banco.

7.° Que los cupones de títulos depositados de las mismas Deudas exterior y de Cuba que no se retiren en el período comprendido desde la fecha de este anuncio hasta el 15 de Junio próximo, se entenderán cedidos al Banco por los depositantes, con la bonificación que se fijará por el mismo el día 16 del propio Junio, y será el término medio de la señalada á los referidos valores negociados por el Banco en el citado período de tiempo.

8.° Que para el descuento ó la negociación de los cupones depositados, bastará la presentación del resguardo de depósito respectivo.

Madrid 24 de Abril de 1893.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

Banco de España.

Los interesados que tengan en depósito en este Banco los valores que se expresan á continuación, pueden presentarse en la Caja del mismo, desde el lunes 17 del corriente, de once de la mañana á tres de la tarde, á percibir los intereses vencidos en 1.° del actual.

Cédulas del Banco hipotecario al 4 y 5 por 100.

Obligaciones hipotecarias especiales del ferrocarril de Alar á Santander.

Idem del Tranvía de Estaciones y Mercados al 5 y 6 por 100.

Idem del ferrocarril de Tudela á Bilbao; 1.ª y 2.ª serie.

Idem íd., del Norte de España; 1.ª y 2.ª íd.

Idem íd., de Asturias, Galicia y León.

Idem íd., de Córdoba á Málaga.

Idem de la Nueva Bolsa de Madrid; 1.ª serie.

Madrid 15 de Abril de 1893.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis.

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca tambien la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Las instalaciones de alumbrado eléctrico.

Manual práctico, por G. Fournier y J. A. Montpellier, con un prólogo de D. José Echegaray. Traducción de Hidalgo Mobellan. Madrid, 1892. Librería de Victoriano Suárez. 7 pesetas en Madrid y 8 en provincias.

Este Manual es una obra utilísima para toda clase de personas. Comprende, como dice el ilustrado prologuista, cuanto de electricidad hay que saber, y aunque domina en él el carácter práctico, contiene todas las teorías necesarias. Está escrito fácil y sencillamente para que, aun los absolutamente imperitos en ciencias físicas, puedan comprenderlo todo. Hoy nadie debe desconocer los misterios de la electricidad, de esa maravillosa fuerza de tan magnífico presente y más magnífico porvenir. Con el Manual que anunciamos satisfacen cumplidamente esa necesidad.

COLÓN Y LA RABIDA

POR EL

M. R. P. F. José Coll

FRANCISCANO

Las noticias que atesora este libro hacen muy agradable su lectura, y es indispensable para todos los que se interesan por el Centenario del descubrimiento de América.

Consta de un volumen en 8.° de 30 páginas, y se vende en casa de D. Gregorio del Amo, Paz, 6, á 2,50 pesetas.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 1
1893

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA
DE
VICENTE GARCIA MUSTIELES
(SUCESOR DE PÉREZ)
CALLE MAYOR, NÚM. 50
MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.
Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.
Se sirven los pedidos con toda prontitud.

ELIXIR
DE
Protocloruro
DE HIERRO
CON HIPOFOSFITOS
DE VIVAS PÉREZ

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.*

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.—MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA, Farmacia VIVAS PEREZ

EL AGUILA

GRAN BAZAR DE ROPAS HECHAS
Y GÉNEROS PARA CONFECCIONAR Á LA MEDIDA

Gran surtido en trajes para niños.

PRECIO FIJO

Preciados, 3, esquina **á la de Tetuan.**
MADRID

PERUJO-ANGULO
DICCIONARIO
DE
CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes casi folio, tipos claros, **pesetas 110** rústica y **130** encuadernado.—TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.

Calendario Americano Religioso para 1893
CON LA VIDA DE LOS SANTOS

Nuevo para este año: **Dieciséis láminas representando toda la Pasión.** Estas láminas están intercaladas una cada día, empezando quince antes del domingo de Pascua.—Magníficos cromolitografiados. Precios: desde 50 céntimos de peseta hásta 2,50 pesetas.

Se recomienda pedir los Calendarios publicados por la **Casa Bailly-Bailliere é hijos,** que son los más variados. Los hay con ó sin termómetro.

Se hallarán de venta en la librería editorial de **Bailly-Bailliere é hijos,** Plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, y en las librerías, almacenes de objetos de escritorio y bazares de España y Ultramar.

LA ARTISTICA
Calle del Caballero de Gracia, 8

ESTAMPERIA

Novedades en todo género de estampas en grabado, fotograbado, litografía, fotografía, etc., de las principales casas del extranjero.
Especialidad en asuntos religiosos.

IMÁGENES TALLADAS

Se reciben encargos garantizando su buena ejecución.

MANUAL BÍBLICO
Ó
CURSO DE SAGRADA ESCRITURA
POR
MESSIEURS L. BACUEZ y F. VIGOUROUX

Traducida al castellano bajo la dirección de *D. Vicente Calatayud y Bonmatí.*—Le precede una carta-prólogo del Ilmo. Sr. D. Juan Maura Gelabert, Obispo de Orihuela.
Tomo primero, 5 pesetas en rústica.
Se vende en las librerías de los señores D. Enrique Hernández y don José del Amo, Paz, 6, Madrid, y en las principales librerías católicas de provincias.
En los pedidos al por mayor, dirigiéndose al traductor (Valencia), se hará rebaja proporcionada á la importancia del pedido.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
DE
ZOZAYA, (Editor).
PROVEEDOR DE LA REAL CASA
Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españole y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G.° GIROD
Sucesor de Losada.

Fábrica de Guantes

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes para señores Obispos, Sacerdotes y colegiales.
Unica casa en Madrid dedicada á este artículo.
Guantes piel primera clase, tres botones, á 2 pesetas.
Idem bordados, á 2,50.
Para caballero, superiores, á 2,50.
Especialidad en guantes piel de caballo, cabrito, Suecia, gamuza y lana.
Corbatas última novedad.

CALLE DE FUENCARRAL, NÚM. 7

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

SUPLICIO DE JUANA DE ARCO

COLEGIO PROVINCIAL DE HUÉRFANOS GRANADA BIBLIOTECA

SUMARIO

TEXTO

Peregrinación á Roma.—El naturalismo en el arte, por Valentín Gómez.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Llovida del cielo, por Alfonso Pérez Nieva.—Nueva Historia de la Pasión, por Angel Salcedo.—Nuestro arte religioso, por José Fernández.—Los misterios de la astronomía, por Mariano Domínguez Berrueta.—Hermanas del servicio doméstico, por Faustina Sáenz de Melgar.—La educación á la moda, por el Bachiller Alonso.—El sol del Vaticano, por Luis Montalvo y Jardín.—Azucena entre espinas, por Alvaro L. Núñez.—Reclamos y anuncios.

GRABADOS

Suplicio de Juana de Arco.—Después de las carreras.—D. Juan Valera.—La flovera.—Nuestra Señora de Monserrat.

Peregrinación á Roma.

Publicamos en lugar preferente este documento que se nos ha remitido:

«**JUNTA CENTRAL DE LOS CONGRESOS**

CATÓLICOS DE ESPAÑA

Madrid 13 Abril 1893.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de...

Muy señor nuestro de nuestra más distinguida consideración y respeto: La Junta Central de los Congresos Católicos, en su sesión de ayer, tomó los siguientes acuerdos:

1.° Que la peregrinación española salga de Madrid el día 21 del próximo Mayo, á fin de que pueda ser recibida por Su Santidad en los primeros días de Junio.

2.° Que se anuncien los siguientes precios, en los que van comprendidos los enormes quebrantos del cambio con el extranjero.

PRECIO DEL BILLETE

DE MADRID Á ROMA

	Pesetas.
Primera clase.....	364
Segunda clase.....	265

PRECIO DEL BILLETE

DE MADRID Á VINTIMIGLIA

que podrán tomar los que deseen adquirir otro billete de viaje circular por Italia.

	Pesetas.
Primera clase.....	261
Segunda clase..	184

3.° Que los peregrinos se detengan á la ida en el Santuario de Nuestra Señora de Lourdes.

4.° Que antes del 1.° de Mayo se redacten unas bases detalladas para conocimiento de los peregrinos, expresando los derechos y los deberes que contraen los que se asocien á este acto religioso, y que dichas bases se envíen á los Prelados para que las publiquen en sus diócesis.

5.° Que las diócesis de Cataluña, Valencia y cualquier otra que lo estime oportuno puedan organizar, independientemente de la Central, su viaje á Roma, uniéndose todas en la capital del orbe católico el día 30 de Mayo, á no ser que esta Junta Central diese aviso en contrario.

6.° Que se gestione cerca de las Compañías de Caminos de hierro españolas, á fin de que concedan á los peregrinos del Mediodía, Norte y Noroeste de España la rebaja del 50 por 100 en los billetes que han de tomar desde los pueblos donde residan al sitio en que se incorporen á la peregrinación que saldrá de Madrid.

7.° Que para el regreso de Roma se trabaje á fin de ver si es posible formar tres grupos: uno que salga á los diez días de la llegada; otro á los quince, y el último á los veinte.

Siendo muy útil, para el mejor resultado de la peregrinación, que sean conocidos estos acuerdos, por encargo de la citada Junta Central de los Congresos Católicos, tenemos el honor de ponerlos en su conocimiento, á fin de que procure, por cuantos medios estén á su alcance, tengan la mayor publicidad posible.

Interin llega el momento de participar á usted sucesivos acuerdos, tenemos el honor de repetirnos de usted afectísimos seguros servidores, Q. B. S. M.,

El Presidente, † *José María*, Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá.—El Secretario, *Esteban Crespi de Valldaura y Fortuny.*»

El naturalismo en el arte.

I

Oyese á cada momento hablar de la escuela naturalista ó realista, y no pocos críticos—más ó menos dignos de este nombre excitan con raro entusiasmo á los escritores á seguir las huellas de los novelistas y dramaturgos franceses, para quienes la perfección del arte no consiste en ninguna cosa más que en copiar fidelísimamente la realidad con todas sus groserías al lado de todas sus bellezas, sin perdonar detalle ninguno, importe ó no importe al mayor interés y concierto del asunto.

Por otra parte, el nombre de Emilio Zola está ya en todos los labios, y, para mayor desgracia, sus obras, perversamente traducidas, están ya en todas las manos.

Zola es el apóstol del naturalismo, y tan fervoroso y concienzudo al parecer, que no sólo practica la escuela en obras que no siempre el estómago puede resistir, sino que defiende con calor la teoría, ya apoyándose en razones estéticas, ya buscando genealogía realista hasta en autores que ciertamente se quedarían no menos pasmados de su realismo que aquel personaje de Molière, cuando averiguó que desde su infancia estaba hablando en prosa sin saberlo.

Las novelas de Zola, que en Alemania se han prohibido, en España se venden por millares, y nuestros mismos teatros buscan en la inmundicia de aquellos argumentos *realistas* una ganancia que el decoro antirrealista no les puede dar.

De suerte que la cuestión del naturalismo va siendo en nuestro país una cuestión de importancia práctica y no de pura é inútil especulación. Ha entrado en el seno de las familias el nuevo arte pretendiendo regenerarlo todo, las ideas, los sentimientos y las costumbres, con la pintura fotográfica de las degradaciones humanas, y es hora, por lo tanto, de dar la voz de alerta, ya que no faltan católicos que se muestran complacientes con la nueva escuela, dando al naturalismo un sentido contrario por cierto al que tiene en la intención de sus secuaces.

Es preciso, pues, decir cuál es la verdadera raíz del naturalismo, y á qué clase de errores corresponde en los demás órdenes de los conocimientos humanos; qué verdad puede haber en la afirmación de que el arte debe arrancar de la naturaleza y no de la idealidad del artista, y qué consecuencias va á traer el culto de la nueva escuela si desgraciadamente llega á predominar en el mundo del arte.

Bien mirado, el asunto no es de tal novedad que los españoles no hayan oído hablar de él hasta el momento en que las novelas de Zola se han popularizado en España. No; el año 1867, desde la cátedra de Nuestra Señora de París pronunció el ilustre orador de la Compañía de Jesús, P. Félix, una serie de discursos ó conferencias acerca del *arte*, y en una de ellas trató amplia y magistralmente de la escuela realista; como si el mismo Zola hubiera comenzado ya á describir las repugnantes bajezas de la gentualla parisién.

Conocía el P. Félix maravillosamente lo que el realismo podía dar de sí, y anunció con profético acento lo que ya se descubre ante nuestros ojos; esto es, que el arte se convertiría en una industria explotadora de las pasiones más viles del corazón humano.

Pero bien examinadas las cosas, si hay razón para que esto nos escandalice, no la hay ciertamente para que nos asombre. El naturalismo ó realismo en el arte es, en resumen, la manifestación de todos los errores que en filosofía y en política gozan hoy de dolorosa popularidad.

No puede negarse que ha habido épocas en que el olvido de la naturaleza llegaba hasta el punto de que el arte parecía el producto de los caprichosos sueños de imaginaciones enfermas. Poetas y novelistas pintaban á los séres humanos con los colores de una idealidad tan extravagante para las razones serias y maduras, como peligrosa para las fantasías jóvenes, que se van con extrema facilidad en pos de todas las exageraciones de la tristeza, de la desesperación y aun del heroismo.

La escuela romántica desenfrenada, había creado un mundo falso, donde poetas y lectores vivían como podían vivir en una casa de orates, siendo lástima y ludibrio de los entendimientos sensatos. Era menester una reacción sana contra semejantes desconciertos; un Cervantes en la novela, y un Moratín en la comedia, que, devolviendo á la naturaleza sus indisputables fueros, enseñasen á las gentes que, lejos de ser el arte una locura, era el perfume de todos los conocimientos humanos, la luz de la belleza derramada sobre la creación y hecha visible por el genio privilegiado del artista.

Mas, para que esta reacción se produjese en el sentido de la verdad estética, se necesitaba otra atmósfera distinta de la que respiramos; era indispensable que las ideas religiosas, filosóficas y políticas no estuviesen informadas del espíritu de negación y rebeldía que constituye lo que se llama el *espíritu moderno*. Una sociedad creyente que no tuviera por incompatible lo *natural* y lo *sobrenatural*, lo real *visible* y lo real *invisible*, de seguro hubiese corregido las exageraciones del idealismo romántico, trayendo al arte al nivel de la *naturalidad*. La sociedad presente, que no se reacciona de una revolución, sino echándose en brazos de la dictadura, ni abandona las fervorosas disputas de los teólogos protestantes sino para arrojarse en brazos del más completo indiferentismo, no podía hallar el engranaje de su sentimiento artístico fuera de la negación absoluta y bárbara de lo ideal. Y hé aquí por qué el realismo de nuestros días, lejos de ser una restauración de la *naturalidad*, no es otra cosa que una negación audaz y grosera del sobrenaturalismo.

¿Cuáles son las escuelas que predominan en lo que se llama el mundo de la ciencia moderna? En religión el deismo, forma hipócrita del ateismo; en filosofía, el positivismo; en política el liberalismo. Todas estas escuelas reconocen un principio común: el de que no hay más realidad ni más verdad que lo que nuestros sentidos testifican. ¿Se dice ó se afirma algo que no está al alcance de nuestra mano, de nuestros ojos, de nuestro oído, de nuestro olfato? Pues eso no puede ser objeto de nuestra racional adhesión.

El hecho brutal: ese es, ese debe ser el fundamento de nuestras creencias y de nuestras especulaciones. El hecho es lo positivo, lo cierto, lo indudable: todo lo demás podrá existir; en derredor de nosotros girarán innumerables séres que no perciben nuestros sentidos; allá en lo alto, en los cielos, habrá un mundo infinito de luz, poblado de criaturas inteligentes y bienaventuradas, adorando al Sumo Bien de donde proceden, como en el fondo de insondables y tenebrosos abismos surgirán millones de precitos encadenados voluntariamente por el odio á su eterna desdicha... ¿Y qué? Nada de eso vemos ni oímos. Entre esos mundos, si existen, y nosotros, hay la valla silenciosa é impenetrable del sepulcro. Nadie viene á darnos cuenta de lo que por allá sucede; ¿por qué, pues, la ciencia, la política y el arte han de someterse á leyes que tengan por base el *supuesto* de un mundo in-

visible ó de una vida inmortal de los cuales no recibimos diariamente testimonios fehacientes?

Luego la ciencia debe ser positivista; la política debe ser liberal ó secularizadora—Estado sin Dios,—y el arte debe ser realista. Pintar las grandes aspiraciones del alma humana, los sacrificios por el bien moral, que han de recibir su premio después de la muerte, las virtudes extraordinarias que engendra la gracia divina en la flaca y vacilante voluntad del hombre, ¡qué insensatez! Eso sería volver al idealismo de los siglos de caballería, imaginando una humanidad falsa que no hemos tenido la honra de conocer.

Lo real, lo natural, lo positivo es desmenuzar las pasiones viles del género humano, y presentarlas á los ojos de la multitud con toda su verdadera hediondez, sin la atenuación siquiera de la lucha y del remordimiento; y si acaso la lucha y el remordimiento hacen falta para dar más interés al inmundo cuadro, es preciso que sean ahogados siempre por la incontrastable fuerza de la carne corrompida. ¿La virtud? También la virtud ha de hacer su papel en ese mundo de tinieblas palpables y hediondas.

La virtud tomará cuerpo en un personaje determinado; pero ha de ser analizada de tal suerte, que en ella se vea constantemente el móvil del egoismo. La virtud, sin una enorme mancha negra que la desnaturalice, no es verdadera, no es positiva, no es real. Cuando se la presente, pues, á la consideración del público, debe producir mayor repugnancia todavía que el crimen mismo. Esta es la escuela naturalista pura; esta la que corresponde con toda exactitud á la filosofía positivista y á la política secularizadora ó liberal.

La elocuente voz del P. Félix se levanta contra esta espantosa degradación del arte.

«¡Cómo!—exclama.—¿Encontráis en el fondo de una taberna, en el cieno de las calles, á un borracho, feo con su doble fealdad material y moral, con sus actitudes salvajes, con sus posturas de bestia y haciendo gestos indescriptibles, le copiáis rasgo por rasgo, le fotografiáis, y me decís en una estatua, en un cuadro, en la escena ó en la novela: Mira y admira; hé ahí el retrato de lo real? Encontráis en un reducto, en un muladar, en cualquier parte, á un hombre cubierto de úlceras, personificando todos los horrores físicos que puede reunir la carne humana, y os convertís en químicos y anatomistas, haciendo delante de mí la disección y el análisis de la llaga, del cáncer y de la úlcera, y me decís: Admira; nada falta aquí: la copia es completa: mira el retrato de la realidad?... ¿Y qué objeto tienen esas exhibiciones repugnantes? Si gozo contemplando al hombre ebrio; si experimento un extraño placer al mirar las úlceras, ¿qué necesidad tenéis de pintármelas? Yo iré á los hospitales; allí á lo menos, las encontraré vivientes, y vuestras obras maestras realistas no equivaldrán jamás para mí á esos vivientes horrores; y aun cuando no me pintéis lo atroz y lo horrible, lo innoble y lo asqueroso, si no quereis dar á la naturaleza ninguna aureola, ni á lo real ningún reflejo que lo transfigure, ¿qué objeto tienen vuestras estatuas, vuestras pinturas, vuestros libros realistas? Prefiero la naturaleza, que, á lo menos, lleva en sí misma un reflejo del Criador, y más ó menos, inspira la idea de lo infinito.»

A esta magnífica protesta, el arte realista responde con la fría audacia de su espíritu de negación: mi objeto, al pintar esas sombras, es precisamente oscurecer; negar, aniquilar ese reflejo del Criador, esa aureola que tú ves en la naturaleza, y que la humanidad regenerada no debe volver á ver. Los mismos horrores de la realidad pueden inspirarte á tí algo consolador y apacible; y para que no te lo inspiren, hago la estatua, pinto el cuadro y escribo el libro de tal manera, que no haya ojos capaces de ver en el fondo de estas realidades escuetas ni un sólo destello del invisible mundo en que tú crees.

Esto replica con satánico valor el arte realista; y quien se figure que lleva otra mira en la concepción y desarrollo de sus obras, se equivoca de medio á medio.

El genio del mal no es un genio estúpido, que hace las cosas sin razón ni objeto; el estúpido, en tal caso, será el hombre que, una vez sepultado en el fango de sus pasiones, no cae en la cuenta de que acaba de ser convertido en bestia.

Del fondo de los *clubs* anarquistas salen gritos salvajes contra la propiedad, contra el matrimonio, contra la familia, contra Dios.

De las cátedras oficiales surge una especie de vapor mefítico, que embota las inteligencias de los jóvenes, cerrándoles todo camino para el conocimiento de las verdades sobrenaturales. En los Parlamentos y las Academias se proclama la independencia de la razón humana, como última conquista del progreso moral, y la absoluta libertad de negarlo todo como el más precioso y noble de los derechos concedidos al hombre por la sabia naturaleza. En las costumbres, reflejo fidelísimo de las ideas dominantes, la prostitución vestida con galas deslumbradoras, tiene numerosos cortesanos y admiradores entusiastas; la vileza, devotísimos secuaces; la venalidad y el robo, afortunados adictos. ¡Qué ha de ser el arte, sino la expresión más seductora de todas estas infamias!

¡Se habla del *arte por el arte*! No; no es siquiera el arte por el arte; es el arte del mal por el mal mismo; es la rebeldía, el crimen, el cieno presentándose con todos los atractivos de la forma, para usurpar el culto que se debe á Dios.

Un día la Revolución francesa colocó á una mujer desnuda en el altar de Nuestra Señora de París, y la adoró como al Dios de la nueva época.

El arte realista ha avanzado un poco más; ya no adora sólo á la mujer desnuda, sino á la mujer desnuda y leprosa.

II

Dícese que el arte debe arrancar de la naturaleza, y no de la idealidad del artista, para que sea arte verdadero, arte *humano* que interese por igual á todos los hombres, como expresión exacta de la realidad visible y palpable.

Pero como el naturalismo dice muchas cosas innegables en la forma, aunque falsas y corruptoras en el fondo, conviene averiguar en qué sentido es verdadera y en qué sentido falsa la afirmación que acaba de indicarse.

¡La naturaleza! ¿Es posible que nadie niegue la hermosura de la naturaleza? ¿Es posible que al entendimiento observador no le confunda y anonade el orden admirabilísimo con que todas las cosas han sido creadas, las leyes en cuya virtud nacen, viven y se desarrollan los séres, giran los orbes en el espacio, se manifiestan los fluídos, aparecen y se modifican los colores, rugen los vientos desatados, abren sus entrañas los volcanes, tiemblan los valles y las montañas á impulso de corrientes subterráneas, y se suceden unos siglos á otros y unas á otras generaciones, poblando de cadáveres la tierra que late constantemente, sin embargo, con juveniles palpitaciones de vida?

¡La naturaleza! ¿No ha de ser bella esta madre común de los mortales, si Dios se recreó en ella, y vió que *era buena* cuando la hizo, y en ella dejó reflejado algo de las harmonías infinitas que nos están reservadas en la inmortalidad futura? ¿Y no es bello el hombre, este pequeño mundo, lazo de unión de la naturaleza física y la espiritual, obra privilegiada del Criador, venero misterioso de ideas, de sentimientos, de pasiones, de grandezas y de miserias, de virtudes y rebeldías, que por sí mismo constituye el objeto preferente de los estudios del sabio y de las inspiraciones del artista?

Luego claro es que el arte no puede divorciarse de la naturaleza sin dejar de ser arte; y que entre el arte y la naturaleza debe haber relación semejante á la que hay entre el modelo y el pintor.

Solo que conviene saber cómo el verdadero artista *ve* al modelo que tiene delante, y cómo lo traslada al lienzo, al papel ó al mármol, en virtud de aquella *visión* artística, conservando siempre los tonos de la realidad.

Y en esto consiste precisamente el secreto del artista; en ver las cosas naturales de una manera distinta que los demás hombres, presentándoles á éstos, no obstante, el objeto tal como es, con todo el esplendor de su natural hermosura.

Desplégase una campiña bajo la mirada del labrador, del industrial y del poeta; verdean todo género de plantas sobre la risueña superficie del valle; agítanse blandamente las ramas de los frutales á impulso de vientecillo juguetón; corren los arroyos en caprichosos *zigs zags* por los surcos de las huertas como muchachos que se persiguen, culebreando por los desiguales senderos de un parque; cantan los pájaros alegremente en la frondosa arboleda que se agrupa á la orilla del río, para mirarse con orgullosa complacencia en sus cristalinas corrientes, mientras de los blancos caseríos salen azulados penachos de humo que se van desvaneciendo poco á poco por el espacio hasta confundirse con las ligeras nubecillas que flotan alrededor del sol, cuyos últimos resplandores tiñen de naranja y oro las altas torres de la ciudad vecina.

Este espectáculo, bello naturalmente, impresiona de distinta manera á cada uno de los personajes que le contemplan. Observa el labrador el estado de los frutos, la calidad de las tierras que los producen, la forma en que se cultivan, y la razón que se ha tenido para dar á los riegos una dirección más bien que otra.

Fíjase el industrial en el salto de agua que podría utilizarse para un molino ó para una fábrica se cualquiera, en las ganancias que tal vez obtendrían dedicando una gran parte de terreno á prado artificial, para criar ganados de fácil salida ó de reconocido provecho; y entre tanto, el poeta se siente conmovido en presencia de aquel hermosísimo cuadro, y admira en conjunto y en detalle la infinita variedad de los colores, la indefinible harmonía de los sonidos extraños que surgen del agua que corre, del vientecillo que murmura entre las hojas, de los insectos que bullen sobre los remansos de la acequia; y la fantasía del artista, elaborando, por decirlo así, aquellas impresiones, ve que la línea del horizonte se acaba, confundiendo colores, sonidos, luces, sombras, tierra y cielo, y que allí empieza la línea de lo infinito, donde parece que va á resolverse la inmensa y encantadora variedad de las cosas que ven los ojos, en una perdurable unidad que el espíritu adivina, y por la cual suspira con la triste languidez de un desterrado.

El cuadro es idéntico para todos, para el labrador, para el industrial y para el artista. Que cada uno de ellos exprese á su modo lo que están viendo, y aunque los tres describan con fidelidad el cuadro, sólo el artista, si lo es de veras, sabrá comunicar á los demás la viveza de sus impresiones, y con ellas la idea *exacta* de aquella natural hermosura; porque el artista, con su idealidad propia, ha visto en la campiña lo que pudiera llamarse el fondo de lo real, que se oculta siempre á los ojos vulgares de la multitud, cuando el artista no se lo enseña con la pluma, con la paleta ó con el cincel.

Y eso que ve el artista, ¿es verdadero ó falso? ¿es ideal ó es real? ¿Pues no ha de ser verdadero y real? Tan verdadero y tan real como lo que ven el labrador y el negociante; y la prueba es que, si la obra de arte ha correspondido exactamente á la idealidad del artista, el mundo de las almas vulgares lo aplaude con esta

frase, que es el aplauso mejor y más duradero: «Eso es. ¡Parece que se está viendo!»

De aquí se deduce, que la idealidad del artista y la naturaleza real, son indispensables para producir la obra de arte, y que, lejos de contradecirse, como pretenden muchos de los llamados naturalistas, se hermanan y se confunden en el misterioso laboratorio del genio.

El artista es el eslabón, la naturaleza la piedra; la idealidad da el golpe, y la chispa brota; es la obra del arte. Oculta estaba en el fondo de aquellos dos elementos materiales. ¿Quién la veía? Sólo aquel á quien Dios ha concedido ojos en la fantasía para ver el espíritu bello de todas las cosas; espíritu en cierto modo invisible como nuestra alma, pero como ella existente y real.

El vulgo ve hierro de una parte, piedra tosca de otra; decidle que hay allí un rayo de luz, una chispa de fuego capaz de abrasar al mundo, y se reirá con la necia burla de la ignorancia. Pero ese rayo de luz brota de repente por el esfuerzo del artista, y el vulgo deslumbrado aplaude y se maravilla, y llama *vate*, esto es, adivino ó profeta, al que hace esos prodigios con la palabra humana.

Lo mismo que con los cuadros de la naturaleza física, acontece con los fenómenos de nuestra naturaleza moral. Las luchas del entendimiento, las pasiones del corazón, los móviles que nos impulsan á obrar de una manera ó de otra, las perversidades del instinto, las grandezas de la virtud, los desfallecimientos, las aberraciones, las ridiculeces en que cae con frecuencia este sér inmortal que vive encarcelado dentro de nuestro cuerpo, son también objeto de la manifestación artística, y cabalmente de su manifestación más sublime y más difícil.

En estos fenómenos es donde el naturalismo ha hecho particular hincapié. Respecto de la naturaleza física, ha retrocedido ante el formidable argumento de la fotografía, que, siendo reproductora fiel de los objetos, es, sin embargo, no solamente menos artística, sino menos *real* que la pintura, porque no sabe dar movimiento á los séres. Pero respecto de la naturaleza moral, ha creido que presentando con vigor, con minuciosa exactitud, con detallada escrupulosidad, todo lo más hediondo que se manifiesta en las acciones humanas, había conseguido el triunfo definitivo sobre lo que se llama la escuela idealista. También en esto se equivoca de medio á medio.

Si la naturaleza no es lo que ven los ojos del vulgo, sino lo que ven los ojos privilegiados del artista, el hombre interior, el hombre moral, no es tampoco lo que se figura el grosero escudriñador de bajas y repugnantes degradaciones, sino lo que percibe y siente el artista que ve la luz de la inmortalidad reflejándose hasta en las más negras tinieblas del espíritu humano, y no olvida jamás que el hombre, como hijo de Dios, aunque caído y miserable, lleva dentro de sí un acusador constante, que le recuerda sus altos destinos cuando le echa en cara sus ignominias, y que le habla del bien y lo proclama como único fin de su vida, aun cuando parece que el mal triunfa sin resistencia.

El moderno naturalismo es en esto, como en todo, el mayor enemigo que tiene la naturalidad. Así, de igual modo que el objeto copiado servilmente de la naturaleza física, sin la íntima expresión que le presta la idealidad adivinadora del artista, es un objeto falso, el hombre retratado en los momentos más infelices de sus caídas, bajo el imperio absoluto de las pasiones y de los apetitos degradantes, es un hombre falso: tan falso como el hombre que sin lucha, sin esfuerzo, y por su propia y exclusiva virtud, aparezca reinando en las cumbres de la perfección. Ni angel, ni mónstruo, el hombre es, para el verdadero artista, aquel sér creado á imagen y semejanza de Dios, entenebrecido luego por su voluntaria culpa, alimentado con la esperanza de su redención, y enriquecido después con los dones de la nueva ley, para vivir bajo el reinado de Cristo, hombre perfectísimo y Dios Omnipotente, y eterno y acabado ejemplar de toda belleza y de todo arte.

El hombre es carne que tira hacia abajo y espíritu que tiende hacia arriba; corrupción é inmortalidad, cobardía y heroísmo, codicia y abnegación, lo pequeño y lo grande, todo en una pieza, y todo confundido en un aparente desorden, que el genio del artista sabe harmonizar para presentárnoslo con su verdadero carácter, como el pintor inteligente reproduce la fisonomía, por deforme que sea, con aquella parte de belleza intrínseca que existe necesariamente en el semblante humano.

El naturalismo, desconociendo esta verdad y pintando al hombre en una sola de sus fases, ha caído en error idéntico al que dió vida al romanticismo exagerado. La mentira del hombre siempre heróico, siempre sublime en sus acciones, siempre dispuesto á perder la vida por motivos convencionales de ordinario, ha dejado el paso libre á esta otra mentira del hombre-cieno, en quien hasta los movimientos de la virtud obedecen al impulso del cálculo ó del egoísmo. Dos mentiras iguales, más antipática ésta que la otra, que se fundan en el olvido de la naturalidad y en el menosprecio de lo *ideal real;* esto es, de la realidad invisible, tan verdadera, tan exacta, tan llena de vida como lo que hiere nuestros sentidos; más llena de vida aún, porque eso que no se ve, ni se oye, ni se toca, es cabalmente la que comunica el sér á las cosas tangibles.

¿Necesitamos decir cuáles son las consecuencias que va á traer el culto de la nueva escuela, si desgraciadamente llega á imperar en las regiones del arte? Esas consecuencias están ya tan cerca de nosotros, que desgraciadamente apenas hay esfuerzo ni resolución que basten para librarse de ellas.

El arte ha perdido su misión propia, que consiste en elevar el alma á la contemplación de lo bello, y se dirige únicamente á halagar los apetitos groseros, á ser el estimulante de las pasiones desordenadas, á enaltecer todo lo que se relaciona con la carne, prescindiendo en absoluto de cuanto se refiere al espíritu, cuya existencia ha negado en redondo.

Arte se llama todavía; mas hay razón para delatarlo como usurpador de un nombre que no merece. Quizá sea arte de artesanos, pero no de artistas. Industria vil y corruptora, se complace en dibujar las líneas más fuertes de la naturaleza bruta, en vez de aquellas líneas puras, elegantes, diáfanas, casi espirituales, del arte griego, precursor de la *idealidad real* del arte cristiano. Ya con los ropajes espléndidos de la cortesana, ya con los harapos repugnantes de la mendiga del vicio, el lodo es siempre el principio constitutivo de la obra artística del moderno naturalismo. Los sentimientos más puros del corazón, la maternidad misma, se ofrecen al espectador en la hora excepcional de la ira, del interés, del móvil grosero. ¡No se levanta ni un palmo sobre el nivel de la tierra! Así la humanidad, juzgándose peor de lo que es ella misma, llegará á aborrecerse á fuerza de haber embellecido sus degradaciones con el esplendor de la palabra, el encanto de los colores ó la harmonía de los sonidos.

Humanidad de criminales, se postrará ante su falso retrato; y perdida—¡si es posible!—toda aspiración á lo infinito, toda esperanza en el mundo de la inmortalidad, toda idea de lo invisible y de lo eterno, cantará un himno horrible, que puede resumirse en estas palabras:

¡Qué delicioso es el cieno! ¡Qué hermoso es Satanás!

VALENTÍN GÓMEZ.

GRABADOS

Suplicio de Juana de Arco (Pág. 129).

¿Quién no conoce el nombre de la interesante doncella de Orleans que con tanto entusiasmo y valentía defendió aquella plaza?

La valerosa joven, inspirada por Dios, dejó el cayado por la lanza, venció á Tallot en Patay y condujo á Carlos VI á Reims, donde le hizo consagrar. Cayó prisionera en Compiegne en 1430, y fué llevada de cárcel en cárcel hasta Ruan. Tras una causa irregular, y tras inusitados procedimientos, fué quemada viva, como bruja, en 1431.

Despues de las carreras.—(Pág. 133).

El Hipódromo de Madrid, construído en tiempo de D. Alfonso XII, para festejar sus bodas con la Reina Mercedes, siendo ministro de Fomento el Sr. Conde de Toreno, es un inmenso espacio de terreno descubierto con tribunas regularmente edificadas y una elegante verja de entrada. Delante de esta verja se levanta el precioso grupo escultórico, formado por las efigies de Doña Isabel la Católica, el Cardenal Mendoza y Gonzalo de Córdoba. Es de los más bellos monumentos que hay en Madrid, y quizás en toda España. Por delante de este monumento tiene lugar el desfile después de las carreras, escena de que dá idea nuestro grabado.

D. Juan Valera (Pág. 136).

El P. Blanco, en su obra *La literatura española en el siglo XIX*, consagra al Sr. Valera un largo estudio que con gusto transcribiríamos. En la imposibilidad de hacerlo por falta de espacio, nos contentamos con copiar la nota biográfica, insertada en dicha obra, página 477.

D. Juan Valera nació en Cabra (Córdoba), el año 1827, de noble familia, que le proporcionó una educación digna de su cuna.

En las novelas del autor, y señaladamente en *Pepita Jiménez* y *Las ilusiones del doctor Faustino*, hay escenas inspiradas en los recuerdos de su país natal y sus primeros años. En Málaga hizo los estudios elementales, que perfeccionó en el Sacro Monte de Granada. Dedicado en un principio á la carrera del foro, siguió luego la diplomática, y acompañó al duque de Rivas, siendo éste Embajador de España en Nápoles, á la vez que depuraba su gusto artístico con el conocimiento de los clásicos, griegos, latinos é italianos. La residencia en Lisboa, Río Janeiro, Dresde y San Petersburgo, hizo de Valera un apreciador inteligente de las literaturas modernas más desconocidas, sin que este cosmopolitismo perjudicase al absoluto dominio de la inglesa, la francesa y la española. De vuelta á Madrid, tras breve lapso de tiempo, formó parte de la redacción de *El Contemporáneo*, (1859) periódico de ideas muy liberales, pero que indirectamente servía á los intereses del moderantismo. Pasándose á las filas de la unión liberal, fué enviado en 1866, por el Gabinete O'Donnell á Francfort, en calidad de Ministro plenipotenciario. Adherido al levantamiento de 1868, nombrado Director de Instrucción pública y miembro de la Comisión encargada de ofrecer á D. Amadeo la corona de España, Valera aceptó más tarde la legalidad alfonsina dentro del partido liberal, y ha sido Embajador en Lisboa, Washington y Bruselas. Ni las vicisitudes políticas, ni el cansancio de una edad avanzada, ni la posesión segura de un renombre alto y universalmente considerado, bastan á rendir la actividad de Valera, tan fecunda hoy como en sus años juveniles, de los que también conserva íntegras la vivacidad, la gracia cultísima y el desenfado. Las novelas de Valera están reunidas en tres volúmenes de la *Colección de escritores castellanos*. (Madrid 1888-1890).

DESPUÉS DE LAS CARRERAS

Florera.—(Pág. 137).

Hermoso cuadro, estudio de figura.

Monserrat.—(Pág. 141).

En el último número publicamos la explicación de dos grabados: Monserrat y Nuestra Señora del Pui, en Francia; se insertó éste último, aunque por una errata de imprenta se le puso el título de Monserrat.

Hoy damos éste.

ANTONIO DE OLMEDO.

Llovida del cielo.

NADA, no le servían de nada ni halagos ni caricias; la chicuela lloraba amargamente con un sollozar tristísimo, y con su media lengua de niña pedía pan entre el hipo que le producían sus lágrimas. La pobre mujer no sabía qué partido tomar para acallar á la pequeña; la tomó en sus brazos con infinita ternura de madre, la llenó el rostro de besos, la canturreó unas de esas melopeas que entornan los párpados á los chicos y les hunden en el sueño, y por fin trató de distraerla con los coches que pasaban reflejando el sol en sus cajas lustrosas y resbalando en los rayos rojos de las ruedas que giraban con vertiginosa rapidez. Pero todo en vano; la criaturita no paraba mientes en cosa alguna, y con la tenaz insistencia de la infancia, aferrada á su idea y acaso hostigada por la necesidad, seguía gritando con desconsuelo: ¡Pan.... pan.... yo quelo pan!..

La madre, desesperada, sin alientos, renunció al cabo á convencer á su hija. ¡Qué horrible tortura!.. Se registró con cuidado el bolsillo, aunque sabía de sobra que era inútil; ni un céntimo. Hay días crueles; toda la mañana se la había pasado pegada al edificio, recostada en el muro, demandando una limosna con voz doliente, expuesta á que se la llevara á la prevención el municipal de punto, sufriendo el abofeteo del zarzagán que soplaba heladísimo, y después de cuatro horas resultaba que no había pasado por aquella calle nadie que tuviera corazón.

Y en esto la niña, sin cansarse de llorar, sentadita en la acera, envuelta en sus trapajos, reclinada en el regazo de su madre, desolada, encendida toda por el sofocón, continuaba murmurando, aunque con voz más débil: ¡Pan..., quelo pan!..

De pronto, allá arriba, como á la altura del piso tercero, sonó un chirriar estridente de fallebas, y dando volteretas por el aire cayó hasta chocar en los cantos un objeto informe, que produjo un ruido seco de cartón al abrirse. Aquel golpazo inesperado sorprendió á la mendiga y á su chicuela; casualmente el objeto había venido á parar casi á sus pies; la mocita, á través de sus lágrimas, miró el pingo precipitado desde arriba, y la madre, con el instinto de ave de rapiña de todo pobre, se abalanzó de un salto sobre él y lo cogió.

El objeto caído era una muñeca desconchavada y sucia, burdamente trabajada en cartón, pintada de blanco y trocado por el uso en un puro tizo; el juguete nunca debió de ser bello; ahora presentaba un aspecto asqueroso y horrible; le faltaba una pierna, tenía otra partida por el muslo, carecía de brazos y de ojos, y en el golpe habíase quedado sin narices y se le había abierto en dos pedazos el cráneo: tan mugroso se hallaba el juguete, que parecía atacado de sarna.

Pero á la pobre se le antojó de perlas; agarró con ansia el juguete, le examinó llena de júbilo, y entregándoselo á la niña la dijo con deleite, llena el alma del resplandor celeste que ilumina el espíritu de las madres al brindar la dicha á los hijos por propia mano:

—¡Mira, mira qué muñeca!.. ¡Es para tí!

La niña calló súbitamente, se le secaron por sí solas las lágrimas, abrazó con ternura á la muñeca estrechándola contra su pecho, se sonrió y dejó de pedir pan, olvidada en absoluto de que tenía hambre.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

Nueva Historia de la Pasión de Jesucristo.

(Continuación).

CIENTÍFICAMENTE considerada la *Historia de la Pasión de Jesucristo* por el señor Mir, es, por consiguiente, un acabado estudio arqueológico de la Judea en el siglo I de nuestra era. No hay pormenor geográfico, histórico ó social que más ó menos esté relacionado con el drama de la Pasión, que no haya sido estudiado por el Sr. Mir en sus primeras y más autorizadas fuentes de conocimiento.

Y como éstas son relativamente copiosas, y los adelantos modernos facilitan el modo de interpretarlas con rectitud, puede afirmarse que la Judea del siglo I nos es perfectamente presentada en su topografía, historia, costumbres, ciencias y letras, sectas que dividían y enemistaban á sus hombres, pasiones que los movían y

agitaban; la fisonomía moral y material, en suma, de aquel pueblo en que quiso Jesucristo aparecer, vivir y sufrir para redimir y salvar á la humanidad entera.

Pero el Sr. Mir no es sólo un arqueólogo especulativo ó puramente científico; es un artista de la palabra, y sus estudios son, por lo tanto, la base para escribir la historia al modo artístico, como la escribieron Tierry y Macaulay, cuyas obras, más que relatos, son resurrecciones de las sociedades pasadas. Resurrección de la sociedad israelita en el siglo I es la *Historia de la Pasión*, por el P. Mir; el cual, como un mago con su varita de virtudes, evoca de las sombras de los tiempos antiguos los edificios, las ciudades y los hombres; y hombres, edificios y ciudades parece que vuelven á existir, y se ve á los unos y las otras con claridad, y se oye hablar á los doctores, á los Sacerdotes, á los sectarios y á las sencillas gentes del pueblo, y se desarrollan ante nuestros ojos en toda su magnificencia el templo de Jerusalén y el palacio de Herodes, y parece que anda uno por las estrechas, tortuosas y empinadas callejas de Sión y por sus pintorescos alrededores y cercanías. Para conocer todo esto y explicarlo, basta la ciencia; pero para *vivirlo*, como decimos en el caló corriente, esto es, para sentirlo y hacerlo sentir, se requiere algo más que ciencia; se necesita arte, un arte supremo de historiador, del que pocos tienen el secreto, y en el que se revela en su *Historia de la Pasión* el Sr. Mir maestro maravilloso.

Empieza el Sr. Mir su *Historia* procurando pintar con los más bellos y suaves colores de su paleta la figura celestial de Jesucristo sobre la tierra; y decimos procurando pintar, y no pintando, porque Jesucristo es personaje que no puede ser retratado por mano de hombre. Cada historiador y cada artista ha representado esa divina figura del modo que la ha concebido; esto es, poniendo en ella todas las perfecciones que ha podido imaginar su fantasía; de aquí la diversidad de retratos del Salvador, todos relativamente ciertos, ninguno absolutamente verdadero. El retrato á pluma trazado por el Sr. Mir se parece al que pintó Juan de Juanes, y que es una de las preciadas maravillas de nuestro Museo del Prado. La misma suavidad en los tonos; idéntica dulzura en la expresión del rostro; el propio fondo áureo sobre el que campea, no erguida y altanera, sino ligeramente inclinada hacia un hombro, en actitud humildísima, la hermosa cabeza; todo ese indefinible conjunto, en suma, de bondad, de mansedumbre y de paciencia que fascina y deslumbra, como una luz del Paraíso, en la imagen pintada por el excelso artista valenciano, fascina y deslumbra también en el retrato del Salvador que nos presenta el Sr. Mir en las primeras páginas de su obra. Y como Juanes, es el Sr. Mir muy sobrio; la figura del Redentor, aunque á plena luz, queda siempre rodeada de un nimbo de misterio que la hace más venerable, y, si vale la frase, verdaderamente divina.

Después de habernos así pintado al personaje principal ó protagonista de su *Historia*, entra el autor á describir el estado político y social de la nación judía en el tiempo en que se desenvolvieron los grandes sucesos que nos va á contar. No podía ser más aflictiva la situación del país judáico; pesaba sobre él como una losa de plomo la dominación romana, y dividían los ánimos de sus habitantes las facciones religiosas de saduceos, fariseos y herodianos, estando además corroídas las costumbres por la hipocresía, el egoísmo colectivo é individual, la venalidad de jueces y magistrados y todo género de maldades y vicios.

Narra después el Sr. Mir los principios de la persecución contra Jesús, haciéndolos arrancar de la enemiga cruel que le profesaban fariseos y saduceos, por motivos diferentes cada una de las sectas. Y describe también los caractéres morales de los Apóstoles del Salvador, descollando extraordinariamente los retratos de San Pedro y de Judas Iscariote, el discípulo que Jesucristo dejó por su Vicario en la tierra, y el que vendió á su Maestro por treinta miserables monedas. El Sr. Mir penetra valientemente en las sombras que envolvieron el alma de Judas, y traza con vigor digno de Rivera la oscura silueta del traidor, sin amontonar sobre ella arbitrarios horrores y sombras inventadas, como suelen hacer los que no saben pintar sino exagerando los tonos; el Sr. Mir se contenta con la cantidad de tinieblas que le proporciona la historia; así resulta Judas lo que fué realmente: no un demonio, sino un hombre malvado, al que sus pasiones, no reprimidas á tiempo, arrastraron á la sima de la infamia.

El viaje de Jesús desde Betania á Jerusalén, y su entrada triunfal en la capital citada, es un maravilloso cuadro descriptivo, de lo mejor que se ha escrito en idioma castellano. No inferior es la comida del Cordero pascual, y la institución de la Eucaristía, en la que el señor Mir ha prescindido con fino instinto de artista de toda pompa de estilo, narrando tan grandes sucesos con la sublime sencillez á propósito para que resalten los sublimes hechos que se cuentan. El proceso de Jesús, los caractéres de Caifás, Anás y Pilato, la flagelación y coronación de espinas, la negación de San Pedro, la calle de la Amargura y la Crucifixión, son otras tantas partes de esta historia, realmente admirables todas ellas, y más admirables cuando se las mira y considera en su prodigioso conjunto.

Una magnífica descripción del amanecer de la mañana de Resurrección, que por desgracia no está coronada por la de la poética visita de las santas mujeres y de los discípulos al Santo Sepulcro, cierra las páginas de este libro sin par, que concluye con algunas consideraciones histórico-religiosas acerca de los frutos de la Pasión de Cristo, y con un texto muy bien escogido del Apocalissis de San Juan.

La composición de la obra es sólida y bien trabada. Quizás hubiera sido preferible adoptar una división más menuda de capítulos y párrafos, porque los lectores modernos suelen asustarse ante los capítulos demasiado extensos, y gustan de los descansos multiplicados. Así proceden los franceses, maestros en el arte de hacer libros.

Del estilo no hay que hablar, siendo del señor Mir.

Para terminar este artículo diremos, que toda la prensa ha tratado con el debido elogio de la *Historia de la Pasión de Jesucristo*, por el Sr. Mir. *El Liberal* publicó en primera plana, el último Viernes Santo, uno de sus más hermosos capítulos. A La Ilustración Católica cabe la gloria de haber publicado casi todos los capítulos de la *Historia de la Pasión* durante el año pasado. El Sr. Villegas en *La Época*, el Sr. Hinojosa en *La Unión Católica*, el P. Restituto del Valle en *La Ciudad de Dios*, y otros muchos críticos de valer y reputación reconocidos, han tributado al P. Mir los elogios que merece su sólido y artístico trabajo.

A. Salcedo.

Nuestro arte religioso

XXVI

(Siguen las conclusiones)

Se ha perdido, por desgracia, entre nosotros el arte del *rejero*, trabajador en hierro caliente, que fabricaba aquellas magníficas verjas góticas y de estilo del Renacimiento, que admiramos, no sólo en las catedrales y otras iglesias, sino en muchas moradas señoriales. Disponemos, sin embargo, de más facilidades que aquellos artífices para hacer en menos tiempo, y no con tanta fatiga, trabajos semejantes; lo que nos falta en esto, como en todo, son artistas que tengan idea. Es indudable que los trabajos modernos de rejería en hierro son desgraciadísimos y de pacotilla, mezclado en ellos el antimonio fundido para simular los efectos del trabajo á torno, y sujeto el plan de la obra toda á figurines de álbum venidos del extranjero.

No soy partidario, ni creo que lo sea ya nadie, de esas enormes verjas que, como la de Toledo, cierran la capilla mayor de las catedrales y de otras iglesias, é impiden ver claramente lo que hacen en el altar Sacerdotes que parecen encerrados en una jaula; tampoco juzgo necesarias esas mismas rejas, ó al menos tan grandes, en las capillas, y pienso que no debe prodigarse mucho esta clase de obras en el templo; pero sí debiéramos hacer que las pocas que tienen de rigor en capillas, ventanas bajas, atrios, jardines y claustros, pozos, balcones ó antepechos, fuesen construídas á la manera antigua y bajo la dirección del arquitecto cuidadoso en darles el carácter conveniente al estilo del templo. Buenos modelos no habían de faltar en España.

Donde podrían también lucir su inventiva los artistas, sería en la factura de candeleros grandes de hierro para túmulos funerarios. Los antiguos nos dejaron preciosos modelos, que podrían ser imitados con éxito, y así tendríamos en las iglesias los mejores y más propios ambleos para oficios de difuntos.

Acerca de los balaustres que cierran la capilla mayor, ó separan en las menores el espacio destinado al Sacerdote que oficia, y las que rodean los altares y otros sitios, sólo debe establecerse que sean ajustadas á estilo arquitectónico, sin faltar en lo más mínimo á las proporciones usuales en cada orden. Nada de caprichos, que todos son peores que los dibujos correctos; y nada de obra de balconaje ó rejería en materia de barandillas, pues tales atrevimientos y rutinas producen desastrosos efectos antiestéticos y no menos punibles anacronismos.

Se acabaron también aquellas hermosas pilas bautismales de mármoles preciosos, que hacían los antiguos, y es necsario restaurar tan laudable uso, y desterrar esas raquíticas tazas de piedra blanca inferior, ó de alabastro, y hasta de cemento, que por unos cuantos duros hacen á su capricho, sin guía alguna técnica superior, los ignorantes marmolistas de nuestros días. La pila bautismal debe ser grande y bella, situada, sobre gradas de mármol, en el centro de una capilla exclusivamente destinada á baptisterio.

Es conveniente horadarlas por su fondo, en comunicación con el conducto que debe atravesar su pie para llevar las aguas á la *piscina*; un obturador bien hecho interceptaría este conducto reteniendo en la pila el agua necesaria. Nada más ridículo que el uso de esas especies de cazuelas de piedra que suelen poner algunos en el centro de las pilas grandes, como si quisieran dar á entender que éstas son inútiles. El dibujo ha de ser en lo posible del mismo orden que la capilla bautismal, aunque no es tan de rigor esta conformidad; pues hay mil ejemplos de hermosas pilas de estilo romano ó griego que no hacen mal en capillas góticas ó bizantinas. No es necesario que tengan cubierta.

En cuanto á las pilas de agua bendita, sólo habría que mandar que fuesen grandes, de piedra, y colocadas á poca altura, para que los niños alcanzasen á ellas, y todo el mundo pudiera ver su contenido. Sería bueno cuidarse de ponerlas donde no hiciesen estorbo ó fuesen un peligro, y no estaría mal horadarlas, como se ha dicho de las bautismales, para su más fácil y perfecta limpieza.

Los *vía crucis* modernos son verdaderamente dignos de reprobación. Constan unos de estampas en negro con su cristal y marco, lo mismo que los cuadros de las casas particulares; otros de cromos chicos ó grandes, todos ellos

malos, como no pueden menos de ser; y por fin, en estos últimos años hemos dado en traer del extranjero *vía crucis* en relieve ¡de barro cocido! pintado de colorines al mate ó imitando á bronce, etc. Obras execrables sobre toda ponderación, que bien tengan pretensiones de góticas, bien de pertenecer al Renacimiento, colocamos indistintamente en cualquier iglesia, sin reparar en cuál sea su fisonomía artística. Valiera más poner solamente unas cruces de madera; pues la verdad es que el devoto no mira, y aunque tal haga no ve las chafarrinadas estampas ó relieves que allí le pone la necedad de los amuebladores modernos embaucados por los negociantes franceses.

El mejor *vía crucis* para una iglesia sería el que constase de relieves en piedra, hechas sobre el mismo muro, ó bien adosados á él, y con una pequeña cruz encima de cada cuadro. Si no es esto, la pintura en tabla ó lienzo es lo que puede servir; pero téngase presente que las figuras deben ser muy visibles, y pocas, los adornos muy sóbrios y severos, y mejor sería que no los hubiera, y en los marcos, cruces y arandelas (una ó dos á lo más ante cada cuadro) campee siempre el estilo de la nave en que está el *vía crucis*.

Si el templo está consagrado y ostenta las doce cruces encarnadas de ritual, es necesario arreglar las cosas de modo que no se note mucho la diferencia entre ellas y las catorce de la vía sacra: lo mejor fuera colocar esta en otro lugar, por ejemplo, si las doce cruces ocupan, como es de rigor, las pilastras en la pared de las naves laterales, los cuadros de la vía sacra pueden estar en las de enfrente, y si es indispensable que todo vaya junto, póngase primero la cruz encarnada de la consagración, encima de ésta la arandela, y sobre ella el medallón sin otra cruz alguna; pero cuidando que dos de las estaciones se hallen en sitio propicio, y de manera que en ellas no se note mucho la falta de dicho signo rojo, y la presencia en cambio de otra cruz sencilla y pequeña puesta sobre el cuadro ó medallón.

Mucho se abusa hoy de las vidrieras de colores, tan olvidadas aún no hace treinta años, y no se tiene en cuenta que no convienen indistintamente á todas las construcciones. Deben los arquitectos cuidar de que las vidrieras con figuras y adornos góticos figuren sólo en iglesias de este estilo, y lo mismo las bizantinas y del Renacimiento; pero si el recinto es de cualquiera de los cinco órdenes, no admite vidrieras con figuras, sino adornadas con dibujos sencillos y de pocos colores, y éstos bajos y bien combinados, á la manera siempre de trazados de pavimento ú otros análogos á estos.

En su defecto, es preferible la simple vidriera clara y trasparente ó la moderna de cristal mate ó esmerilado, que tiene la ventaja de no dar paso al rayo solar, pero sí á una luz muy blanca é igual. Este cristal pudiera servir también allí donde en la antigüedad bizantina y en el estilo románico sirvieron en vez de vidrio las piedras trasparentes. El cristal de color esmerilado sería muy conveniente en toda clase de vidrieras, por su propiedad de no dejar que penetre el rayo solar. Lo tocante al dibujo y composición pictórica de las vidrieras góticas ó bizantinas, etc., será tratado cuando llegue su turno á la imaginería. Es ridículo y exageradamente modernista, sin perdón posible, el uso de los cristales con dibujos mate al ácido, ó como los hagan, y el de los acanalados ú otros semejantes que vemos en los cafés, tabernas y otros lugares profanos; y que parece imposible haya quien desconozca lo que es una iglesia ó convento, hasta el extremo de colocar en esos sitios tales profanidades.

Creen hoy todos los inteligentes que una iglesia grande y de cierta importancia, más si es la única de la localidad, necesita un reloj de torre. Las razones en que se apoyan son muy obvias para que tengan cabida aquí; basta advertir que hoy sería muy difícil y caro conseguir una construcción especial; y en la mayoría de los casos hay que contentarse con relojes de fábrica, y sólo se puede exigir algunas condiciones, á saber: que tenga cuerda para ocho días, péndola corta y poco peso en el tiro del movimiento; que la *sonería* no sea de una sola campana de horas y medias nada más, sino de dos cuando menos; una para los cuartos, otra, la mayor, para las horas; que no dé las campanadas de prisa (las campanas del reloj no debieran servir más que para dar las horas), y que la muestra sea blanca con cifras romanas, negras, sencillas, sin adorno y muy claras, por lo bien proporcionadas, cosa más rara y dificultosa de lo que parece. Las materias más á propósito para la muestra son: el mármol, la porcelana ó el cristal; no el hierro, zinc, madera, plomo ú otras, que pronto se descoloran y estropean. Es afectado prurito arqueológico poner las cifras del reloj con números arábigos ó caracteres góticos, ó bien sustituir á las letras numéricas palabras que formen un nombre, etc.

Los relojes de gran sonería, repetición, cuartos armónicos ó *en arpegio;* las muestras iluminadas y repetidas en las cuatro ó más fachadas de la torre, y la indicación en el cuadrante de las fases de la luna, los días del mes y la semana, etc., son perfeccionamientos muy aceptables que no desdicen de la seriedad dominante en todo lo sagrado; no así los *papamoscas* y demás grotescos, las figuras que hieren con martillos las campanas, y otras que salen al dar las horas y mueven la cabeza ó hacen otras monerías; juegos de mecánica ingeniosos que, si estuvieron muy en boga durante la Edad Media, ahora, sobre resultar muy caros de hacer y de conservar, no nos parecen propios del lugar sagrado; el instinto de lo jocoso y extraño se nos va hoy por otros conductos.

Carillón es un conjunto de campanas dispuestas musicalmente, de modo que por un mecanismo de cilindro, unido al reloj, puedan ejecutar automáticamente piezas distintas al dar la hora, ó bien, por medio de una especie de teclado, sea el hombre quien las haga sonar á su capricho como un piano gigantesco. Es invención nacida á la sombra de la Iglesia medio-eval, y poco generalizada por desgracia en España, donde todos la veríamos con gusto, si bien no deja de ser dispendiosa. Dicen muchos, y yo con ellos, que este campanario musical, unido ó no al reloj, no debe servir para los toques litúrgicos, objeto de otro campanario cuyas piezas deben estar dispuestas para ser volteadas, que es la manera de que suenen mejor y más alegremente, y de poder con ellas producir muy diversas combinaciones conocidas del pueblo, y que correspondan á los diferentes actos del culto.

Hoy no tienen muchos partidarios esos campanones enormes, tan caros y pesados como difíciles de manejar, y que necesariamente han de estar en el centro de las torres, donde su sonido se apaga mucho. Es, sin duda, preferible una colección de tres, cuatro á once campanas (según la torre), desde las pequeñas á las grandes; pero no tanto que la mayor llegue á 80 quintales (320 arrobas), y ya es casi imposible voltearla. Deben estar dispuestas musicalmente por terceras, mayores y menores, que son los intervalos más agradables al oído; pues en un campanario así dispuesto resultan con el toque de cinco vasos, no sólo terceras, sino quintas y octavas, etc. Sería bueno unificar los toques en toda una comarca. El carillón podría alternar muy bonitamente con el campanario litúrgico, y servir el reloj, pero nada más.

El reloj de sol no puede ser ya más que un adorno arqueológico; pero no hay por qué prohibirlo. Si hay reloj en el interior del templo, no debe tener campanas.

En algunas diócesis tiene uso para anunciar el comienzo de los oficios y la elevación del Sacramento en la Misa conventual una rueda con campanillas colocada junto á la sacristía ó la capilla mayor. Pase la antigua costumbre; pero debiera cuidarse que las campanillas fueran pocas, no muy chillonas, y armonizadas; si, además, la rueda no diera muchas vueltas cuando fuese costumbre hacerla sonar, sería tolerable su uso... allí donde ya el pueblo está habituado á sufrirlo.

José Ferrándiz.

Los misterios de la astronomía

(Conclusión).

Pero veamos si hay también enigmas en el más observado de todos los astros, el Sol, á cuyo estudio han dedicado algunos sabios toda su vida, y todos los astrónomos los mejores capítulos de sus obras.

Puede decirse que aquí se agotaron los recursos de la ciencia; el hombre destiló los mejores productos de su entendimiento, y de todos los puntos de la tierra, morada del sér inteligente, se alzaron desde los tiempos primitivos todos los Observatorios para saber quién es el astro á quien debemos en el orden natural todas las actividades, todos los movimientos, todas las energías, el centro de las atracciones planetarias, el que distribuye las estaciones en el año, el que separa el día de la noche, el que sazona los frutos de la tierra y colora las flores del campo; el que levanta las aguas del Océano y las deja caer en lluvia benéfica; el que agita las brisas del mar y los huracanes del desierto; el que hace circular la vida en los séres orgánicos; el que almacenado en las minas de carbón es el primer alimento de todas las industrias y el motor indispensable de las máquinas.

Intentaron con noble afán los astrónomos medir hasta la temperatura del Sol, es decir, la temperatura que tendría un cuerpo colocado en la superficie del globo solar.

Veamos cuáles han sido los resultados de sus investigaciones.

Newton, que inició esta clase de observaciones, dijo que dicha temperatura es de 1.663,300° centígrados; Waterston hizo ascender esta cifra hasta diez millones de grados.

Zollern, partiendo en sus cálculos de la velocidad con que brotan los gases que forman las protuberancias solares, asigna á aquellos la temperatura de 67.000 ó 76.000.

Los astrónomos franceses dicen que oscila el calor solar entre 2.000 y 3.000°

Ficeau presume que puede representarse por el doble ó algo más de la temperatura del arco voltáico; Sainte Claire Deville cree que alcanza sólo á la de disociación de las sustancias químicas; y por último, el P. Secchi, afirma que asciende á cinco millones de grados.

Este mismo astrónomo dice que la divergencia de los cálculos referentes á esta materia no puede ser mayor.

Y en cuanto al calor que irradia el sol, escribe el P. Secchi, también en su renombrada obra *Le soleil*, lo siguiente: «Nos es imposible, no conociendo los materiales constitutivos del gran astro, señalar su capacidad calorífica.» (1). Inútil es, por consiguiente, preguntar á los sabios cuál es el calor del Sol.

En cuanto á la constitución física del Sol es un verdadero problema, cuya solución todavía no se ha encontrado.

***

«En el estado actual de la Astronomía no se pueden hacer más que hipótesis más ó menos probables, pero siempre incompletas acerca de tan importantísimo asunto,» dice Garcet. (2).

Y para convencernos de cuánta verdad encierran estas pocas palabras, nos bastará pedir

(1) «*Le soleil*,» t. II, pág. 276.
(2) *Cosmographie*, pág. 126.

D. JUAN VALERA

opinión á unos cuantos científicos eminentes.

La primera hipótesis para explicar la constitución física del Sol, es debida á Wilson, y fué desarrollada por Herschel y Arago. Según ella, el Sol se compone de un núcleo oscuro, cubierto de una atmósfera gaseosa é incandescente (foto-esfera), presa de violentas conmociones, en las cuales buscaba Wilson el origen de las manchas solares. Las penumbras serían, según esas ideas, paredes inclinadas de las manchas, y las *fáculas* estarían formadas por materia luminosa proyectada sobre los bordes.

Arago advirtió que el núcleo era negro, frío y sólido.

El moderno astrónomo Faye supone al Sol todo gaseoso desde el centro hasta la última capa de la periferia. Cree que el centro se halla á una elevadísima temperatura, á la cual todas las sustancias químicas sufren una disociación violenta, sin que sea posible una combinación estable.

Pero, siguiendo la marcha natural, supone Faye que, por efecto de la radiación, esa temperatura va disminuyendo á medida que se aleja del núcleo; ya empiezan á hacerse posibles las combinaciones, y al efectuarse éstas despréndense vapores en forma de nubes, descienden, y al tocar otra vez en las regiones de más calor se disocian de nuevo, y así se establece un círculo de acciones químico-caloríficas, que son bastantes, según la opinión de Faye, para alimentar y conservar la temperatura del Sol.

Más racional y amoldada á los descubrimientos modernos parece la hipótesis de Faye que la de Wilson; pero aún nos falta examinar la del P. Secchi, que en esta clase de conocimientos es tenido como el más autorizado de todos los astrónomos modernos.

Hállase, según él, constituído el Sol por un globo inmenso de materia fluída incandescente, cubierto de la foto-esfera, y sobre ésta una atmósfera cuya parte inferior es la cromo-esfera. Está todo el sol presa de violentísimas conmociones, que en volcanes enormes levantan la materia eruptiva en lenguas de fuego de más de 700.000 kilómetros de altura; y esta masa, al caer nuevamente, se deposita en la foto-esfera formando las manchas ó cavidades oscuras.

Las regiones elevadas sobre el nivel ordinario, y dotadas de gran brillo debido á su temperatura, constituirían las fáculas que se observan al estudiar el Sol.

Estas son, en poquísimas palabras, las tres hipótesis principales que se han presentado en la ciencia pretendiendo explicar la constitución física del sol. Como hemos visto, las tres son distintas; sus autores citan experimentos y observaciones, cada uno en apoyo de su idea.

¿Quién tiene razón? ¿Es verdadera alguna?

Hasta ahora no han pasado de la categoría de hipótesis.

Y como de la idea que se tenga de la constitución física solar dependen las explicaciones de casi todos los fenómenos solares, resulta que siendo varias las hipótesis que tratan de dar razón de aquélla, sean también varias y aun opuestas las opiniones acerca de éstos.

Fijémonos en uno de los más importantes: la conservación del calor solar á través de los siglos.

Según cálculos dignos de crédito, el sol pierde al cabo de un año, y por efecto de la radiación, unas 429.552.000.000 calorías, y á pesar de esto no se ha notado disminnución sensible en la temperatura del astro central.

El P. Sechchi atribuye esta permanencia de temperatura á la condensación continua del astro, por virtud de la cual debía disminuir su volumen, y además á los cambios en la materia solar, conforme á la hipótesis que antes indicamos.

Faye, como también dijimos, cree que es debida dicha conservación de calor al tránsito de las materias disociadas al estado de combinación.

Mayer, Waterston y Thomson inventaron la célebre hipótesis de la caída de aereolitos. Según ellos, la atracción solar da por resultado que multitud de aereolitos caen, como gigantesca nevada, sobre la superficie del sol, produciendo como consecuencia del choque un desarrollo enorme de calor que, según los autores de esta hipótesis, es suficiente para sostener invariable la temperatura, á pesar de todas las radiaciones que tienden á disminuirla.

Algún autor supone tambien, y esta nueva idea ha llegado á encontrar bastantes defensores, y muy notables ciertamente, que acaso debidas á las reacciones químicas que se desarrollan sin cesar en la masa solar, ó á las diferencias técnicas en diferentes regiones del sol, se producen corrientes eléctricas cuya energía es, á juicio de los inventores de esta hipótesis, bastante para sostener la temperatura, y explicar la conservación del calor solar.

Pero, como anteriormente hemos dicho, no habiendo ideas fijas acerca de la constitución física del sol, y siendo tan distintas las opiniones acerca del estado de la masa del gran astro, claro está que no es posible que se entiendan los astrónomos en cualquier punto que con tan capital cuestión se relacione.

Así, pues, puede decirse que la ciencia, hasta hoy, en la imposibilidad de dar solución á talea problemas, deja á cada cual que siga la hipótesis que mejor se acomode á sus aficiones ó estudios.

Unicamente se rechaza á primera vista ls hipótesis de la condensación continua, porque de ser cierto debía disminuir el diámetro solar 1'' cada 18.000 años, según los cálculos hechos por Hall; y tampoco puede admitirse, á poco que se analice, la hipótesis de la caída constante de aereolitos sobre la superficie del sol, porque necesariamente esa masa había de aumentar el diámetro aparente que es sensiblemente invariable, y además se había de enfriar el sol por el contacto de esas materias frías en cuya calefacción se empleaba el calor solar.

Estamos, por lo tanto, en libertad de creer que inmensos fogoneros atizan constantemente para avivar la lumbre en la gran hoguera que arde en las entrañas de nuestro sol.

Al fin y al cabo esta idea tan disparatada se ría tan solo una hipótesis más.

Y pasemos á otro asunto.

***

A lo largo del Zodiaco en tardes claras, cuando ha desaparecido ya el sol en el horizonte y hay solo la claridad del crepúsculo vespertino, ó antes del amanecer en el crepúsculo matutino, percíbese un resplandor que en forma de lanza luminosa ilumina parte del cielo. Esa luz puede verse con más facilidad en los meses de Febrero y Marzo, ó en Septiembre y Octubre; siendo permanente, y pudiendo observarse todo el año en las regiones próximas al ecuador terrestre, y variando su intensidad con la posición de la eclíptica respecto al horizonte.

Pues bien, esa luz se llama luz zodiacal, y es otro misterio para la ciencia.

Dicen unos que depende de la atmósfera solar; es decir, que viene á ser como una ramificación de dicha atmósfera, en cuyo caso sería de la misma naturaleza que la *corona* que se observa en los eclipses.

Esta hipótesis parece racional; pero pregunta el P. Sechchi: ¿por qué no vemos la luz zodiacal durante los eclipses, como vemos la *corona*, siendo ambas de igual procedencia?

Creen otros que es debida á la materia meteórica ó materia cometaria que se dirige hácia el sol; y el insigne Roche opina que es producida por restos de la primitiva nebulosa, sin que hasta ahora se haya encontrado una expli-

LA FLORERA

cación que satisfaga á los hombres deciencia, y sea admitida como indudable.

Pero ¿qué más? No hay conformidad entre los sábios ni siquiera acerca del astro más próximo á nosotros, del que mejor que otro alguno puede ser sometido á toda clase de observaciones astronómicas nuestro satélite, la luna.

Como sabéis, señores académicos, ese satélite gira alrededor de la tierra con tal movimiento que siempre presenta á nuestra vista el mismo hemisferio, la misma mitad, sin que sea posible observar la otra parte. Esto es elemental en la Astronomía.

Y aquí empiezan las divergencias de los sabios, al pretender estudiar la parte invisible.

Hay astrónomos, y notables, que niegan que la luna sea redonda, y afirman que la mitad que no vemos no es hemisferio, sino de forma elíptica, y por consiguiente la luna entera no es redonda, sino parecida á una bellota.

Y se fundan para esta creencia en igual tiempo que emplea la rotación y revolución que ejecuta en 29, 35 días, y en realidad, así puede explicarse este fenómeno tan particular.

Resulta, pues, que de esa mitad desconocida de nuestro cercano satélite, podemos imaginar todas las fantasías que Julio Verne describe en su conocida novela, ó todos los disparates que Flammarión deja correr en sus mezclas raras de poesía y de ciencia.

Pero, señores académicos, de pequeñeces podríamos calificar á todas las incógnitas que, como acabamos de ver, tanto abundan en la Astronomía, si existiera una verdadera teoría, aceptada y demostrada que nos explicase con toda claridad la formación del Universo, fundamento de los conocimientos astronómicos.

Las célebres hipótesis de Heischel para explicar el origen de las nebulosas, y Laplace la de las estrellas, planetas, y cometas, han reinado en el mundo científico hasta no hace muchos años.

La hipótesis de Laplace, que es la que más ruído ha hecho, se reduce en pocas palabras á lo siguiente.

La materia cósmica en un estado de gran enrarecimiento, constituyó una especie de gran nebulosa; comenzó á girar por radiación, perdió calor, pues estaba á una elevadísima temperatura, y se condensó, y disminuyó de volumen; como consecuencia á girar cada vez con más velocidad.

Empezó á aumentar la fuerza centrífuga, y se desprendieron masas de vapor que, condensándose, formaron los planetas, girando siempre en un mismo sentido, y redondeándose en globos enormes que esparcían el movimiento y la actividad por todo el espacio, antes tranquilo é inerte.

Iluminábase el abismo etéreo, y á su luz veíanse cuajar las esferas antes casi gaseosas, y girar todas al compás que impuso el Señor de todo lo existente.

De los planetas desprendíanse, también por la velocidad de la rotación, los satélites, y así se establecía este sistema, al cual pertenece nuestro globo.

Lástima que una hipótesis tan bella tenga tan enormes dificultades y tan notables impugnadores.

Veamos cómo ha descendido tal hipótesis hasta el extremo que el astrónomo C. Wolf (1) dijo hace muy poco tiempo... «Cuál fuese la materia primitiva del caos, y cómo dió nacimiento á las estrellas y al sol, queda en el día de hoy en los dominios de la moda y de la pura imaginación.»

Tales objeciones han acumulado los astrónomos, hasta dejar arrinconada la célebre hipótesis. Faye la desechó, y con Faye gran número de astrónomos, porque «los globos nacidos de los anillos debían correr por sus órbitas con paso retrógado de rotación.» (2)

«Por más plausible que parezca esta hipótesis, hay hechos que en ella no tienen explicación» (1). Y, en efecto, todos los satélites, en conformidad con Laplace, deben girar en el mismo sentido, de O. á E.; pero existen los satélites de Urano, que giran al contrario, de E. á O. ¿Es que estos cuerpos no nacieron como los demás? Además, Hall descubrió en 1877 dos satélites del planeta Marte; el mayor de ellos gira alrededor de su planeta en un tiempo ocho veces menor que el empleado por el mismo Marte en dar una vuelta sobre su eje. Ahora bien, Laplace dice: «Habiendo sido formados todos los cuerpos que circulan alrededor de un planeta por las zonas que su atmósfera ha abandonado sucesivamente, y siendo cada vez más rápido el movimiento del planeta, *el tiempo empleado por él en ejecutar su completa revolución debe ser menor que el empleado por los satélites.*» Esta contradicción entre la afirmación de Laplace y las observaciones de Hall, no ha encontrado explicación, para desgracia de la célebre hipótesis.

Vinke, Syell, Faye y Ludwig han dado en tierra con Laplace; Faye corrigió el sistema de Laplace, sin satisfacer tampoco á los astrónomos, pues quedan en pie las mayores dificultades, como son la imposibilidad de explicar cómo un anillo da origen á un planeta; cómo se originaron las inclinaciones de los ecuadores y las órbitas de los satélites sobre los planos de los cometas; además no se admite el origen que asigna Faye á los cometas, creyéndolos parte del sistema solar; y, por fin, hasta se desecha la distinción que hace de Urano y Neptuno, siendo análogos á Saturno y Júpiter.

Todo lo cual nos indica la poca estabilidad de las teorías astronómicas, y nos demuestra que no hay una verdadera que nos explique la formación de los mundos.

Y conste que por no alargar indefinidamente este trabajo no he hecho más que indicar los principales argumentos que han servido en estos días para desechar las hipótesis célebres acerca de esta cuestión.

He llegado, señores, hasta aquí, y en ello he empleado treinta y tantas páginas y agotado vuestra paciencia, sin pasar de la Astronomía. Los misterios que en ella hemos encontrado han sido tantos y tan graves.

Por ahora bástame haber demostrado mi tema, por lo menos en la primer ciencia que hemos escogido, y haber merecido vuestra atención en esta noche.

Y aquí termino, señores.

Permitidme que, así como antes he copiado los testimonios de los hombres de ciencia, también ahora concluya con las palabras de Newton.

Hemos visto la pobreza de nuestros conocimientos; acudamos, pues, en busca de superior sabiduría al Señor de la suprema ciencia, que, como dice el gran Newton, «es eterno, infinito, omnipotente y omnisciente; es decir, que vive desde la eternidad. El llena la inmensidad con su presencia, Él lo rige todo, lo que sucede y lo que puede acontecer; y así como cada partícula del espacio existe siempre, y cada momento indivisible de la creación existe en todas partes, así también es imposible que el Artífice y Dueño absoluto de todas las cosas carezca de Sér en un momento» (2).

MARIANO DOMÍNGUEZ BERRUETA.

(1) Les hipotesis cosmogoniques.—1886; pág. 1 3.
(2) Faye.—Sur l'origine du monde; pág. 135.

(1) Pozzi. La terre et le recit biblique, lib. I, chap. II, note 1874.
(2) Newton.—Principios matemáticos de filosofía natural.

INSTITUTO RELIGIOSO

DE

HERMANAS DEL SERVICIO DOMÉSTICO

de la Inmaculada Concepción.

FUENCARRAL, 113, MADRID.

Aquella joven tan brillante, de tan elevada posición, destinada á brillar en el gran mundo, donde por su belleza, sus virtudes y su fortuna tenía un sitio excepcional, que hubiera podido casarse en condiciones excepcionales, todo lo sacrificó vistiendo el humilde sayal de la religiosa para llevar adelante perfeccionando la santa obra que habían emprendido sus virtuosas tios, los Sres. de Vicuña. Con ellos estaba desde la edad de siete años, y á su lado terminó su educacion dedicándose con ardor á los estudios de labores, música, dibujo, pintura, idiomas, etcétera, etc., sin descuidar por eso sus visitas á los hospitales, y sus obras de beneficencia y caridad. Era el hermoso angel que acompañaba á doña Eulalia para procurar la salvación de las almas, pidiendo á Dios por las pobres pecadoras arrepentidas.

Sin embargo de su contínua asistencia á sus obras piadosas de Madrid, no dejó de visitar de vez en cuando á sus amados padres y á su querida villa de Cascante, donde su presencia era celebrada con regocijos; era como un rayo de sol en tenebroso dia de invierno. A ella debe el pueblo la fundación de escuelas dominicales y otros muchos beneficios, que por ser tan innumerables no es fácil relatar. Era la Providencia de los pobres y el consuelo de los enfermos y afligidos, teniendo para todos limosnas y consuelos.

En varias ocasiones pretendieron los autores de sus días no separarse de su única hija, diciéndola que ellos eran los verdaderos pobres y desamparados; pero Vicenta, siguiendo un secreto impulso, no podía separarse del camino que la trazara el Señor, viendo siempre ante sus ojos aquella obra piadosa que la debería su engrandecimiento y su fortuna. Tornaba á la corte, y con su celestial mansedumbre se ocupaba en Carabanchel bajo, donde estaban situadas las posesiones de su tía Eulalia, en enseñar la Doctrina cristiana á las jóvenes y niñas pobres, promoviendo entre ellas confesiones y Comuniones generales, que dirigía por sí misma, fundando además la Congregación de Hijas de María, haciendo por doquiera limosnas y actos benéficos que la convertían en el angel de la caridad, durante los veranos que pasaba en Carabanchel.

Apenas tenía dieciséis años cuando renunció á las pompas del mundo, rechazó las galas y las fiestas, ocupando su tiempo y todas sus fuerzas en el ejercicio de su caridad, tomando sobre sí, con gran empeño, la obra de su tía, el el Instituto del Servicio Doméstico, pensando en darle forma adecuada para que no pudiera deshacerse, para que fuera en lo sucesivo fuente perpétua del bien y del amor á Dios Nuestro Señor.

Ya hemos visto en las primeras páginas de este relato cómo lo consiguió, hospedando en lujoso palacio á las pobres muchachas que llamaba sus hijas, y que ellas la llamaron siempre su adorable madre Vicenta, hasta el día de su fallecimiento, que aún lloran con amargo dolor las religiosas de María Inmaculada.

Pero prosigamos nuestro relato, que ya llegaremos al término de nuestra histórica narración.

Esta niña, llena de perfecciones y encantos, era la heredera de sus padres y de sus tíos D. Manuel y Doña Eulalia, reuniendo una inmensa fortuna, con la cual pudo hacer frente á los grandes gastos que la piadosa obra exigía. Así no es extraño verla, algunos años después,

de Superiora general del Instituto y fundadora del mismo, reconocida por el Soberano Pontífice León XIII.

Por mucho tiempo estuvo dando vueltas en su pensamiento la idea de convertir su Asilo de Sirvientas en un Instituto religioso, creando una congregación que diese fuerza y vitalidad propia á su santa obra.

¿Pues qué, mi obra no es digna de este honor? exclama en su interior la piadosa joven, pidiendo á Dios su protección y ayuda en aquel proyecto. No hay nadie, pensaba, que se ocupe de acoger á estas pobres sirvientas, harto necesitadas de protección, cuando están sin poder colocarse, muchas de ellas alejadas de sus padres, sin casa donde estar, ni recursos para alimentarse, rodeadas de peligros y de seducciones que las buscan, engañándolas, para perderlas. ¡Bien necesitan estas infelices protección y auxilio, que tal vez Dios quiere proporcionarlas por mi conducto!

En efecto, Dios quiso que ella, la santa y noble niña, fuera la Providencia de esta necesitada y humilde clase, desarrollando su Instituto hasta elevarlo al apogeo en que hoy se encuentra.

Al morir, el año 1868, el esposo de Doña Eulalia, se trasladó ésta á Madrid, á una habitación en la calle de Cañizares, contigua á la casa donde tenían instalado el Asilo de Sirvientas.

Poco después murió también su esposo don Manuel Vicuña, y como si estas dolorosas pérdidas fueran un lazo más para acercarlas á su santa obra, Doña Eulalia y Doña Vicenta, tía y sobrina, se consagraron por entero á ella. Abrieron desde su casa una puerta de comunicación con el Asilo, para poder atenderle mejor y poder frecuentar los deberes religiosos en la sala donde habían instalado la capilla.

En tanto, Doña Vicenta fué consultando á todos los Sacerdotes que conocía, sobre su pensamiento, hizo los reglamentos, ampliando las antiguas Constituciones, que fueron presentadas al Emmo. Cardenal Moreno, siendo aprobadas por este Prelado, y empezando á regirse por ellas Doña Vicenta María y todas las señoras que la ayudan en su santa obra, quedando desde el 8 de Diciembre de 1875 el nuevo Instituto con el nombre de *Hermanas del servicio doméstico*.

Sin embargo, continuaban seglares hasta que el reverendo Padre Agustino D. Ciriaco Sancha fué nombrado Obispo de Madrid en 1876; se encargó felizmente de la dirección de las religiosas, proponiéndose elevar á tal categoría á las señoras del Servicio Doméstico; y, en efecto, confirió el santo hábito á tres de ellas el domingo 11 de Junio del mismo año, fiesta de la Santísima Trinidad, siendo naturalmente la primera elegida para Superiora de la naciente Comunidad, la virtuosa señorita doña María Vicenta Vicuña, sobrina de doña Eulalia.

Rige hoy en todas las casas que han instituído en España el reglamento formado por doña María Vicenta, en el cual se encarga seriamente que no se admitan jóvenes de dudosos informes: deben ser huérfanas ó tener su familia ausente de Madrid. No han de ser menores de 14 años, ni mayores de 30, y bastante robustas para poder dedicarse á los trabajos de la casa.

Entran en el Instituto sin pagar absolutamente nada, no admitiéndose, ni de ellas ni de sus familias, el más insignificante regalo, permaneciendo en el Colegio hasta que suficientemente instruídas en todas sus obligaciones se las coloca en casas de confianza, con la condición de asistir á la escuela dominical del Colegio todas las tardes de los días festivos que tuvie. sen libres, á las Comuniones generales y á los ejercicios espirituales que se dan para ellas todos los años en épocas señaladas.

Cuando salen de una casa por cualquier motivo, vuelven á la casa para ser de nuevo colocadas, lo mismo que cuando están enfermas. Los ahorros que tienen de sus salarios los depositan en la Caja de Ahorros para si algún día toman estado.

A pesar de hallarse revestida con el santo hábito y declarada Superiora, seguía doña María Vicenta con su tía doña Eulalia en el Colegio de Sirvientas, con las dos novicias y otras seis señoras aspirantes que deseaban ingresar en la piadosa Congregación, lo que al fin consiguieron, después de unos ejercicios espirituales, y probada su verdadera vocación, vistiendo el santo hábito el 15 de Agosto, fiesta solemnísima de la gloriosa Asunción de la Virgen, uniéndose las seis nuevas religiosas á sus compañeras en la práctica de la caridad.

Mucho debe este Instituto al Excmo. Sr. don Ciriaco Sancha y Hervás por haberlo elevado á la categoría de Congregación religiosa, proporcionándole los medios de subsistencia, y lo que vale más que todas las dádivas humanas, le deben provechosísimas enseñanzas, y el haberse propagado en nuevas fundaciones con su recomendación y favor; y, por último, le deben el que haya influído como Prelado para obtener la aprobación pontificia de Su Santidad León XIII, como ya hemos referido.

En cuanto se fueron conociendo los beneficios de tan utilísima obra, las muchísimas jóvenes que acudían á ponerse bajo el amparo de la Congregación, y las muchas señoras que iban allí á buscar sus criadas, empezaron en provincias á pedir se fundaran en las capitales otras casas análogas; la primera que se fundó fué en Zaragoza, poniéndose bajo la protección de la Santísima Virgen del Pilar. Fueron á Zaragoza la Superiora general, Madre Vicenta, con cinco religiosas, donde ya las esperaban muchas señoras completamente identificadas con sus nobles propósitos.

Se inauguró solemnemente este nuevo Instituto, que era un fiel trasunto de la casa de Madrid, con cinco religiosas y doce jóvenes acogidas, bajo la protección y amparo de las autoridades eclesiásticas.

Como en Madrid se aumentaba de tal modo tanto el número de religiosas como el de acogidas, llegando al punto de no poder recibir ni una más, determinó doña Eulalia comprar una casa bastante grande en la calle de la Bola, núm. 7, donde pudo trasladarse el Colegio y Noviciado el día 23 de Julio de 1877, siendo bien pronto pequeña esta casa, lo que les obligó á arrendar una contigua de la calle de Fomento.

Admirábase doña Eulalia de que su capital diera de sí para tantos gastos, pues pasaban de ciento las que de él vivían, pareciéndole que la divina Providencia lo aumentaba, como aumentaba también la gratitud de aquellas pobres muchachas y de las religiosas, que no cesaban de manifestar su afecto y sincero reconocimiento por las mercedes que recibían, tanto de doña Eulalia como de su sobrina la reverenda Superiora general.

Generalmente la humanidad es ingrata, y no suele recibirse en esta vida el premio de las buenas obras que se hacen; pero no sucedió así á doña Eulalia, que fué altamente recompensada, viendo la admiración que inspiraba su obra, y viéndose rodeada en su lecho de muerte, donde espiraba con la tranquilidad del justo, por las religiosas y por las agradecidas sirvientes, que se disputaban el honor de cuidarla y asistirla en sus últimos momentos, elevando al cielo sus plegarais para que Dios acogiese en su seno un alma tan pura.

Murió santamente la ejemplar señora, siendo conducido su cadáver, no en carro fúnebre, sino como en triunfo, en hombros de ocho pobres de los que más había socorrido, concurriendo al entierro todo el Clero de la parroquia, con vestiduras sacerdotales y cruz alzada, y seguido de numerosísimo acompañamiento. En cuanto las acogidas vieron á los ocho pobres dispuestos á llevarse el cadáver, se adelantaron, no permitiendo que nadie sino ellas fueran las conductoras de aquel cuerpo bendito, y, apoderándose del féretro, cargaron con él, teniendo que irse relevando, porque todas á la vez querían compartir el honor de ser sus conductoras.

A los lados iban todas las religiosas con sus correspondientes blandones y el rosario en la mano, encomendando á Dios á su bienhechora. Por todas las calles por donde cruzaban, las gentes se iban incorporando á la comitiva, no faltando ninguna de las criadas á quienes tanto había favorecido durante su vida.

Ya en el cementerio, al descubrirla por última vez para ser reconocida, no se contentaron las jóvenes sirvientas con besar el cadáver, regándole con sus lágrimas, sino que, cuando los enterradores se disponían á cerrar la caja, luchando en ellas el cariño con el dolor de perderla de vista, venció el primero, y, sacando de la caja aquel venerable cuerpo, pretendían ocultarle entre la multitud, diciendo que no convenía enterrar á la santa madre de los pobres.

Cuadro verdaderamente conmovedor, tan tierno como espontáneo, que demostraba la gratitud y el amor de sus almas por aquella noble señora que había dado toda su fortuna y empleado su vida en tan grande y tan piadosa obra.

Y no contenta con esto las dejaba en su sobrina la Reverenda Madre María Vicenta, la continuadora de sus beneficios y de sus virtudes.

Y en efecto, la que desde niña había empezado á consagrar su desvelo y atenciones á las pobres criadas, se dedicó por entero á llevar el Instituto á su mayor grado de desarrollo, consiguiendo la altísima protección de los Prelados españoles y del Soberano Pontífice León XIII, que le concedió todos los favores, nombrándole *Instituto de religiosas de María Inmaculada*, noviciado de la Orden, donde multitud de señoras hicieron sus pruebas, profesando en ella cuando estuvieron bien seguras de su vocación.

Y así como ingresaban muchas religiosas, se acogieron también muchas criadas bajo su noble amparo; tantas, que ya no tenían sitio ni aun para instalar una nueva cama. Entonces determinaron dejar la casa de la calle de la Bola, trasladándose al suntuoso palacio que hoy ocupan en la calle de Fuencarral.

La madre Superiora empezó también á ocuparse de extender á provincias los beneficios de su Instituto; creó el de Zaragoza en 1876, el de Sevilla en el 85, el de Barcelona el 88, y el de Burgos el 89.

Tantas fatigas y desvelos no podían menos de quebrantar su salud, pues no se crea que todo eran glorias y triunfos; para alcanzar éstos siempre preceden infinitas amarguras, contrariedades y disgustos, siendo dificilísimo encontrar fondos para comprar los edificios y los gastos de manutención y enseñanza de tantas personas como son acogidas gratuitamente en estas casas, y tantas religiosas como están consagradas á ellas.

Sólo en Madrid pasan de 2.000 las matriculadas actualmente, de las cuales siempre suele haber en el Colegio de 70 á 80 desacomodadas. El de Zaragoza cuenta 1.000, el de Sevilla 300; el de Barcelona, que es el más nuevo, tiene ya 200 afiliadas, todas modelos de fidelidad, y primorosas, pues á los conocimientos que ellas poseen se añaden las enseñanzas que reciben en el Instituto por las religiosas, que son en su mayoría maestras.

Demostrado queda las heróicas virtudes, el celo y la ardiente caridad de la Reverenda Madre Vicenta y de toda la Congregacion, que con la visible protección del Ser Supremo, han alcanzado tan inmensos beneficios, así para las familias que se sirven de estas muchas en su servicio doméstico, como de ellas mismas, que tienen siempre un Asilo que no las desampara nunca, siendo el consuelo en sus aflic-

ciones y el firme apoyo moral y material en sus necesidades.

La Reverenda Madre era el modelo que copiaban todas sus hijas, deseando alcanzar sus santas perfecciones y sus virtudes sublimes.

Delicada de salud casi siempre, se olvidaba de sí misma por atender al bien de los demás, cumpliendo hasta el fin el voto que hizo de consagrarse á su santa obra, aunque fuera á costa de su existencia.

Aun antes de morir, y después de conseguir, como ya hemos dicho, el título de *Religiosas de María Inmaculada*, consiguió para su congregación que la concedieran los votos perpetuos de las religiosas que contaban de profesión cierto número de años, pudiendo ella misma pronunciarlos el día de San Ignacio de Loyola de 1890, siendo este el último sello de su grandiosa obra. Ya entonces pudo descansar, y pensando sólo en Dios y en la vida eterna, viendo terminada su misión en la tierra, el cielo la llamó á disfrutar de su santa gloria.

En Burgos, donde la llevaron los cuidados de su última fundación, enfermó gravemente; pero aún pudo regresar á su casa, Noviciado de Madrid, donde cayó en el lecho para no levantarse más.

Era edificante su resignación, sin faltar de sus labios aquella eterna y dulcísima sonrisa y su benévola mirada, á pesar de sus agudos dolores.

El viernes 26 de Diciembre de 1890 rindió su alma al Señor, á las dos menos cuarto de la tarde, estrechando contra su pecho el Crucifijo y la imagen de la Inmaculada, con la mirada fija en la efigie del Sagrado Corazón, el grande y perpétuo amor de toda su vida.

Como si el Señor hubiera querido demostrar la santidad de un alma tan pura, estuvo siete días su cadáver sin descomponerse, lo que fué seguramente un milagro. Durante este tiempo permaneció se cuerpo entre luces y flores, rodeada de blancas coronas, con el niño Jesús á á la cabecera, sin desaparecer de sus labios la eterna y dulce sonrisa que animó en vida aquella fisonomía tan expresiva.

Las religiosas y sirvientas la velaron continuamente día y noche, creyéndola dormida por la tranquila y angélica expresión de su rostro, siendo conducida á la tumba sin demostrar el menor signo de descomposición.

Después de una vida como la que ha tenido la Reverenda Madre Vicenta María Vicuña, era muy natural su santa muerte, rodeada de cuantas personas la amaban y habían recibido los beneficios de una existencia consagrada toda entera á la caridad y al amor de Dios.

Es de esperar que sus Institutos y la *Congregación religiosa de María Inmaculada* continúen progresando, protegidos por sus hijas amantísimas, que aún la lloran con desconsuelo y procuran imitar sus virtudes y sus edificantes ejemplos, y auxiliados por la altísima y visible protección del Ser Supremo y de su Santísima Madre la Virgen María, que nunca desatienden las obras de verdadera caridad como los Institutos que debe España á las señoras doña Eulalia y Vicenta María Vicuña.

FAUSTINA SÁEZ DE MELGAR.

Madrid 20 de Abril de 1893.

La educación á la moda.

Ya vé usted... Yo no tengo qué dejar á mis hijos otra cosa que una carrera. De aquí mi deseo de que la concluya cuanto antes.

—Tiene usted razón. Lo que importa es que pille un título profesional. Después estudiará si quiere... Es un error exigir á los chicos que sean unos sabios á los quince años. Que tomen el título y se habiliten para ejercer una profesión científica ó para desempeñar un destino de 12.000 reales.

Los que así hablaban eran un padre de familia, hombre sesudo, como de cincuenta años, y el director de un colegio de segunda enseñanza. El hijo del primero, á que se referían, era un muchachote de doce á catorce años, gordo, robusto, colorado como una manzana, de cara hermosa y simpática.

Tenía razón, sí, el director del colegio al asegurar que es un error pedir que sean sabios los muchachos á los quince años. ¡Qué disparate! Pero no tenía tanta el padre, al cifrar todo el porvenir de su hijo en la posesión de un título académico, ni la tenía tampoco el director en la manera de armonizar la verdad por él proclamada con el error sostenido por el padre.

Pasó todo el curso. A mediados de Mayo al padre se le ocurrió examinar á su hijo.

—Vamos niño—le dijo,—¿qué has estudiado de latín?

—Papaito, hemos dado toda la Gramática, y mucha, mucha traducción.

—A ver, declíname *Templum, templi*.

—Papaito, eso no está en mi Gramática.

—¡Hombre!

—Lo que usted oye.

—Pues vamos á ver, *Dominus, dómini*.

—Sí, eso lo dimos; pero como todavía no hemos repasado...

—¿Y de Geografía?

—Ah, sí, de Geografía estoy mucho mejor que de latín.

—¿Cuál es la capital de Alemania?

—Constantinopla.

—Pero ¡chico!

—¡Ah, no señor! San Petersburgo.

—¿Estás loco?

—Tiene usted razón, es Quito.

El padre de familia no quiere oir más. Cogió el sombrero y, todo alterado, se fué al colegio.

—Pero, señor director, ¡mi hijo pierde el curso!

—¡Cómo!

—Lo que usted oye.

Y le refirió lo que acababa de acontecer.

El director le dijo sonriendo:

—No sea usted niño, y no se meta más á examinar á su hijo. Eso corre de mi cuenta. Su hijo de usted aprobará el curso; y no solo eso, sino que sacará nota.

El padre se retiró pensando: este hombre es un necio ó un pillo. Pero no espero más sino á que pasen los exámenes. Hemos perdido lastimosamente un año; pero lo que es á este charlatán le rompo yo la cabeza.

Llegaron los exámenes. El chico volvió del Instituto corriendo, y con la más profunda alegría pintada en el semblante. Fué á buscar á su padre, y sin decirle una palabra (la emoción no le dejaba hablar), le alargó dos papeles: eran la papeletas de examen.

No sin temor las cogió el padre. Pero ¡qué sorpresa tan grata! En una de ellas leyó:

LATÍN Y CASTELLANO (PRIMER CURSO)

SOBRESALIENTE

Y en la otra:

GEOGRAFÍA

SOBRESALIENTE

El padre abrazó cariñosamente, entusiasmado, á su hijo. Aquella tarde lo llevó al circo, y le compró un bastón, un relój de nikel y tres libras de dulces para que obsequiara á mamá y á las hermanas. Le dió también un duro para sus gastos de bolsillo, y le prometió que veranearía en San Sebastián. Todo se lo merece un chico que saca sobresaliente.

Y el director le decía al día siguiente:

—Ya usted lo vé. No se preocupe usted sobre si el chico sabe ó no sabe. Es un error creer que á esta edad puedan ser unos sábios... Tiempo hay. Lo que ahora conviene es que se desarrollen físicamente, y que vayan ganando años. Y eso, amigo mío, corre de mi cuenta.

De estos sucesos van ya cinco años. El chico tiene quince, y en el próximo Junio se gradua rá de bachiller. No ha perdido un solo curso, siempre ha obtenido nota de sobresaliente. El director en este tiempo ha prosperado de tal modo, que ya es propietario de una casa en calle céntrica de Madrid. Y con razon; porque en su colegio no se conoce esa porquería de salir suspenso. Algunos alumnos cuyos padres no pagan al corriente ó que han solicitado y obtenido del director rebaja de honorarios, suelen salir aprobados nada más; es lo peor que les puede suceder á los alumnos del privilegiado establecimiento.

BACHILLER ALONSO.

El Sol del Vaticano.

Tú est Petrus et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam, et porta inferi non prevalebunt adversus eam.—(*San Mateo, cap. XVI*, v. 18.)

¿Por qué se siente henchido de alborozo
En este día de eternal memoria
Quien en la fé católica se inspira?
¿Por qué á cantar se atreve con su lira
Humilde trovador? ¿Por qué ve el alma
Cercano bien y venturosa calma?
Porque bajo el amparo de María,
La dulce Madre del linaje humano,
Mil egregios pastores se congregan
Al pie del Vaticano
En la eterna ciudad, siempre durable,
Y al llamamiento acuden presurosos
De aquel anciano santo, venerable,
Que las almas remonta hasta los cielos,
Sembrando bendiciones y consuelos.
Alígera la fama ya la nueva
Del gran hecho anunciado há tiempo había,
Y al cabo coronado
Nuestro férvido voto, en este día
Cuerpo toma en el sabio Episcopado
Que da esta muestra más de su valía.
Los creyentes le miran jubilosos
Como una redención y una esperanza,
Y presagian gozosos
Al ver el gran Concilio reunido
El triunfo de la Iglesia apetecido:
Los que á las sectas del error adscriptos
Los ojos niegan á la luz divina
Que irradia la verdad esplendorosa,
Desesperados su dolor revelan;
Algunos, afectando fe profunda,
Con poca buena fe males recelan,
Y temen á esa luz que les inunda
Cuando al mandarles el primer destello
Desde el Gólgota, allí la Cruz proclama
El símbolo más alto y el más bello.
Otros, en fin, que hasta negar llegaron
Que la grande asamblea se juntara,
Tienen que confesar que se engañaron.
Sí, se engañaron.—La impiedad no pudo
Arrebatarnos triunfo tan glorioso.
Los funestos errores que subvierten
En este siglo la moral cristiana,
Que todo lo convierten
En sofismas y guerra y ciencia vana,
Condenación demanda, y la Iglesia
De la clara verdad depositaria,
Porque brille finísima y palmaria

NUESTRA SEÑORA DE MONSERRAT

Su voz levanta en tan solemne fiesta,
Y por el Santo Espíritu movida
Con su divina ciencia les contesta.
La justicia y el bien afirmar quiere
Sobre base segura no alterada,
Y al Hombre-Dios que por salvarnos muere
Invoca, y en su auxilio Él acudiendo
Va á dejar la soberbia anonadada.
  Turbado el mundo, la conciencia inquieta,
Conmovidos los pueblos y minada
La sociedad entera en en sus cimientos
Por crueles impías enseñanzas
Negación de las dulces esperanzas
Que hacen nuestra existencia llevadera,
Fomentado el grosero sensualismo,
El vil materialismo,
Que matan la virtud, y sólo engendran
Depravación horrible, instintos fieros;
Por la excéptica duda escarnecida
La fe, que es el progreso, que es la vida;
Los derechos muy altos proclamados,
Los deberes negados,
La autoridad y la justicia holladas,
El recato llamado hipocresía,
La honradez una insulsa alegoría;
Trocada, en fin, la libertad cristiana
En nefanda opresión, aún más terrible
Que aquella que ejerciera
La dura ley pagana
Sobre el mísero mundo, ¡ay! ¿á dónde
Tantos males sin cuento arrastrarían
A la angustiada humanidad que llora,
Si la Iglesia su madre y protectora
El abismo á que llevan no advirtiese?
Creciera entonces la espantosa niebla
Que forman los diabólicos errores;
Más y más cada vez se extendería,
Y á la verdad augusta
Su esplendoroso brillo robaría:
Y así como Luzbel por su soberbia
La claridad divina que gozaba
Trocarse viera en sombra sempiterna,
La razón del que impío
De la fe sacrosanta se apartare,
Encontraría solo
Su vana torre de Babel deshecha
Y amargo desengaño en el vacío.
¿Qué vale el apocado entendimiento
Para asentar la base inconmovible
Y el sólido cimiento
En que el orden moral y la justicia
Sus leyes eternales fundamentan?
¿Qué puede la razón sin la preciosa
Revelación sagrada?
Antes de que la ciencia demostrara
De nuestra especie la unidad bendita,
Y como aun antes de que el sol brillara
Pudo existir la luz, y que un diluvio
Castigo fué tremendo
De la raza precita,
Siglos y siglos antes, esas y otras
Verdades tan sublimes y preciadas
Nos fueron por Dios mismo reveladas.
Y es que la Fe divina,
Que el progreso legítimo señala,
Nuestra razón eleva y encamina.
Y quien pretenda discurrir seguro
Debe inspirarse en ella,
Porque es la hermosa y esplendente estrella
Que hasta el alcázar del Señor nos guía.
  Alcemos ¡ay! la vista de la tierra
Do solo pueden contemplar los ojos
Pasageras y vanas ilusiones;
No prestemos tan solo atento oído
Al mundanal rüido;
Que aunque formados fuéramos de barro
Para más alto bien hemos nacido.
Y en este fausto día
En que fué declarada
Pura, inmaculada,
La celestial María,
Contemplemos henchidos de alborozo
Cómo en medio de tantas turbaciones,
De ese vértigo horrible
Que divide los hombres y naciones,
Y derrumba los tronos seculares,
Solo la Iglesia permanece unida,
Y más fuerte, más grande y más serena
Cuanto más combatida.
Mirad sino cómo de luengas tierras,
Atravesando los revueltos mares,
Movidos de una idea,
En alas de la Fe y amor llevados
Los apóstoles vienen do se halla
El sucesor de Pedro,
Y con divinas luces inspirados
Salvar quieren, llegando al heroismo,
La sociedad de un grande cataclismo.
Paso libre les dejan las naciones:
Y es que todas anhelan
La paz que los errores perturbaron:
Sólo en aquella en que el imperio absorbe
Del sacerdocio los sagrados fueros,
Se impide á los Obispos que en persona
Acudan al Concilio; y entre tanto
Que todos los católicos deploran
La tirana opresión qué sus hermanos
Soportan con valor allá en Polonia,
Los libre-pensadores la abandonan
Y en su santo derecho no la abonan.
  El noble anciano que la Iglesia rige,
El que á Dios representa aquí en la tierra,
Es todo santidad, todo dulzura;
Y aunque su hermoso corazón se encuentra
Por gravísimas penas dolorido,
Procura con anhelo
Devolver á los mismos que le ofenden
La paz inestimable que perdieron.
Padre amoroso con afán ansía
Advertir á sus hijos lo que deben
Desechar y acojer, para que nunca
Puedan ser sorprendidos con engaño
Que labre luego su perpétuo daño.
Es anciano y es débil, sus cabellos
Las penas y los años platearon·
En su rostro apacible retratada

Se mira la virtud; mas hoy sus ojos,
Que vierten con frecuencia acerbo lloro,
Elevados al cielo humildemente,
Revelan en su grata dulce calma
El amor y la fe que arde en su alma.
¿Quién, viendo esa figura venerable,
Podrá dejar de contemplarla, lleno
De santa admiración y de respeto?
¿Cómo no obedecer á ese sublime
Mártir de amor hacia los hombres todos?
El sol anhela con afán prolijo
Extirpar los maléficos errores,
Hacer que brille en toda su pureza
La verdad que ennoblece
Nuestro mísero ser y lo engrandece.
Que reine el bien, que extiende por doquiera
La paz consoladora y la alegría,
Que al alto Dios la humanidad adore,
Que se alce, en fin, á la virtud un trono;
Clamemos, pues, con entusiasmo santo:
Honra y gloria inmortal á PIO NONO.

LUIS MONTALVO Y JARDIN.

Azucena entre espinas [1]

Con este título sugestivo y femenil de pies á cabeza, ha sido impreso en Sevilla un poema ó historia en verso de la Madre de Nuestro Señor. La autora es una religiosa profesa, cuyo nombre no se debe estampar aquí, ya que ella no lo ha estampado en su libro; pero todos saben en Sevilla y aun en otras regiones de España donde se leen versos, que aquella monja insigne es una poetisa eminente y una mujer ilustrada y discreta, honra grande de su Religión y de su pátria. Y esto puede decirse así en crudo, sin miedo á que se escandalice nadie, primero porque es verdad, y después porque las tapias del convento tienen cierta semejanza con las losas del sepulcro, contra las cuales estérilmente se deshacen las espumosas olas de la mundana adulación. Como quien lee la obra de un muerto, y aun mejor todavía, como quien lee una obra impersonal ó exótica escrita en una región que los profanos no conocemos por quien ni vive con nosotros ni acaso entienda de elogios mundanales, así hemos de leer la obra de la profesa del Espíritu Santo de Sevilla, para quilatar su mérito religioso y artístico y justificar la recomendación que á nuestros lectores vamos á hacer.

Azucena entre espinas es, como queda dicho, una historia en verso, en la cual se pintan con mano maestra los más salientes *pasos* de la vida de la Virgen Nuestra Señora. Asunto tan grave, complejo y vasto, exigía un verdadero esfuerzo intelectual para ser encerrado en setenta páginas de octavas reales, sin que la inspiración decayera y la narración resultase prosáica y monótona. Porque escribir un interminable poema sólo para los iniciados en los secretos de la Teología escolástica, un poema como aquellos soporíferos de nuestros siglos de oro, poemas que puede decirse que duermen el sueño eterno en los estantes de las bibliotecas religiosas, no es cosa muy difícil aunque sí enojosa y estéril. Para aprender los misterios teológicos nadie acudiría á las pobres octavas reales de la *Creación del mundo* de Acebedo ó de la *Vida y misterios de San José* del Maestro Valdivielso, ni á la *Cristiada* del P. Hojeda, ni á ninguno de los poemas épico-religiosos que ha inspirado la musa de nuestra tierra; sino á la prosa llana de los grandes maestros como Melchor Cano ó Suárez, ó aunque fuera á los *remedia vagos* que usan los estudiantes en las temibles épocas de los apuros. La poetisa de *Sancti Spiritus* sabía perfectamente esto, y con un talento sintético de primer orden, y seguramente con un detenido estudio y una labor meditada y lenta, ha conseguido escribir un poema religioso en consonancia con las necesidades de la desdichada generación moderna, la cual tiene muy enfermo el corazón, siendo preciso curarle esta víscera sin recurrir á medicamentos que le trastornen el seso ó le produzcan invencible repugnancia.

Yo supongo que la autora de *Azucena entre espinas* habrá consultado los venerables infolios filosóficos y teológicos que se guardarán en el convento del Espíritu Santo, y que con paciencia benedictina habrá destilado en la envidiable soledad de la celda aquella materia prima, para quedarse sólo con la dulce miel dogmática que sirve de alma á su poema. Y esta me parece una de las más difíciles operaciones que puede llevar á término un autor, y para la cual se necesita una inteligencia tan clara y una ilustración tan sólida como la que Dios Nuestro Señor se ha dignado conceder á la piadosa monja sevillana. No encontraréis en su libro tésis dogmáticas, ni escolios, ni silogismos: os explicará los misterios marianos con la sencillez de una madre á quien sus niños exigiesen aclaraciones al Catecismo. Expone la razón teológica de lo que canta ó de lo que cuenta, pero sin apariencia didáctica ó magistral, y sólo para dar *alma* á su narración, espíritu á aquel cuerpo poético.

La materia de la composición está tomada, como no podía menos de suceder, de los Santos Evangelios y de las tradiciones recibidas en la Iglesia. Y aquí nos encontramos con otro motivo de aplauso; el cual es la sobriedad con que se desliza la narración, sin deslumbrar con oropeles literarios, sino corriendo serenamente como corre en los libros de los Evangelistas. Y este respeto á la Sagrada Escritura es más digno de loa, por no ser cosa muy corriente en los poetas, los cuales desgraciadamente suelen meterse en el campo de la historia sagrada destrozando de un modo impío la integridad de la verdad histórica. Creen los tales que en asuntos en que intervienen nada menos que las Personas divinas, es permitido hacer y deshacer, discurriendo por lo posible, como quien inventa novelas ó poemas humanos; y esto es á todas luces necio é irrespetuoso. ¡Qué noble ejemplo de esta veneración á las cosas santas nos da la monja hispalense al decir en la nota 10 de su libro que no se ha atrevido á alterar en nada el incomparable cántico *Magnificat*! Y en verdad, ¿qué lira humana tendrá cuerdas para entonar las sublimes melodías celestiales?

Pero para las humanas, para cantar entre los hombres las grandezas de la Madre de Dios, la lira de la religiosa sevillana tiene sones eufónicos que deleitan suavemente el oído y llegan al alma del creyente. Lo que bien se siente, bien se expresa, ha dicho un sabio: y esta correspondencia ó concordancia entre el espíritu y la lengua, aparece clara en el libro de que hablamos, el cual tiene una elocución sencilla y noble, con pensamientos levantados y hermosos, y estilo florido y correcto, que lo sería más todavía si la autora imitase el ejemplo del gran Fr. Luis, que tachaba mil veces lo escrito, volviéndolo á escribir otras tantas.

La versificación es exhuberante y melodiosa. El poema está escrito en octavas reales de singular gallardía, y la serenidad con que fluyen los versos no perjudica en nada á la exactitud de la idea que visten; su lirismo es suave, femenil y cadencioso, aprendido, sin duda, de aquellas harmonías naturales que en los cármenes andaluces levantan de continuo himnos al Creador Omnipotente.

En suma: el libro es precioso, *avis rara* tratándose de versos, y de versos religiosos, y de versos religiosos escritos por una mujer. Porque sin ofender á nadie, se puede afirmar que, por la perversión general del gusto, la poesía española se ha apocado y empobrecido mucho en nuestro tiempo, tocando gran parte de esta poquedad y pobreza á la poesía religiosa, donde por la alteza de las cosas que trata todo lo que no sea bueno es detestable y hasta irreverente. Y en cuanto á los versos femeninos, también es otra verdad que por la mísera educación que recibe la mujer en nuestra tierra, son muy pocos los que merecen los honores de la lectura, siendo infinito el número de los justiciables; y si la lira de estas literatas á la violeta toca asuntos piadosos, raras veces escapa sin disparatar, salvo el caso en que por la fuerza de la ignorancia y de la osadía, se concreta á repetir tontamente lo que todo el mundo sabe, y á llenar cuartillas con triviales subjetivismos no siempre del mejor gusto. Esta es la regla general: las excepciones son luminosas y admirables; y como su fama es grande y legítima, no hay para qué citar aquí los nombres de las insignes poetisas que saben manejar dignamente el plectro cantando la gloria del Altísimo.

Adquieran esta obra los amantes de los buenos libros y las personas que quieran oír cantar dulcemente las grandezas de la Madre de Dios. Léanse sus hermosas octavas en las austeras soledades del monasterio y en el bullicioso salón del Colegio y en el gabinete del doméstico hogar. Sirva á todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, sabios é ignorantes, de piadoso solaz esta divina historia, y Dios quiera que ella haga latir á los corazones de todos, encendiéndolos en llamas de amor celestial. Porque este es el único fin que se deben proponer los ingenios cristianos al lanzar sus obras al mundo.

Este poema ha sido publicado á expensas de un ilustre y cristiano caballero (que es tan gran poeta como generoso Mecenas), y los productos de su venta se destinan íntegros al Convento del Espíritu Santo de Sevilla; de modo que los que adquieran el libro *Azucena entre espinas*, además de enriquecerse con una joya literaria, ejercerán una obra de caridad que Dios seguramente ha de premiarles.

ALVARO L. NÚÑEZ.

(1) *Azucena entre espinas*, poema por una religiosa de la Orden de Sancti Spíritus del Convento de Sevilla, con un prólogo del *Excmo. Sr. D. José M. Asensio*. Sevilla, Imprenta de E. Rasco, Bustos Tavera, 1.—1893.—Un elegante tomo de 70 páginas que se vende á 5 reales en las librerías de Luis Gabín, (Ramirez, 8) y D. Abundio Z. Menendez, Mayor, 70.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

Nuestros apreciables lectores leerán en el presente número un anuncio de la **bien reputada firma** de los **Sres. Valentín & C.ª**, banqueros, y Expendeduría general de lotería en **Hamburgo**, tocante á la lotería de Hamburgo, y no dudamos que los interesará mucho, ya que se ofrece por pocos gastos alcanzar, en un caso feliz, una fortuna bien importante.

Esta casa envía también gratis y franco de porte el prospecto oficial á quien lo pida.

Madre y socorro de todos

Colóquese una gota de agua sobre la yema del dedo pulgar y oprímase con el índice. Hecho esto búsquese la gota de agua. Tan solo queda un poco de humedad, y, transcurrido un momento, esa humedad se seca y desaparece.

Déjese caer una gota de agua sobre una roca: el efecto es nulo, pero si la gota continúa cayendo constantemente sobre el granito, el suave golpe del líquido concluirá por producir un hueco. Este hecho nos es á todos familiar, y sin embargo ¿aprovechamos la lección?

Nos escribe una señora diciendo: «Soy directora de una escuela grande de niñas, y jamás me abandona la fatiga que me ocasionan mis quehaceres en tal capacidad.» Fácil es comprender el aserto de esta señora. El autor de este escrito desempeñó un puesto análogo, y sabe cuán oneroso es este cargo. Pocas ocupaciones fatigan y abaten como la de referencia. Dada la suposición que las discípulas pudiesen herir con el dedo meñique los nervios á descubierto de su profesora, apenas les sería posible causarla mayor daño. No obstante, no es la intención de las discípulas hacer tal daño, y como dice la misma señora, «percances son del oficio».

Pero la paciencia tiene su límite. Llegó á resentirse su salud, y «durante meses, dice, se apoderó de mí una debilidad tan grande que me veía obligada á apoyarme contra las puertas y mesas, á guisa de persona ebria ó á punto de desmayarse. Me faltó el apetito, y el poco de alimento que tomaba lo devolvía.

»Imagínense tan terrible tormento. Padecía además de agudos dolores de cabeza, y luego me sobrevino enfermedad del hígado con sus consiguientes calamidades. Ninguna medicina parecía hacerme bien, hasta que probé la que ustedes me recomendaron.

»Después de haber tomado tres botellas de la misma, recuperé mi apetito, como también mi salud. Esta medicina la compré en la droguería de la calle O'Donnell.

»Tengo especial satisfacción en participar á ustedes tan maravilloso resultado, y les ruego acepten la expresión de mi gratitud imperecedera, pues que ha sido por mediación de ustedes que se ha salvado mi vida.

»Curada ya, recomiendo la medicina á todo enfermo que desee librarse de la enfermedad y del dolor. De ustedes, etc., (Firma) Dolores Muñoz, Triana, Sevilla. Calle Pureza, 79. Enero 6 de 1893.»

Los señores don P. Galiana é hijo, droguetos de Manzanares, provincia de Ciudad Real, nos permiten publicar, con el consentimiento de su autor, la siguiente carta que les ha sido dirigida fecha 27 de Septiembre de 1892: «Muy señores míos: Tengo el gusto de dirigirles la presente dándoles permiso para publicarla si creen ustedes que pueda ser de utilidad para los demás.

«Hace ya años padezco una enfermedad del estómago que ninguna receta de los médicos ha podido curar; muy al contrario, las drogas que me han recetado los mismos parecían agravar mi enfermedad y aumentar los dolores. Cansado ya de los esfuerzos infructuosos hechos con el fin de curarme, llegué á desesperarme.

»Por último ví un anuncio relativo al remedio que ustedes venden, y á pesar de que no tenía la menor fe en él, ni esperanza de que me hiciera bien, compré de ustedes una botella, y no obstante mi desconfianza, lo tomé de acuerdo con las instrucciones, y á mi gran sorpresa y alegría, mis dolores desaparecieron al octavo día de haber empezado á tomarlo, y me siento cada día mejor, sin haber experimentado recaida alguna durante mi mejoramiento constante y progresivo.

»Les quedo siempre agradecido por haber llamado mi atención acerca de dicha medicina, la cual es verdaderamente eficaz, y espero que todo sufriente acudirá á ella, pues que no puede por menos que hacerle bien. De ustedes, etc., (Firma) Diego Martín Enriquez.»

Estas cartas alentadoras y halagüeñas como son, no serían, sin embargo, de utilidad inmediata para el público, si omitiésemos nombrar el remeaio á que sus autores hacen alusión. Este remedio es el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, ya conocido en muchos países y llamado á serlo igualmente en España. Esta medicina afamada y sana, al par que eficaz, cura las enfermedades cuando otras medicinas no tienen éxito, debido á su maravillosa facultad de extirpar el origen y causa de tales enfermedades; la indigestión y la dispepsia. Sea cual fuere la causa aparente de la dolencia, no debe desesperarse.

En todas partes del orbe se tributa honor á la Madre Seigel por concepto de que su famoso específico tiene buen éxito en casos en que todos los demás tratamientos han sido empleados en vano: dicha señora es madre y socorro de todos.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales, frasquito, 8 reales.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Las instalaciones de alumbrado eléctrico.

Manual práctico, por G. Fournier y J. A. Montpellier, con un prólogo de D. José Echegaray. Traducción de Hidalgo Mobellan. Madrid, 1892. Librería de Victoriano Suárez. 7 pesetas en Madrid y 8 en provincias.

Este Manual es una obra utilísima para toda clase de personas. Comprende, como dice el ilustrado prologuista, cuanto de electricidad hay que saber, y aunque domina en él el carácter práctico, contiene todas las teorías necesarias. Está escrito fácil y sencillamente para que, aun los absolutamente imperitos en ciencias físicas, puedan comprenderlo todo. Hoy nadie debe desconocer los misterios de la electricidad, de esa maravillosa fuerza de tan magnífico presente y más magnífico porvenir. Con el Manual que anunciamos satisfacen cumplidamente esa necesidad.

COLÓN Y LA RABIDA

POR EL

M. R. P. F. José Coll

FRANCISCANO

Las noticias que atesora este libro hacen muy agradable su lectura, y es indispensable para todos los que se interesan por el Centenario del descubrimiento de América.

Consta de un volumen en 8.º de 30 páginas, y se vende en casa de D. Gregorio del Amo, Paz, 6, á 2,50 pesetas.

OBRAS COMPLETAS

DE

DON MANUEL POLO Y PEYROLÓN

Lujosamente encuadernadas en tela, con plancha dorada del mejor gusto, todas del mismo tamaño y al módico precio de **tres pesetas** volumen, se han puesto á la venta, en todas las librerías católicas, las siguientes:

Seis novelas cortas.
Páginas edificantes.
Quien mal anda...
Discursos académicos.
Vida de León XIII.
Sacramento y concubinato.
Solita.
Pepinillos en vinagre.
Hojas de mi cartera de viajero.

Poco á poco se dispondrán de la misma manera todas las demás. Para las suscripciones, dirigirse al autor,

Catedrático del Instituto de Valencia.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 1
1893

LA ARTISTICA

Calle del Caballero de Gracia, 8

ESTAMPERIA

Novedades en todo género de estampas en grabado, fotograbado, litografía, fotografía, etc., de las principales casas del extranjero.
Especialidad en asuntos religiosos.

IMÁGENES TALLADAS

Se reciben encargos garantizando su buena ejecución.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españole y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MONTERA 23

RELOJES

DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G.° GIROD

Sucesor de **Losada.**

Fábrica de Guantes

J. F. IRUMBERRI

Se acaba de recibir un inmenso surtido en guantes de seda é hilo, última novedad.

NO COMPRAR SIN VISITAR ESTA CASA

Guantes de piel de caballo, cabrito, cordero y Suecia.
Corbatas, abanicos y artículos de novedad.
Guantes para señores Obispos, Sacerdotes y colegiales.

CALLE DE FUENCARRAL, NÚM. 7

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA

DE

VICENTE GARCIA MUSTIELES

(SUCESOR DE PÉREZ)

CALLE MAYOR, NÚM. 50

MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.
Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.
Se sirven los pedidos con toda prontitud.

MEDICACION TÓNICA

PILDORAS Y JARABE

DE

BLANCARD

Con ioduro de Hierro inalterable

ANEMIA — COLORES PÁLIDOS — RAQUITISMO — ESCRÓFULOS — TUMORES BLANCOS — etc., etc.

Exíjase la firma y el sello de garantía.

PARIS
40, rue Bonaparte, 40

ELIXIR

DE

Protocloruro

DE HIERRO

CON HIPOFOSFITOS

DE VIVAS PEREZ

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.*

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.—MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA, Farmacia VIVAS PEREZ

Calendario Americano Religioso para 1893

CON LA VIDA DE LOS SANTOS

Nuevo para este año: Dieciséis láminas representando toda la Pasión. Estas láminas están intercaladas una cada día, empezando quince antes del domingo de Pascua.—Magníficos cromolitografiados. Precios: desde 50 céntimos de peseta hasta 2 50 pesetas.

Se recomienda pedir los Calendarios publicados por la Casa **Bailly-Bailliere é hijos,** que son los más variados. Los hay con ó sin termómetro.

Se hallarán de venta en la librería editorial de **Bailly-Bailliere é hijos,** Plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, y en las librerías, almacenes de objetos de escritorio y bazares de España y Ultramar.

ÓPTICA, FÍSICA Y ELECTRICIDAD

ESTABLECIMIENTO FUNDADO EN 1862

JOAQUIN CORRONS

RAMBLA DE LOS ESTUDIOS, 11 (frente á la calle de Santa Ana).—BARCELONA

ANTEOJOS Y LENTES DE TODAS CLASES

fabricados y graduados según los más recientes estudios ópticos para conservar y dar claridad á toda clase de vistas, tanto los de cristales al agua, desde 2 pesetas, como los de **cristal de roca del Brasil** de primera clase.

Constante y variado surtido de armazones en oro, plata, níquel, etc., para lentes, anteojos y monoclos. REGENCIAS ó impertinentes de concha. Anteojos larga vista, terrestres y astronómicos; gemelos para teatro, campaña y marina. Microscopios, simples, compuestos y solares.

TERMÓMETROS.—BARÓMETROS.—MANÓMETROS.—HIGRÓMETROS, ETC.

Instalaciones de teléfonos, timbres eléctricos y pararrayos, á precios reducidos, empleando material de calidad inmejorable.

Aparatos para la producción de luz eléctrica, por fuerza motriz ó con pilas. Galvanómetros, máquinas electromedicales, microteléfonos, pilas de varios sistemas, etc.

VARIADO SURTIDO EN LINTERNAS MÁGICAS Y ESTEREÓSCOPOS

Fotografías tomadas directamente del natural, transparentes iluminadas, de todas partes del globo, para linterna mágica.

Areómetros, aparatos de precisión para el ensayo de vinos, y experimentos de física, química y óptica en sus varias aplicaciones.

11 RAMBLA ESTUDIOS, 11.—BARCELONA

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 8 250 ps. fs.
Un año..... 16 »

NÚMERO 10.—Madrid 31 de Mayo de 1893.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 12 FRCOS
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 30. fs.
Un año..... 5 »

ANACREONTE (*Grupo en mármol*).

PEREGRINACION A EL ESCORIAL

REAL MONASTERIO DE SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

SUMARIO

TEXTO

Peregrinación al Escorial, por A. Salcedo.—Grabados, por Anocelo de Oliredo.—Nuestro arte religioso, por José Fernández.—La cartera, por Alfonso Pérez Nieva.—El mundo microscópico, por Valentín Gómez.—La tía Marimono, por Manuel Polo y Peyrolón.—A San Isidro Labrador (oda), por Jaime Martí Bastard.—San Pedro de Cardeño, por M. Domínguez Berruga.—Joyas literarias: El número 13, por José Selgas.—Reclamos y anuncios.

GRABADOS

Anacreonte.—Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial.—Fiesta naval en Huelva, con motivo del centenario de Colón.—Ojos africanos.—Ilmo. Sr. D. Gabino Alonso Castillo.—Un patio de Granada.

La peregrinación al Escorial.

Antecedentes

LEVANTARSE antes de las cuatro de la madrugada es para todo madrileño de estado seglar un verdadero acontecimiento. Ayer (1), más de mil personas oíamos las cuatro campanadas anunciadoras del alba, unos dentro de la iglesia de San Martín, otros en los alrededores de dicho templo, esperando que se organizase la peregrinación al Escorial, ideada por la *Guardia de honor del Santísimo Sacramento y Congregación de San Luis Gonzaga*, con el santo objeto de adorar á Jesús Sacramentado en la Hostia que se venera en la sacristía del Real Monasterio, conocida por el nombre de *Sagrada Forma*. Como pocos ignoran, es piadosa tradición que habiendo entrado los herejes zunglianos en una católica ciudad de los Estados de Flandes, saquearon la iglesia, y arrojaron al suelo el copón, derramándose las Sagradas Formas por el pavimento, entre los blasfemos alaridos de aquellos desalmados. Y uno de ellos, más Chíes que los otros, llevó el sacrilegio hasta el punto de pisotear una de aquellas venerandas hostias. No permitió Dios que tan horrendo pecado quedase impune, y obró entonces uno de los portentos más hermosos y consoladores de su misericordia; y fué que la hostia herida manó tres gotas de sangre. A vista de tal milagro quedó confuso el hereje, y allí mismo se convirtió á la fé católica, proclamando, como nuevo Centurión, que *verdaderamente era el Hijo de Dios* el que había sido herido. La santa Forma fué trasladada luego al Monasterio del Escorial, y nuestros católicos reyes erigieron en la sacristía un magnífico Tabernáculo para custodiarla dignamente. Este Tabernáculo es de bronce dorado á fuego, y está dentro de una capillita toda revestida de ricos y bellos jaspes. Para cubrirlo pintó Claudio Coello un grandioso lienzo, del que corren por el mundo muchas copias, y que es de lo mejor que las pasadas generaciones nos han legado en punto á cuadros. El lienzo de Coello se baja y sube á torno cuando se quiere manifestar ó cubrir la Sagrada Forma, la cual en ciertos días del año es trasladada procesionalmente al altar mayor de la Basílica para que allí reciba, con todo esplendor y magnificencia, el culto que le es debido. Hasta aquí la historia.

Los guardias de honor del Santísimo Sacramento que el año pasado fueron en peregrinación á la capilla de la Casa de Campo, han querido este año ir hasta el Escorial. Como corresponsal de *El Movimiento Católico* he tenido la dicha de acompañar á los peregrinos, agregado á la Congregación de San Luis Gonzaga (favor que debo á mi amigo y compañero en las tareas periodísticas D. Martín Domínguez Berrueta), y de aquí que pueda yo consignar en estas páginas de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, como en las de *El Movimiento*, mis impresiones en tan piadoso y consolador viaje.

Al amanecer.

La alborada estaba fría y desapacible; las puertas del templo parroquial, abiertas de par en par, dejaban ver, allá en el fondo, el altar

(1) Véase la fecha de este artículo.

mayor, profusamente iluminado, cuyo resplandor resaltaba sobre las sombras del interior de la iglesia, y contrastaba con la debilísima claridad de la aurora que iba poco á poco extendiéndose por las calles. Entre esta penumbra matinal movíanse, como siluetas fantásticas, las figuras de los peregrinos, y de muchos que, sin serlo, habian acudido allí para presenciar la salida de la peregrinación; veíanse los estandartes entre grupos compactos, ya concentrados para la partida; en las cererías próximas á la iglesia, únicos establecimientos abiertos en hora tan intempestiva, entraban los peregrinos á proveerse de velas; junto á la calle del Horno de la Mata se levantaban, agigantadas por la media luz del crepúsculo matinal, las figuras ecuestres de cuatro guardias civiles á caballo; nadie hablaba alto, excepto Muñoz Escamez, el activo *reporter* de *La Correspondencia*, que andaba de grupo en grupo, preguntándolo todo, y apuntándolo todo en su libro de memorias, según exige la práctica de su modesto y útil oficio.

Los *luises*, como se llaman familiarmente los jóvenes de la Congregación de San Luis Gonzaga, lamentaban la ausencia del P. Sanz, alma y vida de su sociedad, y el mejor amigo de todos y cada uno de los congregantes. Los hay entre éstos muy jóvenes, casi niños; quizás para muchos de ellos fué ayer la peregrinación la primera salida solos del hogar; ese primer paso, tan deseado en la adolescencia, en la justa emancipación, propia de los varones. Ya se conocía en los consejos que les daban sus madres y hermanas: *cuidado con bajarse del tren*; *que no te olvides de cerrar bien la ventanilla*; *que no te apartes de la vista del P. Sanz ó de quien haga sus veces*... Y despedidas afectuosísimas y largas, como si los simpáticos bachilleres fueran á emprender un viaje á la China...

A las cuatro y media llegó el Prelado, y se organizó la procesión.

La procesión

Delante van á caballo los guardias civiles. No tienen que trabajar por abrir calle á la piadosa comitiva; porque todo está desierto, y ni las tiendas se han abierto todavía. Algunos obreros, muy pocos, presenciaron el paso de la procesión, arrodillándose ó descubriéndose reverentemente ante los estandartes y ante la imagen del Sagrado Corazón, llevada en andas por los peregrinos. De vez en cuando se oye el crugir de la falleva de un balcón que se abre, y se ve aparecer la mustia y asombrada faz de algún curioso, al que el rumor de la calle ha despertado en lo mejor del sueño. Pero ya es día claro; el sol ilumina el pavimento húmedo de las calles, presentándose una mañana más desapacible aún que la alborada, que parece más propia del revoltoso Marzo, que de Mayo, el mes florido y hermoso por excelencia.

Los congregantes de San Luis llevan su estandarte azul. El Apostolado de la Oración y Guardias de honor del Santísimo Sacramento, la imagen del Sagrado Corazón y otros estandartes. La piedad es esencialmente democrática en el sentido de igualar á todas las clases sociales; representantes de todas ellas van confundidos, fraternizando, en la peregrinación.

La Reina Regente ha querido que su augusto hijo vaya representado en el piadoso acto por el señor duque de Bailén, que de gran uniforme ocupa su puesto de honor al lado de los directores ó presidentes del cortejo. Muchas otras personas de la más linajuda aristocracia, de la alta banca, de la Universidad, del Consejo de Estado, senadores, diputados á Cortes, y varios que lo fueron en las Cortes pasadas, alternan con los obreros en las filas de la procesión. Se vé también á un jóven teniente de caballería, que con su vela encendida y actitud modesta y humilde, que en nada desdice de la gallardía propia de su uniforme, marcha entre las filas de los Luises.

En los últimos años se ha adelantado mucho en punto al justo desprecio á ese respecto falso al mundo, que no era más que una intolerable imposición de la impiedad. Nadie se avergüenza ya de llamarse católico, ni de practicar la Religión, ni de llevar una vela en las procesiones, ni nadie teme que le llamen carlista ó neo por aparecer católico y piadoso. Ayer se vió este progreso claramente, debido, á nuestro juicio, á la acción del Episcopado español en los Congresos Católicos; y por lo que se refiere á Madrid en particular, á la bienhechora influencia de las Órdenes religiosas y al trabajo constante de muchos Padres de la Compañía de Jesús, como Hidalgo, Garzón, Sánz y otros, secundados admirablemente por Sacerdotes seculares, como los Sres. Chacón, Jiménez (don Donato) y otros, y legos fervorosos como... ¿á qué citar nombres que están en la memoria de todos?

Los peregrinos iban rezando el Rosario durante el trayecto, desde San Martín hasta la estación del Norte, dando este rezo, tan simpático á todo católico, un aspecto grave y verdaderamente piadoso á la procesión.

El viaje.

Llegamos á la estación. Todo estaba preparado admirablemente para evitar confusiones y barullo. En el largo tren sólo iba un departamento de primera clase, que ocupó el Sr. Obispo de Madrid-Alcalá con sus familiares, y uno de segunda, en que entraron otros señores Sacerdotes y el corresponsal de *La Correspondencia*. Los demás vagones eran de tercera, é indudablemente muchos de los peregrinos entraban por primera vez en su vida en estas incómodas *perreras* que las Compañías ferroviarias destinan á las gentes que no tienen dinero. Bueno es que los ricos se enteren prácticamente alguna vez de cómo viven y viajan los pobres en estos tiempos, que son, según muchos, los democráticos por excelencia.

Durante el trayecto los peregrinos no cesaron un momento de cantar cánticos piadosos y de rezar en común el Rosario. En el vagón en que á mí me tocó viajar, se rezaron tres partes de Rosario, se cantó el *Tantum ergo* y otros trozos de música sacra, y se dieron estruendosos vivas á los Sagrados Corazones de Jesús y de María, al Papa-Rey y á la unidad católica. Observé que los peregrinos no gustaban mucho del himno compuesto exprofeso para el acto, y que, á decir verdad, (como debemos decirla siempre los cristianos), me pareció más belicoso que literario.

En algunas estaciones del tránsito salieron los Curas párrocos y autoridades á recibir á la peregrinación y cumplimentar al Prelado.

En El Escorial

La estación estaba llena de gente.

El Párroco de El Escorial de Abajo, con capa pluvial y cruz alzada, esperaba á los peregrinos. Se organizó nuevamente la procesión, y tomamos el camino del Monasterio por entre las frondosísimas alamedas de los jardines reales. Si la naturaleza hubiese correspondido, el desfile y entrada en la Basílica por los jardines y por la imponente Lonja, habría resultado magnífica. Por desgracia la lluvia huracanada lo echó todo á perder, deslucíendo el acto y haciendo correr más que á prisa á los peregrinos.

Ya en la iglesia se revistió el señor Obispo y celebró la misa en el altar del Relicario, á la izquierda del mayor. El señor Obispo de Sión estaba encargado de dirigir una plática á los peregrinos para enfervorizar sus corazones antes de acercarse á la Sagrada Mesa. Como el ilustrísimo Sr. Cardona no pudo asistir á la peregrinación, por haber ayer capilla pública en Palacio, ocupó el púlpito el Sr. Chacón, Cura párroco de San Martín.

Comulgaron más de 600 personas entre guardias de honor, congregantes de San Luis, obreros y alumnos del real Colegio de El Escorial. Después el señor Obispo de Madrid Alcalá dió su bendición á la concurrencia.

Antes de la función.

Concluída la Misa de Comunión, dispersáronse los peregrinos en demanda del indispensable y ya deseadísimo desayuno. A los obreros les repartieron pan y alguna otra cosilla, en el patio de los Reyes. El resto de la peregrinación invadió el conocido café de Miranda, y pronto no hubo en éste ni café, ni leche, ni chocolate, ni panecillos disponibles. Muchos tuvieron que andar de la Ceca á la Meca, por las enriscadas callejuelas de El Escorial, en busca de otro establecimiento en que no se hubieran agotado los víveres.

Ningún peregrino arrancó de la solapa de su levita el escapulario del Sagrado Corazón. Daba gusto verlos por las calles y por los cafés y hosterías de El Escorial ostentando valerosamente la hermosa insignia de su fe y piedad.

La función.

Fué solemnísima. Las notas de la Misa del Padre Aróstegui resonaban con increible majestad bajo las bóvedas de piedra de la ingente Basílica; en el altar mayor la *Sagrada Forma* estaba expuesta al público entre centenares de luces. ¡Qué imponente y qué magnífico es el culto católico en estos templos, obras maestras del arte y cífras y compendios del poderío y de la fe de muchas generaciones!

El sermón, predicado por Fray Fermín de Uncilla, el último biógrafo de San Agustín, estuvo muy arreglado á los Cánones de la buena oratoria sagrada: correcto y fervoroso. El exordio fué lo mejor del discurso. La peregrinación, los recuerdos históricos de El Escorial y el altísimo significado teológico de la fiesta de Pentecostés, todo ello, diestra é ingeniosamente relacionado, sirvió á Fray Fermín para componer su oración sagrada, en la que nada faltó ni sobró, y que pronunció muy bien y con excelentes aptitudes oratorias.

Después de la función.

Nueva dispersión de los peregrinos. Estos van por grupos á buscar la comida que habían mandado preparar de antemano. El día ha mejorado, aunque sigue soplando el viento muy recio; ha salido el sol, y los muros de El Escorial brillan, embestidos por el astro, como si fueran de cristal.

La Congregación de San Luis ha tenido la bondad de admitir al corresponsal de *El Movimiento Católico* para la peregrinación, y esto me da motivo de alternar con tan distinguídos y piadosos jóvenes en el animado acto de la comida.

Como gente de buena cepa y de gusto, los congregantes no han encargado la comida en ninguna fonda de El Escorial, sino que se han llevado de Madrid la merienda en dos enormes y blanquísimas cestas de mimbres.

¡Y qué bien preparado viene todo! Cada congregante lleva separada su ración, compuesta de ternera, jamón en dulce, merluza frita, queso y pastas, cada cosa envuelta en un papel de seda; y todo ello en otro mayor, de color azul, y sujeto por una cintita, también de seda. Son surtidos tan exquisitos como primorosos, y en el arreglo y disposición se nota la mano inteligente de una señora de buen gusto. Hubo sus discusiones acerca del sitio en que se debía comer; por fin se escogió la fuente del Seminario, en el pintoresco camino de la *Silla de Felipe II*, á la sombra de unos álamos gigantescos, sobre altas y verdes yerbas, paraje delicioso, en suma, á más no poder. Desde allí gozaba la vista en la contemplación de las montañas ciclópeas, y en la de la otra ciclópea montaña que se llama Monasterio de El Escorial. Los jóvenes congregantes comían con el excelente apetito propio de su edad, y dando muestras

de esa decente alegría que es el brillo de la verdadera virtud.

Después de comer se visitaron por los peregrinos casi todas las dependencias del palacio y del Monasterio. Por obsequio á la peregrinación se permitió la entrada en los regios panteones. Allí está ya la tumba de D. Alfonso XII, cuyo hijo venía con nosotros representado por el duque de Bailén. En el panteón de Infantes eran varios los que se detenían á rezar un *Padre nuestro* ante el sepulcro de D. Juan de Austria, de aquel varón insigne que nos salvó con su vencedora espada de ser esclavos del sultán de Constantinopla. ¡Cuánta gloria desvanecida! *Sicut nubes, velut umbra*; así son nuestras hazañas y hasta el mismo recuerdo que ellas dejan. Visitando los regios panteones vienen involuntariamente á los labios las terribles palabras de Bossuet: *¡sólo Dios es grande!*

Por la tarde.

La función religiosa de la tarde fué aún más conmovedora y bella que la de la mañana. La Sagrada Forma fué llevada procesionalmente por el interior de la Basílica, alrededor de los ingentes pilares del crucero, hasta la sacristía, en que quedó depositada en su Tabernáculo de bronce dorado. Mientras se cantaba el *Tantum ergo*, subía lentamente el hermoso lienzo de Coello, prodigio del arte y monumento vivo de la religiosidad de la antigua España.

Después de la reserva, salieron todos á la puerta de la Basílica, y el señor Obispo, con negros ornamentos pontificales, entonó tres responsos: el primero, por el alma de D. Felipe el Prudente; el segundo, por la de todos los reyes que están enterrados en el monasterio, y el tercero por la de D. Alfonso XII.

Sobre la gradinata del patio de los Reyes había colocada una tribuna, y á ella subió el Padre Font á despedir á los peregrinos.

No fué el del P. Font un sermón, ni un discurso; fué una arenga. Ya él lo dijo: «Sois soldados ¡oh, peregrinos! que acabais de ganar una batalla; yo vengo á arengaros sobre el campo de vuestra victoria para que no os adormezcan los laureles del triunfo, y persigais al enemigo hasta sus últimas trincheras.»

La figura atlética del P. Font, su actitud desenvuelta y sus ademanes tribunicios entusiasman á los oyentes, que oyen, como soldados el clarín de guerra, aquella voz tonante y aquellos párrafos impetuosos, de expontánea y varonil elocuencia, cuyos finales repiten los ecos del pórtico gigantesco, como si fueran voces de tempestad.

El P. Font ha vivido la mayor parte de su vida en aquellas fronteras de la civilización que se llaman Islas Filipinas; ha predicado á muchedumbres de bárbaros, medio idólatras, y no sólo en los templos, sino en medio de los campos; ha tenido que acaudillar á sus feligreses, como no se acostumbra en Europa hace muchos siglos, en las guerras sagradas contra los infieles. Todo eso se refleja en su elocuencia, que es á la vez elocuencia de apóstol que convierte á paganos, y oratoria patricia de *castila*, que habla á razas inferiores, imponiéndoles con ademán soberano la recopilación de Leyes de Indias, al mismo tiempo que las exhorta á recibir amorosamente el yugo suave del Evangelio.

Por un fenómeno singular, estos frailes de Filipinas conservan, quizás mejor que nosotros los peninsulares, el espíritu imperial de los antiguos tiempos españoles. Allá, en medio de las selvas del Oriente, han vivido la vida que vivieron nuestros antepasados en Italia, en Flandes y en España. Para ellos las ideas de Religión y de patria son inseparables; el Misionero y el soldado son hermanos; la Cruz y Castilla dos palabras mágicas, de un encanto ineluctable.

Ayer, los frailes de Filipinas, por boca del Padre Font, nos hablaron á nosotros, españoles de la decadencia, el lenguaje viril de nuestros mayores, en aquel patio de los Reyes, por cuyos muros, que más que construcciones humanas parecen montes cortados á pico, vaga y vagará hasta el fin de los tiempos la inmensa sombra de Felipe II... Todo era allí armónico, y cada cosa completaba á la otra; la sombra del gran Rey, la imafronte de la Basílica, la predicación al aire libre, la palabra encendida del Padre Font, la figura del predicador y su hábito negro, todo, todo formaba un conjunto indefinible, pero al que se puede propiamente llamar así: *glorias de España*.

«Sois, nos decía el P. Font, católicos y españoles. Como católicos teneis grandes deberes que cumplir; como españoles los teneis también». Y nos explicaba luego, con maravillosa claridad, de qué manera debemos respetar á los poderes constituidos para obedecer á León XIII, que así lo quiere, y para cumplir nuestras obligaciones naturales con los príncipes que Dios ha querido poner sobre nosotros. Tuvo inspiradísimos períodos recordando á la Reina Regente que ayer, según nos dijo, había comulgado, uniéndose en espíritu á la peregrinación, y para su augusto hijo, que venía en la peregrinación dignamente representado.

El regreso

Fué tan lucido como todo lo demás. Durante el trayecto se cantaron himnos sagrados, y en algunos de los vagones se volvió á rezar el Rosario.

Antes de dejar la pluma, creo de mi deber hacer pública mi gratitud á los congregantes de San Luis y á los otros señores peregrinos, por la bondad y deferencia con que han tratado al humilde representante de *El Movimiento Católico*.

A. Salcedo.

Madrid, 22 Mayo.

GRABADOS

Anacreonte. (Grupo en mármol).—(Pág. 147).

Pocos poetas han logrado la notoriedad de este célebre lírico, hasta el punto de haber dejado su nombre y distinguirse con él esas cortas y graciosas composiciones en las que se canta al vino y al amor. Entre los poetas de nuestro siglo de oro anduvieron muy en boga tales composiciones, para las que emplearon, por lo regular, el verso de siete sílabas.

Anacreonte nació en Teos, en Jonia, quinientos treinta años antes de Jesucristo. Pasó la mayor parte de su vida en la voluptuosa corte de Polícrates, tirano de Samos, componiendo aquellas canciones que le consiguieron fama universal entre los griegos y conquistaron para su nombre los aplausos de la posteridad. Según asegura la tradición, murió ahogado con un grano de uva á los ochenta y cinco años de edad. Se le han echado en cara por casi todos los historiadores los excesos del epicuraismo, en especial los de la embriaguez, á los que se entregó, si á tales historiadores hemos de dar crédito, con bastante frecuencia; pero no le han faltado asimismo apologistas y defensores entusiastas que han asegurado era su conducta muy otra de la que aparece en sus poesías; contradicción que, de ser cierta, nada tendría de extraño, pues no es este el único ejemplo que nos presenta la historia.

Su ciudad natal esculpió su efigie en las monedas, y erigió á su memoria una estátua magnífica de la que sólo se conserva el recuerdo y la descripción que de ella hicieron los contemporáneos.

El grupo en mármol que hoy ofrecemos á nuestros lectores, posee algo de la olímpica serenidad de la antigua estatuaria, y denota en su autor profundos conocimientos, tanto del arte clásico como de la moderna ciencia anatómica.

Odios africanos.—(Pág. 153).

Allá, en el retiro de las selvas africanas, casi infranqueables para el hombre, en el fondo oscuro de los bosques seculares, desarróllanse á las veces escenas muy parecidas á la que representa nuestro grabado.

El rey del desierto, el león terrible, auxiliado por sus camaradas de raza se impone á los demás animales, aun á aquellos que, como el elefante, por su solo aspecto parece debían ser respetados y temidos. El instinto enseña á las fieras citadas, en primer término, cuál es el punto flaco del enemigo con quien tienen que habérselas. El elefante, como saben nuestros lectores, no tiene otra arma de defensa que la flexible trompa, utilizable tan sólo en una lucha frente á frente; pues la pesadez del cuerpo del animal imposibilita á éste para verificar rápidos movimientos. Consiguiendo librarse del alcance de la trompa, el elefante resulta un animal casi inofensivo.

En el grabado correspondiente, un tigre ha conseguido hacer presa en el voluminoso cuerpo del paquidermo, y en el entre tanto, un león que se ha mantenido en actitud espectante, espera que llegue el momento propicio para ayudar al felino y repartirse con éste los trofeos de la victoria; lo cual nos demuestra, que tanto en los países civilizados, como entre las fieras del desierto, se imponen en ocasiones las alianzas ofensivas y defensivas.

Ilmo. Sr. D. Gabino Alonso Castrillo.—(Pág. 156).

Honramos hoy las páginas de La Ilustración dando en ellas cabida al retrato del Sr. D. Gabino Alonso Castrillo, Abad-presidente de la Real Colegiata de San Isidoro de León, una de las personalidades que con más relieve se destacan en la gloriosa falange del Clero español, siempre fecundo en hombres que, por su ciencia y por sus virtudes, son ornamento de la Iglesia y honra de la patria.

El Sr. Alonso Castrillo nació en la villa de Valderas, provincia de León; y manifiesta en él, desde los primeros años, su vocación al sacerdocio, ingresó en el Seminario de León, donde estudió con aprovechamiento extraordinario la Sagrada Teología, ordenándose de Presbítero el 20 de Febrero de 1869. Apenas elevado á la dignidad sacerdotal, fué nombrado Coadjutor de la parroquia de San Juan del Mercado, en su villa natal; el joven Presbítero se entregó tan de lleno y con tanto entusiasmo á desempeñar las funciones del ministerio parroquial entre sus paisanos, que no pudo por menos de llamar la atención de sus superiores, quienes vieron en el joven Alonso una verdadera esperanza, y comprendieron que estaba llamado á desempeñar elevados cargos en la Iglesia.

La sola enunciación de los que ha desempeñado desde entonces, basta á demostrar que no se engañaron los que así vaticinaban. Director espiritual y Catedrático de Psicología, Lógica y Ética, y de Religión y moral en el Colegio-instituto de Llanes en 1875; Capellán del Real Monasterio del Escorial y Vicepresidente de la Real Basílica en 1880; Rector del Colegio de San Ildefonso de esta corte en 1881, y Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Lugo en 1887; en todos estos cargos demostró el señor Alonso Castrillo las excepcionales condiciones que le adornan, dejando, de su paso por ellos, recuerdos imborrables.

En 9 de Enero de 1888 fué nombrado Abad-presidente de la Real Colegiata de San Isidoro de León.

Relativamente joven el Sr. D. Gabino Alonso Castrillo, no ha de constituir seguramente la presidencia de la Colegiata de San Isidoro el término de su carrera.

El Sr. Alonso es predicador de S. M. desde el año 1881, en cuya fecha desempeñó la capellanía del Oratorio de Damas del Real Palacio,

Carta del eminentísimo y reverendísimo señor

CARDENAL MARIANO RAMPOLLA

Secretario de Estado de Su Santidad el Papa Leon XIII

ESCRITA Á DON MIGUEL MIR

AUTOR DE LA

Historia de la Pasión de Jesucristo

Muy reverendo señor:

Han llegado á mis manos dos ejemplares de la *Historia de la Pasión de Jesucristo* que acabas de publicar, uno de los cuales, según que me lo pedías en la carta que me escribiste, lo presenté á Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, expresándole de tu parte los sentimientos de respeto y rendida obediencia que tienes para con su Sagrada Persona. Recibió Su Santidad con agrado ese obsequio, principalmente por tratarse en él de un asunto muy apropiado á fomentar la piedad en los ánimos de los fieles.

Así, al par que te da las gracias por ello y te envía su bendición, ruega á la Divina Majestad te conceda fuerzas y salud suficiente para publicar otras obras que sean de igual utilidad para el público en general. Por mi parte, no sólo te agradezco muy encarecidamente el ejemplar que me has destinado y te manifiesto los vivísimos deseos y sentimientos de Su Santidad, sino que me congratulo de que tu libro resplandezca con aquella pureza de lenguaje castellano y con aquella forma y arte nobilísimo de estilo que, al propio tiempo que demuestra tu excelente cultura literaria, es nuevo y clarísimo argumento de que en el día de hoy hay también eclesiásticos cuyas obras se recomiendan por su mérito artístico y por la elegancia y hermosura del lenguaje.

Y tanto más me agrada esta cualidad y ornamento de tu libro, cuanto que tengo la confianza de que esa belleza de estilo será para muchos incentivo muy eficaz para leer una obra que está destinada á producir frutos de salud, tanto más copiosos cuanto sea mayor el número de los que la lean y estudien.

Entre tanto, muy reverendo señor, me complazco en manifestarle los sentimientos de sincera estimación con que soy tu afectísimo

Mariano, Cardenal Rampolla.

Roma 5 de Mayo de 1893.

Al muy reverendo señor D. Miguel Mir.—Madrid.

siendo objeto de muy honrosas distinciones por parte de S. M. la Reina Regente y de toda la Real Familia.

Un patio de Granada, (cuadro de Pozo).—(Pág. 157).

Manantial fecundo de inspiración ha sido y continuará siendo para poetas y pintores, la ciudad del Darro y del Genil. Aquella

ciudad riquísima, opulenta,
el tesoro y la prez del Mediodía,
que en regia pompa y majestad se asienta
en medio á la feraz Andalucía,

como cantó nuestro gran vate nacional, coronado más tarde en esa misma Alhambra, tormento y regocijo de su musa. Todo contribuye á hacer de Granada la ciudad romántica por excelencia. Sobre las leyendas muslímicas, nunca olvidadas, flota la epopeya de los Reyes Católicos; y á los encantos de un cielo sin par se unen los esplendores de una campiña maravillosa, para hacer de la antigua corte de Boabdil un verdadero paraíso. En sus costumbres ha quedado grabada la huella musulmana con caractéres imborrables, y en ellas se ha inspirado el distinguido artista Julián Pozo, reproduciendo con exquisita delicadeza escenas de un patio granadino.

ANTONIO DE OLMEDO.

Nuestro arte religioso

XXVII

(Siguen las conclusiones)

De intento he dejado para el final de esta serie de objetos lo tocante al retablo, porque entiendo que sería preferible no formase parte del mueblaje, sino del mismo edificio. Sabido es que traen su origen los modernos retablos de la antigua *retro tábula*, ó tabla respaldar de los altares, en la cual había efigies pintadas ó esculpidas. Tales y como han venido á ser los actuales, merecen el lugar que ocupan; pero es necesario corregir muchas imperfecciones que en ellos han venido á ser frecuentes.

El mejor retablo principal sería *un conjunto de los mismos elementos arquitectónicos que exornan todo el templo*, y hechos de la misma materia de sus muros. La misma cornisa que corriendo por la nave central y el crucero, rodea también el presbiterio, podría muy bien formar (como, en efecto, vemos en muchas iglesias) un hermoso cimacio sostenido por columnas, con su basamento á manera de espléndido pórtico, cuyo centro ocupara la gran hornacina ó el cuadro con su artístico y correcto marco, y en cuyos intercolumnios laterales, si los hubiera, podrían figurar otros nichos más pequeños con estátuas, sin perjuicio de que las hubiese también allí donde lo permitiera el plan arquitectónico. Los muros laterales de la capilla mayor debieran estar ornamentados de manera conveniente á preparar esta resolución, ó final, motivo dominante de la obra.

Si se quisiera acentuar más la ornamenta-

ción, bien se podría emplear en todo el presbiterio, ó al menos en el retablo, materiales más nobles que los del resto del templo, como los mármoles preciosos con capiteles, filetes y marcos de bronce; ó bien este metal solo en los retablos góticos, que tampoco excluyen el mármol. Cuando los órganos están en los muros laterales de este privilegiado recinto, son motivo muy socorrido y un elemento más de ornato aprovechable.

Una digresión necesaria:

No se me oculta cierta dificultad bastante grave, que sólo á los arquitectos es dado apreciar bien; y es que en las construcciones regladas por cualquiera de los cinco órdenes clásicos surge un problema de dimensiones bastante arduo; porque si las de la cornisa dependen, como es de rigor, del módulo de las columnas ó pilastras que la sustentan, y llegan, bien solas, bien sobre pedestales hasta el pavimento, claro es que debiendo estar más elevado el de la capilla mayor que el del resto de la iglesia, ó tienen que ser más cortas las columnas, y por lo tanto de distinto módulo, que á su vez pide otra proporción de cornisa, ó deben perder el pedestal; inconveniente que se agrava si la sillería del coro, por bajo que sea su respaldo, corre, como es de desear, arrimada al retablo, pues entonces éste debe arrancar desde el remate de aquélla, lo que aún acorta más la elevación del monumento, viniendo á hacer difícil que su cornisa sea la misma de todo el templo. Y téngase presente: primero, que si hay en esta una solución de continuidad para que á su lado empiece otra cornisa de distintas dimensiones, es imposible que no resulte cierta imperfección tan saliente como la que puede observarse en San Ginés de Madrid y en la misma Catedral, cuyo altar mayor y ornato del presbiterio es nada menos que de Ventura Rodríguez; y segundo, que este problema no se resuelve siempre con retablos de estilo diferente al ornato general, ni es cosa tampoco de dar á esta obra tan principal un fundamento ó base tan falta de lógica artística y de belleza como los ridículos mensulones en que estriba el retablo de la parroquia del Carmen y el de la de San José, para eterno descrédito del arquitecto, ó lo que fuese el que tal despropósito pudo idear, y el que lo consintió ó quedó contento al verlo concluído ó en proyecto.

Pero este problema no es ciertamente irresoluble, si se estudia bien, al mismo tiempo que toda la traza del edificio.

Sostengo que todo lo que no sea obviar esta dificultad equivale á edificar una obra bastante incorrecta, aunque de ella, por desgracia, tengamos ejemplos; que siempre lo malo abundó mucho, pero no por eso llegó á ser bueno jamás. Preferible sería omitir el retablo y sustituirlo por un adorno cualquiera, ó marco, siempre bajo la cornisa general, que no debe ser interrumpida en sitio tan visible como el centro; pero esta solución es pobrísima y de efecto dudoso casi siempre.

Sostengo también, entrando de nuevo en mis conclusiones, que convendría no edificar en adelante retablos de dos ó más pisos, y estos cada uno de su orden, y que el retablo de madera imitado á mármoles no deja de ser una prueba de vanidosa pobreza que á nadie engaña, pues no hay quien se deje seducir por imitaciones tan groseras como las que hacen nuestros pintores.

De los retablos estilo Renacimiento, barrocos y churriguerescos, dorados y pintados con ó sin relieves y demás zarandajas; de los que imitan en madera ó piedra un gran dosel ó pabellón de tela; de los trípticos con puertas que se abren y cierran según las festividades, y de otras muy peregrinas invenciones, sin excluir el enorme tabernáculo de cuatro caras, alguno de ellos con cuatro altares mayores todos, que son como otros tantos adornos del zócalo de tan extraño obelisco puesto en medio del presbiterio y teniendo detrás en el muro principal, como en algunas iglesias, el órgano ó la pared medio desnuda; de todo eso no se puede hablar más que para excusarlo con toda la aversión que á los retablos churriguerescos profesaba el célebre Llaguno y Amírola, que se propuso, y es lástima no consiguiese, destruirlos todos (1).

Estas mismas consideraciones pueden servir para los retablos de las capillas y demás altares, debiendo tenerse presente que el dejar la mesa del altar con su grada aunque no sea más que un poco separada del retablo sin formar parte de él, facilita mucho en las capillas la corrección de este ornato que debe concuadrar con el de el recinto que presiden. Esto es lo puro y correcto; pero si han de continuar los retablos de madera imitada á mármol, que los haga el arquitecto, no el carpintero, como los de piedra tampoco debe idearlos el marmolista; que se les considere como si fueran parte del edificio; y, por Dios, que los pinten de modo que se parezcan algo siquiera á la obra de la naturaleza.

Se comprenderá que los retablos de altares secundarios que no presiden capillas, sino que están en la nave ó en el crucero, no hay para qué tengan el altar tan separado; ni rige tampoco en ellos la regla de ser continuación de la cornisa general; basta con que su sitio sea el mismo de la nave y que toda la obra forme parte armónica del conjunto artístico de ésta. Si en vez de retablo es solo un cuadro mosáico ó bajo relieve el que está sobre el altar, debe cuidarse que el marco no sea vulgar como el de los cuadros de Museo, Exposiciones ó casa particular, sino que ostente formas arquitectónicas, correctas y conformes con las de la nave de cuyo ornato es parte no despreciable. Tratándose de retablos góticos, sólo admisibles en iglesias de esta arquitectura, la libertad es mucho más amplia, pero no tanto que deba ser permitido por toda ornamentación esos tres raquíticos doseletes ú hornacinas que campean solas sobre el desnudo muro en los estrambóticos templos y siendo ojivales de nuestros días aciagos para el arte.

Es un defecto intolerable la excesiva multiplicidad de altares que como en San Cayetano (hoy San Millán), de Madrid, vemos colocados no solo en los centros de las capillas y lugares preferentes, sino en los lados de aquéllas, en las pilastras, en los rincones, donde quiera que hay vara y media de espacio libre; inmediatos unos á otros casi, y, sin casi, tocándose como en las capillas de Santiago y San Jerónimo, de la parroquia de San Ginés, y además de diferentes estilos, trazas, adornos y colorido, formando entre todos con sus muchas imágenes de desigual tamaño y su infinidad de trapos, ramos, lazos, exvotos, lámparas y ringorrangos, una especie de Rastro ó prendería más bien que el severo adorno y servicio artístico de un templo. Por el contrario, parece fría y desairada una iglesia casi desnuda, sin altares apenas, y éstos exíguos y desprovistos de adornos arquitectónicos y de imágenes; frialdad y desnudez que remedan mucho la estirada y glacial iglesia protestante: todos los extremos son viciosos.

Resta ahora decir algo sobre los verdaderos muebles y demás enseres que constituyen lo que podemos llamar el menaje de una iglesia.

Empezando por la sacristía, y en obediencia á la regla que prescribe el mismo carácter genuino y exclusivamente religioso del templo en todas sus dependencias, necesariamente los objetos que figuran en ésta deben ostentar fisonomía francamente sagrada y tradicional. Las cajonerías y armarios en que son custodiadas las ropas y alhajas, ó la librería, los bancos, reclinatorios y taburetes, deben ser, como la sillería del coro y los confesonarios, de material noble, si es posible (nogal, caoba, ébano, etc), y en otro caso de buena madera vulgar pero sin pintura que la asemeje á lo que no es. La forma siempre conveniente al estilo de la sacristía, que debe ser el mismo del templo. Abundan en los nuestros modelos preciosos que seguir, cuando se quiera confeccionar muebles de estos.

La mesa central para los cálices puede tener de piedra el tablero, pero su construcción en nada deberá parecerse á las obras profanas. Tiene también carácter propio la mesa de escritorio destinada al colector, muy diferente de una de las llamadas de despacho, aunque sean las de ministro. Hay que buscar en el mobiliario sacro de cada época ojival y en el de los siglos XVI, XVII y parte del XVIII, los modelos convenientes según sean las construcciones, góticas ó neoclásicas: lo mismo se entiende para estos muebles que para los sillones, sillas, banquetas, caja del reloj, marcos de los espejos, si están separados del respaldar que suelen tener las cajonerías, marcos de los cuadros, pie y copa del brasero, la fuente ó lavabo de piedra, bronce, porcelana ó azulejo, las tablillas de anuncios, las lámparas y candeleros para alumbrarse de noche, los jarros y otras vasijas, y los demás objetos menores, sin excluir los tinteros y otras menudencias. Podría permitirse la presencia de termómetros. Nada debiera ser allí insignificante, nada con aspecto ó reminiscencias de profanidad (1).

El mobiliario de la iglesia propiamente dicha es bastante numeroso; pero nada más fácil que hacerlo apropiado y correcto, gracias á los buenos modelos de la antigüedad, no á los extravíos, que tampoco faltaban.

De los bancos, banquetas, sillas de tijera, taburetes y demás asientos, sin excluir los reclinatorios, caso de ser necesarios, no hay que advertir sino lo que de los similares que ocupan la sacristía. El escaño de los tres oficiantes puede tener respaldo bajo más que alto, y también el sillón destinado al Obispo y los que sirven para si asiste cualquier Prelado ó personaje de alta distinción. Estos asientos pueden ser tapizados al estilo antiguo; pero no los demás, porque su objeto no es la comodidad, sino simplemente evitar la molestia y fatiga, que no es lo mismo. La Sagrada Liturgia prohibe los sillones ó butacas y todo escaño lujoso y blando que excite la molicie. Además, en el público los respaldos de los asientos molestan y quitan vista, estropeando las paredes si con ellas tienen contacto. Todos estos muebles deben pesar poco y tener adornos que se deterioren difícilmente aun á fuerza de continuo uso.

Los atriles para el misal deben ser ligeros y sencillos; son preferibles los de madera con inclinación varia mediante visagras ó eje, y

(1) Confesamos en honor de la pureza arquitectónica más extricta, que eso de poner un pórtico más ó menos complicado como principal ornato de un altar, y allí, donde no hay más puertas que una hornacina ó menos que eso muchas veces, un simple cuadro sobre el plano de la pared no deja de ser un golpe de estado artístico de bas ante gravedad; pero el uso lo ha autorizado, la vista no lo rechaza, sino que lo muestra bien, y en efecto, no está mal ni riñe con ley alguna fundamental de la estética, y además, resulta mejor que otro recurso cualquiera; luego bien puede ser erigido en práctica legal y corriente. En último caso, nada más fácil para ser arquitecto escrupuloso (y yo lo sería mucho si ejerciera tan noble profesión), que dar á la hornacina central ó al marco del cuadro todas las dimensiones que tendría el hueco de la verdadera puerta, cuya parte interior debiera estar en línea con la de las columnas ó basamento, etc. Así lo hizo Ventura Rodríguez en el retablo de San Isidro, hoy Catedral de Madrid.

(1) Desgraciadamente, no es raro ver en estos lugares la mesa de despacho, el reloj de tienda ó de café, el quinqué de petróleo en lámpara de comedor, la cómoda que vemos en casa del menestral, las sillas y butacas de los gabinetes, los cuadros con grabados y cromos como los de nuestras salas, los lavabos de alcoba, los espejos de *tudoir*, las banquetas de recibimiento, el infame Schoubesky ú otra estufa de fumisterías modernas, sin duda con el fin de que estropee todo el mobiliario y alterne con la escribanía de despacho ú oficina, con las mamparas de café ó escritorio y con los vidrios esmerilados ó con apariencia de muselina que lucen las tabernas, como si no hubiera mamparas de piel ó de damasco y vidrios pintados ó dispuestos cual conviene en lugar sagrado. Si todo esto se halla sobre muros desnudos y sin ornato arquitectónico, á manera de sala ó pasillo de casa particular, y sobre un pavimento de baldosín cubierto con la burguesa estera de cordelillo, bien podremos decir que hay un abismo entre la sacristía y la iglesia, á no ser que, como tampoco es raro, ésta sea digna de la primera por su modernismo profano.

no es indispensable en ellos guardar determinadas formas, como lo es en los de coro, pues éstos apenas son visibles.

Los pies de madera, piedra ó bronce destinados á sostener la cruz procesional, los ciriales y otras pértigas de uso litúrgico deben afectar la forma de pedestales ó flameros de verdadero estilo, sea clásico ú ojival; y si son de hierro y obra de rejería (aplicables á oficios fúnebres), debieran ser por su forma lo que fueron estos trabajos en los buenos tiempos del arte.

Acerca de las tablillas de anunciar que un altar es de alma ú otra noticia cualquiera necesaria; de los marcos de los cuadros; de los exvotos, que deben ser pocos y pequeños, caso de que sean permitidos; del reloj que suele haber en algunos templos; de las mamparas, cortinas de ingreso y de otros muebles análogos, debe establecerse, con mayor severidad si cabe, lo que ya se ha dicho de sus semejantes situados en la sacristía.

José Ferrándiz.

LA CARTERA

¡El areneroo!... ¿Quién quié arena?...

Ya estaba harto de pregonarla sin oir en todo el día el más mínimo chicheo desde los balcones; nada: no digamos comprarla por dinero, porque ese era un lujo que iba pasando de moda, pero ni siquiera á cambio de botas viejas ó de cajas vacías de perada quería la gente la dichosa arena, á tanta costa escarbada en el cerro de San Isidro. ¡Sin duda en las cocinas se limpiaba ahora con otros ingredientes, lo cual le hubiera importado á él un pito si no tuviera hambre, y si no tuviera que salir la comida del talego que llevaba á la espalda!...

Y el pobre rapáz, encorbado por el peso, con la grasienta gorra metida hasta las orejas, alborotadas las greñas, descamisado, descalzo, casi sin ropa, dando diente con diente de hambre y de frío, mirando fijamente al suelo para no perder una colilla, calle adelante, pisando por las heladas piedras y gritándoles á los balcones: ¿Quién quié la arena como el oro?...

De pronto, su desnudo pie derecho tropezó con un objeto que fué rodando delante de su planta; el granuja miró atentamente, y distinguió una carterita vasta, muy vieja, llena de mugre y sujeta por una goma de escritorio; la prenda trascendía á la legua á comercio. El arenero se agachó; cogió con ansia la cartera; en el acto pensó, sin darse cuenta, en los guardias; miro de soslayo, no los vió por ninguna parte, y decidiéndose al fin, abrió la tapa del codiciado tesoro.

No le había engañado al tacto el bulto de la cartera; encerraba dinero, y no poco. ¡Dios!... Si lo menos contenían aquellos bolsillos de cuero... lo menos... ¡Vaya usted á saber!... El no entendía de cuentas, pero allí, ante sus ojos y entre sus manos, pasaban infinidad de billetes; y todo era suyo, ¡vaya si lo era!... ¡El se lo había encontrado honradamente! Quiere decir que se acabaron los apuros, y el hambre y las noches al raso, y podría comprarse botas y mercarse el peón de la punta torneá... ¡Qué dicha!... Luego, él no conocía padre ni madre, y por tanto no tenía obligación de entregar á nadie aquello...

Aquí iba en su monólogo y en sus ilusiones, cuando oyó á su lado una voz lastimera, llena de lágrimas, que le preguntaba con ansia:

—Dígame usted ¿por casualidad se ha encontrado usted esa cartera?...

El granuja abrió los ojos y vió ante sí la figura imberbe, cándida, todo grana en el rostro y empedrada de sabañones por las orejas, de un zagalón de quince ó dieciseis años, que con su aire bestialmente inocente olía á almacén que apestaba.

—¿Qué? ¿Se te ha perdido algo?—preguntó el arenero con su cínica llaneza de la calle.

—Sí, señor; una cartera con diez mil reales que tenía que pagar de parte del amo. Y ya ve usted, si ni pago ni entrego el dinero, me zampan en la cárcel... ¡En la cárcel, ya ve usted!...

El hortera hablaba desolado, hecho una ola de llanto, sin fuerzas para expresarse y concediendo gran respeto al granujilla. Este, mientras, permanecía callado, meditabundo, estrechando la cartera con dedos vacilantes. Pero sin duda aquella hoja perdida no tenía aún picadas sus raicillas diminutas; por el alma helada del granuja pasó algo angosto que le conmovió, y rápidamente, con voz natural un poquito velada por cierta amargura hondísima, entregó la cartera al muchachote que en su asombro no acertó ni á articular las gracias, y le dijo con indecisa zumba:

—Toma el dinero, hombre, toma el dinero y no te amilanes... Siempre me he reido yo de los hombres grandes, que son toos unos gallinas... ¡El areneroo!...

Y dejando al atortolado hortera siguió el granujilla su camino, pareciendo que en torno á las greñas le resplandecía algo como un nimbo de luz.

Alfonso Pérez Nieva.

EL MUNDO MICROSCÓPICO

I

Después que el hombre, en medio de las grandes ruínas de su caída, se encontró en disposición de defenderse de todos los enemigos que la Naturaleza le suscitaba á cada paso, pensó que debía ensanchar los dominios de su reino, sometiendo á su poder cuanto abarcaba con la vista en la tierra, en el agua y en el aire.

Poco tiempo después del diluvio, este mezquino sér humano que puede ser aplastado por un peñasco, arrastrado por una ola, devorado por una fiera y aniquilado por un rayo, concibió el extraño proyecto de desafiar la ira de Dios construyendo una torre colosal, que pudiera servir de refugio para el caso de una nueva inundación.

Dios castigó sencillamente aquel insensato proyecto confundiendo el lenguaje de los trabajadores, de suerte que no se entendieran entre sí.

Fué un acto de infinita misericordia, porque bien pudo el Criador del mundo hacer que faltaran los cimientos de la obra, y cayese aquel monumento de la soberbia sobre los mismos que le estaban levantando.

Se contentó con una especie de burla, para demostrarles que por entonces sólo merecían su desprecio. No merecían realmente otra cosa los insensatos hijos de Noé.

Pero es de notar que Dios ha dejado siempre al hombre que se las haya mano á mano con todo lo grande; y si en algún caso, como en el de la Torre de Babel, ha puesto límite á sus intentos, no fué por la mayor ó menor extensión del proyecto concebido, sino porque lo impulsaba el móvil satánico del orgullo y de la rebeldía.

¡Cuántas cosas ha hecho el hombre desde entonces acá en el orden de lo atrevido y de lo grandioso!

Montañas abruptas bordeadas de abismos separaban unos lugares de otros. El hombre necesitaba cruzarlas, y abrió camino á través de las selvas, por encima de las rocas y á la orilla de los precipicios.

Ríos ó torrentes levantaban de pronto un nuevo obstáculo á su marcha: pues los peñascos de la montaña y la madera de los bosques servían para echar un puente de uno á otro lado, y por allí seguía su peregrinación el incesante viajero, que iba á buscar á climas desconocidos mejores pastos para sus ganados, valles más fértiles ó minas más ricas.

Ya no era río ni torrente lo que cerraba el paso del emigrante: era el mar con sus profundidades insondables, sus terribles borrascas, sus traidores escollos y sus calmas hipócritas. ¿Qué importaba? Troncos de árboles desentrañados flotando sobre el agua, podían servir de vehículo al osado navegante, y el mar con sus peligros y sus inmensidades, se vió al poco tiempo poblado de casas flotantes, cuyos ligeros velos de lona, que semejaban alegres banderas de triunfo, hacían servir á los vientos de motores involuntarios, de forzosos remeros que conducían los bajeles á donde el piloto quería, como dóciles caballos obedientes á la voz del domador.

De victoria en victoria, y de asombro en asombro, la humanidad ha ido marchando arrogantemente hacia la conquista de todo aquello que por su grandeza parece más imposible de vencer y de conquistar.

¡Qué ciudades tan hermosas no ha construído, allanando montañas y cegando abismos! ¡Qué ríos no ha encauzado! ¡Qué lagos no ha abierto para fertilizar arenosas llanuras ó criar pescados exquisitos! ¡Con qué valentía ha ido á buscar al fondo de los mares las escondidas perlas y las preciosas ramas del coral! ¡Cómo ha penetrado en los hondos senos de la tierra á arrancarles sus riquísimos metales y sus brillantes piedras, que reflejan luego todos los matices del iris en la frente de los reyes, ó en la garganta de las hijas de los hombres!

Y todavía esto parece nada, hoy que hemos llegado al colmo del atrevimiento. Se horadan los montes de parte á parte, y por aquel inmenso agujero cruza rápidamente ardiendo, humeando y rugiendo, ese mónstruo de la tierra que se llama locomotora.

Al mismo tiempo otro mónstruo semejante atraviesa los Oceanos como una centella, sin que le importe la dirección de los vientos, ni le hagan retroceder las tempestades.

Un hilo somete el rayo á la voluntad del hombre, y le hace eco de su misma voz, borrando distancias, continentes y hemisferios.

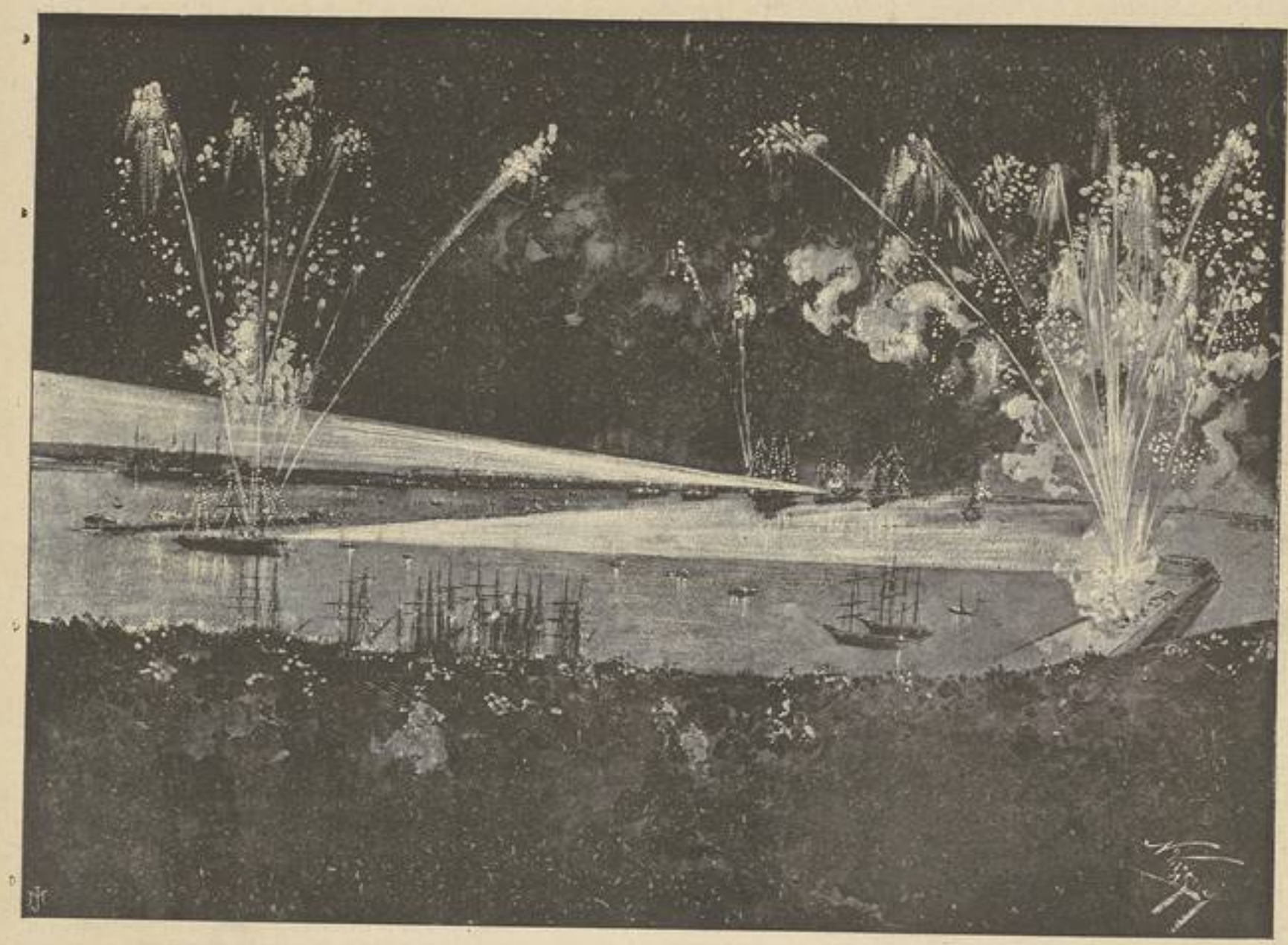
¿Enorme lengua de tierra impide la comunicación de dos mares? Se corta, y surge hoy el canal de Suez; mañana el de Panamá. Así, la vuelta al mundo quedará pronto reducida á un simple viaje de recreo.

¿Los astros? No son ya signos de nuestra buena ó mala fortuna. Son tal vez jaulas de otros pájaros como nosotros, cuyos secretos nos hemos empeñado en averiguar. Ya estudiamos las montañas de la luna y los volcanes del sol; y para acercarnos más á aquellas regiones hemos inventado los globos... El día que podamos dirigirlos, habremos completado la obra de nuestra osadía. Seremos serpientes en la tierra con la locomotora; pescados en el mar con el vapor, y aves en el aire con los globos dirigibles.

¿Qué grandeza habrá en el mundo capaz de resistirnos? No hay que hablar de los animales, porque fuera de los que están á nuestro servicio y llamamos domésticos, los más feroces acaban también por someterse á nuestra voluntad.

El elefante, con su enorme corpulencia, es objeto de las risas de los niños cuando lo ven bailar groseramente en la arena de un circo, comer en una mesa con su servilleta prendida y tocar un instrumento con sus brutales manazas, haciendo como que sigue atentamente las notas del pentágrama colocado en un atril.

Los leones, encerrados tras los hierros de una jaula, obedecen, á pesar suyo, á las voces de una débil mujer, que los hace saltar como perros por encima de un bastón, y los castiga valerosamente para intimidarlos como á humildes corderillos.



FIESTA NAVAL EN HUELVA, CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE COLÓN

¿Dónde hay un enemigo del género humano que á la hora presente pueda vanagloriarse de no haber sido humillado y vencido por este ser racional que nace más inhábil que un pajarillo, que crece á fuerza de cuidados y en medio de constantes peligros, y acaba por proclamarse rey de la Creación y señor de los elementos?

II

¿Dónde?

Hé aquí el formidable argumento que se ha reservado la Providencia para aniquilar nuestro orgullo y hundir en el polvo nuestra espantada frente.

Un mundo entero, cuyos límites no puede penetrar la imaginación humana, y cuya existencia es inadvertida á la percepción natural y ordinaria de nuestros sentidos, bulle, crece, se desarrolla é inunda todos los séres vivos que están al alcance de nuestros ojos, y se levanta como espíritu impalpable agitándose en las sombras, para decirnos que los mónstruos de la tierra, del agua y del aire, son insignificantes adversarios de la humanidad en comparación de los otros que no se ven, ni se tocan, ni se sienten, sino por la incontrastable acción de su fuerza desoladora.

Ese es el mundo de lo microscópico.

El telescopio nos asombró presentándonos las apartadas esferas que recorren el espacio sin fin, con una magnitud prodigiosa.

¿Pero qué vale eso ante el asombro que nos ha causado el microscopio enseñándonos legiones incalculables de séres vivos en una gota de agua, en un átomo, en una nonada que parecía desempeñar un papel despreciable en el orden de la Creación?

La primera vez que el hombre observó ese pequeño mundo, debió espantarse al considerar qué fuerza tan extraordinaria no desarrollaban aquellos séres que en tan pocos instantes nacían, crecían, luchaban fieramente entre sí, se reproducían y morían.

Detrás de estos séres puede haber otros muchos más pequeños todavía, diríase el observador aterrado; y es natural que, á medida que se vaya perfeccionando el microscopio, vayan apareciendo nuevas legiones y nuevos mundos, de cuya vida no se tiene hoy la más ligera sospecha. Pero ¿qué objeto tienen estos séres? ¿Los ha criado Dios únicamente para asombrarnos? ¿ó tal vez los ha criado también para nuestro castigo?

La observación ha ido avanzando en sus investigaciones, fijo sin cesar el lente en las innumerables familias microscópicas que pueblan el Universo. Y de seguro la ciencia honrada seguía haciéndose siempre las mismas preguntas: ¿Esto es para asombrarnos ó para castigarnos?

Ocurriósele á un ilustre sabio aplicar su lente á los virus de ciertas enfermedades, y al poco tiempo la ciencia averiguó con horror que todas las enfermedades infecciosas, y otras que no lo parecen, son producidas por razas especiales de aquellos séres invisibles, que en la gota de agua, en la de vinagre y en la de sangre habían causado anteriormente nuestra admiración.

Aquellos séres se reproducían por millones de millones en el organismo humano, y en pocas horas acababan con la vida del individuo atacado.

El tifus, la viruela, la tisis, el cólera, las enfermedades que más espantan, son obra de esas pequeñas legiones de enemigos, de cuya existencia nos ha dado noticia el microscopio.

Y figurémonos que detrás de esas legiones hay otras más pequeñas, y luego otras, y otras, y otras. . La imaginación se pierde en esa inmensa serie de existencias desconocidas, y no tiene más remedio que postrarse delante del Criador de todos los mundos, de los grandes y de los pequeños, tan admirables los unos como los otros, y adorar en silencio la maravillosa Omnipotencia de Aquel á quien la soberbia humana quiso en un tiempo desafiar con una torre que llegase al cielo, y quiere hoy negarle el derecho de legislar sobre las criaturas.

¡Ah! sí; no cabe duda. Los séres microscópicos son nuestro castigo, nuestra humillación, nuestra derrota.

Vencemos á los mónstruos de la tierra, dominamos el mar y vagamos por los aires... Nos obedece el rayo; sorprendemos el orden de los astros; separamos los continentes para que abran paso rápido á nuestro comercio; pero el mundo de lo microscópico invade nuestras entrañas y nos aniquila en un momento.

¡Hé ahí la invencible reserva que Dios ha guardado para sí!

ODIOS A FRICANOS

—Dominad en lo grande—nos ha dicho;—pero yo me encargo de dominaros con lo pequeño. Os serviréis de los astros para conocer las horas y los tiempos; de los mares, para cambiar los productos de vuestra industria; de los animales más fuertes para cultivar la tierra, cruzar los desiertos, alimentaros y ganar vuestra subsistencia. Yo me reservo los séres que pueden vivir en una gota de agua para castigaros y aniquilaros cuando me plazca.

¡Qué asombro y qué humillación!

III

No se comprende después de esto cómo hay hombres que, ensoberbecidos por su saber, por su posición ó por su ignorancia (que no hay nada tan soberbio como la ignorancia), se atreven á mirar á Dios con cierto menosprecio, cuando no á poner en duda su existencia.

Los ateos no han sabido nunca contestar al antiquísimo argumento del orden que rige el Universo, como prueba de que existe un Criador, Ordenador y Legislador, de donde procede todo cuanto es.

¿Qué contestarán á este otro argumento, basado en la existencia de los mundos microscópicos, que parecen llevarnos hasta las fronteras mismas de lo espiritual y de lo infinito?

La magnitud misma de los planetas explica en cierto modo que los idólatras y los ateos—individuos de una misma familia - supongan en la materia un poder que niegan al invisible Criador y Conservador del mundo.

Estas masas enormes que navegan, rodeadas de luz, *por el piélago inmenso del vacío*, y cuyos grandiosos fenómenos se manifiestan á veces con terrible aparato, subyugan la inteligencia extraviada de los salvajes y descreídos y les obligan á doblar la frente en señal de adoración.

¿Pero qué dirán al encontrarse con el mundo de lo pequeño, y ver que allí, donde casi no hay materia, existe una fuerza de reproducción y de destrucción tan grande, que la ciencia no puede menos de confesarse vencida y confundida?

Y si además observan que no es lo más visible ni lo más pesado lo que más actividad y fuerza desarrolla; si reparan que unas gotas de vapor comprimidas sustituyen ventajosamente á la fuerza de centenares y miles de caballos, y que una chispa eléctrica supera en velocidad á todo lo imaginable, posible es que al fin y al cabo traspongan los límites de la materia, y vayan á buscar en las regiones del espíritu la causa de las causas, el principio universal, el Sér por esencia.... Dios.

Para los cristianos, el descubrimiento de esos mundos microscópicos, de su desarrollo y de su poder, es nueva confirmación de que Dios, por lo mismo que es infinito en su grandeza, se vale casi siempre de lo pequeño en sus más admirables relaciones con el hombre.

Hízonos á su imagen y semejanza: ¡qué grandeza! Pero nos hizo de un poco de barro: ¡qué pequeñez!

Nos redimió uniendo su propia divinidad á la carne humana que salió del barro; pero su Hijo nació en un pesebre y fué carpintero. ¡Tanta grandeza en la persona y en el fin, y tanta pequeñez en los medios!

Curó enfermos, resucitó muertos, multiplicó los panes y los peces; pero cuando quiso que su doctrina fuese propagada y confesada por todas las partes del mundo, eligió á unos miserables pescadores para maestros y jueces de la humanidad. ¡Ellos juzgarán á las doce tribus sentados en doce tronos!

Propónese acabar con el mayor imperio que han conocido los hombres, y fundar otro que dure hasta la consumación de los siglos. ¿Qué Alejandro ó qué César van á llevar á término feliz este colosal proyecto? Simón Pedro, el más rudo de aquellos pescadores, es el encargado de ello.

Muere en Roma como un criminal vulgar, como murió el mismo Hijo de Dios en Jerusalén, y sobre su sepulcro va surgiendo poco á poco la Iglesia santa, es decir, el nuevo imperio, tan durable como el mundo, que acaba con el antiguo imperio de la idolatría y del despotismo.

Se corrompen las costumbres; se devoran unos á otros los pueblos; la Iglesia llora lágrimas de sangre... ¿Á quién encomienda Dios generalmente el remedio de estos males? A unos pobres hombres vestidos de sayal humilde, y entregados al ayuno y la mortificación; llámanse unas veces, Benito, otras Francisco, otras Domingo, otras Ignacio ó Vicente... cuando no son mujeres sin instrucción como Brígida ó Teresa.

¡Siempre lo pequeño para realizar las cosas más grandes!

Parece que en el orden moral como en el material, Dios se complace en permanecer detrás de todo lo microscópico, á fin de que el hombre vea mejor la única verdadera grandeza: la grandeza de Dios.

Si todavía hay ciegos que no la ven en la multitud de los astros, en la inmensidad de los mares ó en lo más hondo de los abismos, véanla á través del microscopio, en que tiene hoy la ciencia puestos sus ávidos ojos... Y si tampoco ahí la ven...

¡Dios mío, tened misericordia de ellos!

VALENTÍN GÓMEZ.

La tía Marimamo.

—

Qué quiere decir Marimamo? me preguntará tal vez el lector maligno ó benévolo. Es pregunta á la que yo no puedo contestar, con harto sentimiento mío, pues nadie me gana á galantería para los que tienen la paciencia de leer mis escritos. Es el uso el árbitro y supremo legislador del lenguaje, y no seré yo quien vaya á pedirle á éste la razón de su existencia. Lo cierto es que la tía Marimamo vive y comercia en trapos por las calles de la más fea capital de provincia que hay en España; y no sólo se gana la vida pregonando á voz en grito su mercancía, sino que tiempo atrás nos sorprendió agradablemente con algo más que una de sus ordinarias transacciones mercantiles. Hay gentes que, acostumbradas á no penetrar nunca más allá de la corteza de las cosas, juzgan por las apariencias, y como no puede menos de suceder, frecuentemente se engañan. Tal aconteció en la capital aludida con algunos que, al observar en la tía Marimamo aspecto hombruno, estatura gigante, formas angulosas y rostro picado de viruelas, creyéronla incapaz de afecciones femeniles, y por ende, de sentimientos amorosos y tiernos. El tiempo, sin embargo, vino á desmentir á estos tales y á sorprendernos á todos.

Hallábame yo en la puerta de un comercio con una señora amiga mía, cuando hirió nuestros oídos la tan conocida voz de la tía Marimamo, que gritaba:

—Mantones y moqueros, ¿quién compra?

Momentos después la vimos subir calle arriba erguida como un pino, risueña como el que no puede ocultar la satisfacción que siente, con la siniestra mano apoyada sobre la cadera, el brazo en jarras, un fardo de ropa sobre el hombro, y asiendo con la diestra á una hermosa niña de ocho á diez años, que la seguía retozona y saltando sin cesar.

—¿De dónde ha sacado usted esa niña? (le preguntó á la vendedora ambulante, mi amiga).

—Calle usted, señora, que el gozo me retoza en el cuerpo, porque esto no es niña, es un ángel que me ha enviado el Señor para que dulcifique los últimos días de una solterona.

Y arrojando el fardo sobre el umbral, abrazó á la niña chillando, y la llamó sol, lucero, reina y otras mil maternales lindezas por el estilo, dicho lo cual se sentó sobre su mercancía.

—¿Cómo es que no se ha casado usted? (le pregunté yo).

—Señor mío, (me contestó), no ha sido por falta de vocación, que la tenía, y grande, para el matrimonio; pero no he querido pasar en vida las penas del purgatorio.

—No comprendo.

—Es muy sencillo. Doce matrimonios de mi cuerda, poco más ó menos hay en mi calle. Pues ¿querrán ustedes creer que unos por borrachos y por brutos otros, no hay día que los maridos no muelan á palos á sus mujeres?

—Vamos, no será tanto, tanto, (replicó mi amiga). Pero á todo esto no nos ha dicho usted de quién es esa niña.

Mía, señora mía. ¿De quién había de ser este pimpollo?

—¿Pues no es usted soltera?

—Mucho que sí, sí señora; pero ¿no sabe usted lo que me pasó hará unos quince días en la ermita del Carmen, junto á la Beneficencia?

—No, señora.

—Pues venía yo del puente con mis mantones al hombro, cuando al pasar por la ermita oí los lamentos y gemidos de una muchacha que, entre dos mujeres, lloraba amargamente abrazándolas sin cesar. La niña era hermosa como un serafín; las mujeres lloraban también en silencio, y levantaban las manos al cielo como implorando misericordia. Me acerqué y les dije:

—¿Qué ocurre, buenas mujeres, para desconsolarse de ese modo?

—¡Qué ha de ocurrir! (me contestaron llorosas); que esta muchacha de nuestro lugar se ha quedado sin padre, ni madre, ni parientes, y como nadie en el pueblo ha querido recogerla, y nosotras somos tan pobres, la llevamos á la Beneficencia de parte del alcalde.

—¡Pobrecica! (exclamé yo). Y como si la muchacha comprendiese su desventura, prorrumpió en tan amargo llanto y en tan lastimosos gemidos, que se extremecierou hasta las piedras, y nos echamos á llorar las cuatro como unas Magdalenas.

—¡Desventurada de mí, que no tengo á nadie en el mundo! (decía entre lágrimas y suspiros la rapaza) y aquella voz aguda y lastimera taladró mi pecho hasta las telas del corazón. Me dió un vuelco, una de esas corazonadas irresistibles; me arrojé sobre ella, la estreché en mis brazos, cubrí de besos su cara, enjugué las lágrimas que corrian de sus ojos, y le pregunté por su nombre de pila.

—Me llamo María de las Nieves, (me contestó).

—Pues bien, María de las Nieves, (le dije), ¿quieres que sea yo tu madre?

—¡Dios se lo pague, madre mía! (añadió la muchacha colgándose á mi cuello). No se pueden ustedes figurar lo hueca que me puse al oirme llamar madre por primera vez en toda mi vida. La tomé de la mano, y echamos á andar hacia la Beneficencia. María pasó allí, de manos de las lugareñas á las del director, y después de los papelotes y requilorios de costumbre, de las de éste á las mías.

Y la tía Marimamo, volviéndose á la niña, le preguntó:

—¿No es verdad, hija, que yo soy tu verdadera y única madre?

Por vía de contestación María abrazó á su madre adoptiva, y tirándola de las faldas la hizo levantar; tomó su fardo, y mientras admirábamos tan notable rasgo de caridad en tan vulgar tipo, se despidió de nosotros gritando:

—Pañuelos y mantones, ¿quién compra?

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

In divum Isidorum Agricolam.

ODE

Pauperis quondam celebrare sortem
mundus horrescit nimis Isidori,
quam modo laeti canimus sonorá
voce beatam.
Quippe celatum laquearis aurum
mundus exoptat nitidos que honores
et frui rebus furiosus amplis
Gestit et ardet.
Arma qui late in populos tulerunt,
et novas ferro domuere gentes,
hos viros mundus solitis ad astra
Laudibus effert.
Jura qui legis pedibus terentes,
fraude subtecti, potiuntur auro;
hos simul plausus et amica mundi
Verba salutant.
At Deo cuncti moderantur orbes,
cujus æternis obedire jussis,
non feris mundi placitis, tenetur
vivida virtus.
Quâ vir excellens malesuada mundi
dona contemnit reprobatque mentem,
dum viam recti sequitur, fugitive
crimina cantus.
Non timet duri copiam laboris,
fortiter sævas superat procellas,
rebus et munquam tumido in secundis
corde superbit.
Sed Deum verâ pietate laudat
pauper et justus; miseros libenter
et juvat dictis opibusque complet
pace repertis.
Sic virum se præbuit Isidorus,
qui Deum mitis coluit supremum,
ac fuit multis pater atque egenis
omnia factus.
¡Odecus nostrum, patriæque firmum
rebus adversis columen! ¿Disertus
quis tuam possit, resonante plectro,
dicere vitam?
Nulla te clarant inimica bella;
dives argenti neque fulgor ambit;
falsa nec vani de corat superbum
gloria mundi.
Ipsa paupertas tibi dat triumphum;
magnus in parvis satis esse nosti;
qui Deum semper colit, hicce firmis
nititur alis.
Arva dum fervens aliena curas,
asperi nutum dominis ferendo,
et gravem sudans aperis niventi
vomere terram;
Sub diò mentem super astra tollis,
ac Dei laudes ubicumque pangis,
atque mercedum miseris daturus
ritè laboras.
Non prius solis radii coruscant
quiam Dei possis et adire templum,
et preces sanctis lacrymis in ipso
fundere mixtas.
Te beat prudens humitisque conjux
quam tibi cœlum sociavit, ingens
ut refulgeret melius duorum
cœlica virtus.
Quæ quidem plures patefecit annos
quanta subjectòs sibi largiatur
servulis divûm hominumque Factor
Pignora amoris.
Angeli tractant opus Isidori;
ultro de terra generantur undæ;
mira sub tanti manibus coloni
semina crescunt.
Sæpe concives, opibus carendo,
ditat, et victum avibus ministrat,
quas hyems diro glacialis urget
frigoris ictu.
Non tuas laudes memor, Isidore,
quem suos inter genuisse muros
gaudet, insigne meritas Matritum
voce tacebit.
Ast ovans, anno redeunte, adibit,
semper ut carum visitet sacellum
turba quae dicat lepido Patroni
carmine facta.
Inque cœlesti solio beatus
supplicum votis aderis, piusque
semper hispano generi salutem
et bona reddes!

JACOBUS MARTÍ BESTARD.

Idibus Maji 1893.

A San Isidro Labrador.

ODA

Siente repugnancia extraordinaria el mundo en ponderar la suerte del pobre Isidro, suerte que nosotros, con alegre y sonoro canto, calificamos de bienaventurada. — Como que el mundo no desea sino techos artesonados y honores brillantes, ni se apasiona más que por el goce de lo fastuoso y sorprendente. — A los que llevaron sus armas contra distantes pueblos, y sujetaron con el hierro á gentes desconocidas, suele dedicar el mundo elogios y alabanzas. — Los que, pisotcando los fueros de la ley y abusando del engaño, allegan grandes caudales, son los que consiguen los aplausos y el aprecio del mundo. — Pero es Dios la norma de todo lo criado, y á sus eternos mandatos, no á los intereses del mundo, debe prestar obediencia la virtud sólida y varonil. — Quien por ésta se distingue, sabe menospreciar los regalos perjudiciales del mundo, y abomina sus intenciones, mientras recorre el camino de la justicia, evitando todo linaje de crímenes. — No le acobarda la pesadumbre del trabajo; supera valerosamente los obstáculos, y nunca engrien su corazón los vientos de la prosperidad. — En su pobreza y rectitud, ejerce la verdadera piedad para con Dios, y colma gustoso de consejos y beneficios á los desgraciados. — Tal se mostró Isidro, al honrar humilde al Dios soberano y consagrar sus desvelos y afanes á los pobres. — ¡Oh, gloria nuestra y firme sostén de la patria en la adversidad! — ¿Quién podrá cantar dignamente al son de la lira los hechos de tu vida prodigiosa? — Cierto que no te dieron renombre las odiosas guerras, ni rodeó tu morada el brillo de las comodidades, ni alimentaste la soberbia con falsas y mundanas coronas. — En la misma pobreza hallaste tu triunfo; grande supiste ser en las cosas pequeñas; quien vive siempre honrando á Dios, ese camina seguro. — Ora te consagraras al cultivo de ajenos campos, y complacieras á un amo de áspera condición; ora labrases la pesada tierra con el fatigoso arado; allí, al raso, levantabas tu mente sobre la bóveda azul; repetías las alabanzas de Dios en todas partes, trabajando por alcanzar una recompensa que habías de compartir con los desgraciados. — Nunca brillaban los rayos del sol antes que hubieses visitado el sagrado templo, y derramado allí tus fervorosas preces, bañadas en lágrimas. — Te consolaba tu prudente y humilde esposa, que te dió el cielo para que mejor resplandeciera la virtud divina en uno y otro. — La cual hizo ver durante muchos años cuántas muestras de amor á los que le sirven da el Hacedor de los Santos y de los hombres. — Los ángeles se asocian al trabajo de Isidro; brotan expontáneamente las aguas de la tierra, y fecundadas por la mano de un labrador como éste, se multiplican admirablemente los granos y las cosechas. — El, sin fortuna, enriquece á sus conciudadanos; hasta las aves reciben de su mano el alimento, cuando los fríos del riguroso invierno les impiden buscar en la tierra lo necesario. — Madrid, que se ufana de haberte dado á luz dentro de sus murallas, nunca dejará ¡oh, Isidro! de cantar con autorizada voz tus proezas. — Sino que, al volver de los años, irá la muchedumbre á visitar tu querido oratorio, y recordará las virtudes de su insigne Patrón. — Y tú, desde el sólio de la felicidad, acojerás los votos de los suplicantes, y compasivo, henchirás de salud y de toda suerte de bienes á la raza española!

JAIME MARTÍ BESTARD.

15 Mayo 1893.

San Pedro de Cardeña.

A la bajada de unos elevados tesos, y en el fondo de un alegre y pintoresco valle, está situado en la provincia de Burgos el célebre exmonasterio de benedictinos, llamado de San Pedro de Cardeña; monasterio lleno de recuerdos históricos, cantado por la poesía, venerado por sus mártires, y objeto de admiración para los arqueólogos y amantes de las bellezas artísticas.

Por su fundación, que se remonta al siglo VI, quizás sea el ejemplar singularísimo subsistente en España después de la invasión sarracena, y en este aspecto de consideración es notable el monasterio de San Pedro Cardeña para la arquitectura, por todo cuanto de aquella época se conserva, particularmente una de las alas del claustro primitivo formado por caprichosos arcos semicirculares, con columnas cilíndricas y capiteles variados muy semejantes al orden corintio. Sin duda alguna que á la misma remota época pertenecen también dos pequeños arcos incrustados hoy en las paredes de un patio, que son detalles muy estimados para la historia del arte.

Al mérito y valor arquitectónico que corresponde á la mencionada parte del claustro primitivo, tenemos que añadir su valor y significado, por haber sido el lugar donde recibieron el martirio doscientos monjes benedictinos: los mártires de Cardeña regaron con su sangre aquellas losas, y aún hoy parece recordarse aquella escena de heroismo cristiano cuando se mira al través de las estrechas ventanillas colocadas al efecto en las puertas, y por donde únicamente es permitido observar; todavía repiten aquellas venerandas bóvedas los ecos que para siempre recogieron en día tan horrible; y las piedras allí amontonadas, son testigos que constantemente dan fe de tanta crueldad como presenciaron. No ha sido potente el tiempo para borrar los indelebles caractéres de página tan brillante, y aún se repite con santo respeto la hermosa tradición que cuenta el hecho de tornarse rojizas las aguas de una de las fuentes al llegar en cada año la fecha conmemorativa del martirio. De tal manera se mostraba cómo hasta en los elementos de la naturaleza se mantenía profundamente grabada la impresión del espectáculo sublime allí verificado.

Cuando se entra en la iglesia, y sobre todo delante del *panteón de familia*, si así puede llamarse la capilla del Cid, no puede menos de venir á nuestra memoria el héroe castellano á cuyo nombre va unido en la poesía el del monasterio de Cardeña, para cantar escenas bellísimas de su vida, y que tan gráficamente representan la nobleza, hidalguía y cristiano corazón de un pueblo personificado en D. Rodrigo Díaz de Vivar. Por aquellos tránsitos parece conservarse viva la sombra del abad don Sancho saliendo á recibir al *buen campeador*, con *lumbres et con candelas*, y es ilusión que encanta, dejando libre á la imaginación, el reproducirnos cuadros tan interesantes y apacibles como la despedida del Cid al separarse de su mujer y de sus hijas; despedida llena de verdad y sentimiento:

Legolas al coraçón ca mucho las queria
Lora de los oios tan fuerte-mientre sospira,
..... (1)

(1) Son los primeros pasos de una poesía que nace vigorosa al calor de grandes ideales, acervo de inspiración para las grandes concepciones del arte.

ILMO. SR. D. GABINO ALONSO CASTRILLO

Visitando este monumento histórico, quedamos impresionados tristemente; puede decirse que se hallaba convertido en un montón de ruinas, y pasando por encima de escombros fuímos recorriendo todas sus dependencias, y deteniéndonos, si bien muy ligeramente, á examinar los restos de riqueza artística que allí atesoraran otros tiempos. En tan lastimoso y deplorable estado se encontraba, desmantelado en su mayor parte y amenazando la proximidad de un hundimiento, que se nos dijo no haber podido continuar en él una comunidad de Trapenses que en busca de nuevo y más habitable asilo salió de Cardeña no há mucho tiempo con dirección á Cataluña.

Su completa destrucción hubiera sido una pérdida irreparable; sensible en alto grado que, por la mano devastadora del tiempo y la incuria de los hombres, hubiera desaparecido del mapa de nuestras grandezas históricas uno de esos monumentos que proclaman con la elocuencia de su mutismo las glorias españolas; mas para dicha nuestra, vive aún el monasterio de San Pedro de Cardeña merced á la solicitud del venerable Prelado de Burgos y á los cuidados y trabajos de los PP. Escolapios que hoy lo habitan.

Los hijos de San José de Calasanz han restaurado por completo el edificio, han reanimado aquellas solitarias mansiones, y han hecho que nuevamente resuenen en los valles de Cardeña los cánticos religiosos. Se ha establecido uno de los colegios superiores de la Orden, y además se ha abierto una escuela á la que concurre un sinnúmero de niños pobres de los pueblos inmediatos.

Estas son siempre las obras de los frailes: conservar nuestros tesoros de grandeza en todos los órdenes y difundir el bien entre los hombres.

Por ello les odian los *civilizadores modernos*, cuya obra es la destrucción de todo lo grande y la difusión de todo lo malo.

M. Domínguez Berrueta.

JOYAS LITERARIAS

EL NÚMERO 13.

NOVELA CORTA POR DON JOSÉ SELGAS Y CARRASCO

I

Confesémoslo ingenuamente: las glorias humanas no son muy duraderas; el tiempo implacable acaba al fin por disiparlas. Es cierto que todavía se pronuncia el nombre de Homero, el nombre de Alejandro, el nombre de Fidias; pero el recuerdo de estos nombres es el último reflejo de una luz que se apaga, de una gloria que se extingue.

La gran multitud del mundo ilustrado los pronuncia sin conocerlos, y me atrevo á decir que el nombre ha sobrevivido á la gloria. El literato, encerrado en su gabinete, podrá admirar el genio de Homero, leyendo los cantos de la *Iliada*, si, por un raro privilegio de sabiduría, posee los secretos que encerraba la lengua griega en aquellos tiempos en que Homero cantaba la guerra de Troya. Algún guerrero de nuestros tiempos, empeñado en someter el mundo al imperio de su espada, podrá mirar con admiración envidiosa las rápidas campañas con que Alejandro conquistó el Asia, y, en fin, un artista instruido en la historia del arte, podrá buscar los rasgos del cincel de Fidias en los restos inmemoriales de alguna estatua mutilada.

Fuera de estas tres admiraciones, Fidias, Alejandro y Homero no son más que tres nombres. Si se refleja en ellos todavía algún resplandor de gloria, es una gloria aislada, una gloria, digámoslo así, privada; gloria sin popularidad, reducida á la admiración del literato, del conquistador y del artista.

Fidias, Homero, Alejandro.... Sí, señor, ¡qué grandes hombres!: pero la gran multitud que hoy llena la culta Europa y la civilizada América, no los conoce, no los comprende, no los admira; todo lo que hace es pronunciar sus nombres; y estos tres nombres, repetidos, vienen á ser como los ecos de tres glorias que se acaban.

En verdad, no vale la pena de maravillar al mundo con prodigios de genio y de fortuna, para sobrevivir en la memoria de los hombres unos cuantos siglos; y es el caso que hasta ahora el mundo no ha podido ofrecernos una inmortalidad más duradera.

Pero hay glorias no menos justas, y que son, sin embargo, mucho más fugitivas; glorias que pasan con la brevedad de la vida, que no dejan en pos de sí testimonio auténtico que las perpetúe.

Dentro de algunos años, ¿quién podrá decir que admira á Mario, que su voz le conmueve, que su escuela de canto le entusiasma? El siglo que se nos viene encima, ¿podrá romperse las manos en los grandes teatros aplaudiendo á la Patti? La generación que está naciendo tendrá que tomar estas glorias bajo la simple autoridad de nuestra palabra.

La famosa Rachel, la gran trágica del Teatro Francés, tuvo la ocurrencia de morirse, y todo acabó con ella. Durante su vida, la gloria que obtuvo no pudo ser más ruidosa; pero después, nada. Si nos ha quedado el recuerdo de su fama, no nos ha sido posible conseguir la admiración de los que pudieron verla y admirarla.

Alguna circunstancia particular de su muerte ha traído su nombre á mi memoria, y su nombre, ya casi olvidado, ha venido á recordarme la brevedad de las glorias humanas.

He aquí ahora cómo cuentan que ocurrió la muerte de esta actriz famosa.

Parece que se hallaba buena y sana, sin que ningún síntoma de enfermedad anunciara alteración alguna en el estado de su salud; mas su espíritu no debía hallarse del mismo modo, pues aunque los espíritus no mueren, se sabe que enferman; y es el caso que el espíritu de la Rachel padecía la dolencia de una preocupación que se había apoderado de su pensamiento.

Su médico la visitaba con frecuencia, porque la salud de la gran actriz, que hacía las delicias del público, no debía ser cosa indiferente al cuidado de la ciencia. Además, un médico no está dispensado de admirar la gloria del arte, y bien podía inspirarle interés aquella preciosa vida, en la cual resplandecía el genio.

Por otra parte, la Rachel y su médico eran antiguos amigos.

Ello es que al visitarla un día, la encontró algo distraída.

—¿En qué pensáis?—le preguntó, creyendo que iba á sorprenderla en un momento de inspiración trágica.

—Pienso (contestó ella tranquilamente) en una cosa muy triste.

—¡Muy triste!—exclamó el médico.

—¡Oh! Sí (replicó la reina de la tragedia); muy triste.

—No creo (observó el médico) que os podáis quejar de la ingratitud del público.

—No, ciertamente (dijo la Rachel). El público no me abandona todavía: aún puedo contar con su entusiasmo; soy yo la que voy á abandonarlo.

—¡Cómo, señora! ¿Pensáis abandonar la escena? ¡Oh! Eso es imposible.

—No es imposible, amigo mío; decid más bien que es necesario..., que es inevitable.

El médico se encogió de hombros con manifiesta incredulidad, y ella, como si quisiera cambiar de conversación, le preguntó sencillamente:

—¿Os acordáis de la comida á que asistimos en casa de Víctor Hugo para celebar el éxito del *Angelo?*

—Sí, me acuerdo.

—Recordadlo bien; éramos trece.

—¡Trece! (exclamó el médico.) Bien, es posible.
—Contad.
—Veamos.
—Víctor Hugo y su mujer.
—Dos.
—Vos y la vuestra.
—Cuatro.
—Mi hermana Rebeca y yo.
—Seis.
—Girandin y su mujer.
—Ocho.
—Pradier el escultor.
—Nueve.
—Alfredo de Musset.
—Diez.
—Un redactor de *El Siglo*.
—Once.
—Gerardo de Nerval.
—Doce.
—Y el conde Orsay.
—Sí; los recuerdo á todos perfectamente.
—Ya lo véis (añadió Rachel); éramos trece.
—¿Y bien?—preguntó el médico.
—¡Oh! (exclamó ella). El número 13 es un número fatal.
—¡Fatal decís!
—Sí; y váis á verlo. Víctor Hugo está desterrado de Francia.
—Es verdad.
—Vuestra mujer ha muerto.
El médico hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.
—Mi hermana Rebeca (siguió diciendo la Rachel), también ha muerto.
—No pudimos salvarla,—dijo el médico.
—Mad. Girandin (añadió ella) ha muerto también.
—Es cierto.
—Aún hay más.
—¿Más?
—Sí: Gerardo Nerval se ha suicidado.
—¿Queréis decir que aquella comida fué un banquete fúnebre?
—¿Por qué no?
—Hay que morir alguna vez.
—Sin duda; por eso yo....
—¡Qué!....
—Mañana lo veréis. Éramos trece.
Ahora bien: la famosa Raquel murió al día siguiente.

II

No hay nada más agradable que la amistad franca y cordial con una mujer de talento, cuando ya ha renunciado á imponer el yugo de los encantos que han sido el patrimonio de su juventud. Entonces, sin perder la viveza, la espontaneidad de sus impresiones, la ligereza y la movilidad de sus pensamientos, adquiere la madurez de los años, que da á sus juicios la seguridad de la experiencia, y á sus palabras esa mezcla de acíbar y miel de que suelen servirse las personas que, desengañadas de las fatuidades del mundo, no se creen, sin embargo, con derecho á ser inexorables. Parece un sabio que habla por la boca de un niño, y posee, sin saberlo, los tres encantos de la conversación: discreción, amenidad y gracia.

La amistad con un sabio debe ser muy instructiva; pero ha de fatigarse mucho el entendimiento que se vea obligado en sus horas de ocio á pasearse, digámoslo así, por las arideces de la ciencia. No ha de ser divertido eso de encontrarse á cada paso un problema, á la vuelta de cada esquina un fenómeno, y á cada palabra un término técnico de los innumerables que forman el lenguaje científico; esto es, ese lenguaje rígido, sin color y sin perfume, que todo lo diseca, lo despoetiza y lo desflora. Si, á mayor abundamiento, el sabio pica en filósofo, entonces decididamente su amistad es insoportable. A mí los filósofos me revientan.

Pues si buscais la intimidad de un hombre político, es seguro que os será útil, pero en cambio tendréis que sujetaros á un régimen inalterable de cábalas, de intrigas, de manejos y conciliábulos, capaces de dar al traste con la paciencia de un mártir y la virtud de un santo. Eso de almorzar crisis, comer Consejos de ministros y cenar últimas horas, por pura amistad, más que un recreo es un suplicio; son tres platos demasiado fuertes para un estómago modestamente satisfecho.

Pero bien, fuera de la ciencia y de la política, podemos encontrar un amigo que nos tienda su mano y nos obra los tesoros de su conversación.—Aquí está: es activo, locuaz, movible; ¡friolera! Es un hombre de negocios. Vais á saber lo que hay de más importante en el mundo: lo que hubo en la subasta del tabaco, lo que puede haber en el arrendamiento de la sal; por qué han subido las Bolsas de Europa, por qué baja el oro en América; qué especulación es la que está más en boga; qué jugada de Bolsa es la más segura. Os contará, como si los tuviese en la mano, los millones que forman el *activo* de unos, y los millones que forman el *pasivo* de otros; os anunciará empresas, ganancias, quiebras y liquidaciones, y os hablará de todo esto como un libro. Muy bien; pero ¿tenéis fuerza para resistir el peso de tan monstruoso balance? No sabe hablar de otra cosa, y he ahí un amigo que se os hará irresistible. Sí, os meterá sus ganancias por los ojos, pero sin soltarlas de las manos.

Y no le demos vueltas; en el mundo moderno no hay más que tres clases de hombres: filósofos, políticos y banqueros. Hay, pues, que buscar los encantos de la amistad y los agrados de la conversación en una mujer con talento y sin pretensiones de juventud, sabia sin saberlo.

Amigas así, son un feliz hallazgo, porque no se encuentran fácilmente; es verdad que tampoco se buscan. Yo puedo asegurar que en el curso de mi vida, que ya no es corta, sólo he encontrado una. Señora excelente, que unía á las bellas prendas de su corazón, un talento

UN PATIO DE GRANADA (*cuadro de Pozo*).

que bien pudieran envidiar muchos hombres que pasan entre nosotros por inteligencias superiores.

Llevaba el título de Candesa con sencilla naturalidad, porque la nobleza de sus pensamientos le era tan propia, que puede decirse que todo era en ella verdaderamente aristocrático: el fondo de su carácter era la benevolencia; el fondo de sus sentimientos, la generosidad. Sabía apartar de su trato esa frialdad ceremoniosa que hiela la sangre en la vida del gran mundo, y á su alrededor se respiraba franqueza, cordialidad, confianza. No temo que el lector descubra el original del retrato que bosquejo, porque en el mundo lo bueno se conoce muy poco.

Recibía esta señora en su casa á sus más íntimos amigos, esto es, á los amigos de su particular preferencia, con aquella jovialidad y aquel agrado que hace tan amable el trato de las personas realmente distinguidas. La conversación era siempre viva, animada, algunas veces erudita, y no pocas profunda. Se hablaba de todo con espontaneidad, con abandono, con originalidad y con ingenio, pero siempre con juicio.

Su mesa, delicada, rica y sana, era casi tan agradable como su trato.

Al sentarnos una vez á la mesa, se observó que sobraba un cubierto; esto dió ocasión á que nos contáramos, y éramos trece. Debíamos ser catorce; pero faltaba uno.

—¡Trece!..... (exclamaron algunas voces). ¡Número fatal!

—¡Fatalísimo! (añadió una señorita, contando de nuevo el número de los circunstantes). Y no hay duda, somos trece. ¡Esto es terrible!

—Señora (le replicaron los incrédulos), estamos al borde de una catástrofe.

—No se burlen ustedes (dijo); hay casos, casos desastrosos. Hablo formalmente, y puedo citar desgracias ocasionadas por la fatalidad de ese número. En el colegio comimos una vez trece, y antes de cumplirse el año, murió una de mis compañeras que estaba ya para salir de él.

—Cualquiera (advertí yo) puede morirse después de comer, y mucho más si tiene un año delante para coger una pulmonía, un tifus, ó cualquiera de las enfermedades que matan.

—Se equivoca usted (me contestó). Los médicos no supieron decir claramente de qué enfermedad murió mi compañera de colegio. Desde entonces le tengo horror al número trece. En París no se ponen nunca trece cubiertos en la mesa.

Nada había que replicar á estas razones, y, sobre todo, á la sinceridad de su terror.

Unos se sentaron y otros permanecieron de pie, temerosos de dar ocasión á una catástrofe, y, sea como quiera, empezaba á sentirse la influencia cabalística del número trece. El miedo es contagioso; y aunque la mayor parte de los convidados se sonreían, burlándose de la preocupación, allá en el fondo de su pensamiento experimentaban algo de ella.

Hubo un momento de vacilación: éramos trece, y no había medio de suprimir ninguno; si el que faltaba hubiera aparecido, todo estaba salvado; pero sentarse á la mesa los trece, digámoslo así, solos, era provocar la fatalidad de ese número funesto.

No quiero decir que nos halláramos aterrados, pero sí nos sentíamos indecisos.

La Condesa dejó ver su habitual sonrisa, diciendo:

—No debemos jugar con estas cosas, ni tampoco me parece justo que dejemos de comer porque al número trece se le antoje ejercer una influencia tan funesta. Tomemos un partido que allane las dos dificultades que se nos presentan. Uno de Uds. es preciso que se resigne á comer en una mesa aparte, y así comeremos todos tranquilamente.

En efecto: se colocó una mesa pequeña en un ángulo del comedor, y uno de los convidados comió en ella.

Disipado el terror del caso, la comida fué, como todas, alegre, animada y risueña, y el número trece fué el asunto contínuo de la conversación.

El sencillo recurso de la Condesa había alejado la posibilidad de toda catástrofe, y, como ella misma decía, nos había asegurado la vida un año por lo menos.

III

Claro está que yo era uno de los incrédulos, y que habría desafiado las iras del número trece, con la mayor tranquilidad del mundo; mas me pareció que la Condesa participaba algo de aquella preocupación, y quise saberlo.

Busqué una ocasión, y le pregunté:

—¿Cree V., señora, que el número trece sea un número funesto?

—Sin duda (me contestó), puesto que ha visto V. el terror que ha suscitado.

—Es decir (insistí), que no se determinaría usted á comer en una mesa donde, contando con V., hubiese trece.

—Teniendo buen apetito, puedo asegurar que comería perfectamente.

—La contradicción que notaba en sus respuestas, me hizo presumir que se burlaba de mis preguntas, y parecía complacerse en aumentar mis dudas. Estaba yo acostumbrado á los caprichos de su talento, y no me sorprendía que quisiera mortificar mi curiosidad: y me incliné, diciéndole:

—Si lo que V. piensa acerca del influjo aritmético de ese número, es un misterio, no haré más esfuerzos por penetrarlo.

Con la mayor naturalidad me contestó diciendo:

—Bien pudiera yo creer que el número trece fuera un número fantástico, un número cabalístico, que anunciara catástrofes. Soy generosa, y le perdono á V. esa suposición. Pero creer que esa mortal influencia ha de ejercerla precisamente cuando se come, cuando se reunen trece alrededor de una mesa para hacer por la vida, me parece bastante ridículo. ¿Qué misterio puede haber en esto?

—¿Es decir, que V. se ríe de esa preocupación?

—No me río, añadió: pero no participo de ella, porque, en fin, ¿qué es preocupación? Lo que no es razonable; y nada me parece tan ciego, tan absurdo ni tan monstruoso, como la fatalidad. V. sabe que yo creo sencillamente en la Providencia.

—Entonces (le repliqué), ha incurrido usted en una debilidad haciendo separar á un convidado de la mesa, para detener el rigor implacable de ese número tenebroso..., parecía que rendía V. un homenaje de respeto al sombrío numen del número trece.

José Selgas.

(Se continuará.)

FOLLETO INTERESANTE

Hemos tenido el gusto de leer el folleto que con el título *Plan preservativo y curativo del Cólera*, del Tunisi español, Dr. Montaldo, se acaba de publicar.

Contiene noticias interesantísimas sobre dicha enfermedad, que hoy más que nunca conviene conocer, no sólo por ser un precioso resumen de lo que la ciencia y la experiencia tienen demostrado y aconsejan, sino que también por las noticias que de Europa y algunos puntos de América recibimos.

En nuestro deseo de favorecer á nuestros lectores, hemos adquirido, y con el presente número repartimos el citado folleto, advirtiendo de paso que en esta Administración tenemos á la disposición de nuestros suscriptores ejemplares para los que quieran obsequiar á sus amigos con tan interesante opúsculo.

Banco de España

6.° sorteo para la amortización de la Deuda del 4 por 100

Debiendo aplicarse en cada trimestre al pago de intereses y amortización de la Deuda al 4 por 100, la suma de 25.326.000 pesetas, cuarta parte de la anualidad de 101.304.000 que determinan las leyes de 9 de Diciembre de 1881 y 14 de Julio de 1891, corresponde por ambos conceptos al trimestre vencedero en 1.° de Julio próximo, por la necesidad de acomodar la amortización á lotes cabales, la suma de 25.382.350 pesetas, según el detalle siguiente:

BOLAS encantadas	Títulos que representan	Capital — *Ptas. nominales*	Bolas que han de extraerse.	Títulos que representan	Capital que se amortiza — *Pesetas*	A pagar por intereses — *Pesetas*	Total de intereses y amortización — *Pesetas*
A 14.232	142.320	71.160.000	67	670	335.000	711.600	1.046.600
B 9.953	99.530	248.825.000	47	470	1.175.000	2.488.250	3.663.250
C 10.130	101.300	506.500.000	48	480	2.400.000	5.065.000	7.465.000
D 2.866	28.660	358.250.000	14	140	1.750.000	3.582.500	5.332.500
E 2.150	21.500	537.500.000	10	100	2.500.000	5.375.000	7.875.000
39.331	393.310	1.722.235.000	186	1.860	8.160.000	17.222.350	25.382.350

El sorteo tendrá lugar públicamente, en el salón de Juntas generales del Banco, el día 2 de Junio próximo, á la una en punto de la tarde, y lo presidirá el gobernador ó un subgobernador asistiendo además una comisión del Consejo, e secretario y el interventor.

Por cada serie se hará un sorteo independiente, introduciendo en un globo las bolas que representan los títulos que de cada una existen en circulación y extrayendo á la suerte las que corresponden al trimestre indicado anteriormente.

Las bolas sorteables se expondrán al público para su examen antes de introducirlas en el globo, así como las amortizadas en los sorteos anteriores.

Se anunciarán en los periódicos oficiales los números de los títulos á que haya correspondido la amortización y quedarán expuestas al público, para su comprobación, las bolas que hayan sido extraídas en los sorteos.

Oportunamente se publicarán también las reglas á que ha de sujetarse el cobro de intereses y amortización.

Madrid 16 de Mayo de 1893.—El secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Nuestros apreciables lectores leerán en el presente número un anuncio de la **bien reputada firma** de los **Sres. Valentin & C.ª**, banqueros, y Expendeduría general de lotería en **Hamburgo**, tocante á la lotería de Hamburgo, y no dudamos que los interesará mucho, ya que se ofrece por pocos gastos alcanzar, en un caso feliz, una fortuna bien importante.

Esta casa envía también gratis y franco de porte el prospecto oficial á quien lo pida.

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de Paris y que prescriben los medicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea Es el mejor de todos los tonicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo ademas la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

La conquista del padecimiento.

En 1510, Cortés, con solo un puñado de hombres bajo su mando, conquistó el imperio entero de los Aztecas en Méjico. ¿Fué esto maravilloso? No, sino fácil y natural.

El poder de Motezuma cayó por tierra ante la mayor energía y alta civilización del pequeño ejército español que invadió aquel país.

Y ya era hora; pues durante los pocos años que precedieron la Conquista, nada menos que 20,000 *víctimas humanas eran inmoladas anualmente sobre los altares de los falsos dioses de Méjico.*

Pero ¿no existe una superstición aún más negra que ésta, una destrucción aún más terrible é inútil? Sí, el despotismo de la enfermedad, ese mónstruo cuyas huellas están sembradas de cadáveres y de moribundos en todos los paises, y que convierte este hermoso mundo en matadero. ¿Quién destruirá su infernal dominio? Sin embargo, esto se conseguirá. El cierro á llave de las puertas está concentrado en un pequeño espacio, los arcos de mampostería dependen de una piedra central, y el sistema de la enfermedad puede atacarse con éxito en un solo punto. Tomemos por ejemplo el siguiente interesante ejemplo:

Con fecha del 13 Diciembre 1892, D. Juan Nieto, Jefe de estación de ferrocarril en Guillarey, provincia de Pontevedra, escribe diciendo:

«En Mayo 12 de 1891, mi hijo Manuel, á la edad de diez años murió en grande agonía de hidropesía, después de una enfermedad de doce días. No dejó de hacerse nada para curarle, pero entre la enfermedad y el tratamiento médico no hubo remedio. Murió mártir.

«Hacia fines de Agosto 1892 tres de mis hijas se hallaban en Fortoreos, á 27 kilómetros de esta población, donde fueron á pasar unos días con algunas amigas suyas. No proyectaban volver hasta el 8 de Septiembre, pero fué el caso que el día 2 se hallaban todas de regreso. Las tres vinieron por el trén, y Elodia, la menor, de siete años de edad, volvió con la misma enfermedad que había causado el año anterior la muerte de su pobre hermano.

«Llamamos al médico, el cual recetó el primer día un purgante, el segundo día un emético, y el tercero una medicina que debía tomar cada dos horas. La enferma rehusaba tomarla porque le afectaba mucho el estómago.

«Recordando lo sucedido á nuestro niño, la hice cesar de tomar dicha medicina, y me decidí á poner en práctica un nuevo tratamiento bajo mi propia responsabilidad.

«Envié á un hombre á casa del Doctor Areses en Tuy para que me comprase una botella grande del Jarabe Curativo de la Madre Seigel. La primera dosis administrada á la enferma fué de 10 gotas, la segunda de 12 y luego 15. Al segundo día de tomarlo la fiebre aguda había desaparecido por completo y la inflamación había disminuido. La niña se hallaba por supuesto muy débil, pero como no le era difícil tomar alimento recobró fuerzas, y hoy se encuentra en perfecta salud.

«Deseo añadir que cuando mis hijas volvieron de Fortoreos, como queda dicho, acabábamos de cenar. Mi mujer María, viendo el estado en que se encontraba Elodia, fué tanto su pesar y su temor que ella también perdió el apetito y cayó enferma. Su empeoramiento duró cuatro días, al fin de los cuales la hize tomar el Jarabe, el cual la restableció en pocos días. Yo también empleo este remedio cuando me siento algún desorden en el estómago y lo recomiendo á todos los que sufren.

«Lo cierto es que el farmacéutico Sr. Areses ha vendido más botellas desde el 1.º de Septiembre acá que durante todo el año.

«Es mi intención tener siempre en mi casa este maravilloso remedio, y si alguien titubease en creer mi relación, héme aquí para contestar á toda pregunta que quiera hacérseme.

«Están Vds. en plena libertad de publicar los hechos que acabo de relatar.»

«Este caso no exige comentarios, como tampoco la evidente franqueza y buena fé que caracteriza la carta del Sr. Nieto.

La enfermedad que sufrieron estas niñas fué enfermedad de los órganos digestivos, ésta desarrolló con toda rapidez un veneno que paralizó el hígado y los riñones produciéndo así la hidropesía, síntoma siempre peligroso y con frecuencia fatal. En el caso de Elodia, el Jarabe ejerciendo su poderosa influencia sobre los intestinos, el estómago, los riñones y la piel, extirpó el veneno, repuso las funciones naturales y salvó su vida. Volúmenes podrían escribirse acerca de este asunto vital; pero solo dirémos en este momento que casi todas las llamadas enfermedades no son en realidad más que síntomas de una sola enfermedad: la indigestión y dispepsia, y una vez que hayamos vencido ésta, habremos conseguido dominar el dolor y el padecimiento. Los hechos ya citados y otros que diariamente llegan á nuestro conocimiento, tienden á probar que la conquista de la enfermedad está próxima á efectuarse, y que la Madre Seigel está destinada á ser la heroina, y sus armas, su remedio fenomenal.

Veinte mil víctimas cada año se inmolaban en los altares de Motezuma, la enfermedad destruye 40.000 cada día.

Si el lector se dirige á los Sres, A. J. White. Limitado, de 156, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

†

La Ilustración Católica ruega á sus lectores encomienden á Dios el alma de la señora doña Antonia González de Aguilar, fallecida en Manila el 00 de Marzo último.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París.

†

EL SEÑOR

D. Otilio Antón Martínez

Cura Párroco de Valbonilla (Burgos)

Ha fallecido en dicho pueblo el 19 Mayo 1893

La Ilustración Católica ruega á sus suscritores encomienden á Dios el alma del finado.

LOS QUE TENGAN TOS

va sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca tambien la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

En diferentes ocasiones se me ha pedido una buena pasta depilatoria, y siempre he vacilado al tener que dar á una la preferencia entre las muchas que se conocen. Mas hoy, que el calor provoca la salida del vello, se me apremia para que decida.

Indicaré por tanto, *la Pasta depilatoria Dusser,*—1, Rue Jean-Jacques Rousseau, París.—con privilegio desde 1835, y que porconsiguiente cuenta más de medio siglo de existencia. Dicha preparación no solo suprime el pelo ó vello que tanto afea el cutis, sino que por la acción destructora que ejerce sobre el pulbo ó tubérculo va progresivamente debilitándolo hasta producir su desaparición

El *pelívoro*, que aún ejerce una acción más enérgica, se emplea para los brazos y el resto del cuerpo.

OBRAS COMPLETAS

DE

DON MANUEL POLO Y PEYROLÓN

Lujosamente encuadernadas en tela, con plancha dorada del mejor gusto, todas del mismo tamaño y al módico precio de **tres pesetas** volumen, se han puesto á la venta, en todas las librerías católicas, las siguientes:

Seis novelas cortas.
Páginas edificantes.
Quien mal anda...
Discursos académicos.
Vida de León XIII.
Sacramento y concubinato.
Solita.
Pepinillos en vinagre.
Hojas de mi cartera de viajero.

Poco á poco se dispondrán de la misma manera todas las demás. Para las suscripciones, dirigirse al autor,

Catedrático del Instituto de Valencia.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 4
1893

LA ARTISTICA

Calle del Caballero de Gracia, 8

ESTAMPERIA

Novedades en todo género de estampas en grabado, fotograbado, litografía, fotografía, etc., de las principales casas del extranjero.
Especialidad en asuntos religiosos.

IMÁGENES TALLADAS

Se reciben encargos garantizando su buena ejecución.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españole y extranjeros

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MONTERA 23

RELOJES

DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE **G.° GIROD**

Sucesor de **Losada.**

Fábrica de Guantes

J. F. IRUMBERRI

Se acaba de recibir un inmenso surtido en guantes de seda é hilo, última novedad.

NO COMPRAR SIN VISITAR ESTA CASA

Guantes de piel de caballo, cabrito, cordero y Suecia.
Corbatas, abanicos y artículos de novedad.
Guantes para señores Obispos, Sacerdotes y colegiales.

CALLE DE FUENCARRAL, NÚM. 7

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA

DE

VICENTE GARCIA MUSTIELES

(SUCESOR DE PÉREZ)

CALLE MAYOR, NÚM. 50

MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.
Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.
Se sirven los pedidos con toda prontitud.

ELIXIR

DE

Protocloruro

DE HIERRO

CON HIPOFOSFITOS

DE VIVAS PÉREZ

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.*

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.—MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA, **Farmacia** VIVAS PEREZ

MEDICACION ANALGÉSICA

Solucion y Comprimidos

DE

EXALGINA

DE

BLANCARD

JAQUECAS

COREA

REUMATISMOS

DOLORES

NEVRALGICOS, DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento

CONTRA EL DOLOR

PARIS, rue Bonaparte, 40

ÓPTICA, FÍSICA Y ELECTRICIDAD

ESTABLECIMIENTO FUNDADO EN 1862

JOAQUIN CORRONS

RAMBLA DE LOS ESTUDIOS, 11 (frente á la calle de Santa Ana).—BARCELONA

ANTEOJOS Y LENTES DE TODAS CLASES

fabricados y graduados según los más recientes estudios ópticos para conservar y dar claridad á toda clase de vistas, tanto los de cristales al agua, desde 2 pesetas, como los de **cristal de roca del Brasil** de primera clase.

Constante y variado surtido de armazones en oro, plata, níquel, etc., para lentes, anteojos y monoclos. REGENCIAS ó impertinentes de concha. Anteojos larga vista, terrestres y astronómicos; gemelos para teatro, campaña y marina. Microscopios, simples, compuestos y solares.

TERMÓMETROS.—BARÓMETROS.—MANÓMETROS.—HIGRÓMETROS, ETC.

Instalaciones de teléfonos, timbres eléctricos y pararrayos, á precios reducidos, empleando material de calidad inmejorable.

Aparatos para la producción de luz eléctrica, por fuerza motriz ó con pilas. Galvanómetros, máquinas electromedicales, microteléfonos, pilas de varios sistemas, etc.

VARIADO SURTIDO EN LINTERNAS MÁGICAS Y ESTEREÓSCOPOS

Fotografías tomadas directamente del natural, transparentes iluminadas de todas partes del globo, para linterna mágica.

Areómetros, aparatos de precisión para el ensayo de vinos, y experimento de física, química y óptica en sus varias aplicaciones.

11 RAMBLA ESTUDICS, 11.—BARCELONA

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 pts.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 8 1/2 pr. fs.
Un año..... 16 »

NÚMERO 11.—Madrid 15 de Junio de 1893.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 francos
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 5 pr. fs.
Un año..... 9 »

BELLAS ARTES

MUERTE DE LUCANO

SUMARIO

TEXTO

Crónica, por Eguía.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—El Santo Viático, por Manuel Polo y Peyrolón.—Nuestro arte religioso, por José Fernández.—Las Ordenes monásticas, por Valentín Gómez.—La enclusa de la Cruz, por Angel Salcedo.—Revista literaria, por el Bachiller Alonso.—El pendón negro (poesía), por Juan Menéndez Pidal.—Joyas literarias: El número trece, por José Selgas.—Reclamos y anuncios.

GRABADOS

Muerte de Lucano.—Bolsa de Oporto.—Huyendo de un comensal inesperado.—D. Miguel de Cervantes Saavedra.—El velocipedista Campos.

CRÓNICA

La procesión del Corpus.—En la Universidad de Barcelona.—Un párrafo de política.

En todas las naciones cristianas la fiesta eucarística del Corpus se ha considerado siempre como la principal y más solemne de las fiestas nacionales. Pero en pocas como en nuestra católica patria ha llegado á ser una verdadera fiesta popular, el día solemne por excelencia.

Durante la Edad Media y en los primeros siglos de la Moderna, el Corpus era en España grandioso y pintoresco como en ninguna otra parte. A las procesiones concurrían todas las clases del Estado, todas las Comunidades religiosas, el Clero y el pueblo. Iban en la procesión las Cofradías con las imágenes de sus santos patronos y sus vistosos estandartes; se cubría de flores la carrera, se entoldaban las calles, y delante del piadoso cortejo se exhibían pintorescos simulacros que provocaban la hilaridad del público, sin descomponer ni amenguar su piedad y devoción. Tal es el origen de los gigantones y enanos y del mónstruo que se solía sacar en todas partes, representando á Ana Bolena, particularmente aborrecida de nuestros mayores, por haber sido causa del cisma de Inglaterra, y por haber producido tantos disgustos á una de las más interesantes hijas de Isabel la Católica.

Con motivo de la procesión se celebraban también certámenes útiles á la agricultura y ganadería, y es sabido que en Valencia los labradores cifraban su orgullo en llegar á poseer mulas robustas, capaces de tirar una sola de cada uno de los enormes carros llamados *rocas*, que se pasean todavía por la ciudad horas antes de la salida de la procesión.

La colección de custodias para llevar en este día al *Santísimo Sacramento* que tiene la Iglesia española, y algunas de las cuales han podido admirar reunidas en la *Exposición Histórico-europea*, es magnífica, de lo mejor que hay en el mundo. Unas son primorosas joyas de arte, otras prodigio de suntuosidad y riqueza.

Con la exclaustración, en 1834, decayeron extraordinariamente las procesiones del Corpus, faltando en ellas el vistoso é imponente cortejo de las Comunidades religiosas. En algunas diócesis se han suprimido también las imágenes de Santos, para que la Custodia vaya sola; pero quizás lo que gane con esto la gravedad del culto, lo pierda de carácter tradicional y popular. En Valencia se le han quitado á la procesión muchos de los accesorios, más ó menos profanos, de que antes se rodeaba, y que constituían las delicias de la muchedumbre. Vivimos en tiempos en que todo tiende á transformarse, y no hay que lamentarlo; porque, como dijo Bossuett, *el hombre se mueve, y Dios le guía*. Cada época tiene sus legítimas exigencias, y lo único que merece lágrimas es que pierdan la fe algunas almas.

En Madrid, cuando fué alcalde el Sr. Mellado, se intentó revestir á la procesión de mucho aparato. El ensayo no agradó extraordinariamente al público, y la innovación no ha prevalecido.

***

En la Universidad de Barcelona no se han sosegado los ánimos de los estudiantes, desde que en mal hora un tribunal de oposiciones, desconocedor de sus deberes fundamentales, dió la cátedra de Metafísica á un *chico de las de Krausse;* esto es, á un racionalista de tomo y lomo, á un propagandista del error y de las ideas anticatólicas.

No tienen derecho para eso los tribunales de oposiciones á cátedras. El Estado español es *oficialmente* católico: luego su enseñanza *oficial* debe y tiene que ser católica. Podrá objetarse que no es conveniente la enseñanza oficial; que el Estado no debe ser maestro, ni imponer á nadie doctrinas determinadas. No es ahora la ocasión de discutir este punto. Pero sí de hacer notar que débalo ser ó no, el hecho es que lo es, y que el Estado tiene su enseñanza oficial; de donde se sigue, que siendo oficialmente católico, su enseñanza oficial tiene que ser católica también.

En Barcelona la mayoría de los alumnos piensan como nosotros, y ante el escándalo de ver ocupada la cátedra de Metafísica por un catedrático impío, han protestado del modo más cortés que han podido; esto es, no asistiendo á clase, y exponiéndose á perder el curso, antes que faltar á sus más profundas convicciones y á lo que les manda su conciencia.

Esa protesta es legítima, y además, todo lo cortés, prudente y sensata que cabe, dadas las circunstancias. Pero los sectarios del libre pensamiento, los Chíes de Barcelona, no han podido sufrirla; antes bien, han querido aprovechar la ocasión para tumultuar en los claustros de la Universidad de Barcelona, que han convertido durante el pasado curso en un verdadero campo de Agramante, apaleando á los alumnos y silbando á los catedráticos católicos.

Porque es de saber que la Universidad de Barcelona es particularmente odiada por la francmasonería y por los librepensadores. Ha querido la Providencia que en aquel claustro se reunan varios catedráticos de los más sábios y piadosos que hay en España; en la Universidad se estudia de veras, y así han podido formarse en ella alumnos como Rubio y Ors y Menéndez Pelayo. Las lógias no pueden consentir esto, y de aquí su empeño en perturbar la marcha ordenada y fecunda de la Universidad.

Los periódicos librepensadores son, naturalmente, los que llevan en este negocio la voz cantante, y los que procuran agitar todas las pasiones contra el claustro católico de la Universidad de Barcelona.

Uno de los mejores catedráticos de esta Universidad y de toda España es el Sr. Pou y Ordinas, jurisconsulto notabilísimo y eminente filósofo, entusiasta, como todos los filósofos de buena ley, del Angel de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino. Todos los años promueve el Sr. Pou entre los alumnos una suscripción, voluntaria, por supuesto, para costear una solemne función religiosa en honor del autor de la *Summa Teologica*, acto lícito y verdaderamente meritorio, y que debiera ser imitado en todas las Universidades del reino.

Pues la prensa impía ha echado ya á volar la especie de que este hecho es una provocación á los racionalistas, y que en el curso próximo habrá palos en la Universidad, á propósito de la suscripción.

¡De suerte que celebrar una función religiosa en honor de Santo Tomás de Aquino, es provocar disturbios en la Universidad católica de un Estado católico!

Es el colmo del cinismo.

***

Hace dieciocho años que el Gobierno de España está en manos de los dos cónsules Sagasta y Cánovas.

Aparentemente son dos partidos los que turnan en el poder; realmente, son dos hombres.

Hay algo que se llama partido conservador y algo que se llama partido fusionista, como hay algo que se llama fantasma; pero ya se sabe lo que significa la palabra fantasma: según el Diccionario, fantasma es *visión quimérica* en un sentido, y en otro *espantajo para asustar á la gente sencilla*.

Los partidos conservador y fusionista tienen mucho de ambas cosas: son *visiones* y *espantajos*.

¿No saben ustedes lo que son los cometas? Son astros seguidos de una cola; la cola se compone de materia cósmica no consolidada, sin consecuencia; aire, en una palabra, un poco caliente ó inflamado.

Así son los dos partidos que turnan en el poder hace diecisiete años: son las colas de dos astros.

En otros términos: las mesnadas de dos caballeros feudales, las cortes de dos príncipes, las comitivas de dos personajes.

Los astros, los caballeros, los príncipes, los personajes, son Cánovas y Sagasta.

En 1875 dijo Cánovas: *aquí hay un valiente*. Pocos meses después respondió Sagasta: *aquí hay otro valiente. Pues somos dos valientes*, replicó Cánovas; y todavía no ha surgido el tercer valiente, ni hay esperanzas de que surja.

Ahí están los dos, sin que nadie se atreva á meterles mano, disponiendo de sus respectivos partidarios como maese Pedro de las figuras de su retablo, cediéndose recíprocamente el poder cuando así les conviene, y disponiéndolo todo á su arbitrio, lo mismo cuando están en el Gobierno que cuando están en la oposición.

Narvaez y O'Donnell fueron algo parecido desde 1854 hasta 1867; pero había una notable diferencia entre aquel consulado y el presente.

Narvaez y O' Donnell eran verdaderamente rivales; se odiaban ó se envidiaban uno á otro. De aquí que se combatieran *de verdad;* que se *tiraran á dar,* y que nunca procedieran de común acuerdo.

Todo lo contrario en el consulado Cánovas-Sagasta. Hay que convenir en que estos cónsules son más listos que los antiguos.

Ni se odian ni se envidian; antes bien, comprenden perfectamente que uno necesita del otro, y se ayudan y apoyan por un tacto de codos que al principio fué invisible, pero que ya es conocido todos.

Cánovas, hombre de Academias y de libros, desprecia profundamente á Sagasta, que es *indocto* como él solo, á la usanza de los progresistas primitivos de la edad de oro del morrión. Pero por eso mismo no le envidia, y vive en paz con él. Cánovas se cree muy superior á Sagasta en el juego de la gran política y en el nervio de su elocuencia. El piensa: «Yo fuí el que constituí la Restauración; la gloria es mía, y la posteridad así ha de reconocerlo; Sagasta vino á ayudarme; tiene, pues, una posición secundaria que no hace sombra á la mía. Es hábil para el trasteo de la política menuda, mucho más hábil que yo; pero eso no me da frío ni calor; es negociado que yo abandono á mis ministros de la Gobernación; ninguno me sirvió tanto como el pobre Paco Romero; no encuentro ninguno que sepa reemplazarlo. Por eso tengo ahora poca suerte, y parece que Sagasta es tan persona como yo.»

Estos razonamientos que se hace á sí mismo D. Antonio, destruyen en su corazón hasta las raíces de la envidia que podría sentir por Sagasta, y así nunca riñe con él.

Sagasta es mucho más modesto que Cánovas. Es un espíritu el suyo naturalmente humilde; no desprecia á sus semejantes; se contenta con que le dejen ser Presidente del Consejo de Ministros, y no tiene dificultad en reconocer que Cánovas es más sabio que él, porque el simpático riojano no aspiró nunca al laurel de Minerva. Y como además es muy listo, más listo que lo que Cánovas se figura, se sonríe de

las pretensiones á la mortalidad histórica de su colega en el consulado; y en este punto, con la estátua que le han erigido en Logroño, tiene él bastante. Pero confía en su suerte y en las simpatías personales que sabe inspirar, y así que tampoco hay cuidado de que riña con Cánovas.

Por otra parte, Sagasta comprende que si viniese la república, Castelar, que es ahora su auxiliar ó aliado, sería naturalmente, y sin que nadie lo pudiese remediar, el jefe de todos los liberales que reconociesen la república. El quedaría anulado, y por esto no pasa. De aquí el profundo monarquismo del jefe de los fusionistas.

En resumen: que los dos jefes van muy bien en el machito, y que, *por ahora*, no se ve el término de su dominación mancomunada.

En Diciembre último quiso Cánovas que subiese al poder Sagasta, y subió. Ahora no ha querido que sigan adelante las proyectadas reformas de Gracia y Justicia y Guerra, y ya están Montero Rios en la calle y López Domínguez en la puerta.

Pero no se desanimen por esto los que rabian con el largo consulado Cánovas-Sagasta. No hay nada eterno en este mundo. Cuando Dios quiera variarán los tiempos... y ¡quiera también su infinita Majestad que no sea para peor!

EQUIS.

GRABADOS

La muerte de Lucano, (cuadro de Garnelo).—(Pág. 161).

Es una composición admirablemente sentida, cuyo autor, joven y distinguido artista que ocupa ya preeminente puesto entre los pintores contemporáneos, se ha inspirado en la escena patética de la muerte del poeta romano, cuyo último suspiro recoge piadosamente una mujer hermosa, y arranca lágrimas de dolor á los circunstantes. Hay en este cuadro ambiente y perspectiva, coligiéndose por la buena disposición de las figuras, por la corrección del dibujo y la entonación, que el autor ganó en justicia el premio que obtuvo, y que es un verdadero pintor de historia.

(Portugal). Bolsa de Oporto.—(Pág. 165).

Enorgullécese Oporto, con razón, de este magnífico edificio, que rivaliza con los mejores de Europa destinados al mismo fin. Es un palacio monumental que encierra bellezas artísticas de mérito. La fachada Norte que mira á la calle de Don Fernando es la más extensa, pues mide 75'50 metros.

No es preciso describir todas las divisiones en que está repartido el edificio. Todas son amplias, espaciosas, lujosamente decoradas, y llenan cumplidamente el objeto á que están destinadas, con gran comodidad de los agentes y negociantes que allí concurren.

Hizo los planos de este suntuoso palacio el distinguido arquitecto Joaquín de Costa Lima, y dirigió la obra D. José Luis Noveira.

Recientemente se han hecho reformas en el edificio que lo han mejorado considerablemente, habiéndose demolido las construcciones que afeaban el edificio por el lado de la calle Ferreira Borges, donde tiene su fachada principal.

Huyendo de un comensal inesperado.—(Pág. 168).

¡Terrible es la sorpresa! Cuando más tranquilas se hallaban las jóvenes de nuestro cuadro, entregadas á los placeres de la glotonería, se presenta un huésped inesperado con el intento de darlas un susto. Ellas acobardadas se suben á los árboles, sosteniéndose en frágil rama sin pensar que si se desgaja pueden caer á los piés de su enemigo. Graciosa es la composición de este cuadro en el que el pánico de las muchachas tiene mucho de cómico, dimanado de lo flaco y desmedrado del enemigo que las ataca.

Miguel de Cervantes Saavedra.—(Pág. 169).

Sería pedantesco y ocioso contar á nuestros lectores la vida de Cervantes, príncipe de los ingenios españoles y uno de los mayores que han aparecido en la historia universal. El retrato del autor de *Don Quijote* que hoy ofrecemos á nuestros lectores, pasa por ser el auténtico, y se conforma con la descripción ó retrato á pluma que hace de sí mismo el propio Cervantes en su *Don Quijote*.

El velocipedista Campos.—(Pág. 173).

El velocipedismo cunde y se desarrolla extraordinariamente. Ofrecemos hoy el retrato del Sr. Campos, uno de los que más han contribuído á este progreso de la afición al modernísimo *sport*, que con tantos devotos cuenta ya.

ANTONIO DE OLMADO.

El Santo Viático.

(CUADRO DE COSTUMBRES ALBARRACINENSES)

Oye usted, vecina? Parece que tocan.
—¡Calla! Es verdad.
—¡Don, din, dan!.. ¡Don, din, dan!..
—Mujer, si es á dar el Señor.
—Tiene usted razón. Voy por la mantilla, y bajo corriendo. ¿Viene usted?
—¡No faltaba más, hija; ni que fuéramos moras!
—¿Y quién será el venturao que se empeña en morirse con tantos quehaceres y calor tanta como tenemos en este tiempo?
—¡Toma! El tío Pelambre, que estaba muy malico, sin poder pasar bocao, ni tener sobre qué caerse muerto.
—¡Don, din, dan!... ¡Don, din, dan!...
—¡Jesús, hija, que tocan otra vez! ¿Vamos?
—A escape.

***

Hiciéronlo así las comadres, suspendieron las faenas domésticas arrojando lo que llevaban entre manos, tomaron las mantillas, y, desplegándolas y cubriéndose con ellas la cabeza, calle adelante encamináronse á la iglesia. La mayor parte de los vecinos del lugar hacian lo mismo, desembocando presurosos por todas las calles en la plaza.

Era el 10 de Agosto, día del mártir invicto San Lorenzo y de la victoria de San Quintín. Estaban en todo su apogeo las labores de la recolección, el pueblo casi desierto y ocupadas las eras próximas por cuadrillas de trabajadores de toda edad y sexo, hacinando unos la dorada mies, trillándola otros, aventándola éstos, metiendo paja aquéllos, acribando el grano los de más allá, y yendo y viniendo todos, sin permitirse mano ni pie quieto. El afán con que el labrador se dedica á las tareas de la siega y de la trilla, sólo es comparable á las zozobras y temores sin cuento que el pobre sufre desde que arroja el grano á la tierra hasta que lo recoge otra vez en sus graneros. ¡Cuántos enemigos tiene el pobre agricultor!

Y, sin embargo, apenas oyeron la campana de la parroquia, suspendieron incontinenti sus tareas y corrieron presurosos á acompañar al Santo Viático, rindiendo á la vez este tributo último á su pobre compatriota, que con aquellas campanadas llamaba en las puertas de la eternidad.

Verdad es que acudían el uno descalzo de pié y pierna, como le cogió en el montón de trigo que estaba acribando; el otro, con las melenas en desórden, trenzadas con paja y empolvadas de tamo; cuál en mangas de camisa, y quién con capa de paño pardo, cuya sola vista hacía correr el sudor por las tostadas frentes; esta mujer llena de la harina que estaba cerniendo, con el cántaro debajo del brazo aquella que venía de la fuente, y todos los párvulos de la escuela en tropel y enseñando sus carnes morenas por más de una abertura ó desgarrón.

Es lo cierto que la iglesia se llenó de gente; que los primeros seis hombres venidos empuñaron las varas del palio; que los mañidores de la Cofradía del Santísimo tomaron unas canastas estrechas y largas, llenas de velas, entregando una á cada concurrente, y cabos de los más cortos á los muchachos; que mientras el Cura sacaba el Copón del Sagrario comenzaron á brillar multitud de luces vacilantes; y en medio de sepulcral silencio, interrumpido sólo por el murmullo de las oraciones y el chisporroteo de las luces de cera, salió la procesión á la calle, rompiendo la marcha el maestro con los muchachos, después los hombres, luego el señor Cura bajo palio con el Santísimo, y, por último y en desórden, las mujeres.

***

Retorciéndose como luminosa y descamisada anguila, por calles estrechas, empinadas, tortuosas, llenas de hoyos y morrillos, recorrió medio pueblo la procesión del Santo Viático, anunciando su paso el argentino, acompasado y frecuente *tilin, tilin*, de la campanilla, que tocaba un monaguillo, y mezclándose al rítmico y lento rumor de las pisadas, la salmodia solemne del Cura, sacristán y cantores aficionados, que de vez en cuando recitaban en latín con el Rey Profeta:

«Compadécete, Señor, de mí, según tu gran misericordia.»

«Y según la muchedumbre de tus misericordias, borra mi iniquidad.»

«Lávame de mi iniquidad y límpiame de mi pecado.»

«Porque conozco mi iniquidad y siempre está clamando contra mí mi pecado.»

«A Tí sólo pequé, y practiqué el mal delante de Tí; perdóname para que seas reconocido por justo en tus palabras y por victorioso en tus juicios.»

....

Mentiría si dijese que aquella procesión de devotos campesinos traducía mentalmente los lamentos del *Miserere*, ni mucho menos penetraba su hondo sentido; pero no había mas que mirarles la cara para convencerse de que la compasión más caritativa por el enfermo y la piedad y fe del carbonero, anidaban en sus corazones, mientras que sus labios recitaban las plegarias del Catecismo.

La procesión se dirigió por fin á la parte más pobre y empinada del pueblo, é hizo alto junto á la puerta de casuca mísera.

***

El trozo de calle que precede á la casa del enfermo estaba recién barrido y regado, lo mismo que la entrada, la escalera y el cuarto donde iba á penetrar el Rey de Reyes y Señor de los que dominan. Alfombraban el suelo, de tierra y yeso, hojas de menta olorosa, y tapizaban las paredes colchas y sábanas de cama, que se habían apresurado á suspender de cuerdas tirantes las vecinas. De la ventana del cuarto del enfermo, que estaba entornada, quedando la estancia en misteriosa oscuridad, colgaba un pañuelo de crespón y un candil encendido. Un velón y una candileja iluminaban la escalera, y sobre una mesa, baja como un escaño y cubierta con tapete de percal con faralares, veíase un Cristo de la iglesia parroquial, entre dos candeleros, con velas encendidas.

Con ayuda de vecinas pudieron mudarse las ropas de la cama, que eran tan pobres como limpias. También el enfermo llevaba camisa limpia de lienzo gordo, y sentado en la cama decía á la mujer que le cuidaba:

—Yo bien me arrodillaría para recibir al Señor, que parece que llega, pues oigo la campanilla; pero, apenas me muevo, las *rampas* me torozan y se me comen.

—¿Quién piensa en eso, tío Pelambre? Estése usted quieto, que el Señor lo que quiere son corazones rendidos, y no piernas dobladas.

—Sí... pero si yo pudiera...

—*¡Tilín, tilín!... ¡Tilín, tilín!...*

La procesión llegó en aquel momento á casa del enfermo; los hombres arrodilláronse en dos filas frente á la puerta; pasó por medio el Santo Viático, bajo palio, haciendo éste alto junto al umbral, y penetrando aquél en la casa en manos del Sacerdote, y las mujeres obstruyeron el extremo opuesto de la calle, arrodillándose en grupo compacto sobre el duro suelo.

***

Dos cuadros reclaman ahora nuestra atención, el exterior y el interior: comencemos por éste.

—La paz sea en esta casa—dijo el señor cura, en latín, al entrar en el cuarto del enfermo.

—Y con todos los que habitan en ella—contestó el sacristán.

Rezadas las oraciones y cumplidas las ceremonias que previene el ritual romano acomodado á la diócesis de Albarracín, se acercó á la cama el señor cura, y dijo leyendo:

—«Hermano mío: Nuestro Señor Jesucristo os viene á visitar; suplicadle que por su misericordia os dé la salud del alma y si conviene la del cuerpo, para más gloria de su Divina Majestad; y para que más dignamente le podáis recibir, debéis tener muy limpia la conciencia de todo pecado. Por tanto, mirad si os acordáis de alguna cosa que confesar.»

Hacía un calor insoportable en aquel mezquino cuarto, y olía, no á ámbar, sino á sahumerio y á enfermo pobre; pero el Sacerdote le administró la Santa Comunión con toda reverencia, sin apresurarse y con el amor que sólo infunde en los pechos el Catolicismo.

De pregunta en pregunta hizo confesar al enfermo la fe que profesó en el bautismo y los Santos Sacramentos, terminando el interrogatorio con estas palabras:

—Además de esto, ¿perdonáis de corazón á todos los que os han hecho injurias ó dado algún pesar?

—Sí perdono—contestó el enfermo con voz entrecortada por la emoción, mientras dos lágrimas como avellanas corrían por sus tostadas y escuálidas mejillas.

—¿Pedís asimismo perdón á aquellos que en algún tiempo hayais ofendido por palabra ó por obra?

—Sí pido.

Cuya profesión de fe é interrogatorio terminados, recibió la Sagrada Comunión por Viático, con tanta compunción como esperanza, y terminada la imponente ceremonia, se despidió el cura diciendo:

—Hermano mío: Muchas gracias debéis dar á Nuestro Señor Jesucristo por la merced que os ha hecho en dejaros recibir este Santo Sacramento del Altar con los demás de la Santa Madre Iglesia que habéis recibido hasta ahora y os convenían para remisión de vuestros pecados. Ahora sólo resta el de la Extremaunción si Nuestro Señor fuere servido que de él tengáis necesidad. Y si por algún impedimento entonces no le pudiérais pedir, ¿desde ahora lo pedís á la Iglesia?

—Sí pido.

—Yo en su nombre os lo ofrezco, y os recomiendo que, conformando vuestra voluntad con la de Nuestro Señor, recibáis esta enfermedad de su mano con mucha paciencia y se la ofrezcáis en remisión de vuestros pecados.

***

Entre tanto, los fieles todos permanecían arrodillados en la calle, con sus velas encendidas en las manos, que goteaban sobre el suelo y sobre los trajes á veces, formando chorros y rosarios de cera vela abajo, y produciendo imperceptibles chisporroteos y luces mortecinas, eclipsadas por los ardientes rayos solares, que derretían las piedras, y mejor al devoto concurso.

Los hombres oraban en silencio; pero entre las mujeres, la atiplada vocecilla de una de ellas rezó en alta voz, primero una estación al Santísimo, después por la salud del viaticado, por las necesidades de la Iglesia, por los príncipes cristianos, para que nos libre Dios de muertes repentinas, y hasta por «aquellas cosas ocultas que nos serán manifiestas en el día del juicio». No sé qué quería decir aquella buena rezadora; pero es lo cierto que nadie se sonrió y todas contestaban con devoción verdadera.

Se fué obscureciendo el cielo, aumentó el calor, condensáronse las nubes, que pasaban sobre la casa del enfermo proyectando sombras negruzcas sobre la calle, y mientras retumbaba el trueno muy lejos, empezaron á caer gotas claras y anchas como monedas. A nadie se le ocurrió moverse. El calor sofocante y los estampidos prolongados y remotos, parecían murmuraciones del Averno ante aquel espectáculo agradable á Dios, á los ángeles y á los hombres, y como protestas y ladridos de impotencia vergonzante contra el alma que se escapaba de entre las garras de Satán.

El pueblo rezaba y callaba. Las gallinas, alargando el cuello, apretando el paso y bajando y recogiendo la cola como si temiesen mojársela, se dirigían á los gallineros. Refugiábanse los pájaros en los aleros de los tejados, y los chiquillos pretendían que las gotazas de agua apagasen sus velas. Parpadeaban algunas luces y morían al contacto de la lluvia, produciendo pequeño chirrido, como si las friesen; pero la mayor parte de las velas continuaban ardiendo y quemando cera por la salud del enfermo.

***

—*¡Tilín, tilín!... ¡Tilín, tilín!...*

El Sacerdote se presentó en la puerta del tío Pelambre, más rico con la visita de su Dios y Señor que todos los Cresos del mundo; se colocó debajo del palio, levantaronse todos, y cantando el *Laudate Dominum de coelis*, regresó la procesión á la parroquia.

Y, efectivamente, los ángeles todos, todas las virtudes, el sol, la luna, todas las estrellas y luminares, los cielos de los cielos, las aguas todas que sobre los cielos están, los dragones y todos los abismos, el fuego, el granizo, la nieve, el hielo, las tempestades, los montes y todos los collados, los árboles frutales y todos los cedros, las bestias y toda clase de ganados, las serpientes y los murciélagos, los reyes de la tierra y todos los pueblos, los príncipes y todos los jueces, los jóvenes y las vírgenes, los ancianos lo mismo que los niños, todos alababan al Señor, todos glorificaban á Dios porque se había dignado humillarse hasta visitar al más infeliz vecino de aquel lugar.

Y hasta los elementos parece que tomaron también parte en el general regocijo, pues disipáronse las nubes, huyó la tronada que sobre el pueblo se cernía, brilló el sol en todo su esplendor, y, momentos antes de reservar el señor Cura, dijo desde el pie del altar á la concurrencia:

—«Todos los que habéis acompañado al Santísimo Sacramento, que es el verdadero cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, habéis cumplido una obra de misericordia visitando á este enfermo, y ganado las indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices y Prelados de esta diócesis; y los que han llevado velas encendidas las han ganado dobles. Ahora, entretanto que se vuelve el Santísimo Sacramento á su lugar, os encargo por este enfermo la oración del *Pater noster* con el *Ave María*, rogando á Dios Nuestro Señor le dé la salud ó lo que más convenga para su salvación.»

Reservó y salieron todos á la calle, corriendo en diferentes direcciones á sus respectivos quehaceres.

***

Una hora después de haber empezado á tocar las campanas de la parroquia á dar el Señor, cierto travieso muchacho de los que acudieron volando al piadoso llamamiento guiaba de nuevo el par que molía en su era la parva, y cantaba con toda la fuerza de sus pulmones y el regocijo del que acaba de hacer una buena obra, dando vueltas y más vueltas con el trillo:

Corre, corre, caballico,
corre, corre sin parar,
que en la puerta un pobrecico
limosna pide de pan.

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

Nuestro arte religioso

XXVIII

(Sigue las ilustraciones.)

Continuemos los apuntes sobre el mobiliario, interesantes á pesar de cierta inevitable prolijidad, porque repito que en vano el arquitecto nos daría una obra aceptable, como quiera que nada es más fácil que desnaturalizarla con una dotación inadecuada, por incorrecta, por desproporcionada en tamaño, excesiva en número y mal distribuída.

Es frecuente y hasta necesario el uso de los llamados *cepos, ó cepillos* de las limosnas, cajoncitos chicos, cuando no son grandes como sepulcros, acompañados de una inscripción. Los mejores son los de hierro, con el letrero en su misma cara delantera. Convendría fijar muy pocos, y éstos pequeños, de forma artística y puestos de manera que no rompiesen línea alguna del ornato, ya que no lo mejorasen, y además, que no causaran estorbo, peligro de tropiezo y tentación al robo. La colocación de cepillos para depositar velas, exige mucho espacio para unas dimensiones excesivas y engorrosas, sobre que, por regla general, el devoto que entrega un cirio, quiere verlo puesto enseguida, y hace muy bien. A otra cosa.

La sagrada liturgia prescribe el uso de doseles para los Prelados que gozan este honor, pero no manda que aquellos sean grandes, pesados y más ricos que el altar (1).

Mencionado este mueble, viene á la memoria, por asociación de ideas, el que llamamos palio, y con más propiedad umbráculo, que vemos en las procesiones. De todas las formas que le suelen dar, la mejor es la que conocemos con el nombre de *palio suelto*. Una tela cuadrada ó cuadrilonga, blanca, flexible, que sujeta por sus cuatro extremos en el primer caso, ó por estos y dos de los puntos intermedios de sus lados más largos; en el segundo, á otras tantas varas de madera fina barnizada ó de metal bruñido, forma un gracioso y movible templete, que con las curvas que determina el peso de la tela, á manera de pequeños pabellones, hace muy bello efecto cuando es llevado

(1) Sobre dos ó tres ligeras gradas de madera, fácilmente amovibles, se puede fijar una pértiga, en cuyo remate superior encaje otra formando con ella una T, de este sencillo aparato se cuelga fácilísimamente un paño de terciopelo ó gro, bien carmesí, bien del color litúrgico del día, y que llegue por abajo hasta la última grada, y enlace por arriba con un ligerísimo bastidor que sujete la cubierta poco saliente del dosel y su guarnición adornada de flecos. Con tres metros que tenga de altura todo este aparato, es bastante, y queda muy lucido, pero ha de ser siempre más bajo que el altar. Así dispuesto el aparato, es susceptible de servir para todos los colores litúrgicos, pues nada más expedito que aplicarle en cinco minutos los paños de cada uno de ellos según la solemnidad.

BOLSA DE OPORTO

procesionalmente. La altura de las varas no debe pasar de dos y medio metros ó un poco más.

En algunas comarcas se acostumbra poner bajo. la tela, entre cada vara y su compañera del lado opuesto, un listón que impide el que se aproximen los que llevan las varas de un lado y los de enfrente. Así no se puede plegar el palio más que en el sentido de la longitud, poniendo unos juntos á otros estos listones, y las dos varas que cada uno traba, (regularmente suelen constar de ocho y hasta diez, ó sea cuatro ó cinco pares). Este sistema no es muy airoso ni expedito, pero aún lo es menos el llamado *palio de marco*, en el que la tela va sujeta y muy tirante á un bastidor del que penden las varas, y estas á veces suelen estar trabadas también hacia la parte inferior por otro marco; de manera que los que las cogen no pueden avanzar ni retroceder en ninguna dirección, y tienen que llevar la enojosa armadura en vilo, todos á una, y con no pequeña fatiga. Si el mueble carece de este segundo marco, es todavía menos manejable; hasta el extremo de que en algún caso hemos visto á los conductores tener que dejarlo abaodonado en mitad de la carrera, por no serles posible aguantar tanta molestia; y sin duda, por eso estos palios se confían regularmente á soldados ó á mozos de cordel, más que á Sacerdotes, seminaristas, colegiales ó personas constituídas en dignidad, que en manera alguna sufrirían tan penosa carga.

El mueble resulta feo por su extremada rigidez, exento de los pliegues é inflexiones que le imprime el libre movimiento de los conductores; y debe ser invención de aquella época tristísima del mal gusto, que todo lo estropeó y sacó de quicio, hasta las cosas más sagradas, pues llegó á mutilar la escultura de las imágenes, para colgarles trajes estirados, como si fueran de hierro, sin gracia y sin propiedad histórica. El palio es un mueble que debe ser facilísimo de llevar á cualquier clase de personas; por eso debiera establecerse exclusivamente el uso del llamado suelto, y nadie sentiría que se prohibiese tambien esa especie de paraguas ó palio de una sola vara, que suele ser usual en algunas diócesis, y sólo puede excitar, por su figura, la risa ó la compasión hacia el infeliz que no sin cansancio se ve obligado á llevarlo.

El mal gusto es inconsideradísimo con la dignidad humana, y al recargar los objetos que quiere distinguir, olvida que han de manejarlos hombres no habituados al oficio de cargadores, ancianos quizá, ó jóvenes aún no desarrollados por completo; y que en los actos religiosos, la fatiga y el malestar ahuyentan la devoción.

Esta consideración es aplicable también á los estandartes y pendones ó banderas, que si como sucede en el reino de Valencia, son de altura desmesurada, (no debieran pasar de dos á dos y medio metros) y de gran tamaño, hace falta una fuerza extraordinaria para llevarlos, aunque sea por poco tiempo, y no soplando muy fuertemente el aire, pues en este caso no hay manera de evitar contratiempos y escenas risibles. Estandartes pequeños, ligeros, en que no se cebara el viento, harían mejor vista, y nadie rehusaría llevarlos.

Otro mueble en que también se ha abusado mucho del tamaño, el peso y el abigarrado adorno, son las andas. Por regla general, todo lo que en el culto católico debe ser llevado ó movido, ha de pesar lo menos posible para que no cause molestia, peligro, entorpecimiento y actitudes que exciten la hilaridad. Esta práctica sensata, que urge elevar á precepto ineludible, ha sido muy olvidada y lo es todavía por los constructores de menaje para iglesias, atentos solamente á lucirse ó á dar gusto á los caprichos y vanidades de cofradías ó devotos inexpertos.

Las andas no son más que una sencilla peana destinada á llevar en procesión una imagen pequeña y ligera; pues las grandes y pesadas (lo diré aunque me excomulguen los sevillanos y toda Andalucía, con Murcia, mi provincia natal y todos sus alrededores) esas imágenes no deben ser movidas de su sitio para formar en procesión.

Una efigie no muy grande, llevada con facilidad y desembarazo en ligeras andas por cuatro ó seis hombres, produce maravilloso efecto y excita la devoción; las andas enormes, que como las de Sevilla, apenas caben por las calles si estas no son anchas, y que deben gravitar sobre doce, dieciseis y hasta veinte hombres, á los que se ve abrumados por la fatiga, encendido el color del rostro, chorreando sudor y medio sofocados; las que se mueven por medio de ruedas y á impulso de ganapanes ocultos tras una cubierta de tela que no impide ver sus grandes y mal calzados pies, y las disparatadas carrozas, estilo ultra-churrigueresco, llenas, más que las andas, de infinidad de flores, velas y baratijas que están deseando arder, como dice un Sacerdote andaluz, amigo mío, son inmuebles que debieran prohibirse absolutamente, y que si pueden entusiasmar hasta arrancar las siempre fáciles lágrimas de la vieja sencilla é ignorante, lo que es al católico

ferviente é ilustrado no causarán más que pena, y al incrédulo risa. No lo olviden los españoles que muy ufanos por las frases laudatorias que les dirigen los extranjeros que visitan esta ó la otra ciudad, no oyen lo que luego dicen á espaldas nuestras, ni leen en su prensa los juicios que les merecemos, ni adivinan los móviles, nada piadosos, que aquí los traen. Los actos del culto deben revestir tan grande sencillez y gravedad, que nada en ellos desentone, siendo impropio, afectado, teatral ó mezclado con ideas de artefacto y maquinaria; mucho menos con el espectáculo repugnante del hombre-bestia, sufriendo, aunque sea por devoción, horrible tormento de cansancio y abrumadora fatiga en días de fiesta, en actos de regocijo piadoso ó de penitencia, pero siempre dulces y tranquilos. Muy amargas son estas verdades para el orgullo regional y para la rutina y la piedad inconsiderada; pero alguien había de decirlas, y por cierto que ya iba siendo hora (1).

Penetremos de nuevo en el templo, que allí debemos afirmar otra regla general importantísima.

El retablo del altar mayor, y éste mismo, no deben jamás y por pretexto alguno ser cubiertos por artificio alguno, durante novenas ó funciones, sean éstas de carácter festivo, fúnebres ó lo que fueren. El único eclipse del retablo ha de ser la veladura litúrgica desde la Semana de Pasión al sábado de Gloria. En su consecuencia, deben ser prohibidos los pabellones con que imitando un desmesurado manto real cubren parte del retablo ó ya todo él, y hasta el presbiterio entero. De igual prohibición son dignos los artificios de graderia ó decoración que suelen ponerse en ciertas novenas (El Alumbrado y Vela, La Corte de María y otras), con su armadura de palos, tornillos, cordeles y demás tramoya teatral, que estropea la obra del templo y es ocasionada á incendios rápidos é inextinguibles, como se ha experimentado mil veces; y asimismo los monumentos, que según prescribe terminantemente la Sagrada Congregación, no deben ocupar la capilla mayor, sino una bastante retirada, y no pueden constar de decoración teatral, ni artificio alguno.

Según las últimas declaraciones en conformidad con las conclusiones de la Academia Litúrgica Romana, el monumento no es conmemoración del Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo ni de su Pasión y muerte, sino de la institución de la Eucaristía; y por tanto, no necesita aparato alguno, sino un arca cerrada, no trasparente, colocada en sitio visible, rodeada de algunas luces, y si se quiere de flores, con pocos adornos, y éstos blancos, y con la más completa ausencia de imágenes, pinturas, trasparentes, cuadros y representaciones, figuras de soldados, cruces, y cuanto pueda evocar recuerdo alguno triste, y tenga sabor á luto. Este se reserva para el templo todo. La capilla del monumento es cosa aparte.

Como se vé, tan sencillo aparato cabe en cualquiera parte, aunque sea en una capilla pequeña (¿qué iglesia no la tiene?) si bien es preferible sea grande y lejana de la mayor.

Por lo tanto, sería conveniente disponer que según el tamaño de la capilla y su proximidad al presbiterio, y también la magnitud del templo, fuese el número de luces y su disposición en el monumento, previa requisa y aprobación facultativa de orden del Diocesano, de modo que el resplandor no desfigurase el aspecto desolado de la iglesia, y convenciéndonos de que allí donde no es posible cumplir todas las reglas, vale más que no haya oficios (1) sobre todo, si cerca existe iglesia bien dispuesta en que se celebren.

Es también hora de prohibir los catafalcos, y de que volvamos al humilde paño negro en el suelo ó al túmulo sencillo, ligero, fácil de armar y remover, sin gradas ni aparato alguno, y más bajo siempre que la primera grada que hay sobre la mesa del altar, ante el cual se halla colocado con ó sin el cadáver. Todo lo demás son vanidades, gastos supérfluos, que perjudican á los verdaderos sufragios y pompas mundanas, dignas de la más acerba censura. En los paños de tumba no debiera haber bordados ni adornos, y menos figuras de esqueletos, tibias, calaveras, relojes de arena con alas, llamas, lágrimas, cipreses, cuadros de ánimas, coronas é insignias, escudos de armas, ni otra cosa que un sencillo galón blanco ó dorado en los bordes y costuras, y tampoco debiera permitirse colocar diademas, coronas de flores ni condecoraciones.

José Ferrándiz.

(1) Si me dijeran que este puritanismo perjudicaría á la devoción ya tradicional, yo, que no confundo la tradición con la rutina, diría que en las localidades en que no se ven tales excesos, ya porque nunca los hubo, ya porque depurado el gusto desaparecieron, hay más, mucha más piedad ó por lo menos tanta como allí donde existen, y todos los alaban en público y hasta en la prensa, pero reservándose los hombres ilustrados y sensatos el censurarlos cuando no los oyen gentes apasionadas, vulgares y rutinarias. En último término estas conclusiones, cuyo ideal estiman que ser puro, se encaminan al presente y al porvenir como bases de reforma, y no juzgan el pasado

Las órdenes monásticas.

La injusticia y la ingratitud son dos notas distintivas de la sociedad moderna. Es injusta, porque está fundada en el error; y es ingrata, porque se ha hecho cortesana del vicio.

Revolviendo la vista en torno de nosotros, no encontraremos sino el hecho sobreponiéndose al derecho, la fuerza aplastando á la razón. En el orden político, el triunfo lo justifica todo; en el orden científico, la experiencia de un día pretende deshacer la verdad de cien siglos; en el orden artístico, el éxito es la gran ley del acierto.

Jamás se ha hablado tanto de cosas justas, y jamás se las ha menospreciado tanto. Se pregona por todas partes el derecho de los pueblos á gobernarse á sí mismos; el derecho de los pobres á no ser pisoteados por los ricos; el derecho de la inteligencia á manifestarse como pueda y sepa; el derecho de la mujer á gozar de las mismas consideraciones que el hombre; y vemos á los pueblos gimiendo bajo el yugo de extraños conquistadores ó de osados charlatanes, que no tienen más regla de justicia que su propio capricho; vemos á los pobres cada vez más estrujados por la codicia del capital, que, ávido de multiplicarse, no repara en lágrimas de huérfano ni en gemidos de hambriento; vemos á la ciencia ultrajada y cohibida en sus mejores apóstoles, en los ministros incorruptibles de la verdad; y vemos, en fin, á la mujer arrancada del santuario del hogar, donde reina en trono espléndido de virtudes y de amor, y entregada al escarnio de la plaza pública, donde nunca será más que blanco de ludibrio y objeto de lascivia.

Cuando la justicia se desconoce de este modo que no por ser general deja de ser insolente, ¿es maravilla que las Órdenes monásticas corran deshechas tempestades y sean acometidas por piratas desalmados que pretendan ejercer el oficio de salvadores de la humanidad cuando la corrompen, y de apóstoles de la civilización cuando nos llevan derechamente á la barbarie?

Mas hé aquí que nada demuestra mejor la necesidad de las Ordenes monásticas en el tiempo presente que el odio mismo con que se las persigue. Nadie aborrece sino aquello que le daña; y claro está que si la revolución detesta á las Ordenes monásticas, no es por otra cosa sino porque está profundamente convencida de que ellas son su enemigo más formidable.

(1) Los abusos no se cortan mas que de ese modo, y todo es preferible á la anárquica inobservancia que todos lamentamos, y de que yo á nadie culpo, pero que no es posible, por desgracia, desconocer, sin que hayan bastado á contenerla recientes aclaraciones y recordatorios, algunos tan terminantes como ineficaces.

Cuando se asegura que las Ordenes contemplativas no sirven para nada; que los hombres y las mujeres entregados á la oración y á la penitencia, son miembros inútiles de la sociedad humana, y, sin embargo, se manifiesta aversión satánica contra ellos, ¿no hay motivo para decir que solamente el espíritu de injusticia es capaz de caer en tan enormes contradicciones?

Si no sirven para nada, si son inútiles, ¿por qué las perseguís? ¿No se está proclamando á todas horas ese principio de libertad que pretende regenerar el mundo, y del cual, por lo visto, no se quiere privar á nadie más que á aquellos que precisamente se distinguen por su *inutilidad?* Lo inútil se desprecia, no se persigue; y si es cierto que cada hombre tiene un regulador soberano en su conciencia, y que el ser libre es la primera condición de su vida individual y social, ¿por qué extraño sofisma se prescinde de aquel regulador, y se huella esa libertad, sólo en aquellos que buscan el aislamiento y se abrazan á la mortificación de sus apetitos?

Pero vana tarea es discutir con el odio y convencer á la injusticia. No se trata de razones; se trata de hechos. El hecho es que el espíritu moderno aborrece á las Ordenes monásticas y quiere aniquilarlas, á pesar de sus mentirosas aficiones á la libertad, no porque son inútiles, sino porque son el remordimiento vivo del mundo egoista y sensual que nos rodea.

En todos los tiempos, el desarrollo de las Ordenes religiosas ha coincidido providencialmente con el desarrollo de las malas costumbres y la propagación de las herejías.

Dios ha querido poner enfrente de los ejemplos de la iniquidad, los ejemplos admirables de la perfección; contra el insensato desbordamiento de la materia, la grandiosa supremacía del espíritu; junto á los que gritan á todas hora: ¡gocemos! los que á todas horas murmuran: ¡suframos!

Por eso cabalmente hoy son quizás más necesarias que nunca esas Ordenes que más inútiles parecen. Su utilidad y su necesidad estriban en el contraste que forma la elevación de su espiritualismo con la bajeza del materialismo que hoy impera. Y no es que pretendamos asegurar que las costumbres estén más corrompidas ahora que lo estaban hace cuatro ó seis siglos. Pero sí puede asegurarse que nunca los errores han sido tan trascendentales, ni las negaciones tan profundas.

Se da á la materia el cetro de la Creación. Se niega la inmortalidad del alma y la existencia de otra vida, y todo el afán de los hombres tiene por objeto acumular medios para extraer el jugo á los placeres de la presente.

La filosofía ataca los errores con vigor y demuestra su monstruosidad. Mas ¿qué valen las razones de la filosofía en comparación de lo que puede la elocuencia incontrastable del ejemplo?

Las Ordenes contemplativas, levantándose en medio de una sociedad idólatra de la materia y del placer, son un argumento mudo y solemne que deshace las sofisterías del descreimiento, y desagravia las blasfemias de la impiedad.

¿No hay Dios, no hay alma, no hay eternidad de penas y de premios, no hay más que pasiones que satisfacer, riquezas que conquistar y fuerza con que rendir á nuestros enemigos?

Pues mirad á esos hombres nacidos en la opulencia, mimados de la fortuna, favorecidos por Dios con altas dotes de entendimiento y de saber, abandonar un mundo que los halaga, y supultarse, para siempre, en las sombrías y augustas bóvedas de un cláustro, donde van á combatir rudamente con los apetitos de su carne, y á oponer al desenfreno del vicio la aspereza de una continua mortificación.

Ved á esas hermosas vírgenes, cuya belleza deslumbraba en los salones, cuyo fausto era la envidia de las menos acomodadas, reducidas

ahora á una condición que parecería insoportable á las que ayer las envidiaban. Un tosco hábito cubre sus carnes maceradas: la abundante cabellera no adorna ya sus sienes juveniles: su alimento es exiguo y grosero: su sueño breve: su oración constante... su alegría eterna.

¿Quién ha hecho ese milagro? La creencia en Dios, en la inmortalidad del alma, en la eternidad de las penas y los premios... La creencia en todo eso que niega la sociedad presente; el amor á aquel Divino Ajusticiado que desde lo alto de su santo patíbulo dice á todas las generaciones: «Tomad la Cruz y seguidme.»

La Cruz es la penitencia: la penitencia es el cláustro; el cláustro es la afirmación solemne y práctica de que esta vida pasajera es la antecámara de otra vida inacabable.

Contra las negaciones de una filosofía atea, ¿cabe más elocuente afirmación que esa afirmación silenciosa del cláustro?

Contra el egoismo de gentes que niegan, ¿hay nada más decisivo que la abnegación de gentes que creen?

Decís que no hay Dios, ni alma, ni Redentor, ni gracia sobrenatural... ¿Cuántos millares de séres humanos padecen y se mortifican, y mueren por ese Dios que desconoceis, por salvar esa alma que negais?

Pues sabed cuál es la venganza de esos séres, cuya *inutilidad* os mueve á perseguirlos. Su venganza consiste en desarmar el brazo de la Justicia eterna que os amenaza: en ofrecer, por vosotros, todos sus sacrificios; en pagar con sus lágrimas y su sangre las deudas que vosotros contraéis.

Si todavía no habéis sido aniquilados por el Juez Eterno, lo debéis á esos miembros *inútiles* de la sociedad humana.

Si todavía conserváis en la inteligencia un rayo de luz que puede iluminaros en la hora de la muerte, se lo debéis á esos que excitan vuestro aborrecimiento.

Si vuestra esposa es fiel á vuestro amor, si vuestro hijo os acaricia respetuoso, si vuestro hermano no reniega de vuestra sangre, es porque los séres *inútiles* sepultados en el cláustro, piden á todas horas por vuestra mujer, por vuestro hijo y por vuestro hermano, y arrancan á la Misericordia Divina los inestimables dones de que gozáis sin merecerlo.

Alguna vez las olas embravecidas habrán azotado el buque en que navegábais; el rayo habrá estallado sobre vuestra cabeza; el torrente habrá invadido vuestras tierras; la enfermedad os habrá arrojado como un tronco sobre el lecho del dolor; y ni las olas, ni el rayo, ni el torrente, ni la enfermedad, os han arrebatado la vida y la fortuna... ¿Sabéis por qué? Porque alguien se ha ofrecido como víctima en vuestro lugar, y ha desviado el golpe que os amenazaba, atrayéndole sobre sí mismo para libraros de una muerte que en vosotros sería eterna. Ese alguien es el *miembro inútil* de la sociedad, á quien perseguís con encarnizamiento; es el fraile que expulsais; es la monja que miráis con estúpido desprecio.

Ved de qué manera ¡oh ciegos perseguidores! unís á la injusticia la ingratitud.

Sois injustos, porque perseguís á la justicia, hollando vuestras propias leyes; sois ingratos, porque pagáis con odio los sacrificios que el amor hace por vuestro bien.

Ingratitud verdaderamente abominable, que resalta todavía más cuando se pasan los ojos por las severas páginas de la historia.

Olvidad, ingratos, si queréis, lo que Europa debe á las Ordenes monásticas dedicadas á la ciencia, á la agricultnra ó al arte; olvidad que, gracias á los monjes, Europa es un vergel, y la civilización se extendió por las frías regiones del Norte, y por las espesas selvas de la Germania, y llegó, en alas de la fe, á los confines de la Siberia, junto al Mar gracial, antes que los descubridores, los comerciantes y los guerreros llevaran allí la tumultuosa competencia de su vanidad, de su codicia ó de su ambición.

Pero, ¿hace tantos siglos, por ventura, que las Ordenes monásticas invadían las islas y el Continente del Nuevo Mundo, y, sin vano deseo de gloria, y menos aún de lucro insaciable, desafiaban los peligros del clima, el furor de los elementos, la crueldad de los salvajes, el hambre, la sed y la miseria, para salvar á los pobres indios del abismo y de la idolatría y de la avaricia de los conquistadores? ¿No eran los frailes los que abogaban por la libertad de los indios y de los negros? ¿No eran ellos los que, cumpliendo mandatos de la Iglesia y de su Pontífice, clamaban contra la esclavitud y defendían valerosamente el derecho de los indígenas á la propiedad de su territorio? ¿No era un religioso, y religioso español, el que se firmaba «Pedro, esclavo de los esclavos,» y en efecto, como esclavo servía á los infelices negros que la codicia arrojaba desde las costas africanas á las que baña el mar de las Antillas y el Golfo de Méjico? ¿Por quién conocemos la antigua civilización de este Imperio? ¿Por quién la de los Incas? ¿Por quién la naturaleza de aquellas vastísimas comarcas, que quizá hubieran permanecido mucho tiempo aún separadas del antiguo mundo, sin un Padre Marchena y un Fray Fernando de Talavera? ¿Quién ha penetrado en las Indias Orientales, en la China y en el Japón, no con el hierro destructor, ni con la mercancía engañadora, sino con la Cruz en la mano y la caridad en el alma? ¿Quién trabaja allí hoy mismo por la santa causa de la civilización? ¿Quién estudia aquellos pueblos aislados y recelosos, y quién los da á conocer á las grandes Academias y á los sabios de Europa?

No sois vosotros, ignaros utopistas, filósofos humanitarios de gabinete, redentores de salón y de Parlamento, tiranos de la debilidad, viles esclavos de la fuerza; no sois vosotros, audaces navegantes, que lleváis el alcohol y el tabaco á los hijos del Polo para traer las ricas pieles con que se cubren las elegantes damas de nuestra sociedad anémica; son los humildes discípulos de Santo Domingo y de San Ignacio, de San Agustín y de San Francisco: son esos pobres obreros de la virtud, que arrojáis á latigazos de vuestras ciudades y entregáis al escarnio de vuestras desalmadas turbas.

Sois injustos é ingratos; pero sois lógicos. Vosotros representáis la materia bruta que se rebaja al nivel de la bestia; ellos son el espíritu que se eleva hasta Dios.

Vosotros sois la hoja seca que cae en el cieno y se pudre: ellos el aroma que cruza los aires y se pierde en la inmensidad de los cielos.

Vosotros la voluntad aviesa que asesina: ellos la conciencia que os acusa.

No, no os podéis entender; hay entre ellos y vosotros la incompatibilidad de la contradicción.

VALENTÍN GÓMEZ.

La anciana de la Cruz.

Aquel camino no llevaba á ninguna parte. ¡Así estaba él siempre de solitario! Los árboles altos y frondosos que lo sombreaban y le daban aspecto y majestad de imperial alameda, por el estilo de las de la Granja ó Aranjuez, extendíanse cerca de un kilómetro, en dos hileras casi rectas, hasta la falda de una de las colinas que cierran la vega por la parte del Septentrión. Allí se perdía bruscamente el camino, cesando los árboles que lo formaban, y se salía á un campo inculto, abandonado, en varios pisos, constituídos por los escalones de la colina, y del que pregonaban que fué huerta en otro tiempo algunos restos de vallado, coronados de pita, y las ruinas de una casa, que casi en el centro del terreno se levantaban. Por lo demás, la Naturaleza, sin yugo ni dirección en su fecundo y vistoso trabajo de primavera, había destruído por completo la obra del hombre y casi borrado sus huellas. Hierbas altísimas, salpicadas profusamente de florecillas silvestres de todos colores, habían invadido el campo, igualado cuadros y sendas y cubierto el brocal del pozo y las ruinas de la noria.

Las ciudades que fueron tienen arqueólogos que estudien sus restos, y poetas que endechen sobre sus ruinas. Pero sobre las de una huerta sólo cantan los pájaros, y no elegiacamente, con el gozo de la libertad adquirida y de la victoria lograda. Un campo que se cultivó, y que ya no se cultiva, es una derrota del hombre, y por lo mismo un triunfo de la Naturaleza. El hombre se retira y llora; los pájaros avanzan piando de regocijo. El hombre dice melancólicamente: *aquí fué*. Los pájaros cantan: *aquí vuelve á ser*; ó lo que igual: este campo vuelve á ser nuestro; nadie nos disputa ya su disfrute.

La huerta se había convertido en una gran pajarera. Con esto, y con aquella florida vegetación silvestre, resultaba en su abandono más hermosa que lo fué seguramente cuando el hombre la cultivaba. Hermosura de otro género, con algo de melancólico que atraía, y mucho de natural que embelesaba.

Vagaba yo una tarde, á últimos de Abril, por la soledad agreste de la huerta abandonada, abriéndome paso, no sin trabajo, por entre las hierbas, cuando descubrí en lo más elevado del terreno una Cruz de piedra toscamente labrada; su altura sería próximamente de un metro, y los brazos, á proporción, un poco más cortos. Las hierbas muy altas que la rodeaban cubríanla casi por completo, y sólo la parte superior sobresalía de aquel Oceano de vegetación espontánea y viciosa. Lo que me chocó fué observar que desde la Cruz partía un sendero formado por alguien que debía recorrerlo muchas veces y con su paso había hollado y aplastado las hierbas... Y aún me chocó más ver luego al pie de la Cruz un enorme ramo de rosas frescas (debían ser de aquella misma mañana), atado cuidadosamente, y que de seguro había sido puesto allí por la misma persona que había formado el sendero.

¿Quién era esta persona? El lugar, la Cruz solitaria, el ramo de rosas y el atardecer, me hicieron fantasear lo que cualquiera hubiera fantaseado en mi puesto: una linda zagala de la vega, enamorada del mozo más gallardo del pueblo, una de esas historias de amor purísimo que brotan en los campos con la espontaneidad y la frescura de las margaritas y de las demás florecillas silvestres. Estas rosas, me dije, son un voto ó una plegaria. La Cruz las convertirá en frutos sazonados de matrimonio cristiano. Dentro de algunos años, allá abajo, en la vega, se levantará sobre el techo de una casa una columna de humo, de ese humo del hogar tan simpático y atractivo, que dice: AQUÍ HAY UNA FAMILIA. Aquel humo será el dulce epílogo del idilio de que son estas flores la introducción dulcísima...

Y no podía ser, á mi juicio, de otro modo. Y ya no me faltaba más que una cosa: conocer á la heroína del idilio.

Como una espía la aceché una y otra tarde, emboscado entre las hierbas á modo de cazador en espera. Al fin la ví. Vino por el sendero que había hecho ella misma con su paso. Pero no era, no, la gentil zagala que yo había soñado: era una pobre anciana, una vieja á la que yo había ya visto mil veces sentada á la puerta de la iglesia del pueblo pidiendo limosna; una infeliz mendiga conocida en todo aquel contorno con el apodo de la *tía Camuña*.

No pude menos de reírme de mí mismo al ver desvadecida mi poética historia. Y riéndome, dije:

—Hola, *tía Camuña*. ¿Es usted devota de la Santa Cruz?

HUYENDO DE UN COMENSAL INESPERADO

La tía Camuña no había reparado hasta entonces en mi presencia en aquel sitio. Volvió la cabeza como asustada. Estaba de rodillas ante la Cruz de piedra, rezando en alta voz, y con un enorme ramo de rosas en las manos. Me dijo:

—¿No he de ser devota de la Santa Cruz, si la Santa Cruz es lo único que me queda en el mundo? Todo se derrumbó; cayó todo, y todos murieron. No han sobrevivido más que la Cruz y la *tía Camuña*...

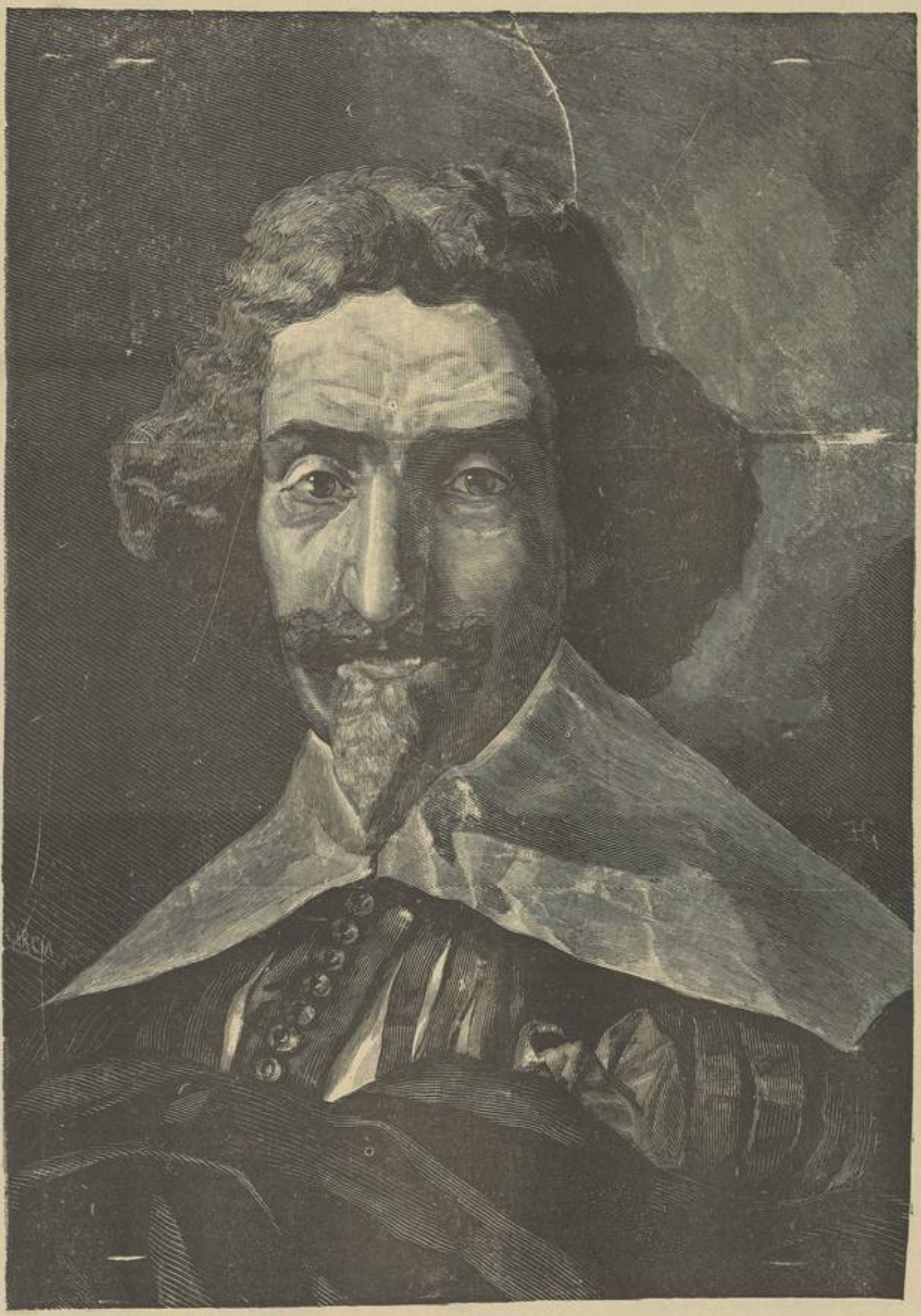
Y la viejecilla, al decir estas cosas, rompió á llorar desconsoladamente.

Yo procuré calmar su dolor; hícela sentar al pie de la Santa piedra, y ella me dijo de esta manera:

—Este campo que usted ve aquí, fué hace años, muchos años, la huerta más hermosa de la vega. Era la huerta de mis padres, que la habían heredado de mis abuelos, y éstos, á su vez de los suyos, y así hasta sólo Dios sabe cuántas generaciones. Yo nací y me crié en esa casa de que se ven ahí las ruinas. Nadie sabe tampoco quién construyó esta Cruz, que era la patrona y la titular de la casa y del huerto. Junto á la entrada, en la que hay ahora tantas hortigas, ya en tiempo de mi bisabuela, existía un rosal, y lo llamábamos en casa el *rosal de la Cruz*; porque todas sus rosas eran para adornar esta sagrada piedra. ¡Tenía que ver esta Cruz, señor, el día 3 de Mayo! Desaparecía la piedra bajo las rosas. Aquí mismo nos reuníamos todos: mis abuelos, mis padres y los que entonces éramos niños, mis hermanos y yo, y hacíamos la novena á la Santa Cruz, cantábamos juntos los gozos, y luego bailábamos todos de alegría que nos daba el pensar que teníamos en casa una Cruz tan hermosa.

Cuando vinieron los franceses, nos invadieron la huerta, y lo destrozaron y asolaron todo. Mi abuelo lo sufrió con paciencia, porque era hombre muy pacífico y resignado. Pero no pudo sufrir que uno de ellos diera con el sable á su Cruz, diciendo en chapuarrado una horrenda blasfemia contra Dios y contra la Cruz en que murió por nosotros. Entonces cogió su escopeta, se fué al francés, y le dijo: «Mira, francés, ó te hincas de rodillas delante de esa Cruz que has ultrajado y le pides á Dios perdón de tus blasfemias, ó te mato ahora mismo.» El francés no hizo caso, y desenvainando su chafarote, vino contra mi abuelo; pero no había andado dos pasos, cuando era hombre en tierra. ¡Murió al pie de la Cruz que había profanado! Mi abuelo tuvo que huir, y anduvo por el monte matando franceses, hasta que se libró de nuestra tierra de aquella plaga. Cuando yo era niña, mi madre me decía: «Ya ves lo que yo hago; haz tú lo mismo siempre, y que nunca falten rosas á nuestra Santa Cruz.»

Usted no puede pensar, señor, cuántas desgracias me han ocurrido en la vida. Mis padres murieron; yo me casé y tuve hijos; fuí dichosa durante muchos años, y nunca faltaron á la Cruz las rosas que le eran debidas. Pero luego vinieron los días negros; el cólera me dejó viuda, la guerra civil me arrebató los hijos. No me quedó más que uno, y ese también murió... Quedé absolutamente sola en el mundo... Tuve que abandonar la huerta; pero jamás me reduje á venderla. ¡Oh, no, eso no! este campo de mis abuelos puede quedar inculto, abandonado, cubierto de hortigas y de matorral; pero no puede salir de la familia mientras yo viva. ¿Quién pondría entonces las rosas á la Cruz? ¿Quién vendría aquí á honrarla el día 3 de Mayo? Todo ha caído, menos ella. En primavera se eclipsa detrás de las hierbas;



D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

cuando llega el otoño vuelve á lucir ella sola sobre el campo yermo... Y yo no la abandono nunca; ya no tengo rosas en mi jardín; pero las compro con el óbolo de la caridad. ¡Ojalá que me enterrasen á su pie!

La vieja lloraba, y sus sollozos ahogaban su voz. Entre tanto avanzaba la noche envolviéndolo todo entre sus sombras, y los tibios rayos del crepúsculo se reflejaban tristemente sobre la piedra de la Cruz.

A. Salcedo.

Revista literaria

De las formas de gobierno ante la ciencia jurídica y los hechos, por D. Damián Isern.—Segunda parte.—De la República.

El Sr. Isern, que tantos triunfos ha conquistado en la prensa periódica, redactando con extremo lucimiento muchos diarios importantísimos, y dirigiendo *La Unión Católica* durante muchos años, hace tiempo que viene publicando libros de profunda doctrina y provechosa erudición, que han extendido su justa fama y consolidado su reputación de pensador y polemista. De estos libros, el mejor es sin duda *Las formas de gobierno*, de cuyo primer tomo tienen ya noticia nuestros lectores. Ahora acaba de ver la luz el segundo, consagrado al estudio de la república; y si nuestra opinión vale algo, diremos que nos parece superior al primero, con ser éste muy bueno, y habiendo, por consiguiente, sabido desmentir el Sr. Isern el conocido axioma de Cervantes: *nunca segundas partes fueron buenas*.

Comprende este excelente trabajo nueve capítulos, en que se estudian todas las fases científicas y reales de la idea republicana, y otros dos en que, á título de parte tercera, expone el Sr. Isern las conclusiones de toda la doctrina de su obra.

Empezando por el concepto general de la república, consigna el Sr. Isern las opiniones y sentencias de los más célebres filósofos y jurisconsultos acerca del tema objeto de su estudio, y pasa luego á desenvolver en sucesivos capítulos las manifestaciones reales de la idea republicana, ó sean las distintas formas de repúblicas que se han conocido en la Historia: la aristocrática, la democrática, las representativas, las federales y mixtas. El capítulo IV, en que trata de las democracias directas, es muy notable. No lo son menos los VIII y IX, en que expone el Sr. Isern lo referente á la anarquía y á la evolución republicana.

La parte tercera contiene dos magníficos capítulos acerca de la unidad y pluralidad del poder, representada la primera en la institución real y la segunda en la forma republicana.

El Sr. Isern posee una erudición copiosa y muy á la moderna, y se vale de ella admirablemente en su obra; de donde resulta que, si no tuviera ésta otros méritos, tendría siempre el apreciabilísimo de imponer al lector por modo fácil y agradable en el movimiento científico contemporáneo, en cuanto dicho movimiento tiene de sustancial y fecundo.

Pero hay más que erudición en la obra del Sr. Isern. Es éste un pensador, y como á tal, no le embarazan los autores ni ahogan su criterio, sino que éste campea siempre y se impone al lector por la solidez de los razonamientos en que lo apoya y fundamenta, y por lo bien que sabe exponerlos y desarrollarlos.

Es el Sr. Isern monárquico convencido y entusiasta, no sólo por tradición, sino en la esfera de los principios. Falta le van haciendo al principio monárquico defensas como las del Sr. Isern; abundan hoy los republicanos más ó menos teóricos, hasta entre los que se dicen soldados de la monarquía; y sea cualquiera el juicio que la institución regia merezca á los pensadores, es indudable que aquí en España la república es la revolución, la persecución religiosa y la anarquía. Las ideas del señor Isern, aparte de su valor metafísico, tienen, por lo tanto, en España el real de ser un contrarresto, un valladar al desbordamiento de las bajas pasiones demagógicas que se decoran con nombre ó título de opiniones republicanas.

El estilo del Sr. Isern es fácil, correcto y muy apropiado á la índole de las materias que trata y desarrolla en su obra. No se hace nunca pesado, como otros doctores y jurisconsultos, y es brillante sin ser florido ni ampuloso.

Hemos oído decir que los amigos del señor Isern tratan de presentarlo candidato al primer sillón que vaque en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Pocas veces, si esto se realiza, se habrá dado una plaza de académico con mayor justicia. El Sr. Isern se ha ganado con sus obras un puesto preeminente entre los cultivadores de las ciencias morales y políticas.

***

La tercera Orden de San Francisco, por el P. Fr. José Coll.

Con el libro cuyo título encabeza estas líneas, ha dado el ilustre autor de *Colón y la Rábida* una nueva y gallarda muestra de sus excelentes dotes de escritor público. En las cuatro partes de que el libro se compone están recopiladas todas las noticias referentes á la historia de la Tercera Orden, y las disposiciones canónicas que á los Terciarios interesa conocer.

La primera parte es una exposición de la novísima regla de la Orden, establecida por Su Santidad León XIII en su Constitución *Misericors Dei Filius*, con el sumario de indulgencias y privilegios concedidos á los Terciarios por la mencionada disposición pontificia. En la segunda recopila el autor todas las noticias históricas de la Tercera Orden, muchas de ellas desconocidas hasta ahora de la generalidad, por hallarse dispersas en multitud de libros antiguos, y por lo mismo de escasa circulación.

La tercera está toda ella dedicada al ritual de la Orden, aprobado por la Congregación de Ritos en decreto de 18 de Junio de 1883. Y en la cuarta y última resuelve el P. Coll una larga serie de dudas y cuestiones que pueden ofrecerse en la interpretación de varios puntos de la Regla y Constitución de la Orden Tercera. Se intercalan en el libro algunas devociones franciscanas, y se añade al final un apéndice con muchas resoluciones de la Congregación de Ritos sobre las Ordenes Terceras en general, y sobre la de San Francisco en particular, con una colección de modelos de todos los documentos que para el régimen y gobierno de la misma suelen usar sus Juntas ó Directorios.

Por lo expuesto se comprenderá la utilidad que el libro ofrece á los Hermanos Terciarios. Si á esto se añade que la nueva producción del P. Coll está escrita con el estilo sobrio, castizo y elegante que distingue á su autor, no se podrá dudar de la razón que nos asiste para recomendarla á nuestros lectores.

Al mismo tiempo ha publicado el P. Coll un pequeño opúsculo titulado *Regla y vida de los Terciarios Franciscanos*, que, como su mismo título indica, es una sumaria exposición de la regla de la Tercera Orden y de las obligaciones de los Terciarios.

Una y otra obra se hallan de venta en la librería de D. Gregorio del Amo, Paz, 6, al precio de 2 pesetas la primera y 20 céntimos la segunda.

Bachiller Alonso.

EL PENDON NEGRO (1)

POR

Don Juan Menéndez Pidal.

I

EN EL TALLER

Vense, al incendio rojo de las fraguas,
Tiznados por el humo, sudorientos,
Flacos como el Vulcano de Velázquez,
En Toledo imperial los espaderos.

—

Sobre el sonoro yunque, los martillos
Caen á compás alterno,
Y cada golpe suyo
Irradia al mismo tiempo
Un coro alegre de vibrantes notas
Como almas redimidas del tormento,
Y una lluvia de chispas que se extingue
Transformada en escoria por el suelo.

—

Allí, entre el retiñir de la herramienta
Que levanta confuso clamoreo,
Y el resollar solemne de los fuelles
Que hacen gruñir el fuego,
El viejo Simón Diher, recién venido,
Mientras estira un hierro,
Regocija á sus nuevos camaradas
Con un cantar que todos aprendieron:

—

«El esclavo minero
Arranca de la tierra el duro acero,
Lucrando á su señor;
Y el esclavo espadero
También lucra al señor, como el minero,
Templando el duro acero,
¡El acero traidor!
Y si exigen minero y espadero
Más pan y más descanso á su señor,
Muerte les da con el traidor acero,
¡¡Que el acero es traidor!!
No lo entreguéis, pues lo tenéis primero;
Volvedlo contra el bárbaro opresor,
Y en vuestras manos y en las del minero
De un siervo hará un señor».

—

Todos repiten el cantar salvaje,
Las informes espadas esgrimiendo,
Mientras con boca desdentada ríe
El malicioso viejo.

—

«Cese la servidumbre del trabajo,
Que mata el alma y aniquila el cuerpo;
Libres queremos ser, libres é iguales;
Gozar del oro y del placer queremos».

—

—¿Os place la igualdad? ¿Queréis ser libres?—
Les replicó el anciano sonriendo.
—Libres é iguales os haré; ¡lo juro!
Si me creeis, seguidme...—Y le siguieron.

II

EL MEETING

A cuantos es contraria la Fortuna,
Hoy la Miseria aduna
Y congrega en su albergue, con el fin
De brindar á su cándida esperanza
Holgura y bienandanza
De la vida el espléndido festín.

—

Entre el humo asfixiante del tabaco
Y el vaho casi opaco
Que exhalan seis mecheros al arder,
Surge, como del caos bella aurora,
La ferviente palabra creadora
Del viejo Simón Diher.

—

(1) Con permiso de su ilustre autor publicamos esta hermosísima poesía. Pensábamos escribir acerca de ella un artículo, y lo escribiremos; pero antes queremos que nuestros lectores conozcan por sí mismos tan gallarda muestra de ingenio. (N. de la *I. C.*)

¿Quién es? ¿De dónde viene? Es un secreto.
Parece más que un hombre un esqueleto.
Cual de águila rapaz
Es su cabeza y su mirar salvaje;
Se expresa en todo idioma, y su lenguaje
Atrae como el abismo á un alma audaz.

—

Aquel que del dolor en la agonía
Sintió su fe apagarse con el día,
Cansado de sufrir
Y de llamar al transeunte «hermano,»
Y de tender la descarnada mano
Sin respuesta ni amparo recibir;

—

El que atisbando con avaros ojos
El hartazgo del rico, sintió enojos
Al devorar después cena frugal;
Y en vano codició la ostra salobre
Y el rancio vino que sonríe al pobre
En bohemio cristal;

—

El que ni goza del gratuito sueño,
Pues la Miseria, con adusto ceño,
Le llama con el pie al amanecer;
Y aún ve la luz voltáica en los salones,
Y el hastío tejiendo rigodones,
Cuando él se va al taller;

—

Aquel que sale, por sinuosas huellas,
De una mina á la luz de las estrellas,
Cual del profundo abismo Satanás;
Y como recompensa solo obtiene
El mendrugo de pan que le sostiene
Hasta que vuelve á hundirse allí por más;

—

Náufragos de la lucha por la vida,
En busca de la playa apetecida
Van de uno en otro en pos;
Y el cantar de la pálida sirena
De fe engañosa su esperanza llena,
¡La que les falta en Dios!

—

«—Raza de esclavos mísera, que uncida
Al carro triunfador del capital,
Sientes crujir sin tregua en tus espaldas
El látigo del fiero mayoral;
¡La vil necesidad! Tu auriga es ese,
Pagado mal porque te hostigue bien
Y no te deje descansar ni un punto
A pensar si eres libre tú también.
Hoy es tu condición la del buey manso
Que labra por el dueño el erial;
Eres como la abeja laboriosa
Que no fabrica para sí el panal.
Tu sudor se transforma en luz brillante
Que ilumina las noches de placer:
Tu fuerza en puentes que su espalda encorvan
Porque salve un abismo el mercader.
¿Hasta cuándo ha de estar, raza maldita,
Vinculado en vosotros el dolor?...
¿O aguardáis, como Lázaro el mendigo,
La suprema justicia del Señor?
¡Ni esa bella esperanza os han dejado
Que endulce la amargura del sufrir!
Cantan en torno vuestro los dichosos:
«Gozad, que todo acaba con morir».
«¡DEJAD, LOS QUE AQUÍ ENTRAIS, TODA ESPERANZA!»
«Ese verso terrífico y cruel
La nueva ciencia lo ha grabado impía
De vuestra obscura choza en el dintel.
Si no esperáis el galardón del cielo,
Si en la tierra no hallais dicha mejor.....
Rómped la ley fatal que os encadena
Al bárbaro tormento del dolor.
A la ambición que impera ahogad en sangre,
Vuestra propia ambición vibre el puñal;
Fundid su cetro de oro en el incendio
Y desgarrad su túnica imperial.»
Como el viento remueve el oleaje,
Así alzó atronador grito salvaje
En la turba el discurso de Simón,
Rugiendo las indómitas pasiones
Cual hambrientos leones
Del árido desierto en la extensión.

(Se continuará.)

JOYAS LITERARIAS

EL NÚMERO TRECE

NOVELA CORTA POR D. JOSÉ SELGAS Y CARRASCO

(Continuación).

Y bien (me dijo con sonrisa burlona): ¿cómo se explica usted eso?

—No acierto á explicármelo, —le contesté.

—Vamos; esta noche no es usted un prodigio de perspicacia. Yo, vuelvo á repetirlo, no creo en semejante tontería, por más que esté muy admitida entre la gente culta; pero eso no me autoriza á martirizar á las personas que tienen la bondad de venir á acompañarme. Herminia se veía muy contrariada; no es ella sola la que hubiera abrigado temores y sobresaltos, y la comida habría sido triste, desanimada, lenta, y entonces sí que podíamos decir que el número trece había ejercido sobre nosotros su influencia desastrosa, cuando era tan fácil inutilizar el influjo de ese número diabólico.

—Es verdad, señora; pero al fin resulta que hemos convenido en que, en efecto, el número trece es una verdadera diablura, y esta vez hemos sido sus cómplices.

—Así parece (me dijo); mas de otro modo nos exponíamos á correr el peligro de una grave contingencia.

—¿Cuál?—pregunté.

—Una muy posible.

—Posible...

—Más aún; muy probable.

—No veo esa probable contingencia.

—Probable es poco; debo añadir casi segura.

—Perdone usted Condesa; pero... esta noche estoy ciego.

—No es extraño (me contestó con afectuosa indulgencia). Cuando somos felices, no vemos las desgracias; y cuando nos encontramos llenos de vida, no tenemos ojos para mirar la muerte.

—¡Me asusta usted, señora! (exclamé.) ¡Qué desgracia nos amenaza! ¡Qué muerte se nos anuncia!

—No lo sé (se apresuró á decirme); mas convendrá usted conmigo que, sea el quiera el trabajo que nos cueste vivir, nos morimos muy fácilmente, y no me negará usted que las desgracias y los desastres son las cosas más naturales del mundo, sobre todo en nuestro siglo.

—Ciertamente.

—Pues bien: somos trece...., tenemos un año por delante, y ¡quién sabe los que de nosotros podremos reunirnos el año que viene! ¡Cuántas desgracias pueden ocurrirnos en el transcurso de un año! Yo no me atrevo á señalar una víctima entre los que aquí nos hemos reunido esta noche; mas si hubiera una, yo, por ejemplo, Herminia diría: «¡Éramos trece! ¡Los trece comimos alrededor de la misma mesa! Y he aquí otro caso auténtico, incontestable.....» Y vea V. qué injusticia; á mí misma se me culparía de mi muerte; á mí, que no pienso morirme hasta que me sea indispensable dejar esta triste vida. ¿No le parece á V. grave el caso que le presento?

—Sin duda, y nada tengo que replicarle. Y en verdad que no hubiera adivinado que abrigaba V. tan tristes pensamientos.

—Tristes, no (me dijo, con bondadosa sonrisa); la tristeza es una enfermedad del espíritu, y la alegría es la salud del alma. Ea: no hablemos más del número trece.

Esta conversación me dejó pensativo, porque ese número fatal se había apoderado de mi imaginación, y no me dejaba un momento de reposo. Tomé parte en las diversas conversaciones que se suscitaron, y no sé por qué raros caminos venía mi pensamiento á parar siempre en el número trece.

Por una terquedad, de que yo mismo me reía, estaba empeñado en explicarme por qué tantas gentes cultas, sensatas é ilustradas, rinden culto á una preocupación tan ridícula; y queriendo penetrar en este misterio de la naturaleza humana, no advertía que la fatalidad del número trece empezaba á ser en mí una preocupación más risible todavía.

Á la hora de costumbre empezamos á despedirnos: yo me adelanté; y tomando mi abrigo, me eché á la calle. Quería estar solo.

Antes de llegar á la primera esquina, oí detrás de mí pasos precipitados y una voz que pronunciaba mi nombre: era una voz amiga, y me detuve.

Al llegar á mí, el que me llamaba se quejó amargamente, diciendo:

—¡Demonio! Lleva usted una prisa inaudita; siempre nos vamos juntos, porque llevamos el mismo camino, y esta noche me iba usted á dejar solo como un hongo.

—Salí distraído (le contesté); y no había reparado...

Esto no era precisamente una excusa; era también la realidad de lo que me sucedía.

Mi amigo se dió por satisfecho, y movido por su habitual locuacidad, varió la conversación exclamando:

—¡Se pasa muy agradablemente el rato en esta casa! La Condesa posee el privilegio de animarlo todo. Y esta noche ha sido una de las noches más agradables. Y ya vió usted; la cosa empezó bajo malos auspicios. ¡Friolera!... ¡Éramos trece! Pero, ¡ya se ve!; la Condesa tiene recursos para los casos más difíciles, y resolvió la dificultad con la mayor sencillez del mundo.

—Cierto,—añadí yo.

—¿Y sabe usted (dijo parándose), que eso del número trece es una cosa que no se debe tomar enteramente á risa?

—¿Lo cree usted así?—le pregunté.

—¡Psch! (me contestó): no lo sé de cierto todavía, porque pienso poco en ello; pero yo le contaré á usted una historia bastante original, que merece contarse.

Y sin dejarme meter baza, me contó una historia que acabó de embargar mi ánimo, y que me tuvo sin dormir toda la noche.

IV

La historia que me contó es la siguiente, y al relatarla yo, sólo me permito una ligera variación: la de los nombres.

Simón Campollano nació el 13 de Diciembre de 1813. Tuvo doce hermanos, y Simón, que fué el último, vino al mundo á completar el número trece; y uno hoy y otro mañana, fueron sucesivamente muriendo todos, combinándose la cosa de modo que, al cumplir Simón los trece años, perdió á su último hermano.

Cuando tuvo edad para darse cuenta de estos pormenores aritméticos de su vida y de su familia, concibió hácia el número trece un horror invencible; pero las impresiones de la primera juventud son pasajeras, y luego á luego olvidó el influjo numérico que parecía presidir á su destino.

Dejáronle sus padres pocos bienes de fortuna, y decidió abandonar el pueblo en que había nacido, para buscar en Madrid mayor espacio á sus esperanzas, porque sentía cierto vago deseo de ser algo en el mundo. Su educación había sido bastante mediana; sabía lo absolutamente indispensable para no ignorarlo todo, lo cual no impedía que poseyese una persona bastante agradable; pues, sin ser enteramente un buen mozo, no le faltaban encantos para hacer camino en la corte, animada á la sazón por el último matrimonio de Fernando VII, que, dicho sea de paso, abrió para España la dichosa era que vamos atravesando.

Contaba, además del mérito de la persona, con la viveza de su carácter, con cierto aturdimiento natural, que lo hacia decidor y comunicativo, y, sobre todo, con esa audacia á que suele ayudar la fortuna; y contaba, en fin, con su propósito de hacerse hombre importante,

cosa que le parecía tan fácil como llegar y besarla durmiendo, porque su imaginación, demasiado complaciente, todo se lo facilitaba. ¡Ya se ve! ¡tenía veintiseis años!

Llenos los ojos de la más risueña perspectiva, le volvió la espalda al pueblo en que había nacido, y tomó el camino de la corte, dejándose detrás un cementerio de hermanos, con el aire triunfante del que va á tiro hecho.

Una vez en Madrid, y con algún dinero á mano, pronto adquirió amigos y comenzó la nueva vida, encontrándose en ella como el pez en el agua. Nada le causó admiracióu ni sorpresa; antes bien, Madrid le pareció pequeño, mezquino, pobre, insignificante; tal era el vuelo que habían tomado sus ilusiones.

No tardó mucho tiempo en adquirir esa instrucción superficial que se adquiere en las grandes poblaciones, sin más estudio que el trabajo de hacer la vida de los teatros, de los cafés y de los sitios públicos más concurridos; y como no le faltaba cierta discreción, hacía del caudal de sus conocimientos un uso muy ventajoso, y llegó á pasar por joven de esperanzas.

Tres caminos le abría la fortuna para que fuese en busca de sus favores: las letras, la política y el comercio. Para las letras le pareció algo tarde; se sentía más apto para la política que empezaba á removerse, y, digámoslo así, á desperezarse; y en cuanto al comercio, por una parte carecía de capital, y por otra no se acomodaban ni su impaciencia ni su importancia á comenzar de simple *hortera*.

De todas sus observaciones acerca de lo que más le convenía, sacó en globo esta consecuencia:

«No hay nada en el mundo como ser rico.»

Y decidió serlo.

Ideó muchos planes, y cuando ya creía vencidas las dificultades de más bulto, adios proyecto; todo fracasaba, y el edificio se venía abajo como un castillo de naipes. Á un plan desechado sucedía otro plan concebido, y, uno tras otro, fué agotando el repertorio de sus recursos.

No es posible (decía) que mi buena estrella se haya eclipsado antes de empezar á lucir.

Y volvía de nuevo á probar fortuna; pero la fortuna se resistía á sus tentativas, y estos desaires de la suerte lo traían triste, meditabundo y sombrío. Algún hado adverso parecía complacerse en burlar sus mejores proyectos. ¿Qué mano infausta era la que se entretenía en destruir todos sus planes? He ahí lo que se preguntaba, lleno de mortales angustias.

Dando vueltas á este pensamiento, surgió de improviso en su cabeza una idea repentina, y, como el que ha dado en el *quid* de la dificultad, se plantó una soberbia palmada en la frente, y en el acto dispuso mudarse de casa.

Hasta entonces no había caído en la cuenta de que la casa en que vivía estaba marcada con el número trece, y sintió resucitar en su alma todo el horror que esa cifra funesta le había inspirado antes. Aquel número era su enemigo implacable, su hado adverso, la fatalidad de su vida, y, trémulo á la vez de ira y de espanto, se propuso luchar contra esta sombra lúgubre de su destino.

Esta vez, el número trece se grabó más profundamente en su memoria, y, para hacerlo más odioso á sus propios ojos, lo declaró causa única de todos los desastres de la tierra; no había calamidad en la cual no viera, ya de un modo, ya de otro, la mano invisible, la influencia maléfica del número trece.

Abandonó, pues, la casa en que vivía, y se instaló en otra más favorable á sus proyectos; pero quiso probar si este recurso era bastante para ponerse á cubierto de su fatal influjo, y tratándose de un número, quiso apelar al oráculo de los números; y, como el que arroja el guante á su más mortal enemigo, jugó á la lotería, combinando un número en el que no entraba ni el tres ni el uno.

Guardó el billete en el fondo de su cartera, y esperó el día del sorteo con la misma ansiedad que si hubiera sido el momento tremendo en que iba á decidirse su vida ó su muerte.

Llegó por fin ese instante supremo, y las palpitaciones de su corazón y los extremecimientos de sus nervios descubrían la horrorosa inquietud que lo devoraba. Mas la suerte le fué esta vez favorable, y trémulo como un azogado y pálido como un muerto, vió que el número de su billete había obtenido un premio.

No era un premio capaz de llenar su gaveta, ya demasiado vacía; pero el número trece estaba vencido, y Simón Campollano respiró con aire triunfante, como si de una sola bocanada hubiera querido agitar todo el aire de la atmósfera. Contaba y recontaba aquel dinero precioso, y, semejante al vencedor de un terrible adversario, hacía sonar los pesos duros sobre la mesa, ni más ni menos que si quisiera extremecer al mundo con el estrépito de las armas conquistadas.

Pero bien; aquella prueba vencedora no le pareció suficiente; debía remachar el clavo de su fortuna, aprovechando los favores de la victoria. Urgía anonadar al enemigo sobre el campo de batalla, sin dejarle tiempo para rehacerse.

No vaciló ni un instante, y volvió á jugar á la lotería. Tomó el billete que le dieron, y sin ver el número que contenía, lo guardó en su cartera y esperó el sorteo, diciendo, como el romano de la antiguedad;

—La suerte está echada.

Habló por fin el oráculo de la suerte, y, sin poder contener el temblor de sus manos, consultó los designios de la fortuna.

Fijó primero la mirada ansiosa en el número de su billete, y clavóla después con doble ansia en el número premiado, y su rostro se cubrió de mortal palidez: una nube pasó por delante de sus ojos.

Había jugado el número doce, y había obtenido el premio mayor de aquella jugada el número trece,

Temblaba de pies á cabeza: el número fatal surgía del fondo de su imaginación turbada, repitiendo siempre por todos los rincones de su pensamiento la tremenda palabra:

«Trece, trece, trece.»

V

El cruel desengaño que acababa de experimentar, aniquiló la fuerzas de su voluntad; bajó la cabeza ante la dura ley de su destino, y se cruzó de brazos, cayendo en un profundo desaliento. No se atrevía á hacer nuevas tentativas, porque el número trece con saña rencorosa se le aparecía por todas partes como un espectro, burlándose de sus esperanzas y cerrándole el paso; lo perseguía dormido y despierto, y aquella visión horrenda había llegado á ser la sombra de su pensamiento: el horizonte se le presentaba desierto y obscuro.

Sus amigos le veían taciturno y triste, reservado y distraído y observaban que algunas veces había solo, sin atinar que mala hierba sería la que habría pisado.

Mas, por lo visto, no era tan fiero el león como él mismo se lo pintaba. Por densa que fuera la nube que obscurecía su frente, ¿no había de haber un rayo de sol que viniera á iluminar sus ojos? El número trece no había de tener perpetuamente nublado el cielo de su vida. En la juventud siempre hay alguna claridad más ó menos lejana, que disipe las sombras fantásticas con que la imaginación suele sorprendernos y aterrarnos.

Y algo de esto debía verificarse en el ánimo de nuestro héroe; algo había visto que empezaba á colorear las obscuridades de su pensamiento, como los primeros albores de un día que amanece, porque se iba suavizando la dureza de su entrecejo y del fruncimiento de su boca, y la sonrisa solía aparecer en sus labios, de la misma manera que aparece el arco iris después de las tempestades.

¿Qué había visto?

Poca cosa: unos ojos negros, llenos de vida, atrevidos y burlones, capaces de alegrar á la tristeza misma; una boca fresca y risueña, llena de carcajadas, muy capaz de reirse hasta de un entierro; dos mejillas como dos rosas, y un talle suelto y ligero como un junco.

Había visto á la alegría en persona.

Y el caso es que la había visto ya muchas veces, y hasta entonces no había reparado en ella. Era una amiga á quien visitaba con frecuencia, y cuyas agudezas solía celebrar muchas veces. ¡Ya se ve! Esta muchacha, fresca como una primavera y alegre como unas castañuelas, tenía el diablo en el cuerpo.

Simón Campollano, en medio de su tristeza, se hizo observador y reflexivo, y no se escapó á su penetración que aquellos ojos revoltosos lo miraban con dulzura, y que aquella boca subversiva le sonreía de la manera más pícara del mundo, y, quieras que no quieras, se fué aficionando á la dulzura de aquellas miradas y á la picardía de aquellas sonrisas.

Así es que empezó á animarse como una luz moribunda á la cual se le echa aceite. La imagen de una bella realidad consiguió arrinconar por segunda vez en su memoria la imagen fantástica del número trece.

Ya era otro hombre; vislumbraba algún horizonte, y, poco á poco, se iban abriendo ante sus ojos halagüeñas perspectivas. Echaba sus cuentas, y decía:

«Sí, señor; mírese como se quiera, Mariana es un tesoro: juventud, talento, belleza y alegría; familia casi ilustre, y un tío en América; tío solterón, millonario, que cansado de las delicias del Nuevo Mundo, está realizando su capital, duro sobre duro, para venir á morir en su patria y en los brazos de su familia. Mariana está llamada á ser una rica heredera; miel sobre hojuelas.»

Y sumando todas estas felices circunstancias, se restregaba las manos con la satisfacción del hombre que ha encontrado el camino, y que sabe muy bien dónde le aprieta el zapato.

«Perfectamente, añadía guiñándose el ojo: buena casa, buena mesa, coche, viajes de recreo, y una mujer cerca de la cual no hay penas, no es un prodigio de la fortuna, ni un escándalo de la suerte; pero, vamos, se puede ir viviendo; y, al fin, yo no soy ambicioso; me contento con poco!»

Hecha así la cuenta, empezó resueltamente á suspirar por Mariana, con tanta suerte, que á Mariana se le reían los huesos cada vez que Simón suspiraba, y á sus solas se desternillaba de risa pensando que Simón se derretía por ella.

Ellos eran felices.

Ningún obstáculo se oponía al afecto que mutuamente se profesaban, y dejaban pasar los días saboreando los dulzuras de sus tiernas intimidades. Estando tan cerca la llegada del tío millonario, que volvía de América, Simón se consideraba obligado á esperar su arribo, obtener su consentimiento y tratar formalmente la boda, porque al fin aquel tío millonario era el jefe de la familia.

Mariana, como de todo, se reía también de la formalidad con que Simón exponía la conveniencia de guardar tan justos miramientos; porque nada despierta la hilaridad de los caractéres alegres como la escrupulosa gravedad de los caractéres que quieren pasar por serios.

—Muy bien (le decía). Eso es muy atento y muy diplomático; pero mi tío va á sorprenderse de que le pidas una mano que no es suya.

—Tú eres una loca (le replicaba Simón), que te casarías tan fresca sin contar con tu tío; mas yo no tengo con él bastante confianza para tratarlo con esa familiaridad. Tú, al fin, ya eres su sobrina, y por eso no dejarías de serlo; pero yo no puedo..., no debo meterme así, de bue-

nas á primeras, á ser su sobrino, sin contar antes con su consentimiento.

—Bueno (advertía Mariana, con la boca llena de risa): no tengo nada que oponer á eso, y sólo quiero hacerte una pregunta: ¿si mí tío te negara su consentimiento, renunciarías por eso á ser su sobrino?

La primera vez que Mariana le hizo esta observación, Simón se quedó perplejo, arrugó ligeramente el entrecejo, y se mordió los labios.

—¿Temes (le preguntó á su vez) que se oponga á nuestra dicha?

—No (le contestó); no lo temo.

La vuelta del tío millonario era el plazo señalado y convenido, y, en honor de la verdad, los dos lo esperaban con la misma impaciencia. Y no podía tardar, porque el buque que lo conducía hacía ya más de un mes que debió salir de la Isla de Cuba.

La víspera del día que, según todos sus cálculos, debía llegar, fué Simón á casa de Mariana, y desde que entró advirtió cierto movimiento en la familia, y un vago temor se apoderó de su ánimo; pero las carcajadas de Mariana le dieron á entender que nada había turbado la habitual alegría de la casa.

—¡Carta! ¡carta!—dijo Mariana al verlo.

Y, levantándose, le puso una carta en la mano.

Simón la abrió, y leyó lo siguiente:

«Mi querida hermana: Me apresuro á escribirte, porque las malas noticias corren mucho, y deseo tranquilizarte. Hemos naufragado delante del Pico de Tenerife, y nuestro barco se lo ha tragado la mar con todo el cargamento. Milagrosamente nos hemos salvado, no todos, pues algunos han perecido entre las olas. Todo mi capital, que venía conmigo, ha desaparecido en el naufragio. No lo siento por mí; lo siento por tu hija, pues eran unos cuantos millones que tenía destinados á su dote. Paciencia. Dios da los bienes, y los quita. Sé que os consolará de esta pérdida el gozo de saber que se ha salvado mi vida. Con lo poco que me queda, podremos vivir. Ahora sólo desea abrazaros pronto..., tu hermano...»

Simón leyó el contenido de esta carta con voz cada vez más trémula; mas al encontrar al pie, y debajo de la firma, la fecha en que estaba escrita, se cubrió su rostro de una palidez horrorosa; no pudo ocultar que temblaba, y tuvo que sentarse.

Mariana estuvo á punto de echarse á reir; pero la risa se heló en sus labios, porque Simón parecía un cadáver.

La fecha de la carta era ésta:

«Santander 13 de Noviembre.»

VI

Otra vez el número trece se presentaba á sus ojos con rencor implacable. Salía de las profundidades del abismo, en el momento más inesperado, para arrancarle de las manos el bienestar que le ofrecía la dote de Mariana y la felicidad que le ofrecía Mariana misma.

¡Unos cuantos millones á punto de caer por la chimenea, duro á duro, desvanecidos de repente, disipados como un sueño, perdidos sin remedio en el fondo tempestuoso del Océano! ¡Adios, buena casa, buena mesa, coches, viajes de recreo...; adios, en fin, esperanza de una vida tranquila, cómoda, desahogada y dichosa! El número trece se levantaba formidable, lanzándole al rostro el escarnio de aquella catástrofe.

¡Y Mariana! Sí; los ojos de la rica heredera conservaban todavía el encanto de sus miradas; sus mejillas continuaban frescas y sonrosadas por la belleza de la juventud; en sus labios purpúreos y movibles permanecía inalterable la alegría de su corazón, y su talle se erguía gracioso, indiferente á las contrariedades de su fortuna. Al perder la pingüe herencia de los millones que el mar se había tragado, no perdió ni su belleza ni su alegría. Era la misma, las carcajadas estallaban en sus labios con la misma espontaneidad que si nada hubiese sucedido; seguía comiendo con el apetito de una salud perfecta, y dormía con el reposo de un corazón satisfecho.

Muy bien; pero, ¿podía Simón seguir pensando en ella? El desastre del naufragio, ¿no era un terrible auspicio? El amor puede forjarse las más risueñas ilusiones; todo puede verlo de color de rosa; pero la vida tiene una realidad inevitable, y Simón era pobre, y Mariana ya pobre también. ¿Qué felicidades podía ofrecerle su bolsillo, cada vez más mermado? Él solo conseguiría vivir algún tiempo más rodeado de ciertas comodidades, y aun de cierto lujo...; los dos, tendrían al fin y al cabo que resignarse á la pobreza, y últimamente á la miseria.

El número trece, que acababa de robarle tanta riqueza, le hacía también renunciar al amor de Mariana.

Tales eran los pensamientos que agitaban su espíritu.

«Es bella, se decía, y puede encontrar un hombre que la haga rica. Hay que huir de ella; su mano ya no me pertenece. Era un tesoro...., sí, un tesoro.»

Poco á poco se fué alejando de Mariana. Siempre encontraba alguna excusa para disculpar la poca frecuencia con que iba á visitarla; eludía toda conversación peligrosa, y no encontraba nunca motivo que le diese pretexto para un rompimiento, porque Mariana, siempre alegre, no tenía pará él más que sonrisas. Alguna vez se burlaba de su aspecto sombrío y taciturno, y, llamándole el caballero de la Triste Figura, se reía á carcajadas de su silencio y de su tristeza. Pretendía, por lo visto, con sus halagos y con sus burlas, infundirle el perpetuo regocijo de su alma: tarea inútil, porque ni sus burlas ni sus halagos le conmovían; parecía que su corazón se había petrificado.

Cada vez le costaba más trabajo ir á la casa de la que había estado tan cerca de ser una rica heredera, porque en ninguna parte se encontraba más desasosegado ni más inquieto. Allí se le había aparecido la última vez el número fatal, y nada le parecía más sombrío que aquella casa.

Le urgía, pues, salir de una situación que se hacía por momentos más insostenible y más embarazosa. Otra mujer habría provocado una explicación; se hubieran cruzado quejas, recriminaciones; y como las palabras se enredan fácilmente, nada más natural que venir á parar á un rompimiento. A lo menos, si ella, pagándole en la misma moneda, se hubiese mostrado retraída, reservada, ofendida de su conducta, él habría redoblado su indiferencia, y al cabo de poco tiempo el amor hubiera acabado por sí mismo.

Mas ella, ni se mostraba resentida, ni pedía explicaciones, ni salía de sus labios palabra alguna que descubriera enojo ó recelo: siempre lo recibía con la misma confianza y con la misma dulzura.

Simón pensaba todo esto, y dándole vueltas y más vueltas en su imaginación, buscaba en vano una salida que pusiera término al compromiso en que se hallaba. Y, vivamente contrariado, se cruzaba de brazos, diciendo:

«¡Oh!... Parece que esta mujer no sabe más que reirse.»

Al fin resolvió dar el paso definitivo; preparó papel, y tomó la pluma.

Escribió la primera línea, y no siguió adelante.

EL VELOCIPEDISTA CAMPOS

Rasgó el papel, y tomó otro.

Por lo visto, no era tan fácil desatar aquel nudo que él mismo había formado.

La pluma empezó á correr rápidamente, dejando en pos de sí los rastros de la tinta, y á los tres renglones se detuvo.

Leyó Simón lo que había escrito, y, estrujando el papel entre sus manos, lo arrojó á la chimenea. Tampoco había acertado á expresar su sentimiento, y por tercera vez intentó coordinar sus ideas, y después de algunos momentos de reflexión profunda, se puso á escribir de nuevo, y esta vez la pluma corrió hasta el fin sin detenerse.

He aquí lo que había escrito:

«Mariana: Hay misterios impenetrables; cada uno tiene su sino, y yo soy un hombre funesto. Me persigue una suerte infausta. Llevo conmigo las desgracias y los desastres. Olvidémonos. Ya no es posible otra cosa. Toda explicación sería inútil.»

Al pie de estos renglones estampó su firma, cerró la carta, y la envió á su destino.

Al día siguiente recibió la respuesta, concebida en los términos siguientes:

«He leído tu carta, y he tenido tentaciones de llorar; más aún: muchas lágrimas se me han venido á los ojos. Después, loca de mí, he reflexionado mucho, mucho, mucho. Tu carta me parecía un enigma, y yo, tonta rematada, me empeñaba en descifrarlo. Mira tú qué torpeza: la cosa es bien clara: que debemos olvidarnos, que nos olvidemos, que ya no es posible otra cosa. Entonces me he enjugado los ojos, y he soltado la carcajada. Te había comprendido.

»Bueno, olvidémonos: ¿á qué más explicaciones?...Muy bien; nuestro amor ha naufragado como los tesoros de mi buen tío. ¡Paciencia! Hoy mismo he sabido que el buen señor me traía de América una dote fabulosa. ¿Cuánto dirás? ¡La friolera de trece millones!»

Aquí terminaba la respuesta de Mariana, y Simón acabó de leerla, y, fuera de sí, la arrojó lejos de sus manos, repitiendo:

«¡Trece millones! ¡Trece millones!»

Y dominado por una agitación invencible, comenzó á andar de un extremo á otro de la habitación. La carta, que había caído en el suelo, se le enredó entre los pies, y, cogiéndola, la arrojó al fuego: la llama la devoró rápidamente, y en la ceniza negra del papel creyó distinguir, fantásticamente dibujado, el número trece. Retrocedió, y sus ojos alucinados le hicieron ver en la alfombra, en el techo y en las paredes la misma imágen. El número fatal se repetía á su alrededor, como si por todas partes le gritara:

«¡Trece, trece, trece!»

Cerró los ojos, y cayó desvanecido sobre una butaca, exclamando con voz sorda:

—¡Trece! ¡Siempre el número trece!

VII

Ya sabemos que en el año 1833 estábamos en los primeros albores de la regeneración política en que hoy vivimos, pues para nosotros empezaba entonces á brillar el siglo de las luces, ó, lo que es igual, empezábamos á salir de las tinieblas del *obscurantismo*. El sol que comenzaba á iluminar nuestro horizonte, por un prodigio de claridad, había de llegar hasta el punto de hacernos ver las estrellas.

Realmente, entonces estábamos ciegos; mas poco á poco hemos ido abriendo los ojos, y hemos visto mucho, lo hemos visto casi todo, y nos encontramos en vísperas de presenciar lo último que nos queda que ver, que es, en resumen, lo que estamos viendo.

Perfectamente; pero es el caso que entonces la prensa periodística no había adquirido aún toda la fuerza necesaria al desarrollo civilizador de su naturaleza expansiva; y el pensamiento libre se mostraba todavía tímido, y la publidad se detenía y tropezaba á cada paso, como el niño que aún no sabe andar solo.

Así es que la novedad de ciertos sucesos permanecía ignorada, oculta en el rincón de la casa ó en el seno de la familia, sin obtener el privilegio de darle la vuelta al mundo en las columnas de los periódicos. Las gentes podían nacer, casarse y morirse, ir y venir, comer ó pasear, visitarse, y, en fin, vivir, sin que las letras de molde sorprendieran al público con lo raro del caso ó la originalidad del suceso.

Por esta circunstancia, no pasó entonces del círculo de los amigos y de los parientes la boda de una preciosa joven, que unía á la singularidad de su belleza la pluridad de sus bienes de fortuna. Y es claro: su magnífico *trousseau* no pudo exponerse á la admiración universal en los escaparates de los periódicos.

En una palabra: Ernestina de Albamonte iba á casarse sin que lo entendiese la tierra.

Y no dejaba de ser curioso el caso de esta boda, y no dejaba de hablarse de ella entre las gentes que estaban enteradas del caso, porque Ernestina, alta, blanca, pálida, de fisonomía triste, de ojos azules y sonrisa melancólica, coronada la frente de largos rizos rubios, era el bello ideal de aquella poesía romántica, casi sepulcral, que, como un paño fúnebre, empezaba ya á entristecer el genio rico, desenfadado y profundo de las musas castellanas. ¡Y qué contrastes ofrecen algunas veces las cosas! En medio de la viva algazara que producían los primeros pasos de nuestra regeneración política, la poesía lúgubre, enlutada, parecía que sólo acertaba á inspirarse en los sepulcros. Podría creerse que á los primeros soplos de la libertad se había despertado más sombría y más aterradora que nunca la musa de la muerte. El genio poético de aquellos días no vislumbraba en sus tenebrosas inspiraciones más que tumbas y cementerios.

Ernestina era la creación viva del romanticismo, y tal vez ella misma se creía encargada de realizar en el mundo las visiones de aquella literatura casi patibularia. Su aire desmayado, su mirada indiferente y su voz dulce y apagada hacían presumir que andaba sobre la tierra por pura condescendencia.

Detrás de la triste idealidad de su melancólica belleza había una realidad bastante alegre: el señor de Albamonte poseía cuantiosos bienes de fortuna, y Ernestina era hija única. Muchos aspiraron á conquistar el corazón de tan bella criatura: unos con versos llorones, verdaderamente lamentables, porque en aquella época *hacían furor* los versos del género aflictivo; otros, con simples suspiros; y no faltaría alguno que pensara en una pistola ejecutiva ó en un veneno lento para poner término á sus días en venganza de tanta ingratitud. Mas el corazón de Ernestina no se ablandaba. Todos sus pretendientes le parecían vulgares, prosáicos, y ninguno correspondía al modelo que su romántica imaginación había forjado.

No le pesaba al señor de Albamonte que no estuviese tan á la mano el hombre capaz de conquistar su preferencia; pues no teniendo prisa en casarla, la dejaba pensar á sus anchas en el sér fantástico con quien soñaba, ya fuese Tirante el Blanco ó Amadís de Gaula, seguro de que ningún príncipe enamorado había de venir á robársela.

En este punto se equivocaba el señor de Albamonte, porque la bella Ernestina empezaba á creer en la realidad de su modelo; á lo menos sus ojos le hacían ver que andaba por este valle de lágrimas la imagen del sér venido al mundo sin más misión que la de adorarla; sér todo espíritu, sombra melancólica llena de pasión y de suspiros.

Un joven sumamente pálido y tétrico, de ojos tristes y brillantes, de larga melena, misterioso en sus palabras y lúgubre en su acento, tenía que ser por fuerza el héroe de la novela que ella tejía á sus solas y que siempre llevaba en su pensamiento.

Y este joven, tal y como pudo imaginarlo, no era una visión de su melancolía; existía realmente; ella lo había visto, había sentido en sus ojos el resplandor fúnebre de su mirada cadavérica, y desde aquel momento se consideró amada hasta el delirio y amó hasta la locura.

Primero se cruzaron tiernas miradas, después hablaron los suspiros, más tarde las lenguas pronunciaron eternas promesas, y fueron y vinieron billetes enamorados llenos de admiraciones, de juramentos, de frases estupendas, y en los que el amor y la muerte se mezclaban sin ton ni son, formando un ruido de palabras sublimes que constituye lo más acabado del género.

Hubo citas misteriosas, ya á través de la reja de un jardín y á la luz de la luna, ya en las solitarias calles de una alameda, bajo el murmullo de las hojas y entre las primeras sombras de la noche; y la pasión que á entrambos dominaba los llevó á encontrarse algunas tardes en la soledad de un cementerio.

El coche de Ernestina se esperaba en la puerta, y ella, delante de su aya, que la seguía haciéndose cruces, penetraba en el asilo de los difuntos; y á lo mejor, apoyado en el tronco del sauce, ó saliendo de entre los sepulcros como un muerto que resucita, aparecía la sombra del joven meditabundo, y... aquello era lo supremo del arte.

El señor de Albamonte ignoraba que había en campaña esa especie de trovador sin cítara, que si no era dueño del corazón de su hija, había logrado por lo menos sorberla el seso; mas los pretendientes desairados por Ernestina se comieron la partida, y cada uno de por sí le juró guerra á muerte al dichoso rival que los había vencido.

¿Quién era aquel hombre? Un sér obscuro, insignificante; nadie: Simón Campollano, ni más ni menos.

A todos les ocurrió la misma idea para alejar de Ernestina aquella sombra inoportuna. El medio era muy sencillo; estaba reducido á proponerle un duelo, un duelo interminable, pues debía durar mientras quedara uno de los desairados.

Dos de ellos se presentaron en casa de Simón, y le dijeron sencillamente:

—Venimos á que V. elija: ó renunciar á sus locas pretensiones acerca de Ernestina de Albamonte, ó batirse con todos.

—¡Todos!... (exclamó Campollano). ¿Y quiénes son todos?

—Somos (le contestaron) trece.

José Selgas.

(Se continuará.)

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad, dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

Nuestros apreciables lectores leerán en el presente número un anuncio de la **bien reputada firma** de los **Sres. Valentín & C.ª**, banqueros, y Expendeduría general de lotería en **Hamburgo**, tocante á la lotería de Hamburgo, y no dudamos que los interesará mucho, ya que se ofrece por pocos gastos alcanzar, en un caso feliz, una fortuna bien importante.

Esta casa envía también gratis y franco de porte el prospecto oficial á quien lo pida.

El rajah y la culebra.

El día 18 de Noviembre de 1891, el Rajah de Morvi, en las Indias, fué á su caballeriza y halló á los mozos buscando una culebra que había sido vista media hora antes. Pero todo resultó inútil, y el príncipe salió á dar su paseo en co-

che como de costumbre. Poco después sintió de repente como una sensación de calor sobre su pecho. Desabotonó su abrigo, y apenas lo hubo hecho que una culebra negra y venenosa cayó al suelo como pesado anillo, y luego deslizóse su Alteza no habiendo padecido ningún daño. Volvió luego á palacio, distribuyó 500 rupias entre los pobres, y al día siguiente hubo banquetes y convites como muestra de agradecimiento por su milagroso escape.

Bueno. ¿No hay ninguna lección en ese incidente? ¿No nos enseña nada?

Leamos la comunicación siguiente, y luego consideremos si los dos casos, aunque muy disímiles en sus pormenores, no dejan de sugerirnos una misma idea.

«Valencia, Agosto 11 de 1892.

A. J. White, Limitada.

Barcelona.

Muy señores míos: Perdí mi apetito el mes de Mayo próximo pasado, y he padecido mucho en mi estómago por haber tomado demasiadas bebidas heladas. Nada podía aliviarme. Por fin empecé á usar el Jarabe curativo de la Madre Seigel, y después de haber tomado tres botellas me hallé completamente curado, por lo que doy á ustedes infinitas gracias.

Dí también el Jarabe á un sirviente mío, Rosario Torres, quien también padecía del estómago, y ha logrado muchísimo alivio.

Soy de ustedes muy atento seguro servidor,

FRANCISCO DALFO.»

Si el señor Dalfo nos permite hacer la comparación, diremos que según toda probabilidad no un hombre en diez mil hallará nunca una serpiente venenosa en su traje, pero todo hombre está sujeto á hallar algo peor en su mismo cuerpo, eso es *enfermedad*. Nuestro corresponsal salió bien de ello y le damos el parabién. A no haber sido la dolencia atacada á su debido tiempo, hubiera quizá tenido resultados ya fuera del alcance de cualquier remedio. Todo el tiempo que duró la dolencia no fué sino indigestión, cuya causa fué la imprudencia de que habla, sin embargo ya existía (tal vez no sospechada del Sr. Dalfo) cierta condición del estómago que solo estaba aguardando dicha provocación para desarrollarse en una peligrosa dispepsia crónica con todos los horrores que siempre la acompañan.

No hay enfermedad tan común, tan productiva de padecimientos y al cabo tan fatal; y su carácter más peligroso *es lo insidioso de su aproximarse y lo repente de su ataque*. Su semilla puede quedarse escondida por meses en el sistema, y de repente brota en una hora á causa de un descuido, de una imprudencia en comer ó beber, de una sacudida moral, ó de cualquiera otra causa que haga perder al cuerpo su equilibrio. Este hecho es probado por la *sorpresa* que tienen cuantos se ven apoderados de ella.

Sea cual fuere la capacidad de la humanidad para aguantar dolores, tantas y tan esparcidas son las consecuencias de dicha dolencia. Reumatismo, gota, bronquitis, todo género de afecciones nerviosas, y aun la tísis son admitidas por las principales autoridades medicales ser ni más ni menos que *los productos directos y los síntomas de indigestión y dispepsia*. Son las consecuencias del veneno engendrado por el enconamiento y la fermentación de los alimentos en el estómago; veneno que llena la sangre y lleva dolores y muerte en su curso.

El Jarabe de la Madre Seigel obra sobre el sistema digestivo y por medio de él sobre todo el cuerpo. De allí resulta su poder sobre la enfermedad y su grande reputación en todo el mundo.

Y, por último, bueno es recordar que sana una enfermedad más destructora que todas las serpientes y todas las bestias que infestan las pampas de los trópicos.

Si el lector se dirige á los Sres. A J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

Banco de España.

Habiendo aparecido en esta corte billetes del Banco falsos, de la serie de 100 pesetas, emisión de 1.° de Enero de 1884, el Consejo de gobierno ha acordado anunciarlo al público, por proceder de una nueva falsificación distinta de la que se anunció en 21 de Enero de 1887, de la misma serie y emisión, descubierta entonces en Barcelona.

Los principales caractéres que distinguen los falsos de los legítimos, de los que se diferencian bastante para notarlo á simple vista, examinando el conjunto, son con respecto á los detalles más esenciales, que tienen los falsos toda la estampación borrosa por estar los trazos aplastados y carecer de la fineza y medias tintas, especialmente en la viñeta y retrato del anverso. El color amarillo del fondo es más anaranjado que en los legítimos, y el tipo de la numeración resulta mal impreso y diferente del de éstos.

Madrid 10 de Junio de 1893.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

Banco de España.

Desde el día 10 del corriente, y bajo facturas que se facilitarán en la Caja del Banco, se admitirán para su señalamiento al cobro, los cupones de la Deuda amortizable al 4 por 100, del vencimiento de 1.° Julio de 1893, y los títulos amortizados en el sorteo de 2 del actual.

Madrid 6 de Junio de 1893.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

BANCO DE ESPAÑA

SEXTO SORTEO

Nota de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Números de las bolas que representan los lotes	NUMERACIÓN de los títulos que deben ser amortizados	Números de las bolas que representan los lotes	NUMERACIÓN de los títulos que deben ser amortizados

Serie A

137	1361 á 70	5884	58831 á 40
169	1681 90	6012	60111 20
243	2421 30	6020	60191 200
282	2811 20	6557	65561 70
541	5401 10	7031	70301 10
909	9081 90	7641	76441 50
1147	11461 70	8016	80151 60
1154	11531 40	8931	89301 10
1272	12711 20	9095	90941 50
1328	13271 80	9100	90991 91000
1494	14931 40	9436	91351 60
1519	15181 90	9597	95961 70
1996	19971 80	9675	96741 50
2052	20511 20	10060	100591 600
2096	20951 60	10093	100921 30
2101	21001 10	10342	103411 20
2282	22811 20	11298	112971 80
2344	23431 40	11444	114431 40
2822	28211 20	11655	116541 50
3227	32261 70	11930	119291 300
3361	33601 10	12176	121751 60
3606	36051 60	12348	123471 80
3619	36181 90	12390	123891 900
3647	36461 70	12414	124131 40
4266	40651 60	12429	124281 90
4093	40921 30	12944	129431 40
4308	43071 80	13508	135071 80
4418	44171 80	13509	135081 90
4560	45591 600	13903	139021 30
4564	45631 40	14012	140111 20
4644	46431 40	14165	141641 50
5140	51451 60	14287	142861 70
5664	56631 40	14485	144841 50
5811	58101 10		

Serie B

1323	13221 á 30	6161	61601 á 10
1453	14521 30	6219	62181 90
1516	15151 60	6246	62451 60
1793	17921 30	6306	63051 60
1829	18281 90	6700	67891 900
2062	20611 20	6805	68041 50
2162	21611 20	6808	68071 80
2268	22671 80	6915	69141 50
2528	25271 80	7013	70121 30
2631	26301 10	7151	71501 10
2692	26911 20	7391	73931 40
2722	27211 20	7471	74701 10
2756	27551 60	7599	75981 90
3173	31721 30	7759	77581 90
3611	36101 10	7855	78541 50
3983	39821 30	8172	81711 20
4063	40621 30	8186	81851 60
4722	47211 20	8823	88221 30
4885	48841 50	9004	90031 40
5014	50131 40	9237	92301 70
5208	52071 80	9564	95631 40
5216	52151 60	9688	96871 80
5416	54151 60	10173	101721 30
5929	59281 90		

Serie C

223	2221 á 30	4849	48481 á 90
496	4951 60	4850	48491 500
633	6321 30	4936	49351 60
646	6451 60	5029	50281 9
689	6881 90	5873	58721 30
1065	10641 50	5936	59351 60
1531	15301 10	6248	62471 80
1605	16041 50	6541	65401 10
1615	16141 50	6778	67071 80
1801	18001 10	6819	68181 90
2048	20471 80	6824	68231 40
2264	22631 40	6906	69051 60
2302	23011 20	7281	72801 10
2362	23611 20	7553	75521 30
2887	28851 70	8588	85871 80
3077	30761 70	8706	87051 60
3346	33451 60	9012	90111 20
3479	34781 90	9131	91301 10
3720	37191 200	9263	92621 30
3768	37671 80	9321	93201 10
3902	39011 20	9665	96641 50
3998	39971 80	9704	97031 40
4017	40161 70	10036	100351 60
4698	46971 80	10250	102491 500

Serie D

77	761 á 70	1186	11851 á 60
293	2921 30	1193	11921 30
360	3591 600	1283	12821 30
696	6951 60	1501	15001 10
887	8861 70	1518	15171 80
1000	9991 10000	1972	19711 20
1123	11221 30	2903	29021 30

Serie E

48	471 á 80	650	6491 á 500
118	1171 90	726	7251 60
414	4131 40	1084	10831 40
544	5431 40	1206	12051 60
614	6131 40	1916	19511 60

Madrid 2 de Junio de 1893.—El secretario general, *J. Morales*.—V.° B.°, el gobernador, *Gullón*.

En diferentes ocasiones se me ha pedido una buena pasta depilatoria, y siempre he vacilado al tener que dar á una la preferencia entre las muchas que se conocen. Mas hoy, que el calor provoca la salida del vello, se me apremia para que decida.

Indicaré por tanto, *la Pasta depilatoria Dusser*,—1, Rue Jean-Jacques Rousseau, París.—con privilegio desde 1836, y que por consiguiente cuenta más de medio siglo de existencia. Dicha preparación no solo suprime el pelo ó vello que tanto afea el cutis, sino que por la acción destructora que ejerce sobre el pulbo ó tubérculo va progresivamente debilitándolo hasta producir su desaparición

El *pelivoro*, que aún ejerce una acción más enérgica, se emplea para los brazos y el resto del cuerpo.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

MADRID
TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 8
1893

LA ARTISTICA

Calle del Caballero de Gracia, 8

ESTAMPERIA

Novedades en todo género de estampas en grabado, fotograbado, litografía, fotografía, etc., de las principales casas del extranjero.
Especialidad en asuntos religiosos.

IMÁGENES TALLADAS

Se reciben encargos garantizando su buena ejecución.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españole y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MONTERA 23

RELOJES

DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G.° GIROD

Sucesor de **Losada.**

Fábrica de Guantes

J. F. IRUMBERRI

Se acaba de recibir un inmenso surtido en guantes de seda é hilo, última novedad.

NO COMPRAR SIN VISITAR ESTA CASA

Guantes de piel de caballo, cabrito, cordero y Suecia.
Corbatas, abanicos y artículos de novedad.
Guantes para señores Obispos, Sacerdotes y colegiales.

CALLE DE FUENCARRAL, NÚM. 7

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA

DE

VICENTE GARCIA MUSTIELES

(SUCESOR DE PÉREZ)

CALLE MAYOR, NÚM. 50

MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.
Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.
Se sirven los pedidos con toda prontitud.

ELIXIR

DE

Protocloruro

DE HIERRO

CON HIPOFOSFITOS

DE VIVAS PÉREZ

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.*

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.—MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA. **Farmacia** VIVAS PEREZ

MEDICACION TÓNICA

PILDORAS Y JARABE

DE

BLANCARD

Con ioduro de Hierro inalterable

ANEMIA · COLORES PÁLIDOS · RAQUITISMO · ESCRÓFULOS · TUMORES BLANCOS etc., etc.

Exíjase la firma y el sello de garantía.

PARIS
40, rue Bonaparte, 40

ASMA Y CATARRO.

Curados por los **CIGARILLOS** ó el **POLVO ESPIC**, 2 fr. la Cajita.

Opresiones, Tos, Constipados, Reumas, Neuralgias

Venta por Mayor : PARIS, J. ESPIC, rue Saint-Lazare, 29.

MEDALLA DE ORO — FUERA DE CONCURSO

Exigir esta firma sobre cada cigarrillo.

Depósito en todas las Droguerías y Farmacias de España

TOS

TOS, TOS. ENFERMEDADES DEL PECHO, CATARROS *bronquiales, falta de apetito, decaimiento, sudores nocturnos, cansancio, sofocación, dolor de pecho.* Se curan radicalmente con el uso del renombrado **Jarabe Almera** *con creosota de haya,* pues tiene la ventaja que *calma, fortifica* y *facilita* la espectoración. Doce años de éxito continuo. Recomendado por los médicos de España y América.

POBREZA

DE SANGRE, PALIDEZ, INAPETENCIA, LINfatismo, *escrofulismo, flujo blanco de las señoras.* Se curan radicalmente tomando el **Jarabe Almera** *con ioduro ferroso,* el mejor reconstituyente que se conoce, y de éxito positivo, en la *anemia, clorosis.* Probadlo y os convenceréis. También lo recomiendan los mejores médicos de España y América.

HERPES

HUMORES, IMPUREZAS DE LA SANGRE, AFECciones *de la piel, picazón, granos, tos sanguínea,* desaparecen con una prontitud asombrosa con el uso del **Licor Brea arsenical Almera,** el mejor licor de Brea que se conoce, según afirman los médicos más sabios de España y América que ya conocen la eficacia de este medicamento, *purifica* y *refresca en alto grado.*

Despacho central, Xucla, 21, Barcelona, Farmacia Almera; Laboratorio Fábrica, San Juan de Vilasar, Era, 14, y San Sebastián, 1 y 2; Madrid, Melcaor García y principales farmacias; Sevilla, Gran Farmacia Española, Feria, 138 y Relator, 14.

CAPSULAS EUPÉPTICAS DE MORRHUOL PIZA

Principio activo del aceite de hígado de bacalao.

Es el remedio más seguro para la curación de las

ESCRÓFULAS, LINFATISMO, RAQUITISMO

REUMATISMO CRÓNICO y **NUDOSO, TISIS** pulmonar y debilidad general, según han demostrado las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados médicos en su clientela, asegurando que el **Morrhuol Pizá** es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo.—Medalla de Oro en la Exposición Universal de Barcelona.—Frasco, **10** REALES; doce frascos, **96** REALES.—Farmacia del Dr. Pizá, Plaza del Pino, núm. 6, Barcelona, y principales farmacias de España y América.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA. CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 pts.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 1 15 ps. fs.
Un año..... 4 »

NÚMERO 12.— Madrid 30 de Junio de 1893.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 FRCO
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 »

EN EL DESIERTO

SUMARIO

TEXTO

La casa, por Valentín Gómez.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Toma puntapiés, por Alfonso Pérez Nieva.—Nuestro arte religioso, por José Fernández.—A la memoria de la angelical cuanto inolvidable niña la señorita doña Nicolasa González Quindor de Obregón, por Luis de Montalvo y Jardín.—La muerte del rico... cristiano, por Manuel Polo y Peyrolón.—El pendón negro (poesía), por Juan Menéndez Pidal.—Joyas literarias: El número trece, por José Selgas.—Conferencia del Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon.—Reclamos y anuncios.

GRABADOS

En el desierto.—El río Jordán.—En la pradera.—En el bosque.—Dama turca.

LA CASA

I

Todos los seres que pueblan el globo terrestre, desde el enorme cetáceo hasta el humilde infusorio, eligen ó construyen un rincón, que es el lugar de su descanso, el almacén de sus provisiones, el santuario de sus amores, la cuna de sus pequeñuelos, y la defensa contra el rigor de los elementos y la crueldad de los enemigos.

Así las fieras tienen su morada en las cavernas que oculta la aspereza de los bosques, y los mónstruos marinos en las que ha abierto la Naturaleza bajo el inquieto fondo de las aguas. Los castores edifican sus admirables cabañas á la orilla de los ríos; las águilas construyen sus nidos en lo alto de las rocas; las golondrinas en los aleros de nuestros tejados, ó en el techo de nuestros propios aposentos; las cigüeñas en lo más alto de torreones abandonados; las aves nocturnas en la misteriosa sombra de seculares ruinas; los reptiles entre las malezas de pedregoso monte; la oropéndola, el ruiseñor, el jilguero y los pájaros todos que deleitan nuestros oidos con su canto, en las espesas ramas de los árboles que embellecen nuestros sotos y avaloran nuestras huertas, como la diligente hormiga hace bajo montones de tierra su habitación y sus depósitos, y el insecto en la hoja de la planta ó en la corteza del arbusto, y el gusano en el corazón de los frutos ó en los tejidos mismos de nuestro propio cuerpo.

El hombre, medio desnudo y errante en esta tierra que erizaba contra él las puntas de sus espinas, como lomo de jabalí á vista del enemigo, sintió que la tempestad se desplomaba sobre su cabeza, que el viento azotaba su rostro, que la lluvia inundaba su endeble piel, y, en fin, que no podia dar un paso sin tropezar con algún ser animado ó inanimado dispuesto á atentar contra su miserable vida.

Y el hombre no estaba solo. A su lado tenía la hermosa compañera de sus infortunios y de sus consuelos; sobre sus hombros llevaba al inocente fruto de un amor que debía ser puro como el de los ángeles, y era ya bajo y grosero como el de las bestias. La mujer callando suspiraba, mientras el niño, todo amedrentado y lloroso, regaba con lágrimas copiosas el áspero y revuelto cabello de su padre.

¿Qué iba á hacer el hombre? ¿Disputar á las fieras sus guaridas, ó imitar al castor que construye con suma habilidad su cómoda vivienda, y la abeja que labra maravillosamente su celda exagonal? El hombre inteligente, que lleva en su alma el rayo creador de la Divinidad, no podía ser menos que el más hábil de los animales que le habían estado sometidos; y si al principio se contentó quizá con doblar hacia el suelo las ramas de los árboles y anudarlas al tronco de arbustos próximos, y cubrir con hojas sueltas y maleza seca el techo que resultaba de aquel sencillísimo tejido vegetal, bien pronto el amor á la sociedad y á la estabilidad, innatos en el corazón humano, le obligaron á trazar un tosco cimiento de piedra en la vertiente de alguna eminencia, y á poner uno sobre otro ligeros troncos, unidos con largas tiras de corteza ó con juncos arrancados de los pantanos, de manera que formasen tres paredes recostadas en la roca de la montaña, cubiertas con ramas, cañas y tallos de plantas secas.

Los más atrevidos y ambiciosos reuniéronse pronto en los valles que ofrecían sus fértiles entrañas á la codicia, y allí levantaron moradas más sólidas, inmediatas unas á otras, que al punto se convirtieron en ciudades populosas entregadas al placer y dispuestas á aniquilarse, por gozar de nuevos deleites, ó llevar su dominación á extraños territorios.

Reseñar la historia de la casa humana, desde la tienda del nómada ó la choza del arya, habitante primitivo del alto Indo y de las gargantas del Himalaya, hasta los suntuosos palacios de Menfis y Babilonia, las elegantes construcciones de Atenas, las sibaríticas *villas* de Roma, los castillos feudales de la Edad Media y los risueños *hoteles* del Renacimiento, que son hoy todavía las habitaciones propias de los grandes y opulentos señores, equivale á reseñar la historia de la humanidad: no esa historia que se alimenta de batallas y catástrofes, y de caídas de tronos y de cambios de dinastías; sino aquella que manifiesta el carácter de los pueblos, sus creencias, sus sentimientos, sus costumbres, sometidos en gran parte á la naturaleza del país que habitan y á las condiciones particulares de su clima.

Viollet-le-Duc ha hecho, aunque á la ligera, este singular trabajo en su *Historia de la habitación humana*, pero sin manifestar las relaciones íntimas que existen entre el hombre y su habitación. Y, sin embargo, esas relaciones son tan notables y tan curiosas, aun prescindiendo de las obras maestras del arte arquitectónico, libros de piedra de las edades pasadas, que su estudio basta para dar á conocer la especial condición de cada uno de los diferentes pueblos de la tierra.

Las razas nómadas que seguidas de sus ganados plantan su tienda en el desierto, y durante uno ó dos meses viven del robo y el pillaje de las caravanas ó del saqueo de algún pueblecillo próximo, son excepciones que, como el salvajismo, muestran á la civilización el camino por donde se llega á la barbarie y al embrutecimiento. No es esa la regla general; no es el nómada el hombre sociable que, al construir su casa para recoger en ella á los objetos de su íntimo amor y ocultar á las miradas del mundo los placeres incomparables de la familia, piensa también en los deberes que le unen á los demás hombres, y por eso se agrupa con ellos al rededor de un mismo centro, y reconoce una misma autoridad, y crea ciertos intereses comunes, y constituye con la suma de casas un pueblo; con la suma de pueblos una patria.

Este es el hombre, tal como Dios ha querido que sea. El hombre de la casa, de la ciudad y de la patria: súbdito de la patria, miembro de la ciudad, y rey de su casa. Pero este hombre, que es uno en el fondo, porque en todas partes y en todos los tiempos es súbdito, ciudadano y jefe de familia, es tan vario en las manifestaciones de su vivienda como en las líneas de su fisonomía y en los rasgos de su carácter.

Por eso, cuando por vez primera visitamos una ciudad desconocida ó un país extraño, fijamos nuestra atención en los edificios, como si en la forma de aquellos muros quisiéramos ver el corazón y el pensamiento de sus habitantes. Si el aspecto de las calles es sombrío; si las severas líneas de las fachadas no están interrumpidas por algún detalle ligero ó por algún color vivo resplandeciente; si las ventanas escasean y no tienen la anchura proporcionada á la magnitud del edificio, nuestro ánimo se impresiona desfavorablemente á la ciudad ó al país que visitamos. Allí no reinan la expansión ni la alegría de ordinario. Las gentes se tratan poco, las familias viven para sí, el clima no es apacible, el cielo debe descargar con frecuencia sus rigores sobre la ciudad; acaso la vida religiosa predomina en aquel pueblo; tal vez la amenaza constante de los enemigos haya convertido en fortaleza cada casa; quizá largas y tradicionales discordias hayan separado á unas familias de otras y las obligan á vivir en receloso aislamiento. O alguna de estas cosas ó todas ellas juntas han dado su carácter particular al pueblo; y este carácter está retratado en la constucción de las viviendas humanas, como el sentimiento suele retratarse en el semblante.

Pasemos ligeramente nuestra mirada sobre las regiones principales de la tierra, y entretengámonos un instante en la observación de esa infinita variedad de aspectos que da á la morada del hombre la diversidad de su carácter.

II

Allá á lo lejos, sobre las aguas azuladas de un río tranquilo, se descomponen en mil cambiantes los rayos de un sol espléndido, señor majestuoso de un cielo purísimo y transparente como un cristal. Cruza el río una llanura inmensa vestida con las galas de la más variada y rica vegetación que han podido concebir las inagotables entrañas de la madre Naturaleza. En el horizonte, donde apenas alcanza la vista, se levanta un cono gigantesco cubierto de nieve y coronado de blanquecinos vapores, como anciano musulmán que confunde el plateado color de sus canas con la blanca y ligera muselina de su turbante.

Hiere los ojos una increíble variedad de colores. Diríase que mil arco-iris se han desparramado en la superficie de aquella gran llanura, y que, como las estrellas en la bóveda azul de una noche serena, titilan todos aquellos colores sobre las plantas, sobre las aguas, sobre los pájaros, sobre los hombres y sobre las casas. Todo brilla, y todo brilla de la misma manera. Es una variedad uniforme, siempre idéntica á sí misma, que ha llegado á descubrir el secreto más peregrino de la vida humana: la inmovilidad en la actividad. Acerquémonos. Una de las innumerables casas de que parece sembrada la llanura, y que brilla con los mismos colores que se advierten en las plantas, en las aguas, en los pájaros y en los trajes de sus habitantes, de tez amarilla y negra cabellera, se ofrece á nuestra curiosa observación. La casa está rodeada de un jardín de arbustos y árboles frutales, menos por la parte en que el río lame los cimientos de un gran terrado y los peldaños de un embarcadero sostenidos por dos postes de bambú. Un pórtico con algunos escalones da entrada á la sala central, alta de techo é iluminada por aberturas en forma de claraboya, divididas por ligeras columnitas de junco. Esta sala comunica con dos aposentos laterales, y una estrecha galería que á derecha é izquierda da á sendos balcones cubiertos, uno de los cuales está sobre el río. Otra galería más ancha conduce al terrado, á las habitaciones de los sirvientes y á la cocina y despensa. Los techos están construídos de gruesos bambús encorvados y cubiertos con juncos hábilmente dispuestos para preservar á los moradores de la lluvia y del calor. Como hemos dicho, la casa está pintada exterior é interiormente de colores muy vivos, descollando el amarillo y verde. En los remates de los bambús que forman el pórtico se ven cabezas toscamente detalladas, pero que denotan la afición al detalle que distingue á aquellos habitantes. Nuestros lectores habrán adivinado que nos encontramos en plena China: el pueblo de la inmovilidad y de las insustancialidades, de la inteligencia analítica y del amor á las dulzuras de la pereza y á los deleites de la sensualidad.

La sala central se conserva siempre en una suave temperatura que convida á la molicie. Allí el perezoso dueño se sienta sobre almoha-

dones rellenos de yerbas aromáticas, y come junto á su familia, encerrada ordinariamente en las habitaciones interiores, aquel arroz blanco que el chino lleva á la boca con dos palillos diestramente manejados. Su bebida es el thé ú otro brebaje aromático cualquiera; todo, ménos el agua pura. Bajo el terrado se mece la barca en que el señor se distrae, navegando sobre las inmóviles ondas del caudaloso río. Tal era la casa china de los tiempos primitivos; tal es, poco más ó menos, la casa de hoy, y tal será probablemente la de mañana, si aquella raza no sufre una transformación radical. Esa casa de bambú es la historia de la China, la definición completa de su carácter, de sus costumbres y de sus creencias. La fecundidad y hermosura de aquel suelo despiertan en el chino el amor á la Naturaleza, y por eso rodea de jardines su morada, cultivándolos con más esmero que trabajo. Su fe budhista, transportada de la India, ha aumentado su natural indolencia y su gusto por los placeres reposados. Hace maravillosamente las cosas pequeñas; estudia largos años para aprender á leer y escribir, por la complicación extraordinaria de su escritura, y no toma nada de ninguna civilización, sino el ópio, que ha llegado á ser el verdadero símbolo de sus inclinaciones.

Volvamos ahora los ojos á esta otra parte próxima á nuestra Europa y fronteriza del Asia, cuyos monumentos han pasado á través de los siglos, como desafiando la caducidad de las cosas humanas. Otro gran río dividiéndose en enormes brazos que forman un soberbio delta, corre á nuestra vista hasta arrojar al Mediterráneo sus turbias y misteriosas aguas, cuyo origen no ha podido aún descubrir la tenacidad de los más audaces exploradores. Es el Nilo. Periódicamente crecen sus aguas, inundan la tierra estéril y arenosa de aquella vasta región, y cuando el río vuelve á su cauce deja una corteza de cieno, que bien pronto se convierte en una vegetación fértil y hermosa, que lleva el bienestar y la abundancia á los inteligentes egipcios.

Jamás el cielo ha sido allí empañado por las sombrías gasas de borrascosas nubes. Menos aún que en la capital de el Perú, donde en tres siglos se ha oido tres veces el rumor de la tempestad, se tiene en Egipto idea de la lluvia y del trueno. Las fuerzas destructoras de la Naturaleza no se conocen por encima de la cabeza del hombre, sino bajo su planta. La sonrisa perpétua del cielo está algunas veces neutralizada por los extremecimientos monstruosos de la tierra. Esta es allí de una admirable fertilidad, y la población que en otro tiempo la habitaba numerosísima, por lo cual se creyó indispensable no dejar un solo palmo de terreno sin cultivo. Dividióse, pues, la propiedad en los lotes con el más exquisito esmero, á fin de que cada habitante poseyera aquella parte de territorio que podía cultivar con sus propios brazos ó con los de sus servidores. Así, los antiguos sacerdotes conservaban escrupulosamente trazadas en hojas de *papiro* las heredades de cada uno, á fin de evitar pleitos y cuestiones entre los propietarios. Para trazar estos planos catastrales, era preciso recurrir á operaciones geométricas que la necesidad fué perfeccionando poco á poco, y pronto se llegó á reconocer que el triángulo era la figura que permitía señalar con exactitud la extensión de un territorio, apreciar sus dimensiones y accidentes, tales como el curso de las aguas, las partes inundadas ó secas, arenosas, pedregosas ó cenagosas. De esta manera fué el triángulo considerado como figura sagrada, particularmente el triángulo rectángulo, cuya base se divide en cuatro, el lado en tres y la hipotenusa en cinco partes iguales entre sí. Combinando la religión á estos conocimientos, se creyó, entre los ocultos misterios sacerdotales, que la base representaba á Isis, el lado á Osiris y la hipotenusa á Orus (1).

(1) Viollet-le-Duc, *Histoire de l'habitation humaine.*

De todas estas circunstancias de clima, de aficiones matemáticas y de creencias religiosas, se compone la idea artística de la casa egipcia. En las vertientes del Himalaya, como en las orillas del mar Egeo, los aryas y los pelasgos construían desde los tiempos primitivos casas con techo vertical y anchos aleros, para dar salida á las aguas de la lluvia. Los egipcios convierten el tejado en una de las más agradables habitaciones de la casa. Es un ancho terrado, cuya parte central está cubierta de toldos sostenidos con postes, y allí pasan las familias egipcias las horas que el trabajo les deja libres. Su preocupación por el triángulo se revela en la forma rigurosamente cuadrangular de sus edificios. Si alguien osara proponerles que hicieran una casa circular, lo arrojarían de su seno como á sacrílego, diciendo: «La morada del hombre debe mirar á los cuatro puntos del cielo, y ha de tener su frente y sus costados; de esta manera forma ángulos y ángulos rectos, sin los cuales sería imposible todo nuestro sistema religioso y arquitectónico.» En cambio, el antiguo pelasgo construía su casa en círculo sobre toscas piedras, como si quisiera reflejar en lo infinito del círculo la concordancia de su grandeza con la fuerza de su temperamento, y la sencillez de sus costumbres en la ruda naturalidad de sus pedazos de roca amontonados.

La casa egipcia parece la base de una pirámide truncada; es porque los terremotos pueden hacer menos estragos en un edificio más ancho de abajo que de arriba. Los aposentos no se distinguen por su holgura ni su comodidad. Ordinariamente se come fuera de la casa, bajo un toldo colocado en la puerta, y se usa poco la tertulia y la asamblea, tan comunes en los pueblos del Norte, nacidos para la independencia y la deliberación. Por eso los egipcios no usaron hasta la época de su grandeza aquellos vastos salones sostenidos por columnas de troncos de árboles al principio y de mármol y granito después, que la raza aryana generalizó donde quiera que hizo sentir su avasalladora influencia. Pero se explica fácilmente la poca comodidad de las habitaciones. Las mujeres se ocupan en los trabajos exteriores, en comprar las provisiones, en comerciar y llevar fardos, mientras los hombres permanecen junto á la casa ó dentro de ella tejiendo, fabricando toldos, vajilla y pequeños objetos de madera, en que muestran una singular pericia.

No hay verdadera familia: ¡cómo ha de haber gusto para los honrados y sencillos deleites de la casa!... Una turba de perros, gatos, aves y otra porción de animales invaden las habitaciones todas, y rodean la mesa donde comen los dueños de la vivienda, que de pronto se convierte en una Exposición zoológica. He aquí otro detalle íntimo que descubre la te particular de un pueblo: esos animales son séres sagrados. Dejemos correr los tiempos, y veremos á los supersticiosos egipcios abandonar la defensa de una ciudad por no hacer daño á los animales, que el enemigo ha lanzado por las murallas arriba, para perturbar la conciencia de sus defensores.

III

Convirtamos de nuevo nuestra mirada al Asia. Dos ríos famosos, en cuyas aguas acaso vieron por primera vez reflejados su hermoso rostro los padres del género humano, fecundan una comarca risueña habitada por hombres de aspiraciones gigantescas. Mezcla de la noble raza de los aryas y de la calculadora é industriosa de los semitas, la que se extiende á las orillas del Tigris y del Eufrates, parece nacida para dominar el mundo y asombrarle con la magnificencia de sus costumbres y sus monumentos. Nadie diría, al ver esas ciudades soberbias, esas moradas espléndidas, esos toros alados con cabeza humana que guardan la puerta de los salones, que el tiempo había de reducirlos á polvo, no perdonando más que alguna que otra ruina destinada providencialmente para servir de enseñanza á las generaciones, pagadas de su poder y de su grandeza. Los egipcios, á lo menos, han dejado en pos de sí esas colosales pirámides, túmulos inmensos de momias incorruptas que indican el agrado con que aquellos hombres miraban la vida, cuando parece que querían prolongarla aún después de la muerte. Pero el gran imperio asirio no ha dejado nada más que fragmentos, aunque la ciencia arqueológica ha podido reconstruir imaginariamente las moradas de aquellos poderosos dominadores del Asia, dominados á su vez y destruídos por las legiones providenciales del persa Ciro.

Dos razas, la procedente de los aryas y la de los semitas, formaban el imperio asirio. Aquella era la raza noble, la raza conquistadora del país; la otra plebeya y humilde, dada á la industria, apenas hacía más que proporcionar mujeres hermosas para el harem de los señores.

Una mirada sobre la ciudad basta para comprender la soberbia de la raza noble y la humildad de la semita. Las casas de unos están emplazadas sobre terraplenes arcillosos; las de los otros, construídas al nivel del suelo, parecen modestos servidores que no se atreven á levantar su vista delante del orgulloso dueño. Una extensa y cómoda rampa conduce á la plataforma en que se asienta el palacio del noble asirio. Rodéanle magníficos jardines, y hállanse á lo mejor soberbias escalinatas, que dan acceso á las puertas principales de la suntuosa vivienda. Mirad sin recelo esos toros alados de piedra que guardan la entrada; es la vanidad de un pueblo que se cree fuerte, y que no espera ser sorprendido y aniquilado en una noche de orgía. Pasemos sin miedo. Un grandioso salón se abre delante de nosotros; no tiene el balconaje elegante que se advierte en lo alto de los muros de los regios salones indios; pero tiene algo que sorprende el ánimo y le impone más que todas las elegancias y comodidades que hemos visto hasta ahora. Las puertas están hechas en forma de arco, el techo es abovedado, y en su centro se levanta una media cúpula por cuyas ventanas penetra suavemente la luz del día, bañando el recinto con los matices del misterio y la severidad extraña á toda otra morada de los diferentes pueblos de la tierra. ¿Qué idea tienen esos hombres de sí mismos? Dícenlo claramente sus palacios. Fundadas las ciudades sobre una gran llanura, todas las casas serían poco más ó menos iguales, construídas como están de un solo piso, si la idea de la plataforma no hubiera venido á traducir con perfecta exactitud el sentimiento de la soberbia que domina á la raza noble. Así, de una sola mirada el espectador adivina dónde viven los grandes y dónde se arrastran los pequeños.

La bóveda y la cúpula completan la expresión del carácter dominante de aquel orgulloso pueblo. Esas líneas curvas que parecen separarse violentamente de la tierra y escalar el cielo para caer al otro lado como dominadas por el peso de su propia osadía, son acaso un vago recuerdo de aquella torre de Babel, que por estos mismos sitios levantó otra generación de soberbios. Más adentro de los palacios, se ven patios extensos y habitaciones destinadas á los usos ordinarios de la vida. Todo es generalmente cómodo y lujoso. Pero no preguntéis por la familia. En un ala del palacio está el harem, depósito de mujeres hermosas para el deleite del señor. La familia no existe en ninguna parte. La idea del hogar doméstico ha desaparecido por completo de la sociedad humana, y pasarán todavía algunos siglos antes de que esa idea se restaure, y la casa refleje en su misma construcción, más que el pensamiento orgulloso del hombre, el sentimiento delicado, recogido y puro de la mujer.

La soberbia y el deleite: hé aquí las notas características del pueblo asirio. Si la historia no nos lo dijera, nos lo dirían los palacios de

sus magnates También aquí hay terrados como en Egipto; y aunque en diez meses del año apenas empaña una nube el purísimo azul del cielo, no es precisamente el clima lo que mueve á los asirios á coronar sus casas con esos anchos y alegres miradores. Es que por aquí pasó la planta de los egipcios, los cuales no abandonaron el país sin dejar á sus vencedores el amor á las ciencias exactas, que luego se ha convertido en pasión por la astronomía. Los terrados son á un tiempo mismo lugares de recreo y observatorios. Verdad es que no se sabe si encanta más la contemplación de aquella maravillosa campiña surcada por cientos de canales, ó de aquel espléndido cielo sembrado de millones de estrellas.

Astrónomos, se delitan con el estudio de los planetas; soberbios, levantan cúpulas sobre el techo de sus salones, imitando la bóveda celeste; sensuales, hacen de sus moradas templos de todos los placeres... Pero llegará un día el enemigo, y de esta magnificencia sólo quedará la dolorosa huella que deja en el corazón el recuerdo de un sueño delicioso.

IV

¡Grecia! Henos aquí en la cuna del arte. La línea recta, la columna, el pórtico, el *triclinion*. Es un pueblo sencillo, elegante, burlón, discutidor, enemigo mortal de la familia y ciegamente apasionado de la forma: tan apasionado... ¡que asesina á los niños cuya estructura no le parece bastante bella! La sobriedad de sus fachadas y de sus adornos delata su buen gusto. No se pretenda hallar elevación en sus construcciones; es un pueblo pegado á la tierra de tal suerte, que hasta los dioses los ha convertido en personajes griegos, capaces de cometer con la mayor destreza las mayores infamias del mundo.

La casa griega indica al punto cuál es la llaga más repugnante que corroe á ese pueblo bullicioso y risueño. La primera habitación que se encuentra al pasar el dintel es la destinada á los esclavos. ¡He aquí el país más libre de la tierra! Un poco más allá se tropieza con el primer patio, rodeado de un pórtico de elegantísimas columnas de mármol. Allí esperan los clientes, los mercaderes y los ociosos que el dueño los llame para despachar con él sus asuntos ó celebrar un banquete en su gran *triclinion*. Otro patio, rodeado también de columnas y con una fuente en medio, se ve en el fondo del segundo cuerpo. Allí pasean los amigos de confianza, comensales ordinarios del rico ciudadano que vive en la casa. Es un hombre religioso: tiene su altar privado en uno de los ángulos del edificio, y allí sacrifica de vez en cuando á sus dioses tutelares. A un costado está el *gyneceo* para las mujeres y los niños. Nadie las cela, porque nadie las ama. Hasta las madres han arrancado de su corazón la ternura. Aquí no consiste el heroismo en vencer los impulsos naturales del sentimiento, sino en no tenerlos. Padres, hijos, esposa, hermanos... todas estas palabras no representan aquí nada. ¡Patria! Esta es la idea que lo domina todo. Por eso la casa viene á ser una segunda plaza pública.

Bajo los pórticos de los patios se habla de todo; de las novedades del día, de la malevolencia de la República vecina, de la llegada de una flota, de la representación de una nueva comedia aristofánica ó de los sueños de algún filósofo ó de algún orador que ha inventado un nuevo sistema de psicología ó de moral. El *triclinion* es una Academia; allí se come y se discute á un tiempo, y si los comensales son sabios de primer orden, posible es que al final de la comida quede el Olimpo tan desocupado de dioses, que cualquier mano atrevida pueda poner en lo alto de la puerta la famosa inscripción de Cromwell en la fachada del Parlamento inglés.

Plaza pública y Academia: tal es la casa de los griegos. Por dentro y por fuera lo está diciendo á voces esa encantadora combinación de líneas que forman la vivienda del rico ciudadano helénico.

Mas ¿dónde hallar el santuario de la familia? ¿En Roma? Roma lo ha aceptado todo de todas partes. Sus casas ostentan la línea recta del griego, la bóveda del asirio, el ángulo del egipcio, las columnas del arya, los suntuosos salones del indio: es el mundo compendiado en una ciudad. Obras de Fidias, reproducidas á centenares por los artistas griegos, engalanan las habitaciones del patricio romano: tal vez un obelisco egipcio se levanta en el centro del patio junto al *impluvium*; acaso la escalinata que conduce del *triclinium* á los jardines haya pertenecido á un antiguo palacio asirio... ¿Qué pueblo de la tierra no ha contribuído con su genio, con sus brazos ó con sus tesoros á edificar esta ciudad, que va pasando á través de los siglos como centro obligado de la historia humana? Puede decirse, sin embargo, que Roma es Grecia, sin la elegancia y la mordacidad de los griegos, y con la grandeza soberbia de los asirios.

Si nos transportáramos á las regiones septentrionales de Europa, veríamos algo, en la morada humana, que no es el arte grandioso del Asia, ni el arte elegantísimo de Grecia, ni el arte cosmopolita y abigarrado de Roma: pero que no es tampoco su corrupción, su menosprecio de la familia y su amor al despotismo.

Ambiente de libertad se respira en la fría atmósfera de la Escandinavia. La casa, de anchos y verticales aleros, está rodeada de una cerca de palos, piedras y maleza, que la separa de las demás. El hombre que ahí vive, noble ó plebeyo, no conoce la servidumbre; al contrario, es rey de su casa, y sólo admite la autoridad ajena cuando trae el sello del común consentimiento. Un espacioso salón es la primera pieza que se encuentra al penetrar. Aquel salón está destinado á recibir á los convecinos y á celebrar asambleas familiares ó públicas. Ese pueblo, vestido de pieles de fieras, no hace nada sin oir el parecer de todos. El día en que el agua del bautismo caiga sobre la frente de esos bárbaros, el mundo sabrá por vez primera en qué consiste la libertad política, sin menoscabo de la dignidad real. La casa tiene habitaciones reservadas á la familia. La mujer no es una esclava. En torno del hogar, come al lado de su esposo y de sus hijos, y dirige, sin necesidad de servidores mercenarios, las domésticas faenas. Todas las magnificencias que hemos visto desaparecerán como los espléndidos rayos de una aurora boreal. Pero esta humilde mansión escondida bajo las espesas brumas del Norte y cercada de árboles seculares que crecen y se propagan sin el cuidado del hombre, será con el tiempo modelo universal para las sociedades cultas, perfeccionado y consagrado por el espíritu vivificador y generoso del Cristianismo.

¡Ah! Sí; el Cristianismo llega; la familia se constituye; la mujer ciñe corona de reina; el niño, redimido con la sangre de un Dios, es hermano de los ángeles; el esclavo es hermano de los reyes; el hombre reconoce la dignidad de su origen y ve claramente la grandeza de su destino... Todas las magnificencias conocidas, aumentadas por la inspiración de un nuevo sentimiento artístico, se reconcentrarán en la casa de Dios. La ojiva es el emblema de la elevación. Todo tiende á la altura, no como la bóveda asiria que vuelve á la tierra después de amenazar al cielo, sino como la aguja gótica que se pierde en la inmensidad del espacio. El alcázar del rey, el castillo del magnate, hasta la choza del plebeyo, ostentan la forma ojival, semejando dos manos puestas en oración delante de la cruz que campea en lo más alto de todas las moradas.

El tiempo, las reacciones, los progresos, la instabilidad del gusto, la corrupción de las ideas y de las costumbres podrán algún día derribar la cruz de esas alturas y cambiar la ojiva por reminiscencias, acaso extravagantes, de Grecia y Roma. Pero aunque se derribe el castillo en que la mujer es poco menos considerada que una diosa, y el templo y el palacio varíen de forma, será ya imposible que la casa del hombre en la sociedad cristiana no refleje la noble jerarquía de la mujer, la justa libertad de los hijos y la fraternidad de los ciudadanos.

Las habitaciones más suntuosas se destinarán al extraño que viene á honrarnos con su visita. La mujer compartirá siempre el lecho con el marido, siendo el mismo el cuarto destinado para los dos. Los hijos, miembros predilectos de la sociedad doméstica, reposarán cerca de sus padres, para que éstos oigan su primer quejido y reciban su primer beso al despuntar la mañana. Los criados no vivirán como siervos, sino como individuos de la familia. El antiguo *triinclium* no será una Academia ni un lugar destinado á las orgías, ni tendrá al lado el *vomitorium* reclamado por los excesos de la gula, sino el centro común de las expansiones afectuosas, de las confianzas recíprocas y del amor que une á la más dulce de las sociedades humanas.

Esta es la casa del mundo cristiano: la casa que nos dejaron nuestros padres, donde se mece la cuna de nuestros hijos, y en que las delicias conyugales, bendecidas por el cielo, han elevado un santuario á los amores tranquilos del hogar.

Apartemos los ojos de aquellos pueblos á donde la luz del Cristianismo no ha llegado todavía. Quizá tras del aspecto triste, obscuro y cerrado de las viviendas que forman sus estrechas calles, se hallarán habitaciones suntuosas, perfumadas con los más delicados aromas del Oriente, y jardines deliciosos y fuentes cristalinas de mármol más blanco que el cutis de las odaliscas circasianas... ¿Pero es aquello el hogar? ¿Es aquello el santuario de la familia? ¡El harem, los eunucos, los esclavos!...

¡Bajo esa magnificencia que se oculta á las miradas de todos, palpita el mónstruo del despotismo amamantado en los pechos de la más grosera sensualidad!... No es esa la casa del hombre; es el rico palacio del verdugo ó del idiota.

Por los balcones de nuestras casas entra á torrentes la luz del día y el aire puro de la libertad cristiana. Las alegres voces de nuestros hijos se confunden con las voces de la bulliciosa población que circula por nuestras calles. La casa es el segundo templo de nuestra familia; pero no es su cárcel dorada al fuego pasajero de la concupiscencia.

¡Insensatos soñadores de una sociedad sin familia, es decir, de una familia sin Dios! En la hora misma en que realiceis vuestros sueños y sustituyais el hogar con el falansterio, habreis hecho de nuestra casa una Academia ó un harem. Pero no habreis dado un paso hacia adelante; no seréis los apóstoles del progreso; seréis los reaccionarios del gentilismo y de la barbárie.

VALENTÍN GÓMEZ.

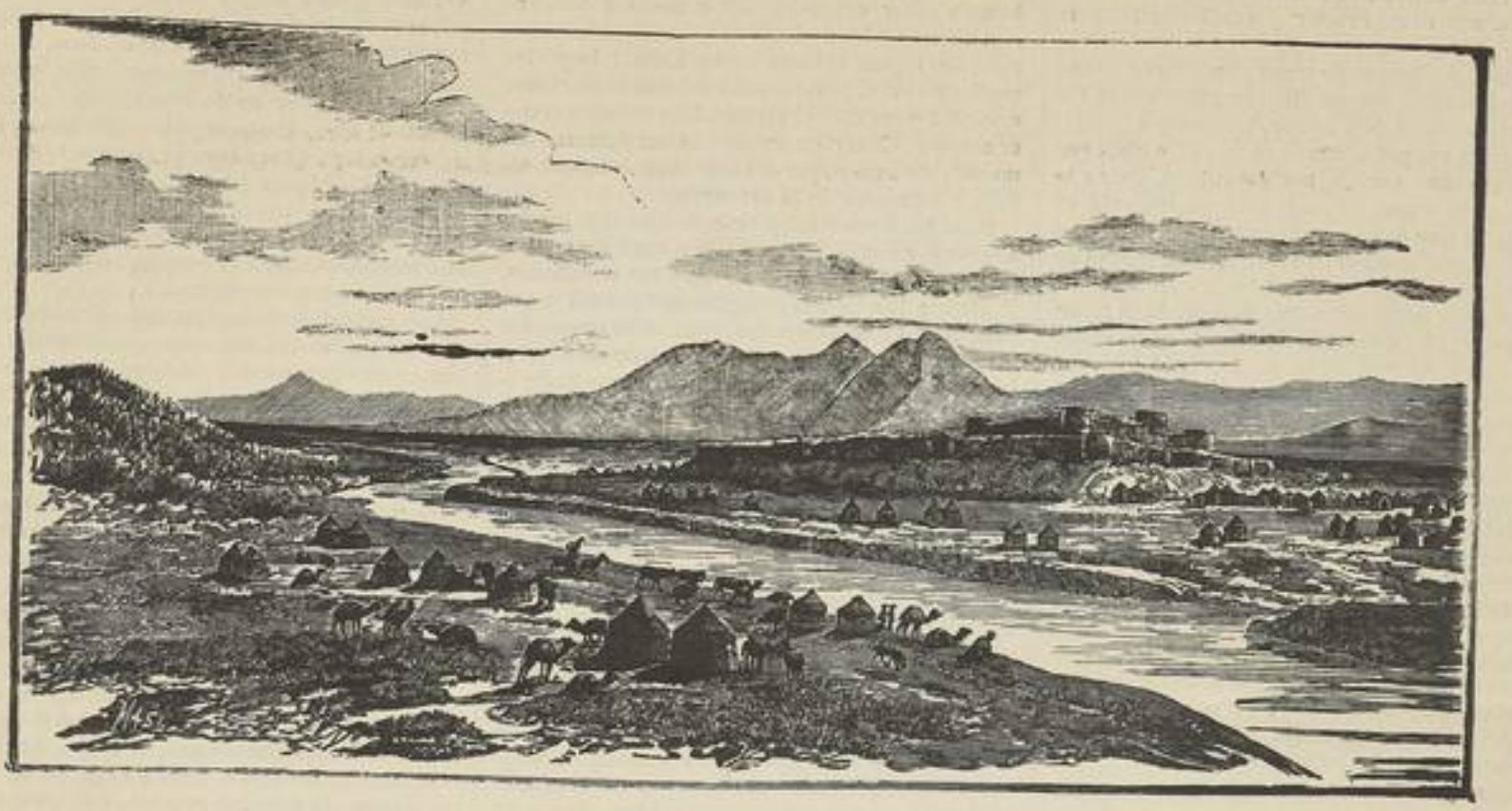
GRABADOS

En el Desierto.—(Pág. 177).

Una caravana de beduinos ha hecho alto en el desierto. Tal sucede hoy, y tal sucedía ya muchos siglos antes de J. C. cuando los israelitas pasaban el desierto de Arabia, fugitivos de Egipto, en busca de la tierra de promisión. El Oriente es inalterable; para el desierto no hay épocas, ni variaciones. ¡Hoy, lo mismo que hace veinte ó cuarenta siglos!

El río Jordán.—(Pág. 181).

El 24 de los corrientes se ha celebrado la fies-



EL RÍO JORDÁN

ta de Juan Bautista, al que los cristianos tenemos por precursor del Mesías, los mahometanos por un gran profeta, y los judíos tuvieron por Elías resucitado, según leemos en los Evangelios. Juan Bautista fué hijo de Zacarías, Sacerdote del Templo de Jerusalén, y de Isabel, también del linaje sacerdotal de Aarón. Las circunstancias maravillosas de su nacimiento las refiere San Lúcas en el capítulo I de su Evangelio.

Muy joven se retiró al desierto, entregándose á las mayores penitencias, y predicando á todos que mudasen de vida porque se acercaban los días del Señor.

Vino, en efecto, tan gran día, y el mismo Jesucristo pidió el bautismo á San Juan. Tuvo lugar la memorable escena en las riberas del Jordán, de cuyo río da idea nuestro grabado.

El Jordán es el río nacional de la antigua Judea. Separa esta provincia de la Perea, y desemboca en el mar Muerto. El color de sus aguas varía según las estaciones del año.

En la pradera y en el bosque.—(Págs. 184 y 185).

Son dos paisajes que verán con gusto nuestros lectores, y que no necesitan explicación.

Dama turca.—(Pág. 189).

Es un bonito dibujo de costumbres orientales.

ANTONIO DE OLMEDO.

Toma puntapiés.

Lo que es de esta se la pagaba... ¡Vaya si se la pagaba!... Lo que es aquel puntapié que aún le estaba escociendo en semejante parte, no se quedaba en deuda. Después de todo, ¿qué había hecho para que la cacharrera le arrimase tan tremenda patada? ¡Echarle un fósforo de trueno en uno de aquellos tinajones!... ¡Vaya un delito!... Digo y cómo retumbaba dentro de la panza de la vasija... Cada vez que se acordaba le entraban unas ganas de reir... Pum purrum pum pum... ¡Ja, ja!... Pero la voz de la buena mujer no era tampoco para echarse en olvido... ¡Y con los zapatones que gastaba la muy bestia, que parecían sus patas las de un aguador!... Corriente... Pues ahora iba á ver cómo las gastaba el Tiña.

Y el granuja, con el único *perro* que le quedaba del real que le habían dado poco antes por bajar un talego al río, compró en el puesto de las aleluyas una carrera de fósforos de trueno; la partió por la mitad; hizo con las dos partes dos bolas de nieve y papel de estraza, y, con singular maestría, porque el dinero no le alcanzaba para tanto, robó, mientras le despachaban, un garbanzo de pega; luego se apartó tarareando, y con mucho disimulo se acercó á la cacharrería, á la puerta de la cual dormitaba de pie un pacífico jumento, esperando á que le cargaran sobre las dos que ya tenía aposentadas sobre la albarda, una tinaja erguida en el suelo al borde de la acera.

La suerte le favorecía; la cacharrera se hallaba tal vez en la trastienda con el amo del rucio; nadie podía verle; no había que perder tiempo...

—Yo te daré puntapiés—murmuró el Tiña, sonriéndose de antemano con el éxito de su hazaña. Y sacando las dos bolas de fósforos de trueno, prendió con una cerilla el papel de estraza para que sirviera de mecha; rápidamente echó una bola en cada tinaja; apartóse después al galope, y desde tres ó cuatro varas de distancia disparó con toda la fuerza de su brazo el garbanzo de pega sobre la tinaja colocada derecha en el piso, escapando luego para atisbar el campo de la escena detrás de la esquina.

Lo que allí pasó no es para dicho: el garbanzo de pega dió contra la tinaja, estallando en el acto y produciendo una detonación estruendosa; al golpe recibido la tinaja fué rodando hasta las patas del jumento que dormía tranquilamente, y el que sintiendo entre sueños una cosa fría que le rozaba en las manos y á la vez el estrépito del garbanzo, abrió con espanto los ojos, aguzando las orejas; casi á la vez los fósforos de trueno debieron prenderse dentro de las tinajas tumbadas en la albarda, pues en el interior de las vasijas comenzó á oirse un chisporroteo bronco y atronador; y el asno, que no las tenía ya todas consigo, al oir en sus costillas aquel fuego repetido, perdió su serenidad, se sintió acometido de un pánico horrible, se le erizaron los pelos, lanzó un rebuzno desgarrador, y escondiendo la cabeza entre las manos soltó al aire un par de coces; las tinajas, que no se hallaban aún bien atadas, se le vinieron sobre la cabeza concluyendo de azorarle, y, por fin, arrancó una carrera vertiginosa, dando brincos y huídas, y lanzando lejos de sí las dos tinajas, que se rompieron con estrépito en mil pedazos.

Cuando la cacharrera y el amo del jumento salieron gritando detrás del animal, ya éste había tomado gran delantera; una y otro se detuvieron á contemplar afligidos los restos de las tinajas, y entonces el Tiña, gozándose en su obra, se marchó repitiendo su frase con igual tonillo sarcástico:

—¡Anda, toma puntapiés!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

Nuestro arte religioso

XXIX

(Sigue las conclusiones.)

El candelero y la lámpara son los más genuinos instrumentos del alumbrado litúrgico, y en opinión de casi todos los rubriquistas y arqueólogos, irreemplazables. Si en el templo no tuviera la luz otro objeto que alumbrar, no se usara de día; si además fuese únicamente un adorno, la luz más bonita y de más fácil manipulación y expedito uso fuera la mejor, como sucede en los teatros, salones y otros lugares no sagrados; pero tiene más alto fin, que es el principal, sin que excluya los dos predichos, y necesariamente ha de ser producida por el cirio de cera y por el aceite de olivas; y el cirio de cera no admite mejor sostén que el candelero, ni el aceite otro receptáculo preferible á la lámpara. La tradición, la historia, la liturgia, y sobre tan respetables autoridades razones poderosas de estética y otras muy varias, deben cerrar la puerta á toda novedad en este punto, pues no sería aquí lo nuevo un ade-

lanto, sino extravío contrario al espíritu eminentemente conservador y tradicional de la Iglesia.

Puesto que hemos de tener candeleros y lámparas siempre, cabe establecer cuales sean los requisitos que deben llenar. La mejor materia, pues, para los primeros es el metal, y ojalá pudiera siempre ser de los preciosos, como la plata; pero como el coste de esta materia es mucho, lo que la hace más propia de los vasos sagrados, y como los candeleros son piezas de mucho uso, y expuestas á menudo en sitios no del todo libres de atrevidas manos, bien podemos decir que, considerados los de plata como honrosa excepción, digna de los templos suntuosísimos, por regla general el bronce ó su imitación, el metal amarillo bien tallado, tratándose de obras lujosas, y torneado en todas las demás, es el metal que (nunca barnizado, plateado ni mixtificado) conviene más para este uso, por su duración, porque siempre conserva el mismo aspecto, y porque se le puede limpiar muy prontamente. Además, no permite al cirio comunicarle su fuego.

Después de este metal, el estaño puro, ó bien alguna aleación, podría servir, y el hierro sólo para oficios fúnebres. Cuando no hubiera medio de valerse de los metales, buena es la madera (1) plateada, dorada ó pintada con arte y discreción.

Las formas de todos ellos, desde el Tenebrario y el candelero del cirio, hasta el más pequeño que pueda usarse, han de ser correctas, y, en lo posible, sencillas y graciosas. En este punto, la antigüedad (excepto en los candeleros de hierro) no ofrece los mejores modelos. Las obras bizantinas y góticas de este género son, en gran parte, feas; las del Renacimiento ya les ganan mucho en belleza, que luego decae durante el pasado siglo, en que se hicieron muchas de plata ó de bronce, lujosas, caras, muy fuertes y duraderas, así éstas como las más sencillas, pero de mal gusto (2).

A los veinte años de este siglo fué cuando empezaron los broncistas á producir algunas buenas y elegantes obras, no ciertamente de talla como las riquísimas de entre las buenas y nada vulgares del Renacimiento, sino torneadas, pero dignas de mucho aprecio. Desde hace más de otros veinte años, ya por la escasez de recursos en las iglesias, ya por la crecreciente ola del mal gusto, se operó una lamentable decadencia, y empezamos á padecer bajo el dominio de los dibujos extranjeros, únicos que siguen nuestros metalistas en eso como en todo.

En adelante debiéramos construir candeleros de plata ó bronce tallados, como obra selecta en que cabe hasta la figura humana en medio de cierta libertad, no mucha, en el adorno; pero estas piezas excepcionales no le dejan limpiar bien ni manejar sin peligro. Como obra ordinaria, el candelero de bronce, estaño ó madera torneada por patrones cuyo dibujo esté lleno del espíritu de los órdenes clásicos de arquitectura, tan fecundos en materia de jarrones, flameros, vasos, peanas, balaustres y sustentáculos de todo género. Estos dibujos caben hasta en las iglesias góticas ó bizantinas. Si se quiere tener candeleros de estos dos estilos (y sólo lucen bien dentro de los referidos templos), háganse en buena hora, pues hoy más que nunca es esto posible, aunque costoso; pero habría que cuidar que fuesen bellos, aun perdiendo algo en la corrección, y que sus molduras no pudieran romperse, y si admitir la limpieza con facilidad.

Todo esto es aplicable por completo á las lámparas, que para ser propiamente de iglesia, han de estar colgadas del remate ó humero con buenas y bien dibujadas cadenas. La lámpara de forma clásica es bellísima; la gótica pudiera serlo, pero mucho talento é inventiva necesita para ello el artista. Los delirios plateresco y de Churriguera, deben ser desterrados no sólo de esta parte del mueblaje, sino de todas, y asimismo de la orfebrería.

Para las arandelas ó brazos fijos destinados á sostener cirios, no vasos con aceite, delante de los retablos ó en las naves y los vestíbulos, y sirven las mismas reglas aplicables á los candeleros y las lámparas, como asimismo á los llamados candelabros (candeleros de varios brazos), en uso hace ya mucho tiempo desgraciadamente, sin haber escapado á la invasión del pésimo gusto reinante; pero que si los construyeran siguiendo modelos bellos y correctos, sin duda que son piezas de muy buen efecto, aplicables sólo en ciertos lugares como las credencias, la balaustrada del altar mayor, los lados del monumento, los intercolumnios ó los extremos del retablo, no en los túmulos ni en aparato alguno de penitencia, por regla general.

La lucerna, que vulgarmente llamamos *araña*, y que tampoco debe figurar más que en funciones de regocijo, no era por cierto cosa muy bella en la antigüedad, pero luego poco á poco fué adquiriendo gallardía, y así llegaron á usarse aquellas magníficas arañas de cristal blanco ó de colores; feas unas, de buen gusto no pocas, pero de cualquier modo un adelanto. Las que llamamos de almendra, pues se componen de muchas ristras formadas con gotas cristalinas ensartadas con alambre y determinando graciosas curvas, son lo más vulgar y sencillo del género; pero á fuerza de muy usadas, han llegado á ser tan genuinas y exclusivamente del templo, que bien se las podría seguir dando carta de naturaleza en el culto.

Hoy más que nunca sería fácil construir hermosas arañas de bronce ó cristal y otras materias brillantes, sólidas y duraderas, pues abundarían los modelos, y sería posible obtener dibujos bellísimos en lo posible, correctos y atildados de todos los estilos, sin excluir el neogótico; habría empero que evitar un escollo: que la araña destinada al templo en nada recordare la del salón y del teatro, la araña del mundo, y esto es más difícil de lo que pudiera creerse.

Los flameros, pebeteros y otros vasos de carácter pagano y apariencia ó sabor de profanidad, no deben tener cabida en la iglesia, y si hoy la tienen, es un abuso digno de severa corrección; como lo es, digan lo que quieran los modernistas y citen los ejemplos y prácticas que gusten, la introducción del gas, el petróleo, la luz eléctrica y otras en la iglesia, aunque sólo sea para alumbrar espacios ó para adornar alturas.

La misma cera debería ser pura, blanca siempre, amarilla naturalmente, no pintada, cuando lo prescribe el ritual, y en forma de cirios cilíndricos lisos. El cirio rizado, sucio, expuesto á incendios, caro, pretencioso y profano, sobre no ser bello, sino afectado y charro en demasía, y el cirio cónico á la francesa lleno de cromos y calcomonías, talcos, terciopelos y lentejuelas, debieran ser terminantemente prohibidos en la casa de Dios, igualmente que ese falso cirio llamado *cañón*, ó *apura cabos*, invención rastrera de la mezquindad vanidosa y falsaria que ha concluído por perder hasta las apariencias, como quiera que el cañón es dorado y no imita al cirio, cuyo lugar usurpa.

¡Y aún hay en España quien compre á los extranjeros cañones cónicos pintarrajeados de colorines imitando cirios franceses, grandísimos, cuya luz... es un miserable y cortísimo cabo de innoble y sucio sebo con el nombre de estearina!

Más vale mil veces no poner cirio alguno que aparentar en plena cara de Dios lo que no es verdad; y más valiera también economizar en mil superfluidades, y, como decía un religioso muy español, *no meterse con el Amo*.

Convendrá poner riguroso cuidado en que la vara que sostiene las tres luces con que se enciende el Cirio Pascual en Sábado Santo, fuese de verdadera caña, aunque llevase regatón en su extremo inferior y boquilla en el superior, de metal; pero no tres arandelas, porque las luces han de producirlas tres velitas unidas por abajo é introducidas en la boquilla. Todo lo que no sea esto, es una corruptela.

Los candelabros de extrañas formas destinados á producir en los altares afeminadas combinaciones geométricas, á la manera de las que vemos en las tuberías de los órganos (allí con razón de ser), ó bien curvas, cifras y otros refinamientos de mal gusto; esas construcciones de metal barnizado en combinación con el vidrio de color que imita piedras finas, ó con la porcelana en figura de azucenas y otras flores, como las que adornan los aparatos de gas que hay en los teatros; esos lamparines, arañas, brazos para candilejas con bombas de quinqué, y toda la balumba de trastos metálicos que nos vienen del extranjero ó de algunas fábricas españolas, que por espíritu mercantil imitan á las de allá, y que ni por la materia falsa é innoble, ni por la forma chavacana, ni por el dibujo extrambótico, mezcla ó parodia risible de todos los estilos, sin pertenecer á ninguno, valen para nada serio; esas lámparas verdaderamente de alcoba, cuyo vaso tiene la forma de corazón rodeado por una ráfaga de almendras cristalinas, los faroles de procesión, varas de palio y de estandarte, floreros y todas esas baratijas con que el comercio seduce á la devoción inconsiderada por ignorancia y falta de ilustración; faramalla comercial, grosera, y más profana que otra cosa, debe ser excluída del templo sin contemplación alguna, pues contribuye muy principalmente á que pierda su augusto carácter.

Poco habría que hacer para restaurar nuestra ya pérdida orfebrería sagrada, porque, felizmente, aún nos quedan muchísimos ejemplares antiguos, y relativamente modernos, en donde escoger magníficos modelos del gusto bizantino, gótico y clásico, según el templo que quisiéramos alhajar. Los artistas debieran procurar que sus obras de este género reunieran las siguientes condiciones: buena materia (plata ú oro de alta ley en la mayoría de las piezas, sobre todo los vasos sagrados); tamaño y peso conveniente, pues estos objetos han de ser manejados con facilidad por ancianos ó niños, y además el peso excesivo causa molestia y ofrece grandes peligros; forma correcta y tradicional, que no impida el uso litúrgico; adorno delicado y al mismo tiempo sólido como toda la obra; la menor cantidad posible de postizos, y estos de materia tan preciosa como la pieza á que van adheridos.

Puede admitirse el sobredorado á fuego, mas no el plateado de los objetos de cobre, y es aceptable también el empleo del cristal en algunos objetos. La concha, el marfil, la nácar, el coral y alguna otra materia de valor, son admisibles en las cruces de altar ó procesión, marcos de sacras, porta-paces y cajas de monumento ó sillares del sagrario. El níkel verdadero, cual se usa en la moneda de algunos países, no sería despreciable, y lo mismo algún otro metal moderno ó aleación feliz y de aspecto permanente, en incensarios, cruces, relicarios, bandejas, platillos, lavabos ó jarrones, acetres, conchas bautismales, báculos, y aun custodias de iglesias pobres; todo, en fin, lo que no fueran cálices, patenas, copones, víriles y crismeras. Esto se entiende en caso de pobreza; pero nada de plaqués, doublés y metales llamados blancos.

José Ferrándiz.

(1) Al candelero de madera hay que ponerle boquilla metálica, si se quiere evitar peligro de incendio, y que la cera dure bastante.

(2) Rodando andan todavía por las iglesias antiguos blandones y candeleros metálicos de esa época en buen estado, pero feísimos; todos de un mismo dibujo muy desgraciado, pero que tan en boga debió estar en España por casi una centuria, que no sólo candeleros, sino balaustradas, cálices, custodias y toda manufactura de metal que constaba de algún vástago, era construída siguiendo el malhadado patrón que pronto llenó toda la Península y algo más.

A LA MEMORIA DE LA ANGELICAL

cuanto inolvidable niña

la señorita doña Nicolasa González Quindor de Obregón

Te fuiste, mas tu memoria
Para siempre quedará
En cuantos aquí pudimos
Tus virtudes apreciar.
Y aunque al partir nos dejaste
Con tristeza sin igual,
Templar nuestra pena debe
El bien que gozando estás.
Hubistes ¡ay! este mundo
Con rapidez de cruzar,
Porque los ángeles, niña,
De hermosa y cándida faz,
De sentimientos tan puros,
De tan intensa bondad,
De inocencia tan preclara,
Tan bella, tan ideal,
No nacieron, no nacieron
Para vivir mucho acá,
Pues su morada es el cielo,
Su vida la eternidad.
Por eso si aquí aparecen
De tarde en tarde no más,
Es porque Dios nos permite
En la tierra contemplar
De vez en cuando destellos
De la gran luz celestial;
Es porque Dios ha querido
En su infinita bondad,
Que esos ángeles nos sirvan
De consuelo temporal,
Y luego de intercesores
Cuando, con vuelo fugaz,
De nosotros se despiden
Para ir por siempre á habitar
En la región donde reina
La inmensa felicidad,
La dicha nunca turbada
Por la influencia del mal.
Así, pues, si nos dejaste
Con triste doliente afán;
Si tan presto te perdimos:
Si no pudimos gozar
Por más tiempo tus caricias,
Tu candor angelical;
Si aquí sólos nos quedamos
En este oscuro lugar,
Un gran consuelo nos queda:
Que te tenemos allá.

LUIS DE MONTALVO Y JARDÍN.

La muerte del rico... cristiano.

Acabo de leer en el número 8.537 de *La Correspondencia de España*, un cuadro de costumbres francesas, titulado *La muerte del rico*, y escrito para *El Figaro* por Emilio Zola, cuya pluma, semejante al gancho del trapero, se dedica á revolver las inmundicias sociales para arrojarlas luego á la faz de la cultura moderna. En vez de bajar á las cloacas, aquí sube á los palacios, y vestido de frac, corbata blanca y guante del mismo color, con todas las complacencias irónicas del socialista y del incrédulo, pinta en el referido cuadro la *muerte del rico*... francés. Dios me libre de decir que la pintura está mal hecha: en la paleta de Zola hay colores abundantes, maneja el pincel con destreza, no falta quien asegura que retrata admirablemente, y nada me cuesta confesar que tiene, por último, más intención que un toro, si posible es que los toros tengan tales cosas. Pero si la pintura dicha es verosímil, si la muerte del rico francés es el modelo, ¡pobres ricos! y ¡pobre Francia!

∴

El Conde de Vertuil, casado con la rubia más hermosa de París, según se dice, vivió con su esposa Matilde seis años en la mayor intimidad, durante los cuales tuvieron un hijo y una hija. Rompieron después todo linaje de relaciones, presentándose ante el mundo como enamorados, y siendo sólo buenos amigos y egoistas. Al volver de un baile, y cuando empezaba á dormirse, supo la Condesa que su marido estaba indispuesto, y volvió penosamente la cabeza al lado opuesto, mandando que la despertasen al día siguiente á las diez, porque esperaba á la modista. El Conde se agrava con toda la elegancia y pulcritud del mundo, mientras Matilde come, duerme y pasea á las horas de costumbre, contentándose con visitar brevemente á su marido. Una noche, el enfermo nota que respira con dificultad: sabe que no verá nacer el nuevo día. Al entrar la Condesa á hacer su visita ordinaria, le dice simulando una sonrisa:

—No salgáis: no me siento bien.

Quiere evitar los juicios y la crítica del mundo. La Condesa esperaba este ruego y permanece en la alcoba. Los médicos no se separan del agonizante. Los dos criados prestan sus servicios con su habitual mutismo. Han sido llamados los hijos Fernando y Blanca, que se acercan al lecho y acompañan á su madre. Los demás parientes están en una habitación contigua. La mitad de la noche se pasa así, esperando la catástrofe: cumplido el ceremonial, puede el Conde morir.

Pero no se da prisa: parece encontrar fuerzas para evitar una muerte entre convulsiones, un fin horroso. Su respiración se oye en la ámplia habitación como el ruido de un reloj descompuesto. ¡Es un hombre bien educado que se va! Y después de abrazar á su mujer y á sus hijos, les indica que se aparten, se inclina del lado de la pared, y muere.

Entonces uno de los médicos se acerca, cierra los ojos al muerto, y luego dice:

—¡Todo ha concluído!

Razón por la cual se llama con urgencia á un Sacerdote de la parroquia para que vele al difunto; se embalsama el cádaver; se expone después, con la frescura y lozanía simuladas de la juventud, sobre el monumental catafalco de la capilla ardiente; se le conduce al cementerio con pompa inusitada; se pronuncian varios discursos al borde de la gran tumba, de mármol blanco, del finado; canta Fauré en sus funerales, mientras los asistentes arrobados piensan en las noches de la ópera; y durante todas estas ceremonias la Condesa viuda no se ha movido de la mecedora. Continúa entretenida con el cordón de su cinturon, mirando al suelo, entregada á pensamientos que, al fin, devuelven el perdido color á las mejillas de la encantadora rubia.

En compendio, este es el cuadro de Zola, publicado por *El Figaro* de París, traducido por *La Correspondencia de España*, y que me autoriza para exclamar: ¡así mueren los ricos en Francia!

∴

En España, el rico verdaderamente cristiano, muere de muy distinta manera; y la mejor refutación que puede hacerse del artículo naturalista de Zola, consiste en contrapoeer muerte á muerte y cuadro á cuadro. Empiezo.

Don Fernando Fernández de Córdoba tiene sesenta y cinco años de edad, aunque parece más viejo; es de pequeña estatura, y está delgado y pálido.

Su frente espaciosa y brillante calva, circuida de canas níveas, dan á don Fernando cierto aspecto venerable que inspira respeto. Heredero de una gran fortuna, estudió Jurisprudencia, y se recibió de abogado con el solo propósito de poder administrar mejor sus intereses. No ejerció nunca, ni quiso ser tampoco gran cruz, diputado, ni siquiera gobernador de provincia.

Después de maduro examen para conocer su vocación y de haber estudiado detenidamente las condiciones morales de su futura, casó con doña Carmen Cebrián de Cifuentes, dama tan piadosa como ilustre. Enamorados recíprocamente de sus almas hermosas y virtudes respectivas, cargaron juntos con la cruz del matrimonio, y convertidos en una sola carne, juntos llevaron la carga durante cuarenta años, juntos y cristianamente educaron á sus hijos, juntos derramaron el bien á manos llenas, y juntos invirtieron en obras pías y de caridad el no pequeño sobrante de sus rentas. Celosos administradores de los bienes de los pobres y verdaderos padres de familia, durante su larga peregrinación por el destierro de este mundo, no hubo para ninguno de los dos ni acción perdida, ni momento de huelga.

∴

Invadió la viruela el hospital de la población residencia de nuestro cristiano matrimonio, tomando carácter verdaderamente epidémico y causando defunciones numerosas. El pánico se apoderó de los dependientes asalariados del hospital, y huyeron todos. Para la asistencia de los enfermos, quedaron únicamente el Capellán de la casa, otros Sacerdotes (la clerigalla, como dice Zola en sus novelas inmundas) que espontáneamente acudieron á ejercer su sagrado ministerio, compartiendo con aquél el peligro, las Hermanas de la Caridad y los médicos, pues aunque por desgracia muchos de estos últimos carecen de creencias religiosas, rara vez faltan á los deberes de su profesión humanitaria. Pero dicho personal, aunque escogido, era insuficiente para las atenciones del servicio, y á fin de llenarlo cumplidamente, se acudió á la caridad pública.

Don Fernando Fernández de Córdoba fué uno de los primeros que se personaron en el hospital y puso inmediatamente manos á la heróica obra. El abatimiento se apoderó luego de su varonil ánimo. Al cuarto día no pudo más y se retiró á su casa, presa de un frío intenso, que le duró tres ó cuatro horas, y al cual siguió un calor muy fuerte, acompañado de náuseas y de dolores de cabeza y riñones.

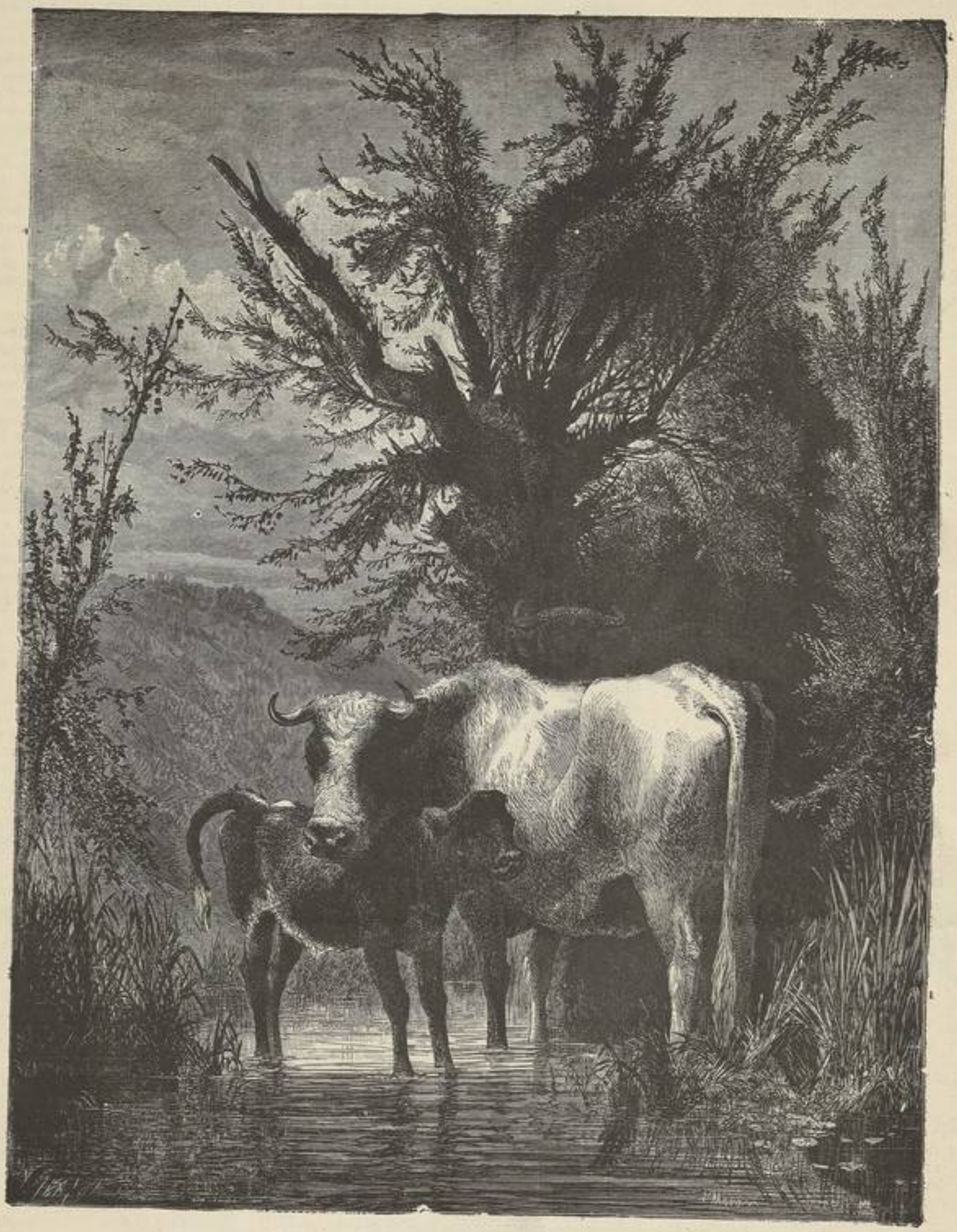
Cuando doña Carmen lo supo, no volvió perezosamente la cabeza, ni dió órdenes para la modista, ni pensó siquiera en tales vaciedades y zarandajas; sino que, muerta de angustia, corrió al encuentro de su marido, le desnudó por su propia mano, le hizo acostar y puso en movimiento á toda la casa.

Dos días después, la epidermis de don Fernando apareció cubierta de manchitas rojas, con puntos blancos en el centro, que al sexto día se convirtieron en granos como guisantes, asquerosos y purulentos. Declararon los médicos que el bueno de don Fernando padecía una viruela maligna confluente, y la consternación se apoderó del ánimo de los parientes, deudos, amigos, subordinados y conocidos del enfermo. No tenía enemigos.

Asistíanle personalmente su esposa é hijos, que no se separaban un punto de la alcoba, ni de día ni de noche, á pesar de las prescripciones facultativas é instancias de don Fernando. Aquel espacioso dormitorio no estaba colgado de raso, ni de hilo crudo, ni siquiera de cretona. Sencillamente estucadas sus paredes, el aseo y la modestia eran todo su lujo, y sus adornos un precioso crucifijo de marfil, de regulares dimensiones, colocado en la pared opuesta á la cabecera de la cama, una pila de porcelana de Sevres con agua bendita, y un reclinatorio de ébano.

Para evitar el contagio se prohibió terminantemente la entrada en la alcoba á todo el que no fuese de la familia; pero el cariño respetuoso que todos profesaban á don Fernando y la gratitud que le debían muchos, rompieron más de una vez la prudente consigna.

Nada pudo la ciencia contra enfermedad tan



EN LA PRADERA

EN EL BOSQUE

repugnante. Don Fernando se agravaba por momentos, y la cariñosa asistencia de su familia servía únicamente para endulzar los últimos momentos del enfermo, el cual, sin excitación de nadie, pidió por sí mismo los últimos Sacramentos.

Su confesor habitual salió de la alcoba, después de haber recibido la confesión última de don Fernando, con los ojos arrasados en lágrimas y edificado en extremo. La parroquia puso en movimiento á todos sus dependientes para administrarle públicamente el Viático. La procesión que acompañó al Rey de reyes, fué tan devota como lucida. La casa del enfermo recibió á su Divina Majestad con toda la ostentación y limpieza propias de acto tan solemne. Muchos de los amigos del moribundo penetraron en las habitaciones del enfermo con velas encendidas en las manos y acompañaron al Sacerdote hasta la misma alcoba.

Mezclados con los individuos de la familia, arrodilláronse en torno de la cama, junto á la cual se había improvisado un altar con el Cristo de marfil y varios candeleros de plata. Lágrimas de felicidad corrían hilo á hilo por las deformes mejillas de don Fernando, mientras recibía el pan de los ángeles con algún esfuerzo. Majestuoso é imponente á la vez era aquel silencio, interrumpido tan sólo por las oraciones que recitaba el Sacerdote, las piadosas exclamaciones del moribundo, los gemidos ahogados de su familia y el chisporroteo de las velas encendidas. ¡Cuántos consuelos prodiga la Religión por medio de sus ceremonias augustas á el alma piadosa y creyente!

Don Fernando no cesaba de dar gracias á Dios por el beneficio insigne de haberse dignado visitarle en su hora postrera. Su tranquilidad y alegría casi aminoraban el dolor de la atribulada familia, que sin salir un momento de la infestada alcoba, no piensa en el contagio á que se expone, pero sí en la pérdida irreparable que la amenaza.

Se aproxima el trance fatal. Su esposa é hijos escuchan entre mal reprimidos sollozos las instrucciones y consejos últimos de don Fernando; reciben de rodillas su bendición; se despiden besándole amorosamente la granujienta mano; ineficaces son los esfuerzos de los amigos para alejarlos de la mortuoria estancia; con piedad y conocimiento recibe el moribundo la Extrema Unción santa, y el Sacerdote comienza la recomendación del alma. Recita la Letanía propia del caso y añade:

«Sal, alma cristiana, de este mundo, en nombre de Dios Padre omnipotente que te crió; en nombre de Jesucristo, hijo de Dios vivo que por tí padeció; en nombre del Espíritu Santo, que en tí se difundió; en nombre de los ángeles y arcángeles; en nombre de los tronos y dominaciones; en nombre de los principados y potestades; en nombre de los querubines y serafines; en nombre de los patriarcas y profetas; en nombre de los apóstoles y evangelistas; en nombre de los santos mártires y confesores; en nombre de los santos monjes y ermitaños; en nombre de las santas vírgenes y de todos los santos y santas de Dios. Descansa hoy en paz y habita en la santa Sión...»

Aquí llegaba el Sacerdote, ayudando á bien morir á don Fernando, cuando éste hizo un movimiento convulsivo, dobló la cabeza hacia el lado en que estaba doña Carmen y levantó los ojos al cielo como diciendo:

—Hasta la vista en la patria celestial.

Y espiró.

Así muere el rico cristiano.

***

La casa del difunto D. Fernando Fernández de Córdoba no se transformó en capilla ardiente, ni su cuerpo fué embalsamado, ni sus facciones aderezadas para que pareciese jóven y risueño. Como pertenecía á la venerable Orden Tercera de San Francisco, se le amortajó con un burdo hábito de franciscano, y el cadáver fué depositado sencillamente sobre un paño negro tendido en el suelo, cuyas cuatro puntas estaban sujetas por otros tantos candelabros en los cuales ardían cuatro blandones de cera amarilla.

La conducción del cadáver se hizo al día siguiente, sin aparato alguno y con acompañamiento numeroso de todos los pobres y desvalidos de la ciudad. Según terminante disposición testamentaria del difunto, se le enterró en la hoya común, sin que un simple ladrillo recordase el nombre del caballero cristiano, de noble alcurnia y caridad acendrada, que no quiso trasmitir á la posteridad más que el ejemplo de sus buenas obras.

De la oración fúnebre se encargaron los menesterosos, cuyos elogios y lágrimas son más elocuentes que todos los discursos del mundo.

La familia del finado invirtió sumas cuantiosas en mandas pías y sufragios por el alma de D. Fernando, y en los funerales que celebró la parroquia del difunto con pompa religiosa grande, hubo mucho Clero, muchas luces, misas rezadas sin cesar, gran concurrencia de asilados y pobres, duelo numeroso, oraciones continuas en todos los labios, lágrimas abundantes en muchos ojos; pero, con perdón de Zola, yo no ví allí á cantante alguno de la ópera, ni á músicos de ninguna clase, pues el bendito de D. Fernando, que en vida no ponía los piés en el teatro, tuvo el buen gusto de prohibir la música en sus funerales, ordenando que se celebrasen con asistencia de todas las parroquias de la ciudad, pero á canto llano.

Para concluir, no diré yo que los ricos no mueren en Francia como murió el Conde de Vertuil; pero sí aseguro que en España los ricos verdaderamente cristianos mueren en el Señor, como murió D. Fernando Fernández de Córdoba, que santa gloria haya.

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

EL PENDON NEGRO

POR

Don Juan Menéndez Pidal.

(Conclusión)

III

DIES IRAE

La ciudad populosa está dormida,
Y arrullan su reposo en el silencio
Las artísticas fuentes de las plazas,
Que canturrean la canción del sueño.

—

Sólo vigilan la zuhurda infame
Y la casa del juego,
A través del cristal de sus balcones
Menguada luz vertiendo,
Como en la sombra relucientes ojos
De lobos en acecho.

—

Gárrulas volteando
Cerca de la linterna del sereno,
Vénse como luciérnagas brillantes
Esas larvas del vicio, que perdieron
De su candor las alas consumidas
En el impuro fuego.

—

Lacayo de la muerte que allí espera
El mandato imprevisto de su dueño,
Vela también la empresa funeraria,
Parpadeando su farol despierto.

—

Y á la torre asomados los relojes,
Claman de tiempo en tiempo,
Centinelas de guardia sobre el muro
Su lastimero alerta repitiendo.

—

La nueva Babilonia está dormida;
Pero algo turba su tranquilo sueño.
En la solemne calma
Escúchase á lo lejos
El rimado trotar de los caballos
De un grupo de lanceros.
Ya sus brillantes cascos fosforecen...
Sombras fugaces son... Pasan envueltos
En el capote de esclavina triple,
Las banderolas tremolando al viento.

—

El crujir de sus armas
Va despertando el miedo,
Y la ciudad se agita y despereza,
Y atenta escucha los extraños ecos.

—

¿Qué ocurre? Con la voz de las campanas
La alarma grita desgarrando el viento,
Y en el obscuro espacio culebrean
Las vivas llamaradas del incendio.

—

Por declamar la destrucción de Troya,
Nerón ve arder á Roma satisfecho;
Para entonar un himno á la Miseria
Es hoy la plebe la que incendia un pueblo.

—

Vedla al claror de las gigantes llamas
Hormiguear en tumultuoso estruendo,
Como negra legión de reprobados
En la visión dantesca del infierno.
¡Son los sedientos de oro y de placeres
De la sed condenados al tormento!

—

El anciano Simón los acaudilla:
De su elocuencia el encantado espejo
Mostróles ya del manantial las aguas,
¡Y el suplicio de Tántalo es el de ellos!

—

¡Como él, en los banquetes de los dioses,
En Dios hallaban á su sed remedio:
Ellos matan su fe, como él á un hijo,
Y será su castigo igual y eterno.

—

—«¡Cese la servidumbre del trabajo!»—
Gritan con ronco acento.
«Libres queremos ser, libres é iguales;
¡Gozar del oro y del placer queremos!»

—

La voz de la canalla
Ahoga el cañón con su pulmón de acero;
Ella resiste con pujantes bríos,
Y el combate es sangriento.

—

Cuando la fe las almas no alimenta,
¡Cuál desfallece á la miseria el cuerpo!
Cuando la caridad no une las manos
Del harto y del hambriento,
Como tigres dispútanse la presa
El potente señor y el pordiosero.

—

Al despertar el alba,
Sangre y ruinas alumbra el día nuevo...
¡Y aún braman los cañones proclamando
El orden y el derecho!

—

Encima de cadáveres y escombros
Ondea Simón Diher el pendón negro;
Y por los desgarrones de su blusa,
Movida por el viento,
Vése asomar su costillaje mondo
Como el de un barco que se hundió en el piélago,
Y arrojado es después por la resaca
De brava costa al peñascal, deshecho.

—

Al verlo, los que mueren, reconocen
A su caudillo el misterioso viejo.
¡Es la Muerte! Sonríe victoriosa
Con sonrisa sarcástica, diciendo:
—«¡Ya sois libres é iguales! He cumplido
Mi jurada promesa, compañeros!

—

Y ambas las manos levantando escuálidas,
Grita después: «Venid, aves del viento!
¡Venid y congregáos
Al gran festín de Dios; bajad el vuelo
Carne á comer de reyes y tribunos,
De caballos y altivos caballeros,
Carne de esclavos, carne de hombres libres,
De nobles y plebeyos!!»

JUAN MENÉNDEZ PIDAL.

Mayo de 1892.

JOYAS LITERARIAS

EL NÚMERO TRECE

NOVELA CORTA POR D. JOSÉ SELGAS Y CARRASCO

(Conclusión).

—¡Trece! (gritó lleno de espanto.) ¡Trece..., siempre trece!

Y volviéndose á ellos con furor mal contenido, les dijo:

—Bien, estoy dispuesto; me batiré con los trece: uno á uno, ó todos juntos..., es lo mismo.

Los dos emisarios comprendieron que la cosa iba de veras; pero ya no era tiempo de retroceder, y un duelo por lo menos era inevitable.

El más valiente de los trece se encargó de cumplir por todos, y aquel mismo día Simón Campollano, acompañado de dos antiguos amigos, fué conducido á su casa en un coche. Traía un brazo atravesado de una estocada, y no hacía más que repetir:

«¡Trece! ¡Trece! ¡Trece!»

VIII

No necesitaba el romántico corazón de Ernestina más que el lance provocado por sus pretendientes, para que su amor llegara á los últimos grados de la pasión novelesca que le tenía trastornado el seso. La herida de Campollano la sentía en el alma de sus imaginaciones, y aumentaba á sus ojos el prestigio de su persona.

El primer pensamiento que le ocurrió, fué acudir á la casa del herido, curarle ella con sus propias manos, jurarle á cada momento un amor eterno, y si sucumbía al rigor de la herida, morir ella también allí mismo, junto á sus restos inanimados. Esto debía ser durante la noche, para que la luz del día siguiente descubriera los dos cadáveres unidos por la muerte.

Pero, ¡ya se vé! las conveniencias sociales hacían irrealizable semejante propósito. La sociedad en que vivía era demasiado vulgar, demasiado prosáica para comprender todo el valor de aquel rasgo sublime, y tuvo que renunciar á su pensamiento, después de darle muchas vueltas en su cabeza; y Dios sabe si al fin lo habría llevado á cabo; mas la herida presentó desde un principio síntomas favorables, y el enfermo entró al fin en rápida convalecencia.

Sin embargo, detrás de aquel peligro vencido había otro peligro, y después otro; había hasta trece peligros; y en la imposibilidad de morir con él, era preciso á toda costa salvarle la vida, y vengarle al mismo tiempo de sus cobardes enemigos, uniéndose á Campollano para siempre.

El matrimonio no era á sus ojos una solución verdaderrmente romántica; mas en este caso las circunstancias no dejaban de hacerlo novelesco, y ella estaba resuelta á dar un paso decisivo.

Se hizo vestir con todo el rigor del caso, dió á los rizos rubios que coronaban su frente el aire del más artificioso abandono, y con paso dramático y majestad trágica, se dirigió á las habitaciones de su padre.

El señor de Albamonte no esperaba la visita de su hija, y tuvo que recibirla en bata; traje que le daba cierto aspecto teatral, pues la bata era amplia y magnífica, sembrada de vivos y hermosos colores.

—No creo (dijo Ernestina) que seais un padre tirano.

—¿Por qué? (le preguntó admirado.) Desde que murió tu madre, no hay en esta casa más voluntad que la tuya. Eres rica, y puedes satisfacer tus caprichos. No me opongo á ello. Vamos á ver: ¿qué deseas? ¿qué quieres? ¿Estás descontenta de la modista? ¿No te sirve bien la doncella? ¿Te falta algo en el tocador ó en el joyero? ¿Te has enamorado de alguna berlina encantadora? ¿Se portan mal tus caballos?

—¡Oh! (exclamó ella, levantando los ojos al cielo.) Prosa, pura prosa..., que puede satisfacer á los corazones vulgares. ¡Caprichos! No se trata de eso.

—Muy bien (dijo el señor de Albamonte, hundiendo las manos en los bolsillos de la bata). ¿De qué se trata, pues? Explícate.

—Adivinadlo—contestó Ernestina.

—No es facil, hija mía (le advirtió su padre), adivinar los caprichos de una niña mimada. ¡Ah! No te enfades; no serán caprichos. ¿Cómo quieres que los llamemos?

Al pronto no supo qué nombre darle; pero al fin, exhalando un gran suspiro, dijo:

—Debe llamarse una pasión.

—¡Pasión! (repitió el señor de Albamonte, mirándola atentamente.) ¿Y qué quiere decir una pasion?

Alzó los ojos asombrada, porque no comprendía cómo podía ignorarse lo que era una pasión. Además, era la primera vez que se le hacía semejante pregunta, y ¡vamos! no acertaba á dar la respuesta que se le pedía.

—Pasión (dijo) es una cosa que se siente y no se explica; son dos pensamientos en un pensamiento; es la vida del alma. No, no; amar es morir.

—¡Magnífico! (exclamó el señor de Albamonte.) Pero yo entiendo poco de esas filosofías, y me quedo tan á oscuras como antes.

—¡Ah! (prorrumpió ella.) ¿No habéis amado nunca?

—Sí, por cierto (le contestó su padre). Quise á tu madre como á las niñas de mis ojos, y nos hemos llevado como dos hermanos; mas, ¡demonio! su pensamiento y el mío nunca fueron uno; rara vez pensamos de la misma manera; si yo decía *haches*, ella decía *erres*. Hé aquí por qué yo no te entiendo.

Ernestina se encogió de hombros mostrando cierto desdén. ¡Su padre mismo no la comprendía!

—Vamos (le dijo); explícate, si he de entenderte; porque supongo que querrás que te entienda.

—Pues bien (exclamó ella con resolución); yo amo.

—¿Estás segura de ello? (le preguntó su padre).

—¡Oh! Sí... separadme de él, y me veréis morir.

Aquí el señor de Albamonte se rascó la frente, echando atrás el gorro de terciopelo que cubría su cabeza.

—Bien... tú amas... perfectamente... y ¿eres amada?

—Con delirio (contestó).

—¿Desde cuándo, hija mía?

—Hace mucho... mucho tiempo.

—¡Hola! (exclamó el señor de Albamonte).

—Sí (añadió ella); nos amábamos antes de habernos visto.

—Bueno; y ¿de quién se trata?

—De un joven.

—Ya supongo que no habías de ir á enamorarte de un viejo. Lo que yo te pregunto es su nombre.

—¿Qué importa el nombre? (exclamó Ernestina). Nos amamos, y sólo la muerte podrá separarnos. Encerradme en un convento, sepultadme en el último rincón de la tierra, y desde allí seguiré amándole; mi pensamiento volará en su busca, y el aire me traerá sus suspiros, la luz del día sus miradas, y en las estrellas de la noche leeré sus juramentos; pero jamás seré de otro. Sois mi padre, mas no debéis ser mi tirano.

—No, señorita (replicó el señor de Albamonte); no hay necesidad de tanto ruido para decirme que quieres casarte, y que has elegido ya al que ha de ser dueño de tu mano. Bien. Esto debía suceder más tarde ó más temprano, y ¡qué demonio! ¿Por qué te has de encerrar en un convento, ni has de sepultarte en el último rincón de la tierra? Siempre he pensado casarte á tu gusto. Mas estas cosas tienen sus formalidades. Que venga ese mortal afortunado, que me pida tu mano, y hablaremos.

—Juradme (dijo Ernestina) que no opondréis una cruel negativa; él moriría, y yo no tardaría mucho tiempo en seguirle á la tumba; los dos iríamos en un mismo entierro. Si lo rechazáis, mandad abrir dos sepulturas.

—Bien (contestó su padre); te lo juro.

Pocos días después se presentó en la casa Simón Campollano. El señor de Albamonte lo recibió con fina cortesía, le hizo pasar á un gabinete reservado, y allí hablaron largamente.

Terminada esta larga conferencia, Simón salió de la casa con semblante animado, andando con paso firme y la cabeza erguida.

Por su parte, el señor de Albamonte no parecía descontento, y paseándose por su habitación reflexionaba de esta manera:

—¡Phs!... En verdad, es un hombre obscuro, y no debe ser un Creso; pero me parece bastante juicioso, mide y pesa bien las cosas, y puede ser un buen marido. ¡Qué diablo! Yo tampoco era un príncipe; y en cuanto á caudal, no ataba ciertamente los perros con longaniza; y, sin embargo, mi pobre Cecilia era rica; se prendó de mi bella persona, nos casamos, y hemos sido felices. Este muchacho tiene el aire algo triste. Bueno: ¡qué importa! Quiere decir que es un hombre serio. Mejor que mejor... Así conseguirá desvanecer toda esa novelería que Ernestina tiene metida en la cabeza. Cierro los ojos, y que se casen. Se han puesto en ello, y serían capaces de dar un escándalo. Nada, lo dicho: que se casen.

El señor de Albamonte no hizo más reflexiones acerca del particular, y quedó concertada la boda.

IX.

Como hemos visto, Simón había parado el último golpe del número trece. Es verdad que le costaba un lance y una herida; pero, en cambio, el lance y la herida le aseguraban la pingüe mano de la bella Ernestina.

¿Y qué importaba aquel rasguño del primer encuentro ante el éxito total del lance? Sus trece adversarios quedaban á la vez fuera de combate por la fuerza de una estocada tremenda que á todos los atravesaba de parte á parte: la estocada triunfante de su boda.

Sin duda el amor de Ernestina era una influencia favorable que venía, como llovida del cielo, á contrarrestar el maléfico influjo que el número trece ejercía sobre su destino desde el mismo día de su nacimiento. Aquella boda repentina y casi inesperada, podía ser muy bien anuncio de próspera fortuna; y la mano de Ernestina, blanca como la nieve y suave como la seda, semejante al escudo de Marte, lo pondría bajo su poderoso amparo, y lo tendría á cubierto de las asechanzas del fantástico poder que lo perseguía. ¿Por qué no? ¡Oh, qué risueña esperanza!

Al fin iba á ser rico. La herencia de Ernestina era considerable, y estaba asegurada; consistía en fincas saneadas, en metálico y en alhajas; se hallaba, pues, libre de las quiebras del comercio, de las ruinas de la industria, de las oscilaciones de la Bolsa y de los desastres de

un naufragio. Por de pronto, la bella Ernestina tomaría á toca teja la cuantiosa herencia de su madre, y después recogería los bienes de su padre, porque el Sr. de Albamonte no había de ser eterno, y Ernestina era su única hija, y, por consiguiente, su única heredera.

Campollano estaba perfectamente enterado de todo esto, y bien puede decirse que tenía en el bolsillo la mano de aquella criatura, á la vez tan enamorada, tan bella y tan rica. Sin embargo, allá en el fondo de su pensamiento asomaba de vez en cuando la cifra fatal del número trece, que obscurecía con sombras fantásticas la claridad de sus risueñas esperanzas. Su alegría venía á ser como el sol de otoño, que alternativamente brilla y se nubla.

La boda estaba concertada, y aunque lentamente para los dos futuros esposos se acercaba la noche en que habían de tomarse los dichos.

Simón y Ernestina convinieron en que es una vulgaridad casarse con estrépito y hacer de la boda una fiesta pública, una fiesta insoportable. El salón de un castillo, el Sacerdote, los testigos y una capilla gótica, ¿qué más necesitaban ellos? ¿Hay nada más prosáico que una boda ruidosa? El genio romántico de Ernestina se avino fácilmente á ello, porque, después de todo, tiempo tenía delante para deslumbrar al mundo con las magníficas galas de su *trousseau*. En cuanto á Campollano, nada más de su gusto que aquel matrimonio á puerta cerrada, porque no se determinaba á hacer mucho ruido con su boda; parecía que se asustaba de su propia dicha y que le tenía miedo á su fortuna.

En el gran salón de la casa, sin más concurrencia que la de los testigos, la del Sacerdote y la del notario, los dichosos novios firmaron el contrato, por medio del que se comprometían á unirse para siempre. Ernestina firmó lánguidamente, y dejando la pluma, lanzó un suspiro. Después le tocó su vez á Campollano, que se acercó á la mesa con paso acompasado, firmó con mano trémula, soltó la pluma, y respiró, como quien despierta, como quien renace, mejor dicho, como quien resucita.

Firmado el contrato, quedaba aún por legitimar la voluntad de los cónyuges; faltaba la sanción suprema que había de hacer la unión perpétua; faltaba ratificar el convenio celebrado entre los hombres; era preciso que Dios mismo fuese testigo de la sinceridad de sus votos, y que el Sacerdote les echara la bendición; faltaba el matrimonio, puesto que faltaba el Sacramento.

No se tenía á mano una capilla gótica, pero el gabinete predilecto de Ernestina, forrado de raso blanco y vestido de guirnaldas de flores, sirvió de capilla, donde el aya había dispuesto un altar rico y sencillo. Allí, ante Dios, Simón Campollano y Ernestina de Albamonte se juraron un amor eterno.

Ella se presentó en el momento crítico, apoyada en el brazo de su padre, pálida y triste, cubierta con un vestido blanco, cuya seda relampagueaba al reflejo de las luces, y ceñía á su frente una corona de flores tan blancas como la seda del vestido. Más que una desposada, parecía una muerta; pero, justo es decirlo, una bella muerta.

Consumado el matrimonio, el señor de Albamonte quiso dar á conocer á su yerno, por lo menos á las personas más íntimas; y como era amigo de la buena mesa, de la conversación animada y viva, dispuso una comida de doce cubiertos para el día siguiente.

En efecto: á la hora convenida se fueron presentando los convidados, y el salón, donde el señor de Albamonte los esperaba, comenzó á animarse con toda clase de conversaciones. Las miradas de los que se iban reuniendo buscaban á Ernestina y á Campollano: pero ella estaba todavía en el tocador, y el afortunado yerno brillaba por su ausencia.

Mas no tardó en presentarse, y su persona atrajo las miradas de los concurrentes, y comprendió que no causaba mal efecto. Había en su fisonomía gravedad, expresión y gracia, y cierta nobleza en su porte, que lo hacía agradable á primera vista.

El suegro, al verlo entrar, exclamó diciendo:

—¡Eh, señores: he aquí el héroe!

Y por su orden lo fué presentando á los convidados que aún no le conocían.

Las señoras lo recibieron con amables sonrisas, reconociéndole el mérito de haber conquistado el corazón de Ernestina, y los hombres lo acogieron como á un ser afortunado que iba á poseer las cuantiosas riquezas de aquella casa.

A su vez llegó Ernestina, doblemente encantadora por su belleza y por su lujo, y obtuvo una ovación completa.

Algo impaciente de estómago, el señor de Albamonte sólo esperaba la presencia de su hija para pedir la comida. Así es que, al verla, con toda la voz de su franco y cordial apetito, dijo:

—Señores, al comedor. La sopa nos espera.

Simón Campollano se apresuró á ofrecer su brazo á una generala viuda, y Ernestina aceptó el que le ofrecía un joven diplomático, recientemente agregado á no sé qué embajada. Púsose la comitiva en movimiento, y ocupando sus respectivos puestos en la mesa empezóse á servir la sopa. Sopa exquisita, según el voto unánime de los convidados.

Todavía saboreaba Ernestina la primera cucharada, cuando su doncella entró en el comedor, y, acercándose á su oído, le dijo secretamente algunas palabras.

—¡Oh, sí! (contestó la desposada en voz alta.) Que pase, que pase.

Y volviéndose á uno de los que servían la mesa, añadió:

—Vamos, un cubierto más.

—¡Bravo! (exclamó el señor de Albamonte). Llega á tiempo. ¡Vamos! Otro cubierto; aquí... Casualmente la mesa es espaciosa.

Salió la doncella, y á poco resonó en la habitación inmediata al comedor una soberbia carcajada.

—¡Magnífico! (dijo el señor de Albamonte). Conozco esa risa, y estamos de enhorabuena. Viene á sorprendernos la alegría misma. ¡Demonio! Se nos ha olvidado invitarla, y viene á pedirnos cuenta de nuestro olvido con la risa en los labios.

En aquel momento Ernestina se puso de pie, y recibió en sus brazos á Mariana, que acababa de entrar en el comedor conducida por la doncella.

X

Mariana abrazó á Ernestina, y después de besarse mutuamente en una y otra mejilla, dijo la primera con su voz brillante y su eterna risa:

—Esto no es regular. Casarse una amiga de toda la vida, y tener que venir á pedirle un cubierto en su mesa el primer día de su boda, es inaudito. Es verdad que no congeniamos, porque tú siempre andas por los espacios imaginarios, y yo, ¿qué quieres?, no salgo de mi paso.

Ernestina tuvo la bondad de sonreírse, y ella continuó diciendo:

—Señores, suplico á ustedes que se sienten. Yo voy á hacer lo mismo, puesto que allí veo mi cubierto.

—Aquí está (dijo el señor de Albamonte). A mi lado va á comer la alegría del mundo. ¡Bah! Hemos cometido un delito imperdonable.

—Imperdonable, señor de Albamonte (repitió Mariana); pero ya ve usted que está perdonado.

—Diciendo esto, reparó en Campollano, y pareció detenerse en sus labios la expresión alegre que siempre se encontraba en ellos. Bajó los ojos, y siguió diciendo:

—Ernestina, he querido sorprenderte con mi presencia; y, á falta de tu invitación, me he convidado yo misma. Discúlpame á los ojos de estos señores, que estarán admirados de mi franqueza.

—¡Deliciosa criatura! (exclamó Albamonte). Pide disculpas, cuando nosotros somos los culpables.

La conversación se hizo general, resonando con frecuencia entre el murmullo de las palabras las carcajadas de Mariana.

Simón ignoraba la amistad de su antigua amiga y de su reciente esposa, y la aparición de la sobrina del tío millonario heló su sangre, cayendo sobre el calor de su dicha como un jarro de agua fría. Sin embargo, hizo frente á su situación, y tomó parte en las conversaciones, huyendo siempre de que sus palabras se encontraran con las palabras de Mariana.

De pronto el Sr. de Albamonte, después de paladear un sorbo de Burdeos, dijo:

—Mi querido Simón, me anticipo á presentarte á esta señorita como á una persona de la familia.

Simón tembló de piés á cabeza; se le escapó el tenedor que tenía en la mano, y se inclinó ceremoniosamente, mientras su suegro, volviéndose á Mariana, le decía:

—Le presento á V. al futuro padre de mis nietos: ese caballero es mi yerno.

Mariana se inclinó á su vez con cierta solemnidad; pero no pudo contener una carcajada, que resonó en el corazón de Campollano de un modo muy desagradable.

Siguió la comida animada y risueña, y la alegría y el apetito, que son compañeros inseparables, daban vueltas alrededor de la mesa, trayendo y llevando el hilo caprichoso con que se tejen las conversaciones más inútiles y más entretenidas.

Una de las señoras se acercó al oído de su compañero, y le dijo algunas palabras en voz baja; él recorrió con la vista la circunferencia de la mesa, y le contestó también secretamente.

—¡Hola! (exclamó el Sr. Albamonte). No se consienten conversaciones privadas. Aquí todo debe ser público. Reclamo, pues, mi parte en ese secreto. ¿De qué se trata?

—Se trata (contestó la señora) de una superstición.

—¡Magnífico, señora! (dijo Albamonte). Una superstición viene como de molde. Sepamos qué superstición es la que traen ustedes entre manos.

—¡Preocupación! (exclamó el que estaba al lado de la señora). Yo por tal la tengo. Sí; hay quien rinde tributo á esa y á otras preocupaciones; pero creo que no debe turbar ni nuestro apetito ni nuestra alegría.

Esta observación despertó la curiosidad de los convidados, y todos volvieron los ojos hacia el que acababa de hablar. Cada mirada era una pregunta.

—El caso (siguió diciendo) no merece tanta expectación, por más que esta señora mueva la cabeza en señal de duda. Imagínense ustedes qué ha tenido la ocurrencia de contarnos.

—¿Y bien?—preguntaron algunos.

—Pues (contestó) la cosa más natural del mundo. Nos ha contado, y, es claro, ha sacado por consecuencia...

—¿Qué?—volvieron á preguntarle.

—¿Que? (dijo) Que somos trece.

Estas palabras fueron acogidas con risas y murmullos, manifestándose que había sobre el particular diversas opiniones; pero Ernestina se levantó, porque ya estaba el café servido en el salón, y los convidados abandonaron la mesa.

Simón tuvo que hacer un esfuerzo supremo para levantarse; le pesaba el cuerpo como una montaña; las luces danzaban delante de sus ojos formando rasgos fantásticos, y un frío mortal circulaba por sus venas.

Se apoyó en la mesa, y se puso de pie. El número trece llenaba su pensamiento de espantosos terrores.

Fué al salón, mudo y sombrío.

DAMA TURCA

Pasó aquella noche, y pasaron después muchos días, porque al tiempo, acostumbrado á los sucesos de la vida humana, nada, por extraordinario que sea, consigue sorprenderlo, y pasa con la indiferencia del que todo lo ha visto, y nunca se admira ni jamás se detiene.

Pasó, pues, el tiempo, y la boda de Ernestina dejó de ser una novedad para los curiosos, y cayó en el olvido de las gentes.

La vida que hacían los nuevos casados no ofrecía tampoco ningún incidente digno de comentarse en las tertulias de los salones, en los cafés ó en los liceos. Ernestina hacía su vida de siempre: entre el tocador, el teatro, el salón y la cama, pasaba el tiempo. Eso sí, siempre pálida, lánguida, triste; en una palabra, romántica; porque el romanticismo, cuya boga estaba entonces en todo su apogeo, era, si puedo decirlo así, la *toilette* de su alma, la elegancia de su espíritu. Un aspecto más ó menos sepulcral, era indispensable para estar á la altura de la moda.

Simón en esta parte había defraudado las esperanzas del señor de Albamonte, porque, en vez de disipar la novelería que Ernestina tenía metida en la cabeza, parecía, por el contrario, que participaba de ella. Hablaba poco, buscaba la soledad, y vivía, como si dijéramos, abismado dentro de sí mismo. Sus amigos decían:

—¡Bah!... Es rico, y á todos nos mira por encima del hombro. ¡Ya se ve! No tenía una peseta, se encuentra millonario de la noche á la mañana, y se da todos los aires de un ser del otro mundo.

Aquel invierno fué muy crudo; hubo muchas pulmonías, y una de ellas acometió á Ernestina al salir del teatro.

La ciencia hizo prodigios; pero la enfermedad se resistió á todos los tratamientos, y la hija del Sr. de Albamonte bajó al sepulcro en la flor de su juventud, de su belleza y de su boda.

—¡Una pulmonía! (exclamaba Simón, con semblante desencajado.) No..., la ciencia sabe poco. La mata una mano implacable..., la mata un número infausto. ¡Éramos trece!

Los que le oían hablar así, creían que el dolor trastornaba su juicio.

El señor de Albamonte estaba inconsolable; no esperó él nunca ser el heredero de su hija. Simón quedó á la vez viudo y pobre, y huyó de la casa, y desapareció del mundo.

—¿Murió?—le pregunté al que me contaba esta historia.

—No,—me dijo.

—¿Vive aún?—volví á preguntarle.

—Tampoco (me contestó). Hace muchos años que está en una casa de locos.

—¡Infeliz! (exclamé.) Pero, vamos á cuentas: si nació el año 13, ¿cómo podía tener veintiseis años en 1830?

—¿He dicho eso?

—Sí,—le contesté.

—Pues he dicho mal; debió nacer en 1803.

—¡Es una triste historia!—añadí.

—Pues aún (me dijo) queda el último detalle; en la casa de locos en que se encuentra, ¡espántese V.!, él es el número trece.

José Selgas.

CONFERENCIA

DEL

EXCMO. SR. D. ALEJANDRO PIDAL Y MON

en el Ateneo de Madrid (1)

No creo necesario aseguraros, señores, que ahora como siempre que ocupo esta tribuna para tener el alto honor de dirigiros la palabra, no lo hago por propia y espontánea deliberación, que no llega á tanto mi inmodestia, sino obligado por la imposición de vuestras juntas de gobierno, que no sólo me fuerzan á subir por breves momentos á esta cátedra, sino que hasta se toman el trabajo de señalarme el tema que he de exponer á vuestra docta consideración, y aun á veces, como en la ocasión presente sucede, llevan los límites de su increíble bondad hasta el extremo material de formularlo.

Nace esto, como bien á las claras se echa de ver, de que ansiosos vuestros presidentes de que desfilen ante vosotros todos los matices del pensamiento contemporáneo, buscan antes que el mérito y el estudio y las galas del buen decir, los más genuinos representantes de las escuelas que los encarnan, y como yo soy de aquellos que por ministerio ajeno á mi voluntad llevo impresos sobre mi escudo, al parecer cifra, blasón ó mote, el Sr. Azcárate (que os denuncio como perpetrador del delito en esta ocasión) se ha empeñado tal como sabe él empeñarse, no solo en que ejerza yo durante algunos instantes el inverosímil papel de maestro, sino que además se ha empeñado en que os enseñe (lo único que os puedo yo enseñar) qué es mi opinión sobre uno de aquellos temas que deban responder mejor á las preocupaciones de la época actual y al objeto preferente de mis estudios.

Y he aquí por qué si vengo á darme tono de persona á este sitial, y si os hablo el lenguaje de mi escuela, no me podréis tachar á mí de pretencioso ni de apóstol, sino de condescendiente y tolerante, reservando para el Sr. Azcárate, que, como os repito, es el verdadero criminal, toda la reprobación de que juzgueis merecedor este acto.

Y dicho esto, en escusa de él y de mí, para que no toméis por pretensión lo que es sencillamente obediencia, paso á ocuparme en el asunto.

Siempre fué privilegio de la verdad ser simultánea ó sucesivamenie combatida por opuestos errores. Casi pudiera decirse que es este uno de sus caractéres esenciales, no solo en cuanto realiza aquel conocido apotegma *in medio consisti virtus*, sino en cuanto manifiesta como todo ser, circunscrito por límites en el espacio, la nada de los vacíos que le rodean. No hay dogma religioso, principio metafísico, tesis teológica ni hecho histórico de los que forman el tesoro científico de la Religión católica que no ostente entre sus títulos más preciados el asentimiento de los que atentamente los consideran esta señal divina, testimonio imperecedero de su eternidad: la coexistencia de negaciones contradictorias al uno y otro lado de su afirmación, que destruyéndose mútuamente, dejan á salvo, incólume, bajo el arco de triunfo que le forman cruzándose sus tiros, la inmutable serenidad de la verdad trascendental que permanece.

Por eso cuando en horas de calma y de relativa tranquilidad para el espíritu recorremos atentos la historia de las vicisitudes humanas que forman la apoteósis de la Religión y la apología de la Iglesia, abarcando en una mirada sintética climas y siglos, no puede menos de solicitar vivamente nuestra atención y de obligarnos á meditar con imperio aquel sucesivo y á veces simultáneo, pero siempre contradictorio acusar á una misma é idéntica personalidad de toda clase de errores y de delitos que sucesiva y simultáneamente también se refutan cuando se excluyen. Y es que clavada sobre los firmes fundamentos de la realidad la cruz en que la Religión cristiana se simboliza, se destaca inmóvil en el horizonte de la historia como astro central, mientras los errores que la niegan se suceden movibles como las sombras de las nubes que los vientos empujan en su girar de todos los ámbitos de la tierra. Por eso se pudo decir con razón:

Stat Crux dum volvitur orbis!

Si este fenómeno de contradicción contradictoria se observa á primera vista en las herejías que fueron ocasión de que brillase fija y precisa la significación esencial de los dogmas, si resalta en las escuelas indiferentes ó contrarias que tantos triunfos proporcionaron á las apologías clásicas del Cristianismo, si teje y borda la orla más brillante al cuadro de la disciplina y de la tradición, y aun de la conducta de la Iglesia á través de los siglos, que hace que pueda contestar á toda acusación, no sólo con la verdad, sino con la acusación contraria, atestiguada en su proceso, jamás pudo decirse que dió un testimonio más espléndido de lo absoluto y trascendental de las verdades fundamentales de sus dogmas y de sus lógicas consecuencias, tanto políticas como sociales, como la que está empezando á dar en los críticos momentos que atravesamos, en que, derrocados todos los ídolos del error sobre sus aras derruidas, impotentes por lo imposibles y fuera de lúgar las herejías trasnochadas, deshelados los sistemas de transición y desacreditados los incompletos, impertinente por lo inoportuna la sonrisa del excepticismo volteriano ante la seriedad que nos imponen los problemas que se plantean, la Iglesia y la Religión se nos aparecen como la única gran realidad subsistente que las aguas han dejado en pié, y á la que es fuerza abordar, so pena de quedarse en las aguas, dejándose llevar al hilo de su poderosa corriente hacia destinos ignorados.

No: hoy el filósofo, el pensador, el estadista dignos de este nombre, por ajenos que se hallen á las espléndidas iluminaciones de la fe, no pueden ver en el gran fenómeno de la cristiandad moral que se mantiene en medio de tanta ruina, una ocasión de burlas de mal gusto, ni un pretexto á temas de *dilletantismo* intelectual; tienen que tomarla muy seriamente en su conjunto: y si al registrar sus fundamentos penetran en lo más hondo del orden ontológico, al estudiar sus consecuencias tienen que entrar de lleno y habérselas cara á cara con los más formidables problemas del orden político y social que perturban el arrebatado curso de la sociedad contemporánea.

De aquí que jamás la contradicción contradictoria á que nos referimos haya extremado sus ataques como en la hora presente en todo linaje de cuestiones que se rozan con la Religión en el orden filosófico y el científico, en el artístico y literario, en el jurídico y el económico, y sobre todo en el político y en el social, á que habremos de referirnos.

Empecemos por el orden primero, y veamos rápidamente los antecedentes de esta contradicción en el pasado y su estado actual en la política europea.

No necesitaré seguramente esforzarme mucho para probaros cómo la Religión, y la Iglesia, y el cristianismo que los informa han sido, como todos sabéis, objeto de los más contradictorios ataques en el *orden político*, desde su aparición á nuestros días.

Brotados en la plenitud de los tiempos y bajo el cetro de hierro de los emperadores romanos, amigos por caridad de los débiles y de los pobres, de los niños, de las mujeres y de los esclavos, fueron denunciados y perseguidos como *enemigos del César* y como secta revolucionaria, aunque fuese su ley fundamental «dar al César lo que era del César», como lo demostraban heróicamente las legiones cristianas dejándose degollar impunemente por los verdugos de la *seguridad* que reconocían en los Césares.

Pero apenas la sangre derramada por millones de mártires hubo bautizado al Universo, y á los Calígulas y Nerones, sucedieron los San Luises y los San Fernandos, la acusación varió de tono y de concepto, y los mismos dogmas, los mismos principios, las mismas reglas y los mismos procedimientos que les habían acarreado el dictado de *anárquicos* y de *revolucionarios* les atrajeron el dictado de *fautores de la tiranía* y partidarios de la *esclavitud* por todos los renovadores del paganismo debelado.

Desde entonces no ha habido rey, emperador ni príncipe tiranos que al verse reprendidos en su maldad por los sucesores de los Apóstoles, no hayan señalado sus cabezas al verdugo como la de demagogos conspiradores, y no ha habido turba sediciosa, sociedad secreta ó junta revolucionaria que al ser reprendida en sus excesos por estos mismos doctores de la ley, no haya señalado sus cuellos á los sicarios, como enemigos de la libertad y como seides del despotismo.

Risa causaría, si no causara indignación y espanto ver cómo la impiedad, olvidándose de sí misma, copia servilmente sus eternos procedimientos, entregando al destierro, á la prisión y al verdugo, á los discípulos de Cristo, por los mismos procedimientos y aun con las mismas palabras, fundándose alternativamente en los considerandos y resultandos más abiertamente contradictorios. Si tuviera tiempo para ello los propondría aquí á vuestra consideración, *ukases* del autócrata de las Rusias que parecerían escritos por los terroristas de la Convención, con solo cambiar en la sentencia, por la frase de enemigos de la libertad, la de enemigos de la autoridad, en que se funda su condena; y ante las varias persecuciones religiosas que llenan los anales de nuestro siglo, no es la menos curiosa la expulsión de los Jesuitas por la República francesa, aplicándoles al pie de la letra la ley en virtud de la cual los expulsó la monarquía absoluta de Francia.

Pero me parece excusado de todo punto insistir. Es ya para todo espíritu imparcial cosa por demás averiguada que la Iglesia y la Religión no representan la *tiranía* ni la *licencia*, sino el *orden*; que se oponen á todo *abuso del poder*, como á todo *exceso de la libertad*; y que lejos de *adular á los poderosos* ni á *las turbas*, señalan á cada uno la órbita de su *derecho* y de su *deber* con dignidad y con valor, de donde se deducen y provienen las *variaciones en la acusación* y la *permanencia del martirio*.

Apagados los ecos de las grandes persecuciones que los monarcas absolutos del pasado siglo, á pretexto de enemigos de su autoridad, hicieron padecer á la Iglesia en aquella conjuración anticristiana, que acarreó como castigo y engendró como efecto, las revoluciones modernas, surgió poderoso y predominó en el espacio el grito que éstas arrojaron á su vez contra la Religión y la Iglesia, acusándolas de complicidad con sus verdugos, como si no hubieran sido sus víctimas, y helando en ellas con el dogal y con la espada el grito generoso de libertad que venían apellidando. Elevóse á lugar común la alianza de la Iglesio con el absolutismo; fué consigna de las sociedades secretas presentar á la Religión como responsable y como cómplice de los crímenes políticos, y al paso que los enemigos del altar le atacaban por su supuesta identidad con el trono, los tronos que se lograban restaurar ó los que no llegaban á restaurarse, se apresuraban á hacerse perdonar la vida, apartándose del altar como para librarse del anatema.

Por fin, tal maña se hubieron de dar los reyes, que la revolución, amamantada por ellos, se

(1) Con sumo gusto publicamos esta magnífica conferencia del elocuente orador católico.—(Nota de la I. C.).

hizo dueña del campo. La democracia ó la ficción, que toma su representación y su nombre, se apoderó de las posesiones, y dueña ya del poder realizó sus últimas consecuencias.

¿Cuál era el deber de la Religión y de la Iglesia en estas circunstancias? ¿Era ni podía ser olvidar su misión sobrenatural, perder de vista la salvación de las almas y dedicar todas sus fuerzas espirituales á la restauración política de instituciones definitivamente derrotadas?

(Se continuará.)

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de Paris y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

El bien de la humanidad

Han pasado exactamente cuatrocientos años desde que Colón se hizo á la vela en Palos en su primer viaje de descubrimiento. Navegó al Oceano en el Oeste sin saber si llegaría á ver tierra ó lo que pudiera acontecerle en el camino. La historia no refiere otro hecho de más valor y fe. La mar era un desierto de agua libre, y lo que pudiera existir al Oeste se desconocía. Él descubrió un Nuevo Mundo que hoy se halla poblado con representantes de todas las naciones. Cuatro siglos maravillosos han bastado para efectuar esto. Nada puede quitar á la vieja España la gloria que corresponde á este gran hecho. En uno de sus puertos se hizo á la vela el profeta entre geógrafos, y con el dinero y protección de España logró dar el paso más importante que registran los anales de la raza humana. Su heroismo sublime no le enriqueció, pero el beneficio que ha reportado después á la humanidad es indecible. En la Exposición que se va á celebrar en América en conmemoración de este acontecimiento, España debe ocupar un lugar en consonancia con el justificado orgullo que tiene en tal descubrimiento, pues ninguna de sus grandes empresas puede compararse con esta en ventaja á las naciones entre las cuales ha ocupado por tanto tiempo un distinguido lugar. Que esta opinión es imparcial, no lo dudarán los lectores cuando sepan que el que escribe es un americano que ha residido en la tierra de Fernando é Isabel por muchos años. Probablemente no hay acción que sea por completo desinteresada, pero en la naturaleza misma del caso, los hechos que condujeron al descubrimiento de América no pudieron ser concretados en sus resultados á una nación ó pueblo aislado. Y no hay sentimiento tan noble como aquel cuyo objeto es el bien del hombre, *como hombre*, sin reparar en credo ó idioma. Y lo mismo atañe á cosas grandes que á pequeñas.

La siguiente carta demuestra tal principio, y nadie puede dudar de su justa aplicación.

El Sr. D. Bernardo Bernia y Rubio, que reside en la calle de la Libertad, núm. 36, 1.°, 2.°, Gracia, dice: «Certifico que por varios años he venido padeciendo agudos dolores en los huesos y articulaciones y he tomado muchos remedios sin percibir alivio alguno. Mis fuerzas disminuían cada día y mi apetito era más débil. Fuí á la droguería de la calle del Hospital, en Barcelona; pero fué con su específico denominado Jarabe Curativo de la Madre Seigel, que al fin quedé completamente curado de todos mis dolores y enfermedades. Ahora gozo de buen apetito, y *por el bien de la humanidad* certifico esto en Barcelona el 29 de Agosto de 1892. (Firmado) Bernardo Bernia.»

Ahora bien: ¿Qué debemos deducir de esta declaración franca y clara? Esto. Que el que la hace estaba sufriendo (como casi todo el mundo sufre más ó menos), de esa enfermedad universal, indigestión y dispepsia. Además de los síntomas que él menciona, hay muchos otros que indican su presencia; mal sabor en la boca, la sensación de efervescencia ó gas en la garganta, dolor de cabeza, pesadez y dolores después de comer, amarillez del cutis y ojos, insomnio y falta de energía, falta de acción en los riñones é hígado, etc., etc. La infeliz víctima se inutiliza, en una palabra, para sí y para los demás. Esta enfermedad todos los pueblos y en todas las épocas. No hay remedio fidedigno que la cure excepto el que fué usado muy afortunadamente por el suscritor citado; y el descubrimiento hecho por la Madre Seigel de una medicina que lleva su nombre honrado, es digno de figurar entre los sucesos más felices de la historia moderna. Todos pueden, y deben usarlo. Es benigno aun para las personas más delicadas, y al mismo tiempo ejerce su poder en casos que médicos eminentes han admitido estar fuera de los alcances de tratamientos ordinarios. Esta verdad es admitida en todas las partes del globo.

¿Y no podemos declarar racionalmente que el descubrimiento de un remedio que salva á la humanidad de enfermedades y muerte prematura es digno de menciones aun en conexión con el descubrimiento de nuevas tierras para su ocupación? Aquellos que han sido curados, al menos, que respondan afirmativamente.

Si el lector se dirige á los señores A. J. White, Limitado de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

Banco de España.

NEGOCIACIÓN DE OBLIGACIONES DEL TESORO

1.° El Banco de España abre una suscripción pública para negociar obligaciones del Tesoro, de las que ha de recibir en pago de la liquidación de la Deuda flotante, conforme á la base 2.ª del convenio transitorio para el servicio de Tesorería, aprobado por la ley de 24 del corriente Junio.

2.° Estas obligaciones son al portador, llevan la fecha de 30 de Junio actual, al vencimiento de 30 de Junio de 1894, con interés de 5 por 100 anual, á pagar por trimestres vencidos en 30 de Septiembre y 31 de Diciembre de 1893, y 31 de Marzo y 30 de Junio de 1894, fechas de los cuatro cupones que llevan unidos. Así el capital como los intereses están exentos del impuesto de 1 por 100 sobre los pagos del Estado. Los títulos son de dos series, de 500 y de 5.000 pesetas cada una, y se cederán á la par.

3.° Las obligaciones del Tesoro que se negocian serán admitidas á la par y sin someterse á prorrateo en pago de la operación de crédito proyectada para consolidar la Deuda flotante; el mismo Tesoro podrá recoger antes de su vencimiento las obligaciones que no se apliquen á la citada operación, abonando en efectivo el capital íntegro, si bien el pago de intereses sólo se verificará en este caso por los que tengan devengados hasta el día designado para la recogida.

Estas obligaciones tienen la condición de efectos públicos cotizables en Bolsa, y el Banco las recibirá en garantía de préstamos y créditos, como los demás valores de la Deuda del Estado.

4.° El Banco de España pagará los intereses de estas obligaciones y las recogerá á su vencimiento, si antes no hubiesen sido canceladas por efecto de la mencionada operación para consolidar la Deuda flotante.

5.° La suscripción se hará en las oficinas del Banco, en Madrid y sus sucursales, excepto en las islas Canarias, desde el día siguiente a este anuncio hasta el día 30 de Junio corriente, á las tres de la tarde.

6.° Los pagarés del Tesoro al vencimiento de 30 de Junio actual, serán admitidos en pago de estas obligaciones, endosándolos al Banco con la cláusula de «Valor entendido.»

También se admitirán en pagos los cupones de títulos de la Deuda del vencimiento de 1.° de Julio de 1893.

7.° Las proposiciones se extenderán en los impresos que facilitará el Banco, podrán hacerse directamente ó por mediación de Agentes de Cambio y Bolsa, y comprenderán cantidades de 500 pesetas ó múltiplos de esta suma.

8.° Al presentar los suscriptores sus proposiciones en las Cajas del Banco, deberán depositar, por lo menos, el 10 por 100 de la cantidad suscripta.

9.° Los resguardos al 10 por 100, ó de mayor cantidad recibida en efectivo, en cupones de la Deuda pública ó en pagarés del Tesoro, se admitirán en pago de las obligaciones que se negocien, devolviéndose el sobrante en el caso de que la entrega supere al importe de las obligaciones adjudicadas; pero sin que el Banco abone intereses por el anticipo.

10. El suscriptor recibirá en cambio de su proposición un resguardo, en que conste la cantidad suscripta, con el cual acudirá á pagar su liquidación en las Cajas del Banco, el 30 de Junio precisamente.

11. Las obligaciones del Tesoro se entregarán al suscriptor en el momento de satisfacer su importe en las Cajas.

Madrid 25 de Junio de 1893.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

Banco de España.

Resultando 15,70 por 100 el término medio de la bonificación señalada á los cupones del vencimiento de 1.° de Julio próximo, correspondientes á los títulos de Deuda exterior y de Billetes hipotecarios de la isla de Cuba que ha tomado el Banco en negociación desde el 24 de Abril último, fecha con que se publicó el anuncio de esta operación, el Consejo de gobierno, conforme á la regla 7.ª del citado anuncio, ha acordado que se paguen los referidos cupones que continúen depositados ó dados en garantía de operaciones en el Banco y en sus sucursales, con la bonificación al respecto del expresado tipo de 15,70 por 100.

En su consecuencia, desde el día 20 del corriente se abrirá el pago de los mencionados cupones de la Deuna exterior, y desde el 26 de los de Billetes hipotecarios de la isla de Cuba, previa presentación de los correspondientes resguardos de depósito, ó pólizas de préstamo ó de crédito con garantía.

Madrid 16 de Junio de 1893.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

En diferentes ocasiones se me ha pedido una buena pasta depilatoria, y siempre he vacilado al tener que dar á una la preferencia entre las muchas que se conocen. Mas hoy, que el calor provoca la salida del vello, se me apremia para que decida.

Indicaré por tanto, *la Pasta depilatoria Dusser*,—1, Rue Jean-Jacques Rousseau, París.—con privilegio desde 1836, y que porconsiguiente cuenta más de medio siglo de existencia. Dicha preparación no solo suprime el pelo ó vello que tanto afea el cutis, sino que por la acción destructora que ejerce sobre el pulbo ó tubérculo va progresivamente debilitándolo hasta producir su desaparición

El *pelívoro*, que aún ejerce una acción más enérgica, se emplea para los brazos y el resto del cuerpo.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

MADRID

TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 8

1893

LA ARTISTICA

Calle del Caballero de Gracia, 8

ESTAMPERIA

Novedades en todo género de estampas en grabado, fotograbado, litografía, fotografía, etc., de las principales casas del extranjero.
Especialidad en asuntos religiosos.

IMÁGENES TALLADAS

Se reciben encargos garantizando su buena ejecución.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españole y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MONTERA 23

RELOJES

DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G.° GIROD

Sucesor de Losada.

Fábrica de Guantes

J. F. IRUMBERRI

Se acaba de recibir un inmenso surtido en guantes de seda é hilo, última novedad.

NO COMPRAR SIN VISITAR ESTA CASA

Guantes de piel de caballo, cabrito, cordero y Suecia.
Corbatas, abanicos y artículos de novedad.
Guantes para señores Obispos, Sacerdotes y colegiales.

CALLE DE FUENCARRAL, NÚM. 7

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA

DE

VICENTE GARCIA MUSTIELES

(SUCESOR DE PÉREZ)

CALLE MAYOR, NÚM. 50

MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.
Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.
Se sirven los pedidos con toda prontitud.

ELIXIR DE Protocloruro DE HIERRO CON HIPOFOSFITOS DE VIVAS PÉREZ

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.*

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.—MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA, **Farmacia** VIVAS PEREZ

MEDICACION TÓNICA

PILDORAS Y JARABE DE BLANCARD

Con ioduro de Hierro inalterable

ANEMIA · COLORES PÁLIDOS · RAQUITISMO · ESCRÓFULOS · TUMORES BLANCOS etc., etc.

Exíjase la firma y el sello de garantía.

PARIS
40, rue Bonaparte, 40

MEDICACION ANALGÉSICA

Solucion y Comprimidos DE EXALGINA DE BLANCARD

JAQUECAS

COREA

REUMATISMOS

DOLORES

NEVRALGICOS, DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento

CONTRA EL DOLOR

PARIS, rue Bonaparte, 40

ASMA Y CATARRO.

Curados por los CIGARILLOS ó el POLVO ESPIC, 2 fr. la Cajita.

Opresiones, Tos, Constipados, Reumas, Neuralgias

Venta por Mayor : PARIS, J. ESPIC, rue Saint-Lazare, 20.

MEDALLA DE ORO — FUERA DE CONCURSO

Exigir esta firma sobre cada cigarrillo.

Depósito en todas las Droguerías y Farmacias de España

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 pts.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 8 150 pe. fs.
Un año..... 4 »

NÚMERO 13.—Madrid 15 de Julio de 1893.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 ranco
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pe. fs.
Un año..... 5 »

SUMARIO

TEXTO

Restauración del Santuario de Ripoll
por Angel Salcedo.

Grabados
por Antonio de Olmedo.

El velocípedo
por A. Pérez Nieva.

Nuestro arte religioso
por José Ferrándiz.

A Clarín
por Trompeta.

El tío Marisanta
por Manuel Polo y Peyrolón.

San Vicente de Paúl
por Martín Domínguez Berrueta.

Joyas literarias:
Mundo, demonio y carne
por José Selgas.

Conferencia
del Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon.

Reclamos y anuncios.

GRABADOS

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Vich.

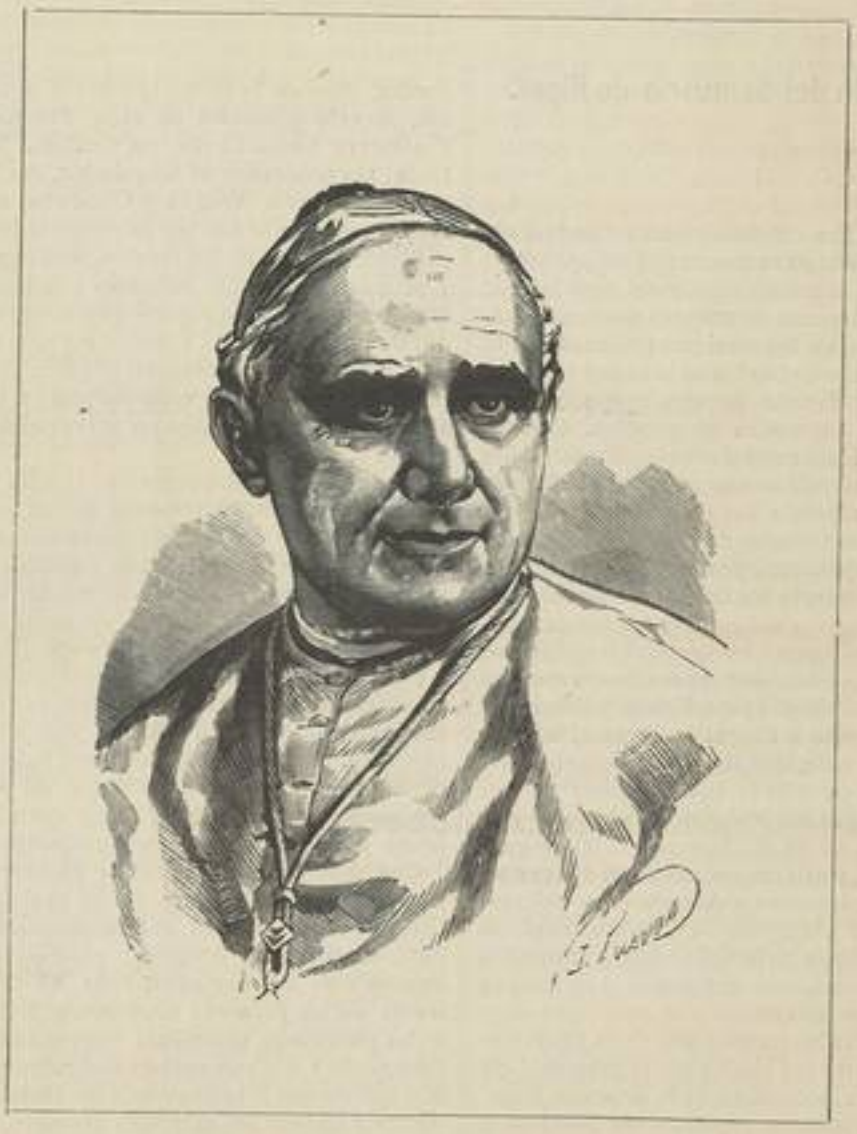
Monasterio de Ripoll.

Claustro del Monasterio de Ripoll.

Estudio de cabeza.

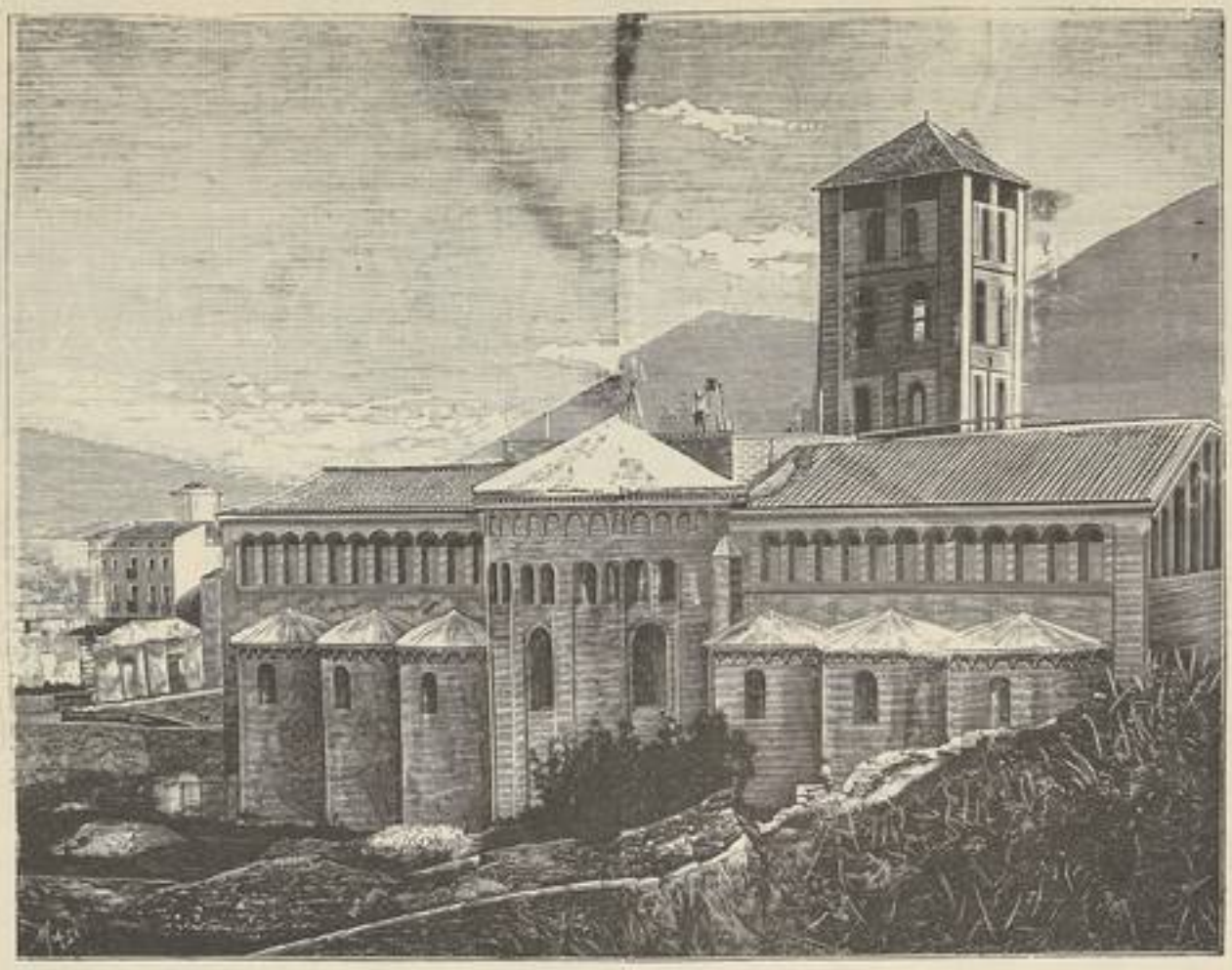
Vistas de Amberes.

Iglesia de la Santísima Trinidad y ruinas del Palacio de Federico I, Barbarroja en Gelnahusen (Alemania).



EXCMO. É ILMO. SR. OBISPO DE VICH

RESTAURADOR DEL SANTUARIO DE RIPOLL



MONASTERIO DE RIPOLL

Restauración del Santuario de Ripoll.

I

La Religión católica, única verdadera, es además para nosotros los españoles, no sólo la religión nacional, sino la base y fundamento de nuestra nacionalidad. No existió ésta en los tiempos paganos, ni se manifestó cuando los bárbaros invadieron nuestro territorio; España no era entonces otra cosa que una expresión geográfica. Con la conversión de Recaredo y consiguiente fusión de las razas enemigas que poblaban la Península, fusión verificada bajo los auspicios de la Iglesia, y por los Obispos reunidos en Concilios nacionales, empezaron, por decirlo así, á delinearse en la historia los contornos de nuestra gloriosa patria, la cual no llegó á tener conciencia de sí, ó lo que es igual, á constituirse definitivamente, como sér moral, hasta que los bárbaros del Mediodía invadiendo y dominando nuestras tierras á fuerza de armas, hirieron el sentimiento religioso de nuestros antepasados; y éstos, por salvar las reliquias de sus Santos, sus sagradas imágenes y el honor y la independencia de su fe, huyeron á las montañas pirenáicas, y allí organizados en diferentes grupos políticos, unos en Asturias, en Sobrarbe los otros, al abrigo de la frontera francesa los últimos, dieron principio todos, animados del mismo pensamiento religioso, á la guerra santa contra los infieles.

Circunstancias históricas que sería muy largo exponer, entre las cuales fué la principal sin duda, la misma necesidad de la defensa, hicieron que los cristianos españoles se dividiesen en diferentes reinos ó principados, obedientes á distintos príncipes ó caudillos; pero bajo esta división política, y puramente externa ó accidental, palpitaba la mayor unidad moral que han visto los hombres, basada no ya en la concordia, sino en la identidad de los pensamientos, afectos é ideales de vida. Porque desde Finisterre hasta Creus, en Galicia, Asturias, León, las montañas de Santander, las Vascongadas, Navarra, Aragón y Cataluña, todos los cristianos que se habían ya substraído valerosamente al yugo de los infieles, tenían por lema y propósito aquellas sublimes palabras de los Macabeos: «Más vale morir que ver el exterminio de nuestra nación y santuario.» En esta unidad moral estaba como en gérmen la unidad política que había de verificarse á su tiempo y sazón oportunos, y para no volverse á romper jamás.

Esta relación íntima entre la Iglesia y la patria, y el origen histórico de la última se revelan materialmente en muchos monumentos arquitectónicos que aún quedan de aquellos tiempos ya tan remotos, y que por lo mismo deben de ser venerados por todos los españoles en su doble significación de religiosos y nacionales.

Uno de ellos, y de los más hermosos, histórica y artísticamente considerados, es el Santuario de Santa María, de Ripoll, que acaban de restaurar los católicos catalanes, bajo la dirección y auspicios del Sr. Obispo de Vich, tan celoso pastor de su grey como entusiasta patriota y amante de las glorias españolas.

Con motivo de esta insigne restauración ha escrito D. José M. Pellicer un precioso libro titulado *Santa María del Monasterio de Ripoll.—Nobilísimo origen y gloriosos recuerdos de este célebre santuario, hasta el milenario de su primera dedicación.* Esta reseña se ha publicado también á expensas del señor Obispo de Vich, y es primoroso trabajo tipográfico que honra á la imprenta de Horta, en Mataró; en cuanto al contenido literario, es como del Sr. Pellicer; uno de los libros bien pensados y escritos que ven ahora la luz pública: la erudición es copiosa y de buena ley, el órden de la narración artístico, y el estilo elegantísimo y con calor de vida y entusiasmo que se comunica fácil y gratamente á los lectores.

Los benedictinos, refiere el Sr. Pellicer en el primer capítulo de su obra, gustaban edificar sus monasterios lejos de las ciudades, en comarcas incultas aunque fértiles, que pudieran ser convertidas por el trabajo en vastas granjas agrícolas. Esta tendencia de los hijos de San Benito explica cómo desde los primeros tiempos escogieron los apartados, fertilísimos y entonces selváticos valles del Ter y del Fraser para asiento de uno de sus monasterios.

Es antigua tradición que ya en el siglo VI, reinando Recaredo, fundaron los benedictinos un cenobio, dedicado á Santa María, en la pintoresca confluencia de los ríos Ter y Fraser. La tradición menciona el nombre de Protasio, primer abad de este monasterio; y cuenta que Recimiro, duque godo, completó la fábrica, reinando en Toledo Suintila. Los falsos cronicones, en su afán de llenar todos los vacíos de la historia, han conseguido lo que logran siempre las falsedades y mentiras: hacer dudosa la misma verdad y sospechosas las más autorizadas noticias.

Los árabes destruyen el imperio de Toledo. En 718, Alhaor, emir ó gobernador de España por el califa de Damasco, invade los Pirineos, destruyendo las poblaciones y monasterios, asolando las campiñas y degollando á los habitantes. En esta irrupción desapareció, sin duda, el cenobio de Recaredo. Pero en 721, Eudes, duque de Aquitania, derrota á los árabes junto á Tolosa de Francia, victoria no menos provechosa á los cristianos que la de Cárlos Martel en Tours, y que fué la inauguración gloriosa de la gloriosísima reconquista pirenáica.

Cerca del monasterio de Ripoll, en Mongrony y en las cuevas de Ribas, sitios los más agrestes de Cataluña, encontraron los nuevos Macabeos de la reconquista española el baluarte que necesitaban para oponerse con éxito á sus poderosos enemigos. La fantasía de

los campesinos ha poblado las maravillosas cuevas de Ribas de séres encantados, entre los que figuran el conde l'Arnau y otros personajes legendarios. La historia, más hermosa que la fábula casi siempre, coloca en aquellas concavidades de la montaña el cuartel general y la base de operaciones de intrépidos guerrilleros del siglo VIII, dignos antepasados de los héroes de 1808. En un códice del monasterio constaba el nombre de uno de los antecesores de los Lacy, Manso y Eroles de la epopeya napoleónica; llamábase Quintiliano, y su pendón de guerra llegó á ser tan temible á los sarracenos como el de Viriato á los romanos. Abderramán organiza expediciones formidables contra aquellos esforzados cristianos que preferían, como Matatías y sus hijos, la muerte á la servidumbre; pero sus acometidas se estrellan *contra el heroísmo de aquellos hombres cubiertos de pieles de osos y armados de chuzos y guadañas* (1).

Carlo-Magno y su hijo Luis favorecen la empresa de la reconquista catalana, rescatando muchas ciudades y comarcas del yugo de los infieles, restableciendo en los países libertados las leyes visigóticas, y *procurando con solicitud piadosa restaurar é instituir Abadías que proveyeron de sabios y virtuosos varones, aptos no sólo para ilustrar al pueblo en los dogmas y prácticas del Catolicismo, sino aun para regir civilmente con justicia sus comarcas* (2). Aquellos grandes príncipes, dignos de la corona de Occidente á que aspiraron, y que sólo nominalmente ciñeron, restauraron también el cenobio de Recaredo; pero las vicisitudes de la época, ó mejor dicho, la traición de algunos malos cristianos, llevaron otra vez las armas muslímicas á la confluencia del Ter y Fraser, y el monasterio fué de nuevo destruído en 827.

Y sucedió entonces un hecho, que se ha repetido más de una vez en la historia, y que los catalanes no deben olvidar nunca. Los franceses, que hasta aquel momento los habían ayudado y favorecido, abandonáronles de repente, y hasta entablaron relaciones comerciales con los opresores de Cataluña. Terrible desengaño dice el Sr. Pellicer que fué este para los catalanes del siglo IX; desengaño, añadimos nosotros, que volvieron á sufrir los catalanes del siglo XVII, y que sufrirán siempre los españoles que se fíen de los extranjeros en general, y muy especialmente de los franceses, envidiosos de nuestro poder constantemente, ó de los ingleses, codiciosos de nuestras riquezas. Ni Roma ni Cartago han de libertarnos nunca de nuestros enemigos, ni engrandecernos. *Dios y nosotros* debe ser nuestro lema, y con él seremos libres y honrados, y podremos ser grandes, si Dios lo quiere.

II

¡Dios y nosotros! gritaron los catalanes á principios del siglo X, y acaudillados por Wifredo el Velloso, rompieron contra los sarracenos, y después de muchas é ínclitas victorias libertaron toda la montaña del yugo de Mahoma.

Wifredo, el verdadero Pelayo de Cataluña, buscó y encontró en Santa María de Ripoll su Vírgen de Covadonga. «*Luego*, dicen antiguas escrituras, *tomó especialmente á su cargo la construcción de la casa de Santa María del cenobio de Ripoll, á donde congregó religiosos, llamados de varias partes, que con sus salmodias alabasen de continuo al Omnipotente.*» (3) El primer abad del restaurado monasterio fué Dagnino, monje refugiado en Monagals, cuyo asilo abandonó en 873, obediente al llamamiento de Wifredo.

Sería interminable relación la de las espléndidas donaciones que generosos devotos, y muy especialmente el heróico restaurador, hicieron al monasterio. La fama de éste extendióse con rapidez por toda España, y Santa María de Ripoll era llamada vulgarmente *la Virgen de Wifredo*, consolidándose y acrecentándose de continuo la devoción á la Reina de los cielos, venerada en este santuario, por los prodigios y gracias espirituales y temporales que obtuvieron los peregrinos é invocadores de su santa imagen.

No existe hoy ya la primitiva, la que se veneró en el cenobio visigótico; la que salvaron los cristianos del furor inconoclasta de los sarracenos, escondiéndola en lo más inaccesible y retirado de las montañas; la que adoraron Wifredo el Velloso y sus herederos en el principado de Cataluña, y tantas y tantas piadosas generaciones, durante larga sucesión de siglos.... En 1835 desapareció la insigne y devotísima imagen. Sólo podemos, pues, conocerla por las descripciones de los escritores. «Tiene la beatísima imagen (cuenta Pujadas en su *Crónica de Cataluña*), el color de su rostro, con el de su benditísimo hijo, trigueño, más larga la faz que redonda, penetrante vista que clava el corazón de quien la mira.» Fr. Narciso Camós, en su *Jardín de María*, añade que era «muy majestuosa, de cara morena y afable, manto azul, sentada, y teniendo en su rodilla al divino Infante, en actitud de dar la bendición con su diestra». (1) Estas y otras indicaciones han servido de base á la restauración última, ó mejor dicho, nueva obra de la santa imagen.

En cuanto á Wifredo, su cadaver reposó en el monasterio que había restaurado, y sus inmediatos sucesores heredaron con su principado sus virtudes y su piedad y devoción á la Virgen María.

No es posible seguir paso á paso al Sr. Pellicer en su bella y animada narración de las glorias históricas del monasterio de Ripoll. El cual, como todos los demás, fué durante la Edad Media emporio de virtudes cristianas y asilo de las ciencias, letras y artes. El de Ripoll fué además panteón de los soberanos independientes de Cataluña; y su historia puede decirse que es la misma del insigne principado.

En la Edad moderna ya los reyes no han visitado el monasterio como sus heróicos antecesores, los condes de Barcelona. Ciertamente que no ha sido esto por desvío, como indica el Sr. Pellicer (2); porque no cabe suponerlo ni respecto de las cosas de Dios, ni hacia su noble y siempre querido principado de Cataluña, en los católicos y muy patrióticos monarcas que han regido la mayor parte de la Península desde el siglo XVI hasta nuestros días; las múltiples atenciones y quehaceres, originados de la complicadísima gobernación de tantos reinos, esplican suficiente y satisfactoriamente para todos la ausencia de los reyes de España del monasterio de Ripoll, los cuales reyes, tan amantes del solar catalán como pudieron serlo los primitivos condes, y tan piadosos como ellos, cuidaron siempre de tener en su corte, y bajo su real patronato, un santuario dedicado á Nuestra Señora de Monserrat, y en el que se veneran hasta el dia de hoy las tres insignes imágenes que podemos llamar de la corona de Aragón: la citada de Monserrat, y las del Pilar y Desamparados, patronas respectivamente de Zaragoza y Valencia. Qué en el transcurso de los tiempos, en la natural é inevitable evolución de las cosas humanas, aun de las que más directamente se relacionan con las divinas, la devoción á la imágen de Monserrat haya dejado, por decirlo así, en segundo término la devoción á la imágen de Ripoll; que este monasterio, por su situación en lo más fragoso é intrincado de las montañas, no haya sido tan visitado durante siglos, como otros que están más á la mano, verdad es; y muy natural que se lamente, sobre todo cuando se contempla, ó se escribe acerca de este monumonto histórico y religioso de primer orden; pero no hay que acusar por eso de desvío, esto es, de desamor á una de las glorias más puras de la patria, á una dinastía tan catalana como la de Wifredo, tan aragonesa como la de Berenguer; á una dinastía bajo cuya égida, Cataluña, como todas las comarcas españolas, ha cosechado más laureles y engrandecídose más, que bajo el heróico, pero revuelto, confuso é imperfecto señorío de todos sus príncipes independientes.

Si por las circunstancias que acabamos de apuntar el monasterio de Ripoll no fué visitado por los reyes desde el siglo XVI, no se interrumpieron por eso en el insigne cenobio ni el solemne culto, ni las demás prácticas monacales. Los aniversarios de los condes, sepultados en Ripoll, celebrábanse suntuosamente; se adornaba la sepultura con guirnaldas de flores y ramas de laurel; cantábase la misa y el oficio de difuntos, y luego iba la comunidad procesionalmente al regio panteón para rezar ante el sepulcro los correspondientes responsos. *¡Patriótica costumbre*, dice el Sr. Pellicer, *digna de ser renovada!* con cuyas palabras estamos enteramente conformes.

La primera mitad del siglo XIX fué fatal para el monasterio de Ripoll. Los patrióticos monjes excitaron al vecindario de la villa (1) á tomar las armas contra los franceses; los ripollenses distinguiéronse entonces en muchos gloriosos hechos de armas, especialmente en el socorro de la inmortal Gerona. En 1811, abolidas todas las jurisdicciones señoriales, pasó la autoridad civil en la villa de Ripoll del Abad al Ayuntamiento (2). Amarguras y penalidades sin límites sufrieron los monjes durante el período francmasónico de 1820 á 1823. Pero todo esto fué nada en comparación de la horrible catástrofe del 10 de Agosto de 1835.

Quisiéramos disponer del espacio suficiente para transcribir todo el interesantísimo capítulo XIV del libro del Sr. Pellicer, dedicado á narrar minuciosamente el sacrílego y horrible crimen; pero ante la imposibilidad material de hacerlo, nos limitaremos á indicar que un batallón de tiradores de Isabel II, apellidados vulgarmente *miquelets*, asaltaron el monasterio á las dos de la tarde del citado día, cuando resonaba en el espacio el tañer de la campana, que llamaba á los monjes á vísperas; y entrando como lobos carniceros ó furias infernales en el sagrado recinto, asesinaron á unos monjes, hirieron á otros, dispersaron á todos y prendieron fuego al insigne edificio, no sin cometer antes las más inmundas y sacrílegas abominaciones. La vírgen de Wifredo fué derribada de su altar, con todas las santas imágenes que se encerraban en el santuario, robados todos los objetos de materia preciosa, rasgadas las púrpuras, destrozado el órgano... ¡Aquellos salvajes nada respetaron!... Hasta con los cadáveres se ensañaron, y beodos, delirantes, en ese paroxismo de la fiebre del crimen que apenas si puede concebirse, regaron el suelo de huesos, arrancados violentamente de los sepulcros, y entre befas y escarnios que-

(1) Lib. del Sr. Pellicer, pág. 26.
(2) Marcae Hispanicae, lib. III, cap. X, citado en el libro del señor Pellicer, pág. 27.
(3) Libro citado, Pág. 31 y 32.

(1) Libro citado, pag 43.
(2) Pág. 181.

(1) La villa de Ripoll estaba sometida al monasterio, como señorío.
(2) Es muy curioso el documento de toma de posesión de la jurisdicción real por el Ayuntamiento de Ripoll, que copia el Sr. Pellicer en la pág. 243 de su libro. No lo publicamos por falta de espacio; quizás lo hagamos otro dia. Del relato del Sr. Pellicer se desprende que la villa recibió con entusiasmo el cambio de jurisdicción; esto no indica, á nuestro juicio, ni odio, ni ingratitud á los monjes, ni siquiera espíritu liberal en los ripollenses, sino dos cosas: la primera, la afición innata en el hombre, cuando no lo ha escarmentado la experiencia, á todo cambio de postura en el orden político; y segunda, que entre todas las partes del antiguo régimen, los mayorazgos en Castilla y los señoríos jurisdiccionales en toda España, eran las más desacreditadas y odiadas del pueblo. Nosotros creemos que si en vez de las reformas radicales, liberalescas, y muchas de ellas anticatólicas, que se hicieron en 1821, 1820 y 1834, se hubiera llevado á cabo la reforma prudente, y que todos los espíritus deseaban á principios del siglo actual, juzgándola indispensable, los señoríos jurisdiccionales hubieran perecido del mismo modo que perecieron á manos de los liberales. Esto no es defender la obra de los revolucionarios, ni juzgar perjudiciales los señoríos, sino señalar cuál era, á nuestro juicio, el estado de la verdadera opinión pública en España, en la época á que nos referimos.

maron los restos venerables del conde de Barcelona, *Berenguer el santo*. ¡Lúgubre página de la historia de España, escrita, no por un partido, ni por una clase social, sino por un puñado de miserables!

III

En Julio de 1837 se apoderaron los carlistas de Ripoll, y el abad Borrell se apresuró á regresar de Francia, con ánimo de restaurar el incendiado monasterio, dispensándole la villa un entusiasta recibimiento. Pero el partido carlista no se portó entonces con el santuario de Ripoll mejor que su contrario. La Junta de Berga decretó que fuesen conducidas á la ciudad en que residía todas las campanas de las iglesias de Cataluña, para fabricar cañones y morteros; y las campanas del monasterio de Wifredo, más ricas por su valor arqueológico que por la materia de que se componían, corrieron tan triste suerte, á pesar de los ruegos del abad Borrell, el cual, viendo perdidas todas sus esperanzas de restauración, abandonó de nuevo la villa. Horrorosa fué la entrada en ella de las tropas liberales, después de un asalto y una defensa que, segun autorizadísimo testimonio, (1) fué de lo más espantoso que se vió en la guerra de los siete años. La villa quedó destruída, con el monasterio que la había fundado. El padre y la hija sucumbieron de la misma trágica manera.

Dos años después, los dispersos ripollenses empezarón á regresar á los lugares en que se habían mecido sus cunas, y que no eran entonces más que un desierto sembrado de ruinas. Nada más triste y melancólico que una población que muere; nada más alegre y consolador que una población renaciendo de sus propias ruinas. Las del monasterio sirvieron de albergue en los primeros días á los animosos repobladores; en ellas estableciéronse provisionalmente el Ayuntamiento, el hospital y el mercado, pues eran las únicas que, merced á su robusta construcción, habían quedado habitables.

La villa se restauró: pero el monasterio en cambio puede decirse que acabó por desaparecer del todo, recorriendo la triste carrera de vicisitudes, todas adversas, á que los desatentados Gobiernos de Isabel II condenaron á los monumentos de su género, á pretesto de cumplir las leyes desamortizadoras. ¿A qué apuntar aquí todas las peripecias, desagradabilísimas la mayor parte de ellas, de la progresiva destrucción del monasterio? Por fortuna, tras los malos tiempos, vinieron los relativamente buenos; después de Nabucodonosor, destructor de Jerusalen, ocupó el trono Ciro, y Zorobabel pudo reedificar el templo, á pesar de la oposición de las naciones extranjeras, ó sea de los partidos hostiles á la religión y á la patria.

El Sr. Pellicer divide la gloriosa historia de la restauración del Santuario de Ripoll en dos períodos: el civil y el eclesiástico. El primero se caracteriza por la intención puramente histórica y artística de la empresa, la cual corre á cargo de la Comisión de Monumentos, y en la que se señalan por su celo y entusiasmo inteligente algunos insignes varones, el mismo señor Pellicer entre otros. Pero una restauración con tales ideas y propósitos intentada, tenía que ser incompleta y que fracasar, y en efecto, fracasó. El Santuario de Ripoll es un monumento artístico é histórico, es verdad; pero estos dos caractéres pertenecen *á la añadidura* de que habló Jesucristo; *la gloria de Dios y su justicia*, esto es, el carácter religioso, es y fué allí siempre lo principal. No buscando ese carácter, no sabiéndolo ó no pudiéndolo dar á la restauración, cabrá esculpir la estátua de Pigmalion; pero sin el soplo de vida que fué el que caracterizó á la estátua y la hizo famosa.

Por eso el verdadero período restaurador del santuario de Ripoll es el segundo, el eclesiástico.

(1) El Sr. Lavandero, citado por el Sr. Pellicer pág. 165.

La promoción á la Sede Episcopal de Vich del Dr. D. José Morgades y Gil, inauguró verdaderamente este período.

El Sr. Morgades es catalán (nació en Villafranca del Panadés el día 9 de Octubre de 1826), y desde su juventud se distinguió por el celo religioso y por su amor á las glorias antiguas de la patria. Consagrado Obispo de Vich el 16 de Julio de 1882, tomó posesión de su Sede el 5 de Agosto del mismo año, y desde luego miró las ruinas de Ripoll con la melancolía sublime que el gran Profeta elegiaco puso en sus ojos y en sus palabras al contemplar las de Sión (1). En el cabildo de la antigua Ansona encontró el generoso Prelado á uno de los capitulares, el Sr. Collell, cuya nobilísima preocupación eran las ruinas de Ripoll; especie de Catón al revés; porque así como el romano ponía á todas sus arengas la contera: *Cartago debe ser destruida*, el Sr. Callell decía constantemente: *Santa María de Ripoll debe ser reedificada*. Unase á esto que el Ayuntamiento de Ripoll pedía con insistencia la creación de una parroquia, y sabía que sólo el santuario de Wifredo podía satisfacer cumplidamente tal necesidad, y que las Reales Academias de la Historia y San Fernando, mirando el lado profano (pero profano de buena ley) de la empresa, estaban dispuestas á coadyuvar á ella con su influencia y recursos. Nada es todo esto para el que no sabe aprovecharlo; pero es mucho para un varón apostólico del entusiasmo y espíritu emprendedor del Obispo de Vich.

El cual, como ya hemos dicho, en cuanto se posesionó de la silla dirigió una alocución, no á sus diocesanos, ni á los catalanes, sino á los españoles todos, pidiéndoles su concurso para la grande obra de la restauración. La voz del Prelado fué oída, como por fortuna son escuchadas todas las palabras generosas en este país, en que los desalmados por el estilo de los miqueletes de 1835, constituyen una exígua minoría. La prensa periódica comentó favorablemente el pensamiento, y alentó á su ilustre promovedor; *La Veu del Montserrat* abrió una sección especial titulada *Crónica de la restauración*, y no fué La Ilustración Católica la que menos entusiasmo demostró entonces. En aquellos días Verdaguer publicaba el *Canigó*, monumento de poesía no inferior al arquitectónico que Morgades trataba de restaurar en la confluencia del Ter y del Fraser; parecía que el romántico espíritu de la vieja Cataluña resucitaba, mostrándose lleno de vida y lozanía á los ojos de la generación presente; todo lo que ese espíritu tuviera de rudo, exclusivista y rudimentario quedaba en el sepulcro de la historia; todo lo que tuvo de noble y honrado era lo que surgía, evocado por la inspiración de un poeta y por la palabra pastoral de un Prelado.

Su Santidad León XIII bendijo, alentó y favoreció en cuanto pudo, del modo más espléndido dadas las actuales tristes circunstancias del Pontificado, la santa obra de su hermano el Obispo de Vich. Gracias á la soberana munificencia del Pontífice y á la inspiración del pintor Serra, hijo de Cataluña, la destruída imagen de la virgen de Wifredo reaparece en su restaurado santuario, no en escultura, como la antigua, sino en rico mosáico, del que se hacen lenguas cuantos la han contemplado, y del que nosotros solo podemos juzgar por una copia fotográfica; es lo suficiente, sin embargo, para que la tengamos por una obra maestra; la virgen está sentada en una cátedra, y ostenta á sus piés una guirnalda de flores. (2) El rostro trigueño es de dulcísima expresión y la mirada pura y modesta, y el manto es azul celeste; sobre las rodillas de la Virgen Madre está el Divino Niño, con el cetro en una mano y la otra en actitud de bendecir. El estilo es bizantino; pero con la vida y expresión propias de la pintura moderna. A la derecha del cuadro campean las armas de León XIII; á la izquierda las del monasterio. Sobre la cabeza de la Virgen, en semicírculo, se lee esta inscripción:

EX DONO LEONIS P. P. XIII

ANNO MDCCCLXXXVIII

IV

La obra de restauración del santuario de Ripoll es una obra gloriosa desde el punto de vista religioso, y también desde el histórico y artístico. El Obispo de Vich merece aplausos sinceros de los católicos, de los amantes de la tradición y de los amantes de las Bellas Artes. Merécelos igualmente de los patriotas, porque esta obra es una obra nacional.

«No hará nada digno de ser contado á sus remotos descendientes, el pueblo que no honre ni se entusiasme con los hechos gloriosos de sus remotos antepasados.» Esta sentencia del gran historiador inglés (1) es profundísima, y nos da la medida de la excepcional importancia política presente que tienen y deben tener en los pueblos las conmemoraciones históricas.

La historia no es una enfadosa série de sucesos y personajes; no es un pretexto para pedantear en discursos y escritos. Es mucho más: la historia es la memoria y la conciencia de un pueblo; suprimid la historia, y habeis suprimido la pátria.

Aquel Wifredo que hace tantos siglos peleaba por su religión y por la libertad de su país en las enriscadas montañas de Cataluña; aquel hombre rudo y piadoso que plantaba su bandera en las almenas de Barcelona, y del que apenas si distinguimos la fisonomía á través de la distancia de los siglos y de las leyendas y tradiciones que por embellecerla la han desfigurado; ese hombre, del que no se conservará ya ni el polvo de los huesos, no es un extraño para nosotros; es por el contrario uno de nuestros padres y bienhechores; él ha desaparecido de sobre la haz de la tierra, pero los bienes que conquistó con el esfuerzo de su brazo viven aún, y somos nosotros los que, merced á él, disfrutamos de ellos. Por él, y por otros como él, nuestra nación es una pátria libre, nuestras mujeres y nuestras hijas son nuestras dulces compañeras, y no esclavas en un harém; por él somos cristianos y somos españoles. Aquellos héroes de la reconquista los padres son de nuestra nacionalidad, los fundadores de nuestra libertad, los salvadores de nuestra religión, los iniciadores de nuestra cultura.... Debémosles, pues, inmensa gratitud, siquiera mientras nos duren los beneficios que ellos nos conquistaron tan esforzada y generosamente.

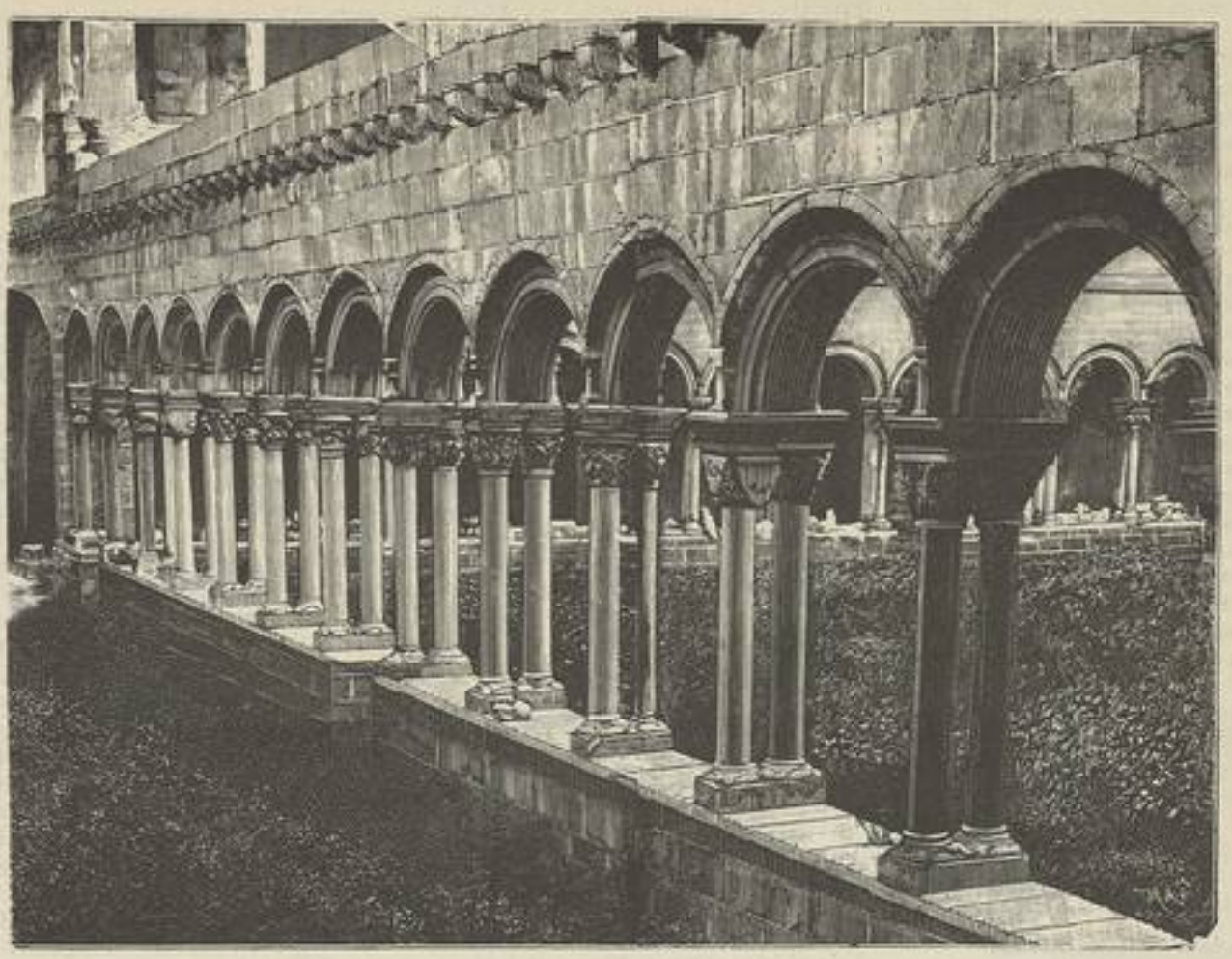
Pero hay más. Esos bienes tan grandes, son caducos y perecederos, como todos los de la tierra; podemos perderlos el dia menos pensado, y los perderemos de seguro en cuanto descuidemos el trabajo de conservar que el mismo Dios ha impuesto á los que no tienen el más ímprobo y fatigoso de adquirir. Pues para conservarlos es necesario que mantengamos encendido siempre en nuestros corazones el fuego sagrado del amor á la pátria; porque sin esta fuerza moral que, como observó uno de los franceses invasores de nuestra Península á principios del siglo (2), no se vence con balas ni bayanetas; sin esta fuerza moral, decimos, de nada valen los ejércitos bien organizados y numerosos. Y para excitar y guardar el amor de la patria, nada hay comparable á los recuerdos gloriosos y á los ejemplos insignes de nuestros antepasados. Pónganse estos ejemplos constantemente ante los ojos de la juventud; llévese á la misma juventud á Covadonga, á Ripoll, á todos los sitios glorificados por las hazañas de los antiguos patriotas, y la juventud será también patriota, á despecho del positivis-

(1) No es esto flor de lisonja, sino la pura verdad Véase la Alocución del Sr Obispo que copia el Sr. Pellicer, páginas 258 y siguientes.

(2) *L'Observattore Romano* dice que es maravilloso el colorido de esta guirnalda.

(1) Macaulay.—Historia de Guillermo IV.

(2) Mr. de Rocca.—Memorias publicadas en la La Ilustración Católica.—Tomo del año 1891.



CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE RIPOLL

mo de la época y de todas las malas pasiones. El entusiasmo por Arminio, por aquel heroe legendario que venció á las legiones de Augusto, ha engendrado en Alemania muchos héroes modernos; cuando Blucher cerraba con sus escuadrones contra la infantería de Bonaparte, y libertaba á su patria en Groos-Boreu, y humillaba á Francia en Laon, y remataba al opresor de Europa en Waterloó, se creía el sucesor de Arminio, como Federico Carlos, al reconquistar á Metz, anunciaba formalmente á sus soldados que habían vengado á Alemania de las victorias del duque de Guisa, en el reinado de Enrique II. La nación más poderosa del siglo XIX es también la más enamorada de sus históricas glorias nacionales.

Imitemos nosotros tan señalado ejemplo. Aprendámos nuestra historia, y acostumbrémonos á honrarla y á imitarla con la discreción que es indispensable en todas las cosas humanas. No lo dudéis; el ejemplo de los antiguos héroes engendrará otros nuevos.

Mil aplausos, pues, al insigne Prelado que ha vuelto á poner ante los ojos de los españoles el glorioso monumento de la reconquista pirenáica. Mil aplausos, sí, como al otro no menos insigne Pastor, hoy príncipe de la Iglesia, que acometió la restauración del santuario de Covadonga.

Pero se dice: la restauración de Ripoll no es una obra española; es una obra catalana; y no es patriótica, porque tiende á la disgregación del territorio, á romper los lazos de la unidad nacional, creada con tantos esfuerzos y á costa de tantos sacrificios.

A los que así discurren no debiera uno ni tomarse la molestia de contestarles. No saben ellos ni lo que es unidad nacional, ni lo que es España, ni lo que es Cataluña; hablan por hablar, como vulgarmente se dice.

La unidad nacional es indestructible. El matrimonio de Berenguer y Petronila, y el de Fernando é Isabel fueron matrimonios cristianos, y como tales indisolubles: *no separa el hombre lo que Dios ha unido*. Todos los antiguos reinos, con la única, dolorosa excepción del ingrato Portugal, forman un sér nuevo indivisible.

Pero así como todos los individuos tienen cuatro abuelos, ocho bisabuelos, y así sucesivamente, y las glorias de todos estos ascendientes glorias son del nieto, de análogo modo España tiene por abuelos á los Principados de la Edad Media; y glorias son de España las de todos ellos. Y es tan imposible por contrario al orden natural de las cosas humanas que resuciten nunca estos muertos Principados, como que viéramos nosotros entrar en casa vivos y alegres á nuestros difuntos abuelos. Lo cual no se opone, ni tiene nada que ver con la honra que debemos á nuestros antepasados, y que la patria debe á los suyos. Napoleón solía exclamar: «¡ojalá fuera yo mi nieto!» Algunos ilusos enamorados de los tiempos que pasaron, suelen hoy decir: «¡ojalá hubiera sido yo mi abuelo!» Pero del ojalá no pueden pasar estas cosas; ni era posible que Napoleón se convirtiera en su nieto, ni es hacedero tampoco que los regionalistas exaltados se transformen en sus propios abuelos. Todo esto son delirios de la imaginación, á la que llamaron cuerdamente los antiguos *la loca de la casa*. Si el día de mañana triunfase D. Carlos, es muy posible que no recordara que había devuelto sus fueros á los catalanes en 1872, y es posible también que el Sr. Mella, que entonces sería ministro de seguro, fuera uno de los que aconsejaran á S. M. que *no hiciese memoria de aquella devolución*. Hoy mismo, el propio Sr. Mella, á pesar de ser tan fuerista, es seguro que no está conforme con el Fuero de Navarra, segun el cual es reina propietaria de aquel Estado Doña Isabel II, como nos dice ahora otro fuerista distinguido, el Sr. Campión. En Cadiz se llama á todo esto «*conversaciones de Puerta Tierra.*»

Las que no son tales, sino cosas muy altas y nobles y útiles á la patria comun, son restauraciones como las llevadas á feliz término por el insigne Prelado de Vich, obra esencialmente española, como la del Sr. Sanz y Forés en Covadonga. Decir que el santuario de Ripoll no es español, porque es catalán, es como si se dijera que Covadonga no es española, porque es asturiana.

Muy lejos de Cataluña hemos nacido; pero desde niños aprendimos á mirar la patria como un sér moral indivisible, y nos inculcaron el amor á las glorias nacionales todas, sin excepción ninguna. Nosotros, que tantas veces hemos invocado á la virgen de Monserrat en nuestras tribulaciones y amarguras; que nos enorgullecemos de la hermosura y grandeza de Barcelona, á la que consideramos la primera de nuestras ciudades; que tenemos á la industria catalana por una de las más seguras esperanzas, no encontramos inconveniente alguno, antes por el contrario sentimos mucho gusto en ser *catalanistas*, como lo es el Obispo de Vich, y realmente catalanistas somos al modo que lo es Prelado tan benemerito para la Iglesia y la patria: ¡catalanistas de la historia y del arte; catalanistas entusiastas de la virgen de Wifredo!

ANGEL SALCEDO.

GRABADOS

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Vich.—(Pág. 193.)

Monasterio de Ripoll.—(Pág. 194.)

Abside del Monasterio de Ripoll.—(Pág. 196.)

Véase el artículo *Restauración del Santuario de Ripoll*.

Estudio de cabeza.—Pág. 200.)

Los pintores modernos son muy aficionados á este género de estudios, que generalmente

son verdaderos retratos; el de nuestro grabado representa una cabeza femenina según la moda moderna.

Vistas de Amberes.—(Pág. 201.)

Amberes es una de las principales ciudades del reino de Bélgica, capital de la provincia de su nombre; situada á la orilla derecha del Escalda, que delante de la ciudad tiene más de 500 metros de anchura. En el siglo XVI la población pasó de 200.000 habitantes; hoy tiene 163.000.

La industria y el comercio son las fuentes de la prosperidad de Amberes. Para comodidad del tráfico marítimo hay construídos tres puertos y ocho canales.

Aún fué mayor dicho tráfico durante el siglo XVI, que constituye la edad de oro de la ciudad. Entonces también tuvo la ciudad el honor de ser cuna de grandes artistas como Calvaert, Grayer, Teniers, Van-Dyck y Rubens. Son innumerables los hombres célebres que han nacido en esta ciudad.

Entre sus monumentos citaremos la ciudadela, construída en 1567 por el duque de Alba; el arsenal, la Casa Auseática, ó depósito mercantil, el Palacio real, el Ayuntamiento, el Museo y el Jardín zoológico. Las iglesias son suntuosas y magníficas; la de Nuestra Señora tiene siete naves y 125 columnas; y la de San Jaime guarda el sepulcro de Rubens. La Bolsa es un grandioso monumento: el patio está rodeado de columnas, con la particularidad de que cada una de ellas es de su estilo, lo cual reconoce por causa que cada gremio construyó una columna y no quisieron copiarse unos á otros.

Iglesia de la Santísima Trinidad y ruinas del Palacio de Federico I, Barbarroja en Gelnsahusen (Alemania).—(Pág. 000.)

Gelnsahusen, pueblecito de escasa importancia política, pero en otro tiempo ciudad imperial, situado á 20 kilómetros N. E. de Hanán y cerca de Kinzigs.

En primer término se ven las ruínas del que fué palacio de Federico II, y por detrás se alzan las cumbres y torres de la iglesia de la Santísima Trinidad. En él, como puede verse en el grabado, existe una torre cuya cúpula está torcida, desde cuya altura se divisa precioso panorama.

ANTONIO DE OLMEDO.

EL VELOCÍPEDO

Feliz casualidad. El muchacho pensó volverse loco de alegría al oir lo que le mandaba el maestro. ¡Llevar el velocípedo á su destino!... En el acto saltó en el cerebro del chico una idea luminosa, y un deseo vehemente, siempre contenido por imposible, se le escapó á borbotones del corazón: montarse en el vehículo. ¡Qué!... Si parecía cosa de la Providencia... Lo mismo pudieran haber traído á gobernar un biciclo, y entonces cualquiera se atrevía á subirse sobre aquella rueda enorme sin tener costumbre de manejarla; pero la combinación de las tres ruedas alejaba el temor de todo peligro, y podía escalar seguro el anhelado instrumento de sus ilusiones.

Cuando se hizo cargo del velocípedo se echó á reir como un tonto; el maestro le preguntó la causa de un alborozo tan repentino; ni él mismo la sabía; se reía de felicidad.

Salió de la herrería empujando mansamente el velocípedo, y así lo llevó mientras encontró á su paso piso de adoquines, cuidando de que no se rompiese al botar en las piedras, metiéndolo por la acera siempre que podía, mimándolo como si fuera suyo. Al fin desembocó á una calle entarugada: había llegado la hora de realizar sus sueños de oro, le resplandecieron de emoción las pupilas, comenzaron á tabletearle los pulsos; con mano temblona paró el triciclo, no atreviéndose á subir á la carrera, y mirando sin darse cuenta hacia atrás, sin acordarse de que no estaba ya al alcance del maestro, se subió al velocípedo, le dió á los estribos y arrancó á escape.

Todos sus proyectos de prudencia se le olvidaron juntos al verse tan alto; el aire que le pegaba con violencia en el rostro le embriagó y le quitó el miedo; la timidez que le embargaba al echar á correr le desapareció en seguida, y con un valor temerario, como si se hubiera pasado toda la vida caminando en caballos de alambre, como si no fuera la primera vez que subía á un velocípedo, inclinó el cuerpo y se deslizó con una rapidez vertiginosa, de bala, por la calle adelante.

Al principio todo fué bien, hallaba la vía libre; pero muy luego vió venir contra él un carruaje que por su misma velocidad se le figuró que se le echaba encima; aturdióse, su primer impulso fué apearse; no conocía el manejo del velocípedo, pero llevaba tanto empuje, que no se atrevió á tirarse; entonces ladeó el triciclo bruscamente y á la buena de Dios, y sin poder refrenar el maldito instrumento, que parecía desbocado, se zampó en la acera y derribó á una señora, que cayó al suelo lamentándose á grandes voces. Los gritos, el atropello, las exclamaciones de los transeuntes concluyeron de robarle la serenidad: torció de nuevo á la izquierda, atravesó la calle, vacilando, pero con una rapidez horrible, y sin serle dado contener su propio impulso fué á parar contra un escaparate, cuyo magnífico cristral se rompió con estrépito, cayendo al fin el mozo entre la lluvia de vidrios y por la fuerza del retroceso, y rodando por tierra con el triciclo, que se le quedó encima, cogiéndole las piernas. Por extraña fortuna solo resultó con ligeras heridas, y apesadumbrado y molido, tirando del velocípedo de sus ilusiones, fué á dar el pobre aprendiz con sus huesos en la prevención.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

Nuestro arte religioso

XXX

(Siguen las conclusiones.)

Puntualizando ahora, una vez dadas las indicaciones generales, lo tocante especialmente ácada pieza de la orfebrería, se podría aconsejar respecto de las cruces procesionales que no fuesen demasiado grandes, que siguiesen el estilo del templo, que la vara fuese del mismo metal que la cruz, y no de mayor altura el conjunto que dos y medio metros, y que fuese abolido el más que ridículo aditamento llamado *manga,* que no sirve sino para añadir peso á la cruz é impedir que pueda llevarla dignamente quien debe; esto es, un ordenado ó un acólito, en vez del mozo de cuerda alquilado que la conduce penosamente como un fardo, al lado del subdiácono, que va allí como quien dice: «yo debiera honrarme llevando esa cruz, pero el uso inconveniente introducido en época de bambolla y gusto decadente, la ha convertido en una carga que no pueden resistir naturalezas habituadas más al estudio que al oficio de ganapanes.» El uso de las enagüillas ó *manguetas* es también ridículo y absurdo.

Los ciriales deben pesar poco, ser algo menos altos (cuarenta centímetros) que la cruz, y de su mismo estilo y metal en su totalidad.

En España, mientras la Iglesia no disponga otra cosa, debe continuar el uso del cirial de pértiga en vez del candelero que usan, acaso con más propiedad, los extranjeros.

El crucifijo del altar mayor, y engeneral todo crucifijo de altar, debe ser grande, y alcanzar mayor altura que los seis candeleros que le acompañan, pero del mismo estilo y materia que éstos, por lo menos el pie hasta el arranque de la cruz. La regla de dimensiones consiste en que la altura de los candeleros llegue un poco más abajo de dicho arranque, de modo que una vela de ochenta centímetros llegue á la cartela ó I. N. R. I. de la cruz, y que el pie de ésta aunque del mismo dibujo que los candeleros, sea de proporciones algo mayores, en ancho, grueso y alto. (1).

Los marcos de las sacras no forman parte rigurosamente de la sagrada orfebrería, pero es costumbre hacerlos de plata ú otro metal vistoso, y por eso habría que mandar á los constructores que tales marcos no se parecieran en nada á los de los cuadros que hay en las casas, y tuviesen tamaño conveniente para contener una hoja que en letra muy legible presentase la levenda litúrgica íntegra. El dibujo habría de convenir con el del altar, lo mismo que el de los candeleros y la cruz.

Los portapaces deben ser dos cuadritos ú óvalos con un asa, que al mismo tiempo les sirva de apoyo para permanecer derechos, y una imagen en grabado, relieve ó esmalte en el anverso. Como no son muy visibles, su estilo es libre con tal que sea correcto, y las figuras bien delineadas, si las tiene, pues una cruz puede muy bien sustituirlas.

Para los báculos, cruces arzobispales y pértigas de bedeles y silenciarios, bastaría imitar los muchos y buenos modelos antiguos y modernos.

Sería de desear la abolición de los cetros que usan todavía en algunas iglesias los salmistas y de los que vemos en manos de los cofrades seglares; los primeros por inútiles, y ya sin razón de ser, pues que su origen viene de la batuta ó vara del compás usada en los antiguos coros, y abolida por consejo muy prudente, hace ya larguísimo tiempo (hoy son no más que un costoso y vano recuerdo); y en cuanto á los segundos, sólo sirven para excitar pueriles vanidades y engreir á los legos, dándoles una especie de extraña participación en la liturgia, poco justificada, y á la larga ocasionada á muy funestas consecuencias que no todos ven; pero los buenos observadores conocen lo mucho que perturban esas pequeñas pasioncillas calentando demasiado cabezas poco reflexivas, ya que no hueras, que si permanecieran en su esfera propia, serían, á pesar de su pequeñez, útiles entre el pueblo piadoso.

Hay vasijas, como las vinajeras, jarrón y recipiente del lavabo, crismeras, acetres, navetas y vasitos de abluciones, cuya forma es análoga á la de ánfora ó vaso de lineamentos clásicos más bellos indudablemente que los de la época ojival, en la que también se construían con formas griegas y romanas, que creo preferibles por su esbeltez y gracia. Un buen artista puede sacar partido del estilo gótico en estas manufacturas, huyendo en todas del dibujo en gran manera mundanal que nos presentan las del siglo XVIII, estilo Luis XV, más profano aún que el plateresco, pues aunque extravagante, al fin creció á la sombra de la Iglesia y produjo obras de verdadero mérito.

El incensario es un vaso especial sobre todo por la forma prolongada de cúpula cónica, que debe tener su tapa, si ha de servir como conviene. Abundan mucho los buenos modelos, y á mi juicio, son preferibles también las formas clásicas y labores de torno sin muchos adornos de talla ó repujado, porque es pieza esta que hay que limpiar á cada momento por lo mucho que la afea el humo. Sus cuatro cadenas (no es conveniente que sean más), deben ser fuertes, pesadas y de eslabones elipsodiales formados con grueso alambre redondo; el vaso am-

(1) Cabalmente lo contrario de lo que hoy hacen nuestros rutinarios metalistas que nos venden cruces más bajas que los candeleros, y cuya peana es como el tronco inferior de uno de estos, defecto lastimoso.

plio para que admita regular cantidad de brasas y que no se apaguen, la tapa bastante agujereada, el pomo fuerte y todas la obra bien proporcionada. Si las cadenas son ligeras, si ofrecen esquinas y la copa y su cubierta son pesadas, el incensario tiene muy difícil manipulación. Hoy se construyen muy pocos regulares siquiera. Los del gusto ojival son difíciles de idear y de hacer, y no muy accesibles al trabajo de limpiarlos por sus muchos entresijos, aristas y menudas labores. El metal amarillo no es materia conveniente, ni hay otra más apropósito que la plata.

Lo que se ha dicho de las vinajeras, jarrones y crismeras, puede ser aplicado á los cálices, copones y guarda-viriles (1).

No hay duda que los de formas semejantes á las griegas y romanas son más bellos y manejables que los de estilo ojival y bizantino, feos casi todos, y muy buenos los antiguos para ser conservados como recuerdo histórico, no tanto para ser imitados aunque fuese por artistas de exquisito gusto.

En obras de lujo y muy preciosas sienta muy bien la talla, no tanto el repujado, á no ser muy bueno; y de ninguna manera el estampado á troquel y con otros artificios, y moldeados de fabricación y pacotilla. Las piedras preciosas habrán de estar colocadas muy firmemente en estos vasos.

Las patenas debieran ser siempre lisas, sin resalto ó labor alguna. Para las custodias, así en forma de sol, como de edificio ojival ó greco-romano, hay hermosos ejemplares, gloria de nuestros orífices y plateros, y lo mismo en las andas para llevar tan lindas construcciones; pero los antiguos, en su ardiente celo unos, y en su deseo de lucirse otros, no supieron evitar el escollo del excesivo peso; y así todos hemos visto mil veces al anciano oficiante molestado en gran manera al llevar en sus manos una hermosa pero muy pesada custodia, ó á seis, ocho y hasta doce Sacerdotes abrumados materialmente bajo el peso de unas andas grandísimas, sudando á chorros, contraído el semblante, y ofreciendo todas las actitudes y aspecto del ganapan que lleva un baul. Por eso ha llegado, lógicamente (creer otra cosa es no conocer á los hombres) á ser este desempeño tenido en menos por todo eclesiástico de alguna dignidad, y relegado á los pobres que lo aceptan, ó por fuerza, ó por ganar el estipendio siempre mezquino que ha sido preciso señalar á tan rudo trabajo. No se es Sacerdote para ser cargado como una acémila.

Y debiera advertirse que las carrozas y las maquinarias movidas por mozos de carga ocultos, y en aparencia sostenidas por Sacerdotes, no solo no resuelven el problema, sino que merecen ser suprimidas como enojosa y casi siempre antiestética ficción: lo natural, litúrgico y más bello son las andas llevadas de verdad por Presbíteros.

Ni se me diga que en tal Catedral y tal otra iglesia, ó que en esta comarca ó la de más allá se practica así ó del otro modo, y que las gentes no quedarán contentas; porque este mi trabajo es ideal de reforma, y ninguna sería posible con tantas contemplaciones.

Se debe evitar el abuso que por fortuna no lograron introducir aquí los extranjeros, de poner vidrios de colores en las custodias, de modo que la Sagrada Forma parece encarnada, ¡qué gracia!

En las bandejas y platillos, en las cajitas para guardar llaves de sagrario y algunas otras piezas menores por el estilo, cabe una prudente libertad de formas, con tal que ningún parecido tengan con las de objetos profanos, y que á primera vista se conozca su piadoso destino, sin confusión posible; además de esto su figura y adornos en nada debe estorbar el uso que les está designado. Casi lo mismo se puede decir en punto á los relicarios, cuyas varias trazas ya de custodia pequeña con ó sin rayos, ó bien de templete, pirámide, cuadro á manera de portapaz, tubo cilíndrico de cristal engastado en plata ú oro, y otras análogas, son muy conocidas y todas aceptables. Si el relicario alcanzara mayores proporciones y hubiera de ocupar lugar preferente en altar ó capilla, entonces su ornato habría de ceñirse escrupulosamente á las reglas de estilo en conformidad con lo que le rodea; precepto que debe regir también con las arcas destinadas á encerrar el caliz que contiene la Santa Forma en los monumentos. Estos sagrarios pueden tener la forma de tabernáculos ó templetes cerrados por todas partes y sin cristales, la de edificios ó edículas artísticas bien ornamentadas y preciosas, y también la de verdaderas arcas; mas nunca la de urnas sepulcrales, sarcófagos ni otra cualquiera con aspecto fúnebre y luctuoso. El uso de conchas finas grandes, naturales ó de metal, para administrar el agua del Bautismo, es conveniente por la poética alegoría del río Jordán en que fué bautizado el Salvador del mundo.

Si el mueblaje y dotación de vasos y enseres de un templo es cosa árdua, no lo es menos el ornato que en ciertas festividades le da aspecto de extraordinaria gala, y el que diariamente ha de tener cuando se dispone de medios suficientes. En ambos debieran regir las mismas reglas generales que en el mobiliario, con idéntica ó mayor rectitud y severa sobriedad. Dados estos límites, los elementos de ornato no son muchos, nuevos, ni muy variados, ni es necesario tampoco que lo sean; jarrones de plata, bronce ó porcelana, con flores naturales; alfombras de sencillos dibujos y colores convenientes al lugar, tapices que si tienen figuras deben ser de Santos ó pasajes sacados de la Escritura ó historias eclesiásticas; ricos paños de terciopelo, raso ó damasco de colores puros, rojo, carmesí, morado, verde, azul, blanco, nunca negro, pues en oficios de difuntos no debiera haber colgaduras, ni amarillo, que es demasiado ingrato, ni de medias tintas, que son afeminadas, ni de colores compuestos, pues recuerdan el ornato de los salones. En estas telas cabe no más que el galón ó franjas de sencillo bordado de oro ó plata y correcto dibujo conforme con la arquitectura del edificio. Sobre esto las arañas y candelabros convenientemente colocados, y nada más. No es posible contar con otros elementos sin afeminar el sagrado recinto, y aun con éstos ¡cuánta discreción, exquisito y severo gusto! ¡Qué estudiado arte en elegir y arreglar con sóbria disposición, siempre atendiendo al caracter del monumento! ¡Cuánto esmero y cuidado son necesarios!

Cubrir el retablo mayor, ó cualquiera otro, con doselones ó pabellones, aunque sean ricos y bellos, imposible; colgar de los muros grandres paños y de las pilastras tiras franjeadas y guardamalletas, es uso profano; las cornisas con pabellones y los balaustres con colgaduras lisas ó plegadas, mucho menos; poner tela aunque sea á dos varas de las luces, sería un crimen; todo lo que necesite clavar clavos, poner listones y armaduras, pender de cuerdas desde las cornisas ó bóvedas; todo lo que pueda rozar ó arañar lo más mínimo las paredes, los retablos y estátuas, no puede servir de ornafo; los cortinajes pendientes de los arcos é intercolumnios, y cogidos por cordones, borlas, presillas y florones, son cosas demasiado protanas; los escudos heráldicos no debieran figurar en el templo, sino raras veces, y con justa causa; las inscripciones y cifras nunca; menos aún las guirnaldas, cintas, gasas y espejos; luego es casi imposible poner colgaduras y tapices en los muros y huecos, y tan difícil este ornato que sería mejor suprimirlo, y que solo consistiera el adorno en las luces y los floreros discretamente colocados, lo mismo que las alfombras, arañas, candelabros, paños del altar y alguna sencilla colgadura en sitio muy propicio sin detrimento alguno, el más remoto de la obra arquitectónica. El mejor adorno es la limpieza, la sabia esplendidez, la buena música, las vestiduras sagradas y la observancia puntual y devota de las sagradas ceremonias, dentro de una iglesia bien construída, bien amueblada y servida por manos inteligentes. Todo lo demás es vana ostentación y profanidad reprensible.

José Ferrándiz.

(1) Las cajas para este uso, con forma vulgar como las de guardar pildoras, deberan proscribirse, sin que bastaran para tolerarlas la presencia de una crucecita en la tapa.

A CLARÍN (1)

¡Oh Clarín del alma mía!
no te enfades ni alborotes,
si á pesar de tus cascotes
te profeso simpatía;
eres hombre de valía
sin empacho ni aprensión;
de la crítica el pendón
cuando empuñas arrogante,
hasta las piernas de Atlante
sienten ruda conmoción.

¡Qué criterio tan profundo!
¡Qué portentos y qué citas!
Sólo al mirarlas escritas
me anonado y me confundo.
Como Clarín, en el mundo
no hay tan bravo pensador;
quien no implora su favor,
y á escribir algo se atreve,
soportar al punto debe
su venganza y su rencor.

Rey de Zoilos y pedantes,
por echarla de discreto,
acometes sin respeto
al mismísimo Cervantes.
Con tus ripios rimbombantes
y eruditas pretensiones
no cesas de dar lecciones
de dogmas gramaticales
á Silvelas, á Pidales,
á Granadas, á Leones.

Sigue osado tu camino
hacia el templo de la gloria;
trata el oro como escoria,
ya que tal es tu destino;
arrellánate supino
de tu soberbia en el trono:
nadie logre de tu encono
burlar el golpe, Clarín;
sé tú el Quijote del fin
del siglo décimo nono!

Mientras quiera *El Imparcial*,
entre crímenes y cuentos,
pregonar los esperpentos
de tu vida colosal,
no temas hallar rival,
pudiendo morder ufano
cuanto no escriba tu mano
desde el uno al otro polo,
y ser tan grande tú solo
como el más pequeño enano.

Si censura baladí
contra mis versos lanzares,
tus engendros singulares
no me los claves á mí;
de Mir y de Blanco dí
cuanto quieras falso ó cierto;
mas de antemano te advierto
que recuerdes, cuando escribas,
que ya son tus diatribas
cual sermones en desierto.

¡Oh Clarín del alma mía!
no te enfades ni alborotes,

(1) Como hemos indicado varias veces, La Ilustración Católica no es responsable de los juicios que sus colaboradores emiten en sus columnas, ya en prosa, ya en verso. Repetimos esto, porque en la redacción de nuestro periódico hay quien lamentando como el que más las ideas del Sr. Alas (D. Leopoldo) en el orden religioso, tiene formado de él, en cuanto literato, un juicio muy diferente que el manifestado por el Sr. Trompeta. (Nota de La Ilustración Católica.)

ESTUDIO DE CABEZA

VISTAS DE AMBERES

si á pesar de tus cascotes
mereces mi simpatía.
Me gusta la tontería
que blasona de discreta;
con tu pluma y tu paleta
todo lo alcanzas, Clarín,
y hasta curas el esplín
de tu devoto

TROMPETA!!

El tio Marisanta.

Ignoro si siempre ha sucedido lo mismo, y no me atrevo á preguntárselo á la Historia, conspiración permanente contra la verdad, en opinión de personas graves y fidedignas. No obstante, parece averiguado (pues lo pregona á voz en grito el mundo todo) que la humanidad continúa siendo doliente; en otros términos, que la felicidad no es patrimonio del hombre. Y sin embargo, aunque rara vez y donde menos se piensa, el curioso observador tropieza con personas verdaderamente felices, felices, se entiende, en cuanto lo permite este mundo sublunar nuestra morada. Prueba lo anteriormente dicho el tío Marisanta, vecino de cierto lugar, honrado y temeroso de Dios, que con su permiso y el de mis leyentes benévolos, por primera vez sale hoy á la escena pública.

Miradle: corto de estatura, ancho y cargado de espaldas, de buenas carnes sin ser obeso, faz sonrojada, piel curtida y de pocas arrugas, encías no desprovistas por completo de dientes, ojos rasgados y vivos, frente espaciosa, que orlada de cabellos blancos reluce y se prolonga hasta el occipucio; viste alpargata abierta, faja y medias azules, chaleco negro de pana, camisa de estopilla y calzones, chaqueta y capote con mangas y capucha de cordellate pardo. El conjunto choca y atrae.

Pocos rasgos son suficientes para dibujar su fisonomía moral. Cristiano viejo á la antigua usanza, vive constantemente en paz con sus prójimos y consigo mismo; no le asusta el trabajo, ni la aguijonean deseos irrealizables, ni le cansa la vida, que pasa siempre satisfecho y contento, ni le aterra la muerte, que considera próxima á visitarle. Habla mucho, y este es su defecto único; pero en cambio lleva siempre el corazón en la mano. Para acabar de conocerle, lo mejor es salirle al encuentro.

—¿Qué tal, tío Blas, cómo andamos?

—Pitico, D. Manuel, pitico: aun estoy tal cual para mis años.

—¿Cuántos tiene usted?

—No me acuerdo; pero usté sacará la cuenta. Cuando la guerra del francés ya era yo mozo... Como que me casé apenas me dejaron en paz.

—¿Y cuántos tenía usted al casarse?

—Me paice que veintidos ó veintitres.

—Entonces está usted cerca de los noventa.

—¡Caspitina! ¡Si paice que era ayer cuando vinieron esos renegaos!

—¿Hizo usted la guerra?

—Si señor, y á mucha honra. Aún me bailan los piés y me retoza la sangre en el cuerpo pensando en la corrida en pelo que les dimos á los franchutes.

—¿Y quién le puso á usted el mote de Marisanta?

—¡Palleta! don Manuel, eso es muy largo de contar, y de seguro le hará dormir á usté mi charla.

—Al contrario: precisamente tengo curiosidad por conocer sus desventuras.

—Pero, ¿de veras quiere usté que le cuente mi historia?

—De veras.

—Atención, pues, y mano al botón. ¿Se acuerda usté de mi padre?

—No señor.

—Pues era el más pobre del lugar, y, entre chicos y chicas, tuvo nueve hijos. Yo nací el tercero y mientras mamé no tuve hambre; pero apenas me destetaron empecé á no comer siempre que tenía ganas. Hacían mis delicias los mendrugos de pan que pór caridad me daban los vecinos, y que comía yo escondiéndome para que no me los quitasen mis hermanos mayores. Si lograba algún rosigón de pan blanco, me sabía á gloria. Así que fuí solo, me enviaron á la escuela y á la Doctrina. Aprendí el Catecismo de corrido; pero en los estudios no pasé de la Jesús. Descalzo de pie y pierna, y sin más ropa que la camisa en verano y unos calzones con mil remiendos en invierno, ¡con qué gusto corríamos por el lugar, hacíamos molinos en los regajos y nos peleábamos en las eras á pedrada seca! A los cinco años me sacaron de la escuela, me dieron una cesta y una escoba y me dedicaron á recojer estiércol por calles y caminos. ¿Pues querrá usté creer que aún me quedaba tiempo para apedrear perros en compañía de otros pilletes como yo?

—Malo era usted por lo visto.

—Malo, no señor, travieso; pues aunque me ve usted tan chafao, yo siempre he sido hombre de chispa y de buen humor.

—Vamos, que algo queda.

—Pues, sí señor, que el que tuvo retuvo y guardó para la vejez, como dice el dicho; pero buena diferencia vá... ¡quien me ha visto y quien me vé!... Luego, de mozalbete, me dedicaron á la rueda y á la carda. Hilaba estopa y cardaba lana, y cuando no había otra cosa que hacer y me salía jornal iba al campo. Siempre trabajando mucho, comiendo poco y vistiendo peor, hasta que quiso Dios que me tocó ir á servir al rey, y se cambió la tortilla.

—¿Mejoró usted de fortuna en el servicio?

—¿Quien habla de mejorar, santo varon? Nunca he llevado vida más aperreada, pero tampoco tan alegre. En fin... usté, que es muy leído, sabe mejor que yo lo que pasó en la guerra del francés. Cuando se acabó, me vine al pueblo y me casé.

—¿Tendría usted algún ahorrillo?

—Sí señor, cinco dedos en cada mano, otros tantos mi mujer, y la Providencia Divina, que es un manto que todo lo tapa. Apenas salimos de la iglesia nos pusimos ella á hilar estopa y yo á cardar lana. Entre los dos ganábamos para no morirnos de hambre, y este fué el pan nuestro de cada día, durante los ocho años que nos concedió el Señor de matrimonio.

—¿Y los hijos?

—Tuvimos seis, y por lo visto cada uno traía un pan debajo del brazo al venir al mundo, pues nunca nos faltó que comer. Se nos llevó uno el sarampión, y, cuando mi pobre Mónica bajó al hoyo, me quedaron cinco renacuajos como cinco polluelos sin clueca: los cinco cabían bajo un pandero. ¡Válgame Dios! Al principio me apuré mucho; pero luego me fuí acostumbrando á todo, y robando algunos ratos al jornal, lavaba, vestía, peinaba y daba de comer á mis hijos como lo hacía su difunta madre. Los domingos barría la casa y, cuando no tenía otra cosa que hacer, tomaba mi cesta ó mi cántaro debajo del brazo y me marchaba muy serio al río por agua y á lavar la ropa sucia. Pues, créame usté, aún me quedaba tiempo para ir todos los días á misa de alba y al Rosario. ¡Pobrecico de mí! Porque me veían hacer de mujer y frecuentar la iglesia como Dios manda, me sacaron el mote... que usté sabe.

—¿Tío Marisanta?

—El mismo. ¡Cómo ha de ser! ¡El Señor me lo tome en cuenta y me perdone! Mucho se han burlado de mí en esta vida; pero es lo cierto que yo saqué adelante á mis hijos. Nunca les faltó un mendrugo de pan que llevarse á la boca, no han echado de menos á su madre, los he criado en el santo temor de Dios, y ahí los tiene usté hoy día, colocados y con un decente pasar.

—¿Y por qué no vive nsted con alguna hija?

—Eso me dicen ellas á todas horas; pero mientras me pueda ganar la vida, no quiero cansar á nadie, ni siquiera á mis hijos.

—Pues qué, ¿trabaja usted aún?

—Sí, señor; paso el día derecho, apartando lanas en la fábrica de bayetas, y gano ocho reales de jornal.

—Pero, hombre, ¿y puede usted resistir?

—Perfectamente; y como el Señor no me envíe algún ramo de perlesía, aún puedo tirar algunos años. Mire usté, yo como de todo; nada, nada me hace daño, duermo como un bendito y me gasto únicamente medio real en el cuarto, donde tengo mi jergoncico para dormir; otro medio en vino, que es la leche de los viejos, y dos reales en comer. Algún cigarrillo me fumo también de cuando en cuando, excepto en Cuaresma, que ayuno de tabaco; pero el día que menos ahorro una peseta.

—¿Y para qué se impone usted tantas privaciones?

—Por un por si acaso, D. Manuel, por un por si acaso. Mañana caeré enfermo, y ahí tienen unos dinerillos para asistirme; si me muero, para bien de mi alma y para enterrarme; y si algún hijo ó nieto tiene alguna desgracia, para sacarle del ahogo.

—Por lo visto, no reniega usted de su suerte.

—¿Quién piensa en semejante cosa, D. Manuel? No me canso de dar gracias á Dios por tantos beneficios como me ha dispensado y me dispensa.

—Pocos imitan la conducta de usted; la mayor parte de los braceros del lugar maldicen su estrella y viven hechos unos miserables.

—¿Y sabe usté por qué? Yo se les digo cantao y rezao, á todas horas, en la fábrica. Porque no tienen honra ni temor de Dios; y donde no hay religión no busque usté resignación para conformarse con los trabajos, ni privaciones para con el ahorro ir reuniendo poco á poco un capital que nos saque de apuros el día que sea menester, ni paz, ni buen humor.

—Habla usted como un Santo Padre.

—Al menos me ha ido tan bien con esta manera de pensar y he pasado tan alegremente la vida, que hace tiempo le dije á un alfarero compadre mío: «Mira, chico, si Dios no lo remedia, el día menos pensao estiraré la garra, y quisiera me hicieses un ladrillo para ponerlo en mi sepultura, que diga lo siguiente:

«Alegre mi nacimiento,
alegre mi mocedad,
alegre mi casamiento
y alegre en la eternidad.»

—Muy bien (contesté riéndome) falta sólo que se sepa quién es el muerto.

—Tiene usté razón; pero se remedia poniendo encima:

«Sepultura del tío Marisanta.»

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

San Vicente de Paúl.

(19 DE JULIO.)

Hoy como en ninguna otra ocasión, aparece en alto grado interesante, digna de llamar nuestra atención y de reconcentrar los esfuerzos de todos, la gran figura de la caridad cristiana, el Apóstol de los pobres y desvalidos, cuyo espíritu de ardiente amor al prójimo se ha perpetuado en las santas fundaciones de su celo: el bienaventurado Vicente de Paúl, que conmemora en este día la Iglesia Católica, presentándonos con la práctica de sus virtudes la fórmula única, la solución posible á la crisis aterradora que con sordos ruidos viene precipitándose en la sucesión de los acontecimientos modernos.

San Vicente de Paúl es una de esas manifestaciones sublimes de la bondad de Dios, que de vez en cuando hace habitar entre los hombres enviados de su corte para remedio y salud de

éstos; es una palpable demostración de la inagotable fecundidad de la Iglesia, que ofrece á cada una de las necesidades sociales un influjo poderoso para contrarrestarlas; á cada aspecto de la historia una nueva fase de su vivificadora acción.

En el hermosísimo cielo de nuestra Iglesia santa se hallan luminosos astros para sacar á los pueblos de la noche de tinieblas en que por sus extravíos se sumergen; en el fuego del amor ardiente y de la caridad sin límites se forjan las armas apropiadas para los combates de la vida; en sus consoladoras enseñanzas encuentra la humana descendencia el bálsamo de paz, el anuncio de venturosos días, el presagio de un gozar sin término, y en sus Santos los abogados celosísimos de nuestras aflicciones y penurias, los medianeros valiosos entre la justicia y la misericordia divinas.

¡Quién llorará en el mundo sin que sus lágrimas sean recogidas por el exclarecido protector de los pobres!

Ahora se descubre á nuestra vista el anchuroso campo donde se ejerce la caridad por los hijos de San Vicente de Paúl; es imposible abarcarlo y recorrerlo todo en breve tiempo. Nos basta interrogar á los que cayeron heridos por bala enemiga, ó los que morían víctimas de horribles convulsiones, atacados por la epidemia, ó los que en un desamparo general, en el abandono de todos sufrían en la desgracia; quién estuvo solamente á su lado, quién llevó juntamente con el auxilio temporal los alientos y esperanzas del alma, quién compartía con ellos el dolor y elevaba sus oraciones al Trono del Altísimo, y nos contestarán que ángeles en figura humana, que humildísimas y débiles mujeres revestidas del valor de los héroes, Hermanas de la Caridad.

Podemos separarnos de estas circunstancias llamadas extraordinarias en la vida del destierro terrenal; nos alejaremos también de los hospitales y establecimientos de benéficos fines; pero no olvidaremos que fuera de esa esfera en que el espíritu de las obras del gran San Vicente de Paúl tiene vida hoy en lugares no muy lejanos de nuestras casas, en todos los barrios de nuestras poblaciones, pobres que gimen en la miseria, que apenas cuentan con el alimento preciso, y quizás les falte con el pan del cuerpo el nutritivo sostén de sus almas.

¡Los pobres! Están con nosotros, pasan constantemente á nuestro lado, y aunque el positivismo dominador de las costumbres parezca sordo, bien patente se hace la protesta de los harapos y el hambre contra el insulto del lujo y de la gula.

Podrá olvidarse de los pobres el mundo; llegará hasta pasar con desprecio por sus insanas viviendas; ahogará el bullicio del festín al llanto de la desgracia; mas hay una Providencia que vela por los pobres; hay una caridad que no tiene otro norte que el amor al prójimo, ni otro interés que la gloria y amor de Dios.

También la obra de San Vicente de Paúl extiende la sombra de sus ramas á esos pobrecitos, y sus conferentes, animados de los sentimientos generosos del modelo que la Iglesia les ofrece, se reunirán semanalmente, suspendiendo por unos momentos sus habituales tareas, para dedicarlas á los pobres. En la *Conferencia* no se habla sino para estudiar los sufrimientos de los hermanos á quien se socorre; para procurar que llegue la limosna hasta donde alcance la necesidad, el consuelo hasta acallar las penas. Y con el socorro material, la lectura sana y provechosa, donde sea menester, el celo de apóstol para encauzar costumbres extraviadas, el consejo prudente encaminando todos los negocios, la visita de verdaderos amigos para borrar toda reparación y practicar la igualdad santa entre los hijos de un mismo Dios.

¡Cuánto se aprende visitando á los pobres! Si las Conferencias de San Vicente fueran bien conocidas, no habría seguramente quien, honrándose de ser católico práctico, no formase en una Sociedad que tanto bien dispensa y proporciona.

Con la Sociedad de San Vicente de Paúl basta para conjurar y atajar en sus gérmenes los temores de la guerra social. En sus estatutos se resuelve el llamado pavoroso problema. Si los ricos descendiesen á la morada del proletario, el patrón á la de sus obreros enfermos y desvalidos, y todos nos acostumbrásemos á esta comunicación íntima, á este santo ejercicio de la caridad; si arrancásemos de las manos encallecidas por el trabajo la hoja incendiaria, el estimulante para el desenfreno de las pasiones, colocando en su lugar ¡la enseñanza de la verdad, la hoja de propaganda cristiana, ¡ah! entonces se habría conseguido concluir con la anarquía, echando bases sólidas para la paz y bienestar social, instruyendo á los pobres, aleccionando á los ricos, y enlazando por amor á todos los hombres.

Procuremos estos fines, tratando de restaurarlo todo, y afanándonos por cultivar esmeradamente las obras de San Vicente de Paúl.

MARTÍN DOMÍNGUEZ BERRUETE.

JOYAS LITERARIAS

MUNDO, DEMONIO Y CARNE

POR D. JOSÉ SELGAS

ORIGEN DE ESTE LIBRO

I.

No le preguntéis á la ilustracción de nuestro siglo si realmente existen las regiones impenetrables del mundo sobrenatural, porque os expondréis á esa crítica muda y humillante que consiste en un ligero fruncimiento de la boca, que os dará por toda respuesta la sonrisa de la compasión, y que en suma viene á decir: ¡Oh, qué deplorable ignorancia!

Ya sé yo que esta demostración mímica no ha de llevar á vuestro ánimo la luz del convencimiento, y que, quieras que no quieras, seguiréis pensando que algo hay de tejas arriba que suele meterse en las cosas que pasan de tejas abajo, valiéndose para ello de medios que se escapan á la perspicacia de la sabiduría humana.

Muy bien; pero es el caso que la ciencia de los hombres es muy celosa de su jurisdicción, y no consiente, bajo pena de completa ignorancia, secreto ni misterio alguno en que no puedan penetrar sus investigaciones. Es decir, que lo que ella no puede explicar de algún modo, no puede existir de ninguna manera. No hay más que dos potestades supremas: la naturaleza que todo lo hace, y la ciencia que todo lo sabe. Fuera del poder de la naturaleza y del conocimiento de la ciencia, todo es puro desatino.

No por eso nos ha cerrado la puerta al encanto de los prodigios; nos consiente el recreo de las más estupendas maravillas, con tal de que las reconozcamos como obras suyas, porque se ha atribuído con la mayor naturalidad del mundo el poder de hacer milagros, contando con no sé qué complicidades de la naturaleza. Así es que nos tiene prometida la eternidad del hombre sobre la tierra por la virtud específica de agentes naturales que se descubrirán en su día. Del mismo modo nos ofrece la reproducción de la especie humana por medio de la agricultura, método sencillo, que se reduce á sembrar en terrenos fértiles el polvo de los cementerios. Además, nos anuncia la resurrección de la carne, que habrá de verificarse sin más intervención que el ¡poder de combinaciones químicas.

Como se ve, la ciencia nos autoriza á creer tan inauditos prodigios, y no podemos decir que nos escasea el tesoro de sus maravillas. Con una prodigalidad que no sabremos nunca agradecer bastante, nos facilita indistintamente la inmortalidad y la resurrección, porque ¡oh verdadero milagro! la naturaleza, seducida, se burla de sus propias leyes, y sumisa á los mandatos de la sabiduría del hombre, no acierta ya á negarle nada,

Mas no le habléis del mundo sobrenatural; no pretendáis que más allá de las realidades del mundo en que nos movemos existe un poder invisible que puede trastornar ó suspender el orden del Universo, según convenga al fin de sus misteriosos designios. El milagro obrado por Dios es ya cuento de viejas; ahora los que privan son los milagros obrados por la ciencia. Al milagro empírico ha sucedido el milagro, digámoslo así, científico. Hemos prohibido á la Providencia el monopolio de la naturaleza, y ya no se mueve la hoja en el árbol sin permiso de la ciencia.

Perfectamente; pero he aquí que el género humano no se resigna á las estrecheces del mundo que le trazan la ciencia y la naturaleza, y no hay manera de hacerle renunciar á la idea de un mundo invisible sobrenatural, cuya atmósfera misteriosa respira en su imaginación, en su entendimiento y hasta en su conciencia. Podréis arrancarle la fe, podréis borrar en su corazón la imagen esplendorosa del Dios Omnipotente; pero no conseguiréis nunca sustraerlo al influjo de su credulidad. Si no cree en las apariciones, creerá en las visiones mágicas; si no cree en los santos, creerá en los magos. La ilustración que alcanzamos no le consiente creer en la piadosa comunicación establecida entre Dios y los hombres; en cambio ahí está el *espiritismo*, que le abre, como si tal cosa, las puertas del otro mundo, y le facilita las más íntimas cordialidades con todos los muertos. Suprimid lo milagroso, y habréis allanado el camino á todas las abominaciones y á todos los absurdos.

No deja de ser curiosa la contradicción que se echa de ver en el espíritu humano. Por una parte se advierte el ansia de saber, el afán de penetrar hasta los últimos rincones de las cosas, el deseo insaciable de descubrir los más recónditos secretos, y el empeño muchas veces pueril de explicarlo todo. Por otra parte, no es posible desconocer la propensión que nos arrastra hacia el misterio, el dominio que ejerce sobre nosotros toda maravilla, el poder con que nos subyuga el portento.... Todo lo que es inexplicable adquiere á nuestros ojos un prestigio invencible. Se complace más nuestro espíritu en vagar por las obscuridades del arcano, que en inquirir las causas naturales de los fenómenos que admira; y mientras los sabios averiguan, el resto de los hombres cree en la acción de un poder invisible que está fuera del alcance humano.

La naturaleza no tendría ya derecho alguno á nuestro asombro, si más allá de las investigaciones científicas que nos descubren sus secretos no viéramos el arcano insondable de la suprema sabiduría que la dirige. La creación misma es el primer milagro que hiere nuestros ojos, y cuyo testimonio permanente no podrán nunca destruir las inmoderadas pretensiones de la ciencia.

Detrás de todo lo que el saber del hombre descubre, analiza y explica, hay algo que su mirada no penetra, ni su razón alcanza: algo que, invisible á sus ojos, se escapa á la perspicuidad de sus indagaciones; porque la ciencia humana es, en efecto, una luz; pero, entendámonos, una luz rodeada de obscuridades; y sea la que quiera la extensión que alcance y el espacio que alumbre, donde ella acabe empezará el misterio; siempre encontrará en el principio y en el fin de sus exploraciones horizontes inaccesibles.

Ello es que experimentamos imperiosa nece-

sidad de transportar nuestros deseos, nuestras esperanzas y nuestros temores á un mundo desconocido, que no es el mundo que habitamos. Por grande que sea la algazara con que nos aturdimos al pasar por este valle de lágrimas, hay momentos de soledad y de tristeza en que la realidad misma que nos rodea nos empuja hacia esos espacios misteriosos, donde parece que el espíritu respira su atmósfera propia, y me atrevo á decir su aire natal. Tristezas que nos sorprenden en medio del bullicio de la vida, y que vienen á ser como la nostalgia del cielo.

¿Y qué se va á hacer contra esa manía incurable del género humano? No se contenta con el mundo y con la vida puramente material á que la ciencia moderna quiere reducirlo, y saltando por encima de tanta sabiduría, se empeña en ver con los ojos de su alma las profundidades del mundo sobrenatural. Mundo que los incrédulos ven lleno de sombras, los malvados lleno de tormentos, los justos lleno de esperanzas.

II

Y sin salir de estos cuatro palmos de tierra, sobre los que tan ufanamente echamos plantas, tropezamos á cada paso con mundos que sucesivamente salen á recibirnos en el curso de la vida. Durante la infancia vivimos en el mundo de la inocencia, mundo de cielos azules y de nubes sonrosadas. Al entrar en la juventud, entramos en el mundo de las esperanzas, mundo de soles resplandecientes y de horizontes interminables. Detrás del mundo de la juventud nos espera el mundo de la vejez, que es el mundo de los desengaños.

Además, cada uno lleva un mundo en su cabeza ó en su corazón. El amor es la bella perspectiva de un paraíso encantado; la región de los suspiros, de los juramentos, de las lágrimas, de las promesas eternas y de las felicidades sin fin. La ambición es asimismo el mundo donde se fraguan todas las tempestades que nos agitan, y la gloria es á su vez el mundo á que aspiran todos los que se empeñan en el respetable absurdo de vivir sobre la tierra después de muertos.

Ciertamente, por lo que se ve, *M. Flammarión* no tenía necesidad de lanzarse á los espacios imaginarios en busca de *la pluralidad de mundos* que deseaba descubrir, para pasear por el Universo los ocios de su espíritu.

Pero bien: todos esos mundos que la imaginación se crea y en los que vive la fantasía, esa región desconocida llena de visiones y de espectros, de oráculos y de misterios, ¿son ridículas supercherías de nuestros sentidos, ó vanas alucinaciones de la ignorancia de todos los tiempos? Convengamos en ello; mas la tendencia invencible del espíritu humano hacia toda maravilla, hacia todo prodigio, hacia todo misterio, viene á ser como la intuición, más bien dicho, el presentimiento, y á la vez el testimonio permanente del mundo sobrenatural. Para inventar la palabra, dice *Rousseau*, fué preciso la palabra; pues bien: para que la imaginación creara los mundos de los fantasmas, de las apariciones y de los oráculos, debió tener alguna idea, digámoslo así, algún relámpago del mundo sobrenatural; porque la imaginación es ciertamente una loca, pero no es privilegio de ninguna locura crear lo que le es desconocido.

Sea de ello lo que quiera, es cierto que el diablo hace mucho tiempo que no se presenta personalmente entre nosotros, y aun podríamos creer que nos había vuelto la espalda como á cosa rematadamente perdida, si no descubriera algo de sus antiguas mañas en las diabluras del *espiritismo*, en la soberbia de la ciencia, en la confusión de las ideas, en el desorden de los apetitos... pero, en realidad, con sus cuernos y sus uñas, con sus ojos de basilisco y su boca de infierno, yo, por lo menos, no tengo noticia de que en nuestro tiempo se haya presentado en ninguna parte. Mas como es de suyo espíritu inquieto y revoltoso, y son tantos los desastres que contamos, es muy de presumir que anda suelto, en cuyo caso es casi evidente que viaja de riguroso incógnito. Incógnito, no quiere decir precisamente que no lo conocemos, sino más bien que no queremos conocerlo.

Claro está que si anda suelto por el mundo no ha de estarse mano sobre mano, pues bien podemos decir que es activo como un demonio, y tan sutil que se mete por el ojo de una aguja, y siendo así, convengamos en que no ha de desperdiciar ocasión en que pueda hacer alguna de las suyas.

No hay ningún motivo para sospechar que en su habitual morada disfrute de grandes comodidades, y no es extraño que se deje traer por sus antiguas aficiones al mundo, hoy que tantos placeres y tantas novedades le ofrece. ¿Por qué no ha de echar él también su cana al aire?

Semejante á un autor anónimo, bien puede presentarse en el teatro del mundo á presenciar por sí mismo el éxito de su obra, confundiendo con los aplausos de las multitudes el ruido de sus propios aplausos. Aunque no sea más que por los encantos del contraste, el príncipe de las tinieblas se debe encontrar como en su casa en medio del siglo de las luces.

Estas cosas pensaba yo dando vueltas en mi imaginación á la imagen del diablo que se me presentaba en continua variedad de formas, resolviéndose unas en otras como esos dibujos fantásticos con que llena nuestros ojos la obscuridad, cuando reparé en un gran pliego cerrado que se hallaba delante de mí sobre la mesa en que escribo, y, como vulgarmente se dice, sacándome los ojos.

Me parecía imposible que no lo hubiese visto antes, y estaba seguro de no haberlo visto, y era al mismo tiempo indudable que se hallaba allí hacía mucho tiempo. Traté de indagar quién lo había puesto sobre la mesa, y mis indagaciones fueron inútiles, porque nadie lo había visto. Tampoco comprendía que el pliego por sí solo hubiera venido á buscarme.

Lo examiné atentamente, como si pretendiera descubrir en sus pormenores el secreto de su aparición, y entonces, por alucinamiento de mis ojos ó por capricho de la luz, noté que el papel, que me había parecido blanco, empezaba á tomar un tinte amarillo, que se extendía formando aguas. Me restregué los párpados para hacer más clara la mirada, y me encontré con que el color amarillo empezaba á convertirse en rojo, en un rojo que llameaba, que hervía, en cuyo fondo las letras que formaban mi nombre se alargaban y se encogían, retorciéndose unas con otras, como si estuviesen vivas y se sintieran abrasar por el fuego que el papel despedía.

Solté el pliego con toda la precipitación de los movimientos involuntarios: parecía que mis dedos habían temido quemarse, y me reí, sin poder contenerme, del miedo de mis manos. Volví á cogerlo, y, al suspenderlo en la mano izquierda, noté que pesaba mucho; lo pasé á la derecha, y apenas pesaba.

Decididamente mis nervios se hallaban en un estado deplorable, y empecé á sospechar que no era mi salud tan buena como yo creía.

Entre tanto el pliego permanecía cerrado, y ya era preciso penetrar en el misterio que encerraba. Rasgué el sobre, y, en vez de una carta, me encontré un manuscrito, cuya letra me era desconocida.

Este manuscrito es el que forma el presente volúmen, que entrego á la jurisdicción ordinaria del público, para que se ría ó se asombre, según lo tenga por conveniente.

MUNDO, DEMONIO Y CARNE

I

BODA EN PERSPECTIVA

Se hablaba mucho en el mundo de cierta boda ruidosa que estaba á punto de verificarse entre un joven espléndido y una rica heredera. Los periódicos habían anunciado el suceso, y aunque nada tenía de extraordinario, era la novedad del momento, y corría de boca en boca. Había, pues, un gran *trousseau* en perspectiva, y fiestas deslumbradoras, dignas del lujo oriental de las *Mil y una noches*.

En efecto: los que parecían mejor enterados, sabían de buena tinta que los novios iban á echar la casa por la ventana en celebridad del matrimonio, para lo que se hacían preparativos verdaderamente regios. Las noticias más seguras prometían maravillas, circulando en voz baja, pues para mayor seguridad del éxito se guardaban acerca de los pormenores las mayores reservas.

Únicamente se sabía, y esto en secreto, que la boda debía verificarse en la soberbia quinta que el padre de la novia poseía á algunas leguas de Madrid, contigua al camino de hierro; que habría para los convidados y para los curiosos trenes especiales de ida y vuelta, con gran rebaja en el precio de los billetes; que el hospedaje en la quinta sería suntuoso, y por si acaso los aposentos del edificio no eran bastantes á contener cómodamente á la concurrencia, se preparaban *sotto voce* tiendas de campaña, dispuestas con todo el *confort* apetecible.

En ocho días se había fijado el período de las fiestas, que serían anunciadas de un momento á otro, razón por la cual las gentes visibles hacían apresuradamente sus preparativos de joyas y vestidos para figurar dignamente en ellas.

De esos ocho días se contaban prodigios. El programa no aparecía aún en el orden en que habían de verificarse los espectáculos; pero así, en detall, se sabía todo. Habría carrera de caballos y ejercicios ecuestres, cacerías en los bosques, paseos en los lagos, y conciertos en los jardines, salón de juego y sala de armas, tiro de palomas y tiro de pistola, comidas campestres y fuegos artificiales.

Durante la noche se iluminarían como por encanto los lagos, los bosques, los jardines y los salones.

Bajo la cascada del lago grande se establecería un foco de luz eléctrica que debía producir un efecto mágico. La luz, ingeniosamente dispuesta, imitaría alternativamente la claridad del día que amanece á los reflejos del sol que se pone, y el agua caería formando una triple cascada de plata, de oro y de fuego. La capilla no se abriría más que el momento preciso para que los novios recibieran la bendición nupcial, y en la biblioteca se establecería el *bouffet* permanente.

La concurrencia pasará ocho días deliciosos de sorpresa en sorpresa, y apenas tendrá tiempo para gozar de la variedad de los espectáculos que se preparan. Los convidados se despertarán todas las mañanas al eco de músicas lejanas, que llenarán el aire de alegres acentos. Se cuenta con las cuatro partes principales, la orquesta y el coro del teatro de la Opera.

Como hay que atender á todas las aficiones y á todos los gustos, se anunciaba muy formalmente una lucha de fieras, para cuyo fin se había escrito ya á un famoso domador que poseía la colección más completa. También se preparaba una corrida de toros, en la que lidiarían con todas las reglas del arte los jóvenes más distinguidos de la buena sociedad, formando una ilustre cuadrilla dirigida por *Lagartijo*.

Se contaba también con Arderius, que debía llevar una compañía escogida de lo más exquisito que se ha visto funcionar en el teatro de los Bufos, para la representación de las piezas más aplaudidas, esto es, lo más selecto del género. Habría, pues, *can can* superior, *can can* mónstruo, capaz de alegrar un entierro y resucitar á un muerto.

No paraban aquí los anuncios de las sorpresas que se preparaban. Así, á media voz, y como quien no quiere la cosa, se dejaba traslucir la idea de una colección de cuadros vivos,

proyecto que guardaban en cartera bellezas de primer orden, aficionadas á dar vida á las obras maestras del arte con todos los encantos de sus personas.

Pero no había de consagrarse todo al placer de los sentidos y las realidades de los apetitos; era preciso dedicar algo al espíritu, y se había ocurrido la idea de celebrar un par de sesiones de espiritismo.

Como se ve, la imaginación no tenía nada que pedir al esplendor de la boda. Los convidados y los curiosos iban á pasar ocho días memorables en los fastos nupciales. Madrid se despoblaría; sería invitado el cuerpo diplomático, porque este cuerpo sin alma es indispensable en las grandes fiestas, como verdadero artículo de lujo.

Después de consumado el matrimonio, los novios irían á pasar la luna de miel á la India, buscando en las pintorescas regiones del Asia Central los mejores auspicios á su posteridad, allí donde estuvo la cuna del mundo; y el invierno podrían pasarlo muy bien en el Polo Norte, que es donde se encuentran los grandes inviernos.

Calcúlese si se hablaría del asunto en todos los círculos. La boda era el platillo de todas las conversaciones, y las gentes se hacían lenguas no hablando de otra cosa.

La crisis ministerial, puesta sobre el tapete en aquellos días, había perdido toda su importancia ante el acontecimiento nupcial que se venía encima. Mientras los fondos públicos se cotizaban á doce, las noticias referentes á los pormenores de la boda adquirían un valor extraordinario.

Bien podían desgañitarse en los escaños de ambas Cámaras los oradores más famosos, pronunciando discursos de sensación, porque el público, preocupado con las fiestas de la boda, les volvía la espalda, exclamando: «¡Hum... charlatanes!» Ni la guerra de Europa, ni el triunfo definitivo de la Internacional, ni el mismo terremoto de la Martinica, habrían conmovido á la multitud suspensa ante la perspectiva que presentaban las bodas de la rica heredera.

Por la fuerza analógica de la denominación, *La dulce alianza* obtuvo en pocos momentos un crédito fabuloso, y un joyista, oscurecido hasta entonces, realizó de golpe todas sus existencias poniendo sobre sus empolvados anaqueles este letrero irresistible: «Al anillo nupcial.» A la vez, las corbatas abandonaron repentinamente los caprichos de sus nudos para formar lazos conyugales, y hasta la repostería inventó una crema fantástica con el nombre de «suspiro de novia.»

Más aún: los poetas sintieron el influjo de una nueva inspiración, y las Doloras de Campoamor tuvieron que ceder su puesto al furor de los himnos epitalámicos. Por último, los vendedores de fósforos no tenían manos para despachar cajas con el título de «Antorcha de himeneo.»

No se hablaba, pues, de otra cosa: las fiestas destinadas á celebrar las bodas de la rica heredera formaban, por decirlo así, la atmósfera que se respiraba, porque el mundo estaba lleno de los fulgores de la boda mucho antes que los envidiados novios estuviesen unidos para siempre. Así se celebraba de antemano el fausto, no lo fausto del suceso.

(Se continuará.)

IGLESIA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Y RUINAS DEL PALACIO DE FEDERICO I

CONFERENCIA

DEL

Excmo. Sr. D. Alejandro Fidal y Mon

EN EL ATENEO DE MADRID

(Continuación)

¡Ah! ese podía ser, no lo dudamos, el objetivo y la aspiración de los partidos; esa podría ser la única esperanza de los partidarios de las formas y régimen caducados; buscar en la savia inagotable de la Iglesia, en su vitalidad indestructible, en sus promesas de porvenir y hasta en sus auxilios divinos el secreto de una fuerza invencible que galvanizase el cadáver de sus muertas aspiraciones. Pero si este podía ser el objetivo y el propósito de los partidos políticos, no podía serlo en manera alguna de la Iglesia, que después de no deberles apenas más que agravios, después de haberse visto rechazar como apestada cuando les brindaba el auxilio salvador de sus máximas y sus principios, no había de venir ahora; cuando después de ser víctima de esos partidos lo estaba siendo de sus enemigos y contrarios, como cómplice supuesto de sus desmanes, á sacrificar por completo su obra sobrenatural y sus medios de todos géneros, presentándose ante la sociedad no como el camino de la vida de las almas en el orden espiritual, sino como el camino y la vida de reacciones políticas que no entraba en las miras de Dios.

La Iglesia no rectificó su doctrina, no varió su conducta; las confirmó. Ella que con su ley divina ratifica la ley natural como aplicación y participación de la ley eterna, reprodujo sus enseñanzas, se limitó á su misión, se encerró en su misterio, y recordando sus advertencias desoídas, sus enseñanzas menospreciadas, y dando pruebas de generosidad y de valor y de confianza en las promesas divinas, y de obediencia á la voz de su fundador que le trazó la vía de sus destinos, quitó por su parte todo pretexto de desconfianza y todo motivo de persecución, y con conducta prudente, sabia, generosa y elevada, como quien fija la vista en el cielo, desdeñada las grandezas de la tierra, hizo oir su voz de centinela de las almas para que convocados sus hijos en torno de la Cruz, no se descarriaran por senderos de perdición, dejando la realidad por correr tras sombras fugitivas.

¡Admirable espectáculo éste que nos ofrece la Religión y nos presenta hoy la Iglesia!

Pío IX, el gran Pío IX, el Pontífice inmortal se colocó con decisión al frente de las aspiraciones generosas de su siglo, su siglo le recompensó dejándole morir prisionero; pero al morir Pío IX no solo se llevaba consigo la bandera de las aspiraciones más generosas de su tiempo, sino que llevaba además rotas y transparentadas todas las máscaras de grandeza de libertad y de honor con que se habían querido disfrazar los enemigos de la fe. León XIII se presenta en pos de él á ocupar el Sólio Pontificio, y ante el espectáculo de un pretendiente que rechaza la corona de Rey y con ella la ocasión de restaurar en su país la Monarquía cristiana, por el color de una bandera, en presencia de partidos monárquicos divididos, y como divididos impotentes, en presencia de persecuciones que toman por pretexto la alianza de la Iglesia con instituciones enemigas, alza su voz y deja oir la palabra de sus enseñanzas eternas: «No, la Iglesia no está ligada con ninguna forma de gobierno; no, la Iglesia no es fautora

de ningún trastorno civil; no, la Iglesia no tiene por misión restaurar los derechos de ningún pretendiente; no, la Iglesia no puede tolerar en silencio que por omisión, que por falta de recordarlo á los hombres, haya quien pretenda fundar leyes inícuas de violación y despojo, forjadas en las lógias al calor del ódio sectario del ímpio, contra los sagrados intereses espirituales que les están encomendados por el mismo Dios.»

Ella recordará los eternos principios del orden religioso y social; ella repetirá las sublimes enseñanzas del derecho natural y divino; ella no descansará haciendo oir su voz maternal á todos los hombres informada con las grandes y diarias aplicaciones de la ley moral; ella prodigará los tesoros de su sabiduría, ilustrando las ciencias jurídicas y políticas, económicas y sociales, por la boca y la pluma de sus sabios formados por su ruda disciplina en los claustros de sus réligiones; pero así como en los Estados Unidos ensalzará una federación que la proporciona la libertad de su magisterio, así como en Bélgica defenderá una Constitución que le da entrada en la arena para reñir los combates espirituales por la Cruz, así como en Alemania proclamará su obediencia á la autoridad legal del imperio en medios de los horrores del *kulturcampf*, así como en España elevará sus oraciones por el huérfano inocente y la viuda atribulada y augusta que los rigores del destino confiaron á la lealtad española, en Francia, aun en medio de los horrores de la persecución más tiránica, más injustificada y más impolítica á la vez, contra todo lo que lleve en sí la señal de Cristo, en vez de alentar conspiraciones políticas, derechos dinásticos, manejos electorales de partidos contrarios á las instituciones, clamará á sus hijos en favor de los intereses espirituales, los convocará en torno de la Cruz, les hará ver la necesidad de pelear *pro aris et focis* el buen combate, la necesidad de no aparecer como *facc osos* ni como sospechosos de otra reivindicación que les dé la justicia del derecho y de la libertad que resplandecen en el orden cristiano.

¿Qué harán ante semejante actitud los ímpios sectarios de la República francesa? Lo menos que podrán hacer es deplorar, que quitándoles todo pretexto político se haga más patente la hipocresía con que alegando que sólo trata de defenderse de los partidos monárquicos, atacan la libertad de conciencia en el ciudadano, la libertad del hogar en la familia, la libertad de enseñanza en la escuela, la libertad de asociación en el cláustro, la libertad de la oración en el templo, la libertad de la honradez en la vida civil.

¿Qué harán los republicanos que no lo sean? Esos no podrán menos de convenir y de reconocer que la Iglesia se cierne sobre las cuestiones terrenas, y que atenta sólo á su misión sobrenatural, extiende su acción salvadora y benéfica sobre los pueblos y las instituciones; y se unirán para hacer cesar esa persecución que deshonra y compromete su república preferida.

Y los monárquicos ¿qué harán?

¡Ah! esos, los que lo sean por encima de los intereses de la Religión, de la sociedad y de la patria, esos rechazarán los paternales consejos del Pontífice, apelarán del Papa, seducido al Papa mejor informado, se agruparán en secta político religiosa ó en falange semivolteriana, llamarán al Pontífice «demagogo» ó católico liberal,» le acusarán de haber hecho traición á la causa de la Religión, de la Iglesia, y negarán su óbolo al dinero de San Pedro, diciendo que puesto que niega el Papa á los monárquicos su concurso, vaya á buscar la limosna de su decoro y de su dignidad de manos de los partidarios de la república jacobina.

En cuanto á los católicos de verdad, en cuanto á los que ven y conocen el estado actual del mundo, comprenden en toda su extensión las causas de tal estado en la historia, preven sin gran trabajo el porvenir que la sociedad moderna se prepara, ven la única esperanza de salvación en la vuelta del mundo al cristianismo; esos, unidos como un solo hombre marcharán á la voz del Pontífice León XIII, y bajo la dirección de sus Prelados, á luchar en la esfera de la legalidad con caridad y con prudencia por la justicia, por la libertad y por el derecho común para sus creencias y principios. En Francia, como en Bélgica, como en España, como en todas partes, el camino es bien fácil de seguir; se trata sólo de quererlo, no imponiendo particularismos de escuela ni exclusivismos de persona. El ejemplo bien lo tenemos todos ahí coronado con el éxito más asombroso. Para ver lo que el Catolicismo puede dar de sí con los medios políticos contemporáneos, no es necesario ni siquiera remontarse á O'Connell para ver lo que en la libre Inglaterra pudo lograr el apóstol infatigable de la oprimida Irlanda; basta detenerse un momento á considerar lo que logró llevar á cabo el genio y la constancia de Winsthorst en el Centro Católico alemán, en el seno del formidable imperio protestante.

Allí, á raíz misma de la victoria más colosal de la época moderna; frescos los laureles sobre la corona de Carlo Magno, ceñidas en las sienes augustas del soldado emperador; elevados á divinidades de la guerra y de la política Bismarck y Moltke; en el desvanecimiento de la hegemonia prusiana y de la revancha germánica, en la apoteosis de raza y de secta fundidas en la aspiración de gran unidad religiosa; ante el imperio de un Carlos V al revés, basado en la religión de Lutero y en la humillación de las razas latinas; ante la explosión gigantesca del protestantismo religioso, del viejo catolicismo cismático, del racionalismo filosófico y del socialismo económico combinados y organizados por la férrea mano del cesarismo omnipotente... el hijo humilde de un aldeano labrador, el enano de triste y ridícula figura, el viejo exministro hannoveriano se levanta en el seno del Reisthag; ¡vibra su palabra acerada contra el canciller de hierro, aumenta día por día sus legiones, organiza sus fuerzas electorales en el país, triplica en pocos años sus Diputados, maniobra con ellos en el Parlamento, y Bismarck, el gran Bismarck, que cambió á su antojo la faz de Europa, que transportó á su raza y á su país el cetro de los destinos de la civilización europea... tuvo que capitular y desistir de su política preconizada, y contra sus propias arrogantes palabras arrojadas en son de reto á la catolicidad, *tuvo que ir á Canosa*, y tras de Canosa al destierro de su desgracia, lejos del poder, donde espera el término de su vida, no con la resignada majestad que correspondía á su gloria, sino turbando con su impaciente despecho la augusta solemnidad del ocaso con que debió ponerse en el horizonte astro de tan colosal magnitud en la historia.

Verdaderamente puede exclamarse con razón: *dijitus Dei est hic.*

El episodio bíblico de David abatiendo con su honda rústica de pastor la mole armada del gigante Goliaht, se ha vuelto á realizar en nuestros días: ¡y todavía hay católicos que prefieren á los éxitos brillantes de la lucha legal, cuando ordenadamente se la emplea, la violencia y la corrupción coronada por la derrota, que son el único resultado de las guerras civiles!

Por eso conviene que nos detengamos un momento á contemplar este espectáculo. Cuando la política napoleónica, que ciega como todo poder que se levanta contra Dios, creía que echaba los fundamentos de su perpetuidad, cuando cavaba la fosa de su ruina, protegiendo la unidad de Italia y de Alemania, que habían de formar juntas en la triple alianza la liga de la ingratitud y del ódio contra la nación francesa; cuando á impulsos de esta política sorda á las advetencias de Thiers y del Obispo de Orleans sucumbían en los campos de batalla de la Bohemia el rey, la nacionalidad y la patria de nuestro héroe; cuando como resultado de estas victorias, vino la inevitable guerra con Francia, y tras de la guerra y sus victorias la constitución del imperio, y tras el imperio el *Kulturkampf* con todo el aparato de sus hipocresías y violencias, y con el objeto reconocido y demostrado ya de acabar con el Catolicismo, como religión donde tomaban su fuerza las razas latinas, destinadas á sucumbir, finalmente, bajo el cetro de hierro de la raza y de la religión nacional de Lutero; cuando, merced á este plan satánico llevado á cabo con una previsión, con una constancia, con una fortaleza y con una habilidad sin ejemplo, la figura del gran Bismarck se levantaba con toda la altura colosal de su genio y de su poder sobre los destinos de Europa... en su misma casa, en el seno de su mismo pueblo alemán, ébrio de adoración por su gran canciller... se preparaba el pigmeo de fuerzas y de estatura, pero gigante de fe y de inteligencia, que había de salir al encuentro del cesarismo protestante, y había de debelarle y vencerle con las armas legales del parlamentarismo, puestas al servicio de Dios.

¿Quién no recuerda haber leído la descripción de aquellas batallas parlamentarias en el Rehistag?

Hé aquí cómo poco más ó menos las describe uno de sus espectadores: el Parlamento está lleno de Diputados, las tribunas rebosan espectadores, la atmósfera está cargada de tempestad. El canciller de hierro se levanta. Está forrado con su uniforme blanco de coracero. De estatura de gigante como la de los antiguos hunnos, que parece crecerse aún más para dominar de más alto al Parlamento que desprecía y que teme, pasea sus miradas por la multitud y su rostro expresa orgullosa jactancia. Habla, y su voz ruda y sonora parece una trompeta guerrera que toca la carga, y el auditorio arrastrado aplaude frenético la frase final: «Nosotros los alemanes no tenemos miedo más que á Dios.»

(Se continuará).

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de Paris y que prescriben los medicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo ademas la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

¿Qué pediríais al hada?

Si por amor al hombre una buena hada ofreciese conferiros el poder de curar una sola enfermedad, dejando á vosotros la elección, ¿qué enfermedad escogeríais? Acaso pediríais primeramente tiempo para considerarlo.

Si dicha hada me hiciera á mí la oferta, desde luego le contestaría diciéndole: «Buen hada, deseo el poder de curar el reumatismo, pues que es universal. Es esta enfermedad que ataca á cualquiera, de la raza ó clima que fuere,» y el hada reconocería mi sabiduría y me concedería la secreta virtud.

Las hadas, no obstante, han desaparecido ya, y así hemos de emprender la lucha sin la ayuda de ellas.

«Desde Octubre del año pasado» dice el profesor D. J. Maimo, de la Escuela Pública para niños, en Pratdip, «sufría de una severa crisis de reumatismo. Me sometí á diferentes clases de tratamientos, entre estos baños, é ioduro de potasio tomado interiormente, sin conseguir el más leve alivio. Muy al contrario fuí de mal en peor, hasta que por casualidad llegó á mis manos unos de esos folleto ilustrados en los que se describe la medicina el «Jarabe Curativo de la Madre Seigel.» Al leer dicho libro y al ver que el reumatismo era, según en el citado

folleto se indicaba, una de las enfermedades que el consabido jarabe aliviaba, y curaba, me decidí á probarlo, é imaginaos cuál sería mi regocijo al sentirme aliviado, antes de haber agotado la primera botella.

»Como la enfermedad se encontraba en su más agudo grado, tuve que seguir tomando el jarabe durante tres meses consecutivos, á fin de hacer desaparecer los dolores punzantes que al más leve cambio de temperatura me sentía en las extremedidades, en el pecho y en las coyunturas. En la actualidad, mi dolencia no es más que una sombra de lo que antes era, y puedo consagrarme ahora con toda laboriosidad al trabajo propio de mi profesión.

»A veces, sintiéndome libre de todo dolor, he dejado transcurrir dos ó tres días sin tomar medicina alguna, habiendo observado además que al dejarse sentir nuevamente el dolor me ha bastado tomar sesenta gotas del jarabe para conseguir un alivio inmediato. También debo hacer constar que jamás me he encontrado mejor, en cuanto al estómago, que desde que tomo el jarabe de la Madre Seigel, pues cada invierno me veía obligado á tomar algún purgante, hallándome propenso á la constipación. En la actualidad estoy enteramente exento de esta dolencia, gozo de buen apetito y encuentro gusto en todo lo que como.

»De lo que acabo de manifestar (y no es más que la pura verdad), podrá usted inferir la alta estima que me merece este remedio, y cuán agradecido estoy á su propietario.

»El buen resultado que produjo en mi caso ha sido sabido de tantos, que muchas personas me visitan para pedirme pormenores más detallados, y estas á su vez consiguen alivio igualmente, tomando el jarabe.

»Sírvase aceptar el testimonio de mi más sincera consideración. (Firma). J. Maimo, profesor en la Escuela Pública para Niños, 20 de Mayo, 1892.»

Para poder comprender la razón de la maravillosa eficacia del jarabe de la Madre Seigel en el caso del señor profesor Maimo, el lector se servirá observar dos partes sobresalientes en su excelente carta; primera la relación de su reumatismo, y segunda su referencia á la acción de la medicina sobre su sistema digestivo. Hé aquí la causa y el efecto; la indigestión y la dipepsia, la causa; el reumatismo, el efecto.

El tratamiento que antes siguiera no tenía poder alguno sobre su reumatismo, porque carecía de toda acción sobre su digestión. El jarabe desterró el ácido úrico de su sangre (siendo el ácido producido por un estómago é hígado adormecidos) y el reumatismo desapareció en el orden de la naturaleza, junto con el veneno que lo produjera.

Dos palabras más como comentario y habremos concluído.

El reumatismo es universal, porque son también universales las malas costumbres observadas en las comidas. Donde se encuentra la indigestión y la constipación allí está el reumatismo con miles otras enfermedades, que no son más que sus síntomas y frutos. Tómese nota de esto y téngase presente.

Las hadas han desaparecido, como ya dijimos, pero para conseguirse el folleto que trata de remedio tal, y que encierra en sí mayor poder curativo que cualquiera hada pudiera conferir, dirigirse á los propietarios del Jarabe Curativo de la Madre Seigel.

Si el lector se dirige á los Sres. Wite, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales, frasquito, 8 reales.

Banco de España.

Desde el día 1.° de Julio próximo, de once de la mañana á tres de la tarde, se pagarán por este Banco los intereses correspondientes al segundo trimestre del corriente año, de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 y los de la Deuda perpetua al 4 por 100 interior, depositados en las cajas del mismo ó entregados en garantías de operaciones.

Los interesados pueden presentarse en la caja de este Banco á percibir el importe de los intereses, por el orden siguiente:

Deuda amortizable al 4 por 100.

Sábado 1.° Julio.—Garantías de operaciones, depósitos intrasmisibles, judiciales, necesarias fianzas y cuentas corrientes de efectos.

Martes 4 de ídem. Depósitos trasmisibles, resguardos números 170.223 á 263.000.

Jueves 6 ídem.—Idem íd. íd. íd. 263.00' á 292.000.

Sábado 8 ídem.—Idem íd. íd. íd. 292.001 á 305.000.

Martes 11 ídem.—Idem íd. íd. íd. 305.001 á 318.290.

Deuda perpetua al 4 ror 100.

Lunes 3 Julio.—Garantías de operaciones, depósitos intrasmisibles, judiciales, necesarios, fianzas y cuentas corrientes de efectos.

Miércoles 5 íd. Depósitos trasmisibles, resguardados números 181.580 á 237.000.

Viernes 7 ídem.—Idem íd. íd. íd. 237.001 á 263.000.

Lunes 10 ídem.—Idem íd. íd. íd. 263.001 á 280.000.

Miércoles 12 ídem.—Idem íd. íd. íd. 280.001 á 292.000.

Jueves 13 ídem.—Idem íd. íd. íd., 292.001 á 303.000.

Viernes 14 ídem.—Idem. íd. íd. íd., 303.001 á 311.000.

Sábado 15 ídem.—Idem íd. íd. íd., 311.001 á 317.561.

Los depósitos en deuda amortizable al 4 por 100, que por resultado del sorteo del 2 del actual contengan títulos amortizados, necesitan ser retirados por los depositantes, á fin de poder hacer efectivo el importe de aquéllos con el libramiento que se les entregará en equivalencia de los mismos.

Madrid 28 de Junio de 1893.—El secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

Banco de España.

Habiéndose recibo de la Dirección general de la Deuda pública los talones de los resguardos hasta el número 1.000, expedidos por aquel centro en representación de cupones de deuda perpetua al 4 por 100 interior, vencimiento de 1.° de Julio próximo, presentados en aquella Dirección, los portadores de los citados resguardos pueden presentarlos al cobro en las cajas de este Banco en la forma siguiente.

Día 1.° de Julio.—Resguardos números 1 á 400.

Día 3 ídem.—Idem íd., 401 á 800.

Día 4 ídem.—Idem íd., 801 á 1.000.

En los días sucesivos se pueden presentar al cobro en las mismas cajas, sin previo anuncio los resguardos cuya numeración exceda de la última señalada, que serán satisfechos en el acto siempre que el Banco haya recibido de la Dirección general de la Deuda los talones correspondientes.

Madrid 28 de Junio de 1893.—El secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

Banco de España.

El Consejo de gobierno, con presencia del balance de fin de Junio último, ha acordado repartir la cantidad de **cincuenta pesetas** por acción, deducida ya la contribución correspondiente, á cuenta de los beneficios del año actual.

En su consecuencia, desde el martes 4 del corriente, de once de la mañana á tres de la tarde, y por el orden que se expresa á continuación, pueden presentarse los señores accionistas en el Negociado de acciones de la secretaría, con los respectivos extractos de inscripción, á fin de percibir en el acto el expresado dividendo.

Martes 4 de Julio.—Letras del registro del extracto F, G, H, I, Y, J, S, T, U, V y Z.

Miércoles 5 ídem.—Idem íd. íd., A, L, Ll, M, N y las inalienables.

Jueves 6 ídem.—Idem íd. íd. B, C, D, E, O, P, K, Q y R.

Los señores accionistas que tienen solicitado el abono de los dividendos en cuenta corriente, podrán disponer del importe de los mismos desde el primer día de pago.

Se advierte:

1.° Que en cada día de los señalados no se pagarán más dividendos que los correspondientes á las acciones cuyas letras quedan indicadas; y

2.° Que desde el viernes 7 en adelante se harán los pagos sin distinción á todo el que se presente.

Madrid 1.° de Julio de 1893.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

Banco de España

Los interesados que tengan en depósito en este Banco los valores que se expresan á continuación pueden presentarse en la caja del mismo desde mañana 14, de once de la mañana á tres de la tarde, á percibir los intereses vencidos en 1.° del actual.

Obligaciones del ferrocarril de Madrid á Zaragoza y á Alicante.

Idem del ferrocarril del Norte de España (3.ª y 4.ª serie).

Idem del íd. de San Juan de las Abadesas.

Idem del íd. de Langreo.

Id. del íd. del Grao de Valencia á Almansa.

Id. del íd. de Tudela á Bilbao (3.ª serie).

Id. del íd. de Almansa, Valencia y Tarragona al 3 y al 5 por 100.

Id. del íd. de Sevilla, Jerez y Cádiz, primera emisión.

Id. de prioridad del ferrocarril de Zaragoza á Pamplona.

Id. del tranvía de Estaciones y Mercados al 5 y 6 por 100.

Id. de la Sociedad de Altos Hornos de hierro y acero de Bilbao.

Acciones del ferrocarril de Madrid á Zaragoza y á Alicante.

Id. de la Unión y El Fénix Español.

Madrid 13 de Julio de 1893.—El secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

AVISO

Se ruega á los señores suscriptores que no hayan abonado el año actual, lo verifiquen á la brevedad posible, para evitar los perjuicios que con su retraso causan á esta Administración.

En diferentes ocasiones se me ha pedido una buena pasta depilatoria, y siempre he vacilado al tener que dar á una la preferencia entre las muchas que se conocen. Mas hoy, que el calor provoca la salida del vello, se me apremia para que decida.

Indicaré por tanto, *la Pasta depilatoria Dusser*,—1, Rue Jean-Jacques Rousseau, París.—con privilegio desde 1836, y que porconsiguiente cuenta más de medio siglo de existencia. Dicha preparación no solo suprime el pelo ó vello que tanto afea el cutis, sino que por la acción destructora que ejerce sobre el pulbo ó tubérculo va progresivamente debilitándolo hasta producir su desaparición

El *pelivoro*, que aún ejerce una acción más enérgica, se emplea para los brazos y el resto del cuerpo.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FELIPE PINTO

Calle de la Flor Baja, núm. 11.

1893

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
DE
ZOZAYA, (Editor).
PROVEEDOR DE LA REAL CASA
Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españole y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G.° GIROD
Sucesor de Losada.

ASMA Y CATARRO.
Curados por los CIGARILLOS ó el POLVO ESPIC, 2 fr. la Cajita.
Opresiones, Tos, Constipados, Reumas, Neuralgias
Venta por Mayor : PARIS, J. ESPIC, rue Saint-Lazare, 20.
MEDALLA DE ORO — FUERA DE CONCURSO
Exigir esta firma sobre cada cigarrillo.
Depósito en todas las Droguerías y Farmacias de España

OBRA NUEVA

LA ELECTROLISIS
POR
D. JUAN DOMÍNGUEZ BERRUETA
Auxiliar supernumerario
de la Sección de Ciencias en el Instituto de Salamanca.

Hay ejemplares de este interesante folleto, que acaba de publicarse, en la Administración de esta Revista, San Onofre, 5, 3.° izquierda, y en la librería de Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2.
En Salamanca, librería de Fernández, Rua, 4.
PRECIO: UNA PESETA

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA
DE
VICENTE GARCIA MUSTIELES
(SUCESOR DE PÉREZ)
CALLE MAYOR, NÚM. 50
MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.
Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.
Se sirven los pedidos con toda prontitud.

DE LAS FORMAS DE GOBIERNO
ANTE LA
CIENCIA JURIDICA Y LOS HECHOS
POR
D. DAMIAN ISERN

ACABA DE PUBLICARSE EL SEGUNDO TOMO
Precio de los dos tomos: DIEZ PESETAS

De venta en la librería de Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, y en casa del autor, Malasaña, 10, entresuelo derecha, Madrid.

ELIXIR
DE
Protocloruro
DE HIERRO
CON HIPOFOSFITOS
DE VIVAS PEREZ

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.*

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.—MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA, Farmacia VIVAS PEREZ

MEDICACION TÓNICA
PILDORAS Y JARABE
DE
BLANCARD
Con ioduro de Hierro inalterable
ANEMIA COLORES PÁLIDOS RAQUITISMO ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS etc., etc.
Exíjase la firma y el sello de garantía.
PARIS
40, rue Bonaparte, 40

HISTORIA
DE LA
PASIÓN DE JESUCRISTO
escrita por
DON MIGUEL MIR
de la Real Academia Española.

UN TOMO EN PASTA, PRECIO, 6 PESETAS

De venta en la Administración de *El Movimiento Católico,* calle de la Bola, núm. 8.

LOS QUE TENGAN TOS
ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea.
Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca tambien la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

AZUCENA ENTRE ESPINAS
POEMA
por una Religiosa de la Orden del Sancti Spiritus
del convento de Sevilla.
CON UN EPÍLOGO
del Excmo. Sr. D. José M. Asensio.

UN TOMO EN 8.°, 1,25 PESETAS

Se halla de venta en la portería del convento del Espíritu Santo y librerías de Sevilla, y en la Administración de esta Revista, calle de San Onofre, núm. 5, 3.° izquierda, Madrid, y en la librería de D. Antonio de San Martín, Puerta del Sol, 6.

MURILLO CERVANTES BALMES CISNEROS

LA ILUSTRACION CATOLICA

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

VISTAS DE HILMAN EN GEORGIA (ESTADOS UNIDOS)

SUMARIO

TEXTO

Congreso Eucarístico de Valencia.—La libertad, por Valentín Gómez.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—El músico mayor, por Alfonso Pérez Nieva.—Nuestro arte religioso, por José Ferrándiz.—A fuerza de trabajo, por Manuel Polo y Peyrolón.—Las Conferencias de San Vicente de Paúl, por Bachiller Alonso.—Joyas literarias: Mundo, demonio y carne, por José Seigas.—Conferencia del Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon.—Reclamos y anuncios.

GRABADOS

Vistas de Hilman en Georgia (Estados Unidos).—Santander. Plaza de la Libertad.—Modelo del magnífico edificio.—Sepulcro del Apóstol.—Inscripción musical.—Vista de un brazo del Apóstol.—Huir á tiempo.—La siesta en Cuba.

Congreso Eucarístico de Valencia.

Con mucho gusto publicamos los siguientes documentos que hemos recibido:

Circular de la Comisión de propaganda y programa.

Muy señor nuestro:

El primer Congreso Eucarístico de España ha de celebrarse en el próximo mes de Octubre en la ciudad de Valencia, una de las de nuestra nación en que más desarrollo han tomado las obras Eucarísticas, según puede verse en la docta Carta Pastoral que acerca de este Congreso ha publicado el celoso y dignísimo Arzobispo de dicha Diócesis. Acordada la celebración de este Congreso por el tercero de los católicos nacionales que tuvo lugar en Sevilla en Octubre de 1892, S. S. León XIII, en un Breve dado el día 21 de Marzo de 1893, ha aprobado el proyecto de llevarlo á cabo, ha concedido indulgencia á los que asistan á la función de iglesia que se celebre durante el Congreso, y ha manifestado el deseo de que sean muchos los que en él tomen parte.

Por eso nos dirigimos á Vd., cuya piedad es tan notoria, no sólo para que se inscriba como socio del referido Congreso, sino también para que asista á él si le es posible, y para que entre sus parientes, amigos y conocidos se dedique á la propaganda de tan santa obra, obteniendo el mayor número de adhesiones al mismo en concepto de socios titulares ú honorarios.

La tibieza general en la piedad cristiana, las necesidades de la Iglesia y del Estado, los graves pecados públicos y privados que á diario se cometen, los nefastos errores en el orden religioso y moral, que dan la muerte á tantas almas, y los innumerables sacrilegios con que se está ofendiendo todos los días á nuestro adorable Redentor en el Sacramento de su Amor, exigen imperiosamente que todo aquel que se precie de católico y sienta algún celo por la gloria de Dios, coadyuve poderosamente á la obra del Congreso Eucarístico. Los frutos de éste serán indudablemente espirituales y temporales, públicos y privados, y las bendiciones del Dios de las Misericordias bajarán sobre el pueblo español, que tan grandioso homenaje y tan solemne desagravio ofrece á Jesús Sacramentado.

Por eso esta Comisión confía en la cooperación de Vd. no sólo en el sentido arriba indicado, sino también en el de que procurá enviar una Memoria al Congreso sobre alguno de los puntos indicados en el programa.

Pidiendo al Señor que recompense abundantemente los trabajos que lleve Vd. á cabo en favor del Congreso, nos ofrecemos como sus más atentos SS. SS. en Cristo Señor Nuestro.—Valencia 30 Junio de 1893.—*La Comisión.*

ADVERTENCIAS

Las inscripciones como socios podrán verificarse dirigiéndose á las respectivas Juntas del Congreso, que existirán en todas las Diócesis, ó á la Secretaría general del mismo, establecida en el Palacio del Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Valencia.

La cuota de socio será la de 10 pesetas, cuya cantidad puede entregarse en dichos centros ó remitirse á los mismos, en libranzas del Giro mutuo.

HORARIO

DEL CONGRESO EUCARÍSTICO QUE HA DE CELEBRARSE EN VALENCIA DESDE EL DÍA 17 HASTA EL 23 DE OCTUBRE DE 1893.

Martes 17 de Octubre.

A las tres de la tarde, en la Basílica Metropolitana, exposición de S. D. M., canto del *Veni Creator*, sermón por uno de los Reverendos Prelados que asistan al Congreso, bendición con el Santísimo Sacramento y solemne Reserva.

Acto seguido tendrá lugar en la Iglesia del Temple la sesión constitutiva del Congreso, en la que se leerán todas las comunicaciones relativas al mismo.

A las diez de la noche vigilias de adoración nocturna en las Capillas del Milagro y de la Virgen de los Desamparados.

Miércoles 18 de Octubre.

A las siete y media de la mañana misa de Comunión general, celebrada por un Reverendo Prelado, en la Capilla de Nuestra Señora de los Desamparados.

A las nueve y media reunión de las secciones en sus locales respectivos.

A las once inauguración de la Exposición de objetos eucarísticos.

A las tres y media de la tarde solemne función religiosa en la Basílica Metropolitana, con sermón y Reserva.

A las diez de la noche vigilias de adoración nocturna en la Capilla del Milagro y en la Parroquial Iglesia del Salvador.

Jueves 19 de Octubre.

A las siete y media misa de Comunión general, por un Revendo Prelado, en la Iglesia del antiguo convento de Santo Domingo.

La reunión de las secciones, la solemne función en la Basílica y las vigilias de adoración, tendrán lugar á la misma hora y en la misma forma que en los días anteriores. Las vigilias de adoración se celebrarán en la Capilla del Milagro y en la Parroquial Iglesia de San Bartolomé.

Viernes 20 de Octubre.

En este día se verificarán los mismos actos y á las mismas horas que en el día anterior. La misa de Comunión general se celebrará en la Parroquial Iglesia de San Esteban. Las vigilias de adoración nocturna tendrán lugar en la Iglesia del Milagro y en la Parroquial de los Santos Juanes.

Sábado 21 de Octubre.

A las siete y media misa de Comunión general, que celebrará un Reverendo Prelado, en la Iglesia Parroquial del Salvador.

A las diez de la mañana sesión general en la Iglesia del Temple.

A las tres y media de la tarde función religiosa en la Basílica como en los días anteriores.

A las ocho y media de la noche Certámen eucarístico en la Iglesia del Temple.

A las diez de la noche solemne vigilia de adoración nocturna en la Iglesia Parroquial de San Andrés.

Domingo 22 de Octubre.

A las siete y media de la mañana misa de Comunión general, celebrada por un Reverendo Prelado, en la Basílica Metropolitana.

A las nueve misa Pontifical, con sermón que predicará un Reverendo Prelado y *Te Deum* en la Basílica Metropolitana.

A las dos y media de la tarde, procesión con el Santísimo Sacramento. En uno de los sitios más espaciosos de la carrera que recorra esta procesión, se verificará el solemne acto de adoración y consagración á Jesús Sacramentado y la bendición á todo el pueblo con el Santísimo Sacramento.

Lunes 23 de Octubre.

Peregrinación á Gandía y Alcoy.

***

Durante los días 18, 19, 20 y 21 de Octubre estará expuesto el Santísimo Sacramento en la Basílica Metropolitana, desde la hora en que comiencen las funciones de la mañana hasta la reserva solemne de la tarde.

Por separado se publicará el horario de la peregrinación á Gandía y Alcoy.

Durante la celebración del Congreso, los señores socios podrán dirigirse á la Secretaría del Congreso, situada en el Palacio Arzobispal, para la resolución de las dudas que les ocurriesen ó para las reclamaciones que hubieren de hacer.

Las tarjetas de admisión á las vigilias de adoración nocturna, podrán recogerse también en la misma Secretaría de Palacio.

El Movimiento Católico, de Madrid, publica diariamente las listas de los señores socios del Congreso.

CERTAMEN EUCARÍSTICO

que se ha de celebrar en la ciudad de Valencia

EL DIA 21 DE OCTUBRE DE 1893

La Sección de Certamen del primer Congreso Eucarístico nacional, invita á los inspirados poetas, escritores y músicos españoles que sientan latir su corazón al impulso del amor hacia *El que es el amor mismo*, nuestro Divino Jesús Sacramentado, para que, elevando su mente al cielo, se saturen de inspiración en ese raudal inagotable de *Luz* y de *Verdad*, y concurran á este valentino palenque, tejiendo con los primores de su ingenio afiligranada y artística guirnalda que sirva de marco al Augusto Sacramento, con arreglo al siguiente

PROGRAMA

—

Primera parte.—Poesía.

1.° Se adjudicará un *primer premio* y *dos accésits* á la mejor Oda al SANTÍSIMO SACRAMENTO.

2.° Se adjudicará un *primer premio* y *dos accesits* al Romance castellano que mejor cante las excelencias de la SAGRADA EUCARISTÍA.

3.° Se adjudicará un *primer premio* y *dos accesits* al mejor soneto á la HOSTIA CONSAGRADA.

Segunda parte.—Literatura.

2.° Se adjudicará un *primer premio* y *dos accesits* á la mejor narración en forma de novela, cuyo argumento esté basado en algún hecho eucarístico.

2.° Se adjudicará un *primer premio* y *dos accesits* al mejor trabajo en prosa, sobre el siguiente tema: *La Eucaristía es el hermoso y brillante compendio de todas las grandezas del Catolicismo.*

3.° Se adjudicará un *primer premio* y *dos accesits* al mejor trabajo en prosa, que cante las excelencias é innumerables bellezas del culto nocturno de Adoración á Jesús Sacramentado, estimulando á la par el amor á la Obra de la Adoración Nocturna.

Tercera parte.—Música.

1.° Se adjudicará un *primer premio* y *dos accesits* á la *Marcha* en honor de la Eucaristía, que reuna más condiciones para poderse aceptar como marcha nacional. No deberá contener más de dos partes ó frases: será instrumentada para banda y reducción hecha á órgano y piano. Se considerará como mérito la mayor

clàridad tonal, la mayor sobriedad en la armonización, el menor uso en la melodía de notas extrañas al acorde que rija y el mayor empleo del género diatónico.

2.° Se adjudicará un *primer premio* y *dos accesits* á la mejor *Misa festiva* para tiples, tenores y bajos, con acompañamiento de órgano y orquesta, formada solamente por instrumentos de arco. Deberá estar basada la composición en los cantos de los himnos á la Eucaristía; abundará del género coral, y sus dimensiones deberán limitarse á una prudente duración.

3.° Se adjudicará un *primer premio* y *dos accesits* al mejor *Gradual* para dos coros, órgano é instrumentos de arco. Podrá ser á tres ó á cuatro, según lo exija el desarrollo de las ideas.

4.° Se adjudicará un *primer premio* y *dos accesits* á la mejor colección de Trisagios, que no contenga menos de tres, y cada uno de ellos tres *Sanctus* y dos *Gloria* para alternar entre sí.

El plazo para admitir composiciones terminará el 20 de Septiembre por todo el día.

Los trabajos deberán remitirse al Secretario de la Sección, D. Ricardo de Brugada y Ros, calle de Caballeros, núm. 9, Valencia, con sobre cerrado; y dentro de él una plica que contenga en el sobre un lema igual al de la composición, incluyendo el nombre y dos apellidos del autor y punto de su residencia.

Una vez los premios adjudicados se quemarán las plicas que contengan los nombres de los autores no premiados, advirtiendo que no se devolverá ninguno de los trabajos que en este caso se encuentren.—El Presidente, *José Cirujeda y Rós* (Deán.) El Secretario, *R. de Brugada*.

NOTA. Los objetos que constituyan los premios se dirá cuáles y cuántos son, con un mes de antelación á la celebración del Certamen.

Se concederán algunos premios extraordinarios si, á juicio de los jurados, hay composiciones que los merezcan.

LA LIBERTAD

I

GRANDE debe ser la fuerza de esa palabra—¡libertad!—cuando ha tenido el privilegio de conmover el mundo.

En nombre de la libertad sacudían los griegos el yugo de antiguos Monarcas, y fundaban nuevas instituciones que, si no los ponían á cubierto del despotismo, servían á lo menos para engrandecer á un corto número de ciudadanos, mientras innumerables manadas de esclavos cultivaban la tierra ó se dedicaban á la industria, sujetos siempre al capricho del señor que ejercía sobre ellos el derecho de vida y muerte.

En nombre de la libertad cayeron los Tarquinos y fundó Roma su famosa República, que llevó sus armas triunfantes hasta los últimos límites del mundo conocido, aunque no ciertamente para romper las cadenas de los pueblos, sino para apretarlas.

¡Libertad! gritaban los esclavos—y con harta más razón,—arremetiendo vigorosamente á las huestes de la ciudad de Rómulo, y con aquel nombre en la boca moría Espartaco bajo la espada vencedora de Craso.

¡Libertad! exclamó Bruto al hundir su puñal en el pecho de César, y ¡libertad! habían dicho los españoles, al ponerse, ya bajo las órdenes de Viriato, ya bajo el hábil mando de Sertorio.

Los siglos han visto pasar muchas generaciones desde entonces, y la palabra ¡libertad! ha flotado no pocas veces en los aires.

Al resonar de esa palabra se abrió con estrépito la era moderna, y, bañada en sangre, apareció ésta á los ojos del mundo con el cetro del despotismo en la mano. El apóstata de Sajonia pretendía emancipar las conciencias, y conciencias y dignidad, y honor y bienes, cayeron á los piés de soberanos ambiciosos y lascivos, á quienes cupo la gloria de fundar el absolutismo monárquico en Europa.

¡Libertad! bramaba un pueblo fanatizado por la ruda palabra de Cronwell, y degollaba á su Rey, y veía con gusto disolver á latigazos un Parlamento y alquilarlo como casa de vecindad, y elevaba al afortunado cervecero á la categoría de protector de Inglaterra.

¡Libertad! rugió Francia en los últimos años de la pasada centuria, y como si esa palabra hubiera sido una evocación al infierno, salieron de la tierra mónstruos á porfía, que murieron ahogados en la sangre que derramaban.

Bandera de libertad enarbolaba Bonaparte, al pasear sus armas por el mundo y sembrar de parientes y allegados los tronos de Europa.

Y al nombre siempre mágico de libertad, se han extremecido en nuestro tiempo las sociedades del antiguo como del Nuevo Mundo, y se han degollado los hombres á millares, y se han formado, por fin, esas terribles asociaciones que, en Rusia como en Alemania, en Francia como en Inglaterra, en Italia como en España, han declarado guerra sin cuartel á Dios, á los reyes, á la propiedad y á la familia.

¡Libertad: eres un nombre vano!—exclamaba Bruto después de su derrota, y á punto ya de morir (1).

¡Libertad! ¡Libertad! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!—dijo una mujer célebre de la Revolución francesa, al entregar su cabeza á la guillotina.

¿Y es posible que la libertad sea eso que en Grecia consentía á los jóvenes ciudadanos ensayarse con los pobres ilotas en el ejercicio de la caza; que en Roma vertía á torrentes la sangre de los hijos del Lacio, ó ponía en manos de Sila un poder dictatorial que condenaba á muerte con una sola palabra escrita en las tablas de proscripción; que en Alemania encendía una guerra de treinta años y entronizaba el despotismo de la autoridad civil; que en Inglaterra hollaba las antiguas instituciones parlamentarias; en Francia bebía sangre con Marat y Robespierre, y ahora pide la nivelación social, la abolición de Dios, de la patria y de la familia.

¿Es esa libertad idéntica á la que los españoles proclamaban combatiendo bajo Viriato y Sertorio, á la que siglos después les hacía combatir contra la poderosa morisma, y luego en favor de sus Municipios y franquicias contra los reyes, y últimamente contra el altivo vencedor de Jena y vencido de Waterlóo?

¿Tenían razón Bruto y Madame Rolland al maldecir de una libertad que los conducía á la muerte, ó la tienen los pueblos de la época moderna que consideran la libertad como el pan de su vida política, como la sangre de su organismo moral?

Palabra terrible y maravillosa, que ha producido tantas catástrofes y tantas grandezas, ¿quién será capaz de descifrar el hondo enigma que en tí se encierra?...

Puede el hombre ser esclavo; pero no ha nacido seguramente para la esclavitud. No es el hombre la piedra que cae por la fuerza de la gravedad, ni el agua que corre por la pendiente, ni la planta que brota de la tierra y se desarrolla y muere donde nace si mano extraña no la utiliza; ni animal que vive y se mueve obedeciendo siempre á los mismos instintos, sin adelantar jamás un paso en la aplicación de sus facultades inconscientes; el hombre, compuesto admirable de la piedra y del agua, de la planta y del animal, sujeto como ellos á las mismas leyes físicas, tiene además algo dentro de sí que le grita: «Yo sé que vivo; yo sé que pienso,» y esto que piensa y vive, y compara y examina, y elige y perfecciona y corrompe, y unas veces se eleva á las alturas de lo infinito y otras se desploma en lo profundo de la ignominia, no puede morir; y lo que no puede morir, no puede tampoco ser esclavo de nadie.

Alma inmortal, soplo misterioso, pero vivo y latente del Ser eterno, tú eres el seguro asilo de mi libertad; tú eres este yo conocedor de sí mismo que cantará alabanzas á Dios en el fondo de las mazmorras y sonreirá entre las manos del verdugo, y emplazará á los tiranos ante la presencia del Juez universal en la hora de la suprema justicia.

Aherrojará el déspota al indefenso vasallo; azotará su cuerpo, destrozará sus miembros; pero la libertad ingénita del ser humano flotará por encima de los hierros y de los tormentos, y subirá mil veces más alta que las llamas de la hoguera, porque no hay hierros ni hogueras que lleguen á donde se cobija *eso* que piensa y ama, y que en el último instante de la vida, en la exhalación del último suspiro, se encuentra de improviso en las manos de Dios con la investidura de la inmortalidad y alejado para siempre de los límites del espacio y del tiempo.

Eso, que es el alma, libre es, y siendo el alma *forma* del hombre, sustancia primordial de su sér, libre es el hombre, y para la libertad seguramente ha nacido.

Esto lo había olvidado el mundo antiguo, y por eso era esclavo en todas partes: en Asia como en Africa, en Grecia como en Roma, en las orillas del Ganges como en las del río Azul. Pero llegó un día en que un humilde hijo del pueblo, artesano de oficio, hermoso de figura, apacible de condición, grave en sus maneras y modelo acabadísimo de todas las virtudes, apareció en medio de unas gentes que habían conservado las ideas verdaderas de Dios, del alma, de la vida eterna, de la dignidad y destino del hombre, así como de los orígenes del mundo.

Aquel hijo del pueblo levantó su voz desde la pequeña comarca de Palestina, y, dirigiéndose á todos los nacidos y á los por nacer, díjoles: «Yo vengo á daros la libertad; yo romperé las cadenas de toda esclavitud; yo soy vuestro Redentor; Redentor de los vivos y de los muertos; de las generaciones pasadas y de las venideras; y ante mí, como ante mi Padre, todos los hombres son iguales, porque á todos alcanzará el beneficio de mi sangre derramada, y todos llamarán por igual *Padre nuestro* al Señor de todo lo criado. Hijos de Sara, la mujer libre; hijos de Agar, la esclava; todo sois ya hijos del mismo Abraham; todos igualmente libres é igualmente herederos de mi invisible reino.»

Ni antes ni después del momento en que Jesucristo; nuestro Dios dió y enseñó la libertad al mundo, se ha concebido esa idea de una manera tan perfecta y tan universal.

¡Como que la libertad era Él mismo! Él, Señor de todas las cosas é hijo del pueblo; descendiente de Reyes por la carne y artesano de profesión; misteriosa y sublime hipótesis en que se unen lo divino y lo humano, lo eterno y lo temporal, lo más esplendoroso y lo más humilde, lo más grande y lo más pequeño, nos hace libres en Él, declarándonos á todos ciudadanos de la República cristiana, iguales ante su santa ley, y nobles con la nobleza incomparable del bautismo.

Vino con Él la libertad al mundo. ¿Por qué los hombres la han desconocido, y andan todavía afanosos tras ella, como si no la tuvieran al alcance de su mano?

II

Los más grandes enemigos del Cristianismo han calumniado á la Iglesia, suponiéndola favorecedora de la tiranía y partidaria entusias-

(1) No dijo *¡libertad! dijo ¡virtud!* Pero esta palabra en sus labios no se refería á otra cosa que al amor á la libertad.

ia de la Monarquía absoluta; pero ninguno se ha atrevido á negar que Jesucristo trajera la libertad al mundo.

Y es que si para lo primero podía tener la mala fe algún fútil pretexto en la natural benevolencia de la Iglesia, que ha procurado siempre vivir en cabal harmonía con los Poderes públicos, aun cediendo no pocas veces de su derecho, y estos Poderes han revestido durante las últimas centurias la forma de la Monarquía absoluta, para lo segundo sería menester que la mala fe y la más refinada perfidia lograran desnaturalizar la verdad de los hechos que con magníficos resplandores iluminan las páginas más hermosas de la historia humana

Antes de Jesucristo, la libertad era patrimonio de unos pocos. Estos pocos, que recibían el nombre de ciudadanos, juzgábanse hasta de distinta raza que los demás hombres, ó sea de la mayor parte de la humanidad, sumergida en la servidumbre. Bien considerada, aquella libertad era también género de tiranía, principalmente en las Repúblicas griegas, y más que en otra alguna en la de Esparta, donde la organización política era de tal especie, que el Estado se apoderaba del individuo desde el punto mismo de su nacimiento, y si no era condenado—¡barbarie sin igual!—á la exposición ó á la muerte por sus defectos físicos, se le sujetaba á una reglamentación tan abrumadora, que ni aun de los castos goces del matrimonio podía disfrutar á sus anchas.

Esta llamada libertad, que en nuestro tiempo sería insoportable para los mismos soldados, á pesar de su costumbre disciplinaria y ordenancista, era, como digo, patrimonio de pocos; pero estos pocos, por añadidura, tenían que ser varones, porque la mujer no pasaba nunca de la condición de *cosa*.

Fuera de los *países clásicos de la libertad*, los hombres se dividían en castas, siendo la sacerdotal y la guerrera ó noble las que gozaban de algunos privilegios, á veces mermados y desconocidos por la voluntad indiscutible del Monarca, en quien se veía, no al representante de la Divinidad, sino á la Divinidad misma, perfectamente autorizada para entregarse á todo género de excesos y abominaciones.

Esta era la libertad que se conocía en el mundo cuando Jesucristo, bajo la humana figura de humilde artesano, comenzó á predicar su doctrina en la Judea. ¿Y qué enseñó Jesucristo? Que los hombres eran todos iguales ante Dios, porque todos habían salido de sus manos, y todos tenían derecho al reino de los cielos. Que la mujer era compañera y no esclava del hombre, carne de su carne y hueso de sus huesos, y que el niño era cosa tan excelente y respetable, que los hombres, para merecer la eterna gloria, debían hacerse como niños, recobrando su sencillez y su inocencia.

¡Qué extrañas debían parecer estas ideas de libertad, de igualdad y de amor, á aquellos ciudadanos corrompidos por los errores de tantos siglos de paganismo y de tiranía! ¿Qué maestro, qué filósofo era aquel que al siervo le decía: «Levanta tu cabeza, noble hechura de Dios; mira ese cielo criado para tu alma inmortal y para tu propio cuerpo que resucitará del polvo; no hay patricio ni Rey que tenga más alto destino que tú, y aun á ellos ha de costarle más trabajo que á ti conquistar la bienaventuranza;» y á la mujer y á los niños, encerrados en el *gineceo* ó en el *harém*: «Salid de esas prisiones en que os ha sepultado la grosería de los hombres, y regocijad al mundo con vuestras tiernas virtudes, siendo imitadoras de esta Inmaculada mujer que yo elegí por Madre, y que de hoy más será la vuestra hasta la consumación de los siglos?»

¿De dónde venía aquel hermoso joven que sin haber pisado jamás los jardines de la Academia ni los pórticos del Foro, enseñaba una filosofía tan contraria á todo cuanto hasta entonces habían enseñado los sabios de Grecia y Roma, y al mismo tiempo tan sencilla y tan popular, que se llevaba tras de sí á la multitud ignorante, sin arrojarla nunca á tumultos ni excesos de que gusta por lo general el populacho?

Que venía del cielo, decía Él, y lo creían los que al oír su voz le seguían con mansa docilidad. Pero á aquellos mancebos corrompidos y excépticos que en las grandes ciudades del Imperio romano miraban con desdén todo lo que se refería al orden sobrenatural ó al mundo invisible, no podía menos de parecerles grandísima locura la doctrina del artesano de Nazareth, que, al romper las cadenas de toda servidumbre, había restablecido la igualdad natural de los séres humanos, sin distinción de sexos ni edades, mostrando siempre particular deferencia por los más débiles y los más modestos.

Y había de subir de punto el asombro de las gentes mundanas de aquella época al saber, por ejemplo, que Jesús, nacido en un pesebre, había tenido por primeros adoradores á tres Reyes de Oriente, y por primeros y principales Ministros de su poder á doce hombres recogidos de las clases más bajas de la sociedad.

¿Cómo es eso? dirían. ¿Ese *filósofo* de Judea, á quien no se le ha visto jamás en nuestras escuelas, fué adorado al nacer por Reyes, y hoy pretende conquistar el mundo con unos cuantos pescadores? Cierto que si los padres de la filosofía y de la poesía levantaran la cabeza, habían de reírse grandemente de ese extraño innovador. Quiere sin duda trastornar el orden establecido, y hacer grandes á los pequeños y pequeños á los grandes, y pobres á los ricos y ricos á los pobres, y glorificar lo despreciable y despreciar lo que glorificamos todos... ¡Locura insigne! No es ese el que ha de sacarnos á nosotros de estas dudas que entenebrecen nuestra inteligencia y nos hacen mirar la vida con hastío.

Y encogiéndose de hombros, no volverían á hablar más del *loco* de Judea, hasta que la noticia de su muerte les arrancara esta exclamación, siempre natural en hombres de mundo que presumen de previsores:

«¡Ha muerto en un patíbulo! No podía ser otra cosa. Lo habíamos adivinado desde el primer momento.»

¡La gran locura de la Cruz tenía que ser por fuerza objeto de escarnio en una sociedad poseída de la locura de la materia. Lo es hoy mismo cuando el mundo ha visto pasar veinte centurias adorando al artesano de Nazareth, muerto como un criminal en un patíbulo, y predicado y anunciado por unos pobres pescadores!

Pues bien: de esa locura de la Cruz, que no tendría explicación si Jesucristo no fuera Dios, brotó á torrentes la libertad, como de la roca del desierto brotó el agua al contacto de la vara de Moisés.

¡Pero qué libertad tan noble, tan pura, tan pacífica! El Maestro que nos la enseña, muere por dárnosla, encadenando al Angel del mal, que como señor había reinado entre los hombres.

Los Apóstoles se esparcen por toda la redondez de la tierra y predican la buena nueva, sin que sus palabras enardezcan los ánimos con el fuego de la rebelión contra los poderosos; porque junto con la enseñanza de la dignidad del hombre y del origen de las potestades del mundo, predican también la obediencia, la humildad, el amor, el desprendimiento de las cosas temporales y la adhesión á las cosas eternas.

Así que los discípulos del Divino Maestro, los que se honran con el glorioso nombre de cristianos, no quebrantan el cetro del despotismo sino sacrificando su vida en aras de su fe, dándose el caso de que toda una legión armada se deje degollar antes que hacer traición á su Dios ó rebelarse contra su soberano

En nada se asemeja esta libertad á la de los ciudadanos de Grecia y Roma. La libertad de Cristo no es privilegio de pocos; es ley universal; es sol de justicia que derrama sus rayos bienhechores sobre todo el mundo y que se fija principalmente en enaltecer á aquellos que habían sido hasta entonces y que habían de ser en adelante para los corazones groseros y endurecidos, blanco del público menosprecio.

Lo indicado en las líneas precedentes acerca del hecho de que fueran pastores y Reyes los primeros que adorasen al Niño Jesús, nacido en un pesebre, y pescadores ignorantes los encargados de predicar el Evangelio, de fundar la Iglesia católica y de juzgar, según la palabra de Cristo, sentados en doce tronos á las doce tribus de Israel en el día de la universal justicia, es cosa en que no se piensa con el detenimiento debido, á pesar de su profunda significación en orden á lo que pudiéramos llamar la democracia cristiana.

Mucho era ya haber ennoblecido un oficio mecánico, eligiendo por padre putativo á un carpintero, en cuya compañía había de pasar los treinta años de su vida doméstica y oscura. Pero es más aún determinar que vengan Reyes á la bajeza de un establo, confundidos con pastores, á rendir homenaje de adoración al Hijo de la humilde esposa de José, mientras, por otra parte, determinaba que fuesen pescadores los primeros grandes magnates del nuevo reino que iba á establecer en medio de los hombres. Cierto que siendo su doctrina doctrina de humanidad, había de empezar por decir á los soberanos de la tierra que doblasen la rodilla ante un niño desnudo, sin más cuna que un pesebre, ya que Él, criador de todas las cosas, se humillaba también hasta aquel punto. Pero ¡cómo elevaba al mismo tiempo á los humildes! ¿No merece notarse que fuese Pedro el elegido para gobernar á la Iglesia? Pedro era el hombre en cierto modo primitivo, con todas las cualidades y los defectos del *hombre*. Rudo, franco, apasionado, creyente, cobarde en ocasiones, temerario y violento en otras, parece la viva representación de la humanidad caída por el pecado, pero no degradada por las afeminaciones de la cultura.

A ese, pues, hombre del pueblo, no sólo posu origen, sino por su carácter y sus condiciones personales, confiere Jesús el más alto cargo de su Iglesia; á él le llama piedra angular de la nueva Jerusalém, y en su mano deposita las llaves de la eternidad... ¿Por qué no á un sabio, ni á un rico, ni á un noble, ni siquiera á su discípulo amado, el que mereció recostar la cabeza sobre el Divino Corazón del Maestro?

Porque Pedro es el pueblo, este pueblo cristiano á quien viene á hacer libre el Hijo de Dios, nacido en el pueblo y criado como hijo del pueblo; y al desaparecer las castas y hundirse el patriciado y la nobleza del antiguo mundo, y hacerse pedazos el colosal Imperio de Roma, se formarán nuevas naciones, en las cuales, á través de mil vicisitudes y contratiempos, flotará sobre las tropelías y concupiscencias de los ambiciosos el gran principio cristiano de que los reyes son para los pueblos y no los pueblos para los reyes, pues aun el mismo Pontífice Vicario de Jesucristo, con ser Rey de los Reyes en la alta esfera del espíritu, lleva el humildísimo nombre de *siervo de los siervos de Dios*.

¿Han visto jamás ojos humanos horizonte de libertad más puro y más brillante que el que ofreció á la consideración del mundo el Divino Fundador de la Iglesia católica?

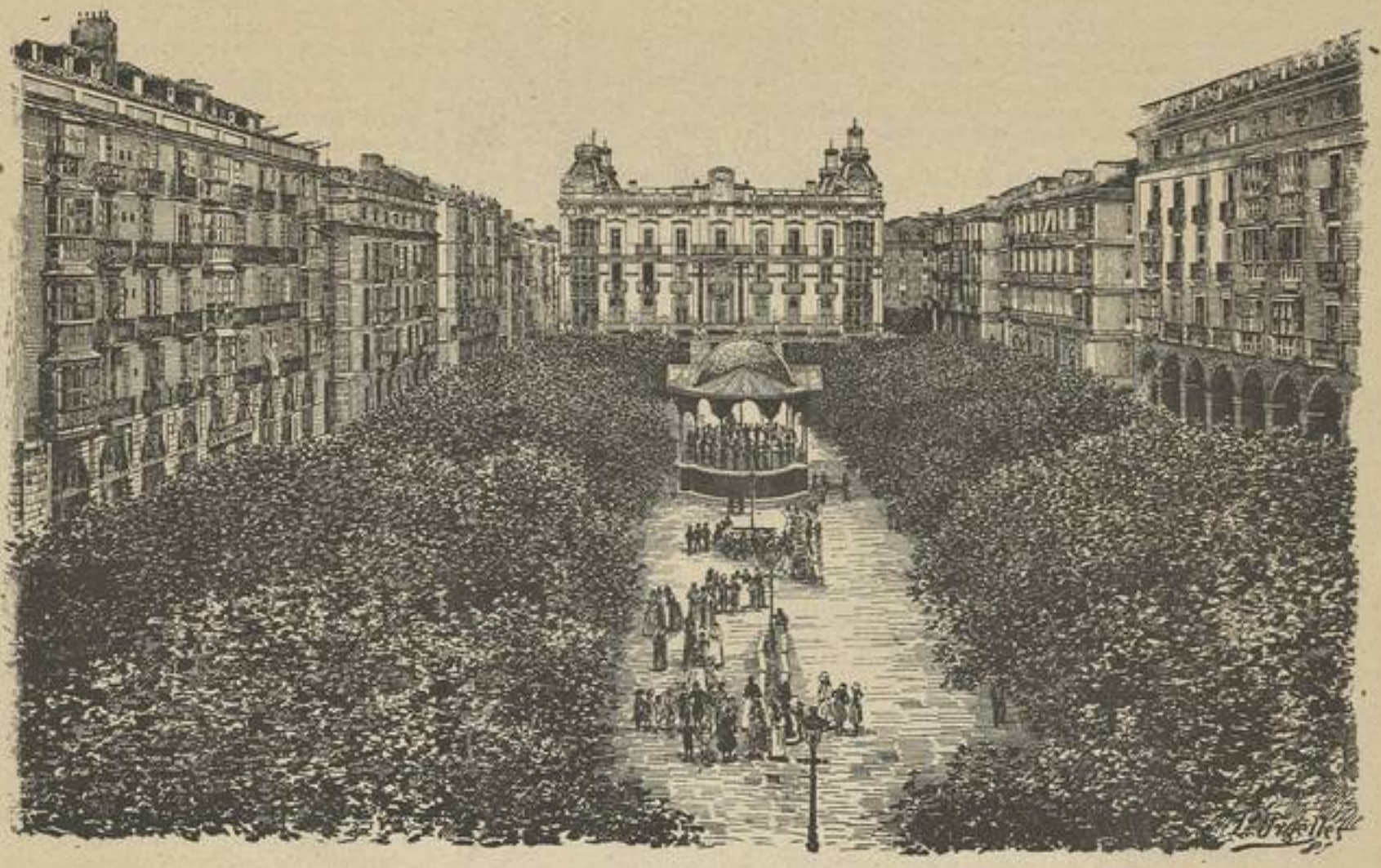
VALENTÍN GÓMEZ.

GRABADOS

Vistas de Hilman en Georgia (Estados Unidos).—Pág. 209.

Los países americanos poseen una vegetación tan frondosa, que en todas partes pueden contemplarse panoramas hermosísimos.

La Georgia, uno de los Estados más importantes de la confederación norte-americana,



SANTANDER.—PLAZA DE LA LIBERTAD

presenta variedad de vistas que llaman la atención por su belleza y grandiosidad, como puede observarse por la que damos en este número.

El suelo en Georgia presenta mucha variedad; la mayor parte de los arrozales se encuentran en las inmediaciones de los ríos ó del mar. El trigo y el añil crecen en las alturas, y el algodón es uno de sus más importantes productos. La riqueza de los modernos Cresos de los Estados Unidos, han convertido los más pintorescos parajes de aquella hermosa región en residencias, ya de verano, ya de invierno, que nada tienen que envidiar á las más famosas de Europa; antes por el contrario, suelen excederlas en lujo y comodidades. Hilman es una de ellas, y de las más concurridas, contando con hoteles que son verdaderos palacios, instalados perfectamente, con todos los refinamientos del arte y confort modernos. Ahora pocos de los visitantes á Chicago dejarán de pasar por Hilman, especie de Niza de los Estados Unidos.

Santander.—Plaza de la Libertad.—(Pág. 213.)

Santander se divide en ciudad antigua y ciudad moderna, ocupando ésta la parte baja, y la alta aquélla. La ciudad antigua encierra el castillo de San Felipe y la Catedral, secular monumento de estilo gótico.

Además de un buen teatro, tiene Santander hermosísimos paseos, entre ellos la *Plaza de la Libertad*, de que damos copia; la *Alameda primera*, la *Alameda segunda* y el *Paseo del Alta*, que rodea la parte superior de la ciudad, y desde el que se descubre esta última, la bahía, las montañas y el Océano. Un tranvía conduce á la famosa playa del *Sardinero*, donde se encuentran los establecimientos de baños tan frecuentados en verano. Su crédito se debe á su magnífica situación y á estar muy abrigada. Cerca de ella, y en una pequeña altura, se levantan hermosas habitaciones rodeadas de huertos y jardines, donde están las fondas y casas de huéspedes, que pueden dar albergue á cuatro ó cinco mil bañistas. Después de San Sebastián es Santander la estación de baños de mar más frecuentada en estos meses de estío. Por eso la animación es allí ahora extraordinaria, y por las noches hay animado paseo y conciertos al aire libre en la Plaza de la Libertad, tal y como representa nuestro grabado, constituyendo pintorescas y muy animadas veladas. Hablando de Santander, no podemos omitir que de allí son, y allí residen actualmente, Pereda y Menéndez Pelayo, dos de los hombres que más honra y gloria dan á nuestra patria y más regocijo á las letras.

Apuntes de Santiago.

El 25 del corriente mes celebra la Iglesia la fiesta del glorioso Apóstol Santiago, evangelizador de España. En la pág. 216 publicamos los siguientes apuntes de la catedral de Santiago: un mosáico del magnífico edificio, el sepulcro, inscripción musical y la vista de un brazo del Apóstol. Santiago es para España como el padre espiritual, y con razón se ha dicho que con su venida á España se inauguró verdaderamente la gloriosa historia de nuestra patria. Sus apariciones en las batallas de la Reconquista podrán ser negadas por la crítica helada y superficial; pero en esas apariciones está el espíritu de aquella guerra heróica que nos salvó de la servidumbre y barbarie mahometanas.

La Catedral de Santiago, construída sobre el sepulcro del Zebedeo, en la cumbre de una colina. Sobre la antigua Catedral subterránea, álzase llena de majestad la fachada del *Obradoiro*, valiente y admirable obra debida al arquitecto D. Fernando de Casas y Nabón, cuyos cuatro cuerpos, con sus adornos, estátuas y molduras forman con las dos torres de 240 piés de elevación, un maravilloso conjunto. Notables son también la fachada de la platería, por su concha, y la del reloj, no por su gusto arquitectónico, sino por sostener la torre del reloj mónstruo, cuyas campanadas se oyen á una distancia de dos leguas. Delante de la Puerta Santa, abierta en la fachada del reloj, hay un pequeño patio, de cuya portada, en la cual se conservan simétricamente colocados los 24 nichos de Santas y discípulos de Santiago, arranca la escalinata de la Quintana. La fachada de la Azabachería, construída en el pasado siglo, consta de tres cuerpos, en los cuales predominan respectivamente los gustos jónico, dórico y atántico.

El interior del templo se compone de seis naves, formando una cruz latina, y contiene 25 capillas, de las cuales describiremos las más importantes. En la subterránea, que sirve de cimiento á la mayor, están enterrados los cuerpos del Apóstol y de sus dos discípulos Atanasio y Teodoro, cerrada interiormente por grandes vidrieras laterales, separadas por grupos de columnas salomónicas, y exteriormente por una primorosa verja de bronce; contiene en su recinto un magnífico tabernáculo de jaspe y mármol con molduras de plata, sobre el cual se alza la efigie de Santiago, cubierta de piedras preciosas.

Sobre la cima de este altar se ven las estátuas de Felipe IV y de otros tres reyes que sostienen en sus manos otra estátua del Apóstol. Son notables además en ella los púlpitos y el bordón del Santo, que se conserva dentro de una columna hueca de hierro.

Son también magníficos: el coro, la sacristía mayor y las capillas del Pilar, con un precioso retablo; la de la Concepción, con varias estátuas y reliquias; la de las reliquias, con gran número de éstas y con los sepulcros de D. Ramón de Borgoña, doña Juana de Castro, don Fernando de León, D. Alfonso VII y doña Be-

renguela; el altar de la Soledad, con preciosas estátuas del Salvador, de los Evangelistas y de los veinticuatro ancianos; y el de la Santa Faz con un precioso retablo, en cuyo centro se halla sostenido por un ángel el magnífico cuadro del Sudario. Tales son presentadas en conjunto y descritas sucintamente las principales bellezas y curiosidades que la Catedral encierra.

Huir á tiempo.—(Pág. 216.)

Es un lindo cuadro de género, de naturaleza viva, de esos que tanto gustan en los tiempos modernos. Una paloma, acometida por unos gatos, se ha salvado por alas del felino ataque.

La siesta en Cuba.—(Pág. 221.)

Tampoco necesita explicación este grabado.

ANTONIO DE OLMEDO.

El músico mayor.

Cuando su amigote el ordenanza del periódico de enfrente le dijo á Jeromiño si quería aprovechar la localidad para que no se perdiera, pensó volverse loco de júbilo. ¡Cómo!... ¡Ir al teatro, al teatro del que tantas maravillas le contaban y que aún no conocía!... ¡Y de balde! ¡Pues no había de querer si no anhelaba otra cosa desde que vivía en la corte!... Pero él se acordaba muy bien de la advertencia de que no malgastara, que entre beso y pechugazo le hizo su madre, al partirse el zamacuco del país seis meses antes, y por nada en el mundo hubiera sisado un solo real para una diversión, de los diez duritos de ahorro que guardaba en el rinconcejo más ignorado del baul. ¡Digo!... ¡Cualquier día se gastaba él lo que á fuerza de sudores ganaba esprimiendo las ubres de las reses en la vaquería á donde le enviaron á servir de la sierra! ¿Y en qué? ¡En lances que serían un primor; pero que se acababan y no le devolvían á uno el dinero que dió por verlos!... ¡Imposible! Cada peseta que Jeromiño agregaba á su tesoro era una semana menos de Madrid, una zarpada más á la horrible ausencia, otro paso hacia el pueblecillo de sus sueños que allá se escondía entre bosques de maizales y pinos en la costa, bañado mansamente por las rías bajas. Aquel billete llovíale pues del cielo á Jeromiño para satisfacer sus ansias sin mengua del caudal propio; y ardiendo de impaciencia, con el papel portador de la dicha en la mano, presentóse á su dueño, el roña del mozalbillo, en demanda de permiso para salir por la noche del establecimiento.

Era el rapacín con sus juveniles veinte años, formal de suyo y juicioso, y por tal muy bien quisto de su amo que le concedió en seguida la venia solicitada, y como todo llega, se disfuminó en las sombras el último resplandor de aquella tarde, de una tarde inacabable; en un periquete despachó la ordeñadura de las seis; vistióse luego su traje de pana de los domingos, y después de cenar, palpándose á menudo la chaqueta para convencerse de que llevaba el rojo billete, se fué el muchacho en derechura á la Zarzuela, tragándose las calles en cuatro zancadas, pateando por medio del arroyo para adelantar más rápidamente, y librándose por milagro de las embestidas de los carruajes que acudían al espectáculo al trote de sus troncos, haciéndoles semejar en las tinieblas mónstruos informes, de cuerpo de foca y ojos de lumbre, el estrépito de la rodadura, el brillar de las linternas y los chorros de vaho que de la nariz despedían los caballos, y que merced al frío, flotaban como una niebla blanca en la obscuridad de la noche.

Jeromiño llegó al vestíbulo del teatro, avistó á los revisadores de la puerta, y dirigiéndose á ellos les dijo con mucha cortesía, quitándose el sombrero y rascándose la pelambre para disimular la turbación que le atarazaba: ¿se entra por aquí *á adentro?* Los porteros le cortaron del billete la tira de rúbrica; contestáronle con cierto tono de zumba: pase usted; el muchacho penetró en el saloncillo de fumar, quedándose allí perplejo y sin saber por cuál de las dos anchas escaleras tomaría, y por fin echó por la derecha, subiendo los suaves escalones de puntillas, pisando quedo, temeroso de que le oyeran, casi con miedo, titubeando en todos los descansos antes de continuar la marcha, hasta topar con el acomodador del paraíso que le condujo á su asiento, con tan bruscas maneras, que Jeromiño, á pesar de su timidez, estuvo tentado de arrimar un par de puñadas á aquel hombre en los propios mofletes.

La sala hallábase todavía á media luz; Jeromiño abrió cuanto pudo los párpados, quiso abarcar todo el patio de una ojeada, y un tropel de reflejos le llenó de resplandores las pupilas. Un instante permaneció atontado, sin ver en fuerza de mirar, con las pestañas casi juntas como para defenderse de aquella invasión de rayos, henchida la retina de cabrilleos de oro y olas de colores, hundidos los ojos en un polvo luminoso que se los anublaba, dejándole distinguir únicamente las filas de mecheros de gas que brillaban como temblorosas estrella, y que, atisbadas á través de un guiño, le pareció que estallaban en haces de chispas.

Poco á poco se familiarizó con tal relampagueo, comenzó á enterarse de las cosas, fijóse en el tamaño del local, y, aturdido aún, murmuró el mozo: ¡qué grande es!... Luego le entró comezón de cóntar las butacas y balbuceó, perdiendo el hilo: ¡cuántas sillas!... Después, una nota aguda, que repercutió en el aire, le hizo dirigir la vista al escenario.

Los músicos se dirigían á sus asientos, entrando por una puertecilla abierta bajo las tablas. ¡Subirán de los sótanos! pensó Jeromiño al ver el tropel de hombres que el agujero escupía. Ocuparon los profesores sus sitios, desenfundaron los instrumentos y comenzaron á afinarlos por el tono que el violín concertino les indicaba, moviendo una gran algarabía y sin cuidarse para nada de los oídos de los espectadores que empezaban á invadir el teatro. El metal de la orquesta, fanfarrón y altanero, lucía sus cilindros dorados entre las cajas modestas y obscuras del instrumental de cuerda, y enmedio de todos, descollando sobre sus compañeros, dos esbeltísimas arpas de primorosos mástiles parecían empinarse para mirar por encima de la partitura del director colocada sobre el atril de presidencia. ¡Qué de trompetas!... Se dijo para su capote el muchacho sin quitar ojo á los cornetines; y reparando luego en los contrabajos, exclamó: ¡vaya unas guitarras morrocotudas! Por fin ocupó el director su butaca, se mesó los cabellos, extendió el brazo armado de la esbelta batuta, lo tuvo un instante en alto, y bajándolo de pronto se extremeció la orquesta, pasó por ella como una racha de tempestad que la electrizó de punta á punta; multitud de arcos, besando con sus cerdosos labios las cuerdas de los instrumentos, subieron á la vez con ondulación de juncos; agitóse el metal bullicioso, y como evocado por aquella varita mágica que describía signos cabalísticos en el aire, estalló un acorde inmenso que lanzó al espacio aluviones de notas, ensordeciendo con sus roncos sonidos figles y contrabajos ganosos de supremacía, mientras las trompas daban tres ó cuatro notas secas para que los bajos menguasen y dejasen oir los lamentos de los violines y los suspiros de flautas y oboes, y los timbales y el bombo, símbolos de la fuerza y pretenciosos de ahogar el conjunto, atropellaban con sus parchazos y redobles aquel alud de sonoridades, que vigorizado por nuevos motivos que se renovaban como manojos de chispas en el tema general de la overtura, aceleraba el compás y crecía, crecía, hasta llegar al estruendo del terremoto.

El primer preludio de la orquesta produjo en Jeromiño una impresión terrible; diéronle los nervios una sacudida como si el acorde hubiese vibrado en su organismo, alargó el cuello para no perder detalle, arrugó la frente y se quedó mudo, extático, abrumado, con la boca abierta, sin atreverse á mover para no armar estrépito; con el corazón oprimido y la inteligencia confusa, sin saber lo que pensaba ni si pensaba algo, cosquilleándole en el pecho una cosa amarga y dulce á la vez que le subía, le subía hasta nublarle los ojos. Él mismo no se dió cuenta de cómo aconteció aquello; cualquier nota, acaso la propia tensión de su espíritu, el exceso de sentimiento, le despertó la nostalgia que le dormía en el alma, un tropel de recuerdos le asaltó la memoria, acordóse de su madre, de la novia y de la vaca; el teatro se le borró de la vista, dejó de distinguir el público, huyeron las luces de gas y... ¡Dios Santo!... ¡No era ilusión de sus sentidos! ¡No se equivocaba! ¡Allí! ¡Allí! ¡Detrás de aquel cortinaje grana, salpicado de borlas y flecos de oro que se descorría, apareció su pueblo, su pueblo del país, con sus techumbres de cañizo, sus huertos frondosos, sus espesas parrizas, sus maizales espléndidos, su alfombra de trébol, sus murallas de retorcidos robles!... Después el oboe moduló el cántico montañés; grave, melancólica, dulcísima sonó en la orquesta la muñeira indicada por las violas, duró lo que un suspiro, y murió en la masa sinfónica respondiéndola en la escena el eco de la gaita, de la gaita de verdad que, turgente y hueca con su pellejo hinchado y en brazos del gaitero asomó por las azules alturas del fondo, mientras mozas y mozos, con sus trajes de fiesta, invadían por atajos y veredas el escenario.

Jeromiño no pudo más. Obedeciendo á la atracción de aquel torrente de música, que tiraba de él con una fuerza irresistible, se fué empinando en su asiento hasta ponerse de pie derecho; le pareció de pronto que la gaita le gritaba desde la escena: ¡soy yo! é incapaz de contenerse por más tiempo, erguido, pálido, trémulo, ahogado por los borbotones de entusiasmo que le corrían hacia el corazón por las venas, quiso hablar, alzó la cabeza; la figura del director de orquesta, describiendo invisibles triángulos con la batuta, se le metió por los ojos, y considerando que con semejante inquieto palitroque había dado vida á todo aquello, á la vez que el instrumental iniciaba de repente un piano, gritó el chico con los ojos llenos de lágrimas y con una voz tremenda, que tableteó en toda la sala:

—¡Viva el músico mayor!...

Aquella interrupción, estemporánea y bravía, arrancó una carcajada en todo el teatro y produjo gran alboroto en la banda del paraíso donde Jeromiño estaba. Unos le creyeron borracho, otros loco; quién le llamó bestia, quién gritó; ¡á la carcel!... acudieron los acomodadores mándándole que desalojara su sitio; resistióse el muchacho con enérgicos ademanes; vinieron los guardias atropellando á la gente; el rapaz insistió en quedarse, y á la fuerza, á empujones, casi á arrastras lo sacaron al pasillo, y, como reo de desacato á las autoridades, fué á dar con sus huesos en la prevención, cayendo así de golpe en el polvo de la realidad desde las alturas de su delirio.

Y escarmentado por tal desastre... el domingo siguiente en que le tocaba salir de paseo, no se acordó para nada de la Fuente de la Teja, y y aunque escapándosele un suspiro, sisó una pesetilla en los diez duritos de ahorro que guardaba en el rinconcejo más ignorado del baul, y se fué, loco de alegría, á la función de tarde de la Zarzuela.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

Nuestro arte religioso

XXXI

(Siguen las conclusiones.)

Innecesario es encarecer la importancia de la iconografía é imaginería en el culto y poner más de relieve su actual abatimiento. Hoy más que nunca tienen los artistas á la mano cuanto es necesario para llegar muy cerca de la perfección en sus trabajos. Los progresos de la arqueología y de la crítica de artes que ponen ante su vista la antigüedad entera, les permiten estudiar y comparar todas las escuelas y los autores, y verificar un trabajo nobilísimo de exquisita selección, bastante libre ya de los prejuicios, rutinas y errores de todo género.

Hecha la conquista de la forma humana y de casi todas las otras representaciones de cuanto existe; llegados los procedimientos casi á la cima de lo apetecible; depurado por la crítica el ideal estético de la forma y de la expresión; discutido y juzgado ya todo; y, en una palabra, bien definido el concepto de cada género en las artes plásticas, podemos y debemos exigir más hoy que antes á los artistas....; pero no los tenemos: los que hay no comprenden el arte sagrado.

A la altura en que nos hallamos no existe la cuestión de si hemos de volver á las pinturas simples y primitivas de las Catacumbas, á los tipos incesantemente repetidos de los bizantinos de Oriente y de Occidente, con sus fondos dorados y sus adornos hechos más adelante con moldes de hierro; ó á los primeros albores de renacimiento en el siglo XIII, cuando ya se intentaba *la conciliación de los tipos tradicionales con el libre desarrollo de las facultades del artista;* ó á las formas angulosas, duras y escuálidas del goticismo, que fueron lentamente acercándose á la realidad; ó al naturalismo que por causa de los Médicis ya asomaba la cabeza en tiempo de Fra Angélico; ó á jurar por Vinci, Miguel Angel, y mejor aún por Rafael: ó si nos decidiremos por el Renacimiento en pleno, ó por la decadencia vacilante y confusa que le siguió hasta principios de este siglo, y que ha venido á parar en la muerte del arte cristiano á manos de un naturalismo absurdo, incorrecto, duro, desdibujado y falto de las espléndidas aunque á veces profanas bellezas del Renacimiento.

No cabe tampoco esa cuestión respecto de la escultura, que no alcanzó épocas de tanta oscuridad como su hermana, pero que ha venido por fin á igual ó mayor postración. No. Ahora estamos penetrados de que es ya tiempo de realizar *la conciliación de las bellezas tradicionales genuinamente cristianas de todos los tiempos y escuelas con los verdaderos progresos del arte plástico, así en la forma como en la expresión, colorido, composición, detalles, verdad y propiedad histórica y arqueológica, según las conquistas de la sana crítica en el campo de la belleza y el arte, y sin desconocer los fueros de la inspiración y del génio.* Fuera de este propósito, no cabe más que retroceder extraviados por la falsa creencia de que solamente las formas primitivas y las góticas son cristianas, lo que es un tradicionalismo arcáico ya inadmisible; ó caer en el naturalismo, sea el del Renacimiento pagano de Italia ó de Alemania y Holanda, sea en las groserías del moderno, si no dábamos en el falso clasicismo de Mengs y de las modernas escuelas francesas, ó en cualquier otra aberración de las muchas posibles.

Supérfluo es afirmar, sentado esto, que toda antigüedad aun con ciertos lunares, debe ser respetuosamente conservada (1) ya que no imitada, y que habrán de regir todos los preceptos sobre la honestidad, atractivo, seriedad, sencillez, aspecto y carácter eminentemente sacro y demás inconveniencias ineludibles en la imaginería cristiana. Además creen muchos acertadamente que convendría no extremar el simbolismo, antes bien escasearlo, y que fuera tan claro que no ofreciera dudas aun á los poco instruídos, y que toda imagen, cuadro ó relieve que pudiera suscitarlas fuese acompañada de su inscripción aclaratoria. Tampoco sería inútil fijar oficialmente los atributos que de cada Santo habrían de ostentar sus estátuas (no los cuadros hechos con pasajes de su historia) y publicar un catálogo con carácter de oficial.

Ninguna pintura ó escultura sagrada ha de estar hecha de modo que ocasione errores dogmáticos, históricos, morales ó litúrgicos, ó bien terror en el espectador, asco, repugnancia, risa, desaliento, odios de escuela y de secta, y otra pasión cualquiera ó afecto desapacible y nada piadoso.

Hoy, que tanto se ha adelantado en la fisionomía, es necesario cuidar mucho que los rostros de las figuras no presenten, como no es raro en las antiguas, sin exceptuar las bien pintadas, los lineamentos que sugieren al que mira la idea de la crueldad, la sordidez, la falta de entendimiento, de carácter uraño, de estupidez ú otra cualidad desfavorable que él pueda aplicar á la efigie; y aun en los personajes odiosos, como el diablo, Pilatos, los sayones, Herodes, los pretores, etc., conviene tener esto presente, y no exagerar la nota del carácter. Nada de extremos.

En desuso, por fortuna, la práctica de los *adoratorios*, cuadros ó *exvotos*, en que el oferente aparece orando al pie de una imágen, será prudente prohibir con toda severidad las pinturas, relieves, grupos ó vidrieras en que el fundador adora á la efigie principal, ó habla con ella, le enseña un plano ó le ofrece un objeto cualquiera, como si se le apareciese. De esto hay muchos ejemplos, como el cuadro de Carlos III en San Francisco el Grande, otro de la real familia en Atocha, y el célebre medio punto en las Calatravas, hoy modificado felizmente. Son vanidades ó adulaciones de todo punto inexcusables.

La verdad histórica y la propiedad en la indumentaria y accesorios no pueden ya menos de ser todo lo exactas que sea compatible con la belleza y con los anteriores preceptos. Así, en la pintura de un martirio horrible, debe quedar velado cuanto sea feo y repulsivo; en la de un conjunto como la Cena, cuyos personajes, según la indumentaria arqueológica, debian estar vestidos con telas vastas y oscuras, será permitida la variedad de colores y cierta finura en los paños. Los ángeles no aparecerán desnudos poco ni mucho; ni los mártires y penitentes, cualquiera que sea su sexo y edad, ó su desnudez resultará castísima, lo que es muy dificultoso.

Las *imágenes que pegan*, San Miguel, San Millan, Santiago, San Jorge, San Agustin, á veces, Santa Marta, y otras que aparecen dando tajos y mandobles con palos, lanzas, espadas y picas, sobre moros y diablos, serán proscritas, ya por su impropiedad, ya por su carácter duro y repulsivo.

Parece mentira, pero en dos iglesias de Madrid he visto otras tantas imágenes de la Santísima Vírgen ¡¡¡con un garrote levantado pegando á no sé qué hidra!!! Esto es ya el colmo de lo disparatado.

Son tambien ridículas esas imágenes cuyo ropaje y pelo se lleva hácia un lado el huracan, formando muchos y extraños pliegues; las que están en actitud muy semejante á las del baile; las que tienen en la mano ó fuera del pecho el corazón, atravesado ó no por dardos y espadas que nadie clavó jamás al personaje que representan; las que vomitan cintas con letreros, y las que enseñan miembros suyos en un plato, y además en su sitio.

Es intolerable el abuso de vestir á los niños de Jesús con traje de acólito, Cardenal, Obispo, Sacerdote preparado para decir misa, pastor, fraile, resucitado, y otros por el estilo; y asimismo cubrir á los Crucifijos con ropas sacerdotales; presentar á San Pedro en traje de Romano Pontífice, compuesto de tiara, pluvial, guantes y cruz de tres brazos; á San Agustín con túnica de fraile, y á la Santísima Vírgen con hábitos de monja, que ni vistió en vida ni ostentó en aparición alguna; ó al pié de la Cruz rezando el rosario, ó bien con él colgado al cuello, vestida de negro (que no era el color de luto entre los hebreos) y con siete enormes espadas que rodean un corazón de metal puesto enmedio del pecho. Si la imagen está echada en el suelo, y no de pie, el disparate es todavía mayor.

Es cierto que hay anacronismos sancionados por el uso, como es el vestir con ornamentos episcopales ó de otro orden, según uso de estos tiempos, á Santos que se veneraron en los primeros siglos, ó en otros posteriores, cuya indumentaria era muy distinta; y así otros muchos, á este tenor: pero una buena voluntad bien ilustrada puede llevar la propiedad hasta donde le permita la semejanza de los elementos antiguos con los modernos; y cuando todos estén agotados, hallar en el traje, actitud y accesorios temperamentos felices que concilien las exigencias arqueológicas con la costumbre y la necesidad de que el personaje sea reconocido en su efigie. Hoy se nota ya en muchos artistas una saludable tendencia hácia estas soluciones, pero aún les falta mucho camino que recorrer hasta que puedan conseguir sirva, de ejemplo, que un santo Obispo del siglo III aparezca vestido con las ropas de aquel tiempo, tan diferentes á las de ahora, y sin embargo, todo el que lo mire reconozca su sagrado carácter pontifical: *et sic de coeteris.*

Las imágenes vestidas, bien ó mal, tienen que desaparecer sin remedio. Las esculturas que en tiempos de mal gusto fueron recubiertas de trapos, como la de Nuestra Señora de la Almudena, serán restituidas, como lo ha sido ésta, á su primitivo estado, si bien observando los trámites que aconseje la prudencia: pero entiéndase que, sobre todo en localidades grandes, no es dicha reforma tan peligrosa como quieren hacernos creer los bienavenidos con la rutina: es probado. De las imágenes vestidas que sólo tengan la cabeza y manos de talla, se aprovecharán estos miembros para formar las estátuas de escultura.

Reprueban muchos la ya antigua costumbre de reproducir ciertas imágenes, antiguas sí, pero feísimas, é impropiamente hechas ó vestidas; y, en efecto, no porque la efigie que hay en Monserrat sea de madera ó piedra negra; no porque la de los Desamparados de Valencia lleve aquella corona tan disparatada, y la de Aranzazu esté vestida en forma de alcuza, hay razón para reproducirlas pintando á propósito de negro la madera blanca, poniendo la extraña corona con rostrillo, y vistiendo con tela, y hasta lo que es ya casi increible, haciendo en talla la forma cónica, tiesa y absurda, que todo parece menos un vestido de mujer. Llevando muy lejos la tolerancia, podrán pasar tales excesos en las imágenes primitivas, por respeto á su antigüedad; pero nunca en las que muchos llaman *imágenes de la imagen*, más que de la Santísima Vírgen.

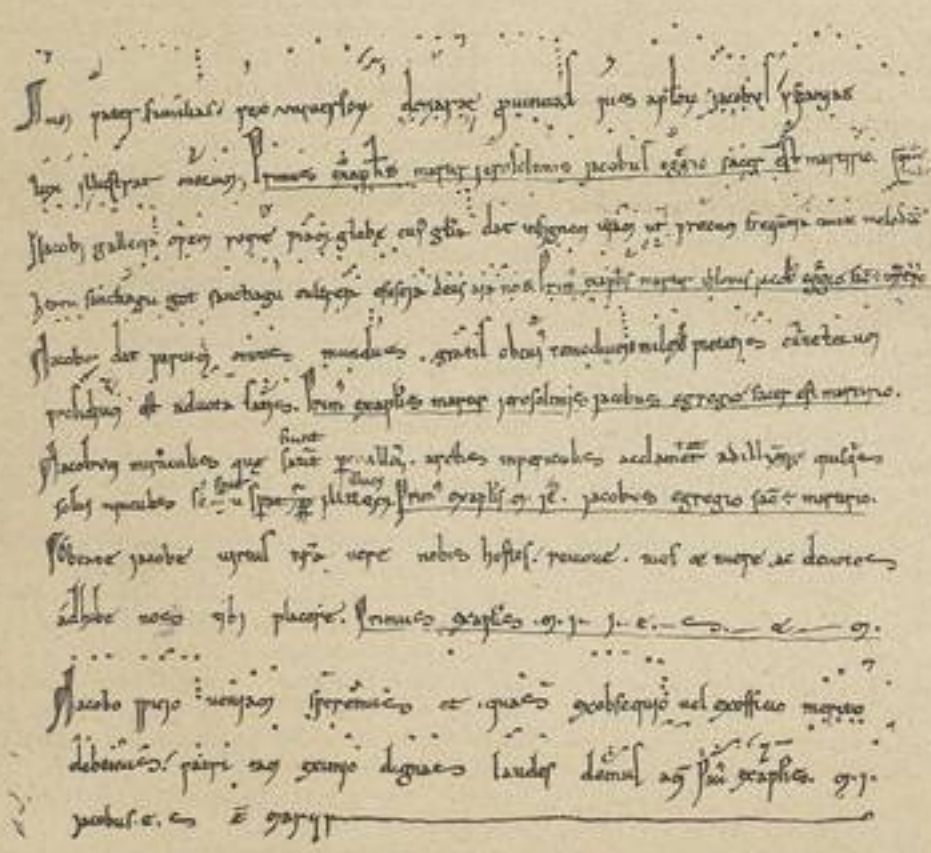
Porque los antiguos dieran en una aberración, ¿vamos nosotros á reproducirlas, dando así motivo fundado á la crítica implacable y á las burlas de nuestros adversarios, á la vez que al menoscabo de la devoción ilustrada, que por muchos esfuerzos que haga nunca podrá ver en tales facturas, originales ó copias, el ideal de belleza sublime que quieren y no pueden representar? Es punto que deberá ser discutido en su día.

Es abuso que pide inmediata corrección, y del que no excusa la evasiva de que se quiere

(1) Las que en realidad sean absurdas, monstruosas, muy profanas y á todas luces inconvenientes, y además por algún concepto irreformables, debieran ser conservadas en Museos fuera del templo.

MOSAICO DEL MAGNÍFICO EDIFICIO

SEPULCRO DEL APÓSTOL



INSCRIPCIÓN MUSICAL

VISTA DE UN BRAZO DEL APÓSTOL

HUIR A TIEMPO

representar á los sagrados personajes triunfantes en el cielo, el llenar sus vestidos de adornos y accesorios impropios, tales como orlas de oro en hábitos monacales, en los vestidos de los Apóstoles, en los de Jesús y María durante su Pasión y situaciones dolorosas, en las de Santos pobres ó penitentes, como San Alejo, San Roque, la Magdalena, Santa María Egipciaca, y otros. Son muchos los ejemplos de esta aberración, sobre todo en imágenes vestidas. El Jesús Nazareno con túnica de terciopelo bordada en oro y piedras y larguísima cola, llevando una cruz de concha con remates de plata, corona de espinas de este metal ó de oro y vuelillos de encaje en el cuello y puños; la Dolorosa con pañuelo de nipis y luengo manto adornado con abalorios; San Antonio Abad con báculo de plata, San José con corona real, las Vírgenes con rostrillo, corona y sobre corona, ó al contrario, con tirabuzones de pelo postizo; los Cristos con enaguillas enormes y cabellera natural muy larga; las esculturas corbeadas en toda su superficie, aunque ésta represente el manteo de San José de Calasanz ó el sayal de Santa Clara; el rostro aniñado de San Antonio de Pádua, de San Juan Evangelista, y aun del mismo San Blas, con el pretexto de que en el cielo reinan hermosos y rejuvenecidos, son pruebas de reprensibles errores é ignorancias en el adorno de las imágenes. Mas aun cuando éstas nos recuerdan el reinado celestial precisamente de Jesús ó de María y la gloria de sus Santos, no debieran exhibir telas como las de casulla, coronas, alhajas y adornos impropios ó feos, ni cosa alguna que hiciera perder á los confesores de la fe el caracter que tuvieron en esta vida.

Los que opinan que no hay razón para que las efigies de Nuestra Señora del Cármen, de las Mercedes y alguna otra vistan hábitos monjiles, se apoyan, primero, en que estos son vestidos de penitencia; segundo, en que la imagen que hay en el altar mayor del convento situado en el Monte Carmelo, no está vestida de ese modo, ni es necesario que esa ú otra lo estén para que se reconozca su título; tercero, en que con el mismo derecho podrían los Dominicos vestir con su hábito á la Vírgen del Rosario, y los Servitas á la de los Dolores; y por último, en el texto del decreto general sobre imágenes, dado por la Sagrada Congregación en 13 de Marzo de 1642 (*Ne quis cujuscumque*, etc., núm. 1.256) que entre otras cosas prohibe representar á Nuestro Señor y á María Santísima con hábito de Orden alguna de regulares. Es tambien punto que merece maduro examen.

Abundo en el parecer de los que enseñan que si de algún Santo existe verdadero retrato, como los de San Vicente de Paúl, San Ignacio de Loyola y San Alfonso de Ligorio, convendría reproducirlo siempre, á no ser que en él hubiese algo que fuera inadmisible en buena iconografía, que todo pudiera ser.

Los procedimientos de la pintura del templo son el óleo sobre lienzo, madera ó cobre, el colorido moderno á la cera, sobre tabla ó lienzo, el mosáico de piedras, ú el moderno de cubos de porcelana ó cristal, fabricados de antemano, y el fresco, si bien éste carece de condiciones por su poca duración, por la casi imposibilidad de trasladarlo, y porque sólo sirve en muros revestidos; obra débil, poco artística, y sólo digna de iglesias provisionales, en que no puede lucir la piedra. La pintura al temple sobre lienzo pegado al muro nada resuelve, y no está libre de graves inconvenientes, porque el lienzo se arruga y despega con la humedad, que tambien lo estropea y decolora. El azulejo podría pasar en ciertos sitios, y tambien sería admisible cualquier otro procedimiento que pudiera inventarse, con tal que reuniera las condiciones apetecibles de solidez, permanencia, belleza y resistencia contra los agentes destructores.

Debe ser regla general no multiplicar mucho los cuadros en los templos, así en los altares como en los muros y techumbres. El mosáico, el azulejo y la vidriera son lo más permanente para las alturas: el óleo se deteriora pronto; el fresco es casi inadmisible. Lo más propio de la imaginería litúrgica es la escultura, cuyos materiales son la piedra blanca y la madera pintada para el interior de los templos; la piedra referida y las de color, el bronce y alguna otra aleación fuerte para la intemperie. Exceptuados los Crucifijos y las estatuitas de orfebrería, toda imágen metálica es bastante impropia, y siempre de efecto dudoso, aunque sea de plata ú oro, como esas obras, muy ricas sí, pero menos imágenes indudablemente que las de madera pintada ó las de mármol blanco. Las que se forman con un compuesto de marfil ó metales, ó de éstos y mármoles de uno ó varios colores, y otras semejantes de uno ó varios materiales, son obras extraordinarias, hoy en desuso, muy caras, de efecto discutible, y más ricas que bellas y apropiadas; pero en último caso, serían admisibles si se ajustaran á todas las condiciones y reglas de la buena imaginería.

José Ferrándiz.

A fuerza de trabajo.

I

Los que no comprenden que el hombre pueda ser feliz más que rodeado de riquezas, placeres, comodidades y diversiones en los grandes centros de población, que tengan la paciencia de leer lo que sigue.

II

Salí ayer tarde con el señor Cura párroco de mi lugar, y casi sin advertirlo tomamos la orilla izquierda del río, que torciendo el paso entre juncias y sargales, atraviesa este vallejo.

—¿Vamos á la masada del tío Lorenzo?—me preguntó.

—¿Cuánto dista?

—Una hora escasa.

—Vamos allá—contesté.

Siempre río abajo y á paso regular, llegamos pronto al fin del valle. Las dos cadenas de montañas que lo componen, aproxímanse gradualmente y estrechan tanto el cauce del río, formando un barranco profundo, que no parece sino que intentan besarse por encima de las cristalinas ondas. Las rocas de uno y otro lado están como cortadas á pico, y en sus riscos, quiebras y mesetas crecen arbustos y yerbas aromáticas de todas clases. Tosco azud de ramas y piedras, que el río cruza, surte de agua á dos acecuelas, abiertas en la misma roca, que corren por uno y otro lado del barranco, llenándolo todo de murmurios y frescura. Pasado aquel estrecho, vuelven á separarse poco á poco las montañas, y en forma de zig-zag componen un angosto y largo valle, pequeño oasis en aquel desierto de áridas y escarpadas rocas. El río corre por el centro, perfectamente encajonado entre álamos y sargas. Angostos huertecillos, sembrados de judías y patatas, y sombreados por nogales, ciruelos y acerolos, se extienden en ambas orillas, como descendiendo de aquellos montes. ¿Quién no recuerda, al verlos, los siguientes hermosos versos de Fr. Luís de León?

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera,
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Saltó una liebre de entre unas matas próximas y echó á correr por los montes de la izquierda, mientras el ruidoso aleteo de una perdiz nos hizo volver la cabeza al lado opuesto.

—Lo que sucede siempre (dijo el señor Cura); al cazador leña y al leñador caza.

Prosiguiendo nuestro paseo, en la parte más ancha del vallejo, vimos sobre el río un puente rústico, y enfrente, hacia la izquierda y al abrigo de la montaña, una casa de labor, baja de techo y bastante fea, pero con todas las dependencias necesarias para la vida y el cultivo, tales como corral, paridera, pajar, era, horno y establos.

Las esquilas del ganado se oían en las laderas próximas; las cabras hacían prodigios de agilidad y de equilibrio en los despeñaderos de enfrente; las palomas y gallinas buscaban insectos y semillas, y picoteaban tranquilamente la yerba en las inmediaciones de la casa; y dos regulares hacinas de dorada mies ocupaban la era.

III

Estamos en la masada del tío Lorenzo. Al ruido de nuestros pasos presentáronse en el umbral de la puerta de la casa una mujer y un perro. Este nos recibió gruñendo y ladrando: aquélla se deshizo en sonrisas y saludos, sacando inmediatamente dos sillas de esparto para que nos sentásemos en la esplanada de la puerta á la sombra de copudo nogal, cargado de nueces gordas y verdes. Al notar la actitud pacífica y amistosa de su dueña, cesó el perro de ladrar, dió unas cuantas vueltas en torno nuestro husmeando la ropa y moviendo la cola, y concluyó por marcharse á la era, en donde se enroscó sobre la paja.

—Buenas tardes, tía Anacleta.

—Las tengan ustedes muy buenas. Vaya, vaya ¿quién había de esperar á sus mercedes por aquí?

—Insensiblemente hemos venido paseando. Nos sentamos.

—¿Tienes agua fresca?—preguntó el señor Cura á la masadera, limpiándose entretanto el sudor con descomunal pañuelo de algodón á cuadros.

—Sí, señor; pero les haría á ustedes mal, que vienen acalorados.

Entró en la masada, tomó una limpia jarra de loza, volvió á salir y se puso á gritar:

—Tíquia, tíquiaa, tíquiaaa!... Toma, cerrinegra, toma.

Una hermosa cabra blanca, manchada de negro, bajó enseguida brincando y se acercó á su ama. Esta la ordeñó con limpieza y habilidad y nos entregó la jarra. Bebimos la mitad de la leche cada uno; se sentó la tía Anacleta en el suelo sobre sus talones, y entablamos la conversación que sigue:

—Bien están ustedes aquí, tía Anacleta (dije yo). Esto es tranquilo y hermoso.

—Muy bien, sí, señor: contínuamente estoy dando gracias á Dios, porque me ha favorecido más de lo que merezco. Mi Lorenzo, que en paz descanse, era un marido de lo que no hay, tan trabajador, tan buenazo... ¿Pues y mis hijos? Tengo cuatro, tres mozas y un mozo, y, que lo diga el señor Cura, los cuatro son más buenos que el pan y á cual mejor. Ellos no tienen más delirio, ni piensan en otra cosa, más que en dar gusto á su madre. ¡El Señor me los conserve!

—Satisfecha puedes estar; que el día que os casásteis, teníais lo que yo ahora en la mano.

—Verdad es, señor Cura; pero en cuanto nos bajamos á vivir aquí, parece que el Señor nos echó la bendición con la mano derecha. Le dieron á mi Lorenzo, que en gloria esté, unos cuarenta duros de la casucha que heredó y vendió en el pueblo. Con tales dineros compramos estos huertecillos, que entonces eran unos cantarrales abandonados; hicimos una barraca para vivir, y empezamos á trabajar como unos negros. *A fuerza de trabajo*, mi Lorenzo, que Dios haya, picó en la peña viva esas dos acequias, con las cuales regamos ahora lo que siempre ha sido secano; *á fuerza de trabajo* enderezó y encauzó el río, que antes se metía en

todos estos campos como Pedro por su casa, destruyendo en pocas horas las labores de años enteros; *á fuerza de trabajo* convirtió en vega los cantarrales y plantó los árboles que ven ustedes; *á fuerza de trabajo* roturó quién sabe las tierras de pan llevar por esos cerros; *á fuerza de trabajo* hizo el puente, la casa, el corral, la paridera, el horno, las cuadras, el pajar, la era y... ¡qué se yo! Con decirles á ustedes que aquí no se paraba más que los domingos y fiestas de guardar, está dicho todo. Al romper el día ya estábamos trabajando, y muchas veces se nos echaba encima la noche sin haber suspendido la faena más que para comer.

—Y las bestias, ¿cómo las comprásteis?

—Señor Cura, los animalicos á fuerza de honradez y de ahorros. Como, gracias á Dios, ni mi marido, ni mis hijos han tenido nunca vicios, una vez corridos y vestidos, ya estaba el gasto hecho.

—¡Es admirable! ¿Tampoco iban á la taberna del lugar?

—¡Jesús ¡pobrecicos míos! Mi difunto ni bebía, ni fumaba, y mi hijo es un vivo retrato de su padre. Al lugar no subimos más que para ir á Misa, á Vísperas y al Rosario.

—Es mucha verdad: nunca faltan.

—¿Y todo esto es de ustedes, tía Anacleta?

—Y de ustedes también, sí señor. Tengo además unas cien cabezas de ganado lanar, cincuenta cabras, un par de mulas de labor, una vaca, dos cerdos y una burra.

—En resumen (dije yo), empezaron ustedes con cuarenta duros. ¿Cuánto calcula usted que vale la masada con todas sus dependencias, inmuebles, semovientes y aperos?

—A punto fijo no lo sé (contestó la masadera); pero yo no la daría por cinco mil duros.

—¿Y la felicidad que aquí disfrutan ustedes?

—Esa no tiene precio, señor, y sólo puede cambiarse por la gloria, que esperamos nos conceda á todos la misericordia divina.

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

Las Conferencias de San Vicente de Paúl.

En este mes, en que celebra la Iglesia la fiesta del glorioso Apóstol de la Caridad, San Vicente de Paúl (pronunciando el apellido así como suena, no Pol como dicen algunos afrancesando el honrado apellido español del Santo) queremos dedicar algunas líneas á la Obra de las Conferencias, que tantos beneficios dispensa á los necesitados, y mayores aún á los mismos socios; Obra esencialmente católica y digna de todos los elogios.

No narraremos otra vez su origen, en medio de los horrores de la revolución de Julio en París, y debido á unos jóvenes piadosos, estudiantes todos ellos que, *cuando las calles de París estaban obstruídas con los escombros del trono y las imágenes de la guerra*, según elocuentísimamente dijo Lacordaire, se reunieron y acordaron fundar una Sociedades *para santificarse ellos por medio del ejercicio de la caridad*; sublime y cristianísimo objeto que dió desde luego á la naciente Obra el carácter católico, de verdadera caridad, que hasta ahora no ha perdido, y que es de esperar en la infinita misericordia de Dios que no ha de perder jamás.

En todas las naciones europeas y americanas, y en muchas comarcas de otras partes del mundo, se han desarrollado extraordinariamente las Conferencias de San Vicente de Paúl. En España gozaban ya de muy próspera vida cuando al ministro de la *setembrina*, Romero Ortiz, se antojó suprimirlas ó disolverlas, precisamente en el momento en que se proclamaba «el sagrado é ilegislable derecho de asociación para todos los fines de la vida». Pero así son siempre los liberales: libertad, mucha libertad para los malos; tiranía, mucha tiranía para los buenos.

Las Conferencia, sin embargo, no se disolvieron porque el Sr. Romero Ortiz (á quien Dios haya perdonado) se le antojase. Aquel decreto no era *ordinatio rationes*, ni miraba *ad bonum commune;* era hijo del capricho de un sectario, dueño de la fuerza pública por un motín triunfante; no había, pues, obligación de obedecerlo, y sólo lo obedecieron los tímidos, los cobardes y los poco fervorosos. Los mejores continuaron *conspirando* (como decían neciamente los revolucionarios); esto es, reuniéndose para leer en común un capítulo del *Kempis* ó de otro libro devoto, y para reunir fondos con que socorrer á *sus pobres*, á los que también visitaban y llevaban los bonos; todo, por supuesto, en rebeldía contra los poderes constituídos. En aquella época, hombres como D. Santiago Masarnau, D. Vicente Lafuente (q. e. p. d.) y otros por el estilo, fueron rebeldes y facciosos; formaron partidas insurrectas con el objeto de dar de comer á los pobres, y buenos consejos á los que de ellos habían menester.

Restablecida la vida pública, por decirlo así, de las Conferencias, volvieron á ingresar muchos socios, y otros innumerables, que lo hicieron por primera vez, estando hoy funcionando la Sociedad en todas las capitales y poblaciones importantes de la Península y en muchos lugares de corto vecindario.

El objeto de las Conferencias es aparentemente modesto; los socios de San Vicente no se proponen *resolver la cuestión social*, ni suprimir el pauperismo, ni nada de esto. Se limitan á ejercer la caridad con arreglo á sus medios de acción propios, para que, por medio de dicho ejercicio se santifiquen sus almas; quieren poner la castidad al abrigo de la caridad, según se ha dicho por alguien bellamente.

Dicen muchos: *dan muy poco. ¿Qué hace una familia con un bono de á peseta cada semana?* ¡Ah! Es que los socios de San Vicente dan á los pobres lo que pueden; esos murmuradores, en vez de murmurar, deberían mandar á cada Conferencia 1.000 duros semanales, y verían como eran mayores los socorros á los pobres.

El socorro material no es tampoco el medio principal de limosna que las Conferencias emplean. El bono es como un pasaporte para introducirse en la casa del pobre. El socio de San Vicente quiere ir á esa casa para llevar el consuelo moral de su visita, la satisfacción y el apoyo de una amistad desinteresada y protectora y la limosna espiritual del buen consejo cuando es necesario. ¡Cuántos bienes han reportado en este orden de cosas las Conferencias! ¡Cuántos matrimonios se han verificado merced á ellas, y cuántos hijos les deben el beneficio inapreciable de la legitimidad! Colocaciones conseguidas por medio de las Conferencias, carreras, oficios y educación á los niños, nubes sombrías de desesperación disipadas, ¿quién podría contarlas? Sólo Dios y el Angel que lleva la cuenta de las buenas acciones de los hombres, sabe en cuanto número han sido, y son todos, todos los días.

Y el socorro material tampoco es despreciable. Claro es que no basta para mantener al pobre y á su familia; pero debe mirarse ese socorro, no como un medio de vida, sino como una ayuda. En este sentido, preguntad á los pobres si renunciarían de buen grado á ese socorro; la peseta que no es nada para el rico, que es insignificante para el mediano, representa para el menesteroso un día sin hambre, sin que los niños lloren pidiendo pan, sin que los padres se desesperen por no poder proporcionarles á los pedazos de sus entrañas el indispensable sustento. ¿Sabéis lo que significa todo esto?

Las Conferencias dan á los pobres mucho más del bono: abrigos en invierno, socorros extraordinarios en casos de enfermedad y otros análogos, y otra porción de limosnas que sería prolijo enumerar.

Pero con hacer tanto bien á los pobres, aún se lo hacen mayor á sí mismos los socios de San Vicente. Las Conferencias son escuelas prácticas de caridad, ó lo que es igual, de vida verdaderamente cristiana. ¿Quién puede calcular lo que significa, y vale esto?

¡Que Dios siga protegiendo á las Conferencias, por todo extremo dignas del espíritu de San Vicente en que se inspiran, y cuyos sublimes ejemplos siguen en la sociedad contemporánea!

BACHILLER ALONSO.

JOYAS LITERARIAS

MUNDO, DEMONIO Y CARNE

POR D. JOSÉ SELGAS

(Continuación).

II

LA CARTA

Entre tanto, el dichoso mortal destinado á entrar con tanto ruído por las puertas del matrimonio, gozaba de su celebridad con la tranquilidad de conciencia con que cualquier hombre honrado disfruta la posesión de aquello que legítimamente le pertenece. Llegaban á sus oídos los rumores con que la fama llenaba el viento de la publicidad, y aquel *rum rum* de asombro anticipado á los prodigios que iban á realizarse, formaba á sus oídos la sinfonía más agradable del mundo.

Influído por esa parte de vulgo que todos tenemos, descendía de las alturas de su fortuna, y, confundiéndose con la multitud que repetía su nombre, se admiraba á sí mismo. Dudoso alguna vez de tan próspero destino, acudía al espejo buscando en la instabilidad de la imagen la identidad de su persona. Allí, delante del cristal en que se dibujaba, se reconocía, y, frotándose las manos en íntimo aplauso, exclamaba diciendo:

—¡Ah! ¡Ese soy yo!

Y no se veía como una simple figura humana estrictamente reproducida por la luna del espejo, sino que se contemplaba rodeado de luz, envuelto en una atmósfera brillante, que flotaba á sus piés como una nube y envolvía su cabeza como una aureola. Se creía en presencia de un ser superior, y con la sonrisa en los labios se inclinaba ante sí mismo.

El lujo con que estaban vestidas las habitaciones de su casa aumentaba el prestigio de estas apariciones, realzando la magia con que el cristal dibujaba los contornos de su persona.

En una de estas contemplaciones vió deslizarse por detrás de su imagen una sombra que oscureció la claridad del espejo y disipó la aparición de la misma manera qne se disipa el humo en el aire, y, como el que despierta de un sueño profundo, se encontró manos á boca con su ayuda de cámara, que, con una sonrisa casi imperceptible, le presentaba una pequeña bandeja de plata, sobre la que se veía una carta.

Levantó la mano y señaló con el dedo una mesa cubierta con un rico tapiz de Persia, y el criado dejó la carta sobre la mesa, y salió de la estancia guiñándose el ojo izquierdo.

Poco después la carta pasó de la mesa á las manos del futuro marido de la rica heredera. Antes de abrirla examinó el sobre, que correspondía por todas sus circunstancias á la persona á quien iba dirigida; pero la letra del sobrescrito era sumamente inglesa y de una corrección admirable; á media legua olía á escritorio. En cuanto al papel en que estaba escrita, era de pliego grande azul rayado, papel de

libro de caja, de ese en que extienden sus facturas y sus cuentas las casas de comercio.

No pudo disimular un gesto de desdén, y, por el movimiento de la mano, es seguro que tuvo intención de arrojar lejos de sí aquel papel mercantil; pero, antes de condenarlo á su soberano desprecio, buscó la firma, y al verla varió completamente de pensamiento. ¡Ya se ve! Era la firma del opulento banquero, del padre de la rica heredara, la firma original de su futuro suegro.

Sin duda le daba cuenta de los preparativos hechos para el mayor esplendor de la boda, y fijaba el día en que habían de echarse las campanas á vuelo.

Irguió la cabeza ante la próxima realidad de su dicha, y leyó lo siguiente:

«Mi buen Elías: Se acerca el momento en que podré dar á usted el dulce nombre de hijo. Ningún obstáculo se opone á esta unión, porque entre nosotros no podían suscitarse nunca esas miserables cuestiones de maravedises á que el mundo da tanta importancia. Celia es mi hija única, y, por consiguiente, mi única heredera. Mas hay que pensarlo todo; la vanidad es el demonio favorito de las mujeres, y conviene no dar pábulo á esa debilidad, que suele ser funesta. Ella sabe que es millonaria, porque yo, loco de mí, no he pensado nunca en ocultárselo.... Ahora que su felicidad es todo mi pensamiento, creo que he sido poco prudente. Usted es sumamente delicado, y yo sería el hombre más ligero del mundo si no hiciera justicia á las nobles susceptibilidades de su carácter, y, pensando en todo, me ocurren algunos temores relativos á la futura paz del matrimonio.»

Hasta aquí llegaba la primera página de la carta, y antes de volver la hoja, Elías se pasó la mano por los ojos, como si no viera con bastante claridad la hermosa letra de la carta. Luego siguió leyendo:

«El equilibrio, querido amigo, es el secreto en el cual consiste la estabilidad de todas las cosas, y en las intimidades de la vida conyugal es indispensable. Vea usted: hoy mismo, el problema que tiene en expectación á los grandes capitales es el equilibrio europeo. Ahora bien; ¿doto á mi hija con la suma total de los bienes que poseo?....

Esta sería mi determinación, pues para mi habitual sobriedad bien poco necesito; pero debemos atar todos los cabos. Mi hija es un tanto voluntariosa, y puede llegar un día en que le eche á usted en cara el exceso de su riqueza. Yo sé que usted no lo sufriría, y las consecuencias serían incalculables. ¿Qué hacer? ¡Ah! ¡Es tan ingenioso el cariño de un padre! He aquí el sacrificio que hago en aras de su felicidad. La carta dotal de Celia representará un valor equivalente al de los bienes que usted aporte al matrimonio. No debe ser más; pero yo no puedo consentir que sea menos. Avise usted, pues, á su administrador para que me facilite una nota del capital de que usted dispone. Conozco la rigurosa exactitud del hombre á quien tiene usted confiada la administración de sus rentas, y estoy seguro de que no consentirá que usted disminuya el verdadero valor de su patrimonio por un rasgo de delicadeza que aplaudiría, si no me ofendiera.»

Así terminaba la carta del futuro suegro, cuya lectura dejó á Elías cabizbajo y pensativo. Encontraba en el fondo de este raro documento tanta osbcuridad, que andaba á tientas por el laberinto de sus frases, sin encontrar salida. Perdido su pensamiento en las encrucijadas de la carta, sintió de repente que un abismo ss abría delante de sus ojos. Era más que un abismo, era un sepulcro; más que un sepulcro, era una caja vacía.

Hasta entonces no había pensado en el estado verdadero de su patrimonio, y al querer sondear las tinieblas de su bolsillo, le asaltaban temores que nunca había conocido. Las sumas invertidas en los fastuosos despilfarros de su opulencia, se le representaban bajo formas grotescas que lanzaban á su rostro atónito todas las muecas del escarnio. Enanos de enormes cabezas danzaban á su alrededor, al mismo tiempo que vaciaban con manos invisibles cántaros llenos de oro en pozos sin fondo, á la vez que abrían sus bocas desgarradas formando en el aire sucesiones de ceros.

Hacía esfuerzos inútiles por desvanecer la visión que llenaba sus ojos, porque se resistía ni más ni menos que si estuviese dotada de una realidad invencible. La veía al través de los párpados, y si se cubría los ojos con las manos, la veía al través de las manos.

La visión se alejaba poco á poco, disminuyéndose allá en el fondo de una perspectiva sin límites; y en el momento en que parecía pronta á extinguirse, renacía de nuevo con rasgos más vivos y con pormenores cada vez más tenaces.

Á todo esto la carta del banquero flotaba sobre aquella nube de cabezas informes, agitando sus dos hojas como dos alas, y cerniéndose sobre la frente del futuro marido de Celia como el águila sobre su presa; lo miraba y se sonreía, sin que él acertara á explicarse con qué ojos puede mirar una carta y con qué boca puede sonreirse.

¿Duró mucho tiempo el espectáculo de esta escena increible? No se sabe... Acaso un minuto, acaso un siglo. Tal vez las dos cosas á un mismo tiempo, porque hay instantes que contienen siglos. La eternidad no es más que un instante siempre presente.

III.

EL ESPECTRO

Sea como quiera, ello es que al fin salió del mundo de las ilusiones, y decidió averiguar hasta qué punto era una realidad su opulencia, porque empezaba á temer que al tocarla con sus manos, iba á desvanecerse como un fantasma. ¿Habría sido el esplendor de su vida una vana apariencia? ¿Estaría todo ello reducido al encanto de un sueño, del que era preciso despertar? Aquellos salones suntuosos enriquecidos por el lujo y por el arte; aquellos magníficos trenes que hacían temblar la tierra, como el carro de Júpiter, al rodar por el empedrado de las calles; aquel manantial de oro que continuamente brotaba de sus manos, ¿no serían más que bellas mentiras?... Entonces, ¿qué podía ser verdad en el mundo?...

Discurría así, contemplando con ojos inciertos el oráculo que había de descifrar el enigma.

No me atreveré á decir que el oráculo era un hombre de carne y hueso, porque el administrador á quien Elías tenía confiado el manejo de sus rentas carecía de las vanas exterioridades de la carne. Como hombre verdaderamente positivo, sólo había conservado en la liquidación de su persona la parte sólida. Desde luego se advertía en el conjunto de su ser la rigidez del guarismo; era una suma viva, un número de huesos anatómicamente colocados en un saco humano.

La frente del administrador habría sido estrecha en sus primeros tiempos; pero poco á poco fué invadiendo los dominios de la cabeza, y ya podía tomarse como una frente espaciosa. Dos patillas rectas se descolgaban desde las sienes con ciertas pretensiones inglesas, marcando la estrechez del semblante y la seriedad de su longitud. En cuanto á los ojos, las pupilas se escondían en la profundidad de las cuencas, ni más ni menos que pudieran hacerlo dos monedas en el fondo de dos bolsillos. Por triste que fuese la índole del espíritu que lo animaba, alguna vez encontraría ocasión en el mundo para reirse; mas su risa debía ser interior, de puertas adentro, en razón á que la boca no tenía espacio en que extenderse. La hilaridad, pues, se hallaba contenida en el fruncimiento de sus labios, de la misma manera que el mueble está contenido dentro del resorte. Se puede decir que no tenía cara para la risa.

En el aire exterior de su persona se notaba la atmósfera lóbrega y fría de los subterráneos: un termómetro puesto bajo su influencia habría bajado á cero. Sus movimientos carecían de espontaneidad, parecían sujetos á un verdadero rigor automático; no se desperdiciaba en ellos nada de esa movilidad que en España derrochamos y que en Inglaterra se economiza: era, en este punto, un inglés que no hablaba más que con la boca.

Frente á frente de Elías formaba un contraste que saltaba á la vista, porque el afortunado mortal destinado á recoger la herencia del banquero, era el reverso de la medalla. El calor de la juventud aumentaba en él la expresión que da el calor de la vida; sus ojos pardos, medio adormecidos por el sueño de los placeres en que vivía, relampagueaban de vez en cuando, como esos vapores lejanos que anuncian las tempestades. Su fisonomía, movible como la superficie de un mar agitado, expresaba de continuo la diversidad de afectos que pasaban por su alma.

Realmente en uno y otro se encontraban las líneas geométricas que forman la figura humana; pero ¡qué diferencia! Surgía entre ellos la misma distancia que hay entre el bullicio del mundo y la soledad del sepulcro. Eran un hombre y un cadáver: el primero vivía; el segundo se sobrevivía. En la geometría hemos encontrado el único punto de semejanza exterior que los acercaba, y sin salir de la ciencia de las cantidades, podemos hallar la diferencia interior que los alejaba. Eran, uno la fantasía del álgebra, y el otro la precisión de la aritmética.

Se contemplaban mútuamente guardando entrambos un profundo silencio. Elías, absorto, porque nunca la figura de su administrador le había parecido más cadavérica, y se creía en presencia de un espectro; el espectro, porque era de suyo sombrío y silencioso.

Al fin Elías le señaló una magnífica butaca de terciopelo de Utrecht, y el espectro se sentó, como obedeciendo á la presión de un resorte, y haciendo crujir sus huesos al sentarse. Después le presentó la carta del banquero, y el administrador alargó su brazo descarnado y la cogió con dos dedos, lo mismo que hubiera podido cogerla con unas tenazas.

La leyó con semblante impasible, y, después de leída, arqueó las cejas en señal de muda admiración, diciendo con voz sepulcral:

—Exacto.

—Bien (añadió Elías, mirando con indiferencia las molduras del techo). Hay que facilitar la nota que se pide.

—La nota (murmuró). Es inútil.

—¡Inútil!...

—¿Por qué?

—Porque la liquidación no arroja más que ceros.

—¡Ceros!...—exclamó, clavando sus ardientes miradas en las cuencas vacías del espectro.

—Ceros,—repitió éste como un eco.

—Es decir (preguntó): ¿estoy arruinado?

—Exacto,—le contestó, añadiendo un pliegue más al fruncimiento habitual de su boca.

Elías se puso de pie, y dió un paso hacia su administrador con todo el aire de una tempestad; pero se detuvo, y cruzando los brazos, dijo:

—Y bien. ¿Podré yo saber cómo ha sido esto?

La respuesta del administrador fué extender sobre la mesa una liquidación empedrada de números, que aparecían encerrados en casillas, y formados en columnas.

A los ojos de Elías el cuadro de aquella liquidación tomó inmediatamente formas fantásticas. Cada una de las cifras que tenía delante representaba restos mortales de cantidades muertas; cada guarismo era un cadáver que se levantaba como evocado por un conjuro; cada casilla un nicho; los guarismos se convertían en letras, y las letras formaban epitafios: «*Aquí*

LA SIESTA EN CUBA

yacen treinta mil duros, aquí sesenta mil, aquí cien mil.» Por todas partes veía los despojos fúnebres de una riqueza que se había tragado la tierra. Aquello no era una liquidación, era un cementerio.

Y, sin embargo, allí mismo, en presencia de la realidad de aquellos lúgubres dominios de la muerte, veía surgir el fugitivo fantasma de la vida. Por una parte se le representaban los afanes, las inquietudes, el trabajo de muchas generaciones acumulando el caudal de toda aquella riqueza que había venido á parar á sus manos. Por otra parte veía levantarse la visión de los placeres y el fausto de los vicios y de las disipaciones en que había consumido en unos pocos años el producto reunido á fuerza de tanta paciencia y de tanto tiempo. En sus manos acababa de espirar toda la herencia de sus padres; había necesitado para vivir los breves instantes de su opulencia, la vida de muchas generaciones.

—¡Ah! (exclamó, fijando en el administrador sus miradas desoladas). ¡Estoy arruinado!

—Arruinado (contestó el espectro, con la misma voz con que la muerte hablaría á un moribundo). Los excesos de los gastos sobre los productos de las rentas han ido mordiendo en el capital hasta que lo han devorado.

—No lo sabía.

—¡Hum!... (replicó el administrador). Las cuentas hablan.

—No las he visto,—insistió Elías, queriendo apartar de sí la responsabilidad de su ruina.

Aquella especie de sombra humana que acababa de abrir sobre el rico tapiz que cubría la mesa el abismo de una liquidación tan desastrosa, se levantó de la butaca como un muerto de su sepultura, se inclinó delante de Elías, presentándole la desierta redondez de su calva como si quisiera arrojar á su rostro el último cero, y deslizándose por la mullida alfombra que cubría el pavimento, desapareció detrás del soberbio cortinaje que cubría la puerta. Cortinaje suntuoso, que brillaba en aquel momento á los ojos de Elías como una burla de su destino, como los harapos de su lujo, como la mortaja en que se envolvía el cadáver de su opulencia.

Apenas se vió solo, lanzó á su alrededor miradas furiosas, como quien busca una víctima, y no encontrando ninguna digna de su enojo, se precipitó sobre la mesa, en la cual negreaban, resaltando en la blancura del papel, los guarismos inexorables que daban testimonio de su ruina. Allí alzó el puño y lo dejó caer sobre la mesa con todo el ímpetu de su ira. La caoba crujió bajo el peso de tan tremendo golpe; rechinaron los cristales estremecidos; tembló el pavimento, y el artesonado del techo se bamboleó como si fuera á desplomarse.

Al mismo tiempo las cortinas que cubrían la puerta se entreabrieron, y la imagen del espectro apareció de nuevo.

Quiso Elías lanzarse sobre ella; pero sintió en sus piés un peso enorme que sujetaba sus pasos. En cambio la imagen pavorosa que tenía delante se le iba acercando, haciendo crujir sus huesos al escurrirse sobre la alfombra.

Se encontraban frente á frente, y tan cerca, que Elías recibía en su rostro la respiración helada de aquel cadáver mudo y silencioso que parecía complacerse en provocar su ira.

Entonces tendió los brazos para deshacerlo entre sus dedos; pero las manos, encadenadas por una fuerza invisible, cayeron desfallecidas.

Quiso hablar, y no pudo, porque la voz salió de su boca sin sonido, sus ojos se oscurecieron, intentó retroceder, y cayó desplomado.

En medio de la oscuridad que le cegaba, veía la imagen del espectro que se inclinaba sobre él con aire victorioso, como el vencedor sobre el vencido.

Después de un momento de muda contemplación, el vencedor, implacable, alargó el brazo y puso el dedo sobre la frente de su víctima. Elías se extremeció, cerró los ojos, y sintió circular por sus venas el frío de la muerte.

(Se continuará.)

CONFERENCIA

DEL

Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon

EN EL ATENEO DE MADRID

(Continuación)

Sólo la oposición católica está callada. Parece aniquilada en su pequeñez; todos son para ella enemigos; los liberales, los conservadores, los socialistas, la religión nacional; sólo tienen común la legalidad, representadas por el Emperador y la patria. ¿Quién ha de atreverse á contradecir al poderoso Goliaht que acaba de arrojar su manopla de reto en el hemiciclo con el aplauso de toda la Asamblea?

Pero un ligero murmullo corre por los bancos; el presidente acaba de decir: «tiene la pa-

labra el doctor Windthorst, y todos buscan con trabajo al orador, que puesto en pie apenas si llega al nivel de sus compañeros sentados. Nada menos oratorio que su actitud y que su gesto; Windthorst habla, su palabra es sencilla y hasta monótona. Pero un silencio sepulcral reina en la Asamblea; el pecho de bronce del canciller palpita violento bajo las solapas de su uniforme. Es que conoce á su adversario. Este no se detiene en floreos: en dos palabras ha expuesto en síntesis clarísima todo el discurso de Bismark, su argumentación y su propósito, y pieza por pieza comienza á examinarlo.

El análisis es sereno, pero implacable. Heridos por su palabra acerada caen por tierra todos los sofismas y se evidencian sus contradicciones. Su lógica inflexible diseca todos los razonamientos, analiza todas las cifras y aparta toda la hojarasca. Cuando el implacable bisturí ha hecho caer al suelo la piel de león, su pie se aplica con ironía cruel sobre las ancas del orejudo animal que se cobijaba sobre la melena del rey de las selvas, y el auditorio, olvidando que se ríe del discurso que acaba de aplaudir á Bismark, se ríe sin querer, y lo aplaude.

Cuando la discusión termina, aunque los votos de la mayoría sean para Bismarck, está en la atmósfera que el vencedor ha sido Winsthourst.

Pero no era solo el triunfo moral de la inteligencia puesta al servicio de la verdad lo que avaloraba los trabajos del gran orador del Centro Católico. No: el Parlamento era su *campo de batalla*, pero los Congresos católicos en que se preparaban las campañas y se ejercitaba la hueste, eran las *maniobras del Otoño* del ejército de la fe. Allí se preparaban las elecciones, allí se organizaba la prensa, allí se fijaba el programa de la próxima legislatura, y gracias á esta preparación, el ejército se acrecía y se organizaba, y fiel á la disciplina de su jefe y dándole fuerza con su confianza, desplegaba éste toda su habilidad, y Alemania pudo ver, al cabo de siete ú ocho años que duró el *Kulturkampf*, multiplicarse por todo el imperio los católicos, organizarse en comités electorales que hicieron del *Centro Católico* el partido más poderoso del Reichstag, fundarse por centenares los periódicos que cuentan por millares los suscritores, y á la *Perla del Centro*, como se llamaba al Diputado por Meppen, á la cabeza de esta hueste, realizar la profecía de Pío Nono cuando expresaba la confianza de que en breve la piedrecita desgajada de la montaña echaría por tierra al coloso.

Sí, á Windthorst y á la organización de los católicos para la lucha legal se debió la muerte de la persecución violenta; se debió el fracaso de la persecución hipócrita con que se le intentó sustituir; se debió el cambio de la política interior de Alemania; y se debió más, se debió que mientras el socialismo amamantado por Bismark tomaba vuelo á la sombra de las persecuciones del Catolicismo, el Centro Católico, en vez de despreciar la llamada cuestión social, como lo hacían los liberales y los conservadores de Alemania, se encaró con ella, la estudió, la tomó cuerpo á cuerpo, la dió soluciones prácticas; y si hoy en día la cuestión ha tomado las proporciones que reviste, siendo objeto de las deliberaciones del Pontificado y del imperio, el honor de haber llamado la atención de los pueblos y de los reyes sobre las soluciones actuales de este problema y de habérselas hecho adoptar al Congreso internacional de Berlín, pertenece por derecho propio al Centro Católico alemán y á las inspiraciones de su jefe.

¡Tal fué el resultado colosal de un puñado de católicos organizados para la lucha legal en un país protestante, cuyos poderes, armados de toda suerte de armas, ensoberbecidos con todos los prestigios de cien victorias, no vacilaban ante los medios más extremos de la más violenta persecución!...

Comparad, señores, estos resultados con los obtenidos por los católicos en los paises en que, divididos por cuestiones dinásticas, por jefaturas personales, por exclusivismos sectarios, en vez de unirse y organizarse para la lucha legal, se han entregado en brazos de un soldado aventurero con pretensiones de dictador, ó lo han esperado todo de una política pesimista, ó se han lanzado á la guerra civil para ofrecerse como carne de cañón á sus naturales enemigos; y decidme, en verdad, si no era llegada la ocasión en que León XIII dijera á los católicos del mundo entero, en Francia como en España, que ha llegado el tiempo de luchar por la libertad de la Iglesia, en el terreno de la ley, despojando de toda enseña particular el asta santa de la Cruz.

¿Qué pueden oponer á esto ya los católicos? ¿Opondrán su lealtad á un Pretendiente? Pero eso nada tiene que ver con el acatamiento y la adhesión á los poderes legales de la patria. En los tratados de Derecho natural escritos por los más esclarecidos teólogos, está tratada esta cuestión y resuelta en favor de la tésis que sustentamos.

Los derechos de un Pretendiente, aun concediendo que los tenga, no son un fin, son un medio; y un medio nunca puede estar en oposición con el fin á que se determina.

¿Opondrán los consabidos escrúpulos á todo régimen liberal por la famosa proposición tan inexactamente interpretada del *Syllabus* de Pío IX?

Francamente, si de ella se pudo abusar enfrente de Gobiernos y de partidos católicos, ¿quién será bastante audaz para seguir *jugando del vocablo*, ante el espectáculo que nos está dando la Iglesia, aconsejando reconocer nada menos que á la República francesa en los momentos mismos en que esta República, verdaderamente jacobina, pone en planta las leyes que elabora en sus lógias la masonería, con el objeto manifiesto de acabar hasta con el nombre cristiano?

No, no hay pretexto posible para desoir la voz del Vicario de Cristo, que aplicando la doctrina tradicional de la Iglesia, y los santos principios de la Religión ordena á todos los fieles que guardando en su pecho sus naturales preferencias, reconozcan y acaten los poderes legalmente establecidos para luchar por los medios legales en pro de los intereses espirituales de la Religión.

Los que llamen por esta conducta *republicana* á la Iglesia y le acusen de *enemiga de la autoridad*, que se entiendan con los que la apodan *monárquica* y *absolutista*, porque condena la rebelión contra los poderes legítimos de las antiguas Monarquías.

Y los espíritus timoratos que crean que nada se debe hacer mientras no impere en su patria la forma de gobierno que ellos consideran legítima, que piensen lo que hubiera sido de Alemania con el *Kulturkampf* si Windthorst se hubiera retirado á su casa cuando en 1866 la fuerza de las armas llevó á cabo la anexión del Hannover y el destronamiento de su rey, que por dos veces le había nombrado su ministro.

Y si se nos objeta que todo procedimiento de aproximación será inútil, que la República jacobina no desarmará por eso ni abandonará sus proyectos de secularización, empeñada como está en proscribir todo lo que no lleve el *signo de la bestia*, elevada ya la cuestión á estas sobrenaturales alturas, también nos atreveremos á contestar buscando nuestra respuesta en las regiones de la más alta finalidad, lo siguiente:

Cuando Dios prepara en el secreto de sus determinaciones á un predestinado la gracia suprema del martirio, el mártir, atento sólo á morir exclusivamente por Dios, pone todo su anhelo en justificarse de toda acusación que no sea la que le acarrea su fe, para que sea indudable que pierde la vida en *odio á Cristo*, condición ineludible y precisa para obtener la palma y la corona.

Hoy, la democracia que impera en algunos países é invade á paso agigantado ya á otros, toma é impone por consigna en las lógias en que se organiza y se ordena, estas palabras de Bebel, que son ya hoy como el *credo oficial* de la democracia: «en política somos republicanos, en economía socialistas y en Religión ateos.» Lo que, como sabemos, quiere decir: «Preparaos á recibir por la fuerza brutal del número la república, el socialismo y el ateismo, ó á no contar como vivos en el seno de la república democrática.»

Pues bien: yo digo que mientras la gracia de Dios, mediante el apostolado de la Iglesia, no cambie el sentido de la democracia contemporánea como cambió el sentido de los bárbaros en la Edad Media, los católicos, allí donde impere esa democracia, tienen que prepararse al martirio.

Y si como mártires han de padecer ó morir, conviene á la gloria de la Religión y á su propia gloria no padecer ó morir en odio á formas de gobierno imposibles, ni en odio á escuelas económicas egoistas, sino padecer y morir *en odio á Cristo*, que es el modo más seguro de realizar su reinado social sobre la tierra y de reinar con él en los cielos.

Que es, después de todo, la aplicación más sublime del alto sentido que informa la Encíclica de León XIII, que se puede resumir en estas solemnes palabras dirigidas á los católicos franceses: «Aceptad la república, á fin de modificar sus leyes anticristianas.»

Pero bastante hemos hablado del actual *republicanismo* de la Iglesia, y es hora ya de que abandonando el terreno político entremos en el social para decir algo de su pretendido *socialismo*.

No temáis, sin embargo, señores, que engolfándome en esta cuestion tan profunda como los abismos del mar, y tan vasta como la extensión de sus aguas, pretenda daros hoy, condensado aquí todo lo que puede decirse sobre este asunto; bástame sólo como quien señala ligeramente al pasar los puntos culminantes de una cordillera, indicar á vuestra memoria y á vuestra imaginación los puntos más culminantes también de la historia de este problema que entraña y que contiene en su seno los futuros destinos de la humanidad.

Todos sabéis que cuando sonó la hora de la plenitud de los tiempos y apareció en Galilea el esperado de las naciones para anunciar la *buena nueva* del Evangelio del amor á todos los hombres, el naturalismo elevado á religión en el paganismo, había resuelto la cuestión social con lógica inexorable con la panacea de la esclavitud. El rico, el ciudadano, el hombre (que era la excepción), vivía y gozaba á expensas de la labor del esclavo (que era la inmensa mayoría de la humanidad) sujeto á la vil condición de cosa, y como tal, sin derecho á la propiedad del trabajo ni á la propiedad siquiera de la vida. El consabido ejemplo de aquel opulento epicúreo que arrojaba sus esclavos á las murenas para que su sabor resultase más delicado á su estragado paladar, personifica y representa la esencia de la cuestión social tal como la resolvía el naturalismo pagano.

Por eso fué una semilla caida verdaderamente del cielo en los abismos de la tierra, la palabra reveladora y redentora de Aquél que Hijo de Dios según el espíritu, é Hijo de Reyes según la carne, eligió un pesebre por cuna y por asilo un portal, por padres un laborioso carpintero y una modesta costurera, fué artesano también sujeto al trabajo corporal en su infancia, y no queriendo tener como las raposas su cueva y como los pájaros su nido, careció hasta de una piedra sobre que reclinar la cabeza; eligió por compañeros de su ignominia y de su gloria á doce pobres pescadores; repartió los

tesoros de su bondad entre mendigos y desvalidos, y exclamado del fondo de su corazón aquel *Mise eor super turbam* que resonará hasta los confines de la historia, pronunció ante las muchedumbres arrobadas aquel *Sermón de la Montaña* tan sublime, que reveló nuevos cielos y nueva tierra á la humanidad sumida entre tinieblas, y en el que se oyeron por primera vez en el mundo estas consoladoras palabras:

«Bienaventurados los pobres y bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.»

La influencia de una doctrina que era una revelación, que condenaba al rico epulón á los tormentos del infierno porque miraba con desdén la miseria y los sufrimientos de Lázaro, que prometía el cielo en recompensa de un vaso de agua dado en nombre de Dios, fué tal y tan grande en la humanidad que transformó toda la faz de la historia. A su influjo se quebrantaron las cadenas de la esclavitud herida de muerte con la proclamación de la igualdad de naturaleza de todos los hombres y con la proclamación de la propiedad del trabajo, la pobreza dejando de ser un oprobio se vió elevada á la categoría de virtud, y revestida con todos los arreos de la hermosura tuvo amadores y caballeros andantes que abandonaron sus palacios y sus riquezas por correr tras de la dama de sus pensamientos: la hermosa pobreza voluntaria.

El mendigo fué mirado como la representación más genuina del mismo Dios, como la imagen de Jesucristo, y ante el dogma de la fraternidad universal enlazada con la ley de la expiación y con la ley del trabajo, la limosna se convirtió en la llave del cielo, y la caridad en el vínculo social de la humanidad redimida. Al esclavo arrojado á las murenas para mejorar su sabor, sucedió el esclavo adorado en los altares y redimido por el Apóstol que le engendraba á la libertad en las prisiones.

Sin duda que el principio naturalista y pagano no había desaparecido sobre la tierra, y reaccionaba á su vez reclamando los fueros del egoismo, pero la caridad luchaba con él y debelaba.

Entonces era cuando en el ardor de la lucha tronaba con aquellos inflamados acentos contra el lujo, y la esplendidez, y la opulencia y la dureza del corazón de los avaros por los labios ardientes de caridad de los Santos Padres del Oriente, de que tanto partido se ha querido sacar más tarde para acusar de socialista á la Iglesia, olvidando el medio social en que se pronunciaban aquellos apóstrofes, mutilando ó interpretando torcidamente sus textos, y sin echar de ver lo metafórico y figurado de un lenguaje que no hablaba la voz jurídica del *derecho* sino los acentos ardientes de la *caridad* indignada.

La Edad Media que fué, como todos sabéis, la edad cristiana por excelencia, no sólo ennoblecía con la mano libre y sagrada de los monjes el trabajo, no sólo volvió á poner en honor la fuente santa de la población que la antigüedad había tratado de cegar con los más repugnantes vicios, sino que al lado de estos dos grandes imperativos económicos, mientras transformaba los esclavos en siervos y los siervos en ciudadanos, cubría el mundo de fundaciones caritativas, de órdenes religiosas destinadas al alivio de cada miseria y de cada necesidad, de corporaciones en que se organizaba el trabajo, en que se asociaba el capital, y en que se santificaba la ganancia por el socorro del desvalido; y la misma riqueza que por el trabajo gratuito y por el ahorro producido por la abstinencia y la castidad afluía en las arcas de la Iglesia, no se acumulaba en ellas esterilmente, sino que á la vez que levantaba á las nubes las flechas de piedra de nuestras soberbias catedrales, siendo estímulo y galardón de las artes y de las letras, venía por el arrendamiento y el foro á precios inverosímiles por lo ínfimos á ser como la propiedad colectiva de todos los pobres de la Cristiandad.

Sin duda que había allí mucho que mejorar y que corregir; sin duda que quedaba abierta la puerta al progreso; pero la revolución secularizadora, por mano de los reyes primero, y por mano de los llamados representantes del país después, prefirieron la destrucción á la mejora, y la supresión de las Ordenes religiosas, la secularización de las instituciones benéficas y la desamortización de la propiedad eclesiástica despojaron á la clase pobre y menesterosa más que á la Iglesia, que era su administradora en realidad, de su legítimo patrimonio.

El sistema atomístico en el orden religioso, científico, político, económico y social con que se sustituyó, el orden cristiano, es conocido por demás y estamos tocando sus frutos. Aparte progresos ajenos cuando no contrarios para él, debidos á descubrimientos científicos y á otras causas que no son de examinar en este momento, el retroceso al naturalismo pagano, fué en cuanto pudo ser su consecuencia, y no hubo error, absurdo, vicio ni crimen contra la naturaleza y la humanidad de los que había divinizado el paganismo que no fuese rehabilitado sobre el altar por filósofos y economistas, hijos de la revolución religiosa y padres de la revolución social que tenía que ser su consecuencia. La Revolución francesa, que encerró en sus anales, como una sinfonía encierra una ópera, todas las etapas de la revolución universal que estamos desarrollando, dió la nota definitiva de aquel naturalismo religioso en sus últimas consecuencias sociales cuando formuló aquel proyecto de rebajar por medio de la guillotina los 26 millones de habitantes que poseía la Francia, á los 10 que, según sus cálculos, podía mantener sin cultivo el suelo nacional para equilibrar las bocas con los comestibles y realizar el ideal de la filosofía del goce como religión definitiva en la humanidad.

Nos falta tiempo y espacio para desarrollarlo, pero tarea fácil por demás es á cualquiera que se tome el trabajo de agrupar los textos demostrar con testimonios irrecusables cómo, una vez destruída la ley de la caridad para sustituirla con la ley del interés, el problema se ha complicado de manera que sólo se pide ya su solución á la ley de la fuerza, cuando, en realidad, sólo es posible encontrarla en la ley del amor.

El trabajo limitado al individuo, ó incompleto por la concurrencia, ó extraviado en su produción; el matrimonio y la parternidad corrompidos y anatematizados; la libertad señalada como un peligro del orden social en todos los órdenes de la vida; la asociación y la corporación puestos fuera de ley; la limosna rechazada como una afrénta y una degradación; la selección por la miseria y la muerte, secundada como un adelanto; el lujo proclamado como un aliciente á la producción; la inhumanidad erigida en ley, y el egoismo elevado á principio, son las etapas de este progreso durante las cuales hemos visto reaparecer en los senos industriales en que se agita el pauperismo, al lado de todas las concupiscencias de una anarquía desenfrenada, todos los horrores de un despotismo ilimitado, produciendo escenas de muerte y cuadros de desolación que no dejan nada que envidiar á los mayores excesos de la antigüedad organizada sobre la esclavitud.

Y el caso es que mientras la aglomeración de las poblaciones obreras, se paradas por la distancia y el odio del resto de los habitantes, saturadas de envidia por el espectáculo creciente del lujo, imbuídas por el materialismo ateo, armadas de los más poderosos agentes de destrucción y secretamente organizadas en asociaciones internacionales hacen más pavorosa la crísis, la clase media gobernante en el continente europeo, no encuentra otro remedio para conjurar el conflicto que armarlas con el sufragio universal entregándolas, con su abdicación, el cetro de la futura soberanía, y con él el medio de plantear con seguridad, por la mano misma del Estado, sus reivindicaciones sangrientas y sus utopias incendiarias.

Así las cosas, y no cabe negar que así están, nadie podrá extrañar que la Iglesia, que nunca ha cesado de alzar su voz á cada uno de estos errores y peligros, la hiciese oír hoy de nuevo con toda la autoridad de su doctrina, de su misión y de su historia.

Porque es cosa definitivamente averiguada ya, que si el problema social empezó á serlo, á lo menos en los términos formidables que ya reviste, cuando destruida la Cristiandad se declaró la guerra al Cristianismo para concluir poniendo fuera de la ley á Dios, su remedio y su solución tienen que venir de un completo renacimiento del *theismo espiritualista cristiano*, que para dejar de ser un sistema profesado teórica y especulativamente por una escuela y mover con eficacia práctica las voluntades de todos, ó por lo menos de los más, tiene que encarnarse en la Iglesia á cuyo apostolado social se deben únicamente semejantes transformaciones que luchan como con obstáculo insuperable con aquellas tres conscupicencias que se apoderaron de nuestra naturaleza con la caída original.

Yo he sostenido ya varias veces, y por cierto en esta tribuna una de ellas, que lejos de despreciar á la economía política, cual hacen muchos con error, la consideraba con toda sinceridad, como una *rama de la apologética cristiana*.

(Se continuará.)

AVISO

Se ruega á los señores suscriptores que no hayan abonado el año actual, lo verifiquen á la brevedad posible, para evitar los perjuicios que con su retraso causan á esta Administración.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

Mejores tiempos vendrán.

«Puedo esperar un porvenir más brillante».

La sentencia arriba citada forma parte de una carta que D. Angel M. de Panillos ha escrito á los sucesores de Moreno Miquel, farmacéuticos en Madrid.

Que haya un hombre que pueda anticipar mayor felicidad en el futuro que la que ha gozaba en el pasado es un hecho sobre el que pueden felicitarle sinceramente sus amigos. Porque, ¿qué es la vida sino es por el placer y alegría que nos trae? Ser descargado de un peso, estar libre de ansiedades, ser aliviado de algún dolor, son cosas semejantes al desaparecer las nubes del cielo después de los días de tormenta y horror.

La carta entera es como sigue: «Hace algún tiempo»—dice el que la suscribe—«que estando en uno de sus establecimientos consulté á V. acerca de las medicinas que podrían curar más pronto y eficazmente una enfermedad pertinaz del estómago de la que había venido padeciendo por largo tiempo, habiendo probado sin éxito alguno infinidad de medicinas de todas clases.

«Sabrá V. que por su firme recomendación decidí hacer uso del Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y ahora me apresuro á dar á V. las más sinceras gracias por su consejo, puesto que es á este Jarabe al que debo la más comple-

ta cura de tan terrible enfermedad, para la que habían sido inútiles todos los demás remedios.

«Gracias al Jarabe de la Madre Seigel, puedo dedicarme ahora á mi trabajo, y *gozo de la vida nuevamente en plena juventud. Puedo esperar un porvenir más brillante* libre del continuo sufrimiento á que parecía destinado.

«No sé si podrá V. comunicar la expresión de mi gratitud á los propietarios del Jarabe al que debo mi restablecimiento. Pero si le fuera posible comunicárselo le estaré á V. aún más agradecido.

«Suyo, etc. (firmado), Angel M. de Panillos.»

El farmacéutico citado, que es uno de los más respetables de España, no perdió tiempo en participar á los propietarios del Jarabe Curativo de la Madre Seigel el deseo y sentimientos de su corresponsal, enviándoles copia de la carta que dejamos transcrita. Se alegraron, aunque no se sorprendieron, del resultado producido por el uso de su medicina en el caso mencionado.

La enfermedad era indigestión y dispepsia, lo que no es peculiar á ninguna nación ó país, pero que es el origen de pesar y sufrimiento incalculable por toda la extensión del mundo civilizado. Verdaderamente, casi se puede decir que es la enfermedad *única*, tanto más cuanto que otras afecciones, tales como reuma, afección al hígado y riñones, bronquitis, tisis, postración nerviosa, insomnio crónico y jaquecas, están ahora reconocidas por las autoridades médicas más eminentes de ser nada más que el resultado, y por lo tanto, los síntomas del entorpecimiento y embargo de las funciones del estómago, que es la fuente de toda fortaleza en la vida física. *Abolir la causa es siempre equivalente á librarse del efecto.*

Este remedio, cuyo uso es cada día mayor en España, cura la indigestión y dispepsia y anula su continuación como ninguna otra preparación ha podido hacer. Se destina á este objeto y solamente á él.

Podemos añadir que farmacéuticos de tal reputación como los mencionados en la carta, nunca hubieran recomendado una medicina de cuyos méritos no se hubieran cerciorado antes; y tanto su agradecido corresponsal, como el público en general, que lea su franca y persuasiva carta y se aproveche de ella, no podrán menos de agradecerles el haber llamado su atención hacia el Jarabe.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de estemedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento. — *Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.*

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dúcser, 1. Rue J. J. Rousseau. París

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FELIPE PINTO

Calle de la Flor Baja, núm. 11.

1803

ELIXIR DE Protocloruro DE HIERRO CON HIPOFOSFITOS DE VIVAS PÉREZ

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.*

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.—MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA. Farmacia VIVAS PEREZ

MONTERA 23

RELOJES

DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G.° GIROD

Sucesor de **Losada.**

MEDICACION ANALGÉSICA

Solucion y Comprimidos DE **EXALGINA** DE **BLANCARD**

JAQUECAS

COREA

REUMATISMOS

DOLORES

NEVRALGICOS, DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento

CONTRA EL DOLOR

PARIS, rue Bonaparte, 40

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA

DE

VICENTE GARCIA MUSTIELES

(SUCESOR DE PÉREZ)

CALLE MAYOR, NÚM. 50

MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.

Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.

Se sirven los pedidos con toda prontitud.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españole y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 pts.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 15 pt. fs.
Un año..... 4 »

NÚMERO 15. Madrid 15 de Agosto de 1893.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 francos.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pesos.
Un año..... 5 »

SUMARIO

TEXTO

La libertad, por Valentín Gómez.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—El puesto de café, por Alfonso Pérez Nieva.—Nuestro arte religioso, por José Ferrándiz.—Un insigne músico español, por Justo Alvarez.—Dos lágrimas, por Manuel Polo y Peyrolón.—La Exposición de Chicago, por Bachiller Alonso.—Joyas literarias: Mundo, demonio y carne, por José Selgas.—Conferencia del Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon.—Reclamos y anuncios.

GRABADOS

Busto del Gran Capitán Gonzalo de Córdova.—Sucesos de la Commune.—El Arzobispo de París en capilla.—Los frailes franciscanos exhortando al pueblo.—Exposición de Chicago.—Pabellón central.—La Bruja.

LA LIBERTAD

III

Así como la buena organización y el orden no pueden existir en la sociedad si no existen antes en la familia, así también la libertad política no existe donde no es libre la familia.

Pueblo de esclavos, familia esclavizada. ¿Es tiránico el poder sumo, ya resida en una sola persona, ya en una Asamblea, ya en una clase social? Tiránico será también el padre de familia, que al fin y al cabo, por más vueltas que se dé al origen del poder, no es del individuo aislado, sino de los individuos que forman la sociedad doméstica, de donde nace la sociedad política, y por consiguiente la autoridad soberana de los pueblos.

De modo que todas las modificaciones que se hagan en la constitución de la familia, tienen que reflejarse forzosamente en la constitución de la sociedad política; y por eso no se arraigará jamás el despotismo en un pueblo compuesto de familias libres, ni será la libertad verdadera en un pueblo cuyas familias estén sometidas al poder omnímodo y absoluto del padre.

Antes de que Jesucristo rompiese las cadenas de toda esclavitud y agrupase á todo el género humano alrededor del sublime Madero, como se agrupa un rebaño en torno del Buen Pastor, la familia era un pequeño estado despótico, donde las mujeres y los niños gemían bajo el yugo de la más grosera servidumbre. Y esto acontecía lo mismo en el mundo entonces conocido que en el mundo descubierto siglos después por Cristóbal Colón: lo mismo en el culto Imperio romano que en los pueblos selváticos del interior y del Sur del Africa; así entre los chinos como entre los celtas, y entre los cimbros que derrotaban á César en las Islas Británicas, como entre los hijos de las nieblas germánicas y escandinavas, aunque los montuosos países septentrionales sean y hayan sido siempre más favorables á la libertad por la naturaleza misma del terreno, que mantiene constantemente separadas á unas familias de otras, lo cual hace que al espíritu centralizador de los países abiertos sustituya el espíritu federativo.

La servidumbre, más ó menos desarrollada en todas partes: la familia en todas partes foco primordial de la tiranía: hé aquí el hecho que proclama á gritos la historia del género humano, y que á la hora presente no hubiera dejado de ser sin la redentora luz del Cristianismo.

Habla Cristo, que es la luz, y desaparecen las castas, y queda aniquilado el principio de la servidumbre en la familia con el ennoblecimiento de la mujer y la inviolabilidad del niño, y se prepara la abolición de la servidumbre en la sociedad, confiriéndose á todos los hombres el honroso título de hijos de Dios, y el cetro de los Reyes se doblega bajo el peso de la terrible responsabilidad que les aguarda ante el Rey de cielos y tierra, y los débiles, y los pequeños, y los pobres entran en el mismo palacio que los grandes, palacio de jaspe y oro que contiene vivo al Dios que todos adoran, y se acercan á la misma Mesa á comer ese Pan de vida eterna, que á todos los convierte en tabernáculos de la Divinidad.

¡Qué maravillosa transformación en el orden de las cosas humanas! El hábito que tenemos de gozar de estos beneficios inestimables es causa de que los miremos como cosa de poca monta, cuando bien examinados bastarían para que sin más averiguaciones filosóficas nos abrazásemos con amor inmenso al bendito Madero de la Cruz, de donde brotó la copiosa fuente de nuestra libertad y de nuestra dicha.

Conviene de vez en cuando transportarse con la imaginación á los tiempos anteriores á la venida del Mesías, ó no más que á los países en que todavía no ha penetrado la clarísima luz del Evangelio; y después de ver lo que eran y lo que son hoy la mayoría de los hombres y todas las mujeres y los niños en aquellos tiempos y en estos países, preguntarnos á nosotros mismos, cuando nos sentimos agobiados por el peso de la más grande injusticia social, ó heridos por el golpe más rudo de la mala ventura: ¿quisieras tú, criado en el seno maternal de la Iglesia y en una sociedad formada y constituída por el Cristianismo, haber nacido en los mejores tiempos de Grecia y Roma? ¿Quisieras ser hoy ciudadano de la China, el Imperio más poblado y más culto del mundo gentil, ó súbdito del Califa de los creyentes? Tú, miserable obrero que blasfemas de Jesucristo, que detestas á los Sacerdotes, que vomitas injurias contra el Pontificado, y que desearías no dejar piedra sobre piedra de los templos levantados al único Dios verdadero, ¿sabes lo que serías si fueses contemporáneo de los grandes oradores republicanos de Roma, ó vivieras en el glorioso siglo de Pericles en Grecia? ¿Sabes lo que serías si hubieras nacido en China, ó en Turquía, ó en la India, ó en cualquiera de los Estados del Asia y del Africa? Amas á tu mujer y á tus hijos, y quizá alguna vez ellos te acompañen en tu horrible tarea de blasfemar de Aquel que os ha dado lo único que hoy tenéis: dignidad de hombres, libertad de alma y derechos incuestionables al amor y al respeto de vuestros semejantes.

Pues bien, desgraciado: ¿sabes lo que serían tu mujer y tus hijos si el Cristianismo no los hubiera ennoblecido? Un punto más que esa rueda á la que estás dando vueltas para ganarte el sustento de cada día, y casi menos que el perro que tu amo mantiene y cuida con un cariño que probablemente te negará á tí, porque ha olvidado el bautismo como tú. Todos vosotros seríais miserables esclavos condenados quizá á divertir al pueblo romano con vuestra muerte en la arena del Circo, mientras vuestras mujeres serían vendidas ó cedidas á la lujuria de algún Cónsul enriquecido con los robos hechos á un pueblo conquistado. Y si esto no, serviríais de diversión á algún griego que para ejercitar su destreza clavaría su dardo en vuestro pecho: ú os agruparíais como animales inmundos, en viviendas húmedas y estrechas, mezclándoos en espantosa confusión de sexos y de edades, como en China, expuestos á los bárbaros capricho de un mandarín; ó seríais ¡oh infelices mujeres! quemadas en la misma hoguera que consumiese el cadáver de vuestros maridos, como en la India, ó figuraríais como insignificantes ceros detrás de la absorbente y suprema y absoluta *Unidad* del Soberano musulmán, fanático secuaz del impostor de Medina.

Esto seríais, esto seríamos la mayor parte de los que hoy formamos el nervio y la sangre de la culta sociedad europea: esto sería ese pueblo que, engañado por sofistas ambiciosos y mercaderes de conciencias, anda desolado en pos de un fantasma de libertad y de emancipación, que no hallará nunca fuera de las anchas vías del Cristianismo.

«Pero ¡ah! (oigo decir al fatigado obrero que después del penoso trabajo del día se recoge á una miserable vivienda y apenas tiene un pedazo de carne que dar á su familia), á pesar de esas bellezas y de esas ventajas que se notan en el seno de las sociedades cristianas y de los horrores de las sociedades gentiles, yo veo que mi condición es bien poco lisonjera.

No soy esclavo, ni siervo, ni nadie puede disponer de mi vida impunemente, ni tiene derecho á atropellar á mi mujer, ni arrancar de mis brazos á mis hijos; pero vivo en casas miserables y mal sanas, como mal ó no como cuando la enfermedad ú otra circunstancia cualquiera me deja sin trabajo, y al fin de la jornada resulta que á costa de lo que yo sudo se enriquecen otros, mientras yo me moriré sobre un mal jergón de paja, única herencia que probablemente recogerán mis hijos cuando yo falte. ¿De qué me sirve, pues, esa libertad cristiana, si no me libra de la miseria?»

Así habla el obrero disgustado de sí mismo, porque la serpiente de la codicia ha silbado en su oído las antiguas palabras que sedujeron á nuestros primeros padres: *eritis sicut Dii.* Pero ese no es el lenguaje del obrero cristiano que, fija la mirada en la Cruz, sabe que Jesucristo no abolió la pobreza; antes bien vino á ennoblecerla, á aristocratizarla, prometiendo nada menos que el reino de los cielos á aquellos que fueran pobres de corazón.

Sí, es verdad: todavía el obrero no es rico; todavía el pobre es pobre. Pues si no hubiera pobres, ¿para qué serviría la riqueza? Pobres hay, y pobres habrá entre nosotros hasta el fin de los tiempos: ¡y muchos lo serán aun nadando en la abundancia! Mas qué ¡obrero infeliz! cuando en los momentos de angustia se acerca un alma caritativa á consolarte; cuando en la hora de la estrechez suprema llega una mano generosa á encender de nuevo el apagado fuego de tu hogar; cuando consumido por la fiebre te agitas en el lecho del dolor maldiciendo tal vez de las desigualdades sociales, y ves de pronto que se acerca á tu cabecera una mujer con toca blanca y sayal grosero, y empieza á cuidar de tí como una madre de su hijo, ¿no piensas en que aquella alma caritativa, aquella mano generosa, aquella mujer abnegada, son una alma, una mano y una mujer creadas, formadas, nutridas é impulsadas por el espíritu de Jesucristo? ¿No piensas en que ese bien que recibes lo recibes porque el Cristianismo ha traído la caridad al mundo, y te ha hecho hermano de todos los demás hombres é hijo de Dios, tanto más predilecto cuanto mayores sean tus necesidades y tus infortunios?

Vuelve la vista á esas magníficas moradas en que se da pan al hambriento, vestido al desnudo y cuidados exquisitos al enfermo: mira esos grandes y á veces suntuosos edificios donde se recogen los niños abandonados por sus crueles padres: ¿qué ves en lo alto de sus torres y sus puertas? Una cruz: el sublime signo de la redención del hombre; el glorioso emblema de su libertad y de su dignidad; el árbol fecundo de donde proceden estos admirables frutos de caridad que no existirían sin el gran principio cristiano de que todos somos igualmente hijos de Dios, y de que por esto, nos debemos todos amor recíproco y fraternal y dispuesto á los mayores sacrificios.

Te quejas de tu pobreza, impaciente trabajador; pero no quieres considerar que el Cristianismo, además de ofrecerte un premio infinito en la otra vida, la ha rodeado en ésta de una espléndida aureola que ¡ay! el espíritu pagano de nuestro tiempo pretende amortiguar. Cuando la sociedad era más cristiana, se fundaban Órdenes religiosas en que la pobreza se convertía en voluntaria obligación, para que los pobres forzosos no tuviesen ni aun el derecho de juzgarse desheredados como hoy, porque había ricos que les disputaban el privilegio de su desgracia cediéndoles sus propios bienes. ¿Hay más que volver á cristianizar la sociedad para vuelvan á ser los pobres los verdaderamente privilegiados? No eres justo, pues, al desesperarte, y menos justo al desconocer los

grandes beneficios que debes á Jesucristo y su Iglesia. Y si por ventura tienen algún fundamento tus lamentaciones, echa toda la culpa á los hombres que pretenden separar al mundo de la fe cristiana, y que han puesto en tus lábios la blasfemia, en tu entendimiento el error y en tu corazón el odio. Ellos son los que causan tu mayor desdicha, porque, en vez de enjugar tus lágrimas, las explotan. Ellos son los que realmente te desesperan, porque te han hablado de una libertad que ellos necesitan para venderla al primer tirano que se la pague bien, y te han cubierto con un irrisorio manto de soberanía, de que ellos al fin se aprovecharán para enseñarte á cañonazos lo que la Iglesia te enseñaba con la amorosa elocuencia de su caridad inagotable.

IV

Esta hermosa y santa libertad es hoy desconocida de los hombres, y, según al principio dijimos, los hombres andan todavía afanosos tras ella como si no la tuvieran al alcance de su mano.

¿Por qué esa ignorancia tan grosera y ese afán tan estéril? ¿Cómo tan ciegos, que para huir de la oscuridad vuelven las espaldas á la luz?

La malicia de los unos y la indiscreción de los otros han sido culpables por igual de este atentado contra la verdadera libertad de los pueblos.

Los unos, maliciosamente han pedido el desenfreno de sus pasiones, y no han hallado otro modo de justificarlo que compartiendo con el mal los derechos del bien.

Los otros, indiscretamente han pretendido revestir instituciones puramente humanas con caractéres divinos.

Aquéllos han querido demostrar que la obra de Dios era obra de los hombres.

Éstos, por el contrario, sostenían que la obra de los hombres era obra de Dios.

Los primeros, negando la divinidad de la Iglesia, han afirmado que el hombre es verdaderamente libre cuando puede decir, pensar y hacer todo lo que quiera, con tal de que se sujete á la ley, que no es otra cosa, según ellos, sino la expresión de la voluntad del mayor número.

Los segundos, han atribuído al César autoridad tan extensa y tan infalible como al Papa, y en el choque de estas dos infabilidades han preferido siempre la del César.

La democracia y el cesarismo: hé aquí los dos grandes enemigos de la libertad, porque son los dos grandes enemigos con que ha tenido que luchar la Iglesia ahora y antes, en todos los tiempos y en en todas partes.

Bien que esos dos enemigos casi son uno mismo: pues si la democracia, tal como hoy se entiende, concede al pueblo lo que es de Dios, el cesarismo hace idéntica concesión al César; y así resulta que la una y el otro reconocen por igual, como fuente de justicia, de verdad y de poder al *hombre*, negando ese reconocimiento á Dios y á su Iglesia.

De estos errores nacidos del falso concepto de la libertad, que no puede ser ni el desenfreno de la inteligencia, ni el grosero capricho del inculto populacho; y de la autoridad, que no es el despotismo de un monarca, proceden los dos grandes males de nuestro tiempo: la anarquía y la servidumbre.

En nombre de la libertad se ha hecho escarnio de toda ley, se ha despedazado toda tradicional institución, se ha puesto en almoneda el Poder público, y se ha entregado á las sociedades cristianas al salvajismo de turbas sin Dios, á la codicia de políticos sin conciencia, y á la vanidad de apóstatas sin honor.

En nombre de la autoridad se han usurpado derechos legítimos á la Iglesia, se ha pretendido que los báculos de los pastores se conviertan en ruines llaves de gentiles hombres de cámara, se ha robado la propiedad eclesiástica, y en ocasiones se ha hecho de los pueblos rebaño de colonos de un señor, á quien todos debían la sumisión denigrante del siervo, no la obediencia honrada del ciudadano.

En medio de la confusión producida por estos extremos igualmente viciosos, como hijos de un mismo error, la voz de la Iglesia de Jesucristo ha recordado á los hombres sus derechos y sus deberes, para salvar la libertad de los unos y proteger la autoridad de los otros; pero los hombres, alejados de la Cruz, y sordos á aquel acento material, siempre dulce y cariñoso con los débiles, siempre severo y á veces terrible con los fuertes, continúan la tenaz pelea, sin que haya ni remota esperanza de conciliación entre los ciegos y desatinados combatientes.

Ni la habrá, mientras el mundo civilizado no reconozca la supremacia indiscutible de Jesucristo y de su Vicario.

El mundo no puede ser ni demagogo ni gibelino: tiene que ser *güelfo:* y así será libre.

¿Qué Constitución, qué Gobierno, qué ejército podía ofrecer nunca á los pueblos garantía de libertad como las ha ofrecido y las ha dado la Iglesia por medio de sus Pontífices Romanos?

Diez y nueve siglos se levantan desde el fondo de la historia para dar testimonio de los beneficios que debe al Pontificado la libertad de los pueblos.

Dígase quién puso coto á las demasías de los emperadores germánicos más que los Pontífices, que perdieron sosiego, independencia y salud por la de los pueblos esclavizados.

Dígase quién más que los Pontífices eximía del juramento de fidelidad á los ingleses cuando desde el Trono se aherrojaba su conciencia y se decretaba la apostasía.

Dígase quien amenazaba con la maldición del cielo á los Reyes que imponían tributos innecesarios á sus súbditos, más que los sucesores de Pedro el Pescador.

Dígase quién abría las puertas de todas las dignidades, sin excluir la dignidad pontificia, á los humildes hijos del pueblo, quién constituía esa verdadera, y única, y santa democracia, en que la eleccion es el medio más general para conferir los altos cargos, y el mérito, y la verdad, y el saber las únicas condiciones exigidas para desempeñarlos, más que la Iglesia del Divino obrero de Nazareth la Esposa del adorable Ajusticiado del Calvario.

En ninguna sociedad política, antigua ni moderna, se ha establecido jamás una Constitución tan democrática como la de la Iglesia, y una autoridad tan sólida como la del Pontífice, ni se ha conocido Monarquía tan popular como la de Pedro, ni pueblo tan libre como el pueblo de Cristo.

Lo que hay es que la perversidad humana no saborea los beneficios de la paz producida por el orden con que el Cristianismo lo establece todo, así en la vida pública como en la privada; y cuando se ha visto que gobernantes y gobernados eran felices viviendo juntos á la sombra de la Cruz, y recibiendo con filial amor las bendiciones de la Iglesia, se les ha dicho, como Satanás á nuestros primeros padres: «Estáis embrutecidos; no conocéis las ventajas del movimiento: creéis gozar de la paz, porque estáis quietos: y esa quietud es la de la muerte.

Levantaos, pueblos, á disfrutar de la nueva vida que os ofrece la libertad de vuestra conciencia y de vuestro pensamiento. Abandonad la casa paterna, donde os llaman hijos, para que no caigais en la cuenta de que sois esclavos, y reconocéos soberanos de vosotros mismos, con una fe, una ciencia y una autoridad formadas á vuestro gusto, no con la fe, la ciencia y la autoridad qus os impusieron al nacer, hollando los derechos más absolutos del sér humano».

Los pueblos oyeron el silbo de la serpiente, y, como hijos pródigos, huyeron tumultuosamente del hogar paterno, juzgándose libres en medio del desierto de la incredulidad y felices entre los chacales de las selvas.

Pero la experiencia de esa libertad y de esa dicha no debe satisfaceries por completo, pues cada día piden más y con más ahinco.

¿Libres de la Iglesia? No basta. ¿Libres de os Reyes? Es poco; se necesita ser libre de todo amo; y el obrero quiere libertarse del capitalista, el colono del propietario, el hijo del padre, la mujer del marido; y en esta progresiva fiebre de emancipación, el hombre acaba por librarse de sí mismo, harto de la nueva y atroz servidumbre á que le condenaran sus pasiones.

Hijo pródigo de la Iglesia, no le queda al *hombre libre* de nuestra época más recurso que el suicidio ó el arrepentimiento.

Mientras el concepto de la libertad no se funde en los principios esencialmente populares, democráticos, igualitarios y fraternales del Cristianismo: mientras no se reconozca que la Cruz es el emblema único y universal de la emancipación del mundo, y que Pedro, el humilde pescador de Galilea, el Vicario del Divino Maestro, está por encima de todos los Reyes, porque es el verdadero Padre de todos los pueblos, la libertad será, ó una palabra vana que explotarán los ambiciosos y escarnecerán los Césares, ó un grito de rebelión perpetua, de discordia sangrienta y de salvaje anarquía, que obligará á los hombres á buscar en la propia muerte descanso á sus inútiles fatigas, y en la ajena, bárbara satisfacción á sus feroces instintos.

El edilema es ineludible: ó esclavos de la Cruz para ser libres, ó libres de la Cruz para ser esclavos.

VALENTÍN GÓMEZ.

GRABADOS

Busto del Gran Capitán D. Gonzalo de Córdova.
(Pág. 225.)

Don Gonzalo de Córdova es llamado justamente el Gran Capitán, no sólo por haber sido el mejor general de su tiempo, sino por la revolución que dirigió en la táctica militar, sustituyendo el poder de la caballería por el de la infantería. Durante la Edad Media, la infantería apenas se contaba en las batallas; dos ó tres caballeros cubiertos de hierro bastaban para romper una masa de centenares de infantes. Caballeros eran los nobles; los infantes los plebeyos ó villanos; y de aquí que la superioridad militar de los primeros significase también incontrastable superioridad social. Desde el momento en que se inventaron las armas de fuego, tenía que desaparecer esto; porque un hombre á pie, armado con mosquete, es más poderoso que el caballero cubierto con el peto y la rodela. Gonzalo de Córdova fué el genio que, aprovechándose diestramente de estas circunstancias, aseguró la superioridad militar de la infantería; y es, por lo tanto, el iniciador y padre de la guerra moderna.

A este mérito unió el de ser un insigne *estratega*, ó sea general en jefe como ninguno en su tiempo; y supo hacer la guerra en grande, todo lo en grande que podía ser en aquella época, y con los limitados recursos que tuvo á su disposición.

Porque, exceptuando á Belisario y á los conquistadores de América, ningún general ha hecho mayores hazañas con menores elementos. En su famosa campaña de Nápoles, Gonzalo de Córdova mandó á lo sumo tres ó cuatro mil hombres, y con ellos se impuso á los napolitanos, y venció en campales batallas á más de 30.000 soldados franceses, que eran la flor de la caballería cristiana en aquellos tiempos.

Para conseguir tan asombroso resultado, el Gran Capitán hubo de poner en juego todos los recursos del ingenio humano: el talento político y la fina astucia diplomática, y los talentos

propios del general y el valor del soldado. Agréguese á esto que de España no le mandaban un cuarto para mantener y equipar su ejército, y él tenía que proveer á todo, que buscarlo todo, desde los zapatos de la tropa hasta el rancho que habían de comer y la pólvora con que habían de disparar. No era un organizador, sino un creador.

Estudiando la infantería romana, Gonzalo de Córdova organizó la suya por aquel modelo, y creó el tercio español de infantería, basado en lo que se llama vulgarmente *tacto de codos*, ó sea constituyendo una verdadera muralla de hombres, erizada de picas y vomitadora de balas, ante la cual los caballeros acorazados de la Edad Media no tuvieron más remedio que cejar vencidos. Este sistema, á que debió Gonzalo de Córdova su reputación y la conquista de Nápoles, y España la superioridad militar de que disfrutó durante cerca de dos siglos, no fué abandonado hasta que la perfección maravillosa de las armas de fuego no permitió aglomerar los hombres en grupos, en que fácilmente harían enormes brechas los fusiles y cañones modernos. Entonces ha habido que abandonar el *orden cerrado* por el *orden abierto*.

Es muy conocida, y no hay necesidad de repetirla, la biografía de Gonzalo de Córdova. Soldado en la guerra de Granada, general en la de Nápoles, sus victorias de Ceriñola y del Garellano, el sitio de Barleta y otros innumerables hechos de armas le conquistaron una reputación que el tiempo no ha podido destruir. Gonzalo de Córdova es el iniciador de nuestra superioridad militar, y por lo tanto, una de las más insignes glorias de nuestra patria.

Sucesos de la Commune.—El Arzobispo de París en capilla.
(Pág. 229.)

Representa nuestro grabado una de las páginas más negras de la historia moderna. En 1870, después de los grandes desastres de Francia, aprovechándose del desconcierto universal, los revolucionarios parisienses se apoderan de la ciudad, y se muestran tan crueles y salvajes en el mando, como cobardes habían sido en los campos de batalla. Atacados por el ejército, se defienden aquellos bárbaros incendiando los más hermosos edificios y fusilando á las personas más distinguidas é inocentes, á título de rehenes. Entre estas víctimas se contó el virtuosísimo Arzobispo de París. Francia y el mundo lanzaron un grito de horror; y si la reacción que se produjo entonces hubiera sido hábilmente dirigida y aprovechada, Francia no estaría hoy á pique de caer de nuevo en manos de aquellos desalmados asesinos. Pero las lecciones de la experiencia parece que se han olvidado ya, y los Gobiernos ateos que se suceden en Francia no piensan en otra cosa que en perseguir á la Iglesia de Dios. Para poner remedio á tan graves males, Su Santidad León XIII aconseja á los católicos franceses que se unan, dejándose de cuestiones políticas, aceptando la República como forma de Gobierno, y procurando destruir la legislación infame que los masones han establecido á la sombra de esa misma República. Pero los católicos franceses no parecen muy dispuestos á seguir un consejo que es el único capaz de salvar á su país. Y mientras que ellos se destrozan discutiendo si sería mejor el imperio de Víctor, ó la monarquía de Felipe VII, ó el reinado de Cárlos VII en España, los enemigos hacen su obra, y preparan una nueva explosión de odio y de crímenes como la de 1870.

Los frailes franciscanos exhortando al pueblo.
(Pág. 232).

Este cuadro representa una escena muy frecuente en Italia, y que no lo era menos en nuestra patria antes de 1834. Por lo demás, no necesita explicación.

Exposición de Chicago.—Pabellón central.—(Pág. 233).
(Véase el artículo).

La bruja.—(Pág. 237).

Este cuadro, titulado *La bruja*, se refiere á una leyenda que ha servido de base á novelas, dramas y zarzuelas de gran espectáculo. Una princesa que nadie sabe dónde reinaba, perseguida por numerosos enemigos, no encuentra otro recurso que vestirse de bruja, y como tal entra en todas partes, y nadie sospecha que bajo sus harapos se oculta toda una gran señora, joven y hermosa además. Vive la bruja en el mismo castillo de su propiedad; pero llega un día en que los del pueblo acuden á prenderla para llevarla al fuego, castigo de las hechiceras. Pero entonces se descubre ella, y aparece radiante de juventud y hermosura; es reconocida por sus antiguos vasallos, y su triunfo es completo y magnífico.

ANTONIO DE OLMEDO.

El puesto del café.

Meditabundo, pálido, trémulo, encogido, soplándose las uñas, pisando con fuerza para desentumecerse los piés descalzos, encendidas las mejillas por el cacheteo del aire matinal, con las sogas del oficio al hombro, trotaba Frasquillo calle abajo en busca del puesto de café donde se desayunaba á diario á la vuelta de cinco céntimos. Las tripas alborotadas é impacientes le gruñían al muchacho pidiéndole alimento con estruendoso ronquido, y el muy granuja decíales soltando un terno redondo: ¡Sus queréis callar! ¡Pus no es poca la exigencia!... ¡Ahora comeréis, hombre, ahora comeréis!... Pero á la vez que dirigía tan consoladoras frases á sus propios intestinos, murmuraba el mozo, sin poder dominar su temblequeo: ¡con tal que la tía Guindilla me fíe! ¡Porque lo que es hoy no tengo ni una *mota*!... Y mortificado por esta idea, lagrimando de frío, hambriento y fatigoso, agachándose de cuando en cuando para coger las colillas que encontraba al paso, dió al fin con sus huesos la yerta criatura en la Puerta del Sol.

Minutos más minutos menos todas las agujas del reloj de Gobernación marcaban las siete y media escasas, pues porque aquel entonces no estaban enemistadas las tres esferas. Hacía una mañana brumosa y oscura, y el cielo, cubierto de un tropel de nubes grises, presagiaba un día de temporal, y allá se erguía en la torre del Ministerio la movible veleta, que fija en el Sur, ponía el visto bueno á las amenazas del horizonte. Un viento sucio y glacial soplaba de la calle Mayor, estrellando contra el pilón de la fuente los guiñapos y papelotes que arrebañaba del piso, y fuera del murmullo del aire, no repercutía ningún otro rumor en la gran plaza.

Aquí y allí, al borde de las aceras, humeando sobre la lumbre las panzudas vasijas cargadas de café hirviendo, apilados los vasos y platitos en la esquina de la mesa portátil, á punto los frascos de guindas en aguardiente, los puestos ambulantes llamaban á gritos con sus aromas á los jornaleros de tránsito, invitándoles á tomar el desayuno. Algunas mesas no tenían aún público en torno; en otras la aguardentera con el pañolón anudado á la espalda, servía enormes vasos de café con leche á los parroquianos, riendo y bromeando con los trabajadores, los municipales y los guardias de seguridad que en el bullicioso grupo mojaban en el cálido líquido combros y buñuelos. Ni un solo coche de alquiler se divisaba por aquellos sitios; todavía los primeros tranvías no asomaban por las calles de Alcalá, Carretas y Montera, y únicamente los ómnibus de los hoteles, parados junto á las anchas losas, aguardaban á los intérpretes para escapar en derechura á las estaciones del ferrocarril en demanda de los viajeros del correo. Las modistas más madrugadoras, garbosas y rápidas de andares, rebujadas en sus chales, y las domésticas menos perezosas, llevando al brazo la cesta para la compra, cruzaban en todas direcciones, sueltas, por parejas, agrupadas mientras el carro de la basura, alborotando con el tintineo de la campanilla hacía su entrada triunfal en el recinto de la plaza precedido de una fila de barrenderos que levantaban grandes tolvaneras de polvo.

Sonándose con dos dedos y limpiándoselos después en la sucia pelambre, con la cara más risueña y amablota que pudo, se acercó Frasquillo al puesto de la tía Guindilla, y ganoso de conquistarla la dijo piropeándola sin quitar ojo á la redonda bandeja atestada de churros:

—¡Buenos días, y frescos!.. ¡Puñales con usté!... ¡Pus no tié ya armao tóo, y no son más que las siete y *michi*!

La aguardentera se ladeó un tanto para mirar al chico, y con aire socarrón le respondió brutalmente á la vez que abría la espita del depósito del café para servir un vaso al trapero de la barriada.

—¡Mira, no te vengas con lilailas, lo que es que no tienes en el bolso ni un perro!..

La dueña del puesto había dado en la llaga. Frasquillo se puso como una amapola, y apremiado por sus tripas, creyendo obtener buen éxito, seducido por el perfume que la cafetera exhalaba de su vientre de zinc, fué á abrir la boca para contestar en nombre de su estómago: ¡se lo ha calao usté!.. Pero la aguardentera no le dió tiempo para despegar los labios, y fosca y airada, con la brutal grosería de la clase ínfima, le dijo al rapazuelo escupiéndole el insulto en su propio rostro:

—¡Pus mira, yo no tengo por qué mantener á naide!... Cuando me pagues el rial que me debes, entonces te fiaré, y si no tiés donde ganarlo lo robas, pero á mí no me vengas con pijoterías ni con préstamos!...

El pobre Frasquillo se quedó atónito, abrumado, estupefacto; esperaba el golpe, pero no la herida. ¡Y los intestinos que seguían rugiéndole como si oyesen la vecindad del desayuno!... ¡Medrados estaban!... El primer impulso del granuja fué tirar un vaso de los del puesto á la cabeza de la tía Guindilla, meter mano á los churros y echar á correr!... ¡Lo que es á piernas ligeras no había quien le ganase!... Pero el rapazuelo tenía también su orgullo, y la aguardentera no había de reirse de él. ¡Se lo juraba! Y con las cejas fruncidas, airado y rabioso, se trajo de un tirón hacia adelante la gorrilla de seda, escupió por la comisura de la boca y se puso á silbar la marcha de *Cádiz*. Inmóvil y meditabundo permaneció un rato sin acertar á separarse del puesto; con vista de idiota siguió al ama de aquella cantina al aire libre, que á pasos cortos para que no se derramase, llevó una copita de aguardiente al mayoral del ómnibus del hotel próximo, parado á medio metro de la mesa donde el café se servía; y como si el carruaje le diera la idea que buscaba, pasó por la faz de Frasquillo un relámpago, se le iluminaron los ojos con una explosión de alegría, se quitó del hombro las sogas que á cuestas llevaba, y rápido, con disimulo, con maña de prestidigitador, anudándola en un periquete por la fuerza de la costumbre, y de espaldas casi para no perder de vista á la tía Guindilla, ató la recia tomiza á una de las patas del puesto, dejó la cuerda colgando para que arrastrase y no se notara, y acercándose al ómnibus por la trasera, fingió cojer del suelo una punta de cigarro, se agachó, lió la soga por el otro extremo y á raíz del piso á una de las ruedas grandes, y complacido de su obra se alejó despaciosamente, sin prisa para no excitar sospechas, con aire de Napoleón en Austerlitz, gozando de antemano del efecto de su travesura. Pero no le bastaba á Frasquillo figurarse lo que iba á suceder; quiso verlo, y para

SUCESOS DE LA COMMUNE.—El Arzobispo de París en capilla

tener asegurada la fuga en caso de peligro, se refugió tras los carteles de la anunciadora enhiestos en suférreo marco en la Puerta del Sol, y allí esperó impaciente y desasosegado á que partiera el ómnibus de la fonda.

Tan... tan... tan... dieron las ocho en el reloj del Ministerio, y al oir las campanadas soltó el mayoral del coche una blasfemia terrible. ¡Dónde tendría él la cabeza para habérsele pasado la hora!... ¡Y los viajeros del correo del Norte que estarían llegando á la estación!... Y requiriendo la tralla sacudió dos latigazos atroces al tiro, y el ómnibus arrancó con violento empuje al trote de las tres caballerías que le arrastraban. Estiróse entonces la cuerda hasta ponerse tensa, atrajo al puesto, el puesto vaciló, ladeóse, se empinó por una punta como si se encabritara, y todo el servicio vino abajo con un estruendo espantoso, precipitándose en un alud de revuelta loza, atropellándose al caer platos, frascos y vasos, y quedando el piso cubierto de una alfombra de pedacitos de cristalería, mientras que el ventrudo tinajón del café, dislocado por la tapa, dejaba escurrirse hacia la alcantarilla de al lado un reguero de agua sucia, humeante, que señalaba su curso con un finísimo rastro de posos.

La sorpresa fué tremenda, y quién con un buñuelo en el aire, empapado en el café, quién empinando su cortadillo, unos con el dinero para pagar en la mano, otros al tomar el aguardiente pedido, todos se quedaron atónitos viendo la pesada mesa volar por los aires como si le salieran alas en la base. La tía Guindilla no pronunció al pronto palabra, y se quedó muda, aterrorizada, temblándole las piernas, medio acometida de congestión por el susto, sin saber lo que le acontecía, con las ropas empapadas por el chorro de hirviente café que la cayó encima al derrumbarse el puesto. Después se repuso, volvióle la luz á los conturbados ojos, distinguió la soga, causa del lance, alcanzándosele todo lo ocurrido, aunque sin vislumbrar quién fuera el autor del entuerto, se irguió con los brazos en jarras, se le arremolinó la sangre en el rostro, y con un arranque de fiera gritó entre espantosa sarta de ajos y moños: ¡ah hijo de mala madre, el que haya sido, como yo le pille .. y voceando ¡pára! apretó á correr jadeante y desgreñada como una furia hácia el ómnibus del hotel, que huido y dando tumbos, con la mesa arrastras votando en los adoquines, al modo de estruendoso cometa, volaba al escape del desbocado tiro espantado por el estrépito que le seguía y por el vociferar de los transeuntes que corrían á detener el carruaje.

Enredóse al fin la soga en la columna de un farol, parándose el coche un momento; aprovechando tal coyuntura se agarraron varios guardias á los cabezales del tiro; resbaló una de las caballerías, que hizo tropezar y caer á las otras, y allá fué rodando el montón informe á la entrada de la calle Mayor, arremolinándose enseguida la gente, y llegando á poco desolada la tía Guindilla á contemplar los inservibles restos de su hacienda. Y mientras, detrás de los carteles de la anunciadora, frío é impasible, presenció Frasquillo el desastre, siendo acaso el único que en la Puerta del Sol no acudió al lugar de la caída; y encendiendo una punta de cigarro, sin hambre ya, satisfecho y alegre, se alejó á buen paso por la calle de Carretas, murmurando entre una elocuente letanía de desvergüenzas:

—¡Más me ha gustao el desayuno de hoy que si me hubiera comío un pavo!... ¡Bien se ha chinchao la tía Guindilla!...

Alfonso Pérez Nieva.

Nuestro arte religioso

XXXII

(Sigue las conclusiones)

Si en las esculturas y cuadros deben cuidar los artistas que los ropajes sean, no sólo apropiados y de la época en que se verificó la escena, sino bellos, porque esta condición es muy esencial en toda representación plástica, y más aún en las que intervenga la figura humana, de igual manera es necesario conseguir esta misma belleza en la indumentaria de los ministros del altar, para que no sea menos atractiva y grandiosa la realidad del culto, que las imágenes de ella que fingen los artistas.

Por desgracia, los ornamentos sagrados de nuestros días, y también los que desde una época bastante lejana de la nuestra se vienen confeccionando, dejan mucho que desear en este punto. No es ocasión de historiar las transformaciones sucesivas de la sagrada indumentaria, hasta venir á parar al estado en que se halla; ni de discutir si las formas de hoy son preferibles á todas ó parte de las antiguas, sino de hallar medio de corregir sus imperfecciones, de estos tiempos algunas, heredadas del pasado las más de ellas. No obstante, no cometeremos ningún pecado sosteniendo que algunas de las prendas del antiguo vestuario ecle-

siástico eran más airosas y bellas, é imprimían más grande majestad al culto y á la persona del ministro. Mas como, según declaraciones de la Sagrada Congregación de Ritos, sería, y lo comprendo, imprudente mudar las formas de los ornamentos, y por lo tanto, pasará mucho tiempo antes de que la Iglesia autorice variación alguna, sea en dirección á los moldes antiguos, sea hacia otros nuevos, habríamos de limitarnos, y ya es bastante, á embellecer y expurgar de imperfecciones los que existen, cosa no muy árdua ni costosa.

Los defectos que es necesario desterrar consisten principalmente en el empleo de telas faltas de condiciones para este objeto; en desviaciones rutinarias de forma, á causa del mal gusto; en excesiva rigidez, que impide la caída natural y el plegado, elemento riquísimo de belleza; en los adornos impropios, de elección desacertada ó recargados; y en abusivos y afeminados refinamientos, como el rizado, las blondas, encajes, visos y algún otro.

Es muy sabia la prohibición vigente de emplear en los ornamentos sagrados de color telas que no sean de seda, porque si bien puede darse la necesidad de ellas en tiempos de angustiosa penuria ó persecución, no es este el estado normal de la Iglesia. Quede, pues, la lana para las vestiduras particulares de calle ó de coro, y el lino para los pluviales y mitras sencillas de los Obispos reunidos en Concilio, además de su uso corriente en las ropas blancas y paños de altar; mas para los ornamentos debe servir exclusivamente la seda pura, sea en tejidos de raso, gró, terciopelo, damasco ó brocado, solos ó mezclados con oro ó plata. Las telas deben ser fuertes, y sus colores (blanco, encarnado, morado, verde, azul y negro), puros y acentuados, de modo que el rojo no suba hasta el color de pasa, ú otros, ni degenere en carmesí, que ya es casi morado, ó éste en aquéllos ó en el rosa; ni el verde en el amarillo ó en el azul; que éste no sea obscuro, y que el negro no baje al pardo ó gris, muchos de cuyos tonos podrían confundirse también con el violado. La Sagrada Congregación prohibió con sumo acierto cualquiera mezcla de colores litúrgicos, y prescribió que cada ornamento sirviese no más que para un color, el de su fondo, que debe dominar en gran manera sobre sus adornos; pero no está prohibido mezclar dos ó más tonos distintos, y todos bien definidos, de un mismo color; combinación poco frecuente, que merecía serlo mucho, porque resulta siempre de buen gusto.

Muchos desean que el oro deje de tener carta de naturaleza entre los colores litúrgicos, porque, realmente, no es color, ó si lo es, causa la impresión del amarillo, que no es litúrgico, y por lo tanto, no puede servir como blanco (que es el destino más frecuente que suele dársele); ni como rojo, menos aún como negro; ni es admisible la amplísima interpretación de los que sostienen que un ornamento exclusivamente dorado sirve para los seis colores.

Fuera, pues, de desear que siguiera la plata sirviendo para el color blanco, y el oro no más que para adornos; pero nunca para fondos, aunque no ocupara exclusivamente la extensión toda del ornamento.

En cuanto á la forma, creen todos que no sería variar la actual, sino restituirla á su verdadera proporción, introducir las siguientes variaciones:

Que la dalmática tuviera un poco más vuelo, y fuera cerrada, tanto en el cuerpo, como en en las mangas, y éstas anchas y más cortas que el brazo; y en vez de la ridícula *collareta* de nuestros días, que llega hasta la coronilla del Diácono, acortando su cabeza, tuviera la dalmática un cuello vuelto algo grande, bien en figura de esclavina chica con tres puntas, bien en la de capucha de forma de segmento de círculo; algo, en fin, más propio y airoso, y que no fuera postizo, ni necesitara armadura de cartón. El uso de que no haya distinción entre la dalmática del Diácono y la del Sub-diácono, debiera subsistir.

En las casullas podría continuar el uso de dejarlas abiertas, aunque sería preferible cerrarlas también; pero lo que no debe tolerarse es que se componga de dos planos muy tiesos en forma de guitarra ó de pera, terminando por abajo en arco de círculo, pues más que vestidura, parece un escapulario de hechura extravagante.

Las capas pluviales debieran tener bastante más vuelo que el actual, pasando del semicírculo, que es ahora su forma, al círculo completo, ó descontado de él un triángulo circular de unos veinte grados á treinta Así, el número de sus pliegues en la caída sería considerable, y majestuoso el efecto.

Como contrario á los preceptos, debe proscribirse el uso de las actuales planetas, que son casullas ridículamente cortas por delante, y emplear, como dicen las rúbricas, casullas plegadas por esa parte, mediante botones, corchetes ó muletillas; y también debe desaparecer la extraña costumbre de usar, en vez de planetas cortas ó plegadas, casullas de forma antigua (pénulas); pero degenerada á manera de manteleta femenil bastante ridícula, y ocasionada á una transgresión complicada de anacronismo, pues debiendo figurar en esos casos tres casullas iguales, extendida la del Preste, plegadas por delante las dos de los Diáconos, lo que se ve es una casulla de estos tiempos, y dos parodias extrañas de las que se usaron en la Edad Media. Es costumbre de algunas provincias, especialmente la de Sevilla.

Son también abusivos por su exigüidad los estolones diaconales que se usan en el reino de Valencia, tan cortos, que no pasan de la cintura.

Si las mitras fuesen algo más bajas y no tan anchas como las de ahora, que se parecen mucho á las enormes del siglo XVII, serían más agradables á la vista y más ligeras. Todas las demás partes del vestuario sacro (1) deben continuar como en la actualidad.

Sea porque se pretendiera conseguir más larga duración eligiendo telas gruesísimas, forradas de otras no menos resistentes, sea por mal gusto, ó por ambas cosas, ello es que en la actualidad los ornamentos pecan de rígidos y faltos de pliegues; podrían tenerse solos como si fueran de madera, y más que ropas, semejan las casullas y dalmáticas dos llantas de metal pintado, colgadas una alante y atrás la otra del Sacerdote; y los pluviales un cono, también metálico, ó el manto con ahuecadores de una virgen del siglo XVIII. No hay allí pliegues ni caídas, y por lo tanto, belleza de forma, aunque sobre lujo y cantidad de materia; aquello es feo, pero nos hemos acostumbrado á verlo, como el sombrero de copa. Mas si á su lado viéramos ornamentos con las formas arriba descritas, y con toda la flexibilidad necesaria, notaríamos la diferencia. El exagerado tamaño y excesivo peso también son graves defectos, porque no se puede olvidar que los ornamentos han de servir para muy distintas estaturas, gruesos y edades, y en todos los casos han de parecer bien y ser llevados insensiblemente; este es el problema.

El mejor adorno es el bordado en sedas, plata ú oro con cierto realce no exagerado, ó sin él. Es de buen gusto el sobrepuesto; y también el galón si no es muy ancho, y solo adorna los bordes, no las costuras: y para aquéllos también exclusivamente, es un magnífico adorno el fleco metálico ó de seda, si no excede de cuatro de dos de ancho ni es menor de dos. Los agremanes dorados ó del mismo color de la prenda, pero más alto ó más bajo, las franjas y trozos de otra tela de seda del mismo color y tono diferente al del fondo, son adornos de buen gusto.

(1) Estolas, manípulos, bolsas de corporales, palios de cáliz, gremiales, paños de hombros, bandas de astil, paños de púlpito y frontales, si es que se conceptuara necesario el poco útil servicio de estos últimos.

Las perlas, corales, piedras preciosas finas ó falsas, no carecen de peligro, lucen poco, rompen la tela y no están nunca seguras. Mejor sería emplearlas en los vasos que en los ornamentos sagrados. Los abalorios, los encajes, puntillas y blondas, aunque sean del mismo color que la pieza que adornan, las borlas y borlones (excepto en los fiadores), las cintas, sobre todo rizadas y en lazos, las bellotas, campanillas, flores de mucho realce y otros postizos mundanos semejantes á los femeniles, no deben figurar en los ornamentos, y tampoco los galones falsos, tisúes, flecos y otras ficciones. Vale más que los vestidos sean lisos completamente.

Excepto los bordados con sedas, el adorno debería ser siempre, ó metálico ó del mismo color que la ropa, y en tal proporción, que sólo acompañe y con sobriedad, dejando siempre como principal el fondo, sin llegar á ese frecuente exceso en que es más el adorno que el color adornado. Se debiera evitar el uso de telas excesivamente rameadas de colores chillones ó exornadas con dibujos menudos, semejantes á los de los vestidos que usan las señoras, y en general todo lo charro, abigarrado, extraño y de mal gusto, aunque hubiera ejemplos de ello en la antigüedad. En punto á bordar imágenes en los ornamentos, hay que atenerse á los preceptos litúrgicos y disposiciones vigentes. Los cíngulos sólo deben ser cordones, no cintas ni trenzas de seda ó hilo del color del día, y pueden terminar en borlas.

En las ropas blancas hay también mucho que reformar. Suponiéndolas de hilo, según el precepto, es necesario que las albas sean de tamaño proporcionado al que ha de vestirlas, siempre un poco mayores, para que al ser ceñidas sea preciso encojerlas algo y formen lo que los griegos llamaban *diploidión*, ó pliegue sobre la cintura. Es lícito preparar estos pliegues y los de la caída por medio de recursos del arte, como jaretas, broches ocultos si son sencillos y fáciles. Es viciosa la forma llamada de *camessi* ó blusa, pues los pliegues todos han de partir de la tirilla del cuello. Las mangas sean bastante anchas, pero no perdidas. Si esta vestidura tiene encaje no debiera ser más ancho de tres cuartas, cuando mucho, ni llevar debajo viso alguno aunque fuera negro. Tampoco debe adornar los puños encaje que pase de medio palmo, y unido á la tela, no pendiente de su borde. Es laudable confeccionar albas de tres tamaños, para más facilitar su uso por distintos sujetos. Los bordados de color, y áun blancos, los entredoses, calados y deshilados, son labores afeminadas y débiles.

En los amitos no hay para qué poner grandes puntillas ni adornos; bastaría una cruz bordada en blanco en el centro, y á lo más una puntilla y dos cordones de dos varas de largos.

La confusión acerca de los roquetes y sobrepellices raya en verdadera anarquía, cuya represión urge bastante. Las disputas son interminables entre los liturgistas, porque los textos en que se apoyan no son claros, y á pesar de ello siguen en vigor todas las costumbres y usos antiguos y modernos. Tenemos, pues, roquetes casi tan largos como albas, y muy anchos, medianos y cortos, estrechos y de medio vuelo con mangas estrechas, anchas, perdidas, abiertas y también sin ellas. En unos vemos largos y afeminados encajes en su borde y mangas, según uso francés; en otros puntillas anchas ó estrechas ó un simple dobladillo. Hay para todos los gustos.

¿Pues y en punto á ese ropaje extraño é indefinible que ni cubre ni viste, llamado sobrepelliz? Cada nación, y en ella cada provincia, y en ésta cada pueblo, y dentro de él cada persona, entiende y usa esta prenda á su manera. Las he visto cortísimas y estrechas, con mangas hasta el suelo, en Andalucía; en forma de pequeña casulla (de cuello á cintura no más) con mangas aún más anchas y muchos ringorrangos, y hasta lazos, en Valencia; estrechísimas y como hechas de pequeñas tiras con

mangas como cintas, en Murcia (son el colmo de lo ridículo); cortadas de mal modo todas ellas, feas y con mangas muy cortas, en Castilla; y en fin, no hay memoria que retenga las diferentes especies de ellas. En Madrid, donde viven Sacerdotes de todas partes, no hay cosa más extraña, desigual y antiestética que una procesión, por la gran variedad de sobrepellices, todas feas, que lucen los asistentes.

Pienso que la sobrepelliz es un imposible, porque ó es una especie de alba corta con mangas cerradas ó abiertas, y entonces es un roquete, ó es un conjunto de trapos que deja ver como por roturas la sotana, y no tiene verdadera margen, sino tiras cortas ó largas de tela colgando, y así no es vestidura ni es nada, como no sea un extraño pingajo que tolera la vista por costumbre.

Opino, y como yo medio mundo cristiano, que no hay nada más hermoso ni más racional que el roquete que pase cuatro dedos, de la cintura, sin contar su puntilla, no más ancha que seis dedos ni menos de tres, con mangas algo anchas, también con puntilla y que lleguen á las muñecas ó un poco menos, vestidura no muy holgada, ni muy ceñida, saliendo sus pliegues del cuello y bajando naturalmente. Si sobre ella ponemos una muceta negra de paño, terciopelo ó raso, que llegue hasta la cintura y tenga capucha hacia atrás, y coronamos el conjunto con un birrete airoso, más bajo que alto, no hallaremos vestidura de coro más bella y elegante, sin afectación ni afeminamiento, con naturalidad y modestia. Es probado, y sería de desear que de donde estas cosas pueden venir nos mandaran un modelo y la orden de obedecerlo enseguida bajo severas penas.

Consideran los inteligentes, y yo con ellos, el rizado una calamidad, un refinamiento de la época de tontería y mal gusto, que tanto es de lamentar. Una costumbre cara por lo que cuesta y lo que deteriora la ropa, ridícula y afeminada, que todo lo estrecha y deforma y para nada sirve. Es como el rizado en las velas, y como todas las exageraciones. Un roquete rizado ó una sobrepelliz ó alba, ciñen oprimiendo, no tienen pliegues, todo lo acortan, y ¡qué pronto se ensucian!

El nipis, las batistas y telas trasparentes, lo mismo que las prendas exclusivamente de encaje ó tul, croché ó red, no merecen por afeminadas más que censuras. Las sabanillas de altar pueden tener encaje que no pase de tres cuartas, sin lazos en los extremos ni flores ni otros arrumaces, y los manteles de encima deben ser de telas fuertes: de hilo, porque los hules no están ni deben estar permitidos.

José Ferrandiz.

---

†

Un insigne músico español

DON DOMINGO OLLETA

Hace ya cinco años que nuestro respetable amigo el Sr. D. Vicente Olivares Biec publicaba en esta Revista religiosa unos notables apuntes acerca de las altas dotes que como compositor de música sagrada distinguen al maestro de capilla de La Seo de Zaragoza, D. Domingo Olleta, al que ensalzaba cual se merece el competente y erudito Sr. Olivares, hermanando en su escrito de un modo admirable las noticias biográficas que hacen ver en Olleta al Sacerdote virtuoso de angelical carácter personal, con las indicaciones críticas que descubren en el modesto beneficiado de la catedral zaragozana, no ya un talento músico privilegiado, sino un verdadero genio que brilla con fulgores propios en el cielo del arte, y es digno por todos conceptos de ser conocido por los amantes de la buena música sagrada, para ser admirado como artista sin rival en cuanto á inspiración, gusto y sentimiento.

D. Domingo Olleta, aunque ventajosamente conocido en todo Aragón y en alguna otra comarca, necesariamente pasaba desapercibido para miles de músicos que ignoraban aquí y allá que en la ciudad del Ebro se hallara oculta una piedra preciosa de tan subido valor. En Madrid, contadas personas sabían lo mucho que Olleta vale; y no era posible dudar que, si por una circunstancia cualquiera llegasen á ser conocidas las obras del maestro aragonés en la capital de España, bien pronto había de conquistar puesto preeminente entre las primeras figuras de la música sagrada contemporánea.

Y así fué en efecto. La Real Hermandad del Refugio de Madrid celebró suntuosas fiestas en el mes de Febrero de 1888. Entre las composiciones elegidas para ejecutarse figuró la misa en *si bemol*, de Olleta, cantada el día 7 bajo la dirección del maestro D. Ildefonso Jimeno; composición que desde luego llamó poderosamente la atención de cuantos profesores y aficionados la escucharon, haciendo de ella los mayores elogios la prensa toda, habiendo un cronista fijado su atención en los pasajes *Laudamus te* del Gloria y *expecto resurrectionem mortuorum* del Credo, por expresarse en ellos magistralmente las ideas de diferente orden, que una y otra frase encierran. La obra fué muy aplaudida, y desde luego los inteligentes comprendieron que el autor de tan notable partitura era un músico que salía muy mucho de la esfera en que generalmente se mueven los maestros de Capilla de nuestras Catedrales.

En Diciembre del año siguiente de 1889 se presentó nueva ocasión de conocer en la corte el mucho mérito de las concepciones artísticas de Olleta, entre las cuales figura en primera línea el gran *Oficio de Difuntos*, que bajo la dirección de su autor, que al efecto fué de Zaragoza á Madrid, se interpretó en la iglesia de San Antonio de los Alemanes con motivo de honras fúnebres que en sufragio del alma de su hermano mayor, el Marqués de Santa Cruz, costeó la citada Hermandad del Refugio. Reunidos para la ejecución de tan soberbia partitura los mejores elementos disponibles, el éxito de aquélla fué completo. Porque en efecto: anunciada por los periódicos la novedad musical, acudió todo Madrid inteligente, aficionado y curioso, á escuchar la obra. La admiración fué general; el aplauso unánime; y la prensa toda, á porfía, dedicó al maestro frases inspiradas en aquellos sentimientos, labrando así un firme pedestal á la fama de que ya en su provincia y ciudad gozaba el ilustre compositor. Hasta en el Régio Alcázar, la modestia de Olleta pudo oír de labios de una egregia dama, cuyo amor á todas las manifestaciones del arte es proverbial, frases lisonjeras de elogio y aprecio singular.

Entonces pudo observarse que nada había exagerado la autorizada pluma del Sr. Olivares Biec, al trazar el artículo al principio aludido, en el cual no se sabe qué admirar más si la elegancia y corrección de la sencilla frase, ó la exactitud y precisión del concepto técnico del crítico.

Pero el Sr. Olivares da á conocer al insigne Olleta solamente como autor de obras de orquesta, haciendo resaltar su mérito singularísimo en tal concepto. Respecto á las muchas y notables composiciones para órgano y voces, alguna de ellas editada, se limita el articulista á indicarlas: y no podía ser de otra manera, so pena de dar á su escrito desmesuradas proporciones.

Nosotros, admiradores y entusiastas de don Domingo Olleta, vamos á dejar á un lado nuestra pequeñez para realizar la idea que desde entonces bulle en nuestra mente, de intentar, en la medida de nuestras pocas fuerzas, ofrecer á los aficionados á estudios musicales algunas breves indicaciones acerca de las obras de Olleta, que no habiendo sido escritas para orquesta, tienen mérito relevante á todas luces, y le colocarían entre los primeros cultivadores del arte sacro en la España contemporánea, si las otras partituras de orquesta y voces no le conquistasen un lugar preferente en el templo de la inmortalidad.

Si el canto religioso ha de ser, como ya en su siglo decía San Bernardo, grave y majestuoso, y de tal suerte concebido que, al propio tiempo que agrade suavemente al sentido, mueva con ternura el corazón, difícilmente hallaremos un compositor que se ajuste con tanta fidelidad á ese bello ideal, como el maestro D. Domingo Olleta.

Ni inspiración sin arte, ni arte sin inspiración, llegarían á formar nunca un verdadero músico; pero quien logre reunir en feliz consorcio ambos elementos, ese recibirá con frecuencia tan preciado nombre. Maestros hay de música sagrada dotados de gran instrucción, de mucho estudio teórico-práctico; más si este se encontrare en ellos, *sine devite vene*, en frase de Horacio, siempre la crítica, sin pecar de exigente, podrá hallar sus obras faltas de un elemento esencial. Sea esto dicho como de paso, por más que nos sirva de previa observación para afirmar que el insigne maestro zaragozano en las obras para órgano que de él conocemos reune en felicísimo maridaje la inspiración y el arte; y de su talento y fantasía han brotado admirables concepciones, que á maravilla cumplen con el *desideratum* del Abad de Claraval, respecto á canto religioso.

Por fortuna Olleta conocedor á fondo de todos los resortes del órgano, fué también profesor notable de cuerda; y al unir el acompañamiento del contrabajo al canto del órgano, sabe dar á todos sus conceptos el valor que les presta la cooperación de aquel instrumento fundamental. Por eso en sus composiciones de esta clase hay generalmente una riqueza que admira, sin que se eche de menos la orquesta, siempre que los registros respondan á lo que la partitura exige.

Las principales obras para órgano y contrabajo que del maestro aragonés conocemos, son las siguientes:

No dudamos en comenzar por el *Bendita sea tu pureza*, acaso la más popular de todas, y que le dió cierta nombradía universal: composición que gira sobre un tema de lozanía y vigor, modulado con variedad gratísima, jugando las voces en toda la obra de un modo expresivo y gracioso, ya en la parte en que cada una de ellas alterna, ya en la respuestas de las otras, ya en el *tutti* en que la plegaria conmueve hondamente al que escucha, lo mismo cuando ofrece á la Reina del cielo alma, vida y corazón, como cuando la invoca con porfía y filial ansia con el dulce nombre de Madre.

Lo que vale el *Bendita*, lo dice mejor que nada el efecto especial de mística placidez que deja en el ánimo al terminar su audición.

Forma juego en las fiestas de María con la anterior composición la famosa *Salve en re*. Su introducción es una obra maestras de gracia y originalidad; y el pensamiento que desarrolla es como el alma de toda la composición, sin que se oculte del todo ese aire ó motivo dominante, ni aun en los pasajes en que las voces que alternativamente van desarrollando una semifuga de gran efecto, dejen por eso de expresar admirablemente las ideas de ternura de hijos y de consolación deseada, que caracterizan esa hermosa deprecación con que saludamos á la que es vida, dulzura y esperanza nuestra, y á cuyas plantas clamamos y suspiramos mientras vivimos en este mundo de dolor y lágrimas. Y después de tan sentidos afectos, viene en el *¡Oh Clemens!* á repetirse casi literalmente el tema inicial fundamental, que en su última frase parece remontarse hasta el mismo trono de piedad donde en el cielo se asienta la *dulce Virgen María*. Jamás inteligentes ni afi-

LOS FRAILES FRANCISCANOS EXHORTANDO AL PUEBLO

cionados dejaron de confesar, al escuchar esta *Salve*, que en su género es de lo más perfecto y acabado. Bastaría ella sola para labrar la reputación de su inspirado autor.

Otra *Salve en la*, á cinco voces, tiene el maestro Olleta; y si de más sencilla *fattura*, no por eso deja de ser composición devota y sentida, bastando su linda introducción y el hermoso duo de tiple y bajo del *Eja ergo* para hacerle merecer el dictado de obra original, que de justicia se le debe, y que la coloca muy por sobre la mayor parte de las que suelen oirse en nuestros templos en días de fiesta ó novenario de María.

Cuando nosotros la oímos por vez primera, allá en nuestra niñez, alternaba en un templo de la capital de Asturias con los *Dolores* á Nuestra Señora, destinados á cantarse después del septenario consagrado á la afligida Madre de Jesús. Y por cierto que esta partitura del compositor zaragozano no es menor en mérito que la *Salve en la*, y toda ella se encuentra impregnada en un tinte de melancolía y ternura, muy de acuerdo con los misterios de aflicción y desconsuelo que recuerda. Y á propósito de estos *Dolores*, no podemos omitir una circunstancia especial. La letra es de lo más chavacano que pudiera haber imaginado calentre alguno versificador. Y, sin embargo, la música, que Olleta unió á tan infortunadas coplas, es de subido precio, y hay en la estrofa primera, sólo de tiple, un *¡Oh, Madre amada!*, tan lleno de pasión y afecto que no hay oro que la pague, si por oro pudieran cambiarse las ideas que surgen de la inspirada mente de un artista.

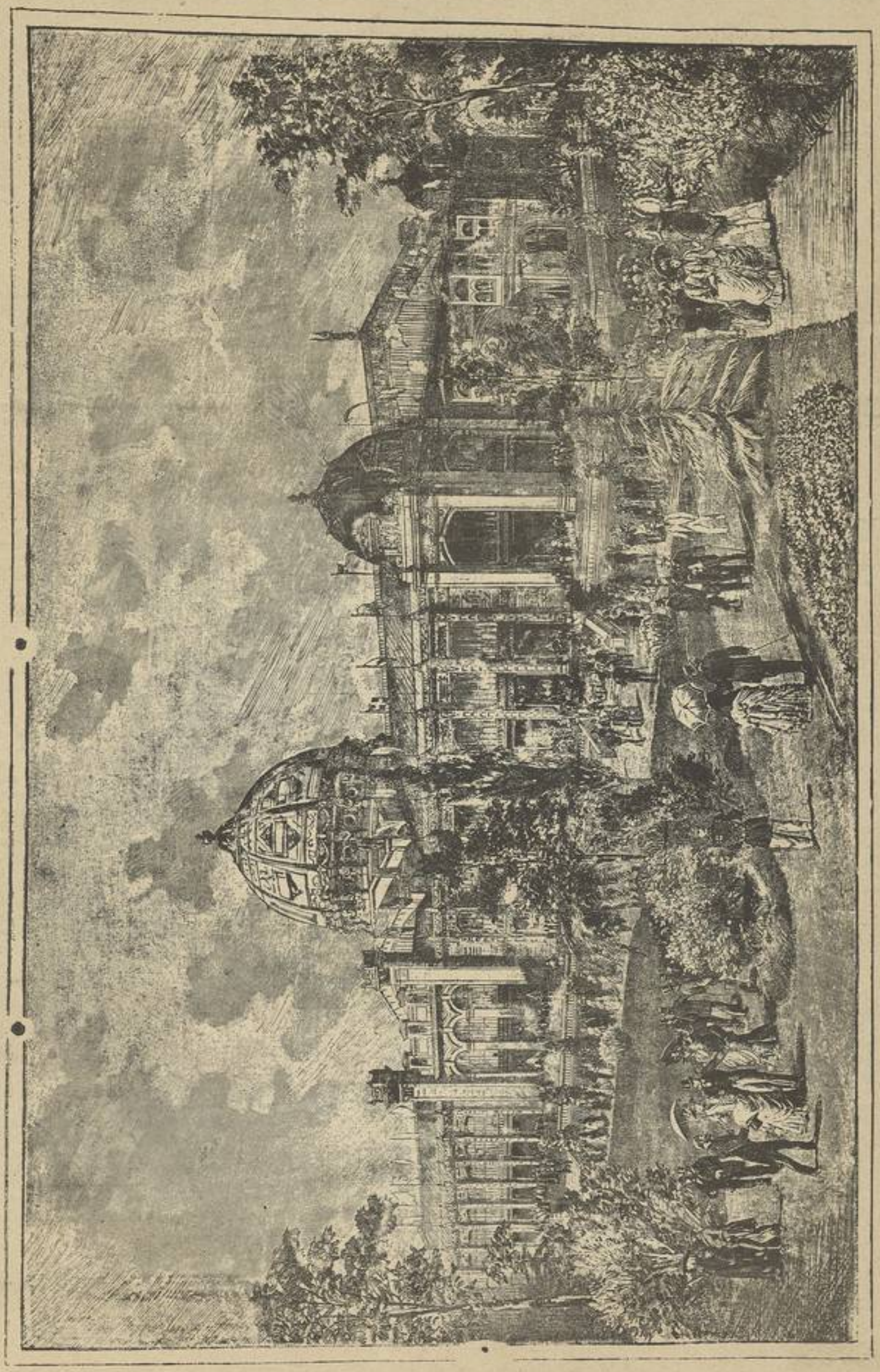
Y al llegar á la estrofa final de estos *Dolores* es admirable la unción con que, en duo de tiple y bajo, se duele el alma cristiana de ver el piélago de amargura en que se vió sumida María al dejar á su Unigénio *encerrado en prestada sepultura*; terminando este pasaje con una frase al unísono, que viene como á dejar atónita al alma después de la tremenda impresión que producen los anteriores compases del duo.

Otra composión del ilustre maestro fué quizá escrita con letra alusiva á los *Dolores* de María; pero el que esto escribe, la oyó en 1870 con letra de *Gozos* á San Roque, cuando en el templo de San Francisco, de Oviedo, por razón de epidemia colérica, se tributaban extraordinarios cultos al glorioso Santo, abogado contra la peste. El corte elegante de la primera copla grava en la memoria el indeleble recuerdo de un gracioso *ritornello*, que el clarín deja oir, al cantar la voz la segunda parte de la estrofa; y no es tampoco fácil olvidar la solemne gravedad con que al unísono se expresan en la última copla los piadosos afectos contenidos en la letra.

Quien una sola vez hubiera oido la gran Letanía *en sol*, seguramente habrá quedado impresionado gratamente con aquel hermoso ramillete de flores, que á María ofrece nuestro insigne compositor, como elegidas con naturalidad encantadora en el jardín de su fantasía, tan rica siempre en primores y matices. Sencillez y elegancia, majestad y gracia, devoción y suavidad melódica; todo se reune en armónico lazo en esta hermorsa partitura, en la cual lo mismo sorprende el soberbio unísono del *Sancta Trinitas* como la graciosa modulación del *Rosa mystica*, ó el triste acento del *Salus infirmorum* con las dos advocaciones que le siguen.

Detestamos cordialmente, salvas raras excepciones, cuantas letrillas figuran con el nombre de *Gozos* al final de los libros de Novenas dedicados al culto de la Vírgen y de los Santos. Cuando talentos como el de Olleta toman á su cargo poner en música tales esperpentos, hay que olvidar el desafuero literario, para fijarse solamente en la inspiración musical. Gozos en loor de Santos varios escribió nuestro compositor, que á leguas revelan en su excelente sello de origen los vuelos de su autor, del cual nada conocemos que no se halle, en nuestra humilde opinión, muy por sobre cuanto en esa rama de la música sacra se edita y se paga y se escucha en los templos españoles. Y no nos dejará por embusteros, al hacer tal afirmación, la preciosa obra *Corazón Santo*, que Olleta compuso en muy pocos días, á ruego de la Hermandad del *Sagrado Corazón*, si no estamos mal informados, y que rebosa en todos sus compases la más encantadora sencillez, siendo universalmente elegiados, tanto la primera estrofa, á solo de tiple, en que parece que el corazón del cristiano se halla á la vez temeroso y confiado en la presencia del Divino Corazón, como el bellísimo duo de tiples *Divino pecho*, que por su sentimiento y delicadeza más de una lágrima hizo deslizarse por el semblante de los fieles que ocupaban el sagrado recinto; efectos que únicamente sabe lograr la música religiosa, cuando está adecuada al pensamiento místico de la letra.

Y esto nos lleva como por la mano á decir algo sobre la última de las obras para órgano y voces del maestro Olleta, de que nos propusimos hablar, para dar con ello cima á nuestra tarea, harto ya pesada de seguro para el benévole lector. Aludimos á la *Nona;* obra de corte



EXPOSICION DE CHICAGO.—PABELLON CENTRAL

especial, de estilo sencillo y llena de encantos, precisamente porque en ella muestra bien á las claras su eximio autor haber bebido la inspiración en la pura fuente del Rey Profeta, que en todos los salmos (sin que nos atrevamos á decir que en éste más quizá que en otro alguno) ensalza y pregona los divinos atributos, en parangón con la pequeñez del hombre, al lado de la cual más y más resaltan la justicia y la misericordia, la rectitud y la bondad de Dios.

En su *Nona* Olleta hace intervenir como elemento de expresión los dos fagotes; de suerte, que éstos con el órgano y el contrabajo, realzan más y más la belleza del canto. Todo el canto está encomendado casi exclusivamente al tiple, interrumpido tan solo alguna vez por tal ó cual frase de las otras voces, ya solas, ya en conjunto, según lo exige el significado del texto. Parécenos ver en ese canto infantil y sencillo al alma creyente, que en la presencia del Altísimo se derrama toda entera en afectos de santa humildad, reconociendo las maravillas que el Señor ha obrado en favor suyo, y sintiéndose como encadenada por el sinnúmero de las divinas misericordias. Entre tantos primores como la *Nona* encierra, difícil sería citar unos, sin que la omisión de otros nos llevase á la injusticia: todo allí es sentido, todo hermoso, todo grandilocuente; pero con grandeza humilde y candorosa, si es lícito usar esta frase; sin que deje el autor de remontar su vuelo á otras alturas, cuando necesita en la última expresión del versículo *Principes* hacer sentir el terrible efecto de las amenazas de Jehová, que infundirían pavor al ánimo del pecador abatido, si á continuación las divinas promesas no bañasen en plácida alegría (*Lætaborgo*) su espíritu, semejante entonces al que encuentra abandonados despojos: pensamiento, que al traducirse en el pentágrama, forma por su frescura y animación especial contraste con el unísono, que antecede, que encierra majestuosa y terrible gravedad.

Ibamos á dejar la pluma, y hubiéramos sentido una omisión, que nos sería imperdonable, habiendo apellidado con justicia ramillete de flores á una de las obras en que D. Domingo Olleta más primorosamente invoca con variadísimos epítetos el patrocinio de María. Las letrillas *De místicas flores* del maestro zaragozano tienen, tal novedad y encanto, y conmueven el ánimo tan dulcemente, que sus estrofas á solo, sus duos y sus frases fugadas, forman un conjunto que parece exhalar el mismo aroma y suave perfume que exhalan las flores de praderas y jardines; flores que son el símbolo de aquellas otras espirituales que el cristiano ofrece á la Virgen sin mancha, como tributo hermoso del florido mes. Esta composición de Olleta, según muchos, no tiene rival entre las de su clase.

Y hacemos punto final.

Para tomar puesto entre los admiradores del insigne maestro de Capilla de La Seo de Zaragoza, no es preciso conocer sus obras á grande orquesta, que como la *Misa de San Valero* y el gran *Oficio de difuntos*, dejan sorprendidos y admirados á cuantos tienen el placer inefable de escucharlas. Basta para proclamarle una de las glorias de la música sagrada contemporánea en nuestra patria, conocer á Olleta en las obras de menor aparato que han sido objeto de este artículo, y en las que brillan, no menos que en las de orquesta, su inspiración, su genio, su delicadeza de alma y su fecundidad, siempre agradable y digna de admiración. Si con alguien hubiéramos de compararle por la frescura y lozanía y variedad de sus ideas, sería con el gran Mozart, con cuyo talento se nos figura que el maestro de La Seo tiene bastantes puntos de semejanza, hechas las oportunas salvedades.

Olleta, perdido desgraciadamente para el arte hace ya tantos años, puede tener, en medio de su implacable dolencia la satisfacción de saber que allí donde se le conoce se le admira como luz de excepcional brillo en el firmamento del arte sacro-musical; y séanos lícito disculpar con nuestro afecto entrañable hacia el gran maestro, el atrevimiento de haber trazado estas líneas: que para su gloria y renombre no necesitaba el insigne músico español después de las páginas que á ensalzar su genio consagrara en vida el inolvidable J. Gramonte y de los apuntes biográfico-críticos que al consumado artista dedicó en Mayo de 1888 nuestro distinguido amigo el Sr. Olivares Biec.

Si La Ilustración Católica dá hospitalidad benévola á nuestro artículo, éste podrá ser considerado como complemento del que nos sirvió de estímulo para redactarlo; lo cual, si por ocupaciones incesantes fuimos dilatando meses tras meses, hoy hacemos con sumo gusto, pues nunca es tarde para tributar homenajes al tal lento, y el del ilustre compositor aragonés, á más de sus rasgos distintivos que insinuados quedan, reune el mérito singularísimo de haber impreso á la música sagrada el sello especial de majestuosa gravedad y carácter profundamente religioso que en las obras de su clase es de todo punto indispensable, si ha de ponerse un dique fuerte á la invasión del género profano y teatral, que desgraciadamente impera en los templos católicos de casi todas las naciones.

Justo Alvarez Amandi.

Oviedo Julio 1893.

¡Dos lágrimas!

Alboreaba apenas y se sentían ya los primeros fríos del invierno. Amarilleaban con tintes rojizos las hojas de los árboles, y en remolinos que agitaba el viento caían las más secas y combustibles, formando ruidosas alfombras al pie y en derredor de los troncos. Las flores del azafrán y del ajicuervo abrían sus corolas con el día, luciendo sus pistilos purpúreos en las laderas de los montes.

Mi vecino, el tío Pelambre, vejete vivaracho, pequeñito, enjuto de carnes y con los calzones remendados y caídos, salía de su casa soplándose las uñas, con el morral de piel de cabra á la espalda y una cesta de asa en la mano.

—Pero D. Manuel de mis pecados—me decía al verme, ¿á dónde va usted á estas horas?

—A Misa primera; ¿y usted?

—Por las rosas de azafrán que hayan salío desde ayer en un *rocho* que roturé en Cerralto, y á ver si la Providencia contesta á mi carta de anoche.

—¿Qué carta es esa?

- Usté sabe mejor que naide, D. Manuel, que hace poco enviudó mi hija única, quedándole siete hijos, el mayor de nueve años, por todo capital y recurso. No tuve, pues, más remedio que cargar con la infeliz y los nietos, y como tampoco tengo yo sobre qué caerme muerto, puede usté suponer los apuros y las hambres que pasaremos en aquella casa. ¡Nueve cucharas, D. Manuel, sin más amparo que el del cielo!

—Dios, que viste á los pajaritos del campo y á los lirios del valle, no abandona nunca á criaturas hechas á su imagen y semejanza.

—Eso digo yo siempre; y eso les decía anoche á mis nietezuelos, que me pedían de cenar, cuando, revolviendo toda la casa su madre y yo, nos convencimos de que no había absolutamente nada que vender, ni que empeñar, para matar el hambre.

—Haber pasado á mi casa.

—Todo se andará, santo varón.

—¿Y qué hizo usted?

- Los engañé como pude diciéndole á mi Bernardo, el mayor de los chiquillos, que ya sabe hacer borrones: saca, hijo mío, tu plana de la escuela, y vamos á escribirle una carta á la Providencia divina para que nos socorra. Buscó el muchacho el papel y el tintero de cuerno de su abuelo, y le hice poner: «Envíanos, Señor, el pan nuestro de cada día, porque tenemos hambre, y como ya no puede ser esta noche, á causa de la salida del correo, que sea mañana sin falta.» Tomé el papel, dije que iba á llevar la carta al correo y encargué á su madre que los acostase. Los angelitos se fueron á la cama tan campantes y satisfechos, matando el hambre con una ración enorme de esperanza.

Y al decir esto, una lágrima, como cuenta de rosario, rodó mejilla abajo desde el ojo izquierdo, pequeñito y fulgurante, del pobre viejo.

—Voy, pues, por la contestación de la carta.

—Si la contestación no parece, véngase usted por casa.

—Parecerá, D. Manuel, parecerá. Ese señor es tan misericordioso, que siempre contesta.

Después de Misa y de haber almorzado, me fuí á tomar el sol carretera adelante por la falda del monte, cuando ví descender al tío Pelambre con la ligereza de un mozo de quince abriles, el morral á la espalda y con la cesta llena de flor de azafrán en la mano.

—¡Eh! ¡eh!—D. Manuel—me gritó el pobre viejo,—aquí traigo la contestación.

—¿En la cesta?

—No, señor; esto vale cuatro cuartos, y no ahora, cuando esté seco.

—¿Pues en dónde?

—En el morral; espérese usted un poco y lo verá.

Me esperé, llegó el tío Pelambre, y sin quitarse el morral, me dijo:

—¡No se lo aseguraba yo á usted! En mi vida me he quedado sin contestación de la Providencia.

—¡Bendito sea Dios, que aprieta, pero no ahoga!

—Sí, señor; una y mil veces bendito.

Pero ¿qué ha sido ello?

—Cuando salí de casa con el pretexto de ir á echar la carta, pensé: «¿qué haré yo, Dios mío? ¿De dónde sacaré algo para que coman mañana esas criaturas?» Y se me ocurrió que ayer mañana ví en el zafranar unas patadicas, como si por allí merodease alguna alimaña. Voy, y ¿qué hago? Me subo anoche mismo al monte, pongo el cepo junto á los rastros, lo tapo con una aliaga, porque las piezas montesas son muy astutas, y me bajo otra vez al lugar. Esta mañana, subiendo cerro arriba, ya me veo que el cepo negreaba y se movía. «¡Por vida, algo ha caído!», me he dicho; y así ha pasao: aquí tiene usté una fuina como un gato de los mayores, que estaba en el cepo cogida por una mano.

Y diciendo y haciendo, sacó la fiera del morral, que, con una piedra en la boca, luchaba aún con las ansias de la extrangulación. Su piel, de finísimo y brillante pelo castaño, no podía ser más hermosa.

—¿Y para qué quiere usted ese bicho?

—De la piel de la última que cacé, saqué dieciocho pesetas, D. Manuel.

—¡Cuánto me alegro! Que saque usted otras dieciocho de esa.

—No será tanto, porque se han abaratao; pero, cuando menos, les llevo á mis nietos la contestación de la carta, y hoy se comerán juntos el almuerzo y la cena de anoche.

—¡Angelitos!

Y una lágrima, como cuenta de rosario, rodaba á la vez, mejilla abajo, desde el ojo derecho, pequeñito y fulgurante, del pobre viejo; porque, sin duda, el ojo izquierdo simpatiza más con las penas, y el derecho con las alegrías, siendo uno y otro fuentes clarísimas de los más hermosos sentimientos del alma.

Manuel Polo y Peyrolón.

La Exposición de Chicago

I

LA EXPOSICIÓN NO HA SIDO LO QUE PROMETÍA SER

No ha resultado este grandioso certamen lo que se esperaba. Desde el punto de vista mercantil, ha sido un fracaso, una *debâcle*, como dicen ahora los franceses; como Exposición de artes bellas é industriales, tampoco señala ningún nuevo progreso alcanzado; el nuevo continente ha sido vencido por el antiguo, pues la Exposición de Chicago no puede compararse por ningún estilo con las famosísimas de París y Viena.

Sin embargo, no puede negarse importancia á un acontecimiento como la Exposición de Chicago, alarde del poder de una nación joven, y ya tan fuerte y rica como la que más. Y en nuestras columnas no podemos por menos que fijar el recuerdo de este magno suceso.

II

CHICAGO HACE SETENTA AÑOS Y EN LA ACTUALIDAD

Hace setenta años Chicago era una aldea insignificante, formada de barracas y de unos 300 habitantes.

La privilegiada situación de aquel lugar, centro de las vastísimas praderas de América septentrional que rodean el lago de Michigan, ha sido la causa del nacimiento de Chicago y de su asombroso crecimiento repentino.

En aquellas praderas de hierbas altísimas, y que, como las aguas del mar, forman horizonte, se crió y desarrolló muy pronto el más hermoso ganado que cabe imaginar, en tanto número que las más crecidas ganaderías de Europa parecen á su lado cosa de juguete. Los ganaderos fueron los fundadores de Chicago. Después nació la industria de la salazón de carnes, á que debe *la reina de las praderas* (como llaman sus habitantes á la ciudad del lago de Michigan) su prodigiosa prosperidad.

La cual ha sido tan rápida, que no ha dejado de excitar envidias en las demás ciudades norteamericanas. Los de Boston llaman á Chicago *Porcópolis*, aludiendo á que los cerdos han sido uno de los fundamentos de su riqueza, y á que en el trajín de la cría, compra y venta de ganados, no es posible conservar mucha pulcritud. Pero Chicago ha respondido á las ciudades, sus rivales: *con perdón de ustedes, mis cerdos valen más que las minas de oro de California*. Y, en efecto; criando cerdos, vacas, carneros y caballos, ha llegado Chicago á ser en pocos años la metrópoli del comercio y de a riqueza del mundo entero.

Más de medio millón de habitantes y un tráfico inconcebible, edificios suntuosísimos, una biblioteca de millones de volúmenes, barrios dilatados con casas de 20 pisos; todo esto, y mucho más encuentra el viajero á orillas del lago de Michigan, en donde hace ochenta años no se veían más que ganados y la soledad augusta de las praderas cantadas por Chateaubriand en *Los Natchez*.

III

PREPARATIVOS DE LA EXPOSICIÓN

Desde que los Estados Unidos concibieron el pensamiento de celebrar una Exposición que sobrepujase en grandeza industrial y magnificencia artística á las de París y Viena, empezó la competencia entre las ciudades de la Unión, ansiosas todas de que dentro de sus respectivos recintos se instalara el real de la *feria del mundo*. Chicago fué la preferida. La historia de esta ciudad parece el símbolo de la historia americana. Nacida ayer, es hoy un prodigio de riqueza y de prosperidad.

Elegida Chicago, empezaron muy pronto á llover sobre la metrópoli del lago de Michigan los proyectos atrevidos y grandiosos, propios del genio yankee, y que tan admirablemente describe Julio Verne en algunas de sus novelas. Aquellas fantasías de construir un cañón que disparase una bala globo capaz de llegar á la luna, y otras parecidas, son realidades en la imaginación de los norteamericanos, y á muchos ingenieros y empresarios se les ocurrieron en seguida, y dieron motivo á sendas Memorias y proyectos que por todo lo serio se escribieron y mandaron á la Junta organizadora del certamen de Chicago.

Un empresario propuso organizar en el lago fiestas náuticas en que se reproduciría el viaje de Colón con todos sus episodios, con carabelas de verdad y con tormentas artificiales.

Otro quiso hacer de parte del lago una naumaquia donde se representaran combates navales de todos los tiempos.

Un ingeniero se comprometía á levantar una torre de 1.000 metros de altura.

Un arquitecto presentó los planos de una casa de 400 pisos.

Otro proyectaba labrar una ciudad subterránea debajo del lago Michigan.

Un fabricante de cosméticos tenía intención de exponer una vieja con la mitad de la cara esmaltada, según el procedimiento de que es inventor, y la otra mitad al natural.

Un geómetra solicitó espacio donde poner un tablero para demostrar en público que ha descubierto la cuadratura del círculo.

Un mecánico había descubierto el movimiento perpetuo; pero se le descompuso la máquina á última hora.

La comisión acordó en principio, y como base de todos los trabajos, que la Exposición ó Feria del Mundo había de sobrepujar á la de París. Los *yankees* son los catalanes del mundo, como los catalanes son los *yankees* de España. En Barcelona también se hizo lo propio que en Chicago, cuando se fundó el Liceo; esto es, procurar que fuera el mayor de todos los teatros de Europa.

La misma idea presidió á los trabajos de Chicago.

La última Exposición de París ocupaba un espacio de 699.250 metros cuadrados. La Feria del Mundo ocupa 4.199.850, y ha necesitado dos parques inmensos, donde caben dos ciudades: el Jackson Park y el Washington Park, unidos por amplia avenida de una milla de larga: la Midway Plaisance.

En la de París las construcciones formaban un total de terreno edificado de 222.750 metros cuadrados; en Chicago hay 607.500 construídos.

Nada de esto, sin embargo, ha podido evitar el fracaso. Y es que no todo consiste en la magnitud material.

IV

LOS PRINCIPALES EDIFICIOS DE LA EXPOSICIÓN

La galería de máquinas de París fué uno de los prodigios de la Exposición; para muchos inteligentes, era empresa de ingeniería superior en mérito á la torre Eiffel. Parecería, sin embargo, una casa de muñecas al lado del edificio principal de la Feria del Mundo, del asombroso Palacio de Manufacturas y Artes Liberales. Caben en este gigantesco edificio 500.000 personas. Para dar la vuelta á su interior, hay que andar cerca de dos kilómetros; su fachada, de resplandeciente blancura, parece de alabastro, y miles de esculturas bellísimas le hacen semejar templo del arte más bien que de la industria. Ha costado construirlo un millón de duros.

En los demás edificios principales se han gastado 90 millones de pesetas. Los hay admirables. El palacio de la electricidad, que puede llamarse el palacio de Edisson, porque este grande inventor lo llena todo con sus maravillosas invenciones, es un prodigio de grandeza. El palacio de los transportes tiene la entrada principal cubierta de oro, y en su decorado no han entrado más colores que el oro y el rojo, los de la bandera de España, en conmemoración de que fué nuestro país el que dió los primeros medios de transporte para ir al Nuevo Mundo. Cien locomotoras en fila, dando frente á la gran avenida de la Feria, y trenes sin cuento, indican que aquella es la mansión del ferrocarril.

El Palacio llamado de la Mujer, de estilo de renacimiento italiano, ha sido dirigido por una arquitecta, miss Haiden, y mujeres han sido las maestras de obras, y mujeres son todas las que manejan las instalaciones. En su biblioteca figuran obras de mujeres de todo el mundo. Emilia Pardo Bazán ha remitido las obras de las mujeres españolas. El Palacio tiene un hospital, asistido por médicas, practicantas y enfermeras.

El palacio de los motores ha costado 1.200.000 duros. El de la Marina tiene la forma de un buque de guerra, anclado en el lago. Merecen también mención especial el palacio de la Agricultura, con su templo de Ceres á la entrada y con sus anejos; el de Bellas Artes, con sus anejos también, y tan grande, que basta y sobra para dar albergue á las artes presentes y pasadas del Universo entero; el de Minas y Minería, para cuyo decorado no se ha hecho uso más que del oro, de la plata y del carbón; el de Horticultura, pintado de rosa, con su invernadero de 1.000 pies de largo, donde las plantas de Persia, del Japón y California se mezclan con las del Cabo, el Egipto y los Alpes; el palacio de la Administración; el de la Maquinaria, en cuya arquitectura se ha imitado la del Alcázar de Sevilla; el de las Pesquerías, que imita en muchas cosas á nuestra famosa Mezquita de Córdoba. En sus inmensos estanques subterráneos y á luz del día nadan millones de pescados traídos á inmenso coste de todas las regiones del mundo: allí puede verse desde el tiburón y el pez espada hasta el pez volador y el pez cofre.

Aparte de estos edificios centrales, llamémosles así, infinidad de construcciones levantadas por los Estados, y entre los cuales descuellan el de Guatemala, reproduciendo un palacio español de la hoy derruída Antigua; el de Montana, con las palabras españolas Oro y plata inscritas en grandes caractéres en su fachada; el de la Florida, copiando el edificio más antiguo que existe en los Estados Unidos, el fuerte Marión, de San Agustín; el de Wiscousin, una casa de tres pisos de tiempos de la reina Ana, el siglo de oro del arte inglés; castillos alemanes, palacios fortalezas ingleses, *chateaux* franceses, etc., etc.

V

ALGUNAS CURIOSIDADES DE LA EXPOSICIÓN

Para visitar la Exposición de Chicago no hay necesidad de andar, ni de tomar coche ni carrillo: basta ponerse de pie ó sentarse en un banco, y el suelo mismo se moverá encargándose del transporte. La idea de las aceras que caminan se ha realizado allí. En la Exposición hay aceras que pasan por las principales avenidas y que van ó vienen perpétuamente, y las hay de distintas velocidades para que pueda elegirse la que más agrade.

Como sustitución á la torre Eiffel, se pensó en una rueda mónstruo semejante á la de una noria, de 83 metros de diámetro: tomando asiento en una de las butacas que ocupan el lugar de los canchiles, se podría ir subiendo con la rueda, y viendo á distintos ángulos y á diferentes alturas las construcciones sin número de la Exposición: una vez en lo alto, se estará más alto que las cúpulas más elevadas, y luego empezará el descenso y con él nuevas vistas panorámicas.

Para los aficionados á la altura, sin las molestias de una ascensión, hay otra curiosidad: una torre de 187 metros, á la cual se sube hasta arriba por un ferrocarril en espiral.

Reproducciones históricas, etnográficas y de edificios, las hay á centenares.

El monasterio de Santa María de la Rábida; el templo del Sol, de los Incas; un templo azteca; la Torre de Londres, con sus *beef-eaters* y todo; una casa pompeyana; una reproducción en bulto, de 400 pies cuadrados, del suelo entero de los Estados Unidos; una calle del Cairo, como en París, pero de 40 pies de largo, copiada del natural, con sus casas, sus tiendas, sus vendedores, sus tertulias callejeras y su población, transportada en masa á Chicago; un pueblecito japonés; un campamento militar en toda regla, con sus cañones, sus tiendas, sus trincheras, etc.; una calle de Persia, que parece un sueño de Galland; ranchos de indios de todas las razas y de todos los colores, con sus moradas, sus trajes y sus armas, dedicados á sus danzas, sus combates y sus industrias típicas, desde el navajoe torneando pucheros, hasta el pluto tejiendo sus sorprendentes botellas de mimbres y juncos; cercados donde se albergan rebaños de todos los animales domésticos de la tierra; pagodas indias y templos javaneses...

Para completar aquel microcosmos, la avenida que une á los dos Parques, la Midway Plaisance, convertida en verdadera feria, tal como por aquí entendemos el sentido de esta palabra; pero haciendo las veces de casetas hay bazares de la India Oriental, minaretes, torreones kivaks, posadas españolas, templos, teatros, bungalows, chozas, juncos chinos, tiendas de beduíno tejidas con pelo de camello, chalets alpinos, patios andaluces y mezquitas, donde vistiendo sus trajes nacionales y gritando en su lengua se codean el piel roja y el japonés, el turco y el mejicano, el gitano y el chino, el egipcio y el pampero, el esquimal y el atlético negro recién importado del Sudán.

Sirviendo de complemento á todo esto, las diversiones obligadas de toda Exposición y de toda feria; panoramas, globos cautivos, colecciones de fieras, bailes típicos, restaurants instalados en casas hechas con carbón las unas, con maíz las otras, en el interior de un tronco de árbol, *é tutti quanti*.

Y por la noche, la Exposición entera iluminada con 20.000 luces eléctricas, para las cuales ha habido que montar máquinas de 14.000 caballos de fuerza; música por todas partes, y una población igual á la que bastaría para llenar á Madrid disfrutando en el hermoso lago ó en los jardines de la fresca brisa y de las maravillas de la Feria del Mundo.

VI

LA INAUGURACIÓN

Fué espléndida y magnífica, y no indicó, por lo tanto, lo que la Exposición había de ser después.

El día 1.° de Mayo una multitud inmensa, que se calculó en 180.000 personas, invadió el gran parque de la Exposición.

Los edificios de la Exposición estaban coronados por banderas de todas las naciones.

Muchas músicas, colocadas en distintos puntos, tocaban himnos de todos los países.

A las diez de la mañana acudieron todos los invitados al sitio de la Exposición.

Concurrieron el duque de Veragua, el presidente de la República, Cleveland, los diputados, la aristocracia y los delegados de las naciones.

Jamás se ha visto junto en un punto tanta gente importante y tanto personaje.

La procesión quedó formada en el siguiente orden:

Abrían la marcha heraldos y trompeteros, seguidos de una banda de música compuesta de 300 profesores.

Presidiendo, y bajo soberbio palio, marchaba el duque de Veragua; ante el descendiente de Colón, toda dignidad, las más importantes autoridades cedieron el puesto, considerando que nadie puede en una fiesta de América ir delante del noble español. Los representantes españoles seguían al duque.

Detrás marchaban el presidente de los Estados Unidos, M. Cleveland, el Gobierno, los individuos del Congreso, los delegados de las distintas naciones y los jefes principales de los numerosos departamentos de la Exposición.

Cerraban la procesión tropas federales.

Dirigióse la procesión tocando la numerosísima banda musical á la inmensa tribuna que se había construido para colocar á tantos centenares de personajes.

Una gran orquesta aguardaba la llegada de la procesión, y al aparecer ésta empezó á tocar la sinfonía, compuesta especialmente para la apertura de la Exposición.

El Capellán del Senado dijo luego las oraciones, elevando á Dios, en medio del imponente silencio, las gracias del pueblo americano por el gran acontecimiento que iba á realizarse.

Recitóse después la oda narrando la historia del descubrimiento y del progreso de América, y luego de un himno cantado por un coro de cuatrocientas voces, acompañado á grande orquesta, tomó la palabra M. Georges Davis, director general de la Feria del Mundo.

Su discurso fué breve, y versó sobre cómo se había organizado y cómo se había construído la Exposición.

En medio de una explosión atronadora de aplausos y de delirantes aclamaciones, levantóse el presidente Cleveland.

Su discurso, interrumpido á cada párrafo por interminables salvas de aplausos, fué éste:

«Congratulemos al pueblo de los Estados Unidos, y especialmente á la ciudad de Chicago, por la gloria con que se han coronado dando remate á la colosal empresa de la Exposición con que van á conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de su país por Cristobal Colón, cuyos descendientes, para honra mía, tengo en este momento á mi derecha y á mi izquierda.

La Exposición que voy á declarar abierta no puede menos de producir resultados estupendos para la civilización del mundo entero.

El entusiasmo con que el pueblo americano contempla su magnífica obra, hace que en estos momentos sea todavía mayor que de costumbre el calor de la simpatía con que da la bienvenida á las naciones extranjeras, y que han contribuído con el esfuerzo de su voluntad y de su mejor deseo al éxito de la Exposición.

Como americanos, nos sentimos orgullosos de encontrarnos hoy, en unión de los representantes de todas las naciones de la tierra, ocupados en la inauguración de una empresa que había sido dedicada al progreso humano, y que tendrá por misión ensancharlo.

Declaro, pues, solemnemente abierta la Exposición Colombina del mundo.»

Apenas hubo pronunciado la última frase M. Cleveland, estalló en el vastísimo recinto una tempestad de aplausos, gritos y vivas.

Durante largo tiempo fué imposible entenderse, y no cesó el vocerío.

VII

LA INFANTA DOÑA EULALIA

Después de este solemne día, no ha habido para la Exposición otro bueno que el de la visita de la infanta española doña Eulalia de Borbón con su esposo D. Antonio de Orleans.

La belleza, la gracia y el ingenio de la princesa castellana, ganaron para ella en los Estados Unidos una popularidad inmensa, que refleja, naturalmente, en nuestra patria.

BACHILLER ALONSO.

JOYAS LITERARIAS

MUNDO, DEMONIO Y CARNE

POR D. JOSÉ SELGAS

(Continuación).

IV.

UN PLAZO

A todo esto, era preciso presentar la nota pedida por el banquero, ó renunciar á la mano de su hija, porque es de presumir que el famoso millonario no habría de entregar la mano de su heredera á un hombre que no tenía sobre qué caerse muerto. Acerca de este punto, ya sabemos por su carta que consideraba como fatal auspicio para la felicidad del matrimonio que Cecilia excediese en bienes de fortuna á su marido. Y vaya V. á sacar de la cabeza de un padre millonario la idea de que su hija va á ser la mujer más desventurada de la tierra con cinco ó diez ó quince mil duros más de renta.

La alternativa que se presentaba no podía ofrecer duda alguna; la boda tan ruidosamente anunciada estaba deshecha. El mundo no perdonaría fácilmente este chasco dado á su credulidad, y pediría una víctima en compensación de los goces de que había sido alevosamente defraudado.

La víctima se hallaba señalada de antemano; no podía ser más que Elías; Elías, que había derrochado alegremente todo su patrimonio en los placeres del mundo. El castigo en estos casos es siempre el mismo: la víctima pasaría por el tormento de ser desollada viva en todos los círculos, y en esta ocasión podemos decir en todos los circos.

¿Han pensado Vds. alguna vez acerca del horror que inspira el verdugo?

A Elías no podía ocultársele lo terrible de su situación, y al verse arruinado, se declaró sencillamente hombre muerto. Pensando detenidamente acerca del caso que la cuenta le presentaba, no veía realmente en la pobreza más que una forma de la muerte; la muerte, pero sin morir; se consideraba más que muerto, porque iba á ser enterrado vivo. Su alternativa era esta: ó morir, ó enterrarse.

Consideraba la pobreza como la sepultura de los que mueren y continúan respirando por una mera tenacidad de los pulmones, y la sola idea de la miseria le crispaba los nervios. Pasar de rico á pobre era á sus ojos pasar de una vida á otra, del mundo en que se vive al mundo en que se muere.

Hacía veinticuatro horas que daba vueltas en su pensamiento á todas estas consideraciones, pensando y midiendo las dificultades de su situación, como hombre que no quiere partir de ligero; porque, después de los primeros arrebatos de su cólera, había sucedido la calma, serenándose su espíritu como se serena la atmósfera después de la tempestad; y, quieras que no quieras, empezaba á mirar la crueldad de su destino con cierta frescura.

Por dentro iría la procesión; pero su semblante no descubría las agitaciones de su ánimo. Acababa de almorzar con su apetito ordinario, y saboreaba las dulzuras de un soberbio habano, cuyo humo sustancioso se elevaba en el aire formando sobre su cabeza ondas azules.

No se puede decir que rebosaba en su semblante el regocijo del hombre á quien le ha caído la lotería; pero tampoco podía colegirse, por la expresión del rostro, que se hallaba con un pie en el sepulcro.

Hablando consigo mismo, se decía:

—Bueno. En la imposibilidad de sustraerme á la miseria que me amenaza, no encuentro más recurso que dar media vuelta, y desaparecer de la vida. Sepultura por sepultura, prefiero aquella en que todo desaparece y todo se olvida. De cualquier modo, el mundo ha de

LA BRUJA

desollarme, y puesto que está en mi mano elegir, elijo que me desuelle muerto.

Parecía satisfecho de la precisión de sus conclusiones, y aun admirado del juicio con que discurría en asunto tan grave. El suicidio se le presentaba como la solución más razonable, pues en el círculo en que se veía encerrado no encontraba más salida que la muerte.

—¡La muerte! (exclamaba.) Ciertamente, no es una cosa agradable dejarse la vida cuando parece que todo nos convida á vivir; cuando ya, digámoslo así, se ha acoplado uno en ella, y se siente con fuerzas para ir tirando hasta la consumación de los siglos. Por otra parte, la idea de aniquilarme por mi propia mano envuelve una ingratitud horrible. Yo me he tratado siempre bien; me he proporcionado placeres satisfacciones, todo cuanto puede hacer amable la vida, y en cambio, ¿es ese el pago que voy á darme?

Una nube de humo se escapó de su boca entreabierta; la siguió con ojos distraídos, y luego que la vió desvanecerse, siguió diciendo:

—Después de todo, la cosa no merece pensarla tanto; ello al fin no es más que un momento: ser y no ser... Poco á poco; eso de no ser, me parece bastante oscuro.... ¿Qué habrá al otro lado del sepulcro?... ¡Demonio! Me iba tan bien en esta vida, que no he pensado un momento siquiera en la otra. Es un viaje intempestivo. ¿Qué he de hacerme yo allí, en un país desconocido, sin amigos, sin relaciones, sin conocer los usos y las costumbres, sin tener la más ligera noción del idioma? ¡Ah! ¡Voy á hacer un papel muy triste!

Esta última reflexión parecía que pesaba mucho en su ánimo, pues recogió una gran bocanada de humo y se quedó pensativo.

Sin embargo, después de algunos instantes de meditación, alzó la voz, y dijo:

—Es preciso morir.

Inmediatamente se preguntó:

—¿Cuándo?...

En el acto se contestó, diciendo:

—Pronto.

Faltaba un pormenor; á saber: qué género de muerte había de elegir para poner término á su vida. Acerca de este punto experimentaba cierta perplejidad; no sabía á qué carta quedarse. Se le presentaban tantas maneras de resolver el caso, que dudaba cuál de ellas sería la mejor. ¡Oh terrible crueldad de su destino! ¡Se veía obligado á elegir él mismo el género de muerte que había de poner fin á sus días!...

Un nuevo pensamiento debió agitar su espíritu, porque abrió ansiosamente los ojos como el que ve algo inesperado, exclamando al mismo tiempo:

—¡Ah... Celia... Celia!...

El acento con que pronunció el nombre de la hija del banquero, revelaba una emoción profunda.

—¡Qué cosas se ven—dijo,—desde los umbrales de la muerte! Jamás Celia me ha parecido tan hermosa como en este momento... Las miradas de sus ojos negros penetran en mi alma, llenándolo de dulzuras inexplicables... Hasta ahora no había comprendido todo el encanto que se encierra en sus sonrisas... Me parece que no la había visto antes. Siento que su imagen se levanta en el fondo de mi corazón; oigo su voz que me llama, y veo que me tiende su mano como si quisiera detenerme en el borde del sepulcro abierto delante de mis pies... ¡Oh Celia... Celia!... ¡Esta vida te pertenece!... ¡Ahora lo conozco, ahora que no acierto á separarme de ella!... ¿Qué valdría para mí si no fuese tuya?... Morir es alejarme de tí, condenarme á una ausencia eterna... Los recuerdos de este amor que tú sola has sabido infundirme, se apagarán al fin en tu memoria... ¡Se olvida tan fácilmente á los muertos!... Pues bien, viviré; tu olvido sería para mí mil veces más cruel que la muerte.

Al pronunciar las últimas palabras se irguió, tomando la actitud del atleta que va á sostener una lucha formidable. Y con la cabeza echada hacia atrás, los brazos extendidos y la mirada fulminante, parecía desafiar al mundo entero.

(Se continuará.)

CONFERENCIA

DEL

Excmo. Sr. D. Alejandro Fidal y Mon

EN EL ATENEO DE MADRID

(Conclusión.)

Porque la ciencia económica, sin salirse de su propia esfera de acción, estudiando el *orden económico* solamente, usando su peculiar *tecnicismo*, cuando considera las *leyes naturales* de la *producción*, el *reparto* y el *consumo de la riqueza*, al encontrarse, en luz de aquellas harmonías con que soñaba el espíritu generoso de Bastiat, con los tristes antagonismos que la realidad le presenta, ha deducido con lógica inexorable que los remedios *económicos* para restablecer la harmonía social perturbada por la inflexibilidad de esas leyes, eran dos principios científicos, que al tratar de señalarlos con nombres, se encontró con que eran sencillamente dos virtudes cristianas.

Y si en el orden teórico y especulativo bastaba con señalar el remedio, y eso bien podía hacerlo la *ciencia*, en el orden práctico en que era menester aplicarlo con eficacia universal para mover voluntades empedernidas de clases aferradas á su egoismo, era ya impotente la *ciencia* y tenía que acudirse á la *religión*.

Pues en vano iba consignando la ciencia como datos del problema social, ó sea el problema de satisfacer las necesidades de todos, la necesidad de utilizar todos los bienes naturales transformándolos por la industria; la necesidad de apoderarse de los agentes naturales también, para emplearlos en nuestro servicio; la necesidad de inventar y de perfeccionar los instrumentos del trabajo; la necesidad de emplearlos con actividad y discreción; la necesidad de economizar los frutos de ese trabajo por medio del ahorro; la necesidad de emplear los frutos de ese ahorro mismo en las combinaciones del capital y de aplicar las combinaciones del capital á los anticipos que se necesitan para el trabajo; porque si para poner en planta varios de estos preceptos de la *economía política* bastaba poner á contribución las *ciencias naturales*, para lo cual sobraba con el estímulo del interés, para poner en planta otros, quizás los más esenciales, y para impedir, sobre todo, que como resultado final de este maravilloso engranaje no *aumentase la suma de las necesidades de todos en proporción á los medios de satisfacerlos*, había que acudir á la *abstinencia* y la *castidad*, no como simples *teorías*, sino como *práctica universal*, tal como suele realizarlo el Cristianismo en la historia.

Así que yo soy de los que tienen por económicamente demostrado ya que el problema social no se resuelve con la producción indefinida de la riqueza, ni con los maravillosos adelantos de las ciencias exactas y naturales, ni con los imperativos categóricos de los monismos pesimistas, ni con las tiránicas invasiones del socialismo de la cátedra, ni con las vagas y contradictorias aspiraciones de esas cosas que se llaman *socialismo, cristianismo y socialismo liberal*, ni con el posibilismo colectivista, ni con la anarquía internacional, sino con aquella lógica severa que, uniendo la felicidad con la sensación, la sensación con la riqueza, la riqueza con el lujo, el lujo con el mínimun de salario, el mínimun de salario con el trabajo mercancía, y el trabajo mercancía con la esclavitud, ataca el mal en su raíz más profunda, buscando en la ley de la expiación el lazo que la une con el trabajo, y al trabajo con el ahorro, y el ahorro con la caridad, y á la caridad con el cielo y su eternidad de goces y delicias inefables, que harto demostrado está ya la vanidad de esos estoicismos filosóficos que proclaman el *bien por el bien*, bastante acaso para alimentar el orgullo de algún libre pensador bien alojado, pero impotentes hasta no más para convertir en esperanza la desesperación de los forzados de la miseria.

Así es, que el mundo entero, aun aquellos que no ven en la Religión más que una fuerza natural y en la Iglesia una institución humana, esperaban con verdadero afán que diese en el concierto social su nota característica la Iglesia.

Pero es tan comun el lugar de que la Iglesia es la disciplina, es el orden, es el principio de la autoridad, es la aristocracia y el trono, que nadie se atrevía á esperar otra cosa de labios del Pontífice León XIII en ocasión tan peligrosa, que voces de anatema y condenación á los errores socialistas; y cuando la Enciclica apareció y se enteraron las gentes de que la Encíclica contenía algo más, vino potente la reacción, y la Iglesia, modernamente calificada de protectora de los señores y de los ricos en la última etapa de la impiedad, se vió motejada ya de pronto por sus constantes enemigos con el mote de *socialista*.

Si por *socialista* se hubiera de entender «amiga y protectora de los obreros», esto es, de los pobres y de las muchedunbrés, el epíteto sería fundado. La Iglesia de Jesucristo, que recibió de su fundador la misión de evangelizar á los pobres, aunque nunca ignoró la cuestión social, ni cuando se llamaba *esclavitud*, ni cuando se llamaba *servidumbre*, no podrá ignorarlo hoy que se llama *salario*; y parece coincidencia casual que sea precisamente el Obispo de Perusa el que en sus cartas pastorales escribía ya en 1877 que el estado actual de la industria en ciertas regiones parecía habernos vuelto á aquellos tiempos de la antigüedad en que «el género humano, según el poeta, no vivía más que para algunos pocos privilegiados»; *humanum paucis vivit genus*, el que diez años después haya aprobado, ocupando el solio pontificio, exponiéndole la razón por que se abstuvieron de condenar la *Orden*, famosa ya en ambos mundos, del *Caballero del trabajo*.

Pero si por *socialista* se entiende la omnipotencia y las invasiones del Estado en esferas que no son de su competencia y jurisdicción, entonces el socialismo de la Iglesia es otro equívoco de mala ley, que solo puede servir para llenar de confusión á las gentes.

No: ha sido mucho lo que ha tenido que sufrir la Iglesia, y es mucho lo que aún padece la Religión de la tiranía de ese *ente todo* sustancia y divinidad de los modernos panteismos políticos, de ese ser absorbente y avasallador, usurpador y tiránico, de ese coloso «propulsivo» á quien sus fanáticos adoradores encargan ya hoy nada menos que de «elaborarnos el ideal» para que el Papa que en casi todas las razas y los climas riñe con él sus más pacientes y formidables batallas para arrancarle en fragmentos las libertades necesarias y los derechos naturales, le pretenda investir con el mopolio de misiones económicas y sociales que sólo llegaría á representar, en el caso que lo ejerciese, el retroceso de la civilización en tiempos peores que la barbarie.

Sucede con esto del socialismo en los católicos, que nadie se fija en los términos, sino en la tendencia de sus proposiciones; y si yo fuera digno de que alguien se ocupase de mí, no me extrañaría que mañana se dijese que yo había actuado de socialista esta noche.

Pero pocos triunfos han proporcionado jamás al orgullo científico de ningún hombre las sorpresas del porvenir como el que proporcionó al Sr. Cánovas denunciado por socialista por sus discursos, la respuesta de León XIII al emperador de Alemania primero y su notabilísima Enciclica después.

En ellas, después de reclamar para la Religión el honor de los primeres golpes en la contienda, y después de señalar á cada cual sus respectivos deberes y fijar las esferas propias de la moral y del derecho, y de señalar con las causas fundamentales del mal sus fundamentales remedios, define la verdadera misión y la verdadera naturaleza del Estado, tan distante del nihilismo individualista económico como del panteismo socialista nivelador.

Dejemos á las diferentes escuelas que, atentas más que á los principios á las palabras, bauticen como quieran la doctrina de la Encíclica de León XIII. En ella no resplandece otra doctrina que la tradicional en las enseñanzas de la Iglesia, ni otra aplicación que la que de sus eternos principios deducen las necesidades diarias de la práctica. No hay que confundir los órdenes ni las esferas, sino armonizarlos subordinándolas, y si la gran dificultad con que tropiezanlas ciencias sociales separadas nace precisamente de esta separación, la Iglesia que las unifica y ordena al informarlas con sus principios, no necesita para dar solución á los problemas sociales ser *individualista*, ni *socialista*; le basta ser *católica* solamente.

Hacen mal, muy mal á nuestro juicio, por tanto, los católicos que tratan de adicionar el nombre que simboliza su escuela con los motes más ó menos confusos con que se trata de conciliar aquellos sistemas contradictorios. Dejemos su papel al error, que es el de afirmar negaciones contradictorias acusando simultáneamente á la verdad con acusaciones opuestas, y contentémonos con afirmar nuestra afirmación que confirman más que destruyen tales ataques.

La hora es suprema y crítica por demás. El fin del siglo XIX está presenciando una inmensa liquidación de hechos y de doctrinas. Mientras por una parte se realizan las últimas consecuencias de los falsos principios de la revolución, por otra proclaman ya la bancarrota de tales principios sus más fervorosos adeptos. Con el desbordamiento de la más horrenda impiedad coincide el renacimiento de la fe y de la religión más puras. Las clases como impelidas por el soplo de Dios se agitan y se confunden al separarse. Las instituciones que vivieron la vida del pasado, desaparecen ó se trasforman ante las exigencias del porvenir. Nuevas tierras y nuevos cielos se aproximan con la supresión de las distancias, agrandando nuestros horizontes. Nuevas gentes aparecen en el teatro de la historia, y los problemas tradicionales se resuelven ó se plantean bajo otra faz por los nuevos datos aportados á la realidad por el poderoso curso de las nuevas corrientes que se determinan en el mundo.

¿Qué necesidad ni qué conveniencia hay ni puede haber para la Iglesia en apropiarse nombres del viejo y gastado vocabulario social que solo recuerdan desacreditadas doctrinas? No, lejos de sobrecargarse con esos títulos sospechosos, lo que hoy conviene hacer es precisamente lo contrario, enfrente de la nueva sociedad que emerge como un continente nuevo del seno del Oceano, la nota que debe caracterizarse mejor es la *catolicidad* de su misión y su doctrina.

¿Qué sabemos de la sorpresa de lo futuro que nos reserva la historia? Cuando como consecuencia de esta transformación social que nos amenaza, nadie está seguro de su porvenir, ni siquiera de su existencia; cuando aún lo que está todavía por nacer parece ya amenazado de muerte; cuando el colectivismo integral nos presenta en perspectiva un nuevo mundo á los ojos, que solo se puede definir como la contradicción absoluta del presente; cuando el Universo entero, unificado por la transformación de la fuerza en movimiento, en la mayor solidaridad que ha registrado lo historia, se agolpa en una misma dirección, aunque animado de los espíritus más opuestos, es evidente que lo que aparece como más favorable á la Iglesia es aprovecharse de la posición á que se la condenó, y de las ventajas que le producen la conducta que se ha observado con ella. El despojo de su antiguo poder, de su esplendor, de su jurisdicción, de su fuero, de su propiedad, de su soberanía en el orden temporal, el apartamiento de sus hombres y sus doctrinas por parte de

varias instituciones y varias clases, le dan una posición de libertad é independencia en el orden físico y moral, como no las gozó en ocasión alguna. Fuerte con el sentimiento de su poder fundamentado en las promesas divinas; tranquila con la posesión de la verdad, confiada á su vigilante custodia; depositaria de los penates de la civilización, y segura, por tanto, que allí donde la civilización se realice, habrá de llamársele para darles culto en sus aras, puede esperar el resultado final de la liquidación; y si el antiguo teatro de sus hazañas y solar de sus glorias más legítimas permaneciese sordo á su voz, podría sacudir el polvo de sus sandalias, y presentarse ante la nueva sociedad apoyada sólo en su báculo de apóstol, ostentando como la mejor credencial de la vitalidad de sus doctrinas, una civilización que se disuelve y perece por haber apostatado de sus principios.

No cabe duda, por lo tanto, en el papel que están llamados á desempeñar los católicos ante las soluciones de la Iglesia á los problemas políticos y sociales. Seguros de la inmutabilidad de la verdad de su doctrina, no deben asustarse ante la aparente transformación que presente la sucesiva aplicación de sus principios, porque precisamente en este poder de adaptación sin menoscabo de su sustancia, y en este poder de transformación sin menoscabo de su identidad, es acaso donde reside el secreto humano de su fuerza. Si les parece que en alguna de estas aplicaciones sufre su consecuencia personal, que examinen bien sus principios, y verán que la inconsecuencia estuvo en considerar acaso como esencial lo que era accidental y relativo, y que acaso nunca brilló en toda la plenitud de su ser el ser propio de la Religión y de la Iglesia como en los momentos en que, desligada de compromisos transitorios, recobre toda la libertad de su acción, toda la plenitud de su significación, todo el sentido de su misión sobrenatural y divina.

Que vean si en las diferentes organizaciones que tuvo que revestir como mera institución social y bajo el punto de vista humano la Iglesia, como destinada á vivir en el tiempo y en el espacio, no fueron acaso los menos en armonía con su espíritu y con su constitución, los que la costumbre y la rutina nos presentaron como únicos.

Entre las catacumbas y las basílicas, entre los reyes bárbaros y el bajo imperio, entre la cristiandad y el renacimiento, entre las monarquías absolutas y la revolución, durante las cuales tuvo que vestir el Catolicismo desde la estola del mártir á la coraza del guerrero, y desde la púrpura hasta el sayal, bien puede aparecer un estado en que la Iglesia, vistiendo la túnica inconsútil de Cristo, solamente converse como un padre con sus hijos con la multitud agolpada en las orillas del gran Océano, desde el fondo de la barca de Pedro.

Figurémonos que tienen razón y han acertado los evidentes del porvenir de la democracia moderna. Una gran república internacional rige los Estados Unidos del mundo federados por la libertad. Los caballeros del trabajo le han emancipado de las cadenas de el capital. El desarme de los ejércitos permanentes es un hecho. La solidaridad de la humanidad ha borrado hasta el recuerdo separatista de las nacionalidades. La emancipación de la mujer no conserva ya huella de su pretendida esclavitud. El universo es como un mar sobre el que solo se agita como un soplo el verbo de la democracia cosmopolita.

Ante esa planicie sin más límites que el horizonte visible, ante esa universal inundación de los terrenos históricos, no se presenta ya ningún rey, ningún príncipe, ni ningún trono. Ninguna nacionalidad levanta ya sus barreras sobre el nivel común de las aguas; ha desaparecido toda aristocracia de la sangre y toda aristocracia del dinero; pero enfrente de esa gran uniformidad, en el seno de esa colectividad indefinida, se presenta la Iglesia con su admirable jerarquía, con su tradición apostólica, con su nota esencial de *catolicidad*, y recordando que Dios unificó el mundo antiguo por el imperio romano para prepararlo á la conversión y á la propagación del Evangelio, reconoce que ha llegado el momento de aquella gran unidad misteriosamente labrada por la divina Providencia, que presentía el genio profético de Maistre, y abriendo ante las nuevas muchedumbres el Código divino de la democracia cristiana, se prepara para una nueva fase de su apostolado espiritual derramando la semilla de su palabra sobre un terreno libre de escombros por la inundación y fecundado por el sol y las grandes aguas.

Verdaderamente que ante este espectáculo los católicos pusilánimes de fines de la segunda mitad del siglo XIX, no podrían menos de recordar aquellas profundas palabras de Balmes, al finalizar la primera mitad del mismo siglo:

«El humano linaje, aun en su vida sobre la tierra, es conducido por la Providencia á un término misterioso y por caminos ignorados; quien desconozca la transformación que en todas partes se realiza, no ve lo que tiene delante; querer asirse únicamente de las formas pasadas, es confiar en el apoyo de un leve arbusto al bajar por una peligrosa pendiente. Respetemos lo pasado, pero no creamos que con nuestro estéril deseo lo podamos restaurar, y al interesarnos por los restos de lo que fué, no llevemos la exageración hasta el punto de maldecir todo lo presente y lo venidero.

Pues qué, ¿no fué nuevo algún día lo que ahora pasa? ¿No ocupó en otros tiempos el lugar de cosas que á su vez pasaron también? La vida del género humano, ¿no envuelve una transformación contínua? La historia, ¿es acaso más que una serie de magníficos lienzos, en que se nos ofrecen á cada paso las novedades más asombrosas, las mudanzas más sorprendentes? Guardemos intactas las verdades eternas; estamos seguros de que no perecerán las cosas cuya duración estriba en las promesas divinas; pero lo demás, miremóslo como es, perecedero; y al ver colosales construcciones, obra de la mano del hombre, recordemos aquellas palabras de Jesucristo: *¿Ves esas grandes construcciones? No quedará piedra sobre piedra.*

No ha llegado pues el caso de que nos asustemos porque oigamos la voz de trueno del Pontífice de la Cristiandad, resonar con acentos que suenan en los oídos de la multitud á *republicanos y socialistas*. Seguros como estamos que repiten la palabra de Dios, acudamos á sus mandatos, prestémosles la fuerza de nuestra conformidad, y obedientes al Plan divino, demostremos siquiera con nuestra cooperación que si la República en Francia y la Monarquía en España y el imperio en el pueblo alemán no acertasen á labrar el bien común de sus pueblos, no sería debido al pesimismo católico, aferrado á reivindicaciones históricas ó á preocupaciones personales, sino á que las formas de Gobierno, por excelentes que sean, no pueden sustituirse al espíritu de Dios; y que si la cuestión social no se arregla, no será porque neguemos al Estado los medios de acción supletorios de la acción pública individual, sin perjuicio de los dogmas positivos, sino porque siendo el problema social, aun considerado como problema económico, un verdadero problema religioso, no ha tenido nunca en el pasado ni podrá tener jamás en el porvenir más solución satisfatoria que la aplicación práctica del Evangelio.

AVISO

Se ruega á los señores suscriptores que no hayan abonado el año actual, lo verifiquen á la brevedad posible, para evitar los perjuicios que con su retraso causan á esta Administración.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

El ladrón misterioso.

Una mañana os despertáis y echáis á faltar el reloj, el bolsillo, otros objetos de valor; y, sin embargo, ni vosotros, ni ninguno de los individuos de vuestra casa ha oído el menor ruido durante la noche; ni hay tampoco huella de cómo el ladrón entró en la casa, ni salió de ella. Echáis á correr é informáis á la policía, y decidís, al propio tiempo, adquirir un perro y una escopeta. Con todo esto daréis á entender á los ladrones que, en lo sucesivo, harán bien en no volver á vuestra habitación; es un procedimiento racional; pero en el interin, sin embargo, vuestro reloj, bolsillo, etc., ya se han perdido.

Supongamos, con todo, que yo os dijese que ese ladrón que os robó lo que era vuestro no entró jamás en vuestra casa; que había nacido en ella, que había vivido en ella durante muchos años, y que nunca había salido de ella hasta el día en que se escapó con lo vuestro, aunque ni un alma humana le vió ni oyó jamás; supongamos, digo, que yo os dijese esto, y creeríais que me he vuelto loco. Pues bien, no juzguéis con tanta ligereza.

Aquí están cuatro breves cartas. La primera dice como sigue: «Hará unos cuarenta días que recibí su consejo de tomar el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Había ya observado los buenos resultados que de su uso se seguían, por casos de otras varias personas; pero hoy tengo el gusto de informar á usted que estoy completamente restablecido de mi enfermedad. Digiero los alimentos bien, y todos los órganos de mi cuerpo funcionan con perfecta libertad y regularidad. De usted afmo.: (firmado) Francisco Bravo, calle de los Alamos, 20, Linares, provincia de Jaén, Abril 6, de 1893.»

La carta que antecede está dirigida á D. Diego Molina, farmacéutico, Linares.

La segunda carta, dirigida á los propietarios del remedio, es como sigue: «Permitan ustedes que les envíe las más expresivas gracias por haberme dado á conocer las virtudes del Jarabe curativo de la Madre Seigel, por medio de los anuncios en este país. Había estado sufriendo terriblemente de una enfermedad de estómago, y encontré un gran alivio desde el momento en que empecé á tomar dicho Jarabe. De usted afectísima, (firmado) Aurora Clemente, calle Duque de la Victoria, núm. 10, Málaga. Octubre, 28 de 1892.»

Tercera carta. «He sufrido mucho de una enfermedad de los órganos urinarios, de la cual no había podido hallar cura, hasta que al fin, casi en la desesperación, compré una botella de 14 reales del Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Ya no es necesario decir más; con ella experimenté al momento alivio, y ahora he restablecido por completo mi salud. Tengo siempre esta medicina en mi casa, y la he recomendado á todas las personas que he encontrado en mis viajes. De Vd. afectísimo (firmado) Jesús Villanueva, (comerciante en quincallería), La Palma. Enero, 29 de 1893.»

Y, por último, esta carta. «Escribo á usted para expresarle mi gratitud por los informes que, con sus publicaciones, me han proporcionado con respecto al gran mérito de su Jarabe curativo de la Madre Seigel para todas las enfermedades del sistema digestivo. Habiendo sufrido de un grave dolor de estómago, probé dicho Jarabe, y estoy ya casi completamente bien, aun cuando no he usado todavía más que una botella de él. De Vd. afectísimo (firmado) Juan Marqués, calle Nueva, 37, piso primero. Sevilla, Diciembre, 27 1892.»

Pues bien, todos estos casos no eran más que de una sola y única enfermedad, indigestión y dispepsia, más ó menos desarrollados. A menudo hablamos de vernos «atacados» de enfermedad, como si ésta nos asaltara desde fuera como podríamos ser asaltados por un hombre, pistola ó cuchillo en mano. Este es el error que al principio de nuestro artículo hemos tratado de destruir con la comparación del «ladrón que había nacido en nuestra misma casa.» Lo opuesto á ese error, es lo verdadero; la enfermedad se alimenta dentro; pero se manifiesta fuera; es como un ladrón que habita los bajos de nuestra casa, y se llama «Indigestión y dispepsia;» y el sinnúmero de «dolores» que por él sufrimos, son hijos suyos.

La indigestión crea un veneno que se espar-

ce por todo el sistema, por medio de la sangre, lo mismo que la inmundicia es arrastrada por una corriente ó un río á muchas leguas de distancia de su origen. De la indigestión se derivan el reumatismo, la bronquitis, la tisis, los dolores de riñones, las afecciones nerviosas, la influenza, etc., cuyos especiales resultados dependen únicamente del lugar en que viene á fijarse el vírus de la enfermedad. Así, pues, cualquiera que vuestra enfermedad sea, tomad el Jarabe curativo de la Madre Seigel, que él limpia y corrige el estómago, y os devolverá la salud.

No perdáis tiempo, porque este ladrón no está nunca satisfecho con robaros la comodidad, sino que, á menudo, os roba también la vida.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamento un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales, frasquito, 8 reales.

Banco de España

Debiéndose proceder á la corta de los cupones que vencerán en 1.° de Octubre próximo venidero, correspondientes á los valores depositados en el Banco, se avisa á los interesados:

1.° Que podrán retirar los cupones en rama, previo pedido, así como avisar que se conserven unidos á los títulos:

Hasta el día 15 de Agosto inmediato, los de Deuda perpetua al 4 por 100 interior.

Hasta el 31 del mismo mes los de Deuda amortizable al 4 por 100.

Hasta el 15 de Septiembre, los de Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y billetes hipotecarios de la isla de Cuba.

Y hasta el 20 del expresado Septiembre los de las demás clases de valores.

2.° Que trascurridos estos plazos, el Banco procederá á la presentación y cobro de los cupones de Deuda interior y amortizable que no hayan sido objeto de pedido ó aviso.

3.° Que no se admitirán en depósito los títulos que contengan el indicado cupón 1.° de Octubre próximo:

Desde el día 7 de Agosto, los de Deuda perpetua al 4 por 100 interior.

Desde 1.° de Septiembre, los de Deuda amortizable al 4 por 100.

Desde el 16 del mismo Septiembre, los de Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y billetes hipotecarios de la isla de Cuba.

Y desde el 21, también de Septiembre, los de las demás clases de valores.

4.° Que el Banco admitirá desde luego á descuento, á razón del tipo que rija, los cupones de 1.° de Octubre próximo, de la Deuda perpetua interior y de la amortizable al 4 por 100, estén ó no depositados.

5.° Que el mínimum de percepción por los descuentos será quince céntimos de peseta por cada factura.

6.° Que los cupones del vencimiento de 1.° de Octubre próximo, de la Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, se admitirán en negociación desde la fecha de este anuncio, estén ó no depositados, con la bonificacion que diariamente se fijará en las oficinas del Banco.

7.° Que los cupones de títulos depositados de las mismas Deudas exterior y de Cuba que no se retiren en el período comprendido desde hoy hasta el 15 de Septiembre próximo, se entenderán cedidos al Banco por los depositantes con la bonificación que se fijará por el mismo el día 16 del propio Septiembre, y será igual al término medio de la señalada á los referidos valores, negociados por el Banco en el citado período de tiempo.

8.° Que para el descuento ó la negociación de los cupones depositados bastará la presentación del resguardo de depósito respectivo.

Madrid 31 de Julio de 1893.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FELIPE PINTO

Calle de la Flor Baja, núm. 11.

1893

ELIXIR DE Protocloruro DE HIERRO CON HIPOFOSFITOS DE VIVAS PÉREZ

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.*

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.--MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA, **Farmacia** VIVAS PEREZ

MEDICACION TÓNICA

PILDORAS Y JARABE DE BLANCARD

Con ioduro de Hierro inalterable

ANEMIA · COLORES PÁLIDOS · RAQUITISMO · ESCRÓFULOS · TUMORES BLANCOS etc., etc.

Exíjase la firma y el sello de garantía.

PARIS

40, rue Bonaparte, 40

MONTERA 23

RELOJES

DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE **G.° GIROD**

Sucesor de **Losada.**

LOS QUE TENGAN TOS

va sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA

DE

VICENTE GARCIA MUSTIELES

(SUCESOR DE PÉREZ)

CALLE MAYOR, NÚM. 50

MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.

Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.

Se sirven los pedidos con toda prontitud.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españole y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 1/2 pt. fs.
Un año..... 4 »

NÚMERO 16.—Madrid 31 de Agosto de 1893.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 francos.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pesos.
Un año..... 5 »

AL SALIR DE MISA

SUMARIO

TEXTO

ubileo episcopal de S. S.—Crónica social y literaria, por Bachiller Alonso.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Nuestro arte religioso, por José Ferrándiz.—Ingeniosidades periodísticas, por Valentín Gómez y Felipe Pérez.—Sección doctrinal: Harmonía entre el capital y el trabajo, por Antonio Pou y Ordinas.—El balcón de los pájaros, por Alfonso Pérez Nieva.—Restituciones de ultratumba, por Manuel Polo y Peyrolón.—Historia popular: La Virgen de la Paloma, por Angel Salcedo.—Joyas literarias: Mundo demonio y carne, por José Selgas.—Reclamos y anuncios.

GRABADOS

Al salir de misa.—Exposición de Chicago: Palacio de Bellas Artes.—Interior de la casa japonesa.—Los pájaros y el estío.—Pintor David.—El Vesubio: Vista general: ascensión.

JUBILEO EPISCOPAL DE LEÓN XIII

CIRCULAR

El Jubileo episcopal de nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII ha conmovido á los católicos de todo el mundo. De América, Asia, Africa y Oceanía, lo mismo que de las naciones de Europa, han llegado á Roma mensajes, peregrinaciones y donativos; tantos y tales, que han causado igual admiración á los incrédulos que consuelo á los creyentes. En esta santa competencia de amor y veneración al Padre común de los fieles, España no podía desmentir su historia ni permanecer impasible. El Congreso Católico de Sevilla creyóse en el caso de promover una peregrinación española á Roma y una colecta extraordinaria para el Dinero de San Pedro, y los corazones de la nación católica por excelencia han respondido, como siempre, á la voz de esta invitación. No hay diócesis alguna en nuestra monarquía que no prepare su ofrenda para el Sucesor de San Pedro, dando todas á porfía ejemplo de un desprendimiento, tanto más digno de alabanza, cuanto que las circunstancias por que atraviesa el país son verdaderamente excepcionales y por todo extremo difíciles.

Madrid, la capital de España y de nuestra querida diócesis, ha sido también esta vez la primera en piedad filial. Las damas más distinguidas de la nobleza madrileña se han hecho un honor de pedir para el *Pobre del Vaticano*; y eficazmente secundadas por la clase media y el pueblo, han realizado una colecta que, para los tiempos que corren, podemos llamar sorprendente No dudamos ni un instante que por la senda que han abierto han de caminar en pos de ellas los demás pueblos de la diócesis, tan pronto como nuestros Párrocos, con el celo que los distingue, promuevan la suscripción en sus respectivas parroquias, manifiesten á sus feligreses las necesidades del Papa y los exhorten á aliviarlas cada uno con su limosna, que, por pequeña que sea, será siempre muy meritoria en la presencia del Altísimo, á cuyos ojos divinos, más que la riqueza del don, es agradable la fe y el amor de los que le ofrecen. Dignos de loa son los reyes que vienen desde el Oriente á ofrecer oro, incienso y mirra ante el Rey nacido en Belén; pero no lo son menos los pastores que desde la próxima majada corren alegres al pesebre á ofrecerle rústicos dones. Nada, ni el vaso de agua fría, queda jamás sin recompensa, con tal que el donante lo ofrezca con los ojos puestos en Dios. El óbolo del bracero, que de su pobreza ofrece la oscura moneda de cobre, llega á las manos del Papa, y sube hasta el Trono de Dios con el pingüe don del magnate, que alarga de su riqueza los brillantes escudos de oro. El grande como el pequeño, el pobre lo mismo que el rico, todos somos hijos del Papa, y como á todos se extiende su solicitud pastoral, á todos alcanza el deber de auxiliarle en sus infortunios. Pobres somos, no lo negamos, é infinitas las necesidades que reclaman nuestro socorro; ¡pero cuántos gastos inútiles que podríamos suprimir y cuántos gastos excesivos que debiéramos cercenar! La limosna resulta fácil al que en sus gastos ordinarios sabe ceñirse á lo preciso; pero difícil ó imposible al que cede á las exigencias de la vanidad y el capricho. No hace pobres la caridad, hija predilecta del orden: el vicio, padre del desorden, es el que arruina las familias.

Por eso, no solamente os encargamos que remediéis las necesidades del Papa, sino que os exhortamos á que vayais á consolarle en su triste cautiverio. *Cautiverio* le llamamos porque lo es en realidad; pues deberes ineludibles de su pastoral ministerio le retienen preso en su casa con tanta fuerza como al cautivo las cadenas de su prisión. Si la peregrinación á Roma no se ha interrumpido jamás desde que reside allí el Vicario de Jesucristo, y allí reposan las cenizas de los Santos Pedro y Pablo, ¿cómo se ha de interrumpir en las presentes circunstancias, cuando el viaje, antes tan difícil, más que fácil se ha hecho agradable, cuando la ciudad antes santa, se pretende hacerla profana; cuando un pueblo quiere usurpar lo que es patrimonio de todos; cuando hay empeño decidido en hacer manifiesto al mundo que el Pontificada romano no es ya más que un arbol sin jugo, y el Papa un hombre no más, que se llama Padre común, pero sin hijos que le amen, le visiten y le consuelen? Ahora, más que en siglo alguno de cuantos registra la Historia, deben recorrer los católicos el camino del Vaticano y juntarse en torno del Papa en haz apiñada y compacta, para dar testimonio público de que aquel venerable anciano, cuyo portentoso saber es admiración de los sabios, no es tan sólo un hombre gigante, prez y honor de la humanidad, sino que es el Vicegerente del Dios muerto en el Calvario, levantado como bandera de perpetua contradicción y asentado en las riberas del revuelto mar de la vida como roca inconmovible tras la cual hallen salvación todos los hijos de la luz, y contra la cual se estrellen todos los conatos inícuos de los hijos de las tinieblas. Hoy, como nunca, es necesario abandonar las situaciones de religiosa indecisión, y alistarse sin vacilar en las filas de la verdad, guardando en el corazón las palabras de Jesucristo: «El que no está conmigo, está contra mí, y el que no cosecha conmigo, desparrama.»

En consecuencia, tenemos por conveniente disponer y disponemos:

«1.° Los Arciprestes convocarán una reunión del Clero de sus respectivos distritos, y en ella acordarán los medios que estimen más oportunos para promover una peregrinación á Roma y una suscripción extraordinaria para el Dinero de San Pedro.

2.° Los Párrocos y Ecónomos convocarán á los hermanos mayores ó presidentes, así como á los mayordomos y vocales de las cofradías, hermandades y asociaciones existentes en sus parroquias, y acordarán con ellos la forma mejor de que todos contribuyan al buen éxito de la suscripción y peregrinación indicadas.

3.° Se abrirá desde luego en nuestro *Boletín* una lista de suscripción, en la cual se publicarán los donativos del Clero, corporaciones, hermandades y fieles, distribuidos por parroquias, á cuyo efecto, los encargados de la cura de almas enviarán los donativos, con los nombres de los donantes, á nuestra secretaría de cámara y gobierno, donde se les dará el correspondiente recibo.

4.° Para que llegue á conocimiento de todos, esta circular, será leída al Ofertorio de la Misa del primer día festivo en todas las iglesias parroquiales y capillas de nuestra diócesis, señalando después de su lectura la persona ó personas que estén encargadas de recibir las limosnas y de anotar los nombres de los que quieran formar parte de la peregrinación.

5.° Sin perjuicio de esto, podrán suscribirse y alistarse para el viaje á Roma en nuestra secretaría de cámara, los que así prefieran hacerlo.

6.° Los Eclesiásticos que deseen ir en peregrinación, se pondrán previamente de acuerdo con sus respectivos Arciprestes, á fin de que el servicio de las Misas y la administración de los Sacramentos queden cubiertos, á cuyo efecto delegamos en dichos Arciprestes, por esta sola vez, nuestras facultades, para que puedan autorizar en los días festivos de precepto la duplicación del Santo Sacrificio, caso que sea necesario, comunicando á nuestra secretaría los nombres de los que se queden encargados de las parroquias y sus anejos ó ayudas.

7.° Disponemos que el 8 del próximo Septiembre, fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen María, se exponga el Santísimo Sacramento en la Misa mayor de todas las iglesias parroquiales del Obispado, se cante el *Te Deum* y las Letanías de los Santos y se celebre una Comunión general para dar gracias á Dios por la conservación de la preciosa vida de nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, y pedirle, por la intercesión de su Inmaculada Madre, el triunfo de la Santa Iglesia.

8.° Usando de las facultades apostólicas que por Breve Pontificio nos están otorgadas, concedemos indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados á los fieles de uno y otro sexo que, verdaderamente arrepentidos y rectamente confesados, recibiesen el Pan de los Angeles en dicha Comunión general el día 8 de Septiembre y rogasen á Dios por la intención del Vicario de Jesucristo.

9.° Lo dicho acerca de la suscripción para el *Dinero de San Pedro* no se entenderá dispuesto para los Párrocos de esta capital, en la que, como arriba indicamos, se ha llevado aquélla á cabo muy á nuestra satisfacción.»

Madrid 23 de Julio de 1893.— † José María, *Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá.*

Crónica social y literaria

Movimiento socialista.—Una notabilísima carta de S. S.—*La Iglesia y la democracia*, del P. Maumus. Carta de León XIII al Arzobispo de Burdeos.—Consecuencia lógica respecto de España.—Las elecciones en Francia.—Estériles agitaciones en España.—Noticias literarias.

Nos vamos acostumbrando al socialismo, familiarizándonos con él, y ya no nos parece tan mónstruo como antes. El cólera asusta porque nos visita de tarde en tarde. En cambio, nadie parece preocuparse de la pulmonía, porque esta enfermedad es, como si dijéramos, de casa. Y sin embargo, mueren muchos más de pulmonía que de cólera. El socialismo también es ya de casa, y parece que no es tan fiero como era antes.

Pero ¿es que no lo parece, ó que no lo es realmente? El se presenta de guante blanco; pero hay muchos motivos para sospechar que debajo de los guantes no esconde uñas, sino garras.

En el Congreso que acaban de celebrar los socialistas en Zurich, han acordado renunciar á los procedimientos revolucionarios ó de violencia, y buscar el triunfo de sus ideas por los medios legales, ó sea por el sufragio universal.

Completan estos propósitos los ya reiteradísimos, manifestados por los socialistas, de no vincular su triunfo al de ningún partido político ni forma de gobierno determinada. Sin dificultad aceptan ellos las legalidades establecidas en todos los países de Europa; y ¿por qué no las habían de aceptar? En las naciones regidas parlamentariamente, el Parlamento puede hacerlo todo, *menos á un hombre de una mujer;* esto es, todo menos lo físicamente imposible. En España lo ha declarado con toda solemnidad D. Antonio Cánovas del Castillo:

«Es justo y legítimo todo lo que hagan las Cortes con el Rey.»

Pues según esta teoría, si las Cortes con el Rey pueden hacerlo todo, también podrán hacer que se suprima la propiedad privada, y que se establezcan legalmente todos los absurdos del socialismo.

No es imposible que, manejado con habilidad el sufragio universal, veamos alguna vez unas Cámaras con mayoría socialista. Entonces, conforme á la buena doctrina constitucional, la Reina tendrá que llamar al Poder un Ministerio de compañeros socialistas; y aquí de los proyectos de ley destruyendo á los burgueses, leídos en la tribuna de los Cuerpos Colegisladores por un socialista de gran uniforme.

No sería la primera vez que esto sucediese; los horrores de la Revolución francesa fueron en cierto modo legales. La Convención fué un mal Gobierno; pero un Gobierno legítimo en el sentido ámplio de la palabra legitimidad.

A propósito de la cuestión social, Su Santidad León XIII ha escrito al publicista católico Gaspar Decurtius una carta notabilísima.

«El espíritu de nuestro ministerio pide (escribe S. S.), que Nós estemos siempre dispuestos á llevar nuestro concurso allí donde los afligidos esperan un consuelo; los débiles, protección; los desgraciados, alivio en sus males.

Animado por el sentimiento de esta noble función, y acordándonos de las enseñanzas del Divino Salvador del género humano, Nós hemos llevado palabras de amor y de paz al mundo católico con nuestras Cartas Encíclicas que comienzan con estas palabras: *Rerum Novarum*. Allí, tratando ampliamente de la condición de los obreros, Nós hemos tratado de calmar el triste conflicto que sufre tan gravemente la sociedad contemporánea, por las ambiciones populares que la cubren como una negra nube, y por el temor del naufragio á que da lugar la inminencia de la tempestad que ruje. Nós no hemos omitido tampoco, según convenía, la defensa de la causa del pueblo cerca de las autoridades civiles, para que tan grande y útil multitud de hombres no quede sin protección y sin defensa á merced de esa clase de especuladores que explotarían en beneficio suyo la miseria.

No ha sido menor el placer que Nós hemos experimentado con las noticias que Nos habéis dado, querido hijo, sobre el Congreso que se ha celebrado recientemente en Bienne (Suiza), en el cual los delegados de millares de obreros, aunque venidos de países extranjeros y profesando diversidad de costumbres y de Religión, han adoptado con gran contento y plena aceptación las dichas Cartas Encíclicas, reconociendo ellos mismos que contienen las enseñanzas más propias para servir á sus intereses legítimos y para echar las bases sólidas deseadas por todos, de un nuevo orden de cosas equitativo, de donde habrá de resultar para la sociedad una paz duradera, por la solución del antiguo conflicto entre los patronos y los obreros».

⁂

Hemos recibido en un elegantísimo tomo en 8.°, muy bien impreso y encuadernado (edición de la *Revista Médica y Cirujía prácticas*), la traducción española del libro del dominico francés R. P. Vicente Maumus, titulado *La Iglesia y la democracia*. El P. Maumus demuestra en este libro que posee ese arte maravilloso de *hacer libros que se lean con gusto y con interés*, que parece cualidad general de los modernos literatos franceses. El objeto de este folleto es secundar la política de León XIII, que quiere que los católicos reconozcan y acaten las instituciones republicanas de Francia, y trabajen unidos sobre esta base legal, por destruir la legislación anticatólica impuesta por los sectarios á la sombra de la República.

León XIII aconseja á los católicos de Francia que acepten las instituciones, y que combatan la legislación anticatólica. Pero ¿en dónde concluyen las instituciones y empieza la legislación? No es tan fácil como parece á primera vista esta distinción en el terreno práctico. Por lo menos, puede dar origen á muchas discusiones. El P. Maumus quizás va más allá de lo conveniente en la interpretación de los deseos é intenciones de Su Santidad. Hace veinte años su obra hubiera sido tachada de católico-liberal.

Algunos monárquicos franceses se permiten contradecir al Soberano Pontífice, y aun se atreven á propalar la especie de que ellos entienden mejor que el Papa lo que conviene á la Iglesia católica en Francia. Esto es un colmo, como se dice ahora, y ha motivado otra carta de S. S. al Cardenal Lecot, Arzobispo de Burdeos, de la que transcribimos los siguientes importantísimos párrafos:

«No podemos, dice, sustraernos á la pena que Nos da, ni por menos de desaprobar grandemente la audacia de algunos hombres que, presentándose con el nombre de católicos y con su adhesión á la Religión de sus mayores, se dejan llevar del espíritu de partido, hasta el punto de que no vacilan en atacar violentamente con escritos injuriosos, dados á la publicidad, á los más altos dignatarios de la Iglesia, y no escatiman sus críticas acerbas ni aun al Pontífice Supremo.

»Hasta parece que estos escritores, que conocen la imposibilidad de obtener nada con esta táctica, en beneficio de la causa política que defienden, se encuentran suficientemente recompensados por su trabajo si pueden retardar, ó molestar siquiera con su acción, los resultados de nuestros esfuerzos, y paralizar así las disposiciones saludables de aquellos que, cansados de la lucha, se inclinan hacia la paz.

»Así también, como si temiesen que se realizara lo que puede ser la salvación de Francia, prefieren ver á los hijos de la misma familia en desacuerdo, separarse los unos de los otros, y prolongar las luchas fraternales con gran detrimento de la patria y de la Religión.

»Y, sin embargo, nadie, en verdad, podía encontrar ambiguo ú obscuro Nuestro pensamiento, cuando, inspirándonos en los deberes de Nuestro sagrado ministerio, dirigimos á la nación francesa nuestra primera exhortación, llena de benevolencia y de paternal afecto.

»Una larga experiencia Nos lo había enseñado claramente á todos: el estado del país se ha modificado de tal modo, que en las condiciones en que actualmente está Francia, no parece posible volver á la antigua forma política, sin pasar por graves perturbaciones.

»La Religión católica, que gran número miraba, aunque equivocadamente, como fautora de divisiones enfadosas, iba á correr grandes peligros, y la Iglesia estaba expuesta á vejaciones cada vez más graves. Esta situación era tan evidente, que no podía ocultarse á nadie. Desde entonces, movido de estas dificultades, Nós, que tenemos el cargo de defender lo que puede asegurar mejor la salvación de la Religión, aunque sabemos que á nadie es permitido sin temeridad imponer límites á la acción de la Providencia Divina, por lo que toca al porvenir de las naciones; no habiendo tenido jamás, por otra parte, intención de herir sentimientos íntimos dignos de todo respeto, no hemos podido, sin embargo, tolerar que algunos hombres, arrastrados por el espíritu de partido, se sirviesen de una apariencia de Religión como de un escudo para hacer más á mansalva oposición al poder público, há largo tiempo establecido. De estas tentativas de oposición, en efecto, no se podía esperar ningún resultado útil, sino solamente consecuencias muy desfavorables para la Iglesia.

»Por esto Nós, teniendo en cuenta la importancia de la situación, y á fin de que la Religión, en su augusta majestad, no fuese mezclada con las luchas de las pasiones humanas, ó con las complicaciones falaces de la política; antes bien, deseando, como era conveniente, que aquélla guardase su puesto por encima de los incidentes humanos, apelamos á todos los ciudadanos franceses, hombres de corazón y de equidad, para que reconociesen y guardasen lealmente la Constitución del Estado, tal cual había sido establecida; y olvidando antiguas querellas, trabajasen enérgicamente porque la justicia y la equidad prevaleciesen en las leyes; porque el respeto y las condiciones de la verdadera libertad fuesen aseguradas á la Iglesia; y así, fraternizando en los mismos esfuerzos, proveyesen á la prosperidad de la patria común.

»Como tal fué el alcance de Nuestro pensamiento y Nuestros actos, es á la vez triste y absurdo que pueda encontrarse alguien que, alardeando cuidar más de la Iglesia que Nós mismo, se abrogue el derecho de hablar en su nombre contra las enseñanzas y las prescripciones de Aquel que es al mismo tiempo el protector y el Jefe de la Iglesia.

»Nós creemos, á la verdad, que estos hombres, cuya conducta es á la vez tan temeraria y tan indigna, no puedan encontrar en Francia, entre los verdaderos hijos de la Iglesia, nadie que sea de su parecer ó imite sus ejemplos».

Si tales son los deseos del Papa respecto de Francia, ¿cuáles han de ser respecto de España, regida por una monarquía católica, representada por una virtuosísima princesa?

La consecuencia es lógica y natural, y sólo las pasiones pueden hacer que no la vean, conozcan y acaten todos.

⁂

La política sapientísima del Pontífice ha influído naturalmente en las elecciones generales para diputados que se han verificado en Francia, y que han sido un triunfo completo, y con todas las apariencias de definitivo, para las instituciones republicanas. Por desgracia para España, la mayoría de la recién elegida Cámara es furiosamente proteccionista; y así, será tan difícil como lo ha sido hasta aquí la celebración de un tratado de comercio ventajoso para la exportación de nuestros vinos.

Y ¡ojalá que ésta fuera nuestra única desventura! Pero caen tantas sobre nuestra infortunada patria en estos momentos, que no pueden ya contarse. Con motivo de la supresión de algunas capitanías generales y de algunos tribunales, y el recargo de ciertos tributos, corre por gran parte del país un viento de tempestad que, si Dios no lo remedia, puede fácilmente degenerar en abierta revolución. Los republicanos y los carlistas se aprovechan de esta situación; y de creerlos á ellos, no pasará el verano sin que vuelva á estallar la guerra civil. ¡Dios quiera preservarnos de este horrible azote!

⁂

Noticias literarias. Están llamando poderosamente la atención pública los artículos que publica en *El Movimiento Católico*, bajo el título de *Celebridades católicas contemporáneas*, el sabio escritor D. Antonio Balbín de Unquera. A muchas personas hemos oído manifestar deseos de que se coleccionen, formando un tomo.

El Sr. Forteza, nuestro colaborador, ha publicado en Valencia un curioso folleto titulado *El espíritu nacional*. Está escrito con profundidad de pensamiento, mucha intención y galanura de estilo.

Se dice que el P. Blanco García proyecta, para cuando termine la impresión del tomo 3.° de *La Literatura Española en el siglo XIX*, emprender un estudio acerca de Fray Luis de León.

Se ha recibido ya en Madrid el *Almanaque de la familia cristiana, para el año de 1894*, publicado por Benziger y compañía, Einsiedeln (Suiza). Es un cuaderno primorosísimo, ello alarde de los adelantos tipográficos de nuestra época. La impresión es excelente y los graba-

EXPOSICIÓN DE CHICAGO.—Palacio de Bellas Artes

dos magníficos. La lámina con que comienza es un lindísimo cromo, con fondo de oro, que representa la imágen de Nuestra Señora del Perpétuo Socorro, que se venera en la iglesia de San Alfonso Ligorio, en Roma. La viñeta alegórica de la portada es un trabajo admirable. Los grabados, de vistas de paisajes y monumentos, escenas de vida doméstica y retratos de personajes célebres, son muchísimos, y todos acabados en su género. No es menos notable el texto, instructivo, variado y amenísimo, firmado por los mejores literatos católicos. Ninguna *familia cristiana* debe carecer de un ejemplar de este Almanaque, que circula por la América española con profusión, y que por desgracia no es aún tan conocido en España como debiera serlo.

Bachiller Alonso.

GRABADOS

Al salir de misa.—(Pág. 241).

Los niños de la escuela, dirigidos por el Hermano de la Doctrina Cristiana, salen de la iglesia, y á través del patio que la escarcha ha cubierto de alfombra blanca, se dirigen al aula.

Es ésta una composición de género francés, algo teatral, pero sentida y de alta significación religiosa y social.

Exposición de Chicago: Palacio de Bellas Artes. (Pág. 244).

Interior de la casa japonesa.—(Pág. 245).

Nada hemos de añadir á la descripción de los monumentos de la Exposición de Chicago, publicada en el número anterior de nuestra Revista.

Hoy damos estos dos grabados de uno de los innumerables palacios que bordan las orillas del lago, y de una de las curiosidades más visitadas por los extranjeros. Las últimas noticias de los Estados Unidos continúan acusando el desastre económico de la Exposición, cada vez más terrible. Ni los gastos se sacan por los organizadores del concurso.

Los pájaros y el estío.—(Págs. 248 y 249).

Cuadro del gusto moderno que no necesita explicación.

Pintor David.—(Pág. 252).

David es el representante del neo-clasicismo en la pintura, el artista de aquella república en que los nombres cristianos fueron sustituídos por los de Bruto, Catón, Cicerón, Demóstenes, etc. etc., y de aquel emperador que intentó resucitar, no el sacro romano imperio, sino el cesarismo de los grandes días de Roma. Los cuadros de David respiran entusiasmo y estudio profundo de la antigüedad clásica, si bien entendió ésta de un modo harto estrecho, como todos los neo-clasicistas. El género de David es muy criticado y discutido; pero lo que no se puede discutir es el mérito del insigne artista que llegó á disfrutar de una reputación europea, sólida y muy general.

El Vesubio.—Vista general: ascensión.—(Pág. 253).

Nadie ignora el nombre y principales circunstancias de esta famosa montaña, tan hermosa como terrible, verdugo de Pompeya, Herculano y otras ciudades de la antigüedad, y que ningún viajero en Italia deja de visitar. Para facilitar esta visita se ha construído la ingeniosa vía de que ofrece muestra nuestro grabado.

Antonio de Olmedo.

Nuestro arte religioso

XXXIII

(Sigues las conclusiones)

Para que el bonete sea digno coronamiento, así de los hábitos corales como de las vestiduras de altar, es necesario que vuelva á la forma que tuvo antes en muchas comarcas; un birrete negro, no más alto que siete centímetros (cuatro dedos), cuadrada y plana la superficie superior, redondo el cerco que ciñe la frente, resultando de la diferencia entre ambas figuras y dimensiones una inclinación para dicho cerco de 40 grados á lo más. Sería preferible que no tuviera otra armadura que un aro en la parte inferior, y así vendría á parecer una especie de boina con cuatro puntas algo romas, cuyas flexiones naturales en la tela darían á la prenda la gracia que vemos en los retratos antiguos en que figura. No es necesaria la borla, pero tampoco haría mal si fuera baja y bien colocada.

Los actuales celemines, ó casi mitras de cuatro picos, cada día más altos y reentrantes, degeneración en que poco á poco ha ido cayendo el mal gusto, que no sabemos á qué extremo de fealdad nos llevará por ese camino, merecen la más severa proscripción en obsequio á la estética (1). Se podría establecer otra forma de birrete igualmente bello y airoso para los ministros inferiores, que no se confundiera con el bonete de los ordenados *insacris*.

La forma semi-esférica actual del solideo es aceptable si la tela es blanda y horadada en algunos sitios para permitir la traspiración, pues de otro modo, es tan mal sano como aquel otro antiguo llamado *calota*, digno de eterno olvido, gorro exactamente igual que los que se ponen á los niños de pecho.

Oídas las opiniones de los que están por nuestra confusa y casi anárquica variedad de hábitos corales, y las de aquellos que son partidarios de la más severa uniformidad, deducida con mucha lógica de la unidad litúrgica de formas que rige para los sagrados ornamentos, lo más frecuente es inclinarse hacia esta última solución.

En la actualidad, desde el humilde vestuario, que consiste en un roquete ó sobrepelliz con ó sin muceta sobre la sotana, hasta el ostentoso, molesto y carísimo traje coral de los Canónigos de la Coronilla de Aragón y de los Capellanes de honor de S. M., á cuyo lado los Obispos parecen simples sacristanes, media una escala muy extensa de roquetes de todas las formas, sobrepellices, mucetas, capas con ó sin cola, esclavinas con vuelta de seda, de terciopelo ó de pieles, y matizadas de morado, carmesí ó negro, vuelillos y encajes, fajas y aditamentos de todo género para invierno y para verano, y con borlas, cordones, fladores y otras menudencias; y, sin embargo, todos los coristas desempeñan con tan distintas vestiduras el mismo oficio, absolutamente, sin más diferencia que el lugar en que lo verifican.

Esta sola razón, aparte de otras como el excesivo coste de esos trajes, la dificultad de ponérselos, el gusto dudoso y hasta deplorable de la mayoría de ellos: cuanto más lujosos, menos estéticos por lo regular, y las competencias, pretensiones y otros excesillos vanidosos á que esto suele dar lugar, sería ya de mucho peso al tratar de reformas, sin que valiera la evasiva de las grandezas y antigüedad de cada iglesia, porque las hay muy esclarecidas, y en ellas usan y usaron sus servidores en tiempos del mayor esplendor, imitando á las Ordenes monásticas más insignes, un traje coral sencillísimo, humilde, y quizá más bello que esos tan vistosos y caros (1). Si lo que se quiere es un distintivo propio de los Canónigos exclusivamente, sea en buen hora; mas para eso bastaría una borla ó las vueltas de la muceta, cualquiera cosa, y el traje coral podría ser uniforme, pues uno es el ministerio, uno el orden de los que lo desempeñan, y sagrado igualmente el lugar.

Pero sea lo que quiera de esta cuestión (2), desde el punto de vista del arte, es indudable que urge expurgar esta rama de la indumentaria eclesiástica, hasta conseguir que los hábitos corales sean bellos y majestuosos, á la vez que baratos, cómodos y expeditos para vestirlos y despojarse de ellos, fáciles de llevar, higiénicos, y por otra parte, nada charros ó abigarrados, ni tan llamativos que excedan en brillo á los ornamentos sagrados ó á los hábitos de los Príncipes de la Iglesia.

Creo que el mencionado vestuario, compuesto de sotana (3), roqueta y muceta, sería bastante para llenar todas las necesidades, incluso las estéticas.

Hoy están conformes todos con que esos aditamentos supérfluos y hasta sucios, llamados *colas*, debieran desaparecer de la indumentaria. La capa, conveniente quizá en tiempo frío

(1) Como este birrete es litúrgico, no estaría mal, y el clero lo llevaría muy á bien, prohibir en él, lo mismo que en el solideo, toda clase de colorines y distintivos de grados académicos, empleos y demás pretextos de singularizarse. Las únicas distinciones que podrán caber, son las de orden sagrado.

(1) Seguramente que los Canónigos, y más aún, los beneficiados que hayan tenido necesidad de trasladarse de una á otra diócesis y hacerse trajes corales nuevos, que cuestan el haber de un año, podrían decir algo sobre esto.

(2) No me faltará motivo para tratarla un día más seria y extensamente.

(3) No se hable siquiera de la pretenciosa y ridícula bata de gró muy hueca y tiesa, especie de sotana sin mangas y abierta por delante, que, con el nombre de *lieta*, exponen los valencianos, no todos, sobre la sotana ordinaria, para las funciones corales; vestidura costosa, no bella y completamente inútil.

y en iglesias muy grandes, caso de conservarla, estaría mucho mejor redonda, y sería así más barata y exenta de ciertos peligros.

Aquí es ocasión de consignar lo que piensan casi todos los modernos (1) que se ocupan en estos asuntos, acerca de la regularidad que convendría establecer en el uso de ciertos ornamentos y hábitos por los ministros inferiores. Cuando las comunicaciones difíciles hacían de cada provincia una nación y de cada nación un mundo, y pocos salían muy lejos de su pueblo natal, era menos notable cualquiera variedad. También cuando otro estado del mundo hacía menos posible que á todas partes llegara, como llega hoy, la acción de un poder directivo único y central, como el de la Santa Sede, que por esa misma dificultad de comunicaciones, y por otras causas y concausas tenía que vencer grandes resistencias en cosas muy triviales, mantenidas tenazmente por privilegios, costumbres y hasta corruptelas en extremo abusivas, era más árdua toda reforma; pero ahora, que se recorre medio mundo en dos días, lo que hace mucho más visibles todas las diferencias, y que, por fortuna, son muy raras aquellas rebeldías ó morosidades, y en medio de grandes males, también es más grande y completa la sumisión de todos los católicos á los menores deseos de nuestro Padre común, cuya mano sabia y benéfica llega más pronto á todas partes y obtiene muy expeditamente lo que antes hubiera costado más tiempo y mayor esfuerzo en remover obstáculos y preocupaciones de nación, de cuerpo y de costumbre; no es tan aventurado decir que todas las cosas no convienen á todos los tiempos, y que en este no sufriría menoscabo alguno, sino todo lo contrario, la disciplina, porque prevaleciera cierta uniformidad externa ó artística en relación justa con la unidad de la fe y de la obediencia.

Cualquiera puede observar sin salir de España, y aun de una ciudad cualquiera, que los acólitos y niños de coro, por ejemplo, visten ya de encarnado, de azul, de negro, de morado, y hasta en alguna iglesia, como la de Montserrat de esta corte, en otro tiempo, ¡de blanco! el color del Sumo Pontífice. ¡Qué gracia! En algunas partes los visten con capisayos de Obispo ó de Cardenal. Aquí, los turiferarios llevan alba, cíngulo y *collareta* de dalmática; allí, también ésta; más allá, manto de seminarista, pardo ó azul, y encima roquete y la referida collareta de tela de casullas, es claro; en otra parte, turiferarios y monaguillos usan alba y dalmática, y así todo el mundo parece subdiácono. Es también muy general que los salmistas lleven sobre la sotana y el roquete ó sobrepelliz, pluvial y bonete, y lo mismo los que sostienen el palio en ciertas procesiones; y como ambos oficios suelen confiarse á seglares casados y con hijos, en unión con Sacerdotes, y el traje de todos es igual, lo que el pueblo vé es que el zapatero ó el músico, su vecino ó amigo, *viste de cura*, y lleva pluvial y bonete exactamente lo mismo que el oficiante, y que la dalmática que ayer sirvió para el diácono de verdad en la misa, hoy la usa para llevar la cruz ó un incensario el mozallón alquilado, que luego por la tarde servirá de cargador ó mandadero en el mercado; y que si para muchos actos del culto el traje es el mismo siempre y en todas partes, para otros en cada iglesia, pueblo y provincia es distinto, y oficios menores son desempeñados con iguales vestiduras que otros más altos.

EXPOSICIÓN DE CHICAGO.—Interior de la Casa Japonesa

Pues bien; creen muchos, y conviene tenerlo en cuenta, pues no son ateos, judíos ni herejes, que sería muy sencillo y muy conveniente establecer: primero, que del oficio, entiéndase bien, del oficio de subdiácono abajo, no gastara nadie dalmática ni pluvial ni ornamento alguno; y que así como en la asistencia á misa, en los demás oficios subdiaconales, como llevar la cruz, sirviera siempre el mismo traje. Que el pluvial se usara por los prestes, por sus dos adlátares en vísperas y otros actos, por los asistentes al pontifical, y los capitulares cuando lo prescribe ó permite el ceremonial de Obispos, y en todos los demás oficios inferiores ó que no pidan rigurosamente ornamentos, se use tan solo el traje coral de cada categoría, y aun con ciertos distintivos que separen al salmista seglar del eclesiástico, al sacristán lego y al monaguillo, del ordenado minorista y á éste del ordenado *in sacris;* si no se quiere llevar la división hasta señalar, como algunos quieren, y no es ningún absurdo, alguna diferencia entre subdiáconos, diáconos y presbíteros, como la hay entre éstos y los Obispos, no solo en el hábito coral sino en el de calle, pero trajes todos y distintivos iguales en todas partes para unas mismas clases, á la manera de los ornamentos de celebrar la misa, que son idénticos para todos los Sacerdotes y para todos los diáconos y subdiáconos. Así podría fácilmente cualquiera saber, tanto en el altar como en el coro, y hasta en la vía pública, qué clase de ministro del templo tenía delante.

Claro es que en esta reglamentación, convendría no solo conservar, sino limitar más rigurosamente el uso de los cinco colores (blanco para el Sumo Pontífice, encarnado para los Cardenales, morado y verde para los Obispos, negro desde presbíteros para abajo), y mediante piezas azules, ceñidores, borlas, forma de las ropas y birretes, etc., bien visibles y sencillas, deslindar las diferentes categorías de orden y de oficio en los inferiores al presbiterado, sin excluir á los cantores seglares.

Los que así piensan, respetando todo cuanto hoy existe legalmente, ó es siquiera tolerado, también opinan que la mitra podría llegar á ser propia solo de las frentes episcopales: pero esto ya es asunto en que habría de entender toda la Iglesia.

Respecto de los pertigueros, silenciarios, bedeles, músicos instrumentistas legos, enterradores y demás sirvientes del templo, también se podría establecer un traje sencillo, cómodo, respetable y bello, sin necesidad de la ridícula peluca, y en cuanto á las cofradías, no creo conveniente obligarlas á usar en el templo uniformes completos; pero sí estaría muy bien que el escapulario fuese realmente tal; es decir, una vestidura, especie de casulla larga y no muy ancha, semejante á lo que es en los hábitos monásticos de que procede, y es el actual, una degeneración. De esta manera la cofradía en procesión ó cualquier otro acto, haría un efecto solemne, grandioso y uniforme, y en confluencia de muchas, todas con escapularios de colores distintos, mucho mejor. Esto no es caro y, sería acogido con fruición por todos: en otro caso sería necesario por lo menos que los cofrades que intervinieran en actos del culto, vistieran modesta y uniformemente, sin la libertad de hechura y color que hoy lamentamos: de modo que nadie absolutamente tomara parte en función alguna del culto sin una vestidura adecuada genuinamente eclesiástica y distinta de la que usara como particular.

Para concluir, echemos una hojeada á la indumentaria vulgarmente llamada entre nosotros *de calle*, que algo significa también para el arte, pues que contribuye á realzar en el terreno de las relaciones civiles la persona del eclesiástico, y esto no es posible sin el concurso de una bella y grave apariencia.

Creo que ninguno, ó muy pocos, pensarán en en la unidad absoluta de este traje clerical, porque á todos se nos alcanza que no solamente las condiciones del clima, sino las costumbres de cada pueblo son bastantes para determinar muchas variaciones; mas por eso mismo quizá es acertadísimo el criterio de los que quieren que cada país conserve, y el nuestro mejor que otro alguno, el vestido ya tradicional y clásico de sus Sacerdotes.

No costaría gran trabajo probar que el de los nuestros es el más semejante al que vistieron Nuestro Señor Jesucristo y los Apóstoles, pues consta como aquél de túnica y manto, ni que aunque no en todos sus detalles, fué desde tiempos bastante antiguos el más general de todo

(1) Al hablar de opiniones reformistas, no puedo citar escritos, pues tales ideas, aunque racionalísimas y procedentes de varones piadosos y sabios, siempre se han emitido de palabra y como en confianza. La causa de tanta reserva en cosas muy inocentes está en que por muchos años logró prevalecer y casi imponerse una escuela de buenos señores seglares por supuesto, que á la menor idea de variar el roquete de un acólito, ó de encontrar inconveniente alguna antigua corruptela, clamaban fuera de sí, llamando innovador, imprudente, liberal y hereje al infeliz que la emitía. Hoy, después de lo que escribió el Sr. Salazar, Obispo ahora de León, contra los hábitos del calzado clerical y sobre los privilegios y exenciones del siglo XVII, al que llama siglo decadente; después de lo dicho por La Fuente (D. Vicente de) sobre los falsos cronicones, milagros apócrifos y opiniones antes muy admitidas, y sobre las Ordenes Militares; después de la impugnación del Sr. Aguilar, hoy Obispo de Segorbe, contra el privilegio y monopolio de imprimir libros litúrgicos; después de lo que ha escrito el P. Uriarte contra el canto llano, y después de las críticas mesuradas, pero incisivas, de Menéndez Pelayo y otros escritores católicos de primera fila, aquella escuela ha enmudecido, y puede todo el mundo distinguir lo esencial de lo accidental, lo dogmático de lo opinable.

el orbe cristiano. Pero aparte de esto, ¿quién negará que excede en hermosura y grandeza á todos los demás, por la amplitud de su corte, por la gracia de sus pliegues en todas las situaciones, y por el aspecto venerabilísimo que presta á la persona?

Dicen ahora muchos que es algo incómodo y un tanto caro; pero es lo cierto que jamás se quejaron de tales defectos los eclesiásticos nuestros antepasados que lo usaron constantemente. Ese manteo fué la vestidura de tantos sabios y Santos como dió siempre nuestra España; es el traje de San Ignacio, de San José de Calasanz, del venerable Avila, de Calderón, de Lope y de tantos otros que son nuestras glorias; es el que habíamos usado siempre, como ellos, muy contentos, sin hallar motivo de queja, hasta que sobrevino la invasión extranjera con sus sotanas *entalladas*, sus *dulletas*, verdaderos gabanes, y sus talmitas, como si nunca hubiera hecho aquí frío ni humedad, ni nuestros predecesores hubieran entendido palote de comodidad é higiene, hasta que vinieron las malditas empresas extranjeras introduciendo sus *novedades* para desterrar poco á poco nuestro noble vestuario, con esas cosas *que ahora se llevan*, como dicen en su caló industrial los charlatanes de la moderna sastrería de pacotilla. ¡Hasta en eso vamos dejando de ser lo que fuimos! Que nos den el mismo traje á todos los Sacerdotes seculares del mundo, si eso es posible, ó si no, que conserve cada país el antiguo y tradicional; mas ya que hasta en las Constituciones Sinodales de nuestras Diócesis está prescrito nuestro antiguo hábito ¡nada de invenciones exóticas! ¡no nos dan ejemplo de ellas otros países! pues conservan los usos de siempre, mientras que nosotros nos pavoneamos con lo que se hizo para otros hombres y para otros climas.

Pero somos así. ¿Quién creería que no hace veinte años hubo seminarios españoles en que fué reglamentario, para asistir á las clases, el feo, el ridículo y profano, el nunca bastante execrado sombrero de copa? ¿Quién supondrá posible que lo gastaran á la par de la hermosa toga de más antiguos tiempos... ¡los pertigueros de algunas catedrales!

José Ferrándiz.

Ingeniosidades periodísticas.

Con motivo de los motines, asonadas y agitaciones de los últimos días á que aludimos en la *Crónica*, el castizo é ingeniosísimo escritor, nuestro insigne amigo y colaborador D. Valentín Gómez, publicó el 10 de Agosto último en *El Movimiento Católico* el siguiente sabroso articulejo, que queremos conservar en nuestra colección:

«DON BENITO Y DOÑA VICTORIA

Parece que uno de esos periódicos franceses que deben su popularidad á hablar de todas las cosas extranjeras con profundo conocimiento de causa, ha dado noticia á sus lectores de los sucesos ocurridos en Don Benito y Vitoria, en términos análogos á los siguientes:

«Los vientos que nos llegan de España son tan poco tranquilizadores como de costumbre. La tierra del *fandango* ó de los *pronunciamientos* sigue siendo teatro de revueltas y psonadas.

Hace poco, un tal Don Benito, personaje influyente en Extremadura, se sublevó, poniéndose al frente de buen número de paisanos armados, saqueando y quemando algunas casas de comercio de las ciudades más importantes de Andalucía y Asturias.

Los telegramas no nos dicen qué bandera ha levantado el nuevo cabecilla; pero por el nombre y el título de *Don (monsieur)* que todos los periódicos le conceden, debemos creer que es Clérigo, y que el movimiento iniciado por él será probablemente carlista. Algunas tropas de la ciudad de Carabanchel d'Abajo salieron en persecución de Don Benito y sus *brigantes*; pero no parece que han logrado alcanzarlos y batirlos, porque tuvieron que retroceder inmediatamente para sofocar un nuevo y formidable alzamiento promovido esta vez por una valerosa mujer del pueblo, llamada *Victoria* (ó Vitoria, como dicen malamente los despachos telegráficos), la cual, aunque no lleva el título de *Doña (madame)*, debe ser no menos influyente que Don Benito, pues ha hecho huir al ministro de la Guerra, viéndose éste obligado á invocar el auxilio de San Sebastián, que es el santo patrón de la corte y de la marina española.

Vitoria ó doña Victoria, como debemos llamar á una mujer que recuerda las fazañas de doña Agustina de Zaragoza, que hizo frente ella sola en Algeciras á una escuadra inglesa en tiempo de Nelson, y á doña Pitita, que capitaneó á los realistas enemigos de la Constitución del año 12, en tiempo del rey Fernando el *desnarigado (petit nez)*, ha mandado una comisión á la Reina pidiendo la cabeza del ministro de la Guerra para hacer con ella uno de los platos más exquisitos de la cocina española, que se llama *pisto manchego*. Pero la Reina ha contestado que para hacer *pisto* sería preciso entregar las cabezas de todos sus ministros (que en la Mancha se llaman *Venancios)*, y esto no puede otorgarlo por ahora, mientras el general *Borrego*, presidente de la Cámara alta, no se ponga de acuerdo con el Obispo Candilejas, antiguo ministro de Cultos, y el banquero Percerver, que lo ha sido de Hacienda *(des Finances)*.

En vista de esto, doña Victoria continúa con el arma al brazo, y D. Benito vagando tranquilamente por Sierra Morena, donde tienen sus casas de campo Pidal, el jefe de los socialistas de Estado de España, y Gamazo, el actual ministro de las Colonias agrícolas.

Se teme que de un momento á otro secunden el movimiento doña Cachucha, antigua contrabandista malagueña, muy popular en Andalucía, y D. Castro Nuño, caballero castellano que hizo la guerra en la frontera portuguesa en favor de D. Carlos, á las órdenes de doña Blanca.

Con estas cosas, que prueban el estado anárquico en que se encuentran nuestros vecinos ultrapirenáicos, D. Sagasta anda muy sobresaltado, y parece que se propone aconsejar á la Reina que forme un Ministerio de fuerza, encomendado á la poderosa espada del general *Guerrita*, uno de los bravos que, cuando está lejos del poder, se entretiene en matar toros como el Cid.

¡Oh, Dios mío, que país! *(Oh, mon Dieu, quel pays!)*»

Tal es el articulito del periódico francés que hemos arreglado á la *escena española* para que se vea el efecto que causan nuestros trastornos en la prensa europea.

Valentín Gómez.

El artículo ha corrido toda la prensa, y no ha faltado naturalmente el bobo eterno que lo haya tomado al pié de la letra, dando lugar á un graciosísimo *diario cómico* del inagotable Felipe Pérez en *La Correspondencia de España*, que copiamos á continuación:

ET VOILA COMM'ON ECRIT L'HISTOIRE

A un periódico francés,
que por cierto nadie nombra,
«cuelgan» algunos colegas
una divertida «historia»
que, sea ó no traducida,
sea extravagancia propia
de los que pintan á España
que no hay quien la reconozca
y hablan de *toreadores*
que á las duquesas adoran
y á las que dan serenatas
en que la guitarra tocan.
y de damas principales
disfrazadas de manolas
con la navaja en la liga,
que van buscando camorra,
y se bailan *el fandango*.
y á sus galanes sonrojan
si en las corridas de toros
no les brindan una moña;
sea invención de un chistoso
que quiso dar esa broma,
ello es que á mí me ha hecho gracia,
por que la tiene, y no poca.
Trátase de los motines
que han promovido en mal hora
monsieur Benoit (Don Benito)
et madam Victoire (Vitoria).
Don Benito, que es un clérigo
que en Extremadura goza
de gran popularidad,
ha querido «armar la gorda»
y *Victoria*, una mujer
que debe ser valerosa,
y una persona importante,
aunque no le den el *doña*,
á la vez que *Don Benito*
ha promovido tal bronca,
que al ministro de la Guerra
hizo escapar por la posta.
Aunque las demás noticias
son igualmente graciosas,
basta con las apuntadas
para no copiarlas todas.
Sin embargo, el periodista
que publicó tales cosas,
ó con frescura francesa
ó con sandunga española,
por «olvido involuntario»
dejó en el tintero otras,
que me atreveré á indicarle
por si le sirven ó importa:
Moron, que es un tenor cómico,
por que no trabaja ahora
ha armado en Andalucía
una segunda *gloriosa*,
gritando:—¡*A bas les Consumes*!
que desde fecha remota
los *Consumos* en España
son gentes que el país odia;
y *La Coruña*, que es una
gallega linda y frescota,
enlutada, echando chispas,
bandera negra enarbola,
porque don López Dominguez,
sin atender sus congojas,
le ha quitado un capitán
general, de que era novia;
La Guardia, que es decir la
Gendarmería española,
ha hecho otro *pronunciamiento*
que es de gravedad notoria;
y *Albalat*, actor antiguo,
ha resucitado ahora
para armar una partida
republicana católica.
Aunque aún quedan más noticias,
con estas bastan y sobran
para escribir otro artículo
que todo el mundo recorra.
Escríbalo, si es que quiere;
pero al pie ponga esta nota:
«Los datos son oficiales.
Así se escribe la historia.»

Felipe Perez.

Sección Doctrinal.

HARMONÍA ENTRE EL TRABAJO Y EL CAPITAL

Discurso compuesto para el primer Congreso Católico Nacional, verificado en Madrid en Abril y Mayo de 1889, por el Catedrático de la Universidad de Barcelona, D. Antonio Pou y Ordinas (1).

Al criar Dios el hombre á su imagen y semejanza, comunicó á su espíritu las luces necesarias para que conociese el altísimo fin para el que había sido formado, y los medios de que había de servirse para conseguirlo, al tiempo mismo que lo constituía monarca de la creación, con facultades y potencias adecuadas para dominar las fuerzas naturales del mundo material. Era, pues, el hombre un cooperador del Altísimo en su grandiosa obra de la creación, cuyos amorosos designios había de servir manteniendo siempre fija en el cielo su mirada agradecida, alimentando su espíritu, como diría Platón, en la contemplación de la esencia infinita, perfeccionándose sin tregua ni descanso por el ejercicio de acciones virtuosas, y elevando con su autoridad personal todas las cosas creadas hacia su Autor para que le tributaran la gloria que le es debida. Pero ese obrar del hombre sobre la creación material para el cumplimiento de la misión, que del Hacedor Supremo había recibido, obra fácil y placentera en aquella época de felicidad y ventura, de que nos hablan los libros santos, y es recordada en todas las teogonías paganas, trocóse para nuestro mal en acto de dolor, en esfuerzo penoso de nuestras facultades, después de haber sido fulminada por la Justicia divina contra el progenitor de la raza humana la terrible sentencia de que: *comería el pan con el sudor de su rostro.* Desde aquel momento desgraciado empieza para la desdichada descendencia de Adán prevaricador esa no interrumpida *lucha por el pan cuotidiano*, con todo su doloroso acompañamiento de inquietudes y fatigas, satisfacciones menguadas y amargos desconsuelos, y cuya complicada trama constituye el fondo de la historia universal de la humanidad. Ved ahí lo que con su realidad desabrida se ofrece á los ojos del economista cuando engolfándose en sus investigaciones en busca de las causas de las riquezas sociales, se fija en el principal agente de toda producción, significado por la palabra *Trabajo*.

Sublime es la grandeza del hombre cuando nos recuerda su elevado origen; pero no deja de ser bastante dura su condición, cuando lo contemplamos sujeto á las cosas materiales que le rodean. Verdad es que valiéndose de la asombrosa virtud de su ingenio, puede ganarse el dominio de los agentes de la naturaleza, y por este modo hacer más llevaderas sus fatigas, y convertir, como gráficamente lo ha dicho Bastiat, en *gratuitas*, obligando á la naturaleza á que contribuya á producirlas aquellas *utilidades* antes *onerosas* por los penosos esfuerzos que costaba el conseguirlas. Pero de todos modos, aunque sea en medio de los espléndidos desarrollos de la moderna industria, siempre en el fondo del trabajo humano vibra la triste cuerda del dolor, que lo hace aparecer con el carácter de pena que ha sido impuesta á la humanidad. Este carácter doloroso del trabajo, como castigo impuesto á la culpable desobediencia del primer padre, que es el concepto en que nos lo ofrece el Cristianismo, fué ya conocido por los autores paganos, que de otra manera no alcanzaban á comprender la condición del *improbus labor*. Hesiodo, el gran cantor del trabajo, en su poema de las *Obras y los Días*, dice que el trabajo es un castigo, impuesto por los dioses al hombre culpable, y que sólo puede éste reconciliarse con la divinidad cumpliendo con este deber.

Dos caminos se presentan, por consiguiente, en este punto al hombre; puede, siguiendo al primero, aceptar el trabajo como un castigo paternal con que Dios ha tratado de corregir su altivez y humillar su desordenado orgullo, al tiempo mismo que le facilita un medio para que expiando su culpa pueda recobrar la dignidad primitiva; ó bien elegir el segundo camino, rebelarse contra esta ley providencial del trabajo, cifrar su orgullosa dignidad en la holganza, é imponer por la violencia la pena del trabajo al desdichado qus logre sujetar á su despótico dominio. La aceptación voluntaria del trabajo, con la grandeza moral de que Dios lo ha revestido, puede todavía ser para el hombre caído fuente de bienestar y dichas temporales, mientras que la resistencia á esta ley no podrá menos que producir los más graves sufrimientos y la disolución de las sociedades. «Nada más fácil, decía Hesiodo á su hermano Persa, que dejarse dominar por el vicio. El camino que á él conduce es agradable y siempre asequible. Pero los dioses no conceden á los hombres la virtud, sino en recompensa de sus sudores y fatigas. Escucha mis consejos; trabaja, hijo de los dioses, para que la diosa del hambre se aparte de tí y seas amado de Ceres, que con sus favores colmará tus graneros. El hambre es la eterna compañera del perezoso. Los dioses y los hombres la destestan igualmente. Se parece á esos zánganos infecundos, que consumen en la ociosidad los frutos de la abeja laboriosa. El trabajo se hará bien amado de los dioses y los hombres: porque siempre han mirado con horror á los holgazanes.» (1).

Pero estos sabios consejos eran poco atendidos de los que se habían dejado dominar por las pasiones de la humanidad caída, triunfantes en el paganismo. El orgullo y la molicie inducían á los poderosos de las antiguas sociedades á cifrar la dignidad del ciudadano libre en el lujo y la ociosidad. La pereza les apartaba del trabajo, y el orgullo les obligaba á despreciarlo al tiempe mismo que con una codicia insaciable apetecían todos los goces que el envilecido obrero pudiera proporcionarles. La índole del presente estudio no permite ocuparnos en los perniciosos efectos que la soberbia inconmensurable del paganismo causó en aquellas sociedades; pero permítasenos observar, que la grandeza y gloria de los romanos fueron en aumento en proporción que crecían el amor al trabajo en los sobrios hijos de la valiente república, y por el contrario fué enervándose la virilidad de aquel célebre pueblo á medida que el orgullo y la ociosidad invadían todas sus clases sociales y eran despreciados y envilecidos los hijos del trabajo. El desorden y desequilibrio sociales en esta materia llegaron á tal punto, que un distinguido economista ha podido decir del Imperio romano, «que llegó á ser la explotación organizada de los que trabajaban en favor de los que pasaban la vida en la ociosidad y el regalo.» La virtud del trabajo fué del todo desconocida: sólo se trabajaba por imposición de la ley; y cuando los preceptos del legislador no tienen hondas raíces en la fuerza íntima y espontánea de la conciencia, son efímeros y nada sólido alcanzan á producir. Por tal manera pronto fué Roma y la misma Italia un centro consumidor, que nada producía; y progresando sin cesar aquella sociedad en el camino del orgullo y de la sensualidad, amontonando degradaciones sobre degradaciones, no hubiera tardado en hundirse en los abismos de la más afrentosa de las disoluciones, si la divina Providencia no le hubiese deparado un extraordinario y sobrenatural remedio á sus males humanamente incurables.

El Cristianismo, al iluminar con sus resplandores sobrenaturales la conciencia humana, infundió una nueva vida á los fundamentales principios de la justicia natural, sobradamente adormecidos, descubrió á la inteligencia los sublimes arcanos de las grandes unidades del origen y destino de los hombres, que apenas habían vislumbrado los grandes genios del gentilismo, y comunicó á la voluntad, doblemente decaída por la debilidad heredada del primer padre y las abominables locuras del paganismo, aquellas energías morales, que la sostienen vibrante en medio de las duras penalidades inherentes al ejercicio de sus fuerzas y sin las que es imposible el trabajo sostenido, fecundo y perfecto, como lo reconoció Plinio en su bella frase: *Honestis manibus omnia laetius proveniunt quoniam et curiosius fiunt.*» (1).

El trabajo, según la doctrina de Jesucristo, es á la vez un deber y un mérito, una obra digna y santa. ¿Cabe un mayor enaltecimiento del trabajo manual que el que le comunicó el divino Redentor al dignarse pasar los treinta primeros años de su vida en el humilde taller de un artesano, auxiliándole con sus propias manos en las labores de su oficio, y no desdeñándose de que su altísima dignidad fuese encubierta bajo el calificativo con que se le designaba de *Hijo del carpintero?* Y si Jesucristo para sus discípulos es el *camino, la verdad y la vida*, ¿podían éstos dejar de considerar con todo el respeto ese acto de la humana actividad y dejar de aplicarse á él con aquella fervorosa energía que inspira los grandes ejemplos? Nada tiene, por consiguiente, de extraño que los Apostóles y los cristianos de los primeros siglos fuesen trabajadores modelos, incansables en sus labores, exactos y generosos en medio de sus penas y fatigas. Al desplegarse con sus virtudes la vida cristiana, y encerrándose la plenitud de su energía en esas sublimes instituciones, que se llaman las Órdenes religiosas nos ha ofrecido el tipo más completo y hermoso del hijo del trabajo que contemplamos con admiración en los solitarios del Oriente, y más particularmente en el monje benedictino, copiado y reproducido cien veces en las muchas congregaciones cristianas que han brotado en el fecundo jardín de la Iglesia, á medida que han aparecido las necesidades religiosas y sociales, á cuya satisfacción han acudido siempre los institutos regulares.

«En los monasterios, dice San Agustín, reuniéndose á los del Oriente, nadie posee nada en propiedad; pero tampoco nadie vive á costa de su hermano. Los monjes se dedican á un trabajo, que asegura su sustento sin apartar su pensamiento de Dios. Ni el estudio mismo perjudica su labor: ellos hilan la lana, fabrican sus vestidos, y proporcionan abrigo á los hermanos de quienes reciben el sustento» (2).

No podemos resistir al deseo de copiar una hermosa página de un ilustre historiador contemporáneo, en que describe la vida de los solitarios del Egipto, confirmando las indicaciones del grande Obispo de Hipona. «Como lo dice un Santo, escribe el Conde de Montalembert, las celdas reunidas en el desierto formaban como una colmena de abejas: cada solitario tenía en sus manos la cera del trabajo y en sus labios la miel de los salmos y de la oración. Los días se repartían entre la oración y el trabajo. Este á su vez se repartía entre las labores de diferentes industrias, especialmente en la fabricación de esas esteras, que todavía son generalmente usadas en los pueblos del Mediodía. Por este modo entre los religiosos había familias enteras de tejedores, carpinteros, curtidores, sastres, bataneros, en las cuales el trabajo era duplicado por el rigor del ayuno, casi nunca interrumpido. Todas las reglas de los

(1) Algunos suscritores y amigos muy queridos, nos suplican que sin perjuicio de publicar trabajos de actualidad, demos cabida en nuestras columnas á las obritas científicas literarias que más dignas sean de ser conocidas del público, y mayor provecho puedan producir á la ilustración nacional. Deferentes á este ruego hemos pensado recopilar algo de lo mejor que se ha escrito en España acerca de la cuestión social, y hemos dado la preferencia á este Discurso del docto Catedrático de Barcelona que inserto en el segundo tomo de la voluminosa colección del primer Congreso Católico, no es tan conocido como debiera serlo.

A esta publicación seguirán otras de escritos no menos selectos.

(Nota de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA).

(1) *Opera et Dies*, vs. 286 al 310.

(1) *Hist. nat.*

(2) De Moribus Eccl. Cathol. 1, 31.

LOS PÁJAROS Y EL ESTÍO.—(Cuadro de Giacomelli)

patriarcas del desierto prescribían la obligación del trabajo, y prácticamente lo enseñaron con su ejemplo aquellos grandes Santos. No se cita, ni se descubre excepción alguna de este precepto; los superiores eran los primeros en esta penosa tarea. Cuando Macario el Anciano fué á visitar al grande Antonio, inmediatamente se pusieron á trabajar juntos en las esteras, hablando al mismo tiempo de cosas útiles á sus almas, y Antonio quedó tan edificado del celo de su huésped, que le besó las manos exclamando: ¡Cuántas virtudes brotan de estas manos! Cada monasterio era, pues, una grande escuela de trabajo y al mismo tiempo una grande escuela de caridad» (1). Por donde se ve, que trabajaba el Monje, y á su ejemplo el obrero cristiano, no sólo para obtener con su fatiga personal el sobrio sustento de su vida, sino principalmente para aumentar la perfección espiritual de su alma, socorrer las necesidades de los pobres y acaudalar méritos para la vida eterna; porque «el trabajo, como decía San Basilio, es una grande obra en el servicio de Dios, que conduce al hombre al reino de los cielos» (2). Así, pues, el Cristianismo, sumando en las soledades de los Monasterios la humildad, la mortificación y la caridad, ó sea todas las fuerzas vivas de la libertad, producía una obra de regeneración moral, que había de causar la restauración del trabajo en las sociedades europeas. Así sucedió con efecto, y nadie se atrevería hoy á contradecir esta afirmación de Guizot pronunciada hace ya cuarenta años: «Los Monjes benedictinos han roturado la Europa» (3).

Partiendo de esos centros de actividad poderosa, que se constituían en el seno de cada uno de los Monasterios, de «esas grandes repúblicas, agrícolas, industriales y literarias» (4), como llama Cibrasio á las congregaciones del Orden de San Benito, el movimiento civilizador de la Iglesia católica difundía paulatinamente por todas las clases de la sociedad el amor á la vida laboriosa é inspiraba el respeto del honrado trabajo del obrero. La abnegación cristiana, levantada hasta el heroísmo por las Comunidades religiosas, había triunfado de la orgullosa ociosidad, entronizada por el paganismo en las viejas sociedades, y la Edad Media, después de haber hecho dominar en las costumbres el espíritu cristiano del trabajo, que convirtió en honrada institución social por medio de la admirable organización de los gremios, ha legado á los tiempos modernos esta preciosa herencia, fruto sazonado de la vida santamente laboriosa de las Ordenes monásticas. Esta doctrina moral del trabajo encerraba en su seno el germen de la dignidad personal del obrero, la virtud para hacer fecundo el orden económico y una base sólida para asentar sobre ella la paz de las sociedades. Le Play, despues de un profundo análisis de las condiciones actuales de gran número de pueblos, ha llegado á esta importantísima conclusión: «El fin supremo del trabajo es la virtud, y no la riqueza. De cada día comprendo mejor que en la inteligencia de esta verdad se encierra en germen toda la ciencia social.»

Para desdicha de la humanidad, la doctrina moral del trabajo, proclamada y practicada por la Iglesia cotólica, no ha encontrado en los tiempos modernos aquellos desarrollos que hubieran asegurado el bienestar y la paz en el hogar del obrero; las corrientes contemporáneas, saturadas de utilitarismo egoista y de materialismo enervante, han opuesto á la saludable doctrina del Evangelio teorías positivistas, que á trueque de producir en mayor abundancia la riqueza no han vacilado en abrumar con nuevas penas y dolores al infeliz obrero. La siniestra palabra *trabajo-mercancía* ha sonado en el régimen industrial elaborado por los discípulos de Adam Smith, y ante su maléfica influencia ha desaparecido la dignidad personal del obrero, y ha quedado el trabajador convertido en un mero instrumento de la producción. «Bajo el punto de vista económico escribe Molinari, los trabajadores deben ser considerados como verdaderas máquinas. Son, con efecto, aparatos mecánicos que proporcionan una cierta cantidad de fuerzas productoras, y exigen en cambio algunos gastos de conservación y renovación para poder funcionar de una manera regular y contínua.» Doctrina desconsoladora que establece un divorcio funesto entre el trabajo y la persona del obrero, entre los actos de la producción industrial y la vida social del trabajador: doctrina que degrada la misión económica del obrero al colocar en el mercado su tarea entregándola como una mercancía cualquiera á las fatales contingencias de la oferta y la demanda; teoría antisocial, que al rebajar al hombre del trabajo al nivel de un instrumento material, le despoja de la dignidad de persona y condena á la mayor parte del género humano á una nueva y más degradante esclavitud; sistema injusto, en fin, que apartándose de la verdad natural, y estableciendo en las funciones de la producción de la riqueza relaciones arbitrarirs, no puede menos que producir consecuencias desastrosas para la paz social y para el mismo orden económico. Bien conocía el caracter disolvente de esas doctrinas el Pontífice reinante León XIII, cuando, siendo Arzobispo de Perusa, en una célebre instrucción que publicó, anatematizaba esas escuelas económicas que han considerado al trabajo como fin del hombre y han mirado al hombre mismo como una máquina más ó menos apreciable, según que sirve mejor ó peor á la *producción*, sin cuidarse absolutamente para nada del hombre moral.»

Pero si ofende la dignidad del obrero la tan arbitraria como antinatural teoría que separa bruscamente la obra de sus manos de las necesidades y condiciones personales de su vida, todavía es más depresivo, para su suerte desdichada, la remuneración que á su trabajo asignan por vía de salario las teorías modernas en el reparto del valor de la riqueza producida.

ANTONIO PUJU Y ORDINAS.

(Se continuará.)

(1) *Les Moines d'Occident*, t. 1, p. 70.
(2) *De Renuntiat*, sæculi. s. 9.
(3) *Histoire de la civilisation en France.*
(4) *Della Economia politica del medio evo*, lib. II, c. VI.

El balcón de los pájaros.

I

Era mucho balcón aquel; tenía aromas de flores, trinos de aves y oleadas de luz. El sol andaba prendido en amores y perdidito hasta las manchas por semejante nido, y en cuanto el muy señorón del astro salía en el horizonte, besaba con sus rayos más dorados aquellas jaulas y aquellos tiestos del piso tercero de la Ronda de Segovia. Sobre el voladizo del balcón y defendidos de una caída por la barandilla, se erguían una maceta de rosas y dos cajoncitos atestados de pensamientos, los que se pasaban el día cabeceando como si se disputasen á *petalazos* el cortejar á sus compañeras; en tanto éstas, dándolas de tímidas, no dejaban de expeler perfumes que enloquecían á sus diminutos adoradores. Una enredadera muy orgullosa y que á menos tenía el alternar con su gente, subíase no sé por dónde, agarrándose á todas partes, y allá trepaba á la altura hasta casi ceñir las jaulas de alambres colgadas en el marco del balcón, y en las que alborotaban en competencia un canario y un mirlo, el Bellini y el Meyerbeer de aquella monada de agujero trocado por obra y gracia de los dos cantores en un concierto perpetuo. Nada, que el diantre del balcón hubiera parecido la entrada del cielo á haberse asomado de cuando en cuando una cabeza calva. Bien es verdad que si no se asomaba la cabeza calva, en cambio una cabecita rubia .. pero ya hablaremos de la rubia cabecita.

Había yo venido á estudiar medicina á Madrid, y mi buena madre, tratando de alojarme del mejor modo, y no queriendo en manera alguna confiarme al mediano trato de las casas de huéspedes, dióse tal maña y tan bien hizo las cosas, que me buscó un cuartito en una casa de la Ronda de Segovia, en el que vivían un matrimonio honradísimo, él guardafreno del ferrocarril del Norte, y ella costurera en blanco, dedicada á trabajar á domicilio, razón por la cual pasaban la mayor parte del tiempo ambos esposos fuera de su habitación. El cuarto que ocupaba el matrimonio, y donde yo senté mis reales, era el inmediato al del balcón de los tiestos y los pájaros.

Al principio, confieso que mi vivienda, por el sitio donde radicaba, no me pasó de los dientes adentro, pero mis aficiones al campo (sirviéronme de paliativo, y en este punto no tenía nada que pedir; desde mi balcón se divisaba un extenso panorama que ofrecía por telón de fondo á la izquierda llanuras que se perdían en lontananza y á la derecha una cadena de montañas, azules por la distancia, las crestas del Guadarrama. Y arrancando de este último término, por un lado muchas frondas, muchas arboledas, muchos montecillos coronados de pinos, muchos tonos verde oscuro, mucha vegetación, la Casa de Campo, en fin, y por la otra banda muchos caminejos, y más cerca las elegantes cresterías góticas de los cementerios, y más cerca, culebreando, las linfas plateadas del Manzanares, y más cerca, junto al río, algunos huertos con los múltiples colorines de las hortalizas, y esparcidos por todas partes ventorrillos y grupos de sucias casas habitadas por jornaleros.

Nunca fuí madrugador, y tal costumbre me impidió entrar inmediatamente en relaciones con el balcón de los pájaros. Pero una mañana de primavera hube de levantarme temprano, y al pergeñarme para salir á la calle oí fuera una algarabía de todos los diablos, una explosión de trinos y pitorreos, una de gorjear que aturdía, ni más ni menos como si todos los pájaros de la tierra anduviesen revoloteando por cerca de los cristales de mi cuarto. Abrí quedo las vidrieras, me asomé y ví... la escena de un idilio, Margarita, vestida con traje de percal de luto, y en la barandilla del balcón de los pájaros un tropel de ellos, pero de los libres, de los sueltos, de los que vuelan á su antojo por esos campos de Dios, y comen donde pueden y duermen donde quieren; de arriscantes y ladinos gorriones que picaban aquí y allá engullendo cañamones que á manos llenas les echaba una linda joven, la de la cabecita rubia que se asomaba á veces por aquella monada de agujero, sin duda la puerta falsa para entrar en el cielo.

Solo la ví un instante; al notar mi presencia se entró la joven ruborizada, pero tuve tiempo de observar la profusión del rubio espiga de sus cabellos, el dispendio del azul cielo de sus ojos, el derroche del rosa pálido de sus mejillas el lujo del blanco mate de su rostro, lo exuberante del rojo encendido de sus labios, y más que todo la gallardía, el donaire, la apostura, el inefable encanto de aquella otra monada más de la monada del balcón de los pojaros.

II

Aquella noche no pude dormir bien; el recuerdo de la preciosa rubia ahuyentó mi sueño. Á la mañana siguiente no necesité de despertador, y en cuanto oí la algarabía de los pájaros me asomé al balcón.

No faltaba en la barandilla del de mi vecina el tropel de gorriones; pero los animales aleteaban, iban y venían y pitorreaban todos á la vez, sin darse punto de reposo, y como diciendo: ¡eh, eh! señorita, que se le han pegado á usted las sábanas, que estamos aquí, y ya es

hora de que nos sirva usted el almnerze Cierto, los pájaros tenían razón: eran las nueve de la mañana, y aún la hermosa rubia no había abierto los cristales para echar cañamones á las avecillas. Por fin las vidrieras se separaron, y se oyó una voz cascada que decía:

—Pero niña, ¿en qué piensas? ¿No oyes á tus pájaros?... ¡Chiquitos, chiquitos!...

Y otra voz de un timbre dulcísimo, muy fina, parecida á un gorjeo, que respondía:

—Voy, mamá; no sabía la hora que era.

A poco se asomaron al balcón de los pájaros una señora entrada en años, de simpático aspecto, enlutada también, y la cabecita rubia y el garboso cuerpo de mi joven vecina, la cual arrojó un puñado de cañamones en los huecos del voladizo del balcón que quedaban libres de tiestos. Sin importarles un ardite, acaso por la costumbre, la presencia de gente, los gorriones se arrojaron sobre la comida, mientras yo, que me hacía el distraído, volví la cabeza y saludé á las dos mujeres, á cuyo saludo correspondió con amabilidad la señora mayor, madre de la niña de la cabecita rubia. Abrigaba la esperanza de ver el dispendio del azul cielo de los ojos de mi vecina; pero los ojos azul cielo permanecieron bajos, y la tímida amiga de los pájaros se entró muy colorada, atreviéndose apenas á mirarme. Aquel mismo día supe por mi patrona que mis vecinas se mantenían de una exígua renta que les quedaba de pasada fortuna; que la hija bordaba para las tiendas; que la madre era viuda de un comerciante arruinado, y que, procedentes de Valencia, habían venido á Madrid, y á la casa en que yo vivía, cuatro años atrás.

Seguí asomándome al balcón todas las mañanas á la hora del almuerzo de los gorriones; luego, con el buen tiempo, salí al balcón también todas las tardes; mi vecinita fué venciendo su timidez; una vez la dirigí la palabra, contestándome la linda rubia balbuceando, y en estas llegamos á ser grandes amigos, y concluímos por charlar más y alborotar más que Bellini y Meyerbeer, el canario y el mirlo de aquella monada de balcón, todo por obra y gracia del chiquillo de Venus, que me puso el corazón como una criba en fuerza de flechazos.

Yo no sé si el calor que había ya en la atmósfera ó el fuego que me quemaba el alma me trocaron en madrugador, y á las ocho de la mañana saliame al balcón, poniéndome á repasar un libro de medicina: se acercaban los exámenes. Una mañana en que el sol brillaba como nunca, y los aromas del campo eran más fuertes, y parecía brillar más el río, y los pensamientos estaban más inquietos, y las rosas despedían más perfumes, en tanto que el canario y el mirlo no cantaban y los gorriones mostrábanse así como desganados, se enredó el diálogo de balcón á balcón con la vecinita, sobre las atrocidades (según ella) de despedazar á los cadáveres en las salas de anatomía, y con este motivo abrí mi libro de medicina y enseñé á la de la cabecita rubia la estructura del corazón, concluyendo por decirla:

—¿Sabe usted para qué sirve principalmente esta víscera?

La niña presintió con su instinto de mujer mis palabras, ruborizóse y no contestó.

—¡Pues se lo voy á decir!—seguí: y luego, sin morderme la lengua, pero algo balbuciente, la ensarté la más explícita declaración de amor que para un caso análogo hubiera querido el mismísimo amante de Isabel de Marsilla. La cabecita rubia entróse sin responder; los gorriones alzaron el vuelo chillando; se me antojó que se reían, y de fijo aquella noche el mocoso de Eros cogió una turca para celebrar su triunfo.

A los ocho ó nueve días la cabecita rubia, aceptando mi amor, me hizo el más dichoso estudiante que puede darse; hablé á la mamá de la vecinita, se formalizaron nuestras relaciones; fuese el tiempo; salimos yo no sé cuántos domingos á paseo, al campo, siempre provistos de la clásica tortilla para tomar un bocado sentados sobre el verde de junto al Puente de los Franceses, nuestro sitio predilecto; entré por fin en casa de mi novia; las rosas y los pensamientos y el canario y el mirlo se acostumbraron á mi presencia; los gorriones concluyeron por tenerme como amigo, y así ocupé por derecho propio un sitio de preferencia junto á la monada de la cabecita rubia y en aquella monada del balcón de los pájaros.

III

Vinieron las vacaciones; me fuí á mi pueblo con una nota de sobresaliente que alborozó á mi pobre madre, y durante el verano me carteé con mi novia, circunstancia que me obligó á confesar mis relaciones. Un día del mes de Septiembre, cuando sólo me faltaban quince para tornar en busca de la dicha á la corte, recibí un telegrama de la madre de la niña rubia diciéndome que ésta se hallaba gravísima; á las pocas horas se repitió el parte anunciando un peligro de muerte inminente. Me puse en camino en seguida; presa de indecible zozobra, espantado, llegué á Madrid, y... ¡qué cuadro tan terrible se me ofreció al entrar en la salita del cuarto de mi novia!

En el centro de la habitación, entre cuatro amarillas velas, sobre una sencilla cama fúnebre descansaba con el sueño eterno la pobre niña de la cabecita rubia; pero sus ojos ya no tenían un dispendio de azul cielo, ni sus mejillas un derroche de rosa pálido, ni sus labios una exuberancia de rojo encendido. Sólo su rostro conservaba su lujo de blanco mate, más blanco y mate que nunca.

Las vidrieras del balcón se hallaban abiertas. Bellini y Meyerbeer, el canario y el mirlo, hallábanse silenciosos; las rosas y pensamientos estaban ajadas: faltábales el riego, el cuidado de su dueña; y en la barandilla da aquella monada de balcón, los gorriones que venían en busca de su almuerzo, permanecían mudos, quietos, como atontados, sin acordarse de pitorrear pidiendo sus cañamones.

Sola, solita con su muerta querida, la pobre madre sollozaba en un rincón del cuarto. Más con los ojos que con los labios la pregunté cómo ocurriera tal desgracia, y supe que aquella monada de la monada del balcón de los pájaros había volado al cielo el día anterior, llevándosela una fiebre perniciosa.

Cuando concluyó de hablar el que esto nos narraba á varios amigos, parecía conmovido. Dominó su emoción y concluyó con estas palabras:

—¡Si aquella mujer no hubiera muerto habría sido mi esposa!... ¡Ilusiones que se desvanecieron! Muchas veces en nuestras horas de ventura, en las tardes de verano, pretendíamos ella y yo coger el polvo luminoso de un rayo de sol, que se colaba por las rendijas de las maderas del balcón de los pájaros; pero el polvo luminoso se deshacía entre nuestras manos al tocarlo. ¡He ahí lo que son las ilusiones!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

Restituciones de ultratumba.

La virtud sólida, verdaderamente cristiana, se parece á la violeta, flor tan delicada como modesta, que se oculta entre el follaje de los ribazos y se esconde entre las verdes hebras del césped. Sin embargo, su aroma deleitoso la denuncia y fácilmente la descubren las personas de buen olfato. Muchos católicos prácticos, tan humildes como las violetas, sin ruido ni ostentación, y hasta sin que lo adviertan las personas de su mayor intimidad, dan limosnas á los pobres, visitan á los enfermos, auxilian á los moribundos, enseñan el Catecismo á los que no lo saben, y practican, en suma, las obras de Misericordia, tanto espirituales como temporales. Uno, pues, de estos fervientes católicos, cuya modestia y sencillez únicamente pueden compararse con su fe y su piedad, tiene la bendita costumbre de visitar á sus conocidos todos apenas sabe que se encuentran en peligro de muerte, y aunque no es Sacerdote, ni les ayuda á bien morir en el sentido estricto de la frase, leyéndoles la recomendación del alma y demás preces que para estos casos aconseja la Iglesia, se sienta á la cabecera del enfermo y le hace, en alta voz, aquellas reflexiones que naturalmente inspiran la conversación y las circunstancias. Muchos son los moribundos que conservan la lucidez intelectual hasta que, con la vida, exhalan el último aliento, y se necesita corazón de bronce para no endulzar sus angustias mortales con palabras cariñosas y de esperanza. Agradecen tanto estos consuelos, las personas piadosas sobre todo, que cuando no pueden con los labios, dan las gracias con miradas que parten el alma. La esposa de este mi amigo, á quien arriba aludo, que participa también de sus sentimientos piadosos y le ayuda é impulsa en su santa obra de asistir á los moribundos, le dijo en cierta ocasión:

—¿Por qué no vas á visitar á Fulano, que, según me han dicho, está muy grave?

—Mujer, ese no necesita asistencia religiosa. Para morir tranquilo y contento le basta haber vivido como ha vivido. Ya me daría yo con un canto en los pechos por tener muerte tan santa como la suya.

—Verdad es; pero ¿qué te cuesta?

—Tienes razón, mujer, y, aunque sólo sea para que no se diga nunca que hubo una mujer que no se salió con la suya, voy allá.

Se trataba, en efecto, de un enfermo, casado y sin hijos, de reputación intachable, por cuyas buenas ideas y costumbres hubiesen puesto las manos en el fuego todos los vecinos de la ciudad.

Aseguraban los médicos que moriría en breve de congestión cerebral, y, cuando mi amigo tomó asiento á la cabecera del moribundo, guardó silencio creyéndole atroncado; pero el enfermo le conoció y le dijo:

—¡Hola, Fulano!

—¿Cómo te encuentras?

—Estaba pensando en el cuarto dolor de María Santísima.

—Encomiéndate al Hijo y á la Madre, que, en estos casos, todo es poco.

El enfermo calló, cerró los ojos como para concentrarse y meditar, vino el letargo, y momentos después el ataque anunciado, perdiendo por completo el sentido y dejando escapar un hilillo de sangre por la comisura derecha de la boca. El médico y todos los circunstantes creían que había fallecido. Pasaron unos minutos, y de repente el enfermo recobró el aliento, se agitó en su lecho y se incorporó algún tanto, dando pruebas inequívocas de lucidez intelectual. Se comentó el suceso ante el mismo moribundo, á quien el piadoso asistente dijo:

—Chico, cuando Dios te concede este gran favor de volverte á la vida, para algo será.

El moribundo clavó una mirada insistente y dura como un puñal en el que acababa de pronunciar aquellas frases, y dijo á la vez:

—Que salgan todos.

La esposa del enfermo quiso alejarse también.

—Tú, no: quédate.

Dió un gran suspiro, comenzó á llorar lágrimas de compunción verdadera y entre sollozos dijo:

—Yo no soy lo que parezco, antes al contrario, he engañado al mundo y á mí mismo; pero á Dios no se le engaña. Toma papel y pluma (añadió dirigiéndose á mi amigo), y anotad las cantidades que he robado.

—Ve diciendo, que tengo buena memoria, y tranquilízate.

—A Fulano, en tal ocasión, tanto; á Zutano, en tal otra, cuanto; á Mengano ...

PINTOR DAVID

No hubo más remedio que formar la lista detallada, como quería el enfermo.

Su mujer quedó al pronto aturdida como si de repente el cielo se hubiera desplomado sobre su cabeza; pero se serenó al fin, y, aunque con tantas y tales restituciones, la infeliz, que no había tenido arte ni parte en los latrocinios de su marido, se quedaba en la calle, dió el magnífico espectáculo de alentar á su marido para que lo dijese y recordase todo.

Así sucedió: se formó la lista detallada y tan completa como era posible en tan angustiosos momentos. Volvió el confesor, hizo el moribundo confesión general de toda su vida pasada, durante la cual aún salieron á colación algunas restituciones rezagadas y recónditas, y murió tranquilamente en el Señor de las misericordias, que indudablemente la tuvo de aquella pobrecita alma.

Aún estaban calientes los restos mortales de su difunto esposo, cuando la viuda había devuelto ya, duro sobre duro, las cantidades hurtadas por su marido, por lo cual se me ha ocurrido llamarlas *restituciones de ultratumba*.

Digan lo que quieran los librepensadores y enemigos de la confesión sacramental, únicamente el Catolicismo ofrece espectáculos de esta índole, que llenan de alegría á los ángeles y de admiración á los hombres.

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

Historias populares

LA VIRGEN DE LA PALOMA

Si en 1893 son como son los barrios extremos de Madrid, figúrate ¡oh lector amable! cómo serían hace ciento tres años, en el tercero de su majestad don Carlos IV, y 1790 de la redención del mundo. ¡Ave María Purísima y cuánta basura había entonces en los barrios bajos, y aun en los altos, de la corte, sin necesidad de que los barrenderos se declarasen en huelga! Desde la plaza de la Cebada hasta la ronda de Toledo apenas si se veía alguna casa de dos pisos, y las que además de la puerta tenían ventana, sin cristales por supuesto, pasaban casi por palacios... Las calles, además, ni estaban empedradas ni guarnecidas de losas, ni se alumbraban de noche, á no ser por la luna ó por algún que otro farolillo pendiente ante los retablos que la devoción popular colocaba en las encrucijadas, plazoletillas y callejones...

La gente era buena, eso sí, amiga de echar un trago y de ir á los toros en calesa, y aun de cometer algún que otro desmán contra los Mandamientos de la Ley de Dios, especialmente contra los señalados con los números quinto, sexto y séptimo; pero por lo demás, de buen fondo, y muy cristiana: todavía no se habían enterado por los barrios bajos de la que estaba armada en Francia desde el año anterior, 1789; así que nadie pensaba por allí en república, ni en derechos del hombre, ni en libertad, igualdad y fraternidad; la política de Puerta de Moros y Lavapiés reducíase á celebrar á S. M. D. Carlos IV por real mozo y á S. M. doña María Luisa por real moza, y á creer que ambos eran dos angelitos mandados por Dios para protección y consuelo de estos sus reinos. Ni siquiera distinguía aún el pueblo la entonces bellísima figura de Godoy entre las innumerables de cortesanos de casaca y sombrero de picos que rodeaban y seguían á los venerados monarcas...

En aquellos días, calurosos y pesados como los momentos que preceden á la tempestad, vivía en la calle de la Paloma, esquina á la de la Solana, una pobre mujer llamada Isabel Tintero, de cuarenta y dos años de edad, muy buena y muy devota; espíritu naturalmente recto, corazón sencillo, que amaba de veras á Dios sobre todas las cosas, y á sus prójimos como á sí misma. Como iba mucho á la iglesia y se pasaba las horas *comiéndose los Santos*, apodábanla en el barrio *la Beata;* pero este mote, aplicado á Isabel Tintero, no tenía el sentido burlón que suelen darle las gentes, y con justicia, en ocasiones. Isabel no era de la familia de Tartufe; era beata en el sentido recto de la palabra; esto es, de bienaventurada. En el barrio la querían muchísimo. Decían de ella las vecinas: *es una bendita de Dios*. Y los vecinos, aquellos vecinos que si ahora los viéramos reunidos en el portalillo de la casa de Isabel, tomando el fresco en el verano y el sol en el invierno, nos parecerían con sus chupas y calzones multicolores, sus monteras negras, sus medias y sus zapatillas, figuras arrancadas de un tapiz de Goya, decían: *¡Lo que es como buena, es buena la beata!*

Sucedió que una tarde, *la beata*, volviendo de sus acostumbrados rezos, encontró en la calle de la Paloma á un escuadrón de chicuelos, más juguetones y alborotadores que de ordinario, y que á grandes carreras y con estruendosas voces paseaban, ó, mejor dicho, corrían un tablón de un extremo al otro de la calleja. Isabel, que, como todas las personas de corazón elevado y puro, era muy amiga de los niños, disfrutaba, en justa correspondencia de tal cariño, una verdadera popularidad entre todos los granujas del barrio; así que no bien la vieron aquellos rapaces, suspendiendo su juego, empezaron á chillarla y aclamarla, y lo que peor era para los intereses de *la beata*, á pedirle cuartos. En vano pretendió Isabel librarse del ataque; porque aunque logró meterse en su casa, dentro de ella se colaron también los muchachos, y en la modesta vivienda continuaron á su sabor la batida. Distinguíase entre los asaltantes un rapazuelo, sobrino de Isabel, que no tendría más de seis años, y que, según el apellido, debió ser de la familia del autor de este artículo, pues se llamaba Juan Antonio Salcedo. Este era el que llevaba en la mano el tablón que, á modo de bandera, acababan de correr por la calle.

Chocóle á Isabel aquella tabla, por descubrir en ella algo así como pintura medio borrada.

—Pero chico—díjole á su travieso sobrino—si eso es un cuadro...

—Nos lo ha dado para que juguemos el matarife de ahí abajo—respondió el muchacho.

Y así era en efecto. Entre las casas señaladas hoy con los números 21 y 23 de la calle de la Paloma existía entonces un corral, propiedad de las Monjas de Santa Juana, y en el corral estaba establecido un tratante en cerdos. Este había encontrado entre las maderas viejas, destinadas á combustibles de los hornillos, aquel cuadro viejo y borrado, y ocurriósele regalarlo á los muchachos de la vecindad para que jugasen con él. No puede darse historia más vulgar.

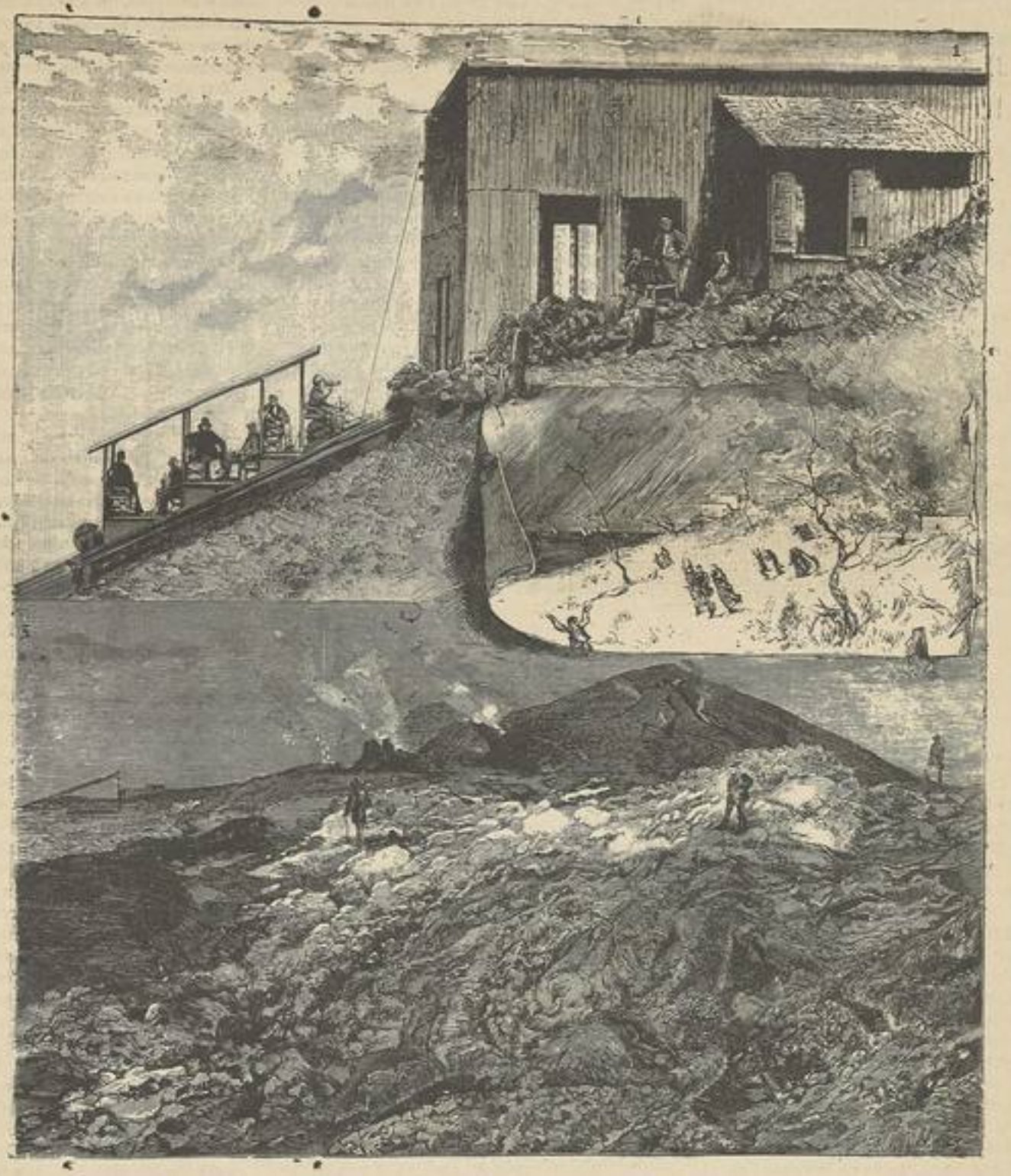
Pero Isabel había quitado el cuadro á su sobrinillo y no se cansaba de mirarlo. De repente, en una de las muchas vueltas que le dió, cayó de lleno sobre el lienzo la luz del sol y surgió del fondo de aquella negrura una imagen... Isabel exclamó:

—¡Hijos míos!... ¡Si es la Virgen de la Soledad!... No se debe jugar con estas cosas, que Dios castiga...

Pero aquellos mameluquillos no entendían de tales sublimidades de respeto á las sagradas imágenes. Isabel, para quedarse con el lienzo, tuvo que contratar en forma con su sobrino y el resto de la tropa, y darles cuatro cuartos por el rescate, ni más ni menos que si hubieran sido marroquíes ó argelinos. ¿Si presentirían aquellos muchachos que se criaban para vivir en un siglo en que se había de hacer almoneda de las imágenes y hasta de las campanas de las iglesias?

Isabel, ya dueña del lienzo, lo limpió cuidadosamente, lo recortó, formóle un marco de papel de color, y lo clavó en el portal de su casa. Algunas veces, cuando sus cortos recursos se lo permitían, ponía una lamparilla encendida delante de la imagen de Nuestra Señora de la Soledad; y tal fué el origen del culto á la Virgen, que muy pronto conocieron en todos los barrios bajos por el nombre de la calle en que fué hallada y rescatada de manos de chicos (lo que casi es tan meritorio como de poder de infieles), por *aquella alma de Dios* que se llamaba Isabel Tintero.

Las gracias conseguidas de Nuestra Señora por los devotos que se encomendaban á Ella delante de la imagen de la calle de la Paloma, acrecentaron, como es natural, la devoción y



EL VESUBIO.—Vista general: Ascensión.

la concurrencia de fieles, no bastando al poco tiempo el estrecho portalillo para contener tanta gente como acudía allí á encomendarse á Dios, impetrando la protección de María Santísima. Hubo curaciones ruidosas que la fe y piedad populares aceptaron sin esfuerzo por milagros; tales fueron, entre otras, la del conde de las Torres, caballero de S. M., y la del príncipe de Asturias D. Fernando, después Fernando VII, que de príncipe y de rey fué siempre queridísimo del pueblo bajo madrileño.

Eran ya tantas las personas que venían á orar ante la Virgen de la Paloma, y tantas también las ofrendas que para sostenimiento y decoro de aquel sencillo culto habían depositado en manos de Isabel Tintero, que esta mujer honradísima solicitó de las autoridades competentes el permiso para erigir una capilla. Empezaron las obras en Julio de 1792, y concluyeron en Agosto de 1796, dirigidas por D. Francisco Sánchez, discípulo de Ventura Rodríguez, y el arquitecto más famoso de Madrid en aquella época. Se invirtieron en la construcción más de 25.000 pesos, cifra muy respetable siempre, y más hace medio siglo, y que Isabel manejó y distribuyó sin intervención de nadie. En recompensa diéronle vivienda gratuíta en la casa contigua á la capilla, y la administración perpetua de las limosnas, con facultad de reservarse para vivir lo que ella juzgase necesario.

Solemnísima fué la entrada de la imagen de Nuestra Señora en su capilla. El 8 de Octubre de 1796 fué trasladado el cuadro desde el portalito de la casa de Isabel á la parroquia de San Andrés, y al día siguiente, 9, fué la procesión solemne desde dicha parroquia hasta la capilla. Los franceses robaron á la Virgen de la Paloma sus mejores alhajas, y redujeron á prisión á Isabel Tintero porque no quiso entregarles las limosnas. Aquella mujer incomparable participó, en cambio, de la satisfacción mayor de que han disfrutado los españoles en el presente siglo; tal fué la producida por la definitiva derrota de los invasores en el verano de 1813. El 28 de Mayo evacuaron los franceses á Madrid.

Isabel sólo sobrevivió cinco meses á tan memorable y grato acontecimiento.

Su fin fué en un todo digno de su vida; murió Isabel el 30 de Octubre del citado y glorioso año de 1813, á los sesenta y cuatro de su edad. Estuvo de cuerpo presente en la capilla, á los piés de la imagen santa de la Virgen, y los barrios bajos en masa desfilaron ante su lujoso féretro, también costeado por el pueblo, y acompañaron sus mortales despojos en imponente manifestación de duelo hasta el cementerio de San Isidro, en donde reposa el cadáver de *la beata*, de la bonísima Isabel Tintero.

Su obra la sobrevive y la sobrevivirá por siglos. La capilla de la Paloma es, y será durante mucho tiempo, uno de los santuarios más venerados en la nación española, y ya es famoso en todo el mundo cristiano.

Angel Salcedo.

JOYAS LITERARIAS

MUNDO, DEMONIO Y CARNE

POR D. JOSÉ SELGAS

(Continuación).

La belleza de su figura recordaba á Apolo, y la firmeza de su actitud descubría á Hércules. Estaba á la vez hermoso y fiero; la hija del americano, al verlo, habría encontrado bastante motivo para envanecerse de aquella pasión de última hora.

Mas pronto se aflojó la tirantez de sus músculos, se apagó el fuego de sus ojos, y cruzando los brazos y doblando la cabeza, volvió á repetirse estas tristes palabras.

—Es preciso morir.

Luego, echando las manos á la espalda y balanceándose sobre las piernas, dijo:

—¡Bah! Solamente el demonio sería capaz de sacarme de este atolladero. Dicen que es un personaje bastante listo, poco escrupuloso, y que suele servir á los amigos. ¡Ah, caballero! Si usted tuviera la bondad de entenderse conmigo, puede ser que hiciéramos un buen negocio. Pero sospecho que ha de ser usted una de tantas reputaciones usurpadas; cualquiera hombre de nuestro siglo le da á usted cien vueltas en menos de un minuto.

Dicho esto comenzó á pasearse de un extremo á otro de la estancia en que se hallaba, y transcurridos algunos minutos de silencio, se detuvo diciendo:

—Ea, está visto; no me queda ni el recurso del demonio. Vamos, el demonio es un pobre diablo.

Hecha esta observación, se llevó el dedo á la frente, como si se quisiera detener en su cabeza algún pensamiento fugitivo, y añadió:

—Vamos despacio. En realidad, no tengo una gran urgencia de matarme. La nota de mis cuantiosos bienes no es cosa que se hace en un día. Mi futuro suegro bien puede esperar ocho días antes de saber que estoy arruinado. Cada día que pase añadirá un millón á la dote de su hija... Muy bien: tengo delante un plazo de ocho días; el octavo me saltaré la tapa de los sesos; si no encuentro otro recurso menos incómodo... Ahora, á vivir... En ocho días se puede vivir un siglo... Quiero desquitarme de mi temprana muerte.

Y diciendo y haciendo, tiró de todos los cordones que encontró á la mano, haciendo sonar á la vez todas las campanillas de la casa. Unos por unas puertas y otros por otras, todos los criados de su servidumbre acudieron desalados.

—¡Ea! (dijo): á vestirme... El coche, inmediatamente el coche. Mañana una comida de veinticinco cubiertos.

A los pocos minutos bajó la escalera, derramando alegría, salud y dinero.

Aquel plazo de ocho días le había vuelto la vida.

V

DEL OTRO MUNDO

Ocho días pasan pronto, y en medio de las disipaciones del mundo pasan como un soplo.

Elías se despertó aquella mañana con la frente tranquila, la mirada serena y la sonsisa en los labios. Se desperezó con todo el abandono del hombre que ha dormido profundamente, y guiñándose el ojo en señal de secreta inteligencia, y dando á su voz el tono más lúgubre que le fué posible, dijo:

—No hay más remedio que morir.

En seguida se vistió lenta y silenciosamente, sin el auxilio de su ayuda de cámara, pues, decidido á morir, quería amortajarse por sus propias manos. Como se trataba de un viaje, eligió un traje de camino y un buen abrigo forrado de pieles, porque no era cosa de dejarse sorprender por el frío de la muerte.

En un pequeño *cabá* de piel de Rusia colocó sus joyas y vació todo el oro que contenía su gaveta. Hechos estos preparativos, cogió la pluma, y con pulso tranquilo y mano sosegada escribió lo siguiente:

«Dentro de pocos instantes Elías Puentereal habrá dejado de pertenecer al número de los vivos. Al despedirse de la vida, deja en el mundo una gran herencia disipada y un nombre que pronto será olvidado. No busquéis su cadáver, porque va á hundirse en una sepultura impenetrable. No quiere afligiros con el espectáculo de sus restos mortales. He elegido una muerte bastante original, que no dejará rastro alguno sobre la tierra. Me preparo una solemnidad fúnebre digna de mí: yo mismo me he amortajado, y yo sólo asistiré á mi entierro.»

Sin dejar la pluma, leyó palabra por palabra lo que acababa de escribir, y añadió, como su última disposición testamentaria, que se vendiesen en pública almoneda los muebles y objetos que formaban el menaje de su casa, y que su importe se repartiese en partes iguales entre todos sus criados. Viendo que no tenía nada más que añadir, mojó la pluma para estampar su firma al pie de lo escrito.

Antes de trazar la primera letra se detuvo, porque un ruído repentino y cavernoso, semejante al trueno de un terremoto, hizo temblar las paredes del edificio.

—¡Demonio! (exclamó). No he oído jamás un coche más estrepitoso. Parece que ha pasado el carro de Júpiter, ó el carro tempestuoso de Calígula, ó al menos la carroza arrastrada por mujeres desnudas en que paseaba Eliogábalo las calles de Roma.

Satisfecho de su erudición, volvió á mojar la pluma para estampar la firma; pero pasó por sus ojos una sombra que le hizo levantar la cabeza, y se encontró frente á frente de un personaje tan inesperado como desconocido.

—¡Ah!... (exclamó poniéndose de pie). Creí que estaba solo.

—Quieto, quieto (le dijo el personaje desconocido). Soy aquí persona de bastante confianza para que se gasten conmigo cumplimientos inútiles. Por lo demás, comprendo perfectamente el asombro que causa mi presencia. No he querido que los criados me anuncien; he violentado la consigna, y me he entrado hasta aquí como Pedro por su calle. No sé entrar de otra manera en la casa de mis amigos.

—¡Amigos!... repitió Elías, sinceramente admirado.

—Sin duda (le replicó); amigos, y amigos antiguos.

Y diciendo esto, presentaba su persona á las miradas escudriñadoras de Elías, que lo examinaba de piés á cabeza, diciendo:

—No sé; la memoria no me trae ningún recuerdo. Es posible que nos hayamos visto alguna vez; pero en este instante no caigo...

Y ciertamente la figura del misterioso personaje, vista una vez, no era para olvidada. Su barba roja de color de cobre; sus ojos cenicientos, en los que brillaban miradas semejantes á los resplandores de un incendio lejano; la expresión audaz de sus cejas ligeramente fruncidas por la tensión de un pensamiento constante; su frente alta, espaciosa, pálida y triste como la soledad de un desierto; su boca desdeñosa y burlona, daban á su fisonomía un aspecto extraño.

Al mismo tiempo ostentaba en toda su persona una corrección de líneas admirable. La belleza asomaba allí como las claridades indecisas del sol al través de un cielo nublado; era una hermosa planta, en la que se veía algo parecido á los estragos del rayo. Había en el conjunto de su belleza desolación, luz y tinieblas, la sombra de las tempestades y el fuego de los relámpagos.

Su edad sería la edad de la juventud, pero de esa juventud gastada por las pasiones. Si puedo expresarme así, diré que se reunían en él á un mismo tiempo la vida y la muerte, la juventud y la vejez, un cuerpo nuevo en la vida, y un espíritu cansado de vivir. Si á este hombre le hubiera ocurrido la idea del suicidio, habría pensado en el suicidio de su alma.

Tal era, á primera vista por lo menos, el personaje que Elías observaba sin poder reconocerlo. ¿Dónde lo había visto? En ninguna parte. ¿Cómo, pues, pueden ser amigos dos hombres que nunca se han conocido?...

Viendo este extraño personaje la inutilidad del examen de que era objeto, se sonrió, exclamando:

—¡Oh flaqueza de la memoria humana! Veinte años han bastado para poner entre nosotros la inmensidad del olvido. ¿Y qué son veinte años? Un minuto, un instante... nada.

El acento sombrío con que pronunció estas palabras, le debió parecer de malísimo gusto, y queriendo corregirse, prorrumpió en una furiosa carcajada.

—Vamos (añadió): ¿es verdad que no me conoces?

—Yo (contestó Elías, encogiéndose de hombros) no encuentro en mi memoria un nombre que aplicar á la persona que tengo delante.

—Veamos si yo puedo ayudar á tu memoria. Allá en nuestro pueblo, hace más de veinte años, éramos inseparables; yo te seguía como la sombra al cuerpo; yo era el brazo que ejecutaba todas las perversidades que te ocurrían. ¡Cuánto daño hacíamos! ¿Te acuerdas? Mas yo era era siempre el que pagaba con terribles castigos tus hazañas. Tú eras rico... Tu padre poseía las tres cuartas partes de la tierra de labor que formaba la riqueza del pueblo. Por aquellos contornos no se podía dar un paso sin permiso de tu padre. Tú no podías vivir sin mí, pero yo no era mas que el hijo de tu nodriza.

—¡Ángel!—exclamó Elías, abriendo desmesuradamente los ojos.

—Ese es el nombre que entonces llevaba. ¿Te acuerdas ya? Tus padres te tenían destinado un gran papel en el mundo, y encargaron al mundo que diera la última mano á tu educación. ¡Oh! (exclamó con visible alegría); ¡el mundo es un maestro que no tiene precio! Tú poseías ya las más bellas cualidades para recibir con fruto sus lecciones, y me parece que no has desperdiciado el tiempo. ¡Soberbia vida! ¿Eh? Te ví partir de nuestra aldea llena mi alma de tristeza, porque también tenía yo afán de ver el mundo, y devoré algunas lágrimas al verte doblar el *Cabezo negro*, en la punta de los olivares donde forma un recodo el camino. Tú ni siquiera volviste la cabeza. Me quedé solo, y desde aquel momento formé mi resolución... Anochecí, y no amanecí. Tampoco he perdido yo el tiempo. Me cansé de Europa, y me fuí á América.

—¡Ángel! ¡Ángel! (exclamó Elías.) Estás muy transformado... Jamás te hubiera reconocido... Además, te creía muerto... No recuerdo cómo, pero yo tenía noticias seguras de tu muerte.

—Sí (afirmó el hijo de la nodriza); debí morir, y aun creo que me enterraron; pero es el caso que estoy vivo, porque supongo que no dudarás de que tu antiguo amigo vive todavía.

—No es posible dudarlo (dijo Elías). Mis ojos me dan testimonio de que el hijo de mi nodriza está delante de mí, bueno y sano. Es evidente que aquel Ángel, cómplice de todas mis diabluras, está aquí en una pieza, como caído del cielo.

—Eso es (añadió Ángel mordiéndose los lábios); caído del cielo. Pero no creas que soy enteramente aquel... que tú conociste. He variado mucho... En primer lugar, de nombre. Entonces era yo un pobre muchacho, y bien podía llamarme *Ángel*. Ahora llevo un nombre más corriente, más propio del siglo; me llamo *hombre*. Todo lo sé, todo lo quiero y todo lo puedo; soy mi propia divinidad, mi propio ídolo; desígname, pues, con un nombre cualquiera, y si

quieres que sea con un nombre á la vez histórico y simbólico, llámame *Baal*. ¿Por qué no? Es el nombre con que los abisinios adoraron á Nemrod después de muerto. Con el nombre de *Baal* adoraron los caldeos y los fenicios á su divinidad... Los israelitas llegaron á quemar á sus hijos en holocausto á *Baal;* los griegos vieron en *Baal,* unos á Marte, otros á Saturno. Baal quiere decir señor, rey ó príncipe. Es el primer nombre por medio del que empezó el hombre á adorarse á sí mismo. Llámame Baal, como si ese fuera mi nombre propio, porque, ya lo sabes, dejé de ser Ángel para ser hombre, y hombre ya quiere decir... Dios...

—Mi querido Baal (dijo Elías). No tengo por qué oponerme á la extravagancia de ese nombre; pero debo advertirte que á mis ojos serás siempre el hijo de mi nodriza. En cuanto al mundo, el nombre que has adoptado sonará como el de Rostchild, si eres millonario, ó como el de Fernández ó Martínez, si no eres más que un pobre diablo.

Baal echó hacia atrás los crespos rizos de su roja melena, descubriendo el espacioso contorno de su osada frente, sobre la que flotó un rizo brillante como una llama; las ventanas de su nariz se dilataron como las del tigre que olfatea la presa, marcando en su rostro la triple expresión del rencor, el orgullo y la audacia; pero esto pasó por su semblante como un relámpago, porque en el mismo instante dejó ver en su boca la más dulce de las sonrisas humanas, diciendo:

—No me envanece la antigua aristocracia del nombre que he adoptado, porque yo soy hombre que me acomodo fácilmennte á las circunstancias de los tiempos, y para tí no quiero ser más que el hijo de tu nodriza. Por eso (añadió con expresión humilde y tierna) no me he determinado aún á darte un abrazo.

Elías no pudo oir las últimas palabras sin conmoverse, y le abrió de par en par sus brazos. Baal se precipitó en ellos, y los dos amigos quedaron estrechamente abrazados.

Elías exclamaba:

—¡Parece mentira que seas tú el que tengo ahora entre mis brazos!

Baal decía:

—Comprendo perfectamente la admiración que te causa mi presencia.

—Y, vamos, demonio inexperado; ¿se puede saber de dónde sales?...

Baal se desprendió de los brazos de su antiguo amigo, y le contestó sencillamente:

—Ya te lo he dicho; del otro mundo.

(Se continuará).

AVISO

Se ruega á los señores suscriptores que no hayan abonado el año actual, lo verifiquen á la brevedad posible, para evitar los perjuicios que con su retraso causan á esta Administración.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de Paris y que prescriben los medicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la pól del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo ademas la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estomago.

El león y las cartas

Un hombre iba viajando por el desierto, solo (lo cual es una locura en cualquier hombre), cuando se encontró con un leon. Esperó, pues, lo que era natural,—que el animal le matase y le devorase. Sin embargo, muchas veces lo que sucede es lo inesperado;—el león estaba demasiado cojo para perseguirle, porque tenía una espina en una pata. Estableciόse gradualmente la confianza entre los dos, extrajo el hombre al león la espina, y el león despues, en cambio, le acompañó hasta alguna distancia en su camino, sirviéndole de amigo y protector.

Esta es una historia muy vieja, pero probablemente verdadera; pues tanto los animales como los hombres; muestran su gratitud á quien les libra de un dolor. Tres cartas tiene ahora delante de sí, en su mesa, el que estas líneas escribe, y aunque las tres son de distintas personas, todas contienen esta misma expresión:—«Doy á usted un millón de gracias.»

Una de ellas, dice como sigue:—«Los efectos de su remedio en mi caso han sido maravillosos. Medicinas de varios doctores, remedios caseros, especialidades de España y de otros paises, todo había sido inútil para curarme de una dispepsia de la cual venía sufriendo durante muchos años. Y sin embargo, con solo cuatro botellitas de su preparación de usted he recobrado la salud que tenía. No encuentro palabras con que expresar á usted mi gratitud.—Doy á usted un millón de gracias. (Firmado) —José Diaz Pintado; Membrilla, 4 de Octubre 1892.»

La carta que precede está dirigida á los señores Galiana é Hijos, de Manzanares, que le habían recomendado al que la escribe el Jarabe Curativo de la Madre Seigel.

La segunda carta dice así: «Tengo una satisfacción al hablar del beneficio que he obtenido con su remedio de usted. Estaba sufriendo de dolores reumáticos y de dispepsia general, y llegué por fin á encontrarme tan débil que ya no podía dedicarme á mi trabajo. Después de haber probado, sin éxito, todos los demás medicamentos, tomé varias botellas del Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y me encuentro ahora completamente fuerte y bueno. Tengo tal fe en él que siempre que salgo de casa me llevo una botella. Doy á usted un millón de gracias. De usted afectísimo; (firmado) Luis Ibarra, calle del Palomar, 3, Valencia; Mayo 6 de 1893.»

La tercera carta es igualmente clara y convincente: «Tengo una gran satisfacción *dice*; en informar á usted que mi madre se halla mucho mejor desde que empezó á tomar el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Durante dos años había estado sufriendo de dolor de estómago, dolores en los costados, y de una gran tensión de nervios. Al fin se puso tan débil y tan baldada que no podía mover manos ni piés; en una palabra estaba imposibilitada por completo de hacer ningún trabajo casero. De todas cuantas medicinas la compré, ninguna la sirvió para nada; hasta que un día cayó en mi poder Almanaque de la Madre Seigel, y lo leí. Persuadido del mérito de esta medicina por las sencillas y sinceras manifestaciones contenidas en ese librito, compré una botella, y pronto pude ver los buenos afectos de aquélla. Fuí por la segunda, y después de haberla tomado pudo ya mi madre moverse por sí misma, y ahoro esperamos confiadamente que se restablezca por completo. Doy á usted un millón de gracias, y quedo su afectísimo; (firmado) Conductor Ravachol, plaza de Tetuán, 12, Valencia; Mayo 1.° de 1893.»

Estas tres cartas llevan, pues, en sí misma, la expresión de la verdad. En todos esos casos no había más que una sola enfermedad—indigestión y dispepsia. El doloroso y lastimoso reumatismo y la debilidad nerviosa de la madre del Conductor Ravachol, eran simplemente resultado y síntoma de la condición de sus órganos digestivos. La sangre y los músculos, impregnados del ácido venenoso creado en el estómago entorpecido, causaron un estado de cosas para el cual toda aplicación exterior era solo de un alivio temporal. El Jarabe Curativo de la Madre Seigel, al hacer expeler del sistema el veneno por medio de los intestinos, la piel y los riñones, mató el reumatismo en su origen, y disipó todos los efectos de aquél.

Téngase bien presente que este remedio obra completamente bajo principios científicos, y las más claras leyes referentes al cuerpo humano; la principal de las cuales es que todas nuestras enfermedades más comunes no son nada más que consecuencias y síntomas de la indigestión y la dispepsia. Esta es la enfermedad casi universal, y la causa del dolor de millones de personas en todas las naciones.

Para curarla se compuso el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y su brillante éxito se menciona en ambos hemisferios.

Si el lector se dirige á los Señores A. J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco 14 reales, frasquito 8 reales.

Banco de España

7.° sorteo para la amortización de la Deuda del 4 por 100

Debiendo aplicarse en cada trimestre al pago de intereses y amortización de la Deuda al 4 por 100, la suma de 25.326.000 pesetas, cuarta parte de la anualidad de 101.304.000 que determinan las leyes de 9 de Diciembre de 1881 y 14 de Julio de 1891, corresponde por ambos conceptos al trimestre vencedero en 1.° de Octubre próximo, por la necesidad de acomodar la amortización á lotes cabales, la suma de 25.310.750 pesetas, según el detalle siguiente:

SERIES	BOLAS encantadas	Títulos que representan	Capital — *Ptas. nominales*	Bolas que han de extraerse.	Títulos que representan	Capital que se amortiza — *Pesetas*	A pagar por intereses — *Pesetas*	Total de intereses y amortización — *Pesetas*
A	14.165	141.650	70.825.000	69	690	345.000	708.250	1.053.250
B	9.906	99.060	247.650.000	47	470	1.175.000	2.476.500	3.651.500
C	10.082	100.820	504.100.000	48	480	2.400.000	5.041.000	7.441.000
D	2.852	28.520	356.500.000	14	140	1.750.000	3.565.000	5.315.000
E	2.140	21.400	535.000.000	10	100	2.500.000	5.350.000	7.850.000
	39.145	391.450	1.714.075.000	189	1.880	8.170.000	17.140.750	25.310.750

El sorteo tendrá lugar públicamente, en el salón de Juntas generales del Banco, el dia 1.° de Septiembre próximo, á la una en punto de la tarde, y lo presidirá el gobernador ó un subgo-

bernador, asistiendo además una comisión del Consejo, el secretario y el interventor.

Por cada serie se hará un sorteo independiente, introduciendo en un globo las bolas que representan los títulos que de cada una existen en circulación y extrayendo á la suerte las que correspondan al trimestre indicado anteriormente.

Las bolas sorteables se expondrán al público para su examen antes de introducirlas en el globo, así como las amortizadas en los sorteos anteriores.

Se anunciarán en los periódicos oficiales los números de los títulos á que haya correspondido la amortización y quedarán expuestas al público, para su comprobación, las bolas que hayan sido extraídas en los sorteos.

Oportunamente se publicarán también las reglas á que ha de sujetarse el cobro de intereses y amortización.

Madrid 16 de Agosto de 1893.—El vicesecretario, *Gabriel Miranda.*

BANCO HISPANO COLONIAL

ANUNCIO

Billetes hipotecarios de la isla de Cuba.

Emisión de 1886.

Con arreglo á lo dispuesto en el artículo primero del Real decreto de 10 de Mayo de 1886, tendrá lugar el vigésimonono sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, el día 1.° de Septiembre, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, Rambla de Estudios, núm. 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 1.184.500 billetes hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 1.184.500 billetes hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 11.845 lotes de á 100 billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo 14 bolas, en representación de las 14 centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.240.000 títulos emitidos y los 1.184.500 colocados, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la Real orden de 4 del actual, expedida por el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 11.544 bolas sorteables, deducidas ya las 301 amortizadas en los sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público, y lo presidirá el Presidente del Banco ó quien haga sus veces, asistiendo además la comisión ejecutiva, Director general, Contador y Secretario general. Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido Real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.° de Octubre próximo.

Barcelona 14 de Agosto de 1893.—El Secretario accidental, *Manuel García.*

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento. —

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FELIPE PINTO

Calle de la Flor Baja, núm. 11.

1893

ELIXIR DE Protocloruro DE HIERRO CON HIPOFOSFITOS DE VIVAS PÉREZ

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.*

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.--MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA. **Farmacia** VIVAS PEREZ

MEDICACION ANALGÉSICA

Solucion y Comprimidos DE **EXALGINA** DE **BLANCARD**

JAQUECAS

COREA

REUMATISMOS

DOLORES

NEVRALGICOS, DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento

CONTRA EL DOLOR

PARIS, rue Bonaparte, 40

MONTERA 23

RELOJES

DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE **G.° GIROD**

Sucesor de **Losada.**

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA

DE

VICENTE GARCIA MUSTIELES

(SUCESOR DE PÉREZ)

CALLE MAYOR, NÚM. 50

MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.

Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.

Se sirven los pedidos con toda prontitud.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españole y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 pts.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 8 cfs pe. fs.
Un año..... 16 »

NÚMERO 17.—Madrid 15 de Septiembre de 1893.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 12 francos.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pesos.
Un año..... 5 »

LOS DUQUES DE NORFOLK

SUMARIO

TEXTO

La fiesta del Dulce Nombre de María, por Bachiller Alonso.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Sección doctrinal: Harmonía entre el trabajo y el capital, por Antonio Pou de Ordinas.—Nuestro arte religioso, por José Fernández.—La humildad amansa á las fieras, por Manuel Polo y Peyrolón.—Judith (canto I), por Jaime Martí.—La patria de la Virgen, por Angel Salcedo.—De caracoles, por Alfonso Pérez Nieva.—Joyas literarias: Mundo demonio y carne, por José Selgas.—Reclamos y anuncios.

GRABADOS

Duques de Norfolk.—Barricada el átrio.—Circo de fieras en Bulgaria.—En el Monte de Piedad.—Un estudiante de antaño.—Paisaje del Monte San Bernardo.

LA FIESTA

DEL DULCE NOMBRE DE MARÍA

JUAN SOBIESKI

La batalla de Lepanto, en que tanta y tan gloriosa parte cupo á nuestros abuelos, aniquiló el poder marítimo de los turcos, inició la decadencia de este bárbaro imperio, y salvó verdaderamente á la Europa cristiana de caer bajo el yugo de los infieles. Pero entonces, como ahora, las divisiones de los buenos salvaron á los malos; los príncipes cristianos se cuidaron más de guerrear unos contra otros que de completar la victoria de D. Juan de Austria, arrojando á los turcos de Europa; y de aquí que la destrucción del imperio de Mahometo, que pudo ser rapidísima, haya sido, aunque *continua, lenta*, según observación de un prócer español contemporáneo nuestro. Por mar no volvieron los turcos á intentar, después de lo de Lepanto, empresas considerables; pero por tierra continuaron siendo el azote de la cristiandad, á la que herían en el corazón desde Hungría, su esclava, corriéndose con poderosos ejércitos por todo el valle del Danubio, hasta cerca de las fronteras de Italia y de Francia.

Corría el año de 1683. Inocencio XI ocupaba la Sede apostólica; Luis XIV el trono de Francia; Carlos II el de España; Leopoldo I el de Alemania, y Mahometo IV el de Constantinopla, si bien este último no era soberano más que de nombre; pues el verdadero director del imperio era el gran visir Kara Mustafá, político y guerrero de los más insignes, entendidos y magníficos que han dirigido los negocios y ejércitos de los infieles.

Deseoso Mustafá de adquirir gloria entre los suyos, dilatando por medio de las armas, según prescribe el Korán, la religión de Mahoma, se puso en campaña contra los cristianos, á la cabeza de un ejército de 300.000 hombres; 100.000 escudos de oro valían solamente las tiendas que el ostentoso visir se había mandado fabricar para esta campaña, y llevaba además cien carrozas con ruedas de plata y forradas de terciopelo, para trasportar sus esposas, concubinas y esclavas.

El 3 de Marzo del citado año de 1683, el ejército turco salió de Belgrado, capital hoy de los servios, y entró en Hungría, provincia otomana á la sazón. Desde este reino se derramaron por el Austria las hordas turcas, árabes, egipcias, sirias y de otras innumerables naciones europeas, asiáticas y africanas que componían el ejército de Mustafá, devastándolo todo, cautivando á los habitantes, y haciendo, en suma, toda suerte de extorsiones, horrores y sacrilegios. Largas columnas de hombres, mujeres y niños cautivados, marchaban diariamente hacia el interior de Turquía, conducidos como rebaños por fieros genizaros que, ora se divertían en martirizarlos, ora los degollaban cuando el cansancio no les permitía continuar la fatigosa marcha; las jornadas de aquellas columnas se señalaban por la huella lúgubre de cadáveres abandonados, entre los cuales algunos infelices, mortalmente heridos, exhalaban tristísimos ayes y lamentos que partían el corazón... Completaban el horrible cuadro la desolación del paisaje, y las llamas y el humo que se levantaban siniestramente sobre los lugares que habían sido aldeas, castillos, monasterios ó casas de campo... Y lo peor es que no había ejército para contener á los bárbaros. Carlos de Lorena, con un puñado de valientes, se batía en retirada, abandonando los campos y las ciudades al invasor. El emperador Leopoldo, con el sinnúmero de archiduques y archiduquesas que eran ya en aquel tiempo la característica de la corte de Austria, huyó de Viena, recomendando á los vieneses que se defendieran bien, de cuyo consejo paternal no necesitaban ellos ciertamente; pues de sobra sabían que caer bajo la cimitarra de Mustafá era caer en la más dura y afrentosa de las servidumbres. El pueblo vienés de 1683, como el pueblo español de 1808, huérfano de sus reyes, se aprestó á morir heróicamente, si no podía vencer; más de 80.000 hombres tomaron las armas; los Sacerdotes excitaban al pueblo con predicaciones varoniles á defenderse bien de los enemigos de su fe y de su civilización; en todos los templos de Viena se exponía el Santísimo Sacramento de día y de noche, y las mujeres, los niños y los ancianos, estaban continuamente en oración ante el Tabernáculo, mientras que los jóvenes peleaban en las murallas. ¡Hermosísimo y vigorizador espectáculo!

Los vieneses, siempre devotísimos de Nuestra Señora, invocaban entonces con el fervor de la suprema angustia á esta Reina de los cielos y tierra, y el *Dulce nombre de María* fué el santo y seña de aquel heróico pueblo, la palabra mágica que pronunciaban á la vez los fuertes que peleaban en los baluartes y los débiles que gemían y oraban en las iglesias... Viena, por la unión inefable de las ideas y de los sentimientos y por la unión del común peligro, no era más que un solo ser moral, como un Arcangel plantado á las orillas del Danubio, que esgrimía contra los inicuos la formidable vengadora espada de fuego, y que con voz más tonante que la de sus cañones, gritaba en el santo combate: ¡María! ¡María!

Presentáronse los turcos delante de la ciudad el día 13 de Julio. La enorme extensión del recinto dificultaba mucho la defensa. Después de un horroroso bombardeo de treinta días, el 14 de Agosto cayeron los baluartes de la Puerta Imperial, y dieron el asalto los genízaros, los cuales se apoderaron del palacio de la Favorita, del arrabal de Leopolstad y de todos los fuertes exteriores; para colmo de males se prendió fuego á la iglesia de los Escoceses, y el incendio se comunicó rápidamente al arsenal en que se guardaba la pólvora. La noche del 14 al 15 fué espantosa en Viena; nadie dudaba de que la ciudad sucumbía al primer asalto del día siguiente; las iglesias no se vaciaron durante toda la noche, y la predicación de los Sacerdotes y las oraciones de la muchedumbre eran interrumpidas frecuentemente por los gemidos y los sollozos; los que veían ya á sus hijas convertidas en odaliscas, á sus hijos en eunucos, á ellos mismos en esclavos, á su gran ciudad en una nueva Constantinopla y sus templos en mezquitas, se abandonaban á los mayores trasportes de dolor, rayanos de la desesperación; el único que no flaqueó en aquella noche memorable, fué el Clero católico: los Sacerdotes y los Frailes, en los púlpitos de los templos, y en las calles y plazas, gritaban á las atribuladas turbas: «Mañana no puede caer la ciudad, y no caerá; mañana es la gran fiesta de María Santísima; y ¿creéis que María, á la que habéis invocado en este peligro, va á permitir que su ciudad de Viena sea profanada en el día mismo en que celebramos el misterio de su Asunción á los cielos?»

Por una feliz coincidencia que se atribuyó, naturalmente, á milagro, los turcos no atacaron el día 15. Gracias á este respiro, se pudo sacar la pólvora del arsenal y recomponer la brecha. Pero reanudado el ataque general el día 12, adelantaron tanto los infieles, que el 31 se habían establecido en el foso, y turcos y vieneses peleaban ya en las brechas cuerpo á cuerpo y al arma blanca. Gran parte de Viena no era ya más que un montón de incendiados escombros. El 8 de Setiembre, fiesta de la Natividad de la Virgen, un hombre, atravesando disfrazado, y á costa de infinitos peligros, las líneas de los sitiadores, anunció que el ejército del Rey de Polonia, del heróico y caballeresco Juan Sobieski, estaba á dos jornadas de la ciudad.

En efecto, al amanecer del día 9 todos los campanarios, torres y tejados de Viena estaban cuajados de gente que aguardaba con ansia que se disolvieran las sombras de la noche para descubrir en las lejanías del horizonte las masas salvadoras del ejército de socorro. Descubriósele pronto, descendiendo como un torrente por las laderas del monte de Kalemberg; los primeros rayos del sol se reflejaban en las armas y dorados arneses de aquel ejército tan esperado, y toda Viena, enajenada de gozo, creyéndose ya salvada, gritó: *María, María;* la palabra de súplica se había convertido en himno de gracias y en cántico de triunfo...

Aquel ejército venía mandado por Juan Sobieski, rey de Polonia; pero cuyo carácter, costumbres y hazañas parecen más propias de un paladín de la época de las Cruzadas que no de un monarca de las postrimerías del siglo XVII, contemporáneo de Luis XIV y de Guillermo de Orange.

Juan Sobieski pertenece, por derecho propio, al ciclo de Godofredo y de Ricardo; era un caballero andante que había conquistado su corona de Polonia, como D. Quijote quería conquistar el imperio de Trebisonda con la punta de su espada... Cervantes no había previsto á este hombre, que fué en la realidad más hazañoso que Amadís en la fábula... Juan tenía, como buen caballero, su dama, que era su esposa, la reina María, *su encantadora y querida María el único consuelo de su alma* (1), y á la que solía escribir todas las noches en la tienda del general enemigo que había vencido durante el día. Para prepararse al combate con Mustafá y sus 200.000 turcos, Juan asistió al sacrificio de la Misa con todos sus generales en la ermita de San Leopoldo, y él mismo la ayudó con los brazos en cruz, menos en los instantes en que el Sacerdote necesitaba de su ministerio. Concluída la Misa, y después de haber comulgado, se volvió á sus capitanes y dijo: «Ea, ya podemos marchar; estamos bajo la protección de la Santísima Virgen, y con entera seguridad de que no ha de abandonarnos.»

Se trabó la batalla, y aunque los turcos resistieron con valor al principio de ella, muy pronto se dieron por vencidos, y fueron acuchillados en ambas orillas del Danubio; se dice que perecieron aquel día 100.000 mahometanos, y aunque *los ciegos de Constantinopla* rebajasen algo esta cifra, no podrían negar que quedaron en poder de los cristianos 180 piezas de artillería, todo el equipaje y hasta el estandarte verde del Profeta, que llevaba Mustafá para inflamar el ardor de los suyos, y que luego pudieron ver muchas gentes de Europa, pues se le paseó y exhibió en muchas ciudades como objeto curioso y preciosísimo.

Sobieski escribía aquella misma noche á su mujer: «El campo enemigo ha caído en nuestro poder con toda la artillería é inmensas riquezas; llevamos delante de nosotros un ejército de camellos, mulos y turcos prisioneros. Me he convertido en heredero del gran visir... No me dirás, corazón mío, lo que las mujeres tártaras dicen á sus maridos cuando vuelven sin botín: *No eres guerrero, pues vuelves sin bo-*

(1) Son palabras textuales del heroico rey en su correspondencia.

tín; el que se adelanta con osadía, puede siempre conseguir algo.»

Sobieski fué recibido en Viena, como era justo y natural que lo fuese. «Los generales (escribió el héroe á su mujer) me llevaban en brazos, y los coroneles, á la cabeza de sus regimientos, gritaban á mi paso: *¡Viva nuestro valiente rey!* Todo el pueblo levantaba las manos al cielo, diciendo: *¡Gloria, honor, eterno reconocimiento al Altísimo, que nos ha concedido tan gran victoria!*»

La victoria de Sobieski fué tan ruidosa en toda Europa como lo había sido la fama del peligro corrido por el imperio de Alemania. Sólo el emperador Leopoldo parece que se mostró algo ingrato con el libertador de la ciudad y del imperio. El monarca, que había vuelto á Viena merced al heróico rey de Polonia, no quiso recibir á éste, y no lo recibió sino de un modo humillante para Juan.

Pero, en cambio, el Pontífice Romano Inocencio XI se mostró verdaderamente digno de ser jefe de la Cristiandad. El estandarte de Mahoma fué llevado á Roma, y en esta ciudad se celebraron grandes fiestas religiosas y profanas en acción de gracias por la victoria y en honra del vencedor. Inocencio, para perpetuar este regocijo y manifestar á la Virgen Santísima la gratitud que se le debía por tan insigne beneficio, instituyó la fiesta del Dulcísimo nombre de María, como San Pío V había instituído la del Rosario en conmemoración de la otra gran victoria sobre los turcos, ganada por otro heróico Juan, y en que tuvo tanta parte la nación española.

BACHILLER ALONSO.

GRABADOS

Duque y duquesa de Norfolk.—(Pág. 257).

Son los duques de Norfolk los jefes de la aristocracia católica inglesa. Cuando el advenimiento de la Reforma, los aristócratas ingleses, á pesar de aquel su insufrible orgullo, fueron los primeros en someterse á los caprichos de Enrique VIII, realizando la más cobarde de las deserciones; los duques de Norfolk, dando ejemplo altísimo de fortaleza, supieron oponerse con inquebrantable constancia á la voluntad del tirano, y conservar incólume el sagrado depósito de las tradiciones vinculadas en su ilustre casa.

A partir de aquella fecha, el papel de los duques de Norfolk en la corte británica se redujo á llevar el estandarte real en las fiestas de la coronación; privilegio del que eran poseedores casi desde los comienzos de la monarquía, y que no pudo serles arrebatado á la vista de un pueblo como el inglés, tan amante de sus tradiciones históricas. Pasados aquellos fugitivos momentos, los duques volvían á encerrarse en las espléndidas estancias de su mansión cuasi regia, sin que su presencia fuera notada en ninguna otra fiesta palatina. Hoy, merced á las costumbres más ámplias, traídas por los nuevos tiempos, y más que nada por la difusión del Catolicismo en el Reino Unido, los duques de Norfolk vuelven á aparecer en escena con toda la brillantez que les prestan sus inmensas riquezas, su nombre esclarecido y los timbres de su preclarísima historia.

A los lectores de LA ILUSTRACIÓN ofrecemos hoy los retratos de los ilustres duques de Norfolk.

Barriendo el átrio.—(Pág. 260).

He aquí un precioso dibujo de Perea que representa una escena matinal en el átrio de un templo. Algunos devotos han anticipado la hora de acudir á la primera misa, y la encargada de la limpieza del templo, que no ha madrugado lo bastante, se ve sorprendida por aquéllos en su diaria faena. Refunfuñando y furiosa contra sí misma, mueve la escoba con velocidad vertiginosa; pues seguramente si el cura llega á sorprenderla, le pondrá las orejas coloradas, echándole en cara su pereza y falta de cuidado.

Circo de fieras en Bulgaria.—(Pág. 261).

Los espectáculos terroríficos han impresionado siempre á las masas populares en todos los países. Esta afición acaso nos haya sido transmitida por los romanos, que acudían á los circos á solazarse en el derramamiento de la sangre y en la muerte de los gladiadores, llegando su crueldad hasta el punto de exigirles que adoptaran al caer exánimes al suelo una postura artística. Nuestro grabado de hoy es copia de un hermoso cuadro de Japís, y representa la lucha entre gladiadores y fieras en un circo de Bulgaria. La ansiedad que semejantes espectáculos producen naturalmente en el ánimo, está hábilmente representada en los rostros de los espectadores.

En el Monte de Piedad.—(Pág. 264).

Precioso grabado del distinguido artista señor Rico, que no necesita explicación. Tan conocido es el asunto, y de tal modo se halla representado, que basta fijar la vista en el cuadro para comprender que el Sr. Rico ha arrancado á la realidad una página viva y palpitante y trasladádola al papel con fidelidad minuciosa.

Un estudiante de antaño.—(Pág. 265).

Tipo desaparecido en el revolver de los tiempos, pero que se conserva vivo en la memoria de nuestro pueblo. El inolvidable D. Vicente de la Fuente, tan encariñado con los recuerdos de nuestras viejas Universidades, describió varias veces al estudiante de antaño, unas veces en serio, otras en estilo jocoso, ponderando sus travesuras y desplantes, su carácter independiente y altivo, y aquellos sus golpes de ingenio, muchos de los cuales se repiten y comentan todavía, llegados hasta nosotros en alas de la tradición. El estudiante antiguo será de los que más tarden en desaparecer, como tipo representativo de tiempos y de costumbres que ya desaparecieron.

Paisaje del Monte San Bernardo.—(Pág. 269).

Conocidas son, de unos porque las han contemplado, de otros porque han leído infinidad de descripciones, las bellezas de los Alpes, de los que forma parte el hermoso grupo conocido con el nombre de Monte Blanco. Las nieves que en su cima se acumulan forman ingentes ventisqueros, á consecuencia de su derrumbamiento al fondo de los valles, donde se licuan en parte ó se convierten en trasparente hielo. Cuéntanse unos 400 ventisqueros en esta parte de los Alpes, la mayor parte de los cuales tienen, á lo menos, cuatro kilómetros de longitud, llegando á tener algunos hasta 25 y 30.

El espectáculo es de los más sublimes que puede ofrecer la Naturaleza.

El Monte San Bernardo forma parte igualmente de esta magnífica cordillera, y se halla atravesado en su cumbre por una carretera que conduce de Mascagni á Aosta. En el centro de esta montaña, que tiene forma piramidal, y á una altura de cerca de 9.000 piés sobre el nivel del mar, se encuentra el célebre hospicio fundado por San Bernardo Menthon en el siglo X, ocupado por frailes Agustinos, que tienen la obligación de recoger á todos los caminantes sin exigirles retribución alguna por su permanencia en el Asilo, que suele ser de tres días.

Allí se crían esos célebres perros del Monte San Bernardo que todo el mundo conoce, de color blanco y leonado, que prestan ayuda tan eficaz á los frailes en su inconcebible tarea de recoger á los caminantes extraviados en los ventisqueros.

ANTONIO DE OLMEDO.

Sección doctrinal

HARMONÍA ENTRE EL CAPITAL Y EL TRABAJO

(Continuación).

Confirman plenamente nuestro aserto las deplorables doctrinas de Ricardo, Malthus, Stuart Mill y otros de su escuela acerca del *salario necesario*. «Ahí tienes, dice alargando al obrero una corta cantidad de dinero, lo que te corresponde como remuneración de tu trabajo. Esta suma que te entregamos te proporcionará *medios para subsistir y perpetuar tu especie sin aumentos ni disminuciones*. Y entiende que la ley matemática de la oferta y la demanda ha fijado inflexiblemente tu salario en este punto: su aumento, según nuestras teorías, causaría la ruina social.» Fácil es observar la crudeza de semejante doctrina y el desaliento y congoja que han de llevar á la vida del obrero. Este infeliz ha de arrojar de sí toda esperanza de mejorar su triste suerte. La rueda de la fortuna está para él eternamente parada. Por grandes que sean los aumentos de las riquezas sociales, aunque el progreso industrial multiplique inmensamente los caudales de los capitalistas, la condición del obrero no por esto recibirá mejora alguna. Sobre su envilecida frente parece que se ha marcado el terrible estigma *lasciate ogni speranza* que leyó Dante en la mansión de los tormentos eternos. En su trabajo habrá de reflejarse la índole de su condición, y de sus manos convulsas habrá de comunicarse al producto aquella incorrección que describía Plinio el naturalista en *quidquid agitur á desperantibus*. La industria moderna, en medio de sus esplendores y proclamando las libertades más absolutas, habrá resucitado la antigua esclavitud. El siervo del trabajo recibirá escasamente el pan cuotidiano con la condición terrible de no aumentar su especie. Colocada en tal extremo la condición del obrero, ¿qué tiene de extraño que los que sin derecho, seguramente, se han arrogado su representación, traten de soliviantar las pasiones de los desgraciados hijos del trabajo, preparen y organicen sus resistencias y fraguen los más pavorosos planes de destrucción y ruina del orden sobre que descansan las actuales sociedades? «Ya lo véis, exclama el revolucionario Lasalle, hijos del pueblo; estáis encerrados en la *ley de bronce* del salario. ¡Son inútiles cuantos esfuerzos hagáis para romper las cadenas con que se os tiene atados. El juego inflexible de las leyes económicas de la población y de la libre concurrencia ha fijado el nivel fatal de vuestros salarios. Os alarga el capitalista una parte insignificante de esa *cristalización* de vuestro trabajo, del producto que llama suyo, para que no muráis de hambre, y os cierra los horizontes del progreso y mata en vuestros corazones la esperanza!» Sentadas estas premisas, saca ya de ellas las consecuencias prácticas Bakounino, quien en un *Catecismo revolucionario* escribe estas feroces palabras: «Convencido, como estoy, de que el pueblo no logrará su emancipación y bienestar sino por medio de una revolución popular y de una destrucción universal, debe la liga revolucionaria emplear todos sus medios en aumentar los dolores y sufrimientos, para apurar por este modo la paciencia del pueblo y adelantar la emancipación de las masas.» Este es el lenguaje que emplean los grandes agitadores modernos, que, para sus fines especiales, están organizando las muchedumbres trabajadoras; y aunque cause pena el decirlo, la verdad es que dentro de las teorías económicas que más influencia están ejerciendo en el mundo de la industria contemporánea, los pavorosos razonamientos de esos revolucionarios no están fuera de la lógica.

Mas para llegar en sus teorías materialistas,

BARRIENDO EL ATRIO

esas escuelas económicas, á las conclusiones que dejamos apuntadas, que han encendido la cólera de las clases trabajadoras, ha sido preciso que relegasen á un completo olvido la ley moral del trabajo, rompieran violentamente su antigua organización, y desatendieran principios fundamentales del orden económico social. Con efecto; la unidad económica que debe figurar en el reparto de los valores de la producción, no debe ser el individuo obrero, sino la entidad familia. No se alcanza el orden, ni una paz durable en el mundo industrial, aunque el salario con que es remunerado el trabajo del obrero sea suficiente para su estricto mantenimiento; es preciso dar un paso más en esta materia: el trabajador necesita de un salario normal, de una cantidad de dinero con la que pueda adquirir los objetos que le hagan falta para cubrir las necesidades de su familia, de la que la naturaleza le ha constituído en jefe providencial, alimentar á su mujer y á sus hijos, desarrollar las fuerzas físicas de estos últimos hasta dejarlos colocados en una profesión ú oficio. Si el obrero no encuentra en su salario los medios de conservarse juntamente con la colectividad de que es centro, y al mismo tiempo mejorar su condición, no puede decirse que estén atendidas sus necesidades, y el orden económico habrá de resentirse de esos sufrimientos. No es de este lugar entrar en detalles acerca de este punto, ni podemos tampoco indicar siquiera las diferentes cuestiones que no han dejado de suscitarse en esta materia; bástenos indicar que lo que se ha llamado *salario familiar*, que tal vez podrá no ser debido al obrero por razón de la estricta igualdad de la justicia, no le puede ser negado por los deberes de la caridad, que en este caso se refunden en las obligaciones de promover el bienestar social.

No menos desatendida que la unidad económica en el del reparto del producto industrial, lo es, por las teorías utilitaristas, hijas del doctrinarismo inglés, el carácter social de la obra productora del trabajo. La familia obrera no se encierra en el hogar doméstico del trabajador, y queda reducida al jefe, su esposa y sus hijos, sino que se desarrolla con parecidos vínculos en más ancha esfera, y abraza á todos los que directamente intervienen en la producción; y consta del empresario, que reune bajo su dirección y patronato los elementos del trabajo, de los oficiales y aprendices, que comunican las formas adecuadas á los productos.

El orden natural económico, ó por decirlo con mayor propiedad, el orden providencial, lo ha dispuesto de esa manera. Será, pues, un error gravísimo en cualquier sistema económico el que induzca á desconocer ese carácter de unión social entre las fuerzas productoras, y rompa, por consiguiente, los vínculos que han de comunicar forma á la familia obrera; y aumentará en gravedad ese error, si conduce, como desgraciadamente sucede con las teorías materialistas y socialistas acerca de los derechos de obreros y fabricantes, al establecimiento de antagonismos reales entre esas dos fuerzas fundamentales de la producción.

Las soluciones de esta cuestión social que se busquen en el aislamiento, ó mejor, la hostilidad más ó menos pronunciada entre los patronos y obreros por medio de equilibrios ficticios, sostenidos por la libertad de la concurrencia, no podrán menos de ser desdichados é irritantes, faltándoles la base de la justicia, en que sólo de una manera permanente pueden sostenerse cualquiera clase de soluciones. Las leyes económicas, si bien no revisten, por punto general, carácter absoluto, y no son otra cosa que tendencias generales, manifestadas en el modo de combinarse los elementos para la producción de la riqueza social, á manera de reflejos del pensamiento providencial del Supremo Ordenador de la creación universal, sin embargo, no pueden ser infringidas impunemente: más pronto ó más tarde, la paz en las familias y el orden en las sociedades habrá de sufrir las fatales consecuencias de los actos y doctrinas que desconocieron la providencial eficacia de esas leyes. Esto es precisamente lo que habrá de acontecer en las naciones de nuestro tiempo por consecuencia de las teorías en que tan por completo son desatendidas las verdades que enseña la ciencia económica y la de los principios fundamentales de las sociedades.

De lo que dejamos dicho, aparece ya que en los días que alcanzamos son de gran cuantía los sufrimientos y dolores que pesan sobre las clases obreras en el mundo industrial. Podrán algunos entusiastas de las doctrinas de la escuela inglesa, tal vez para librarse del trabajo de tener que buscar el remedio de los males que afligen á los menos favorecídos en el reparto de las riquezas sociales, desentenderse de los clamores que incesantemente exhalan los oprimidos por la desgracia, y negar también la razón á las quejas de las poblaciones obreras, alegando en último término la inexorabilidad de la ley económica que rige los fenómenos de la producción. Pero los que con sinceridad deseen conocer la realidad de esas aflicciones, lograrán prontamente su objeto con solo echar una ojeada sobre el estado en que se encuentran las grandes ciudades industriales, visitar las tristes moradas donde viven las familias de los obreros, estudiar las condiciones en que se verifica el trabajo, y de esas investigaciones sacará la convicción profunda de que el mal que aflige á los trabajadores es grande y el mayor peligro que á la sociedad amenaza. «Numerosos síntomas—decía el señor Moret en el preámbulo del real decreto de 5 de Diciembre de 1883, por virtud del cual había de establecerse una Comisión con el objeto

CIRCO DE FIERAS EN BULGARIA

de estudiar todas las cuestiones que directamente interesan á la mejora ó bienestar de las clases obreras—sienten el vivo estímulo de necesidades que importa remediar, ó aliviar, cuando menos; á la vez que siente el capital inquietudes justificadas por hondas y continuas perturbaciones.» Y fijándose particularmente en la situación de los obreros de las industrias manufactureras, añadía: «Más ilustradas estas clases, más reconcentrada su acción por traerlo consigo la naturaleza de la industria fabril; agolpándose en grandes centros y sintiendo con mayor viveza aquellas necesidades sobre las cuales cabe en el hombre poca reflexión «y de las masas apenas hay que prometerse alguna,» *revelan ya su estado por síntomas de tal importancia que no puede el legislador desconocerlos.*

Estas dolorosas circunstancias, que rodean la vida del obrero y mantienen en continua agitación á los hijos del trabajo, han sido hábilmente explotadas por los que están siempre dispuestos á prestar su apoyo á toda suerte de perturbaciones sociales, y han presentado á las clases obreras como su enemigo el *Capital*, esforzándose por demostrar que sólo la abolición de toda suerte de capitales podía librar al obrero de su triste suerte, declarando en su consecuencia guerra implacable el enemigo del trabajo, el por ellos odiado capital. Consideramos, por tanto, que el *Congreso Católico Nacional*, que habrá de celebrarse en Madrid el 24 de Abril del corriente año, ha obrado por el órgano de su Junta central con muy prudente acuerdo al señalar entre los puntos de estudio para la Sección cuarta el que ocupa el número 2, que trata de los «Medios de mejorar la situación económica y moral del obrero,» y formular la tesis 24 de las que han de servir para las Secciones públicas en estos términos: «Del concepto verdadero acerca de la naturaleza del trabajo se deducen sus relaciones legítimas con el capital y la fórmula para la armonía de ambos.» Deseoso de contribuir en la medida que consienten nuestras pobres facultades, oprimidas, además, por perentorias obligaciones y trabajos, á los nobles fines que se propone conseguir la docta Asamblea que va á reunirse, nos hemos decidido á escribir la presente disertación, que sometemos con no fingida humildad y bastante desconfianza en el acierto al ilustrado criterio de la Sección correspondiente.

Indicadas ya con bastante extensión las apreciaciones que las diferentes escuelas económicas han hecho del trabajo humano, y especialmente el concepto que de él tiene formado la economía cristiana, por donde se puede fácilmente ya determinar cuál sea su naturaleza, fáltanos entrar ahora en el examen de lo que sea el capital para poder fijar en conclusión las relaciones que median entre esos dos grandes factores de la producción económica. Para este fin parécenos oportuno resumir en breve conjunto lo que los jefes de las escuelas que impugnan el capital han manifestado, para obtener la abolición de esa entidad objeto de sus odios reconcentrados. Crudo es su lenguaje, pero conviene oirlos; dirigiéndose á las masas obreras se expresan en estos términos:

«Podéis, hijos del trabajo, con la conciencia bien tranquila, apoderaros del capital, pues os pertenece, porque vosotros lo habéis creado. Se ha dicho ingeniosamente que el obrero ha de poder comprar con su salario el producto que ha fabricado (1); pero es necesario establecer este punto analíticamente, y establecer lo que es el capital y cómo se forma. ¿Qué es el capital? Un negro es un negro; pero puede ser un esclavo. Una máquina de hilar, no es más que una máquina; pero puede llegar á ser un capital. Este es sólo una manera de ser social de la producción. Suponed un pueblo de trabajadores, en el que cada uno posea los instrumentos del trabajo, acumulaciones de productos y materias primeras; ¿creéis que

(1) Fórmulas de Proudhon

esto serán capitales? En manera alguna: estas cosas, únicamente son capital cuando se convierten en instrumentos de dominación y explotación del obrero (1). Vuestro buen sentido natural os ha enseñado que, siendo el capital una cosa inerte, no tiene derecho á remuneración alguna; es, pues, necesario darse cuenta del procedimiento inícuo, por medio dal cual ese vampiro engorda á expensas del trabajo vivo y actual. Desde luego hay una porción del capital, que ciertamente á nada tiene derecho, porque nada produce, ni causa aumento alguno de valor; esta es la máquina y las materias primeras que consume; porque si duplica la producción, en cambio se venden los productos á mitad de precio, y con esto nada se adelanta (2).

Por esto llamamos *constante* á este capital; y al otro capital *variable*, que es el que está destinado á pagar el trabajo, y es el abominable instrumento, con el auxilio del cual el capitalista alcanza un provecho, un mayor valor, del que se apodera indebidamente, porque ese aumento de valor es solamente un aumento de trabajo, un trabajo no pagado. Porque, con efecto, el capitalista paga solamente al obrero el salario corriente, compra en el mercado la potencia del trabajo, cuyo precio, según la ley económica, tiende á nivelarse con los gastos del mantenimiento del obrero. Pero el obrero con cinco horas de trabajo gana lo que necesita para su manutención, y trabaja diez horas para el capitalista, es decir, cinco horas más de lo que debe, de lo que necesita para ganar su sustento. En tal forma es improductivo el capital; es el despojador del trabajo, que es la fuente de la riqueza, la única medida de todos los valores. ¿Queréis todavía para mayor claridad una expresión exacta del grado de explotación de la fuerza del trabajo ó del trabajador por el capitalista? Pues diremos que el *aumento del valor* es al *capital variable*, como el *aumento de trabajo* es al trabajo necesario (3); de manera que la fórmula de este grado de explotación está expresada por la relación *mayor valor: capital variable*. Aunque no entendáis perfectamente esas fórmulas, no debéis olvidarlas y jamás abandonar su aplicación. Con ellas confundiréis á los impostores que os digan que algo puede conseguirse por el trabajo y el ahorro, y que el interés que se cobra es el precio de un servicio, la remuneración del ahorro, de la acumulación y la conservación (4). ¡Ah, no deja de ser graciosa la ocurrencia de convertir el provecho del capital en salario de la abstinencia! Mirad á esos pobres ascéticos y anacoretas, con Rothschild al frente de ellos, cómo alargan el plato á los transeuntes para recibir el precio de su abstinencia. ¡Ah, Mr. Schubre-Delitzsch, debéis haber sido un soberbio calavera y un derrochador sin segundo para no tener siquiera un pequeño capital, como lo afirman vuestros amigos!... Pero nada perderéis con esperar; la conciencia pública lanzará su anatema contra vos y vuestros cómplices, y grabará con rojo fuego sobre vuestras frentes estas palabras: *Salario de la abstinencia.*

Esas ideas contra el capital, vertidas en todos los tonos y repetidas en todos los libros y discursos de los jefes de las masas obreras, han hecho su camino ó su evolución, como se dice en lenguaje moderno. Primeramente han tratado de descubrir en las máquinas un capital, y les ha faltado tiempo para condenar el trabajo mecánico. Se les ha demostrado que la maquinaria era una invención igualmente beneficiosa para todos, abundante fuente de prosperidad hasta para los mismos obreros, y no pudiendo negar esa verdad de hecho, sólo la han concedido á condición de que la máquina fuese explotada por el obrero, pero no *capitalisticamente*. Abundando después en el sentido de la escuela inglesa, confundiendo por completo al empresario con el capitalista, han negado la legitimidad del provecho que aquél puede recoger de la empresa, por más que en su mayor parte sea el salario de su trabajo personal y la recompensa de los azares que tiene que correr en su obra. Engolfado en lucubraciones metafísicas, y cayendo en un panteismo económico, ha declarado Lasalle ilusorios los riesgos del empresario, porque la producción tiene asegurado el éxito, sólo podrá sufrir percances el productor, la concurrencia podrá arruinar á un capitalista ó fabricante particular, pero no á un pueblo entero cuando se reviste de aquellas facultades. El capital privado, añade, es un concepto falso de capital; no hay más que capital nacional, y éste siempre hace con ventajas ciertas sus negocios. Siguiendo por este camino y empleando los más negros colores de su paleta, han pintado con horrorosos detalles los males que sufre la sociedad, por desgracia demasiado abundantes y reales, y han fijado su principal empeño en sembrar el odio y la sed de venganza en el corazón del pobre contra el rico, en la clase plebeya contra la patricia, en el jornalero contra el capitalista. No solamente se ha llegado á declararar únicamente libres á los burgueses y esclavos, á todos los que han de vivir de su salario, sino que han dirigido feroces anatemas hasta contra el pobre obrero, que tenía el valor de ahorrar una peseta, calificándole de traidor á los intereses de sus compañeros, y los que entraban á formar parte de alguna sociedad cooperativa de producción ó consumo para en algo mejorar su agobiada condición, á los que no han dudado en apellidar miserables devorados por la sed de los placeres. Ese encono en los organizadores de la guerra al capital, nace principalmente de los que poseen, aunque módico, algún ahorro, algo de capital, ya dejan de favorecer los planes de la Internacional, para cuyo éxito es necesario en sus asociados la miseria en su último grado de desesperación.

Llegados á este punto, proponen á su vez los enemigos del capital sus remedios á los males que han tratado de poner de relieve, y en todos sus sistemas se descubre el espíritu más pronunciado del comunismo y su inseparable compañero el socialismo, puesto que todos ellos pueden reducirse á transformar violentamente el capital individual en capital social. «¿Por qué, dice Luis Blanc, se ha de preferir á un régimen que pondría el capital á la disposición de todos, aquel otro que lo mantiene en poder de unos pocos (1)?» Hasta Stuart Mill se coloca al lado de los obreros diciendo que «éstos tienen necesidad del capital, pero no de ser capitalistas.» Proudhon, después de haber puesto en ridículo al sistema comunista, cae en este mismo régimen con su teoría del crédito gratuito. El comunismo, guiado siempre de su odio implacable á todas las desigualdades y superioridades, no sabe admitir los capitalistas, y entiende que con la supresión de éstos ha de quedar á su favor el capital. «Nosotros no decimos abajo el capital, decía un diputado alemán; decimos sencillamente, para nosotros el capital.» Mas para llegar á este resultado, fuerza es decir: «abajo los capitalistas.» Otros, como las *Trades Unions* inglesas, desean respetar el capital, pero reducir su remuneración á una mínima expresión. En su modo de proceder pretenden haber elevado los salarios un 25 por 100. Los partidarios de la cooperación desean suprimir el empresario, entrando ellos á participar de la remuneración que percibe el poder director de la empresa. También se ha tratado de subordinar el capital al trabajo; concepción absurda, contraria á la naturaleza, puesto que la dirección de la empresa estaría donde no se correría riesgo alguno, y los que estarían expuestos á los percances de la obra carecerían de influencia en su regulación. Llegan los socialistas de la cátedra con su falta completa de principios decisivos, su enorme cargamento de categorías históricas, su negación absoluta de las leyes naturales de la sociedad humana y del orden económico, y su tendencia á constituir el Estado instrumento de todo progreso. Aspiran á una transacción entre la economía política y el socialismo, cosa imposible, porque esas entidades se niegan recíprocamente; desean la desaparición de las categorías históricas por efecto de una lenta evolución; no tienen otras soluciones definidas que las socialistas, á las que tienen miedo; sus programas son esencialmente negativos; se reducen á decir: «conviene hacer alguna cosa; es preciso demostrar intereses en favor de los que sufren, y otros propósitos tan indeterminados como éstos.» Los socialistas de acción, encarándose con esos tímidos y componedores catedráticos, les dicen: «¿qué hacéis con vuestras categorías históricas?»; las que han perdido su virtud han de ser suprimidas inmediatamente por el Estado; y tened entendido, les dice Lasalle, que el menor de los deberes del Estado consiste en facilitar capitales á cualesquiera asociaciones obreras que resuelvan constituirse. Por último, se ha escrito mucho sobre la impersonalidad del capital, su centralización, en el Estado, la liquidación social, las reivindicaciones y otros medios tan absurdos como poco viables. Estos son: los *desiderata* teórica y práctica de los enemigos del capital, y se han afiliado más ó menos conscientemente á los sistemas socialistas: y si las vacilaciones en los ataques y los cambios en la posición en que se colocan prueban la falta de base sólida en que funden sus argumentos, la incoherencia y contrariedad de las soluciones que ofrecen prueban todavía con mayor evidencia vanidad de sus doctrinas. No han formulado ley alguna orgánica, instrucciones detalladas, programa completo cuyos términos pudieran ser discutidos, porque están muy lejos de merecer tal calificativo disposiciones como éstas: «Queda abolida la propiedad.» «No habrá capitales individuales, queda suprimida la tiranía del capital, el capital será en adelante improductivo, queda prohibido el salariado como contrario á la dignidad humana» y otras fórmulas por el mismo estilo. El trabajo negativo de destrucción es muy fácil; lo difícil está en organizar la construcción que ha de llenar el vacío del antiguo régimen que se quiere destruir.

Por nuestra desdicha son demasiado ciertas las penas y dolores que sufren casi todas las clases de la socieded, y especialmente las obreras; pero ¿será preciso atribuir las causas de los males de estas últimas á la tiranía del capital, á la opresión que el capitalista ejerce sobre el indefenso obrero? ¿No pudiera ser, por el contrario, que entre el trabajo y el capital no mediase hostilidad alguna, que el uno llamase al otro á una alianza para entrambos fecunda, á una unión íntima, plena y comunicativa que tradujese los beneficios del primero en ventajas del segundo, y desterrado todo germen de antagonismo reinase entre los dos grandes factores de la producción una perfecta inteligencia y una armonía vigorosa y fecunda? Así lo entendemos, y parécenos bastante fácil su demostración.

ANTONIO PUJU Y ORDINAS.

(Se continuará).

(1) Copiamos textualmente á Carlos Marx.
(2) Antinomia del valor de Proudhon.
(3) Continuamos copiando textualmente á Marx.
(4) Habla Lasalle.

(1) *Organisation du travail*, pág 161.

Nuestro arte religioso

XXXIV

(Sigue las conclusiones.)

La imprenta, el grabado, la litografía, la fototipia y la caligrafía, tienen asignado un puesto en el arte religioso; y como las otras ramas de él, han venido á triste decadencia, á pesar de los adelantos de este siglo.

Nunca sobresalió nuestra patria en la impresión de libros litúrgicos, hasta que en el siglo XVIII hábiles tipógrafos intentaron rivalizar con las obras de este género que editaban, entre otras, la imprenta Plantiniana y las de Venecia. La llamada Real Compañía de Impresores, que, obtenido un monopolio (no importa ahora si conveniente ó nocivo al arte y á la Iglesia), continuó exclusivamente estos trabajos, tuvo también sus buenos tiempos, no muy largos; pero éstos pasaron, y aquí, al mismo tiempo que en todo el mundo, con raras excepciones, los impresores dedicados á las obras litúrgicas perdieron completamente el norte, y se modernizaron tanto, que sus libros no parecían lo que eran, sino impresiones vulgares.

Los tipos alargados (ojo francés en el tecnicismo tipográfico), los perfilados á la inglesa, y la inagotable variedad de titulares extrañas, de formas brutales, ó por otro extremo, demasiado escuálidas; las anchas, las chupadas, las egipcias, las de bastón, las de adorno y otras muchas, invadieron las cajas de las imprentas religiosas, antes ocupadas por los tipos elzevirianos, tan puros, tan legibles y tan clásicos, é inmediatamente los libros eclesiásticos perdieron su aspecto tradicional y sus condiciones más excelentes.

El espíritu comercial introdujo la tinta parduzca en vez de la negra antigua, y la car r esí débil y poco permanente sustituyó á la hermosa encarnada bermellón, usada en las rúbricas (1), tan inalterable que ahora, después de dos siglos, aparece como recién estampada. La corrección y confección corrían parejas, como ahora, con tipos y tintas; y si á esto añadimos las muchas abreviaturas, supresiones, citas y referencias que para ahorrar composición y papel fueron introduciendo los extranjeros, y para imitarlos también la Compañía, no se creerá que exagero al decir que en los libros modernos, que apenas tienen forma de eclesiásticos, es mucho más difícil su uso que en los antiguos.

Cuando, á mediados de esta centuria, cundió el gusto por las restauraciones del arte antiguo, y empezaron á ser realidad las ideas que desde algún tiempo antes propagaron los arqueólogos, que preparaban la resurrección de un pasado artístico glorioso, las imprentas belgas, sucesoras más ó menos legítimas de las de Elzevir y Plantín, respondieron á este movimiento y trataron de restituir á los libros eclesiásticos su antiguo esplendor; pero, desgraciadamente, no acertaron á conseguir la realización de tan laudable intento. Más industriales que artistas, y menos versados en la historia de su arte que deseosos de seguir la nueva corriente, se dejaron influir por la góticomanía, estudiaron poco los moldes antiguos, que debieran haber conformado á las necesidades modernas, y sin renunciar á los resabios de su tiempo, no lograron más que producir libros bien impresos, con tipos elzevirianos; pero esto fué todo.

Como estaba de moda *el ojival*, no supieron hacer cosa mejor que renunciar á los grabados del siglo XVII y XVIII, y aun á los modernos, verdaderamente notables, y poner en su lugar copias serviles de los toscos y groseros dibujos góticos, de perfiles gruesos, sin sombras ni términos, sin formas correctas ni expresión. Imitaron bien, y muchas veces mal, las viñetas antiguas; compusieron las cubiertas con caractéres góticos, entrelineados de rojo, á la usanza de la Edad Media, y tanto las titulares como las letras primeras de las partes principales, las hicieron góticas también. Con esto, y usar papel de color amarillento (de algodón, por supuesto, y continuo), en que parecía mejor el minio de las rúbricas, que imitaba más al antiguo, creyeron haber hecho una cosa admirable; pero no comprendieron, ni han comprendido todavía, pues continúan por el mismo camino, que los grabados y los caractéres góticos eran un contrasentido imperdonable en libros cuyo texto constaba de tipos elzevirianos: mezcla abigarrada é injustificable, y, además, un retroceso, porque como he dicho al tratar de la imaginería, no tiene otro nombre el volver á formas primitivas de una época en que el arte del dibujo yacía poco menos que en la barbarie, de la que, naturalmente, fué saliendo cuándo y como pudo. Una cosa es el respeto á lo antiguo y á la historia del arte, cuyos testimonios deben ser conservados, y otra la reproducción de los defectos; y el intento de darles nuevamente carta de naturaleza cuando legítimos progresos, nos han llevado á más bellas conquistas; sobre que se puede muy bien dar á un dibujo el carácter de la época medio-eval, sin renunciar á los adelantos hechos, así en el diseño de las formas y en la expresión, como en la práctica del grabado.

Por otra parte, los caractéres góticos son hoy casi ilegibles en casi toda Europa: y como es imposible usarlos exclusivamente en un libro litúrgico, claro es que no hay más remedio que renunciar á ellos. Lo peor de todo es que, atentos á tales pruritos pseudo-arqueológicos, y al mismo tiempo al inmenso negocio que emprendían, no dejaron de cometer las consabidas omisiones, citas, referencias, numeración viciosa y otros defectos que tanto dificultan el uso de esos libros, tan decantados por los modernos y aceptados sin reserva por los amigos irreflexivos de novedades, que se entusiasman con lo bonito porque acaso no saben distinguirlo de su enemigo, lo bueno. Los verdaderos inteligentes estuvieron siempre muy lejos de hallar perfectos los libros de los Dessain, Pustet y otros extranjeros, si bien todos reconocen su indudable superioridad sobre los españoles, franceses, alemanes y gran parte de los italianos.

Entre los mayores defectos de esas impresiones modernas, descuella la pequeñez de sus tipos, que llega á lo inconcebible, y hace temer por la vista del eclesiástico obligado á usarlos. Yo bien sé que los breviarios, diurnos y misales modernos son más del doble, en cuanto á texto, que los antiguos; y si las cosas siguen por donde van, llegará día en que no haya quien pueda resistir el peso de un misal ó de un breviario de letra no muy gruesa, del 9, por ejemplo. Cada día vienen oficios nuevos que prontamente son aceptados por las diocesis, lo que obliga á estar continuamente añadiendo los libros litúrgicos ó á tener á la mano suplementos y más suplementos, y hace también que de lustro á lustro, ó menos aún, sea ya viejo é inservible un misal que todavía está nuevo como al salir de la encuadernación. Sé muy bien que hay Santo ó festividad que resulta con tres oficios distintos, dos de ellos inútiles, porque los editores sólo se cuidan de añadir, y conservan lo ya derogado por si fuera necesario consultarlo, ó por rutina; y no se me oculta que hay ya mayor número de oficios autorizados que de días en el año, aunque fuera de veinte meses, lo que dificulta extraordinariamente el trabajo de los que hacen kalendarios diocesanos (vulgo añalejos ó gallofas), abundancia y confusión que quizá es precursora y determinante del triunfo de aquellos que en el Concilio Vaticano pensaban proponer una reforma radical que simplificara la liturgia toda é hiciera menos voluminosos, caros é intrincados los libros litúrgicos. Todo esto es verdad, pero no justifica ese prurito de excesiva comodidad, nociva á no muy largo plazo para la salud, prurito que impele á usar, y por que se usan, á hacer libros de rezo tan pequeños. La distribución de su contenido en dos ó más volúmenes es un recurso no ciertamente nuevo: ¿pero no es un absurdo dividir en cuatro tomos diminutísimos el breviario con tipos casi ilegibles? La división estaría justificada solamente por el objeto de hacer claros los caractéres, pues para que sean pequeños, bien estaba el libro en una pieza.

Sin embargo, á ningún editor se le ha ocurrido, y aquí lo propongo á todos, dividir el misal en dos partes, recurso que se impone por momentos. A esto queda reducida la obra de los extranjeros; y los españoles, ¿qué han hecho?

Aquí estamos en pleno año 45. Dormida la Compañía de Impresores á la sombra del monopolio que disfrutaba, hacía, sin miedo á la competencia, ediciones ignominiosas por la fealdad de sus tipos, el mal color de sus tintas y la clase de papel, por la abundancia de erratas, incorrecciones, citas, omisiones y cuantos defectos he criticado en los belgas; pero sin tratar, como ellos, de embellecer sus libros ni de introducir adelanto alguno; antes bien, empeorando las ediciones, que han llegado á ser inadmisibles. He visto impresiones de la Compañía plagadas de erratas, y, lo que es peor, de monstruosos errores. Esta conducta llegó hasta el escandaloso extremo de no cumplir á sabiendas el deber más elemental á que obliga todo monopolio, el de surtir al comprador; pues no siendo permitido en España adquirir ni retener libros no impresos por la Compañía, claro es que ésta quedaba obligada á editarlos todos; pero era el caso que sólo hacía impresiones de las que más venta alcanzaban: breviarios, diurnos, semanillas, misales, epistolarios, rituales y oficios sueltos, mas no Martirologios, Pontificales, Ceremoniales de Obispos, Cánones del Pontifical, ni libros corales ó de canto. Así se daba el caso de que toda comunidad ó iglesia que necesitaba, y no deja de ser frecuente, un libro de estos, indispensablemente tenía que faltar á las leyes é introducir contrabando, no sin peligro, pues la misma empresa, *que no quería* imprimir ni vender tales obras, perseguía enconadamente al que las adquiría donde únicamente era posible hallarlas. ¿Hay escándalo mayor? ¿Se puede abusar más de un privilegio y llegar á mayor extremo de mercantilismo?

Ninguna voz autorizada se dejó oir, con todo eco, en muchos años, como eco de las quejas de todo el Clero español, hasta que hacia 1870 y tantos, el dignísimo y sabio Sacerdote doctor D. Francisco de Asís Aguilar, hoy Obispo de Segorbe, dió á la Compañía el más tremendo é inesperado golpe de muerte con el folleto titulado *Libertad en la impresión de los libros litúrgicos*, etc. (1), en que combatía no sólo la conducta de la empresa editorial, sino la pretendida legitimidad del monopolio tras del que se amparaba para explotar á la empobrecida Iglesia de España. Tan grande fué la resonancia y efecto del librito, que al poco tiempo todo el mundo se surtía de libros belgas, y éstos entraron ya sin que hubiera medio de impedirlo; en nuestro país el monopolio caducó por desuso y... la empresa continuó y continúa imprimiendo, como siempre, y sólo aquellos libros que más dinero producen.

Consignado esto, vengamos á esbozar las bases para reglamentar un día la impresión de libros litúrgicos

Sería necesaria una edición tipo, divisible también en cuanto á los Misales en dos volúmenes, y sin que fuera permitido á nadie variarla en un ápice. Cada diócesis tendría un

(1) De *rubor* encarnado sale esta palabra, por el uso de escribir en encarnado los preceptos litúrgicos, para que se distinguieran de la letra sagrada, que era negra.

(1) Está agotada la edición de este precioso y ameno opúsculo. Si yo tuviera alguna representación y valía, acaso me atrevería á suplicar al Ilmo. Prelado, aunque sólo fuera á título de admirador, que reimprimiera su obrita, hoy bastante necesaria, y aun le añadiera las censuras que merece la Compañía por su descuidado rutinario y mercantil prurito de ganar dinero con el menor trabajo posible. Lo que sí haré es invitar á tan honorable empresa á que me lleve ante los tribunales por haber cometido el delito de comprar para la iglesia en que tengo la honra de ser Sacristán, un Martirologio, un Pontifical y Canon y un Ceremonial de Obispos .... después de cerciorarme por mí mismo de que no podían venderlómelos, por no tenerlos la Compañía, en el despacho, cuyo encargado me conoce perfectamente. Si no quiere eso y me procesa por difamación, tendré el gusto de presentar á los jueces una edición nueva de los Epistolarios y algunas hojas de Misas que darán golpe.

EN EL MONTE DE PIEDAD

ejemplar, destinado á la revisión. Todo privilegio sería abolido, y no quedaría más limitación que la censura del Ordinario.

El Censor debería cuidar de que indispensablemente los libros, además de la minuciosa corrección, reunieran las siguientes condiciones tipográficas:

Caractéres elzevirianos claros, no menores que el cuerpo 7, á dos tintas y á dos columnas siempre; titulares, iniciales y cubiertas, también elzevirianas, con exclusión de tipos modernos y de cuanto desdijera del carácter propio de estos libros. Papel de hilo de tina, si fuera posible, y no muy blanco ni satinado. Música con notas negras en *pentágrama* rojo (cinco rayas, no cuatro); grabados y viñetas según los modernos adelantos, y con sujeción á las reglas de la buena iconografía. Encuadernación dispuesta de modo que, á simple vista, el libro dijese lo que era, sin confusión posible con los no litúrgicos. Tasa en los precios. En el Pontifical, Ceremonial de Obispos y Ritual, y en las rúbricas del Misal, debiera introducirse el uso de viñetas en el texto, explicativas de las ceremonias, según práctica muy laudable de algunos editores belgas. Las llamadas sacras ó cuadros para la Misa, deben contener todas las oraciones de rigor, y en tipos gruesos.

Creo que el grabado no tiene, dentro del arte religioso, otra aplicación que exornar los libros y producir estampas sueltas para uso de los particulares, no para el templo. Mientras el arte no adelante más, sólo el grabado en boj, en cobre y en acero, reunen condiciones suficientes: el fotograbado está en la infancia; pero un día podrá servir muy bien, aunque siempre exigirá mucho cuidado si ha de resultar aceptable. El cromo, sea de litografía, sea de imprenta, adorna muy bien las obras todas, y sustituye é imita, si es bueno, las antiguas miniaturas. No así la fotografía, que mientras ofrezca ese color gris tan poco permanente, y exija el papel que debe ser pegado al sitio en que el trabajo debe figurar, no es posible darle entrada en los libros y objetos religiosos. Creo indispensable hacer extensiva al grabado la previa censura, indispensable á todas las manifestaciones del arte religioso. Convendría prohibir los sellos modernos de goma y las tintas moradas de anilina; todo eso, ni dura ni ofrece garantía, ni tiene carácter eclesiástico, sino comercial y profano.

La caligrafía se puede decir que ha muerto á manos de la imprenta. Si algún trabajo se hace, y no falta quien sea en esto habilísimo, es por puro lujo. Las *Sacras*, algún manual de oraciones, los carteles y los libros de coro, son las obras que por circunstancias especiales suelen ser objeto de trabajos caligráficos, y aun así, los libros corales se hacen muy bien casi siempre por el procedimiento del estarcido. En esta clase de obras deben regir las mismas reglas que en las de imprenta, advirtiendo que para los libros de coro hay que procurar suma claridad en las letras, siempre elzevirianas, y que se permite el uso de iniciales de lujo, miniaturas, etc., pero no de forma gótica, por la dificultad que ocasiona en la lectura. La distribución de materias y división de volúmenes en estos libros, como en todos los demás litúrgicos, debe ser objeto de reglas fijas muy meditadas. Toda inscripción, sea caligráfica, sea esculpida ó en relieve de bronce, etc., constará de mayúsculas genuinamente romanas, con exclusión de todo otro carácter. Los trabajos de letra cursiva no caben dentro del sagrado recinto, y sólo son propios para documentos de archivo y cancillería, ó para tal cual anuncio de poquísima entidad y permanencia. En todos estos trabajos debería figurar exclusivamente la letra cursiva española, adornada, cuando más, por titulares romanas muy puras.

Cada vez que veo un documento eclesiástico escrito en letra inglesa, tan débil y poco permanente como ella es, y tan exótica, se me cae el alma á los piés, considerando cómo hasta en eso nos extranjerizamos, dejando lo inmejorable y tradicional, que es nuestro, por lo malo y advenedizo, sólo porque es ajeno y de moda. La letra redonda francesa es buena, clara y estable; pero ¿no es mejor aún la nuestra? Pues usen la suya los franceses, y nosotros atengámonos á lo que tenemos en casa.

José Ferrándiz.

UN ESTUDIANTE DE ANTAÑO

La humildad amansa á las fieras.

¿Qué católico no ha puesto los piés en conventos de monjas capuchinas? Basta penetrar en una de estas pobres moradas y oir durante cinco minutos, y á través del torno, á la más lerda de las hijas de Santa Clara para quedar confundido y edificado. ¡Pobres capuchinas! ¡Qué riqueza tan grande se aparejan por sus propias manos, con sus martirios y oraciones, en la gloria! Visten dos burdos y ásperos sayales de estopa y lana, uno interior, que casi más que el cilicio produce escozor contínuo en su piel delicada; y otro exterior, que compone su hábito, ingeniosamente ideado para que sientan intenso frío en invierno y calor insoportable en verano; siempre descalzas, llevan alpargatas durísimas, forradas de la misma estofa del hábito y atadas con orillos de tales paños; duermen vestidas sobre tarima de madera, con una almohada rellena de paja por todo cabezal; ayunan rigurosamente desde Todos Santos hasta Navidad, toda la Cuaresma y muchos días del año, y á pan y agua el Jueves y Viernes Santos; disciplínanse dos veces cada semana, triplicando la disciplina mientras cantan tres *Misereres* semitonados, en los santos días dichos; todas las noches interrumpen su sueño bruscamente á las doce en punto para trasladarse al coro, lo mismo en invierno que en verano, y cantar Maitines: ni en el locutorio ni en el torno se las ve nunca, aunque se las oye; únicamente pueden hablar, con permiso de la Abadesa, determinados días y en presencia de dos escuchas; y practican otros mil actos de mortificación y de piedad, que edifican á los creyentes, y ponen espanto en el ánimo sensual de los incrédulos.

∴

A unas de estas santas comunidades pertenecía Sor Tomasa, heroína de la presente historieta, tan real como edificante. Era hija de un labrador medianamente acomodado, egoísta é indiferente en materias religiosas.

Obligó á su hija á que se hiciese maestra de primera enseñanza; obedeció Tomasa sin chistar, marchó á la capital, y así como otras muchas jóvenes que siguen la carrera del profesorado se pierden, Tomasa tuvo la dicha de dar con un confesor discreto y celosísimo, que la fué colocando poco á poco en condiciones de salvarse. Cultivó, pues, con esmero y á la vez los estudios y la piedad, regresando á su pueblo natal con la carrera concluída é inquebrantable vocación de monja. Cuando su padre tuvo noticia de los propósitos de Tomasa, montó en cólera, la negó terminantemente la dote y consentimiento necesarios para que entrase en religión, y comenzó á tratar á su hija peor que si fuera una hijastra. Tomasa sufrió en silencio, y siempre amorosa, obediente y sumisa, dejó pasar el tiempo hasta que llegó á la mayor edad. Su confesor gestionaba entre tanto la manera de colocarla en un convento, aunque fuese de monja de obediencia, por carecer de recursos para aportar la indispensable dote. Las Capuchinas de X*** prestáronse á admitirla para que se encargase de la escuela pública. No se dedican á la enseñanza las hijas de Santa Clara porque así lo manda su regla; pero los Prelados han querido ponerlas así á cubierto, aunque sin lograrlo, de las arbitrariedades revolucionarias.

Huyó, pues, Tomasa de la casa paterna, refugiándose en el convento de Capuchinas; admitiéronla éstas por el cargo de maestra de niñas, y al año profesó, no sin que su padre escandalizara á la vecindad con su iracundia, amenazas y recursos, inútiles pero vocingleros, á las autoridades civiles.

∴

Ya profesa la novicia Sor Tomasa, hubo de encargarse de la escuela pública del convento, tropezando con la dificultad oficial de no haber obtenido aún el título de maestra, aunque sí tenía ya hechos y aprobados los ejercicios necesarios para ello.

Ruiz Zorrilla, de recordación ominosa, era á la sazón árbitro de los destinos de esta nación desventurada, y sus satélites no se contentaron con suprimir conventos y amontonar comunidades, hasta de diferentes religiones, en locales reducidos y malsanos, sino que martirizaban además á las cándidas esposas de Jesucristo por todos los medios que les sugería su diabólica impiedad. Uno de tantos fué obligar á Sor Tomasa á que dejara la clausura, vistiese otra vez el traje mundano, y *personalmente* se presentara en el Gobierno civil de la provincia á recoger su título de maestra.

Recomendaciones, súplicas, llantos; todo fué inútil. Salió Sor Tomasa de su convento, montó en una borrica, y, en compañía del Hermano mendicante de la comunidad, emprendió el viaje. Súpolo el padre de la monja, se apostó en el camino escopeta en mano, y, hecho una fiera, dió un susto mayúsculo á nuestros caminantes, diciendo á su hija:

—¡Hoy mueres, no te vale Cristo Padre!

—¡Jesús, Dios mío! No se acalore usted, padre, y haga de su hija cuanto le plazca.

—Baja de ahí y reza el acto de contrición.

El Hermano se quedó de piedra, la monjita desmontó, arrodilióse en el camino, cruzó las manos, levantó los ojos al cielo, y dijo:

—Dispare usted, padre, que mi Esposo Jesús me espera allá arriba.

Tanta humildad y resignación tanta amansaron á la fiera, que al fin era padre, y la escopeta se le cayó de las manos, mientras rodaba una lágrima por sus mejillas.

—¡Bribona, más que bribona! (dijo acercándose y abrazando á su hija). ¿Por qué has abandonado á tu padre?

—Para obtener mejor la salvación de ambos, padre mío—contestó llorando también Sor Tomasa.

Abrazáronse los dos, reconciliáronse para siempre, y, tocado de la gracia divina, el feroz enemigo de frailes y monjas quedó de repente convertido en su amigo y protector entusiasta.

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

Judith

CANTO PRIMERO

Invocación.—El imperio de los asirios.—Proyecto de Nabucodonosor.—Cena en el palacio de Nínive.—Achicro y Holofernes.—Muerte de Fracetes y guerreros apresados en la batalla de Ragés.

Canta ¡oh, celeste musa! la proeza
de la heróica mujer que supo un día,
confiada en su Dios y en su belleza,
romper el yugo de soberbia impía;
para que, viendo la humanal grandeza
derrocada del trono en que lucía,
del Dios omnipotente sepa el hombre
temer las iras y adorar el nombre.

Tuvo en el Asia formidable asiento
de Nemrod el imperio celebrado;
de bélicas hazañas avariento,
y por la suerte con ardor mimado,
creció cual llama que se extiende al viento,
ó cual río con lluvias engrosado,
que, rugiendo con ímpetu, destroza
los altos muros y la humilde choza.

Nínive, la ciudad donde moraban
los asirios, en armas poderosos;
por servirla de escudo, la cercaban
torres soberbias y profundos fosos;
sus amenos contornos fecundaban
del Tigris los raudales espumosos;
y cien vencidos pueblos, de sus reyes
la voz temían que dictaba leyes.

Allí Nabuco de su inmensa gloria
no pudo sustentar el grave peso;
el humo lo cegó de la victoria,
y cayó del orgullo en el exceso;
los triunfos alcanzados su memoria
recordando con plácido embeleso,
aspiró á dominar en cuanto encierra
dentro sus anchos límites la tierra.

«Tengo un alcázar regio por morada
que circundan arroyos y jardines,
do se desliza mi vida regalada
entre alegres saraos y festines;
de crudo hierro con su mano armada
le rodean nervudos paladines,
y en su dorada copa mil placeres
me brindan hermosísimas mujeres.

»Nadie luchando mi valor iguala;
ninguno me aventaja en poderío;
cual duerme bajo el pabellón del ala
segura el ave en ardoroso estío,
al ronco aliento que mi pecho exhala
goza constante paz el pueblo mío;
para ser dios me falta solamente
que al orbe todo debelar intente».

Dijo el soberbio; y al instante ordena
que dentro su jardín, en ancha plaza,
los siervos pongan abundosa cena,
donde los jefes de su altiva raza,
sin dar oídos á opinión ajena,
se enteren de su plan, y busquen traza
de dar al pensamiento que le anima
en breve tiempo gloriosa cima.

Cual de abejas enjambre numeroso,
en aparente confusión, el prado
rodea con afán, y sin reposo
el zumo recolecta delicado;
llevan las unas el manjar sabroso,
solícitas las otras con cuidado
diestro levantan el panal, en donde
segura provisión su instinto esconde;

por el régio palacio ninivita
discurre la azorada muchedumbre
de diligentes fámulos, que habita
bajo la vasta colosal techumbre;
por todas partes el ardor se agita:
quiénes encienden poderosa lumbre;
quiénes, mostrando bárbaro contento,
degüellan sin horror víctimas ciento.

Alzanse mesas que con arte suma
labraron excelentes escultores,
y lechos á la par de blanda pluma
que abrillantan vivísimos colores;
en ánforas también hierve la espuma,
coronadas de frutas y de flores,
mientras las nubias, con fornida mano,
mueven la piedra que tritura el grano.

A un lado ensayan voluptuosa danza,
desnudas de rubor, las bayaderas;
al otro, sones el flautista lanza
á la sombra de altísimas palmeras;
y en tanto un coro soñador avanza,
que murmura canciones lisonjeras;
todo en el régio alcázar opulento
brinda señales de vivaz contento.

Ya tras la cima de lejano monte
Febo sus rayos ocultado había;
la noche sideral el horizonte
con su manto de estrellas envolvía;
era el momento en que el voraz bisonte
busca su pasto por la selva umbría,
y el temido león, con paso incierto,
cruza rugiendo el árido desierto.

De pronto cien antorchas colocadas
en culminantes sitios aparecen,
y en serenos estanques retratadas
bellos dibujos á la vista ofrecen;
como por arte de sublimes hadas,
brillan doquiera y por instantes crecen,
mientras en ricos pebeteros de oro
de incienso sin igual arde un tesoro.

De gentiles heraldos precedidos
los sacerdotes llegan, que, con celo,
de mil diversas túnicas vestidos,
al culto sirven del antiguo Belo;
y los magos después, entretenidos
en observar los astros en el cielo;
y ancianos respetables por su fama,
de quien Nabuco los consejos ama.

Llegando siguen con marcial talante

en número copioso los guerreros,
que muestran con orgullo en el semblante
las nobles huellas de combates fieros,
que por divisa tienen: ¡adelante!,
y ser anhelan siempre los primeros
cuando, tras sitio prolongado y duro,
de enemiga ciudad fuerzan el muro.
Entre los cuales animoso brilla,
por su heróico valor y su prudencia,
el grande Achioro, que nació en la orilla
del torrencial Arnón, sin opulencia;
cayó su padre de encumbrada silla
en los brazos de mísera indigencia,
y él, no contento en su modesta cuna,
quiso buscar en Nínive fortuna.
Alto de cuerpo, de rasgados ojos,
diestro en el arte de blandir la maza,
terrible por demás en sus enojos
y amante sin segundo de la caza;
de corazón ajeno á los antojos
que un vano pecho con ardor abraza;
severo en las costumbres y en decoro
ni siquiera rivales tuvo Achioro.
Montado en blanca poderosa mula
llega Holofernes al rëal convite;
la corte, al verlo, con temor le adula,
y para darle gusto nada omite;
que aunque á veces calla y disimula,
no hay quien sus iras pálidas evite;
y tiemblan á Holofernes los magnates
desde el rápido Tigris al Eufrates.
Cubre sus hombros especioso manto,
que un alta dignidad, sin duda, muestra,
pues á ninguno distinguía tanto
del rey Nabuco la gloriosa diestra;
de los vencidos inflexible al llanto,
más bien astucia que valor demuestra
cuando, anheloso de aumentar su gloria,
logra que le atribuyan la victoria.
En áureo trono de marfil, sembrado
de vistosa y brillante pedrería,
Nabuco se presenta reclinado
como esplendente sol en claro día;
cien reinas aparecen á su lado
que le sirven graciosas á porfía,
y cien eunucos de tostadas frentes
sus órdenes aguardan reverentes.
«Salve ¡oh, Nabuco!—de improviso suena,
rompiendo el aire, multitud de voces;
tu excelsa majestad el mundo llena;
mil y mil años de tu imperio goces;
si nuevos lauros tu ambición ordena,
de tus asirios el valor conoces;
manda, y cual aves tímidas temblando,
ignotos reyes depondrán su mando.»
Dijo la multitud; en tono grave
contestóles el rey: «Fieles vasallos,
en el mundo mi gloria ya no cabe,
ni pueblos quedan ya sin conquistallos.
Sois invencibles, y mi pecho sabe
que son fuertes é intrépidos caballos
los que arrollaron en Ragés cohortes
y en mi mano pusieron á Fraortes.
No me bastan el cetro y la corona
que con brillo inmortal ciñe mi frente;
no me basta el honor que á mi persona
dócil tributa de Nemrod la gente:
oid, asirios: vuestro rey pregona
que de Dios es su sangre descendiente;
dadme culto de tal, y con profundo
respeto crea que soy dios el mundo.»
«¡Tú seas nuestro dios! — puestos de hinojos
gritaron á una voz los comensales;—
al resplandor divino de tus ojos
sus rodillas encorven los mortales;
de cadáver en míseros despojos
convierta tu poder á los rivales
que rehusaren con delirio insano
rendir culto á tu númen soberano.»
Siguió la cena espléndida; ceñidos
cruzan los siervos el jardín ameno;
aquí reparten frutos escogidos,
allí el licor del hijo de Sileno;
doquier humea en trozos divididos
el bravo toro de nevado seno,
la manchada perdiz y cuanto cría
sabroso al paladar la selva umbría.
No faltaron allí con abundante
copia del mar los peces delicados,
que recoje animoso navegante
entre peligros mil y mil cuidados;
la danza con sus giros incitante,
la música con sones acordados
y el zumo de las uvas exquisito,
fuerzas daban y ardor al apetito.
Con el licor perdida la prudencia,
el gran Nabuco á dos guerreros llama,
por hacer en los dos experiencia
sobre quién á su dios más teme y ama;
no tardan en llegar á su presencia
Holofernes y Achioro; el rey exclama:
«Soldados de Ragés esclarecidos,
prestad atentos á mi voz oídos.
Quiero mañana despachar correos
que á todas partes lleven la noticia
de mi nueva deidad, y los deseos
que mi mente en sus sueños acaricia:
para humillar los torpes devaneos
de quien huya el rigor de mi justicia,
mandar quiero un ejército potente
que á los rebeldes pueblos escarmiente.
Mas necesito de un audaz caudillo
sobre las armas, que mis veces haga;
y de mi gloria no empañando el brillo
contrarias huestes súbito deshaga:
pondré en sus dedos mi mejor anillo
de su valor y méritos en paga;
y cuando logre sujetar al mundo,
será en el reino tras de mí el segundo.
Ambos á dos me pareceis iguales
en honor y gallarda gentileza;
dignas son vuestras prendas personales
de acabar con fortuna tal proeza;
mostradme, pues, á guisa de leales
en cuál resida la mayor destreza,
dándome un medio con que pruebe ahora
la excelsa dignidad que me decora.
«Achioro respondió: Tal vez no acierte
señor en este caso á darte gusto;
fuerza sería dios reconocerte,
si te mostrases liberal y justo
á Fraortes librando de la muerte
y á sus guerreros de pavor y susto,
que devolver la libertad perdida,
es propio de los dioses, que dan vida.»
Calló la multitud, como esperando
que aceptase Nabuco la propuesta:
solo Fraortes aplaudió temblando
del esforzado Achioro la respuesta:
yacía el pobre con su vista dando
más esplendor á la nocturna fiesta,
cercado de cadenas y guerreros,
infelices como él y prisioneros.
«No atribuyas ¡oh rey! á cobardía
—añade Achioro—mi propuesta noble;
si tengo compasión á sangre fría,
soy en el campo cual enhiesto roble,
que hiere rauda tempestad bravía,
sin alcanzar empero que se doble:
sé compasivo ¡oh rey! tu nombre solo
las gentes honrarán de polo á polo.»
Cual diestro cazador, que si de acecho,
tímida liebre, con sus ojos mira,
del gozo los transportes en su pecho
esconde con afán, y no respira;
mas luego de sí mismo satisfecho,
la mortal arma de sus manos tira;
Holofernes atento á la promesa
con tal astucia su opinión expresa.
«¡Oh Nabuco! permite que salude
tu excelsa majestad, á quien adoro;
y de las prendas, aunque yo no dude,
que el pecho adornan del valiente Achioro,
permíteme también que el rumbo mude,
poco digno quizás de tu decoro,
y exponga en breves frases el camino
de dar la prueba de tu sér divino.»
Como de doctas aves el arrullo
circula en alas de calmoso viento,
cundió por el jardín cierto murmullo
de rastrera lisonja y vil contento;
creciendo de Holofernes el orgullo,
la palabra tomó con nuevo aliento,
y—«Siendo la deidad inexorable,
permite (dijo) que en su nombre te hable.
Osó Fraortes levantar su frente
contra las leyes que dictó tu labio;
y salió de Ecbatana con su gente
para inferirte ¡oh dios! inmenso agravio:
en su empeño creía locamente
ser, como tú eres, poderoso y sabio;
mas yace su soberbia derribada
por el agudo filo de tu espada.
Haciendo gala, pues, de rigor justo,
á terrible suplicio lo condena;
si quieres á nosotros darnos gusto
ponga su muerte fin á nuestra cena:
con esto afirmarás el trono augusto,
y temiendo los reyes igual pena,
vendrán sumisos de apartadas zonas
por dejar á tus plantas sus coronas.»
Plació á Nabuco el pérfido lenguaje
que ponía Holofernes en su oído;
y queriendo vengar el hondo ultraje
que juzgó de Fraortes recibido,
más ébrio de licor que de coraje
mandó que le trajeran al vencido
rey de Ecbatana, porque fuera luego
con sus amigos arrojado al fuego.
Bramó la muchedumbre, como brama
la mar que agita tempestad horrenda;
ni hay hombre alguno ni graciosa dama
que por piedad al mísero defienda;
todos los pechos el deseo inflama
de que llegue fatal la hora tremenda...
ansiosos de beber en sus excesos
caliente sangre de infelices presos.
Los cuales, escuchando los clamores
que la voz de Holofernes aplaudían,
el tormento crecer de sus dolores
y crisparse los músculos sentían;
con espantosos gritos y furores,
del cielo y de la tierra maldecían,
y con ardientes lágrimas en vano
gracia pedían al feroz tirano.
Solo Fraortes, viendo ya la hoguera,
cual ancha nube levantarse al cielo,
permaneció tranquilo, y ni siquiera
mostró señales de temor ó duelo:
resignado al capricho de la fiera,
suerte versátil, que gobierna el suelo,
de su regio valor haciendo gala
tales razones de su boca exhala:
«Si la suprema voz de un moribundo
á los vivos merece algún respeto,
escucha tú, dominador del mundo,
que voy á revelarte un gran secreto:
por cuanto usurpas con ardor profundo
los divinos honores indiscreto;
derribado verás con fiero encono
por un Dios vengador tu áureo trono.
Pero tú, miserable cortesano,
que los consuelos al que sufre niegas,
¡oh cuánto de dolor para tu vano
pecho, con este proceder allegas!
¡Ya te amenaza vigorosa mano!...
¡Sediento polvo con tu sangre riegas!...
¡¡Llorad, hijos de Asur, que se avecina
cual fosca tempestad vuestra ruina!!»
Dijo, y Nabuco en ira reventando,
manda que lleven al osado al fuego;
mil siervos obedecen á su mando;
y el rey Fraortes, con marcial sosiego
entre las llamas, como en lecho blando,
sin muestra de temor se arroja luego:
le acompañan cien víctimas... cual nube
la densa llama por el aire sube...!
De nuevo sigue la brillante cena,
con sus danzas y cantos y licores;
doquier la voz del entusiasmo suena;
doquier se miran perfumadas flores;
todos, excepto Achioro que condena
con silencio locuaz tales horrores,
embriagados de placer, la orgía
prolongan hasta que despunta el día.

JAIME MARTÍ BESTARD.

La patria de Nuestra Señora.

En la "gloriosa" y santa época de la redención del género humano dividíase la Palestina en cuatro regiones ó comarcas: Galilea, Samaria, Judea y Perea. Esta última era la tierra situada á la orilla izquierda del Jordán, y las tres primeras se repartían el territorio comprendido entre dicho río y el Mediterráneo. Galilea era la más septentrional de las tres, y también la más llana, fértil y poblada. Josefo distingue entre la Galilea alta y baja, y elogia la fecundidad de su término, que era tal, según el historiador hebreo, que «movía al trabajo á los que no tienen voluntad ni costumbre de dedicarse á él» (1).

El Sr. Mir, en su *Historia de la Pasión de Jesucristo*, describe á Galilea como «incomparable jardín de Dios, en el cual parece que la Naturaleza se hizo violencia para criar los árboles y plantas más distintos, y desenvolver el admirable contraste de todas las estaciones».

Los viajeros modernos encuentran todavía motivos de admiración en el contraste que ofrecen las pedregosas y tristes montañas de Judea con las risueñas colinas y campiñas de Galilea. Entre éstas encuéntrase la magnífica llanura de Esdrelón, de veinte leguas en redondo, ó sean dos días de viaje, como dicen los árabes, y que es un verdadero paraíso de árboles y arbustos, y de los más encantadores horizontes.

La llanura de Esdrelón se llama también valle de Jezreal, y es famosa en la historia hebráica por haberse librado en ella la batalla que costó la vida al rey Saúl, y por otros célebres sucesos. De Oeste á Este corre hacía el mar, por en medio de la llanura, el Cisón, río que si en verano no merece otro nombre que el de arroyo, en invierno suele ser un torrente impetuosísimo que se sale de madre é inunda una gran extensión de terreno.

En el día de hoy la llanura de Esdrelón, mal cultivada y casi desierta, sólo puede recordar de un modo imperfecto la hermosura que fué en lo antiguo su gala y el orgullo de toda la Palestina. En aquel fertilísimo valle en que vivieron y trabajaron tantas generaciones de israelitas, plantan hoy sus movibles tiendas los beduínos, los cuales suelen atacar á los peregrinos que cruzan de Sur á Norte el valle de Jezrael en demanda del sagrado lugar de Nazareth en que vino al mundo Nuestra Señora y corrieron los primeros años de la vida de Jesucristo.

Hace diez y nueve siglo la Galilea era una región poblad ísima. Josefo, en su descripción, ha exagerado sin duda el número de sus ciudades y habitantes; pero aun rebajando lo que parezca razonable, queda siempre una densidad de población superior á la de nuestras provincias de Lugo y Guipúzcoa. Aquella población era muy mezclada; con israelitas descendientes de todas las antiguas tribus, convivían en Galilea muchos paganos, fenicios, sirios, árabes y griegos. El elemento israelita era, sin embargo, el predominante; los galileos, celosos observadores de la ley, no se olvidaban de ir á Jerusalén para celebrar las obligadas fiestas religiosas; iban en numerosas caravanas, y no por el camino más corto, que era atravesando la Samaria, sino dando un gran rodeo para no contaminarse con aquellos cismáticos y aborrecidos samaritanos que adoraban á Dios en el monte Garicín, y que habían mezclado al rito mosáico un sinnúmero de supersticiones.

Todos los lugares de Galilea tenían sus sinagogas, y sus doctores de la ley, que la explicaban al pueblo. Abundaban allí los fariseos, pero no los sudaceos, políticos intrigantes que acudían á Jerusalén como las moscas al panal de miel, en busca de las buenas prebendas y pingües destinos públicos; el saduceísmo no fué nunca secta popular.

En cambio, el fariseísmo estaba muy extendido por los pueblos de Israel; los fariseos eran los verdaderos directores espirituales y adoctrinadores del pueblo, al que seducían con sus apariencias de austeridad y devoción, con su celo exagerado por la ley y con su odio á todo lo extranjero. «Los galileos, dice Josefo, son gentes de guerra, y nunca les faltó el valor.» En efecto; en la suprema y desesperada lucha contra los romanos, la Galilea se defendió heroicamente de las legiones de Vespasiano y Tito.

Al Norte de la llanura de Esdrelón, entre colinas verdes, está situada la ciudad ó aldea de Nazareth, que es hoy, al decir de los viajeros, la que mejor conserva la fisonomía moral y material que debió tener hace diez y nueve siglos, cuando se verificaron en ella algunos de los más sublimes Misterios de la Redención. Como lugar de montañas, el clima es frío en invierno, fresco en verano y siempre saludable. Las cercanías son deliciosas, con muchas huertas y jardines, regados por aguas cristalinas y oreados por vivificadoras brisas. Los horizontes son estrechos, pero encantadores; al Oeste se descubre el Carmelo; al Oriente, el Tabor; se entrevé el valle del Jordán, y se divisan en último término las llanuras de Perea; al Norte, las montañas de Safed.

La población, en tiempos de Jesucristo, no ha debido pasar de unos 3 ó 4.000 habitantes. En Nazareth no habían entrado las modas griegas y romanas como en otros lugares de Palestina: las casas eran bajas, construídas sin estilo, blanqueadas, con una sola puerta y rematadas en una azotea sin pretiles ni barandales: un cubo de piedra blanqueada, en suma, sin comodidad ni elegancia.

Tal es la fisonomía del lugar en que nació Nuestra Señora. En cuanto á la fecha de este suceso, no puede haber más que conjeturas; Baronio fija el año 733 de la fundación de Roma, veintiún años antes de la Era vulgar; otros señalan el 734, y es la opinión más seguida.

ANGEL SALCEDO.

(1) *De Bello Judaico*, lib. III cap. II.

De caracoles.

Felipe, Juan, Antonio, ¿sus venís?...
—¿A onde?...
—A coger caracoles...
—¡Mia que va á diluviar!...
—¡Pus por eso!... ¿Te piensas tú que por mucho que chaparrée no va á salir el sol entrando la canícula?
—¡Tié razón, puño!... ¡No me acordillaba yo de esa señora!...

Y, sin más requilorios, la alegre turba de chicos que bailaba la peonza en la plazoleta de la fuente, se unió al levantisco pelotón de galopines que bajaba del pueblo, y todos juntos, despeluznados, puercos, descalzos, en mangas de camisa, jugando al toro sin pararse, tirando piedras á los olivos, alegres y bulliciosos tomaron por la senda de la hoyada, orillando las tierras de sembradura, en las que se esparcían á la desfilada las mozas del lugar para concluir con no poca algazara la obra de la hoz, mientras las hormigas, deslizándose á la chita callando por entre las cañas de la mies, se llevaban hacia casa lo más granado del rastrojo.

Aquella tarde prometía el tiempo buen espulgo de caracoles. Un interminable rosario de nubes plomizas cubría el cielo, montándose unos sobre otros según iban llegando los esponjosos vellones, y fundiéndose en una cerrazón espesa que apagaba la luz y cortaba los rayos solares que allá arriba se quedaban como un fulgor perdido en la niebla. Y según engrosaba el nublado, bajaba, bajaba como si se desrizasen sus vedijas hasta agujerearse en las cruces de los campanarios, ciñendo de turbantes blancos las últimas ramas de las copas de los olmos, enrareciendo el aire, haciendo la temperatura sofocante y seca, y aplanando á las plantas con la pesadez de una atmósfera densa y bochornosa.

Era preciso acelerarse y buscar techado antes de que el turbión descargase; los primeros árboles de la pobeda se distinguían ya al final de la trocha; de una carrera se plantaban los muchachos en los alamillos.

—¡Vamos á la casa del peón caminero!—voceó un rapaz, volviéndose á sus compinches.
—¡Bruto el último!—gritó otro de los compañeros; y toda la turba arrancó al galope con los brazos encogidos y los codos en alto para correr más, llegando á las ruinas de la abandonada casa del peón caminero como un manojo de rayos, á punto de que empezaba á caer la vanguardia de goterones del aguacero.

El nublado se dislocó, y comenzó á llover blandamente, con mesura, sin rachas repentinas de vendabal ni asomos de tronada. El agua caía, caía en compacto aluvión de hilos finísimos como si lo vertiese una regadera enorme, atropellándose unas á otras las gotas, ávidas de formar chorros, y redoblando con monótono palilleo la marcha de la lluvia en el dorso del follaje, que apelmazaba sus hojas húmedas para resistir la embestida de la turbonada.

De pronto, dominando el tric, tric, tric del chubasco, rompió la quietud de la naturaleza un coro de voces infantiles, finas, agudas, armoniosas, que gritaban desde la ruinosa casa del peón caminero:

¡Que llueva, que llueva,
la virgen de la Cueva...

Como obedeciendo al deseo de la turba arreció el temporal, y siguió un rato el murmullo del gotear en el follaje sin que ningún otro ruido se mezclase al del rumor de la llovediza. Nuevamente saltó á poco el coro de muchachos, y la pandilla voceó con grave tono:

los pajarillos cantan
las nubes se levantan!...

Siguió lloviendo, pero el aire cambiaba de cuadrante, los hilos de agua se adelgazaron hasta parecer hebras de araña, y el turbión comenzó á ceder elevándose la temperatura. Entonces empezaron á cantar entre las copas de los olmos las maricas que estaban en la altura de los árboles de centinela; ¡acrá... acrá... la canícula llega ya!... y al oir el aviso de las aves les respondieron desde la yerba los cigarrones chillando con impaciencia: csií... csií... ¿cuándo sale el sol aquí?... contestándoles las maricas desde las frondas: acrá... acrá... ya pronto saldrá.

Y á poco se partió, en efecto, una nube, y colándose por el desgarro como chico que escapa del encierro, cayó sobre el bosque un rayo del sol, alegre, revoltoso, cosquilleante, luminosísimo, lleno de polvo de oro, henchido de fulgor hasta parecer un cedazo de luz, y evocados por aquel nuncio de bonanza, las ruinosas tapias de la casa del peón caminero vomitaron un tropel de rapaces que, tocando las castañuelas con los dedos, y saltando de júbilo, se desparramaron por la pobeda gritando á voz en cuello:

—¡A los caracoles!... ¡A los caracoles!... ¡Viva la canícula!...

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

PAISAJE DEL MONTE SAN BERNARDO

JOYAS LITERARIAS

MUNDO, DEMONIO Y CARNE

POR D. JOSÉ SELGAS

(Continuación)

VI

BAAL

La escena que acabamos de presenciar en el capítulo anterior ocurría en una mañana de Diciembre, de sol embozado hasta los ojos y de un cielo más dispuesto á nevar que á llover. Quiero decir, que era una mañana fría, de esas en que el agua detenida en los estanques se abriga detrás de los ligeros cristales que el hielo forma en su superficie.

La presencia inesperada del personaje que había sorprendido á Elías en el momento en que iba á firmar sus últimas disposiciones testamentarias, le hizo olvidar lo crítico de su situación, y sacando, digámoslo así, el pie que ya tenía en el sepulcro, y arrastrado por la impresionabilidad de su carácter, se abandonó á las emociones que le proporcionaba la aparición casi inverosímil del hijo de su nodriza.

Restregóse las manos, más de satisfación que de frío, y avivando el fuego de la chimenea, dijo:

—Aún estamos de pie, y me parece que no es la posición más cómoda para que dos amigos de la infancia después de veinte años de ausencia, recuerden las locuras de los primeros días de su vida; porque supongo que no habrás venido á verme con los minutos contados.

—Me sobra tiempo (contestó Baal). Mis negocios marchan perfectamente; los hombres me lo dan todo hecho.

—Perfectamente (añadió Elías). Sentémonos, y hablemos.... aquí, junto á la chimenea, al amor de la lumbre.

Baal frunció dolorosamente el entrecejo, y replicó diciendo:

—No.... el fuego me es insoportable.... lo detesto.

—¡Ah camastrón! (exclamó su amigo). Debes estar agarrando los treinta y cinco años, y aún conservas pretensiones de juventud. Sabes que el fuego arruga, y no quieres envejecer todavía.

La sonrisa con que Baal recibió esas palabras, parecía confirmar la exactitud de la observación hecha por su amigo. Este siguió diciendo:

—Es una debilidad bastante común, de que todos participamos, porque.... es cosa averiguada: nadie quiere envejecer. Con una juventud eterna, la tierra sería para el hombre el verdadero paraiso.

—¡La eternidad!...—murmuró Baal con voz sombría.

—Me parece (dijo Elías, mirándolo fijamente) que has experimentado grandes contrariedades. Descubro en tu rostro, de vez en cuando, rasgos oscuros de acerba tristeza. Tu vida ha de haber sido muy borrascosa. Vamos, cuéntame tu historia.

—Pueril curiosidad (le contestó). Mi historia es la historia del género humano.

—Bien; pero tú eres rico; todo el aspecto de tu persona revela opulencia; veo brillar en tu mano un diamante digno de la corona de un rey. Dime á lo menos cómo has podido conquistar los favores de la loca fortuna.

—No hay tal fortuna—contestó Baal.

—¿No?

—No.

—¿Qué hay, pues?

—Audacia y astucia.

—Hablas como un hombre que ha devorado todas las esperanzas de la vida.

—Es posible; pero, díme, ¿te queda á tí todavía alguna esperanza?

—Me queda una.

—¿Cuál?

—Celia es mi única esperanza.

Baal soltó una espantosa carcajada.

—¿De qué te ríes?

—De tí.

—¿Acaso conoces tú á Celia?

—Sí; conozco á todas las mujeres.

—¿Y bien?...

—Celia es mujer.

Elías ladeó la conversación, como el avaro que oculta el tesoro que quieren robarle, y le dirigió esta pregunta:

—¿Hace mucho tiempo que estás en Madrid?

—Poco (contestó); he llegado hoy mismo.

—El amor á la patria te ha empujado al fin hacia el cielo que te vió nacer.

—No; yo no tengo patria; me es indiferente cualquier parte del mundo.

—Entonces, ¿qué te ha traído?

—Tú.

—¡Yo!

—Sí. Los periódicos de Madrid anunciaban tu boda, y el ruido de las fiestas que se preparaban corrió por todos los periódicos del mundo. Yo asisto á todas las grandes fiestas con que el mundo celebra su grandiosa opulencia... Me convido, y aquí me tienes.

Estas palabras recordaron á Elías que se hr-

llaba con un pié en el sepulcro, y que aquel era el último día de su vida, y pasó por su pensamiento una sombra que oscureció sus ojos:

Movió tristemente la cabeza, y dijo:

—Has hecho un viaje inútil.

—¿Pues?—preguntó Baal.

—No hay boda.

—¿Por qué?

—Porque estoy arruinado.

—¿Sí?

—Sí

—¿Y te resignas?...

—No.

—¿Qué has resuelto?

—Morir.

—¿Cómo?...

—Ahí, sobre la mesa, tienes mi testamento.

Baal, sin moverse, lanzó sobre la mesa sus oblícuas miradas, y leyó la carta en que Elías daba su último adios al mundo. Luego apartó los ojos con indiferencia, exclamando:

—¡Oh!... Eres un insensato.

Elías dejó ver en sus labios la sonrisa más burlona del mundo, y Baal la interpretó, diciendo:

—Quieres decirme que soy un imbécil, porque tú ignoras que poseo el don de penetrar los pensamientos, y no sabes que estoy leyendo el tuyo. Óyeme: piensas matarte sin morir. El mundo creerá tu muerte sin necesidad de que le dé testimonio de ella tu cadáver. ¿Qué inconveniente hay en ello? Nada más natural que el suicidio en un caso como el tuyo. El hombre que ha derrochado un rico patrimonio en la satisfacción de todos los placeres; que ha disipado en la embriaguez de todos los goces la riqueza del bolsillo y del alma; que se encuentra de repente delante de la miseria, sin fe, sin dinero y sin esperanza, ¿qué ha de hacer más que matarse? Esto es lo corriente. Tú, además, tienes que renunciar á la mano de una rica heredera, y este desaire de la fortuna hay que pagarlo con la vida; el último placer que el mundo te ofrece es el placer de la muerte. Pues bien: tú no has pensado morir; en vez de arrancarte la vida, has encontrado más cómodo el recurso de arrancarte el nombre que llevas, y arrojarlo al horror y al escarnio del mundo, que ha sido el paraíso de tus delicias. Pretendes sobrevivirte; te apropias otro nombre, y pasas á los ojos del mundo por otro. Al año de desaparecer, ¿quién puede ya conocerte? Muy bien: vives después de muerto. ¿Y qué te propones hacer en esa segunda vida á que te condenas?.... Lo sé: una campaña heróica. Cuentas con el corazón de Celia, y vas á disputarle su mano al mundo entero. Tú serás otro á sus ojos, pero poco más ó menos siempre serás la imagen de tí mismo, tu propio recuerdo. Desde la oscuridad de tu nueva vida, te propones reconquistar su amor. Hasta hoy no has hecho más que deslumbrarla con tu opulencia; ahora quieres celegarla con el fuego de una pasión incendiaria.... Todo eso será, si quieres, novelesco y fantástico; pero es al mismo tiempo, aunque no quieras, insensato.

—¡Por qué!—preguntó Elías.

—Porque contar con el corazón de una mujer, es contar con el pájaro que vuela por el aire. No será la mano de Celia la que venga á sacarte del sepulcro, después que hayas muerto para el mundo.

Elías quedó pensativo, y luego preguntó:

—¿Qué hago, pues?....

—Si te obstinas en vivir, vivir.

—¡Vivir sin ella!—exclamó Elías.

—Entonces....

—¿Qué?....

—No vivas.

Los dos guardaron silencio por algún tiempo. Al fin dijo Elías:

—Dejaría de vivir, si perdiera mi última esperanza, y tú no puedes arrancarme este último resto de calor que me queda en mi alma.

—Pues bien (contestó Baal); Celia puede ser tuya.

—¡Mía!

—Sí, contestó Baal con acento imperioso.

Y viendo que Elías vacilaba todavía, añadió:

—Yo te la prometo. No puedo ser insensible á nuestra antigua amistad, y será tuya, puesto que tú lo quieres.

—¿Cómo?....

—Coge la pluma, y escríbele ahora mismo al banquero, que posees una fortuna de cincuenta millones. Hace ocho días que espera tu respuesta, y tan largo silencio le ha hecho ya pensar en otro marido para su hija.

—¡Ah, Baal!.... ¡Eres terrible; tú todo lo sabes!....

—Todo.

—Pero..., ¿dónde están esos cincuenta millones?....

—En el mundo,—contestó Baal con voz profunda.

—Díme en qué lugar se esconden, y bajaré por ellos al centro de la tierra.

Diciendo esto, se puso de pie, como si quisiera añadir la obra á la palabra. Baal abandonó también la butaca en que se hallaba sentado, y rodeando con el brazo el cuello de su amigo, le dijo con dulzura:

—Eres un loco. Los cincuenta millones están en tu mano; no tendrás que hacer más que tender el brazo y cogerlos.... ¡Ea! ¡audacia! No pierdas tiempo; coge la pluma, y díle á tu futuro suegro que eres millonario. Te juro que tendrás los cincuenta millones.

—¿Por quién lo juras?—preguntó.

—Por mí,—rugió Baal con voz reconcentrada y ojos inflamados.

Elías se inclinó bajo la brillante mirada de Baal, se acercó á la mesa, y se puso á escribir. Al firmar, retembló el edificio conmovido por el estrépito de un trueno subterráneo á la vez que resplandeció el aire, iluminado por la luz de un relámpago.

—¡Qué es esto!....—exclamó Elías sin soltar la pluma.

—Nada (le contestó Baal). Firma, firma.... Es mi coche.

IIV

LOS DOS AMIGOS

Entre tanto la celebridad de la boda empezaba á estar en baja; ya no se cotizaban las noticias referentes á las fiestas nupciales con aquel crédito fabuloso con que las hemos visto correr de boca en boca. Se retardaba demasiado el espectáculo, y la impaciencia pública, una vez agotados los recursos de su imaginación, sintió que desmayaba su esperanza, porque temía que tanta expectación y tanto ruído iban al fin á reducirse al parto de los montes.

Además, otro acontecimiento súbito é inesperado tenía en conmoción los ánimos del mundo financiero. Entre los hombres de negocios no se hablaba de otra cosa. Se trataba de una jugada inaudita, ante la que el valor, hasta entonces creciente, de los fondos públicos, se había detenido como asombrado de la catástrofe que podía venirse encima. Era una jugada á la *baja*, en la cual los *alcistas* tenían comprometidos grandes capitales. La Bolsa parecía indecisa, sin atreverse á bajar ni á seguir subiendo, sin saber á qué carta quedarse, porque cualquiera oscilación, ya en un sentido, ya en otro, arrojaría en la liquidación de fin de mes enormes diferencias.

Así es que pasaban los días sin que las cotizaciones experimentaran alteración alguna. Era ese momento de suspensión en que el *banquero* dobla la baraja para dar tiempo á que los *puntos* redoblen las apuestas. La lengua implacable llama indistintamente *banquero* lo mismo al hombre de negocios que al tahur, y designa con el nombre de *banca*, lo mismo á la aristocracia de los capitales que á la aristocracia de los garitos.

La inmovilidad de la Bolsa aumentaba el ansia de los jugadores, y se aumentaban las apuestas; el vértigo del juego se había apoderado de los bolsistas, y cada cual se apresuraba á echar su puñado de oro en la movible balanza de la suerte.

Todos jugaban á la *alza*, porque ningún acontecimiento pavoroso se anunciaba en las oscuridades de lo porvenir. Estaba asegurado el equilibrio europeo; la paz universal sonreía al mundo garantida por la palabra de las grandes potencias, y al amparo de estas seguridades el comercio y la industria dejaban correr los manantiales de la riqueza pública como ríos inagotables. La diplomacia, mano sobre mano, satisfecha de la eficacia de los protocolos, se creía árbitra de los destinos del mundo. La tierra era en aquellos momentos una balsa de aceite; todo era prosperidades.

Algo se susurraba de alianzas secretas, de proyectos ambiciosos que podían de un momento á otro turbar la paz de Europa, de conspiraciones interiores prontas á estallar. Circulaban á la vez vagos rumores acerca de la situación poco firme del *Banco Universal*, especie de mónstruo financiero que representaba un capital verdaderamente fabuloso, y que extendía sus operaciones á toda clase de negocios en todas las partes del mundo; pero estas especies se desvanecían luego á luego ante el aspecto de prosperidad que presentaban las cosas. Bueno que las potencias más ambiciosas ó más débiles buscasen alianzas secretas para hacer frente á las contingencias del día de mañana. Todo ello no significaba más que meras precauciones. Bueno que los descontentos fraguasen conspiraciones. ¿Y qué? Los intereses conservadores estaban satisfechos, y la alta banca no facilitaría dinero para sobornar al ejército, sin cuyo requisito la conspiración sería inútil. En cuanto al *Banco Universal*, los temores eran risibles. Claro está que no había de tener en cartera el enorme capital que representaba, y que una operación desastrosa podía dar al traste con su crédito; pero un establecimiento que á los dos años de existencia tenía en su mano el movimiento de la riqueza del mundo, no podía, entonces á lo menos, inspirar la más remota desconfianza. Más tarde, una operación desastrosa, un cataclismo europeo, podría comprometer su crédito; mas en aquel momento tenía formidablemente asegurada su existencia.

Los cálculos de los jugadores no podían ser más risueños, y jugaban á la *alza*, como el que juega á cartas vistas. Solamente jugaba á la *baja* Elías Puentereal, que evidentemente se había vuelto loco. Hasta entonces había sido un calavera, que sabía gastar alegremente sus rentas en todas las disipaciones de la vida, pero que jamás había dejado traslucir el más ligero indicio de que pudiera ser un hombre de negocios... Jamás se le había visto en la Bolsa. ¿Qué significaba aquella ruidosa provocación á la fortuna?.... Los bolsistas se encogían de hombros, y apostaban, y Puentereal admitía todas las apuestas.

Hubo un día en que corrió la voz de que estaba arruinado, y que apelaba á un prodigio de la suerte antes de decidirse á poner término á su vida; mas este rumor se desvaneció al día siguiente, porque se aseguró que poseía un capital de cincuenta millones, y no cabía duda, en razón á que el banquero que iba á ser su suegro lo afirmaba como si los hubiese visto, y añadía:

—Es insensanto empeñarse en una operación tan arriesgada; mas en materia de negocios no debe aconsejarse á nadie, porque la suerte suele ser más loca que los hombres.

La osadía de la jugada contuvo por de pronto el movimiento ascendente de la Bolsa; pero los bolsistas siguieron apostando porque la *alza* era segura. Decididamente Puentereal estaba loco, y se obstinaba en arrojar cincuenta millones por la ventana, y los jugadores no habían de ser tan tontos que no acudieran á recogerlos. Cada cual hacía aproximadamente el cálculo de las diferencias que debía de co-

brar á fin de mes; de manera que antes que llegara la liquidación, los cincuenta millones de Puentereal estaban repartidos entre los jugadores á la *alza*. Y haciendo justicia al sentimiento que les inspiraba, debe decirse que lo compadecían á la vez que esperaban el momento de desplumarle. La boda, pues, se puso en cuarentena, porque aun cuando el padre de Cecilia guardaba prudente reserva, nadie creía que después del fracaso de la jugada fuera la boda posible. Muchos pretendientes de la rica heredera respiraron, vislumbrando una esperanza.

En los salones era otro suceso el que más principalmente llamaba la atención. Había aparecido en las regiones del gran mundo un personaje bastante original: un *yankee;* pero he aquí su primera originalidad, un *yankee* fino, correcto y espiritual. La distinción de sus maneras realzaba su belleza de estátua, y descubría en todos sus movimientos la facilidad del hombre habituado al trato de las gentes en la escena del gran mundo; en ellos se notaba algo parecido á las ondulaciones de la serpiente.

Se admiraba la palidez cenicienta de su rostro y color rojo casi candente de su barba; notaban asimismo en su voz notas de una dulzura inimitable, que dejaba, sin embargo, en el oído vibraciones extrañas; se discutía con grande empeño acerca de la naturaleza de su sonrisa, y eran en este punto tan diversos los pareceres, que unos la encontraban tierna, otros burlona; había quien encontraba en ella candor, quién profunda malicia, y venía á sacarse en limpio que era una sonrisa indefinible.

Mas sobre todas estas novedades, lo que más sobresalía era el encanto de su conversión. Hablaba de todo con la naturalidad de aquel á quien les son familiares todos los conocimientos humanos. Poseía, además, todas las lenguas conocidas, y no había suceso histórico que le fuese desconocido; hablaba de ellos como si los hubiese presenciado. Penetraba los pensamientos y se adelantaba á las preguntas. La buena sociedad lo recibió con los brazos abiertos; se hizo lenguas de sus atractivos, y le concedió todos los honores de la novedad. El *yankee* había caído de pie en los salones.

Debía ser opulento; pero como si se sintiese superior al lujo de que aparecía redeado, miraba con desdén su propio fausto. En el dedo anular de la mano izquierda llevaba una sortija, en la que resplandecía un brillante enorme, cuyas aguas de fuego cegaban los ojos de cuantos lo veían con relámpagos de todos colores; parecía que en el fondo de aquella piedra preciosa hervían todas las tempestades de la tierra.

¿Qué especie de alma se escondía en aquel cuerpo? He ahí una cosa en la cual no había pensado nadie. Su presencia causaba alucinaciones, sus miradas producían extremecimientos eléctricos, el calor de sus palabras helaba la sangre, y su conversación descubría profundidades que producían el vértigo con que atrae el abismo.

Había sido presentado por Elías en los principales salones del gran mundo, con el sencillo nombra de *Mister Baal*, alcanzando desde el primer instante un éxito completo.

Y, justo es decirlo: no se mostraba envanecido de su triunfo; marchaba sobre sus laureles como el héroe acostumbrado á conquistarlos; casi no reparaba en ellos. Por su parte, Puentereal no se sentía tan modesto, y no ocultaba la satisfacción de poseer la intimidad de aquel hombre original y extraordinario.

Entre tanto, el mundo, el verdadero mundo, el mundo de los placeres, de las intrigas, de las disipaciones, de las locas vanidades y de las pueriles ambiciones, el mundo de las cintas y de los lazos, de la *toilette*, del *menú*, del *confort* y del *sprit*; el mundo de las carreras de caballos y de las corridas de toros; el mundo sensible de la filantropía *dansant*, se hallaba loco de contento; parecía que había encontrado á su hombre.

Como se ve, los dos amigos se encontraban en espectáculo, siendo á la vez el plantillo de las conversaciones; la comidilla de las grandes comidas, el objeto de los cálculos de unos, de las conjeturas de otros y de la expectación de todos. Eran las dos novedades del día, los dos problemas del momento.

Elías se sonría interiormente, pensando que el autor de tanto ruido no era, en resumen, más que el hijo de su nodriza.

(Se continuará.)

AVISO

Se ruega á los señores suscriptores que no hayan abonado el año actual, lo verifiquen á la brevedad posible, para evitar los perjuicios que con su retraso causan á esta Administración.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de Paris y que prescriben los medicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo ademas la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

Banco de España.

Desde el día 11 del corriente y bajo factura que se facilitará en la caja del Banco, se admitirán para su señalamiento al cobro, los cupones de la Deuda amortizable al 4 por 100 del vencimiento de 1.° de Octubre de 1893 y los títulos amortizados en el sorteo de 1.° del actual.

También se admitirán á descuento los cupones que vencerán en 30 del corriente de las Obligaciones del Tesoro emitidas en virtud de la ley de 24 de Junio último, con las mismas condiciones fijadas para los cupones de la Deuda perpetua interior.

Madrid 9 de Septiembre de 1893.—Por el secretario general, *Eduardo Diez Pinedo.*

BANCO DE ESPAÑA

SÉPTIMO SORTEO

Nota de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Números de las bolas que representan los lotes	NUMERACIÓN de los títulos que deben ser amortizados	Números de las bolas que representan los lotes	NUMERACIÓN de los títulos que deben ser amortizados

Serie A

57	561	á	70	6930	69291	á	300
151	1501		10	7500	74991		50100
203	2021		30	7805	78041		50
205	2041		50	7959	79581		90
398	3971		80	8145	81441		50
431	4301		10	8559	85581		90
551	5501		10	8928	89271		80
853	8521		30	8955	89541		50
862	8611		20	9124	91231		40
1318	13171		80	9182	91811		20
1559	15581		90	9491	94901		10
1749	17481		90	9807	98061		70
1985	19841		50	10055	100541		50
2235	22341		50	10205	102041		50
2279	22781		90	10315	103141		30
2431	24301		10	10374	103731		40
2659	26581		90	10508	105071		80
2958	29571		80	10739	107381		90
3004	30031		40	11477	114761		70
3292	32911		20	11500	114991	115000	
4369	43681		90	11685	116841		50
4566	45651		60	11770	117691		700
4612	46111		20	11928	119271		80
4865	48641		50	12377	123761		70
4998	49971		80	12401	124001		10
5330	53381		90	12432	124311		20
5455	54541		50	12598	125971		80
5635	56341		50	12794	127931		40
5779	57761		90	13099	130981		90
5879	58781		90	13244	132431		40
6048	60471		80	13538	135371		80
6308	63971		80	13586	135851		60
6797	67961		70	13664	136631		40
6849	68481		90	14414	144131		40
6867	68661		70				

Serie B

117	1161	á	70	4760	47591	á	600
435	4341		50	4886	48851		60
1264	12631		40	5045	50441		50
1267	12661		70	5765	57641		50
1342	13411		20	5858	58571		80
1705	17041		50	5940	59391		400
1764	17631		40	6007	60061		70
1849	18481		90	6073	60721		30
2044	20431		40	6385	63841		50
2254	22531		40	6479	64781		90
2671	26701		10	6553	65521		30
2762	27611		20	7247	72461		70
3163	31621		30	7261	72601		10
3264	32631		40	7430	74291		300
3316	33151		60	7491	74901		10
3361	33601		10	7688	76871		80
3407	34061		70	7749	77481		90
3710	37091		120	7909	79081		90
3740	37391		400	8198	81971		80
3747	37461		70	8498	84971		80
4125	41241		50	8793	87921		30
4359	43581		90	9280	92791		800
4427	44231		70	9742	97411		20
4609	46081		90				

Serie C

126	1251	á	60	5061	50601	á	10
327	3261		70	5141	51401		10
573	5721		30	5185	51841		50
672	6711		20	5209	52081		9
782	7811		20	5443	54421		30
959	9581		90	5470	54691		700
1242	12411		20	5686	56851		60
1346	13451		60	6859	68581		90
1446	14451		60	6937	69361		70
1653	16521		30	7202	72011		20
1935	19341		50	7294	72931		40
1992	19911		20	7460	74591		600
2027	20261		70	7528	75271		80
2141	21401		10	7616	76151		60
2223	22221		30	7743	77421		30
2957	29561		70	7750	77491		500
3326	33251		60	7910	79091		100
2637	30361		70	8048	80471		80
3935	39341		50	8121	81201		10
4320	43251		60	8469	84681		90
4347	43461		70	8841	88401		10
4533	45321		30	9268	92571		80
4866	48651		60	9703	97021		30
4965	49641		50	9988	99871		80

Serie D

116	1151	á	60	1901	19001	á	10
171	1701		10	1986	19851		60
1104	11031		40	2212	22111		20
1288	12871		80	2382	23811		20
1577	15761		70	2646	26451		60
1670	16691		700	2773	27721		30
1828	18271		80	2880	28791		800

Serie E

51	501	á	10	1537	15361	á	70
231	2301		10	1882	18811		20
847	8461		70	1932	19311		20
912	9111		20	1906	19051		60
1321	13201		10	2182	21811		20

Madrid 1.° de Setiembre de 1893.—El vicesecretario, *G. Miranda.*—V.° B.°—El subgobernador, *Ciudad.*

¿Quién dirige la máquina?

Eres pasajero de un ferrocarril, y atraviesas rápidamente puentes, terraplenes, oscuros túneles y montañas. Y es de noche, y duermes en la oscura tiniebla; pero tu seguridad depende siempre, en gran parte, de la experiencia, pericia y fidelidad de un solo hombre: el maquinista. Y, sin embargo, es conocedor de su oficio, y ya no pensamos nada más acerca de él.

Supongamos, sin embargo, que ese hombre se vea atacado de repentina y grave enfermedad, mientras su locomotora, arrastrando cientos de seres vivientes en el tren que la sigue, se precipita rápidamente en su camino; ¿qué sucedería?

«¡Dios nos libre de que semejante cosa sucediese!» dirás. Convengo en ello; pero, sin embargo, esas cosas suceden á veces, y tienen horribles consecuencias. Pidamos todos, pues, que el hombre que lleva en sus manos nuestras vidas, tenga buena vista, fortaleza y buena salud.

Pastor, era un maquinista de la línea de Madrid, Zaragoza y Alicante. Era conocido y respetado por las muchas personas que, con frecuencia, viajaban por el tren que su locomoto-

ra arrastraba; estaba dotado de sangre fría, y era fiel y valiente. Un día lo echaron de menos en su puesto en la locomotora, y al hacer indagaciones supieron que se hallaba en su casa enfermo, y que ni moverse podía de la cama. Habíanse quebrantado sus nervios, y parecía sufrir de una complicación general de dolores: había perdido el apetito y miraba los alimentos más bien con repugnancia que con deseo. Dolíale la cabeza, sentía también dolor en el pecho y en los costados, su piel y sus ojos estaban descoloridos, de su garganta salía un gas nauseabundo, y, finalmente, se puso tan débil, que se vió imposibilitado de cumplir sus deberes.

Probó una tras otra toda clase de medicinas, hasta que ya no vió remedio en ellas, pues ninguna le daba el más ligero alivio. La fuerza de la enfermedad se iba apoderando de él. Cuando yacía sin esperanzas en el lecho, no pensaba más que en la muerte, é imaginaba que estaba destinado á entrar pronto en aquel sombrío y pavoroso reino del cual no regresa nadie jamás. Ya no volvería á montar nadie en aquella locomotora, ni á conducir de ida y vuelta aquel tren en sus viajes. Sus amigos estaban tan descorazonados como él. ¿Y cuál era su enfermedad? Eso es lo que ellos no podían conjeturar; tan extraña y engañosa era, y tantos eran sus síntomas, enteramente contradictorios.

Por fin uno de ellos recordó haber leído de un remedio llamado «Jarabe Curativo de la Madre Seigel,» del que se decía que, en muchos casos había realizado curas cuando ya todas las otras medicinas habían sido ineficaces. Si la realizaría ó no en el caso de Pastor, era cosa que solo podía decirse después de probarlo, y se determinaron á hacer esa prueba.

El resultado está patentizado por una carta fechada en Alicante á 31 de Mayo de 1893, escrita por el Sr. D. Francisco Dewit, que vive en casa de los Sres. Raymundo y Compañía, de aquella ciudad. En ella, después de exponer los detalles de la enfermedad de Pastor, el señor Dewit dice: «Como recurso ya extremo, le procuramos una botella de Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y desde luego comenzó á mejorar; y continuando así por un corto tiempo restableció por completo su salud. Hoy en día vemos otra vez á aquel valiente hombre en su puesto, conduciendo la locomotora como antes de haber caído enfermo. Está muy agradecido de su asombroso restablecimiento, y no hace más que hablar de él. (Firmado) Francisco Dewit, Contramuelle, Alicante.»

Felicitamos al Sr. Pastor y á sus amigos; pero si desde los primeros síntomas de su enfermedad hubiera aquél usado el Jarabe Seigel, indudablemente se hubiera ahorrado tiempo, dinero y sufrimientos. Su enfermedad era indigestión y dispepsia, las que le envenenaron la sangre, quebrantaron sus nervios y le llenaron el sistema de esos gérmenes que producen dolores, y por fin la muerte; y en su caso se desarrolló la enfermedad, á no dudar, por la exposición y otros accidentes propios de tan útil, aunque trabajoso empleo. Los demás pacientes harán bien en tener muy presentes los hechos ocurridos en este caso. Aunque esta cura, á pesar de lo notable que es, no es más que una de las mil realizadas en España y en todas partes por este mismo remedio.

Si el lector se dirige á los señores A. J. White, Limitado de 135, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales, frasquito, 8 reales.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis
Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dussor, 1, Rue J. J. Rousseau, Paris

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FELIPE PINTO
Calle de la Flor Baja, núm. 11.
1893

ELIXIR
DE
Protocloruro
DE HIERRO
CON HIPOFOSFITOS
DE VIVAS PÉREZ

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.*

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.—MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA, **Farmacia** VIVAS PEREZ

MEDICACION TÓNICA
PILDORAS Y JARABE
DE
BLANCARD
Con ioduro de Hierro inalterable

ANEMIA · COLORES PÁLIDOS · RAQUITISMO · ESCRÓFULOS · TUMORES BLANCOS etc., etc.

Exíjase la firma y el sello de garantía.

PARIS
40, rue Bonaparte, 40

MONTERA 23
RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G.° GIROD
Sucesor de Losada.

LOS QUE TENGAN TOS
ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea.
Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA
DE
VICENTE GARCIA MUSTIELES
(SUCESOR DE PÉREZ)
CALLE MAYOR, NÚM. 50
MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.
Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.
Se sirven los pedidos con toda prontitud.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
DE
ZOZAYA, (Editor).
PROVEEDOR DE LA REAL CASA
Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

LA ILUSTRACION CATOLICA

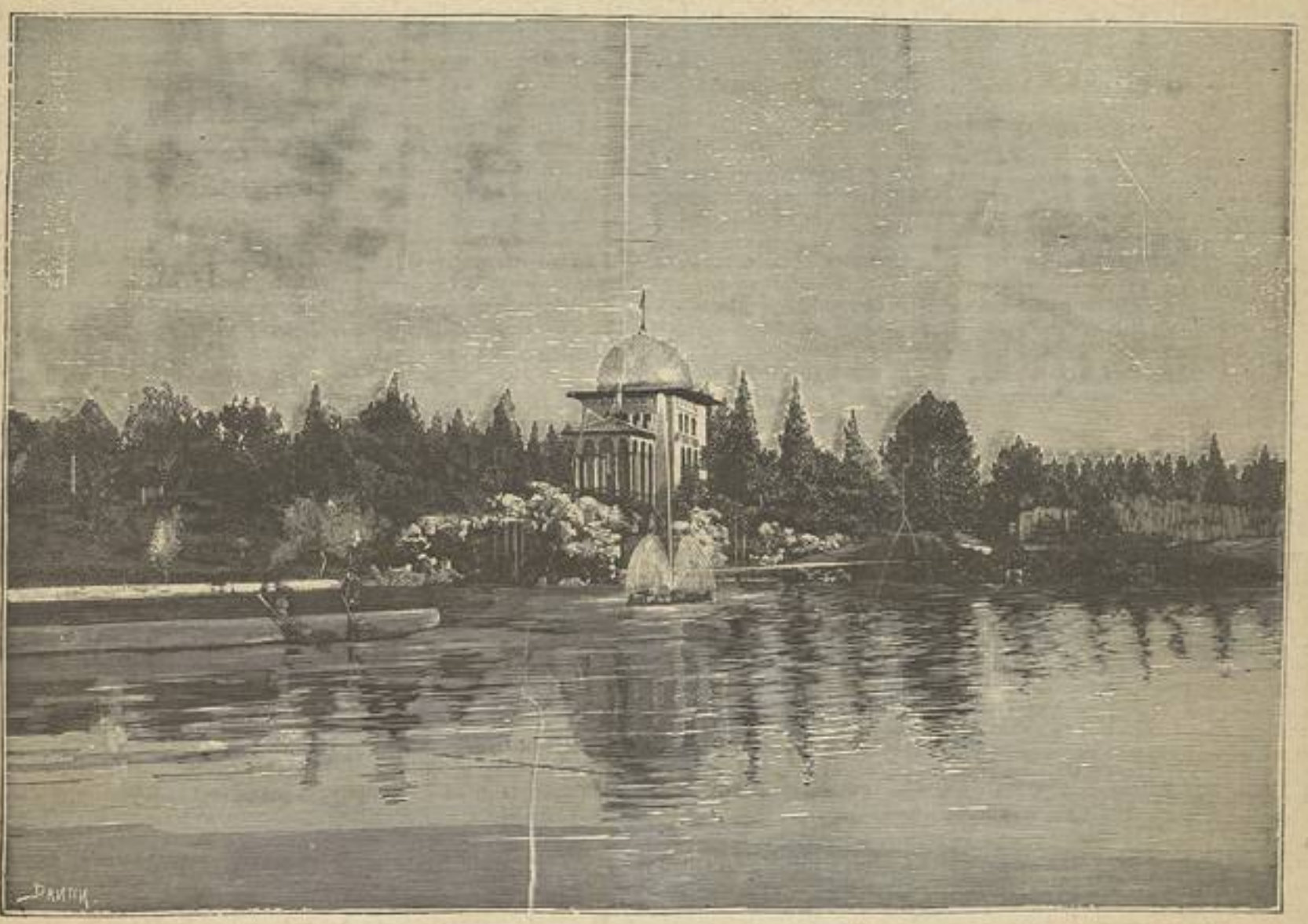
MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NUMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 pts.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 2 15 pt. fs.
Un año..... 4 »

NÚMERO 18.—Madrid 30 de Septiembre de 1893.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 francos.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pesos.
Un año..... 5 »



LAGO DEL BUEN RETIRO

SUMARIO

TEXTO

El poder temporal del Papa, por Bachiller Alonso.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—El Sacerdote católico y sus verdugos, por Manuel Polo y Peyrolón.—El alza de los cambios, por Manuel Sanz y Escartín.—Apostasía, por Emilia Pardo Bazán.—Sección doctrinal: Harmonía entre el trabajo y el capital, por Antonio Pou de Ordinas.—A campo traviesa, por Alfonso Pérez Nieva.—Nuestro arte religioso, por José Ferrándiz.—Joyas literarias: Mundo demonio y carne, por José Selgas.—Reclamos y anuncios.

GRABADOS

Lago del Buen Retiro.—Edison con su fonógrafo.—Globos cautivos en el mar.—Casa de niña.—A Fr. Bartolomé de las Casas. (Monumento proyectado por D. Agustín Querol).—Carreras de búfalos.—El jabiro.

El poder temporal del Papa.

I

El día 20 de Septiembre es fecha de funestísima recordación para los católicos, aniversario triste de la sacrílega invasión del ejército del reino de Italia en los Estados Pontificios.

El notable escritor católico Sr. Balbín de Unquera, en su magnífica série de artículos *Celebridades católicas de nuestro tiempo*, exprésase en los siguientes términos:

«Tres veces ha padecido eclipse en nuestra centuria el poder temporal de los Papas: en tiempo de Napoleón bajo un imperio; en 1849, bajo una república; en 1870, bajo una monarquía, que se dice democrática; lo que demuestra que ninguna forma de gobierno está interesada en la destrucción de este poder, aunque lo están todas las sectas. Restablecióse dicha soberanía por acuerdos diplomáticos, al deshacerse la obra de la revolución, ya ciñese corona, ya gorro frigio: cómo se establecerá la tercera vez, no lo sabemos, ni podemos sospecharlo: es el secreto de la Divina Providencia.

Los Pontífices en la Edad Media ganaron y perdieron ciudades, lo que importaba poco subsistiendo el principio; en la Edad Moderna perdieron el territorio de Aviñón, sin que esto suscitase universales protestas; la razón es la misma. El Obispo de Lieja, los electores alemanes, perdieron asimismo el poder temporal; nada dijo la Iglesia más que lo que en general ha establecido contra los usurpadores de bienes eclesiásticos; el principio quedaba incólume; jamás se ha dicho que los Obispos debieran tener potestad secular, y la Edad Media, en su período de mayor fe, ponía en boca del guerrero contra el Prelado aquellas palabras del viejo romance:

«Llevad vos la capa al coro;
Yo el pendón á la frontera.»

Mas el poder temporal de los Pontífices no se halla en ese caso. Y no atreviéndose Napoleón III, siniestramente iluminada su inteligencia, aunque ileso su cuerpo, con la explosión de las bombas de Orsini, á destruir ese poder, lo fué cercando y acorralando, como los turcos á Constantinopla, como los castellanos y aragoneses á Boabdil, y propuso, por uno de sus folletistas de cámara, que el Papa se estableciese en Jerusalén; idea que á nadie ocurriera, ni aun cuando se había erigido en la Santa Ciudad un trono de Reyes cristianos y piadosísimos.

De aquí la insostenible situación del Jefe Supremo de la Iglesia, mandando en todo el orbe y no siendo árbitro de salir de su casa, ni soberano ni súbdito, pero con las cargas de una y otra situación, viniendo á tener coronadas de espinas las sienes y cetro de caña en la mano para que más se parezca á la Cabeza invisible de la Iglesia Católica. Y al mismo tiempo las potestades de los infieles, más que en los tiempos del poder temporal menos combatido, le envían presentes al Papa y con Él entablan relaciones; ningún Estado es feudatario de la Santa Sede, y el Dinero *de San Pedro* se recauda más y mejor que nunca. La opinión se pronuncia más en favor del poder temporal que en las primeras épocas; escritores protestantes, los Guizot, los Macaulay y otros escriben en favor de la Roma cristiana páginas elocuentísimas, y algo pasa á los gobernante italianos de lo que sucedía á Teodorico, también denominado *Rey de Italia*, que en todas partes, aun en la cabeza de un pez colocada sobre su mesa, creía ver la del sacrificado Boccio, aquel generoso corazón que tantos males alivió en la Edad Media con su libro *De consolatione*.

El principal fin de los actuales Congresos Católicos es tratar y adelantar esta cuestión, y ó es una farsa lo que se dice de la fuerza de las ideas y de la opinión pública, lo que no confesarán los sectarios, ó esas gotas, sin cesar cayendo, socavarán la piedra del sepulcro nuevo labrado para el poder temporal de los Sumos Pontífices.»

∴

La irreligión, y solo la irreligión, encarnada en las sectas, fué la destructora del principado civil de los Sucesores de San Pedro, y la única que impide hoy su glorioso restablecimiento. No hubo motivo, ni aun pretexto razonable, para llevar á cabo la triste y sacrílega empresa del 20 de Septiembre de 1870.

Pío IX, como Soberano temporal, fué uno de los príncipes más benignos y amigos del pueblo que se han sentado en el trono jamás.

Sabidas son las circunstancias de su elevación al sumo Pontificado, y con qué generosidad se apresuró á introducir en el gobierno del Estado romano las reformas más trascendentales y útiles á todos. Sabida es también la ingratitud, la crueldad, la falsía con que la revolución pagó sus beneficios, y cómo hizo apurar hasta las heces al Santo Pontífice la copa de la amargura. Pío IX tuvo que salir fugitivo de Roma, y gracias á la protección que entonces dispensaron á la Santa Sede las potencias católicas, pudo volver á ocupar su legítimo y elevadísimo solio.

Los escritores liberales reconocen el carácter popular de la primera y agitadísima época del Pontificado de Pío IX; pero esfuérzanse por demostrar á sus lectores que, después de la vuelta de Gaeta, el Papa rectificó enteramente su política, la cual, dicen, desde la vuelta del destierro hasta 1870 fué reaccionaria y del todo autoritaria, como la de Fernando VII de España, después de 1823, ó la de Austria, después de las revoluciones de Italia, Bohemia y Hungría.

Esta es una de tantas mentiras como hacen correr los escritores liberales, contando con la estupidez é ignorancia del vulgo. Ni Pío IX fué liberal en 1848, en el sentido que dan ellos á la palabra liberal, ni fué reaccionario después del destierro de Gaeta.

Precisamente esta segunda y larga época del Pontificado de Pío IX se distingue por las constantes y progresivas reformas en el gobierno y administración del Estado romano. Entonces se realizaron todas ó casi todas las que el Pontífice había ideado desde su exaltación al trono, y que la revolución había impedido establecer con sus traidores y brutales atentados.

Cuidó siempre extraordinariamente aquel Pontífice, de santa memoria, de la razonable separación entre su gobierno espiritual y el temporal de sus Estados; y esta idea, de que tanto abusaron los revolucionarios en su primera época, no fué ni con mucho abandonada por Pío IX después del destierro.

Apenas vuelve á sentarse en el trono, reorganiza el Gobierno sobre la base de la separación entre las dos potestades. A este efecto establece seis ministerios civiles, un Consejo de Estado y una consulta para los negocios de Hacienda. La administración provincial fué organizada en un sentido ampliamente descentralizador, concediéndose grandes franquicias y facultades á las corporaciones populares.

Comprendiendo Pío IX que en la legislación se habían realizado verdaderos y legítimos adelantos, ordenó la inmediata revisión del Código civil de 1834 y del penal de 1832, encomendándose la obra á los mejores jurisconsultos de Italia.

Favoreció Pío IX la industria, fundando una colonia de agricultura y una sociedad de horticultura, aumentando y perfeccionando los pósitos, dando gigantesco impulso á las obras de desecación del lago Fucín y de las lagunas de Ostia y Ferrara; estableciendo un servicio general metereológico que anunciase á los labradores la inminencia de tempestades y ciclones; concurriendo á la Exposición de París; y, finalmente, introduciendo en el Estado romano el telégrafo y los ferrocarriles, para cuya última empresa se sirvió de nuestro inolvidable marqués de Salamanca.

En el órden penitenciario acometió Pío IX la obra de mejorar las cárceles y presidios con arreglo á las últimas prescripciones de la ciencia, consiguiendo cumplidamente sus generosos deseos, y poniendo las penitenciarías en estado sólo comparable á las de Inglaterra.

Y ¿qué decir de la enseñanza pública? No ha existido todavía sobre ningún trono príncipe alguno que pueda sostener en este punto comparación con Pío IX. Fundó un Instituto para la enseñanza profesional de artes é industrias, mulplicó las escuelas urbanas y rurales, estableció cátedras nuevas en siete Universidades y fundó muchos colegios y Seminarios. De todos es sabida la protección que dispensó á los estudios arqueológicos y astronómicos; y los nombres de Secchi, Marchi, Garucci, Capri y Rossi, por no citar más que los universalmente conocidos, serán no sólo luminares de gloria enel horizonte científico del siglo XIX, sino títulos eternos de honor para la santa memoria de Pío IX.

Y todas estas maravillas las realizaba el último soberano del Estado romano con el presupuesto más exiguo que pudieron soñar Gamazos. Los ingresos del Estado, después de la separación de las legaciones, no ascendían más que á cinco millones y medio de escudos, y debe tenerse en cuenta que sólo el ejército que se veía obligado el Pontífice á mantener para defenderse de bandidos garibaldinos y soldados sardos, costaba veinticinco millones de escudos anuales. De aquí un monstruoso déficit, que sólo podía cubrirse con las limosnas y donativos de los católicos de todo el mundo. Y véase por este solo dato lo que perdía el Estado romano con que su Soberano temporal fuese al mismo tiempo el Padre común de los fieles.

Tal fué el príncipe que la revolución declaró incompatible con la felicidad de Italia. ¡Mentira, y un millón de veces mentira! El odio á la Iglesia fué el que armó el brazo sacrílego de las lógias para consumar el atentado de 1870.

Bachiller Alonso.

GRABADOS

Edisson con su fonógrafo.—(Pág. 276.)

Edisson es uno de los hombres á quienes más debe la humanidad; sus trabajos han sorprendido maravillosos secretos de la Naturaleza.

Visitad los talleres del célebre mecánico, y allí veréis junto al célebre *quadruplex*, con el que pueden remitirse simultáneamente cuatro despachos por el mismo hilo, dos en un sentido y dos en otro, el separador magnético de minerales, y no lejos el gigantesco *megáforo* con el que dos personas pueden conversar fácilmente á la distancia de tres kilómetros, y el

acrófono, y el *mimeógrafo*, y la pluma eléctrica, y el *microtasimetro* que demuestra las consecuencias de las variaciones de intensidad que se producen en las corrientes, dadas las condiciones de conductibilidad de un cuerpo más ó menos comprimido, y el *eloctoniotógrafo*, donde realiza la aplicación de este principio, y los sucesivos y variados perfeccionamientos de sus lámparas candentes, y la obra de Graham Bell perfeccionada en sus manos con el teléfono de carbón; y por último, la más atrevida, la más colosal de todas sus obras: el fonógrafo que, cual se conserva rica esencia, guarda y encierra la voz humana, el pensamiento animado que también es perfume del alma.

Por su aspecto parece el fonógrafo un torno de ebanista.

Para manipular se empieza por pasar la raqueta sobre un cilindro de cera que se pone á girar para limpiarlo. Después se le detiene, y corriendo al extremo de la derecha el diafragma receptor, se le imprime de nuevo movimiento al cilindro y se le deja girar bajo la aguja. Terminada la impresión, se para la máquina; córrese otra vez el aparato hacia el punto de partida, y sustituyendo el diafragma transmisor por el receptor, la segunda aguja pasa por los surcos dejados por la primera y reproduce el diafragma las vibraciones correspondientes.

El sabio autor del teléfono y del fonógrafo se ocupa en estos momentos en el estudio de otro invento nuevo, que se llamará el *kinetógrafo*.

Este aparato ha de ser para la vista lo que el fonógrafo para el oído, de manera que, con los dos unidos en uno sólo, se verá y se oirá á través del espacio y del tiempo; de manera que una ópera, una comedia, cualquier episodio de la vida podrá verse y oirse, cualquiera que sea el tiempo transcurrido, como si realmente se asistiera á ellos.

En opinión de Edisson, el *kinetógrafo* será para el porvenir tan indispensable como el fonógrafo.

Dice también que ha trabajado mucho para producir la vida ante la vista, y que, para dar por terminada su obra, necesita trabajar aún dos años más.

Un redactor del *Figaro*, que ha visitado en Nueva York el gabinete de trabajo de Edisson, tuvo ocasión de ver una serie de fotografías graduadas de una misma persona, en actitudes diferentes, y la silueta de un hombre en pleno movimiento, por medio de varios clichés sucesivos.

Estas placas, colocadas sobre un cilindro perfectamente articulado, que gira como el del fonógrafo, reproducen con toda la expresión de la vida y de la celeridad del movimiento el gesto humano, metódicamente graduado, las diferentes expresiones de la fisonomía y las distintas actitudes del cuerpo.

También le hizo ver un aldeano tirolés bailando delante de su cabaña una danza epiléptica que duró medio minuto, repitiéndose, con los mismos movimientos y con igual precisión, después de algún tiempo.

El redactor del *Figaro* creyó que el descubrimiento estaba terminado, y así se lo manifestó á Edisson; pero éste volvió á decirle que necesitaba trabajar aún dieciocho meses ó dos años, añadiendo que hasta entonces no quería bombos ni reclamos.

Globos cautivos en el mar.—(Pág. 277.)

La aplicación de la navegación aérea en los mares, ha sido problema muy estudiado por los países marítimos, marchando á la cabeza Inglaterra y Francia.

A Mr. de Serpette, subalterno de la marina francesa, se debe principalmente la idea de aplicar á los barcos los globos cautivos.

Nuestro grabado representa las experiencias realizadas á bordo del acorazado francés *Formidable*.

En la torre de popa se amarró un cable de 400 m.: la velocidad que lleva en su marcha el acorazado, obliga al globo á no elevarse sobre la vertical del punto de amarre.

Cuantos han verificado sus ascensiones en estos globos, declaran que desde él se realiza muy bien el servicio de exploración. En días claros, ningún barco comprendido en un círculo visual cuyo radio sea de 35 á 40 kilómetros escapa á la vista del areonauta.

Los observadores declaran que el agua del mar, mirada según la vertical, es de una transparencia muy notable. La visualidad, como se comprende, está en razón directa con la naturaleza del fondo: cuando éste es de rocas y arenas, se ve tan claro, que podría dibujarse aun en profundidades de 25 metros.

Los alemanes, en el gran puerto de Wilhemshaven, también han hecho observaciones con un globo cautivo amarrado al navío *Mars*. Los resultados fueron satisfactorios y muy parecidos á los que obtuvo la marina francesa.

El día que el empleo de globos cautivos en el mar se adopte definitivamente, y se generalice, las escuadras tendrán un poderoso elemento de observación, que como en la guerra terrestre, influirá poderosamente en la lucha.

Lago del Buen Retiro.—(Pág. 273.)

Casa de nipa.—(Pág. 280.)

He aquí dos bellos recuerdos que conserva Madrid de la Exposición Filipina. El lago es una de las más bonitas partes del Buen Retiro, prestándole la ligera y elegante construcción del kiosko que sobre una cumbre se levanta en sus orillas, muy gentil aspecto. Este templete es, según dicen, de estilo persa. ¡Vaya usted á saber de qué estilo son estas construcciones de la jardinería decorativa!

La casa de nipa es imitación perfecta de las que forman la mayoría de las viviendas en el Archipiélago filipino, casas cómodas por dentro, y hasta, según se cuenta, útiles para librarse de los funestos efectos de los terremotos, tan frecuentes y horribles en nuestras colonias del extremo Oriente.

A Fr. Bartolomé de las Casas. (Monumento proyectado por D. Agustín Querol.—(Pag. 281.)

D. Agustín Queról es uno de los escultores de mayor mérito y más infatigables en el trabajo.

Querol no descansa; tras de su *Tradición*, premiada con medallas de oro en todos los concursos internacionales que se ha presentado, surgió entre sus manos su famoso y colosal *Sagunto*. Después provocó con el *Frontón* que todos admiramos en el edificio de Biblioteca y Museos Nacionales viva controversia de principios entre los críticos y académicos más respetables de nuestro país, pues el discípulo se había convertido en maestro revolucionario y con tendencias propias que no se avenían á los convencionalismos corrientes: evidente prueba de sus méritos. Siguió á esta grandiosa obra otra no menos extraordinaria, el «Monumento á los bomberos de la Habana», y también el artista sufrió por ella los rigores de la envidia y la calumnia, como sucede siempre que alguien se eleva un palmo más que sus compañeros.

El artista, sin embargo, continuó y continuará, para honra del arte, su camino. Retratos, estátuas y monumentos salen incesantemente de su estudio para todas las partes del mundo, y hoy tenemos ocasión para aplaudirle de nuevo con motivo de su proyecto de «Monumento al P. Las Casas», encargado por el presidente de la República mejicana, general D. Porfirio Díaz, según el dibujo que publicamos.

Las figuras, que serán de cinco metros de altura, serán vaciadas en bronce; y esta sola circunstancia dará á entender á nuestros lectores la magnitud de la obra, digna del personaje cuya gloria quieren perpetuar los mejicanos.

El Padre Las Casas, Obispo de Chiapa, como dice elocuentemente en un notable artículo el general Riva Palacios, embajador de Méjico en España, «fué el representante de todos aquellos misioneros ó abogados que combatían incesantemente, reclamando libertad y buen trato para los indios; porque el Obispo era el adversario más poderoso de los codiciosos encomenderos y de los malos gobernantes de Nueva España, que miraban como letra muerta las benéficas y repetidas disposiciones de los monarcas españoles en favor de los indios; y Las Casas, ni se limitaba á la denuncia del abuso, ni se contentaba con la estéril queja. Indicaba el remedio, anatematizaba la conversión violenta, reprobaba la conquista armada, y usando de sus facultades como Obispo, prohibía á su Clero que absolviese en el tribunal de la penitencia á los que tuvieran indios esclavos, y seguro de la verdad y de la justicia de su doctrina, tan intransigente y severo se mostraba, que para él se convertía en enemigo cualquier gobernante que tuviese la menor debilidad ó condescendencia con los que infringian aquellas leyes.»

Respecto á la interpretación de la idea que entraña este personaje, nos limitamos á reproducir las frases de un crítico que, ocupándose de esta última producción del célebre escultor catalán, decía con gran acierto y suma observación:

«La gloriosa figura de este fraile extraordinario ha sido interpretada por el Sr. Querol dentro de la línea enérgica y movida tan peculiar á esa especie de neoclasicismo, que constituye por sí la gran personalidad artística del escultor tortosino. Las Casas se levanta sobre un ancho pedestal en el centro de un basamento de amplísimas escalinatas; lleva la frente alta y una mano enhiesta empuñando la cruz redentora de ambos mundos, mientras con la otra recoge sus hábitos hacia tras para cubrir con ellos el cuerpo desnudo de una indígena que, al lado de su india y llevando en sus brazos el hijo amado, se amparan todos de aquella santas vestiduras. Está tan admirablemente sentido y comprendido el grupo, que por todos sus puntos de vista ofrece las arrogancias y gallardías del arte cuando se apoderan de una idea grandiosa; y para que resulte perfecta la armonía entre el concepto psíquico y el desarrollo plástico de esa idea, parece que aquel campeón de la fe y de la justicia defiende en tan crítico momento con su pecho y en nombre de la hidalguía española, los fueros del débil contra el fuerte, y con la cruz, y en nombre del cielo, los derechos del nuevo ciudadano».

Carreras de búfalos.—(Pág. 284.)

El búfalo es uno de los animales de quien el hombre saca mayores provechos; el gastrónomo la carne, el industrial la piel, las astas y la cerda; el agricultor, en fin, aprovecha en vida su resistencia y mansedumbre.

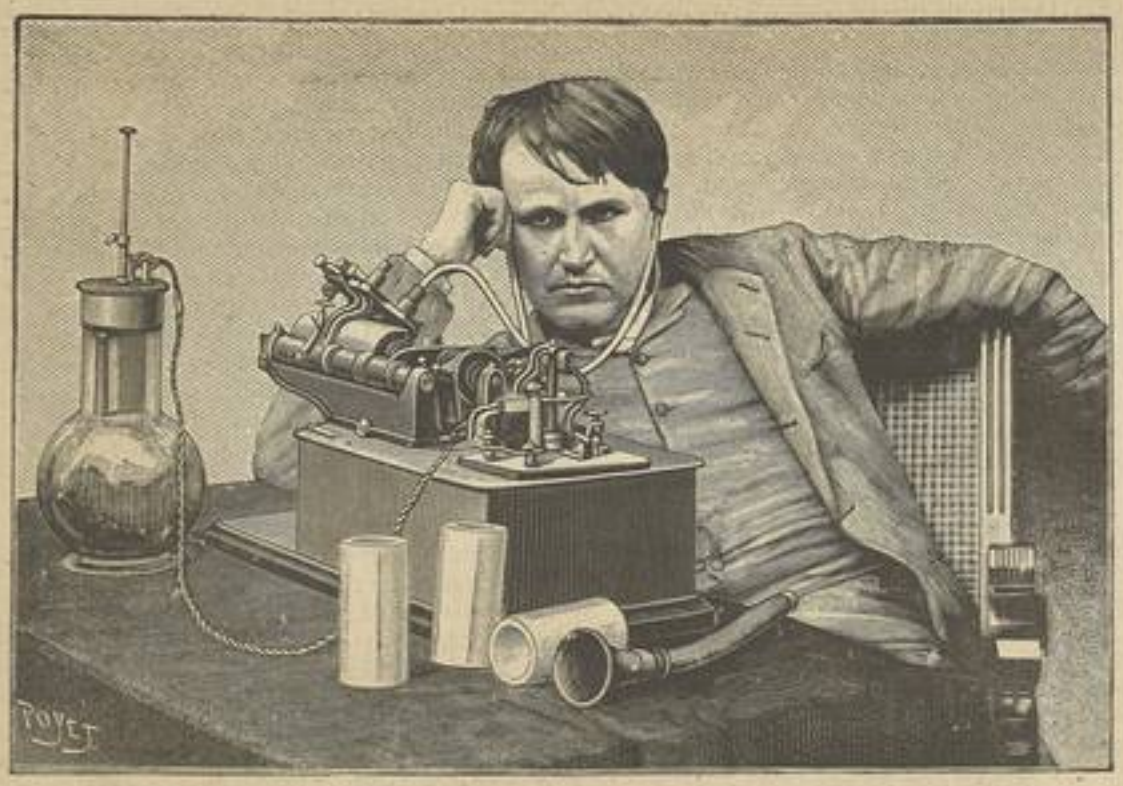
Y todavía el *sport* ha sabido aprovechar sus cualidades para la carrera, habiendo sino nuestro Archipiélago filipino quien empleó y fomentó ese género de aptitud.

Puesto el búfalo al paso, anda con gran parsimonia; por el contrario, en cuanto sale al galope, su carrera es comparable á la del gamo.

Esta particularidad sugirió un día á varios jóvenes de Manila la idea de organizar una carrera de búfalos, y al efecto, provistos de seis soberbios animales de esta especie, erigieron un hipódromo en lugar á propósito en las hermosas planicies cercanas á Manginica.

La función, con ser de suyo nueva y agradable, ofreció además otro aspecto cómico que sirvió de alegre solaz al público.

Gusta el búfalo de refrescar su cuerpo cuando siente gran calor. Y pese á los esfuerzos del guía, gran jinete como puede presumirse, uno de los animales se despistó y fué á dar con el caballero y con sus astas en medio de una charca de donde salieron más tiznados y descompuestos de lo que fuera de desear, amén de las



EDISON CON SU FONÓGRAFO

chacotas y burlas del gentío que presenciaba las carreras.

El jabiro.—(Pág. 285.)

Entre la familia de las zacundas, llévase sin duda la palma, por su gran tamaño, el color de su plumaje y la singularidad de su forma, el *jabiro*, ó cigüeña gigante, perteneciente al género de *Myeteria*.

Como todas las cigüeñas, tiene el cuerpo prolongado, y muy largo el cuello, que termina en una cabeza de excesivo volumen, relativamente al tronco. El pico muy pronunciado, difiere del de sus congéneres en la curva de la mandíbula inferior que se resuelve hacia arriba, y en que la mandíbula superior, casi recta, está guarnecida de una á modo de cera, que ha valido á tal zancuda el nombre de cigüeña sellada.

Se conocen tres especies: una procedente de América, otra de Africa, y la tercera de Oceanía. Difieren entre sí por el cuello emplumado ó desnudo, y por el pico, limpio ó encerado, pero todas se parecen en el aspecto general y por las costumbres.

Nuestro grabado representa la de Australia, que actualmente vive en el jardín zoológico del Museo de Historia Natural de París.

Su plumaje es negro y blanco; las piernas encarnadas y el pico negro.

Los naturalistas que han podido observar al animal libre, dicen que mora á orillas de los ríos en los bancos de arenas ó en las lagunas, y que durante la estación de las lluvias suele irse ó á las playas ó tierra adentro

Su marcha es arrogante y graciosa; su carácter es desconfiado y tímido.

A juzgar por las autopsias, alimántase de insectos, reptiles y pescados.

Mr. Bennet, que ha estudiado detenidamente el *jabiro* de Australia, asegura que esta ave se acostumbra fácilmente á la domesticidad.

Hablando de una que recibió ya medio domesticada, cuenta que al llegar con ella á Sidney, apenas abrió un criado la puerta de la casa, echóse la cigüeña escalera arriba, recorrió las habitaciones como buscando sitio adecuado para instalarse, bajó luego las escaleras, y fué, por último, á establecerse en una caballeriza, donde permaneció todo el tiempo en que Bennet ocupó la casa.

Pasaba el día en el patio, tomando gravemente el sol, y entreteniéndose en asustar á las gallinas. Corría tras ellas, pero sin hacerlas daño. Sólo una vez echó por tierra de un golpe á un gallo que quiso privarle de aquel entretenimiento.

Los movimientos del *jabiro* son reposados y silenciosos. No danza como las grullas y las cigüeñas; produce tan solo un chasquido con el pico para expresar sus apetitos ó sus sensaciones.

El ejemplar del Museo de París come poco en proporción á su volumen. Conténtase al día con tres libras de carne ó de pescados; pero á condición de que estén bien frescos los unos ó la otra.

Coge delicadamente los trozos con el extremo del pico, los echa al aire, y atrapándolos al vuelo, se los traga de una vez, según costumbre de la familia.

Cuéntase de un curioso que habiendo matado á bastonazos un ratoncillo campestre, se lo ofreció al *jabiro*.

El ave recogió con mucho tiento la presa, la introdujo y tuvo bastante tiempo en el riachuelo que atraviesa el parque, y ya segura de la purificación, tragóse el regalo por el usual procedimiento.

ANTONIO DE OLMEDO.

El sacerdote católico y sus verdugos.

I

Consolador y sobre toda ponderación hermoso sería el libro que relatase los principales hechos, caritativos hasta el heroísmo, que diariamente lleva á cabo el Sacerdote católico. Centenares son los los que acaecen, pero como la perfección evangélica consiste en que no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha, la mayor parte quedan ocultos en la obscuridad del silencio. Por casual maravilla se hace público alguno que otro. Obran en mi cartera, hace tiempo, unos apuntes relativos á cierto rasgo sublime de caridad sacerdotal, que voy á poner en parangón con la conducta incalificable de los verdugos del Sacerdote católico.

II

Lo que voy á referir acaeció, no hace muchos años, en cierto lugarejo de una nación católica lejana, cuyo nombre no hace al caso. Penetró en la aldea una *partida* de insurrectos (como decimos en España) y tuvo la malhadada ocurrencia de visitar al Cura párroco, anciano curtido por la experiencia y las privaciones. Tenía de asignación unos 800 francos, mezquino haber que hacía tiempo no cobraba. Los derechos de estola eran nulos y la celebración escasa en pueblo tan miserable. El que antes ejercía la caridad, aunque en modesto grado, no tuvo más remedio que implorar la de sus feligreses, con los ojos arrasados en lágrimas. ¡Qué buenas cosas podían escribirse acerca de la pobreza inconcebible que aqueja en todas partes al clero católico! ¡Cuántas sotanas, más que raídas, rotas y casi andrajosas vimos el año 76 en Roma! ¡Cuántos Sacerdotes italianos pidieron limosna entonces á los romeros españoles!

Pero volvamos á nuestra relación. La partida insurrecta manifestó con algazara su entusiasmo en casa del anciano Cura y en presencia de muchos de sus feligreses. Aquella larga experiencia que blanqueaba en la nieve de sus cabellos, redujo al buen Cura á presenciar impasible escenas que no podía evitar, por tener su apoyo en la fuerza bruta: éste fué su crimen horrendo.

Como suele acontecer en tales casos, el hecho, desfigurado por completo, llegó á oídos de las autoridades. El Cura era un conspirador de tomo y lomo, que no podía comer, pero compraba fusiles sin cuento, los cuales había repartido á los insurrectos después de haberlos congregado y arengado en el presbiterio, entregándoles á la vez una bandera bendita, que todos juraron defender hasta morir. Hecho lo cual, nuevo capitán Araña, embarcóla gente y se quedó tranquilamente en su parroquia. Con tales prevenciones y bajo estos auspicios, salieron fuerzas regulares en persecución de la partida.

III

Cuando las primeras entraban en el lugar, huía la segunda por el lado opuesto. El sargento que mandaba la escasa fuerza, se presentó con ella en la casa rectoral, é increpó al señor Cura duramente. El anciano Sacerdote recibió al sargento con agrado, y con bondadosa entereza procuró sacarle de su error; pero todo fué inútil. La frase más inofensiva, la palabra más inocente del Cura exasperaba al sargento, ya medio ronco de tanto gritar é insultar. Las vociferaciones de este energúmeno tenían consternado al pueblo todo, que desde la puerta de la casa rectoral presenciaba el triste espectáculo. El viejo Párroco había ya tomado el partido de callar, recibía con santa resignación aquel chubasco de insultos. El silencio del agredido irritaba más á su agresor, cuando el sargento, recordando sin duda que entre tanto se ponía en salvo la partida, preguntó al Cura por la dirección que había tomado. «Lo ignoro (contestó éste), pues se marchó precipitadamente sin decir nada, ni consultarlo conmigo;» y era verdad. El furor del sargento ya no tuvo límites: se arrojó sobre el venerable anciano, sin tener en cuenta ni su edad, ni su sagrado carácter, y sin dársele un ardite del anatema fulminado por el canon *Si quis suadente diabolo*, cayó sobre él, le derribó en tierra y maltrató inicuamente á puntapiés y bofetadas. ¿Qué es lo que contuvo la indignación del pueblo? Lo ignoro; pero en las guerras civiles al pobre campesino no le queda más recurso que dar cuanto tiene y recibir descomunales palizas de uno y otro bando. Terminada hazaña tan heróica, salió la pequeña fuerza regular en persecución de los insurrectos y logró verlos en las inmediaciones de la aldea. La partida se retiraba tranquilamente por la escarpada ladera de un monte; el sargento se empeñó en alcan-

zaria, redobló el paso; puestos á la vista del enemigo cruzáronse algunos tiros entre ambas fuerzas, y recibió un balazo en el pecho. La herida era grave y los soldados le trasladaron al pueblo.

IV

Muchos aldeanos presenciaron la escaramuza, tanto que la noticia llegó al lugar antes que el herido. Apenas lo supo el señor Cura, salió á su encuentro; se colocó al lado de la improvisada camilla, prodigando al sargento toda clase de consuelos; hizo que lo trasladasen á su casa, acostándole en su única y propia cama; ayudó al cirujano de la aldea durante la cura; puso toda su pobreza á disposición de aquellas gentes, buscando por el pueblo lo que no tenía; y ni un momento se separó, por último, de la cabecera del moribundo más que para ir á la iglesia, regresando inmediatamente á administrarle los últimos Sacramentos. Los soldados, que rodeaban á su sargento, estaban tan avergonzados, comparando la conducta de éste con la del Cura, que ninguno tuvo valor para levantar los ojos y mirar de frente al caritativo anciano. Este señor, por su parte, no hizo un gesto, ni pronunció una sílaba, que pudiese recordar la anterior vergonzosa escena. El sargento fué el único que aludió á ella, pidiendo perdón al Cura. Conmovido el buen viejo hasta derramar lágrimas, abrazó al herido moribundo, le perdonó de corazón y mientras espiraba encomendó á Dios su alma. Así se venga siempre el Sacerdote católico.

Quien no sea como el caballo y el mulo, *quibus non est intellectus*, compare conducta con conduta y falle el pleito entre la víctima y el verdugo.

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

El alza de los cambios y sus remedios.

Uno de los tópicos más socorridos para los periodistas de oposición, de algún tiempo á esta parte, es el de echar en cara á los Gobiernos su apatía en lo que toca al sistema más fiel y más triste de nuestro desequilibrio económico: el alza de los cambios.

Por punto general, los que excitan al poder público para que adopte medidas conducentes á remediar tan grave mal, no tienen ni la más remota idea de cuáles han de ser éstas. Y no es de extrañar, porque la cosa nada tiene de fácil.

Nace, evidentemente, este fenómeno, de la pérdida del cambio, de la diferencia que hay en contra nuestra entre los pagos que realiza España en el extranjero, y los que el extranjero realiza en nuestro país. Esta diferencia ha podido, durante algún tiempo, satisfacerse, ya mediante la exportación de oro, ya por medio de la adquisición por nuestros acreedores de títulos de la Deuda española; pero el día en que el oro circulante en España ha empezado á escasear y la desconfianza con relación á nuestros recursos financieros ha cundido fuera de nuestro país, la depreciación inevitable, el alza de los cambios ha sido un hecho.

Cuáles sean sus verdaderos remedios, nos los revelan sus propias causas. El primero y fundamental es rectificar la funesta política comercial que á tal punto nos ha traído, fomentando, en vez de desamparar, todas nuestras fuentes de producción. Ni una concesión debe hacerse al extranjero que no lleve su compensación debida. Nuestros mercados no deben ser mercedes que otorguen la vanidad ó la ignorancia.

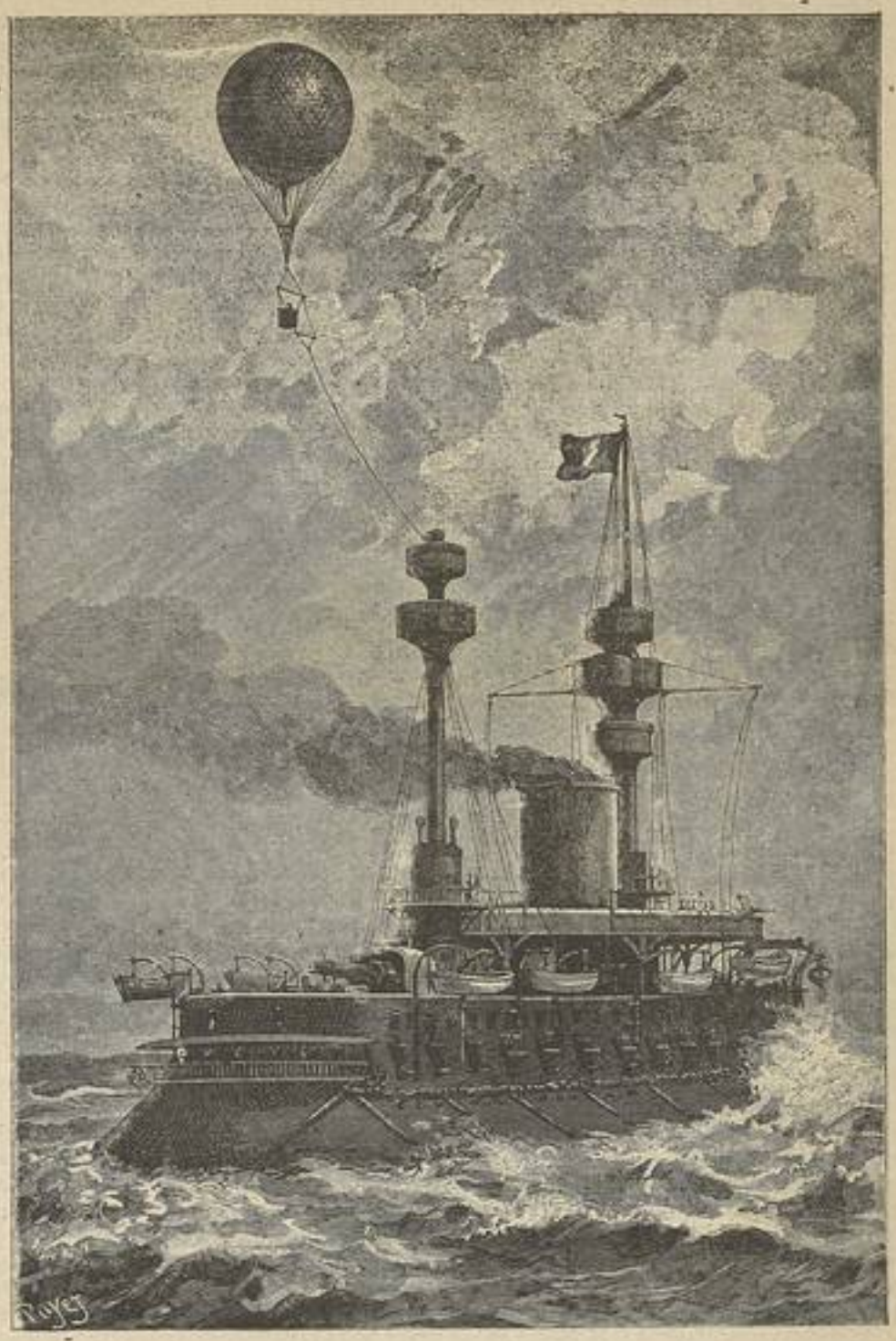
La estadística del comercio exterior nos dice que en Julio 1893 la importación, que durante el mismo mes de 1892 fué de 83 millones de pesetas, ha bajado este año á 58 millones, en tanto que la exportación ha crecido de 42 millones á 51. He aquí el verdadero y eficaz remedio á nuestras desdichas, y ciertamente que si la proporción indicada siguiera manteniéndose, pronto desaparecería el beneficio de francos y libras.

Pero, por desgracia, la acción verdaderamente curativa de una balanza comercial favorable, obra con lentitud, y entre tanto, considerables intereses sufren graves perjuicios. De ahí esa constante excitación á los Gobiernos, de que antes hablábamos.

Mas cuando se trata en concreto de adoptar resoluciones que atenúen el mal, entonces surgen por todas partes dificultades.

Así ha sucedido con la idea lanzada en el Senado por el marqués de Bertemati. Los productos españoles pagan en el extranjero en oro los derechos arancelarios; ¿por qué los productos extranjeros no han de pagar lo mismo en nuestras Aduanas? No hay duda de que en el fondo sería justa la obligación de pagar en oro los derechos de importación. Con el actual estado de cosas el introductor extranjero elude en un 20 por 100 nuestra tarifa arancelaria. Pero esta medida tenía el gravísimo inconveniente de que (por decirlo así), daba sanción oficial á la depreciación del billete de Banco, al no admitirlo el Tesoro en todo su valor representativo. La idea fué rechazada, y con razón. En las actuales circunstancias hubiera hecho nacer conflictos mayores que los que pretendía evitar.

Otro medio hay quizás de influir en los cambios, que, aunque suscitara grandes protestas, no reviste tan graves inconvenientes. Nos referimos á una modificación en el pago de los intereses de la Deuda exterior. Si legalmente pudiera imponerse á los tenedores de esta Deuda la presentación de los títulos para el cobro de sus cupones, de suerte que los domiciliados en Londres y París cobraran en libras y francos, y los domiciliados en España en pesetas, según la equivalencia consignada en la ley de creación, es seguro que se conseguirían favorables resultados en lo que á los cambios se refiere. Una gran masa de papel permanecería en España, no sólo para evitar las contingencias de los depósitos en Bancos extranjeros, sino porque, aun á los actuales tipos, el interés devengado es altamente remunerador. Los que, impulsados por el patriotismo, adquirieron papel



GLOBOS CAUTIVOS EN EL MAR

exterior, no podrían ciertamente quejarse, y, á nuestro juicio, tampoco los que perseguían el beneficio resultante de la depreciación de nuestra moneda; pues en último término de la baja del agio sobre el oro todos nuestros valores beneficiarían. Y nada decimos de la exención de impuestos, que se considera, generalmente, como privilegio de la Deuda exterior; pues estamos persuadidos de que el impuesto sobre los intereses de la Deuda del Estado sólo puede, con justicia, establecerse dentro de una ley general de impuesto sobre las utilidades (impuesto difícil de establecer y de dudoso resultado); y en tal caso, la Deuda exterior domiciliada en España pagaría, no en concepto de valor del Estado, sino como fuente de intereses ó utilidades, esta medida facilitaría también la futura operación de crédito, que de otro modo, si se realiza en Deuda interior, habrá de ser bajo condiciones muy onerosas.

Pero el hecho que ha de influir más poderosamente en el mejoramiento de nuestra situación monetaria, después del fundamental que para nosotros consiste en el resultado, no aparente, sino efectivo, de la balanza mercantil, es la nivelación *verdad* del presupuesto. Cierto es que, por modo directo, la nivelación no influye en los cambios; pero como se refleja poderosamente en el crédito, si admitimos que después de la apasionadísima campaña contra la ley del Banco hasta la fecha, y por causa de la desconfianza desde entonces esparcida, se nos ha vendido Deuda exterior por valor de algunos centenares de millones, es evidente que, restaurada la confianza, el papel importado volvería al extranjero, ingresando por tanto en nuestra patria su importe en cantidad suficiente para mejorar de una manera decisiva nuestra situación.

En cuanto á las fluctuaciones del exterior en nuestra Bolsa y en la de París, en su relación con el estado de los cambios, si bien pueden convertirse por obra de la especulación en causa de los movimientos de dichos cambios, normalmente son su resultado. Claro es, que si la diferencia entre la cotización de los títulos de Deuda exterior entre Madrid y París es pequeña, y el beneficio de los francos es grande, la especulación comprará exterior en Madrid y lo venderá en París, repitiendo indefinidamente la operación mientras produzca un beneficio, y viceversa en el caso contrario. Esta es la razón del paralelismo que se advierte entre la diferencia de ambas cotizaciones y la prima del papel sobre París. La especulación se encargará siempre de establecer la igualdad de relación entre dichas cotizaciones y el agio en los giros. Pero esta especulación no puede contrarrestar los agentes verdaderos de equilibrio económico á que nos hemos referido. Realice el actual ministro de Hacienda las economías, aumente vigorosamente los ingresos, y, el día en que la nivelación sea un hecho, no tema las maniobras de la especulación. Con razón ó sin ella, es lo cierto que, así como se cree generalmente en los centros financieros de Europa que Italia carece ya de todo margen para el ensanche de sus ingresos, predomina la opinión contraria en la que á España se refiere.

Por estas razones no es patriótico entorpecer la obra económica del actual Gobierno, como no lo fué obstruir todo camino de acción financiera al Gobierno anterior. No es lícito subordinar tanto los intereses del país á los pequeños intereses de partido. Todo partido español, digno de este nombre, está interesado en que se salve el crédito de España

A este fin debieran subordinarse en la actualidad todos los intereses secundarios, limitando en lo posible la acción perturbadora de organismos indispensables en la vida del Estado, pero generalmente incompatibles con una acción vigorosa y eficaz por parte de los Gobiernos. El Parlamento es, en muchas ocasiones, más bien que auxiliar de la actividad nacional, un obstáculo y una rémora.

Con sus deficiencias y con sus errores (ejemplo el primitivo art. 17 del presupuesto en lo referente á Navarra), la obra del actual ministro de Hacienda era precisa, y su energía en acometerla y realizarla es altamente laudable.

Cuando el crédito se halle restaurado, no han de faltar capitales que alimenten nuestra producción y nuestra riqueza.

No hemos citado entre los remedios posibles de la actual crisis monetaria el tratado con la nación francesa. Y es que tal vez se espera de él más de lo que, según toda probabilidad, nos ha de dar. Toda prudencia ha de ser poca por parte de nuestros Gobiernos en esta materia. Estúdiese bien hasta qué punto el tratado habrá de aumentar nuestra exportación vinícola, habidos en cuenta todos los datos oportunos, y únicamente dentro de esta medida otórguense las concesiones. De otro modo, el tratado con Francia, en vez de ser provechoso para nuestros intereses, defraudará con el tiempo cuantas esperanzas pueda en los primeros momentos inspirar.

EDUARDO SANZ Y ESCARÍN.

APOSTASIA

Cuando Diego Fortaleza visitó la ciudad de Villantigua, sus admiradores le tributaron una ovación que dejó memoria. Es de notar que á la ovación se asociaron todas las clases sociales, distinguiéndose especialmente las señoras y el clero. Y nada tiene de extraño que despertase entusiasmo y cosechase fervientes simpatías mozo tan elocuente, de tanto saber, de corazón tan intrépido y fe tan inquebrantable: el de la frase briosa y acerada, que defendía en el Parlamento y en el periódico, en los círculos y en los Ateneos los puros ideales del buen tiempo viejo, la santa intransigencia, las creencias robustas de nuestros mayores y todo lo que constituyó nuestra gloria y nuestra grandeza nacional. A la voz de Diego Fortaleza derrumbábase el vano aparato de la ruín civilización presente: resurgía la visión heróica del poderío y del vigor moral que demostramos antaño, y dijérase que nuestro eclípsado sol volvía á fulgurar en los cielos. Paladín y poeta á la vez, Diego arrullaba las esperanzas muertas, y los que le veían persuadíanse de que del caos no podía tardar en salir, reconstituída sobre sus venerandos cimientos, la España de ayer, la sana, la honrada, la amada, la llorada, la eterna.

Echaron, pues, la casa por la ventana en Villantigua para obsequiar al que llamaban *niño de plata* del partido. Hubo solemne velada en el Círculo tradicionalista, con mucho piano, himnos, discursos y lectura de composiciones poéticas alusivas; al final, cuando Diego se levantó á pronunciar dos palabras, estallaron los aplausos frenéticos, y á la salida fué llevado á su residencia casi en triunfo. No faltó la serenata, ni el banquete mónstruo de ciento ochenta cubiertos, ni se omitió la gira á las pintorescas orillas del Narrio, ni la visita á la Virgen de la Ortigosa. Las gentes de fuste de Villantigua está demás decir que se rifaban á Diego, el cual todos los días se veía precisado á rehusar, en galante forma, varios convites, pues si fuese á comer donde quiera que le invitaban, no tendría bastante con una docena de estómagos.

Ultimamente, cansados ya de enseñarle iglesias y paisajes, museos provinciales y fábricas, los gabinetes de física é historia natural del Instituto, y hasta la colección de monedas y medallas que el respetable numismático señor Mohoso, C. de la Historia, ocultaba á todo el mundo como un crimen, y por especial favor dejó admirar á Diego, los admiradores del joven diputado resolvieron llevarle á la casa de Orates, ó dígase al manicomio.

Con gran acompañamiento de médicos y sacerdotes entró Diego en la morada triste. El director, avisado de antemano, había puesto orden en las dependencias, procurando que resplandeciese donde quiera la inteligencia de su gestión. Sonriendo picarescamente llevó á Diego al departamento de las locas, por donde pasaron aprisa, pues á algunas infelices las exaltaba la presencia del varón, y quitado de su espíritu el freno de la vergüenza que la razón sostiene, declaraban con palabras y aun con acciones su extravío. Llegados al departamento de los hombres, el director fué mostrando á Diego varios casos curiosos y dignos de ser observados: un loco místico, cuya manía era haberse encerrado en una cueva y practicar allí la pobreza, la austeridad y la oración; un inventor que enseñaba los planos de un globo dirigible á voluntad y una mecánica de palitroques con la cual declaraba resuelto el problema del movimiento contínuo; un enamorado que escribía el nombre de su amada en las suelas de las botas, y un economista que proponía planes de hacienda dignos del famoso arbitrista de Quevedo. Entre tanto tipo original, vió Diego uno que pareció despertar en sumo grado su interés.

Era un vejezuelo calvo, pálido, de pupilas enterradas y párpados marchitos. Su rostro tenía algo de sepulcral; diríase que ya no estaba en el mundo de los vivientes: la ausencia de color, la inmóvil solemnidad de su fisonomía eran propias de cadáver. Su voz resonaba hueca y sorda, sin inflexiones. Hablaba con escogida frase, con palabras dignas y majestuosas; y tomó por asunto del discurso que dirigió á Diego, la injusticia que se cometía al retener preso en un manicomio á hombre cuyo único delito consistía en haber realizado á fuerza de vigilias cierto descubrimiento portentoso.

Como Diego le preguntase qué descubrimiento era ese, el loco explicó que se trataba nada menos que de parar el mundo, este mundo en que habitamos, y que hasta el día no ha cesado de rodar con perenne y vertiginoso volteo. Ese giro incesante—añadía el loco—es la causa de todos nuestros males y luchas. ¿Se concibe que exista paz, estabilidad, instituciones duraderas y próvidas en un planeta desquiciado, precipitado en carrera insensata á través del espacio y sometido á una trepidación poofunda que todo lo desmorona y lo hace polvo? ¿Es mucho que pasen y se desvanezcan los imperios, las civilizaciones, las grandezas y poderíos, si el mundo, epiléptico, agitado por perpétua convulsión, no puede evitar cubrirse de ruinas, destrozarse á sí propio en el estéril y vano temblor que le consume?

El verdadero redentor de la humanidad será el que logre fijar con clavos de diamante esta esfera andariega y corretona, dándole la hermosa quietud, la serenidad del reposo, la grandeza de lo inmutable, que ya por sí solo es divino. Y ese redentor estaba allí; era él, infamemente detenido entre cuatro paredes por los que no le comprendían ni se daban cuenta de los beneficios del invento soberano.

Y el loco desarrollaba su vasto plan, el sistema de poleas, pesos, compensaciones, tornillos y barras que habían de fijar, mal de su grado, al rebelde planeta.

—¡Con qué atención oía nuestro D. Diego á ese demente!— observó el director, siempre bromista, cuando salieron del patio.—Hasta parece que se ha quedado pensativo. ¿A que sí?

—En efecto—contestó Diego alzando la cabeza.—Le aseguro á Vd. que me ha dado que pensar el hombre.

—¡Extraña locura!—advirtió uno de los que acompañaban á Diego, rico propietario muy rígido y neto en sus ideas.—Es el primer caso que veo.

Diego calló, y al día siguiente salió de Villantigua, despedido triunfalmente.

Honda y amarga fué la decepción que padecieron los villantiqueses aquel mismo invierno, cuando se reunieron las Cortes. Diego Fortaleza, el propio Diego, el *niño de plata*, el adalid del pasado, apostató reconociendo lo presente, deponiendo su actitud quijotesca y noble, envainando su fulgurante espada de Arcángel exterminador, y dedicándose exclusivamente á una campaña de moralidad administrativa, raquítico fin de tan brillantes esperanzas. *La voz del Empíreo* le excomulgó, y *La Santa Maldición* fué más lejos, pues le supuso vendido al Gobierno por un plato de lentejas viles. En Villantigua se organizó un comité numeroso, sin más propósito que silbar á Diego Fortaleza cuando aporte otra vez por allí.

El único que aún habla bien de Diego es el director del manicomio, porque el joven diputado le envió varias cajas de soberbios Londres, con encargo de ofrecer una al loco que ha descubierto la manera de parar el mundo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Sección doctrinal

HARMONÍA ENTRE EL CAPITAL Y EL TRABAJO

(Continuación).

Fijemos con precisión el concepto del capital. Entendemos por capital, siguiendo el parecer general de los economistas, aquel producto ó suma de productos que reservado oportunamente se aplica á una nueva producción. Nace, por consiguiente, el capital del trabajo, porque sin éste no hay producto alguno. Pero reconoce también otra causa, á saber: la virtud del ahorro; porque si el productor en vez de conservar el producto para usos posteriores prefiere consumirlo halagando sus presentes apetitos y concupiscencias, el fruto del trabajo no llegaría á capital. Este recibe su estado propio cuando el producto lo aplica á dar vida ó aumento á una nueva producción.

¿Se pondrá en duda el derecho de propiedad del capitalista contra sus capitales? ¿Puede negarse al obrero la propiedad del objeto fruto de su labor? ¿Puede disputarse al hombre el derecho de abstenerse de consumir lo que ha producido y reservado para otros empleos de lo porvenir? ¿Puede cohibirse al que esto hace que aplique el producto á la generación de otros nuevos? No puede dudarse que esas facultades han de ser concedidas, y si en esto y sólo en esto consiste el dominio del capitalista sobre el capital, es bien claro que un derecho de propiedad es sagrado, y por ende inviolable. Fijaos en las diversas etapas por donde pasa la civilización de las sociedades, y decidme, en un pueblo de pastores nómadas, donde por no haberse establecido todavía entre sus individuos y el terreno que habitan aquel triple vínculo físico-intelectual y moral, condición fundamental de todo dominio, no ha aparecido la propiedad territorial, decidme: ¿negaréis á esos pastores la propiedad privada de sus chozas, de su pobre ajuar y del ganado que cuidan y dirigen? ¿Lo negaréis al pueblo, errante todavía, sin propiedad definida sobre la tierra, en sus cosechas y aperos de labranza? Y cuando ya la población ha tomado asiento sobre comarcas fijas que explora con un cultivo más ó menos intensivo; ¿le negaréis la propiedad de sus fundos sobre las cuales ha acumulado el fruto de sus trabajos, transformándolos y acomodándolos para la abundancia de las cosechas? Pues en todos estos casos no tenéis otra cosa que creaciones, disfrutes y aplicaciones del capital. El sentimiento profundo de la justicia y los preceptos de todas las legislaciones hacen al hombre dueño del fruto de su trabajo; el uso legítimo de la libertad individual lo conserva por la virtud del ahorro; y el deseo noble del bien en favor propio y de nuestros hermanos aplica el producto á una nueva producción. Estas son las bases en que el capitalista funda su derecho: la justicia y el interés social, ¿quién le argüirá de pecado? Es por consiguiente legítima la propiedad del capital en su titular el capitalista, y por lo mismo ha de gozar el capitalista de la facultad de disponer de él como bien le plazca.

Pero ya vimos á Carlos Marx que nos dice: nada tengo que oponer á esa doctrina, y sí únicamente advertir que esos productos á que os referís, y de los cuales se sirve el obrero para fundar ó engrandecer la producción, no son capital, y por tanto contra él no van dirigidas nuestras censuras; los productos empiezan á revestir el carácter de capital cuando saliendo de las manos del obrero que les dió el sér, y acumulándose con monstruosa desigualdad en poder de unos pocos privilegiados, se *convierten en instrumentos de dominación y explotación del obrero*.

Antes de entrar en el análisis de esas metafísicas del socialismo, queremos recoger una indicación que en las frases anteriores se contiene, y es la desigualdad con que en el orden social presente está repartido el capital entre sus poseedores. Esto es innegable; pero atiéndase también á que es una consecuencia ineludible de la desigualdad natural entre los hombres. Estos difieren entre sí en fuerza física, inteligencia, salud, afición al trabajo, regularidad en su conducta, accidentes desgraciados en la vida, todo lo cual no puede menos de causar alteraciones en la propiedad individual, conservándola y aumentándola en unos y haciendo que disminuya en otros. Aunque, haciéndose un imposible, se repartiese la propiedad en partes iguales y se concediese un lote civil á cada uno de los individuos existentes, no habría transcurrido tal vez un día sin que se hubiese ya alterado esa igualdad. Así, pues, si es preciso admitir el derecho de la propiedad individual, no hay medio de desechar la legitimidad de su desigual reparto.

Adelantemos en nuestro análisis. El capital atrae las censuras sociales desde el momento en que no es empleado por su propietario, sino cedido por éste á otro para que lo use; más claro, desde que el capitalista exige un alquiler ó interés por el empleo del capital que presta; porque es bien obvio que si el capitalista cediera gratuitamente su capital, nada hubieran encontrado que censurar en su empleo sus adversarios. La cuestión, por lo mismo, versa acerca de la justicia con que el capitalista exige una remuneración por el consumo que con su capital presta á la obra de la producción.

Prescindiendo de hipótesis y teorías, que fácilmente pueden fantasearse en este punto, nos reduciremos al examen concreto del caso, que por regla general ocurre en la presente organización del trabajo, basada sobre el derecho de la propiedad individual y la libertad de la contratación. Dentro de este régimen, en cualquier acto de producción económica nos encontramos con el empresario, jefe de la obra, autoridad que comunica unidad y vida á los factores de la producción.

El empresario trata libremente con el propietario, el capitalista y el obrero, y ajusta con ellos el importe de la remuneración de sus servicios, la *renta* que ha de pagar al propietario, el *interés ó alquiler* que ha de satisfacer al capitalista, y el *salario* que ha de percibir el obrero. Todos los que entran á formar parte de esa sociedad productora se miran con cierto recelo, porque, con razón ó sin ella, creen que los aumentos en la remuneración de los unos han de traducirse forzosamente en disminuciones en la que reciben los otros. Nacen de aquí diferencias y litigios, que no exceden los límites de una discusión moderada, cuando versa la causa entre el empresario, el propietario y el capitalista; pero cuando se entabla el pleito entre el obrero y el empresario, en quien aquél descubre cuando menos el representante del propietario y del capitalista, ó más directamente entre el trabajador y el capitalista, alcanza el debate los honores de una verdadera lucha, y llega á los extremos que hemos apuntado en las páginas anteriores.

Para nosotros la cuestión es bien sencilla: las mismas razones en virtud de las cuales se ha debido atribuir la propiedad del capital al que por el esfuerzo de su trabajo y la virtud del ahorro lo ha creado, militan con igual fuerza para que se le conceda una remuneración por el servicio que presta á la producción al ceder el uso del capital. Esta verdad elemental aparecerá completamente justificada por la contestación que consideramos oportuno dar á las objeciones que contra el capital se han formulado á nombre de los obreros, de las que tenemos ya presentado anteriormente en brevísimo resumen.

Mi salario, dice el trabajador, debe ser igual al valor total del producto; con la remuneración que recibo por mi trabajo he de poder comprar la cosa que he producido; porque yo soy el que creo la riqueza... ¿quién sino yo, y solamente yo, ha forjado este rail?—Estás en un error deplorable—le contesta el capitalista—al creer que tú solo has hecho algo; nadie produce valor alguno en el aislamiento. Ó si no, díme tú, que has forjado el rail, ¿es obra tuya el yunque y el martillo? ¿has extraído el mineral y el carbón? ¿has edificado el taller? ¿has descubierto los procedimientos científicos que empleas, unos de ayer y otros que cuentan millares de años de ejercicio?—Todo esto—replicará el obrero—en definitiva es fruto del trabajo.—Está bien—añadirá el capitalista—pero el representante de este trabajo no eres tú, sino yo. Tú eres el trabajo de hoy, yo soy el trabajo de ayer. Yo represento una particular especie de labores, soy el trabajo del ahorro, de la conservación. Si, pues, con el salario que percibes se te remunera el trabajo que personalmente has puesto, ¿con qué derecho pretendes apropiarte el otro trabajo, que no es obra tuya, y que tiene un legítimo representante en el capitalista?—Porque el capitalista—insistirá el trabajador—es una simple cosa material, una masa inerte, incapaz de producir algo si el trabajo del obrero no lo pone en movimiento; mientras que en rigor el trabajo se basta á sí mismo y puede prescindir del capital; ¿en qué, pues, cabe asimilar en orden á las retribuciones el servicio inteligente del hombre y el de la materia?—Y sin embargo—insistirá á su vez el capitalista—si tu esfuerzo inteligente de obrero está libre de la materia, á mí me lo debes; esta máquina que llamas materia inerte encierra un caudal inapreciable de ingenio, las maravillas de la ciencia. Pudieras pasarte sin los auxilios del capital, pero sería á condición de renunciar á la vida civilizada de que disfrutas y volver á la vida salvaje.

Se ha dicho: el capitalista que no se sirve de su capital, de nada se priva con ceder su uso á otros que sabrán emplearlo. Con tal que le sea devuelto intacto, ningún agravio se le causará. En cambio, si tiene necesidad de algún otro capital, le será cedido gratuitamente, y con eso quedará establecido el cambio gratuito de servicios, la reciprocidad, la solidaridad, el mutualismo. ¡Qué empeño en complicar cosas bien sencillas! ¿Es comprensible que el capitalista se imponga los sacrificios que cuesta la formación de un capital, para entregarlo gratuitamente al primero que se lo pida, y verlo expuesto á una disipación ó extinción, sin otra recompensa que la esperanza de que si necesita de otro capital le será cedido, no se sabe por quién, con iguales condiciones? ¿No es incomparablemente más sencillo, que el que necesite un capital pague una remuneración á su dueño, y que cuando éste tenga, á su vez, necesidad de emplear ese medio, pague también los intereses al que le preste el capital? Lo que con semejante sistema se lograría sería, sin duda al-

CASA DE NIPA

guna, cegar la fuente de donde brotan los capitales, el sacrificio del ahorro.

El capital hace pagar con excesiva carestía sus servicios, añaden: no atiende á que la ley del valor estriba en el tiempo y trabajo que ahorra al que lo recibe. El capital es un verdadero tirano. A esto podemos contestar que el servicio del capital obedece á la ley general de los valores, aumenta donde escasea el capital y disminuye con su abundancia. El valor de una cosa no depende únicamente del trabajo que ahorra el que la adquiere, sino de otras muchas causas, como son la utilidad que presta su escasez, el trabajo que cuesta su producción, y hasta la moda. Pero así y todo, y sólo atendiendo al trabajo y tiempo que ahorra, ¿se paga como es debido el servicio que presta un capital conduciendo aquél, por ejemplo, á una población y elevándolas á las últimas habitaciones? El capital será un tirano allí donde falte casi por completo; pero esa tiranía irá disminuyendo en proporción que aumente su cuantía. En ninguna parte de Europa se paga el capital tan barato como en Inglaterra, y en ninguna parte también es mejor retribuída la mano de obra.

El obrero, reducido á la condición de vivir de su salario, es muy semejante al esclavo; queda sometido á esta moderna servidumbre, la del salario. Obligado á ofrecer en el mercado sus servicios, mercancía que ha de colocar en el acto, so pena de graves consecuencias, y concurriendo con él otros muchos, ha de contentarse con el precio que se le ofrezca, que siempre será envilecido. Por esto, se ve al desdichado obrero cobrando en ocasiones dadas un salario que apenas cubre sus más perentorias necesidades; al paso que la fábrica donde presta sus servicios rinde pingües beneficios.

Grave es la objeción, como lo tenemos indicado al exponer la suerte del trabajador, causada por las corrientes materialistas y utilitarias de algunos sistemas económicos, que el egoísmo liberal desea ver dominantes; pero aun dentro de las escuelas doctrinarias, que no aceptamos, no faltan al capital contestaciones, si no decisivas, en gran manera atenuantes. En los tiempos que alcanzamos, la base jurídica del salario es el contrato enteramente libre entre el empresario y el obrero, y de un contrato de esta naturaleza no puede nacer la esclavitud. Verdad es que en el mercado y siendo tratados los servicios del obrero como simple mercancía, estará á veces sometida á la dura ley de la oferta y la demanda, y alcanzará un valor mínimo; pero en cambio, esta misma ley en otros casos elevará el salario á un máximum.

No siempre es el obrero quien va en busca de colocación; á veces es el empresario quien demanda los trabajos del obrero. Y si en casos dados el trabajador tiene que aceptar las condiciones que el capitalista le impone, tampoco faltan ocasiones en que el fabricante tiene que trabajar con pérdidas, aguardando mejores tiempos en que pueda resarcirse de sus gastos, y librarse así de les perjuicios que irrogan siempre las suspensiones del trabajo de la fábrica, que deja sin colocación ni ganancia los cuantiosos capitales que representa. De suerte que un número regular de empresas prosperan y llegan á repartir notables beneficios; pero en cambio, cuántas hay que no llegan á alcanzar el fin de su institución, y declaradas en quiebra ¿quién pier le? Los obreros han cobrado íntegramente sus salarios; los que han facilitado el capital no lo recobran jamás.

Por donde debemos concluir que navegando obreros y capitalistas por el mar de las modernas libertades, han de correr unos y otros las borrascas que en ese medio donde se mueven se levantan; y si hoy naufraga un número más ó menos considerable de obreros, mañana sufrirán igual suerte capitales de variadas cuantías.

Continuando la exposición de los argumentos contra el capital, vimos á los obreros quejarse de la nula intervención que tienen en los resultados de la producción, cosa que se remediaría, dicen, interesándoles en el buen éxito de la empresa por medio de la concesión de una parte en los beneficios. Y aun bien estudiado este punto, añaden, la dirección de la empresa debería concederse al trabajo, y el capital debiera recibir un salario.—La pretensión de acumular al salario un dividendo de los beneficios de la empresa no se compone fácilmente con la lógica, porque convertiría al obrero en socio de la empresa, si el negocio prosperase, pero no si la obra viniese á menos. Además, este carácter le daría el derecho de inspeccionar la gerencia, intervenir en ella, fiscalizarla, en lo que se encontraría una fuente perenne de recelos y discordias, que son la causa por la que no han prosperado las sociedades cooperativas para la producción. Por lo demás, los capitalistas no tendrían dificultad en cambiar el nombre á la remuneración que perciben, y aun de entregar á los obreros la dirección de las empresas, pero con la condición muy justa y racional de que se les permitiese elegir á los

A FR. BARTOLOMÉ DE LAS CASAS (Monumento proyetado por D. Agustín Querol)

directores, cosa que actualmente se hace cuando prestan sus capitales á un empresario, á un ingeniero, á un arquitecto, que son trabajadores de una clase excepcional.

Por último, comprendiendo el trabajo que en este pleito contra el capital no es posible llegar á una sentencia decisiva, por falta de un Código en que fundarse, propone que entrambos litigantes se sometan al laudo de una amigable composición.—En verdad que nos place ese propósito; y una vez en este camino los contendientes, mucho hay que esperar del buen sentido práctico de las masas obreras, que á pesar de las privaciones en que se ven obligados á vivir, cuando no están soliviantadas sus pasiones por agitadores de oficio, conocen con perfecta claridad lo que la justicia y la equidad exigen, y hacen proposiciones en que se descubre toda la rectitud y honrados fines de su voluntad. Pero en esto nos ocuparemos al proponer los remedios de esta pavorosa cuestión social.

Demostrada la legitimidad con que el capitalista es dueño de sus caudales, y la justicia de la remuneración que percibe por la parte que toma en la producción industrial, réstanos únicamente llamar de la manera más eficaz la atención del obrero, por cuyas mejoras material y moral nos interesamos vivamente, acerca de la imposibilidad de toda suerte de antagonismo entre el trabajo y el capital, y por consiguiente de la solidaridad y comunidad de intereses entre esos dos elementos de la producción. Nunca debe olvidar el obrero que las leyes económicas son la expresión de las realidades que la divina Providencia ha establecido en la humana sociedad, para que se moviera ordenadamente el mundo industrial. Podrá el hombre alterarlas, pero nunca será impunemente; sentirá pronto las consecuencias de su conducta desatenta. El pobre obrero, oprimido por su infortunio, estimará tal vez como remedio á sus males la supresión del capital y del empresario, soñando por este camino con aumentos fabulosos en su salario; podrá, igualmente, dando oídos á los reformadores, recrearse en el reparto de la riqueza existente ó en la concentración de ésta en manos del Estado, para que la distribuya con perfecta igualdad entre todos los ciudadanos. ¡Ilusiones! En la obra de la producción podrá suprimir ó arruinar determinados capitalistas, pero el capital jamás. Si éste no interviene en la producción, el trabajo es por sí sólo impotente para dar resultados económicos. Esto son verdades lógicas y comprobadas por la experiencia.

ANTONIO PUJ Y ORDINAS.

(Se continuará).

A CAMPO TRAVIESA

¡REQUETEBIÉN! ¡Por bicheles!... Pues si no llega á haber llovido se hace tiestos la botella, y se queda madre sin la quinina... ¡Atiza!... ¡Bueno me he puesto de barro las rodilleras!... ¡Maldito siá!... ¡Miá que tener que dir á otro lao á por las medecinas, por no tener botica en el pueblo!... Pues entonces ¿pa qué sirve el Alcalde? ¡Concho, cómo corren las nubes!... ¡Me paice á mí que me va á coger al raso la chaparrá!... ¡Y están buenos los campos con la mojadura pa andar deprisa! ¡Lo menos llevo ya una suela de lodo de á vara en los borceguíes!...

Y sin cesar de mirar al cielo con ojos recelosos, por el lado del Sur; propiamente oliscando el temporal con su olfato de campesino, cambiándose de una mano á otra la botella del sulfato para llevarla con más comodidad, trotaba el rapaz por los prados, hundiéndose en la greda del piso, jurando y perjurando cada vez que el lodo le sujetaba á tierra por los pies, y procurando ponerse fuera del alcance del turbión con toda la ligereza que sus piernas de adolescente le permitían.

A la verdad, el cariz del temporal y el aspecto del terreno eran poco tranquilizadores. En aquel instante no llovía, pero el nublado muy bajo y espesísimo, se apelmazaba cada vez más, con nuevas é hinchadas vedijas de algodón en rama agrisado, que venían llenas de agua y se quedaban en el aire fluctuando entre caer ó pegarse al horizonte, y sorbiéndose mientras la luz en todo lo que la vista alcanzaba; extendíase la inmensa planicie de los prado, formando un tablero de ondulantes llanuras grises, oscuras, empapadas, esponjosas; sin un árbol que interrumpiese su monótona uniformidad, ni un arbusto que alzase media vara del suelo; ofreciéndose sólo una pradería inconcluible, igual; embarrizada toda por la llovediza que había borrado atajos y senderos, y cruzada en toda su extensión por las filas de un ejército de cañas secas, abandonadas después de recojerse el grano, y enhiestas con sus puntas llenas de gotas, semejando desde lejos un infinito tropel de estaquitas clavadas en un suelo de asfalto.

Un buen espacio de tiempo anduvo el rapazuelo atravesando las praderas para acortar, resbalando aquí en este charco, tropezando en aquel pedrusco, destrozándose los pies en semejante terreno de sembradura, sin distinguir en lontananza más que la inmensidad del llano, y perseguido por las nubes que parecían correr á amontonarse sobre su cabeza. En estas se levantó un vientecillo leve, sutil, calmoso, cargado de humedad, y al sentirlo en el rostro exclamó el mocete acelerando el paso:

—¡Por bicheles! ¡A que no me va á dar tiempo de llegar á casa!...

Al cabo, en la lejanía asomaron unas cuantas casitas de tejados rojos, empañados por la llovediza, destacándose en la claridad mate del espacio; ganando camino se le fué acercando al mozo el pueblo; la aldea se perdía hacia abajo, á lo largo de algún repecho y del hondón salía afilada y aguda media torre de iglesia, que dibujaba bruscamente en el horizonte la cruz de su veleta, como si el remate superior y las puntas de los brazos estuvieran clavadas en el toldo de las nubes; los redondos empedrados de las eras, limpias ya de grano, aparecieron junto á las casas, y entonces el chico, decidiéndose por un sendero abierto entre dos fajas de tierra, encontróse en un periquete en la prime ra casa del lugar.

¡El turbión estaba encima! ¡El vientecillo había cesado súbitamente! Como esparcidas por los agujeros de una regadera, cayeron las primeras gotas del aguacero, y después, en un momento, arreció la turbonada, y todo quedó envuelto en un velo inmenso de hilos de gotas. Pero el rapaz vivía en una de las primeras casas del pueblo; antes de que descargara el agua había ya ganado el porche del edificio, y desde allí, deteniéndose un instante para contemplar el chaparrón, sudando aún por la carrera, dejó la botella en el suelo, se sonrió con un mohín canallesco, encarándose con el chubasco le hizo un ademán deshonesto con brazos y manos; volviendo á coger la botella, le dijo sarcásticamente á la lluvia:

—¡Concho! Creiste que me ibas á pillar, pero te has fastidiao.

Y después se coló en su casa, cerrando de golpe la puerta.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

Nuestro arte religioso

XXXV

(Siguen las conclusiones.)

AL tratar de la reforma de la música religiosa, tropiézase con graves dificultades, si se quiere venir á conclusiones prácticas muy concretas, porque nos hallamos en un campo escabroso, habitado por gentes muy divididas, que están siempre en guerra, sin llegar nunca á entenderse.

Mucho se ha discutido acerca del concepto de la belleza; pero más que sobre lo que es, lo que debe ser, lo que dice ó no dice la música, si es ó no es lenguaje, y sobre el deslinde y exacta determinación de sus diversos géneros, imposible.

A estas horas no está muy claro todavía el concepto de lo que es música religiosa. Puedo decir que he oído tantos como personas me han hablado ó escrito sobre esta materia. La opinión más generalizada es que tanto más religiosa es una composición, cuanto menos movida, cuanto más bajas sus notas y menos distantes sus intervalos, sin modular apenas, claramente tonal, y susceptible sólo de la más elemental harmonía. Pero ¿cuánto no dista de la verdad semejante idea, á pesar de los muchos textos que en su apoyo se citan, mal entendidos quizá, de los Santos Padres y escritores antiguos? ¿Cuántos motivos no tenemos para rechazarla por rutinaria é inconsciente, hija sólo del predominio que ejerció por tres siglos el canto llano, que no fué siempre el genuinamente eclesiástico?

Vago é indeterminado este arte, que todo lo hace sentir sin que diga nada en concreto, parece destinado á sembrar nubes y obscuridades por donde pasa, con planta bastante insegura por cierto, y á ser un perpétuo enigma en que se estrellen todos los análisis y filosofías y todas las obstinaciones de la crítica.

Ya he dicho que su marcha fué siempre muy lenta y trabajosa, sus conquistas, si muy preciadas, las más árduas, y sus medios de vulgarización los menos perfectos de todas las artes, que llegaron á su apogeo, y hasta á su decadencia, cuando la música estaba aún en la infancia, tras de la cual llegó á una virilidad tan corta, que pronto empezó á descender debilitada; y así la encontramos en pleno retroceso (1).

No conozco época alguna de su historia de que pueda decirse: «entonces se acertó en todo el mundo cristiano, ó en la mayor parte de él, con el ideal verdadero de la música religiosa». Ahora podemos decir eso menos que antes, á pesar de tantos críticos y musicólogos, musicómanos, musicógrafos y hasta musicófobos, que se disputan la gloria de haber dado en el *quid*, y de los esfuerzos de arqueólogos atavistas por un lado, y de flamantes campeones del modernismo por el opuesto.

¿Cuáles son los límites bien determinados que separan el género religioso del dramático? No podemos precisarlos. ¿Cómo es que hay antífonas en canto llano ó en el gregoriano recientemente restaurado, y trozos de canto mixto antiguos y genuinamente religiosos por su origen, que tienen corte profano, y sólo ideas profanas inspiran; y cómo, por el contrario, piezas de ópera, que adornan letra nada sagrada, parecen eminentemente eclesiásticas, é infunden los más elevados pensamientos religiosos? No lo sabemos. El *Ave* de Gounod, ¿es una romanza de ópera amatoria, ó es un canto de amor celestial? Quizá es todo, y no es nada de eso; pero no hallaréis muchos pareceres conformes. ¿Es que la música nada expresa

(1) Esto parecerá á muchos una herejía artística; pero aunque lo deploro mucho, no puedo menos de decirla porque así lo siento, si bien no soy yo solo.

por sí misma, y su efecto es tan subjetivo, que cada uno aplica al mismo pasaje el carácter de afectos que en él suscita? Quién sabe. Lo cierto es que nos hallamos hoy á la misma altura que hace un siglo en esta materia.

Puntualizando algo más esta interminable cuestión, es de rigor consignar los principales criterios acerca de la música sagrada. Hay, pues, gentes que creen que sólo el canto llano, tal y como se practicaba á principios de este siglo, es la genuina música religiosa, y que toda otra debe ser excluída del templo. Los del extremo opuesto aseguran que ese canto, ni es canto, ni canta, ni es música, ni nada, pues carece de estructura musical, de fraseo y cuadratura, y, por tanto, de pensamiento melódico, lo mismo que carece de ritmo, cadencia, simetría y de toda clase de belleza, sin tener relación alguna con la letra, y sin ser susceptible de armonía. Esto es verdad, en gran parte; pero de ahí no se deduce lo que estos corifeos quieren, esto es, que sólo la música dramática moderna debe oírse en la iglesia, y que la orquesta es preferible al órgano... ¡fuera tradiciones que son vejeces ya inadmisibles! ¡paso á la verdadera música!...

Como estos, opinan acerca del canto llano, ¿quiénes? .. pues ¡oh extraña coincidencia! los arqueólogos, que, tras largos estudios en que los iniciaran Bonhomme, Gueranger y aquí el ya citado P. Uriarte, han venido á descubrir que no fué llano el canto de la Iglesia hasta que no se corrompió, quedando hecho una lástima, como hoy le vemos; *una monserga inaguantable* (textual), sin estructura, ni frase, etc., lo mismo que dicen los modernistas. La verdadera música religiosa es, para esos arqueólogos, el canto gregoriano, especie de recitado al unísono, con tonalidades, notación y demás procedimientos arcáicos y extraños á la música de hoy, hasta el punto de no parecérsele en nada, y sólo armonizable de un modo primitivo. Estos señores no son consecuentes, pues admiten la alternativa de este canto con las composiciones libres de música moderna con órgano, y hasta con orquesta, en tonalidades, notación y procedimientos también modernos; y llegan hasta mirar con buenos ojos á Wagner y su sistema, quizá por aquello de la melodía infinita y el recitado contínuo, en que creen hallar muchos puntos de contacto con sus canturias ¡libres y *recitados prosódicos*. La mezcla no deja de ser abigarrada, en extremo arqueológica por un lado y modernista por el otro, con dos notaciones, dos sistemas tonales contradictorios, con órgano y orquesta, y con tantas prosodias como pronunciaciones del latín hay por esos mundos. Pero esta escuela, muy dividida entre franceses, belgas, españoles é italianos, por Bonhomme unos, por Pustet, el editor, otros, y sin entenderse bien, es digna de atención, siquiera por los verdaderos servicios que presta á la historia del arte, por sus buenos deseos y por la crítica severa que hace del canto llano.

Los que podríamos llamar partidarios de lo existente, quieren que el canto llano, como hoy se ejecuta, esto es, con tonalidades modernas al unísono, con notas iguales, y, en ciertas piezas, con algo de ritmo (canto figurado ó mixto), alterne, no sólo con el órgano, sino con las composiciones libres, acompañadas por él ó por la orquesta, pero á condición de ostentar un carácter eminentemente religioso (sin definir, por supuesto, lo que éste pueda ó deba ser).

Después vienen varias subdivisiones, pues los cantollanistas puros, ó bien partidarios de lo existente, unos quieren el canto llano ligado, otros recortado, otros casi gregoriano, que participa de aquél y de éste; los que admiten la música de concierto, unos la limitan al órgano, otros quieren la orquesta, sola ó con aquél; hay muchísimos que desean hacer el canto llano más musical, y anotarlo á la moderna, dándole corcheas, ritmo, cadencia, frase, modulación, y todo lo que, en efecto, no tiene, para que resulte algo así como coro de frailes en la ópera, aunque al unísono; si bien hay, asimismo, quien pretende que debiera ser armonizado; como no falta quien sólo quiere voces de bajo, y quien las admite todas al unísono, ó con armonía...

¿Se quiere mayor confusión? Pues todos alegan razones de peso, y todos tienen su poquito de acierto en medio de bastantes prejuicios.

Así está el mundo religioso respecto de la música. No hay un creyente, eclesiástico ó secular, que no pertenezca á uno de estos grupos, y no mire como ignorantes novadores ó arcáicos fanáticos á todos los demás. En sólo una cosa están conformes: en que se impone una reforma; pues los mismos encariñados con lo existente, reconocen que no es perfecto, y sueñan con purificarlo, ya de arcaismos, ya de novedades peligrosas, y de incorrecciones, que cada día son más de bulto.

¿Quién ha de hacer esta reforma? No han faltado ilusos que, con la mejor buena fe del mundo, se han creído llamados á tan grande misión, y han trabajado años y años sobre un sistema de canto eclesiástico, y aun lo han llevado á los pies de la Santa Sede. Esta oye á todos y reserva su juicio; pero no creo aventurado afirmar que piensa en la reforma. Hoy los que estudian son más; los ilusos del género apuntado, menos; y todos creemos que la reforma debe ser hecha *é impuesta* por la Sede Romana.

Estamos, pues, en un momento muy crítico y especial. Lo existente no es bueno, y está despreciado por su corrupción; lo antiguo, que se pretende restaurar, no inspira confianza de su autenticidad; es dificilísimo y peligroso por muchos conceptos, pues suscitaría obstáculos inevitables de gran resistencia, y exigiría, para ser impuesto, fuerzas de energía y autoridad, que son necesarias para cuestiones de esencia, no como las de arte, que son de forma.

El modernismo no va sino al cáos; la música llamada del porvenir, acaso no pasará del presente, porque no tiene gérmenes viriles, ni sentimiento, ni apenas belleza natural; todo es artificio, aunque alardea de naturalismo.

Ahora bien, dado lo que antecede ¡cualquiera se atreve á formular conclusiones en materia de música religiosa! No cabe, como en la mayoría de las artes, volver los ojos al pasado y decir como en Arquitectura: ¡vuelvan los cinco órdenes clásicos! ¡Vuelva el gótico purísimo del siglo XIII ó del siglo XIV! ó como en pintura: ¡volvamos á Murillo ó á Rafael y al Ticiano, y á Vinci ó á Carducho y á Rivera! ó como en escultura: ¡imitemos á Cano, á Berruguete, á la Roldana!... y así en orfebrería, en mueblaje, en vidrios de colores, en la tipografía, y en todo el arte, en fin, menos en la música.

En ella, aun las más grandes lumbreras, Salinas, Palestrina, Eximeno, Arteaga, no fueron sino representantes de nuevos adelantos y conceptos: de ellos y de los que los siguieron tenemos obras buenas que son de carácter religioso: así tomado en general, tenemos trabajos de crítica, pero no un sistema completo y perfecto de música religiosa en sus varias manifestaciones, obedeciendo á un ideal, tan claramente verdadero, que podamos decir: éste es, y no será ya otro.

Donde sí podemos decir que la música ha llegado muy cerca de la perfección, aunque tras larguísimas fatigas, es en la técnica de su tonalidad y su notación, en la harmonía, en el instrumental y la composición, quizá en la expresión, siempre un tanto vaga, de algunos afectos y pasiones. Ahí sí que podemos decir ¡volvamos á Mendelssonh y á Beethoven! Pero esa técnica lo mismo puede servirle á Gounod que á Offembach, á Eslava que á Chueca; es un alfabeto perfecto y una ortografía y una rima y todo un sistema de combinaciones métricas, que igual están al alcance del que escribiera *La Vida es Sueño* como de un coplero vulgar.

El concepto, el ideal, la filosofía, el arquetipo clarísimo de la música religiosa, es lo que no tenemos en el pasado ni en el presente ¡:y la música ha nacido y se ha criado en el templo!!

Pero es un hecho la tristísima decadencia de la música religiosa en todo el mundo, según ya hice notar, y la completa anarquía, que no variedad, que reina en nuestras iglesias... Todo es libre, no hay sistema ni pauta fija para nadie, cada uno canta lo que quiere y como quiere; aquí ligado, allí cortado; en una provincia sirve para los Apóstoles la *nota* que en otra adorna el himno de las Santas Vírgenes; se cantan antífonas *ad libitum*, se corta, se añade, no hay letra que sea cantada en una misma provincia, con iguales notas; los Oficios nuevos, pues de Roma no viene más que la letra, son compuestos por cualquiera, y en cada iglesia tienen su canto diferente; todo el que quiere compone misas á canto llano, inventa himnos, corta y raja como le place. Tampoco tenemos guía segura para saber qué partes del oficio han de ser cantadas á facistol y qué otras admiten la música libre ó de concierto. Cada iglesia sigue en esto el criterio que le parece, y lo mismo en el uso del órgano, del instrumental y de las voces. Lo que aquí es semitonado, allí vá por punto de solfa propia; lo que en una parte cantan los niños, en la otra los sochantres. Los maestros de capilla verdaderos ó ficticios, pues de todo hay, componen á su gusto, sin que nadie examine ni apruebe sus obras, ni se cuide de saber si son originales y con cierto sabor sacro al menos, ó simples zurcidos de óperas y zarzuelas; y ahí están en los libros las decisiones de la Sagrada Congregación de Ritos, verdad que no son muchas, sobre el canto y el órgano, y duermen tranquilamente las últimas reglas dadas por Su Santidad, sin que nadie las observe; al contrario, muchísimos hacen impunemente alarde de no obedecerlas. Nadie se cuida de estas cosas. El Clero no sabe canto eclesiástico, porque en los Seminarios españoles no lo pueden enseñar, y no puede ser juez de lo que hacen los seglares que, al mismo tiempo que á la Iglesia, sirven al teatro en las ciudades grandes, y luego se alaban de que en sus manos está la música sagrada, y de dirigir, dominar y engañar *á los curas* que no pueden poner su veto (por regla general) en lo que no entienden. Por último, se canta en castellano mucho de lo que se debe cantar en latín, y no faltan corporaciones que se llaman exentas, no se de qué ni de quién, y se creen autorizadas á permitir que las mujeres tomen parte en los cantos religiosos.

Estas sí que son conclusiones... negativas. En consecuencia de todo lo dicho, creo que á lo más que cabe atreverse es á proponer bases para un *modus vivendi* honroso, en espera de la hora tan deseada en que sea un hecho la reforma que nos saque de tan lamentable estado

José Ferrándiz.

JOYAS LITERARIAS

MUNDO, DEMONIO Y CARNE

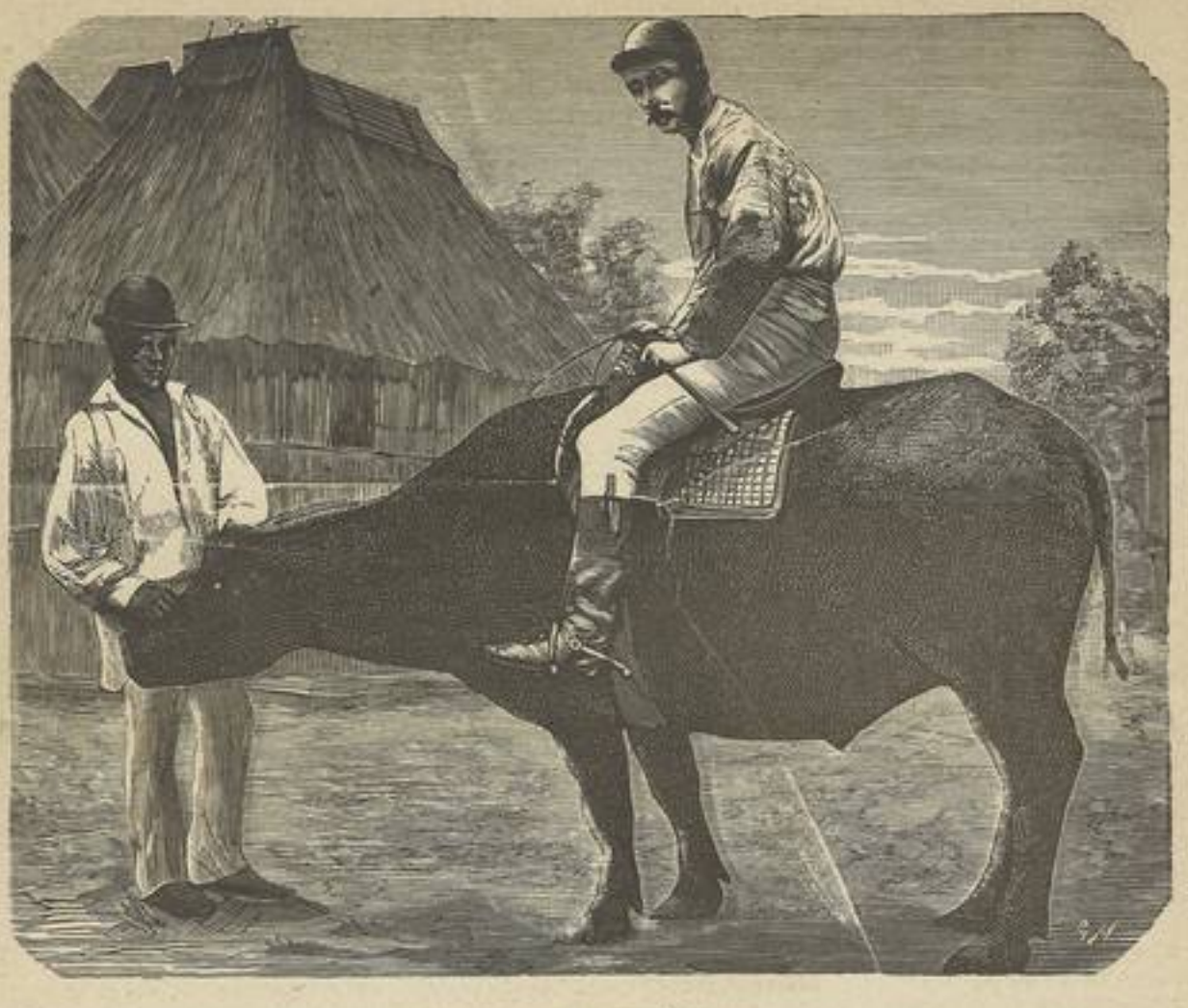
POR D. JOSÉ SELGAS

(Continuación)

VIII.

EL ORÁCULO.

Sin embargo, Puentereal no tenía grandes motivos para reirse interiormente del ruído que producía en el mundo el hijo de su nodriza, porque, quieras que no quieras, valiéndose del poder de su extraño influjo, lo había metido en un paso que, en verdad, no presentaba los mejores auspicios. Su situación era mucho más comprometida que cuando se hallaba simple-



CARRERAS DE BÚFALOS

mente arruinado Hasta entonces no había hecho más que disipar el patrimonio de sus padres en los placeres y en los vicios del fausto, dejándose arrastrar por todas las seducciones del mundo; pero ahora se encontraba frente á frente de su palabra; más aún, de su firma comprometida con el padre de la hermosa Celia, en la friolera de cincuenta millones de reales que no poseía; y á mayor abundamiento se hallaba metido en una jugada en falso, que él mismo no tenía inconveniente en llamar estafa.

No era la virtud ofendida la que levantaba en su conciencia el escozor de los remordimientos, porque el mundo, no solamente le había de dar sus riquezas, sino también de todas las virtudes; pero, vamos, aún le quedaba cierto sentimiento de honor que agitaba sus pensamientos, y era como el único resto de vergüenza que aparecía en la faz de su alma.

Si la suerte le era favorable, envidiaría su audacia; mas si le era adversa, no podría ocultar su ruina y su infamia, y el mundo es implacable con los malvados sin fortuna... y Celia... ¡ah!... Celia lo despreciaría; y era el caso que la Bolsa empezaba á pronunciarse en *alza*, y la terrible liquidación se acercaba.

Baal le había prometido enormes ganancias, porque él sabía que un acontecimiento imprevisto haría bajar repentinamente todas las Bolsas de Europa; jugaba, pues, sobre la seguridad de esta catástrofe. Pero bien... ¿quién era Baal?... Indudablemente el hijo de su nodriza; mas el hijo de su nodriza, dueño de un prestigio extraordinario. Cualquiera que fuese la humildad de su origen, aparecía como un ser fantástico, dotado de una inteligencia pasmosa; poseía todos los secretos, y descubría los más ocultos designios con penetración increíble; podía creerse que era dueño de toda la ciencia del mundo.

Bueno; pero el acontecimiento previsto por Baal podía desvanecerse en las oscuras contingencias de lo futuro; podía, cuando menos, retardarse, y aun podía ser que la Bolsa, á pesar del desastre, continuara subiendo, porque en estos tiempos de prosperidades, hasta las catástrofes se convierten en manantiales de riqueza pública. En tal caso, todo estaba perdido.

Discurriendo así, comprendía que había partido muy de ligero, dejándose seducir por las promesas de Baal: y el terror de verse á la vez doblemente arruinado y además envilecido, le presentaba al hijo de su nodriza como á un simple aventurero que se lanzaba á una jugada inaudita, sirviéndole él de instrumento. El bolsillo del misterioso *yankee* podía estar tan exhausto como el suyo, y si el negocio salía bien, le pediría la mitad de las ganancias, y y si fracasaba, se lavaría las manos, diciendo: «He ahí la víctima.»

Estas imaginaciones agitaban su espíritu, poniéndole en el caso del hombre á quien se puede ahogar con un cabello. El mismo Baal le había enseñado á desconfiar de todo, abriendo en su alma un abismo de malicia.

Lleno de recelos, resolvió consultar sus temores con Baal, obligándole á dar respuestas terminantes. Si tan seguro estaba del éxito de la operación, ¿por qué no lo aseguraba con garantías más sólidas que las de sus palabra?.... Decidido á provocar una conferencia, en la que quedaran bien atados todos los cabos, se dispuso á salir en busca de su oráculo. Pero al abrir la puerta de su gabinete retrocedió, porque la puerta se abrió de repente, dando paso á Baal, que entró, diciendo:

—No dirás que te abandono en los momentos solemnes; ibas á buscarme, y yo salgo á tu encuentro. Sí (añadió, mirándolo fijamente): el negocio en que estás metido es redondo; no tiene el diablo por dónde desecharlo; juegas como el tahur que ha visto la carta á un descuido del banquero. El dinero de los demás es tuyo. Han caído en el garlito, y los vas á desplumar uno á uno.... He ahí el negocio.... Pero antes de que llegue la catástrofe es preciso que mires frente á frente la realidad de las cosas. Cae la noticia del desastre lo mismo que cae un rayo; la Bolsa experimenta un descenso desastroso; la liquidación está encima, y las diferencias son espantosas. ¿Qué sucede?..... La cosa más natural del mundo: ruinas, quiebras, lágrimas, miseria, desesperaciones y algunos suicidios.... Ese es el cuadro que te se ofrece: esa es tu obra.... En cambio recoges cincuenta millones que no tienes, y te aseguras la mano de tu hermosa Celia. Elige.

Elías vaciló, como si hubiese recibido un golpe tremendo en la cabeza, y dijo con voz sorda:

—Es tarde.

—No es tarde (replicó Baal). Renuncia á las ganancias, huye de Celia, condénate al deshonor de la pobreza, y busca en la ignominia del trabajo el amargo sustento de tu vida.

—¡Quién sabe! (exclamó Elías.) ¿Posees tú los secretos de lo por venir?.... ¿Tienes tú en tu mano la catástrofe que ha de devolverme mi perdida riqueza? .... Además (añadió), ¡juego, y gano. He ahí todo.

—Lo sé (le contestó Baal). Desconfías de mí, y buscas en tu desconfianza excusas con que acallar los sobresaltos de tu conciencia. Tienes miedo de ser ingenuo contigo mismo. Juegas y ganas, porque has jugado con la seguridad de la ganancia; pero no quiero dejar ni ese recurso á tu egoísmo. Te he prometido riquezas, y las tendrás; te he prometido á Celia, y Celia será tuya. Ahora voy á descubrirte el secreto en que estriba la prosperidad que te espera. Tú mismo te vas á revelar el arcano.

Diciendo así, extendió sobre la mesa un pliego de papel, sacó luego una cartera con broches de oro, y puso en manos de Elías un lapicero de marfil, cuyo mango representaba la figura de una serpiente; la lengua del reptil era el lápiz, y el lápiz era rojo, de color de sangre; la cola de la serpiente subía formando ligeras ondulaciones.

—Siéntate (le dijo el *yankee*); reconcentra

tu pensamiento, pregúntate á tí mismo, y deja á la mano que escriba.

—¡Ah! (exclamó Elías.) ¿Eres *espiritista?*

—Es lo mismo (añadio Baal). ¿Qué te importa el nombre?.... ¿No eres tú mismo el que vas á contestarte?... ¿No es tu propia mano la que va á responder á tus preguntas?.... ¿No te darás crédito á tí mismo?

Dicho esto, se apoyó en el respaldo de una butaca, y las dos llamas de sus ojos se lanzaron como dos saetas sobre la cabeza de su amigo, que se hallaba inclinada sobre la mesa.

Transcurrieron algunos instantes de inmovidad y de silencio; la luz que iluminaba la estancia se oscureció, velada por una sombra repentina, y cruzaron por el ambiente ráfagas de aire frío; la mano de Elías vaciló sobre el papel, y luego el lápiz comenzó á moverse entre sus dedos y á correr de un extremo á otro, dejando las rojas señales de su paso.

Sobre la frente de Elías giraba en movimiento incesante un torbellino de billetes de Banco, y á sus pies sonaba un ruído subterráneo, semejante al que produciría, al correr, un río de monedas de oro.

Estallaban en medio del silencio suspiros ahogados y carcajadas comprimidas; la sombra que obscurecía la estancia aparecía surcada por luces fugitivas que volaban de un punto á otro como los fuegos fátuos de los cementerios, y llegaban allí ecos lejanos de notas confusas, gritos y cánticos, lamentos y risas, que se acercaban y huían, y perfumes desconocidos que embriagaban, encendiendo la sangre en el fuego de todas las concupiscencias.

La inmovilidad de Elías era completa; bañaba su semblante la palidez de la muerte, y se descubría en su cuerpo la rigidez de un cádaver; sólo la mano derecha daba señales de vida; pero en sus movimientos se advertía que se hallaba bajo el poder de una voluntad extraña. Se agitaba sobre el papel movida por un resorte oculto, como si otra mano invisible la obligara á moverse.

—Basta,—dijo Baal con acento imperioso.

A la voz del *yankee* se desvanecieron los accidentes fantásticos del cuadro que acabo de bosquejar, ni más ni menos que desaparecen las decoraciones de los teatros en las comedias de magia. La voz de Baal deshizo el encanto, y Elías miró á su alrededor con el asombro del que despierta de un sueño profundo. Parecía que sus ojos habían perdido la memoria de los objetos que le rodeaban, y hacía esfuerzos por recordarlos.

Baal le puso la mano sobre el hombro, diciéndole:

—Tú mismo has sido tu propio oráculo. Los hados (añadió con desdeñosa sonrisa) te son propicios. Tu mano es la que ha escrito el fallo de tu destino.

El lapicero se escapó entonces de la mano de Elías, y se escurrió sobre la mesa como la víbora que huye después de haber mordido.

Baal tomó el papel en que permanecían grabados los rasgos cabalísticos de aquella diabólica nigromancia, y poniéndolo delante de los ojos de Elías, le dijo:

—Lee. Ahí tienes la suerte que te espera. Así me porto yo con mis amigos.

Puentereal clavó en el papel sus miradas atónitas, reconoció su letra, y leyó, marcando con el movimiento de los labios las sílabas que mortalmente pronunciaba.

—¡El *Banco Universal* (exclamó restregándose los ojos) suspende sus pagos!....

—Eso es. Quiebra horrorosa, que va á conmover al mundo. Ya no se roba en las encrucijadas de los caminos; se roba más ilustradamente en las encrucijadas del crédito.... Es la quiebra del siglo, el gran desastre.... *la mar*, mi querido Elías; *la mar*, en la que vas tú á pescar cincuenta millones, sin más trabajo que tender la red.

—¡Oh! (exclamó Elías, poseído á la vez de admiración y de espanto.) ¿Quién eres?....

EL JABIRO

—Yo (contestó Baal secamente). ¿Te aterra acaso la prosperidad que te ofrece tu destino?.... El lodo es oro.... ¿No lo sabías? Pues bien: aún puedes retroceder.... Una palabra, y se cerrará en el acto el abismo de tu fortuna.

Elías permaneció silencioso algunos instantes; después sacudió la cabeza con arrogancia, y apretando los puños para dar más energía á sus palabras, dijo:

—Mi suerte es mía; juego, y gano.

—¡Bravo!.... (exclamó Baal.) Al fin nos entendemos.

Y estrechando la mano de Elías, desapareció dejando en los ojos de su amigo el deslumbramiento que produce el relámpago.

IX

DESASTRE.

O en este siglo de las dichas y de las prosperidades no ocurre cosa buena, ó el telégrafo ha dedicado su pasmosa actividad á esparcir por el mundo las malas noticias. Sin duda alguna el invento es admirable, y facilita prodigiosamente la comunicación anónima entre los hombres. Pero es el caso que un despacho telegráfico cae en el seno de la familia como una bomba. Desde el momento en que se anuncia, la casa se conmueve y la inquietud se pinta en todos los semblantes... Nadie espera que dentro de aquel sobre, casi transparente, se oculte una noticia favorable, y en un momento acuden á la imaginación todas las desgracias posibles y se temen todas las probables. Delante de un despacho telegráfico, el temor sobrepuja siempre á la esperanza.

Resulta que lo contenido en el despacho es una simple impertinencia, un aviso inútil, una recomendación intempestiva, una felicitación inesperada ó un percance trasnochado; y aun puede suceder que sea el anuncio de un suceso favorable... Muy bien: los ánimos se serenan, las inquietudes se disipan, y la familia vuelve al habitual reposo de la casa. Perfectamente; pero entre tanto, el sobresalto sufrido no hay quien lo quite.

Esto, por lo menos, induce á presumir que, en medio del abandono y de la confianza que mostramos, vivimos con el alma en un hilo. Porque, ¡ya se ve!, los tiempos son prósperos, la vida se halla rodeada de atractivos; nunca ha sido más risueña la estancia del hombre sobre la tierra; la ciencia trae portentos; el comercio maravillas, la industria prodigios... En realidad, no tenemos bastante boca para admirarnos. Mas la voz fatídica del telégrafo, hablando en su media lengua, puede llegar de un momento á otro, en el instante más inesperado, y decir con ruda franqueza: «Señores: el mundo acaba de hundirse.»

Por lo demás, nada hay más fantástico que esa hoja de papel medio impresa y medio manuscrita, en la que todo es oficialmente auténtico menos la persona que en ella habla.

Es el anónimo oficial, que no ofrece más fe que la fe del aparato, porque la autoridad de sus palabras nace de él mismo; el hombre casi desaparece detrás de la máquina encargada de transmitir las palabras. No concedemos á los hombres bastante crédito para creerlos al pie de la letra; pero sea lo que quiera, la especie

que circula será auténtica si ha salido de la cinta del aparato. Lo ha dicho el telégrafo. ¿Sí? Pues bien: punto redondo.

Con toda la fuerza de esta autoridad llegó de París la tremenda noticia de que el *Banco Universal* había suspendido sus pagos. La especie corrió tan rápidamente de boca en boca como había corrido por los hilos del telégrafo. La consternación fué súbita y profunda, y los fondos públicos bajaron inmediatamente, sin consideración ninguna á las angustias de los jugadores.

Asimismo anunció el telégrafo la conmoción que el suceso había causado en todas las Bolsas de Europa. Y lo más terrible del caso era que no había tiempo para reparar los estragos de aquel golpe imprevisto, porque la Bolsa, sorprendida, seguiría bajando, y sólo faltaban cinco días para la liquidación. Los ojos aterrados de los jugadores veían una ruina inevitable.

En cambio el nombre de Puentereal subía en alas de la fama, siendo á la vez objeto de celebridad y de envidia.

—¡Qué hombre!... ¡qué ojo!... ¡qué perspicacia!...

Otros exclamaban:

—¡Qué audacia!

Otros:

—¡Qué astucia!...

Otros:

—¡Qué fortuna!...

El mismo Baal apareció eclipsado. El banquero, zorro viejo en negocios y operaciones bursátiles, se encogía de hombros, fruncía enégicamente la boca, y daba media vuelta, exclamando:

—No lo entiendo.

La Bolsa seguía en *baja*, porque las noticias eran cada vez más pavorosas... La verdadera causa del desastre era todavía un misterio, y acaso lo sería siempre; pero así como cuando tropezamos volvemos la cabeza para ver el obstáculo que nos ha servido de tropiezo, los *alcistas* volvían los ojos atribulados en busca de la mano invisible que había preparado la catástrofe. No se resignaban á arruinarse sin saber por qué se arruinaban. ¡Cómo!... ¡habían visto su carta *en puerta*, y al volver la baraja aparecía la contraria! Esto era para ellos increíble. ¡Estaban seguros de desplumar á Puentereal, y de la noche á la mañana se encontraban ellos desplumados! Ni siquiera les había acometido el temor de que Puentereal faltara á sus compromisos, á título de insolvente, porque en sus locas esperanzas creían á pie juntillas que pagaría á toca teja la diferencia de la jugada, y los más suspicaces se guiñaban el ojo, presumiendo que el banquero podía muy bien estar detrás de la cortina.

En un momento la seguridad de los cálculos venía por tierra, las esperanzas se desvanecían como el humo en el aire, y las ganancias se convertían en pérdidas. ¿Y todo, por qué? Porque el *Banco Universal* había quebrado.

A este punto, origen de la catástrofe, volvían los ojos, sin acertar á explicasse cómo un establecimiento de tan inmenso crédito había llegado al desastroso extremo de suspender sus pagos. Semejante contingencia estaba fuera de todas las previsiones.

—No, no (replicaban algunos). Ha debido preverse. Un Banco es un establecimiento de crédito, y el crédito, en resumen, no es más que los ceros que dan valor á la unidad. La unidad es el capital verdadero, y el crédito el capital imaginario. Se parte del falso supuesto de un capital que no existe. Es un artificio cuya magia deslumbra; pero que un soplo de viento adverso disipa el encanto, y todo se lo llevan los demonios... ¿Qué Banco no está expuesto á una catástrofe? Esto debió haberse previsto.

—A nadie (decían otros) le hubiera ocurrido la sospecha de que el *Banco Universal* quebrara. Era más fácil temer que la tierra se abriese y nos tragase. Lo que hay es que esa quiebra, según lo que se trasluce, es valor entendido.

—¡Valor entendido!...

—Ni más, ni menos.

—Pero... ¿cómo?...

—El Banco lo fundaron con propósito de hacerlo quebrar; ese era el gran negocio de sus operaciones.

—¡Una quiebra fraudulenta!...

—¿Por qué no?

Cada uno explicaba á su modo el caso, como si de esa manera consiguieran mitigar la terrible realidad del hecho. Se hicieron esfuerzos inauditos para contener el descenso de los valores públicos; pero la Bolsa, aterrada, siguió bajando. Se apeló al último recurso, proponiendo á Puentereal una negociación que hiciera menos sensible el estrago del desastre; pero Puentereal se negó á todas las negociaciones. Estaba resuelto á cobrar hasta el último céntimo de sus ganancias. Semejante á un general victorioso, había decidido no dar cuartel; todo lo llevaba á sangre y fuego.

Y la Bolsa bajaba, bajaba sin misericordia.

Llegó el día pavoroso de la liquidación, y un río de oro empezó á entrar en la casa arruinada del futuro yerno del banquero. Las fianzas de algunos agentes de Bolsa se hallaban gravemente comprometidas, porque no todos los *alcistas* habían jugado en *firme*. Pero Puentereal se encogía de hombros, diciendo:

—No es justo que pague mi bolsillo las imprevisiones de los agentes.

Luego añadía:

—Los negocios no son juego de niños. La falta de buena fe es una inmoralidad, y á nadie le es permitido jugar en *falso*.

Semejantes respuestas no admitían réplica, y los estragos no se hicieron esperar. Entró la desolación en muchas casas, y varias familias se vieron repentinamente arruinadas; desaparecieron algunos jugadores, buscando en países lejanos suerte más favorable, y los periódicos registraron en aquellos días dos ó tres suicidios.

Pero pasó la mala hora; á las víctimas se las tragó la mar del olvido, y Puentereal se levantó en la admiración del mundo cincuenta codos sobre sí mismo: el calavera acababa de dar un golpe de genio. El loco de los salones se convertía de pronto en un pájaro de mucha cuenta.

No todos le concedían el insigne honor del éxito, porque atribuían al padre de Celia todo el mérito de la jugada. Puentereal no había sido más que el instrumento del astuto banquero. Conocía, por lo visto, la peligrosa situación del *Banco Universal*, y su futuro yerno, loco de atar y completamente inexperto en el *tejemaneje* de la Bolsa, era muy á propósito para tentar la codicia incansable de los jugadores. Como las moscas á la miel, acudirían á repartirse los millones que les prometía una ganancia segura. Así, sin alarmar á los alcistas con la reputación bursátil de su nombre, les tendía la red, quedándose detrás de la cortina.

Fuera de estas murmuraciones, que se permitían los más perspicaces, la opinión pública, el hervidero de la gente que va donde la llevan, y repite lo que le dicen, y se agita cuando la agitan, y se calma cuando la calman; ese maniquí de cien mil bocas y doscientos mil brazos, que está fantásticamente en todas partes y realmente en ninguna, encontraba en Puentereal el hombre del día, se inclinaba á su paso y le tributaba el incienso de su admiración, exclamando:

- ¡Qué fortuna!

—¡Qué audacia!

—¡Qué astucia!

—¡Qué genio!

Y Puentereal recogía al paso estos homenajes con la misma mano que había recogido los millones de su ganancia.

El desastre era su gloria.

X

LOS DICHOS

Claro está que la perspectiva de la boda se puso de nuevo sobre el tapete, renaciendo, como el fénix, de sus propias cenizas. Y esta vez las noticias no eran meramente oficiosas, sino realmente oficiales. Estaba ya fijado el día en que la hija del banquero y Elías Puentereal quedarían unidos para siempre: el día señalado era el 20 de Enero. Ante la felicidad conyugal que esperaba á los próximos esposos, ¿quién había de acordarse de los estragos causados por la quiebra del *Banco Universal*? Las multitudes son como los espejos; no reflejan más que la imagen que tienen delante.

En cuanto á Puentereal, estaba loco de contento, en razón á que Celia mostraba impaciencia, descubriendo el afán con que deseaba unirse al hombre que le estaba destinado; y este dichoso mortal saboreaba las delicias de aquella tierna impaciencia, y contaba los días, haciendo el inventario de los encantos personales que adornaban á la hija del banquero: encantos en cuyo atractivo no había reparado hasta el día en que creyó que iba á perderla.

Desde aquel momento experimentó, como el impulso de una corriente eléctrica, una especie de inclinación particular de todo su ser hacia la hija del Banquero. En su presencia sentía vaga embriaguez. Sus miradas le causaban ligeros extremecimientos, y el timbre de su voz penetraba en el alma de Puentereal como anuncio de delicias desconocidas. Sus ojos, sus oídos y sus pensamientos estaban llenos de la imagen de Celia, y se complacía en abandonarse al vértigo que le causaba el abismo de sus deseos.

En realidad, la hija del banquero no pasaba en el mundo por una gran belleza. Un artista medianamente severo en punto á dibujo, habría encontrado bastante que corregir en los detalles de su figura. Menos boca, más finura en los labios, un ligero toque en la línea de la nariz y una frente algo más despejada, hubieran embellecido mucho el conjunto de su semblante. La idea que el arte ha concebido respecto á la belleza propia del rostro de una mujer, exigiría probablemente que desapareciera del labio superior la sombra casi imperceptible que lo oscurecía. En cuanto al resto de su persona, sólo se habría permitido suprimir la excesiva voluptuosidad de los movimientos, sin saber qué hacerse de la palidez habitual de su tez aterciopelada.

En cambio, encontraría intachables las sombras de sus ojos negros, medio dormidos y casi apacibles, que á lo mejor se despertaban iluminados por rayos de luz abrasadores. Tal vez un gusto exquisito encontrara demasiado enérgicas las líneas de sus pobladas cejas, y un tanto borrascosa la negra abundancia de sus cabellos, que se revolvían sobre su frente, no en ondas, sino en olas, como las de un mar tempestuoso. Ella misma debía comprender que eran algo gruesos sus labios, porque los entreabría con frecuencia para dejar ver unos dientes menudos y blancos como la nieve.

La expresión, que es el alma de la fisonomía, resultaba dura, y la mirada demasiado firme; pero tenía momentos esplendorosos de una dulzura indefinible.

Tampoco se le daba en el mundo grande importancia á su talento, aunque no dejaba de tener ideas originales: sus gustos solían romper las leyes dominantes de la moda, descubriendo en sus extravagancias la más soberana independencia.

Se distinguía más por su riqueza que por su hermosura; y su talento, sin embargo, tenía mucho partido entre los *camastrones*, y para ellos era una mujer temible.

Puentereal se sentía subyugado por el imperio de sus encantos, y estaba seguro de que iba á casarse con la mujer más bella del mundo. Es decir, que la dicha le sonreía por todas

partes. ¿Qué más podía pedirle al poder de su destino? Su ruina se convierte de repente en prosperidad, y Celia, hasta entonces indiferente á sus ojos, se transforma como por encanto en la imagen de la misma Vénus. Un río de oro y un mar de delicias se le entran por las puertas cuando menos lo esperaba... ¿Se envidiaba á sí mismo?... ¡Quién sabe!

Sólo faltaba á su felicidad la realización de las maravillas anunciadas en las fiestas de la boda. Pero ¡ya se ve!, lo crudo de la estación hacía imposible el cumplimiento del programa esparcido por la voz pública. La quinta ofrecía residencia confortable á numerosa concurrencia; pero el frío y la nieve los tendría á todos metidos en casa, detrás de los cristales empañados por el hielo, al amparo de las estufas, y bostezando soñolientos al calor de las chimeneas; los días se harían insoportables y las noches eternas; la concurrencia acabaría por aburrirse. Era, pues, preciso renunciar á las fiestas, ó aplazar la boda hasta la primavera.

Celia resolvió la dificultad, preguntando:

—¿A qué esperar á la primavera?

Llegó el día 20 de Enero, día nublado y oscuro, en que la noche tuvo que hacer muy pocos esfuerzos para enlutar la tierra; en cambio los salones del palacio del banquero se iluminaron como un día que amanece. Y, en verdad, si no se había esperado á la primavera, se la había hecho venir para el uso particular de aquella casa, porque desde que se ponía el pie en el gran pórtico del palacio se empezaba á respirar el aire tibio y perfumado de la primavera. Mayo estaba allí, de puertas adentro, con todo su esplendor de luces, ramos y flores, mientras el invierno, embozado en la oscuridad de la noche, se quedaba en la calle tiritando de frío.

Por la gran escalera, ricamente alfombrada, abrían paso á la concurrencia dos series de naranjos y rosales, que, subiendo de peldaño en peldaño, ofrecían el perfume del azahar y la esencia de la rosa. Por aquella escalera se subía indudablemente al Paraíso.

Pronto se llenaron los salones, y comenzó á circular por ellos la sociedad más escogida del gran mundo, formando ese rumor que tanto se parece al vuelo de un enjambre de abejas.

Este rumor se apaciguó por un momento, y atravesó la concurrencia Celia, asida al brazo de Baal, que la conducía majestuosamente al salón donde debía firmar los contratos.

Celia, en aquel momento, pareció hermosa á todos los circunstantes, quizá porque, en efecto, la emoción la embellecía, quizá porque desde aquella noche iba á ser la fruta del cercado ajeno. Ello es que pareció hermosa, y que, al atravesar los salones, dejó en pos de sí murmullos de aprobación.

Antes de llegar al gabinete en que debía firmar el contrato de su matrimonio, se encontró con Puentereal, y á un mismo tiempo Elías, Baal y Celia se sonrieron.

Después de tomados los dichos, comenzaron á circular los sorbetes, los dulces y las conversaciones, sin que la concurrencia perdiese la actitud ceremoniosa que había observado desde un principio.

La envidia es la tristeza del bien ajeno, y allí habría naturalmente envidiosos de la dicha de Puentereal y envidiosas de la dicha de Celia. Así es que al celebrar el suceso que tenía allí reunida tanta gente, no era el regocijo lo que más resplandecía en los semblantes; hasta las murmuraciones propias del caso, que á media voz circulaban entre los convidados, carecían de esa viveza, de esa espontaneidad y de ese desenfado que forman la índole de nuestro carácter y el genio de nuestra lengua. No se sabe qué especie de atmósfera triste se hallaba esparcida por los salones; había allí algo fúnebre, y aun algo tempestuoso, porque el gas que iluminaba el palacio padecía frecuentes interrupciones, que parecían relámpagos, y el rumor de las conversaciones resonaba sordo y profundo como el eco prolongado de truenos lejanos.

En una palabra: el aspecto de la fiesta no respondía á los risueños auspicios de la boda.

Poco á poco los concurrentes se fueron deslizando, y el cordón de coches formado alrededor del palacio empezó á deshacerse.

Los últimos convidados, al tomar sus coches en el pórtico, se encontraban con que estaba cayendo una copiosa nevada.

—Bien (dijo uno de ellos); la fiesta ha sido tan fría como la noche.

Otro se embozó hasta los ojos, añadiendo:

—Más parece que hemos asistido á un entierro que á una boda.

Un tercero, aficionado al retruécano, entró en su coche, diciéndose á sí mismo:

—Ya hemos visto los dichos; allá veremos los hechos.

Al día siguiente, circuló una frase anónima algo fantástica que hizo fortuna por algunos días.

He aquí la frase:

«La sombra de las ruinas causadas por la suerte de Puentereal ha presidido el duelo de su boda.»

(*Se continuará*)

AVISO

Se ruega á los señores suscriptores que no hayan abonado el año actual, lo verifiquen á la brevedad posible, para evitar los perjuicios que con su retraso causan á esta Administración.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de Paris y que prescriben los medicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

Dar la señal por medio de la cuerda.

¿Os importará aprender una lección, á condición de que sea corta y de que no os obligue á estudiar mucho? No; me parece que no. El hombre que es demasiado viejo para aprender, es también demasiado viejo para ser útil en el mundo, tanto para sí mismo como para los demás. Bueno; pues entonces, ahí va la lección.

Tal vez hayais visto á uno de esos buzos de profesión sumergirse en el agua para inspeccionar un naufragio, ó para buscar algo que ha caido en ella. Se mete dentro de su aparato, visor, ó armadura impermeable, se encaja en la cabeza el casco y se pierde de vista en las profundidades, allá entre las rocas y el lodo al fondo. Por supuesto que han de estarle dando continuamente aire por medio de un tubo, ó de lo contrario se asfixiaría en un minuto. Pero, siempre que necesita más ó menos aire, ó que le suban á la superficie, ¿cómo lo hace saber á los hombres que están sobre la cubierta ó á bordo? Y me respondereis enseguida: «Hará la señal con la cuerda que tiene en la mano.» Y, efectivamente, es así; pero ahora veamos qué lección sacamos de esto. La señora Miguela Valentín, de la calle del Palomar, núm. 8, Valencia, con fecha 4 de Mayo de 1893, dice: «Por más de tres años estuve sufriendo mucho de dolores nerviosos, y de una debilidad general que no se me quitaba con ninguna de las medicinas de que hice uso.»

Esta es una experiencia común á mucha gente, que les amarga todos sus placeres, les postra, á menudo, en el lecho con padecimientos que les consumen, y les priva siempre de poder trabajar, ya su trabajo sea manual, ya intelectual, ya de ambas clases. Cualquier remedio para esto, vale montones de oro; pero nunca podemos evitar estos resultados hasta que encontramos y comprendemos su causa. Y ¿cuál era la causa de esta enfermedad?

La misma señora Valentín nos dará la respuesta, pues añade: «Mi digestión era mala; mi apetito, escaso; no podía comer casi nada, y si muchas veces tomaba el alimento que se me presentaba, era más porque se debe comer, si se quiere conservar la vida, que por deseos de comer.»

Volvamos ahora, por un momento, á lo que decíamos del buzo, de que, cuando era necesario, daba la señal con la cuerda. Pues bien, los nervios del cuerpo humano son real y verdaderamente cuerdas. Toda sensación, todo poder de moverse, todo conocimiento de lo que está pasando en cualquier parte del cuerpo, se hace manifiesto por medio de los nervios. La consecuencia, pues, es clara y sencilla; nuestro buen amigo había estado sujeto por largo tiempo, quizás por muchos años, á una pesadez de estómago y del hígado, ó sea indigestión ó dispepsia. Este era un grave estado de cosas, por la razón de que el cuerpo se alimenta y nutre, y sus pérdidas se reponen tan sólo por medio de la máquina digestiva, y cuando ésta falta por completo, entonces inevitablemente nos debilitamos y morimos, lo mismo que un fuego se reduce á cenizas cuando se le deja de echar combustible. Pero la naturaleza, siempre en guardia, nos avisa del peligro por medio de la cuerda de los nervios; ella nos da los dolores y obliga así á preguntar qué es lo que nos aqueja para buscarle un remedio; no un remedio para el dolor en sí—(aunque así es como á menudo lo juzgamos), sino para la causa del dolor, para el estómago enfermo.

Esto es lo que hizo la señora Valentín, pero no lo hizo hasta que encontró el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y en él halló un remedio eficaz. «Con este remedio», dice «me he curado por completo, y no me he hallado nunca mejor de salud que hoy. (Firmado) –Miguela Valentín».

Resultado feliz. Hoy todos los órganos de vuestro cuerpo, el estómago, los intestinos, el hígado, los pulmones, los riñones, etc., están como el buzo en el agua; pero sufren un desarreglo, y entonces tiran de la cuerda de los nervios, y los dolores que sentís son los *síntomas* de la enfermedad. pero no la enfermedad misma. Téngase presente que los dolores de nervios y la debilidad general que nuestro amigo venía padeciendo por largo tiempo, demostraban que tenía indigestión y dispepsia; que solo el estómago era el que estaba en desorden. Cuando el Jarabe Curativo de la Madre Seigel lo puso en orden, su salud se restableció, lo mismo que el sol se abre para cuando se dispersan las nubes.

Y ahora, sólo una palabra. Casi todos los dolores é indisposiciones de que sufrimos, no son más que síntomas de esta sola enfermedad dominante. No se quiera curar los síntomas, porque es absurdo é inútil. Tómese la medicina que el Sr. Valentín tomó, y que cura la única enfermedad real y verdadera, y la naturaleza no dará ya más señales. Y aquí concluye la lección.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. Wite, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales, frasquito, 8 reales.

Nuestros apreciables lectores leerán en la presente edición un anuncio de la bien reputada firma de los Sres. Valentín y Compañía, banqueros, y Expendeduría general de lotería en Hamburgo, tocante á la lotería de Hamburgo, y no dudamos que los interesará mucho ya que se ofrece por pocos gastos alcanzar en un caso feliz una fortuna bien importante.

Esta casa envía también gratis y franco el prospecto oficial á quien lo pida.

BANCO DE ESPAÑA

Resultando 19 por 100 el término medio de la bonificación señalada á los cupones del vencimiento de 1.° de Octubre próximo, correspondientes á los títulos de Deuda exterior y de billetes hipotecarios de la isla de Cuba, que ha tomado el Banco en negociación desde el 31 de Julio último, fecha con que se publicó el anuncio de esta operación, el Consejo de gobierno, conforme á la regla 7.ª del citado anuncio, ha acordado que se paguen los referidos cupones que continúen depositados ó dados en garantía de operaciones en el Banco y en sus Sucursales, con la bonificación al respecto del expresado tipo de 19 por 100.

En su consecuencia, desde el día 20 del corriente se abrirá el pago de los mencionados cupones de la Deuda exterior, y desde el 26 de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, previa presentación de los correspondientes resguardos de depósito ó pólizas de préstamo ó de crédito con garantía.

Madrid 15 de Septiembre de 1893.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

BANCO DE ESPAÑA

Desde el día 30 del corriente se pagarán por el Banco, así en Madrid como en las Sucursales, los cupones que vencerán el mismo día de las obligaciones del Tesoro al 5 por 100 anual, emitidas en virtud de la ley de 24 de Junio último.

A este efecto se podrán presentar desde hoy en las mismas cajas los referidos cupones, para su reconocimiento, bajo las correspondientes facturas.

Madrid 18 de Septiembre de 1893.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento. —

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FELIPE PINTO

11, Flor Baja, 11:

1893

ELIXIR DE Protocloruro DE HIERRO CON HIPOFOSFITOS DE VIVAS PEREZ

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.*

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.—MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA, **Farmacia** VIVAS PEREZ

ALMACEN DE RELOJES

EL MÁS IMPORTANTE DE ESPAÑA

GIROD Y FONTANEZ

En esta casa se encuentra á precios de fábrica desde el reloj más fino de Losada, Patek, Piquet, hasta el popular y seguro reloj Roskopf.

Es casa que merece ser visitada.

POSTAS, 25 Y 27

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA

DE

VICENTE GARCIA MUSTIELES

(SUCESOR DE PÉREZ)

CALLE MAYOR, NÚM. 50

MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.

Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.

Se sirven los pedidos con toda prontitud.

MEDICACION ANALGÉSICA

Solucion y Comprimidos DE EXALGINA DE BLANCARD

JAQUECAS

COREA

REUMATISMOS

DOLORES

NEVRALGICOS, DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento

CONTRA EL DOLOR

PARIS, rue Bonaparte, 40

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 8 15 pe. fs.
Un año..... 4 »

NÚMERO 19.—Madrid 15 de Octubre de 1893.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 francos.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pesos.
Un año..... 5 »

SANTA TERESA DE JESUS

SUMARIO

TEXTO

La cuestión nacional, por Bachiller Alonso.—Santa Teresa de Jesús, por Alvaro L. Núñez.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—El invierno, por Angel Salcedo Ruiz.—La partida, por Isabel Chelx.—Nuestro arte religioso, por José Ferrándiz.—Un modelo de virtudes, por Angel Vergara.—San Juan de la Cruz, por Martín Domínguez Berrueta.—Reclamos y anuncios.

GRABADOS

Santa Teresa de Jesús (según el retrato más auténtico).—Felipe II.—Las islas Chinchas.—Casa de Correos en París (vistas exterior é interior).—Los alejados.—Casa donde nació Chateaubriand.

La cuestión nacional

La nación quiere que se vengue, ó, mejor dicho, que se castigue el sangriento ultraje de los moros riffeños á la bandera y honor de la patria, y nada más puesto en razón; porque las naciones que dejan pasar sin correctivo tales desmanes no tardan en sufrir otros mayores y más crueles, y así se van sucediendo las injurias y las catástrofes hasta que viene la postrera é irremediable. Hay que enseñar á los bárbaros montañeses del Riff que á España no se la injuria impunemente, y á Europa entera que, aunque decaída, España es todavía España, y lo será mientras que exista.

Sentados estos precedentes, que nos parecen axiomáticos, esto es, proposiciones indiscutibles, creemos que debe pensarse mucho en lo que ahora se haga para vengar la ofensa que se nos ha inferido; porque los pueblos, además de pundonorosos y caballerescos, deben ser reflexivos, y no está reñido lo primero con lo segundo.

La opinión pública, la verdadera opinión pública, está excitada en toda España poderosamente, y los periódicos contribuyen á soliviantar los ánimos y á enardecerlos más y más. El espectáculo es hermoso. Desde *El País* hasta *El Correo Español*, todos los periódicos responden á los mismos ecos patrióticos, y se ve claro, evidente, que España es una nación una é indivisible, y que cuando se toca al sentimiento de nacionalidad, los españoles todos se sienten heridos.

Hace años ocurrió lo propio cuando el incidente de las Carolinas; hoy se repite el mismo consolador fenómeno. Y se repetirá siempre, Dios mediante.

Al Gobierno toca encauzar este movimiento, y enderezarlo á buen fin.

La explosión del sentimiento nacional es ahora bastante más digna de llamar la atención, y más meritoria, cuanto que realmente no es necesaria. Para pelear con Napoleón I se comprende que todo el país tuviera que tomar parte activa y directa; para tan gran empeño no bastaban los recursos ordinarios del Estado, y era preciso, por lo tanto, que la sociedad entera se levantase, y que legos y eclesiásticos, comerciantes y propietarios, ricos y pobres, militares y paisanos corriesen juntos al combate y ofreciesen todo su dinero y su sangre toda para la común empresa Cosa semejante exigía por la fuerza del enemigo posible el conflicto con Alemania.

Hoy, por suerte, no se necesita tanto. Para castigar á los riffeños y reconstruir el fuerte destruído y profanado por aquellos salvajes, bastan y aun sobran con los recursos ordinarios del Estado. No es necesario alistar voluntarios, ni siquiera llamar á banderas á un solo reservista.

Lo primero que tiene que hacer el Gobierno y en lo que tiene que fijarse la opinión pública, para no caer uno ni otra en lamentables extravíos de acción ó de concepto, es comprender la importancia ó proporciones de lo que se va á intentar, de lo que hay que hacer en el Riff.

Ahora no vamos á conquistar á Marruecos. Ni siquiera vamos á ocupar militarmente las montañas del Riff, sometiendo á nuestro dominio á sus salvajes habitantes. Ni la situación general de Europa ni la particular de España, nos consienten recrearnos con tan hermosos sueños. Para conquistar el Riff se necesitarían cien millones de pesetas y treinta ó cuarenta mil hombres. No hay que pensar en esto.

En lo que sí hay que pensar es en reconstruir el fuerte, y vengar la ofensa, dos cosas que no son mas que una; porque la ofensa se venga reconstruyendo el fuerte á despecho de los moros.

Y es más. Que no hay otra manera de vengarla. Una salida de la plaza sin el objetivo concreto y determinado de reconstruir el fuerte, aunque se haga con diez ó doce mil hombres, sólo podría producir el resultado de llevarse por delante á los moros una legua ó dos de terreno, y tener luego que retroceder á la plaza, con el aditamento de que los moros vendrían picando la retagnardia á la columna, consiguiéndose así que aquellos bárbaros se figurasen que habían obligado á nuestras tropas á meterse en la plaza á viva fuerza.

No, no es esto. Hay que salir de la plaza, sí; pero para reconstruir el fuerte, y no volver á Melilla hasta que el fuerte quede en buenas condiciones de poderse defender con la guarnición que se le asigne. Esta es la única campaña que hay que hacer en el Riff.

Y para que salga bien esta campaña es necesaria mucha cordura, mucha previsión sobre todo, por parte de los que la dirijan.

Que no vaya á suceder que salgamos de Melilla, arrollemos á los moros, conquistemos el solar del fuerte, y luego resulte que se nos olvidó llevar la cal, los martillos ó cualquiera otra cosa de las indispensables para las obras.

Todo tiene que estar preparado para el momento; tan preparado, que, una vez sobre el solar, puedan empezar las obras al minuto y concluirse lo más pronto posible. Téngase en cuenta que todo el tiempo que duren las obras han de ser de bajas y más bajas en la tropa que está acampada allí protegiendo la construcción. Impónese, por lo tanto, que ese tiempo sea muy breve. Y para que lo sea, que se lleve todo preparado, si puede ser en piezas, para que no haya que hacer más que colocarlas.

Así entendida la campaña, creemos que con 3.000 hombres de refuerzo á la guarnición de Melilla, basta para llevarla á feliz remate, sobre todo cuando esos 3.000 hombres han de operar dirigidos por un jefe tan entendido y valeroso como el general Margallo.

BACHILLER ALONSO.

Santa Teresa de Jesús.

En el siglo XVI, en aquel siglo glorioso para España, entonces dueña del mundo entero y en todo él respetada por la importancia de sus hombres y de sus instituciones; en aquel siglo de oro inmortalizado por los nombres de San Ignacio ee Loyola, de Felipe II, de Hernan-Cortés y de D. Juan de Austria, floreció en nuestra patria una de las figuras más grandes que jamás vieron los siglos, y que, á pesar de la grandeza del escenario en que aparece y de las otras figuras que la rodean, descuella gigante entre todas por los sublimes rasgos de su colosal silueta. Es Santa Teresa de Jesús, la mujer eminente, la monja insigne, la fundadora incansable, la mística especialmente favorecida por Dios, la escritora notabilísima, cuyas obras son rico ornamento de la literatura castellana.

Como en ella parece que el cielo quiso juntar todas las gracias y dones que pueden adornar á una criatura, no es posible que en los cortos límites de este pobre artículo quepan siquiera las líneas más salientes de la figura de Santa Teresa; ni por otro lado, es concedido á pluma humana y miserable como esta mía, concretar en los fríos renglones de un escrito todo lo que de la esclarecida doctora pudiera dictar el más acendrado ardor religioso. Pero siendo Santa Teresa amadísima y popular en España, de la que es Patrona, permitido será que un español hable con llaneza cristiana de los méritos subidísimos de aquella gran mujer, presentándola en los hogares españoles á la admiración de las mujeres creyentes.

I.

Nació Teresa en Avila el día 28 de Marzo de 1515, siendo hija de D. Alonso Sánchez de Cepeda y de doña Beatriz Dávila y Ahumada, padres modelos, adornados por Dios con todo linaje de virtudes domésticas. Educada Teresa cristianamente por su buena madre desde su más tierna edad, demostró luego gran afición á las prácticas piadosas y al ejercicio de la virtud. Cuando apenas contaba siete años, quiso ya sufrir por Cristo la muerte, y en compañía de uno de sus hermanitos, determinó pasar á tierra de infieles para conseguir en ella el anhelado martirio: tomando algunas provisiones para el viaje salieron calladamente de Avila aquellos angelitos caminando á la aventura, hasta que los inocentes fueron recogidos por un pariente suyo que los devolvió á la casa paternal. Allí simulaban en la huerta que hacían vida monástica, apareciendo ya en Teresa aquella profunda vocación religiosa que andando el tiempo había de hacer de ella modelo universal de observancia.

A los doce años perdió Teresa á su madre. Por entonces sufrió su devoción un gran enfriamiento, debido á la lectura de los disparatados libros de caballerías y á las vanas amistades que sostuvo con unos parientes. Pero Dios, que guardaba para cosas más altas á la desorientada doncella, puso inmediatamente el remedio, que fué su ingreso en el convento de Santa María de Gracia, donde Teresa recobró la dulce paz del espíritu que es el mayor bien que puede encontrarse en este mundo. Resentida gravemente su salud, hubo de salir del convento al año y medio de haber entrado en él, para estar al lado de su familia una temporada, después de la cual, y gracias á saludables lecturas, piadosas conversaciones y sanos consejos, renunció para siempre al mundo, profesando en el monasterio de Carmelitas de la Encarnación, en Avila.

En aquella religiosa casa observó Teresa vida tan austera, que lo delicado de su constitución femenil no pudo soportar tan extremado ascetismo, volviendo á caer enferma de gravedad y viéndose nuevamente obligada á volver al seno de su familia. Mejorada algún tanto, regresó al convento, en el cual, con la protección de San José, de quien fué siempre ardentísima devota, recobró la salud. Enfriado, sin embargo, su fervor religioso, comenzó otra vez á gustar del trato de seglares en el locutorio y de conversaciones insulsas y ligeras que la apartaban del verdadero camino de la perfección, y que seguramente la hubieran causado grave perjuicio á no mediar ciertos avisos y visiones celestiales y la muerte de su padre D. Alonso Sánchez de Cepeda, que hicieron gran mella en el corazón de nuestra biografiada. Con los buenos consejos de virtuosos varones pudo vencer las diversas tentaciones que la acosaban, y á la edad de treinta años, haciendo la vida más observante que se puede imaginar, comenzó á recibir de Dios favores sobrenaturales que bien á las claras profetizaban el altísimo destino á que el Señor la había llamado.

Inflamado el corazón de la monja carmelita con el fuego del amor divino, y herido en lo más vivo por las ofensas que la pseudo-reforma luterana infería á la pureza del dogma y de la moral, con ánimo varonil determinó reformar la Orden del Cármen, restituyéndola á su primitivo rigor con la observación de la Regla de San Alberto, única que se avenía bien con la necesidad que Teresa sentía de padecer por Dios y tener con Él aquellos extáticos secretos coloquios con que el Señor la regalaba. Consultado su pensamiento con varones de prudencia y saber, entre los que se hallaba San Pedro Alcántara, y principalmente encomendado el asunto á la divina protección, después de grandes trabajos y contrariedades fundó el convento de San José, de Ávila, en donde con todos los requisitos canónicos tomaron el velo del Cármen cuatro doncellas de espíritu verdaderamente religioso, gobernadas por la insigne Fundadora. Cinco años permaneció Teresa en aquel convento, viéndose contínuamente favorecida con grandes mercedes y apariciones que le hacía el Señor, premiando con ellas las virtudes heróicas de aquella mujer escogida.

En 1567, el General de los Carmelitas Fray Juan Rubeo, asombrado de las eminentes cualidades espirituales de la Madre Teresa de Jesús, la facultó para fundar más conventos reformados de monjas en todos los reinos de Castilla; y á petición de la misma Madre, el propio General la autorizó también para fundar conventos de frailes, dando así principio una débil mujer á la magna empresa de la Descalcez Carmelitana, que tantos beneficios habría de reportar á nuestra nación española.

Con febril actividad comenzó Teresa su obra. En un solo día fundó el convento de San José de Medina del Campo, donde conoció al Doctor estático Fray Juan de la Cruz, que desde aquel momento se declaró devoto discípulo de la seráfica Madre, de cuyo espíritu era hermano gemelo el espíritu de aquel hombre sublime. Desde Medina marchó la santa religiosa á Alcalá de Henares, cuyo monasterio, un tanto desconcertado por el celo poco prudente de la espiritual María de Jesús, recibió de nuestra heroína así como nuevo aliento y nueva vida que le trajeron á regular movimiento y estado. Pasó después Teresa á Malagón, donde fundó otro monasterio, debido á la munificencia de Doña Luisa de la Cerda, la cual cedió un castillo para albergar á las monjas mientras construía la nueva casa religiosa. Enferma, pero no cansada, volvió Teresa á Ávila para trasladarse inmediatamente á Valladolid, en cuyas afueras ofrecía D. Bernardino de Mendoza casa y huerta para un nuevo convento que quedó abierto al culto el 15 de Agosto de 1568, no sin antes haber tratado la ínclita carmelita de la fundación de Duruelo, primer convento de Carmelitas descalzos abierto por San Juan de la Cruz en 27 de Noviembre del mismo año. Corrió después á Medina, á Ávila y á Toledo, en donde á 14 de Mayo de 1569 inauguró otro convento de religiosas. En este mismo año 69 fundó Teresa de Jesús otros dos monasterios en Pastrana, uno de monjas y otro de frailes, protegidos por la célebre Princesa de Évoli, que tantas amarguras proporcionó á la esclarecida Fundadora. Á fines del siguiente año fundó también un convento en Salamanca, otro de hombres en Alcalá, y el famosísimo de Nuestra Señora de la Anunciación en Alba de Tormes, á costa de Doña Teresa de Láiz, monasterio el más venerado de todos, y destinado por la Providencia para sepultura del incorrupto y fragantísimo cuerpo de la seráfica Madre.

Nombrada Priora de la Encarnación de Ávila, tuvo la dicha de conseguir una completa pacificación de aquel alterado monasterio, recibiendo en él, así como durante sus tareas fundadoras, infinidad de favores místicos con que la regalaba el Señor del Cielo, el cual se le aparecía muchas veces en forma corporal y humana, dignándose hablar con ella y aconsejarla lo que convenía para el más feliz éxito de los graves negocios que la ocupaban. ¡Sólo así se pueden explicar aquellos maravillosos resultados que la monja carmelita consiguió en medio de tremendas contrariedades, que á cada paso parecía que iban á desbaratar todas las obras de aquella mujer perfecta!

El día de San José de 1574 abrió Teresa otro convento en Segovia, adonde trasladó las monjas de Pastrana, que no podían resistir las extravagancias de la altiva Princesa de Évoli. Fundó á poco otra casa en Veas (Jaén), después de un viaje penosísimo en pleno invierno, por caminos ignorados y salvando mil peligros. Más tarde ordenó la fundación de Caravaca, y aconsejada por el doctísimo P. Baltasar Gracián, aunque enferma y cansada del cuerpo (que no del espíritu entero y varonil), marchó á Sevilla, donde con mayor pobreza y más graves oposiciones que en parte alguna, abrió un nuevo convento, que pudo subsistir gracias á la protección de D. Lorenzo, hermano de la Madre Teresa, que á la sazón regresaba del Nuevo Mundo.

Muchos y muy terribles enemigos tenía la santa carmelita; pero ningunos tan furiosos como los Carmelitas descalzos, que levantando contra la Reforma tremenda tempestad, hubieran concluído con la obra de Teresa de Jesús á no contar ésta con la visible protección del cielo. Aquel furor fué vano. Segura la gran mujer de su inocencia, siguio imperturbable el camino que el Señor le había señalado, y al cabo del cual la esperaba corona inmortal de gloria. Pacificada la Orden, al amparo del rey Don Felipe II, volvió la Madre, enferma y achacosa ya, á su activo y fructífero trabajo.

Visitó á Ávila, Valladolid, Medina, Alba, Salamanca y Malagón, fundando en 1580 otro monasterio en Villanueva de la Jara. Habiendo recibido aviso de D. Álvaro de Mendoza, Obispo de Palencia, decidió ir á esta ciudad; pero sufrió en Toledo un fuerte ataque de perlesía que por entonces cambió el rumbo de sus tareas. Pasó á Segovia, á Medina y á Valladolid, donde enfermó tan gravemente que todos creyeron que moriría de aquella enfermedad; no fué así, por permisión del Altísimo, que todavía le dió fuerzas para hacer las fundaciones de Palencia, Soria y Burgos, y para corregir los abusos que se habían introducido en San José, de Ávila.

Pero su cuerpo, extenuado con tanto trabajo y sufrimiento, no era digno compañero de aquel espíritu fuerte y valeroso.—Encontrábase Teresa de Jesús en Medina, en Septiembre de 1582, cuando la Duquesa de Alba, hallándose próxima á ser madre, rogó encarecidamente á nuestra Santa que se trasladase á Alba de Tormes para acompañarla á ella, á la Duquesa, en el trance del alumbramiento. Accediendo cariñosamente á estos deseos, la pobre anciana recorrió con gran trabajo el camino, llegando á Alba el 20 de Septiembre, herida ya con la espada de la muerte que pronto iba á abrirle las puertas del Paraíso. En los pocos días que permaneció en aquel monasterio, se esforzaba la buena Madre por cumplir los oficios religiosos; pero le era imposible realizar sus deseos. La víspera de San Francisco de Asís recibió el adorable Sacramento de la Eucaristía con tan fervorosas efusiones de divino amor que produjeron pasmo en las personas que la rodeaban, las cuales creían estar en presencia de un abrasado serafín. Arrobada en místico éxtasis permaneció diez horas, transfigurada, radiante, celestial; y á las nueve de la noche del 4 de Octubre de 1582, aquel corazón sublime, corazón de mujer fuerte y de angel divino, dejó de latir, y el alma de Teresa de Jesús fué á consumar la unión eterna con el Amado en la Gloria.

Su cuerpo sin vida quedó hermoso en alto grado, despidiendo un aroma exquisito «con tanta fuerza y demasía, que fué preciso abrir las ventanas para poderlo resistir.» Aquel precioso cuerpo fué trasladado á Avila, para ser de nuevo devuelto á Alba de Tormes, donde hoy se halla incorrupto aún y fragante, guardado en rico sepulcro. Muchos y muy notables milagros se han operado en este sepulcro, razón por la cual es visitado con gran devoción y provecho por gran número de peregrinos de diversos lugares de España. Aún resuenan en esta tierra las aclamaciones de júbilo con que, el 15 de Octubre de 1882, se celebró en Alba el tercer centenario del glorioso tránsito de Santa Teresa, con una numerosísima romería á la que acudieron devotos de muy apartados lugares, ansiosos de rendir á la mística doctora en su sepulcro el honor que todo el orbe la concede.

Fué esta mujer perfecta de claro y poderoso entendimiento, de sensibilidad exquisita y de voluntad fuerte é invencible. Era dulce su trato, alegre su carácter, y su conversación amena y regocijada. Fué Teresa de singular hermosura física; y se acostumbra á representarla en forma de una bellísima doncella coronada con la borla de doctor, en actitud de escribir, arrobada en contemplación celestial, lo que una blanca paloma, símbolo del Espíritu Santo, la dicta volando cerca de la frente luminosa de Teresa.

II.

Sería tarea interminable el referir menudamente los múltiples milagros con que Dios ha atestiguado en diferentes ocasiones la santidad de Teresa de Jesús: apariciones, éxtasis, admirables curaciones de tremendas enfermedades, resurrecciones de cuerpos muertos y gracias infinitas. Pero por lo que tienen de misteriosos y estupendos, bueno será dar cuenta de algunos prodigios que son la admiración del mundo entero, y la constante pesadilla de los que altivamente quieren explicar con razones naturales las cosas que directamente atañen á la misma Divinidad.

Muchos años antes de morir, hallándose Teresa arrobada en alto grado de contemplación, vió hacia su lado izquierdo un hermosísimo serafín que, armado de un gran dardo de oro terminado en hierro encendido, hería y traspasaba el corazón de la Santa carmelita, y produciéndole un estado especial, mezcla de dolores profundos y suavidad celeste, que ella misma no acierta á explicar, la dejaba toda abrasada en amor de Dios. Cuando después de muerta Santa Teresa, extrajeron de su cuerpo incorrupto y aromático el admirable corazón, vieron todos con pasmo la herida amorosa hecha por el dardo seráfico. En 17.6 con objeto de poder celebrar la fiesta de esta Transverberación, se hizo en Alba de Tormes el examen facultativo del corazón teresiano, habiendo declarado entonces los médicos y cirujanos, que la incorrupción y la herida sensible que en aquél se notaban no tenían explicación científica, como tampoco la tenía el hecho de vivir una persona teniendo tanto tiempo la víscera más importante del organismo herida de tan extraordinaria gravedad; por lo cual aquello debía tenerse por milagroso. En 1733 Clemente XII dió un decreto permitiendo que en toda España se celebrase solemnemente la festividad de la Transverberación del corazón de Santa Teresa.

Otro de los prodigios asombrosos que se han visto en este misterioso corazón, son las espinas que en nuestros días (en el año 1836), han nacido alrededor de la sagrada reliquia. Todas las espinas, que son quince, nacen en la punta del corazón hacia el lado izquierdo; la mayor tiene unos tres centímetros de altura y dos milímetros de anchura: son todas de color rojo encendido. En 1872, por encargo del señor Obispo de Salamanca, examinó estas espinas una comisión de notables facultativos, los cua-

FELIPE II

les unánimemente declararon que no podían explicarse ni la naturaleza ni la causa de aquel singularísimo fenómeno. Muchas conjeturas se han hecho sobre la significación de las espinas del corazón de Santa Teresa de Jesús; pero es peligroso aventurar opiniones particulares acerca de hecho tan misterioso y estupendo. Sólo Dios, que hirió con el dardo de la caridad divina el corazón que tanto le amó, sabe por qué nacen espinas alrededor de flor tan fragante y delicada.—El corazón de Santa Teresa se conserva en el convento de Alba de Tormes, guardado en riquísimo fanal, siendo constantemente visitado por multitud de piadosas personas, que desde apartadas regiones van allí á adorar aquel sagrario del amor divino.

III.

La universal fama que la vida ejemplarísima, la sabiduría, los milagros y los ricos tesoros de gracia granjearon á Teresa de Jesús, suscitó á los pocos años de su muerte un general y piadoso clamoreo que desde todas partes, y muy especialmente desde España, se dirigía á Roma pidiendo la canonización de la eximia reformadora del Carmelo. En 1597, quince años después del glorioso tránsito, y cuando aún vivían muchas personas que fueron testigos presenciales de las heróicas virtudes de Teresa, mandó á Roma el Nuncio Gaetano las informaciones que en toda España se habían hecho acerca de la vida y milagros de la seráfica carmelita. Al mismo tiempo el Rey Don Felipe II, las iglesias Metropolitanas, los Cabildos de casi toda la nación y las ilustres Universidades de Alcalá y de Salamanca, (honra grande de la ciencia española), rogaban al Pontífice Clemente VIII que se dignase prontamente acceder á las vehementes ansias de los devotos de Teresa. A pesar de los buenos deseos que en Roma se abrigaban tocante á la beatificación de aquella extraordinaria mujer, habida cuenta de la gravedad de estos asuntos, en los que, hay que proceder con sumo detenimiento y gran mesura, no se expidió el Breve de beatificación hasta el 24 de Abril de 1614, refrendado por el Papa Paulo V. Referir los festejos y alegría con que recibió nuestra España la gloriosa noticia, sería cuento de nunca acabar: procesiones, certámenes literarios, funciones, músicas, torneos, corridas de toros, fuegos de artificio, todo parecía poco para expresar el contento que los corazones sentían al ver en los altares á la Madre carmelita. Pero, pasado el bullicio de aquellos días, consideraron los españoles que aún había una superior dignidad en la Iglesia que se podía conferir á su amadísima Beata, y nuevamente comenzaron á moverse y á suplicar á fin de conseguir la canonización. Cumplidos los graves requisitos que para asuntos de tal monta tiene sabiamente establecidos la Iglesia Romana, en 12 de Marzo de 1622 expidió el Pontífice Gregorio XV un decreto en que se canonizaba á la Beata Virgen Teresa de Jesús y á otros cuatro grandes siervos de Dios, uno florentino, Felipe Neri, piadoso fundador de la Congregación del Oratorio, y tres españoles, Isidro, el humildísimo labrador madrileño, Ignacio de Loyola, glorioso Padre de la ínclita Compañía de Jesús, y Francisco Javier, el valeroso Apóstol de la India. Nuevamente se repitieron en España las generales muestras de público regocijo, y muchas iglesias y no pocos pueblos eligieron á Santa Teresa por especial abogada y protectora.

Las Cortes del Reino, en 30 de Noviembre de 1617, la votaron también por Patrona de las Españas, en gracia á la gran popularidad que en esta religiosa nación gozó siempre (y goza aún, á pesar de las vicisitudes de los tiempos) la excelsa reformadora del Carmen. No pasó sin oposición tan solemne voto, pues algunos Obispos se negaron á cumplirlo, creyendo que el Patronato de España correspondía exclusivamente á Santiago Apostol, desde tiempo inmemorial tenido por Patrono nuestro, y aún más, considerando que Teresa de Jesús no estaba todavía canonizada. Prudentemente obraron las Cortes y el Rey al no obligar á nadie en materia tan delicada y resbaladiza, hasta que en 1627 consiguió Felipe IV del Sumo Pontífice Urbano VIII un Breve en que se mandaba admitir á Santa Teresa como Patrona de España, sin mengua ninguna del Patronato del Apostol. Todas las iglesias españolas se apresuraron á cumplir el Breve de Su Santidad: solamente la ilustre Metropolitana de Santiago, creyendo de su deber defender las glorias del Apostol, que nadie trataba de menoscabar, trabajó con ahinco por deshacer el acuerdo, acompañada en su tarea por la Orden militar de Santiago, siendo el famoso escritor D. Francisco de Quevedo y Villegas, caballero del hábito de aquel Santo, uno de los que más enérgicamente se opusieron al Patronato de Santa Teresa, en un Memorial dirigido á Felipe IV. Aunque los Carmelitas contestaron con poderosas razones á los reparos de los santiaguistas, no pudieron evitar que el mismo Urbano VIII reformase el Breve, levantando el mandato y convirtiéndole en consejo. Por fin, las Cortes de Cádiz de 1812 decretaron nuevamente el Patronato de Santa Teresa después del de Santiago; decreto en verdad supérfluo, pues, á pesar de discusiones y disputas entre opuestos bandos, el pueblo español siempre ha tenido por Madre á la insigne Santa Teresa, de quien, además de honra y gloria, tantos beneficios ha recibido y está hoy día recibiendo.

IV.

Conviene también dedicar algunas líneas al misticismo de Santa Teresa, ya que esta insigne mujer ocupa, con San Juan de la Cruz, la cúspide de nuestra riquísima mística española.

Aunque todos los libros de la Santa pueden calificarse de místicos, puesto que todos ellos se proponen adoctrinar en el ejercicio de las virtudes para conseguir la unión de amor con Dios, sin embargo, sólo en el *Castillo interior* ó *Las Moradas* es donde propiamente se encuentra sistematizado por manera maravillosa el misticismo de Santa Teresa de Jesús.

Las Moradas (libro escrito en los postreros años de esta simpar mujer), no son otra cosa que una explicacion admirable de los caminos que siguen las almas piadosas y creyentes, encendidas en santa caridad, hasta unirse con Dios por amor en el fondo de ellas mismas. Santa Teresa, como todos los escritores místicos, se vale de la alegoría, único modo de poder tratar con acierto cosas que, por lo elevadas y sublimes, están fuera de la corriente natural de los sucesos humanos. Supone la mística doctora que hay en el alma un castillo de transparente y bellísimo diamante, con siete estancias ó moradas, y en cuyo centro, resplandeciente de hermosura, se encuentra el Rey del Cielo. Para llegar á aquel centro es necesario que el alma, después de limpiarse del pecado, que como cadena de hierro la cautiva, pase por siete grados de oración, al pasar por cada una de las moradas, luchando con tentaciones, asperezas y dolores, pero recogiendo también en el camino espirituales consuelos, delicias desconocidas é inenarrables. Nada más digno de admiración que este agudo análisis subjetivo hecho por la Santa en el alma del que aspira á la unión mística con Cristo, pintando con mano maestra las fatigas, las victorias, las batallas, las revelaciones que surgen en el camino hasta llegar á la séptima morada, donde, anuladas las potencias anímicas, Dios y el alma se confunden en un Oceano de inmenso amor, alcanzando el alma conocimiento directo de la gloria futura reservada á los justos, y entendiendo por clara visión todos los misterios de la fe. Pero el místico no pierde la

LAS ISLAS CHINCHAS

conciencia de su personalidad, ni el libre albedrío, ni la realidad del universo, ni aun el sentido de la propia carne, que recordando al alma que aún vive en la tierra, la obliga á prorrumpir en amorosos quejidos, suspirando por la muerte que ha de hacer perfecta aquella unión mística en la eternidad de la gloria. Tampoco Teresa anula la vida activa ni la separa de la contemplativa, y continuamente repite que *obras es lo que quiere el Señor,* y considera la unión con Dios en la séptima morada como un premio concedido á la caridad. Así se oponía la santa mujer al fatalismo impío de los protestantes.

V

Finalmente: considerada Santa Teresa de Jesús como escritora, presenta también méritos eminentes y ocupa con justicia lugar distinguido en la historia de nuestras letras.

Escribió la esclarecida virgen (obedeciendo mandatos de sus superiores) libros *históricos, ascéticos, doctrinales ó místicos* y *poéticos*. Entre los primeros se halla su propia *Vida*, narrada con ingenuidad angelical y sencillez encantadora, y en la cual muestra los tesoros escondidos en su corazón, sus temores, sus tristezas, sus alegrías, sus esperanzas y sus amores místicos; y los libros de las *Fundaciones* y de las *Relaciones espirituales*, que son una pintura animadísima de los trabajos que la mujer fuerte pasó hasta ver erigidos sus amados monasterios, escrita con movimiento, naturalidad y gracia inimitables. Ascéticos son los *Avisos* y *Visitas de conventos*, escritos para el gobierno de sus monjas. Entre los doctrinales (ó mejor dicho *místicos)* sobresale la obra monumental de *Las Moradas*, admirable libro de una *mujer flaca*, pero iluminada con esplendores divinos por el Espíritu de Dios; el *Camino de perfección,* tratado de oración que en todos los tiempos ha producido sabrosos frutos para el cielo; los *Conceptos del amor de Dios,* profunda paráfrasis de algunas palabras del *Cantar de los Cantares,* y las *Exclamaciones ó Meditaciones del alma á su Dios,* magníficas efusiones de un corazón enamorado del Señor y agradecido á los altísimos favores que de Él recibe. Siendo española y literata no podía Santa Teresa dejar de componer versos; y en efecto, conservamos de ella algunos villancicos, letrillas y coplas candorosamente escritos para recreo de sus monjas, que los cantaban en ratos de inocente esparcimiento. Por último, el riquísimo *Epistolario español* contiene gran número de cartas de Santa Teresa, dignas todas ellas de mención por la gravedad de los conceptos y la sencillez y hermosura del estilo.

Los escritos de Santa Teresa de Jesús han tenido siempre el privilegio de cautivar amorosamente los corazones de todas aquellas personas que con la debida preparación los han leído. De los libros teresianos decía el insigne Maestro Fray Luis de León que, aparte otros muchos y grandes provechos que hallan en ellos los que los leen, dos son los que con más eficacia hacen facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud, y encenderlos en el amor de ella y de Dios.

Esta sabiduría celestial de Santa Teresa, estos méritos singulares que la colocan en preferente lugar del templo de la ciencia, esta altísima doctrina tratada en los libros teresianos con la sencillez y claridad del mas iluminado vidente, han conseguido para aquella mujer incomparable el título honorífico de *Doctora mística* con que en España se la nombra, y justifican el hecho de que sus escritos, traducidos á todas las lenguas y comentados por esclarecidos ingenios, sean considerados universalmente como el más perfecto tratado de Teología Mística, en el cual *habla el Espíritu de Dios,* como dijo también el mencionado Maestro Fray Luis.

—

Grande sobre toda ponderación es la figura de Santa Teresa de Jesús. ¡Lástima que esta pobre pluma mía no sepa presentarla ante vuestros ojos, lectores cristianos, con la hermosura y elevación dignas de la sublime Doctora avilesa! Pero aun así, dibujada toscamente, ¿quién no la admira? ¿quién no la ama?

ÁLVARO L. NÚÑEZ.

GRABADOS

Santa Teresa de Jesús, según el retrato más auténtico. (Pág. 289.)

Véase el artículo.

Felipe II. — (Pág. 292.)

No hay para qué recordar aquí la historia del gran rey, al que llamaron los hereges de su tiempo *el demonio del Mediodía*, y los católicos escudo, defensor y padre. Felipe II está ya definitivamente juzgado; las calumnias no han podido prevalecer contra su hermosa memoria. Bajo su dominio temporal vivió Santa Teresa, la insigne Reformadora del Carmelo, cuya fiesta celebramos hoy.

Las Islas Chinchas. — (Pág. 293.)

La materia fertilizante que goza de tanta estimación, el guano, procede, según es sabido, de los excrementos de aves palmípedas, á la manera que la *palomina*, otro abono de gran virtud, es la materia excrementicia de las palomas.

La virtud del guano se debe á una substancia azoada que en su composición interviene la *guanina*, cuya fórmula química es $C^5 H^3 N^3 O$.

De todas las variedades del guano, la que obtiene singular aprecio es la del Perú, cuyo principal criadero es el de las Islas Chinchas, situadas á doce kilómetros de la costa. Aun en este mismo depósito ofrece la materia fertilizante grandes diferencias, según sea la situación del punto donde se tome. El del lado S. O., por ejemplo, á consecuencia del azote contínuo de los vientos húmedos, pierde mucho amoniaco.

Pero el caracter más apreciado del guano de las Islas Chinchas es la unidad de composición; de aquí que el guano del Perú sea el más rico del mundo, cosa que, como puede comprenderse, alienta la codicia, y es incentivo para la falsificación.

Nuestro grabado representa una vista de las famosas islas.

La Casa de Correos en París (vista interior). (Pág. 296.)

La Casa de Correos en París (vista exterior). (Pág. 297.)

La importancia extraordinaria del ramo de Comunicaciones en nuestro tiempo hace que en casi todas las capitales el correo está instalado en un verdadero palacio. El de París es uno de los más ámplios y hermosos.

Ofrecemos á nuestros lectores dos vistas, una exterior y otra interior del magnífico edificio. ¿Cuándo contaremos en Madrid con algo parecido?

Los alojados. (Cuadro de Perea).—(Pág. 300).

España entera ha sentido en sus mejillas el horrendo bofetón que las kábilas del Riff nos han descargado. La heroica guarnición de Melilla ha sido atacada por diez ó doce mil bárbaros riffeños, y toda España clama por una *nueva guerra de África*. En estas circunstancias ¿cómo olvidar la de 1859-60? El dibujo de Perea trae á la memoria aquel hermoso episodio de la historia contemporánea. Son *Los alojados* de Perea dos soldados españoles, de los que pelearon y vencieron en el Serrallo, Monte Negrón, Castillejos, río Martín, Tetuán, Sansa y Vad-Rás; de los que á las órdenes de O'Donnell, Prim, Ros de Olano, Zavala, Echagüe y Ríos dieron aquellas admirables cargas á la bayoneta que tanto temían los marroquíes, de los compañeros de Pedro Antonio de Alarcón; y la casa en donde están alojados no es de labradores manchegos ó aragoneses; es una casa hebrea de la ciudad de Tetuán, y hebreos son los tipos de las mujeres, del niño y del anciano que escuchan embobados el relato de nuestro gallardo infante, relato probablemente salpimentado de mentiras contadas con mucho salero.

No deseamos que nuestro ejército tenga que recorrer otra vez las etapas de una guerra tan cruel como han sido siempre las de África. La afrenta recibida bajo los muros de Melilla hay que vengarla; pero váyanse nuestros gobernantes con tino y discreción, y no nos empeñemos en empresas superiores á nuestros escasos recursos, y de las que sacaríamos ningún provecho.

Castillo donde nació Chateaubriand.—(Pág. 301).

El grabado representa el castillo de Combourg, fortaleza vetusta, á cuyo pie pelearon bizarros caballeros, y que andando el tiempo había de servir de cuna al insigne autor de *Atala* y del *Genio del Cristianismo*.

Recorriendo sus salas espaciosas y de carácter feudal, se lee en una de ellas con gruesos caracteres:

Aquí nació el 8 de Septiembre de 1768
Chateaubriand.

Todavía se conservan muebles que usó en vida el insigne escritor. Quizá sean estas las únicas reliquias de algún valor que quedan. Lo demás ha ido desapareciendo con el tiempo.

Chateaubriand no sintió nunca grande amor á la casa que fué su cuna. En una de las habitaciones, donde hay una modesta biblioteca compuesta de unos cuantos *in folios* y de varios libros modernos, puede verse un cuaderno manuscrito, redactado probablemente por algunos de los propietarios actuales del castillo, en que se dice que Chateaubriand sólo estuvo allí durante tres temporadas cortas. Quizá quien tales palabras escribió quiso dirigir un cargo contra el hombre ilustre por no haber gustado de tal residencia. Si no tienen esa interpretación no tienen ninguna.

En una de sus obras, no recordamos en cual, dice Chateaubriand: *Bajo estos techos oscuros de Combourg he llegado á ser lo que soy*. No hubiera estado de más que una frase hubiera sido puesta á continuación de la otra.

El castillo es una fábrica maciza que no llama la atención por ninguna belleza. Asemejase por su arquitectura á los muchos del siglo XI que se conservan en nuestros días.

En el interior no se ven más que grandes salas abandonadas y paredes desnudas. Sin la habitación de Chateaubriand no iría nadie á visitarlo.

No sabemos si en vida del gran escritor era la residencia lo que actualmente es. Quizá tuvo razón el que sólo permaneció allí «tres temporadas cortas» para huir de un paraje que solo ofrecía una hospitalidad triste como la muerte.

El que pareció quejarse de Chateaubriand, porque no mostraba grandes aficiones al solitario castillo, debió seguir su ejemplo. Salvo dos ó tres habitaciones ocupadas por la familia del guarda, las restantes se hallan como quizá las dejaron sus moradores hace dos siglos.

Hasta 1846, el castillo de Combourg estuvo completamente olvidado Por aquel año uno de los biógrafos de Chateaubriand dijo que aquel era el punto donde nació una de las figuras más esclarecidas de Francia, y resultó así la fama que habían enterrado los siglos.

Si hay quien se acuerde del oscuro rincón de Bretaña, no es porque fué teatro de hazañas caballerescas, sino porque en él abrió los ojos á la luz uno de los escritores más esclarecidos de nuestros tiempos.

ANTONIO DE OLMEDO.

El invierno

LAMA ya á nuestras puertas con sus destempladas voces, helando cuanto tocan sus dedos de nieve, arrancando de los árboles las hojas, y vistiéndolo todo de gris; las noches son interminables; los crepúsculos fugitivos y tristes; apenas si durante algunas horas, muy pocas, luce el sol, recordando con sus tibios resplandores las hermosuras y el brillo de la primavera.

Para los ricos, el invierno... buena estación. Es la estación de los opíparos banquetes, de los saraos magníficos, de las habitaciones ricamente paramentadas y caldeadas suavemente; la estación de las alfombras, de las arañas de cristal con ramilletes de luces, de las flores de invernadero, del interior de los carruajes guarnecido de raras y vistosas pieles, del teatro Real y de las tónicas cacerías en abrigados valles meridionales. En el invierno es cuando se baila, se canta, se murmura, se intriga, se enamora y se come. El frío de afuera hace más grato el dulce calorcillo de adentro; contra el hálito del Septentrión bien pueden luchar la chimenea de marmol repleta de troncos de encina, el *choubersky* y la corriente de agua tibia, que da á los salones en pleno Diciembre atmófera de Mayo... Si eso no basta, ahí están el Jerez, el Madera, el Rhin y el Champagne, que al entrar en el cuerpo lo caldean y enardecen mejor que pudieran hacerlo los rayos de un sol canicular.

Para esas gentes se comprende que tenga el invierno muchos encantos. Es la época del año en que se divierten, ó lo que es igual, en que viven, porque para ellos divertirse y vivir son una misma cosa.

Para la medianía de fortuna, tanto para la que Horacio llamó dorada, como para la que pudiéramos apellidar argentina, y aun para la de cobre, el invierno tampoco es del todo malo. Alrededor de la modesta camilla ó del brasero de metal dorado, suele á veces sentarse la felicidad más tranquilamente á sus anchas que en los ricos salones de los opulentos.

Verdad que fué un problema, y de los más difíciles, el de cubrir los suelos de cordelillo, de pita ó esparto, tapar las rendijas con los burletes, y hasta colgar delante de algún balcón traicionero el indispensable tapiz imitado; hubo que hacer muchas combinaciones, que escribir muchos números, que hablar con este y con el otro; pero como se venció al cabo, á las incertidumbres crueles de la batalla ha sucedido la satisfacción viva y gratísima de la victoria... El padre y la madre de familias, ya resuelto el problema, ya vencidas las dificultades, se sientan tranquilos y orgullosos en el mejor sillón de la casa, y desde allí contemplan las humildes esteras y el feo tapiz, torpemente remedado; pero que como les costó tanto esfuerzo, no le cambiarían por mullidas alfombras, ni por un flamenco ó un Goya legítimos...

El café y el casino, atrayendo á su seno á los varones, han puesto fuera de juego á las antiguas tertulias domésticas, en que solían pasar en otro tiempo las veladas invernales las familias de la clase media. Ya no hay bailes caseros; las *soirées* de Cachupín son un recuerdo histórico, y también lo son los juegos de prenda y demás entretenimientos de su clase. La diversión relativa de la velada es ahora el periódico, que se cuela de siete á ocho por debajo de la puerta, como un duendecillo, trayendo noticias de las cinco partes del mundo... En la sociedad actual se ha perdido el arte de la conversación; son muy pocos los que saben hablar, y menos los que saben oir. Lo que ahora se llama gracia en el decir, es una manera de desparpajo frontero al cinismo, y padre de la desvergüenza.

Lo que no se pierde es el tipo del bohemio que cruza por la Puerta del Sol, sin capa y sin camisa; las manos metidas en los bolsillos de los astrosos y rotos pantalones, y el cuello del fementido chaqué alzado hasta las orejas, si no como una barrera contra el frío, como una protesta contra sus injustos rigores. Ese tipo caricaturesco de la miseria es como el símbolo del invierno en estas grandes capitales; es la degeneración del pobre de levita; es la estatua viva del vencido en la lucha implacable por el garbanzo; es el náufrago arrojado á las playas del desamparo y del hambre por los vientos tempestuosos de la vida moderna. ¡Cuántos al verlo cruzar rápidamente por la acera, como una siniestra silueta de la desgracia, exclaman sin compasión: *¡ahí va un pillo!* ¿No sería más cristiano decir *ahí va un desventurado?*

Pero si ese pobre estrafalario no os mueve á lástima, ahí teneis, acurrucados en los umbrales y en los pórticos, á las altas horas de la noche, sin más abrigo que un chaquetón agujereado y una bufanda que parece un fleco, á muchos otros, y ¡oh, Dios mío! entre esos otros hay también muchos niños, infantes, cuerpecitos que aún podrían reposar en la cuna... ¿También esos infelices os parecen unos pillos?

Para los pobres en general el invierno es la estación cruel por excelencia; en verano, la acera de la calle, el banco del paseo, la sombra del arbol, la alfombra de yerba, suplen las deficiencias del hogar; las frutas, la ensalada y el gazpacho suplen la falta de la carne y del pan. En invierno todo es miseria y tristeza; los pobres niños, faltos de alimento, desabrigados, tiritando de frío, lloran con desconsuelo; y el padre de familias que los oye, partido el corazón, llora también; pero de rabia desesperada... En la cara del pobre obrero se ven ahora esos horribles gestos trágicos en que parecen invocados los nûmenes del infierno, y que evocan el espectro de las revoluciones sociales.

Ricos... Iba á echaros un sermón... Pero, ¿qué podría deciros que ya no sepais?

ANGEL SALCEDO.

La partida.

I

Pocos días después de la tarde de recreación y cuya memoria debía ser eterna para las descalzas de Alba de Tormes, se agravó tan o la enfermedad de la santa Madre, que, á pesar de haber luchado valerosamente, tuvo al fin que rendirse y guardar cama el día de la fiesta de San Miguel.

Hasta entonces no había faltado á los divinos Oficior; antes era la primera en acudir al coro y la última en abandonarlo. Aprovechó también la semana en escribir muchas cartas, ordenar sus apuntes y papeles, y hasta recibió dos veces la visita de la duquesa de Alba, que muy sentida al principio por la devolución de las joyas, y convencida después por las explicaciones que la fundadora la dió, quedó contenta y edificada.

Cuando Teresa vió que le era imposible levantarse, rogó á sus Hijas que la trasladaran á una enfermería alta, donde, por una reja que en ella había

y daba á la iglesia, podía oir Misa, y pasó allí muchas horas como trasportada en oración, acompañada sólo de Ana de San Bartolomé.

Antes de recogerse entró Catalina de la Concepción, ansiosa de saber si su amada enferma experimentaba algún alivio, y con el propósito de velar á su lado. Ana se opuso á este deseo y le mostró á la santa Madre tranquila al parecer.

—Ya ve su reverencia—dijo—que nada hay que hacerla: descanse ahora, y si mañana es preciso aceptaré su buena voluntad.

Al nacer el alba, Teresa abrió los ojos, miró á su compañera con inefable expresión de gratitud, y le indicó por señas el sitio en que se hallaba su breviario.

Ana se apresuró á llevarle: la santa Madre le abrió trabajosamente; buscó entre sus hojas una cifra, cuyo color indicaba estar escrita de mucho tiempo, y la mostró á la religiosa.

—Sí—dijo ésta—bien lo creo. ¿Qué me quiere decir su reverencia?

—Hace ocho años—murmuró con acento débil como un suspiro—me fué revelada la partida... desde esta noche... sé el día y la hora.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la pobre Ana y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Llanto?—dijo Teresa con dulce tono de reconvención.—¿Llanto porque... se acaba... mi destierro?

—¡Oh Madre!—gimió la fiel amiga.—Ruegue al Señor que tenga piedad de nuestra Orden y nos conserve la más firme columna de ella.

—*¡Sólo Dios basta!*—respondió con acento muy marcado.—Avise á mi Padre, Fray Antonio de Jesús... y no muestre pena... sino alegría; antes se lo hubiera dicho... si no me detuviera el temor de afligirla.

El Provincial acudió al momento, tan abatido y lloroso que daba compasión. Al fin procuró dominarse y entró en la enfermería.

Teresa se confesó muy despacio, y con una contrición que edificaba; el extremo de su humildad la hacía juzgarse la más pecadora y miserable de las criaturas. ¿Qué había hecho por Dios para lo que hubiera podido hacer? ¿Qué eran sus obras imperfectas comparadas con los tesoros que la misericordia de Dios le franqueaba, y que habría aprovechado copiosamente quien no fuese tan ruin como ella?

Cundía entre tanto la alarma en el convento, y la mala nueva se esparcía en toda Alba; las religiosas buscaban la soledad del coro para desahogar su dolor; las súplicas y penitencias aumentaban; los altares resplandecían de luces, y los rezos terminaban con fervorosas rogativas.

—¿Perderemos á nuestra Madre?—decía la joven novicia á su compañera la profesa, con quien hablaba en el huerto la tarde que llegó Teresa de Jesús.

—¡No lo quiera Dios!—repuso con vehemencia la interpelada.—Mas los presagios siguen, y creo que nada bueno aseguran. Durante el paroxismo de esta noche, nuestra Madre Priora ha visto dos luces muy brillantes en la ventana de la enfermería.

—¿Sabe su reverencia lo que dice Catalina de la Concepción?

—No.

—Al salir del coro la hallé extremadamente pálida y le dije: ¿Qué tiene? He visto—me dijo temblando, un rayo *color de cristal*, muy transparente y hermoso bañar todo el lecho de nuestra santa Madre, y especialmente su venerable cabeza; lo que es tanto más de notar, cuanto que aquella parte de la estancia siempre es oscura.

La noche del 3 de Octubre presentaba la enfermería un aspecto brillante y conmovedor; frente al lecho que ocupaba la fundadora, se levantaba un altar profusamente adornado de luces y flores; hierbas aromáticas y capullos de rosas adornan la pobre tarima donde yacía la enferma con el abatimiento propio de un cuerpo á quien abandona lentamente la vida.

Cruzadas las manos sobre el pecho, y perdida la mirada en misteriosa y extática contemplación, decía á las religiosas que la rodeaban:

«Hijas mías y señoras mías: perdónenme el mal ejemplo que les he dado, y no aprendan de mí, que he sido la mayor pecadora del mundo, y la que más mal ha guardado su regla y constituciones. Pídolas por amor de Dios, mis hijas, que las guarden con mucha perfección y obedezcan á sus superiores.»

Los sollozos levantaban con violencia el pecho de aquellas criaturas angelicales, mientras los labios permanecían heroicamente mudos: hubiérase dicho que por un convenio tácito dominaban toda su emoción para no turbar el reposo que parecía disfrutar su amada Madre.

Pocos momentos después la Comunidad entera, llevando hachas encendidas, penetraba en la enfermería acompañando al Santo Viático que traía el Padre Provincial. El buen anciano, traspasado de pena, oraba mentalmente por la Reforma Carmelitana, á quien amenazaba próxima orfandad. Al aproximarse el Huesped divinísimo, la que yacía desplomada, y sólo á poder de medicinas crudas parecía alentar, se incorporó con tal ligereza, que el asombro paralizó á los circunstantes.

Ansiosa, enamorada, resplandeciente el rostro que un vivo color encendía; hermosa como en los albores de su florida juventud, tendió las manos hacia el *Amado* de su corazón, y exclamó con un acento que no parecía pertenecer á la tierra:

«¡Oh, Señor mío y Esposo mío! ¡Ya es llegada la hora deseada; tiempo es ya de que nos veamos, Señor mío; ya es tiempo de caminar; sea muy enhorabuena, y cúmplase vuestra voluntad! ¡Ya es llegada la hora de que yo salga de este destierro y mi alma goce con Vos lo que tanto ha deseado!»

Se interrumpió, cruzó las manos y prosiguió con grande suavidad y ternura:

«¡Oh, Señor, que me amas más de lo que yo me puedo amar y entiendo! Ven, vida de mi alma, y seas bendito para siempre.»

Fray Antonio de Jesús levantó la Sagrada Forma mientras las Religiosas, con la faz en la tierra, repetían en coro suave el eco de la penitencia y la humildad:

—Señor, no soy digno de que entres en mi pobre morada; decid una palabra, y mi alma será sana.

Algún tiempo después de comulgar permaneció Teresa de Jesús recogida en delicioso éxtasis, mientras el Provincial recitaba las oraciones, á que respondía la Comunidad.

—En fin, Señor, soy hija de la Iglesia—exclamó la santa Madre con un suspiro de consuelo, dejándose caer pesadamente sobre las almohadas.

Fray Antonio de Jesús la interrogó con una mirada, á la que ella respondió animosamente:

—¡La Extremaunción, Padre mío!

El Provincial le administró el último Sacramento, en tanto que la fundadora, en voz baja, repetía estos versículos del *Miserere*:

«El sacrificio agradable para el Señor es un espíritu atribulado. Señor, no desprecies el corazón contrito y humillado.

»No me arrojes de tu presencia, ni apartes de mí tu santo espíritu.

»Crea en mí Señor un corazón limpio y puro».

El Provincial se retiró, llevándose el Santo Viático, y apenas lo reservó en el tabernáculo volvió á la enfermería.

¡Pobre anciano, cuánto le hacía sufrir haber accedido á los ruegos de la duquesa para mandar á la santa Madre que viniese á Alba! ¡Parecía tan dichosa en volver á su convento de Avila! Mas, ¿no eran éstas también sus hijas muy amadas? ¿No estaba él á su lado para consolarla en cuanto fuera posible?

Llegó junto al lecho de la enferma combatido por tales pensamientos, y ella le miró con tanta paz, que el religioso sintió libre su conciencia de un peso gravísimo. Comprendió que, desasida por completo de la tierra, moría gustosa allí, porque de este modo cumplía la voluntad de Dios.

Las monjas se habían retirado á orar en el coro. Ana de San Bartolomé continuaba al lado de la fundadora, y Catalina de la Concepción salió al claustro más próximo.

Madre Teresa—dijo fray Antonio,—¿permite su reverencia que le haga una pregunta?

—Hable, padre mío—repuso débilmente.

—Si Dios fuera servido de llamarla en esta enfermedad, ¿quiere que se lleve su cuerpo á Avila, ó que se quede aquí?

Al preguntar de tal modo el Provincial, quería compensar en lo posible la contrariedad que debió padecer la santa Madre al ser detenida cuando se encaminaba á su ciudad natal.

Una expresión de tristeteza anubló el semblante de la moribunda, á la vez que respondía:

—¿Tengo yo de tener cosa propia? ¿Aquí no me darán un poco de tierra?

¿Podía mostrar más su desprendimiento la que había sido maestra y esclava de la pobreza?

El Provincial nada contestó, y después de recitar las oraciones de los agonizantes, se retiró á velar en la iglesia.

***

La noche fué cruel: dolores horribles, valerosamente soportados, grandes congojas y desmayos, combatían aquella destruída naturaleza; al rayar el día se tranquilizó, y cerca de las siete se echó de un lado, como pintan á la Magdalena, abrazada á un Crucifijo, con gran sosiego y extraordinaria quietud; cayó en un estado que no era sueño, ni vigilia, paroxismo, ni agonía; el color era natural, la expresión del rostro apacible y risueña, y la respiración tandébil, que apenas se le percibía. Ni medicinas violentas, ni remedios activos, pudieron conseguir nada: inmóvil, serena y dichosa, como si contemplara las delicias del Paraíso, permaneció en tal estado catorce horas.

El toque de agonía, lento y desolador, que á intervalos dejaban oir las campanas del convento, se repetía en las demás torres de la villa; todos los corazones estaban afligidos, y doquiera se oía murmurar:

—¡Qué triste día para Alba! La Santa va á morir!

Este título, que debía tardar algunos años en honrar su memoria, se lo daba ya el pueblo, testigo de sus combates, virtudes y sufrimientos.

Mas si el dolor general era tan vivo, ¿qué diremos del que sentían sus hijas, la duquesa de Alba y Teresa Laiz? Las primeras sólo vivían para la oración y la penitencia; las segundas, pálidas y acongojadas, estaban contínuamente en la iglesia del convento, donde unían sus plegarias á las rogativas de la Comunidad.

Pocos minutos faltaban para las nueve, la noche del 4 de Octubre de 1582, veinticuatro horas después de haber administrado á la enferma los Santos Sacramentos, y su situación era la misma que á las siete de la mañana. Catalina de la Concepción, pronta para acudir á la primera señal de llamada, ocupaba su puesto en un rincón de la desierta galería; cruzadas las manos, oraba con fervor, mientras que Ana de San Bartolomé, sola y de rodillas junto al lecho de la moribunda, leía en su breviario las letanías de la Virgen. La luna, pálida y dulce, amiga que tantas veces acompañó á la fundadora en sus viajes, deslizaba por la entreabierta ventana un rayo puro y suave, como cuando ayudaba á su piadosa vela en el derruído portal de Medina del Campo. De pronto un resplandor, vaho al principio, luego más intenso y brillante, hizo palidecer el argentado rayo y perderse la luz de la lámpara: la freila, sorprendida, alzó la cabeza, y toda la sangre se afluyó al corazón. ¿Eran ilusiones de su cerebro? ¿Era realidad lo que veía?

Teresa de Jesús, incorporada en su pobre lecho, abiertos los ojos y bañados por aquella radiante claridad, miraba enfrente de sí con una expresión que sería imposible de pintar; la fiel compañera, helada de temor respetuoso, siguió la misma dirección y vió...

En un fondo luminoso que tenía en sus rayos todas las graduaciones del iris, estaba de pie el Hijo de Dios, radiante de majestad y hermosura; un grupo de ángeles, envueltos en trasparentes nubes, esparcían ante Él delicadas flores.

¿Engañaban á la pobre Ana, á la vez de los ojos, los oídos, ó una voz desconocida modulaba palabras de infinita dulzura, que un concierto lejano acompañaba con vagas melodías?

—Ven, amada mía—suspiraba en el ambiente aquel acordado divino acento;—ven, paloma mía,

CASA DE CORREOS EN PARÍS (VISTA EXTERIOR)

que ya ha pasado el invierno de esta vida y empiezan á aparecer las hermosas flores de la primavera de mi eternidad y de mi gloria.

Dilatada la vista que alcanzaba la percepción extraordinaria, la religiosa contemplaba al mismo tiempo á la cabecera del lecho á la Virgen María y al Santo carpintero de Nazareth, que sostenían amorosamente á la dichosa Teresa de Jesús.

¿Pero qué rumor como el de muchas personas que alegremente caminan se une á esta maravillosa visión? La puerta de la enfermería es pequeña para dar paso á la alborozada tropa: son vaporosas figuras vestidas de blanco que llevan palmas en las manos y las sienes ceñidas con resplandecientes coronas; son los mártires que habían ofrecido á la fundadora acompañarla en su venturoso tránsito.

Ana de San Bartolomé, que tardó menos en ver estas maravillas que nosotros en apuntarlas, inclinó la frente hasta la tierra y adoró con humildad al Verbo de Dios, á su Santa Madre y al bendito protector de la Orden carmelitana y á los dichosos cortesanos de la Sión eterna. En tanto, Catalina de la Concepción, que en la oscuridad de la galería había visto pasar las blancas y radiantes sombras, continuaba rezando y temblaba con todos sus miembros.

Las nueve sonaron lentamente en un reloj lejano.

Ana levantó los ojos, miró á la Santa madre, y lanzó un grito.

Rígida, pero con inefable expresión de felicidad, Teresa de Jesús yacía inmóvil en su lecho, donde acababa de exhalar el último suspiro; la luz de la lámpara, próxima á extinguirse, dejaba en sombras la celda, y sólo el blanco sayo de la luna acariciaba la sereno frente del cadáver.

ISABEL CHEIX MARTÍNEZ (1).

(1) Este precioso artículo es un capítulo de la obra recién publicada *La Reformadora del Carmelo, Historia de Santa Teresa de Jesús*, por doña Isabel Cheix, con un prólogo del Sr. Fernández Montaña. Madrid.—Imprenta de San Francisco de Sales. Recomendamos á nuestros lectores la adquisición de este libro, cuyo anuncio verán en el lugar correspondiente.

(Nota de la *L. C.*)

Nuestro arte religioso

XXXVI

(Fin de las conclusiones.)

PODEMOS, pues, decir que no realizan el verdadero concepto de música sagrada, ni el canto gregoriano, á pesar de su antigüedad, aunque sus corifeos lograran resucitarlo, ni el llano en que vino á degenerar, ni lo que llaman *género religioso* los modernos con harta ligereza. Quizá nunca será resuelta la cuestión; pero sea lo que quiera de ella, es lo cierto que se puede componer música grave, sencilla, de corte severo y amplia factura, clara y muy tonal su armonía en lo que no sea unísono, con predominio del consonante; serio su carácter, sin llegar á lo terrorífico; susceptible de lo sentimental y lo sublime, sin tocar en lo apasionado; de lo alegre sin el atolondramiento mundano; de lo tranquilo y apacible sin dar en la molicie y afectación; y que esta música, en que caben todos los adelantos de la técnica moderna que no sean exclusivamente teatrales, y con ellos algún elemento sobriamente dramático, al que no es posible cerrar la puerta, pues se la abre la misma letra sagrada; esta música, pues, suscita en casi todas las almas los dulces y elevados afectos del sentimiento religioso.

De ella tenemos ejemplares, aunque no muchos, en el canto gregoriano y en el llano, y lo mismo en las composiciones libres antiguas y modernas, porque siempre hubo en el mundo inspiración religiosa: esto quiere decir que no faltan modelos.

Se que todo esto es aún muy vago; pero no es posible concretarse mucho en cosa que mejor se siente que se dice.

La música no es un lenguaje; si lo fuera, diría algo: es sólo una acentuada expresión más enérgica que la prosodia; no habla, sino que matiza la palabra; no dice, sino que suscita ideas y sentimientos; por eso es tan imperfecta en las imitaciones.

Si abusamos de sus recursos, estropeará, en vez de adornar la palabra, porque alargará ó acortará sus sílabas, suprimirá acentos y trastornará cadencias, entrecortará lo que está unido, y juntará lo separado, anulará la expresión y el sentido gramatical, cubrirá las voces con el estruendo del instrumental, é inspirará al que canta y al que oye afectos extraños á la letra. Si, por el contrario, queremos que no sea más que una prosodia, llegaremos muy pronta y lógicamente á su aniquilamiento y al lenguaje vulgar sin sombra de lirismo. Por eso es absolutamente inadmisible la teoría wagneriana de la *melodía infinita*, sin ritmo apenas ni simetría, eterno recitado, insufrible canto llano armonizado con sombras y disonancias sin cuento, con tendencia á convertirse en mera prosodia. Si prevaleciera, moriría el arte.

La voz humana, además, no es un instrumento como cualquiera otro en el concierto; es más que todo eso; pues el concierto se ha hecho para que ella domine, y no al contrario, sin que los instrumentos pierdan facultades ó se salgan de su esfera ni aun en las pocas veces en que e los sean acompañados por las voces, que harta eso es posible y muy artístico, en ocasiones, para el genio.

La técnica moderna es incontestablemente superior á toda otra antigua; los perfeccionamientos de que sin duda es susceptible, ni son muchos, ni afectarán á sus fundamentos. ¡Admirable progreso con que Dios ha querido compensarle la lentitud de su camino por tantos siglos! Ella sola en el mundo ha alcanzado la universalidad, imitando en cierto modo á la doctrina católica, á la cual debe todo su adelanto. Hoy se lee y ejecuta igualmente un papel de música en todos los países civilizados; así los progresos de la técnica serán ndudablemente universales también.

Ante esta hermosa conquista inútiles serán los esfuerzos por resucitar un pasado asaz nebuloso ó destruir el presente. Infructuosa habrá de resultar la tarea é imposible el empeño de restaurar sólo para el canto de facistol antiguas tonalidades, no-

CASA DE CORREOS EN PARÍS (VISTA INTERIOR)

ciones y conceptos del género religioso, deficientes y enrevesados, muy respetables para el arqueólogo, pero definitivamente juzgados y condenados al panteón de la Historia; porque su vuelta aislaría completamente del mundo musical las composiciones religiosas, y no todas, sino precisamente las más dignas de ser universalmente accesibles á cualquiera, al pueblo mismo si nos fuese posible. ¡Insigne contradicción! exigir al cantor eclesiástico un sistema dificultoso para hacer lo mismo que pudiera conseguir con otro más expedito que todos conocen, y con el que á su lado en el mismo coro hace mucho más y mejor el cantante de capilla, el organista y los que tañen otros instrumentos! ¡Y cómo se reirían los modernos de aquellos gorgoritos y vocalizaciones ó *fioriture!* ¡Imposible!

Ahora, consignadas estas generalidades, vengamos al terreno de la práctica, y esbocemos siquiera el ideal de la reforma que está más generalizado á lo que parece. Seguiré para ello la división que establecí en el artículo XV, música, instrumental, músicos y ejecución.

En primer lugar se impone la necesidad de conservar la división actual en canto de facistol ó unísono, *base de la música litúrgica* y música de capilla, esto es, libre, concertada y acompañada de órgano por lo menos, ó si se quiere del instrumental.

El primero sería puramente melódico, pero con ritmo, aunque algo libre, no exento de simetría; poco extenso en *tessitura* (una décima ú oncena cuando más en todo el sistema); dotado de pensamiento, frase y estructura musical, de compás (á cuatro, á dos y á tres partes no más), y aire no muy movido (desde adagio á allegretto); grave, severo muy característico y tonal, esclavo en todos sentidos de la letra; sin muchas modulaciones é intervalos agrios para que se pegase mucho al oído; en tonalidades poco accidentadas, mayores y menores, y de modo que no obligara á transportar, para que fuese uniforme *la cuerda*, ni á cambiar la clave, pues sólo debería tener una la de *fa* (en 4.ª); su notación la moderna (redondas, blancas, negras y corcheas á lo sumo); pocas y breves pausas, menos claro oscuro, completa ausencia de expresión pasional, de ligado ni de picado, graduadores, apoyaturas, mordentes, fermatas, calderones y otros recursos del canto profano (1). Claro es que su índole habría de ser muy coral, y para que cantaran expeditamente al unísono las tres voces, baja, intermedia y alta (la de los niños) y armonizable en toda regla, según la técnica de nuestros días.

Dentro de este sencillísimo sistema se impondría asimismo la actual y ya antigua división en canto coral ó de conjunto, y recitado para una persona sola, como el preste, el diácono, el subdiácono, lector ó versiculario: y aun el primero, ó canto coral, debería indispensablemente ser subdividido: 1.º, en canto de ritmo algo libre ó de prosa para antífonas, responsorios, introitos, aspersorio, graduales, aleluyas, tractos, ofertorios y *communio*; 2.º, canto más simétrico y á veces más movido para el verso de los himnos y secuencias, y para los invitatorios, *Gloria in excelsis*, Credo, *Sanctus* y *agnus*; 3.º, canto recitado de conjunto para la salmodia, cuya división actual, arbitraria de ocho tonos, habría que corregir, ajustándola á las reglas musicales y purificándola de formas *irregulares*; y 4.º, recitado de responsos breves, letanías, respuestas del coro y otras.

En cuanto al fondo de las composiciones, fuerza es confesar que son muy pocas las antiguas melodías gregorianas ó de canto llano que no resulten machaconas, cansadas, frías é insulsas, monótonas, faltas de pensamiento; algunas de las primeras sobradas de gorgoritos sin gusto, é incapaces, en fin, de producir sentimiento ni emoción alguna, como no fuera el tedio, la risa, ó ideas profanas en los modernos. Y cuenta que esta es cabalmente la causa del trabajo que se verificó hace más de dos siglos para transformar el canto antiguo gregoriano, imposible ya entonces por resultar profanas casi todas sus melodías para el gusto más depurado de los músicos y del pueblo; si bien la reforma, por huir de vocalizaciones rápidas y exageradas, dió en el opuesto extremo de la llanera y martilleo, creyendo conseguir la grave seriedad que entonces vislumbraban y no acertaron á realizar. Esta es, precisamente, la empresa que nos legaron y que debemos un día acometer, pero sin despreciar la obra de los antiguos. En el trabajo de selección que se hará indispensable, entre todas las melodías cristianas viejas y nuevas del mundo, acaso no se hallen las bastantes para servir toda la letra litúrgica si sigue en vigor el criterio actual de aplicar á cada letra de antífonas, responsos, himnos, introitos, tractos, graduales, aleluyas, secuencias, ofertorios, *communio* é invitatorios, su nota propia, bastante reñida á veces con el pensamiento.

Porque se podría seguir otro camino y hacer una serie de melodías típicas adaptables *á la letra de esas piezas*, dividida también en varios grupos, según la índole de su idea: triste, alegre, triunfal, de plegaria y de penitencia, ó fúnebre, dejando como están las salmodias y gran parte de los himnos, pues ambas cosas serían aplicables á esta clasificación, y también los recitados y respuestas. Este sistema (1) haría brevísima y manual la colección de música, muy expedita la práctica, y mucho más accesible que hoy el canto eclesiástico al pueblo. De cualquiera manera, los encargados de la selección y los que hicieran la música nueva que fuese necesaria deberían cuidar que la obra resultara muy religiosa, bella, fácil, breve y muy sujeta á la sagrada letra, y que cada oficio ó parte principal de él fuese un todo indesgregable.

(1) Si se quisiera conservar en obsequio á los escrupulosos y arcaizantes la forma arqueológica de la notación, nada más fácil: así, por ejemplo, dos negras cuadradas equivaldrían á una redonda, una sola á una blanca, una negra con virgula á la negra musical y con corchete ó traba á la corchea. El punctillo haría el mismo oficio que en la música y en el canto figurado de facistol; los demás signos ya son iguales en los libros corales antiguos que en la música.

(1) Algo semejante se practica desde mucho tiempo en varias iglesias de Italia y otros países, mediante unas antífonas clásicas (como nuestro *re fa* de introito pertenecientes á los ocho tonos; sabidas aquéllas, hasta en el breviario un número indicador del tono; verbi gratia, 1.º, 2.º, 4.º, para que los cantores sepan la nota que corresponde á la antífona que precede al salmo. Los libros litúrgicos modernos suelen elevar estos números. Esto es imperfectísimo y sumario; pero contiene una idea que podría ser ampliada como base de un sistema.

El obligado complemento de esta y de cualquiera otra reforma, es la centralización absoluta del canto eclesiástico, según se hace con la letra del Oficio Divino, procediendo de la Santa Sede los ejemplares modelos, con la música y las reglas de su uso, á las que luego se sujetan extrictamente las ediciones todas, previa censura diocesana, sin que nadie pudiera componer ni aun lo que llamamos aquí *misas*, y con la ineludible obligación de poseer y usar todas las iglesias esta colección exclusivamente con exacta obediencia de sus preceptos.

Este es el ideal. *El modus vivendi*, sólo puede consistir (y cuanto más detenidamente se medite, más se convence cualquiera de ello), en practicar el *canto llano* actual lo mejor que se pueda, y á este fin dictar en cada nación las disposiciones encaminadas á que uniformemente sean cumplidas las reglas que ha prescrito Su Santidad, y además publicar colecciones baratas con preceptos corales claros y terminantes, y suprimiendo totalmente la libertad de componer, que tantos males produce, encargar de ese cuidado y de la dirección, consulta y cuanto fuera necesario á un cuerpo cualquiera técnico sábiamente organizado.

No cabe la menor duda en que el canto de capilla ó música concertada libre, dentro del género sagrado, produce un grandioso efecto; pero no ha de llenar todo el Oficio, sino parte de él, dejando lugar al canto de facistol, pues enseña la experiencia que en un acto de alguna extensión, aquel llega á fatigar el oido mucho antes que éste.

Para esta alternativa, que fué siempre admitida por la Iglesia, y muy pocos rechazan, hace falta dar reglas fijas.

Las condiciones de esta música son las mismas generales apuntadas, del género religioso, aunque con mayor libertad de ritmo, compás y movimiento, con mayor cantidad de adorno y alguna expresión muy moderada y sobria; lo esencial es no llegar ni con mucho á la menor reminiscencia profana. Como coral y de conjunto, excluye los solos, romanzas, recitados, parlamentos, trinos, gorjeos, *fioriture*, termatas, arias no coreadas, *staccati* que dividan las palabras y toda expresión afectiva más ó menos teatral.

Los estertores de los bajos, los trémolos y casi gemidos de los tenores, los gritos de los tiples, ese modo de expresar que de la música y sus notas sonoras pasa rozándolas, al terreno de lo hablado, y en suma, toda afectación y refinamiento, no caben aquí de manera alguna.

Bajo ningún pretexto se habría de repetir dos veces la misma palabra ó frase; así, las composiciones serían siempre breves y hechas para servir el espíritu y la forma de la letra, no ésta y el culto para la música; mas no se debiera omitir una sola sílaba ni trastrocar ó desfigurar el sentido gramatical ni la diversa importancia de cada palabra ó período en el discurso literario, base del musical.

La tessitura, más corta que extensa, para bajos, barítonos y tenores (si hay contraltos y tiples serán niños, y por lo tanto sus papeles mucho más fáciles que los otros), la tonalidad se arreglará á las necesidades del culto, según el enlace previsto de las partes concertadas con las de facistol, cuyas melodías pueden y es muy bueno que sirvan de motivo á las composiciones libres, y que en ellas se dejen oir, ya en el bajo, ya en otras formas y diseños, puesto que debe ser regla ineludible que cada obra de capilla conserve el carácter litúrgico de himno, salmo, secuencia ó lo que fuere. No se debe abusar del género fugado.

Conviene restringir muchísimo la composicion de piezas en lengua vulgar. Los himnos, los responsorios, los salmos y las mismas antífonas en latín, y alguna vez en lengua vulgar, son preferibles á los gozos, villancicos y demás letras y letrillas. En esto, como en toda la música religiosa, es indispensable la previa censura y consignación de las obras aprobadas en un catálogo diocesano y archivo de letra y música en que se guardaría una copia ó ejemplar, sin que se permitiera ejecutar á las capillas otras composiciones que las aprobadas, así vocales como solamente instrumentales.

Es un dolor que en la construcción del órgano, tan adelantada sin duda alguna, se hayan introducido refinamientos supérfluos, que sacándolo de quicio por convertirlo en orquesta movida por la electricidad, lo hacen demasiado voluminoso, caro, difícil de conservar y fatigoso de manejar; por todo lo cual conviene simplificarlo, reduciéndolo á sus propios sonidos de órgano que producen los llamados registros de fondo y los de lengüetería, con más algunos modernos de indiscutible belleza y utilidad, y purgándolo de resortes y complicaciones cuya conveniencia no es segura más que para... el fabricante.

Carecemos también de reglas fijas para su uso, y nos sobra diversidad de criterios acerca de lo que debe ó no acompañar, intermediar ó suplir, cómo ha de hacer todo esto, cuándo debe callar y qué género de música producir en cada caso. Es indudable que no debe tocar en oficios de Navidad, Cuaresma, Semana Santa y difuntos; que hay que restringir mucho el llamado *género libre* ó *suelto*, en que tanto se distinguen, pero mucho también abusan nuestros organistas, y en fin, establecer esas reglas uniformes que, salvo el sagrado carácter de este instrumento, no pongan demasiadas trabas al genio é inventiva de nuestros músicos con menoscabo del buen gusto y la belleza.

En los casos en que está prohibido el órgano, podría acompañar á las voces el *armonium*, el arpa, y en opinión de muchos, el piano, que no es más que una cítara metálica de teclado, muy perfeccionada, á la cual sobran y perjudican la primera y última de sus octavas; pero estos instrumentos ni otro alguno deben suplir el oficio del órgano, á no ser el primero en casos de extrema pobreza.

Para sostener el tono ó cuerda del canto llano en oficios largos sin órgano, no hay al presente nada como el fagot. El llamado bajón, ó piporro, instrumento brutal, y el trombón, bombardino y figle, carecen de sus condiciones, lo mismo que el armonium. En las procesiones convendría un instrumento armonioso, de voz potente, capaz de ser llevado y pulsado por un solo hombre, sin actitudes ridículas; pero como no existe, sólo el fagot, el saxofón, las trompetas y algunos otros instrumentos de banda, cuya figura es noble, podrían, bien escogidos y concertados, formar un buen conjunto para acompañar las voces en estos actos.

Muy divididas las opiniones acerca de la orquesta, que en realidad no es necesaria, y sí tiene sus peligros, la Iglesia no la prohibe. Pudiera servir sola ó con el órgano en ciertas solemnidades extraordinarias, pero sería menester combinar muy habilmente sus elementos, y escribir para ella de modo que no eclipsara las voces y la letra que cantan, ni diera en refinamientos filosóficos ó wagnerianos, ni en afeminaciones y estilos teatrales. Sus leyes serían las mismas de la música de capilla.

¿Qué hacer con los músicos? Cristianizarlos de nuevo. Volver á las antiguas escuelas y capillas, y que no cante ó toque el órgano y similares en la Iglesia, el que no se haya educado en ella ó sirva al mundo; que vivan reglamentados de cierto modo prudente, siendo examinados, aprobados y provistos de documentación necesaria para ejercer, amisible en caso de hacerse indignos. Pagarlos bien; dignificar su oficio, empezando porque los maestros de capilla disfruten la dignidad de Chantre, y que los músicos Sacerdotes posean mayor instrucción en las ciencias eclesiásticas. Que sea menos fatigoso el ejercicio de la música sagrada, y mientras se celebre usen traje coral *siempre*, con todas sus consecuencias, los que, siendo seglares, canten en el facistol, y otro uniforme, severo y religioso, los demás. No sería supérfluo establecer categorías y ascensos por antigüedad y mérito, y jubilaciones ó montepíos que les aseguraran una vejez decorosa. No hay otro camino.

En la ejecución de la música sagrada es indispensable naturalidad, corrección, estricta obediencia á la letra y nota escrita, sin que nadie cante ó toque cosa alguna *ad libitum*; sujeción á los preceptos litúrgicos, de modo que no haga uno solo aquello que es coral, ó varios lo que es propio de uno. La cuerda no subirá de *sol* ni bajará de *fa*, ambos naturales; cantarán al unísono bajos, tenores y niños. No se cantará de prisa ni muy despacio, ni ligando ni entrecortando con pequeñas pausas las notas; todas iguales, en canto llano, cuando la canturia no es usual, pues si lo es, no hay manera de tal llaneza. Nadie hará gestos ni tomará posiciones ridículas; no se esforzará la voz, y hasta para el rezo se usará tono ó diapasón, y completa uniformidad de voces. El acto más largo no pasará de dos horas. Son necesarias reglas para lo que ha de ser cantado, rezado, semitonado, alto ó bajo, pues no las hay fijas.

En todo lo dicho, desde la música de capilla hasta aquí, el ideal y el *modus vivendi* son una misma cosa. Bastante de lo que aquí se pide está ó estuvo en uso en muchas iglesias; algo, también, en la conciencia de todos. Y todo ello es factible sin lastimar derecho alguno superior, antes bien mereciendo las más altas aprobaciones mientras llega la reforma deseada.

José Ferrándiz.

Un modelo de virtudes.

I

Los feligreses de la parroquia de San Marcos, en Madrid, abandonaban el templo con recogimiento; habían elevado á la Virgen de los Dolores sus preces en el cuarto día de novena.

La casa de Dios, profusamente iluminada momentos antes, quedaba obscura y en sepulcral silencio. Tan sólo dos luces alumbraban al Santísimo.

Un venerable Sacerdote, arrodillado, oraba en meditación profunda con todo fervor; seguramente puede decir que imploraba á los dones del Espíritu Santo la concesión de alguna gracia en beneficio del prójimo.

El sonido estridente del manojo de llaves que agitaba el sacristán, indicaba el cierre del culto. Solo un hombre quedó dentro del templo. Acto seguido de correr el férreo cerrojo el custodio sacristán, se unieron los tres y penetraron en la sacristía. Una vez revestido, el Sacerdote tomó en sus manos los Santos Óleos, y precedidos del sacristán que portaba un gran farol, se dirigieron á la calle, hasta llegar á cierta en donde la beneficencia municipal ampara al desvalido y á cuantos sufren accidentales desgracias.

Allí encontraron luchando con la muerte, ya en el estertor de la agonía, á un hombre que en mal hora tuvo la desgracia de caerse de los andamios.

¡Infeliz! Salió al despuntar el lucero matutino por el pan nuestro de cada día, y sucumbió á los primeros reflejos del vespertino! ¡Quizá le aguardarían la elegida compañera y unos pequeñuelos con la mesa puesta!

Cumplida su misión el Sacerdote, regresó á la iglesia con los dos únicos acompañantes, y solicitó noticias del mortal infortunado al compañero que fué por el auxilio de la Extrema Unctón.

Este manifestó en favor del finado, que dejaba desamparados á su esposa y cuatro niños de corta edad, que se le estimaba por su amor al trrbajo, y el respeto y admiración á la Religión; que estaba domiciliado en las afueras, *fuera del radio* de la población; y por último, que observaba buena conducta.

El Sacerdote, ante tales informes, y movido por humanitarios sentimientos, entregó de los fondos que la parroquia distribuye entre sus pobres, tres duros, como apremiante necesidad, prometiendo interesar de los fieles caritativos mayor auxilio.

El mensajero partió y llevó á la familia el anuncio de la catástrofe, y no se olvidó de comunicar á los infortunados las consoladoras promesas del Sacerdote.

II

Al siguiente día, y momentos antes de comenzar la novena, se reunían en una habitación inmediata á la sacristía las Camareras que á turno daban guardia de honor al Santísimo.

El señor Teniente conversó breves instantes con la Presidenta de la Cofradía, que era nada menos que la vistuosa señora de X., y ¡caso providencial!, dueña de la finca en construcción en donde acaeció el suceso deplorable que produjo la muerte del obrero auxiliado en la noche del día anterior. Con sólo decirla que la víctima era cristiana, y dejaba sin más amparo que la Divina gracia á su esposa y cuatro hijos, alcanzó el servicio de la portería desde el día en que se habitase la casa; cuya toma de posesión le sería notificada por medio de la tarjeta de la señora de X, que á su vez acompañó una *suma* dentro de un sobre que por conducto del señor Teniente le fué entregada.

Los huérfanos y la viuda, curados por el cáustico poderoso del tiempo, se consolaron y vivieron bajo la protección de la caridad á que por su buena conducta se hicieron merecedores.

III

Han pasado algunos años, y los niños cumplen con sus deberes dedicados al trebajo. Dos emprendieron el oficio de albañil y carpintero, respectivamente; la niña ayuda en las labores domésticas á su madre, y el Benjamín era *monaguillo* en la parroquia de San Marcos.

Una noche se presentó una mujer en la parroquia á reclamar los auxilios espirituales para, un señor sacerdote muy viejecito y ya retirado por crónica dolencia, del sublime ministerio sacerdotal. Este anciano, al que la ciencia del hombre no podía salvar de la Parca, era el que fué muchos años señor Teniente de la parroquia de San Marcos, el protector que los feligreses conocían por «padre de los pobres.»

Inmediatamente que el monaguillo supo á quién se iba á administrar, salió de la iglesia precipitadamente para comunicar tan triste noticia á su madre y hermanos. Estos en un santiamén se personaron: los hijos, en la parroquia, para portar el *palio*, y la madre é hija en la casa del paciente.

En un piso cuarto tenía su morada aquel santo varon que, postrado en cama, sufría con resignación la enfermedad, sin más esperanza que el de alcanzar la entrada en el Reino de los cielos.

El Dios de la verdad penetró para consuelo de los allí presentes, confortando los espíritus con su misericordia.

La viuda y los cuatro hijos llegaron hasta la cabecera de la cama. El enfermo los reconoció, y con un fuerte apretón de manos dijo: «ya sé que sois agradecidos» dedicándoles entre otras frases de consuelo, la siguiente plática: «No me llameis vuestro único protector; pues la criatura de Dios, de Dios es protegido; todo cuanto he hecho os lo concedió el Señor mismo, á quien debemos alabar y dar infinitas gracias. Y ya que venís á verme en tan solemnes momentos, en los que me dispongo á recibir al Señor quizá por última vez, para que Él me reciba en el cielo, pidámosle todos para que nos reuna en su Reino. Una fé ciega nos salve. Después de recibirle yo, os repartiré su Divina gracia en mi bendición, que es ya lo único que puedo daros.» Y empezando el «Señor mío Jesucristo» de precepto, y haciendo al final la señal de la cruz, con mano incierta y temblorosa, les bendijo y terminó el solemne acto. La viuda y sus hijos, comprendiendo el próximo desenlace, se quedaron haciendo compañía á las únicas personas que le asistían, que no eran otras que las Hermanas de la Caridad.

No habría vuelto el Viático á entrar en la parroquia, cuando el administrado exhaló el último suspiro, quedando con los ojos fijos en lo alto, como indicando decir al Dios que le llamaba, «voy á tus brazos.»

Todos regaron su lecho con lágrimas, balbuceando la oración en que se recomienda el alma. Dios le haya acojido en su seno, dijeron las Hermanas. Todos contestaron; así sea; ¡era un bendito! ¡un modelo de virtudes!

ANGEL VERGARA DE PRADO.

San Juan de la Cruz

CONSIDERADO COMO POETA MÍSTICO

(Ensayo de crítica literaria)

«Estas aguas de deleites misteriosos se nacen en la tierra.» San Juan de la Cruz á las religiosas de Veas, en carta que se conserva en Pastrana, y que publicó por primera vez Gaspnia en su «Ensayo histórico.»

Cuando se trata de señalar leyes ó principios generales para explicar los movimientos de la actividad humana en orden á las manifestaciones artísticas del pensamiento por medio de la palabra, ó cuando se quieren determinar los factores principales que han concurrido á constituir el carácter literario de un pueblo, las fuentes de su inspiración, no es posible omitir ni desconocer la influencia poderosa de la Religión, de tal modo y en tal grado que si ha podido decirse con fundamento, que según es la Religión es el arte, cabe muy especialmente hacer aplicación de esto á la primera y más bella de las artes: la poesía. Y si constantemente el sentimiento religioso ha sido manantial fecundo é inacabable de inspiración poética, hablando de inspiración cristiana se habrá dicho todo para dar á entender lo que en el mundo de la literatura significa y vale un ideal sobre todo otro ideal.

No necesitamos esfuerzos grandes ni salir de la propia casa para encontrar confirmadas estas primeras ideas que apuntadas quedan; en el fondo de la poesía castellana, desde sus orígenes y á lo largo de su desenvolvimiento en la historia, palpita y vive el espíritu cristiano animando y dando cuerpo á esos otros ideales de caballerosidad y amor á la patria, siempre cantados por nuestros vates. El Cid es la personificación de esas tradiciones gloriosas que conserva y trasmite la literatura española en sus diversos períodos; pero más que otra cosa es el Cid la encarnación de los sentimientos religiosos de su pueblo; es el caballero creyente, cuya sombra resucita á cada paso en las letras castellanas, para mantener firme y robusto el nervio cristiano de la inspiración nacional, como cuando colocado sobre su caballo el héroe de Vivar, en su cadáver vivía para enardecer el ánimo de los valientes y lanzarlos decididos á la victoria. Y sin que esto valga de interrupción, ahora completemos el pensamiento principal iniciado, haciendo observar que ese espíritu cristiano que ha vivido siempre en el fondo de la poesía castellana, es el que ha producido el sinnúmero de cultivadores insignes y aventajados que tiene nuestra *lírica religiosa*; lírica religiosa que al llegar el siglo de oro alcanza grandes vuelos y extraordinario desarrollo presentando una pléyade brillante de cantores, el coro de místicos y ascéticos que, en expresión feliz de un escritor contemporáneo forman la más luminosa constelación del cielo de nuestras letras (1).

¡El siglo de oro!... es el siglo de las grandezas, de los títulos encumbradores, de los días sin noche para España; es el siglo de la fe ardiente engendradora de Santos; de ciencia y arte selectos; de nobles y generosos impulsos. Y en ese siglo, en que todo renacía al soplo creador de la tradición cristiana, cómo ha de causar extrañeza que salgan á luz excelentes poetas lírico-religiosos, y que algunos de entre ellos, no habitando ya con los hombres, sino escalando mansiones celestiales, allí quisieran buscar para adorno y gala de las letras patrias la más delicada y preciada flor, la mística; mística del siglo XVI espléndida, de riquísimo sabor, de mérito imponderable, un como rebosamiento de vida íntima y comunicativa con Dios.

Ahí están nuestros líricos místicos y ascéticos de aquel período, desfilando en larga y nutrida serie, recibiendo universal renombre, y haciendo enmudecer á las literaturas extranjeras con las exhuberancias de su inspiración; bástame traer á la memoria á un Fray Juan de Avila, con aquella sencillez de corazón que habla en *Cartas Espirituales*, con aquella energía y gravedad de su carácter; á un Fray Luis de Granada, señor de la lengua castellana, que revistió el *decir de los místicos* con aquella abundancia y fluidez de su estilo, aquel brillar de sus imágenes, aquella su fascinadora elocuencia; y al incomparable Maestro León, y Malón de Chraide, y un San Juan de la Cruz, y una Santa Teresa, y Juan de los Angeles, Estella, Lope de Vega, Venegas, Zárate, Rivadeneira, y otros tantos cuyos nombres son cifras que todos entendemos, expresión de fisonomías que no se confunden.

Mas para mi propósito, en el presente humilde ensayo, he de concretarme y reducirme de tal manera que, fijando solamente la atención en la mística poética (género literario al que, juntamente con otras derivaciones de la poesía sagrada, nos hemos referido usando la denominación de *lírica religiosa*) nuestro estudio ha de limitarse á una de esas figuras sobresalientes que esmaltan con sus obras las páginas doradas de la literatura patria; tenemos que hacer resaltar en el cuadro de la mística castellana un solo personaje, interesantísimo en grado sumo, y digno, sin duda, de mano más hábil y experta que la nuestra para trazar con acierto sus delicadas líneas.

Y ya que de paso y por incidencia se ha dado alguna explicación de términos, sépase también, aunque fácil ha de ser deducirlo de cuanto en este *Discurso* se contenga, que, si debido á la índole del asunto, parece que no distinguimos entre poesía mística y poesía cristiana, como si ambas voces tuviesen el mismo significado, no entendemos que así sea, no obstante que, para nuestro particular objeto, venga por tal medio á expresarse que, si en el Cristianismo tiene su vida propia y de pureza el misticismo poético, no es posible olvidar esta observación cuando San Juan de la Cruz ha de ser la figura sobresaliente, el personaje interesantísimo, el poeta singular que en el cuadro de la mística castellana concentre todo nuestro estudio.

La materia sobre la que ha de versar el *Discurso*, no precisa más determinación ni señalamiento, y se habrá admirado por el tema puede enunciarse desde luego: *el misticismo poético de San Juan de la Cruz*, el misticismo poético del

(1) El Sr. Pidal, en su discurso de recepción en la R. A. E. 1893.

LOS ALOJADOS

inseparable compañero de Santa Teresa, tanto en las letras como en la vida religiosa, y abrasado también, como la Doctora carmelitana, en la *llama de amor viva* que inflamaba sus corazones para levantarlos á las cosas del cielo. Y basta, en verdad, que se intente hablar de la *lírica religiosa*, de la mística poética castellana, para que asome á los labios el nombre de Juan de la Cruz, colocado en la cumbre de la vida contemplativa, á donde ningún otro pudo llegar ni aun en seguimiento de sus huellas, y síntesis de cuanto el corazón humano ha podido declarar, con armonías nunca gustadas y por superior iluminación, de las excelencias y bondades del amor divino.

Yo no conocí, diré, como de Santa Teresa escribía el autor de *Los Nombres de Cristo*, (1) yo no conocí á San Juan de la Cruz; yo no recreé mis ojos en aquellos ojos de mirar suave, en aquella frente ancha y espaciosa, ni contemplé aquel su aspecto grave, apacible y sobremanera modesto (2); pero tengo en mis manos sus obras, y sin haberle visto ni escuchado, y sin necesidad de seguir á sus biógrafos para admirar lo extraordinario y santo de su vida, por sus libros, que son *testigos fieles é imágenes vivas*, sé que fué, más que hombre, un angel, excediendo su grandeza de lo terreno, y que algo de sobrenatural y misterioso recubría su lenguaje, dando carácter á su poesía.

Y es, que si en toda clase de obras literarias deja el artista de la palabra señales de su género y de su personalidad (de donde cabalmente proviene la obscuridad cuando se anda en busca y reparación de elementos objetivos y subjetivos), y si en el lirismo, expresión de la belleza del propio sentir, se transparenta y dá á entender lo que el poeta es allá, en sus interioridades, en la poesía mística cristiana bien puede decirse que el alma vive y se agita en sus cánticos, que el alma del místico se descubre y revela tal cual es en el estado especialísimo de la comunicación íntima con Dios y de su aspiración sin descanso ni trégua á la unión extática; y todo con el sello individual y personalísimo del poeta que, en su ortodoxia, sabe no es la absorción panteística la que ha de coronar eternamente sus ánsias, sino una posesión de amor lograda por inefable conjunción de esfuerzo humano y dispensaciones divinas. *Subida del Monte Carmelo*, *Noche oscura del alma*, *Cántico Espiritual*, y *Llama de amor viva*, he ahí los títulos de las obras principales de San Juan de la Cruz, en las que encontramos recogido su espíritu, vivo su corazón y animada su palabra; las cuatro forman el más completo tratado de mística Teología, con una ciencia del sér y del alma, y con un lenguaje poético, adecuado todo y propio del estado perfectísimo que supone el trato íntimo con Dios, Sér en absoluto perfecto. Y son á la vez estas obras los testigos fieles de la gran virtud y de la *celeste sabiduría* (1) de San Juan de la Cruz.

Un mismo momento representan en el plan de la mística la *Subida del monte Carmelo* y la *Noche oscura del alma*, y ambas composiciones pudieran reducirse á una que con propiedad llevaría cualquiera de los dos títulos, expresándose ya la relación de fin, ya la relación de medio á fin. Tanto en la *Subida del Monte Carmelo* como en la *Noche oscura*, se incluye toda la doctrina que después ha de tratarse, en ocho bellísimas canciones, colocadas al principio de estas obras, y cuyo sentido se explica y declara en el texto. Sírvenle estas canciones, como el mismo Santo poeta dice, (1) para fundar cuanto entiende ha de tratar, y en ellas contiene *el modo de subir hasta la cumbre del Monte, que es el más alto estado de la perfección, la llamada unión del alma con Dios;* y el camino de esa perfecta unión y los efectos admirables que causa en el alma que á ella ha llegado (2).

De igual procedimiento se vale para la expresión del *Cántico Espiritual* y de la *Llama de amor viva*, empezando por las canciones que luego desenvuelve con anotaciones y comentarios.

Y con una indicación así general de la prosa de San Juan de la Cruz hemos de contentarnos, pues mucho nos apartaría de nuestro pensamiento, y no ciertamente porque estuviera fuera de oportunidad, el análisis detenido y el estudio especial de todos esos comentarios con que declara y anota el intento y materia de sus canciones, ya al explicar cómo ha de pasar el

(1) En el «Prólogo» á la primera edición de las Obras de la Santa.
(2) V. Compendio de la vida del B. P. San Juan de la Cruz, por el P. Jerónimo de San José: Capítulo XX.

(1) La Iglesia dice en el Oficio del Santo; «Libros de mystica theologia cœlesti sapientia refertos conscripsit, admirabiles pleni omnium indicio.»

(1) Argumento de la *Subida del Monte Carmelo.*
(2) Argumento de la *Noche oscura del alma.*

alma por la *noche oscura* que la conducirá á la contemplación de Dios, libre y sin obstáculos, engolfándose en su amor, ya cuando se determinan y califican los efectos de la purificación venciendo en la *noche del sentido* los vicios y pecados, y en la *noche oscura del sentido* sus fuerzas é inclinaciones naturales; ya también, y finalmente, al señalar las vías del ejercicio espiritual para llegar al último y más perfecto grado, á la unión íntima, *transformada ya el alma interiormente en fuego de amor.*

Y se ha dicho que no ciertamente por ser asunto extraño y carecer de oportunidad, nos apartamos de un minucioso examen de los comentarios y ampliaciones; y así es en efecto, pues para presentar al doctor extático como poeta místico parecería incompleto cuanto se dijese, si los límites de un discurso lo permitieran, deteniéndonos tan sólo en la delectación de las canciones, que si poesía encierran sus rimas, bien merecen el mismo dictado las dulces y escondidas melodías que encierra su prosa.

¡Quién me diera entendimiento y memoria para esos escritos! No una, sino muchas veces, de no caer en temeraria irreverencia, fuese necesario leerlos (¡y con qué sentido más despierto!) para no andar á tientas é inseguros por entre tanto misterio de sublime teología, y tan alta metafísica y psicología.

Bien sé que para empresa de tal magnitud, y aun para la que vamos intentando realizar, hay que sentir con el ardor que sentía el poeta místico por excelencia, si su lenguaje no ha de imaginarse que pertenece á otro mundo y á otros hombres; no se oculta á nuestro pensar que sólo á un alma privilegiada es capaz de tocar en las cimas á donde llegó el bienaventurado Juan de Yepes; y en el convencimiento propio, sinceramente confesamos que á pobres entendimientos como el nuestro no les es dado abarcar la inmensidad por la que con majestuoso vuelo cruzó el celestial ingenio carmelitano. Séanos, pues, permitido descansar en aquella suavidad sublime con que supo San Juan de la Cruz avalorar sus místicas poesías.

I

El *nosce te ipsum* de la filosofía pagana, logrado á costa de tantos esfuerzos de la inteligencia en lucha con la limitación de sus alcances, causando al proclamarlo la escuela socrática como un principio una completa revolución en el mundo de las ideas é imprimiendo nuevas direcciones á la especulación racional con el planteamiento del problema antropológico, sirvió luego para que otras filosofías y otras escuelas fundamentasen en ese primer conocimiento el sistema general de la ciencia humana, y para que la doctrina de la verdad y de la luz, haciéndola también suyo, lo llevase á la práctica de la vida como piedra de toque de la conducta moral. Pues bien; en el pórtico de la mística ortodoxa, y traducido al lenguaje cristiano, se ha escrito el *nosce te ipsum*, y el místico, antes de penetrar en el misterio de la identificación por amor de su alma con Dios, empieza por preguntarse ¿quién soy yo? y cuando sabe que es nada se interroga ¿quién es Dios? y al maravillarse de la infinitud de El que es, lleno de asombro y confusión santa, se dice: ¿cómo, Dios y yo somos una misma cosa? Por donde, de lo dicho, puede venirse en deducción de los

CASTILLO DONDE NACIÓ CHATEAUBRIAND

tres puntos capitales de que habla San Buenaventura al señalar los términos del arte de la mística; es la misma doctrina de San Dionisio Areopagita (1) cuando recomienda que *en el ejercicio interno de la contemplación* se ha de comenzar por la abstracción de los sentidos y operaciones intelectuales, subiendo, sin que nada distraiga á el alma, á la *unión con Aquel* que es sobre todo esencia; y es, finalmente, el camino que San Juan de la Cruz traza al místico (2) y él sigue, con paso firme, en sus composiciones poéticas, como haremos notar en el desenvolvimiento de nuestro tema.

El místico ha de partir del conocimiento de sí mismo, como el filósofo y el moralista. Y no temo decir que á semejanza del filósofo, porque si bien sé que *es el misticismo ciencia y experiencia de lo sobrenatural,* (3) no he de negar filosofía al místico, ni dar por este lado armas al racionalismo para que contra toda verdad discuta y no quiera reconocer en el misticismo cristiano el ejercicio de la razón, cuando precisamente aplicándose al conocimiento de Dios, del hombre y del mundo, con tanta claridad se muestra en la doctrina del gran místico, nuestro poeta San Juan de la Cruz; de quien como si no fuera bastante lo que en sus obras se lee, nos han quedado más pruebas en sus *Avisos y sentencias. A ninguna criatura, dice, le es conveniente salir fuera de los términos que Dios le tiene naturalmente ordenados....., términos naturales y racionales; el que obra según razón, es semejante el que usa de alimento sustancial y fuerte; entra en cuenta con tu razón para hacer lo que ella te dice en el camino de Dios; la razón guía y encamina al alma en sus operaciones* (1).

No será una filosofía sistematizada, pero filosofía hay en la mística, como hay una Teología, y una Ontología y una Poesía místicas; la revelación no anula ni eclipsa á la razón, es su complemento; ó mejor diré, la razón no es más que una revelación, porque revelación es la hecha por Dios al hombre, concediéndole una participación y destello de su razón increada é infinita.

Pero volvamos á nuestro punto de partida, y con las obras de San Juan de la Cruz á la vista, observemos cómo se desenvuelve en ellas el plan de su misticismo poético (2).

El alma del místico no puede vivir fuera de sí (3), sin salir de ella, en la conversación interior, se la ofrece un mundo de nunca alcanzados horizontes; recibe gracias y dones y luces, se reconoce criatura finita y limitada, la grandeza de Dios la confunden y anonadan en su pequeñez. En este ejercicio se educa, y estimando cada vez mayor la distancia entre el sér de las cosas y el sér infinito, y considerando á toda hora la Bondad, la Justicia, la Providencia, la Eternidad, la Sabiduría, la Misericordia de Dios, despertará en su corazón el afecto tiernísimo del amor; ama y desea con ánsia la posesión del Amado, no descansa sino en la unión á El, y entrando por la *Noche oscura* del sen-

(1) *Mística Teología*, Cap. I, párrafo I.
(2) Véanse los capítulos V y VI de la *Noche obscura*. Lib. II.
(3) El docto Sr. Orti Lara en el *Prólogo á las obras del R. P. San Juan de la Cruz*, edición de 1872, fundado en los principios *tomados de Aristóteles y en general de la fisolofila cristiana.*

(1) *Avisos y sentencias espirituales*, párrafo VI, 104, 163, 161 y 167.
(2) Como ya se ha indicado en otro lugar, las *canciones* de la *Subida del Monte Carmelo* y de la *Noche oscura*, por donde se comienza este estudio, son las mismas, y la doctrina que contienen se reduce fácilmente á una; explicar la *Noche* porque pasa el alma en *desnudez y purgación suya á la unión del Amado*, y ponderar después, *estando ya en la perfección*, recorrido *ya el estrecho camino de la vida eterna*, los efectos de las purgaciones espirituales y de la iluminación y unión de amor con Dios.
(3) No se pierda de vista el momento en que consideramos ahora al místico, momento como de iniciación y en el orden ideológico.

tido, pasa por la desnudez de sus apetitos *acerca de todas las cosas exteriores del mundo y de las que eran deleitables á su carne, y también de los gustos de su voluntad* (1), pues así es necesario para llegar á tal sublimación y estado tan perfecto. Y *sosegada ya la casa*, amortiguados y dormidos los gustos, con esa desnudez que *no consiste en el carecer de las cosas*, sino en la falta de *voluntad de ellas* (2), el alma, por venturosa dicha, sale á la *noche de la fé*, que también es noche la fé para el entendimiento, por ser *escura y no ser notada*, sin que nada se lo impida se dirige, inflamada en ánsias de amor, á Dios, que *por ser incomprehensible y infinitamente excedente*, se puede decir es noche, pero ya *inmediata á la luz del dia*, es como *el despedimiento* de la *Noche oscura* (3).

El poeta ha encontrado manera sencilla y peregrina para expresar los sentimientos de su alma mística:

El poeta ha encontrado manera sencilla y peregrina para expresar los sentimientos de su alma mística:

En una noche escura
Con ánsias en amores inflamada
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada
Estando ya mi casa sosegada.

Ha rasgado suavemente el aire, y libre del *cerco y sujeción* de los *apetitos naturales*, halla el alma su *quietud y descanso*, porque *no codiciando nada, nada le fatiga hacia arriba y nada hacia abajo la oprime*; y colocada en este centro, para gustarlo y saberlo todo, nada quiere gustar ni saber, y para poseerlo todo no quiere tener nada (4).

No se ha de quedar en este sosiego y quietud el alma que ha roto el cautiverio del cuerpo, y que *va de vuelo;* por eso se interna en la segunda noche, la del espíritu, más que noche *escuridad*, pues por obscura *que una noche sea, todavía se vé algo, pero en la escuridad no se ve nada* (5). Aquí, en la *Noche de la Fé*, que ha de abrirse con el acercamiento de la luz, no hay entendimiento ni razón como en la privación y noche del sentido; todo es tinieblas, y de ahí que sea aún mayor la ventura y la dicha que ahora canta el alma al vestirse con la Fé y desnudarse de las imperfecciones espirituales:

A escuras, y segura
Por la secreta escala disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!
A escuras, y encelada,
Estando ya mi casa sosegada.

MARTÍN DOMÍNGUEZ BERRUETA.

(Se continuará.)

(1) *Subida del Monte Carmelo,* Capítulo I, Libro I.
(2) *Subida del Monte Carmelo,* Capítulo III, Libro I.
(3) *Subida del Monte Carmelo,* Capítulo II, Libro I.
(4) *Subida del Monte Carmelo,* Capítulo III, Libro I.
(5) *Subida del Monte Carmelo*, Capítulo I, Libro II.

JUDITH

CANTO II

Holofernes con un ejército sale de Nínive.—Su llegada á Betulia.—Resuelve con sus guerreros la destrucción de Israel.—Oposición de Achioro, que es entregado á los sitiados.—Asamblea de éstos en la Sinagoga.—Propósito de entregarse.—Aparición de Judith.

En pocos dias convocadas fueron
dentro la gran ciudad bravas legiones:
de Nabuco á la voz sus hijos dieron
y sus tesoros ínclitas naciones,
de lejanas provincias concurrieron
los más diestros jinetes y bridones,
y robustos camellos, y elefantes,
á copudas encinas semejantes.

Como raudo huracán el Oceano
con formidables ímpetus azota;
crugen las naos, y al furor insano
del mar rendidas pierden su derrota;
hiere las nubes el gemido vano
de algún marino, que por dicha flota
sobre la vasta superficie leve,
y al fin su muerte con las olas bebe.

Tal orgulloso la fecunda tierra
que á Betulia de Nínive separa,
Holofernes, cual rayo de la guerra,
sembrando ruinas por doquier, cruzara,
y del triste odio, que su pecho encierra,
doquier señales hórridas dejara;
cuando á Betulia, que resiste el yugo,
llevar su inmenso ejército le plugo.

Bajo la falda de empinado monte,
que á la noble ciudad sirve de asiento,
los asirios, cubriendo el horizonte,
fijan el poderoso campamento:
no queda pueblo ni ciudad que afronte,
sino Betulia, su malvado intento
de reducir á ingrata servidumbre
cuanto bañe del sol la clara lumbre.

Dando tregua á los bélicos afanes,
por unos días reposar desea
Holofernes el grande, y los desmanes
severo castigar de la Judea;
reunidos los fieles capitanes
del ejército asur en asamblea,
con voz que suena tremebunda y fuerte
sus proyectos descubre de esta suerte:

«Ya veis, amigos, cuán afable muestra
su rostro alegre mi sin par fortuna:
cómo el valor responde de mi diestra
al noble origen de mi excelsa cuna.
Porque mis hechos y la fama vuestra
suban al claro cerco de la luna,
tras ocho días blandiré mi lanza,
y sentirá Betulia mi venganza.

Vendrán al suelo sus altivos muros
cual leve arista que derriba el viento;
sus torres y palacios mal seguros
mis huestes batirán en un momento;
del circunciso pueblo los oscuros
defensores verán el escarmiento
que hace Holofernes, de Nabuco en nombre,
y á los pueblos más ínclitos asombre.

Serán sus calles anchurosos ríos,
que al mar la sangre de los muertos lleven;
después de permitirles á los míos
que su instinto sensual en ellos ceben,
irán las nobles hijas de judíos
donde el rigor del cautiverio prueben,
y pregonen con lágrimas y llanto
del pueblo de Israel el hondo espanto.»

Dijo, y vibrando poderosas lanzas,
aplauden el discurso los guerreros;
y conciben risueñas esperanzas
de ser en el asalto los primeros;
pues como gozan entre alegres danzas
las jóvenes de rostros hechiceros,
un noble corazón de gozo late
junto á los riesgos de feroz combate.

Mas el prudente Achioro: «Poned, dijo,
al entusiasmo, que os deslumbra, freno;
todo proyecto, de ilusiones hijo,
nunca produce resultado bueno;
si mi palabra á vuestro bien dirijo
escuchadla con ánimo sereno,
que diré de cual modo solamente
vencer es dable la enemiga gente.»

Frunce Holofernes el adusto ceño,
de su rival mirando la osadía;
pero canto fingió mostrar empeño
de saber lo que Achioro prometía;
los fieros hijos de Moab un sueño
juzgaron al instante que sería;
mas Holofernes con altiva frase
desde su trono permitió que hablase.

«De raza de Caldeos oriundo
es ese pueblo que Betulia encierra:
de un Dios, que llaman criador del mundo,
recibieron cual dádiva esta tierra:
su nombre invocan con amor profundo
así en tiempo de paz como de guerra;
y ese Dios invocado los auxilia
cual amoroso padre á su familia.»

«A condición de siervo reducido
doscientos años Israel estaba;
que por enormes culpas ofendido
de aquel modo su Dios los castigaba;
con sollozo jamás interrumpido
ciudades en Egipto levantaba,
cercado de trabajos y cadenas
entre peligros y feroces penas.»

«Clamó al fin á su Dios, en cuya mano
la suerte de los príncipes se funda:
tiembla de Faraón el cetro vano,
herido por el Dios vivo, que inunda
con hondas plagas al feroz tirano,
y el falso brillo de su corte inmunda:
y el pueblo de Israel, de Dios por obra,
la suspirada libertad recobra.»

«Cuando las leyes, que su Dios le diera
fiel á sagrados pactos obedece,
se dilata feliz, como palmera
que junto al agua fecundante crece:
mas cuando á dioses étnicos venera,
negando al suyo la honra que merece,
en sus deslices súbito lo alcanza
del ofendido Dios justa venganza.»

«Tal es el pueblo que con brazo fuerte
intentais reducir á servidumbre:
si tienen á su Dios propicio, inerte
será vuestro valor y muchedumbre:
que en nuestro campo sembrarán la muerte,
primero que subamos á la cumbre,
donde sentada sobre dura roca
iras Betulia sin temor provoca.»

«Mas si no tienen á su Dios propicio,
sus altos muros rodarán al suelo;
y verás, Holofernes, en servicio
de tus armas pugnar el mismo cielo:
cumpliendo de leal con el oficio,
repito á todos la verdad sin velo:
sólo si ellos á Dios ofenden antes,
será posible que salgáis triunfantes.»

Apenas el discurso terminado,
Los ninivitas rugen contra Achioro;
y el jefe sobre todos indignado
bramando de furor, cual brusco toro,
«¿Quién eres tú—le dice—que has osado
hablar de los asirios en desdoro,
y al dios Nabuco, á quien rendimos culto,
inferir con tu lengua grave insulto?»

«Sólo Nabuco es Dios: yo su teniente;
sólo él goza de inmenso poderío;
ni hay valor en el mundo, que potente
se pueda comparar al valor mío;
ya que confías tanto en esa gente,
con sangre borrarás tu desvarío;
y porque tenga tu desdicha un sello,
mi propia espada cortará tu cuello.»

Por orden de Holofernes en seguida
al prudente orador las manos atan;
y muchos, si no atentan á su vida,
con duros vilipendios lo maltratan;
muéstrase grande Achior, sin que la erguida
frente sucesos ásperos abatan;
antes con muda heroica paciencia
de los asirios sufre la insolencia.

Después de atado, cual humilde reo,
la chusma de las armas lo despoja;
y entre vil y afrentoso clamoreo
del campo de su príncipe lo arroja.
«Tus elogios, conforme á tu deseo,
benigno—dicen—ese Dios acoja,
que tanto ensalzas, y Betulia pueda
conservarte la vida que te queda.»

Al ver desde sus altos torreones
los sitiados judíos esta escena,
bajaron, no sin grandes precauciones,
por descubrir la causa de tal pena;
recibióles Achioro con razones

que la más noble gratitud ordena,
y ellos con muestras de vivaz contento
por huesped lo reciben al momento.
Apenas llegan á Betulia, cuando
se agolpa multitud de curiosos,
en confuso desórden, preguntando
nuevas de los asirios numerosos;
quienes demuestran al impío bando
con desprecio mirar, quienes medrosos
exhalan de dolor ayes prolijos
pensando en sus esposas y en sus hijos.
En las gradas del templo los ancianos
reunidos se hallaban en consejo;
y entre temores y proyectos vanos
mantenían el ánimo perplejo;
unos quieren rendirse á los tiranos;
mas otros, arrugando el entrecejo,
«debemos—exclamaban con voz fuerte—
á la deshonra preferir la muerte.»
Del nuevo huesped ante la presencia
guardaron todos un silencio mudo;
y Ozías, ilustre por su ciencia:
«Recibe—dijo—fraternal saludo,
¡oh! huesped; si no es falta de prudencia,
tu nombre dínos, y qué causa pudo
moverte á desertar del campo amigo:
¿la guerra traes ó la paz contigo?
¿Pretendes conocer en nuestro daño
la débil fuerza que Betulia cuenta?
¿Tu venida será bélico engaño
con que Holofernes domeñar intenta
nuestra heroica ciudad? Habla, que extraño
cómo á nuestros hogares se presenta
en tan penoso miserable estado
del imperio de Asur un fiel soldado.»
—«Soldado fiel, pero infeliz—Achioro
humilde contestó—no soy espía:
nunca mis hechos ceden en desdoro
de mi buen nombre y la conciencia mía:
por decir la verdad, hoy gracia imploro;
maldito el hombre que en el hombre fía.
¡Oh Dios de Jacob! Del cruel tirano
derriba la soberbia con tu mano.»
Refirió luego Achioro la manera
cómo fué de Holofernes ofendido;
del tirano pintó la brava y fiera
condición; de su ejército aguerrido
la inmensa multitud; la triste hoguera
en que murió Fraortes, rey vencido,
y los estragos mil que á su paso lanza
del vencedor asirio la venganza.
Flaquean, al oir estas razones,
sobrecogidos de temor y espanto,
de Betulia los ínclitos varones,
y sueltan las mujeres triste llanto;
decaen en valor los corazones
que antes mostraron ardimiento tanto
en defender hasta el postrer apuro
de su amada ciudad el alto muro.
Pululan encontrados pareceres
entre los hijos de Betulia; brota
lucha tenaz, en medio los deberes
que á su provecho cada cual explota;
acosados del hambre aquellos séres,
con la esperanza de salvarse rota,
por fin deciden aceptar el yugo
y arrastrarse á las plantas del verdugo.
—«No puede ya Betulia—exclama Ozías—
débil, hacer á los asirios frente:
y á vuestro ruego y á las plegarias mías
se muestra sordo Jehová potente.
Ya van á terminar los breves días
tras de los cuales enemiga gente
segará nuestras vidas, como siega
su trigo el labrador en fértil vega.»
Calló el levita, y los demás ancianos
la boca sin abrir permanecieron;
unos mesaban sus cabellos canos;
otros señales de locura dieron;
quiénes, alzando sus dolientes manos
en pedazos sus túnicas hundieron;
quiénes, en fin, con mímica salvaje
mostraban su furor y su coraje.
—«¿Qué resolvéis?—añade Ozías.—Viene
la noche sin tomar algún partido;
si de nosotros piedad no tiene
Dios, por nuestros pecados ofendido;
pensáis, como yo pienso, que conviene
rendir ya la ciudad?» Con un ahullido
feroz contestan «¡sí!» los circunstantes.
—«La ciudad entreguemos cuanto antes.»
—«Tened, judíos, más cordura y calma,—
apareciendo, grita una matrona;—
cuando el cuerpo flaquea, debe el alma
sostener su grandeza y su corona;
no se concede á los tímidos la palma,
ni Dios á los humildes abandona.
¿Sois hijos de Abrahán? Con pecho fuerte,
á la deshonra preferir la muerte.
Soy mujer; soy Judit. Aún viuda lloro
de malogrado amor el triste duelo;
pero tengo en la patria mi tesoro,
y mi esperanza pongo allá en el cielo;
no viles joyas, ni salvar el oro
pienso al venir aquí; hoy sólo anhelo,
¡blasfemos y cobardes! mi querida
patria salvar á costa de la vida.
¿Qué calláis? ¿Véis en mí algo que os asombre?
¡Soy débil, soy mujer! ¡Oh caso extraño!
No tiembla la mujer, y tiembla el hombre
convirtiendo sus fuerzas en su daño.
De vuestros padres no manchéis el nombre.....
Id, id, doncellas púdicas, al baño,
mientras nosotros en la lucha fiera
del honor sostendremos la bandera.»
No así rayo de nube desprendido,
recorriendo veloz el horizonte,
conturba el ocio del caliente nido
ni pasma las ovejas en el monte,
como el acento grave y enardecido
(que no hay pecho que glacial lo afronte)
de la heroica Judit á aquel Senado
dejó en profunda confusión pasmado.
—«Habla—dijeron—y tu voz la guía,
prodigio de valor y de belleza,
será, que venza nuestra cobardía,
trocándola en virtud y fortaleza.
¡Viva Betulia! pues ya Dios le envía
un escudo inmortal en tu fiereza;
suene tu voz; los tímidos corderos
verás trocados en leones fieros.»
—«¡Dios de Jacob!—exclama la heroína;—
no desoigas el ruego de tu esclava;
en favor nuestro á piedad inclina
las poderosas flechas de tu aljava;
aleja de Betulia la ruína;
lo que comienzas en mi pecho acaba,
que dando tú á mi brazo la victoria
con mayor brillo lucirá tu gloria.»
Llevaron á Judith á su morada
los judíos ancianos y guerreros,
su virtud y belleza recatada
celebrando con himnos placenteros.
—«¡Tú sostienes—decían—nuestra espada;
tú sola ensalzas del honor los fueros;
Dios te ayude, Judith; perpétuamente
bendecirá tu nombre nuestra gente!»

JAIME MARTÍ BESTARD.

AVISO

Se ruega á los señores suscriptores que no hayan abonado el año actual, lo verifiquen á la brevedad posible, para evitar los perjuicios que con su retraso causan á esta Administración.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de Paris y que prescriben los medicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

La sangre, el cerebro y el aliento.

Un banquillo puede sostenerse con tres patas, pero no con dos, pues para su equilibrio debe, por lo menos, tener tres puntos de apoyo.

Las tres patas, ó puntos de apoyo, en que descansa la vida humana, son: la sangre, el cerebro y el aliento, ó sea, la circulación, los nervios y la respiración. Quítese una de estas tres patas, y caemos; es decir, morimos.

Pero, además, y como no sucede con las patas de un banquillo, estos tres puntos de apoyo de la vida están relacionados entre sí, y cuando uno se debilita se debilitan los otros. Si la sangre de un hombre no es pura, su cerebro y su aliento sufren; son una especie de trinidad, tres fases de una vida, ó sea una vida que corre mediante tres canales. ¡Y cuan extraordinariamente se mezclan y se separan!

Prestemos atención á lo que sigue: «No tenía yo descanso, solo podía dormir muy poco; sentía convulsiones en todo el cuerpo; á menudo me levantaba durante la noche poseído de gran terror y excitación. Todo me molestaba, hasta la presencia de un amigo. Estaba yo triste y de mal humor, y quería siempre hallarme solo.»

He aquí un caso en que los nervios estaban trastornados, en que una de las tres patas del banquillo aflojaba y amenazaba romperlo todo. Un estado tal como el que describe el escritor de aquellas líneas es, no sólo penoso, sino alarmante; porque todo movimiento, toda sensación, toda clase de poder en el cuerpo depende de los nervios, y cuando éstos se desarreglan todo el régimen de la salud está perdido: pulmones, corazon, riñones, etc., todo funciona mal; porque debe saberse que los nervios lo rigen y gobiernan todo. Sin ellos es el cuerpo lo mismo que un buque sin capitán ó timonel á merced de cualquier viento que sople. Es una situación terrible. «Es el camino de la locura»; ó se le pone pronto remedio, ó viene un resultado que es peor que la muerte.

¿Qué es lo que le produjo esta enfermedad á ese hombre? Preguntémoselo. Tal vez tras de eso haya algo, una causa no sospechada; tal vez otra de las tres patas del banquillo se debilitó antes que los nervios. Nada sacaríamos sin nuevas averiguaciones.

Pues aquí están; ya las tenemos. En su carta encontramos una declaración que nos las sugiere, y que es la clave de todo el misterio.

«No tenía apetito, ó tenía muy poco», añade. Esa fuente de fuerza y de vitalidad, el sistema digestivo, había cesado de funcionar, y lo que es todavía peor, estaba llena de materia pútrida en fermentación.

Gases venenosos y ácidos mortíferos se engendraban en él, como se engendran en una cuba de basuras en putrefacción; se introducían en la sangre, y eran llevados á todos los órganos y partes del cuerpo. Los nervios, desde el cerebro hasta la punta de los dedos, estaban aniquilados y envenenados; y ¿quién puede tocar una guitarra cuyas cuerdas están todas enmohecidas y discordes? ¿Qué otra cosa sino enfermedad y sufrimiento, seguido muy de cerca por la locura y la muerte, pueden provenir de nervios que están llagados por la inflamación y faltos de un nutrimiento que se les niega? No es milagro que el que nos escribe no pudiera soportar aun la compañía de sus amigos más queridos y buscase la soledad, como una miseria menor.

Pero ¿cómo acabó todo esto? Los lectores que sufren de postración nerviosa y de todas las demás formas de indisposiciones de nervios no quedarían satisfechos hasta que se lo revelásemos. He aquí la respuesta:

«Un amigo mío (continúa el que aquello escribe) que había venido padeciendo de lo mismo, me aconsejó que tomara el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, diciéndome que á él le había curado. Seguí su consejo, y después de haber usado este remedio durante una quincena, todos los malos síntomas desaparecieron, y me hallé en perfecta salud. Consiento de buen grado en la publicación de estas declaraciones, si usted cree que pueden ser de utilidad á los que sufran de un modo semejante (firmado). Manuel Valle Martínez, peluquero, calle Loarte, 32, Granada.»

¿Qué es lo que se deduce de estos hechos? ¿Cuál de las tres patas del banquillo es la que primero cedió? Pues, el estómago. O en otros términos, todo el desarreglo nervioso no era más que una de las consecuencias de la indigestión y la dispepsia. Y eso es lo que sucede en casi todas indisposiciones que llenan el mundo de pacientes, y engañan á pacientes y médicos; todas se derivan de torpeza ó paralización en la digestión. Cúrese esta sola causa, y se verá libre de sus varios y múltiples resultados.

Conseguir esto es la misión del Jarabe Curativo de la Madre Seigel. El va directamente á la raíz del mal, al puntoj de partida de la enfermedad, los órganos digestivos, y esparce la rica y pura sangre de la salud á través de todas las venas.

Si el lector se dirige á los señores A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales. Frasquito, 8 reales.

BANCO DE ESPAÑA

Los interesados que tengan en depósito en este Banco los valores que se expresan á continuación, pueden presentarse en la caja del mismo desde el lunes 9 del corriente, de once de la mañana á tres de la tarde, á percibir los intereses vencidos en 1.º del actual.

Inscripciones de Deuda perpetua al 4 por 100 interior.

Acciones del ferrocarril de Lérida á Reus y Tarragona.

Cédulas hipotecarias del Banco Hipotecario al 4 y 5 por 100.

Obligaciones de la Compañía Trasatlántica al 4 por 100.

Idem del ferrocarril de Alar á Santander.

Idem del íd. de Tudela á Bilbao, 1.ª y 2.ª series.

Idem del íd. de Asturias, Galicia y León.

Idem del íd. del Norte de España, 1.ª y 2.ª series.

Idem del íd. de Valladolid á Ariza.

Idem del íd. de Linares á Almería.

Idem del íd. de Córdoba á Málaga.

Idem del tranvía de estaciones y mercados, al 5 y 6 por 100.

Idem de la Nueva Bolsa de Madrid, 1.ª serie.

Madrid 7 de Octubre de 1893.—El secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

†

EL SEÑOR

D. RAMÓN GARCÍA ROMERO

Murió en Antequera en 2 Octubre 1893

R. I. P.

Rogamos á nuestros amigos lo encomienden á Dios.

Nuestros apreciables lectores leerán en la presente edición un anuncio de la bien reputada firma de los Sres. Valentín y Compañía, banqueros, y Expendeduría general de lotería en Hamburgo, tocante á la lotería de Hamburgo, y no dudamos que los interesará mucho ya que se ofrece por pocos gastos alcanzar en un caso feliz una fortuna bien importante.

Esta casa envía también gratis y franco el prospecto oficial á quien lo pida.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitaran pronto, por fuerte é incómoda que sea.

Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FELIPE PINTO

11, Flor Baja, 11.

1893

ELIXIR DE Protocloruro DE HIERRO CON HIPOFOSFITOS DE VIVAS PEREZ

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Esquilismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.*

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.—MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA, **Farmacia** VIVAS PEREZ

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA

DE

VICENTE GARCIA MUSTIELES

(SUCESOR DE PÉREZ)

CALLE MAYOR, NÚM. 50

MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.

Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.

Se sirven los pedidos con toda prontitud.

MEDICACION TÓNICA

PILDORAS Y JARABE DE BLANCARD

Con ioduro de Hierro inalterable

ANEMIA · COLORES PÁLIDOS · RAQUITISMO · ESCRÓFULOS · TUMORES BLANCOS etc., etc.

Exíjase la firma y el sello de garantía.

PARIS

40, rue Bonaparte, 40

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores español y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

BAZAR MÉDICO J. CLAUSOLLES BARCELONA

SUCURSAL EN MADRID

35, CARRETAS, 35 (frente á Correos)

Fabrica de aparatos ortopédicos, bragueros, fajas ventrales, instrumentos de cirujía, artículos de goma, higiene, etc.

Especialidad en la contención y curación de las hernias, por rebeldes y voluminosas que sean.—Gabinete de consultas abierto de diez á doce y de tres á siete. Los domingos de nueve á una.

Precios fijos baratísimos

CARRETAS, 35 (frente al buzón de Correos), MADRID

ES DIGNA DE SER VISITADA

LA NOTABLE

EXPOSICIÓN DE FLORES, PLANTAS Y CORONAS

DE

G. CHUN SIETE SALONES PISOS PRINCIPALES CRUZ, 42

Sección 1.ª: Flores para vestir.—2.ª: Ornato de salón.—3.ª: Flor para iglesia.—4.ª: Flor para cementerio.—5.ª: Material para flores.—6.ª: Plumas y azabache para sombreros.

Siempre el PRIMER surtido en plantas de salón.—Ramos de altar y modelos de cristalería, mayólica y mimbre de alta novedad, decorados artísticamente con flores y plantas.

FÁBRICA DE GUANTES

J. F. IRUMBERRI

Calle de Fuencarral, núm. 7

Guantes, Corbatas, Bisutería, última novedad.—Guantes para señores Obispos, Sacerdotes y Colegiales.—*Encargos á provincias.*

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 pts.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 8 1/2 pe. fs.
Un año..... 16 »

NÚMERO 20.—Madrid 31 de Octubre de 1893.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 francos.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 5 pesos.
Un año..... 10 »

VISTA DE NIZA

SUMARIO

TEXTO

Actualidades, por Angel Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—En el campamento, por Pedro Antonio de Alarcón.—A la bandera del batallón de Ciudad Rodrigo, por Pedro Antonio de Alarcón.—Melilla, por Victoriano Amaya.—Por Marruecos, por Edmundo de Amicis.—Sección doctrinal: Harmonía entre el trabajo y el capital, por Antonio Pou y Ordinas.—Judith, por Jaime Balg.—San Juan de la Cruz, por Martín Domínguez Berrueta.—Reclamos y anuncios.

GRABADOS

Vista de Nizza.—Mr. Fernando Lesseps.—La Coruña.—Moro riffeño.—Vista de Melilla.—Interior de la iglesia del convento de Religiosas Mercenarias de San Fernando, en Madrid.

ACTUALIDADES

La conquista de Melilla.—El Soldado español.—El Mariscal Mac-Mahón.

En ninguna región de España, ni en ninguna época de nuestra Historia, llegó el sistema feudal al grado de pujanza y esplendor, ni se manifestó con caracteres tan típicos de aristocracia caballeresca y hazañera como en Andalucía, durante todo el siglo XIV y la mayor parte del XV. Casi toda la tierra, desde Sierra Morena hasta la mar, con la excepción del reino de Granada, pertenecía en pleno dominio y soberanía á los grandes señores, descendientes de los capitanes de Fernando el Santo. Aquellos oligarcas eran verdaderos príncipes; mantenían numerosos Ejércitos, y los costeros formidables Armadas; residían en villas ó ciudades que eran sus hermosas cortes, en las que, con brillante aparato, recibían á los embajadores de los Reyes de Castilla, y á los de los príncipes, sus vecinos y rivales; hacían la guerra á los moros ó se la hacían unos á otros, sin pedir á nadie permiso; sus riquezas eran incalculables, su fausto magnífico é imponente.

Entre todos estos príncipes semisoberanos, los duques de Medina Sidonia ocupaban el primer lugar. Eran Guzmanes, apellido que por sí sólo suena á gloria y epopeya, y descendían inmediatamente de aquel varón sin par que en Tarifa sacrificó á su propio hijo en aras de su lealtad. Sancho el Bravo recompensó el heroísmo de Guzmán el Bueno cediéndole toda la tierra de la costa de Andalucía, comprendida desde la desembocadura del Guadalquivir hasta la del Guadalete. El castillo de Sanlucar era la capital de este bellísimo principado. Pero no satisfechos con él, los sucesores de Guzmán el Bueno extendieron sus armas y su dominio por casi todo el territorio que constituye hoy las provincias de Cádiz y Huelva, y por parte de la de Sevilla. El estandarte de los Guzmanes flotaba por toda la costa del Estrecho, y por la del Oceano, hasta los límites de Portugal; y sierra adentro era terror de moros á lo largo de la frontera occidental del reino de Granada.

Los Guzmanes hubieran sido reyes de Andalucía, como lo son los Braganzas de Portugal, á no ser por la oposición que hallaron en otra gran casa, su rival, que durante el siglo XIV y la primera mitad del XV combatió heroicamente y sin descanso contra su influencia y poderío. Tal fué la casa de los marqueses de Cádiz, los Ponce de León. Los duques poseían más extensos dominios que los marqueses y eran más ricos que ellos; pero los marqueses no les iban en zaga en valor y fina astucia diplomática; así que el estandarte de los Ponces no se abatió nunca el estandarte de los Guzmanes. Las luchas entre ante estas dos familias ensangrentaron los campos y las ciudades de Andalucía durante un siglo.

En 1468 murió el representante de la casa de Medina Sidonia, y heredó la dignidad ducal su hijo D. Enrique. Un año después, en 1469, murió á su vez el marqués de Cádiz, heredándolo su hijo D. Rodrigo.

Mozos ambos, y los dos valentísimos y expertos capitanes para su época, el Guzmán y el Ponce se combatieron con toda la saña de una heredada rivalidad secular, con el ansia de concluir de una vez aquellas envejecidas diferencias destruyéndose el uno al otro. Aquel duelo á muerte duró muchos años. En las mismas calles de Sevilla se acometían espada en mano, de día y de noche, las gentes del marqués y las gentes del duque. Corría la sangre en abundancia. En los campos se asaltaban recíprocamente castillos, se saqueaban poblaciones, se degollaban unos á otros. Isabel la Católica concluyó con esta horrible anarquía, imponiendo severísimos castigos. El marqués de Cádiz se presentó, solo y desarmado, en el palacio de S. A. arrojándose á los pies de la soberana. Isabel lo perdonó, y esta entrevista es una de las más bellas de la Historia de España; el oligarca se convirtió en heroe; desapareció el marqués, señor feudal, y surgió allí, del perdón magnánimo de Isabel, el soldado legendario de la guerra de Granada.

Aún es más hermosa la reconciliación de los dos rivales. Rodrigo Ponce de León empezó la guerra que había de inmortalizarle en la Historia, sorprendiendo con sus gentes la fortaleza y villa de Alhama. Cargó sobre los heroicos andaluces toda la morisma granadina, y quedaron sitiados en su misma conquista. El marqués logra que un mensajero atraviese las triples líneas de los sitiadores, y vaya á llevar á su mujer la noticia del inminente peligro en que se hallaba. Pero ¿á dónde acudiría la atribulada marquesa? Los Reyes Católicos estaban muy lejos, en Medina del Campo, y los momentos eran preciosos. Entonces la marquesa no temió acudir á D. Enrique, el rival aborrecido de su casa. Y D. Enrique, caballero cristiano, lo olvida todo en aquel momento; reune deprisa un numeroso Ejército, y obliga al rey de Granada á levantar el cerco de Alhama.

El marqués y el duque se abrazan en aquel glorioso campo de batalla, á la vista del Ejército, que prorrumpe en aclamaciones de entusiasmo, no tanto por la victoria conseguida, como por el hermoso espectáculo de la reconciliación de aquellos dos antiguos y poderosos enemigos. Desde aquel día memorable, ya nunca más volvieron á pelear entre sí las banderas de los Ponces y de los Guzmanes; juntas marcharon siempre contra los enemigos de la patria.

Contribuyó poderosamente á este resultado la política sabia y severa de los Reyes Católicos. Los alcaldes del Rey, ayudados por la Santa Hermandad, pusieron término definitivo á la anarquía feudal. Los Reyes Católicos abrieron al heroismo de sus caballeros más dilatado y glorioso campo que el de las luchas civiles. En la guerra de Granada, todo el mundo sabe que el marqués de Cádiz fué el heroe principal. Las hazañas y servicios del duque no fueron menores ni menos útiles á la causa de la patria.

Entre esos servicios merece recuerdo y gratitud especiales la conquista de la plaza de Melilla. Una escuadra, armada y tripulada por gentes del duque, mandada por Pedro de Estopiñan, servidor de la casa de Guzmán, se apoderó de la ciudad del Riff, y plantó en ella, con el estandarte de Medina Sidonia, la Cruz, que todavía defienden allí nuestros soldados.

Hasta el reinado de Felipe II, que la incorporó á la Corona, estuvo Melilla bajo el dominio señorial de los Guzmanes, y desde el día en que Pedro de Estopiñan fijó en ella su planta, empezó la guerra con las kábilas del Riff, que aún noha concluído, y que sólo Dios sabe cuándo terminará.

***

Es uno de los pocos tipos españoles que no han degenerado ni decaído; podrán dirigirlo mejor ó peor, podrán organizarlo más ó menos científicamente; aplicarán su valor á empresas más ó menos descabelladas, lo armarán de fusiles de mejor ó peor sistema, lo vestirán con mejor ó peor gusto: pero el soldado español simpre es el mismo: pobre, ignorante, listísimo, sóbrio, incansable, disciplinado, alegre y dicharachero, valeroso en el combate hasta el heroísmo y tenaz en sus empresas hasta lo inverosímil.

Gómez Arteche escribió su historia, titulándola *Un soldado español de veinte siglos*. En efecto; en los veinte siglos que dura ya la historia de España, el soldado español es siempre el mismo, por idénticas cualidades ha brillado en los días de gloria y poderío de la patria, que en sus noches de desastres y derrotas. ¡Qué diferencia entre la España de los Reyes Católicos y la de Carlos II! Pues en una y en otra el soldado desplegó el mismo valor; triunfó cuando le tocó triunfar, y murió cuando le tocó sucumbir, con idéntico desprecio de la vida, con el mismo cantar en los labios, con la misma fe en la causa defendida, con la misma alegría retratada en el rostro moreno y en los ojos negros y vivísimos. Siempre también llevó en el pecho el mismo escapulario de Nuestra Señora, y en el bolsillo la carta de su madre ó de su novia; y siempre fué á la batalla como á una fiesta, como á la romería de su pueblo bromeando y cantando por el camino, y tocando la guitarra en los descansos. Las grandes tragedias de la guerra, que lo han convertido en héroe tantas veces, no han alterado jamás su buen humor; á sus enemigos más poderosos y crueles, no sólo los ha batido, sino que les ha puesto motes: se ha burlado de ellos, al mismo tiempo que los fusilaba ó los acuchillaba.

Siempre fué de poco comer, y aunque nacido en una tierra que Baco hubiera escogido para su residencia, no bebe ni la mitad que sus camaradas ingleses, franceses ó alemanes. En España jamás ha sucedido que todo un regimiento se emborrache, como cada lunes y cada martes acontece á los buenos mozos de la guarnición de Gibraltar, sin ir más lejos. Las borracheras son aquí siempre casos individuales, aislados, en proporción insignificante con la totalidad de las fuerzas, producidas casi siempre por la mala calidad del vino ó por la poca costumbre de beberlo, y se castigan con más severidad que en otras partes. La embriaguez, aunque sea puramente ocasional, no es circunstancia atenuante en nuestro Código militar: el soldado ébrio tiene la misma obligación que el que no lo está, de obedecer y respetar á sus superiores, é incurre en las mismas penas si delinque en materias tan delicadas. ¡Cuántos pobrecillos han ido á los disciplinarios y á los presidios porque en un momento de embriaguez contestaron malamente á su sargento ó á su oficial, y cuántas veces esa embriaguez fué producida por cuatro copas á que le convidó en la Fuente de la Teja un paisano que se encontró ó la agraciada Maritornes á la que corteja, y que quiso obsequiarlo con el producto de la sisa! Por esta embriaguez ocasional, y aun por otras más graves, en ningún ejército del mundo es castigado un soldado; porque si lo fuera, habría que mandar á presidio, en ocasiones, desde el generalísimo hasta el último recluta; en España sí lo es, y á nadie le choca, porque es caso raro.

La sobriedad del soldado español llega á lo inconcebible. Merced á ella, en gran parte ha podido sostener esos sitios memorables que han sido la admiración de los hombres y las páginas más hermosas de la Historia. En Zaragoza y en Gerona todo el valor y toda la tenacidad hubieran sido inútiles si á estas cualidades no hubieran juntado nuestros guerreros la sobriedad. En las últimas guerras civiles y en la de Cuba, ¡cuántas veces 50 ó 60 hombres, encerrados durante muchos días en una torre ó en un fortín, se batieron sin descansar un momento, y casi sin probar bocado, y cuando llegó la columna de socorro, salieron los defensores tan alegres y satisfechos, cantando y bromeando con sus libertadores, como si nada hubiera sucedido, como si se hubieran alimentado con jamón y pichones!

Hermana de la sobriedad es la resistencia á toda clase de trabajos y penalidades. El soldado español en las marchas es andarín incansable; en la última guerra civil, cuando la persecución de Dorregaray por el reino de Aragón, hubo temporadas en que la infantería anduvo

diez ú once leguas por día. El General Arrando con su columna, en una semana, solía dar dos veces la vuelta á Cataluña, desde las crestas del Pirineo hasta las orillas del Ebro. Y de los carlistas no hay que hablar: Bargossi no los hubiera alcanzado. Martínez Campos en el Centro, Cataluña y en Cuba, dió muestras de una tan extraordinaria actividad, que durante meses puede decirse que durmió á caballo. Y todavía Martínez Campos es posible que hubiera sido vencido en punto á esta maravillosa ligereza de movimientos por el General Rodil, que en la guerra de los siete años se empeñó en alcanzar á Zumalacárregui á la carrera.

¡Aquello sí que fué correr! Los soldados de Rodil y los de Zumalacárregui no parecían ya hombres, sino espíritus alados; no corrían, sino que volaban... Las columnas apenas si ponían los pies en el suelo, se deslizaban veloces por montes y valles como fantásticas procesiones de sombras.

—Íbamos tan de prisa en aquella época—nos decía un veterano,—que atropellábamos las montañas.

Pues si así son en la marcha nuestros soldados, aún aparecen más admirables cuando se les considera sufriendo á pié firme, en una posición incómoda, mal sana, abierta á todos los vientos ó sin aire para respirar, todos los rigores é inclemencias del cielo y de los hombres. Son siempre aquellos soldados que llevó á Nápoles Gonzalo de Córdova, y que triunfaron de los franceses después de muchos meses de encierro en Barleta y de haber acampado durante muchas semanas con agua y cieno hasta las rodillas en las pantanosas riberas del Garellano. En Africa, en 1859, tuvieron su campamento del hambre. En la guerra civil y en Cuba han dado ejemplos magníficos de esta invencible resistencia á los trabajos, que es quizás el punto más alto del heroísmo.

El soldado español es disciplinado. Casi todos los que incurren en delitos de insubordinación es contra los cabos, á los que consideran como iguales suyos; contra los sargentos apenas si hay casos de esta índole, y contra oficiales son rarísimos.

El soldado español es valerosísimo en el combate; nervioso y excitable con suma facilidad, sigue siempre á un jefe que sabe *jalearlo*, ó que despliega, como Prim en los Castillejos, la bandera de la patria en el momento de apuro. La derrota le impone poco; la considera como un accidente inevitable, y dice sentenciosamente que donde las dan las toman. En la guerra de la Independencia, los ejércitos españoles derrotados y dispersos por los enemigos se rehacían en un momento, y á corta distancia del lugar en que acababan de ser vencidos. Esto es lo que más maravillaba á los franceses; «derrotamos á los españoles, decían los mariscales de Napoleón; pero no conseguimos convencerles de que los hemos derrotado».

Con este soldado español se puede ir á todas partes, y en todas quedar con lucimiento. Pero ¡por Dios! que se dirija bien, y que se le lleve á empresas verdaderamente útiles para la patria!

***

Decía Chateaubriand que, cuando pasaba por delante del general Latour-Mauburg, se descubría como si pasase por delante del honor. Del insigne mariscal Mac-Mahón que acaba de morir en Francia podría haberse dicho lo mismo. Soldado y general, victorioso y derrotado, en los campos de batalla y en la presidencia de la república, Mac-Mahón fué siempre como Bayardo, *un caballero sin miedo y sin tacha*; si no era de la raza de los grandes capitanes, perteneció á la de los grandes soldados; su sepulcro será glorioso, y su memoria un hermoso ejemplo de las virtudes guerreras y cívicas, que por desgracia van haciéndose muy raras, como otras más altas, en la egoísta y materializada sociedad moderna.

La familia Mac-Mahón, ilustre en Irlanda, fué de aquellas que, por su fidelidad á la Religión católica, huyeron de su patria después de la batalla del Boyne, en que triunfaron definitivamente de los católicos irlandeses los protestantes de Inglaterra, dirigidos por Guillermo III. Si los Mac-Mahón, los O'Donnell y otros patricios de Irlanda hubiesen permanecido en su país después de aquel triste suceso, la intolerancia británica no les hubiera permitido ni ser jueces de paz, ni oficiales de un regimiento; expatriados, y generosamente acogidos en las naciones católicas, distinguiéronse pronto por sus virtudes, hazañas y servicios, y fueron en España, en Francia, en Austria y en Italia, ministros, mariscales, embajadores, grandes señores, en suma. Los Mac-Mahón se naturalizaron, unos en España y otros en Francia; en nuestro país han dado valerosos generales á la marina de guerra; en Francia, entre otros hombres insignes, al mariscal que acaba de morir.

Nació el vencedor de Malakof en Sully, á 13 de Julio de 1808; en 1825 ingresó en la escuela de Saint-Cyr, y de ella salió para guerrear en Argelia, obteniendo todos sus grados, hasta general de división, por servicios prestados en el campo de batalla, y algunos á costa de su sangre.

La guerra de Crimea fué, sin embargo, el teatro en que el gran soldado dió á conocer á toda Europa sus cualidades extraordinarias de guerrero. La división que él mandaba fué la que se apoderó por medio de una carga á fondo, terrible, de la torre de Malakof. Al partir para el ataque, dijo al general en jefe: «Entraré en el fuerte, y os aseguro que no saldré de él vivo». Ya establecido sobre el terreno conquistado, escribió con lapiz al mariscal Niel estas sublimes palabras: *J' y suis et j'y resterai* (estoy aquí y aquí permaneceré). Con razón escribe monsieur de Forville en sus *Semblanzas de los mariscales franceses:*

«Si yo hubiese sido el emperador Napoleón III, hubiera aumentado el escudo de armas de la antigua é ilustre familia de Mac-Mahón con un caballero armado de todas armas, campando sobre una torre de fuego y dando al viento una bandera con este lema: *J' y suis et j' y resterai.*»

En la guerra de Lombardía, Mac Mahón dió pruebas, no sólo de un valor y abnegación dignos de los que ya tenía acreditados, sino de verdadera capacidad militar. Era un general de cuerpo de Ejército que sabía modificar provechosamente, sobre el campo de batalla, las órdenes expedidas por el cuartel general. Napoleón I sólo tuvo dos mariscales que, á sus otras cualidades, juntasen esta indispensable iniciativa: Davout y Massena. En Magenta y en Solferino, Mac-Mahón decidió la victoria, emulando á los famosos lugartenientes del gran emperador.

La campaña de 1870 fué desgraciada para los franceses en general, y muy particularmente para Mac Mahón; pero no obscureció la gloria de éste, ni amenguó su reputación. Como Francisco I en Pavía, lo perdió todo el mariscal, menos el honor. Diéronle 40.000 hombres para defender la Alsacia, cuando debieron haberle dado 100.000 por lo menos. 150.000 prusianos lo atacaron, deshicieron su vanguardia en Wissemburgo, y lo derrotaron enteramente en Reichschoffen. Mac Mahón sólo pudo salvar 18.000 hombres, y esto merced á las prodigiosas cargas de los coraceros, dignas de las de Ney en Waterlóo.

Los ejércitos franceses, batidos en todos los puntos, se refugiaron en las plazas fuertes. Mac Mahón fué puesto á la cabeza de un nuevo ejército de 120.000 hombres. Entonces concibió un plan de campaña sencillo, modesto, pero sólido, y que, según apunta el feld-mariscal Moltke en su *Historia de la guerra de 1870*, hubiera quizás salvado á Francia. El plan consistía en retirarse sobre París, unirse en esta capital con los 100.000 soldados de Trochú, y allí esperar los contingentes de los departamentos. Como se vió muy luego, Francia levantó 800.000 hombres más. ¿Hubiera sido tan fácil á los prusianos vencer á 1.000.000 de franceses, unidos en un solo punto, con una capital como París por centro de recursos y cuartel general?

Pero esto que se llama opinión pública, y que no puede ser gárrula vocinglería de periodistas, se opuso al plan del mariscal. Eso era, decían, abandonar las más bellas provincias de Francia al invasor; era huir y no castigar á los prusianos, y no socorrer al mariscal Bazaine, bloqueado en Metz. ¡Adelante! ¡adelante! gritaban los periodistas, que habían de quedarse atrás, como ahora gritan en España para que otros, no ellos por cierto, tomen á la carrera el Gurugú y el Gurugá. El Gobierno fué débil; temió las censuras de los estratégicos de café y de los críticos militares de gacetillas, y el ejército de Mac-Mahón recibió la orden de marchar hacia adelante. El mariscal representó contra la orden; pero de nada le valió. Como militar disciplinado, no tuvo más remedio que conducir á sus soldados á la ratonera de Sedán.

La Providencia hizo justicia á su previsión, á su obediencia y á su valor; una venturosa herida, recibida en las primeras horas del combate, lo apartó de aquel triste campo de batalla, excusándole de firmar la capitulación del emperador y de todo el ejército.

Tal fué el soldado. En cuanto al político, era Mac-Mahón demasiado caballero de la Edad Media para ser un gobernante hábil de la Edad Moderna. En su vida privada fué un modelo de virtudes modestas; sobrio, sencillo, afable y cariñoso, franco y leal y buen cristiano. La posteridad reconoce en Aníbal superioridad sobre Scipión. No sucederá lo mismo respecto á Mac Mahón y Moltke. Pero habrá en la memoria del vencido de Sedán algo que no brillará en la de su vencedor. Moltke será siempre el ingeniero de la guerra; Mac-Mahón será siempre el soldado.

La escultura representará á Moltke sentado en una mesa, estudiando en los planos de la campaña la mejor manera de hacer saltar á los hombres por los aires, como el ingeniero de minas estudia el mejor modo de hacer saltar el mineral inútil. Para Mac-Mahón reservará la legendaria estátua ecuestre, y no le pondrá en la diestra el compás, sino la espada desnuda. Moltke entrará en el arte con los anteojos puestos y su carilla de zorro viejo que arma trampas á las naciones y á los ejércitos, mientras que la figura de Mac-Mahón se idealizará en lo porvenir. Moltke será hasta el fin de los siglos el sabio director de la máquina de matar hombres; pero Mac-Mahón será el héroe; y un héroe será siempre más simpático que un industrial, aunque el industrial produzca imperios en su fábrica.

ANGEL SALCEDO.

GRABADOS

Vista de Niza. — (Pág. 305).

El antiguo condado de Niza, de 80 kilómetros de longitud por 60 de latitud, fué cedido por Víctor Manuel á Francia en 1860, y constituye hoy con el distrito de Grasse el departamento de los Alpes Marítimos. Su capital es Niza, ciudad episcopal, con 54.000 habitantes. La benignidad de su clima, lo pintoresco de sus alrededores y la habilidad indiscutible de los franceses para presentar sus cosas agradables á los extranjeros (y sacarles á éstos los cuartos), hacen de Niza una de las estaciones invernales más concurridas de príncipes rusos, lores y millonarios ingleses, y aristócratas y potentados de todos los países. Benigno es el clima de Niza, hermosos sus alrededores y relativamente limpio y azul su cielo: pero ¡cuán mejores no son todas estas condiciones en nuestra encantadora Edetania ó en nuestra

MR. FERNANDO LESSEPS

hermosa Bética! Las riberas de la Albufera de Valencia, el paraíso que se llama provincia de Castellón, Alicante, Almería, Málaga, los pueblos de la bahía de Cádiz, Sanlucar y Huelva, valen mucho más que Niza para pasar el invierno. ¿Por qué, sin embargo, los extranjeros ricos prefieren á nuestras ciudades y costas la ciudad franco-itálica de los Alpes? Pues, por muchas razones: porque los de Niza han sabido *faire l'article*, ó sea, que han pregonado por todo el mundo las excelencias y hermosuras de su clima y situación; de donde que todos sepan que Niza es una gran cosa, y de España apenas si tenemos una idea confusa los mismos españoles. En segundo lugar, no cabe dudar que todo lo que se refiere á buena administración y seguridad personal, está mucho mejor en Francia que en España. Y en tercer lugar, en Niza hay buenos hoteles y hermosos paseos; la mano del hombre ha completado y perfeccionado la obra de la naturaleza, y en España sucede al revés; lo único que sabemos es estropear lo bueno de la naturaleza.

Niza tiene un soberbio Casino emplazado en el *Paseo de los ingleses*. En sus cercanías está Cimier, la antigua *Cenemanium* romana, con imponentes ruinas de anfiteatro, termas, templos y palacios.

Mr. Fernando Lesseps. — (Pág. 308).

Viejo, achacoso, chasqueado en sus esperanzas de abrir el istmo de Panamá, casi destrozado por un proceso infamante, agoniza tristemente, rodeado de su familia, el héroe de la industria moderna que supo abrir los continentes y comunicar á Europa con las tierras del extremo Oriente. Sean las que quieran las faltas de este hombre extraordinario, es indudable que su hazaña es de las que no olvidará jamás la especie humana.

La Coruña. — (Pág. 309).

No hay para qué describir á la simpática, fresca y alegre capital de la región del Noroeste de España, á la ciudad de la Torre de Hércules y de María Pita, heróica contra los enemigos de la patria española, cantada por los poetas antiguos y modernos. Coruña es la Cádiz del Norte, y su porvenir industrial y mercantil está mucho más asegurado que el de la del Mediodía. Durante el último verano, Coruña ha dado mucho que hablar con su oposición á las reformas de Guerra, que amenazaban arrebatarla el rango y las ventajas de la capitalidad militar. De derecho perdió el pleito la Coruña, toda vez que, según la ley, la capital militar del distrito es León; pero de hecho sigue en Coruña, y es de creer que allí seguirá por los siglos de los siglos.

Moro riffeño. — (Pág. 312)

Vista de Melilla. — (Pág. 313)

Véanse los artículos *Actualidades* y *La plaza de Melilla*.

Interior de la iglesia del Convento de Religiosas Mercedarias de San Fernando en Madrid. — (Pág. 317).

Nuestro grabado representa exactamente el interior de la iglesia del Convento de Religiosas de la Merced, sito en el barrio de Madrid titulado Los Cuatro Caminos. Esta Comunidad es la que habitaba el antiguo convento de la calle de la Libertad, en el sitio que hoy ocupa el teatro de la Alhambra. En el año 68 fueron trasladadas á las Góngoras, donde permanecieron seis años, hasta que vinieron á habitar su nuevo convento construído por iniciativa del Ilmo. Sr. Obispo auxiliar de Madrid, bajo la gratuita dirección del Excmo. Sr. Marqués de Cubas, y á expensas de las personas piadosas. Tomaron posesión de él las Religiosas el 25 de Marzo, aniversario de la fundación de la Comunidad.

Su iglesia, aunque pequeña, es de esmerado gusto arquitectónico.

ANTONIO DE OLMEDO.

En el campamento.

En el campamento no hay mujeres; y esto que á primera vista parece, y lo es en cierto modo, su mayor contrariedad, constituye su principal encanto y la esencia de sus peculiares goces. Desde luego nótase entre los hombres más concordia, más buena fe, más confianza; son, como quien dice, unos buenos Adanes, libres de Evas y de serpientes tentadoras. El amor propio no se halla excitado á cada momento, como acontece en el mundo, por los fallos y sentencias de la mujer, juez inapelable y casi siempre injusto del torneo de la sociedad. Aquí cada cual es como Dios le hizo, y no como le califica el capricho ó la veleidad de una hermosa. Las verdaderas prendas del individuo, su bondad ó su talento, su valor ó su honradez, se sobreponen á otras cualidades secundarias muy estimadas en los salones; á la elegancia, por ejemplo, á la hermosura, á la facilidad en el decir, al nombre ó á las riquezas. Como no hay que agradar á nadie, ninguno se cuida de su adorno personal, de su rostro ni de sus movimientos. El hombre es más hombre, en fin, y por consiguiente más verdad.

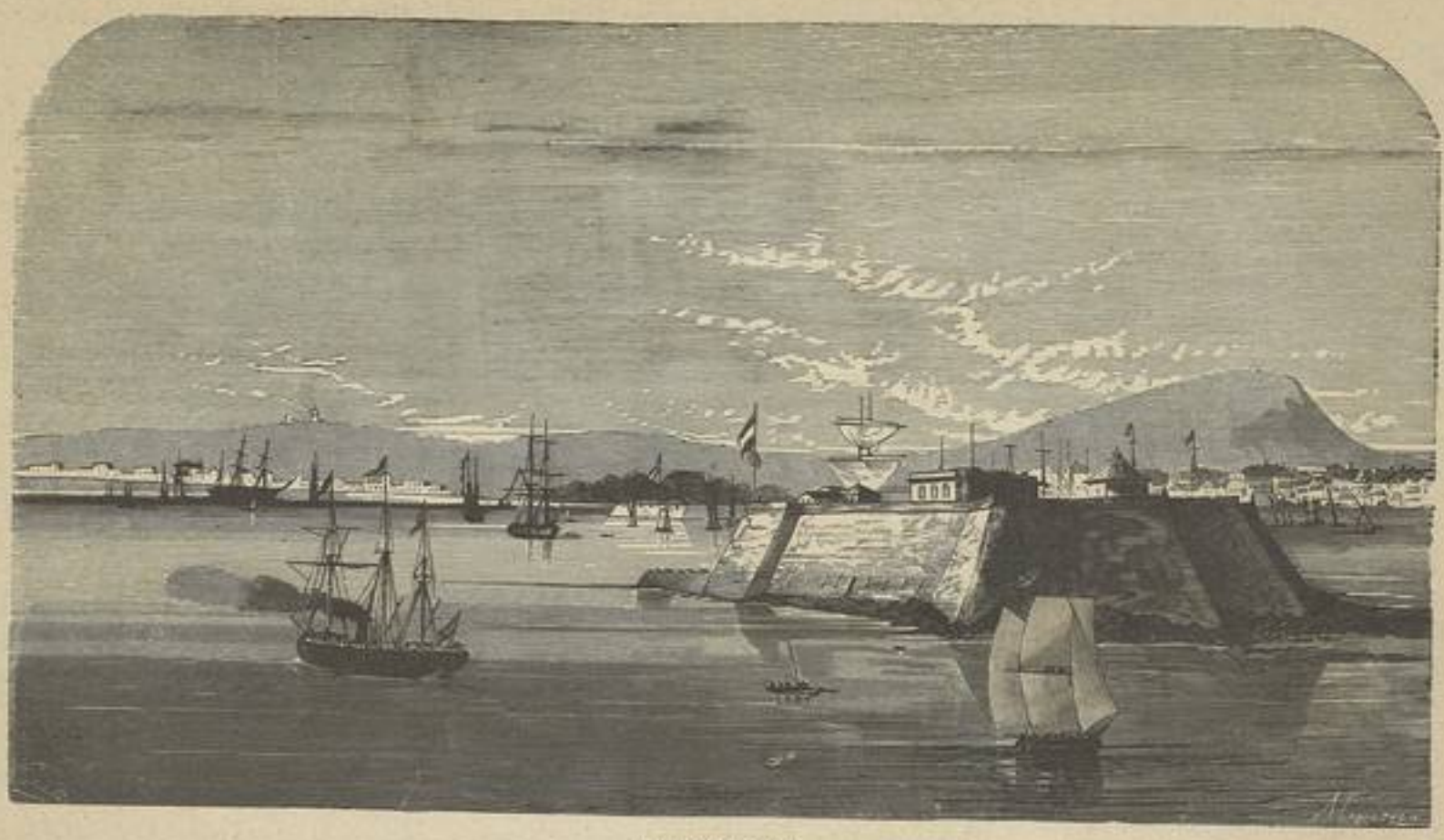
La etiqueta queda completamente abolida; todos tienen libertad para todo y la susceptibilidad más exquisita se ve obligada á someterse á cualquier género de agresión. Los celos, las rivalidades, las aprensiones, la chismografía no encuentra mezquinos asuntos en que cebarse; las pretensiones injustificadas carecen de público á quien engañar; la vanidad se axfisia por falta de espacio; sólo la ambición desordenada puede empañar la limpia desnudez de tan abiertos caractéres, y esto solamente en aquellos días en que el clarín no llama á la pelea. Las conveniencias, que decimos ahí, las buenas formas, los falsos respetos, todo ese laberinto de hipocresías en que viven atormentadas las naturalezas fuertes, redúcense aquí al cumplimiento del deber. Una buena intención suple mil inoportunidades, y la línea recta, que en todas partes es la más corta, es además entre nosotros la más segura y conducente.

Con todo; la vida del campamento fomenta en el corazón del soldado algún género de ternura. Nada te diré de la comunidad de bienes y de favores inherente á nuestro desamparo, ni del desprendimiento y largueza de todos—que como no saben si existirán mañana apenas se juzgan administradores de lo que poseen:—pero sí he de hacerte comprender que en tan azarosa peregrinación, donde el peligro y la gloria son colectivos, basta que dos hombres se hayan visto una sola vez para que se consideren hermanos, y se amen, se socorran, se consuelen, se sostengan, haciéndose indudable que los que vuelvan á España después de terminada esta guerra no llegarán á verse sin emoción ni cariño, ni renegarán jamás del parentesco que han contraído en Africa.

Sentadas estas consideraciones, sólo me resta entreabrir los lienzos de mi tienda é invitarte á pasar conmigo dos horas de velada, á fin de que acabes de conocer todos los secretos de bastidores que son anejos al gran espectáculo de la guerra.

Empiezo por confesarte, no sin cierto rubor, que la tienda en que te introduzco, aunque habitada sólo por soldados rasos, ostenta todo el refinado lujo de una tienda de oficiales. Prefiero revelarte esta debilidad mía á mentir unos méritos que no me he atrevido á contraer. Los trabajos y privaciones del simple soldado son superiores á mi cansada naturaleza; ¡gracias que pueda soportar lo que aquí se entiende por bienestar y regalo!

Supongo que tú tendrás una idea muy vaga de lo que es una tienda; yo, á lo menos, cuando salí de Madrid sólo las había visto pintadas.—Una tienda es una especie de paraguas de puño



LA CORUÑA

corto, que descansa, pero no se clava en el suelo, mientras que toda la circunferencia de la tela está sujeta á la tierra por medio de cordeles y de estacas. El palo de las de modelo español, ó sea de la que describo, forma por arriba una especie de T; de manera que su techo se parece al de un zaquizamí y su base traza sobre el suelo una elipse muy prolongada. El espacio comprendido en esta especie de enagua será, por la parte más extensa, unos seis pasos; pero de ellos sólo pueden andarse tres sin inclinar la cabeza, ni más ni menos que acontece en las bohardillas. La elevación del techo por en medio de la tienda no llegará á tres varas, y desde esta altura va amenguando hasta llegar á cero.

La tela es casi igual al velámen de los barcos, de cáñamo muy tupido, que se moja, pero no deja paso al agua; y en cuanto al viento, para mayor garantía contra él, arrancan desde lo alto del edificio cuatro largas cuerdas que van á fijarse en el suelo, cada una en dirección de un punto cardinal. Estas cuerdas toman el nombre del enemigo que combaten y se llaman vientos. La entrada de semejante choza se cierra poco más ó menos como el corsé de una dama, y para los días de calor tiene además el lienzo dos postigos que recuerdan nuestros antiguos pantalones.

El ajuar de esta tienda (porque repito es de lujo) consiste en tres banquillos de tijera, por el estilo de los que llevan á misa algunas señoras, en una mesa, también de tijera, cuya tabla se quita y se dobla, y dos camas de hierro y lona que se abren y cierran como las cartas.

A esto se reduce todo; pero ahora entran los arreglos é invenciones.

Una botella, que ayer tuvo vino, sirve hoy de candelero; un hoyo, abierto en medio de la alfombra—la alfombra es de verde hierba,—hace las veces de la chimenea de mármol, y encierra algunas brasas que nos envían sin cesar de la cocina (ya hablaré de la cocina); el palo de la tienda es la percha y la armería; de él penden las espadas, los revólvers, los anteojos, las carteras, los impermeables y los estuches; un caballete, improvisado con tres ramas de enebro, sostiene los arreos de los caballos, menos los maletines de grupa, que hacen el oficio de almohadas; algunas latas que contuvieron conservas suplen por los jarros que nos faltan, y cada uno de nosotros lleva en el bolsillo su cubierto, á fin de no encontrarse nunca desprevenido. La verdad sea dicha, tenemos una aljofaina de metal, que no venderíamos por todo el oro del mundo, y una máquina para hacer café, que no descansa en todo el día. En cuanto á la cocina, se halla á nuestra puerta, y consiste en una grande hoguera, donde nunca falta un enorme alcornoque encendido. Allí andan por el suelo cuatro ó seis platos y tazas de zinc, que sirven para el te, para el café, para el agua, para el vino, para lo sopa, para las entradas y para los postres; un cántaro con agua, un tonel con vino, algunas botellas y un par de capachos llenos de víveres completan nuestro precioso haber, que el día menos pensado será propiedad de un moro. La verdadera cuadra de los caballos la forma el pienso y la querencia; la de los dos burros encargados de trasportar nuestra casa, se extiende á todo el valle del Tarajar, donde no les falta hierba en que pacer.

Nuestra habitación favorita es la cama; en ella se lee, se escribe y se dibuja; desde ella también se contempla el mar, el campamento, el camino de Tetuán y el camino de España. Mirado desde aquí, el Mediterráneo se nos presenta en toda su longitud, ó sea de Poniente á Levante, lo que quiere decir que la lontananza imaginaria de nuestro horizonte es la Tierra Santa, la cuna del Cristianismo.

Todo el día he estado viendo cruzar dos ó tres barcos españoles, que ya se acercaban á esta playa, ya avanzaban hacía Cabo Negro, ya se volvían á Ceuta. Esto, como comprenderás, no puede menos de producir cierta dulce emoción entre los que habitamos este destierro. Parecíanos que la madre patria se nos acercaba...

¡Ah! una nave es un pájaro que va y vuelve cien veces á su nido, que vive libremente en la inmensidad, que puede estar á un mismo tiempo en Africa y en España.... en el amor y en la gloria....

Pero dejemos esto. Ahora es de noche, ahora no se ve desde la cama sino el sudario de lona que nos envuelve, ocultándonos todos los esplendores de la vida.

Por eso al sonar el toque de retreta se tapa uno la cabeza con la manta, apaga la luz, y con espuelas y todo da media vuelta, y se queda dormido, no sin recordar antes hacía qué lado caía la empuñadura de la espada, por si hay alarma á la media noche. Entonces el que no se duerme pronto suele pensar en muy diferentes cosas, cuyo valor sólo conoce en aquel momento; v. gr., en el placer de desnudarse, en el dormir entre sábanas, en el de meterse en un baño, y en otros muchos placeres que no agradeció á Dios ni al diablo cuando se los brindaban con mano pródiga.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

A LA BANDERA

DEL BATALLÓN DE CIUDAD RODRIGO (1)

¡Sombra y honor bajo tus pliegues dame,
noble enseña de Cristo y de Castilla!
Tu ley, que juro hincada la rodilla,
en generoso ardor mi pecho inflame.

No más estérilmente se derrame
mi vida en torpe amor y vil mancilla...
¡Roja está de la patria la mejilla!...
¡Despierte el corazón de su ocio infame!

De un naufragio entre lágrimas y errores,
salva mi fe, que combatida muere,
por enemigo viento y mar contrario...

Sé tú el manto que envuelva mis dolores;
mi tienda en el desierto; y si cayere
en la revuelta lid... ¡sé mi sudario!

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

Málaga, 1859.

(1) El autor escribió este soneto cuando sentó plaza de soldado voluntario de la guerra de Africa.

MELILLA

En las costas del imperio de Marruecos, frente á Europa, posee España cuatro plazas ó nidos de águilas, inaccesibles, aislados de la tierra firme, correspondiéndose con una plaza fuerte de la Península, como si hubiera presidido á su construcción la mira de dominar el brazo de mar que las separa. Estas cuatro plazas son, siguiendo la dirección de Este á Oeste, Melilla, Alhucemas, Peñón de Velez y Ceuta. Los españoles las designamos con el nombre genérico de presidios, y sirven como de reclusión á la escoria de la nación española. No tienen al presente importancia política ni comercial; pero podrían llegar á tenerla bajo el punto de vista político y marítimo, si España se encontrase un día en estado de reivindicar para su pabellón una parte en el dominio del Mediterráneo; también podrían ser útiles hasta cierto punto en el caso de tener que verificar un desembarco de tropas en las costas de Marruecos, porque podrían servir como base de una línea de operaciones; interesa, por lo demás, que no caigan en poder de los marroquíes, porque entonces serían otras tantas guaridas de piratas. De vez en cuando vienen las tribus del Riff á inquietar estas posesiones; mas sus ataques no pasan de ser impotentes protestas contra la presencia de los cristianos en una plaza musulmana.

De estas plazas, la más importante y que hoy interesa más conocer es Melilla, antigua población, situada al Sur del Cabo Tres-forcas, á 120 kilómetros al Oeste de Tremecén, y casi enfrente de Almería. El orígen de su nombre es debido, á lo que parece, á la circunstancia de criarse una miel excelente en sus alrededores; ocupa una pequeña península, unida al continente por un istmo de rocas. Tiene gobernador y una escasa guarnición, pero siempre se ha considerado inexpugnable. El frente Norte de la plaza es de todo punto inaccesible, pues se halla defendido por una roca escarpada y elevadísima; por la parte del Este la defiende un fuerte parapeto de un metro de grueso, en medio del cual hay, además, una enorme torre de forma elíptica; la parte Sur está protegida por otro parapeto cilíndrico llamado «Las cabras»; en el frente que da al Oeste se encuentra la puerta de la plaza, con sus fortificaciones exteriores por medio de un camino cubierto. Hay bastante abundancia de agua potable, que emplean para los usos ordinarios y además riegan con ella varios jardines, conservándola en cierto número de aljibes, construídos á prueba de bomba, y que pueden contener hasta 30.000 hectolitros de tan precioso líquido. Á muy corta distancia de la plaza, y á tiro de cañón, existe un puerto ó fondeadero, en el que sólo pueden entrar embarcaciones de poco calado, como jabeques y faluchos. La gran tribu de los Gulayas rodea completamente el presidio de Melilla: en sus inmediaciones poseen el puerto de Djenada, donde tienen un retén de cien hombres para guardar la entrada del Riff.

VICTORINO ANAYA.

POR MARRUECOS

Alkazar-el-Kibir.

En cierto sitio el Embajador hizo una señal al Caid, la escolta hizo alto, y nosotros, acompañados de algunos soldados, fuimos poco lejos de allí á visitar las ruinas de un puente. Al llegar á la orilla nos detuvimos; ya no quedaba del puente más que algunos trozos en la margen opuesta. Estuvimos algunos minutos mirando alternativamente aquellos restos y el campo, absorto cada cual en sus pensamientos. El sitio era en verdad digno de aquel mudo testimonio de respeto. Doscientos noventa y siete años antes, el día 4 de Agosto, sobre aquellos floridos campos tronaban cincuenta cañones y se arremolinaban cuarenta mil caballos, á las órdenes de uno de los más grandes capitanes del Africa, y de uno de los más jóvenes, más aventureros y más desventurados monarcas de Europa. Por las orillas de aquel río huían á la desbandada, rodaban entre sangre, pedían misericordia, se precipitaban en las aguas para escapar de las cimitarras implacables de los árabes, de los berberiscos y de los turcos, la flor de la nobleza portuguesa, cortesanos, Obispos, soldados españoles y soldados de Guillermo de Orange, aventureros italianos, tudescos y franceses; y la caballería musulmana hollaba seis mil cadáveres de cristianos. Estábamos sobre el terreno de la memorable batalla de Alkazar, que consternó á la Europa, é hizo resonar un grito de júbilo desde Fez á Constantinopla. Aquel río era el Mkhacem. Por aquel puente pasaba, en la época de la batalla, el camino de Alkazar. En las cercanías del puente estaba el campamento de Muley Moluk, Sultán de Marruecos. Muley Moluk venía de Alkazar; el Rey de Portugal venía de Arcilla. La batalla fué trabada en las orillas de aquel río y en la llanura de alrededor. ¡Cuántas imágenes se nos ocurrían atropelladamente! Fuera de las ruinas del puente no había ni una piedra, ni una señal que recordase cosa alguna. ¿En qué lugar había dado sus primeras cargas victoriosas la caballería del duque de Ribeiro? ¿Dónde había peleado Muley Hamed, el hermano del Sultán, el futuro conquistador del Sudán, capitán sospechoso de cobardía por la mañana, rey victorioso por la noche? ¿En qué sitio del río se había ahogado Mohamed el negro, fratricida destronado, provocador de la guerra? ¿En qué rincón del campo había recibido el Rey D. Sebastián el tiro y las dos heridas de cimatarra, que mataban con él la independencia de Portugal y las últimas esperanzas de Camoens? ¿Dónde estuvo la litera del Sultán Moluk, cuando espiró en medio de sus oficiales poniendo el dedo sobre los labios?

Mientras estábamos en estos pensamientos, la escolta nos miraba de lejos, inmóvil en medio de aquella famosa llanura, como un manípulo de jinetes de Muley Hamed resucitados al ruido de nuestros pasos. Y, sin embargo, acaso ni uno solo de aquellos soldados sabía que aquel era el campo de batalla de los tres Reyes, gloria de sus padres; y cuando nos pusimos en camino con ellos, miraban aún con ojos investigadores acá y acullá, como averiguando si en aquellas hierbas y en aquellas flores había alguna cosa extraña que les explicase nuestra parada.

Pasamos el Mkhacem y el Uarrur—dos pequeños afluentes del Kus, ó Lukkos, el Lixos de los antiguos, que, naciendo en las montañas del Riff, va á desembocar en el Atlántico por Larache—y continuamos la ruta de Alkazar á través de una serie de colinas áridas, sin encontrar más que de media en media hora algún árabe y algún camello.

Siguiendo nuestro camino, íbamos pensando cuándo llegaríamos á una ciudad. Hacía tres días que no veíamos una casa, y todos teníamos deseos de abandonar, siquiera un día, la monotonía de la soledad. Además, Alkazar era la primera ciudad del interior á que llegábamos, y sabíamos que nos esperaban. La curiosidad era viva. La escolta se iba formando conforme nos acercábamos. Nosotros mismos, casi sin echarlo de ver, nos encontramos formados al frente en batalla como un escuadrón de caballería, con el embajador á la cabeza, llevando á ambos lados los intérpretes.

El tiempo se había serenado, y una alegre impaciencia dominaba á toda la caravana.

A las cuatro horas de camino, vimos repentinamente, desde la cumbre de una colina, la ciudad de Alkazar, circundada de jardines, coronada de torres, de minaretes y de palmeras, y al mismo tiempo laceró nuestros oidos un horrible estrépito de tiros y el sonido de una música infernal.

Era el gobernador de la ciudad, que salía á nuestro encuentro con sus oficiales, una compañía de infantería y una banda de música.

Pocos minutos después nos encontramos.

¡Ay! el que no ha visto la banda de Alkazar, aquellos diez tocadores de pífanos y trompetas, viejos de cien años y muchachos de diez, todos montados en borricos tan grandes como perros, trapugientos, semidesnudos, con aquellas cabezas rasas como la palma de la mano, aquellas actitudes de sátiros, y aquellas caras de momias, creo que no ha visto el espectáculo más lacrimosamente cómico que puede presentarse bajo la bóveda del cielo.

Mientras el anciano Gobernador daba la bienvenida al Ministro, los soldados hacían descargas y la banda tocaba.

Avanzamos hasta una media milla de la ciudad, que era un campo árido donde debían armarse las tiendas.

La banda nos acompañó tocando.

Se armó la tienda de la mesa, bajo la cual nos acogimos mientras la escolta daba las cargas de costumbre.

La banda, desplegada ante nuestra tienda, continuaba tocando con creciente ferocidad, hasta que un gesto suplicante del Embajador la hizo callar.

Entonces presenciamos una curiosísima escena.

Casi en el mismo punto, se presentaron á derecha é izquierda del Embajador, un negro y un árabe. El negro bien vestido, con turbante blanco y casta azul celeste, puso á sus pies una vasija de leche, un canastillo de naranjas y un plato de alcuzcuz; el árabe, de pobre aspecto, vestido con solo el jaique, le puso delante un cordero. Cumplido este acto de cortesía, cambiaron una mirada fulminante

Eran dos enemigos mortales.

El Embajador, que ya los conocía y los esperaba, llamó al intérprete y dió principio al interrogatorio.

Habían venido á celebrar juicio.

El negro era una especie de mayordomo del antiguo gran cherif Baccali, uno de los más poderosos personajes de la corte de Fez, dueño de muchas fincas en los alrededores de Alkazar. El árabe era un campesino. El pleito que traían duraba hacía largo tiempo. El negro, envalentonado con la protección de su amo, había hecho encarcelar al árabe, acusándole y sosteniendo con muchos testigos la acusación, de haberle robado caballos, bueyes y otras cosas. El árabe, que se proclamaba inocente, no encontrando quien quisiera tomar su defensa contra su perseguidor, abandonó un día su aldea, se fué á Tánger, preguntó quién era el Emperador más generoso y más justo, y habiendo oído hablar del Emperador de Italia, fué y degolló un cordero delante de la puerta de la Legación, pidiendo por medio de esta forma sagrada, á la que no puede oponerse una negativa, protección y justicia. El Embajador lo escuchó, intervino por medio de su agente de Larache, y se dirigió á las autoridades de Alkazar; pero, fuese por estar lejos, por las intrigas del negro, ó por debilidad de las autoridades, el infeliz árabe estaba como antes y aun era víctima de nuevas acusaciones y persecuciones. Ahora, la presencia del Embajador debía resolver el asunto.

Los dos fueron invitados á exponer sus razones, que los intérpretes rápidamente traducían.

No es posible imaginarse nada más dramático que el contraste que presentaban las figuras y el lenguaje de aquellos dos personajes. El árabe, un hombre como de treinta y seis años, enfermizo, de aspecto triste, hablaba con ardor irresistible, temblando, agitándose, invocando á Dios, dando golpes en el suelo, cu-

briéndose el rostro con las manos en actitud desesperada, y fulminando sobre su enemigo miradas que ninguna palabra puede expresar. Decía que había sobornado los testigos; intimidado á las autoridades; que lo había hecho prender para arrancarle dinero; que lo mismo que á él había hecho prender á otros muchos para poder violar á sus mujeres; que había jurado su muerte; que era el azote del país; un maldito de Dios; un infame; y al decir esto, mostraba en sus brazos y en sus piernas desnudas las señales de los hierros de la prisión, y la angustia ahogaba su voz. El negro, cada una de cuyas facciones confirmaba una acusación de aquellas, escuchaba sin mirar, respondía sin alterarse y se sonreía imperceptiblemente con el borde de los labios, inmóvil, impasible, siniestro, como una estatua de la Perfidia.

La discusión duraba hacía un rato, y parecía que no iba á tener fin, cuando el Embajador la cortó con una resolución que fué aceptada de buen grado por ambas partes. Llamó á Selam, que se presentó en el acto con sus grandes ojos negros desmesuradamente abiertos, y le ordenó que montase á caballo y que fuese á galope á la aldea del árabe, distante hora y media de Alkazar, á pedir informes á los habitantes sobre las personas y los hechos. El negro pensaba:—Me tienen miedo: ó me apoyarán, ó no dirán nada.—El árabe, por el contrario, pensaba con más razón, que interrogados por un soldado de una embajada, los habitantes tendrían más valor para decir la verdad.

Selam partió como una flecha; los dos contendientes se alejaron, y no volví á verlos. Después supe que los habitantes de la aldea habían declarado todos á favor del árabe y contra el negro, el cual, á instancia del Embajador, fué condenado á restituir á su víctima todo el dinero que le había usurpado.

En aquel intervalo, los criados y soldados habían plantado todas las tiendas; los infelices de siempre habían traído la acostumbrada *mona*, y algunos grupos de habitantes de la ciudad se habían acercado al campamento.

Apenas disminuyó un poco el calor, nos encaminamos todos juntos hacia la ciudad, á pie, precedidos, flanqueados y seguidos de gente armada.

Vimos desde lejos, al pasar, un edificio singular, situado entre el campamento y la ciudad, todo lleno de arcos y cúpulas, entre los que se contenía un patio con aspecto de cementerio.

Dijéronnos que era una de aquellas *zauia*, ahora decaídas, que cuando estaba floreciente la civilización de los moros, contenían una biblioteca, una escuela de letras y de ciencias, un hospital para los pobres, una hospedería para los viajeros, y además una mezquita y una capilla sepulcral, habiendo pertenecido, como aún pertenecen en su mayor parte, á las órdenes religiosas.—Nos acercamos á la puerta de la ciudad.—La ciudad está guarnecida de viejas murallas almenadas; cerca de la puerta por que penetramos, se alzan algunas tumbas de santos coronadas de cúpulas verdes. Al entrar sentimos ruido en lo alto, y volvimos la vista hacia arriba. Eran grandes cigüeñas, erguidas sobre los techos de las casas, que batían el pico ruidosamente como para avisar á los habitantes de la ciudad nuestra llegada. Enfilamos una calle; algunas mujeres se refugian en sus casas; los niños huyen. Las casas son pequeñas y sin blanquear; no tienen ventanas y están separadas por oscuras é inmundas callejuelas. Las calles parecen lechos de torrentes. En algunos rincones hay esqueletos enteros de asnos y perros. Caminamos sobre basura, en medio de pedruscos y profundos baches, saltando y tropezando. Los habitantes comienzan á agolparse á nuestro paso, mirándonos con gran estupor. Los soldados nos abren paso á puñadas y á culatazos con un celo que el Embajador se ve obligado á refrenar. Una turba de gente nos precede y nos sigue. Cuando uno de nosotros se vuelve bruscamente hacia atrás, todos se detienen; alguno que otro escapa; otros se esconden. De vez en cuando, una mujer nos da con la puerta en las narices y un chiquelo lanza un grito de espanto. Las mujeres parecen líos de trapos sucios; los más de los niños están enteramente desnudos; los muchachos de diez y de doce años no tienen más que la camisa atada á la cintura con una cuerda. Poco á poco, la gente que nos acompaña va tomando un poco de atrevimiento. Mira con particular curiosidad nuestras botas y nuestros pantalones. Algunos chiquelos se atreven á tocar los faldones de nuestras ropas. Sin embargo, la expresión general de las fisonomías no es benévola. Una mujer, huyendo, lanza al Embajador algunas palabras que el intérprete traduce:—¡Dios confunda tu raza!—Un chiquillo grita:—¡Dios nos conceda un buen día de victoria sobre éstos!—Llegamos á una plazuela desigual y pedregosa donde apenas se puede andar. Pasamos por delante de una fila de horribles viejas casi completamente desnudas, sentadas en el suelo, esperando compradores para algunos haces de paja y algunos panes que tenían delante. Seguimos por otras calles. De cien en cien pasos hay una gran puerta de arco que se cierra de noche. Todas las casas son desnudas, hendidas, lúgubres. Entramos en un bazar cubierto por un techo de cañas y ramas de árboles que por todas partes se caen.

Las tiendas parecen nichos; los tenderos, estatuas de cera; las mercancías, cosas de niños puestas por burla en la muestra. En todos los rinconos se ve gente acurrucada, soñolienta, atónita, triste: chiquillos tiñosos; viejas que yo no tienen forma humana. Parece que se anda por los corredores de un hospital. El aire está lleno de olores aromáticos. No se oye ni una voz. La multitud nos acompaña silenciosamente como una turba de espectros. Salimos del bazar. Encontramos moros á caballo; camellos cargados; una negra enseña los puños al Embajador; un viejo santo, coronado de laurel, se nos ríe en las barbas. En cierto sitio comenzaron á notarse á nuestro alrededor ciertos hombres melenudos, vestidos de negro, con un pañuelo turquí atado á la cabeza, los cuales nos saludan humildemente sonriendo. Uno de ellos, que era un viejo ceremonioso, se presenta al Embajador y le invita á visitar el *Mellá*, el barrio de los hebreos, llamado por los árabes con ese ultrajante nombre, que significa tierra salada ó maldita. El Embajador acepta. Pasamos por debajo de una puerta abovedada, y entramos en un laberinto de callejuelas más miserables, más sucias, más fétidas que las de la ciudad árabe; entre casas que parecen cubiles, á través de plazas que parecen establos, desde donde se ven patios que parecen cloacas; y por todas partes de este estercolero asoman mujeres y niñas bellísimas que nos dicen sonriendo:—*¡Buenos días! ¡Buenos días!*—En algunos puntos nos vemos obligados á taparnos las narices y andar en las puntas de los pies. El Embajador está indignado.—¿Cómo es—dice al viejo hebreo, que podeis vivir entre esta suciedad?—Es la costumbre del país—contestó.—¡La costumbre del país! ¡Qué vergüenza! ¡Y os atrevéis á pedir la protección de las Legaciones, á hablar de civilización, y á llamar salvajes á los moros! ¡Vosotros, que vivís peor que ellos y teneis el descaro de gozar en ello! —El hebreo bajó la cabeza y se sonrió, como diciendo:—¡Qué ideas más raras!—Salimos del *Mellá*, y la multitud vuelve á rodearnos. El Vicecónsul hace una caricia á un niño; muchos dan señales de admiración; se levanta un murmullo favorable, y los soldados se ven obligados á dispersar la chiquillería que acude de todas partes. Tomamos á paso vivo por una callejuela desierta; la gente se va quedando atrás; llegamos á una calle extramuros, que tiene á los lados enormes nopales y altísimas palmeras, y damos un gran suspiro. ¡Estamos solos!

Tal es la ciudad de Alkazar, generalmente llamada Alkaza-el-Kibir, que significa «el gran palacio.» La tradición dice que fué fundada en el siglo XII por aquel Abu-Yussuf-Jacub-el Mansur, de la dinastía de los Almohades, que ganó la batalla de Alarcos contra Alonso IX de Castilla, é hizo construir la famosa torre de la *Giralda* de Sevilla.

Cuéntase que una noche se extravió cazando y que un pescador le dió hospitalidad en su cabaña, y que agradecido el califa, le mandó construir en el mismo sitio un gran palacio y algunas casas, en torno de las que surgió al poco tiempo la ciudad. Fué en algún tiempo una ciudad populosa y floreciente; ahora tiene, á lo más, cinco mil habitantes entre moros y judíos, y es muy pobre, por más que le proporcione algunas ventajas el encontrarse en el paso de las caravanas que van del Norte al Sur del Imperio.

Cuando volvimos á pasar por delante de la puerta por donde habíamos entrado, vimos á un muchacho árabe de unos doce años, que andaba fatigosamente con las piernas abiertas y rígidas, bamboleándose de una manera extraña. Otros muchachos lo seguían. Nos detuvimos, y se encaminó hacia nosotros. Cuando lo tuvimos delante, vimos que tenía una gruesa barra de hierro de media vara de largo, sujeta á las piernas por dos argollas colocadas en los tobillos.

Era un rapaz macilento, súcio y de fisonomía desagradable. El Embajador lo interrogó por medio del intérprete.

—¿Quién te ha puesto ese hierro?

—Mi padre -contestó el muchacho con atrevimiento.

—¿Porqué motivo?

—Por que no aprendo á leer.

No queríamos creerlo; pero un árabe de la ciudad, allí presente, confirmó la respuesta.

—¿Cuánto tiempo hace que lo llevas?

—Hace tres años—contestó sonriéndose con amargura.

Todos pensamos que era mentira; pero el árabe nos aseguró que era cierto, añadiendo que el muchacho dormía también con el hierro puesto, y que todos lo conocían en Alkazar.

Entonces el Embajador, movido á compasión le dirigió la palabra exhortándolo á estudiar, á librarse de aquella vergüenza, á no deshonrar de aquella manera á su familia; y cuando el intérprete hubo concluído de traducir, hizo que le preguntase si tenía algo que responder.

—Tengo que responder—contestó el rapaz—que llevaré el hierro toda la vida, pero que no aprenderé á leer jamás, y que estoy resuelto á hacer que me maten antes que aprender.

El Embajador lo miró fijamente, y él sostuvo impertérrito la mirada.

—Señores—dijo entonces el Embajador volviéndose á nosotros—nuestra misión ha terminado.

Volvimos al campamento, y el muchacho entró otra vez en la ciudad con su instrumento de tortura.

—Dentro de algunos años—dijo un soldado de la escolta—veremos colgar esa cabeza sobre una de las puertas de Alkazar.

EDMUNDO DE AMICIS.

Sección doctrinal

HARMONÍA ENTRE EL CAPITAL Y EL TRABAJO

(Conclusión)

Lo propio dedemos decir de la intervención del empresario. En casos dados podrá suprimirse la persona física que asume este cargo, pero la función nunca. Por esto los comunistas y socialistas tratan

MORO RIFFEÑO

de reconcentrar en el Estado esas entidades; pero ¿advierte el trabajador la dureza de la condición del Estado si llegase, por un imposible, á hacerse dueño del capital y de la dirección de las empresas? ¿Qué encontramos—dice Alfredo Juan (1)—en el fondo de esas divagaciones socialistas, difundidas por los dadores de la Internacional? El más brutal de los comunismos, la más radical de las revoluciones, la supresión de la libertad, de la iniciativa privada, de la responsabilidad. El ahorro y la previsión son delitos de alta traición contra el Estado, que ha tomado á su cargo todas las existencias. Se comprenden, el cuartel, el convento, la colmena y el hormiguero; pero la imaginación no alcanza á concebir lo que sería la humanidad encerrada en un semejante régimen. Esto se escapa á toda discusión. Se ha dicho todo lo referente al estado de degradación y miseria que sería su consecuencia. Tenemos conocido el grito de guerra de esos fanáticos: «Nosotros no decimos: abajo el capital.» Esta última frase vale por un libro. Sólo añadiremos que no se deje engañar el trabajador honrado por las melosas frases de esas entidades infecundas, suscitadores eternos de los antagonismos, los socialistas de cátedra, porque también van con sus nuevos organismos á llevar al Estado la dirección despótica del mundo del trabajo.

Sólo podemos hacer ligeras indicaciones. Convencido el obrero del término fatal á que habían de conducirle irremisiblemente los hombres políticos que aspiran á ser *dueños del capital*, para mejorar su suerte, es preciso que conozca también que no es el capital su enemigo, sino por el contrario, el que más que ninguno está interesado en su prosperidad. El capital es hijo del trabajo: es un producto ahorrado; vive y se mantiene de un concurso en la producción. Si, pues, trabajo y capital tienen un mismo origen y se dirigen á la consecución de un mismo fin, ¿cómo es posible que sean dos potencias hostiles la una para la otra? Esta imposibilidad está demostrada por la experiencia. Donde quiera que por uno ú otro medio aparecen capitales disponibles, brota el trabajo, se multiplican los empleos, y no falta el salario al obrero. Y como en proporción que aumentan los capitales crecen las industrias y es más demandado el trabajo del bracero, y, por la concurrencia de los capitalistas, éstos han de bajar la tasa del interés, resulta que hay una mayor porción repartible en favor del obrero, y mejora en sus condiciones el salario. Recuérdese que el capital es exigente, y hasta si se quiere tirano, cuando es escaso; si es abundante, carece de semejantes bríos y recibe condiciones equitativas. Lo que decimos se comprueba con el siguiente ejemplo: En 1874, el capital se hallaba en Francia en todo su auge, y la cifra total de negocios de la industria parisiense se elevó á 1.463.628.000 francos. Un año más tarde, atemorizados los capitales, desaparecieron; la cifra de los negocios disminuyó inmediatamente á 677.524.000 francos. «Es decir, observa Baudrillart, que cuando la ruina sobreviene á los capitalistas, que viven de sus rentas, la miseria aflige á los obreros que se mantienen del salario» (1).

Esto lo saben á maravilla los elevados directores de las *Trades Unions* inglesas, quienes no secundan las huelgas como lo hacen los agitadores de bajo vuelo, porque aquel 25 por 100 con que se ha mejorado el salario del obrero es debido, no á la colisión entre éste y el fabricante, sino á la concurrencia que con sus cajas de ahorros hacen los obreros á los capitalistas.

Ilustrado el obrero en verdades sustanciales de la ciencia económica, se apartará de los clubs, donde nada dicen á su inteligencia y sólo tratan de enconar los gérmenes rencorosos que pueda abrigar su corazón; y conociendo que más ha de obtener de la alianza con el capital que de la declaración de guerra á esa colosal potencia, halagará el legítimo deseo de ser á su vez capitalista, y entrará decididamente en este camino practicando la virtud del ahorro. No podemos detenernos á indicar los maravillosos efectos que esta virtud produce en el hogar doméstico del obrero, en el que introduce el orden, la previsión y la regularidad en todos sus actos y el bienestar por consecuencia del módico interés que se cobra en la vida pública, en la que, aumentados los capitales por la concurrencia, se multiplica la potencia industrial, y al mismo tiempo que crece el salario nominal del obrero, aumenta también el real, lo que tiene aún mayor importancia, encontrando el trabajador en el mercado á precios más reducidos los artículos que necesita para el sustento de su vida. Este es el camino, el único camino por donde el obrero podrá llegar á la consecución de un bienestar relativo: moralidad en sus costumbres, ahorro en sus gastos, orden, previsión y regularidad en las relaciones de la familia.

Por tal manera brinda el trabajador al empresario con su sincera y efectiva alianza, ¿cómo habrá de corresponder el capitalista, el director, el patrón á los honrados y nobles impulsos del obrero? Oigamos á un autor ilustre, que tiene consagrados sus talentos y su vida á estudiar los medios de mejorar la condición de las clases obreras, mi venerado amigo y maestro Mr. Charles Perin: «No hay patronato (dice en su precioso opusculo *Le Patron*, página 166) sin sacrificio por parte del patrón; pero esos sacrificios tienen su recompensa. Al cumplir los deberes que impone, no quedan solamente servidos los obreros, cuyas condiciones se mejoran, y la sociedad, á la que se libra del individualismo, sino que además se prestan un servicio á sí mismos. El patronato es provechoso así al rico como al pobre, tanto al patrono como al obrero. La caridad reacciona de los pequeños á los grandes y se eleva á todos los que la ejercen. La vida del hombre que lucha por el trabajo contra la pobreza es para el hombre que posee las facilidades de la riqueza una enseñanza de un poder irresistible. Conveniente es que los propietarios, los patronos de la industria se mezclen por medio del patronato con los obreros; que residan menos en sus salones y visiten más los campos y talleres; que contemplen con sus propios ojos á esos valerosos hijos del pueblo, cubiertos con el sudor del trabajo, cumpliendo por la pena de cada día y de cada hora, con el gozo íntimo del deber noblemente aceptado, la expiación con que la justicia divina ha cargado la humanidad; que mediten sobre la fortaleza del alma la resignación, la fecunda y tranquila paciencia que nos enseñan con el ejemplo los hombres del trabajo en sus luchas de todos los momentos con las más rudas penas de la vida moral y material. En presencia de semejante espectáculo, bajo el imperio de esas vivas lecciones, aquellos á quien no han alcanzado á persuadir las teorías de los moralistas ni las exhortaciones de los predicadores, comprenderán que la vida legítima y sana no puede consistir en la desenfrenada persecución de las ganancias ni en la sabia acumulación de placeres sin cesar variados, que no bastan para llenarle honestamente la bolsa, ni el café, ni el baile, ni el *sport*, que para ser digna debe estar seriamente ocupada; que la grandeza verdadera, la sana y real superioridad social tienen su fuente en el trabajo; que allí donde es una necesidad el trabajo material, se impone el de la caridad; que para todos, en todos los grados de la esencia social, hay necesidad de aceptar y practicar esta dura, pero fecunda ley de la vida difícil, cuyo yugo pesa sobre la humanidad desde que la justicia divina le cerró las puertas del Edén; que la división de los individuos que componen una misma sociedad en clases que gozan y en clases que trabajan, es contraria á la naturaleza, y que tarde ó temprano, cuando es menospreciada la naturaleza, sabe ésta por medio de algún sacudimiento radical recobrar su equilibrio y devolver todas las cosas á su orden regular.

Abracen los hombres que disponen de la influencia y de la riqueza esas verdades, antes de todos conocidas y hoy casi borradas de los espíritus por las preocupaciones utilitarias; reformen su vida pública y privada bajo la dirección de la Iglesia, depositaria de toda gracia y de toda justicia, y no será necesario un tiempo muy largo para que las cla-

(1) *Epargne, et capital*, pág. 409.

(1) *Manuel*, pág. 181.

ses alcancen su reconciliación y sea vencido el individualismo.» Así se expresa el ilustre catedrático jubilado de economía política de la Universidad de Lovaina.

Si, pues, los empresarios, patronos natos de los obreros, tienen el valor de aceptar íntegra y generosamente los deberes que á su noble cargo van unidos, (y de que no faltan hombres honrados que aceptan con fervor esos deberes, lo demuestran con su ejemplo, digno de elogio, los tres hermanos Hanmel, dueños de las fábricas cristianas de Val-des Bois), (1) podemos dar por resuelto el difícil problema de armonizar el trabajo con el capital. Un ilustre fabricante resumía en el Congreso de Maus esos deberes, diciendo á sus concolegas que la justicia exigía que se fijase al obrero un salario, que respondiese á sus necesidades naturales y las de su familia. «El obrero—añadía—que gasta sus fuerzas, tiene derecho, según las reglas de equivalencia de los contratos onerosos, á un salario suficiente para repararlas; y puesto que consume su vida en el trabajo, tiene el derecho de reproducirla en la de sus hijos, recibiendo lo necesario para mantener y formar su familia.

La justicia exige que sea pagado al obrero un salario que responda á sus condiciones naturales. El patrón tiene un deber de conciencia de señalar este salario al obrero; si no lo cumple, tema á las amenazas de la justicia divina contra los que retienen la debida remuneración del trabajo.» Con estos nobles propósitos, que son los de todos los empresarios que se inspiran en la doctrina económica del Cristianismo, queda rota en mil pedazos la *ley de bronce* del salario, tan maldecida por los socialistas. El obrero deja de ser una máquina, una mercancía su trabajo, un individuo aislado en la producción económica, y pasa á recobrar su dignidad de persona y su consideración de jefe de una familia, á la que mantiene y edifica con el producto de un salario graduado sobre esta base. Establecido este orden, no es necesario desorganizar la familia obrera arrancando del hogar doméstico las mujeres y los niños, quedando abandonado el arreglo de las cosas del hogar y privado de los dulces encantos del cariño familiar la vivienda del obrero y de la conveniente educación la tierna infancia.

Una vez en este camino, se completarán las relaciones económicas entre el trabajo y el capital por medio de la organización de la verdadera, genuina y cristiana familia obrera. El empresario no puede prescindir del obrero, ni éste de aquél. Unos y otros se necesitan recíprocamente. Son dos fuerzas concurrentes á la obra de la producción, dos fuerzas sociales providencialmente unidas para la consecución de un mismo fin. La hostilidad entre ellas las desnaturaliza y consume en la impotencia; la concordia y la armonía multiplica su fecundidad. El secreto de su potencia está en la asociación. El obrero discreto y de conducta morigerada descubre en esa asociación normal ventajas incomparablemente superiores á las que le ofrecen los más entusiastas socialistas. Los patronos cristianos, que no se encierran en la seca y egoísta justicia del utilitarista, sino que quieren dar expansión á los sentimientos de la caridad que palpita en sus corazones, se dedican á templar los rigores de la justicia para que ésta resulte cristiana, alargan generosamente su mano al obrero para asociarse con él, y éste, al estrechar la mano de su jefe, de su patrono, le ama como á su padre y le bendice como á su protector; y los obreros todos capitaneados por el empresario que les atiende como á hijos que el cielo le ha confiado, no pueden menos de reconocerse hermanos cooperadores en la grande obra de la producción.

Esta es la familia cristiana obrera, fruto sazonado de la doctrina de Jesucristo, nacida, sostenida y perfeccionada por la caridad, que es amor, unión, vida, prosperidad y libertad verdadera. Bendita familia, que engendró la fecunda confraternidad y el respeto jerárquico entre sus individuos, y durante siete siglos alcanzó el singular poder de impedir toda huelga, todo motín, toda grave colisión entre maestros, oficiales y aprendices. Este solo rasgo,

(1) *Manuel de la Corporation Chrétienne*, por Mr. León Harmel.

VISTA DE MELILLA

aun cuando la asociación no encerrase otras muchas virtudes, unánimemente reconocidas por los autores, bastaría para que los hombres serios no levantasen mano en la obra de la reconstrucción de su organismo, tal vez del único que puede salvar la producción económica y dar una solución duradera á la pavorosa cuestión social, medio indisoluble dentro de la esfera de la justicia individualista y doctrinaria.

Nuestro amado Pontífice reinante, á cuya mirada de águila ninguna necesidad de las que atormentan la sociedad actual puede esconderse, en su reciente Encíclica *Humanum genus*, ha confirmado las ideas que llevamos vertidas sobre la potente virtualidad de las corporaciones obreras. Declara, con efecto, que sería conveniente restaurar estas corporaciones obreras, destinadas á proteger, bajo la tutela de la religión, los intereses del trabajo y las costumbres de los obreros..., de las cuales los tiempos pasados nos ofrecen el tipo; estas corporaciones, acomodadas á las necesidades de los tiempos presentes, que tienen por objeto procurar auxilios á la honrada clase de los proletarios, asegurar á sus familias é hijos los beneficios de un patronato tutelar, proveerlos de los medios de conservar, juntamente con las buenas costumbres, el conocimiento de la religión y el amor de la piedad.

Este es el pensamiento cristiano. No encontramos mejor manera de compendiarlo que reproduciendo unas hermosas frases del elocuente orador del Orden dominicano, el P. Monsabré, quien en su alocución dirigida á los *Círculos Católicos* el 7 de Mayo de 1882, decía:

«Hace medio siglo que se va en busca de una solución reparadora. Los unos creen haberla encontrado en la omnipotencia del Estado, dueño absoluto de la riqueza y soberano organizador del trabajo, confiscando á su provecho toda iniciativa y toda libertad, y reinando sin contradicción sobre un inmenso rebaño de esclavos que alimenta á su gusto y embrutece por medio de una monstruosa igualdad de dependencia y servidumbre; los otros, menos teóricos, pero tampoco prácticos, piden con desaforados gritos una liquidación que ponga á todos los desheredados en posesión inmediata de esa parte legítima del capital, injustamente detentado por aquellos que explotan las fuerzas del pueblo y engordan con sus sudores; ¡socialismo y comunismo! Vosotros no queréis ninguna de estas soluciones, de las cuales la una es abominablemente tiránica y la otra horrorosamente salvaje... Vosotros poseéis una idea capital que puede formularse de esta manera: Restauración del orden social cristiano en el trabajo y reparación por medio de la justicia social del daño causado al obrero por la abolición revolucionaria de las asociaciones protectoras, que defendían su fe, su honor y sus intereses.

Mas breve: vuestra idea es la de un Estado cristiano, que ampare con una protección legal, justa y paternal, las *asociaciones profesionales*, dentro de las que goza el trabajador de todas las garantías apetecibles para su religión, su moralidad, sus intereses materiales, el honor y la seguridad del hogar doméstico; orden en el que sea utilizado sin ser explotado, sea dependiente sin ser esclavo, elemento activo de una fuerza colectiva sin cesar de pertenecerse. ¡La idea es grande y hermosa! Vosotros la habéis formado por una especie de intuición cristiana. Un hombre eminente que la ciencia social acaba de perder (M. Le Play) llegó á descubrirla por un infatigable y concienzudo estudio, cuando le sorprendió la muerte en el momento en que dirigía á la Iglesia sus miradas para pedirle que iluminase sus trabajos con sus divinos resplandores...

Epiloguemos. El ideal que persigue la escuela económica cristiana es la restauración de un Estado social en que reine y domine como Señor de los señores Jesucristo, y desde luego el restablecimiento en el mundo del trabajo de un *régimen corporativo* apropiado á las condiciones de la industria moderna y conforme á la justicia social, mediante un respeto igual de los derechos del patrón y del obrero. La asociación profesional debe ser considerada, en efecto, como una asociación natural, que ocupa un puesto después de la familia, y ofrece al Estado las mayores garantías de estabilidad y de paz. Por esta razón el Estado no ha de vacilar en rehacer la legislación económica en el sentido de esta unión de la familia obrera, y ponerla de acuerdo, de una parte con la situación de la industria actual en lo que tiene de aceptable, y de otra con las tradiciones cristianas corporativas.

En resúmen, débese ante todo y sobre todo procurarse que la ley del Decálogo y los Mandamientos de nuestra santa Madre la Iglesia sean enteramente cumplidos en las fábricas y talleres por empresarios y trabajadores, por maestros, oficiales y aprendices, por los que disponen del capital y los que sufren las durezas del trabajo.

En segundo lugar, ha de inspirarse á los trabajadores hábitos de ahorro, virtud fecundísima en la vida del trabajo, recompensando á los que sobresalgan en el ejercicio de esta virtud y organizando cajas donde el ahorro produzca regulares beneficios y convertido en capital comunique al obrero el sentimiento de la propiedad. Y por último, que se fije de una manera amistosa entre obreros y empresarios, ó sea entre el trabajo y el capital, la tasa del salario, cosa que no es difícil tan pronto como se establezca el nuevo régimen comparativo sobre la base de la justicia cristiana, esto es, la agrupación espontánea de trabajadores, oficiales y maestros en corporaciones reconocidas y auxiliadas por el Estado.

Pobremente queda desarrollado el tema que hemos elegido para objeto de esta disertación. Pondremos fin á nuestro trabajo con las elocuentes frases con que terminaba su discurso pronunciado en el Congreso de Lille el eminente economista Carlos Perín. «Cada siglo—decía—tiene sus contrariedades y sus obstáculos. El nuestro tiene las dificultades económicas, cuya gravedad es extrema, porque los intereses y la existencia de todos, desde los más grandes hasta los más humildes, de aquéllos dependen. Marchemos, pues, con valor invencible, como los soldados de la verdad, de la justicia y de la caridad, bajo las órdenes de los jefes que Dios nos ha dado, á la obra capital de la restauración económica por medio de la asociación cristiana. Tomemos por armas en esta campaña, que será laboriosa, todos los principios, todas las enseñanzas, todas las tradiciones, todas las fuerzas que nos proporciona la Iglesia en lo pasado y en lo presente. Sigamos, sin preocuparnos en nada, el derecho camino marcado por el Catolicismo. Hagamos, en nuestro mundo enervado y corroído por la incredulidad, lo que hizo la sociedad cristiana en sus ideas de virilidad y de gloria, cuando nobles y plebeyos empuñaban su cruz, y á la voz de la Iglesia corrían cada uno á su puesto y todos con igual abnegación é indomable valor á la grande obra de su tiempo.»

ANTONIO PAU Y ORDINAS.

JUDITH

CANTO III

Campamento de los asirios.—Excursión de Holofernes.—Su encuentro con Judith.—Pintura, oración y hazaña de esta.

Mientras los hijos de Betulia daban
señales de valor ó abatimiento,
por las asirias tiendas revolaban
risueñas ilusiones de contento:
quiénes danzando con ardor soltaban
voces alegres al alegre viento;
quiénes en ritmo y cábalas extrañas
contaban de Holofernes las hazañas.

—

Aquí el hijo feroz del ponto Euxino
aguzaba sus rápidas saetas:
mientras lo porvenir el adivino
descubría en sus fórmulas discretas:
más allá, bendiciendo su destino,
trazaban caprichosas siluetas
los hijos del desierto en los arzones
de mil lustrosos y ágiles bridones.

—

Nadie turbaba la dichosa calma
que á los suyos el jefe concedía;
bajo la fresca sombra de la palma
sin temor el soldado se adormía,
mientras soñaba voluptuosa el alma
placeres nuevos para el otro día;
que dá en un paréntesis la guerra
nuevo goce á los goces de la tierra.

—

Plegó la noche su estrellado manto,
sacudiendo las perlas del rocío;
irguiéronse las flores, y al encanto
del nuevo sol mostraron su atavío:
dejó las tiendas el guerrero, entanto
que refrenando su rencor bravío,
con su escolta de honor acompañado
cruzó Holofernes el florido prado.

—

Su plan de ataque meditando, llega
junto á la falda de la roca viva,
donde Betulia con su llanto riega
sus obras de defensa, no excesiva.
«Pronto, dice, la entrada, que hoy me niega,
tendrá que abrirme la ciudad altiva,
en cuyos hijos con mi fuerte lanza
grabaré mi furor y mi venganza.

—

De nada servirán esas almenas
donde confían resistir mi embate:
derramaré la sangre de sus venas
sin que su Dios piadoso la rescate,
y cargaré á sus hijas de cadenas,
haciendo que la chusma las maltrate.
Sólo Nabuco es Dios! Su claro nombre
doquier bendiga con temblor el hombre.»

—

Mientras habla Holofernes, majestuosa
bajando de Betulia una doncella
á su encuentro dirígese animosa
cuanto modesta, engalanada y bella:
como entre flores púdica la rosa,
entre mujeres tal Judith descuella,
con su paso gentil, con su voz grata
el oído y los ojos arrebata.

—

No su talle y su forma peregrina
los anchos pliegues de la seda ocultan,
y los encantos de la faz divina
á sus joyas riquísimas insultan:
Holofernes pasmado la examina...
y del exámen cada vez resultan
las dulces gracias de Judith mayores,
más vivos sus hechizos y colores.

—

No de Paros el mármol ni la nieve
de su cutis imitan la blancura,
ni flor alguna á competir se atreve
con tan donosa y célica hermosura:
negros los ojos, delicada y breve
la huella de sus pies, y la figura
esbelta por demás, el alto seno
nido de amores y venturas lleno.

—

Tal parece Judith ante los ojos
del ninivita, bárbaro guerrero;
que, al mirarla, depone sus enojos
y el aire adusto de su rostro fiero:
presa quizás de lúbricos antojos,
y en redes amorosas prisionero,
detiene su corcel, se apea, ufano
tiende á la hermosa su nervuda mano.

—

«Salve, le dice, joven israelita;
el brillo de mis ojos no te asombre,
ni la alta dignidad que llevo escrita
en cada letra de mi augusto nombre.
Soy Holofernes: tu nación me irrita,
solemne culto por negar al hombre
que alcanzó la deidad, y cuyas leyes
acatan los vasallos y los reyes.

—

Mas tú no temas. Mi poder te escuda;
cuando sienta Betulia mi braveza,
en mí encontrará fácil ayuda,
segura protección tu gran belleza:
cuando termine la campaña ruda,
y alcance su triunfo mi proeza,

de mis honores tú serás testigo
y mis laureles partiré contigo.»

—

Príncipe digno de perpetua fama,
(Judith responde con gracioso acento)
si la desgracia de una pobre dama
presume conseguir tu valimiento;
si de noble ambición la pura llama
fijó en tu alma magnánima su asiento,
recibe por esclava y servidora
á quien humilde tu bondad implora.

—

No merezco sin duda los favores
de que recibo tan gallarda muestra;
ni merezco tampoco los honores
al esfuerzo debidos de tu diestra:
velar tu sueño, coronar de flores
tu vencedora sien en la palestra,
esto tan sólo con tenaz porfía
el flaco pecho de Judith ansía.

—

Con estas voces más y más la llama
que con liviano soplo amor enciende,
ya de Holofernes la pasión inflama
y por todo su ser rauda se extiende.
Conocióla Judith; porque quien ama,
los secretos de amor pregona y vende;
y «Señor, (añadió) tengo una idea
para lograr el triunfo sin pelea.

—

Conozco de Betulia el grave estado,
el hambre que á sus hijas acongoja,
de sus hijos el ánimo cansado,
y de sus muros la sección más floja:
sé que tu nombre sólo y ponderado
sobre sus pechos el espanto arroja,
lo cual permite dentro breves días
llevar á cabo las ideas mías.»

—

Ciego de amor y gozo juntamente
tal discurso Holofernes escuchaba,
y de los labios de Judith pendiente,
cautivo ya su corazón estaba.
«Mereces por hermosa y por valiente
ser mi esposa ¡oh Judith!, no mi esclava:
ven á mi tienda; quiero desde ahora
que te llamen los míos su señora.

—

Para acabar tan generosa empresa
con mi socorro cuenta soberano;
tendrás asiento en mi dorada mesa;
de Holofernes será dueña tu mano:
si todo el mundo mi valor confiesa,
si se extremece á mi voz el Oceano,
té juro de Nabuco por la vida
que de todos serás obedecida.»

—

—Gracias, no sé Holofernes cómo darte
por tu noble y leal ofrecimiento;
si pudiera mil vidas consagrarte,
fuera corto quizás mi rendimiento:
mi gratitud eterna por mostrarte
pronto en obra pondré mi pensamiento:
después... será Judith, fea, ó hermosa,
tu esclava fiel ó tu querida esposa!

—

Mas, á mi cuenta, sólo necesito
que por espacio breve de tres días
seguir me dejes el moráico rito,
no interrumpiendo las costumbres mías;
que rogar á mi Dios fuera delito
si quebrantase ceremonias frías,
con que podré en el campo de tu gloria
tremolar el laurel de la victoria:

—

Sea cual quieres, exclamó el guerrero;
en esos días cumpliré tu gusto;
si Dios ha de servirte placentero,
que le sirvas tres días será justo:
con toda libertad dejarte quiero,
para que exenta de temor y susto
realices tu plan, y á tus paisanos
que me resisten, pongas en mis manos.

—

Por orden de Holofernes, su litera
cuajada de brillante pedrería
trajeron cuatro esclavos, porque fuera
llevada en hombros la sin par judía.
Más hermosa Judith, más hechicera
cada vez á Holofernes parecía,
sin saber á quien dar la preferencia,
si á su tersa beldad ó á su prudencia.

—

Al campo asirio así los dos llegaron
en galantes coloquios y sentidos,
y al llegar, mil aplausos resonaron
con músicas acordes confundidos:
luego en la tienda principal entraron
por diligentes fámulos seguidos,
donde Holofernes por mañana y tarde
de fastuosos derroches hizo alarde.

—

Ordenó levantar una vistosa
tienda que fuese de Judith morada,
con rica tela de carmín y rosa
de brillantes dibujos adornada:
dispuso en ella multitud copiosa
de muebles de oro y plata cincelada,
sin que faltasen elegantes flores
de variados perfumes y colores.

—

Y porque hubiese general contento,
sin leves penas en aquellos días,
permitió que en su vasto campamento
se celebrasen báquicas orgías:
entre los suyos repartió sin cuento
recompensas y dádivas impías,
que á los vencidos pueblos, en su ruta,
de Holofernes sacó la fuerza bruta.

—

Improvisaron fiestas y banquetes
donde volaban rápidas las horas,
y corridas en que hábiles jinetes
disputan alabanzas seductoras,
y luchas, si fingidas, con ribetes
de luchas verdaderas y traidoras;
en que tal vez enardecidas lanzas
tiñen con sangre dulces esperanzas.

—

A ciertas horas, sin romper en nada
las leyes de elegante cortesía,
por su nodriza fiel acompañada,
Judith al campo para orar salía;
donde á Dios, en lágrimas bañada,
sus fervosos ruegos dirigía,
demandando favor omnipotente
para evitar la ruina de su gente.

—

«¡Soberano Señor! Tú que supiste
libertar á tu pueblo tantas veces;
que tantas muestras de bondad les diste,
cuando apuraba del dolor la heces;
en este trance miserable y triste
no desoigas, Señor, humildes preces
de quien no puede soportar á un hombre
que insulta soez tu augusto nombre.

—

Vuelve, oh Dios de Jacob, por la justicia
que Holofernes osado pisotea;
el exceso brutal de su malicia
por Tí, Dios Santo, refrenado sea:
hácia nuestro dolor tiende propicia
tu mano paternal, para que vea
quien osa imbécil usurpar tu gloria
que tú das á quien quieres la victoria.

—

Bien sabes, oh Señor, que no ambiciono
infelices placeres en la tierra;
no me seduce el esplendor del trono
que sostiene con víctimas la guerra;
no me atosiga criminal encono,
ni loca vanidad mi pecho encierra:
sólo deseo con ardor profundo
tu santa libertad volver al mundo.

—

¡Dios de los dioses! Tu potente brazo
dé constancia y valor á mi flaqueza;
defiéndeme, gran Dios, del torpe lazo
que Holofernes dispone á mi pureza:
con esta noche ya espira el plazo
de acabar, oh Dios santo, la proeza
que tú solo inspiraste al pecho mío
por mostrar tu supremo poderío.»

—

Mientras así Judith humilde oraba
con lágrimas mezclando su lamento,
Holofernes su cuerpo regalaba,
de leves cuitas y dolor exento;
en los manjares cínico buscaba
el delirante goce, no el sustento;
y en el uso de cáusticos licores
de la ciega embriaguez viles favores.

—

Al volver á su tienda presurosa,
Judit con triste y dolorido pecho,
guió sus pasos á la estancia hermosa
donde Holofernes ocupaba el lecho,
rendido de cansancio, cual reposa
tras la matanza el tigre satisfecho;
que mayores fatigas acumula
con sus excesos bárbaros la gula.

—

Roncaba sin cuidado el beodo
soñando al propio tiempo mil locuras;
que sorbía voraz de sangre y lodo
copas repletas, sórdidas, impuras...
que le brindaban por diverso modo
á tal festín quiméricas figuras;
que ya lograba su ambicioso anhelo,
vencer el mundo y someter el cielo.

—

Y viendo entonces la ocasión propicia,
por ser de noche y estar solo el tirano,
invocando el favor de la justicia
cuya ley nunca se quebranta en vano,
Judith resuelve la brutal malicia
sofocar de Holofernes con su mano.
«Pronto, dice, serás, Betulia amada,
por mi débil esfuerzo libertada.»

—

Todos dormían en aquel momento;
sólo nocturnos guardias vigilaban,
que con ecos fatídicos al viento
voces de ¡alerta! recelosas daban:
en redor del asirio campamento
un formidable círculo formaban
que sin riesgo atravesar nadie podía,
sino la bella, la sin par judía.

—

De Holofernes por orden y mandato
prestaban á Judith obediencia
cuantos querían obtener buen trato
del caudillo feroz, cuya demencia
solía conceder, en su arrebato,
al reo pocas veces indulgencia:
Judith y su nodriza eran señoras
de hacer su voluntad á todas horas.

—

Acércase Judith al lecho impuro
donde Holofernes se revuelca insano;
blande una espada, y con golpe duro
derriba la cabeza del tirano,
que cual rico botín en el oscuro
fondo de un saco mete con su mano,
y por entre los guardias se desliza
llevando la cabeza su nodriza!

JAIME MARTÍ BESTARD.

Nuestro arte religioso

XXXVII y último.

He concluido la tarea que me había impuesto.

Mi intento era pasar una rápida ojeada por todas las manifestaciones del arte religioso español, caído en la misma deplorable decadencia que el de todos los países, porque desgraciadamente, esta desdicha es general, y corresponde al estado en que se hallan los espíritus en nuestros días. Quería contribuir á excitar un poco la atención de los católicos sobre esta interesante materia, que ya va interesando en gran manera á muchos, si bien no á todos lo bastante, acaso porque son múltiples y

grandes los males que nos preocupan dolorosamente.

Las cuestiones de arte atañen, es cierto, á la forma, y bajo este respecto son secundarias, comparadas con las fundamentales y de esencia, hoy en tan fiera contienda discutidas; pero hay que tener muy presente que por la forma venimos casi siempre en conocimiento de lo esencial; que por lo exterior somos arrebatados á lo interior; que es mucha la influencia que en buen ó mal sentido ejerce sobre nosotros lo que percibimos por los sentidos, razón que sirve de fundamento al culto público en que necesariamente ha de intervenir el arte; y por último, que las manifestaciones de éste son señal muy expresiva de las ideas que imperan. A inteligencias ilustradas é íntegras corresponden manifestaciones artísticas elevadas, grandiosas, siempre correctas, exquisitas y apropiadas á su objeto. De aquí el paternal cuidado que la Iglesia ha puesto de contínuo en el desarrollo de las artes; pues casi todas le deben la vida y una protección eficacísima, cual no la habían experimentado antes, ni ha sido capaz nadie de ofrecérsela después.

Es un error lastimosamente craso creer que basta salvar la esencia de las cosas, principalmente las santas, y que es casi indiferente su exterioridad formal; error que nos llevaría, como en efecto sucede á muchos fieles poco instruídos ó nada reflexivos, á muy censurables extremos, y á dar motivo de tedio ó tibieza á los propios y de crítica implacable á los extraños. Por eso si me concediera Dios una larga vida, la consagraría toda al arte religioso, ya que tantos y tan valientes campeones tiene la verdad católica, y todavía tan pocos la pureza de sus manifestaciones plásticas; tarea para mí gratísima en la que, aun cuando errase por mi insuficiencia, con sólo dar motivo á que me corrigieran, ya contribuiría al fin que me he propuesto, si era causa de excitar el celo en beneficio del arte y mover la pluma y la palabra de creyentes ilustrados.

Esta es la causa de que haya usado colores fuertes en mis pobres pinturas, y me haya expresado con bastante claridad y harta dureza siempre que ha sido necesario atraer la atención sobre cualquiera cosa censurable.

A poco tiempo de haber empezado, casi todos mis amigos y un gran número de personas respetables que ni aun me conocían, empezaron de palabra y por escrito á animarme con la aprobación de cuanto iba escribiendo; otros me sugerían ideas y me denunciaban abusos, y algunos, entre ellos el respetable Sacerdote que me decidió á añadir las conclusiones prácticas, me pedían que completara el trabajo, concretando en afirmaciones mis ideas acerca de lo que debiera hacerse en favor del arte, tan necesitado de sábia y purificadora restauración.

No me hago ilusiones de la bondad de mi trabajo; me lo impide el saber á qué atenerme sobre mis aptitudes literarias y artísticas de mero aficionado y entusiasta desde la primera juventud; pero además, escritos estos artículos á vuela pluma en ratos sustraídos al descanso en las tareas de un cargo pesado y minucioso, que exige mucho tiempo y asiduidad, escribiendo á lo mejor de pié, en cualquiera parte, sin libros ni otro auxilio alguno, y dividida la atención entre este empeño y la confección de una obra encargada, con más el compromiso de escribir una sección en otro periódico religioso, y algunas obligaciones más, no era de esperar que salieran muy perfectos; pero sírvales de excusa mi buen deseo, pues no tengo otra cosa que alegar.

Ahora, para cerrar estas pobres elucubraciones del arte, creo convenientes algunas reflexiones sobre los artistas y los escritores de obras técnicas.

No hay que engañarse con optimismos; carecemos de artistas que merezcan el nombre de cristianos, en cuanto al ejercicio de su profesión, se entiende; si alguno existe, es sólo honrosa y muy rara excepción. A nadie vitupero, ninguna gloria deseo oscurecer, ni á hombre alguno molestar; por eso no consigno aquí nombres propios ni aun para elogiarlos si lo merecen; pero conste que no tenemos artistas que sientan y comprendan lo religioso.

Los arquitectos que se hayan distinguido algo en obras eclesiásticas no pasarán de cuatro en toda España, y no todos ellos de primera fila; ninguno que merezca ser tenido por una notabilidad excepcional, así como Juan de Herrera, ó al menos como Ventura Rodríguez, con sus defectos y todo. Pintores, ninguno. Hay, sí, en la corte y allá en el fondo de esta ó la otra provincia tal cual medianía más ó menos saliente que se dedica con preferencia á pintar cuadros de Santos y á las restauraciones, pero nada más. Nuestras notabilidades son todas profanas.

En la escultura religiosa nadie brilla tampoco á modo de estrella de primera magnitud en lo sagrado; medianías también, algunas muy discretas, y no pocos rutinarios; los demás no merecen siquiera el nombre de artistas; son buenos sujetos que tallan la madera como saben y pueden, y que hacen Corazones de Jesús que parecen tenores de ópera, é imitan á maravilla los Santos franceses. Como en la pintura, los afamados no sienten el género según se dice ahora. Esto aparte de que aunque otra cosa crean ellos y digan sus amigos, á todos les falta mucha instrucción, así en Historia Sagrada y Eclesiástica y en Arqueología como en otras materias, aunque sea menos trabajoso que antes el estudiarlas. Esta es la verdad pura, no me dejarán mentir los críticos de artes.

Cualquiera comprenderá que faltando arquitectos, pintores y escultores, no importa que haya muchos y buenos tallistas en piedra, en madera ó metales, excelentes aunque raros trabajadores en mosáico, ni buenos ebanistas, plateros, marmolistas, herreros, torneros, bordadores y tejedores, fabricantes de tapices, confeccionadores de ornamentos, y cuantos artífices tienen que ver con las artes del diseño, pues toda esta gente es mecánica, y debe ser inspirada y dirigida por los maestros de esas tres grandes artes, Arquitectura, Pintura, Escultura; si ellos que son la cabeza flaquean, el brazo sea bajo su dirección, sea como ahora es frecuente, sin ella no hará cosa de provecho, y seguirá las corrientes del industrialismo exótico y mercantil que nos ahoga.

Los que más abundan son los músicos. Tenemos por fortuna bastantes organistas de primer orden, mejores muchos de ellos que los más cacareados del extranjero, los Saint Saens, Gilmann, etc., aunque no tan conocidos. Sólo en Madrid tenemos lo menos dos, y otros dos que prometen muchísimo, y rara es la provincia en que no hay otros tantos; y si es compositores, aunque en menor número, tampoco faltan entre los maestros de capilla de las catedrales y algunos otros que son legos; pero muerto el insigne Eslava, no ha dejado uno siquiera que pueda igualarle. De los cantores é instrumentistas se puede asegurar poco más ó menos lo mismo que de los artífices antes enumerados; aquí el brazo son los compositores, luego....

Nótese que el número de cantores va en disminución cada día creciente, ya por la influencia maldita de los Conservatorios y del teatro, ya por la pobreza de nuestras iglesias. Tampoco hay que olvidar que esta misma pobreza y las escuelas ó Academias de Bellas Artes son causa de que ninguno absolutamente de los artistas pueda vivir si éxclusivamente se dedica al arte religioso. Este es un hecho que casi lo explica todo en nuestro tiempo.

Como se vé, carecemos de artistas ¿de qué modo los tendríamos?

No encuentro más recurso que formarlos. Mientras la Iglesia dió vida á tantos arquitectos, pintores y escultores, y crió á sus pechos á todos los músicos, tuvo artistas que le consagraron todas sus fuerzas, y desde que no pudo hacer esto, no volvió á tenerlos. Es, pues, necesario que en escuelas especiales, como las antiguas de música, sostenidas por los Cabildos, forme artistas exclusivamente religiosos, y cuando los tenga, sólo á ellos confíe sus obras, sin permitir la ingerencia de los seglares. Con una Academia de artes en toda la nación y una escuela de música en cada diócesis, habría para todas las necesidades. Creo que conviene dar vueltas á este pensamiento.

Alguna vez, meditando sobre este problema, porque lo es, como quiera que para esa misma escuela quizá no halláramos maestros dignos de tan alta misión, he llegado á acariciar la idea de una Orden religiosa de artistas, ó algo semejante á eso, ¿qué tendría de particular? Hasta he delineado, así como el que sueña despierto, las bases de semejante fundación; esto no es más que una idea irrealizable acaso, porque ya sabemos que no se forma cuando y como se quiere grandes artistas; pero da á entender la aversión profunda que profeso al expediente vulgarísimo, á que nos asimos aquí siempre que se trata de ocurrir á alguna deficiencia. «Convendría, decimos, que en los Institutos, Universidades, Escuelas de arte, Conservatorios (según de lo que se trate), se crearan cátedras de esto, de lo otro y lo de más allá.» ¡Error insigne! ¡Inocencia digna de compasión! ¡Entregar á nuestros enemigos la enseñanza de lo que nos interesa! ¡Darles nuestra juventud para que la corrompan allí entre los hijos de las familias sin Religión! ¡Hacer que les señalen con el dedo y les digan: ¡ahí van los de la Iglesia! como una ignominia que pronto hará mella en el ánimo de los jóvenes y matará acaso su vocación! ¿Confía el Estado sus abogados y médicos á la Iglesia? Las cosas nuestras, para nosotros; que el padre forme á sus hijos (1).

No, y mil veces no; ese no es el camino; el único que existe nos lo había trazado ya la Iglesia en sus escuelas de música, y por ahí es necesario marchar, pero muy pronto.

Otra deficiencia casi inexplicable: no tenemos libros. En toda nuestra bibliografía de artes, que no es corta, se hallará una obra que trate exclusivamente de la arquitectura sagrada, de la pintura ó escultura, y así de casi todas las otras artes.

Lo religioso era, en casi todos los tratados, una sección poco ó mucho preferente, pero no más. ¡Esto en el país clásico de la Religión!

Carecemos, pues, de una obra magistral que trate extensa, razonada y metódicamente de toda la teoría y práctica, hasta los menores detalles, de la arquitectura sagrada; obra que, para ser completa, debiera sin miedo alguno á la extensión, comprender también las artes hijas y afines de la de edificar; esto es, el tratado completo del mueblaje de los templos.

Comprendo que acaso no fuese del todo indispensable, aunque no habría estorbado seguramente, una obra de este género, allá cuando eran muchas y ricas las iglesias, y por tradición se reproducían las obras de arte; pero en nuestros días no puede ser más necesaria. No la tenemos, y si había de ser mala, enciclopédica y modernista, que sancionara todas las aberraciones de ahora, vale más que así sea; pues solo para desterrarlas debiera escribirla ¿quién? No conozco sino á dos arquitectos que pudieran intentarlo, y ya no son jóvenes, ni tan vastos además, sus conocimientos que no necesitaran ajeno auxilio de arqueólogos, liturgistas, músicos, etc. Sería obra cara, extensa, llena de grabados y cromos excelentes; monumental, en fin, pero repito que nos es muy necesaria.

No tan extensas ni tan complicadas serían

(1) La enseñanza del Arte Sagrado y de la Arqueología en los Seminarios, sirve para hacer conocedores ilustrados, y para formar y depurar el gusto, no para crear verdaderos artistas.

INTERIOR DE LA IGLESIA DEL CONVENTO DE RELIGIOSAS MERCENARIAS

DE SAN FERNANDO, EN MADRID

otras dos que asimismo no tenemos, dedicadas á la Pintura y á la Escultura religiosas exclusivamente, y, á juzgar por lo que hacen, dicen y escriben los pintores de ahora, tampoco se hallarán dos siquiera que puedan acometer solos ó acompañados de los críticos más conspícuos, tarea semejante que, como la anterior, tendría que abarcar también la historia y la arqueología de estas artes. En este cometido sería indispensable tener muy en cuenta el libro ya clásico del célebre P. Interian de Ayala *El pintor cristiano y erudito*, que merece, á pesar de sus lunares, ser conservado como una joya, y que serviría de mucho, sobre todo si una mano hábil le añadiera lo que su autor no pudo hacer, y corrigiera en buenas notas los errores y exclusivismos, bastante excusables, del ilustre Mercenario. Porque aunque tenemos en español algunas obras ilustradas de indumentaria, no tan ricas y metódicas como, por ejemplo, la moderna del alemán Hottenrot, no es su objeto el arte religioso, y habría necesidad seguramente de que los pintores y escultores se valieran de esas obras mientras no se escribiera una especial, ó que sirviera de auxilio á las de pintura y escultura en general.

No conozco más tratados de orfebrería sagrada que el de Arfe y Villafañe, que es incompletísimo, aunque digno de respeto; ni sé que haya escrito nadie libro alguno técnico sobre la indumentaria del culto católico ó arte de construir los ornamentos y demás vestiduras sagradas, cuya confección moderna es tan censurable. Conste, pues, que también carecemos de esos dos tratados importantísimos. y quizá de escritor que pudiera componer el primero de ambos, con criterio clásico-religioso español de verdad, sin la menor sombra de extranjerismo y modernismo, aunque aprovechando todos los adelantos de nuestra época, dignos del arte religioso. ¡Una friolera!

De ornato para las iglesias nada tenemos escrito, porque como nada se ha de tener el opúsculo del Marqués de Ureña, titulado: *Del ornato y música de los templos*, muy deficiente, y además, extraviado su criterio, como de la época en que fué hecho.

En el arte musical no faltan, sino que sobran tratados especiales, pero son de canto llano y de *canto de órgano*, como entonces se decía. Los de contrapunto y fuga ya se extendían la mayor parte á los otros géneros de música no sagrada, y son ahora tan inútiles como los de canto llano, y como los mal llamados *métodos* modernos de este canto y de práctica del organo, cuadernos de música muy caros, con unas cuantas lecciones, y luego mucho fárrago de ejemplos, donde lo que menos hay es método, precisamente, ni quizá puede haberle, porque el canto eclesiástico debe aprenderse prácticamente después del solfeo; y el órgano, cuando ya se lee perfectamente en el piano y se sabe harmonía, fuga y contrapunto; entonces, y no antes, llega la hora de ponerse ante un órgano pequeño para adquirir la pulsación, y luego otro más grande, y de aprender la práctica ú oficio del organista que, con la referida preparación, es ya cosa más expedita, que no exige sino aptitud y genio musical, porque el órgano es el instrumento en que más puede destacar la personalidad artística del ejecutante.

Necesitamos, pues, y tampoco tenemos, no métodos, sino una obra monumental, especie de *musurgia* sagrada, que presuponiendo los conocimientos musicales indispensables (solfeo, piano, harmonía, etc.), como una literatura supone el saber leer y gramática, y una teología, estudios filosóficos, exponga toda la teoría de la música eclesiástica, desde el canto del coro y del altar hasta la composición de obras musicales, las más grandiosas, apropiadas á todas las necesidades del culto; obra en que cada clase de músicos eclesiásticos encuentre cuanto necesite para saber y practicar su noble oficio, no rutinariamente, sino como verdadero artista, y además, las teorías estéticas, los preceptos litúrgicos, la historia y hasta las controversias sobre este arte divino. Cada volumen de esta obra podría separadamente servir para una rama de la música sagrada, y así resultaría fácil y cómoda su adquisición por todos. Creo que si no un músico solo de los muchos buenos que tenemos, una reunión de especialidades bien dirigidas, podrían llevar á término este trabajo.

Ya he dicho que carecemos también de un libro que contenga los preceptos del arte dificilísimo de organizar el servicio y culto de una Iglesia, de modo conveniente y artístico, y ahora añado, que mientras no aparezcan todas estas obras, verdadera biblioteca teórico-práctica, fundamental de nuestro arte religioso, creo que sería muy conveniente la publicación de un libro, que si bien en compendio y sin llegar en ciertas materias al severo tecnicismo en que han de engolfarse los profesores, iniciase al lector, no sólo eclesiástico, sino seglar piadoso, patrono de fundaciones, cofrade, servidor del templo, etc. etc., en las teorías, práctica y conocimientos siquiera elementales de todo el arte sagrado; exponiendo primero las teorías estético-cristianas, y luego, en cada rama, las generalidades técnicas según se hallan en nuestro tiempo, para aplicarlas enseguida al servicio de la Iglesia; plan exornado con la indispensable crítica, con nociones histórico-arqueológicas y con todas las noticias indispensables para que el lector tuviese un criterio sano, y no fuera engañado por los artistas modernos, ni seducido ó arrastrado en la balumba y desconcierto artístico actual.

Como nadie emprende este trabajito, el menor de los enumerados que necesitamos, me he atrevido á acometerlo, y casi concluido está. Los artículos que aquí terminan, si, como no es difícil, fueran reunidos en un tomo, servirían, para los lectores de dicho libro como de preparación y estimulante saludable.

José Ferrández,
Presbítero

Madrid y Octubre de 1893.

San Juan de la Cruz

CONSIDERADO COMO POETA MÍSTICO

(Ensayo de crítica literaria)

(Continuación)

Y sale el alma *disfrazada*, para que no siendo conocida nada pueda oponerse é impedirla en su camino, y así, *segura* y bastándole *la afirmación de las potencias y de todos los gustos y apetitos espirituales de pura fe* (1), sube las gradas de misteriosa escala que *penetra hasta lo profundo de Dios*.

Tiene el lenguaje de San Juan de la Cruz algo que, á pesar de su ininteligible superioridad para quien no habita en el mundo de la comunicación divina, despierta el sentido y aviva las potencias del alma; algo que á modo de resorte secreto, de intérprete hábil, nos hace entender y gustar de las cosas espirituales, siquiera tengamos que quedarnos tan abajo y tan menguados siempre. La *reformación y enfrenamiento del apetito*, que, como dice San Juan, debiera llamarse la noche del sentido (2), no parece podía encontrar más propia figuración que la de una *noche escura*, y por noche la hemos tenido, conduciéndonos á través de ella el místico espíritu de San Juan de la Cruz con el mágico poder de su palabra; nos ha llevado también por entre la oscuridad y tinieblas de la fe, haciéndonos entender cómo si la dichosa noche del espíritu *escurece* á éste, *no lo hace sino para darle luz de todas las cosas, y aunque la humill y pone miserable, no es sino para ensalzarle y libertarle, y aunque le empobrece y vacía de toda posesión y afición natural, no es sino para que divinamente pueda extenderse á gozar y gustar de todas las cosas de arriba y abajo, siendo con libertad de espíritu general en todo* (1).

Ya nos ha dominado el deseo de que el alma se apresura á gozar por esa otra tercera noche, de que llegue el *auto lucem*, principio del día, momento primero de ilustración sobrenatural que ha de consumarse en aquel momento de eterno gozar, de la perfecta unión con Dios; y eso es lo que ahora canta el poeta, abismado en la contemplación, adelantando por la soledad y el secreto, sin estorbo ni tropiezo, fija su mirada en el foco y centro de su vida, y guiado solamente por la luz de la fe y la llama del amor.

En la noche dichosa
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz ni guía
sino la que en el corazón ardía (2).
Aquesta me guiaba.
Mas cierto que la luz del medio día,
A donde me esperaba,
Quien yo bien me sabía,
En parte donde nadie parecía.

¡Quien yo bien me sabía! No pasemos de aquí. El alma mística ha llegado á la contemplación de Dios *caminando con la fe*, y ha llegado á conocerle en toda realidad infinita (3), como centro en que halla descanso y reposo. Sí, en Dios únicamente está ese centro para el místico, como lo está para toda vida y para todas las aspiraciones del corazón humano inquieto siempre hasta no encontrar en Él la paz y el sosiego. Y en esa contemplación de Dios por la fe, el místico espera la unión de amor gozando anticipadamente de la visión beatífica; que condición es esta de la virtud de la esperanza.

Pero adviértase que hablamos de Dios, no como idea abstracta del sér absoluto, ni como *Nirvana* en que toda existencia existe para no existir ninguna; que no nos referimos al *Uno* indeterminado, ni á la percepción de la sustancia única, eterna y sin límites. Hablamos de Dios, Sér real sobre todo sér y sobre toda realidad; de Dios sustancial y con atributos esenciales, qué infortunio fuera para el hombre no serle dado predicar de Dios Bondad, Belleza y Verdad en Dios, por estar tomadas estas sucesiones de nuestra imperfecta condición, y formadas por semejanzas y deducciones, por los procedimientos lógicos de nuestra limitada in-

---

(1) *Subida del Monte Carmelo*, lib. II, cap. I.
(2) *Noche escura*, lib. II, cap. III.

(1) *Noche escura*, lib. II, cap. IX.
(2) Con esta tercera canción concluye la materia que se declara en la *Noche escura*, de cuyo libro diremos aquí que puede considerarse como una exposición didáctica de la mística; y así lo hace entender cierto carácter de dirección ó educación mística que en su lectura se observa fácilmente; enseñanza para los principiantes aprovechados y perfectos, que tales son los grados de la vida contemplativa correlativos con las tres noches para la unión del alma con Dios.
(3) *Subida del Monte Carmelo*, lib. II, capítulo IX.

teligencia (1); nos referimos á la contemplación de Dios, Oceano inmenso de amor, Dios bondad suma, Dios comunicándose al corazón humano, Dios redentor, que no otra es la fuente de la que á raudales recibe la gracia el alma del místico, y su poesía el cantar de las delicias espirituales, de los arrobamientos y éxtasis de amor.

Solo Dios basta, decía la ínclita Santa Teresa, (2) y nuestro poeta San Juan de la Cruz cantaba:

Mi alma está desasida
De toda cosa criada
Y sobre sí levantada
Y en una sabrosa vida
Solo en su Dios arrimada. (3)

Sabrosa vida, gozar suavísimo y sin medida de tiempo, que entrevería Fray Luis de León cuando después de admirar la belleza y el orden de la creación, todo le hacía pensar en la Divina hermosura del Creador, todo le hacía subir más alto, y exclamaba:

No quiero desde hoy más amor del suelo (4).

Y si por lo tocante al conocimiento que de Dios logra el místico en la contemplación ha podido apreciarse cuán á distancia se coloca el místico ortodoxo de los errores panteísticos, no hay que temer se disminuya y aproxime en el no haber más que Dios, y su alma con Dios, que compendia y resume todo cuanto puede disertarse acerca de la vida mística; en ese no haber más que Dios y su alma con Dios, cantado con tanta expresión y afecto por San Juan de la Cruz al ensalzar la venturosa noche de la fe, *noche amable más que el alborada*, noche que juntó

Amado con amada,
Amada en el amado transformada.

No ya solo aquí, donde claramente se adivina el sentido místico de la frase, si que también en otros pasajes y aun en los éxtasis y arrobamientos de contemplación, como San Juan de la Cruz y Santa Teresa (1) especialmente enseñan, no hay aniquilamiento ni absorcisis del alma en la sustancia divina, ni siquiera verdadera vida aparte del cuerpo, pues continúa informándole y rigiéndole, y ella con la plenitud de acción de sus potencias.

MARTÍN DOMÍNGUEZ BERRUETA.

(Se continuará.)

(1) Decimos esto porque conviene hacer hincapié y salvar, en este punto, la objetividad de nuestros conocimientos; no es recomendable á nuestro pobre juicio, tratándose del conocer á Dios (en la condición de la vida actual) el método llamado *per ablationem*, respecto á aquellos mismos atributos que se han afirmado de El, pues es impropio modo é inútil el negarlos para querer decir que no se aplican á Dios con la imperfección que lleva consigo todo concepto humano. A mí nunca me ha ocurrido pensar que la bondad en Dios tiene ó implica imperfección alguna, porque por abstracciones me haya elevado á esa idea, y porque con ese mismo nombre designe la cualidad de existir en los seres y la finalidad de las ciencias humanas; siempre he creído que aquella Bondad es una realidad infinita, que es sobre toda bondad, y que la de nuestros actos y de nuestro sér se unirá en Ella como en su tipo y modelo perfecto, y lo mismo de todo belleza y verdad. Jamás se me ocurrirá decir *per ablationem* que Dios no es Bondad, cuando mi razón y mi fe me dicen que es la misma Bondad, y cuando á Ella tiendo por irresistible impulso depositado en mí voluntad.

La cuestión es interesante, pero aquí incidental; basta, pues, con lo dicho.

(2) En las máximas que escribió en un registro de su Breviario.

(3) «Devotas poesías».—*Glosa á lo divino.*

(4) «Y pues toda la tierra—Tan fea me parece viendo el cielo—Y todo lo que encierra—el estrellado velo—No quiero desde hoy más amor del suelo».—De la *Lira en loor y honra de Dios Nuestro Señor. Tomando ocasión de las criaturas.*

(1) Léase lo que á este propósito se encuentra en la *Declaración del Cántico Espiritual.* —Canc. XIII.—*Noche escura*: cap. V.—*Llama de amor viva;* declaración del verso VI. (Véase también lo que Santa Teresa escribe á los capítulos XVIII y XIX del *Libro de su vida*).

El padre Scaramelli S. J. resume en parte su doctrina acerca de estas materias, diciendo «que con la unión perfecta y estable (alude á la unión mística), se compone muy bien en un alma la potencia libre de pecar y una cierta inseparabilidad de Dios, que las escuelas llamarían consiguiente, lo cual nada perjudica á la libertad de la criatura racional». *(Directorio místico.*—Tr. III.—Capítulos XXI y XXIII).

Palabras son de San Juan de la Cruz al tratar en el Lib. II, Cap. V de la *Subida del Monte Carmelo, de qué cosa sea unión del alma con Dios, y distinguir* la unión de presencia sustancial *que siempre hay en todas las criaturas* de la unión y transformación por amor, unión de semejanza, las siguientes: «*La cual* (la unión de amor) *es cuando las dos voluntades están en una conformes, no habiendo en la una cosa que repugne á la otra»... Así quedará* el alma *transformada en Dios por amor..... sin tener en sí alguna mezcla de imperfección, y así se puede hacer pura transformación por participación de unión, aunque no esencialmente.. .. y el alma más parece Dios que alma, y aun es Dios por participación, aunque* ES VERDAD QUE SU SER NATURAL SE LO TIENE TAN DISTINTO DEL DE DIOS COMO ANTES, AUNQUE ESTÁ TRANSFORMADA.

No molestaremos con más textos, para la inteligencia de algunos términos, que como el de *aniquilación* del alma pudieron atribuirse ó aplicarse á la enseñanza mística de San Juan de la Cruz en un sentido impropio; nos remitimos á los *Ayuntamientos y Advertencias* del P. Fr. Diego de Jesús (Salablanca) en su discurso primero.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de Paris y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

Vale una onza de oro.

En el verano de 1879, un buque de vela chocó contra una roca, cerca de la costa de Irlanda, y en una hora se fué á fondo. El tiempo estaba muy cerrrado y nebuloso; pero, afortudamente, había poco viento, el mar estaba tranquilo y la costa no distaba más de media milla. De la gente del buque se salvaron todos, á excepción de uno: un pasajero que se ahogó á pocas brazas de la bahía, en agua muy profunda. Cuando su cuerpo se recogió, se vió que el pasajero mismo se había despojado de sus vestidos; pero que al rededor de la cintura llevaba un ancho cinturón de cuero, *extraordinariamente pesado, lleno de monedas de oro.* Este tesoro fué el que le costó la vida. Si en el último momento hubiera podido este hombre deshacerse del cinturón y arrojar el dinero, hubiera alcanzado la orilla sano y salvo; pero no pudo hacerlo, y pereció.

Bajo diferentes circunstancias, saquemos también nuestra conclusión, después de hacer constar los hechos:

En una carta fechada en Valencia á 6 de Mayo de 1893, la señora Josefa Martínez escribe que por espacio de cuatro años había venido sufriendo de dolor de cabeza y de cierto dolor en el estómago. Probó diferentes remedios y cambió de aguas varias veces; pero sin embargo, no experimentó el menor alivio con unos, ni con otras. Desde luego se comprenderá que esto no solo le causaba disgusto, sino gastos. ¡Ay, cuantos gastan tiempo y dinero buscando en vano la salud, y hacen inútiles esfuerzos por arrojar el peso de una enfermedad! ¡De qué buen grado sacrificarían el dinero, si á cambio de él pudiesen siquiera obtener la salud! Pero perder á un tiempo mismo dinero y salud, y hacer tentativas que terminan en otros tantos fracasos, sólo sirve para hacer creer al paciente que no existe remedio para su enfermedad, que le llena los días de dolor, y de melancolía.

Pero felizmente para la señora Josefa Martínez, dió al fin con lo que por tanto tiempo había andado buscando. Veamos lo que dice: «He vivido en el Grao, y allí, en la farmacia de Izquierdo, oí hablar del Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y lo compré, y, gracias á su uso, he restablecido por completo mi salud. Si esta medicina me hubiera costado una onza de oro, no me hubiera dolido el gasto. Doy á ustedes, señores, gracias de todo corazón por este remedio á que tanto debo, y quedo de ustedes.» (Firmado) Josefa Martínez, calle del Palomar, núm. 8 Valencia.

No pretendemos que en ese restablecimiento haya nada de milagroso, pues el único milagro de él consiste en que el Jarabe Curativo de la Madre Seigel (á diferencia de todas las demás medicinas que había empleado), era perfectamente adecuado á su enfermedad, que era la indigestión ó la dispepsía. Esta enfermedad es tan común y tan destructora, que casi pudiéramos decir que no existe otra. Ella envenena la sangre y es la causa directa del reumatismo, de la gota, de la influenza, la bronquitis, la tisis, y de todas las formas de postración nerviosa. Sean cualesquiera los síntomas, el estómago es entonces la fuente del desarreglo. Y esta es la razón del infalible éxito del Jarabe Curativo de la Madre Seigel en la curación de esta clase de enfermedad, lo que logra con facilidad manifiesta, aun después que los médicos más famosos se han reconocido impotentes para salvar al enfermo. El sistema digestivo es la fuente de la vida, de la salud y de la robustez; póngasele en orden, y todos los dolores desaparecen; extíngase la llama, y no arde ya más.

Otro testigo de la bondad de este medicamento:

«Hace unos dos meses me hallaba en la farmacia de D. Fernando Pina, consultándole respecto al medicamento que debería emplear para curarme un dolor de estómago (dispepsia gástrica), del cual venía sufriendo hacía largo tiempo. Me recomendó el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y hoy en día he de darle las gracias por su consejo; pues después de haber usado tan sólo dos botellas de él, me ví completamente libre de la enfermedad. Gracias al Jarabe Curativo de la Madre Seigel, me hallo tan bien y tan fuerte, que puedo volver otra vez á mi trabajo. Reciba, pues, la expresión de mi gratitud.»

(Firmado) Florencio Castro, provincia de Burgos, Santo Domingo de Silos, 10 de Enero de 1893.

La venta, rápidamente creciente, de esta preparación, demuestra la gran estima en que es tenida por todos cuantos la han usado. No sólo aquéllos que están gravemente enfermos, si no la mayor parte de los que están ligeramente indispuestos, deberían probar sus virtudes. Prevenir es mejor que curar; no descuidarse, ni perder tiempo, porque, aunque no cuesta una onza de oro, vale más que una mina llena de ese metal.

Porque, ¿qué es el dinero?

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. Thite, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán, mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

Nuestros apreciables lectores leerán en la presente edición un anuncio de la bien reputada firma de los Sres. Valentín y Compañía, banqueros, y Expendeduría general de lotería en Hamburgo, tocante á la lotería de Hamburgo, y no dudamos que los interesará mucho ya que se ofrece por pocos gastos alcanzar en un caso feliz una fortuna bien importante.

Esta casa envía también gratis y franco el prospecto oficial á quien lo pida.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FELIPE PINTO
11, Flor Baja, 11.

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **el remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicacion tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles*. Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultados. Exigid firma y marca de garantía.*

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España y América

Depósito general: ALMERIA, Farmacia VIVAS PEREZ

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA
DE
VICENTE GARCIA MUSTIELES
(SUCESOR DE PÉREZ)
CALLE MAYOR, NÚM. 50
MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.
Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.
Se sirven los pedidos con toda prontitud.

LOS QUE TENGAN TOS
va sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea.
Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

ALMACEN DE RELOJES
EL MÁS IMPORTANTE DE ESPAÑA
GIROD Y FONTANEZ

En esta casa se encuentra á precios de fábrica desde el reloj más fino de Losada, Patek, Piquet, hasta el popular y seguro reloj Roskopf.
Es casa que merece ser visitada.
POSTAS, 25 Y 27

FÁBRICA DE GUANTES
J. F. IRUMBERRI
Calle de Fuencarral, núm. 7
Guantes, Corbatas, Bisutería, última novedad.—Guantes para señores Obispos, Sacerdotes y Colegiales.—*Encargos á provincias.*

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
DE
ZOZAYA, (Editor).
PROVEEDOR DE LA REAL CASA
Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34
Especialidad en música religiosa
Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.
OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

MEDICACION ANALGÉSICA
Solucion y Comprimidos
DE
EXALGINA
DE
BLANCARD
JAQUECAS
COREA
REUMATISMOS
DOLORES
NEVRALGICOS,
DENTARIOS,
MUSCULARES,
UTERINOS.
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento
CONTRA EL DOLOR
PARIS, rue Bonaparte, 40

BAZAR MÉDICO J. CLAUSOLLES
BARCELONA
SUCURSAL EN MADRID
35, CARRETAS, 35 (frente á Correos)
Fábrica de aparatos ortopédicos, bragueros, fajas ventrales, instrumentos de cirujía, artículos de goma, higiene, etc.
Especialidad en la contención y curación de las hernias, por rebeldes y voluminosas que sean.—Gabinete de consultas abierto de diez á doce y de tres á siete. Los domingos de nueve á una.
Precios fijos baratísimos
CARRETAS, 35 (frente al buzón de Correos), MADRID

ES DIGNA DE SER VISITADA
LA NOTABLE
EXPOSICIÓN DE FLORES, PLANTAS
Y CORONAS
DE
G. KUHN SIETE SALONES PISOS PRINCIPALES CRUZ, 42

Sección 1.ª: Flores para vestir.—2.ª: Ornato de salón.—3.ª: Flor para iglesia.—4.ª: Flor para cementerio.—5.ª: Material para flores.—6.ª: Plumas y azabache para sombreros.
Siempre el PRIMER surtido en plantas de salón.—Ramos de altar y modelos de cristalería, mayólica y mimbre de alta novedad, decorados artísticamente con flores y plantas.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 pts.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 1/2 ps. fs.
Un año..... 18 »

NÚMERO 21.—Madrid 15 de Noviembre de 1893.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 21 francos.
Un año..... 33 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 5 pesos.
Un año..... 8 »

EL GENERAL

JEFES, OFICIALES Y SOLDADOS

muertos heroicamente en el campo de Melilla

LOS QUE HAN SUCUMBIDO EN LA DESGRACIA

DE SANTANDER

Y

LAS VÍCTIMAS DEL CRIMINAL ATENTADO DE BARCELONA

R. I. P.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA se asocia al duelo de la patria, y su Director, Redactores y lectores, piden á Dios por el eterno descanso de tantos cristianos fallecidos.

SUMARIO

TEXTO

Horario del Congreso Eucarístico.—Actualidades, por Bachiller Alonso.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Historias de moros y de cristianos, por Angel Salcedo.—La imprenta en Marruecos, por Pedro Antonio de Alarcón.—Los muchos amigos, por Alfonso Karr.—El barco de la trapera, por Alfonso Pérez Nieva.—San Juan de la Cruz considerado como poeta místico, por Martín Domínguez Berrueta.—Joyas literarias: Mundo demonio y carne, por José Selgas.—Reclamos y anuncios.

GRABADOS

Arte católico: Decoración del acto tercero de *Gerona*.—El barco ballena.—Una cacería en el siglo XV.—Un ataque de los moros.—Recuerdos de aldea.

HORARIO

DEL

Congreso Eucarístico

QUE HA DE CELEBRARSE EN VALENCIA

desde el 20 hasta el 26 de Noviembre de 1893

Lunes 20 de Noviembre.

A las nueve y media de la mañana, en la Basílica Metropolitana, exposición de Su Divina Majestad, Misa Pontificial y sermón por uno de los Reverendos Prelados que asistan al Congreso.

Por la tarde, á las tres, en la Iglesia de la Santísima Cruz, tendrá lugar la sesión constitutiva del Congreso, en la que se leerán todas las comunicaciones relativas al mismo. Acto seguido, constitución de las Secciones.

A las diez de la noche vigilias de adoración nocturna en las Capillas del Milagro y de la Virgen de los Desamparados.

Martes 21.

A las siete y media de la mañana Misa de Comunión general, celebrada por un Reverendo Prelado, en la Capilla de Nuestra Señora de los Desamparados.

A las nueve y media reunión de las secciones en sus locales respectivos.

A las once inauguración de la Exposición Artístico-Eucarística.

A las tres y media de la tarde solemne función religiosa en la Basílica Metropolitana, con sermón y Reserva.

A las diez de la noche vigilias de adoración nocturna en la Capilla del Milagro y en la Parroquial Iglesia del Salvador.

Miércoles 22.

A las siete y media Misa de Comunión general, por un Reverendo Prelado, en la Iglesia del antiguo Convento de Santo Domingo.

La reunión de las Secciones, la solemne función religiosa de la Basílica y las vigilias de adoración, tendrán lugar á la misma hora y en la misma forma que en los días anteriores. Las vigilias de adoración se celebrarán en la Capilla del Milagro y en la Parroquial Iglesia de San Bartolomé.

Jueves 23.

En este día se verificarán los mismos actos y á las mismas horas que en el día anterior. La Misa de Comunión general se celebrará en la Parroquial Iglesia de San Esteban. Las vigilias de adoración nocturna tendrán lugar en la Iglesia del Milagro y en la Parroquial de los Santos Juanes.

Viernes 24.

A las siete y media Misa de Comunión general, que celebrará un Reverendo Prelado, en la Iglesia Parroquial del Salvador.

A las diez de la mañana sesión general en la Iglesia de la Santísima Cruz.

A las tres y media de la tarde función religiosa en la Basílica, como en los días anteriores.

A las diez de la noche solemne vigilia de la adoración nocturna en la Iglesia Parroquial de San Andrés.

Sábado 25.

A las siete y media de la mañana Misa de Comunión general, celebrada por un Reverendo Prelado, en la Basílica Metropolitana.

A las nueve y media Misa Pontificial, con sermón de Clausura, que predicará un Reverendo Prelado, y *Te Deum* en la Basílica Metropolitana.

A las tres y media de la tarde Certamen Eucarístico en la Iglesia de la Santísima Cruz.

Domingo 26.

Procesión pública y solemnísima con el Santísimo Sacramento.

Lunes 27.

Tendrá lugar la peregrinación anunciada.

NOTAS. Durante los días 21, 22, 23 y 24 estará expuesto el Santísimo Sacramento en la Basílica Metropolitana, desde la hora en que comiencen las funciones de la mañana hasta la reserva solemne de la tarde.

Durante la celebración del Congreso, los señores Socios podrán dirigirse á la Secretaría del mismo, situada en el Palacio Arzobispal, para la resolución de las dudas que les ocurriesen ó para las reclamaciones que hubieren de hacer.

Las tarjetas de admisión á las funciones del Congreso y Vigilias de la Adoración Nocturna, podrán recogerse en la misma Secretaría.

En el local de la Adoración, situado en las dependencias de la Capilla de Nuestra Señora del Milagro, habrá una Comisión permanente de la Sección Adoradora de Valencia para todo cuanto pueda ocurrir á los socios adoradores que asistan al Congreso.

La hora de salida de la procesión, orden de la misma y carrera que ha de seguir, se anunciarán oportunamente.

ACTUALIDADES

La guerra de Africa

No han sido venturosos el mes de Octubre y la primera quincena de Noviembre para nuestras armas en Melilla.

El 2 de Octubre atacaron los moros el destacamento que protegía la construcción del fuerte de Sidi-Aguariach; acudió en socorro del destacamento la guarnición de Melilla, mandada por su heroico general Margallo, y después de una horrible lucha en que cada uno de los nuestros se batió con una docena de nuestros enemigos, hubo que retirarse á la plaza, abandonando la cumbre de Sidi-Aguariach, aunque salvando á los soldados que trabajaban en el fuerte.

Este suceso conmovió á toda España; la nación lanzó un formidable y unánime grito de guerra, como el de 1808 contra los franceses, como el de 1859 contra el imperio de Marruecos, como el de 1886 contra los alemanes.

Por desgracia no bastan semejantes gritos para remediar sucesos como el del día 2. Hace más falta, es más útil una buena administración militar que lleve pronto al punto amenazado por el enemigo fuertes contingentes de tropas provistas de todo lo necesario para combatir.

Por desgracia esto nos ha faltado ahora. Ya lo sabíamos; pero en esta ocasión se ha comprobado de un modo funesto para España.

A pesar de toda la actividad desplegada por el Ministerio de la Guerra, secundada por el entusiasmo del país, no se han podido concentrar en mes y medio en la plaza de Melilla más que 8.000 hombres y unos 300 caballos.

El entusiasmo ha sido admirable. Los periódicos entre tanto han hecho un excelente negocio: baste decir que la tirada de *El Imparcial*, que antes de estos sucesos era de 70.000 ejemplares diarios, ha subido á 150.000.

Pero en el campo de Melilla, perdida la cumbre de Sidi-Aguariach, los moros levantaron trincheras en los límites extremos de nuestro campo, y tiroteaban sin cesar á nuestros soldados. Nuestras operaciones se reducían á construir trincheras en nuestro campo.

Esta situación empeoró el día 27. Los moros nos atacaron, tomando audazmente la ofensiva. El general Margallo, que andaba por el campo con una columna, tuvo que replegarse y guarecerse en el fuerte de Cabrerizas Altas, ante el empuje creciente del enemigo.

Durante la noche del 27 al 28 estuvo el general sitiado en dicho fuerte. El 28 intentó romper el cerco, y sólo consiguió morir heróicamente al frente del enemigo. (Q. E. P. D.)

Desde entonces para avituallar los fuertes ha sido necesario sostener rudísimas batallas con el enemigo que nos han costado sensibles bajas.

El Gobierno ha sustituído al difunto Margallo con el general Macías, militar muy entendido, valiente y enérgico, de quien se esperan las mayores hazañas.

Tales han sido los sucesos hasta el día 9, en que se ha recibido en Madrid una nota del sultán de Marruecos, en que este soberano protesta del atentado de sus salvajes súbditos, los riffeños, y promete castigarlos.

Acerca de esta paz, transcribimos parte de lo que el mismo autor de este artículo ha publicado en *El Movimiento Católico*:

«Las noticias de paz que ayer circularon por Madrid, basadas en la nota del sultán, produjeron en los ánimos impresiones muy distintas.

La más general, y la que con mayor viveza sentían las gentes, era impresión de disgusto. Hace más de un mes que la nación española ha sufrido una agresión injusta por parte de unas tribus salvajes; la agresión se ha repetido constantemente durante treinta y tantos días; el pueblo español en masa ha protestado y pedido enérgicamente el castigo, y es lo cierto que hasta ahora, no sólo no ha podido imponerse ese castigo, sino que los castigados hemos sido nosotros. El 2 de Octubre perdimos el solar de Sidi-Aguariach, en que íbamos á construir el fuerte; el 27 invadieron los riffeños todo nuestro campo; el 28 nos mataron á un general heróico; el 29 nos acorralaron dentro de nuestras murallas, y así han seguido las cosas hasta este momento en que el sultán se presta caballerosamente á intervenir en nuestro favor, castigando á nuestros enemigos, que son súbditos de su imperio.

Así miradas las cosas, y así las han de mirar el pueblo cristiano y el pueblo moro, nuestra situación se parece á la de un hombre que va tranquilamente por la calle sin meterse con nadie, y un bravo se presenta delante de él, y sin más cumplimientos le descarga una bofetada de cuello vuelto en la mejilla. El agredido contesta: «es usted un bruto, y voy á castigarle como se merece». Y uniendo á la palabra la acción, cierra el puño y lo levanta contra su agresor. Pero en aquel momento éste mueve otra vez su diestra, y regala al cuitado segunda bofetada. «Repito que es usted una bestia», replica el doblemente abofeteado, «y para que usted vea quién soy yo, ya no voy á pegarle con el puño, sino con el bastón.»

Y dicho y empezado á hacer; el agredido levanta el bastón; pero sucede que el agresor, no intimidado por tales amenazas, le suelta la tercera bofetada. Entonces, aquel valeroso caballero, no pudiendo ya contener su indignación grita: «No ví nunca hombre más bruto que usted; ya no le pego ni con el puño ni con el bastón, sino que voy á mi casa en busca del revólver, y lo mato á usted sin remedio.» Y se pone en camino de su casa; pero no sin que el otro vaya detrás de él, aligerando su marcha con algunos puntapiés arrimados en el remate del espinazo. Así llegan al portal de la casa, y

el agredido entra y precipitadamente cierra la puerta, y desde adentro grita: «Un criado me va á bajar el revólver, y en cuanto lo tenga en mi poder se arrepentirá usted de todo lo que ha hecho.» Pero en esto pasa por la calle otro sujeto que tiene gran influencia moral sobre el agresor, y enterado del lance lo sujeta por un brazo y le dice: «Siempre me está usted comprometiendo con sus bravezas. A ver, caballero, salga usted de ahí y no tenga cuidado, que de este tunante me encargo yo.»

Tal es la impresión, plástica, por decirlo así, que producen en cualquiera los sucesos de Melilla; y, lo repetimos, la que se ha de fijar en el pueblo de ambos lados del Estrecho.

Claro es que mirando más á lo hondo de las cosas, no son estas así, y que las naciones no pueden ser comparadas á hombres que van por las calles, ni las guerras con bofetadas. Claro es también, que si el sultán se pone de nuestra parte en esta ocasión, no es por su gusto; pues éste sería que las kabilas se apoderasen de Melilla, y desembarcar él en Andalucía á la cabeza de todas las hordas de su imperio, como tantas veces lo hicieron sus poderosos y feroces antepasados en épocas ya remotas de la Historia. Si el sultán se porta como se porta, es porque comprende y sabe perfectamente que una nueva guerra entre Marruecos y España tendría los mismos resultados definitivos, ó aún peores para su imperio, que la de 1860. España podría tener que luchar con complicaciones diplomáticas y oposición de otras potencias; pero todo, y aun esto se volvería en daño de Marruecos, cuya integridad, y aun quizás su independencia, se perderían á las primeras de cambio en el choque de las naciones cristianas, unas con otras.

No es, pues, tan vergonzosa como pudiera parecer á primera vista la intervención protectora del sultán; pero siempre queda aquí algo que escuece, y la culpa es de no haber procedido con rapidez y energía. ¿Quién es responsable de esto? He aquí la cuestión que, si la paz se firma y se consolida, debe ser tratada ampliamente.»

La catástrofe de Santander.

Como si no fuera bastante una guerra en el inhospitalario continente de Africa, una horrible catástrofe ha venido á sumir á la patria española en el más amargo de los desconsuelos.

He aquí el relato más compendioso y autorizado del suceso, suscrito por el Teniente de navío D. Victoriano López Dóriga, testigo ocular de los hechos:

«A las dos y media de la tarde tuve aviso de haberse incendiado el vapor español *Cabo Machichaco*, y presentándome en la Comandancia de Marina, supe que en aquel instante se dirigían á bordo del vapor, atracado en el muelle núm. 1 de Maliaño, el Comandante de Marina, el segundo Comandante y el Ayudante piloto, con los cabos de matrícula á sus órdenes.

Pasé á bordo del buque incendiado, y, secundando las órdenes del señor Comandante y con el auxilio del Irgeniero de las obras del puerto, se organizó, en unión de la dotación, el ataque á la bodega de proa, donde se había declarado el fuego en proporciones colosales, por formar parte del cargamento bastante cantidad de ácido sulfúrico, madera, papel y pipería.

Acudieron al lugar del siniestro las autoridades civiles y militares, y además de los dos algibes del vapor, que constantemente arrojaban agua en abundancia, funcionaban las bombas del Ayuntamiento desde el mismo muelle.

No siendo posible remolcar fuera al buque por haber ganado el fuego el castillo, ni desengrilletear ni filar la cadena del ancla fondeada, dispuso el señor Comandante anegar el barco; y al efecto, su dotación abrió los grifos de los tanques y desarmó la circulación de la máquina para inundar la bodega y echar á pique el buque. En esta situación, y siendo muy lento el movimiento iniciado de sumergirse la proa del *Machichaco*, se procedió, por orden del señor Comandante, á cortar una plancha del costado de babor con la herramienta que trajo al efecto el vapor auxiliar de la Trasatlántica.

En esta lenta faena se continuaba. Anegada ya la bodega y casi dominado el fuego del castillo, encontrándose el señor Comandante en la lancha de vapor de las obras del puerto, atracado al costado, el segundo Comandante sobre el muelle y el ayudante á bordo del vapor, desembarqué, y no bien había franqueado la fila de curiosos de toda clase de sexos y edades, que en número considerable contemplaban desde tierra el fuego, oí dos explosiones casi simultáneas. La segunda fué horrorosa. Atronaron el espacio.

Me refugié bajo un carro, por encima del cual pasaron los trozos del casco, de la caldera y de la máquina del vapor, así como el cargamento de rails y viguetas de hierro, que sembraron de cadáveres y restos humanos los alrededores del muelle. Este se hundió en parte, prendiéndose después.

El cuadro que se presentó á mi vista fué horrible. Había desaparecido parte del *Cabo Machichaco* y con él dos vapores algibes, la lancha de las obras del puerto y el auxiliar de la Trasatlántica.

En los alrededores del muelle flotaban multitud de cadáveres y restos humanos. La inmensa mayoría de los supervivientes se hallaban heridos y contusos.

A más de 270 asciende hasta ahora el número de muertos y desaparecidos, entre los que se cuentan el señor Comandante de marina de la provincia, el segundo Comandante, el ayudante de la Capitanía, tres prácticos y un cabo de matrícula. También han fallecido ó desaparecido el señor Gobernador civil, el Ingeniero de las obras del puerto, el Fiscal de la Audiencia é infinidad de personas conocidas de la población.

Casi toda la tripulación del vapor incendiado y algunos tripulantes de otros de la misma empresa que acudieron en su auxilio, han desaparecido también, y con ellos el Capitán inspector de la Trasatlántica, así como el Capitán y oficiales del vapor *Alfonso XIII*.

La causa de tan terrible catástrofe ha sido la explosión de 1.000 cajas de dinamita de 35 kilos cada una, que venían en la bodega del vapor, y cuya explosión provocó seguramente la de la caldera del buque al anegarse la maquinaria.

El número de víctimas es enorme. Para agravar más esta situación, la arboladura del buque provocó varios incendios en las calles próximas al muelle, habiéndose reducido á cenizas más de 25 casas. Continúa aún la quema de otras.

Del personal de la Comandancia de marina falta también un sargento de infantería de marina, y hay heridos otros tres prácticos y un cabo de matrícula.

En vista de tan extraordinarias circunstancias, he creído de mi deber ponerme al frente de esta oficina, disponiendo el entierro del Comandante segundo, pues el cadáver del Comandante y del ayudante, así como el del cabo, no han aparecido aún.»

Otro testigo presencial exprésase en los siguientes términos:

«Nada puedo decir á usted de esta hecatombe, pues todavía mi cerebro está fuera de su centro, por la sencilla razón de que lo que pasó con el *Machichaco* nadie lo sabe, nadie lo entiende, ni nadie se da cuenta de ello; y cómo yo escapé también de la catástrofe, cuando parece imposible, pues cada día que pasa me doy menos cuenta del por qué; por eso cuanto más lo pienso, más se me exalta la razón. Figúrese usted que después de haber estado viendo el fuego del vapor, lo dejamos al encontrar un amigo, porque dijeron que traía dinamita; pero un señor que estaba también en el muelle, nos dijo que la dinamita, como venía en el barco, no estallaba. ¡Desgraciado error! ¡Cuántas víctimas ha causado!

Pero, así y todo, nos separamos, porque yo no puedo, por virtud de mi actividad, estar cinco minutos en ningún punto; pero confiado en que no había explosión, dejo á mi hijo Antonio, de dieciseis años, marino, y en espera de embarque de agregado en la Trasatlántica, en la popa del buque incendiado, á tres metros de D. Arturo Pombo, y en todo el muelle un público de más de 10.000 personas mirando; vine á mi casa, y á las cuatro y media me dice el amigo que se va al Sardinero, donde vive, y le dije:—Puesto que no tengo que hacer, te acompañeré:: y al llegar al Suizo los dependientes de este establecimiento, que estaban á las puertas, me dicen: «Señor de Velarde, ¡ahí va!»

Miro hacia el vapor, no sé lo que ví; sólo me hizo moverme la lluvia de cristales que vino sobre mi cabeza; el estampido fué horroroso; miles de cuerpos humanos, huesos y fragmentos del casco del vapor. ¡Qué pasaría por mi cuando me serené un poco y me acordé de que mi hijo estaba en el vapor! Sin ver, ni oir, ni respirar anduve una hora sin tropezar más que con muertos y heridos; llegué á casa, y me dijeronque había estado preguntando por mí, bueno, sólo con una pequeña herida en un dedo.

A los que estaban en el vapor y se salvaron se les pregunta cómo, y no lo saben explicar; sólo dicen que estaban allí, que cayeron al agua, y que se encontraron en tierra sin saber cómo; y lo que sucedió fué que, al estallar la dinamita, se elevó el agua como unos seis metros, los cogió á ellos y los echó por encima de los tablones que había en el muelle, á la calle de Castilla. Después de la explosión el incendio, que, como es sabido, ha causado tantos siniestros, y ha sido un golpe de muerte para esta ciudad.

Los muertos que por este accidente tiene Santander pasarán de 1.200, y heridos más de 2500, y me quedo corto.»

El atentado de Barcelona.

Y no hemos concluido de contar desgracias.

En el Teatro del Liceo de Barcelona unos desalmados anarquistas han arrojado desde la galería al patio unas bombas Orssini que han causado infinidad de desgracias.

Esto parece el fin del mundo.

¡Dios tenga misericordia de nosotros!

BACHILLER ALONSO.

GRABADOS

Arte escénico. — Decoración del acto 3.° de «Gerona». (Pág. 324).

Pasaron ya los tiempos en que un papel untado de aceite era la luna en el teatro y en que no había más decoraciones que de casa pobre, casa rica y jardín. Hoy, el arte decorativo ha llegado á inverosímiles adelantos. ¡Lástima grande que cuando este accesorio agradable de la dramática toca en su punto de perfección, no suceda lo mismo al verdadero arte dramático! Pero lo accesorio no puede llegar á más, ni lo principal venir á menos. No hay Calderones, ni Lopes, y de su falta no nos compensan Bonardi, Bussato ni Muriel.

A últimos de la temporada teatral de 1892 á 93 estrenóse en el Teatro Español el drama *Gerona*, de D. Benito Pérez Galdós. La composición no agradó, y con razón; porque, hablando con franqueza, es soporífera. ¡Pero las decoraciones! Se puede decir que ni la misma realidad ofrece vistas tan bellas.

Barco-ballena. — (Pág. 325).

Procedente de Sydney, Cabo Bretón y Nueva Escocia, llegó en Julio de 1890 al puerto de Liverpool un vapor de formas originales que,

ARTE ESCENICO.—Decoración del acto 3.º de Gerona

por su semejanza con el leviatán de los mares, mereció el nombre de barco-ballena.

Este barco, que se llama *Charles W. Wet more*, excitó grandemente la curiosidad del público y de los constructores mientras estuvo anclado en una de las dársenas de los docks.

Mide 265 piés de largo, 38 de ancho y 24 de puntal; está construído de material de acero; sus máquinas desarrollan 850 caballos de fuerza y su velocidad llega hasta 13 millas por hora.

La particularidad de este buque es su poco calado. Con carga máxima llega á 14 piés ingleses. También es digno de notar por su grande estabilidad.

Cuantos lo visitaron se quedaron admirados de la disposición especial de este nuevo tipo de buque, que permite realizar la carga y descarga en breves momentos.

Los maquinistas aseguraban que el consumo de carbón por día no excedía de 13 toneladas, cantidad verdaderamente exígua dadas las proporciones del barco y la potencia de su motor.

El *Charles W. Wetmore* parece apropiado más bien para la navegación fluvial que para la navegación en alta mar. Sin embargo, las pruebas en su último viaje habían sido brillantes.

Más lo fueron en los sucesivos, y ya aprobadas las ventajas de la invención fué adoptada ésta.

En la actualidad, y transcurridos apenas tres años, pasan de 40 los barcos-ballenas que surcan los mares del globo.

Una cacería en el siglo XV.—(Pág. 328).

Este bonito cuadro representa una de aquellas grandes cacerías, *imagen de la guerra*, según Cervantes, á que se entregaban los príncipes y señores, y que eran su ocupación favorita cuando no tenían que guerrear.

Un ataque de los moros.—(Pág. 329).

(Véase el artículo *Actualidades*).

Recuerdos de aldea.—(Pág. 333).

Bonito paisaje.

Antonio de Olmedo.

HISTORIAS
DE MOROS Y DE CRISTIANOS

EL DESASTRE DE LOS GELVES

La vuelta á España del Cardenal Cisneros, después de la toma de Orán, no interrumpió el curso de nuestras victorias en Africa; parecía que el espíritu del *gran alfaqui de los cristianos*, como llamaban los moros al Cardenal, había quedado infundido en el de todos y cada uno de los soldados que seguían las banderas del Rey Católico en las costas de Berbería; y no pasaba semana sin que, en nuevos y cada vez más reñidos encuentros con los enemigos, se conquistasen más laureles, ni campaña que no terminase con la conquista de dilatados territorios, fuertes ciudades ó reinos enteros de mahometanos.

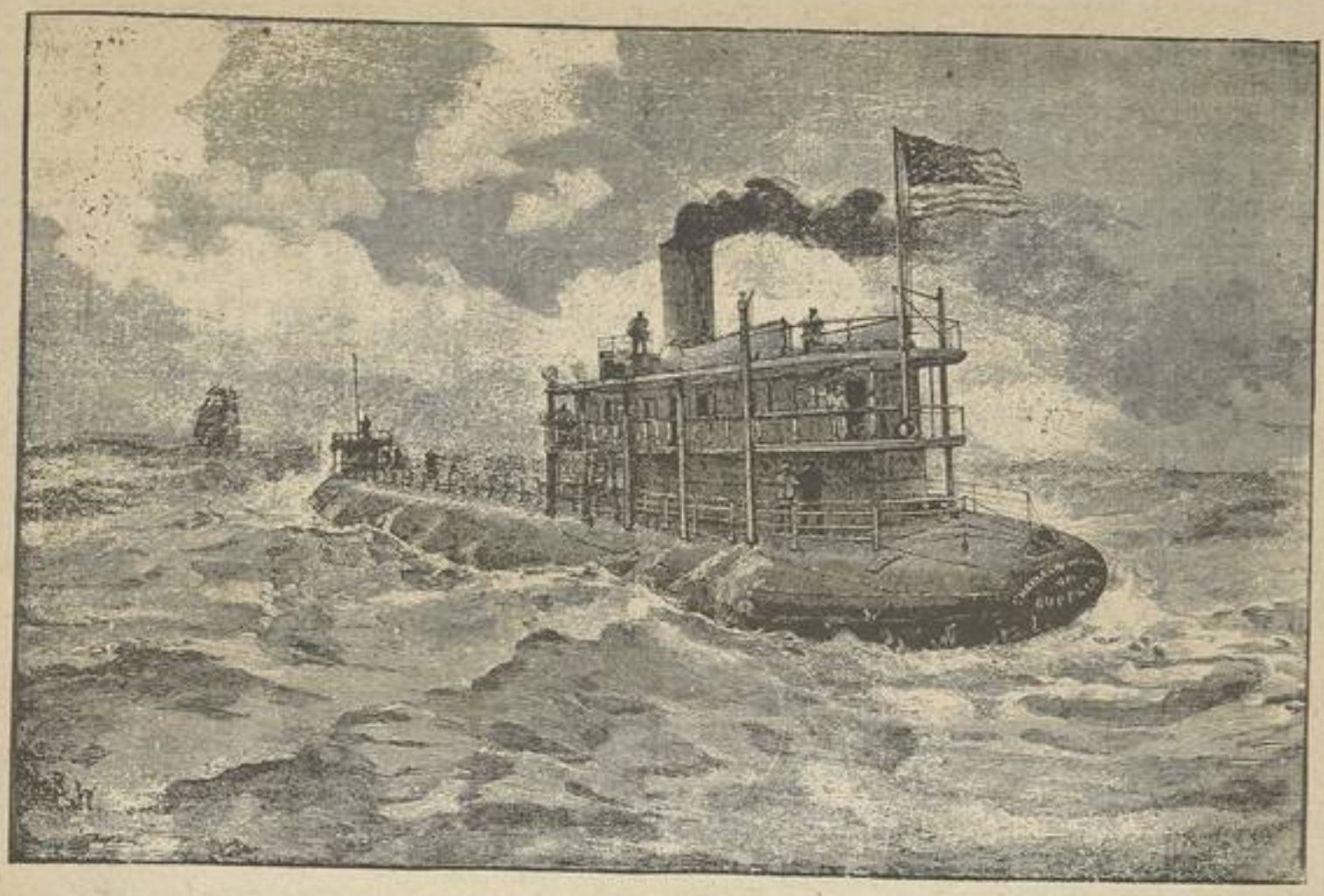
Regía nuestras armas de mar y tierra, con el expresivo título de capitán general de Africa, el conde Pedro Navarro, varón sin par en el duro oficio de soldado, y de los primeros, no sólo de su tiempo, sino de los siglos, en el arte dificilísimo de gobernar Ejércitos y ganar batallas. En aquella época, que lo era de transición en todo, sobresalían en la guerra hombres de dos clases muy diferentes: los unos, que, á pesar de la pólvora y de los artificios estratégicos introducidos por el Renacimiento, continuaban siendo paladines de la Edad Media, caballeros á la usanza de los que pelearon en las Cruzadas y en la reconquista de España; y los otros, que habían dado de mano á todos los sentimientos, preocupaciones y costumbres del anterior período histórico, y tomaban la guerra, no ya como un medio de lucirse y aumentar cuarteles á sus escudos, sino de ganar algo más positivo, destruyendo como podían, y de la mejor manera que pudiesen, á los enemigos con quienes tenían que combatir. Los primeros, eran los últimos héroes de la Edad Media; los segundos, los primeros capitanes de la Moderna.

El conde Pedro Navarro no era un paladín. Ni siquiera por la nobleza de su alma puede ser contado entre los caballeros. De ruines pensamientos, de ideas muy bajas, peleaba por la paga, y no se contentaba con ella, sino que, según la significativa expresión vulgar, administraba *con manos sucias*. Tenía en poco la gloria militar; cuando veía mal parado el negocio, huía por salvar la vida, aunque se dejase en el campo la reputación.

Pero lo que es á consumado *estratega*, á caudillo habilísimo de tropas y director de campañas, sólo le aventajaba en su tiempo el gran capitán Gonzalo de Córdova; y aun en ciertas partes del oficio bélico, superaba el conde á Gonzalo. Fué Navarro el que, para rendir los castillos de Nápoles, guarnecidos de soldados franceses, inventó y aplicó por primera vez el terrible instrumento de las minas, invención espantosa que dió nuevo carácter á la guerra, rematando á la caballería andante, que ya las perfeccionadas armas de fuego tenían rota y mal herida. El arma de ingenieros reconoce á Navarro por su creador, y la artillería por uno de sus más útiles perfeccionadores. El conde, como los antiguos generales de la república romana, peleaba lo mismo por mar que por tierra; y en uno y en otro elemento tenía como esclavizada á la victoria.

Con este capitán, y reforzados por nuevos escuadrones y baterías que fueron de España y del reino de Nápoles, ganaron los españoles la ciudad de Bugía en Enero de 1510. Fué tal el espanto entre los mahometanos, que los jeques de Argel y el Bey de Túnez, presentándose humildemente en la conquistada ciudad, se declararon vasallos del Rey Católico.

Animado D. Fernando por sucesos tan prósperos, nada menos pensó que en la conquista definitiva de toda el Africa mahometana; y á tal efecto, mandó reunir en Málaga nueva y más formidable Armada, con numeroso Ejército de desembarque, poniendo una y otra á las órdenes de D. García de Toledo, primogénito del duque de Alba, y mozo de extraordinario valor y precoz habilidad en el oficio de la guerra. El duque de Alba se había distinguido entre los grandes de Castilla, sus contemporáneos, por una adhesión constante á la persona y política de D. Fernando el Católico, y éste corespondía al duque con un afecto también invariable. Esta noble amistad del rey con



EL BARCO-BALLENA

la casa de Alba debió influir, además de los méritos propios de D. García, en el nombramiento de un caudillo tan joven para tan grande y difícil empresa; reducíase ésta, por lo pronto, á navegar hasta Bugía, reunirse allí con las fuerzas de Pedro Navarro, tomar el primogénito de Alba el mando en jefe de todos, quedando Navarro de segundo, y empezar entonces á conquistar los reinos y ciudades de los mahometanos que aún estaban libres de nuestro dominio. Si cupo alguna vez la ilusión de ver toda Africa bajo el poder de cristianos, fué seguramente entonces.

Pero mientras D. García dirigía en Málaga las siempre pesadas y poco lucidas operaciones de reunir la gente, y equiparla y armarla, y de allegar, preparar y proveer las naves de todo lo necesario para la expedición,—preparativos que se hicieron con tal lentitud, que ya la gente ociosa murmuraba de D. García, diciendo que, si no se hacía á la vela, era por miedo á la peste que se había declarado en Bugía,—Pedro Navarro no estaba ocioso; antes bien, había conseguido nuevas y más difíciles y gloriosas victorias que las anteriores. Esta su última campaña sobrepujó, en efecto, á todas las otras, por el valor, constancia é ingenio que hubo que poner en ella para lograr el triunfo.

Tomada Bugía, observóse con pena que escaseaban las municiones de guerra, y que no sobraban las de boca; pues la muchedumbre de los moros se había huído al interior con sus ganados y bastimentos. Para remediar esta falta, mandóse á Nápoles al coronel Diego de Valencia con algunas naves. El grueso de la armada ancló en las costas de Fabiana, isleta desierta, pero abundantísima en caza, vecina á la de Sicilia. Un mes permanecieron el conde y su Ejército en la Fabiana; y es pormenor curioso el que cuentan las crónicas de aquel tiempo relativo á la fabulosa cantidad de piezas mayores y menores que cobraron los soldados y oficiales *á palos, á mano y con ojeo*, porque no había pólvora; mataron (*si se ha de dar crédito á los que dicen que lo vieron*, según frase de Sandoval) seis mil venados, otras tantas salvaginas y más de sesenta mil conejos.

Reincorporado el coronel Valencia, que con su vuelta puso término á tan gigantesca y divertida cacería, y aprovisionadas las naves de cuanto había menester, navegóse otra vez hacia las costas de Africa, con rumbo á la ciudad de Trípoli, la más rica, fuerte y populosa, después de las de Orán y Argel, de toda la Berbería. Por cierto que en la navegación vieron un cometa, y este cuerpo celeste, que frecuentemente ha sido temido en ocasiones análogas como de funesto presagio, fué saludado por aquellos héroes como un angurio feliz.

El desembarco, asalto y toma de Trípoli fué uno de los sucesos militares más terribles, hermosos y grandes del siglo XVI. Murieron trescientos españoles, y entre ellos el coronel Ruy Díaz de Rojas y el capitán Francisco Simancas, camarero del conde Navarro. La matanza de moros fué espantosa, y el botín inmenso. Se ganaron esta ciudad y victoria el día de Santiago de 1510.

A treinta leguas de Trípoli hay una islita que también se puede llamar península, porque se comunica con el continente por un puente, llana, arenosa, aunque cubierta casi toda ella de bosque alto, en el que abundan los olivos y las palmas. En la primera mitad del siglo XVI era esta isla un asilo de piratas que corseaban en pequeño con cárabos y otras embarcaciones menores, únicas que podían aproximarse á la costa, defendida de los grandes buques por una extensión considerable de bajos y arrecifes. Los habitantes de la isla no llegaban á doce mil, y de ellos mantenía el jeque ó régulo ciento veinte jinetes de pelea, única fuerza militar organizada con que contaba para un caso de apuro. No había en toda la isla un sólo poblado de mediana importancia, sino muchos y esparcidos caseríos, y junto á la playa, en lugar eminente, una torre ó castillete en que vivía y se regodeaba con las riquezas y las infelices cautivas que cogía en sus expediciones piráticas, el miserable jefe de aquellos míseros ladrones de la mar. Tal era la tristemente famosa isla de los Gelves.

Deseando el conde Pedro Navarro extirpar esta ruín y peligrosa madriguera de piratas, salió del puerto de Trípoli con ocho galeras y cuatro fustas, y después de una feliz navegación y de haber reconocido prolijamente los bajos que rodean la isla, fondeó cerca del puente que une la tierra de Gelves con el resto de Africa. Mandó que desembarcaran tres hombres con bandera de parlamento; pero los piratas, poco entendidos sin duda en derecho de gentes, no bien los vieron en tierra, arremetieron contra ellos con sus lanzas, y gritando desaforadamente mataron á uno; y se salvaron de igual suerte los otros dos, porque tuvieron la de coger á nado el esquife que los había llevado á tierra, y bogando á la desesperada, ganar pronto las galeras.

Los cañones del siglo XVI, aunque manejados por el primer artillero de su tiempo, no alcanzaron á castigar tamaño atropello desde la distancia en que tenían que mantenerse las naves por el poco fondo del agua; así es, que Pedro Navarro, después de nuevos sondeos y reconocimientos al rededor de la isla, picado en su amor propio y resuelto á vengar la afrenta recibida, ordenó el regreso á Trípoli.

Gratísima sorpresa é indecible alegría experimentaron los expedicionarios al entrar en el puerto de esta ciudad y encontrar fondeadas en él las quince galeras que traía desde Málaga D. García de Toledo. Y no fué menor la que recibieron al saber que venían en aquella escuadra 7.000 soldados viejos, hombres curtidos en muchas campañas; la flor de los que militaban, á la sazón, por el Rey Católico.

Dicen los historiadores de estos sucesos que

el conde Pedro Navarro y el heredero de la casa de Alba se saludaron afectuosísimamente y que estuvieron de perfecto acuerdo en todos los puntos que trataron acerca del importante negocio que traían entre manos. Lo que no aparece muy claro es si D. García tomó el mando en jefe de la expedición, ó si se puso á las órdenes del veterano conde. Lo más probable es que el de Toledo reconoció, como no podía menos, la superioridad que los años, los servicios y las batallas ganadas daban al conde sobre él; y que el conde fué el verdadero director de la empresa, aunque en toda parte, por decirlo así, de brillo y honorífica del mando, compartiese y, aun en cierto modo, cediese la preeminencia al ilustre y joven prócer.

Ese, por otra parte, alma heróica como ninguna, no había ido al África á disputar con nadie categorías ni primeros puestos, género de ambición que no se compadecía ni con lo generoso de su sangre ni con lo elevadísimo de su alcurnia y posición en Castilla; el primogénito de la casa de Alba en el siglo XVI era de los que, según Sancho Panza, sentáranse donde quisieran, en su asiento estaba la cabecera de la mesa. El había ido allí á pelear por su Dios, por su patria y por su Rey; á emular las hazañas de sus antepasados, que tantas veces oyera contar en la cámara señorial de Alba, y de cuyos recuerdos y trofeos estaba lleno el castillo, cuyas venerables ruínas aún ennoblecen y hermosean las floridas riberas del Tormes. Don García fué á la guerra de África, no como su padre fué poco después á la de Navarra, ni como su hijo el gran D. Fernando llevó, años adelante, las banderas españolas hasta el Elba, y triunfó en Italia, en Alemania, en Flandes, en Portugal, en todos los campos de batalla de Europa; no fué como capitán, sino como héroe del Romancero; entre un hombre así y otro como el conde Pedro Navarro no cabían altercados ni diferencias, porque no podían nacer rivalidades; cada uno de ellos iba por su lado, y tenían sendos objetivos diferentes. Lo que sí podía decirse era que, unidos y de acuerdo para la empresa, el joven héroe y el viejo capitán iban juntos; la Edad Media y la Edad Moderna representadas dignamente por lo mejor que de una y de otra había á la sazón en el mundo.

Reunidos los Ejércitos del conde y de don García, sumaban cerca de dieciseis mil combatientes, todos á cual mejores. Con la mitad se había ganado á Orán, á Bugía y á Tripoli, y sólo de una tercera parte de ese número de soldados dispuso Gonzalo de Córdova para la prodigiosa empresa de Nápoles. No había, pues, que temer nada en África de ningún príncipe mahometano, y sólo se debía tratar del punto contra el que dirigir primero aquella formidable fuerza.

El conde propuso ó mandó que fueran todos á castigar y someter á los de Gelves. Razonable y cuerdo era este dictámen en cuanto la existencia de aquel nido de piratas, además de poner en constante peligro la navegación por el Mediterráneo, era una afrenta para el Ejército español, dueño de las principales poblaciones de la costa; y por otra parte, la ofensiva recientemente recibida, exigía represión inmediata; pero ¿para qué mover una Armada y Ejército tan numerosos contra unos enemigos tan despreciables? Las dificultades con que había que luchar en los Gelves eran dos: la falta de buen fondeadero para el desembarque, y la dificultad de hallar qué comer y beber en una isla poco poblada, estéril y escasa de aguas potables. Ninguna de las dos se allanaba con que fueran muchas las fuerzas de ataque; antes por el contrario, ambas crecían de un modo extraordinario. Mil españoles, con víveres suficientes para dos ó tres meses, bastaban y sobraban para dar buena cuenta de aquellos míseros salvajes.

No lo consideró así Pedro Navarro, cosa que pasma siendo él tan experimentado capitán, y que demuestra que no solo duerme Homero algunas veces, sino que también Aquiles; y dejando en Trípoli á Diego de Vera con 3.000 soldados, con el resto, ó sean unos 13.000, navegó en cuarenta y tantas embarcaciones mayores y menores hacia la fatal isla de los Gelves.

La partida de Trípoli fué el 28 de Agosto, y en menos de tres días llegó la flota, fondeando, como la vez pasada, lo más cercaque se pudo el puente, comunicador de la isla con la tierra firme.

Esta posición estaba muy bien escogida; porque dueños del puente los nuestros, cortaban á los enemigos el paso y la retirada al Continente, y el auxilio que pudieran prestarles para la pelea las tribus ó kábilas vecinas.

El fondeadero en medio del mar, sin abrigo de ninguna clase, era peligrosísimo para las naves; un cambio de viento podía en un instante hacer perder toda la escuadra; así que, deseando aligerar, ordenaron el conde y D. García el inmediato y rapidísimo desembarco del Ejército. Se utilizaron para este efecto todas las chalupas y naves de poco calado de que se disponía, y se consiguió, que no fué poco, que á medio día del 30 de Agosto casi todas las fuerzas estuviesen en tierra. Pero ocupadas las embarcaciones menores en esta faena, no pudieron desembarcar otro bastimento que los cañones y balas; de municiones de boca, y menos de agua, no se bajó á tierra ni una cesta, ni un cántaro.

El desembarco originó multitud de lances y peripecias, demostradores de la precipitación con que se procedía. Los que iban en las chalupas llegaron á la playa felizmente; pero los que habían tenido que acomodarse en las galeras pequeñas, se encontraron á mitad de la travesía detenidos por el fango ó por la piedra de los bajos y arrecifes, traidoramente cubiertos por el agua. Muchos soldados tuvieron que entrar en esta, y con ella hasta media pierna unos y más arriba otros, llevando á cuestas las armas y las cajas de munición, con ímprobo trabajo é inminente peligro de un mal paso, llegaron á tierra. Salían del mar desordenados, calados de agua los más, cansadísimos, con imperiosa necesidad de reposo. Afortunadamente, los moros no se habían opuesto á la maniobra; no se distinguía uno en cuanto abarcaba la vista en aquella extensióa desolada, desierta y arenosa de territorio que cerraban, allá lejos, como una bella cortina, los bosques de olivos y palmeras. Sin duda estaban allí escondidos los pérfidos ladrones, habitantes de la isla.

El conde Pedro Navarro y D. García de Toledo fueron de los primeros en desembarcar, y ayudados por los capitanes y caballeros del Ejército, fueron poniendo á éste en orden, obligando á cada soldado, no bien ponía el pie en tierra, á reunirse con su compañía, y á éstas á agruparse en la columna, ó según el tecnicismo militar de aquella época, en el escuadrón de que formaba parte. De este modo, gracias á la energía é inteligencia de aquellos jefes y á la disciplina de los soldados, que eran todos, como se ha repetido, veteranos, se logró en menos de dos horas que los 13.000 hombres estuviesen alineados, y distribuidos según algunos historiadores en once escuadrones, y según otros en siete; disparidad que no altera la sustancia del suceso. La artillería que se desembarcó fueron dos cañones gruesos, dos falconetes y dos sacres; no había bestias para tirar de las piezas, así que hubo que recurrir al extraño medio de organizar un servicio de soldados que llevasen á cuestas las piezas, ó fueran tirando de ellas. Otros tuvieron que ir empujando los carretones en que se llevaba la pólvora, otros las cajas de balas ó *pelotas*, que se decía entonces; y los cabos iban junto á estos infelices, convertidos en bestias de carga, con las varas levantadas y castigándolos como arrieros á mulos.

De este modo dispuesto el Ejército, llevando á vanguardia los escuadrones mandados por los coroneles Bionelo y Pedro de Luján, apodado *Pierna Gorda*, y cerrando la retaguardia el escuadrón de D. Diego de Pacheco, se pusieron todos en marcha hacia el bosque que cubría el horizonte, y en cuya sombra esperaban encontrar agua y víveres.

Antes de principiar á caminar se armó el altar de campaña y se dijo una Misa. Eran ya cerca de las cuatro de la tarde, y el calor que se sentía en aquel arenal era horroroso. Algunos soldados cayeron de allí mismo extenuados de fatiga ó con síncopes producidos por el calor y la sed.

Dada la señal de marcha D. García de Toledo, con los caballeros que le seguía, constituyendo lo que hoy llamaríamos su Estado Mayor, corrió á todo el galope de sus caballos, y se puso á la cabeza de la vanguardia, en el puesto en que de ordinario se colocan las guías ó exploradores de los Ejércitos. En vano le objetó el conde que aquel no era el sitio de un general en jefe, como, al menos en el título, él lo era; el heróico mozo contestó que había ido al Africa para pelear y dar ejemplo á todos, y que el escudo de la casa de Alba marchó siempre delante en los combates. Delante había de seguir marchando durante todo aquel siglo; pero de otra manera. Cada tiempo quiere su cosa: D. García tenía un hijo, á la sazón criándose en Alba, y este hijo, el más grande de su dinastía ducal, fué el primer capitán de su época; pero nunca se expuso á la muerte como su heróico padre.

Aquel arenal parecía interminable. Conforme se marchaba, el bosque se alejaba más y más de la vista de los soldados. Menudeaban los casos de desfallecimiento; algunos se tiraban al suelo y ni á palos los hacían levantar. Por fin, la vanguardia, caminando muy de prisa por no estorbarle la marcha impedimenta alguna, entró en el bosque, que por aquella parte lo era de palmas. Pero el bosque, como el arenal, estaba desierto; no se descubría vivienda ni rastro humano por ninguna parte. Y lo peor, que tampoco hería los oídos el deseado murmullo del agua corriente, ni se veía fuente, ni lago, ni arroyo. Atravesaron todo el palmar y se internaron en unos olivares muy espesos que subían por el terreno en declive. Ya la vanguardia, siempre mandada por el animoso D. García, estaba muy distante del cuerpo de batalla, regido por Pedro Navarro, y que seguía cruzando penosamente el arenal, perdiendo hombres que se caín axfixiados, y arrastrando á duras penas la artillería y el bagaje.

En esto, á los soldados de Bianelo, que iban delante de todos, se ofrece el espectáculo más hermoso y apetecible que en aquellos momentos podría mostrarle la fortuna. Y fué, que á la derecha de su línea de marcha, entre los olivares, descubrieron la boca de un pozo, y sobre la boca, pendiente de un palo, un cántaro colgado de una soga, y alrededor del pozo otros muchos cántaros y jarros. La disciplina militar, que había triunfado de tantos trabajos, no pudo vencer la magia de este delicioso espectáculo. Ver aquello los soldados, y salir corriendo hacia aquel paraje, abandonando la formación, y algunos tirando las armas para llegar más pronto, fué cosa de un instante. En un momento se dispersó el escuadrón de Bianelo, arremolinándose sus hombres al rededor del pozo; y sabido en seguida por los de *Pierna de Palo*, imitaron el ejemplo de sus camaradas, disolviéndose de este modo toda la vanguardia.

D. García fué el único que se mantuvo sereno; pero ni sus ruegos, ni sus amenazas, ni los golpes que repartió con su espada, consiguieron detener á aquellos veteranos, que el cansancio y la sed habían vuelto locos.

En momento tan crítico, como surgidos de la tierra, gritando desaforadamente, disparando unos sus arcabuces, espada ó lanza en mano los

otros, cae la morisma sobre nuestros soldados dispersos, y mezclándose con aquella muchedumbre desordenada, acuchillan á su placer y ponen en fuga desatinada á los más, dándose el caso de que algunos soldados ni huyen ni se defienden; porque, como escribió un testigo ocular, *quisieron más beber que huir, ni aun vivir.*

D. García, contemplando aquel desastre, se apeó del caballo, y tomando una lanza de las que había tiradas por el suelo, según Sandoval, ó de un infanzón aragonés, según Mariana, se volvió á los soldados que tenía más próximos, y les dijo: *Aquí, hermanos, aquí; reparad y teneos firmes, que son pocos los enemigos.* Con estas frases enardeció á unos quince valientes, y se lanzó con ellos sobre los moros. Cedieron éstos; pero revolvieron en seguida, y abrumados por el número, sucumbieron aquellos héroes, cayendo D. García atravesado por las lanzas de los piratas, y con él Garci-Sarmiento, Loayra y Cristóbal Velázquez, los tres nobles y capitanes veteranos. Con la caída del general, los pocos que volvían en sí y apercibíanse para vender caras sus vidas, poseídos de pánico, huyeron á todo correr, tirando las armas.

El torrente de los fugitivos, saliendo disparados del bosque, chocó con el cuerpo de batalla y arrolló á los primeros escuadrones que ya estaban á punto de entrar en las palmeras tras de la fatigadísima marcha por el arenal. Y los primeros escuadrones, puestos también en fuga, arrollan á los que vienen detrás- y en pocos momentos aquellos leones, convertidos en ovejas, huyen y huyen por el arenal abajo, hacia la playa, como si vinieran contra ellos muchos miles de hombres, dejando abandonados los cañones, el bagaje y muchas armas.

Por fortuna, Pedro Navarro era un capitán esperimentadísimo y severo, y en aquel trance lo demostró como siempre, aunque Mariana diga otra cosa. Porque rehaciendo los escuadrones de D. Diego Pacheco y de Gil Nieto, hizo volver caras á los moros, obligándoles á encerrarse de nuevo en el bosque y, así, dueño del arenal, protegió la retirada del grueso de las tropas, evitando que cayeran todos en poder del enemigo.

Murieron, sin embargo, más de 2.000 españoles, y entre ellos, además de los capitanes ya mencionados, D. Alonso de Andrade, Santangel, Melchor González y otros muchos. Los cautivos fueron 500.

Tal fué la memorables rota de los Gelves, que causó en España hace cuatro siglos una impresión profunda, dolorosísima. Quedó en proverbio, y se cantaba por las plazas de Burgos, Toledo y Sevilla: «Los Gelves, madre, ¡*nalos son de ganare.*» Fernando el Católico desistió, en vista de tal desastre, de su generoso intento de conquistar el Africa.

Diez años después vengó esta derrota don Hugo de Moncada, destruyendo á los piratas de los Gelves, y dominando aquella isla de fatal recuerdo. La derrota de Pedro Navarro y la muerte gloriosa de D. García, se debieron, no al valor de los enemigos, sino á la precipitación con que se dispuso y llevó adelante la empresa; á la falta de proporción entre el número de soldados y los mantenimientos; á querlo hacer todo en un día, y á figurarse que los hombres, aun los más valientes, pueden pelear y vencer cuando no se les pone en condiciones adecuadas para ello.

La Historia es maestra de la vida; sus enseñanzas, unas son agradables de tomar, y otras son amargas. Y estas últimas, ¡créanlo nuestros compatriotas! pueden ser más útiles que las primeras.

A. Salcedo.

La imprenta en Marruecos.

El primer periódico castellano en Tetuán.

Hoy, amigo mío—1.° de Marzo de 1860,—es un día muy solemne para el Imperio de Marruecos, por más que los marroquíes no tengan noticia alguna de semejante solemnidad.

Hoy ha empezado á funcionar en esta tierra la bienhechora máquina de Guttenberg.

Hoy ha aparecido aquí el primer número de un periódico titulado *El Eco de Tetuán.*

Cabe, pues, á España la gloria de haber sido la primera que ha traído al África, siquiera en tímidos y pasajeros ensayos, los más grandes inventos de la civilización.

Mañana acaso se habrán borrado sus huellas; pero el hecho moral subsistirá siempre.

No me he propuesto yo otra cosa al fundar dicho periódico.

Quiero que en algún tiempo; cuando este país despierte de su mortal letargo; cuando entre en la comunión de los pueblos; cuando aprecie y ame ya todo lo que hoy aborrece ó desconoce; cuando sea, en fin—que lo será irremisiblemente antes de cien años,—una nación culta, civilizada, cristiana, amiga de la humanidad, se diga por la raza que lo habite que en el año de 1860 pasó por aquí un ejército de españoles, y que ese ejército, no sólo tendió los hilos eléctricos y las vías férreas sobre la llanura de Guad-el-Gelú y surcó las olas de este río conbarcos de vapor, sino que imprimió un periódico dentro de los muros de Tetuán; es decir, que por medio de él tomaron posesión de este Imperio las ideas que han de regenerarlo en un tiempo más ó menos distante.

Por lo demás, y á fin de que duren siquiera tanto como haya de durar este libro, creo que estoy en el deber de insertar aquí, por vía de muestra, los dos primeros artículos del primer número de *El Eco de Tetuán.*

Hay además en ellos ciertas noticias y pormenores que también pertenecen á la historia, y que por este medio se salvarán del insondable olvido.

Dicen así:

«Introducción.

No lo ocultaremos Al coger hoy la pluma para redactar las primeras líneas de este humilde periódico, la más dulce emoción embarga nuestro ánimo, y un inefable sentimiento de orgullo y de alegría nos hace derramar lágrimas de entusiasmo y regocijo.

¡Sea; sea en el nombre de Dios y en el de nuestra cara España; sea en el insigne idioma castellano; sea bajo la bandera triunfante de Jesucristo como nazca á la luz pública el primer periódico del Imperio de Marruecos, y regocíjese en su tumba el inmortal Guttenberg al ver volar por estos horizontes la palabra impresa, pálida estrella hoy, como nacida de nuestro pobre entendimiento, pero que algún día llegará á ser claro sol de verdad que esparza resplandores de amor y de justicia en la tenebrosa mente de los africanos!

Mas no somos nosotros agentes ciegos y fatales del espíritu sublime que hoy anima á nuestra madre patria; no somos nosotros los que debemos envanecernos de la nueva conquista que realiza la civilización de Europa al plantar su cátedra (la prensa) sobre el territorio que ayer era marroquí: es España la que debe ceñir á su frente tan inmarcesible lauro; España, que en brevísimos días ha hecho pasar el Estrecho de Gibraltar, en medio de sus legiones armadas, y avanzar de campamento en campamento, siempre en pos de la victoria, las grandes maravillas del siglo XIX, los más ópimos frutos del progreso, las obras más portentosas de la libertad, el telégrafo eléctrico, el vapor y el ferrocarril, y que hoy establece la imprenta sobre los viejos manuscritos de las bibliotecas de Tetuán; España, que entre lagos de sangre, nubes de pólvora inflamada, montones de cadáveres apilados por la peste y tormentas y naufragios horrorosos, ha dado al pueblo marroquí ejemplos de caridad y de hidalguía, de generosidad y largueza, de tolerancia á todos los ritos y religiones, de respeto á la propiedad y á las costumbres, de piedad con el vencido, de amor al desgraciado, de admiración al heroísmo sin fortuna, y que, aprovechando los cortos intervalos en que calla la voz de los cañones, levanta la voz persuasiva de la prensa, y pasando la espada de una á otra mano, esgrime las armas de la razón bajo la bandera de parlamento que tremolan los derrotados islamistas.

Por lo demás, bien puede morir ó suspenderse mañana este periódico, cuando el clarín de guerra vuelva á resonar llamándonos á nuestras lides; también puede ser que su segundo número se publique lejos de Tetuán, bajo una tienda de lona, en el aduar de un pastor morisco ó en otras ciudades de Marruecos; pero de cualquier modo el hecho quedará consignado, nuestro propósito servirá de guía álos que nos sucedan, la prensa renacerá de sus cenizas en estas comarcas, y poetas, publicistas, sabios, filósofos, pueden honrar á Tetuán en tiempos más ó menos remotos, que nos densus recuerdos y con su estimación el único premio á que aspiramos al ofrecer al público este pobre testimonio de nuestro amor á España.

Pedro Antonio de Alarcón.

Los muchos amigos.

Conocí un hombre, joven, buen mozo, con talento, rico y valiente, y, en una palabra, con todas las condiciones necesarias para poder llamarse dichoso en esta gran jaula que se denomina mundo. Pero hé aquí que, como á cada mortal le acomete sus manías ó se ilusiona con alguna Empresa, nuestro héroe creyó que la felicidad consistía en practicar el refrán español que asegura: «Bueno es tener amigos aunque sea en el infierno.»

Firme en su propósito dió comidas opíparas, prestó grandes sumas en dinero, permitió que cualquiera disfrutase sus caballos y sus armas, y por último, la beneficencia oficial y la privada fué otra de las condiciones de su existencia. Si jugaba perdía á propósito; si bailaba lo hacía torpemente; cantando desafinaba á menudo, y, en fin, procuraba no sobresalir en nada para no excitar la envidia, y menos por su fortuna, porque ésta pertenecía á todos más que á él.

La población en masa era su amiga; todos los ciudadanos le tuteaban, y esta franqueza formaba su mayor encanto. Tal vez, si hubiera reflexionado un poco sobre los beneficios de aquella amistad universal, hubiese conocido el poco provecho que reportaba.

Un día, uno de sus *amigos* le escribió una carta concebida en los siguientes términos:

«Sálvate; he entrado en una conspiración que acaba de descubrirse y han cogido mis papeles. Como eres mi mejor amigo, como sabía que contaba contigo como conmigo propio, te coloqué el primero en la lista de los conjurados. Nuestra ruina es cierta, y seremos condenados á muerte. Huye sin pérdida de un instante.»

Nuestro protagonista vivía en un barrio bastante apartado del centro, y el cartero, que por casualidad no tenía otra que repartir por aquel punto, y que era *su amigo*, contó en esto para eximirse de conducirla hasta el día siguiente.

Por la noche se presentaron los gendarmes encargados de prenderle.

El jefe, que era otro *amigo* suyo, no quiso experimentar el dolor de arrestarle por sí mis-

UNA CACERIA EN EL SIGLO XV

mo, y encargó de este cometido á sus subordinados, los que ignorando semejante lazo, despojaron de lo lindo al prisionero.

Este en un momento de reflexión y bajo el pretexto de vestirse, entró en el gabinete y se tiró por la ventana. Cayó precisamente sobre su *amigo*, á quien la sensibilidad retenía en la esquina y que al arrojar su grito de alarma, fué causa de que lo prendieran nuevamente.

Empezó á instruirse el proceso; toda la ciudad estaba convencida de su inocencia; pero vinieron jueces extraños, porque los de la localidad se recusaron por no verse obligados por cualquier evento á condenar á un *amigo*.

El fiscal, que también lo era, creyó que su reputación de independencia la comprometía por su reconocida amistad con el procesado, y para desvanecer tal sospecha, se esforzó en ser en su ministerio más duro y severo que con ningún otro delicuente.

Su abogado, conmovido hasta el idiotismo (tan su *amigo* era), nada pudo alegar en su defensa, prorrumpiendo sólo en gemidos y en imprecaciones, hasta que cansados los jurados dictaron unánimamente veredicto de culpabilidad, siendo condenado á muerte.

El Gobierno, que sabía el número infinito de los *amigos* de este desgraciado héroe temió un golpe de mano para sacarlo de la prisión, y dispuso que lo cargasen de cadenas, privándole del consuelo de ver á nadie absolutamente. Llegó el día del suplicio; un momento de desesperación le prestó fuerzas; rompió sus cadenas, y hubiera huído si el tropel de gente que le *estaba obligada por la amistad* no le hubiese sujetado para abrazarle y darle el parabién. En su consecuencia, fué preso y llevado en el acto al patíbulo. El verdugo, que en días felices le llamaba su *mejor amigo*, sintió tan dolorosa emoción, que su mano temblorosa apenas pudo separar la cabeza del tronco hasta los cinco golpes, redoblando el martirio de la víctima.

En vista de este ejemplo, ¿quién no se desvive por la amistad, para poder repetir el adagio nuevo que ha venido á sustituir al antiguo: «Qué amigos tienes, Benito?»

ALFONSO KARR.

EL TROVADOR

En un album.

Aún suenan las dulces notas
Del arpa griega de Safo, (1)
Como los besos que á Lesbo
Envía el Mediterráneo;
Aún suenan del canto eolio,
Que enaltece tus encantos,
Los ecos que se disipan,
Como la luz del Ocaso;
Y yo, trovador sencillo,
Preso de ardiente arrebato
Por tan suave harmonía,
De tu hermosura ante el fasto,
No sé qué trova decirte,
Ni de qué hacerte el relato,
Pues mis trovas enmudecen,
Como enmudecen los pájaros,
Ante la luz de tus ojos,
Que tienen mucho de magos,
En confuso torbellino
Mi cerebro van dejando
Las sombras de mis guerreros
Con sus rizados penachos
Las alcazabas morunas,
Los castillos encantados,
Los cautivos, más cautivos
De la hermosa del serrallo
Que del sultán que aprisiona
Sólo sus inermes brazos;
El trovador de Provenza,
Sueño de fadas soñando,
Los juglares dicidores
Y los bufones enanos,
Y el guerrero que la dama
Deja en la tierra penando,
Mientras cruzado por Cristo
Blande la lanza á caballo.
Sombras errantes y mudas
Que me van abandonando.
Y que como son las notas
Del laud con que yo canto,
Me tornan triste y sombrío,
Cual ruiseñor solitario,
Como cisne que se muere
Sin dar su adios á los lagos.
Perdona, pues, castellana,
Si mudo por tus encantos,
Sin una trova de amores,
Sin cántigas del Rey Sabio,
Sin un romance guerrero,
Del parque de tu palacio,
Sintiendo no complacerte,
Triste se retira el bardo.

(1) Alude á una poesía de la malograda poética doña Josefa Ugarte Barrientos, condesa de Parcent, que antecede á este romance en el album.

En un album.

Palomica blanca,
Que á volar comienzas
Y á lucir las plumas
Por el aire abiertas;
Cuando vayas alta,
No mires la tierra,
Porque en las alturas
Hiere la soberbia.
Mira siempre al cielo,
Para que comprendas
Cuánto de fatiga
Y de afán te resta
Para tu descanso
Y ventura eterna
En aquellos climas
En donde las penas,
Las ingratitudes
Y la envidia negra
Ni tienen su nido,
Ni muerden, ni acechan.

F. JIMÉNEZ CAMPAÑA.

UN ATAQUE DE LOS MOROS

El burro de la trapera

Solo le faltaba eso. La vista del chico del tabernero trotando por la plaza de Santa Bárbara, sobre su jaquilla enjaezada á la andaluza, acabó de avinagrar el humor del Pipí, que discurría por entre la multitud, mirando con tristes ojos las caballadas de la fiesta. ¡Ah, si él hubiera tenido algún corcel de aquéllos, de hermosa estampa y elegante bracear, que pasaban y repasaban airosos arrancándole chispas á las cuñas del piso!... ¡Con qué orgullo habría picado entonces espuela, saliendo al escape de su rocín, calle arriba y más veloz que el viento! ¡Imposible! ¡Ni siquiera contaba con un mal pollino sobre el que encajar las asentaderas, y en cambio, el silbante del chico del almacén de vinos íbase dando tono en su potrilla, como si fuera un duque!

Y rumiando semejantes razones, abstraído, meditando, cabizbajo, sin fijarse en que tropezaba con la gente, sin cuidarse del bote de las colillas, sin parar la atención en lo ventajoso del sitio para una buena cosecha de puntas de cigarro, sin ocurrírsele un chiste ni una diablura, sin acordarse de silbar á los señoritos y de correr á los perros, despreciando las rejas próximas á la ventana en que se deposita el grano y á las que otras veces se subía con la agilidad de un mono, siguió el pilluelo la calle de Hortaleza adelante, se sentó en las alturas del solar de la antigua cárcel, con las flacas piernas metidas en los rotos pantalones, colgando hacia la vía, y allí permaneció inmóvil, ceñudo, preocupado, sombrío, con la cerrazón del disgusto en el rostro, mirándose con fijeza la punta de los desnudos pies y rascándose de cuando en cuando la sucia pelambre como el que busca una idea en los abismos del cerebro.

Mientras, iba cobrando animación la fiesta, y saludándose al pasar á resoplidos, relinchando de júbilo, con los ojos resplandecientes y los belfos llenos de espuma, engallados, airosos, arrogantes, sueltos, en parejas, en pelotones, trotaban los caballos por la calle de Hortaleza, moviendo una estruendosa algarabía con el contínuo chocar de las herraduras en el piso. Aquí un semental de larga cola atropellaba á la jaca de un matarife que le llamaba cuadrúpedo chocho; allá una mula escuálida regocijábase del paseo, pensando en que el viaje la eximía de dar vueltas á la rueda de la tahona; por este lado un trotón aristócrata compadecía á los corceles cursis de la clase media, muy emperejilados con trenzaduras; más adelante un caballo joven caracoleaba echándole piropos á una potranca de Córdoba; un jamelgo inglés, amarillo y huesoso, se preguntaba qué diantres pintaría en semejante reunión el borriquillo que cerca se deslizaba con menudo pataleo; y todos revueltos, propios y alquilados, bellos y matalones, grandes y chicos, pasaban por ante la iglesia del Santo que allá en su hornacina, con el báculo presentado, suspendiendo la lectura del infolio mientras durase la recepción, presenciaba el desfile, con el cerdo al pie, grave y severo, como corresponde al cochino público. El sol, que había enviado á bendecir la cebada á la cuádriga de su carroza, no se movía de los alrededores del templo, atisbando con todos sus rayos el instante en que Faetón pasase conduciendo sus corceles, y alborotando el aire el contínuo tañer de las campanas dominaba el rumor de la multitud, prestando á la fiesta ese tono popular y alegre qne le da el repiqueteo de la esquila; era la tarde espléndida y apacible, y dos rioladas de gente llenaban las aceras discurriendo arriba y abajo como una doble procesión de enormes y bulliciosas hormigas; salíanse los balcones de sus barandillas de gusto por el dulce peso de tanta hermosura como sustentaban; discurrían los sombreros y capotas de mujer como avergonzados por la compañía de los pañuelos de crespón y la gentuza, y entre el inmenso rugir que de la calle de Hortaleza ascendía, nadie escuchaba el lamento de su hermana la de Fuencarral, quejosa de que por ella circulasen coches, siendo tan vecina de San Antón como su compañera,

Y en éstas, mordido por su implacable comezón, devanábase los sesos el Pipí, meditando el cómo satisfaría sus ansias de cabalgar en aquel tan animado cortejo. Las piernas le bailaban impacientes, ¡y si no le hubiera valido más que saltar á la grupa del primer jinete que pasase!... ¡Parecía obra del domonio!.... El, que conocía á todo el matadero, y se trataba con muchos monos sabios, no encontraba en la muchedumbre un solo amigo que pudiera complacerle. Y cavila que te cavila, y piensa que piensa, se dió de pronto una palmada en la frente; murmuró hablando para su propia persona: ¡Eso es!... ¡La trapera de los Cuatro Caminos, que vive junto al chiscón de mi tío no estará ahora en casa!... y bajándose de un salto del altillo donde se hallaba sentado, apretó á correr á todo escape por la ronda de Santa Bárbara.

Jadeante y sudoroso llegó en un periquete á la ínsula de sus ensueños; sorteó el casucho en que su tío comerciaba con avellanas, castañas, higos secos y otros frutos de gran salida los domingos; avistó el solar, alfombrado de heno, donde la trapera dejaba su rucio por las tardes para que pastase, y ¡oh singular fortuna!... trabado de manos, oliscando la casi pelada tierra, vió el escualiado jumento, zurcido de mataduras, pero dueño al fin de cuatro patas y de unos magníficos lomos para pavonearse sobre ellos en la fiesta del Santo, y hacer rabiar á los demás granujas, como él se había comido de coraje con el chico del tabernero. Rápido como su pensamiento, abrió, pues, el Pipí de un empujón la puerta de la valla, entró, quitóle al borrico la traba, agarrándose á su pescuezo, se subió á las ancas, y sacudiéndole con el ronzal un cordelazo tremendo, huyó del solar como una bala.

Pero aquel día estaba el rapazuelo de malas; porque tanto una vecina de la trapera atisbó el asalto del muchacho, y al ver que se partía con el burro, comenzó á gritar ladrones con toda la boca, y salió corriendo en busca de la dueña del asno. Ya sabía dónde encontrarla; en el tabernucho de la esquina; en cuanto la descubridora del lance la distinguió, díjola desde lejos, sin cesar en sus chillidos: ¡eh, señá Paca! ¡Que se llevan el borrico! ¡Que se lo llevan! Al oirla salió la trapera disparada del ventorro, soltando una sarta descomunal de ajos y puños, y las dos mujeres con el refuerzo de tres ó cuatro comadres que acudieron en su ayuda, y seguida de una nube de chiquillos, echaron en cerrado pelotón tras de Pipí, que á buena distancia ya galopaba en derechura á la ronda de Santa Bárbara.

Sin ganar ni perder terreno, pinchando el chico al rucio con la punta de la navaja para que no aflojase el tole, corrieron unos y otros un gran espacio. Pero la cabalgadura vieja, hambrienta y débil, comenzó á ceder; las comadres se aproximaron ensordeciendo el aire con su anhelante gritar: ¡A ese!... ¡A ese!... ¡Al del burro!... Algunos transeuntes se detuvieron, enteróse la gente de la caza que se perseguía, y á la vista del puerto, después de doblar el esquinazo de la ronda de Santa Bárbara, en la plazuela misma, ante la entrada de la calle de sus esperanzas, cuando sólo un paso le faltaba para ver cumplidas sus ilusiones, un municipal se cruzó ante la cabalgadura y la detuvo.

A poco llegó la trapera con su cohorte de furias; armóse un escándalo mayúsculo, negó el chico que su intento fuera robar el asno, y el guardia se los llevó á todos á la prevención, para que allí explicasen el suceso, poniéndose en marcha la bulliciosa tropa sin dejar de discutir por el camino. El Pipí no pronunció más palabra, pero echó una mirada de ira á la calle de Hortaleza y una lágrima silenciosa le brotó de los ojos.

A. Pérez Nieva.

San Juan de la Cruz

CONSIDERADO COMO POETA MÍSTICO

(Ensayo de crítica literaria)

(Continuación)

El concepto de un Dios personal y providente, y la conciencia del alma individual y libre; la idea de la perfección absoluta en Dios, y la convicción de la propia pequeñez y miseria en el hombre, son verdades y principios que nunca se olvidan en el misticismo cristiano; y faltando alguno de ellos ciertamente no nos explicaríamos la razón que pudiera alegar la mística para su existencia. Véase cómo no hay que afanarse mucho para demostrar que el panteísmo concluye con la mística; es incompatible con ella.

Ocasión oportuna y coyuntura propicia sería ésta si no hubiera tanto camino por recorrer, para detenernos en confirmar las excelencias del misticismo ortodoxo sobre cualquier otro misticismo sostenido por una filosofía y una religión más ó menos alejadas de la verdadera filosofía y de la verdadera religión. Sea bastante, para nuestro objeto, lo que dejamos dicho, repitiendo sin cansancio un legítimo axioma que puede aprenderse con la lectura de las obras de San Juan de la Cruz; y es, que sólo el misticismo cristiano, en donde el alma encuentra dilatados sus horizontes y colmadas sus ánsias, es el que puede engendrar y dar calor á una poesía que hace al poeta intérprete de coloquios de amor entre el Creador y la obra predilecta de sus manos; que los ideales cristianos son los únicos que saben inspirar sublimes composiciones, afectos tiernos y purísimos.

No tengo por ociosa la repetición de eso que acabo de apellidar axiomático, ni está demás el decir que puede aprenderse en las obras de San Juan de la Cruz; pues todo esto, sirviendo de consciente transición, nos conduce muy á punto á reanudar la exposición de las *Canciones* por donde ahora toca hacerlo. Y no causará fatiga que para ello de nuevo paladeemos aquella:

Oh noche que guiaste,
Oh noche amable, más que el alborada;
Oh noche que juntaste
Amado con amada,
Amada en el amado transformada.

Pues bien, en este paralelismo y comunicación íntima que ha empezado á gustar el alma, cuando *vacía, perfecta y voluntariamente de todo lo que puede caber en ella*, y con luz y guía que alumbra más y lleva más alto que su razón, sale de sí *entendiendo, sintiendo y gustando* de Dios, y por *gracia y amor* va descubriendo sus perfecciones infinitas, algo de lo que *ni ojo jamás vió, ni oido lo oyó, ni cayó en corazón ni pensamiento de hombre, y que Dios tiene preparado para los que le aman* (1); en este paralelismo y comunicación íntima, decimos, el poeta, que es el alma hablando, atesora en su fantasía

(1) Vid. *Subida del Monte Carmelo* Lib. II. capítulo IV.-El texto, de San Pablo. I ad. Cor. 29.

los más ricos colores y los más delicados tonos en su lira; en su corazón las finezas del sufrimiento, y giros, y modos, y descripciones para su lenguaje que, si pueden parecernos orientales, de donde vienen es del cielo.

En mi pecho florido
Que entero para él sólo se guardaba,
Allí quedó dormido,
Y yo le regalaba,
Y el ventalle de cedros aire daba.
El aire de el almena,
Cuando ya sus cabellos esparcía
Con su mano serena,
En mi cuello hería,
Y todos mis sentidos suspendía.

Más viveza y energía, sin decaer el mismo espléndido estilo alegórico, ha de notarse llegando á la última de estas canciones, expansión del alma que viene como á consumarlo todo con la vehemencia y ardor de sus deseos y la secreta dulzura de sus afectos, coronamiento digno para tantas bellezas vestidas con la fina labor de un hermoso ropaje.

Quedéme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el amado,
Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.

Sí, refiriéndonos á la mística poética de San Juan de la Cruz, alguna vez creemos andar cuerdos y acertados, es cuando confesamos que no cabe otra cosa sino prestarle el testimonio de reverente admiración debido siempre á poesía tan alta, angélica, celestial y divina; pues como dice el Sr. Menéndez y Pelayo (1), no parece ya de este mundo, ni es posible medirla con criterios literarios. Acaece aquí al crítico y al literato, lo que á los agiógrafos para entender de la santidad en aquel grado y persona objeto de su atención, grave aprieto y no pequeña dificultad si no son también Santos: el alma mística de San Juan de la Cruz, entrando en *la batalla de la vida espiritual*, ha ganado los *siete grados de amor* en lucha con la bestia del Apocalipsis, y á sus empujes han flaqueado las armas enemigas, y han ido cayendo una á una las siete cabezas del mónstruo (2); el alma mística de San Juan de la Cruz ha llegado á la unión estática corriendo holgadamente por las sendas de la espiritualidad y vida contemplativa; ha subido libre de sus aficiones, por la *secreta escala disfrazada* (3) hasta lo último y más alto de ella donde *estriba Dios y nada hay encubierto*, y allí, empujándose *en el centro de su esfera* ha llenado su corazón de divino amor y luego ha entonado sus canciones. ¿Quién será capaz de juzgar lo que dicen, con juicio y entender de hombres?

II

El místico, decíamos al comenzar, parte del conocimiento íntimo de donde tanto provecho procede para el alma *como de su origen y fuente*, y tiende al conocimiento de Dios, al que le conduce la Fé, recibiendo el alma iluminación de las *grandezas y excelencias* divinas, al propio tiempo que advierte *las miserias y bajezas* suyas; (1) ha entrado ya, añadiremos ahora, en el *servicio de Dios*, y avanzando por *las vías del ejercicio espiritual* no ha de prolongarse mucho su pena, que á la mano está aquella playa deleitosa de la unión de amor, del estado perfectísimo del *matrimonio espiritual*; (2) sus velas desplegadas no tienen otro norte ni otra mira. El místico se ha preguntado: ¿cómo Dios y yo somos una misma cosa? y le ha sido dada inteligencia de ello, y el Espíritu del Señor ha hecho morada en su alma informándole de su amor, para que este sea el brazo fuerte al que nada se resista ni oponga, y para que todo sea vida y obra suya. Obra del amor es, sí, la herida abierta en el alma, que la hace salir en busca del Amado, *querellándose de su ausencia*, pues *no tiene claridad ni certeza de la posesión del Esposo en esta vida;* obra del amor es, que *no bastándole medianeros* que lleven el *secreto del corazón* á Quien ha de saberlo, el alma que *adolece*, *pena* y *muere* se entregue á *las virtudes y prácticas del espíritu*, asegurándose en el conocimiento de sí, y sin despreciar las *noticias* que las criaturas le dan de aquella hermosura que todo lo deja vestido de sus gracias; obra del amor es, que padezca y sufra el alma más cuanto más se acerca á Dios, hasta que siguiendo en su querella se *vuelve al Esposo*, se pone en sus manos, recibe un *rayo de luz sobrenatural*, y es recogida, *como paloma en el arca*, en el *amor y caridad del Amado*; allí, es obra también del amor, el que acabe de sufrir y penar para nunca concluir de los goces y deleites del *desposorio espiritual*, ni marchitarse las gracias, ni cesar los dones de la comunicación entre Dios y el alma; estado dichoso que se consolida en el *místico matrimonio*, vestida el *alma de Dios* y *bañada en su Divinidad*, y *llamada Esposa* porque tiene *amor perfecto*, gozándose en el Esposo, asemejándose con El y poseyendo sus secretos. (3)

Tales prodigios del amor místico son el asunto que San Juan de la Cruz explana en su *Cántico Espiritual entre el alma y Cristo su Esposo*, (4) declarando *varios* y *tiernos afectos de oración y contemplación en la interior comunicación con Dios*; «*Cántico Espiritual*» que es la más hermosa paráfrasis del «Cantar de los cantares» inspirada en aquel divino epitalamio que simboliza proféticamente los desposorios de Cristo y su Iglesia, tomando del alegorismo bíblico la *significación mística y psicológica de la unión del alma con Dios*. (5) Y por ser tal la alteza y calidad de las cosas que se tratan, y tan cierta, por otro lado, la advertencia de San Juan de la Cruz de que *ignorancia sería pensar que los dichos de amor é inteligencia mística con alguna manera de palabras se puede bien explicar*, (1) es necesario recurrir á *figuras*, *comparaciones y semejanzas* para que en ellos pueda contenerse algo de lo mucho en que abunda el corazón místico del poeta, que ni el mismo que lo siente puede ni sabe declararlo con razones.

Cuál ha de ser el ímpetu y fuego de estas *canciones* escritas con *fervor de amor de Dios;* qué efectos de tanta suavidad y delicadeza los que en ellas se repiten; qué alientos los del corazón amante qué regalos y generosidad por parte del Amado; qué facilidad y gracia la del estilo, y qué significación y pureza la de las palabras, cosa es que sin decisla expresamente, puede saberse. Quédense, pues, *los dichos de amor* en toda su *anchura*, y cada uno se *aproveche de ellos*, oyendo al poeta, *según su modo y caudal de espíritu*, que preferible es esto á un sentido que no se avenga ni acomode á todo paladar; (2) pero cuídese muy bien de entenderlo todo en el espíritu de amor y sencillez en que está moldeado, pues de otra suerte, perdida la orientación, no se dará un paso en seguro, se juzgará con mezquindad y torcidamente de su valor y mérito, no se gustará del sentido místico, profundamente psicológico y lleno de encantos, de verdad y de belleza, se tendrán por frías y muertas las animadas y vivas descripciones, por mudos los expresivos cuadros, por obscuridad lo que es luz, por humano lo que es divino, y el alma grande del poeta pasará como encubierta y sin ser conocida ni admirada.

Dispuestos con ese espíritu de amor y sencillez, y de inteligencia mística, hasta donde pueda llegar nuestro esfuerzo, y levantados de corazón, digamos cómo principia el alma su querella al sentirse herida de amor y salir en busca del Amado, pues ha de padecer su ausencia en esta vida mortal sin tener la *clara visión* y *presencia* de Dios, que ahora desea, y en la que ha de ser ratificada en la otra. (3) Por eso dice:

Adónde te escondiste,
Amado y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste, (4)
Habiéndome herido;
Salí tras tí clamando, y ya eras ido.

Así desata el corazón su lengua, despidiendo el alma, de su pecho, esta amorosa queja al ser herida *de escondidos toques* con que Dios la visita para aficionar su voluntad (5); amorosa queja cuyos ecos recogerán los *pastores* aquellos que la *apacientan de bienes espirituales*, (6) y que ella va repitiendo por *montes* y *riberas* sin que nada distraiga su atención ni la detenga, pues ni *cogerá las flores*, *ni temerá á las fieras* y *pasará los puentes* y *fronteras*; (7), su *adolezco*, *peno* y *muero* hará romper el silencio

(1) *De la poesía mística.*—Discurso de recepción en la Real Academia Española, 1881.
(2) Vid. *Subida del Monte Carmelo.*—Libro II, Cap. XII.
(3) *Noche oscura.*—Libro II, Caps. XIX y XX en los que se explican los diez grados de la escala rústica de amor divino, según San Bernardo y Santo Tomás.

(1) *Noche oscura.* Libro I. cap. XII, Lib. II, capítulos V y VI. Pueden citarse en apoyo de los conceptos que hemos emitido acerca de la mística en general.
(2) Argumento del *Cántico Espiritual.*
(3) Fundado en la declaración y anotación que precede á cada una de las cuarenta canciones del *Cántico espiritual*, y fijándome en lo más esencial, que señalo con palabras textuales, presento así en síntesis el pensamiento místico que desarrolla San Juan de la Cruz.
(4) El original se conserva como reliquia en el convento de Carmelitas Descalzos de Jaen. Con algunas alteraciones en el orden y mutilado en varios lugares se incluyó en las ediciones anteriores á la publicada en Sevilla el año 1702, y en la cual aparece corregido y completado el texto.
(5) Del Sr. Valera, en el Discurso de contestación al Sr. Menéndez Pelayo en la recepción de éste en la R. A. E.

(1) Prólogo del *Cántico Espiritual.*
(2) Vid. el Pólogo al *Cántico espiritual*, ya citado.
(3) Declaración de la Canc. I, verso *A dónde te escondiste.*
(4) *Sincilis est dilectues meus capre, hinnuloque cervorum* dice la Esposa del Esposo en el Cant., Cant. 2, 9.
(5) Prólogo del *Cántico espiritual.*
(6) Declaración del verso; *Habiéndome herido.* Canc. I.
(7) *Llamando pastores á sus deseos y afectos y gemidos por cuanto aparentar al alma de bienes espirituales.* Decl. Canc. II.

á la naturaleza; y el artista, inspirado del cielo, hallará en el mundo lenguaje de las criaturas rasgos magníficos de la hermosura y grandezas de Dios:

Oh bosques y espesuras,
Plantadas por la mano del Amado,
Oh prado de verduras,
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado.
. . . . . .
Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando
Con sólo su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

Mirar de Dios que, si dejó acabadas y perfectas todas las cosas que salieron de sus manos, y vestido de alegría el Universo todo, ha dado también vida y expresión á las palabras del poeta, las ha engalanado con sus gracias para que sepan proclamar su gloria.

Pero esas comunicaciones que, por las criaturas, recibe el alma de su Amado, no aquietan su apetito, pues ese más inmediato conocimiento que de El tiene aumenta más y más el fuego de su amor y ahende el pesar de la ausencia; y como lo que apetece y quiere es el todo, la posesión perfecta, y de eso no le dan noticias, exclama: (1)

No quieras enviarme
De hoy más ya mensajeros
Que no saben decirme lo que quiero.

Y la herida de amor se hace llaga, porque en otro orden más superior, cuanto los ángeles y los hombres enseñan al alma de su Amado, más de El la enamoran y la dejan muriendo con *un no sé qué*,

que quedan balbuciendo. (2)
. . . . . .
Mas ¿cómo perseveras,
Oh vida, no viviendo donde vives?
. . . . . .
. . . . . .
¿Por qué así lo dejaste,
Y no tomas el robo que robaste?
Apaga mis enojos
. . . . . .
Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura;
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.

San Juan de la Cruz hace sentir con su alma aquel desasosiego y dolor en que vive, sin hallar alivio ni curación para sus penas, y que le hace volver á su querella; *véante mis ojos*, dice entregándose á su Amado, pues *sólo para ti quiero tenellos*, que así acabará y tendrá término este vivir muriendo que no es vida; rasga ¡oh fe! tu velo y refleja en tus *semblantes plateados*,

Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados! (3)

De Dios se alcanza todo por amor, dice el santo poeta, (4) y el alma mística por su amor tan fervoroso y fuerte ha merecido los *primeros rayos de la Divinidad* por que tanto ha suspirado, y que al recibirlos la hacen pasar por *arrobamientos y éxtasis*: (1)

Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

El Amado la detiene:

Vuélvete, paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el Otero asoma
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

Un pensamiento del más escondido y místico sentido es el que se trasparenta aquí, á través de cada frase del alegorismo más original y bello: el amor de Dios á su criatura, que le hace acudir como *ciervo herido al gemido de la Esposa*, y la detiene, dándose á conocer en las *alturas de la contemplación*, con *asomadas* no más, que otra cosa no son cuantas noticias adquiere el alma en esta vida (2).

Con este vuelo del alma, se *denota un alto estado*, el momento *de los desposorios espirituales* que ha penado ya en el plan de la teología mística; y en este venturoso *principio de unión comunica Dios al alma grandes cosas de sí, hermoseándola de grandeza y majestad*, que para cantarlas se han agrupado, al silbo poderoso del poeta, las armonías todas distribuídas por la Hacedora Mano en la universal creación. Siéntese el alma en una quietud no perturbada por causa de males; á las querellas y ansias de amor ha sucedido *la paz, el deleite y la suavidad; y las montañas elevadas, anchas y hermosas, graciosas, floridas y olorosas, los valles solitarios, quietos, amenos, frescos, umbrosos, de dulces aguas llenos, con sus arboledas; y el suave cantar de las aves, las ínsulas extrañas con toda su novedad, los ríos sonorosos, los aires amorosos*,

La noche sosegada
En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena, que recrea y enamora, (3)

todo es figura de la abundancia de bienes, de la *inestimable refección* de amor que goza el alma mística.

¿Qué podrá decirse ya, que sea nuevo, de esa poesía, *piña de rosas, de ámbar perfumadas*, por la que corre lozanía y frescura y fragancia exquisita?

. . . . . .
. . . . . .
Detente, cierzo muerto;
Ven, Austro que recuerdas los amores,
Aspira por mi huerto,
Y corran tus olores,
Y pacerá mi Amado entre las flores.

El alma que va *por ínsulas extrañas* se aflige por ausencias del Amado en el desposorio espiritual; *pero limpia y purificada* por entero, se ha entrado ya la Esposa en *el ameno huerto deseado*, en posesión de *paz y tranquilidad* del Esposo, y se ha consumado la unión de amor, el místico matrimonio del alma con Dios.

. . . . . .
A las aves ligeras,
Leones, ciervos, gamos saltadores,
Montes, valles, riberas,
Aguas, aires, ardores,
Y miedos de las noches veladoras:
Por las amenas liras
Y cantos de sirenas, os conjuro
Que cesen vuestras iras,
Y no toquéis al muro,
Porque la Esposa duerma más seguro (1).

Esta unión, dice Santa Teresa (2), es *como si cayera agua del cielo en un río ó fuente á donde queda todo hecho agua, que no podrán ya dividir cuál es el agua del río ó la que cayó del cielo; y quizá sea esto*, añade, *lo que dice San Pablo* (3): *que el que llega á Dios se hace un espíritu con Él;* unión divina que canta el alma gozándose en el Amado, *flor del campo y lirio de los valles* (4):

Nuestro lecho florido
De cuevas de leones enlazado,
De púrpura teñido,
En paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.

Las virtudes todas son esas flores que adornan el lecho, *lectulus noster floridus* (5); la fortaleza y seguridad de cada virtud se representa en esas *cuevas de leones*, que las protegen y defienden del asalto enemigo. Y están entrelazadas las virtudes, constituyendo así la perfección del alma; y teñidas en púrpura, símbolo de la caridad en las sagradas letras. El lecho es lecho de *paz edificado*, porque la paz reina con todas las virtudes, y estas son las flores que allí viven, sirviendo de *mil escudos* que forman luciente corona del alma (6).

Y por no traer todas las *canciones* del alma en el inefable consorcio de amor y comunicación con Dios en sus recreaciones y deleites, me limitaré á aquella primorosa estrofa:

De flores y esmeraldas
En las frescas mañanas escogidas
Haremos las guirnaldas
En tu amor florecidas,
Y en un cabello mío entretejidas.

Y aquel rasgo inolvidable con que el alma ataviada de todas las galas y vestida de variedad de virtudes *pareciendo Dios, y Dios el alma por amor* (7), atribuye al Amado, por ser cualidad esta del amor perfecto (8), todo lo que en sí halla de grande y hermoso.

Cuando tú me mirabas
tu gracia en mí tus ojos imprimían.

Y no cerraremos el *Cántico Espiritual* sin antes recordar aquel

Gocémonos, Amado,
Y vámonos á ver en tu hermosura
Al monte y al collado,
Do mana el agua pura:
Entremos más adentro en la espesura,

con el cual, hecha ya la perfecta unión, el alma quiere empezar á ejercitarse en las propiedades de su místico amor.

De un alma que ha bebido en la *interior bodega del Amado*, y aprendido *ciencia muy sabrosa*, y que solamente se *ejercita en el amor*, han de

---

(1) Es decir, *obrando el bien y mortificando en sí el mal*, sin que se detenga en los deleites y gustos naturales, venciendo las dificultades que puedan *impedirla en el derecho camino de Cristo:* Decl. de la Canc. III.
(2) Decl. de la Canc. VII.
(3) Declaración de las canciones, VIII, XI, X y XI.
(4) Decl. de la Canc. I.

(1) Decl. de la Canc. XIII.
(2) Declaración de las Canc. XIII.
(3) Declaración de las Canc. XIV y XV.

(1) Canciones XVIII, XIX, XX, XXI, XXII. —Decl. de las canc. XVII, XX y XXI.
(2) Morada VII, cap. II.
(3) *Qui adhæret Deo, unus Spiritus est cum eo*, I ad Cor. 6. 17.
(4) *Ego flor campi, et lilium convallium*, Cant. Cant. II. 1.
(5) Cant. Cant. 1. 15.
(6) Dec. de la Canc. XXIV.—En el cantar de los cantares se lee: *mille elypei pendent ex ea*.
(7) Decl. de la Canc. XXX.
(8) Decl. de la Canc. XFXII.

RECUERDOS DE ALDEA

ser estos dulces afectos y embriagadoras dichas, como *emisiones de un bálsamo divino* (1).

MARTÍN DOMÍNGUEZ BERRUETA.

(Se continuará).

JOYAS LITERARIAS

MUNDO, DEMONIO Y CARNE

POR D. JOSÉ SELGAS

—

(Conclusión)

XI

CELIA

No había nada que pedir al fausto de los nuevos esposos. Se hallaban instalados en un palacio digno de sus riquezas. La munificencia real había contribuído también por su parte al esplendor de la boda, agraciando á los novios con el título de Condes. Nada, pues, faltaba á su dicha.

Celia eligió sus habitaciones, adornándolas á su gusto, y Elías hizo lo mismo. Cada uno tenía su servidumbre distinta, sus amistades aparte y sus costumbres particulares. Solían encontrarse en los paseos, en los teatros, en las carreras de caballos y en la plaza de toros; comían en la misma mesa los días de la semana señalados para las grandes recepciones y para las comidas oficiales. Vivían en la misma casa, y cada uno en la suya.

Aún estaban en la luna de miel. La observación de los curiosos no advertía en la Condesa variación alguna; era la misma, aunque más independiente; cosa bien natural, pues aquí parece que en el matrimonio el hombre pierde su libertad, y la mujer la conquista. En cambio el Conde perdía visiblemente su buen humor; se le veía pálido, taciturno, y algunas veces hasta sombrío. No acompañaba nunca á la Condesa en los sitios públicos; pero se había notado que la seguía á cierta distancia, como sigue la sombra al cuerpo, y que la seguía ocultándose como quien espía ó como quien huye.

Una mañana fué invitado por la doncella particular de Celia para pasar al tocador de la señora Condesa, que lo esperaba. Semejante invitación debía ser una verdadera novedad, porque Elías se mostró sorprendido, y aun brilló en sus ojos un relámpago de alegría. Luego movió la cabeza en señal de duda, y se dispuso á asistir á la cita que se le daba. Antes consultó con el espejo el estado de su fisonomía, y pareciéndole demasiado triste, la animó con una sonrisa; compuso el desorden de sus cabellos, contempló la blancura y perfección de sus manos, y salió de la estancia en que se encontraba.

Para llegar al tocador de la Condesa tenía que atravesar los salones principales del palacio, que sólo se abrían en las grandes recepciones. Es decir, que el mundo estaba interpuesto entre los dos recién casados.

Llegó á la puerta del tocador de la condesa, y llamó suavemente.

—Adelante,—dijo Celia con acento amigo.

Elías entró, inclinándose ceremoniosamente delante de su mujer.

Ella, sin mirarlo, hizo un ligero movimiento con la cabeza, diciéndole:

—Siéntate.

Acababa la doncella de desatar las magníficas trenzas que cubrían la frente de la Condesa, para empezar sin duda la tarea del cotidiano peinado. De manera que en la entrevista entre los recién casados iba á tener por testigo á la doncella, ó el marido se vería obligado á hacerle á su mujer una antesala lo menos de media hora.

Mas no sucedió ni una cosa ni otra, porque Celia sacudió de pronto la cabeza, haciendo caer sobre los hombros la negra tempestad de sus rizos tumultuosos, y despidió á la doncella.

Una vez solos, ella abandonó el espejo, y fué á reclinarse voluptuosamente sobre los cojines del diván, junto á su marido. Éste la contempló un silencio, recogiendo con ávida mirada los vivos rasgos de la belleza que tenía delante. Los pliegues del peinador que la cubría no eran bastante á ocultar los contornos de su figura; antes, por el contrario, los realzaban, dejando á la imaginación correr desenfrenada por todos los espacios del deseo.

Los mejillas siempre pálidas de Celia aparecían entonces ligeramente sonsoradas, y la nube de sus rizos, y el brillo de sus ojos, y la expresión de su boca, y el abandono de su actitud, la rodeaban de una seducción bastante peligrosa.

—Vamos (dijo con acento armonioso); señor Conde, creo que no nos entendemos.

Puentereal no hizo más que encogerse de hombros.

—Bueno (continuó ella diciendo). ¿Por qué hemos de engañarnos? Hemos hecho un matrimonio de conveniencia. ¿No es esto?.

—¡De conveniecia!- exclamó Puentereal.

—Así lo llama el mundo (añadió Celia). Nuestra unión ha venido á ser la suma de dos cantidades iguales.... Al casarnos, cada uno de nosotros hemos doblado nuestro capital. Yo no entiendo esas cuestiones de números; pero así se lo he oído decir á mi padre.

—¿Así?—preguntó Elías.

—Así,—contestó Celia.

—Ese es, en efecto (añadió el marido), un aspecto de nuestra unión, y el hombre de negocios lo ha visto principalmente de esa manera: nos ha sumado en su libro de caja.

---

(1) De las Canc. XXVI, XXVII, XXIII y XXV. En la declaración de la canción XXVI se dice lo siguiente: «Aunque esté el alma siempre en este alto estado de matrimonio, después que Dios le ha puesto en él, no empero siempre en actual unión según las potencias, aunque según la sustancia del alma sí», que hemos creído sirve mucho para la inteligencia de la unión mística.

—¿Pero acaso (preguntó ella) tiene otro aspecto nuestro matrimonio?

—Sin duda,—le contestó el marido.

—¿Cuál?...

—El amor,— le contestó con voz temblorosa.

—¡El amor!... ¡El amor! (replicó la hija del banquero.) ¿Es decir que nos amamos?

Miróla Elías fijamente, preguntándole:

—¿Por qué no, Celia?

Sosteniendo ella con firmeza la mirada de su marido, le dijo:

—Puentereal, porque no.

—¿Crees tú (insistió él) que yo puedo mirar con indiferencia...?

—¿Mis encantos? (añadió, interumpiéndole.) No paso esa galantería... Un marido que requiebra á su mujer es un marido ramplón... Eso ya no está admitido.... es de muy mal gusto.

—¡Ah, Celia! (exclamó.) No te comprendo... Explícate.

Echó ella hacia atrás los rizos que sombreaban su frente, exclamando á su vez:

—¡Oh, qué torpe eres! No suspires (añadió), ni me mires con esos ojos de amante de novela. Tranquilízate, porque te juro que no estoy celosa. He sospechado que no me conoces, y es preciso que nos conozcamos. ¡Ea! Fuera de inútiles hipocresías, y hablémonos como dos amigos inseparables.

—Hablémonos (dijo Puentereal). Salgamos de una vez de la increíble situación en que nos encontramos.

—Yo creí (advirtió Celia) que esta esplicación, siempre enfadosa, sería entre nosotros innecesaria; pero tú no has comprendido todavía toda la originalidad de mi carácter; me has incluído en el vulgo de las mujeres, y crees que me agradan todos los homenajes. No: tú eres un hombre de mundo, gastado en los placeres de la vida, y no he de ser yo una mujer tan ridícula que intente transformarte. Al darte mi mano, no me propuse nunca esclavizarte. ¿Nos entendemos?

—Celia (replicó Puentereal): te juro que ninguna mujer ha ejercido sobre mí el imperio que tú ejerces. Tu voz me conmueve, tus miradas me extremecen, y tus sonrisas me embriagan.... Eres á mis ojos un vaso rebosando de delicias. ¿Por qué has encendido en mi ser el infierno que me devora?

—¡Capricho! ¡Capricho!—exclamó Celia, frunciendo el entrecejo.

—¡Capricho! (replicó Elías.) Capricho que me avasalla, que me conmueve y que me aniquila. ¿Dónde podrías ocultarte qué yo no te descubriera, que yo no te adivinara?

—Te engañas. Si yo no hubiera sido la hija única del opulento banquero, ni siquiera me habrías visto

Pronunció Celia estas palabras con desdén soberano, añadiendo:

—Estás loco.

—Loco, sí (dijo Puentereal). Loco; pero soy su marido, y reclamo todos mis derechos.

—¡Mi marido!.... (replicó.) Cierto: eres mi marido, porque te creí más razonable; pero eres un marido insufrible. En cuanto á tus derechos, has llegado tarde.

—¡Tarde!.... (exclamó.) ¿Qué quiere decir tarde?....

—Quiere decir (contestó Cecilia) que mi corazón ya no es mío. No dirás que te engaño.

—¡Celia! (gritó con semblante airado.) ¿Qué hombre es el que se ha puesto en mi camino?... Habla....

—Cálmate (le dijo ella). Eso no lo sabrás nunca. Es el secreto de mi alma.

Y abandonándose á la emoción de que se hallaba poseída, añadió suspirando:

—¡Ay! Es un amor imposible.

—¡Imposible!— murmuró Elías sordamente.

—Sí (replicó ella): imposible, pero inmenso.

Puentereal se quedó mudo. No acertaba á apartar los ojos de Celia... Jamás le había parecido más hermosa. Sentía impulsos de arrojarse á sus pies, y al mismo tiempo experimentaba horrible deseo de ahogarla entre sus brazos. A la vez su sangre se helaba y ardía... Todo su pensamiento se condensó en una palabra:

—Me perteneces,—dijo.

Y sin poder contenerse, tendió las manos para asir las de Celia.

Ella las rechazó con indiferencia mil veces más cruel que el enojo, y se puso de pie diciendo:

—¡Nunca!

Aquella mano delicada que huía de la de su marido, agitó el cordón de seda que colgaba sobre el divan, y Celia fué luego majestuosamente á sentarse delante del espejo. La entrevista había terminado: la Condesa llamaba á su doncella.

Elías salió del tocador de su mujer cabizbajo, sombrío, terrible, llevando en su alma un infierno de ira, de celos, de deseos, de venganza, de amor y de envidia.

XII

ÚLTIMA JUGADA

Entre todos los tormentos á que puede una mujer condenar el corazón de un hombre, el más horroroso debe ser el suplicio de un rival desconocido, porque equivale á depositar en su alma un odio sin límites: el odio que se necesita para aborrecer al mismo tiempo á todo el género humano. Es un fantasma que está de continuo delante de los ojos, y que se escapa siempre de las manos: el recelo permanente, la sospecha múltiple.

Es andar siempre sobre ascuas, vivir con el alma en un hilo, no llegar la camisa al cuerpo... Un rival conocido no es al fin más que un hombre, un temor, una traición, un peligro; pero un rival desconocido, cuyo nombre se ignora, es la suma de todos los hombres, de todos los temores, de todas las traiciones, de todos los peligros. ¿Dónde está?... Aquí, allí, allá, más cerca, más lejos, en el salón, en la calle, en el teatro... en todas partes. ¿Quién es?... Este, aquél, el otro, el que sonríe, el que va, el que viene, el que entra, el que sale, el que sube, el que baja... todos.

No hay ser de forma más fantástica ni de realidad más terrible. El tormento que hace sufrir se multiplica por todas las acciones que vemos, por todas las palabras que oímos, por todos los pensamientos que imaginamos. Verdaderamente debe ser tormento del infierno; tormento solitario, sordo, íntimo, implacable, que aisla el espíritu y lo desespera, haciéndose la única compañía del alma.

Como toda inclinación más ó menos viva hacia una mujer se llama amor, es preciso convenir en que el amor es muchas veces un sentimiento innoble, tan innoble, que no pasa de ser la más vergonzosa grosería de los sentidos. No es una tierna necesidad del espíritu, sino un ciego apetito de la carne.

Esta pasión vulgar ignora el valor de los sacrificios, desconoce el tranquilo placer que causa la satisfacción de amar aquello que es digno de ser amado. ¡Sacrificios!... En vez de ofrecerlos, los impone: no ama, apetece; carece de entusiasmo, porque todo es deseo, se irrita ante las contrariedades, y hierve como el mar en los escollos; el fuego en que se enciende, en vez de dar calor, abrasa. No busca la correspondencia, que es la comunicación de los sentimientos, sino la pide; no intenta merecerla, porque le basta sólo con alcanzarla; no es un afecto, es un vicio.

Son vapores de la carne que nublan el entendimiento y oscurecen el alma, formando tempestades más desastrosas que las tempestades de la tierra. Es una embriaguez que enloquece. En estas pasiones los celos toman un carácter espantoso; no son el desengaño que causa la inconstancia, ni el dolor de la infidelidad, ni la pena de la indiferencia; son el grito del amor propio herido; es el furor que enciende en el ánimo el placer que se escapa de las manos; son al mismo tiempo la ira, la envidia y la venganza.

Tal era el amor desesperado que Puentereal sentía por Celia, y para que el tormento á que se hallaba condenado fuese más agudo, el rival que le disputaba la dicha era un rival desconocido, un rival anónimo, la sombra impalpable de su desesperación, que estaba en todas partes. La imagen de este rival misterioso y casi fantástico se multiplicaba en su imaginación; cambiaba de aspecto y de fisonomía á cada instante; se revestía sucesivamente con todas las formas imaginables; no era un rival, era un torbellino de rivales.

Lo buscó por todos los rincones de la sociedad, sin poder encontrarlo.... Lo había condenado á muerte antes de conocerlo, y se había pregonado á sí mismo su cabeza.... Meditaba el homicidio con verdadera complacencia; si algún rayo de luz sonreía en el tenebroso abismo de su pensamiento, era la idea de su rival bañado en sangre y tendido á sus pies, como la víctima inmolada al numen de su dicha.

Entretanto la Condesa se mostraba cada día más inaccesible, lo mismo á las súplicas que á las amenazas de su marido. Le cerraba todas las puertas sin misericordia, y parecía empeñada en arrancar de su corazón hasta el último vislumbre de esperanza. Sin embargo, lo hacía con una naturalidad intachable, como la cosa más sencilla del mundo: lo desesperaba sin violencia, sin artificio, sin desdén y sin ira, sin reparar en ello. Puentereal habría preferido el odio á la indiferencia; pero, en verdad, su mujer no se tomaba ni siquiera el trabajo de aborrecerle.

Le era permitido verla en público, en medio de esa corte que siempre rodea al fausto, y allí, escondido entre la multitud, espiaba sus movimientos, sus miradas, sus sonrisas, acechándola como el tigre acecha á su presa, sin encontrar nunca rastro de aquel rival odioso. La alegría de la Condesa era un puñal que se clavaba en su alma; y si alguna vez se mostraba distraída, pensativa ó triste, aquellas distracciones, y aquellos pensamientos, y aquellas tristezas, le parecían mil veces más crueles que sus alegrías.

En el infierno de la vida á que se veía encadenado, todo le servía de tormento. El bullicio del mundo le era insoportable, los placeres mordían su corazón despedazándolo, sus propias riquezas le estorbaban; eran las cadenas de oro que lo oprimían, que lo sujetaban lejos de Celia. Por una combinación horrible de su destino, aquellas riquezas que habían servido para unirlos, se convertían de pronto en el abismo que los separaba.... Este hombre infeliz vivía roído por todas las desesperaciones: llevaba en el alma un nido de serpientes.

Debió acometerle de repente un pensamiento nuevo, porque se contrajo ferozmente su fisonomía, se dió una palmada en la frente, y se dijo con voz sorda:

—Sí.... los dos...

Desde aquel momento se hizo más tratable, tomando una parte más activa en la vida que le rodeaba. Notaban sus amigos que padecía frecuentes distracciones, y le preguntaban:

—¿En qué piensas?....

—Pienso (decía) retirarme de los negocios, y medito mi última jugada.

—¿A golpe seguro?....

—Ya veréis, ya veréis si es seguro.

Llegaron á Celia estas noticias, y dijo al saberlas:

—Cuidado con Puentereal, porque ya saben ustedes que tiene una fortuna loca.

Solía la Condesa experimentar el cansancio que con frecuencia acompaña á las gentes demasiado ricas y demasiado desocupadas, y algunas noches no recibía, y retirándose temprano, despedía á su doncella, después que ésta la dejaba en la cama, buscando, por lo visto, en el sueño un refugio contra el fastidio.

En una de estas noches, cuando el palacio se hallaba en profundo silencio, salió Elías cautelosamente de sus habitaciones, y se deslizó con pasos mudos y lentos hasta llegar á la misma puerta del dormitorio de la Condesa. Allí se detuvo, y escuchó algún tiempo. Después la puerta se fué entreabriendo poco, y Elías penetró en el dormitorio de la Condesa.

En medio del silencio, un oído atento habría percibido algo semejante á un grito humano, pero á un grito inmediatamente ahogado, y á la vez algo semejante á la respiración entrecortada de un hombre que hace el último esfuerzo. Después no se oyó nada.

La puerta del dormitorio volvió á entreabrirse, y Elías salió, pronunciando entre dientes, con una voz como un soplo, estas palabras:

—¡Muerta.... muerta!....

Repitiendo estas lúgubres palabras, se perdió en la oscuridad de los salones, salió á una galería, buscó la escalera interior del palacio, se precipitó en ella, cruzó el pórtico, y se lanzó á la calle.

Corría como un loco, como si huyera del mundo, como si huyera de sí mismo, y no tardó mucho tiempo en encontrarse fuera de la población... ¿Adónde iba? Él mismo lo ignoraba; corría sin dirección, sin voluntad, impelido, arrastrado por una fuerza desconocida.

Al fin se detuvo, y lanzó en torno suyo miradas desencajadas. La soledad en que se encontraba aparecía llena de espectros que se agitaban delante de sus ojos, tendiéndole los brazos y arrojando á su rostro el aliento helado de la muerte.

A lo lejos distinguía montes despedazados por abismos sin fondo, peñascos hundidos por el rayo, rocas calcinadas por el fuego de los volcanes; y este horizonte desolado daba vueltas á su alrededor, estrechando el círculo que formaba, cerrándole el paso como un torbellino que saboreaba de antemano el placer de aniquilarlo.

—Bien (dijo). La naturaleza se asocia á nuestro último destino, y el caos abre sus brazos para recibirnos; la muerte va á unirnos para siempre. ¡Oh! Serás mía.

Oprimió entre sus manos el doble cañón de un primoroso revólver, que contenía dos veces la muerte, lujosa é ingeniosamente dispuesta, según el último adelanto del siglo.

—¡Ah! (exclamó.) No debo hacerla esperar mucho tiempo.

Apoyó el arma sobre la sien, diciendo:

—Antes á ella... ahora á mí... los dos.

La pólvora inflamada estalló, el silencio se tragó aquel sordo rugido, la oscuridad aquel rayo de la desesperación humana, y Elías, dando una vuelta sobre sí mismo, cayó desplomado.

Una sombra surgió en aquel instante del seno de la tierra. Esta sombra era Baal, con su cabellera roja como el fuego y sus ojos de llamas.

Entonces, en el horizonte nublado, apareció una claridad lejana, un rayo de luz, una esperanza, y Baal, poniendo el pie sobre el cuerpo de Elías que palpitaba con los últimos extremecimientos de la muerte, apretó los puños, y amenazando al cielo, gritó:

– ¡Atrás... atrás... ya es mío!

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

Nuestros apreciables lectores leerán en la presente edición un anuncio de la bien reputada firma de los Sres. Valentín y Compañía, banqueros, y Expendeduría general de lotería en Hamburgo, tocante á la lotería de Hamburgo, y no dudamos que los interesará mucho ya que se ofrece por pocos gastos alcanzar en un caso feliz una fortuna bien importante.

Esta casa envía también gratis y franco el prospecto oficial á quien lo pida.

Las maravillas de la ciencia.

¡Qué cosas tan raras é incongruentes suceden! Según ellas, no parece sino que la Providencia pretenda hacer caer en el ridículo la falta de confianza que sentimos en nuestras fuerzas. Por ejemplo: el primer vapor que cruzó el Atlántico, yendo de Europa á América, llevaba, casualmente, á bordo un ejemplar de un libro escrito para probar que jamás llegaría á obtener éxito la propulsión de los buques por medio del vapor. ¿No es verdad que en esa afirmación estaba contenida la esencia misma del más inconsciente humor?

Pues así mismo, durante siglos, dijeron los hombres qus nunca llegaríamos á comprender las enfermedades que tienen un hondo asiento ni mucho menos á *curarlas*. Decían que habíamos nacido únicamente para sufrir y morir, y que era una especie de impiedad el intentar escaparnos de ese nuestro hado. No obstante, ciertas personas sabias, pacíficas, que creían que la salud, no la enfermedad, la vida y no la muerte, eran el objeto de la existencia, prosiguieron estudiando y experimentando, persuadidas de que un día llegarían á demostrar que en el seno de la naturaleza había remedios ocultos, y que todo era el encontrarlos. ¿Los hemos encontrado? ¿Hemos descubierto uno sólo siquiera? Parece que sí.

Suplicamos á nuestros lectores presten atención á la siguiente, breve carta. Está llena de enseñanzas, y es una especie de luz que felizmente irradia sobre muchos países, al fin de este siglo de maravillas.

Quien la escribe, dice: «Por mucho tiempo había venido sufriendo de una enfermedad que me había sumido en un estado de gran debilidad, y me había imposibilitado por completo de ocuparme de mis negocios. Toda clase de alimento me producía un dolor sordo, que á menudo degeneraba en calambres y espasmos. Este dolor no cesaba en ningún caso hasta que el alimento había pasado á los intestinos, ó hasta que arrojaba cuanto había comido. Tenía una gran dificultad en digerir, un gran peso y opresión, mucho calor y acidez en el estómago, sufría mucho de un fluido intensamente amargo y ardiente que se me desarrollaba en la garganta y boca.

Me hallaba también en un estado de indiferencia mental; pasaba muchas noches sin dormir, y casi siempre tenía un fuerte dolor de cabeza acompañado de un ligero movimiento de vientre. Disminuía mi apetito, y á veces no tenía ninguno, sentía siempre sed, y no obstante, no podía retener los líquidos que tomaba; todo lo cual empeoraba más mi caso. Había consultado á varios doctores eminentes, y de sus prescripciones no había obtenido el menor alivio; y por fin llegué á estar tan desesperado de encontrar remedio para mi enfermedad, y tanto me descorazoné y disgusté, que á todas horas deseaba la muerte.

En uno de mis peores días acerté á pasar por casa del bien conocido farmacéutico Francisco Murillo Hernández, y le expliqué todos los detalles de mi enfermedad. Me escuchó él con toda cortesía é interés, y cuando acabé me recomendó un remedio que él dijo tenía en su botica; y tanto insistió en que lo probase, que le tomé una botella grande. No habían transcurrido aún dos semanas de esto, y ya mis dolores habían empezado á disminuir, y tres días después habían desaparecido por completo. Mi salud general mejoró rápidamente, mi apetito aumentó, y por fin todos los síntomas que yo había tenido por incurables desaparecieron en absoluto.

Desde el día en que obtuve tan maravillosa é inesperada curación, no he cesado de recomendar este remedio—el Jarabe Curativo de la Madre Seigel,—á cuantas personas sufrían de lo mismo, y muchas de ellas lo han usado con resultado igualmente maravilloso. Doy á usted completa autorización para publicar esta carta, y tengo el honor de quedar suyo afectísimo.

(Firmado) Arturo de Pascual González.

Calle Marina, 22, Sevilla.—Abril 8 de 1893.»

La enfermedad tan claramente descrita por el Sr. P. González, no ofrece duda en su clasificación; era una inflamación aguda é indigestión y dispepsia, que son tan antiguas como la raza humana y la desesperación de los médicos según la compleja variedad de sus síntomas, sus violentas y sutiles transposiciones y su radical conexión con todas las funciones orgánicas del cuerpo humano. Los médicos se han contentado siempre—como se contentaron en este caso,—con dar paliativos para los síntomas, creyendo que no existía para éstos cura radical.

Y no obstante, dicha cura existe, y felizmente el autor de la carta dió con ella aquel afortunado día en que consultó á su amigo, el farmacéutico Murillo Fernández.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel se puede contar entre los grandes descubrimientos de este siglo, y prueba que no hay un sólo mal físico que no podamos esperar vencer bajo los auspicios de un remedio que, en realidad, es poco menos que una inspiración.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

Banco de España.

En la sucursal de Barcelona se ha presentado un billete falso de 1.000 pesetas, de la emisión de 1.° de Enero de 1884, que lleva el retrato de Mendizábal.

Las mayores diferencias que los distinguen de los legítimos consisten en la estampación del anverso que carece de la brillantez que resulta de la pureza de las líneas, apareciendo éstas como aplastadas y un tanto borrosas en los falsos.

Lo que se anuncia al público para su conocimiento.

Madrid 13 de Noviembre de 1893.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

Por acuerdo del Consejo de gobierno se pone en circulación una nueva serie de billetes de 500 pesetas, que lleva la fecha de 1.° de Enero de 1884.

Lo que se anuncia al público para su conocimiento.

Madrid 14 de Noviembre de 1393.—El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

AVISO

Se ruega á los señores suscriptores que no hayan abonado el año actual, lo verifiquen á la brevedad posible, para evitar los perjuicios que con su retraso causan á esta Administración.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca tambien la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FELIPE PINTO

11, Flor Baja, 11:

1893

ELIXIR DE PROTOCLORURO

DE

VIVAS PEREZ

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **el remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicacion tonico reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inopitencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultados. Exigid firma y marca de garantía.*

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España y América

Depósito general: ALMERIA, Farmacia VIVAS PEREZ

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA

DE

VICENTE GARCIA MUSTIELES

(SUCESOR DE PÉREZ)

CALLE MAYOR, NÚM. 50

MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.
Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.
Se sirven los pedidos con toda prontitud.

ALMACEN DE RELOJES

EL MÁS IMPORTANTE DE ESPAÑA

GIROD Y FONTANEZ

En esta casa se encuentra á precios de fábrica desde el reloj más fino de Losada, Patek, Piquet, hasta el popular y seguro reloj Roskopf.
Es casa que merece ser visitada.

POSTAS, 25 Y 27

FÁBRICA DE GUANTES

J. F. IRUMBERRI

Calle de Fuencarral, núm. 7

Guantes, Corbatas, Bisutería, última novedad.—Guantes para señores Obispos, Sacerdotes y Colegiales.—*Encargos á provincias.*

BAZAR MÉDICO J. CLAUSOLLES BARCELONA

SUCURSAL EN MADRID

35, CARRETAS, 35 (frente á Correos)

Fábrica de aparatos ortopédicos, bragueros, fajas ventrales, instrumentos de cirujía, artículos de goma, higiene, etc.
Especialidad en la contención y curación de las hernias, por rebeldes y voluminosas que sean.—Gabinete de consultas abierto de diez á doce y de tres á siete. Los domingos de nueve á una.

Precios fijos baratísimos

CARRETAS, 35 (frente al buzón de Correos), MADRID

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

ES DIGNA DE SER VISITADA

LA NOTABLE

EXPOSICIÓN DE FLORES, PLANTAS Y CORONAS

DE

G. KUHN SIETE SALONES PISOS PRINCIPALES CRUZ, 42

Sección 1.ª: Flores para vestir.—2.ª: Ornato de salón.—3.ª: Flor para iglesia.—4.ª: Flor para cementerio.—5.ª: Material para flores.—6.ª: Plumas y azabache para sombreros.
Siempre el PRIMER surtido en plantas de salón.—Ramos de altar y modelos de cristalería, mayólica y mimbre de alta novedad, decorados artísticamente con flores y plantas.

GRAN CERERIA

ESPECIALIDAD

en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABEJAS para el **Culto católico,** y con buenas mezclas, de varias clases y precios.

BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES

de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones.

Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar

PRINCESA, 40 **SALVADO Y SALA** BARCELONA

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis

MEDICACION TÓNICA

PILDORAS Y JARABE DE BLANCARD

Con ioduro de Hierro inalterable

ANEMIA · COLORES PÁLIDOS · RAQUITISMO · ESCRÓFULOS · TUMORES BLANCOS etc., etc.

Exíjase la firma y el sello de garantía.

PARIS
40, rue Bonaparte, 40

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 8 ptas. fs.
Un año..... 4 »

NÚMERO 22.—Madrid 30 de Noviembre de 1893

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 francos.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pesos.
Un año..... 5 »

PAISAJE DE OTOÑO.—Dibujo de Ruiz

SUMARIO

TEXTO

Congreso eucarístico de Valencia, por Angel Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Melilla, por Bachiller Alonso.—El siglo de la Inmaculada, por Manuel Polo y Peyrolón.—Los zapatos de Frasquita, por A. Pérez Nieva.—San Juan de la Cruz, considerado como poeta místico, por Martín Domínguez Berrueta.—Album de poesías: El primer homicida, por Angel Lasso de la Vega.—Joyas literarias. Ensayo crítico sobre algunas épocas de la literatura española, por don Gabino Tejado.—Breve muestra de poesía alemana, traducida del original por D. Ramón García.—Reclamos y anuncios.

GRABADOS

Paisaje de otoño.—Excmo. é Ilmo. Sr. D. Ciriaco María Sancha.—*Actualidades*.—Santander: catástrofe de Santander.—Excmo. é Ilustrísimo Sr. Obispo de Santander.—Melilla: Centinela moro.—El general Macías.—Corneta de cazadores.—Interior de una mezquita.—Fuertes de Cabrerizas Altas y Rostrogordo.—Grupo de moros á caballo.—Torre de Camellos.—El *Conde Venadito* cañoneando á los moros.—Hostilidades.—Recuerdo.—Un naufragio.—La mendiga.

Congreso Eucarístico
DE VALENCIA

EXCMO. É ILMO. D. CIRIACO MARÍA SANCHA
Arzobispo de Valencia y organizador del Congreso Eucarístico.
(Retrato de D. Miguel Gómez Cano).

No recuerdo cuándo ni dónde oí contar la leyenda de un caballero andante que, víctima de un encantador de aquellos que temía nuestro buen Don Quijote, fué llevado por los aires á un remoto país, en el que toda desolación y las desgracias todas tenían su natural asiento. A donde quiera que fijaba la vista el caballero, no veía sino un cielo muy oscuro y una tierra yerma, horizontes sombríos, ruínas de ciudades que las llamas destruían poco á poco; y los ruidos que oía, eran rugidos de fieras y ayes desgarradores de heridos y moribundos. Ante tanta desdicha, casi empezó á desmayar el valor de aquel heróico paladín, y hubiérase acabado del todo, si su protectora maga no acude pronto á su socorro. Pero vino la hechicera beldad, y se anunció desde muy lejos con la suavísima música de las arpas que tocaban, en célico concierto, las sílfides de su comitiva.

Aquella música, escuchada primero desde muy remota distancia, y cada vez más cerca y más sonora, devolvió el ánimo al caballero, el cual se irguió, embrazó la espada jamás vencida, y con altas voces desafió á la muchedumbre de endriagos, demonios y encantadores que, ya iban á echarse sobre él, para aniquilarlo. Entonces aparecieron en aquella escena, antes tan triste, las ninfas salvadoras; y repentinamente, pues todo era cosa de encantos, las nubes cárdenas se rompieron, los mónstruos y las fieras desaparecieron de aquellos contornos, la tierra se cubrió de flores, aire primaveral circuló libremente por la atmósfera, el sol lo iluminó y abrillantó todo, y en suma, aquella tierra maldita se transformó en florido paraíso.

¿No es verdad que la leyenda del caballero encantado parece la descripción simbólica del estado de nuestro pueblo, en estos días oscurísimos, sombríos, que atravesamos?

A donde quiera que España vuelve los ojos, no ve más que ruínas, desolación y tristezas; todos los ruidos que oye son estertores de moribundos, ayes de heridos, llanto de los que sobreviven, crugir de edificios que se desploman, horrísono estruendo de explosiones y de incendios, que recuerdan la catástrofe de las ciudades malditas y los vaticinios de los profetas para los últimos tremendos días de la vida del linaje humano en el planeta Tierra. Los bárbaros atacándonos por el Mediodía; hombres perversos, peores mil veces que los bárbaros, lanzando cobarde y arteramente la muerte sobre muchedumbres inocentes; los progresos de la civilización también convertidos en instrumentos de muerte; y todo esto, acumulado en corto espacio de tiempo, casi simultáneo, para que sea más horrible el general espanto...

Pero el pueblo español, como el caballero de la leyenda, tiene también su maga protectora que acude á socorrerlo cuando el maligno encantador intenta por endiabladas artes postrar su ánimo y triunfar de su esfuerzo.

Esa maga, esa deidad cariñosa, es la Religión católica, el alma y el corazón de nuestra patria, y su Historia, en cuanto que su Historia es gloriosa; su presente en cuanto que su presente es venturoso; y su porvenir en cuanto que su porvenir es despejado y brillante. La Religión aparece ahora, como siempre, alentando, vigorizando, elevando el corazón de nuestra raza; y á su bendito influjo, al eco de sus armonías sagradas, los horizontes se despejan, la tierra florece, aire primaveral circula libremente por la atmósfera, y el sol de Dios todo lo ilumina y abrillanta.

Ya vienen á nuestros oídos, cansados y aturdidos de tantos estruendos siniestros, los ecos dulcísimos de sus arpas que, desde el jardín de Valencia nos convidan, como en otro tiempo el arpa de David á los israelitas, á cantar y á bailar delante del arca de la Nueva Alianza; esos alegres sones nos recuerdan que, por muy grandes y terribles que sean las desdichas de la patria y de la humanidad entera, no se debe amilanar nuestro ánimo, ni hay motivo para que se cierren ante nosotros los horizontes de la esperanza; porque las ciudades caen y los hombres mueren, pero el Tabernáculo no cae, ni Dios se muere, sino que vive y vivirá eternamente en el Cielo, en la tierra y en todo lugar; y en las especies sacramentales estará Jesucristo hasta el fin de los tiempos, en cuerpo y alma, como Dios y como hombre, dado á la humanidad redimida por Él como divino maná que la sustente, vigorice y consuele en su peregrinación por el desierto de la vida terrenal...

Esa magna reunión que ahora se celebra en Valencia no es, como los anteriores Congresos Católicos, una Asamblea de apologistas y propagandistas de la fe, que discuten acerca de la mejor manera de llevar adelante sus empresas contra los enemigos de la Iglesia: ahora no se trata de discutir, ni de combatir, ni de señalar las relaciones de los católicos con el Estado y los partidos militantes; algo más íntimo, más sustancial, más del espíritu, es de lo que en Valencia va á tratarse. Allí se reunen los discípulos predilectos de Jesús á recontar los medios, los elementos, los trofeos, los obsequios que se tributan á su Divino Maestro Sacramentado, y á ver de qué modo pueden ser esos medios más eficaces, esos elementos más poderosos, esos trofeos más brillantes, esos obsequios más finos y delicados... Es una reunión de enamorados de Cristo que van á ostentar su amor á la faz del Universo y á procurar que de Cristo se enamoren los que aún no lo estén; de *locos de la fe y de la caridad* que quieren contagiar de su sublime locura al mayor número posible de sus hermanos.

Nuestra nación, católica por excelencia, es por lo mismo la nación eucarística también por excelencia. Nuestro suelo está lleno de monumentos magníficos, erigidos en todas las épocas *para cubrir de sombra y de gloria el pan, del que dijo Jesús: esta es mi carne*. Nuestras artes no se han cansado jamás de celebrar, ya por símbolos, ya por cantos, el sacrosanto misterio del amor. La colección de custodias que se guarda en los tesoros de nuestras iglesias, construídas en épocas de depurado gusto y de esplendidez caballeresca y cristiana, es la más rica, la más variada, la más hermosa que se conserva en el mundo; las hay pequeñas y primorosísimas, hechizo de los ojos por sus portentosas combinaciones de líneas y colores, por la ingeniosa traza de sus sútiles y simbólicos adornos; las hay grandes, monumentales, que se transportan en ingentes carros de plata cincelada por los artistas del Renacimiento. Hasta la dramática, este arte que parece el más humano de todos por ser representativo de las luchas pasionales del espíritu, entre nosotros huyó de la tierra, y se remontó al cielo para producir en las más elevadas regiones de lo sobrenatural y divino sus autos sacramentales. Pero ¿qué más?.. ¡Si hasta la Naturaleza es en España eucarística, y el pan, y el vino, las especies sacramentales, brotan por todas partes y son la riqueza y el sustento de todo el país!

¡Hermosa y consoladora reunión la de Valencia! ¡Generosísima y viril protesta contra la incredulidad del siglo! ¡Rotunda y elocuente afirmación de los grandes principios espiritualistas y cristianos! ¡Acto de fé magnífico y espléndido! ¡Imponente alarde de los soldados de Cristo! Y los católicos que no hemos podido ir á Valencia, en ella estamos con el espíritu, reunidos con nuestros Prelados y nuestros hermanos en este acto de fe y de piedad, siempre sublime, pero maravilloso en nuestro tiempo.

A. SALCEDO.

GRABADOS

Paisaje de otoño (dibujo de Ruiz).—(Pág. 337).

Este melancólico y poético dibujo representa un valle, en cuyo fondo pacen unas cabras. Nunca como ahora se ha sabido sentir y expresar la poesía de la naturaleza, á la que los artistas antiguos no concedían otra importancia que la de accesorio ú adorno de sus cuadros. Hoy la naturaleza es objeto de una especie de culto que puede llegar á veces á lamentables exageraciones. Pero cuando la afición se limita, como en el dibujo que ofrecemos á nuestros lectores, a copiar hermosos paisajes, es fuente de legítima inspiración y productora de obras bellísimas.

Actualidades por el Sr. D. Miguel Gómez Cano.
Catástrofe de Santander
(Un punto de vista en la Magdalena).
El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Santander.—(Pág. 340).

D. Miguel Gómez y Cano, hijo mayor de nuestro queridísimo amigo D. Valentín, es un joven de grandísimo provecho y de mayores esperanzas; y cuando la generalidad de los muchachos de su edad solo piensan en divertirse ó en pasar el tiempo, el Sr. Gómez solo se ocupa en cosas y trabajos serios, ayudando eficazmente á su señor padre en las pesadas tareas del periodismo. Es ya D. Miguel el principal redactor de *El Movimiento Católico*, reporter incansable y hábil confeccionador, é ilustrador, además, del acreditado diario, con dibujos de actualidad. En obras de mayor empeño ha lucido también su habilidad; en la Redacción del citado *Movimiento* existe un retrato de S. S. León XIII, pintado al óleo por el Sr. Gómez, y que, según los inteligentes, es obra de mérito.

Hoy ofrecemos á nuestros lectores una muestra del talento artístico del Sr. Gómez, en serie

de grabados al zinc, procedimiento modernísimo, y aunque ligero, expresivo, que representan otros tantos episodios de las tristes *actualidades* que preocupan en estos momentos á todos los espíritus.

En esta página 340, presentamos un apunte de vista de Santander, la infortunada ciudad, víctima de la horrible explosión del vapor *Cabo de Machichaco*, y un retrato del excelentísimo é Ilmo. Sr. Sánchez de Castro, Obispo de aquella ciudad, que se ha portado en esta ocasión *como Obispo*, esto es, como un padre y un héroe de la caridad; como los Obispos católicos, y muy especialmente, los Obispos españoles se portan siempre en estas circunstancias. Santander no olvidará nunca el celo, la actividad, el amor con que el Sr. Sánchez de Castro ha ocurrido al remedio y consuelo de su tremendo infortunio.

General Macías, gobernador de Melilla.

Centinela moro.

Fuertes de Cabrerizas Altas y Rostro-Gordo.

Grupo de moros á caballo.

Torre de Camellos, uno de los fuertes que defienden el campo de Melilla.

Interior de una mezquita.

Corneta de órdenes.

Conde Venadito cañoneando los á moros.—(Pág. 341).

Todos estos apuntes son también del Sr. Gómez, y no necesitan explicación; porque la que pudiéramos dar, todos los españoles se la saben de memoria.

El general Macías, enviado á Melilla en reemplazo del heróico Margallo para mandar el ejército y la plaza, es un militar de mucha reputación que ha ganado sus grados en el campo de batalla, y que se distinguió notablemente en la guerra de Cuba, dirigiendo una guerrilla, en la que formó parte, por cierto, nuestro amigo D. Leoncio González Granda, hoy corresponsal en Melilla de *El Correo Español*.

También publicamos en la pág. 338 el retrato del Sr. Sancha, Arzobispo de Valencia, del señor Gómez Cano.

Hostilidades.—(Pág. 344).

Cuadrito de género de los que ahora gustan tanto, y cuyo argumento se reduce á un principio de altercado entre dos esposos jóvenes.

Recuerdo (cuadro de Reis).—(Pág. 345).

Composición copiada del natural, y al mismo tiempo alegórica, llena de poesía melancólica, y muy propia de este mes de Noviembre, que la Iglesia dedica á la conmemoración de los fieles difuntos.

Un naufragio.—(Pág. 348).

La mendiga.—(Pág. 349).

Estos dos cuadritos no necesitan explicación.

ANTONIO DE OLMEDO.

MELILLA

SU HISTORIA

I

Ya se ha referido en LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA el origen de nuestra dominación en Melilla. Completando aquellos datos, el insigne escritor y canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz, don José León y Domínguez, ha publicado en *El Diario de Cádiz* un eruditísimo artículo acerca de Pedro de Estopiñán, feliz conquistador de Melilla.

Pedro de Estopiñán nació en Cádiz, de nobilísima familia establecida en aquella ciudad desde muy antiguo. Su primera hazaña fué en Vejer, libertando ingeniosamente á unos cautivos que los moros habían apresado.

Muy pocos años eran corridos de esta gloriosa aventura, cuando el Duque de Medina Sidonia aprestó, según unos, una escuadra, entregándola á Pedro de Estopiñán, *«caballero de su casa é su contador*, hombre bien entendido é diligente en toda cosa, enviándole á ver el sitio é forma de Melilla, é las cosas que sería necesario llevar para la reedificar, defender é poblar: é como hubiese ido é vuelto, poniendo con sus buenas nuevas que traxo nuevo ánimo al Duque para la empresa, sobre el quél tenía, mandó juntar cinco mill onbres de pié é alguna gente de cavallo, é mandó aparejar los navíos en que fuesen.» «E con esta armada é gente partió Pedro de Estopiñán del puerto de Sanlúcar, en el mes de Setiembre del año de 1497 años, é hízoles buen tiempo ,é detuviéronse en la mar, por no allegar de día, porque los moros alavares juntándose, no les impidiesen el desembarcar, ó el reedificar, é allegando la noche, la primera cosa que hicieron fué sacar á tierra un enmaderamiento de vigas que se encaxaran é tablazón que llevavan hecho de España; é travaxaron toda aquella noche, de lo hacer, é poner á la redonda de la muralla derrivada, á la parte de afuera, dende andavan los alavares; é asentados los maderos por sus encaxas, é clavadas las tablas, quedaron hechas almenas de trecho á trecho; de manera que quando otro día amaneció, los moros alavares que andavan por los campos, que avian el día antes visto á Melilla asolada, é la vieron amanecer con muros é torres, é sonar atambores, é tirar artillería, no tuvieron pensamiento que estuviesen en ella cristianos, sino diablos, é cogieron tanto temor del súpito caso, que huyeron de aquella comarca, yéndolo á contar por los pueblos cercanos lo que habían visto.» Así narra este hecho Pedro Barrantes Maldonado, en sus *Ilustraciones de la casa de Niebla*, y hállase en el *Memorial Histórico-Español*, publicado por la Real Academia de la Historia, según cita de D. Rodrigo Amador de los Ríos. Y vea V., Sr. Salcedo, cómo tenía razón *La Historia Literaria*, en lo que decía de los andaluces y gaditanos.

Sin embargo, la mayor parte de los historiadores refiere que la toma de Melilla, aunque llevada á cabo por Pedro de Estopiñán, se debió á iniciativa y disposición del Rey Católico.

Otros muchos servicios, y todos señalados prestó Estopiñán al Rey de España, mandando sus escuadras en diferentes y difíciles ocasiones; en 1516 el Monarca nombró á Pedro de Estopiñán en Toledo por Adelantado de las Indias y gobernador de la Isla Española; y queriendo antes nuestro héroe despedirse de la Santísima Virgen de Guadalupe en Extremadura, con objeto de cumplir algún voto en aquel Santuario, entonces muy frecuentado en España, allí le sobrevino la muerte, siendo sepultado con gran pompa en el Santuario mismo. Cinco hijos varones le quedaron de su matrimonio.

Tal fué el ilustre conquistador de Melilla. En cuanto á ésta, quedóa gregada á los Estados del duque de Medina Sidonia, y fué nombrado alcaide de ella Gómez Suárez.

En 7 de Junio de 1556 fué incorporada á la corona de España, y Felipe II envió como alcaide y capitán general á D. Alfonso de Urrea.

Hostilizada constantemente por los moros su guarnición, casi olvidada por España, vivió en continua lucha y sufriendo á menudo grandes escaseces por las dificultades para proporcionarse víveres.

El 4 de Noviembre de 1631 fué sorprendida la plaza por los moros, que con gran trabajo pudieron ser arrojados de ella.

En 9 de Enero de 1636 las autoridades representaban al rey que les remitiese de Málaga á la mayor brevedad bastimentos, de que carecían en absoluto, porque si el envío se retrasaba tendrían que «ir á quitar á los moros que comer, en cuyo caso se aventuraba la seguridad de la plaza». En varias ocasiones tuvieron que hacer esto, muriendo en las salidas lo mejor de las guarniciones; y en dos ocasiones, en 1646 y en 1649, hasta perecieron los gobernapores, don Carlos Ramírez de Arellano en la primera, y en la segunda D. Luis de Sotomayor.

El 5 de Agosto de 1660 sufrió Melilla un espantoso terremoto que destruyó casi por completo las fortificaciones y viviendas, con lo que la situación de la plaza fué aún más angustiosa.

De 1661 á 1669 fué extrema la escasez de víveres sentida, y al mismo tiempo arreciaron los ataques de los moros con tal furia, que tomaron y destruyeron el fuerte avanzado de Santo Tomás de la Cantera. En 4 de Septiembre de 1678 se perdía también el de San Lorenzo, y el 12 de Marzo de 1679 había que abandonar, destruyéndolo, el de San Francisco, después de una heróica defensa que hicieron durante un mes 17 hombres.

El 31 de Agosto del mismo año atacaron los moros el fuerte de Santiago exterior. Los 25 defensores hicieron prodigios de valor; y cuando ya no pudieron resistir más, prefirieron volarlo y volar con él, antes que entregarlo el 14 de Septiembre.

De 1680 á 1694, aquellas sufridas guarniciones pasaron meses enteros con una libra de pan diaria por plaza, al mismo tiempo que tenían casi constantemente que aguantar las acometidas de aquellas tribus salvajes.

II

El 3 de Septiembre de 1694 puso sitio á Melilla con numerosas fuerzas Muley Ismael, rey de Fez, y como fuese rechazada heróicamente la acometida por la guarnicion, más miserable entonces que nunca, estableció un riguroso bloqueo que duró muchos años.

Los veintitrés hombres que defendían el fuerte de Santiago interior consiguieron rechazar en la noche del 30 de Abril de 1697 el asalto intentado por los moros, que llegaron á cegar los fosos y á aplicar las escalas á las murallas.

El 2 de Agosto de 1715 nuevo ataque, que fué rechazado, y tras el estrecho cerco hasta 1716, y un nuevo bloqueo que duró hasta 1727. En este mismo año las kábilas vecinas echaron á pique dos barcos, que constituían el único medio de comunicación de Melilla con España.

A pesar del tratado de paz entre España y Marruecos de 28 de Mayo de 1767, siguieron las kábilas, independientes en realidad de la soberanía del sultán, hostilizando á Melilla.

Aún no había pasado un año cuando apresaron una de las embarcaciones de la plaza, con pérdida de un oficial y 14 individuos de tropa.

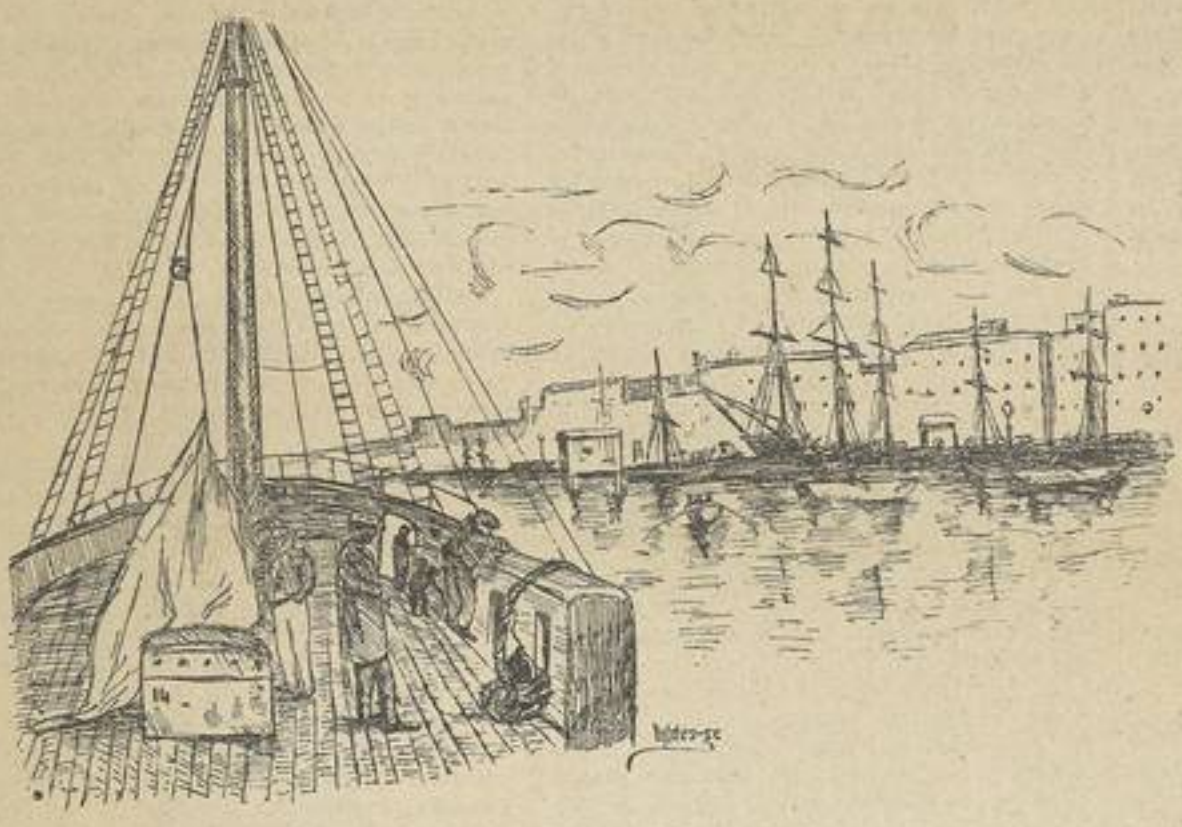
En Noviembre de 1774 el sultán de Marruecos salió de su corte con intento de apoderarse de Melilla; acompañábale la mayor parte de su corte y servidumbre, además de los mejores hombres de guerra, entre ellos dos príncipes hijos suyos, marchando á la cabeza de un ejército escogido de 100.000 hombres de todas armas, llegando frente á Melilla el día 7 de Diciembre siguiente. Los días 8 al 11 inclusive los pasó el enemigo entre reconocer los terrenos y formar sus campamentos.

Dichas fuerzas las dividió el emperador en tres Cuerpos de ejército, y cada uno de éstos en tres fracciones ó divisiones. El primer Cuerpo lo puso bajo su inmediata dirección, acampándole en el espacio de terreno entre el pequeño promontorio conocido por el Atalayón y la casa de la Marina, formando así el ala derecha, estando convenientemente separadas sus tres divisiones, ocupando de este modo una posición para él ventajosísima, y propúsose desde allí batir el puerto, la marina, el varadero y toda la parte Sur de la plaza.

El segundo Cuerpo, al mando del príncipe, su hijo mayor, tomó posición en el centro y sitio denominado Santiago, en el que acampó una división, otra á la izquierda sobre el cerro de los Camellos, y la tercera en la parte opuesta, donde se encontraba el fuerte de San Francisco (de que lo mismo que del de Santiago

ACTUALIDADES

SANTANDER



CATASTROFE DE SANTANDER.—Un punto de vista en la Magdalena

EXCMO. É ILMO. SR. OBISPO
DE SANTANDER

aún subsisten las ruinas), á distancia de la plaza de 1.000 á 1.300 metros al O. de la ciudad, y desde cuyas tres posiciones podía batir y atacar de frente los fuertes de Santa Bárbara, San Miguel y San Carlos con parte del segundo recinto: y el tercer Cuerpo, al mando de su hijo menor Muley Mahimont, lo posesionó entre la Puntilla y Rostrogordo, ocupando además los cerros de las Horcas, alta y baja, y Ataque Seco.

A este Cuerpo de ejército se incorporó la división de caballería negra, el Cuerpo de minadores, que era respetable, siendo su objeto batir toda la parte Norte de la plaza con sus fuertes exteriores de Victoria Grande, Victoria Chica, San Antonio y Rosario, parte del segundo recinto y batería de Concepción alta y baja, que se encuentra dentro de la población á la parte del mar; y por último, llevar á cabo las obras correspondientes á minar el campo por este lado con el fin de poder entrar en la explanada ó sitio llamado la Alcazaba.

La posición total que ocupaba el ejército marroquí formaba alrededor de Melilla una especie de media luna desde el Atalayón á Rostrogordo, ó sea de mar á mar, cuyos extremos distaban entre sí de 1.700 á 2.000 toesas.

Componíase su artillería de 60 cañones del calibre de 6, 12 y 16, 26 morteros de calibres variados, cuyo material distribuyó convenientemente entre los tres Cuerpos de ejército, así como aprontó una numerosa caballería en el centro, para en el caso de que los sitiados intentasen hacer una salida al campo, lo que no tuvo efecto, sin duda por lo escaso de la guarnición para una empresa tan arriesgada.

Colocado el ejército enemigo en la forma descrita, emprendió éste sus obras de atrincheramiento, construyendo en toda la línea de circunvalación de toda la plaza baterías, trincheras, caminos cubiertos, cortaduras y zanjas, de cuyas obras era el número tan crecido que sólo fueron conocidas de los cristianos aquellas que estaban más defendidas y artiliadas, como fueron las de San Lorenzo, Tarara, Playa, Santiago, Cerro de los Camellos, Las Horcas, Puntilla, Ataque Seco y Rostrogordo, habiendo montado en algunos de estos puntos tres baterías, defendidas y auxiliadas todas ellas por gran número de infantería.

Una vez ya bien atrincherado el campo y prevenidos los moros para el ataque, llamó el sultán á uno de sus jefes más principales, ordenándole fuese á Melilla acompañado de una fuerte escolta de caballería, é intimase en su real nombre la rendición de la plaza, advirtiendo á su gobernador que de no acceder á esta demanda seguidamente de conocida, entregando á dicho emisario las llaves de la ciudad, la tomaría por asalto, y serían pasados á cuchillo todos sus habitantes sin distinción de sexos, clases ni edades.

El gobernador de la plaza, prevenido como estaba de antemano para resistir cualquier ataque, por brusco que fuese, al tener aviso por los vigías de la aproximación de fuerzas enemigas, se situó en la torre de Santa Bárbara, desde donde hizo detener al enviado del sultán y á su escolta á distancia conveniente, preguntándole por el objeto de su venida.

Sabido esto, y viendo el jefe cristiano las arrogantes cuanto desmedidas pretensiones del emperador marroquí, se negó rotundamente á ellas; entonces el emisario del sultán apostrofó y hasta llegó á preparar sus armas contra el gobernador, por lo cual éste, no queriendo faltar á su cualidad, y deseando conservar limpio su honor; y comprendiendo perfectamente cuál era su elevada misión en aquel crítico trance, con más el deber que tenía de conservar la plaza á toda costa, la que tenía encomendada á su defensa y cuidado por su rey y por su patria, y no queriendo echar un borrón sobre la historia de su país, ni menos humillar el pabellón nacional ante el de la Media luna, herido como estaba en su hidalguía y amor propio, y, por último, comprendiendo que era inevitable la guerra, mandó romper el fuego á la artillería de Santa Bárbara, resultando de aquí gravemente herido el parlamentario y muertos y heridos varios individuos de su escolta.

Esta fué lo honrosa contestación dada por el valiente gobernador de Melilla D. José Cabrerizo y Andrade al sultán de Marruecos ante un ejército de 100.000 hombres que amenazaba destruir la ciudad, siendo ésta también la señal de dar comienzo al combate entre sitiado y sitiadores.

El Sr. Santoja, en unos bonitos artículos publicados en *El Correo Español*, refiere puntualmente y con mucho colorido los preparativos del sitio, y el sitio mismo.

Los convenios y tratados de paz celebrados desde 1780 á 1799 no libraron á Melilla de las continuas hostilidades de los rifleños, jamás sometidos por completo á la soberanía de los sultanes, aun dado caso que éstos pensaran lealmente contenerlos y castigarlos en sus desmanes contra España.

La situación de la plaza siguió siendo la misma por la enemiga de los moros, y aun peor cuando á consecuencia de la invasión francesa España no pudo atender á aquellas posesiones ni aun en la escasa medida que antes.

A los ataques de fuera uniéronse también las conspiraciones interiores, originadas en las privaciones, y alentadas en cierto modo por las luchas políticas de la Península.

Ocasión hubo en que los habitantes de Melilla se vieron tan escasos de víveres, que tuvieron que contentarse con cuatro onzas de habichuelas por ración, y aun de esto sólo tenían repuesto para cinco días.

En Marzo de 1812 fué descubierto un complot fraguado en el penal con inteligencia en la población, cuyo objeto era saquear ésta, y des-

ACTUALIDADES

MELILLA

CENTINELA MORO

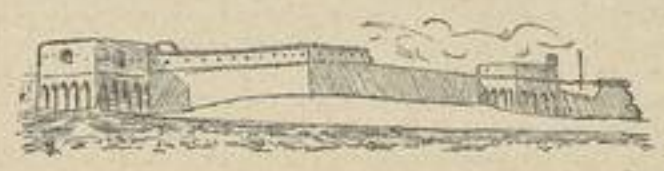
EL GENERAL MACÍAS

GOBERNADOR DE MELILLA

CORNETA DE ÓRDENES

INTERIOR DE UNA MEZQUITA

FUERTE DE CABRERIZAS ALTAS



FUERTE DE ROSTRO-GORDO

GRUPO DE MOROS Á CABALLO

TORRE DE CAMELLOS

EL *CONDE VENADITO* CAÑONEANDO Á LOS MOROS

pués de asesinadas las autoridades, entregarla al extranjero ó á los moros.

Descubierta la conspiración, era fusilado en la de dicho mes su principal instigador D. Ramón Jiménez.

En Octubre de 1829, y cuando la intención declarada de los Gobiernos españoles de abandonar la plaza hacía más triste la situación de ésta, fraguábase otra conspiración.

En 1831 era ahogado otro proyecto sedicioso.

Convertida Melilla en depósito de prisioneros carlistas, fué víctima de una insurrección promovida por éstos con inteligencias en la guarnición y en el presidio.

Triunfante la sublevación en Diciembre de 183[illegible], quedó en poder de los carlistas la plaza hasta Marzo del año siguiente, en que la entregaron con la condición de que se les dejara en libertad para incorporarse á las filas del Pretendiente.

En 1840 uniéronse á la escasez de víveres y á conatos de nuevas sublevaciones del presidio, los encarnizados ataques de los riffeños, que llegaron hasta á degollar á toda una guardia avanzada, al mismo tiempo que hacían teatro de sus piraterías la ensenada de Botoya y el cabo de Tres Forcas.

Los moros seguían embistiendo y la guarnición haciendo salidas heróicas como las de 16 de Marzo y 14 de Junio de 1848 y 7 de Noviembre de 1849; pero el descuido de la Península hacía ineficaces aquéllas y alentaba á nuestros eternos enemigos.

El mando del brigadier D. Manuel Buceta, inaugurado en 1854, señala una nueva política, debida más á las condiciones de este gobernador que á un cambio en la manera de entender en nuestros Gobiernos, la única que hay que seguir en los asuntos de Africa.

El general Buceta castigó tan severamente á los riffeños, que aún se pronuncia allí su nombre con respeto. De tal modo se impuso, que por primera vez dióse entonces el caso de que los cautivos españoles fueran devueltos sin rescate.

La gloriosa, aunque estéril, campaña de 1859 á 1860 trajo la ampliación de los límites jurisdicionales de Melilla, consignada en el convenio de 26 de Mayo del último de dichos años y ratificada en el de 30 de Octubre de 1861; pero á pesar de estas estipulaciones, las kábilas han venido peleando por disputarnos unos cuantos palmos de terreno, y la incuria y la inutilidad de nuestros Gobiernos han tolerado la negación de innegables derechos, y no han castigado como se debiera las atrevidas agresiones de los moros que se han acercado con frecuencia hasta las mismas murallas de la plaza. Y así hemos llegado al conflicto actual.

BACHILLER ALONSO.

El siglo de la Inmaculada

INESCRUTABLES son los designios de la Providencia divina.

Intento vano y temeridad grande fuera el querer conocerlos claramente.

No obstante, la bondad y sabiduría infinitas resplandecen en todo lo criado.

Dios ha querido que juzguemos, sin duda, de lo invisible por lo visible.

Notorio es que al siglo XIX le ha cabido la honra de poderse titular *Siglo de la Inmaculada*.

Dos acontecimientos importantes legitiman esta denominación.

En 1854, el angelical Pontífice Pío IX, después de haber consultado á los Obispos todos de la cristiandad, definió solemnemente el dogma de la Concepción Inmaculada de María.

Cuatro años después, la Reina de los Angeles desde un trono de *viejas rocas* (en patués *Massabielle*) á orillas del espumoso Gave de Lourdes, pronunció ante Bernardica, encargada de comunicarla al mundo entero, la célebre frase: *Yo soy la Inmaculada Concepción*.

Con verdad puede, por lo tanto, gloriarse la presente centuria de ser el siglo de María Inmaculada.

Únicamente Dios lo sabe; pero no me parece irreverente que el hombre, para su santificación, lo presuma.

Aquella definición dogmática y esta declaración auténtica, responden quizás á una necesidad de los actuales calamitosos tiempos.

Muere el mundo por la impureza de sus costumbres materializadas y sensuales, y Dios misericordiosísimo le ofrece el remedio único que puede curarle en el culto de la siempre Pura.

En la edad pagana, hubo épocas más encenagadas que la presente en la hediondez de la sensualidad; pero tal vez no registra en sus páginas la historia otro siglo como el nuestro, que por manera sistemática y concienzuda queme incienso sin cesar en aras de la materia.

Verdad es que la cultura cunde, y lo que se llama progreso moderno nos inunda, y las ciencias físico-naturales avanzan, y los descubrimientos prodigiosos se suceden, y las aplicaciones admirables ponen la comodidad y el lujo al alcance de fortunas mediocres, y todo este conjunto de principios, instituciones, descubrimientos y costumbres, recibe el nombre pomposo de *civilización;* ¿pero cuál es el aliento de su vida?

La infortunada vuelve los ojos anhelantes en torno de cuanto material y terreno la rodea, y ni una sola vez los levanta al cielo.

La atmósfera de naturalismo en que vivimos nos ahoga.

Únicamente lo sobrenatural puede salvarnos.

Enderecemos, pues, nuestros pasos hacia aquella pura y milagrosa fuente de la cueva de Lourdes, y postrados ante la imagen de la Concepción purísima, pongamos en práctica el saludable consejo que en 1858 dió María á Bernardica.

¡Penitencia! ¡penitencia! ¡penitencia! dijo la Señora en la persona de una niña raquítica y enclenque, á la enfermiza sociedad moderna, y no hay otro camino de salvación.

Hagamos *penitencia* para domeñar los impuros movimientos de la carne, que cual caballo indómito se encabrita frecuentemente, estimulado su sensual apetito por la molicie que nos rodea.

Penitencia, para que este contrapeso moral equilibre la preponderancia que sobre todos ejerce la materia.

Penitencia, para que Dios se compadezca del mundo, que paulatinamente se va paganizando, y levante la terrible mano de su justicia, que empieza á pesar sobre los pueblos.

Penitencia, para que el satánico espíritu de rebelión, que informa las concepciones de los sabios, doble humilde la cerviz ante la Sabiduría infinita, acate y reconozca sus sapientísimos preceptos.

Penitencia, en fin, para que el mundo se salve.

El siglo de la Inmaculada Concepción de María, no puede deslizarse por entre la serie infinita de los tiempos sin dejar huellas indelebles de su paso.

María Inmaculada nos invita maternalmente á regenerarnos en las aguas salutíferas de la *penitencia*, y el siglo no permanecerá indiferente y sordo á su invitación amorosa.

El Papa augusto León XIII, depositario de las llaves de Pedro, pone también en nuestra mano el riquísimo tesoro de las indulgencias.

Participemos todos de esta riqueza espiritual, por la intercesión poderosa de María Purísima, y haga cada uno cuanto pueda para que el actual merezca verdaderamente el nombre de *Siglo de la Inmaculada*.

MANUEL POLO Y PEYROLON.

Los zapatos de Frasquita

AQUELLA tarde, los tres aprendices de la encuadernación no se marcharon á comer á su casa como acostumbraban á hacerlo todos los días en punto de las doce. Pretextando el que urgía cubrir unos centenares de volúmenes, quedáronse en el taller, y apenas el maestro se entró en sus habitaciones al olorcillo de la sopa, y los oficiales se fueron, abandonaron los chicos la obra, y enviando al diablo la prensa y el plegador, se apelotonaron junto á la mesa de trabajo, obstruída por enormes barricadas de tomos sin desbarbar, y á cubierto de una sorpresa detrás de la muralla de papel, preguntó uno de los rapaces á sus compinches: ¿habéis traído eso?... ¡Vaya!... replicaron los dos mocetes rebuscando en los bolsillos por debajo de la amplia blusa; á poco sacaron las manos de entre el dril, y el uno dejó en la mesa dos nueces y el otro soltó menuda bola de cera y un pedacito de pez arábiga con brillantes transparencias de ópalo.

Ea, pues, no había que perder tiempo; dos de los muchachos cogieron las nueces, las abrieron á pulso con la punta de las tijeras para que no se quebrasen, y separando las mitades, escarbaron por dentro las cáscaras hasta dejarlas limpias, mientras el tercer muchacho avivó los tizones en que se recostaba el puchero de la cola, la mezcló con el trozo de pez que redujo á polvo, y aguardando á que el compuesto hirviese, echó en el unto cuando empezaba á burbujear rugiendo en la panza del cacharro, la sarta de gotas de cera que formó derritiendo la bola en la llama de una cerilla. Corriente, todo estaba preparado; apartaron la mistura del fuego, pero conservándola al amor de la lumbre para que se enfriara sin solidificarse, y retirándose al abrigo de la mole de la guillotina á fin de no ser vistos, con los ojos chispeantes y la cara fulgurándoles de contento, requirieron las tarterillas de hoja de lata y se pusieron á almorzar silenciosamente para no alarmar á Frasquilla que no tardaría en venir á comerse el engrudo.

No se hizo esperar mucho; á poco oyóse gemir la mampara del pasillo que daba entrada al taller como si alguien la desentornase, escuchóse luego el crugir de papeles en las baldosas pisadas por manos blandas, y con el rabo tieso, relumbrándole las verdes pupilas, cautelosa y prudente, entró en la habitación Frasquilla, la golosa gata de la vieja del cuarto vecino. Los aprendices no rechistaron, y el animal, creyéndose solo, oliscó la panzuda cazuela del engrudo, se subió de un salto á la mesa y hundió el hocico en las gachas, sacándolo á cada instante para relamerse y limpiarse.

Pronto se acabó la comilona; cuando más enfrascada se hallaba la gata en su festín, salieron los aprendices de su escondrijo, se acercaron de puntillas, y antes de que el animal pudiera ventear el peligro, seis garfas de hierro cayeron sobre él y le sujetaron quitándole todo arranque. Frasquilla extremecióse, bufó con un ronquido terrible, se le erizó el pelo y se revolcó con feroces embestidas para escaparse, pero las llamaradas de sus ojos y las sacudidas de sus músculos fueron en vano; tenía una montaña de carne; estaba vencida. ¡Alzarla, alzarla! exclamó el aprendiz que dirigía la faena, dejando á la gata; y mientras sus compinches la elevaban en el aire, él tomó el puchero de la cola, llenó las mitades de las cáscaras de de nuez de una especie de pegajosa gelatina, y cogiendo los capacetes metió en ellos con mucho cuidado las cuatro patas del animal, que lanzaba agudos maullidos temblando de miedo, se los acomodó bien paraque no se le cayesen, y saliendo al pasillo entreabrió la mampara de la puerta, y se volvió después al taller quitándose del paso. Entonces los rapaces que sostenían á Frasquilla la pusieron de frente á la sa-

lida para que no vacilase en su fuga, y soltándola de pronto se tiró el animal al suelo de un bote, babeando, aterrorizado, con dos chispas por ojos, se pegó con el marco del cancel por huir con más premura, y encornvádose como si fuera de acero escapó hacia la calle con la rapidez de una bala, atronando el portal con el chocleo estrepitoso de las cuatro medias cáscaras de nuez botando en las baldosas del piso, en tanto que los aprendices quedábanse riendo á terceto, con un oleaje de carcajadas que apenas si encontraban desagüe en el rosario de lágrimas que les caía por las mejillas y en los borbotones de saliva que se les escapaba de la boca.

Llamado por la bulla acudió en seguida el maestro, y en cuanto se enteró del lance acaecido al animal por goloso, soltó el trapo á reir coreando á sus aprendices. En estas advirtieron la voz de la vecina en el portal; calláronse de repente, pusiéronse de escucha, y se asomaron á atisbar por el resquicio de la entornada mampara. Rebujado en un mantón el cuerpo de cañareja, gimoteando, con la pura arruga del rostro hecho un plato de pliegues por la aflicción, asomóse á la cancela el vejestorio de la vecina del otro cuarto bajo y llamó airada al portero. A las voces acudió el flemático guardián, y encarándose con la inquilina, y mirándola con los ojos vidriosos, sanguinolentos y algo adormidos por la mano de plomo de la borrachera continua, le preguntó qué se le ofrecía.

—¡Mi gata, señor Juan, mi gata!—exclamó la vecina.—¿Ha visto usted á mi Frasquilla?... ¡Me ha parecido que ahora há poco maullaba con una pena!...

El portero, al oir semejante pregunta, hizo un mohín de digusto, dijo con los ojos: ¡qué tía pelma!... y volviéndole las espaldas á la afligida vieja, y dirigiéndose á su cuchitril, exclamó con voz vinosa y mal humorada:

—¡Se ha escapado á la calle, señora!... ¡En cuanto se ha visto con zapatos nuevos!...

A. PÉREZ NIEVA.

San Juan de la Cruz

CONSIDERADO COMO POETA MÍSTICO

(Ensayo de crítica literaria)

(Conclusión)

III

Una pausa brevísima. Pasando rápidamente la vista por el cuadro del misticismo poético de San Juan de la Cruz, y volviendo á este punto en que ahora estamos, hagamos notar que todo el gozo íntimo, todo el afecto y ternura del alma inflamada por el amor divino, del alma singular que ha saciado sus ánsias y reposado de sus vuelos en la unión estática con Dios, transformándose en Él, todo rebosa en el corazón del Santo poeta castellano y lo enciende en llama amorosa, *cauterio suave* que regaladamente llaga, *toque delicado que á vida eterna sabe*.

El amor más calificado y perfecto es del que ahora se trata, dice San Juan de la Cruz al adelantar la materia de su *Llama de amor viva*, y por ser tan interiores y espirituales estas cosas, falta de ordinario lenguaje con que encarecerla y declararlas; las potencias del alma han abarcado, á los resplandores de *lámparas de fuego*, la *profundidad de sus cavernas* que sólo pueden llenarse con lo infinito; y así como el madero en el fuego en él se transforma y si permanece más tiempo en el fuego llega á *centellar fuego de sí y llamear*, así también el alma mística en el fuego del amor perfecto y en el estado de transformación con Dios, *centellea* y hace llama en la que, muriendo, trocado por vida se le dá la muerte (1).

Esto es lo que San Juan de la Cruz canta en la *Llama de amor viva*, de propia experiencia y diciendo siempre con lo mucho que dice su lengua poco de lo que en su interior siente; y pareciéndole no decir nada de las íntimas conmociones del alma á no ser por medio de exclamaciones de vivísima expresión:

Oh llama de amor viva
¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
Que á vida eterna sabe.
Y toda deuda paga!
. . . . . .
Oh llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
De un alma en el más profundo centro;
Pues ya no eres esquiva,
Acaba ya, si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro.

Tengo para mí que sin necesidad de internarnos mucho, y sólo por lo que vamos entendiendo y rastreando, algo nos dice este lenguaje del místico, esta poesía de vigoroso sentimiento; algo que acertemos á traducir fácilmente. La tela, de la vida mortal que impide el dulce encuentro, es ya sutilísima y delicada, pasan por ella rayos de luz, grandes mercedes, dádivas generosas con las cuales el alma *resplandece delante del Amado*, ponderándolas incesantemente en aquella amplitud y dilatación de sus potencias y sentidos (2) hasta que gastada toda palabra y toda imágen y apurado todo discurso, se vuelve á Dios al sentir sus alientos de vida y exclama por boca del poeta (3):

¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente sólo moras;
Y en tu aspirar sabroso
De bien y gloria lleno,
¡Cuán delicadamente me enamoras!

En aquel *aspirar de Dios, de bien y gloria lleno*, se queda y abisma el alma; más allá el silencio será la mejor canción y la única posible, porque, como dice el místico San Juan de la Cruz, *veo claro que no lo tengo de saber decir, y parecería menos si lo dijese* (4); frase digna de un genio, de un santo y de un poeta.

He concluído (5). Si al llegar aquí y habiendo dado término y remate á nuestro pobre trabajo, se nos detuviera para que concretamente presentásemos formulado un juicio de San Juan de la Cruz como escritor, excusa legítima encontraríamos para eludir el compromiso declinando el encargo, por demás excesivo y difícil de cumplimiento acertado. Sería cosa de traer á cuento, repitiendo todas las ideas de crítica, todas las apreciaciones reverentes, todas las palabras de elogio y encomio con que nuestra inteligencia, en demasía corta y limitada, ha ido tejiendo el estudio del misticismo poético de San Juan de la Cruz, y aun así parecería insuficiente el medio adoptado, nada hubiéramos adelantado.

Nuestro juicio acerca del escritor, sin separar al Santo del poeta, diremos, si con insistencia se nos pide, está hecho, es todo nuestro discurso, siendo indispensable para formarlo todo cuanto en él se contiene; y lo ha hecho San Juan de la Cruz con su doctrina sublime, que generalmente se ha procurado exponer, y con un lenguaje que tan rica y escogida poesía nos ha dejado gustar.

¿Se puede hacer otra cosa? Creo que nó. Cada cual leyendo las obras místicas del *extático doctor*, haga su crítica y juzgue de sus impresiones según el *caudal de su espíritu*, pero que no pase de ahí, que guarde reservadamente su opinión, porque siempre será atrevimiento vano para el hombre querer con sus naturales fuerzas y aplicando su criterio, fallar, con la última palabra, en lo que está y vive sobre él.

Y lo puedo asegurar sin vacilaciones; el que atenta y benévolamente me haya escuchado, convencido como yo estará de que San Juan de la Cruz no es un hombre cuando habla, sino un espíritu superior, un génio con vuelos de águila, un cantor de divinas armonías; convencido estará, como yo, de que el misticismo poético de San Juan de la Cruz no ha nacido de la tierra, ni de ella recogido sus flores; y convendrá también conmigo en que á nuestro poeta pueden aplicarse á la letra aquellas palabras de Fr. Luis de León, á propósito de Santa Teresa: *en muchas partes me parece que es ingénio de hombre el que sigo, y no dudo sino habla el Espíritu Santo y que le regía la pluma y la mano; que así le manifiesta la luz que pone en las cosas obscuras y el fuego que encienden con sus palabras en el corazón que las lee.* (1)

¿Quién, pues, ha de considerarse autorizado para el análisis y crítica de las poesías de San Juan de la Cruz? Los críticos las admiran, apuran los elogios, y tienen por mejor acierto el confesar que no hay términos de comparación en lo humano para justipreciar sus bellezas; que algo misterioso y de orden sobrenatural eleva sus conceptos, comunica fuego á su corazón para sentir y da color á sus palabras; que es un astro de primera magnitud, y por su lenguaje y estilo, por sus imágenes y afectos, por sus arranques ha de llamársele el príncipe de los místicos españoles, el más inflamado, el más original, el representante más excelso de la poesía sagrada en nuestra patria.

Se dirá que es generalmente descuidado é incorrecto en la forma, que hace alteraciones en la lengua, que se nota cierto desorden en la ex-

---

(1) Prólogo, y lanc. II.
(2) *Llama de amor viva*, Canc. III. En la declaración del verso, *Las profundas cavernas del sentido*, largamente se explica esta amplitud y dilatación, que decimos.
(3) *Llama de amor viva*, decl. de la canción IV, ver. III.
(4) *Llama de amor viva*. Decl. de los tres últimos versos de la Canc. IV.
(5) De las *Devotas poesías* de San Juan de la Cruz, por estar fuera del pensamiento general del discurso, diremos contadas palabras, las precisas para dar de ellas noticia. Son varias y diversas las composiciones agrupadas con tal denominación: *Coplas del alma que pena por ver á Dios.—Coplas sobre un éxtasis de alta contemplación*, notable poesía mística. *—Glosas á lo divino.—Cantar del alma.—Canción de Cristo y el alma.—Romances sobre el Evangelio de la Santísima Trinidad.—La comunicación de las tres personas.—De la Creación.—De los deseos de los Santos Padres.—De la Encarnación.—Del Nacimiento*, y sobre el salmo *Super flumina Babylonios*, que es una de las más bellas y apreciada. Todas se distinguen por la sencillez, unción y ternura con que están escritas.
Como dato de curiosidad recogemos la noticia de haberse traducido, en este año de 1893, al inglés por Mr. David Lewes las obras de San Juan de la Cruz, aumentándose así con orgullo de los amantes de la literatura patria, las ediciones para bien de las letras y renombre del poeta.

(1) En el ya citado *Prólogo* á las obras de la Santa.

HOSTILIDADES

presión de los afectos, que es desigual y á veces cansado y muy obscuro; pero cuando así se juzgue de defectos literarios en el misticismo poético de San Juan de la Cruz, no se nos niegue que han quedado en olvido muchos detalles y circunstancias que no sólo hacen dispensables tales faltas, sino que las hacen desaparecer por completo.

Yo no recordaré preceptos de crítica, porque nadie más necesitado de lecciones y maestros; pero sí me permitiré advertir que San Juan de la Cruz no cultivó la poesía con el fin meramente artístico; que la forma rítmica y el lenguaje figurado y retórico (1) le sirvieron para levantar más el fondo de sus tratados místicos, sin mirar con preferencia á la proporción y estructura del decir peculiar de la belleza; que la pasión le arrebata con su fuerza y presteza increible de un afecto en otro, y corta sus razones; (2) y por último, y con esto acabo, (y no es doctrina mía sino de San Buenaventura y San Bernardo (3), que en materia tan alta y tan espiritual como es la mística, donde la gracia es maestra y no la lengua, donde el que por esperiencia sabe no lo sabe decir, donde la humanidad alcanza lo que de vuelo se va y aprende lo que no se puede enseñar, donde la palabra sustancial del Padre hace tales maravillas, que con palabras no se pueden declarar, donde no hay que regirse por entendimiento ni regla de maestros, donde el gemido de la oración y el trato con Dios es la escuela y enseñanza, donde la claridad daña y la obscuridad alumbra, donde todo lo da el fuego de amor, ¿cómo pondremos tasa, límite, orden y modo en los términos con que tan superior cosa se ha de declarar, queriendo que lo que no tiene término y es inefable pase por las reglas ordinarias, sin transcender toda palabra, toda frase, todo uso común y de escuela, de discípulos y maestros, de artes y modos que en la tierra se pueden saber?

MARTÍN DOMÍNGUEZ BERRUETA.

Burgos 14 de Agosto de 1893.

(1) En el libro III. cap. XLIV, de la *subida del Monte Carmelo*, puede verse como no condena el Santo, el *buen estilo y retórica* y *el buen término*, pues dice que aun las cosas *caidas y extragadas*, se *levantan* y *reedifican* por este medio.

(2) Fr. Luis de León. Prólogo á la exposición del Cantar de los cantares.

(3) San Bernardo Lermón 85 sobre los *Cantares*. San Buenaventura.—*Itinerario mentis in Deum*.—Cap. VII.

ALBUM DE POESÍAS

El primer homicida (1)

CANTO BÍBLICO

Et ait Dominus Cain: ¿ubi est Abel frater tuus?
Genesis, cap. IV, vers. 9.

I

Canto aquel crimen del cruento hermano
que á la asechanza del Averno cede:
de entonces ¡ay! el corazón humano
en vil crueldad al de la fiera excede;
tiñese en sangre la alevosa mano;
corta la vida á que atentar no puede,
y su feudo infeliz hace del mundo,
de la muerte el fantasma tremebundo.

II

Tú el angélico sér, de la inocencia
tierno custodio, á quien el torpe anhelo
del suspicaz monarca y su inclemencia
inunda de pesar y desconsuelo
cuando abisma la bárbara sentencia
á la hermosa Raquel en triste duelo;
por la inocente víctima en mi canto
imprime tu dolor, vierte tu llanto.

III

Da á mi voz repetir aquel gemido
que al remontarte á la celeste esfera
hiciste oir al mundo extremecido,
manchado en sangre por la vez primera;
del espíritu infando y maldecido
el vil triunfo á la asechanza fiera,
y á sus instintos de maldad feroces,
dame el cantar con tus dolientes voces.

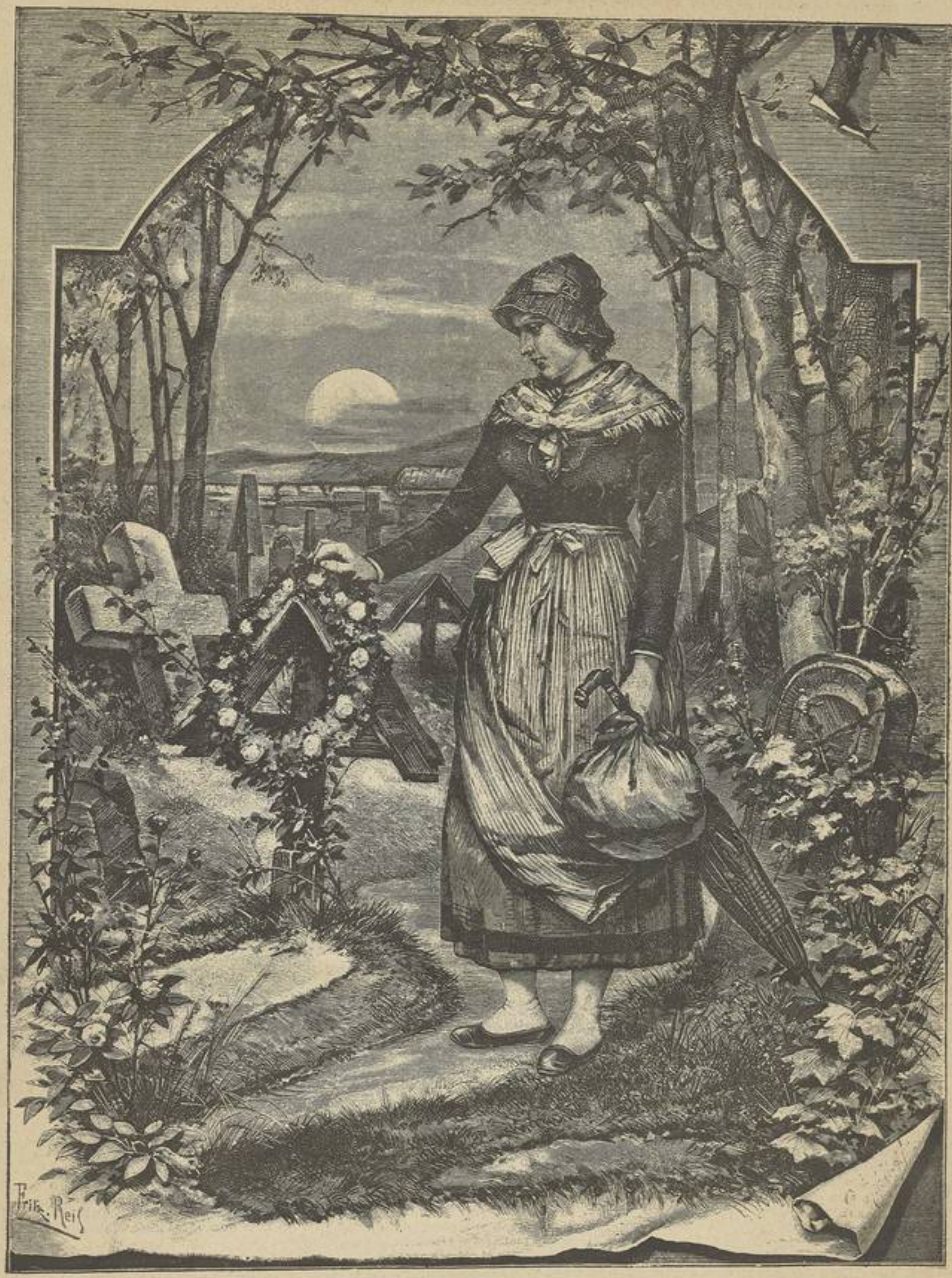
IV

El sueño de la flor dulce sorprende
la brisa matinal, y de su aroma
impregnada en la esencia, el éter hiende
de el valle ameno hasta la inculta loma;
y cuando el rayo de su luz extiende
el astro rey que por Oriente asoma,
en la selva revuela en blandos giros,
dando al eco sus plácidos suspiros.

V

Salúdale al llegar á la espesura
con sus alegres trinos la avecilla,
y el árbol sus saludos le murmura
cuando sus ramas á su soplo humilla;
su curso agita la corriente pura
al advertir que vaga por su orilla,

(1) Esta composición premiada hace años en público certamen, no ha sido publicada hasta ahora.



RECUERDO.—Cuadro de Reis

bendice á su Hacedor allí despierto,
todo sér en unísono concierto.

VI

Recuerda entonces tan feliz aurora
aquella en que á la tierra engalanada
sacó del Alto Sér la voz creadora
al súbito prodigio, de la nada
¡Edén perdido! ¡Tremebunda hora
en que fué por la culpa amancillada!
¿Por qué el humano resistir no pudo
la insidia vil del tentador sañudo?

VII

¡Cuán horrible su torpe inobediencia
que le atrajo la cólera divina,
y á su estirpe la altísima sentencia
que á la incesante pena la destina!
Por la astuta serpiente su existencia
en un valle de lágrimas camina,
é inquieta y sin hallar dichas soñadas,
de la muerte penetra en las moradas.

VIII

El hombre era feliz; era inocente:
mostrábase fecunda, espiendorosa,
la tierra á su mirada sonriente,
sometida á su imperio venturosa.
Rey del mundo, á sus plantas mansamente
á la vez de la oveja candorosa,
el soberbio león sin su malicia,
apacible buscaba su caricia.

IX

Dióle una hermosa compañera el cielo,
con quien gozó tan inefable encanto;
pero la envidia, el vengativo anhelo
del torpe arcángel condenado al llanto,
al corazón tranquilo y sin recelo
sumir ansiaba en el mortal quebranto:
de su dicha privándole iracundo,
en su imperio soñaba y el del mundo.

X

Y de sierpe locuaz con la apariencia,
penetró en el Eden de saña henchido:
enroscóse en el árbol de la ciencia
do estaba el fruto por Jehová prohibido;
engañó á la mujer, cuya inocencia
despareció al acento maldecido...
y el hombre sucumbió, desobediente,
y á las iras tembló del Prepotente.

XI

De su cólera oyó el temible acento,
y oyó el castigo que á su culpa impuso;
lanzó á los aires su primer lamento,
y del Eterno se ocultó confuso.
¿Cuál de entónces, del mísero el sustento,
según el fallo celestial dispuso,
hallar, errante en su cansancio esquivo,
sobre una tierra ingrata á su cultivo?

XII

Lanzados del Eden ambos culpables,
de rubor y de pena el alma henchida,
de sus perdidos goces inefables,
la memoria es tormento de su vida.
La inquietud, la fatiga inevitables
del trabajo en la tierra endurecida
ven de sus hilos, que en el sueño adquieren
el vigor que sus brazos le requieren.

XIII

Pasó la noche pavorosa y muda.
El adusto Caín y Abel sencillo
despiertan, con la faz aquél sañuda,
y éste en sus ojos con el dulce brillo
que da la paz del corazón sin duda.
Por la fértil colina el cabritillo
conduce luego Abel: Caín cultiva
la tierra á sus afanes productiva.

XIV

Mas antes cada cual en la alborada
ofrece el fruto que acopió su mano
al Altísimo Ser. En vil celada
del crudo tentador el soplo insano,
esparce el humo de la mies quemada
por Caín en ofrenda. De su hermano
en tanto desde el ara en blanca nube
el holocausto hacia los cielos sube.

XV

El angel velador de la existencia
de Abel, aviva con sus alas puras
el fuego que refleja la vehemencia
del amor al que impera en las alturas.
El espíritu infando en su inclemencia
de Caín las siniestras amarguras
aumenta al apagar su débil llama
que en él los celos y el rencor inflama.

XVI

No le es bastante á su ambición proterva
el destino feliz trocar del mundo,
ni del humano sér la suerte acerba
haber causado con su acento inmundo;
el ánsia horrible en su rencor conserva
de abismarle por siempre en él profundo,
y hará que á la venganza, al negro crimen
su astuta y fiera sugestión le animen.

XVII

Al infeliz fascina con su acento,
de su hermano mostrándole insidioso
é invisible á sus ojos, el contento,
la dulce paz de su semblante hermoso.
De la venganza el aguijón cruento
clava en su rudo corazón gozoso,
y aquel delirio á concebir le induce
que el horror inmensísimo produce.

XVIII

«¿Por qué la pura ofrenda, así le dice
el rebelado Arcángel en su anhelo,
de tus mejores frutos ¡infelice!
al cielo das, si los desdeña el cielo?
¡No los tuyos Caín, Jehováh bendice!
A tal ingratitud, ¿nunca el recelo
tuviste que aceptada fuese sola
la res que como tú, tu hermano inmola?

XIX

«¡Inútil es tu afan; tu celo es vano!
Si las primicias de la tierra escojes,
preferidas por Dios las de tu hermano,
con ellas ¡ay de tí! quizá le enojes.
La venganza al desprecio está en tu mano:
que al solo medio de triunfar te arrojes.
De su sueño tu hermano aborrecido
jamás despierte, por tu diestra herido.»

XX

Luzbel exclama; y con insidia horrible
el rencor de su víctima acrecienta.
El angélico ser oye al terrible
espíritu del mal, y la cruenta
sujestión de su saña inextinguible,
y á los túrbidos celos que alimenta,
ya inmolado recela en tanto odio
al inocente ser de que es custodio.

XXI

El angel puro con divino acento,
los espacios llenando de armonía,
al réprobo fatal del crudo intento,
acongojado, disuadir ansía.
A su vez siente el malo igual tormento
que al ser vencido con su hueste umbría.
¡Cuán amargos entonce á su memoria
el bien perdido y la perdida gloria!

XXII

«¡Desgraciado!, prorrumpe, ¡oh ser precito
que sobre nubes de zafir y oro
en la excelsa mansión del Infinito
feliz te hallaste en el celeste coro,
y en tus labios el cántico bendito
de eterna adoración, y aquel sonoro
de amor, himno incesante, en la inocencia
tuvíste ante la Sacra Omnipotencia;

XXIII

¿Aún no le basta á tu rencor cruento
causar del hombre la angustiosa pena
al apurar la hiel del sufrimiento
á que el justo castigo le condena?
¿Por ventura será tu osado intento,
allí donde tu orgullo se encadena,
por una eternidad triunfar al cabo,
hacer al hombre tu infeliz esclavo?

XXV

El príncipe del mal rugiendo en ira
levanta al punto la soberbia frente:
aquel acento celestial le inspira
nuevos celos y cólera impotente;
mos subyugado á su pesar se mira,
que á la nítida luz viva y fulgente
que difunde aquel ángel de la altura,
súbito ciega su mirada impura.

XXVI

¿Qué pretendes? exclama el iracundo,
¿De mí que pide el morador del cielo?
¿Qué aplaque mis furores contra el mundo
cuando ser su señor solo es mi anhelo?
Dueño del hombre, con placer profundo
venganza tomaré en su desconsuelo
de mi acerbo destino; y esta esperanza
es mi solo placer, es mi venganza.

XXVII

Así dice el procaz; y en el momento
de su víctima oprime el brazo inerte,
y de nuevo le excita al pensamiento
de abrir el mundo á la implacable Muerte.
El angélico ser hondo lamento
exhala entre las lágrimas que vierte;
la faz hermosa con su manto vela
porque el triunfo de Luzbel recela.

XXVIII

¿Y triunfará? ¡Qué horror!... ¿El fiero hermano
tras de la lucha que en su pecho estalla,
quizá al consejo cederá inhumano?
¿Cómo después á su conciencia acalla?
Ageno el dulce Abel del odio insano
que en su contra el malévolo avasalla,
tranquilo, alegre, cuando el sol ya luce,
sus mansas reses á pacer conduce.

XXIX

Cual el tigre feroz que de repente
se lanza á herir la descuidada presa,
así al golpe mortal rasga la frente
del hermano el hermano en vil sorpresa.
¡Ya en el mundo corrió sangre inocente!
¡De alentar una vida en él ya cesa!
¡Ya hay un ser que no abriendo más sus ojos,
da á la tierra el primero sus despojos!

XXX

Ronco grito de júbilo extremece
los insondables senos del profundo,
y la pálida muerte comparece
del antro horrible ante el monarca inmundo.
Su gratitud y sumisión le ofrece,
porque el imperio le otorgó del mundo,
y audaz con él, de su séquito armada,
hará en sus reinos su triunfal entrada.

XXXI

La cólera eternal que del culpable,
mísero Adán, sobre la frente vino,
aplacóse, y en breve la inefable
piedad del alto Sér y amor divino,
mitigarán el lloro inconsolable
del hombre resignado á su destino,
y que elevando á Dios sus bendiciones,
de Dios gozaba los inmensos dones.

XXXII

Mas del malvado el fratricidio horrendo
de nuevo al punto en el empíreo inflama
las iras del Creador. Extremeciendo
cielo y tierra otra vez, su acento clama,

en hondo espanto al criminal sumiendo.
¡Tiembla Caín! ¡La vengadora llama
de su eterna justicia el Prepotente
fulmina ya sobre su indigna frente!

XXXIII

«¡Caín! ¿Qué hiciste de tu hermano?» Airada,
aterradora voz dice en la altura;
y trémulo el inicuo,—«¿encomendada
me fué su guarda?», con terror murmura.
Y piedad y perdón, anonadado
de su crimen al peso el alma impura,
demanda del que huir pretende en vano,
de la sangrienta sombra de su hermano.

XXXIV

«¡Sé maldito, Caín! Do quier que fueres
la mancha llevarás de tu delito;
borrar la sangre de tu faz no esperes;
horror tu vista causará infinito:
negado te será cuanto quisieres;
cuanto toques será luego maldito,
y errante sin cesar, de tí enemiga,
sea tu sombra tu espanto y tu fatiga.

XXXV

»¡Sé maldito, Caín! Vé fugitivo,
sin consuelo en tu mísero aislamiento;
halla estéril el campo á tu cultivo,
sea la vida que alientas tu tormento:
no halles tregua jamás ni lenitivo
á tu horrible y tenaz remordimiento.
¡Sé maldito, Caín! ¡Tu descendencia
con espanto recuerde tu existencia!»

XXXVI

Dice el Eterno: en la culpable frente
con inmenso dolor, fiera amargura,
la marca impresa de tu crimen siente,
y por do quiera vaga á la ventura
Luzbel con gozo vil vé al delincuente,
en su horrible demencia ó su pavura,
ora huyendo á sí mismo, ora afligido,
de su misma conciencia perseguido.

XXXVII

¡Llega, madre infeliz! Tus hijos mira
por tu primera culpa, al uno infame,
y bajo el peso de la eterna ira;
y al otro... ¡es vano que tu voz le llame!
¡Llega, mísero Adan! ¡Gime y suspira!
Por tu progenie el corazón derrame
amarguísimo lloro, y mudo advierte
la terrible presencia de la muerte.

XXXVIII

«¡Desde ahora sé ya reina del mundo,
á esta dice Luzbel. Tiende tu vuelo
de uno á otro confín! Séate fecundo
de esterminio y de lágrimas tu anhelo.
¡A la discordia, en mi rencor profundo,
conduciré ante tí, y el llanto, el duelo
anuncie tu presencia al ser humano
sometido á tu imperio soberano!»

XXXIX

Así aclama el impío á la siniestra
diosa á quien juzga la obediente esclava
que le debe aquel solio en que se muestra,
y que su encono de allanarle acaba;
mas celestial espíritu á la diestra
que eterno lecho á los humanos cava,
sus víctimas designa. Furibundo,
abísmase el vencido en el profundo.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

JOYAS LITERARIAS

ENSAYO CRÍTICO

SOBRE ALGUNAS ÉPOCAS

DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

POR

D. GABINO TEJADO

Año 1853

I

Las constituciones, en materia de arte, me parecen lo mismo que en materia de política. El arte, en cada país tiene, como la sociedad que lo puebla, sus condiciones tópicas, que no pueden ser arbitrariamente alteradas por ninguna combinación de preceptos fundamentales; pues aunque sea ésta lo más ingeniosa del mundo, flaqueará por su base desde que aspire á otra cosa más que á consignar lo ya existente, concediendo muy poco al espíritu de novedad. La invectiva aplicada á las constituciones fundamentales de cualquier especie que sean, es un contrasentido; no se inventan el clima, ni las tradiciones, ni los hábitos de un pueblo; y justamente una constitución no puede ni debe ser más que el registro general, digámoslo así, de las necesidades y recursos especiales, que imponen á la vida de un pueblo sus hábitos y sus tradiciones.

Pues bien; la literatura y el arte, que son parte integrante de la vida de un pueblo, tienen también sus hábitos y tradiciones propias, que no pueden ser desatendidos sin que perezcan el arte y la literatura. Si por desdicha han ocurrido en una sociedad trastornos tales que súbita y violentamente han borrado de la memoria de sus individuos sus tradiciones comunes, entonces para aquella sociedad difícilmente son ya posibles ningún arte y ninguna literatura. ¿Sucedería algo de esto en nuestra España? Francamente; quiero creer que no, y, sin embargo, no puedo menos de temer que sí. Examinemos la cuestión, porque vale la pena, con relación á nuestra literatura, y en particular á la dramática.

En la literatura de un pueblo hay que considerar su fondo y su forma. Su fondo le constituyen las ideas y los afectos que en aquel pueblo ha engendrado el desenvolvimiento de su civilización propia; por consiguiente, su Religión propia, su filosofía propia, su forma propia de gobierno, su origen histórico, las vicisitudes que son asunto de su historia propia y nacional. Esto constituye el fondo de una literatura. Su forma, como todas las formas, es más contingente, pues se compone de elementos tan variables como son la lengua, los caprichos de la moda, los métodos de enseñanza y otra porción de circunstancias externas, que en nuestra civilización actual, compleja é indeterminada como es, se suceden con una rapidez asombrosa.

Como quiera que lo que llamo el fondo de una literatura dada es más importante, menos contingente que su forma, no pretendo con esto decir que la forma sea indiferente, pues pienso, por el contrario, que en materia de artes el fondo y la forma son principios coexistentes y elementales de una misma sustancia, indivisibles en la realidad, si bien en el orden meramente especulativo pueden ser considerados como diferentes. Lo que se llama el *genio de una lengua* no es más ni menos que las propiedades esenciales y características que en ella ha ido depositando todo un pueblo en toda la sucesión de sus varias generaciones, y justamente por esta razón es la lingüística una de las partes principales de los estudios históricos. Por consiguiente, no puedo yo creer que la lengua de una literatura, aunque no se la considere sino como elemento de su forma externa, sea un mero accidente, sin importancia esencial y absoluta.

La versificación misma, elemento de la forma ya menos importante que la lengua, tiene sus límites propios en cada literatura especial, que no pueden traspasarse sin menoscabo de la belleza. Yo no concibo, por ejemplo, una comedia de Calderón escrita sin rima, ni *Las Mocedades del Cid*, de Guillén de Castro, escritas en romance endecasílabo. Y si en solo un cambio tan accidental en la apariencia como es el de la versificación, se habian de encontrar diferencias tan esenciales, ¿qué sería si lo cambiado ó lo simplemente alterado fuera, no ya la versificación, sino la lengua?

Sin embargo, no se puede desconocer que en una comedia de Calderón bien traducida (al francés, por ejemplo, que es una de las lenguas de genio más opuesto al del habla de Castilla) todavía, á pesar de haber desaparecido la forma de la obra, quedaría intacto su fondo. Si la traducción era fiel, en ella estarían los caractéres de los personajes, las creencias y afectos, los sentimientos y las ideas propias de la literatura española en tiempo y en labios de Calderón. Y he aquí de qué manera, aun en la realidad misma, son divisibles hasta cierto punto el fondo y la forma de una literatura. *Hasta cierto punto* digo, porque en último resultado, es bien seguro que al comparar la comedia original y la traducida, por acertada que fuese la traducción, siempre á los ojos del arte serían obras muy diversas.

Tan verdad es esto, que se tiene por axioma, y el sentido común lo dicta efectivamente, que no conoce una literatura el que no conoce la lengua de esta literatura. De lo cual puede sacarse, y dicho sea de paso, una buena regla para conocer el valor literario de una obra cualquiera. Si la lectura ulterior del original no produce á un hombre ilustrado y de buen gusto sensaciones diversas de las que produjo la traducción, la obra original vale poco, ó no es en rigor una obra literaria.

Por donde se ve que lo que constituye el carácter verdaderamente literario de una obra, puede ser y de ordinario es, muy distinto de lo que constituye lo que hemos llamado el fondo de una literatura.

¿Deberáse deducir de aquí que, en resumen, lo más importante de una literatura es su forma? No; porque semejante deducción, llevándonos al mero culto de la forma, que es el paganismo literario, nos daría por resultado una literatura frívola, sensual, inmoral, irreligiosa, atea. Mas ¿por huir de este peligro, deberemos proclamar que la forma, siendo indiferente y puramente accidental, debe ser de libre, libérrima elección en cuanto no se oponga á las condiciones esenciales del fondo? No; porque la anarquía de las formas, truncando, necesariamente, la unidad del fondo, y alterando, necesariamente también, su naturaleza, nos daría por resultado la muerte de toda literatura posible.

Las formas necesitan un centro de unidad que las dirija y fecunde, y este centro de unidad es el mismo para las formas que para el fondo; á saber: las tradiciones. Ideas tradicionales, afectos tradicionales; el recuerdo grato y común de las desdichas comunes; el estudio y la inteligencia, en fin, de la Historia nacional: aquí está la unidad del fondo. Lengua tradicional, modificada con grande parsimonia y sólo por quien tenga grande autoridad, y jamás contra lo que exige su *genio* propio; resistencia tenaz y valerosa contra las invasiones del extranjerismo, cualquiera que sea el disfraz con que se vista; estudio concienzudo del estilo de nuestros grandes escritores; conservación perpetua, y, por decirlo así, amorosa de los géneros literarios en que aquéllos se han distinguido; desconfianza sistemática de toda novedad que se presente con pretensiones de revolucionaria: aquí está el centro de unidad para las formas.

Respeto á las tradiciones en cuanto al fondo; respeto á las tradiciones en cuanto á la forma. Sólo así tienen vida y vigor las literaturas; sólo con estas condiciones se desenvuelven siempre bellas y lozanas en la sucesión de los tiempos; sólo con estas condiciones se modifican y reproducen de una manera conveniente. Es preciso inculcar bien en la juventud estudiosa, este principio fundamental de todo progreso literario.

Y ahora pregunto: ¿qué elementos constituyen respectivamente el fondo y la forma tradicionales de la dramática española? ¿En qué sentido puede llamarse modificable el primero? ¿Hasta qué punto es lícito alterar la segunda?

Hay aquí cuestiones que pueden resolverse *á priori* por las reglas comunes á toda literatura, de cualquier país y de cualquier tiempo; y otras que no pueden resolverse sin tener en cuenta multitud de

UN NAUFRAGIO

hechos realizados en nuestra historia social, y por consiguiente, en el progreso de nuestra literatura. A todo atenderemos en cuanto nos sea posible.

Las ideas y afectos que constituyen el fondo de nuestra antigua dramática están ya muy deslindados, y pueden clasificarse con plena exactitud. Son ni más ni menos que el reflejo de las ideas y afectos que constituían el fondo, el espíritu vital de nuestra antigua España, tal como la habían formado las continuas y poéticas vicisitudes de la Monarquía, al terminar el siglo XVI. Son el producto de una lucha tenaz y prolija contra el islamismo, de la cual era como un corolario la no menos tenaz y violenta lucha entablada contra la herejía. Son el resultado de ocho siglos de comunicación forzosa y no interrumpida entre la raza goda, de carácter austero, grave, independiente, y la raza arábiga, sensual, arrogante y bulliciosa.

De la comunicación de estas dos razas en la paz y en la guerra; de la mezcla y fusión de algunos de sus caractéres respectivos, procedió aquella España ascética, guerrera, pundonorosa, galante, romancesca, en fin, que vemos pintada en el vastísimo cuadro de nuestro teatro nacional.

Dios, el honor y la dama son el culto de nuestros poetas clásicos, como lo eran del pueblo en quien tomaban sus tipos. Un poco fanáticos como lo era el pueblo; crueles en lo relativo á la conservación y vindicación de su honra; fieles enamorados, con más platonismo que sensualidad, los personajes de nuestro teatro clásico no son creaciones arbitrarias, tipos puramente imaginados en la fantasía del poeta, ni tomados de orígenes exóticos, sino de imágenes poetizadas de la realidad de aquellos tiempos. La religión, el honor y la honesta galantería constituían el espíritu vital de la dramática, porque constituían el de la sociedad: los poetas, sin dejar de serlo, eran historiadores; y si alguna prueba se necesitara de lo poética que era aquella sociedad, bastaría ver, como se ve probado en nuestro antiguo teatro, que las obras más poéticas son precisamente aquellas en que con más viveza y fidelidad se retratan las costumbres de entonces. Y es de notar que ordinariamente el mérito de las obras esta en razón directa de la elevación propia de cada uno de aquellos tres grandes principios que más especialmente habían guiado la inspiración del poeta.

La obra en que domina el principio religioso, suele valer más, filosófica y literariamente considerada, que las consagradas al culto del honor, y estas últimas suelen valer más que las puramente amorosas. Calderón (y no se extrañe que lo citemos tanto, porque este poeta nos parece el prototipo de nuestro Parnaso dramático), es ameno, elegante é ingenioso, cuando trata los *Empeños de un acaso*, *Peor está que estaba*, *Dicha y desdicha en el nombre*; es, no solamente ingenioso y elegante, sino trágico y terrible cuando nos pinta á *El médico de su honra*, cuando encuentra *A secreto agravio, secreta venganza*; pero cuando su vena inagotable se consagra á retratar *El cisma de Inglaterra*, á describir *El Purgatorio de San Patricio*, á contar las celestiales hazañas de *El mágico prodigioso*, á ensalzar los prodigios de *La devoción de la Cruz*, y en el riquísimo tesoro de sus *Autos sacramentales*, la mente del poeta se eleva á las regiones de la idealidad más sublime, y ora tierno como un idilio, ora terrible como una sibila, erige á la fama de su piedad el monumento literario más glorioso que cuentan los fastos de ningún pueblo civilizado. El mismo Tirso de Molina, cuya vena fácil, retozona, y de ordinario sobradamente libre, nos deleita con su travesura en *Por el sótano y el torno*, en *Marta la piadosa* y en *La gallega Mari-Hernández*, nos hace erizar los cabellos, cuando nos pinta á *El Rey D. Pedro en Madrid* y á *El condenado por desconfiado*.

Es inútil amontonar las citas. Cualquiera que haya leído de una manera algo más provechosa y detenida que por mero pasatiempo las obras selectas de nuestro antiguo teatro, sabe que las creaciones más sublimes, los caractéres mejor imaginados, las acciones mejor conducidas, y las locuciones más poéticas han sido inspiradas por la Religión. Del propio modo que la Religión era el grande asunto de nuestra sociedad, era también el primero en fecundidad y en belleza para nuestra literatura. Después venía el honor: el amor en último lugar. Nuestros poetas pensaron sus obras, clasificaron, si así puede decirse, sus creaciones, y educaron sus grandes ingenios según el orden de importancia que absolutamente puede señalarse á los géneros de belleza en materia de artes. La excelencia de sus inspiraciones se gradúa según la idealidad más ó menos pura del asunto que tratan: cuando tratan de honor, valen más que cuando tratan de amor: y cuando tratan de Religión, valen más que nunca. Nuestra poesía clásica es el triunfo permanente del espíritu sobre la materia: los intereses puramente mundanales, los que llamamos intereses positivos en estos tiempos de materia y de prosa, apenas tienen espacio ni lugar en nuestra literatura: por eso no hay en ella nada que repugne: por eso no hay en el fondo de ella nada que pueda rechazar la piedad más profunda, la moralidad más severa, el idealismo más exigente. Por eso es y será un eterno modelo de belleza poética donde quiera que se tribute al arte un culto debido. Por eso, y sólo por eso, ha perdido gran parte de su favor y renombre en esta sociedad y en estos tiempos sin idealidad y sin belleza. No se la busca, porque no se la conoce: y se la desconoce, cuando se la encuentra, porque no hay ojos ya para mirarla, ni virilidad en la inteligencia para comprendela, ni brío en el corazón para sentirla.

II

El carácter que más resalta en la forma de nuestro antiguo teatro, es la uniformidad, y casi pudiéramos decir la monotonía de sus elementos constitutivos, que nos representa como vaciados en un mismo molde á los ingenios y las obras de aquella edad eminentemente literaria.

No significa esto que cada poeta dejara de tener su estilo propio; pues dado que esto no es posible, por regla general en ninguna época literaria, sería mucho menos verosímil y concebible respecto á nuestro siglo XVII, edad de oro de la dramática española. Si es verdad que lo que principalmente realza é inmortaliza una obra literaria son las propiedades de su estilo, hasta el punto de que muchas no son célebres por otra calidad y sólo por virtud de ella viven con aplauso en la memoria de los hombres, ¿cómo había de faltar en todos y cada uno de los grandes ingenios entre quienes hoy dividimos nuestra admiración y aplausos? ¿Quién no ve descollar como calidades primarias de su respectivo estilo la ternura y suavidad en Lope, la pompa y energía en Calderón, la sentenciosa sobriedad en Alarcón, la facilidad y viveza en Tirso? Mas no deja de ser cierto que, reconocidas y confesadas estas respectivas calidades individuales de nuestros célebres ingenios, domina en todas sus obras una especie de cánon general y común de formas, que por su misma generalidad prestan á nuestro antiguo teatro los caractéres que le determinan.

Desde luego, y tomando para nuestra observación el objeto más material de una obra literaria, lo que pudiéramos llamar su estructura, vemos que la mayor parte de las de nuestro antiguo teatro tienen una misma extensión y distribución. No hallamos ni las pieccitas en uno y dos actos del teatro moderno, ni los voluminosos dramazos que han venido al mundo literario cuando la literatura ha sido pagada al peso. La división en tres jornadas de dimensiones poco diferentes, es casi sacramental.

La misma comunidad de formas encontramos por lo general en la concepción y desempeño de lo que pudiéramos llamar la economía interior de aquellos dramas. En este punto, la comunidad de formas procedía, en parte, de los recursos materiales con que por entonces contaba el arte escénico, pero más principalmente de la índole de asuntos que se trataban por nuestros poetas. La literatura de aquel entonces no era, por fortuna, como es, por desgracia, la de hoy, tan impudente y entrometida, que espiara los más sagrados arcanos del hogar doméstico, y que sacara á la vergüenza los más ocultos resortes del corazón humano. Este género de Inquisición presuntuosa que por malos medios y con peores fines ejerce nuestra literatura contemporánea, estaba exclusivamente reservada en la antigua sociedad española al exquisito celo de la Iglesia, la cual indagaba, escudriñaba é intervenía en las ideas y los afectos y los hechos íntimos del individuo y de la familia, no por complacerse en un vano y descar-

nado análisis de las humanas miserias, no con el impío propósito de ofrecerlas en espectáculo al pueblo para lacerar sus entrañas y embotar su sensibilidad á fuerza de ponerla constantemente en durísimo ejercicio, sino guiada por el espíritu de caridad, que reprende en silencio y sin sarcasmo, que corrige sin agravio del corregido, que castiga sin cegar las fuentes del bien en el corazón del castigado. Por eso, en nuestro antiguo teatro no hay mujeres adúlteras, ni hijos que envenenan á sus padres para heredarlos más pronto, ni especuladores de amor, que abusan de tan bello sentimiento para saciar su vanidad ó su codicia, ni padres ó maridos complacientes que sacrifican el honor de sus hijas ó sus esposas por ganar medros en el mundo. El hogar doméstico y el santuario de la conciencia individual son tan sagrados en nuestro teatro antiguo, que apenas se hallará en todo su repertorio el personaje de una madre; cabalmente, porque la madre es como el símbolo y concentración del hogar doméstico, y como el receptáculo, por decirlo así, de las ideas y afectos íntimos que en el hogar doméstico viven, que allí deben estar ocultos á las miradas del vulgo profano, donde no debe tener imperio mas que la Religión, tutora exclusiva y única y legítima censora de la familia y del hogar doméstico.

(Se continuará.)

BREVE MUESTRA
DE
POESIA ALEMANA

DIVIDIDA EN

COMPOSICIONES MORALES, LITERARIAS, JOCOSAS Y RELIGIOSAS

traducida del original

POR EL P. RAMÓN GARCÍA, S. J. (1)

PRÓLOGO

Cosa conveniente me pareció mientras que viví en Alemania adquirir algún conocimiento de la lengua y literatura de aquellas gentes, y escogí la poesía con preferencia, menos por la afición que desde joven he tenido á las musas, que por los muchos y señalados poetas que allí han florecido de un siglo ó algo más á esta parte.

Probé, pues, si mis débiles fuerzas alcanzarían á vencer la dificultad que hay en trasladar en versos castellanos algo siquiera de lo mejor que dejaron escrito, y después de algunos años de tentativas, me hallé al fin con la breve muestra que aquí presento á la indulgencia del público.

RAMÓN GARCÍA, S. J.

MORALES

EL AMIGO

¡Oh! tú de *amigo* regalado nombre;
Fruto de amor, dulzura de la lengua;
Asilo de orfandad y prez del hombre;
Libertador de calabozo y mengua;
Tesoro inagotable de la vida;
Fiel compañero en el placer y el llanto;
Consolación de llaga dolorida;
Paz de azaroso pecho y dulce calma...
¿Qué más diré? No he dicho, con ser tanto,
Que es el amigo la mitad del alma.

HERDER.

BENEFICIO EXPONTÁNEO

¿Ves cómo á la mañana deseado
El sol dorado
Abre el seno al jazmín? ¿Ves cuán serena
La luna pasa de placeres llena?
¿Ves luego, no rogada,
Venir callada
La nube á dar contento
A val sediento
Con la lluvia que aplace?
Así el hombre benéfico lo hace.

HERDER.

LOS CABALLEROS DE SAN JUAN

Bizarramente al talle vuestro asienta
La honrosa cruz y formidable malla,
Cuando como leones en batalla
Acre y Rodas os ven en lid sangrienta;
Y cuando en Siria inhóspita y sedienta
El fatigado peregrino os halla,
O ante el Santo Sepulcro, á fuer de valla,
Con el desnudo acero en guardia atenta.
Mas empero ostentáis la gallardía
Cuando humilde avantal después ciñendo,
Cabe lecho de afán y de agonía
Estáis á los dolientes asistiendo,
Y el pan á todo lánguido partiendo,
Como el divino Capitán hacía.
Excelsa Religión: tú sola fuiste
La que en la noble sien de héroes cristianos
Las dos flores más gayas por tus manos,
Denuedo y *humildad*, entretejiste.

SCHILLER.

ENRIQUE IV

En un salón de palacio
Enrique el Grande jugaba,
Y en cuatro pies á su hijo
Riendo encima llevaba.
Se abrió de pronto la puerta,
Y el embajador de España
Entra y ve de aquella forma
A tan glorioso monarca.
Alzó la cabeza el héroe,
Y quedando como estaba,
—¿Eres padre?—le pregunta.
—Señor, lo soy, á Dios gracias.
—Bien, bien; así acabar puedo
La vuelta de dar á gatas.

PFEFFEL.

LA MENDIGA

INGENIO Y VIRTUD

¡Cuán hermoso es Homero, cuán facundo,
Cuán rico, cuán sublime, cuán divino!
Pero alargar la mano al gemebundo
Pobre á quien pisa bárbaro destino,
Un acto sólo de virtud, paciencia,
Moderación, honestidad, clemencia,
Un acto sólo de virtud sincero
Veces mil vale más que el grande Homero.

HAGEDORN.

LA GATA, LA RATA MADRE Y SU HIJO

GATA. ¡Qué mono, qué bonito!
¡O cuánto yo te quiero!
Acércate, chiquito,
Y te daré un besito.
MADRE. No te apartes de mí.
GATA. Sal, sal del agujero,
Y ven saltando aquí:
Un beso, y estas nueces
Son todas para tí.
HIJO. ¡Ah madre, qué ternura!
¡Lo dice tantas veces!
Corriendo voy allá.
MADRE. No vayas, hijo mío.
GATA. Sí, prenda, ven acá.
¿Ves esta rica torta?
¿Ves este queso frío?
Ven á buscar dulzura
Con paz y con hartura.
HIJO. ¡Con qué afición me exherta!
¡Ah madre! déjame.
MADRE. No lo consentiré.
HIJO. ¿Semblante tan honesto
Que es malo me dirás?
Me escapo y voy sin más.
GATA. Loquillo, lo verás.
HIJO. Socorro, madre, presto;
La ingrata me ha engañado.
¡Ay, ay, que me destroza!
MADRE. Es tarde, desdichado;
Que ya para escarmiento,
De su pérfidia goza.
Tu presunción fué mucha;
Aviso, quien no escucha,
No espere valimiento.

WILLAMOR.

(1) La presente bellísima colección de poesías, traducidas por el Sacerdote jesuita R. García, es inédita, honrándose hoy LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA con la primera publicación de este primoroso trabajo de un autor que si en vida no logró toda la fama á que con mucha le hicieron acreedor, es justo que obtenga hoy, después de su muerte, las loas y la consideración debidas.—*(Nota de* L. I. C.)

A MIS AMIGOS

Os lamentais, queridos,
Porque tan presto vuela
Con todos sus halagos
La rica primavera,
Y la vereis ornada
Volver de pompa nueva.
Mas justa el pecho exhale,
Más triste y honda queja:
¡Ay! de la dulce vida
La edad más hechicera,
Huye sin esperanza
De que en los siglos vuelva.

BLUM.

A MI MADRE.

Tú en cuyo dulce pecho
Me rió placentera
Bajo benigno techo
La alborada primera:
Tú que al darme la vida y sangre pura
Gérmenes me instilaste de ternura.
En tu seno amoroso
Aprendí muy temprano,
Honesto á ser, piadoso,
Prudente á ser y humano,
Y amigo de almas nobles, fiel, constante,
Y de las musas cándidas amante.
¡Cuántas veces, señora,
Del sueño aún no halagados
Tus ojos vió la aurora
Y en lágrimas bañados!
¡Cuántas lecho afanoso fué testigo
De inexplicable amor para conmigo!
¡Cuántas al ahuyentarse
El astro rey del día,
Y entre nubes llevarse
Resplandor y alegría,
De mí en pos espiabas cada paso,
De amor y de temor el pecho laso!
Y del labio materno
Fervoroso gemido
salía: «Dios eterno,
»Protege á mi querido
»Por bosque opaco ó peligrosa playa,
»Y angélica á su lado hueste vaya.»
Corred, lágrimas pías.
En gratitud copiosas,
Bañad, lágrimas mías,
Las cuerdas sonorosas:
Angeles, y vosotros buenos tanto,
Decid cuál es de amor mi fuego santo.
Decid que de anhelante
Deseo me consumo,
De madre tan amante
Digno de ser, y sumo
En esto mi ventura, y le dedico
Todo mi aliento ya feliz y rico.

BLUM.

EXCELENCIA DE LA MUJER

COMPARADA CON EL HOMBRE

¡Honor á la mujer! Ellas las flores
De la vida mortal teje oficiosa;
Ella ilesos conserva los candores
Del casto amor, y cubre la graciosa
Beldad con velo púdico, mayores
Dándole esmaltes. Ella cariñosa,
Con la terneza que en el alma tiene,
El santo ardor de la piedad mantiene.
Vagarosa en vedadas regiones
Va del hombre la indómita audacia,
Y al empuje de fieras pasiones
Anhelando irrequieto se espacia
Por el golfo de túrbido mar.
Corazón que aborrece la calma,
Mano ansiosa al futuro tendida,
Turbulento delirio del alma,
Entre sombras falaces perdida
Vana imágen de sueño en buscar.
Mas con una mirada lisonjera
Que al hombre prende, á la mujer adorna,
Del error donde el triste pereciera
Mágicamente á salvación le torna.
Esta humilde morada placentera,
Y cual fecunda oliva se contorna
Del fruto en quien están sus dulcedumbres,
Espejo fiel de cándidas costumbres.
Opresor y tirano y horrendo
Es del hombre el esfuerzo pujante,
De imposible á imposible corriendo,
Y á furioso huracán semejante
De su brazo la cólera hostil.
Hoy levanta palacio cual monte,
Y mañana feroz le derroca:
Si hasta el sol los deseos remonta,
Cuando apenas feliz ya los toca,
Mil cual hiedras renacen y mil.
Mas de tácita gloria satisfecha,
Coje la flor del presuroso día,
Prudente la mujer, y se la estrecha,
Y en el seno le dá más lozanía.
Es más libre su espíritu en la estrecha
Cárcel de su recinto. Su poesía
De más noble invención, más voladora,
Y de saber más dones atesora.
En el pecho el varón orgulloso
No conoce de amor la dulzura,
Y se cierra á otro pecho amoroso
Que por él se deshace en ternura,
Que suspira, que vive por él.
De las almas ignora el trocarse,
Derretirse no sabe en el llanto,
Ni fineza con otra pagarse
Cuanto es dulce. No, no, para tanto
No hay cabida en su pecho cruel.
Mas como el arpa eolia, si movida
Del céfiro suave, al punto suena,
La mujer de este modo conmovida
Siente de suavidad el alma llena;
O bien palpitación enternecida,
Imágen solo al ver de alguna pena,
Y con el llanto y perlas de los ojos
Deshace victoriosa mil enojos.
Donde manda soberbio Potente,
No razón, fuerza si vale solo,
Triste yugo del persa indolente,
Dura espada al escita en el polo,
Guerra atroz del igual al igual.
Y discordia aparece iracunda
Sacudiendo en la mano la tea,
Luego al punto que en noche profunda
Ay! se esconde do nadie lo vea
Fugitivo el amor fraternal.
Mas la mujer con hechizante ruego
De amistad los derechos reivindica;
La llama extingue del encono ciego,
Las irritadas fieras dulcifica,
Las espadas odiosas echa al fuego,
De la voz los encantos multiplica,
Y con ella ¡oh poder! los duros brazos
Une en amor de venturosos lazos.

SCHILLER.

LA COMPASIÓN

Á LAS HERMANAS DE LA CARIDAD

Veces mil bendita seas,
Compasión, virtud hermosa,
Que con mano deleitosa,
Que con tierno corazón,
Como madre te recreas
En buscar al afligido
Y de amor prenda le llamas,
Y cual bálsamo derramas
En su pecho desvalido
Lágrimas de bendición.
Tu socorro acalla el ruego,
Vas al bien apresurada,
Y en tu espíritu, llevada
Del hervor de caridad,
Ansia vive como fuego
De tender las dulces manos,
Y delante bienhechora,
De la pobre espigadora
Los manojos más lozanos
Sueltos dejas por piedad.
Tú de vino confortante
De la triste viuda llenas
La vasija, y en las venas
Le restauras el calor.
Tú la risa en el semblante
De la pálida mejilla
Imprimiendo, y al que gime,
No la carga le lastime,
Aliviando, maravilla
De paz eres y de amor.
Tú solícita y clemente
Lejos sales al camino
A traer al peregrno
A la lumbre del hogar.
Y á la huérfana doliente
Del sepulcro de su madre
Dulce arrancas, y un lamento
Por si flebil cruza el viento,
Al expósito sin padre
Vas las noches á buscar.
Tus palabras aun al duro
Reblandecen egoismo;
Tú preservas del abismo
De la inícua seducción:
De tu labio acento puro
Melodioso al triste oido
El pesar transforma en gozo,
Y al obscuro calabozo
Descendiendo al oprimido
Abres franca la prisión.
A los tristes corazones
Amorosa al pecho abrazas,
Y maternas son tus trazas
Junto al lecho del dolor;
Y el calzado antes depones,
Y te acercas silenciosa;
Y por último en la liza
Postrimera al que agoniza
Tú le enjugas afanosa
Con las trenzas el sudor.
No te vayas hasta el día
De mi lucha, en que apurado
Haya el cáliz ya pasado
Con feliz eternidad,
Tiernas plantas Dios te fia,
Júntalas al pueblo amante,
Sálvalas con firme pecho,
Sálvalas de tan deshecho
Torbellino: va delante
La infinita caridad

JUAN GAUDENCI, BARÓN DE SALIS.

EL GUANTE

De los fuertes paladines
Y las damas circundado,
Que la vista placentera
Ve lucir en los balcones,
Ya por momentos espera
Delante de sus jardines
El Rey Francisco, sentado,
La lucha de los leones.
Hace señal con el dedo,
Y al punto se abrió ancha puerta.
Sale un león: paso quedo,
Frente airada, vista incierta;
Bostezó pausadamente,
La melena sacudió,
Y en el suelo reclinó
La corpulencia potente.
Se abrió la segunda boca,
Y tigre horrendo desboca,
Que al ver al león tendido,
Da rencoroso bramido,
Y rugiendo y recelando,
Y largos giros tomando,
Y la cola rastreando,
Aunque la ira le enciende,
También en tierra se tiende.
Tercera puerta vomita
Con ímpetu dos leopardos
Tan veloces como dardos,
Que de espuma el suelo mojan,
Y con audacia infinita
Al tigre feroz se arrojan
Sedientos de cruda guerra;
Mas éste, sus, los aferra
Con la zarpa formidable;
Se alza el león espantable
Con temeroso rugido,
Terremoto parecido;
Sigue silencio profundo,

Y ni aun respirar se escucha.
¿Cuál será el fin gemebundo
De tan espantosa lucha?
Un guante, mano graciosa,
Tiró del regio balcón,
Y vino á dar ¡triste cosa!
Entre el tigre y el león.
Es de Cunegunda hermosa,
que riendo maliciosa
Dice á Dolerges así:
«Ahora veremos aquí
»Si vuestro amor, paladino,
»En quilates es tan fino,
»Tan acendrado y constante
»Cual me juráis cada día.
»Id á recoger el guante,
»Y ved que la prenda es mía.»
El paladino resuelto
Corre allá con paso suelto,
Atraviesa la estacada,
Y con mano denodada
De la tierra el guante coje.
¿Qué corazón no se encoge
De temor y horrible espanto?
Tranquilo sube á la sala
El caballero entre tanto,
Y allí de la bizarría,
De la hermosura y la gala,
Festivo aplauso á porfía
De tal hazaña resuena,
Y en señal de enhorabuena
Y de próxima ventura,
La joven era dulzura
Y delicia la mirada.
Mas él, atención pidiendo,
Dice con voz entonada,
«Señora, nada pretendo».
Y con mirar despreciante
A los piés le tira el guante.

SCHILLER.

Decía el poeta cuando la compuso, que le tiró el guante á la cara; pero después lo corrigió así:

«Y el paladino, inclinándose profundamente, dijo:»

Parece que lo primero era mucho, y lo segundo poco; y así he puesto que le tiró el guante á los piés, trocado el amor en desprecio.

Lo que no sé yo, es si el hecho sucedió en Francia ó en España. Ya de él, como de cosa acaecida en Castilla, hizo clara mención nuestro poeta Mira de Mescua, que florecía en el reinado de Felipe IV; pues en la comedia *Galán valiente y discreto* (acto IV, escena XII), dice así D. Fadrique á la duquesa Serafina de Mantua:

«En Castilla sucedió,
»Que una dama arrojó un guante
»En presencia de su amante
»A unos leones. Entró
»El galán y lo sacó,
»Y luego á su dama infiel
»Le dió en el rostro con él.
»Agravios no haré tan claros;
«Pero tengo de imitaros
»En ser conmigo cruel.»

(Se continuará.)

AVISO

Se ruega á los señores suscriptores que no hayan abonado el año actual, lo verifiquen antes del 15 de Diciembre, pues de no hacerlo nos veremos en la sensible, pero imprescindible necesidad de suspender el envío del número, con lo cual quedará incompleto el interesante tomo de este año.

Igualmente se suplica á los que deseen continuar favoreciéndonos, hagan su renovación en el próximo mes de Diciembre, con objeto de arreglar la tirada del periódico al número de pedidos.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de Paris y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

Todos señalan en la misma dirección.

Siempre que vemos que una veleta señala hacia el Este, inferimos que el viento sopla en aquella dirección. Y, sin embargo, podemos equivocarnos; porque la veleta puede estar oxidada é inmóvil, é indicarnos de este modo lo que no es verdad. Pero cuando vemos que una docena de veletas señalan al mismo tiempo en la misma dirección, estamos seguros de que no puede haber equivocación. Durante los últimos meses, los periódicos han estado publicando muchos incidentes que, todos en sí, dan la misma enseñanza, y el hecho de que todos esos incidentes hayan ocurrido en distantes partes del país, y se refieran á personas que no se conocen unas á otras, hace irrefutable la conclusión. Hoy vamos á presentar tres más de esos casos.

Miguel Ceresuela vive en Calatayud, y en Junio de 1891 se vió atacado de hidropesía, y se puso tan grueso que quedó del todo imposibilitado. Consultó, entonces, á varios Doctores que hicieron todo cuanto pudieron para curarle, pero que solo lograron combatir la enfermedad por breves intérvalos, y aun entonces hasta un reducido límite, pues casi siempre reaparecía inmediatamente y de una manera más alarmante. Evidentemente las medicinas suministradas por los Doctores no eran las propias para contrarestar el peligroso acrecentamiento de agua en los tejidos de su cuerpo. Continuó en esta situación, imposibilitado y sin remedio, hasta el Septiembre siguiente, en que un amigo recomendó al paciente que probase el Jarabe Curativo de la Madre Seigel como un remedio que durante los últimos años había estado logrando notables curas en todas partes de Europa. El resultado se consigna en una carta del Sr. Ceresuela, fechada en 16 de Abril de 1893, en la que dice:

«Siguiendo el consejo de mi amigo, envié por el Jarabe á la Droguería de Mariano Alvira, aquí en Calatayud, y empecé á tomarlo según se me instruyó. Al poco tiempo los riñones y los intestinos empezaron á despertar de su inacción, el agua se fué por sus vías naturales, no se formó ya agua nueva, y mi malestar desapareció. Ahora me hallo en robusta salud, y estoy apto para trabajar constantemente en la Fonda del Muro.

«(Firmado) Miguel Ceresuela.»

El Sr. D. Mariano Pineda, carpintero, número 21, Callijones. Málaga, dice:—«Sufría de una enfermedad de estómago; me faltaba el apetito, y no hacía más que tomar cualquier pequeña cantidad de alimento, y al momento me veía atacado de dolores en los costados y el pecho. Algunas veces sentía ganas de arrojar lo que había tomado. Me iba debilitando y hacía el trabajo con pena y dificultad; ninguna de las medicinas que tomaba me producía un buen efecto duradero. En este estado de tristeza y de abatimiento, leí acerca del Jarabe de la Madre Seigel; no podía yo decir si eran ó no realmente ciertas todas las curas que se le atribuían, pero yo no sabía ya lo que hacer conmigo, y me decidí á probar este remedio, de que tanto se hablaba. A la primera botella, experimenté ya un gran alivio, por lo cual continué su uso, y en la hora presente, gracias al Jarabe de la Madre Seigel, estoy completamente bien. Pero, ante todo, doy gracias á Dios, y le suplico á usted me perdone le moleste expresándole mi más sincera gratitud. De usted afectísimo.

«(Firmado). Rafael Pineda.

El doctor D. Francisco Gálvez Durán, de Padul, provincia de Granada, con fecha 14 de Abril de 1893, escribe á los propietarios del Jarabe de la Madre Seigel, lo siguiente:—«He tenido ocasión de emplear el Jarabe de la Madre Seigel en un caso desesperado de dispepsia, que se había resistido á todo otro tratamiento, y con sólo dos botellas de él obtuve un cura radical. La medicina de ustedes es fácil de tomar, y produce excelentes resultados en las enfermedades para las cuales se la recomienda.—En honor de la verdad, tengo el gusto de hacer pública esta declaración.

(Firmado.) Francisco Gálvez Durán.

A pesar del asombroso éxito del Jarabe de la Madre Seigel, y de sus manifiestas victorias en casos que por experimentados médicos se creían desesperados, no hay misterio de ninguna clase en cuanto al método por medio del cual las consigue. Está preparado bajo la base de que todas nuestras enfermedades comunes son debidas á la torpeza ó inflamación de los órganos digestivos, por medio del veneno engendrado en el estómago y esparcido en el cuerpo por el curso de la sangre. Y los hechos comprueban lo verdadero de esta teoría. La hidropesía (de que el Jarabe de la Madre Seigel curó al Sr. Ceresuela) no es más que un síntoma de la dispepsia, y desaparece cuando ésta se va. Lo mismo sucede en cincuenta de esas enfermedades que siembran en todas partes el sufrimiento y la muerte. Curad la indigestión y lo curareis todo; cuán fácil de escribir es esto; pero ¡cuán difícil de ejecutarlo! Y sin embargo, este remedio lo consigue, y así lo atestiguan, en todas las lenguas, un sin número de pacientes.

Si el lector se dirige á los Sres. J. A. White, limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales, frasquito, 8 reales.

LOS QUE TENGAN TOS
ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea.
Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

CREMA DE LA MECA
Importante receta para blanquear el cutis
Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.
Precio en París, 5 francos.
Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FELIPE PINTO
11, Flor Baja, 11.

PAPEL DE ARMENIÁ

Nuestros modelos de sombreros y capotas son los preferidos por las señoras elegantes.
Lo» de mañana, desde cuatro duros.
Gran surtido de sombreros de satén, alta novedad de la temporada.
Nuestra colección es siempre renovada con novedades.

THOMAS—Mayor, 30—MADRID

ESTACION DE INVIERNO

El más fino é higiénico de los desinfectantes perfumados para las habitaciones, especialmente en las de los enfermos, *un libro cincuenta céntimos*, las cajas con 12 libros y dos quemadores, 4,50 pesetas, al por mayor mas barato —enviamos gratis á quien lo pida, muestras y nota de precios.

BARQUILLO, 27 MAD. PERNETTE BARQUILLO, 27

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **el remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultados. Exigid firma y marca de garantía.*

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España y América

Depósito general: ALMERIA, Farmacia VIVAS PEREZ

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA
DE
VICENTE GARCIA MUSTIELES
(SUCESOR DE PÉREZ)
CALLE MAYOR, NÚM. 50
MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.
Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.
Se sirven los pedidos con toda prontitud.

ALMACEN DE RELOJES
EL MÁS IMPORTANTE DE ESPAÑA
GIROD Y FONTANEZ

En esta casa se encuentra á precios de fábrica desde el reloj más fino de Losada, Patek, Piquet, hasta el popular y seguro reloj Roskopf.
Es casa que merece ser visitada.

POSTAS, 25 Y 27

FÁBRICA DE GUANTES
J. F. IRUMBERRI
Calle de Fuencarral, núm. 7
Guantes, Corbatas, Bisutería, última novedad.—Guantes para señores Obispos, Sacerdotes y Colegiales.—*Encargos á provincias.*

BAZAR MÉDICO J. CLAUSOLLES BARCELONA
SUCURSAL EN MADRID
35, CARRETAS, 35 (frente á Correos)

Fábrica de aparatos ortopédicos, bragueros, fajas ventrales, instrumentos de cirujía, artículos de goma, higiene, etc.
Especialidad en la contención y curación de las hernias, por rebeldes y voluminosas que sean.—Gabinete de consultas abierto de diez á doce y de tres á siete. Los domingos de nueve á una.

Precios fijos baratísimos

CARRETAS, 35 (frente al buzón de Correos), MADRID

ES DIGNA DE SER VISITADA
LA NOTABLE
EXPOSICIÓN DE FLORES, PLANTAS
Y CORONAS
DE
G. KUHN SIETE SALONES PISOS PRINCIPALES CRUZ, 42

Sección 1.ª: Flores para vestir.—2.ª: Ornato de salón.—3.ª: Flor para iglesia.—4.ª: Flor para cementerio.—5.ª: Material para flores.—6.ª: Plumas y azabache para sombreros.
Siempre el PRIMER surtido en plantas de salón.—Ramos de altar y modelos de cristalería, mayólica y mimbre de alta novedad, decorados artísticamente con flores y plantas.

MEDICACION ANALGÉSICA
Solucion
y
Comprimidos
DE
EXALGINA
DE
BLANCARD
JAQUECAS
COREA
REUMATISMOS
DOLORES
NEVRALGICOS,
DENTARIOS,
MUSCULARES,
UTERINOS.
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento
CONTRA EL DOLOR
PARIS, rue Bonaparte, 40

GRAN CERERIA
ESPECIALIDAD

en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABEJAS para el **Culto católico,** y con buenas mezclas, de varias clases y precios.
BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.
CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS
ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES
de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones.
Casa fundada en 1808. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar
PRINCESA, 40 SALVADO Y SALA BARCELONA
Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

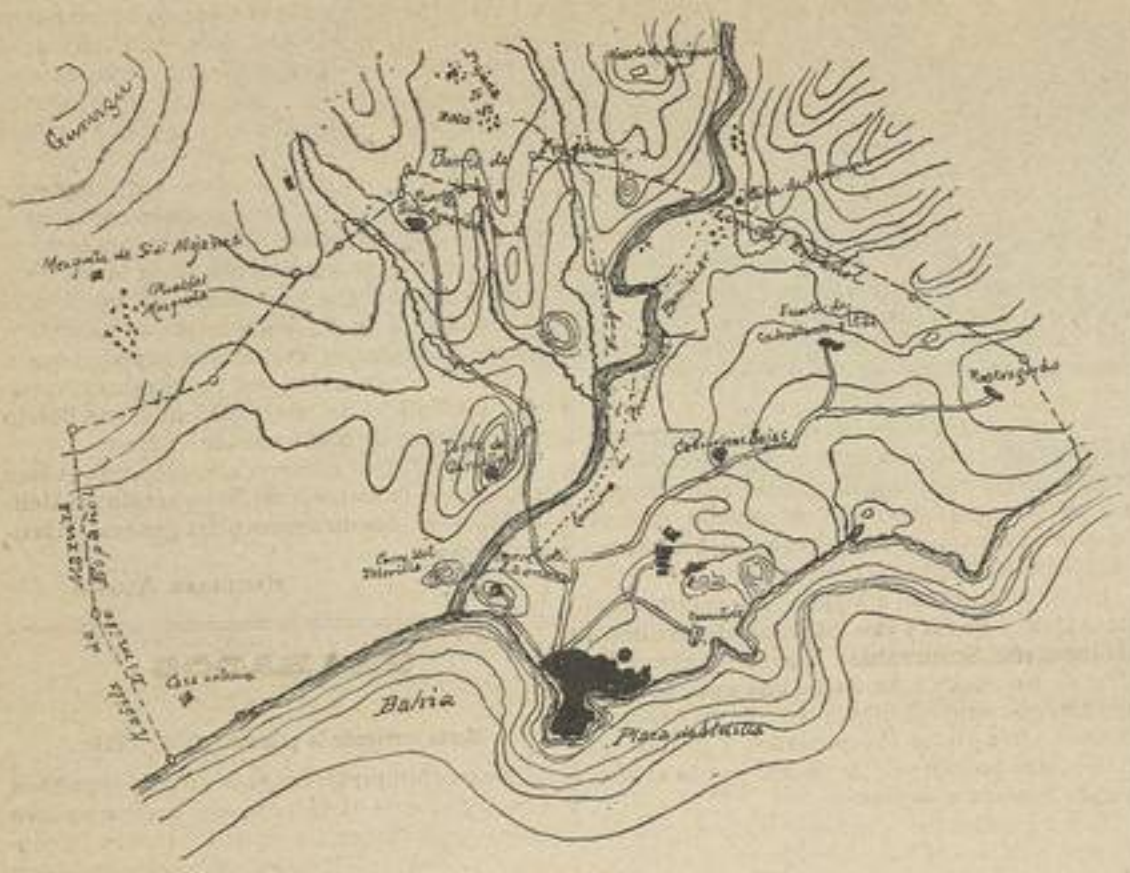
EPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 8 17½ ps. fs.
Un año..... 4 »

NÚMERO 23.—Madrid 15 de Diciembre de 1893

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 francos.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pesos.
Un año..... 5 »

MOROS CORRIENDO LA PÓLVORA



PLANO DE MELILLA

SUMARIO

TEXTO

Los sucesos de Melilla, por Escbiller Alonso.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—A Africa: Por la tumba de Tetuán, por Manuel Fernández y González.—Notas bibliográficas, por S. R.—Rosa de cien hojas, por M. G. Paniagua.—La Purísima de Juánes, por Manuel Polo y Peyrolón.—El P. Ramón García, por Miguel Mir, *de la Academia Española*.—Breve muestra de poesía alemana, traducida del original (continuación), por D. Ramón García.—España y Africa, por la Redacción de la *Revista Calasancia*.—Joyas literarias: Ensayo crítico sobre algunas épocas de la literatura española (continuación), por don Gabino Tejado.—Reclamos y anuncios.

GRABADOS

Moros cargando la pólvora.—Costa de Túnez.—Kadi moro.—*Actualidades*.—El *Conde Venadito* disparando contra las kábilas, de fotografía Compañy.—Jefes marroquíes en consejo.—El P. Lerchundi, jefe de la Misión Franciscana en Marruecos.—Combate entre un soldado del Disciplinario y un moro.—Ni á Melilla, ni á mi casa (caricatura).—Un episodio en la marcha del Sultán.

Los sucesos de Melilla

I

Por el tratado de Wad-Rás se comprometió el sultán de Marruecos á ceder á España un campo extramuros de la ciudad de Melilla, tan extenso como el alcance de una bala de cañón disparada desde las murallas de la plaza; una especie de abanico cuyo clavillo fuese Melilla.

Verificadas las operaciones del disparo y medición de terrenos, el rey de Marruecos, (como se le llama en el tratado de Wad-Rás), compró á los riffeños el pedazo de territorio que había de quedar bajo nuestro dominio, y lo cedió á España.

Las kábilas del Riff no llevaron á bien este arreglo, al que sólo cedieron por la fuerza; y lo que más enojoso les fué siempre, es que quedara por España el cerro de Sidi Aguariach, en que tienen enterrado á uno de los suyos que murió en opinión de santo, y que dió su nombre á la colina, y construídos una mezquita en honor del mismo Sidi Aguariach, y un cementerio.

Los ingenieros militares españoles proyectaron, sin embargo, construir en la cima de Sidi Aguariach un fuerte pues la posición es excelente para batir los valles y quebradas en que viven los riffeños.

Aprobado este proyecto, se fué demorando su ejecución de año en año, porque, según parece, los gobernadores de Melilla y los capitanes generales de Granada, de quienes dependía aquella plaza fuerte hasta las últimas reformas, informaron repetidas veces al Gobierno que eran tan hostiles los moros á la construcción del castillete de Sidi Aguariach, que no se les podría reducir á que lo aguantasen sino por fuerza de armas, y que para esto era preciso poner la guarnición de Melilla en un pie de guerra formidable.

¿Por qué á pesar de estos informes se procedió á últimos de Septiembre á la construcción del fuerte? Hé aquí un punto que todavía está sin exclarecer, á pesar de tanto como se ha escrito y hablado acerca de la cuestión de Melilla. Las circunstancias no parecían de las más favorables. Estábamos en época de economías: Gamazo era ministro de Hacienda. Acababa de plantearse una nueva organización militar. Y la guarnición de Melilla, mandada por el general de brigada D. Juan Margallo, era exígua; apenas llegaba á 1.800 soldados.

El Gobierno sabía que los riffeños vociferaban que el fuerte no se construiría sino sobre sus cadáveres, pues consideraban la construcción como un atentado á sus creencias, como un desacato á la memoria, santa para ellos, de Sidi Aguariach, y como un peligro para su libertad é independencia. A pesar de esto, se mandó construir el fuerte, y no se reforzó la guarnición de Melilla con un solo soldado.

Empezaron las obras, y cuando nuestros trabajadores se retiraban por la noche á la plaza, aprovechando la oscuridad, venían cautelosamente los moros y destruían lo hecho durante el día.

Esto se repitió dos veces, y para impedirlo dispuso el general Margallo que vigilase nocturnamente el terreno un destacamento de la guarnición.

El destacamento se alojó y medio se fortificó en una caseta construída en el emplazamiento del disputado reducto.

Tal determinación encolerizó á los moros, y en todas las montañas inmediatas á Melilla encendieron hogueras, y resonó un estruendoso grito de guerra.

El día 2 de Octubre amaneció sitiado el destacamento protector de las obras. Margallo salió al campo con la mayor parte de la guarnición (unos 1.200 hombres); se trabó una verdadera batalla; nuestros soldados pelearon heróicamente en la proporción de uno contra diez, y consiguieron salvar á sus compañeros de armas sitiados en la caseta; pero era imposible sostenerse en la campaña rasa contra tantos moros; así que hubo que tocar retirada, se abandonó la cumbre de Sidi Aguariach, á la que subieron los moros victoriosos, y destruyeron nuestra caseta, llevándose los materiales acopiados para la construcción del fuerte. Tal fué la triste jornada del 2 de Octubre.

Estos sucesos resonaron extraordinariamente en toda España. La nación entera se levantó como un solo hombre pidiendo venganza. Los periódicos se hicieron intérpretes del sentimiento general, aumentando sus tiradas á proporciones nunca vistas en nuestra patria. Se dijeron y escribieron, como es lógico, muchas tonterías; pero el sentimiento era sano, pues lo inspiraba la piedad hacia las víctimas de la agresión moruna y el noble patriotismo.

El Gobierno dió el día 5 las gracias de Real orden al general Margallo y guarnición de Melilla por su heróico comportamiento, y dispuso el envío de refuerzos á la plaza de Africa. O por falta de medios, ó por temor de gastar dinero, ó por esperanzas de un arreglo por la vía diplomática, el hecho es que los refuerzos se fueron mandando como por alquitara, con una parsimonia que desesperó á todo el público.

En los días 6 y 7 llegaron á Melilla una compañía de artillería, el regimiento de Borbón y el batallón de cazadores de Cuba. Con estas fuerzas, la guarnición alcanzó la cifra de 2.500 hombres.

Hasta el día 13 no se incorporaron nuevos soldados, que fueron los tiradores Maüsser del regimiento de Saboya y del batallón de Puerto Rico. Total, no llegaban á 200 hombres.

El día 15, en vez de nuevas tropas, desembarcó en Melilla una comisión técnica.

El 16 llegaron el regimiento de Extremadura y dos compañías de ingenieros.

El 20 dos baterías de montaña, y el 21 el *Conde de Venadito* disparó contra la playa unas cuantas granadas; este suceso fué pintado por algunos periódicos como una gran victoria navo-terrestre por el estilo de la que ganó el famoso conde de Villamelón en la guerra del 59, según refiere el Padre Coloma en *Pequeñeces*.

Hasta el día 25 no se incorporaron nuevo refuerzos á la plaza, y fueron dos compañías de ingenieros y cuatro de artillería. En resumen: que en veinticinco días habíamos concentrado en Melilla cerca de 4.000 hombres, contando con los que ya había en aquellos parajes. ¡Qué portentosa actividad! ¡Qué rapidez! Sin duda en el Estado Mayor general alemán hubo algún oficial que murió de asombro ó de... risa.

Pero en Madrid se creyó que ya había bastante para escarmentar á los riffeños, y se ordenó que empezaran las operaciones militares. Se había también llamado á la corte al general Macías, antiguo y benemérito oficial del ejército de Cuba, y era público que se le iba á encargar del mando de las tropas reunidas en Melilla. El general Margallo, que disfrutó durante los primeros quince días de Octubre de una inmensa popularidad, estaba á la sazón en desgracia ante las gentes. Los unos le acusaban de haber promovido con su *imprudencia* los sucesos del día 2: los otros de ser demasiado *prudente;* porque teniendo bajo sus órdenes cerca de 4.000 soldados, no atacaba á los moros que, según algunos corresponsales, eran más de 20.000 en armas.

Afortunadamente para la buena fama del general Margallo no tenían razón ni unos ni otros. Los *prudentes* olvidaban que el general Margallo no dispuso la construcción del fuerte de Sidi Aguariach por su propia iniciativa, sino cumpliendo las órdenes del ministerio de la Guerra. Los belicosos é impacientes no tenían en cuenta que podía ocurrir... lo que ocurrió efectivamente el día 27.

Y fué que, comenzadas por nuestras tropas las necesarias operaciones de atrincheramiento para dominar nuestro campo, irritados los moros invadieron por muchos puntos á la vez nuestro dicho campo; y aunque nuestras tropas hicieron otra vez prodigios de valor, la suerte volvió á serles advérsa, y quedó el terreno por la morisma. El general Margallo ni siquiera pudo ganar la plaza en su retirada, sino que tuvo que guarecerse en el fuerte de Cabrerizas Altas. Así anocheció el luctuoso día 27.

Aún fué más triste la mañana del 28. El general Margallo, no pudiendo resistir el oprobio de estar encerrado en un fuerte por aquellos bárbaros enemigos, manda abrir las puertas, y se precipita, espada en mano, contra los sitiadores, con la esperanza de imponerles con su presencia y su denuedo, y volver vencedor á la plaza. Hechos de esta clase abundan en la historia militar de todos los países, y los más prudentes capitanes los han llevado á cabo, con felicidad y gloria muchas veces. Así pasó Napoleón el puente de Arcola, y así reconquistó Prim en los Castillejos las mochilas que había perdido el regimiento de Córdoba. Pero la fortuna, que unas veces recompensa estos alardes extraordinarios del valor militar, es otras veces cruel y tacaña con los héroes, quizás para que la uniformidad del éxito no quite su mérito al sacrificio. Lo cierto es que Margallo fué en Cabrerizas Altas tan valeroso como Prim en los Castillejos; pero no tan afortunado... Aunque ¡quién sabe! Dulce es morir por la patria como decían los antiguos; y quizás si Prim hubiera muerto en los Castillejos, con su bandera en la mano, en el colmo de su heroísmo, no fuera su memoria odiosa para muchos como lo es; porque ¡la luz del héroe se obscurece con la sombra del revolucionario!!!

Margallo murió como muere el militar ideal de la leyenda, y su buena memoria no encontrará objeciones, ni distingos en lo porvenir. Dessaix sucumbiendo en Marengo y Lannes en Wagran son más grandes que Ney, arcabuceado por veleidoso, ya que no por traidor; y mucho más grandes que aquel duque de Dalmacia que sirvió á Napoleón, á Luis XVIII y á Luis Felipe.

Sin embargo, la grandeza trágica de la muerte de Margallo no fué apreciada por nuestro hidalgo y caballeresco pueblo en todo lo que valió. Esos espíritus mezquinos, estrechos y recelosos, que van abundando en España más de lo conveniente, sembraron dudas y desconfianzas al rededor de aquel glorioso cadáver. Hasta se dijo que el general se había suicidado por el disgusto que le proporcionara su relevo por el general Macías. Está probado que Margallo ignoraba, cuando murió, lo del relevo.

El que esto escribe tuvo con esto un motivo de honrosa satisfacción. En cumplimiento de nuestro deber, fuimos la triste mañana en que se supo en Madrid la noticia, á la redacción de *El Movimiento Católico*, y nos pusimos á escribir un artículo acerca de la muerte del general. Otro redactor nos dijo:—No extreme usted las alabanzas, porque se sabe á ciencia cierta que el general se ha pegado un tiro.

Como si nos lo hubieran pegado en el corazón, recibimos esta noticia.—¿Pero eso no será cierto? preguntamos con angustia.—Desgraciadamente lo es, nos contestaron; lo dicen las autoridades de Madrid.

Pero nuestro corazón no quería creerlo; y de repente, por un brote espontáneo suyo, vimos claro que aquello era una solemnísima mentira, una de esas asquerosas calumnias que se inventan á veces para entretenimiento de los perversos, y á veces con el más positivo intento de despistar á la opinión pública. Y como nuestro corazón nos lo dijo, lo escribimos, nerviosa y apasionadamente, proclamando que el general del 2 y del 27 de Octubre era un héroe, y que los héroes no son criminales como los suicidas. Estábamos en lo cierto, y las autoridades eran las engañadas.

La situación creada en el campo de Melilla por la derrota del 27 y por la desgracia del 28, fué horrorosa. Inundado el campo de riffeños, cercados todos los fuertes exteriores, no podía llevarse ni una cuba de agua á los destacamentos sin sostener empeñadísimos combates. El día 29 se embarcó en Málaga, y desembarcó en Melilla, el general Macías, conduciendo á los batallones de Cataluña, Segorbe y Tarifa. Al día siguiente, 30, el general Ortega, con gran parte de la guarnición, cargó contra los moros que obstruían el camino de la plaza á Cabrerizas Altas, consiguiendo introducir en el último citado reducto un convoy de víveres y municiones. El regimiento Disciplinario de Melilla dió una magnífica carga á la bayoneta.

Pero se exageró esta victoria. Un amigo nos escribía desde Manila en el último correo, bajo la grata impresión que le producían el campaneo y las salvas con que en aquella remota provincia española se celebraba la noticia telegráfica del fausto suceso.

El día 31 llegaron á Melilla los regimientos de Alava y Pavía y dos baterías de artillería de montaña. Susurrábase que en los primeros días de Noviembre se daría una gran batalla; pero lo que empezó el día 1.° fué un cañoneo lento contra todos los poblados y grupos de moros que podían ser ofendidos por la artillería de la plaza y fuertes.

El día 2 hubo que conducir un convoy á los fuertes de Camellos y San Lorenzo, teniendo que sostener duro combate.

Aún fué más recio el del día 3 para proteger otro convoy á Cabrerizas Altas, y que nos costó dos muertos y tres heridos.

El día 4 se llamó á las armas á los reservistas. Pero no había nada dispuesto para alojarlos ni aprovisionarlos; así que ocurrieron serios disgustos en diferentes puntos de concentración, y en algunos se llegó á temer que se alterase gravemente el orden público.

El día 7 los moros dejaron de hostilizar á nuestras tropas, quizás por habérseles agotado las municiones. La tregua se prolongó durante los días 8, 9, 10, 11 (en que desembarcó en Melilla el regimiento de Saboya), y 13, (en qu desembarcó el de San Fernando). Aprovechando esta tregua se empezaron á construir trincheras.

Días 16 y 17.—Llegada de los regimientos (léase batallones) de Asia y Guipúzcoa y de los batallones de Figueras y Barcelona. Se constituye una escuadra que la forman: el *Alfonso XII*, *Isla de Cuba*, *Isla de Luzón*, *Conde de Venadito* y *Temerario*. Se organiza con los penados una guerrilla mandada por el capitán Ariza.

Día 20.—Llega á Melilla el primer batallón del Infante y los famosos fusiles Mausser comprados á toda prisa en Alemania. El bajá de campo conferencia con el general Macías y anuncia la próxima llegada del hermano del sultán.

Día 21.—Llegan los primeros batallones de Mallorca, Constitución y Wad Ras.

Día 22.—Se distribuyen los nuevos fusiles al Disciplinario, Borbón, San Fernando, Extremadura y Cuba.

Día 23.—Conferencia entre el general Macías y Muley Araaf, de la cual no resulta nada de provecho.

Día 24.—Desembarca el primer batallón de Canarias; según parece, no sobran ni víveres, ni medios de transporte, ni municiones.

A todo esto, en Madrid la opinión general se pronunciaba enérgicamente contra el ministerio, y el general López Domínguez decía que ó le dejaban tomar el mando del ejército de Melilla, ó se iba á su casa. La fórmula del general era: *ó á Melilla ó á mi casa.* La prensa satírica se aprovechó de esta fórmula para burlarse del ministro, publicando *Madrid Cómico* una chistosa caricatura en que se leía, debajo del retrato del general: *ó á Melilla ó á mi casa, ó ni á Melilla, ni á mi casa.*

Y así resultó; porque el Consejo de ministros acordó que el general no fuese ni á Africa, ni se retirase á su casa, sino que continuase al frente del ministerio, y que de la dirección de la guerra se encargara el general Martínez Campos.

Ocurrió con esto un incidente muy singular, y fué que cuando el Gobierno tomó este acuerdo, el general Martínez Campos había tomado el tren en Barcelona, y venía hacia Madrid sin habérselo comunicado á nadie. ¿A qué venía? Hé aquí el logogrifo que aún no se ha podido acertar. Las gentes maliciosas suponen que á derribar el ministerio del Sr. Sagasta, y que éste, sabiéndolo, lo envió á Melilla con objeto precisamente de quitárselo de encima.

En el próximo número completaremos este trabajo con la historia de lo ocurrido en Melilla desde el nombramiento del general Martínez Campos.

BACHILLER ALONSO

GRABADOS

Moros corriendo la pólvora.—(Pág. 353).

La atención preferente que presta el público á los sucesos de Melilla, nos obliga, en nuestro deseo de satisfacer á nuestros lectores, á consagrar todas las ilustraciones de este número á nuestros incómodos vecinos, los marroquíes. En la pág. 353 publicamos un magnífico grabado de Morot, en que se manifiesta de un modo gráfico y artístico la tradicional costumbre de los moros *de correr la pólvora*, con que ellos celebran todas sus fiestas, y se preparan para la guerra.

Si en nuestro mismo suelo, dentro de la Península ibérica, no hubieran dado los berberiscos claras pruebas de su empuje y ferocidad para el combate, con sólo estudiar el temperamento, los gustos y aficiones, el modo de ser y vivir de esa raza, podríamos convencernos—si hay todavía quien no lo esté—de que el enemigo que hoy hostiliza nuestro campo de Melilla, lleva en su sangre africana los ardores de la guerra, y de que tiene condiciones para el ataque, muy dignas de consideracion y cuidado.

La historia de las guerras de Granada dice el esfuerzo que á nuestra gente costó el arrojar á los moros encastillados en las guaridas de la Alpujarra. Y no hay para qué ponderar el valor que animaba al soldado de aquella época y el arrojo y pericia de los capitanes que los dirigían.

Mucho han progresado desde entonces las artes de la guerra en las naciones europeas; pero también es cierto que el moro no ha perdido nada de su tradicional ferocidad ni de la habilidad que siempre tuvo en el manejo de las armas.

Su diversión favorita «el correr la pólvora» demuestra lo familiar y agradable que le es al moro el ruído del combate.

Siempre que tienen que regocijarse con cualquier motivo, ó festejan á algún huésped ilustre; cuando quieren rendir culto á un acontecimiento memorable, ó amenazar al adversario, ejecutan su predilecto ejercicio.

Provistos de ágiles y gallardos corceles, bien repleta de pólvora la tosca bolsa que cuelga del hombro cubierto por el jaique de lana, y en la mano la maqueada espingarda ó el moderno Remington, se reunen en las vegas con la arrogancia, la seguridad y el brío del que marcha á un torneo donde han de probarse los diestros jinetes y los hombres de arrojo y de inteligencia.

Formados en dos grupos, se colocan frente á frente cual si fueran enemigos, y avivando los caballos con el duro acicate, se precipitan en furioso torbellino. Gritos de entusiasmo, alari-

COSTA DE TÚNEZ

dos de brava y salvaje acometida, gestos, imprecaciones, todo se mezcla al estampido de las espingardas y al confuso relinchar de los corceles.

Cuadro más bizarro ni que mejor muestre el espíritu bélico del árabe, no se ofrece en el resto de las costumbrns musulmanas.

La destreza en el guiar los trotones, en el juego caprichoso de las armas blancas y en los disparos certeros de los fusiles, se patentiza en esa diversión por modo bien ejemplar.

Costa de Túnez.—(Pág. 356).

Representa este grabado la parte de la costa más próxima al histórico fuerte de La Goleta, donde Carlos I sentó reales, y puso fuertes reparos y guarnición antes de seguir á la conquista de Túnez.

Pocos años duró allí nuestro poderío, pues bien pronto fué recobrada la capital por los turcos y depuesto Muley Hasen, á quien el esfuerzo de los Alba, Alarcón y Vasto había devuelto el trono.

Del antiguo fuerte español no quedan sino ruínas, entre las cuales crecen las palmas bravas y se agrupan algunos aduares tunecinos. El puerto y la villa actuales hállanse á alguna distancia, y llevan el nombre afrancesado de «La Goulette».

Kadí moro.—(Pág. 357).

La ley de los desequilibrios de clase, que tan ilimitado campo de acción abarca en la tierra, no podía dejar de ejercer su influjo incontrastable en la población africana, donde, por efecto de la constitución social y religiosa, no llegan los anhelos de la demagogia á fomentar el odio ingénito que siente el desheredado contra el poderoso.

Por eso en Marruecos el contraste entre el pobre y el opulento aparece con más relieve que en los países europeos.

El moro de condición humilde arrastra su vida entre miserias y privaciones. Pobre de suyo el suelo que habita; vedados para el creyente los tesoros que aprisiona la tierra; sin industria ni comercio que fomente la riqueza, á duras penas cubre el marroquí las necesidades de la vida, recogiendo lo que la pródiga Naturaleza le ofrece.

El avío de su cuerpo consiste en una raida chilaba, que no llega á cubrir todas las desnudeces; cuelga á su espalda la bolsa de las municiones, y armado de espingarda y gumía se halla ya listo para correr el monte ó acudir al combate. En armonía con su traje está el trato y orden de la familia y la vivienda.

En cambio, el árabe acomodado goza de innumerables privilegios. Viste blancas túnicas y finísimos jaiques, calza bota de cuero y adorna su traje con labores y bordados primorosos. A esta clase pertenece el tipo que presenta nuestro grabado. En su altivo porte y señoril presencia se respira la esplendidez y el *confort* que hacen de su vida un sueño voluptuoso.

Gran libro para él es el Korán, que le ofrece mujeres sin tasa con que amenizar la monotonía del ocio; pero cuando piensa que ese mismo libro intenta privarle del licor que enerva dulcemente sus sentidos, apura la copa y reniega de Alá y de su profeta.

El grito del muezin y las voces del alfaki que llaman á los fieles á oración, difícilmente logran hacerle despertar de su eterna molicie. El genio protector que le colma de favores en la tierra, espera que habrá de transportar su alma dejándola pura y sin mancha en las luminosas regiones del Paraiso, sin haber pasado por las vulgares humillaciones de la mezquita.

Muley Hassam, sultán de Marruecos. (Pág. 360).

Muley-Hassam, emperador de Marruecos desde 1874, cuenta hoy unos cuarenta y cinco años de edad. Es un hombre agradable y simpático, alto, esbelto, de ojos grandes que despiden miradas llenas de luz y también á veces de perfidia; su nariz es aguileña y fina, su rostro ovalado y su barba negra y sedosa. Este retrato está firmado por Edmundo de Amicis, quien en su interesante libro *Marruecos* ha escrito con demasiado entusiasmo los tipos de los principales personajes morunos.

Los viajeros y cronistas del imperio hacen ascender á 150 los hijos de Muley Hassam. Posible es, supuesto que su harem está siempre bien abastecido de hermosas esclavas. De cualquier modo, aún no ha rayado en ese punto tan alto como los Solimanes, Bayacetos y Mahomets de Turquía.

Estos 150 vástagos, y aun más, que no dudamos tendrá, preocupan bien poco al imperio, por cuanto ninguno de ellos es presunto heredero del trono; el único hijo legítimo en condiciones de suceder á Muley Hassam, es Muley Mahomet, joven belicoso y temerario, cuyo valor no ha impedido muy dolorosas derrotas de las fuerzas imperiales, ocasionadas por las kábilas.

El grabado de esta plana representa al sultán de Marruecos en el acto de salir de la ciudad de Fez.

Constituye el dibujo un cuadro acabado de lo que es aquel hombre y de la veneración que produce entre los suyos.

El hijo auténtico de Mahomet, el descendiente directo de los califas, marcha caballero en hermosa yegua blanca. El emperador, cubierto por albo jaique de finísima lana, refrena con dulzura el paso del bruto, sin tocarle con los acicates de oro

Un morazo, negro como el azabache, lleva un rojo y descomunal quitasol, para que su amo no sufra los rayos ardientes de aquel sol africano; pelotones de abigarrados infantes marchan desordenadamente á ambos lados de la corte; los *kadis, ulemas* y demás ministros de S. M. S., van con gran respeto á retaguardia; y confundidos entre aquella masa salvaje, caminan tamborileros y músicos, produciendo estrépito y algazara tales, que apenas si los resisten otros oídos que los musulmanes.

Emperador, pontífice, caudillo, legislador, todo en una pieza, es Muley Hassam, á quien sus súbditos creen verdadero sucesor del profeta; pues, como es sabido, los musulmanes puros consideran al sultán de Stamboul como un usurpador sacrílego en la representación de la fe de Islam.

La figura de Muley Hassam, tal como se ve en el grabado, forma contraste con sus actos. Su mirada dulce y melancólica no quita para que mande decapitar á centenares de súbditos por cualquier rencilla del harem ó por una intriga de sus favoritos y privados.

Verifica siempre sus viajes el emperador de Marruecos llevando consigo las mujeres y concubinas que constituyen el núcleo de la familia imperial, y que son parte integrante de la dinastía y del dogma.

Hé aquí la composición oficial del séquito, según datos tomados de un libro reciente del Sr. Alvarez Cabrera, militar distinguidísimo y gran conocedor de los asuntos africanos.

Marchan á vanguardia los contingentes á pie y á caballo del *Aos-kar*, ó como quien dice, de la primera reserva, y luego la milicia de las kábilas.

Sigue la artillería con sus 2.000 plazas, 14 ametralladoras, dos cañones de grueso calibre llevados en camellos, unas 30 piezas de montaña conducidas en mulos, y cuatro obuses, todo en regular estado, manejado con poca pericia, y procedente de distintos regalos hechos á Muley Hassam por las distintas naciones europeas.

Después, un batallón escogido de Aaskar precede al sultán, que camina rodeado de sus mujeres, esclavas y concubinas.

Cierra la marcha el grueso de la caballer y una sección de infantes que escolta la impedimenta.

El conjunto de todas estas gentes se llama en el país el *Mejal-la*, ejército, que hace por lo regular jornadas excesivamente cortas.

Llegado al sitio destinado para acamparse, arman con vertiginosa rapidez un sinnúmero de tiendas, entre las que descuella la del sultán, rodeada por un círculo de otras más pequeñas medio ocultas detrás de una muralla de lienzo que encierra el augusto recinto, cuidadosamente custodiado al exterior por fuertes destacamentos de tropas. A unos 2.000 pasos de la tienda imperial se sitúa una batería, cuyos disparos anuncian solemnemente á la kábila ó kábilas próximas la llegada de su soberano y despótico señor.

Cada disparo sin bala cuesta á la kábila próxima una crecida suma, y si el cañoneo se repite dos ó tres días sin cesar, como acontece á veces, indica que está decretada la ruina de la mencionada kábila.

Actualidades.—(Pág. 361.)

El *Conde de Venadito* disparando contra las kábilas (de fotografía Compañy). - Jefes marroquíes en Consejo. - El P. Lerchundi, jefe de la Misión Franciscana en Marruecos.—Combate entre un soldado del Disciplinario y un moro.—*Ni á Melilla ni á mi casa* (caricatura) (dibujos del Sr. D. Miguel Gómez).

Como en el número anterior, ofrecemos esta plana de actualidades, debidas todas, menos una (la del *Conde de Venadito*), al fecundo lápiz del Sr. Gómez. No necesitan explicación

especial ninguno de estos dibujos, pues van la de todos en el artículo *Melilla*, excepto el del retrato del P. Lerchundi; pero, ¿quién no conoce en España, de oídas, al ilustre Franciscano, amigo del emperador de Marruecos, y base firmísima de nuestra influencia en aquel imperio?

Un episodio de la marcha del sultán.—(Pág. 365).

Esta composición es complemento de la anterior; es un episodio de las costumbres marroquíes, y no necesitamos detenernos en explicarlo.

ANTONIO DE OLMEDO.

Á AFRICA

POR LA TOMA DE TETUÁN

Africa impura, acorralada fiera;
¿dónde está tu valor que no le halla
al desplegar vaiiente su bandera
el pueblo que llamaste á la batalla?
¿Por qué tu torpe lengua que altanera
á mi patria injurió, cobarde calla,
y de la España á los robustos lazos
rendida tiendes los cansados brazos?

¿En dónde está tu Dios? ¿Tu honor en dónde?
¿Dónde tu Rey que infame se abaldona?
Acaso impuro en el harém se esconde,
al amor humillando su corona:
ni tu Dios falso á tu dolor responde,
ni tu mísero Rey por tí abandona
la vil esclava que le aduerme impura
con la magia fatal de su hermosura.

Perdió Rodrigo de la infausta Cava
por el maldito amor corona y vida,
y el godo que en el ocio se enervaba,
la patria en Guadalete vió perdida:
hoy ve Guad-el-Jelú llorar esclava
á la hermosa Tetuán, no defendida,
y zumba un eco triste é infinito:
—¡No hay otro Dios que Dios! ¡Estaba escrito!—

En vano vuelves los dolientes ojos
de tu ciudad perdida á la hermosura:
busca el buitre los míseros despojos
que sangrientos le ofrece la llanura:
en tu sangre empapados flotan rojos
los pendones de España en el altura.
y de victoria el poderoso acento
el cañón español arroja al viento.

¡Miserable de tí! ¿Por qué la mano
tendiste audaz, en jactancioso alarde,
al altivo blasón del castellano,
que nunca al deshonor cedió cobarde?
De tu delirio, de tu orgullo insano,
Africa, vuelves por tu mal muy tarde
porque los nietos de la gente goda
necesitan beber tu sangre toda.

Al cerrar del hispano las legiones,
la fuga sólo por defensa hallas:
callaron harto tiempo sus cañones,
y tienen hambre de arrasar murallas,
cual tus hordas vencieron sus pendones,
fieros los vencerán en cien batallas,
é irán las cruces del Señor benditas
á coronar tus bárbaras mezquitas.

Odio á tu raza dieron por herencia
á sus valientes hijos los hispanos;
siete siglos de horror son la sentencia
de los bárbaros pueblos africanos;
en balde empuñan con fatal demencia
tus hijos hierro en las cobardes manos,
que sombras son que arrolla en la campaña
el noble aliento de la brava España.

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ. (1)

8 Febrero de 1860.

(1) En estos días ha sido el aniversario de la muerte del fecundo y extraviado novelista, y con sumo gusto reproducimos esta hermosa poesía suya que es en estos momentos de circunstancia.—*Nota de* LA I. C.)

KADÍ MORO

Notas bibliográficas.

Lourdes.—Ayer, hoy y mañana, por Daniel Barbé, traducción del Presbítero D. Rafael Pijoan.

La casa Bailly-Baillière é hijos ha publicado este libro con todas las galas del arte tipográfico, y doce preciosas láminas cromo-litografiadas; un verdadero monumento, en suma, de buen gusto, digno del texto de Barbé y del sublime objeto del libro, que es la glorificación de la Madre de Dios en su imagen de Lourdes, y por el relato de las maravillas que allí han ocurrido desde que Nuestra Señora se dignó aparecerse á Bernardita Soubirous. Ningún libro más apropósito para bonitos regalos de Navidad á niños y jóvenes, y en general á todas las personas piadosas.

—

Lourdes.—Historia médica (1858-1893), por el doctor Boissarie. (Versión española de la última edición francesa.)

Otro libro utilísimo y agradable de la ya copiosísima colección bibliográfico-mariana, consagrada á Nuestra Señora de Lourdes.

Esta obra, que forma un bonito tomo de 448 páginas, se divide en cuatro partes:

1.ª Estudio sobre el estado mental de Bernardita Soubirous, la vidente de Lurdes.

2.ª Los trabajos de la comisión investigadora.

3.ª La relación de los hechos ocurridos desde 1868 hasta hoy.

Y 4.ª Los trabajos de la clínica de Lurdes desde su inauguración.

En ella se relatan numerosos casos, no sólo de enfermedades del sistema nervioso, sino también de tuberculosis, fracturas, llagas, etc., en los que han intervenido más de 300 médicos de distintos países.

Esta obra, aunque estudio médico, es de fácil inteligencia y de sumo interés para el público en general.

—

Jesús, amigo de los niños.—Librito de oraciones, ilustrado y destinado á la infancia, aprobado por los Ilmos. Sres. Arzobispos de Tarragona y Friburgo.

La mejor recomendación de este librito que acaba de publicar la casa editorial de Herder, de Friburgo, es el índice de lo que contiene:

La señal de la Cruz.—El Padrenuestro ú Oración del Señor.—El Ave María ó Salutación Angélica.—Alabanzas á la Santísima Trinidad.—El Credo ó Símbolo de los Apóstoles.—El santo *Via Crucis*.—Los misterios del Santísimo Rosario.—Oraciones cotidianas.

Forma un tomito de 64 páginas en 8.°, hermosamente encuadernado en papel de varios colores, con rica impresión de oro sobre la cubierta y 49 magníficas láminas.

—

Comentario práctico de Historia Sagrada, escrito por el Canónigo doctor D. F. G. Kuecht, y traducida del alemán por el Padre Jerónimo Rojas, S. J.

También esta obra, lujosamente impresa y con mas de 114 grabados intercalados en el texto y dos mapas, es de la casa Herder, de Friburgo. Ha salido á luz el primer tomo, y el segundo se publicará antes de fin de año.

—

La Iglesia y la taberna.—Folleto de propaganda católica, publicado por el Apostolado de la prensa.

Este folleto adopta la forma de una novelita. Dos jóvenes campesinos, aficionados el uno á la iglesia y el otro á la taberna, discuten entre sí, y obran con arreglo á sus respectivas inclina-

ciones, que les llevan, al devoto á buen fin, y al borracho al más deplorable término. Interviene también un excelente Párroco que predica de un modo admirable.

Todas las personas piadosas deben ayudar al *Apostolado de la Prensa*, institución de caridad que reparte gratuitamente á los pobres el pan de la buena doctrina. Sus folletos se reparten por cientos de miles de ejemplares en campos, talleres, cárceles, hospitales, etc. Para sostener todo eso sólo cuenta el Apostolado con los donativos y limosnas de los católicos regularmente acomodados. Su Santidad León XIII acaba de bendecir esta santa obra.

—

La Lectura Dominical, revista del Apostolado de la Prensa.

No satisfecha la Junta directiva del Apostolado con la publicación de sus folletos, acomete la empresa de una revista semanal que empezará á ver la luz el primer domingo de Enero próximo.

Mucha suerte deseamos á la nueva compañera.

—

La batalla chica del Sr. Nocedal, por D. Arturo Campión.—Pamplona, 1893.

Es un folleto de polémica, en que el Sr. Campión, integrista disidente, discute la política del Sr. Nocedal. El Sr. Campión es un escritor de muy limpia frase, en ocasiones hasta brillante. La idea fundamental de su folleto es que todos los católicos deben seguir en política lo que desea el Papa, que es que se respeten y acaten los poderes constituídos en las diferentes naciones cristianas. El Sr. Campión cree que á esto se opone el Sr. Nocedal, y de aquí que levante bandera contra él, en unión del señor Orti y Lara y del Sr. Rivas, exdirector de *El Tradicionalista*, de Pamplona, y redactor ahora de *El Movimiento Católico*.

—

Legislación sobre moneda filipina, recopilada por D. Francisco Aguilar y Biosca, oficial segundo de la Intendencia general de Hacienda en Manila; 1893.

El Sr. Aguilar no es un desconocido para los lectores de La Ilustracion Católica; es aquel brill-ntísimo escritor que tantas veces hizo las delicias de nuestro público con sus pintorescas y gallardas narraciones de viaje y de paisajes y costumbres filipinas. Ahora se nos manifiesta por otro aspecto de su talento, tan vigoroso como flexible, como concienzudo y observador economista que estudia en el prólogo de su compilación legislativa, á lo largo, á lo ancho y á lo profundo el problema monetario en nuestras colonias del extremo Oriente, y como paciente recopilador de leyes, decretos y órdenes. El juicio de este importante trabajo no cabe dentro del estrechísimo círculo de estas notas.

—

La perla preciosa, novela de Mad. Bourdon, traducida por la *Revista Popular*.

Esta novelita es una verdadera joya de propaganda católica y de amenísima lectura.

—

Galería dramática infantil, por D. José León y Domínguez, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz.

Ahora que por vacaciones y fiestas de Navidad en muchos colegios y casas particulares se hacen representaciones por jóvenes, recomendamos á todas las familias cristianas y directores de colegio que busquen las obras de esta colección, seguros de encontrar en ellas la más sana moral y el gusto más exquisito.

—

San Juan de la Cruz, estudio por D. Martín Domínguez Berrueta.

Ya lo conocen nuestros lectores, pues se ha publicado en La Ilustración Católica. Excusamos por lo mismo todo elogio, limitándonos á advertir que dentro de pocos días verá la luz un tomito aparte, con un prólogo de D. Juan Manuel Orti y Lara.

—

La electrolitis, por D. Juan Domínguez Berrueta.

Es el autor de *La electrolitis* hermano del autor de *San Juan de la Cruz*, y tan entendido en ciencias físicas como su señor hermano en literatura. A personas competentísimas hemos oído elogios extraordinarios de la obra de don Juan Domínguez Berrueta, que trata cuestiones de ciencia novísima con suma competencia.

—

Sinopsis de indumentaria y heráldica.

Hemos recibido un ejemplar del cuadro religioso titulado *Sinopsis de indumentaria y heráldica*, y que, como su título indica, es una colección de figuras con los trajes propios de todas las dignidades y oficios eclesiásticos, desde el Sumo Pontífice hasta los últimos grados de la jerarquía. Lo que no indica el título, y conviene consignarlo, es que las figuras están muy bien dibujadas, iluminadas y grabadas, formando un conjunto agradabilísimo á la vista y muy útil para comprender de una sola mirada todo el tratado de personas del derecho canónico. En las escuelas, seminarios y casas particulares hará un efecto excelente este magnífico trabajo, que tiene además el mérito de no ser de procedencia extranjera, sino editado en los talleres de Filiberto Gutiérrez, de Irún

Nuestra más cordial enhorabuena al piadoso y primoroso editor.

—

Elementos de Historia de España, por don Félix Sánchez Casado, obra premiada con medalla de oro en la Exposición universal de Barcelona.

Se ha publicado el décimo cuaderno de esta obra que se titula elemental, y que es, á nuestro juicio, de lo más fundamental que se ha escrito en España de nuestra historia, tanto por los numerosísimos datos que contiene, claridad en la exposición de los hechos, riguroso método científico y estilo ameno, como por los atinadísimos y profundos juicios que el Sr. Sánchez Casado emite acerca de los hombres y de los sucesos. No es libro para estudiantes de segunda enseñanza ni para los de Facultad, sino para todos los que quieren conocer bien el proceso histórico de nuestra patria á través de las edades. Pensamos dedicar á esta obra toda la atención que se merece: por hoy nos limitamos á su anuncio y á recomendarla á todos nuestros lectores

S. R.

Rosa de cien hojas.

Gracia.

I

Dios te salve, María,
de gracia llena,
más pura que las hojas
de la azucena.
Dios es contigo:
sé, tú, Virgen querida,
siempre conmigo.
Por tus santas virtudes
bendita eres
entre el número inmenso
de las mujeres;
Y de tu seno
bendito el santo fruto
de gloria lleno.
Santa María, Madre
de Dios clemente,
ruégale por nosotros
eternamente;
Y, á tus favores,
nuestro perdón debamos
los pecadores.

M. J. Paniagua.

La Purísima de Juánes

Celebérrimo en los anales de la pintura valenciana es el lienzo hermosísimo de la Inmaculada Concepción que pintó Juánez para la Compañía de Jesús, y que, entre sus joyas más preciadas, posee hoy el Museo provincial de Valencia. No todos conocen el piadoso origen de este cuadro; por lo que, para conmemorar de alguna manera el aniversario de la Definición dogmática de la Inmaculada, me ha parecido oportuno decir algo acerca del asunto.

Por los años del Señor de 1526, poco después de la conversión de San Ignacio de Loyola, en Montilla de Guipúzcoa, y de humilde linaje, nació Martín de Alberro. Pastorcillo en su niñez, estudió primeras letras y teología en Valencia, donde se ordenó de presbítero, quedando adscrito á la parroquial iglesia de San Martín. Allí se le apareció la Virgen, de quien era devotísimo, y de resultas de esta visión celestial, cuando tenía ya treinta años, entró en la Compañía de Jesús, el día 11 de Noviembre de 1556.

María Santísima continuó dispensando sus favores al P. Martín, modelo de piadosa humildad, y se le apareció de nuevo varias veces, una sobre un naranjo que había en el huerto del Colegio de San Pablo, que por el año 1579 se trasladó al patio de la portería de la Casa Profesa, y otra en su aposento. Como esta última dió origen al lienzo que nos ocupa, paso á referir puntualmente lo ocurrido, y cedo gustosísimo la palabra al autor anónimo de la *Vida del P. Martín de Alberro, de la Compañía de Jesús*, manuscrito perteneciente al archivo de la Residencia de Valencia, que me ha permitido copiar el ilustre y bondadosísimo Superior actual. Dice así:

«Estando otra vez orando en su aposento, le apareció la misma Virgen, y le dijo era de su agrado y servicio le hiciese pintar una imagen de su Purísima é Inmaculada Concepción, de la mesma idea y traza que se le representaba en aquella visión. Vió la más bella de las criaturas en un piélago de glorias, bañada de resplandores, con el rostro más bello y apacible que puede exprimir pluma, dibujar pincel, ni formar idea humana. Su traje era monjil blanco, manto azul, tendida la madeja de oro de los cabellos por las espaldas. Su postura, las manos juntas sobre el pecho, los piés estribando en el cóncavo de la luna; en lo alto descubrió hasta medio cuerpo al natural el Padre Eterno y á su Hijo, sumido lo restante en abismos de luz, asidos entrambos de una riquísima corona imperial, que asentaban sobre la cabeza de su Hija y Madre, asistiendo arriba su Esposo el Espíritu divino en el centro de luminosos círculos de rayos, haciendo su personaje de paloma. Alrededor se descubrían, entre lejos de nubes matizadas, países, alegorías y tipos de la Virgen, el huerto cerrado, el pozo de aguas vivas, la fuente sellada, la rosa de Jericó, la palma de Cades, el ciprés de Sión, el espejo sin mancha, la torre de David, la azucena entre espinas, el olivo speciosо, el plátano por la corriente, y los demás geroglíficos que hacían lado á aquel bellísimo espectáculo. Prototipo y ejemplar mostrado en el monte para hacer según su dibujo el retrato de la que es verdadero tabernáculo de Dios.»

»Ofreció á la Virgen agradecido la ejecución de tan justa demanda, y reducir á efecto, si humanos dedos podían, tan celestial idea. Florecía entonces en Valencia Joannes, pintor pri-

moroso, y en su arte el primero de aquellos tiempos, y aun en los nuestros es celebrado su pincel valiente, y queda vivo en los colores muertos de bellísimos lienzos que miramos y admiramos. A este hijo suyo de confesión llamó luego el P. Martín, y le dijo que en todo caso se había de pintar una imagen de la Purísima, declarándole la traza, conforme al ejemplar que le habían mostrado en el monte de la oración. Fuese el devoto pintor, no menos en piedad que en arte insigne, y habiendo bosquejado en un papel lo que antes en su imaginación, llevó el dibujo al Padre; viólo, y dijo: *No está según la idea ni del modo que me ha dicho Nuestra Señora. Hacedlo destotra manera.* Vuelve el pintor con segundo bosquejo, muéstraselo al Padre, el cual, agradado de la traza: *Ea, le dijo, confesad y comulgad con devoción antes que comenceis esta obra, y pedid á Dios y á la Virgen gracia para hacerla como conviene.*

Hizo puntualmente Joannes cuanto le dijo el P. Martín, ni tomó vez el pincel, á lo menos para formar las facciones del rostro, sino confesado y comulgado, y hallándose con aliento y temple especial. Aconteciéle volver al Colegio de San Pablo, donde pintaba, y estarse parado mirando con grande atención la obra por gran rato sin dar pincelada, por parecerle que le faltaba el espíritu y gracia que requería aquella figura; y esto no una, sino muchas veces. Y así no es maravilla saliese de sus manos un cuadro tan acabado. Cuya sutileza de arte, valentía de pincel, rara perfección y visumbres de divinidad que aspira, aseguran fué traza del cielo, declarada por boca de la Virgen á su siervo, y mano superior la que guió los dedos del pintor para sacar á luz tan milagroso retrato, que los pintores más alentados no saben mirar sin pasmo. Pintóse en el Colegio de San Pablo, antes que hubiese Casa Profesa, y cuando la hubo fué la más rica alhaja que se llevaron del colegio los nuevos pobladores, con que adornaron el colateral de la parte izquierda de la iglesia que de empresta-do acomodaron, y agora queda en la primera capilla, después del brazo diestro del crucero de la nueva».

Allí permaneció este sagrado lienzo, por Valencia toda venerado, hasta mucho tiempo después de la expulsión de los Jesuítas en 1769, y aun después de la matanza de los frailes en 1836. La revolución se ceba primero en las personas; pero á la larga tampoco perdona las cosas, aunque sean de gran mérito artístico. Se arrancó el famoso cuadro de su sitio natural, se llevó al Museo, luego á la parroquial iglesia de los Santos Juanes, más tarde á la iglesia de la Compañía otra vez, y en la actualidad preside una sala del Museo provincial de pinturas, mientras su verdadera, y no hace mucho hermosa casa, sigue convertida en corral vergonzoso.

La imagen de María Purísima se destaca, efectivamente, en este famoso lienzo de la manera y figura que queda dicho al referir la aparición. Sobre cintas, arrolladas en sus extremos, campean las inscripciones siguientes. En torno de la paloma que preside á la Trinidad Beatísima, dice: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te;* y debajo de la media luna, sobre la que apoya sus pies la Inmaculada: *Pulchra ut luna.*

A la derecha, de arriba abajo, al pie de los respectivos objetos simbólicos, artísticamente sobre nubes asentados, se lee: *Stella maris, Turris David, Speculum sine, Cypressus in Sion, Sicut lilium in Oliva speciosa, Puteus aquarum y Hortus conclusus.*

A la izquierda, de arriba abajo también: *Electa ut sol, Porta-Cœli, Plantatio rosæ, Fons signatus, Sicut palma in G., Sicut cedrus y Civitas Dei.* El Hijo apoya su mano diestra, en la cual ostenta la Cruz, sobre la cabeza de un ángel, y al lado opuesto, como si le sirviera de sustentáculo, aparece otro por entre las nubes, sobre las cuales flota el Padre Eterno.

El conjunto deleita piadosamente y arrebata. «Yo ví y adoré en Valencia, aunque indigno, repetidas veces esta sagrada imagen, refiere Palomino en su *Museo Pictórico* (1); y lo que puedo decir es que infunde suma reverencia; que está modestísima y hermosa, con una compostura y honestidad peregrina; pero sin aquellas bizarrías del arte que hoy practican algunos, tan ajenas de la gravedad y modestia de tan superior personaje, que más parecen figuras de farsa, volatines ó danzantes, que imágenes reverentes, modestas y sacras.»

No es de admirar esta diferencia. Recuérdese con cuánta diligencia se preparaba espiritualmente Juánez, confesando y comulgando para pintar, y compárese esta disposición fervorosa con la que, por lo común, anima á nuestros modernos pintores. A este propósito dice el autor antes citado: «Haga aquí reflexión el artífice cristiano con qué preparaciones se deben pintar ó esculpir las imágenes sagradas para lograr su debida perfección. Confusión grande de aquellos que, groseramente atrevidos, ponen la mano en tan sagrados simulacros sin más reflexión que un alfarero en la casualidad de sus vasijas, y muchos, hallándose en infeliz estado y en desgracia de Dios. ¡Oh, bondad infinita y cuánto tienes que sufrir en nuestra miseria!... (1).»

Por error tradicional se viene llamando *Juan de Juanes* al insigne pintor autor de esta Purísima. Aunque Fuente de la Higuera se atribuye este honor, se ignora dónde y cuándo nació; pero según su testamento recibido por Cristóbal Llorens, notario de Bocayrent, en 20 de Diciembre de 1579, su verdadero nombre era *Vicente Joanes*. En castellano indudablemente debe decirse Juánez, así como decimos Martínez, Pérez, etc. Casó con Jerónima Comes, de la cual tuvo tres hijos, llamados Vicente, Dorotea y Margarita; y cargado de virtudes, de honores y de años, en 21 de Diciembre de 1579 murió en Bocayrent, donde á la sazón se hallaba pintando el retablo mayor de la iglesia.

El venerable Padre Martín, después de haber predicho con exactitud su muerte, falleció en el Señor y en la Casa profesa de Valencia el día 1.° de Septiembre de 1596.

Tan grande fué la celebridad que, aun entre los contemporáneos, dió á Juanes su Purísima, que en las fiestas que celebró Valencia el año 1662 en aplauso y regocijo del decreto de Alejandro VII, expedido en 8 de Diciembre de 1661 en honor de la Concepción Inmaculada, se pintó una imagen de la Purísima, y al dorso un brazo con un pincel, como quien acaba de pintarla, en cuyo extremo decía:

FECIT

Lema.

Et macula non est in te.

Letra.

No hallarás defecto en ella
Aunque en censurar te afanes,
Porque es de mano de Joanes.

MANUEL POLO Y PEYROLON.

(1) Tomo III, pág. 356.
(1) Tomo III, pág. 356

El P. Ramón García

El P. Ramón García, traductor de las poesías alemanas que ha empezado á publicar LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, fué un literato muy notable, que á haber vivido en circunstancias diferentes de las que acompañaron su vida, habría dejado á la posteridad un nombre de mayor reputación, de la que actualmente posee.

Habiendo mostrado desde su juventud cualidades muy relevantes para el cultivo de las buenas letras, pasó casi toda su vida entregado á la tarea de escribir ora producciones originales, ya en prosa, ya en verso; ora traducciones del italiano y del alemán, lenguas que poseía á maravilla.

Estos escritos, por desgracia, si fueron muy apreciados por los pocos aficionados á la buena literatura, no lograron la fama y opinión á que eran acreedores, parte tal vez á causa de la misma índole de estos escritos, destinados á las gentes piadosas más que á los literatos; parte quizá porque habiendo el P. García pasado la mayor parte de su vida lejos de los centros del movimiento literario, no encontró quien llamase hacia él la atención del público, pregonando su mérito y haciendo sonar su nombre en los papeles periódicos, que en los últimos tiempos han sido los repartidores de la nombradía literaria.

Falta, sin duda, á sus escritos algo de la viveza de imaginación y de la expontaneidad del entusiasmo creador, fuentes de vida de toda obra de arte; pero no se puede negar que en punto á pureza de dicción y en dulzura y suavidad de estilo, tal vez no haya ninguno entre los escritores de este siglo que haya hecho ventaja al P. Ramón García. Léase, si no, la *Vida del Beato Pedro Canisio* y la traducción del italiano de las *Glorias de María*, y dígase después si hay entre los libros publicados en estos últimos tiempos nada más castizo y dulcemente escrito.

La traducción de las poesías que hoy publicamos es nueva prueba de este juicio. En ellas la dicción campea tan pura y genuinamente española, que nadie diría que son traducidas, y de una lengua tan desemejante de la nuestra, como lo es la alemana. Al darles cabida en las columnas de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, creemos prestar señalado servicio á la española literatura, en especial á la que se ha esforzado por traspasar á nuestra lengua las joyas más preciadas de las extranjeras.

MIGUEL MIR,
(De la Real Academia Española).

BREVE MUESTRA
DE
POESIA ALEMANA
DIVIDIDA EN
COMPOSICIONES MORALES, LITERARIAS, JOCOSAS
Y RELIGIOSAS
traducida del original
POR EL P. RAMÓN GARCÍA, S. J.

(Continuación).

EXHORTACION

Generoso al hombre enlace
Dulce vínculo de amor,
Y haga bien, cual se complace
De ser bueno su Hacedor.
¿Qué le adorna? ¿qué le sube
Como propia cualidad?
Le remonta más que á nube
la preciosa caridad.
De los héroes vigilante
La árdua senda hollando ven
Que en el cielo festejante
Ciñen ya premiada sien.
No es la luna sin aliento,
No es el alba y su arrebol,
No es tu norma el firmamento,
Ni en su trono altivo el sol.
Insensible, indiferente
Para el bien y para el mal,
Luce al bueno tan ardiente
Como luce al criminal.
Y el torrente desmandado,
Y los vientos en correr,

COMISIÓN PROVINCIAL DE GRANADA BIBLIOTECA

MULEY HASSAM SULTÁN DE MARRUECOS

Y el granizo arrebatado
Baja al suelo sin saber.
Pasa en medio la fortuna
De indistinta multitud,
Sin poner distancia alguna
De bajeza ó de altitud.
Y ya prende blondo rizo
De inocencia juvenil,
Ya la calva que se hizo
De mil vicios y otros mil.
Sólo el hombre que se rige
Por la luz de la razón,
Sabe, piensa, juzga, elige
Y ama dando el corazón.
Sólo el hombre imagen bella
De la eterna celsitud,
En fecundo pecho sella
Fruto santo de virtud.
Bueno viva, y dadivosa
Mano alargue á la piedad;
Corra el pie la senda hermosa
De justicia y caridad.
Con los justos eslabone
Mano y pecho bienhechor;
Con guirnalda se corone
De celeste resplandor.

GÖRNE.

LOS AMIGOS JUNTOS

Todo bajo del sol perecedero,
Como el primer jazmín de la mañana;
Joven la tierra, y plácida primero,
Se envejece después adusta y cana.
Muchos como nosotros ya pasaron
En deleitable risa, curso breve,
Y en paz cabe estos mirtos reposaron,
Y aquí á su honor cada familia bebe.
Muchos han de venir también gozosos
Por largas series en edad futura,
Y á la memoria nuestra, así obsequiosos,
Copa henchirán que llena el labio apura.
Aquí todos alegres hoy estamos,
Y en nudo estrecho de amistad unidos.
¡Oh si estos ricos dones que anhelamos
Fuérannos para siempre concedidos!
Mas como no lo son, nadie cabida
Dé en el pecho á la pena mordedora,
Cuando la ingrata suerte nos divida,
Quién á región de ocaso y quién de aurora.
Si en lejanas de aquí tal vez regiones
De la común presencia carecemos,
Enlazados muy más los corazones,
Del bien que alguno hiciere nos gocemos.
Pero si el patrio amor nos espolea,
Y á ser torna propicia nuestra suerte,
Dichoso el fin como el principio sea
Juntos con dulce unión en vida y muerte.

KOTZEBUE.

FELICIDAD DEL CAMPO

De ciudades moradores
Que de gozo carecéis,
Estos campos son mejores,
Dicha cierta si queréis.
De jardín ó verde prado
Se contorna humilde casa,
Y á la luna y sol preciado
Nadie estorbo pone ó tasa.
Ningún rico en el espacio
De la vista que hay delante
Edifica su palacio
Cuya sombra nos espante.
Canto alegre nos despierta
Con la risa de la aurora,
Y un zagal en cada puerta
Dice: vengas en buen hora.
Agil corre gente sana
Por los campos ya floridos,
Y limpieza en lino y lana
Llevan rústicos vestidos.
Y las madres de familia
Prole mucha en pos llevando,
Juan, Antonio, Rosa, Emilia,
Gordas vacas van sacando.
Y del cuerno á los sonidos
En la yerba corre y salta,
Triunfa y dá fuertes rugidos
La novilla hermosa y alta.
Del Señor aquí tenemos
Rica mano más propensa,
Y á su amor agradecemos
La bondad que nos dispensa.
Limpio sol y mansa lluvia
Selva y prados embellecen,
Y la vid y espiga rubia
Nos deleitan y abastecen.
Oficiosa entre las flores
Zumba abeja diligente,
Y la miel son sus amores
Y el cristal de pura fuente.
Llama dulce á sus polluelos
La parlera golondrina,
Manda libre en retornelos
Ruiseñor la voz divina.
Joven grey por la pradera
Corre, y hasta ya retoza,
Potro erguido en la carrera
Suelto al ir relincha y goza.
Y á la vuelta del otero
Ido el sol, hora propicia,
Con semblante placentero
La mujer nos acaricia.
Y á los hijos en los brazos
Al calor de grata lumbre
Da mil besos, mil abrazos
Anegada en dulcedumbre.
Y el trabajo provechoso
Da sazón á mesa parca
De manjar apetitoso
Que guardó canasto y arca.
Y en doncellas y garzones
Se difunde gracia y vida
Con sencillos corazones
Y modestia no fingida.
Y hasta el rostro del anciano
De salud está riendo,

ACTUALIDADES

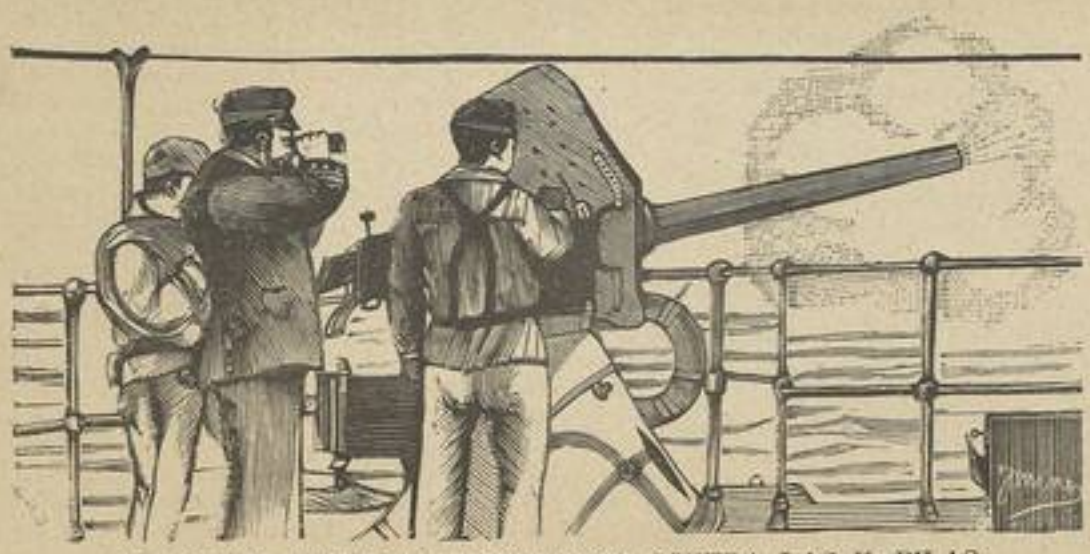
COMBATE ENTRE ¡UN SOLDADO
DEL DISCIPLINARIO Y UN MORO

JEFES MARROQUÍES EN CONSEJO

FUERTE DE SIDI AGUARIACH
EN CONSTRUCCIÓN

NI Á MELILLA, NI Á MI CASA

VISTA DE TÁNGER



EL *CONDE VENADITO* DISPARANDO CONTRA LAS KABILAS
(DE FOTOGRAFÍA COMPAÑY)

EL P. LERCHUNDI
JEFE DE LA MISION FRANCISCANA EN MARRUECOS

Aún robusto y aún lozano
Cien otoños excediendo.
Y si al fin la muerte impone
Su precepto (que es forzoso)
Dulcemente nos traspone
A otro mundo más hermoso.
Infelices los que en esos
Cuartos húmedos y obscuros,
Enfermizos tiene y presos
La ciudad en altos muros.
¿Por qué siempre estar sumidos
En atroz melancolía?
¿No miráis aquí tendidos
Estos campos de alegría?
¡Oh mujeres! ¡oh varones!
Enlazad amigas manos,
Y venid de las prisiones
A correr por estos llanos.

Voss.

CANTO GUERRERO DE UN MUCHACHO

ALEMÁN

Valor siento en las venas juveniles
Y firme á ser mi brazo ya comienza.
Digno soy de los míos: Padre, padre,
Una espada guerrera.
Ya los pueriles juegos me desplacen.
¡Con qué delicia por la patria nuestra,
Cual tú valiente, cabe tí luchando,
Toda la sangre diera!
¿A qué jugaba yo con mis iguales?
Al dulce remedar de la pelea:
¿Y qué soñaba? Asaltos, riesgo, heridas,
Victorias y diademas.
No pocas veces desperté á las voces
Del grito de comando lisonjeras,
Ó á punto de medir mi sable corvo
Con turco en lid sangrienta.
Ya, no há mucho, asestaba denodado
La aguda punta á la infeliz cabeza
De un bajá de tres colas, cuando el alba
Me despertó, ¡ay qué pena!
Ví pasar por la lonja los guerreros
Undulando en el aire las banderas,
Veloz al húsar ví cruzar brioso
Cual pájaro que vuela.
Gozosa, muda, y con los ojos fijos,
Turba pueril mirábalos atenta;
Yo empero me afligía, yo ensayaba
El brazo á la palestra.
Fuerte le siento ya. De mis abuelos
Digno seré en los campos de la guerra.
Espada quiere, padre, espada pide
Mi denodada diestra.

Conde de Stollberg.

MONEDA DE ORO

Una moneda antigua de oro fino
En la calle un chiquelo se encontró;
Saltó de gozo, la mostró, gritó.
Astuto y vil rabino,
Ropero y regatón,
Ávido vé el doblón.
Y con risa engañosa y alma aceda,
«Es falsa, dijo, es falsa la moneda».
El infeliz muchacho
De yelo se quedó,
Y desconsuelo y confusión y empacho
Al rostro sonrosado le salió.
Aquí el maldito viejo
Redobla mucho más la batería:
Burla, halago, dialéctica, consejo;
Y en su interior dañino repetía:
«No ha de ser tuya, no, ya que no es mía».
Hasta que al fin el despechado mozo
No pudo más, y la arrojó en un pozo.
¡Petulantes, intrusos escritores,
De costumbres y fe corrompedores!
La fiel imagen vuestra aquí mirad.
Vosotros ¡oh maldad!
Al Cristianismo inocente despojais
Del soberano bien que no gozais.
Id, id mejor á ser en los caminos
Ladrones y asesinos.

Pfeffel.

LITERARIAS

NO TEMO

Hay alguno tan bendito,
Que á fe suya me asegura,
Que Aristarco por escrito
Furibundo me censura.
¿Por escrito he de tener
Lo que nadie ha de leer?

Lessing.

LIBROS NUEVOS

Tu libro locuaz
Enséñame asaz
De cosas ciertas cuanto,
Como de nuevas tanto.
¡O si en lo cierto hubiese novedad,
O de lo nuevo fuese algo verdad!

Lessing.

LA INMORTALIDAD

Cortés con su poema didascálico
Busca inmortalidad; quiero decir
En mi lenguaje propio, no en el gálico,
Que embadurna papel por no morir,
No de ahito, de sarna ó de calambre,
Sino de mal peor, que es hambre, es hambre.

Pfeffel.

LA LUCIÉRNAGA

En fresco musgo estaba
Al pie de joven pino
Gusanillo de luz que aún ignoraba
Su esplendor diamantino.
Se acerca mónstruo informe,
Y era sapo asqueroso,
Y cauto y alevoso
La fauce abrió deforme,
Y del hediondo seno
Bocanada le echó de atroz veneno.
«¿Qué daño yo te hice?»
El injuriado dice.
Responde ásperamente el agresor:
«¿Por qué das resplandor?»

Pfeffel.

LO QUE ERA KANT

A SUS DISCÍPULOS

Quitadle lo que todos ya sabían
Y mejor los antiguos nos decían.
Item más, quitareisle de lo oscuro
Lo que es más tenebroso y nadie entiende.
¿Y entonces qué le queda, ó que nos vende?
Un hueso mondo y duro.
—Tú eres el duro, díscolo, atrevido,
Crítico falso.—«Erré, pequé. Funesta
»Ya confieso mi culpa confundido:
»Vosotros le admirais: eso le resta.»

K opstock.

TERROR

Suda Juan y espumajea
Rechinando diente y diente,
¿Quién su espíritu ferviente
Detendrá? ¡Cuánto patea!
¿A qué espera el vate fiero?
A dejar corrido á Homero.
No á tal punto Pitonisa
Fué en la trípode agitada.
Mas en fin, ¿qué es lo que avisa
Tanto estrépito? ¿Una Iliada?
Un ratón del monte prieto,
Y de Juan sale un soneto.

Hagedorn.

LOS BURROS Y LOS RUISEÑORES

Discretos asnos hay que desearan
Que al molino el costal acarrearan
Los dulces ruiseñores hoy también.
Inútil es decir
Si en esto van los orejudos bien.
Yo empero sé añadir:
No hay ruiseñor ninguno que dejase
De querer que el pollino no cantase.

Burger.

ESOPO EN SAMOS

En medio de la plaza
De la elegante Samos,
Expuestos á la venta
Se hallaban tres esclavos.
Gramática al primero
Hacía señalado,
Y célebre al segundo
La habilidad del canto.
Era el tercero Esopo,
Deforme y jorobado.
De púrpura vestidos
El músico y gramático,
Y el infeliz Esopo
De míseros andrajos.
Los dos por la belleza,
Por la elegancia y garbo,
A demandar el precio
Estaban convidando.
Un filósofo llega
Y les progunta: «guapos,
Decidme, ¿qué sabéis?»
—Señor, nada ignoramos,
Tener la carcajada
No pudo el corcovado,
Y el filósofo dice:
«El precio de este, ¿cuánto?»
De balde á quien los otros
Se lleve bien pagados,
Respóndele el mercante;
Pero añadió burlando:
Ahora, si por hermoso,
Pulido y bien formado,
Vuestra mujer le quiere,
Por poco en todo caso.
«Pues bien, ¿y tú que sabes?»
«Yo, respondió el gibado,
»Yo, nada, porque todo
»Lo saben estos sábios».

Michaelis.

(*Se continuará*).

España y Africa [1]

Aunque la *Revista Calasancia* está exclusivamente consagrada á las cuestiones científicas, no dejaría de ser titulada de poco patriótica si no consagraba algunas líneas á la cuestión palpitante que absorbe toda la atención popular; que en España siempre ha gozado la guerra de este privilegio. Y aunque desde hoy hasta el día en que estas líneas salgan á luz puede haber cambiado mucho el aspecto de las cosas, hemos de decir, sin embargo, algunas palabras que, más que artículo de actualidad, sean reflexiones deducidas de los hechos pasados.

La historia del mundo nos presenta un fenómeno singular, que se ha repetido con frecuencia en la serie de los siglos. Vemos en ella que los pueblos han ido con frecuencia aglomerándose entre sí para formar naciones poderosas que, heridas después como la estátua de Nabucodonosor, se han fraccionado en multitud de Estados pequeños para emprender de nuevo el trabajo de aglomeración. Así sucumbieron aquellas famosas monarquías de egipcios, asirios, babilonios y persas; así sucumbió la poderosa Roma; así sucumbió el temeroso islamismo; así quedó reducida á escombros la monarquía española, en cuyos dominios no se ponía el sol.

Hoy es evidente que algunas naciones modernas tienden á formar una de esas poderosas monarquías, para lo cual tienen que ir absorbiendo todas las naciones pequeñas, y lo lograrán algún día si la Divina Providencia, para castigar á los pueblos, no las detiene en el camino con su mano poderosa; y decimos

(1) Con sumo gusto transcribimos este artículo de *La Revista Calasancia*, expresión de un pensamiento patriótico que debe ser tenido en cuenta en las actuales circunstancias.—(*Nota de* La I. C.)

para castigar á los pueblos, porque terrible castigo es el dominio de esas monarquías en que al imperio de la razón y de la justicia ha de sustituir el de la fuerza.

España, por su situación en Europa, está llamada á ser la piedra en que se estrellen los grandes conquistadores que quieran hacer del Mediterráneo el centro de sus dominios. España contuvo por espacio de doscientos años la omnipotencia romana. España arrojó de Europa en una guerra de siglos las huestes agarenas; en España vinieron á morder el polvo las aguerridas huestes de Napoleón, que no habían encontrado resistencia en toda Europa. Pues bien: España debe hoy considerar que ha recibido de la Divina Providencia misión de oponerse á los planes de los ambiciosos conquistadores, y que para resistir en la lucha que nos amenaza no tiene suficiente con encerrarse dentro de sus propios límites; que necesita terrenos donde extenderse, no tanto para dar expansión al exceso de vitalidad que en ella haya, cuanto para dar pábulo á los instintos belicosos de sus moradores, creándose fuentes de poder y de riqueza que la ponga en estado de hacer frente á los que traten de someterla. La dominación española extendida hoy por el Norte de Africa, no solamente sería una garantía de seguridad para España, sino también de paz para toda Europa, que verían en ello un dique poderoso para contener ambiciones desmedidas y un fuerte puesto avanzando para el día en que, por desgracia, hubiera necesidad de acudir á las armas.

Africa puede decirse ha dejado ya de ser independiente. Lo mismo sus costas que las vastísimas regiones de su interior, han venido á ser patrimonio de los Estados europeos. Si con eso han perdido ó ganado, no es cuestión difícil de resolver; en algunas de sus comarcas no tardará en desaparecer la raza indígena, como ha desaparecido en otras de América y va desapareciendo en Asia y Oceanía. Importa poco que no se cace á los indígenas con sabuesos, que no se les expulse injustificadamente del territorio de sus mayores, que no se les declare una guerra de exterminio; ¿no es, por lo menos, tan malo como todo esto considerarlos fuera de toda ley y fomentar en ellos la embriaguez y todos los vicios, para que poco á poco se vayan destruyendo? Este será el destino de muchas comarcas africanas si sus habitantes no tienen el buen acuerdo de emigrar acogiéndose á protectores más hospitalarios.

Si España penetra en las regiones africanas, ya sea por medios pacíficos, ya con las armas en la mano, los habitantes de las regiones que someta aún ganarán al perder su independencia. La historia abona lo que decimos. España les comunicará sin violencia su lengua, sus costumbres, sus leyes, su religión, acaso sus defectos, pero no los destruirá, se fundirá con ellos formando un solo pueblo. Así lo ha hecho en todas sus colonias, no considerando jamás como deshonra el que su sangre se mezcle con la del vencido.

Para que esto se logre no es suficiente que tengamos en la costa de Africa unas cuantas plazas fuertes, ni que nuestros generales y soldados vayan á derramar heróicamente su sangre, para volver á la patria cargados de laureles; es necesario además que tengamos algunos territorios que formen una provincia de España, donde puedan fundarse poblaciones que cultiven aquellos campos abandonados, que por medio de la industria y el comercio lleven el bienestar á aquellos habitantes que viven sumidos en la barbarie á las mismas puertas de las naciones más cultas del mundo.

¿Tan difícil de realizar es este pensamiento? Esto no puede decirse cuando á centenares están saliendo los habitantes de España que van en busca de bienestar á regiones muy distantes y desconocidas, donde tal vez no encuentran sino el desengaño y la miseria. Precisamente en esas mismas playas inhospitalarias tenemos establecimientos penales donde se encontrarán fácilmente muchos padres de familia que con algo de propiedad territorial y un poco de instrucción religiosa serían ciudadanos honrados, servirían de puesto avanzado para nuestras posesiones y de base sobre la cual podría operar con seguridad un ejército en tiempo de guerra.

¿Qué nos falta para que este deseo nuestro llegue á ser un hecho? ¿Población? Ya hemos visto que la tenemos. ¿Quien dé instrucción religiosa y civil? Corporaciones religiosas hay en España que, con bien poco coste para el Estado, irían á desempeñar este ministerio. ¿Falta territorio? Con lo que tenemos y podemos tener, hay lo suficiente para que cuente España con una provincia más.

Quiera Dios escuchar nuestros votos, y que los sacrificios que hacemos no solamente nos cubran de gloria, sino que sirvan también para regenerar las tierras africanas.

LA REDACCIÓN.

21 de Noviembre de 1893.

JOYAS LITERARIAS

ENSAYO CRÍTICO

SOBRE ALGUNAS ÉPOCAS

DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

POR

D. GABINO TEJADO

(Continuación).

Por regla general, los personajes típicos de nuestro antiguo teatro son el galán, amante retórico, celoso asombradizo, humilde y hasta pueril con la mujer que ama, fiero y altivo con los hombres, temeroso de la justicia, nunca impío, rara vez blasfemo; la dama revestida del pudor cristiano, de la ternura oriental, de la altivez castellana; el viejo, guardador de la honra de su casa, esclavo de su palabra, prudente en el consejo, severo en la conducta; el gracioso, resumen típico del genio de la sátira más ó menos *humorística* de aquellos tiempos, comilón, egoísta, cobarde, curioso, siempre bellaco.

Estos son los cuatro tipos fundamentales de nuestro antiguo teatro; las variedades que suelen encontrarse en ellos son hijas, por regla general, mas bien de la diferencia de situaciones en que el poeta los coloca, que de la diferencia de caractéres que les atribuya: cada uno de ellos representa una clase, un tipo de la sociedad más bien que un carácter, en el sentido que esta palabra tiene en nuestros días; y la razón es que precisamente la sociedad que representaba aquel teatro, era una sociedad dividida en clases que no se confundían entre sí, porque los respectivos individuos de todas ellas giraban dentro de su órbita propia, sin codiciar puesto en otra alguna, como sucede en las sociedades bien organizadas.

Las dos clases principales que, como género superior comprendían á todas las demás especies, eran los nobles y los plebeyos; y justamente la representación constante de estas dos clases principales, estaba desempeñada por los dos personajes, que en ninguna comedia antigua faltan; el galán y el gracioso, ó, lo que es lo mismo, el caballero y el escudero, el amo y el criado. Para el primero toda la cultura del entendimiento, toda la idealidad de los afectos, toda la pureza y desinterés de la conducta; para el segundo, la rudeza del espíritu, el materialismo grosero de todos los apetitos sensuales, el egoismo y bellaquería del profano vulgo. ¿Llora el galán ausencias de su dama? En el acto el gracioso se querella en son doliente de que come mal y poco. ¿Saca el galán la espada para sustentar un lance de honra? Ya está el gracioso buscando callejón por donde escapar ó rincón donde esconderse. El gracioso es la parodia perpetua y el perpetuo antagonismo del galán, del propio modo que por igual razón la criada lo es de la señora.

¡Cuánto argumento no hay fundado en la constitución nobiliaria, que hacía de los *segundones* ¡un tipo caballeresco especial! Sin el espíritu de caballería, ¿cómo hubiera tomado cuerpo y forma dramática aquel pundonor quisquilloso, que siempre tenía la espada desnuda; aquella recatada timidez de la dama, que jamás confiaba sus amores más que á la obscuridad y silencio de la noche; que necesitaba cubrir su rostro con el manto para defenderse del rubor causado en ella por la vista ó las palabras de un galán; que entre su amor y su honra tenía como valla defensiva las celosías y las rejas?

Sin el mismo espíritu de caballería, y como consecuencia de él, sin el religioso respeto á la santidad del matrimonio, ¿cómo hubieran podido concebirse los terribles celos de D. Gutierre de Solís y del tetrarca de Jerusalén? Esta misma caballería, mitad gótica, mitad arábiga, es decir, cristiana por un lado, pagana por otro, hacía de la mujer un ídolo y una esclava; ídolo, porque el caballero la consideraba como el ser débil á quien debía protección, y como la compañera destinada por la Religión á ser mitad de su alma, carne de su carne, su igual ante Dios; esclava, porque la ley del honor la encerraba en un círculo estrechísimo, donde sin negarse un ápice de libertad á sus pensamientos, se vigilaban sus actos con recelosa desconfianza y se castigaban sus faltas con trágica dureza.

Esta especie de coacción en que la ley del honor ponía á damas y caballeros, es sin duda lo que determina principalmente las formas de nuestro antiguo teatro. Donde el pensamiento era libre y los actos en cambio lo eran muy poco, claro es que la vida externa debía tener una grande importancia en la sociedad; y la literatura, que encontraba entre sí este fenómeno social, debió atender más á retratar en sus obras la vida externa que el análisis erudito y entrometido de los afectos y de las ideas, es decir, de la vida interior. De aquí lo complicado de la trama en las obras dramáticas; lo abundante de los lances; la profusión de peripecias; la frecuente colocación de la escena en la calle, en el jardín, en los claustros ó á la puerta de un templo. Donde tan coartados eran los movimientos; donde tanto freno había para la voluntad; donde el principio de autoridad bajo la forma del honor era tan absorbente, la cuestión principal debía ser buscar libertad en los actos externos, romper los frenos de la voluntad y doblar lo inflexible del principio de autoridad; pero todo ello sin mengua del honor, porque el lema social de entonces era «no hay vida sin honor», y «donde el honor es más, todo lo demás es menos».

Así se encontraban frente á frente los dos principios, más radicalmente opuestos que hay en el orden moral: el amor, ciego por naturaleza, emprendedor, inconsiderado; y el honor, verdadero Argos de la vida, reservado, cauto, receloso. El antagonismo de estos dos principios, y la lucha que naturalmente producían en la vida interior y exterior de aquella sociedad, determina á su vez, como causa principal, lo que hay de común en el estilo de nuestros antiguos poetas dramáticos. Prestándose ambos principios, por su propia naturaleza, á todas las fantasías del idealismo, debían producir pensamientos y afectos exagerados, conceptos sutiles, disertaciones metafísicas intrincadas, imágenes vivísimas, frases atrevidas.

Agréguese á esto por un lado el escolasticismo que imperaba en aquella época con su dialéctica sutil, su forma silogística, su aparato ostentoso de erudición; por otro lado una lengua de suyo grave y ampulosa, ocasionada á

amplificaciones por su riqueza, á combinaciones eufónicas por su sonoridad, á giros caprichosos y varios hasta lo infinito por la variedad suma de sus elementos, y se formará perfecta idea del estilo y del lenguaje poético de nuestro antiguo teatro.

Pero esto con relación á los personajes de la clase noble. El plebeyo, el villano, eran representados con forma aparte y enteramente distinta. Su encargo parece que era menos evitar la monotonía y ofrecer el contraste necesario para la vida y desenvolvimiento del poema dramático, que temperar, relajar lo inflexible y duro de la ley de la caballería. Los chistes del criado, las sandeces del villano, parecen puestas al lado de las lamentaciones y discreteos del caballero y la dama, como para dar un respiro al espectador encerrado en aquel círculo eterno de intolerancia, rigidez y opresión que el poeta le trazaba con la representación de aquel pundonor quisquilloso de los galanes, aquella desdeñosa altivez de las damas, aquel recelar sombrío de los hermanos y los padres, y últimamente, aquel floreo de frases cultas, almibaradas ó retumbantes, según el personaje y la ocasión á que se aplicaban.

El *gracioso*, pues, de nuestro antiguo teatro, heredero de su precedente en la historia del mismo, llamado el *bobo*, eran, respecto del arte, un recurso dramático para entretener al vulgo y dar variedad á la composición; pero considerado aquel personaje más trascendentalmente, era la protesta de una sociedad que se sentía oprimida por la rigidez y dureza de las costumbres caballerescas. Ni el galán ni la dama podían rebelarse abiertamente contra estas costumbres; y el poeta, para desquitarse de esta imposibilidad encargaba al gracioso de ridiculizar lo que los demás personajes tenían que aceptar sin censura y sin protesta. El gracioso, en resúmen, considerando la clase social que representaba, la escena en que se le ponía y los pensamientos que se le aplicaban, era la *libertad de imprenta* de aquel tiempo.

Su lenguaje era vulgar, porque estaba consagrado al vulgo: éste le reconocía como expresión de sus ideas y de sus afectos, y el poeta le tenía presente al calcular la cosecha de aplausos que se prometiera de su obra. Por eso el *gracioso* no falta en ningún género de composición dramática: le tienen las comedias de *capa y espada*, lo mismo que las *heroicas*: se le encuentra en las comedias de *santos* y en los *Autos sacramentales* con la misma fisonomía y el mismo encargo que tenía en los antiguos *entremeses*: hacer reir con sus bellaquerías, á veces muy desvergonzadas, reclamar frecuentemente los fueros del sentido común, y representar siempre la casi absoluta libertad individual, que el espíritu de clase tenía tan mermada en nuestros antiguos tiempos.

Tales me parecen ser los principales elementos constitutivos de la forma de nuestro antiguo teatro. Si además tenemos en cuenta los escasos é imperfectos recursos materiales del arte escénico en aquella época, no extrañaremos una multitud de vicios de composición que afectan á todas las obras dramáticas de entonces. Ni en la composición de las obras ni en la representación escénica se conocía lo que llamamos ahora propiedad, colorido local y otros accidentes que resultan de los notables progresos hechos en el arte de decorar la escena. Así vemos que los personajes pasan repentinamente, y sin ninguna escena intermedia, de un lugar á otro; acabamos de dejarlos hablando en una calle, y cuatro líneas más abajo nos los encontramos prosiguiendo la conversación en un bosque: á la escena que pasa en un rico aposento, sucede inmediatamente otra que pasa en una playa desierta. Y consiste esto en que á los ojos del espectador, durante toda la jornada, la casa, y la plaza, y la calle, y el bosque, estaban representados generalmente por una sola decoración, si así queremos llamar una cortina de tela más ó menos preciosa, sin otro aparato de telones, bastidores ni bambalinas.

Verdad es que el poeta, en cambio, se encargaba de describir lo que no le representaban el pintor ni el maquinista, y á fuerza de galas poéticas conseguía suplir esta falta en la mente de sus espectadores. Lo que hoy se llama constantemente *el público*, se llamaba entonces con sobrada razón el *auditorio*, porque, efectivamente, los espectadores tenían que formar su ilusión con lo que oían, y no con lo que veían; pues lo que veían les habría quitado toda ilusión.

Resultaba, en cambio de esto, que cuanto el espectáculo perdía de sensualidad, ganaba el idealismo de los expectadores, y, por consiguiente, la popularidad de las obras. Por la fuerza misma del hábito, cuando no por otras razones más fundamentales, el público de entonces era más accesible que el de nuestros días á la seducción del arte; le comprendía, le sentía mejor, y, comprendiendo y sintiendo, alimentaba con sus aplausos la vida literaria y poética de aquellos tiempos. Así es que cuando los poderosos de entonces se declaraban á porfía Mecenas de las artes, hasta el punto de que los mismos reyes se honraban de cultivarlas, no hacían otra cosa más que secundar el instinto y la afición de las clases inferiores.

Los versos de Lope y de Calderón eran tan bien sabidos y gustados en el palacio del monarca como en el taller del menestral: la sociedad entera vivía la vida del espíritu; y el arte, que es enemigo nato de la materia, se comprendía por todos, porque era lenguaje universal.

Su decadencia empieza cuando empieza á decaer el espiritualismo; su aura vital eran la Religión, el honor y el amor honesto: la Religión se debilitaba con las falacias de la herejía donde penetraba el espíritu de la Reforma, ó se bastardeaba al convertirse hasta cierto punto en cuestión política, donde si bien por fortuna no penetraba el espíritu de reforma, surgía el fanatismo y la ira provocados por la resistencia. El honor se iba sepultando en la tumba de las luchas civiles. El amor separado de la Religión que lo purifica y del honor que lo refrena, se iba convirtiendo en un grosero sensualismo.

La sociedad iba dejando de ser poética, y nuestro teatro, que era el reflejo de la sociedad, fué degradándose hasta convertirse en un remedo absurdo de sentimientos que la sociedad ya no tenía; de formas que ya no comprendían los poetas, y el arte se hundió en los abismos de la extravagancias. Desde Felipe II y Lope de Vega, pasando por Felipe IV y Calderón, habíamos llegado á Carlos II, donde empieza la genealogía de los Comellas. Con el advenimiento de una dinastía francesa al trono de Felipe II, vemos al siglo de los enciclopedistas traernos, en su principio, una guerra civil; durante su curso una postración literaria sin ejemplo en nuestra Historia anterior, y al término del siglo nos hallamos una especie de restauración impregnada de todos los miasmas volterianos, modelada por una literatura extraña y aun opuesta á la española. Desde entonces nuestra literatura, separada de las tradiciones por un lado, rebelde por otro á la completa asimilación de los nuevos elementos que aspiran á dominarla, vive una vida prestada, sin carácter decidido, sin fisonomía propia y constante, sin principios que la sustenten, sin popularidad que la estímule, sin fin que la ennoblezca.

Desconcertada y flotante como nuestras ideas y nuestras costumbres; divorciada bruscamente de la tradición, como nuestros hábitos y nuestras instituciones; servil remedadora de modelos exóticos, que le son contrarios y repugnantes, levanta también su frente abatida pidiendo constituciones y reglamentos que le salven de la indiferencia con que la sociedad castiga su envilecimiento y postración.

Que se levante por sí misma; que tenga valor para sufrir el martirio; que deje de ser adulatora de los instintos y pasiones vulgares. Su campo es inmenso; su dominio puede ser grande; tiene en la sociedad un lugar muy alto, porque va después de la Religión; puede, si quiere y sabe, dictar leyes á los caprichos de la moda, á las aficiones del vulgo, á las pretensiones del filosofismo contemporáneo, y, en fin, á cuanto se comprende en el ancho círculo de las costumbres públicas. Que procure inspirarse y nutrirse á los pechos de una Religión toda santidad, toda pureza, que ha dado espiritualidad á nuestro pueblo, gloria á nuestras armas, belleza inmortal á nuestras letras y nuestras artes. Que no mendigue ni las medallas de las Academias, ni el incienso de los folletines, ni los *bravos* de las lunetas. Que ataque valerosamente á las preocupaciones donde quiera que las halle; que profese con celo santo la fe de sus misterios; que consulte sus monumentos gloriosos. Si quiere saber el alto premio reservado á tan noble tentativa, que mire en pos de sí, que vea cuán poderosa ha sido para producir el mal en estos últimos tiempos, y comprenderá cuán grande es su fuerza para producir el bien, si lo desea sinceramente, si quiere de buena fe conocerlo y se siente con energía para practicarlo.

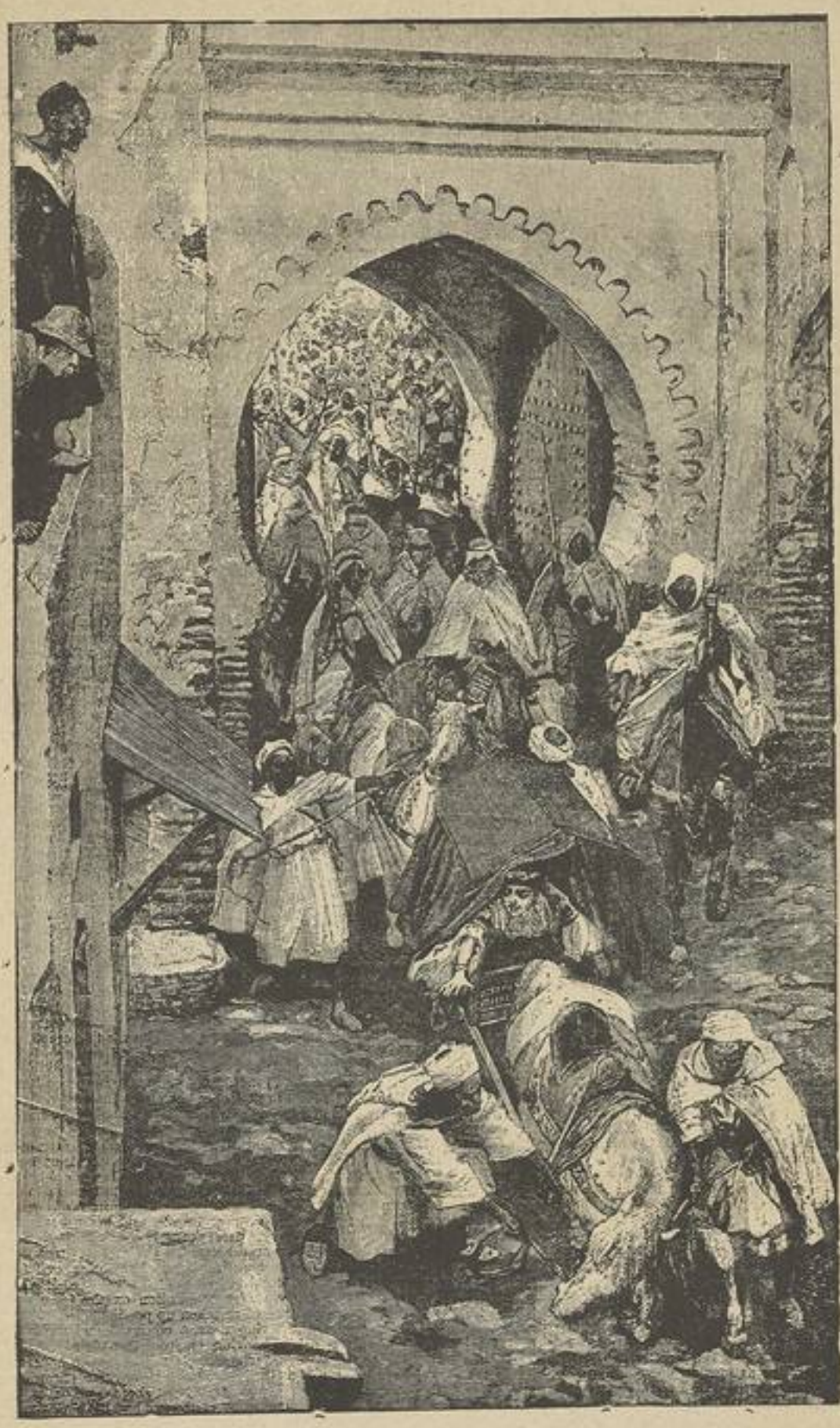
III

Veamos ahora de qué manera el curso de los tiempos ha modificado aquellas condiciones de nuestra sociedad del siglo XVII, que constituían el fondo de nuestra literatura, y especialmente de la dramática. Este examen sería muy difícil y desde luego imposible, para el autor de estos apuntes, si hubiera de tomar sobre sí el árdua tarea de enumerar y clasificar los casi infinitos caractéres de nuestra sociedad presente; en este vaivén de ideas, de pasiones y de hechos contradictorios que nos agita y enerva, no me creo capaz de hallar un punto de vista bastante elevado y seguro para abrazar de una ojeada conjunto tan monstruoso; y la primera dificultad insuperable sería buscar el punto de partida para la clasificación.

Además, la distancia es necesaria para la perspectiva, y no creo á los contemporáneos dotados de las necesarias cualidades para ver con exactitud y sin pasión lo que tienen delante de sus ojos. Me limitaré, pués, á indicar, como me vayan ocurriendo, las modificaciones más esenciales que el espíritu innovador de los presentes tiempos ha realizado en los principios señalados anteriormente, como constitutivos del del fondo de nuestra antigua dramática. El examen mismo de estas modificaciones nos demostrará la manerr y la extensión del mal que hayan podido causar á nuestros progresos literarios, y nos dictará las reglas de prudencia que deben tenerse presentes para restaurar lo que sea restaurable.

Si buscamos en la historia de nuestra literatura la época precisa en que el espíritu innovador se introdujo como antagonista de nuestras bellas tradiciones, creemos encontrarla en el último tercio del próximo pasado siglo. Con el preceptista Luzán, los dos Iriartes, Moratín, el padre, y los eruditos y críticos de su época, vemos nacer una nueva escuela, que en lo substancial de su espíritu y tendencias puede llamare terminada por lo que hace á la poesía lírica en Arriaza, y á la dramática en las primeras obras de nuestro contemporáneo el Sr. Bretón de los Herreros. Pero si queremos buscar, respecto á la dramática, el punto culminante de este período, que enlaza el último tercio del pasado siglo con el primero del corriente, tenemos que fijar la atención en don Leandro Fernández de Moratín.

Las obras dramáticas de este ingenio fueron justamente aplaudidas al publicarse, y con no menos razón continúan siendo estimadas. Sus entusiastas admiradores contemporáneos, y aun muchos de los que hoy le aprecian en lo que vale, llaman á Moratín restaurador de



UN EPISODIO DE LA MARCHA DEL SULTAN

nuestra escena; pero acerca de este honroso título, que por cierto no le disputa el humilde autor de estas líneas, ocurren, sin embargo, á una crítica un poco profunda, ciertas consideraciones muy conducentes al fin que vamos persiguiendo.

Si consideramos la abyección en que el *comellismo* había sepultado á la escena española, muy gratuito sería negar el blasón de restaurador al ameno y valeroso autor de *El café*; valeroso le llamo, porque valor había sin duda en lanzar al público una sátira tan amarga contra escritores y obras que monopolizaban sus aplausos: la empresa era digna de un patriota y de un hombre de corazón, y seguramente á Moratín no se ocultaría que iba á suscitar una prueba muy peligrosa para su popularidad, y por añadidura enemigos irreconciliables. Y siendo tan arriesgada la empresa del autor de *El café*, dicho se está cuánto más lo era la del autor de *El sí de las niñas*, *El viejo y la niña* y *La mogigata*, pues que en estas obras no ya se proponía únicamente satirizar, como en aquella otra, el pedantismo de su tiempo y las bastardas aficiones literarias del vulgo, sino censurar duramente los mismos principios constitutivos de la sociedad en lo que, á juicio del poeta, pudieran tener de extremados y opresivos. Contra obras en que se representaban consecuencias dolorosas del abuso de la autoridad paterna, forzosamente habían de clamar los padres y tutores; y no es menos evidente que los timoratos de la época oirían de tan mala gana los melindres de *La mogigata*, como los de la corte de Luis XIV oyeron las pérfidas homilías de *Tartuffe*.

Por consiguiente, los que á boca llena llamen restaurador á Moratín, si no quieren hacer una calificación superficial, deben decir que sus tentativas restauradoras picaban un poco más alto que en el templo de la señora Talía, porque se elevaba hasta lo más elemental y sagrado de nuestras costumbres públicas. Falta ahora saber si aquella doble tentativa de restauración literaria y social fué tan acertada como oportuna.

(Se continuará).

AVISO

Se ruega á los señores suscriptores que no hayan abonado el año actual, lo verifiquen antes del 15 de Diciembre, pues de no hacerlo nos veremos en la sensible, pero imprescindible necesidad de suspender el envío del número, con lo cual quedará incompleto el interesante tomo de este año.

Igualmente se suplica á los que deseen continuar favoreciéndonos, hagan su renovación en el próximo mes de Diciembre, con objeto de arreglar la tirada del periódico al número de pedidos.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de Paris y que prescriben los medicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

Dos hombres se encuentran y hablan.

—Cuando los hombres hablan, las cosas se explican—dijo una vez, á su modo sabio y filosófico, un amigo del que esto escribe. Y en cuanto á él, fué verdad. Nadie puede predecir á qué resultados puede llevar una conversación casual. Guerras se han declarado y terminado, y grandes empresas se han comenzado ó han fallido por no haberse hablado claramente las cosas de antemano. «La vida y la muerte están en poder de la lengua,» dice la Escritura.

Dos hombres se encontraron un día en el Almacén de drogas de los Sres. Soriano é hijos, en Yecla, aquí en esta vieja España. Su encuentro fué puramente casual; el primero de los dos hombres se hallaba ya en el almacén esperando una oportunidad para exponer su negocio, cuando el segundo entró y preguntó desde luego por una medicina profusamente anunciada y conocida bajo el nombre que él mencionó. El primer recién llegado le dirigió entonces una pregunta que fué pronta y satisfactoriamente contestada, y lo que sucedió después tendremos que copiarlo de una carta de puño y letra del primer recién llegado, cuya firma aparece al pie de aquélla.

Desde Yecla, mes de Julio de 1893, escribe: «Tengo cincuenta años y he disfrutado siempre de cabal salud hasta hará cosa de unos ocho años, en que empecé á perder el apetito y á sufrir de varias molestias, entre ellas flojedad y pesadez en el estómago después que tomaba alimento; náuseas y un gusto amargo, repulsivo, en la boca; dolores en la espalda, pecho y costados; pérdida de ánimo y de deseos de trabajar, y mucha torpeza y dolor de cabeza.

»Por malas que fuesen estas cosas, me molestaban menos que la irritación á la garganta y la tos que me acometieron al cabo de un cuanto tiempo; así que empecé á pensar si estaría destinado á padecer de tisis y morir de ella.»

Al llegar á esta parte de la carta, describe el encuentro en el almacén de drogas, y aludiendo al hombre que allí encontró, continúa el autor de esta carta, el Sr. Hernández, como sigue:

«Le pregunté de qué se quejaba, y me respondió que por durante cinco años había estado sufriendo fuertes dolores de cabeza, y que después de haber usado remedios y pescripciones casi innumerables, no había hallado más que una que le diera alivio, y era el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Impresionado por sus palabras, y naturalmente deseoso de curarme también, compré allí mismo una botella sobre la marcha, y aún no había hecho uso de ella por ocho días, cuando ya encontré á mis sufrimientos un alivio que nada me lo había procurado antes, á pesar de que lo había ensayado casi todo, con sólo cuatro botellitas del Jarabe Curativo de la Madre Seigel logré mi restablecimiento, y tengo el gusto de manifestárselo á ustedes á fin de que puedan publicarlo en beneficio de toda la humanidad. De ustedes afectísimo (firmado), Jermi Hernández.»

Otra carta fechada en Cartagena, en 3 de Julio de 1893, dice: «He sufrido de una enfermedad de estómago cuyos principales síntomas eran falta de apetito, frecuentes dolores de cabeza, flatulencia, nerviosidad y debilidad en general; y una botella del Jarabe Curativo de la Madre Seigel ha restablecido por completo mi salud (firmado), María Sifuentes Cánovas.»

Esto en cuanto á los hechos consignados en estos dos casos. Pero ¿qué diremos de sus causas? Pues tan sólo estas palabras: que ambos eran debidos á indigestión y dispepsia. El veneno por ellas engendrado podía estar oculto y sin sentirse durante largo tiempo, pero también hacerse entonces, de repente, activo por efecto de cansancio mental, de exceso en comer, de comer mal, de exposición al aire libre ó cualquiera de otras tantas influencias. Entonces decayeron los riñones (á los que siguieron el estómago é hígado), el ácido venenoso latente en la sangre pudo desarrollar la inflamación en las articulaciones, y los fluídos así retenidos produjeron la hidropesía. Con semejante estado de cosas pueden producirse toda clase de desarreglos, siendo cada uno de ellos más bien que una enfermedad el síntoma y resultado de la sola causa de casi todas las enfermedades; la indigestión y la dispepsia. El corazón y los pulmones se afectan muchas veces por simpatía, y esto es lo que ocurrió en el caso del Sr. Hernández, excitada como se hallaba su imaginación por el miedo á la tisis.

Curad la torpeza de la digestión, expeled el veneno acumulado, y hallaréis en seguida un mejoramiento general. El conseguir esto está en poder del Jarabe Curativo de la Madre Seigel, como no lo ha estado jamás quizás en poder de remedio alguno hasta hoy conocido.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales, frasquito 8 reales.

BANCO DE ESPAÑA

OCTAVO SORTEO

Nota de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Números de las bolas que representan los lotes	NUMERACIÓN de los títulos que deben ser amortizados	Números de las bolas que representan los lotes	NUMERACIÓN de los títulos que deben ser amortizados
Serie A			
89	881 á 90	7413	74121 á 30
317	3161 70	7917	79161 70
534	5331 40	8086	80851 60
655	6541 50	8257	82561 70
750	7551 60	8275	82741 50
850	8581 90	8450	84491 500
879	8781 90	8706	87051 60
955	9541 50	8783	87821 30
1120	11191 200	9161	91601 10
1346	13451 60	9165	91641 50
1841	18401 10	9359	93491 500
1921	19201 10	9393	93921 30
2614	26131 40	9445	94441 50
2721	27201 10	9519	95181 90
2891	28901 10	9691	96901 10
2992	29911 20	9887	98861 70
3101	31001 10	9985	99841 50
3482	34811 20	10300	102991 103000
4065	40641 50	10403	104021 30
4222	42211 20	10466	104651 60
4286	42851 60	10825	108241 50
4367	43661 70	11253	112521 30
4811	48101 10	11268	112671 80
4882	48811 20	11741	117401 10
5053	50521 30	11946	119451 60
5073	50721 30	12021	120201 10
5129	51281 90	12226	122251 60
5254	52531 40	12557	125561 70
5408	54071 80	12784	127831 40
5627	56261 70	12861	128601 10
6039	60381 90	13570	135691 700
6373	63421 30	13693	136921 30
6523	65221 30	13769	137681 90
6560	65591 600	14479	144781 90
7288	72871 80		

Serie B

75	741	á 50	4103	41021	á 30	
139	1381	90	4477	44761	70	
194	1931	40	4505	45041	50	
202	2011	20	4708	47071	80	
485	4841	50	5210	52091	100	
775	7741	50	5223	52221	30	
906	9051	60	5393	53921	30	
1195	11941	50	5785	57841	50	
1330	13291	300	6274	62731	40	
1618	16171	80	6292	62911	20	
1633	16321	30	6325	63241	50	
1712	17111	20	7789	77881	90	
1953	19521	30	7806	78051	60	
2205	22041	50	8549	85481	90	
2266	22651	60	9123	91221	30	
2303	23021	30	9415	94141	50	
2869	28681	90	9496	94951	60	
2916	29151	60	9591	95901	10	
2927	29261	70	9729	97281	90	
3572	35711	20	9822	98211	20	
3593	35921	30	9999	99981	90	
3615	36141	50	10009	100081	90	
3843	38421	30	10127	101261	70	
3920	39191	200	10167	101661	70	

Serie C

189	1881	á 90	6160	61591	á 600	
572	5711	20	6364	63631	40	
791	7901	10	6379	63781	90	
842	8411	20	6490	64891	900	
875	8741	50	6684	66831	40	
877	8761	70	7213	72121	30	
1555	15541	50	7327	73261	70	
1714	17131	40	7458	74571	80	
1738	17371	80	7640	76391	400	
1810	18091	100	7881	78801	10	
2100	20991	21000	7982	79811	20	
2338	23371	80	8313	83121	30	
2383	23821	30	8472	84711	20	
3112	31111	20	8538	85371	80	
3315	33141	50	8566	85651	60	
3450	34491	500	8567	85661	70	
4291	42901	10	8666	86651	60	
4337	43361	70	9100	90991	91000	
5052	50511	20	9296	92951	60	
5104	51031	40	9679	96781	90	
5702	57011	20	9721	97201	10	
5843	58421	30	9745	97441	50	
5874	58731	40	9857	98561	70	
6086	60851	60	10189	101881	90	
6132	61311	20				

Serie D

371	3701	á 10	1794	17931	á 40	
966	9651	60	2108	21071	80	
1128	11271	80	2258	22571	80	
1367	13661	70	2312	23111	20	
1560	15591	600	2659	26581	90	
1659	16681	90	2716	27151	60	
1723	17221	30	2828	28271	80	

Serie E

131	1301	á 10	861	8601	á 10	
439	4381	90	945	9441	50	
799	7981	90	1265	12641	50	
800	7991	8000	1514	15131	40	
810	8091	100	1649	16481	90	

Madrid 1.º de Diciembre de 1893.—El secretario general *J. Morales*.—V.º B.º—El gobernador *Guillón*.

Banco de España

Los interesados que tengan en depósito en este Banco obligaciones de la Deuda municipal de sisas, pueden presentarse en la caja del mismo desde el día 6 del corriente, de once de la mañana á tres de la tarde, á percibir los intereses vencidos en 1.º de Julio último.

Madrid 5 de Diciembre de 1893.—El secretario general, *Juan de Morales y Serrano*.

Nuestros apreciables lectores leerán en la presente edición un anuncio de la bien reputada firma de los Sres. Valentín y Compañía, banqueros, y Expendeduría general de lotería en Hamburgo, tocante á la lotería de Hamburgo, y no dudamos que los interesará mucho ya que se ofrece por pocos gastos alcanzar en un caso feliz una fortuna bien importante.

Esta casa envía también gratis y franco el prospecto oficial á quien lo pida.

Banco Hispano Colonial

ANUNCIO

EMISIÓN DE 1890

Billetes hipotecarios de la isla de Cuba.

12.º sorteo

Celebrado en este día, con asistencia del notario D. Luis G. Soler y Plá, el 12.º sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1890, según lo dispuesto en el artículo 1.º del Real decreto de 27 de Septiembre de 1890, y Real orden de este año, han resultado favorecidas las cinco bolas

Números 638—1.045—2.025—2.191 y 3.522.

En su consecuencia, quedan amortizados los mil quinientos billetes

Números 63.701 al 63.800—104.401 al 104.500—202.401 al 202.500—219.001 al 219.100 y 352.101 al 352.200.

Lo que, en cumplimiento de lo dispuesto en el referido Real decreto, se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse, desde el día 1.º de Enero próximo á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, más el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona 9 de Diciembre de 1893.

El secretario general,

ARÍSTIDES DE ARTIÑANO

Banco Hispano Colonial

EMISIÓN DE 1890

Billetes hipotecarios de la isla de Cuba

ANUNCIO

Venciendo en 1.º de Enero próximo el cupón número 13 de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1890, se procederá á su pago desde el expresado día de nueve á once de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta Sociedad, Rambla de Estudios, núm. 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España, en Madrid; en casa de los corresponsales, designados ya, en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos, y en Londres, en casa de los Sres. Baring Brothers y Compañía Limited.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día podrán presentarse, asimismo, al cobro de las 500 pesetas que cada uno de ellos representa, por medio de doble factura que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias, donde haya designada representación de esta Sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid, Barcelona, París y Londres, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siempre, sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 2 al 19 de Enero, y transcurrido este plazo, se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana á las horas expresadas.

Barcelona 9 de Diciembre de 1893.

El Secretario general,

ARÍSTIDES DE ARTIÑANO.

OBRAS COMPLETAS

DE

DON MANUEL POLO Y PEYROLÓN

Seis novelas cortas.
Páginas edificantes.
Quien mal anda...
Discursos académicos.
Vida de León XIII.
Sacramento y concubinato.
Solita.
Pepinillos en vinagre.
Hojas de mi cartera de viajero.

Poco á poco se dispondrán de la misma manera todas las demás. Para las suscripciones, dirigirse al autor,

Catedrático del Instituto de Valencia.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento. — *Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.*

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FELIPE PINTO

11, Flor Baja, 11

1893

PAPEL DE ARMENIÁ

El más fino é higiénico de los desinfectantes perfumados para las habitaciones, especialmente en las de los enfermos, *un libro cincuenta céntimos*, las cajas con 12 libros y dos quemadores, 4,50 pesetas, al por mayor más barato —enviamos gratis á quien lo pida, muestras y nota de precios.

THOMAS—Mayor, 30—MADRID

ESTACION DE INVIERNO

Nuestros modelos de sombreros y capotas son los preferidos por las señoras elegantes.

Los de mañana, desde cuatro duros.

Gran surtido de sombreros de satén, alta novedad de la temporada.

Nuestra colección es siempre renovada con novedades.

BARQUILLO, 27 MAD. PERNETTE BARQUILLO, 27

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **el remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultados. Exigid firma y marca de garantía.*

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España y América

Depósito general: ALMERIA, Farmacia VIVAS PEREZ

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA
DE
VICENTE GARCIA MUSTIELES
(SUCESOR DE PÉREZ)
CALLE MAYOR, NÚM. 50
MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.
Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.
Se sirven los pedidos con toda prontitud.

ALMACEN DE RELOJES
EL MÁS IMPORTANTE DE ESPAÑA
GIROD Y FONTANEZ

En esta casa se encuentra á precios de fábrica desde el reloj más fino de Losada, Patek, Piquet, hasta el popular y seguro reloj Roskopf.
Es casa que merece ser visitada.

POSTAS, 25 Y 27

FÁBRICA DE GUANTES
J. F. IRUMBERRI
Calle de Fuencarral, núm. 7
Guantes, Corbatas, Bisutería, última novedad.—Guantes para señores Obispos, Sacerdotes y Colegiales.—*Encargos á provincias.*

BAZAR MÉDICO J. CLAUSOLLES
BARCELONA
SUCURSAL EN MADRID
35, CARRETAS, 35 (frente á Correos)

Fábrica de aparatos ortopédicos, bragueros, fajas ventrales, instrumentos de cirujía, artículos de goma, higiene, etc.
Especialidad en la contención y curación de las hernias, por rebeldes y voluminosas que sean.—Gabinete de consultas abierto de diez á doce y de tres á siete. Los domingos de nueve á una.

Precios fijos baratísimos

CARRETAS, 35 (frente al buzón de Correos), MADRID

ES DIGNA DE SER VISITADA
LA NOTABLE
EXPOSICIÓN DE FLORES, PLANTAS
Y CORONAS
DE
G. KUHN SIETE SALONES PISOS PRINCIPALES CRUZ, 42

Sección 1.ª: Flores para vestir.—2.ª: Ornato de salón.—3.ª: Flor para iglesia.—4.ª: Flor para cementerio.—5.ª: Material para flores.—6.ª: Plumas y azabache para sombreros.
Siempre el PRIMER surtido en plantas de salón.—Ramos de altar y modelos de cristalería, mayólica y mimbre de alta novedad, decorados artísticamente con flores y plantas.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
DE
ZOZAYA, (Editor).
PROVEEDOR DE LA REAL CASA
Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españole y extranjeros.
OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

¡VIVID ASI!
O
advertencias y consejos á enfermos y sanos para vivir según una higiene sencilla y racional y una terapéutica conforme con la naturaleza
VERSIÓN ESPAÑOLA
por
D. VICTOR SUAREZ CAPALLEJA
con notas tomadas de los más ilustres higienistas.

Obra adornada con el retrato del autor Sebastián Kneipp, Párroco de Warishofen (Baviera).
De venta en las principales librerías y en casa del traductor, Santa Isabel, 45, principal.
Precio: 5 pesetas en rústica en Madrid y 5,50 en provincias.—Encuadernada en tela 6 pesetas y 6,50.

OBRA NUEVA

LA ELECTROLISIS
POR
D. JUAN DOMÍNGUEZ BERRUETA
Auxiliar supernumerario de la Sección de Ciencias en el Instituto de Salamanca.

Hay ejemplares de este interesante folleto, que acaba de publicarse, en la Administración de esta Revista, San Onofre, 5, 3.° izquierda, y en la librería de Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2.
En Salamanca, librería de Fernández, Rua, 4.

PRECIO: UNA PESETA

MEDICACION TÓNICA
PILDORAS Y JARABE
DE
BLANCARD
Con ioduro de Hierro inalterable
ANEMIA · COLORES PÁLIDOS · RAQUITISMO · ESCRÓFULOS · TUMORES BLANCOS · etc., etc.
Exíjase la firma y el sello de garantía.
PARIS
40, rue Bonaparte, 40

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 6.ª—AÑO XVIII.—TOMO XVI REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 pts.
Tres meses..... 4 »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 15o pe. fs.
Un año..... 4 »

NÚMERO 24.—Madrid 31 de Diciembre de 1893

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 francos.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pesos.
Un año..... 5 »

CORO DE LA CATEDRAL DE CHARTRES

SUMARIO

TEXTO

Los sucesos de Melilla, por Bachiller Alonso.—Grabados, por Antonio Olmedo.—El Conde de Orgáz, por Miguel García Romero.—La señora de Verrugo, por Manuel Polo y Peyrolón.—La Misa del Gallo, por Fernández.—Consejos de Mad. Maintenón.—El panegírico del Santo, por Angel Vergara de Prado.—Judith (poema), por Jaime Martí Bestard.—Joyas literarias, por Gabino Tejado.—Breve muestra de poesía alemana, por el P. Ramón García.—Anuncios.

GRABADOS

Coro de la Catedral de Chartres.—Excmo. Sr. Conde de Orgáz.—La Catedral de Salisbury.—Amargos recuerdos.—Al volver del campo (cuadro de Porta).—El desayuno de Su Eminencia.

Los sucesos de Melilla

II

El nombramiento de Martínez Campos para dirigir el ejército de Africa, fué recibido por todo el país con extraordinario entusiasmo.

En *El Movimiento Católico* del 28 de Noviembre escribimos lo siguiente:

«Su nombramiento (de Martínez Campos) para mandar el ejército de Melilla ha despertado en todas las clases sociales, en todas las provincias del reino, universal entusiasmo.

Parece que con Martínez Campos van la energía y la fortuna acompañando á nuestras banderas.

En todas partes se recuerdan los hechos heroicos de su carrera, el valor temerario demostrado en mil ocasiones; únicamente se teme que ese mismo valor le lleve á una muerte, gloriosa para él, pero que podría ser funestísima para el ejército y para la patria. Así que se oye decir á todo el mundo: «Es preciso que no se exponga á las balas el general Martínez Campos; es necesario que reserve su persona.»

Tiene mucho de grande y de hermoso esta súplica de toda una nación á un hombre; este temor de todo un pueblo respecto de uno de sus individuos; el temor de que ese individuo se exponga demasiado por ser demasiado valiente; la súplica de que guarde su persona.

Y el general debe escucharla, aunque pese á los naturales impulsos de su alma. A Melilla no va á morir, sino á vencer. Su muerte cubriría de gloria su cadáver; pero sería un desastre tremendo para la patria.

Algunos estratégicos profundos, de esos Moltkes de café y media tostada, que tenemos en España, niegan que el general Martínez Campos sea un Massena ó un Davout, ó lo que es igual, ponen en duda sus talentos militares. Pero ni aun esos críticos descontentadizos ponen en duda sus excelsas cualidades de soldado; la actividad, la sobriedad, el valor, la resistencia invencible á los trabajos: todo eso que tanto se ha admirado en las campañas de Martínez Campos.

Si alguna vez fuese vencido, los enemigos no encontrarían en su tienda el lujo y las comodidades que Alejandro encontró en la tienda de Darío.

D. Arsenio, capitán general, príncipe de la milicia, compadre de reyes, padre de duques, es tan sencillo y trata tan mal á su persona como cuando era subteniente: sus gustos, dice él, son plebeyos; al rico tabaco habano, prefiere la tagarnina de á cuarto; al licor exquisito, la copeja de aguardiente que beben por la mañana los arrieros y los albañiles. No puede pasar en la mesa más de cinco minutos, y cuando lo convidan en alguna casa espléndida de la corte, si tiene confianza, se come el plato de sopa, y después se levanta de su asiento, y mientras que los otros devoran platos y platos, manjares y manjares, él pasea al rededor de la mesa, fumando su puro de mala calidad y hablando por los codos; porque como buen español, es de los que no callan nunca.

Esta sencillez y frugalidad, tan simpáticas en todos, y más en un guerrero, son confundidas por algunos imbéciles del ramo de sibaritas con la dureza y brutalidad. Nada más lejos de la razón; Martínez Campos es instruído, como lo son todos los militares procedentes del cuerpo de Estado Mayor, de cuya Academia fué catedrático el hoy capitán general, y es persona muy fina y atenta; y aunque hable á grandes voces y sin ningún género de pedantería, jamás se le oye echar ternos, ni menos blasfemias, como á esos botarates que creen que si no hablan mal no se expresan con energía ni con donaire.

Martínez Campos es profundamente cristiano, de los que practican nuestra santa Religión, devoto de la Vírgen, á la que pone por protectora de todas sus empresas. Ayer, en Málaga, ante el inmenso pueblo que llenaba la Catedral pidió de rodillas la bendición del Prelado y se encomendó en alta voz á Nuestra Señora. ¡Que esta guíe los pasos del insigne caudillo en la tierra de Africa para que vuelva por el honor de este pueblo, que es el pueblo de María!»

Y el día 29, insistiendo sobre lo mismo, escribíamos en el citado periódico:

«La actividad verdaderamente militar con que el general Martínez Campos se ha puesto en camino para Melilla, y llegado á esta plaza, y el hermoso espectáculo que ha ofrecido al mundo en la Catedral de Málaga, implorando la protección de Dios ante la imagen de Nuestra Señora; y arrodillándose humildemente ante el Prelado para recibir la bendición pastoral, son circunstancias y hechos, que saliéndose de lo comun y ordinario en esta época de poltronería, sibaritismo é impiedad, ha conquistado para el general en jefe del ejército de Africa las simpatías calurosas de todos los buenos españoles. Si alguna vez ha podido decir un hombre que representa verdaderamente á todo un pueblo, es ahora el general Martínez Campos en la plaza y campo de Melilla; en estos lugares, ya para nosotros sagrados, por ser tumba de tantos heróicos compatriotas, Martínes Campos es el verdadero y legítimo representante de toda la nación española.

Su intervención en los sucesos de Melilla estaba reclamada por todos los espíritus sanos del país, y para muchos la dirección de las operaciones diplomáticas y militares necesarias en este conflicto, debiera haber correspondido al general Martínez, no ya como general en jefe del ejército, sino como presidente del Consejo de ministros, al modo que los tuvo O'Donnell en 1859.

Pero general ó primer ministro, lo esencial es que él sea el verdadero director, y que se le deje en completa y absoluta libertad para que lleve los negocios militares y diplomáticos á términos de honra y provecho para la patria.

Por eso nos ha parecido muy bien un artículo publicado en *El Liberal* hace pocos días, y en el que se demostraba la suprema conveniencia de que el Gobierno deje hacer en Melilla al general Martínez Campos todo lo que éste juzgue conveniente, sin irle á la mano en nada, reduciéndose (tal es la enérgica expresión de *El Liberal*) al papel de colaborador ó auxiliar del general en jefe

Abundando en las mismas ideas de *El Liberal*, *El Correo Español*, en un artículo muy bien escrito por cierto, entiende que la misión del general Martínez en Melilla *es una especie de dictadura conferida por el país*, y que el Gobierno, desde que ha nombrado á dicho general, *queda reducido al estado de un apoderado suyo*.

Todo esto nos parece perfectamente; pero lo juzgamos incompleto.

No basta, á nuestro juicio, que el ministro de la Guerra y el Consejo de ministros dejen hacer á Martínez Campos, sino que además es preciso que le deje también en libertad de acción este otro Gobierno que en España ha surgido en los últimos años, y que se llama prensa periódica.

No creemos que sea el general de los que se dejen llevar por los gacetilleros y estratégicos de redacción; no, no; pero si la prensa la toma con que el general, para responder á su buen nombre, á la confianza del país, etc., etc., no debe contentarse con conquistar esta ó la otra posición, sino que es menester que vaya hasta este ó el otro punto, vistos por el periodista en el mapa; si luego se añade que una paz, para que sea gloriosa, debe reunir estas ó las otras disparatadas condiciones, es muy probable que el general Martínez Campos arregle, sí, lo de Melilla, pero que vuelva á España con una notable disminución de prestigio personal: con el sambenito de no haber arreglado aquello lo suficiente, aunque lo haya arreglado lo necesario.

Contra este peligro, no imaginario por desgracia, deben vivir prevenidos los buenos patriotas. Hay muchos *perros chicos* y muchos intereses de partido de por medio para que no se intenten ahora dos cosas, igualmente funestas, á saber: la prolongación excesiva de la cuestión de África, y el desprestigio personal del general Martínez Campos. Para lo primero no hay mejor medio que el de decir que no están bien castigados los riffeños hasta que... quieran los periodistas darlos por castigados; para lo segundo, comparar las victorias que nuestro general consiga en África con las que consiguió Napoleón en Egipto, César en Mauritania y Alejandro en Asia.

Por mucho que gane el general Martínez Campos, siempre le quedará algo por ganar; por mucho que conquiste, siempre le quedará algo por conquistar. Y es fácil, si avanza tres leguas, v. gr., tierra adentro, demostrar como 2 y 3 son 5, que debió avanzar 6; y que, por lo tanto, se quedó á la mitad del camino. Si toma el Gurugú, se puede demostrar que no tomó el Atalayón; si se apodera de Frajana, es fácil decir que de lo que debió apoderarse es de Benisicar; *et sic de cæteris*.

Contra este peligro, repetimos, deben vivir prevenidos los buenos patriotas. El general Martínez Campos debe llevar al África, no sólo la confianza omnímoda del Gobierno, sino también la del país.»

Transcribímos y consignamos en nuestras columnas estos artículos, no por alarde de vanidad, sino porque hoy nos permiten apreciar la situación del general Martínez Campos en Melilla en presencia de los moros y de los partidos hostiles al general que quedan en España.

BACHILLER ALONSO.

GRABADOS

Coro de la Catedral de Chartres.— (Pág. 369).

La Catedral de Chartres es uno de los más insignes monumentos góticos entre tantos como pueblan el territorio de Francia. Su fundación data del siglo IX, y su historia trae á la memoria importantísimos y memorables sucesos. San Bernardo predicó en su recinto la segunda Cruzada; en 1304, Felipe el Hermoso depositó en ella su armadura, en memoria de su victoria sobre los flamencos; en 1523, el tesorero de esta Iglesia pagó el rescate de los hijos de Francisco I; Enrique III la regaló en 1591 las armas cogidas á los italianos; y por último, en 1594, Enrique IV fué en ella ungido rey, sirviendo para esta ceremonia, á falta de la ampolla cuyo aceite sirvió en Reims para la consagración de Clodoveo, la ampolla de Marmountieres que, según la tradicción, procedía de San Martín. Este templo suntuoso sobre toda ponderación, posee en el altar mayor una imágen de mármol blanco representando la

Asunción de la Santísima Vírgen, obra admirabilísima, debida al cincel del insigne Constón.

El coro es digno de admiración y de un estudio detenido; tantas son la innumerables bellezas que atesora. Por la contemplación del grabado podrán comprender nuestros lectores cuánta es su magnificencia.

Excmo. Conde de Orgaz.—Pág. 372. (Véase el artículo).

La Catedral de Salisbury. - (Pág. 373.)

En la parte meridional del condado de Wilt, y en medio de la célebre llanura de su nombre, álzase la hermosa ciudad de Salisbury, capital del condado. Situada á orillas del Avon, construída con regularidad y rodeada de quintas y casas de recreo, es una de las más lindas ciudades de la vieja Inglaterra. Posee un mercado suntuoso, y en sus cercanías consérvase el célebre monumento donídico conocido con el nombre de Stone-henge, amen de innumerables vestigios romanos y bretones.

Salisbury hállase dividida en dos partes: una, la ciudad propiamente dicha, y otra llamada *Close* (el cercado) de propiedad eclesiástica, separada del resto de la ciudad por un muro, y que comprende la Catedral, el palacio episcopal y otros edificios dependientes de la mitra, más ó menos notables. La Catedral, de la que ofrecemos hoy una vista á nuestros lectores, es uno de los más honrosos ejemplares de la arquitectura del siglo XIII; comenzada su construcción en 1220, tardó seis años únicamente en terminarse. Aparte los primores arquitectónicos que la avaloran y hacen de ella una joya artística de inestimable valor, son dignos de admiración los sepulcros en que duermen el sueño eterno los Obispos y los condes de Salisbury.

La aguja de este bellísimo edificio gótico, tiene 132 metros de elevación, y pasa por ser la más alta del reino.

Amargos recuerdos.—(Pág. 376).

¡Oh, sí; cuán amargos los recuerdos de la perdida felicidad! Y esa casa se halla envuelta en nubes de tristeza desde que su angel tutelar, aquí en la tierra, se ausentó de ella para siempre. Las notas del piano, antes tan alegres y regocijadas, resuenan ahora como plañideros gemidos, y no hacen sino aumentar la triste melancolía de la velada.

¡Pobre esposo y pobres hijas! La expresión de sus semblantes traduce con escrupulosa fidelidad la amargura en que rebosan sus corazones; y el artista que los ha trasladado al lienzo, demuestra poseer cualidades verdaderamente excepcionales.

Al volver del campo (Cuadro de Porta.—Pág. 377.)

Escena de la vida campestre, hondamente sentida y con escrupulosa fidelidad representada. El paisaje, sobre el que empiezan á tenderse las sombras del crepúsculo, se halla impregnado de esa tinta de vaga melancolía que esparce sobre la naturaleza toda la proximidad del anochecer. Este cuadro es la ejecutoria de un artista.

El desayuno de Su Eminencia. (Pág. 381.)

El asunto es tan sencillo que no necesita explicación.

ANTONIO DE OLMEDO.

El conde de Orgaz

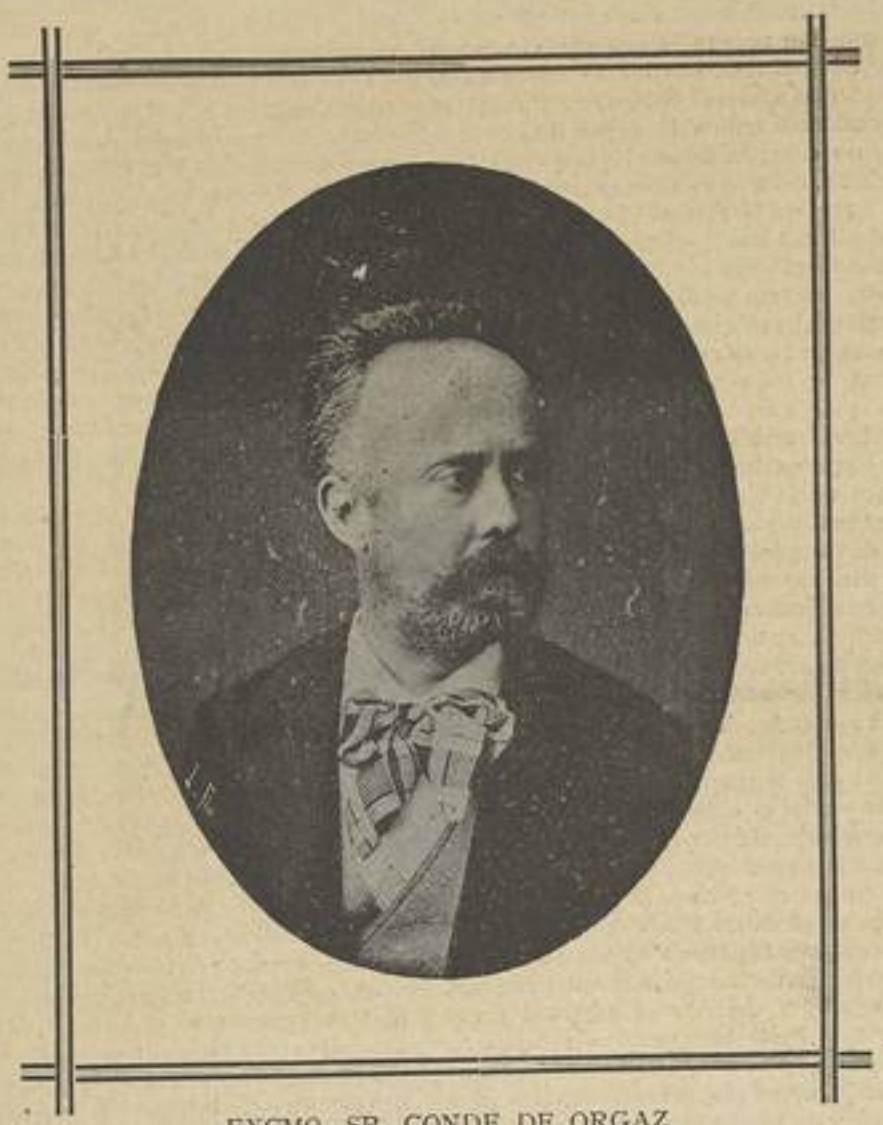
Falleció en esta corte en las primeras horas de la mañana del día 17 del corriente mes, á la edad de sesenta años, el Excmo. Sr. D. Agustín Bou Crespí de Valldaura y Caro, conde de Castrillo y de Orgaz. Aunque en estos últimos tiempos iba gastándose visiblemente su naturaleza, no temíamos que tan pronto la muerte viniese á visitarle. Dios Nuestro Señor lo ha querido, cúmplase su santísima voluntad. Pasará el tiempo, y cuantos tenían la dicha de conocer al conde, no echarán de sí el vivo dolor que sienten ahora, cuando ven desaparecer de este mundo á aquel que fué, sin él pretenderlo, sin saberlo siquiera, luz y guía y consejo de muchos. Cuando Madrid supo que el conde de Orgaz había muerto, se oían estas exclamaciones: «Murió un gran caballero»; «Se va con él el fin de una raza»; «Era un hombre de bien á carta cabal»; «¡Qué representante de la grandeza y de la vieja aristocracia española!»; «¡Pobres... de los pobres!...»; y con salir del corazón tales exclamaciones, y con ser ellas tributo espontáneo de las almas generosas rendido á un varón tan ilustre, aún se me figura que la mayoría de las gentes no conocían lo bastante al conde para tasar en su justo precio las dotes que en él resplandecían. Cierto que todos veían en él á un hombre de talento clarísimo, de cultura nada vulgar, de corazón abierto siempre para las ideas grandes y generosas, el dechado eterno del perfecto caballero; mas así y todo, creo que apreciar por quilates lo que el conde era y valía, esto lográronlo muy pocos. Pienso que andando el tiempo, llegada que sea la hora oportuna, alguien que tenga autoridad para ello, á la manera que el P. Martín de Roa escribió, en los comienzos del siglo XVII, la vida de la condesa de Feria, escribirá la del conde, y entonces las almas adelantadas en el camino de la perfección tendrán un libro más con que regalar y deleitar el espíritu. En el ínterin, séame lícito borrajear unas líneas en recuerdo de un hombre al cual no me acerqué jamás, siendo, como era, afable, cariñoso y humildísimo, sin un sentimiento de respeto profundo, rayano en la veneración. Bastábame á mí observar, en estos tiempos de rebajamiento de caractéres y de insanos egoismos, la idea altísima que el conde tenía del deber, y verle ir siempre en derechura á cumplir el suyo, sin que ningún linaje de consideraciones le parase en la mitad del camino, para quererle y admirarle.

El cumplimiento del deber llevóle en Enero de 1869 á Francia, Inglaterra y Suiza, donde trabajó con fe ardentísima, y no escatimó ningún linaje de sacrificios en favor de la causa carlista, siempre junto á Aparisi, su amigo del alma, que amaba al conde con amor de hermano. El cumplimiento del deber hízole aceptar la representación en Cortes del partido carlista; fué, pues, al Parlamento, y es de ver cómo el buen conde, enemigo de toda exhibición, y creyendo, con modestia verdadera, de las que se estilan poco, que no ha nacido para los debates de la tribuna parlamentaria, se levanta un día de su asiento porque su conciencia le manda que no calle, y pide la palabra, y presenta una proposición, y la defiende en discurso verdaderamente razonado y elocuente, y sostiene y prueba con razones irrebatibles el derecho de la minoría carlista á discutir la dinastía entonces reinante en España, pero á discutirla—decía el conde—«como se discute entre personas dignas; como se discute en un país caballeresco, hidalgo y noble como el nuestro, con todo respeto hacia la persona de D. Amadeo.» «Porque esclaro—añadía Orgaz—retratándose de cuerpo entero en las palabras que voy á transcribir—que nosotros no pretendemos discutir la persona de D. Amadeo de Saboya, persona respetable, porque todos los hombres lo son, y por la historia de su familia, que es una familia de grandes capitanes, la familia de los Filiberios, de los Eugenios... *si bien manchada hoy con ese vicio de usurpación llevado á efecto en Italia...*» Estas enérgicas frases hirieron la susceptibilidad de Olózaga, que presidía la sesión: llamó dos veces al orden al orador; pero éste supo con grande discreción, respeto á la autoridad del presidente y serena energía, mantenerse firme en su derecho.

Otra vez, y en ocasión harto solemne, oyóse en el Congreso la voz del conde de Orgaz. Discutíase la contestación al Mensaje de la Corona, y para defender el voto particular que don Cándido Nocedal había suscrito, habló Orgaz. Desde las primeras palabras, en que dice el orador que no siente en aquel instante más que el deseo purísimo de servir á su patria, hasta las últimas con que termina su discurso, se ve al hombre que en sus estudios de Filosofía y de Historia no ha buscado pasatiempo, sino enseñanza; no ha ido en los libros á caza de novedades, sino de verdades útiles y profundas con que poder aconsejar prudentemente, con sentencias y dictámenes admirables, á toda suerte de personas. ¡Qué bien discurre el conde en ese discurso, y qué bien señala el punto flaco de la sociedad moderna, que va á todo correr hacia el abismo por su desamor al principio de autoridad! «¡La autoridad, hija de los hombres!—exclama con acento de verdadera elocuencia!..» «¡Hombres de buen sentido y de buena fe, paráos á considerarlo!» Si la autoridad fuera hija de los hombres, hace mucho tiempo que hubiera desaparecido de la faz de la tierra. Entonces el hombre, igual al hombre, sería bastante poderoso para destruirla: lo que un hombre hizo, otro hombre destruyó; y sin embargo, la autoridad no ha sido destruida jamás.

Inmortal, vive en todos los tiempos; necesaria, se encuentra en todas las regiones; arca de salud, sobrenada á todos los diluvios; antorcha vivificadora y fecundante penetra todas las tinieblas, y como si su espíritu, inextinguible al desaparecer la forma corpórea de que está vestida, en la ancha arena de las contradiciones y de las luchas, cobrara vida y desenvolvimiento, notad, señores, que á las grandes anarquías suceden siempre las grandes dictaduras.» Y basta con la muestra para que se comprenda que tal discurso fué verdaderamente notable. Pero ni yo trato de presentar al conde de Orgaz como orador, ni siquiera como espejo en que pudieran mirarse muchos para cumplir con los deberes que la vida pública impone al católico amante de su pátria. A lo que yo no he sabido resistir, y Dios sabe que me era violento acercar mi pluma pecadora al nombre de un varón tan lleno de preeminentes vírtudes, es á decir algo de Orgaz, mirándole fuera del revuelto campo de la política. Es entonces cuando á mis ojos se crece y agiganta la figura del conde. Tal era Orgaz, que los discretos, mientras más lo eran, más se le aficionaban y seguían. Enseñó á maravilla cómo y qué bien se juntan lo cristiano con lo caballero, y lo holgadas que aparecen grandezas y títulos en quien sabe llevarlos con dignidad soberana.

He conocido poquísimas personas que tan de adentro les saliese el ser humildes. De aquí aquel su modo de decir tan suave y aquella peregrina prudencia con que acertaba á reprender los vicios y faltas. Díganlo cuantos hermanos de San Vicente han visitado con él á los pobres; si uno de éstos tenía que ser amonestado por tal cual yerro en su conducta, nuestro buen conde era el encargado de la reprensión, pues sabía sazonarla con tal tino, se pegaba tanto al corazón cuanto él decía, que era grande el fruto que hacía en las almas. A la oración y al trato con Dios se dió el conde muy de veras, gastando muchas horas del día en oraciones y lecturas piadosas. La Biblia y el Kempis fueron dos libros que leía frecuentemente. En ellos aprendió á ir subiendo escalón por escalón, por la senda que lleva á la vida perfecta; en ellos encontró, no sólo luz y vida, sino recreo y deleite inenarrable. Pocos hombres tan inclinados como él á encubrir y ocultar los muchos dones que había recibido de la mano de Dios. Fué compasivo con los pobres, y mirábalos con entrañas de padre, doliéndose vivamente de sus necesidades, que remediaba con tanta discreción como largueza; y si mucho



EXCMO. SR. CONDE DE ORGAZ

† en Madrid el día 17 de Diciembre de 1893

le dolían las necesidades del cuerpo, harto más pena le daban las de las almas. Llevaba él la Religión, no en los labios, sino en su entendimiento y en su voluntad, y con ella empapaba todas sus ideas y acciones. Y por esto aquel su apartamiento de todo lo ruín y bajo, aquella especie de luz celestial con que hermoseaba sus costumbres, así domésticas como públicas y sociales.

El demonio de la ambición, que tan suelto anda por el mundo, hiriendo á grandes y pequeños, á sabios é ignorantes, no halló cabida jamás en su alma, ni tampoco sintióse jamás tocado de la pasioncilla esa despreciable que se llama envidia. En todo era comedido, y blando y suave; con llegarle al alma las ofensas que de continuo se dirigen á la Iglesia, á la moral y á las costumbres, repugnábale que para defender tan santas ideas se echase mano de esa literatura al uso, que por medio de la prensa periódica se coloca al volver de la esquina y grita con furor, al decir del poeta:

«Animales,
venid á mantenerme; aquí se truecan
mis delirios impresos, por reales»;

no: Orgaz gustaba de que el escritor católico se armase, no de furor, sino de razones; Orgaz en esto, como en todo, pensaba con exquisita cordura y juicio; pudiera escribirse de él lo que de Aparisi decía Nocedal en el discurso necrológico que compuso por encargo de la Academia Española:

«Los otros, por fin, y estos son á juicio mío los mejores, hallándose dotados de blando y suave carácter, hacen veces de apóstoles de sus ideas, aumentando el número de los prosélitos; y atentos á los preceptos de la caridad cristiana, si bien jamás transigen con el error, tienden su mano generosa al enemigo para que del todo no caiga; huyen de irritarle, muéstranle siempre abierta la puerta del arrepentimiento y de la vida, y dulcifican el combate, tratando con singular templanza á propios y extraños.»

Dispongo de poco espacio para seguir llenando cuartillas, y es fuerza que termine.

Repito que pienso que alguien ha de estimar oportuno hacer una completa reseña de la vida del conde de Orgaz para edificación y consuelo de las gentes. Ni por asomo hélo yo intentado en estas líneas. Conténtome con apuntar algo de lo mucho y bueno que como tantos otros admiré en su bien aprovechada vida. Murió santamente, edificando á todos; recibiendo con fervor grandísimo, y en su cabal juicio, los Santos Sacramentos; cuando ya no podía hablar, besaba con ansia la imagen bendita del Sagrado Corazón que la dulce compañera de su vida y sus hijos llevaban á sus labios; hacía esfuerzos sobrehumanos para repetir las oraciones con que la Iglesia despide de este mundo á sus hijos, y así se le veía en aquellos sus últimos instantes—aún al recordarlo se me aprieta el corazón,—acatando, por un lado, con sosiego maravilloso los designios del Señor, que lo llamaba á sí, y como diciendo, por otro, fija la mirada en su mujer y en sus hijos: adios, queridos de mi alma; en el cielo os aguardo.

MIGUEL GARCÍA ROMERO.

La señora de Verrugo.

Cuentan que siendo soldado raso Bernardote, se hizo pintar en el brazo, de manera indeleble y según inveterada costumbre de cuarteles y presidios, un letrero que decía: *¡mueran los reyes!* Por grande que fuese su inventiva, no pudo prever el demagogo, que, rodando el tiempo, su amo y señor el Capitán del Siglo repartiese coronas entre sus soldados, como quien reparte buñuelos, y que una de ellas había de caerle en la cabeza á Bernardotte.

Cosa análoga sucedió á la Señora de Verrugo. Nacida en pañales de estopa, se crió fresca, robusta y colorada como un pimiento riojano, sin que sus aspiraciones se remontasen nunca por encima de la noble profesión de verdulera. Pero se enamoró de su fachada, aire marcial y desenfado el sargento Verrugo, le ofreció su callosa mano, y nuestra verdulera en ciernes cambió gustosa su elevado y futuro puesto del mercado por el empleo de sargenta.

Más adelante, desairado Verrugo en su ambición legítima de pasar á caballero subteniente, dejó la milicia por un estanco, y ocupó después modesta plaza en la Administración del Estado, bondadosote señor, de anchas espaldas é inmensas tragaderas, que á todos acoje y dentro de cuyo seno descomunal todos comen, y todos caben.

Pasaron algunos años; sopló para Verrugo el viento de la fortuna (malas lenguas dicen que el fuelle de este viento lo manejaba su mujer), y cátense ustedes á Verrugo y consorte al frente de uno de los más importantes ramos de la Administración pública en cierta capital de provincia. No es fácil referir de qué manera acaeció este milagro; pero es público y notorio que milagros de este jaez ocurren todos los días en las naciones afortunadas.

Como Bernardotte, la señora de Verrugo no pudo ni soñar siquiera que llegaría á tales alturas, y naturalmente, el nuevo alto cargo la cogió desprevenida y con un letrero indeleble, no en el brazo, que al fin es parte que tapa la manga, sino en la frente misma, donde no hay mantilla, ni caperuza que lo tape, y cuyo letrero decía á voz en grito: *¡mueran los reyes!* que libremente traducido equivale á *yo no he nacido para esto.*

En efecto, antes de trasladarse á la nueva ínsula para tomar posesión del importante cargo, la ex-sargenta demostró elocuentamente á su marido, que era preciso darse lustre, mucho lustre, y que más aún que el comer necesitaban conquistar á todo trance los títulos de gente *noble y fina.* Convino pues el matrimonio en que desde aquel día, el cónyuge macho firmaría Donato *de* Verrugo y el cónyugue hembra Tomasa *de* Verdolagas, y sus hijos únicos, él Cucufate *de* Verrugo y *de* Verdolagas y ella Zapaquilda *de* Verrugo y *de* Verdolagas, trascendental acuerdo, parto prodigioso de conferencias múltiples.

El señor *de* Verrugo, ¡padre, era un bragazas, sin carácter, que con su buen talento natural y mucha práctica en el expedienteo, hubiera podido desempeñar su cargo, por sí y ante sí, regularmente y sin ponerse en ridículo; para la Señora *de* Verdolagas, madre, á cada paso ponía á su marido en berlina, sin que el pobre hombre supiera cómo apearse del vehículo.

Las primeras consecuencias de la determinación nobilísima de los *des* sufriéronlas el cartero y Cucufate. Doña Tomasa *de* Verdolagas y *de* Verrugo se negó rotundamente á pagar al primero el perro chico legal que cada carta devenga, siempre que faltasen los consabidos *des* en el sobreescrito. En su consecuencia, el cartero se tomaba la molestia de intercalarlos de su puño y letra, á fin de no perder los consabidos cinco céntimos, aunque el procedimiento más expedito era arrojar las cartas á un sumidero.

Cucufate era un estudiantón desgarbado, sin talento y perezoso, que por ser hijo de su padre hacía la carrera á empellones y por partida doble. Me explicaré: con justicia suma se le suspendía en Junio, para aprobarle graciosamente en Setiembre. Pero vamos al hecho: inscribiéronle en el registro de matrícula con el nombre de Cucufate Verrugo y Verdolagas simplemente. Montó en cólera doña Tomasa, su madre, apenas lo supo; refirió el agravio á media ciudad y durante varios días disertó lar-

CATEDRAL DE SALISBURY

gamente acerca de su prosapia ilustre y del escudo de armas de su familia.

Pero como tales murmuraciones no daban resultado práctico alguno, se descolgó con una instancia campanuda, pidiendo al jefe del establecimiento que se reformara la inscripción susodicha, dando en ella cabida al *de* imaginario, que por abolengo de los cuatro costados correspondía de derecho á su Cucufate y á todos los Verrugos y Verdolagas habidos y por haber: se accedió á lo demandado, bajo la responsabilidad del recurrente; se dió charol la demandante diciendo por la ciudad que les había metido el resuello en el cuerpo á los que pretendían pisotear sus clarísimos timbres nobiliarios, y el zagalote quedó matriculado de la siguiente manera: Cucufate *de* Verrugo y *de* Verdolagas, nombre que al pasar lista en las clases hacía las delicias de sus condiscípulos maleantes. Años después, no confrontando estos apellidos con los de la partida de bautismo, vióse Cucufate á punto de perder su brillante carrera, y no se le expidió el título hasta después de tramitado un expediente voluminoso, que costó mucho tiempo y grandes gastos. Por supuesto, que en el diploma brilló por su ausencia el duplicado *de*, desgracia que ocasionó un berrinche mayúsculo á la señora *de* Verrugo, obligándola á no poner el codiciado título en el marco preparado al efecto.

—No seré yo quien haga pública mi ignominia (decía la ex sargenta, haciendo un mohín soberano y abanicándose el bajo vientre).

A propósito, no debo pasar adelante sin decir algo de su parte física. Con los años la señora de Verrugo había engordado hasta la obesidad; caminaba lentamente y mereciéndose, con la cabeza erguida, el pecho y abdomen salientes y en interesante movimiento aquellas aspas de molino de viento, por otro nombre brazos, consagrados en cuerpo y alma al manejo del abanico: tal era su debilidad característica. No dejaba de la mano el enorme perícón, que abría y cerraba estrepitosamente, lo mismo en su casa que en la calle, así en invierno como en verano, y barriendo siempre la gran fachada de su persona.

Vestía con gusto pésimo, exagerando las modas y muriéndose por los colores chillones y relumbrantes. Hacían sus delicias los sombreros á la chamberga, las capotas de ala desmedida, que esconden la cabeza y rostro como en el fondo de un nicho, las plumas rizadas y ondulantes, las frutas de gran tamaño, los pájaros disecados, las hebillas descomunales, las cintas amplísimas, los guantes que se abrochan junto á los hombros, las botas polonesas, las escarcelas figuradas, las golas sofocantes, los cuerpos de vestido con aletas y solapas en forma de frac, y otras mil extravagancias, cuyos nombres conocen las modistas y los revisteros perfumados.

Se me olvidaba advertir, que los mejores adornos de su cara de luna llena eran la sotabarba, el bigote, las patillas y ciertos lunares poblados y retorcidos, que ciertos caballeritos de diez y ocho abriles hubiesen cambiado seguramente por la pelusilla de melocotón, que merced á friegas y tirones sin cuento, sombrea ligeramente su labio sonrosado.

De aquí que la señora de Verrugo, mujer de pelo en pecho, como de los hombres suele decirse, hombrease con todos los que, por razón de oficio, gastan pantalones, y hasta se dijese por la ciudad que había librado á su marido de la molestia de llevarlos en el hogar doméstico. Es lo cierto, que doña Tomasa de Verdolagas y de Verrugo salía á la calle con aire marcial, erguido continente y meciendo á compás su obesidad, como si el mundo fuera pequeño para contener su majestuosa altanería. Continente tal le valió, al poco tiempo, el título de *fragata* Verrugo, que los jóvenes aplicaban sin piedad á mi buena doña Tomasa, dispuesta siempre á pasar por ojo á tan ligeros esquifes, cuando viento en popa y llevando á remolque la lancha Zapaquilda, atracaba en los malecones de los paseos públicos.

Cierto es, que acerca de la manera de vestir no tenía principios fijos, pues unos días recibía las visitas de confianza puesta de veinticinco mil alfileres, y otros salía á la calle con una simple y amplísima bata, y en traje, como ella decía, *negligente*. Pero también es verdad, que á todas horas, dentro y fuera de su casa, se daba importancia grande, á cuyo efecto mugía como un búfalo, se abanicaba, produciendo en torno suyo una tempestad, maltrataba de palabra y obra á los criados y frecuentemente al sentido común y la gramática, abusaba de las palabra *señora* y *caballero*, hacía y recibía visitas á todas horas, y llevaba luto, durante nueve días, por el fallecimiento de todo grande de España pariente suyo, más ó menos remoto, indefectiblemente.

Para acabar de conocerla, bueno es oirla. Llegaba á la puerta de un principal cualquiera, dando resoplidos y seguida de su adorada Zapaquilda.

—¿Doña Fulana de Tal y de Cual?

—Pase usted, doña Tomasa, que ahora saldrá la señora.

—Cállate, fregona, y anuncia á la señora de Verrugo.

La criada se retiraba riendo á mandíbula batiente, y momentos después doña Tomasa Verdolagas de Verrugo peroraba como un tribuno desde el sofá del estrado, que llenaba ella sola.

—¿Está usted cansada?

—Diré á usted, señora... Como nosotros hemos vivido siempre en principales muy bajos...

—¿De techo?

—No, señora; de pocas escaleras.

—Vamos, serían entresuelos.

—Señora, mi familia tiene la nobilísima y ve-

terana costumbre de vivir siempre en principales.

—Me consta (mordiéndose el labio para no reirse de las costumbres veteranas) De manera, que usted se ha fatigado de hacer tanta visita, sin duda.

—Muchas, señora, muchísimas. Es una muerte esto de tener relaciones tan intensas como extensas. Toda España nos conoce, lo más distinguido nos trata, la buena sociedad nos sitia y la crema del buen tono es nuestro elemento.

—Mamá quiere decir la *crême* (observó tímidamente Zapaquilda).

—Niña, quiero decir lo que he dicho, y á los postres crema ó *crême* lo mismo da. Esta señora lo que desea saber es cuántas visitas hemos hecho.

—Perdone usted, no soy indiscreta.

—Nada, señora, nada, lo sabrá usted todo. Desde luego mandé enganchar.

—Yo creí que no tenían ustedes carruaje.

—Por meses, señora, por meses, y engancho á Ramonet siempre que quiero. Primeramente hemos ido en casa de las de Altos-humos, después en casa de las de Picos-pardos; luego, como viven allí cerca, hemos subido en casa de las de Fuente-nevada...

—¿También tratan ustedes á esa familia ilustre?

—A todas, señora, á todas. Mi abuelo fué alcalde mayor de casa y corte, y aún guardamos el bastón y los vuelillos. ¿No es verdad, Zapalquida? (Esta, por no mentir, se calla.) Aquellos eran encajes, y no los de ahora, que son de puro cotón y nada más que cotón. ¿Pues y los bastones? Cuajados de piedras preciosas... En fin, señora, calcule usted si estaremos bien relacionadas y mejor vistas, que el día de mi santo las visitas cumplidas no nos dejaron almorzar hasta las once de la noche ..

—Se juntaron pues la cena y el almuerzo.

—Cabal. ¿Y aquel caballero?

—Mi marido, bien: muchas gracias.

Suponed aquí todos los resoplidos y cortesías imaginables con el correspondiente y recíproco besuqueo, y demos por terminada la visita.

Mientras Cucufate frecuentó las aulas, su mamá la señora de Verrugo se las compuso de manera que trabó relaciones, más ó menos traídas por los cabellos, con todos los catedráticos encargados de desasnar al angelito. Los detenía en la calle, les obligaba á que frecuentasen su casa, y hasta se permitió dar lecciones á algunos de pedagogía y de la ciencia que profesaban. Tales conferencias concluían casi siempre con la retirada definitiva del catedrático aleccionado.

Dedicó entonces su actividad febril á casar á Zapaquilda, merecedora de un príncipe, según á roso y velloso decía su mamá. No por eso dejaba en paz á ninguno de los jóvenes decentes y modestos, á quienes echaba los ojos encima, asediándolos contínuamente con ofrecimientos intempestivos, zalamerías gatunas, indirectas del P. Cobos y hasta declaraciones lánguidas por poder. Zapaquilda la hermosa fué también víctima del furor casamentero de su mamá.

—Niña, que te mira Fulanito.

—Zapaquilda, saluda á Menganito.

—Por Dios, hija, saluda con más gracia, sonriendo dulcemente é inclinando con lentitud la cabeza, como lo haría una palmera cargada de dátiles.

—Niña, contesta á Perengano, que acaba de poner en tí los ojos, indudablemente con buen fin.

Zapaquilda por aquí, Zapaquilda por allá; hija por arriba, y niña por abajo; todo esto acompañado de pellizcos, codazos y pisotones y con el aditamento de que ningún príncipe, ni siquiera barón, enviaba embajadores que pidiesen la mano de Zapaquilda, puso á la pobre muchacha tan nerviosa y tan insubordinada, que contra la ruidosa y terminante prohibición materna, trabó relaciones con un subteniente de caballería, en trato frecuente é íntimo con la paja y la cebada.

Aumentaron con el tiempo el mal genio y las excentricidades de la señora de Verrugo. Ni su reconocida alcurnia, ni su trastienda notoria fueron suficientes para colocar á Cucufate en las oficinas del Estado; tampoco pudo casar, según sus aspiraciones, á Zapaquilda, y el ascenso de su marido se heló entre sus manos, por medio de la escarcha del ridículo. Por no sé qué pequeñez, la señora de Verrugo tomó cierto día un berrinche descomunal, descargó fieramente la tronada sobre el ex-sargento, el cual se murió bonitamente para no tener que sufrir más á su mujer, como el que se desliza volviendo para siempre las espaldas; Cucufate marchó á hacer fortuna á las Indias; Zapaquilda se casó con su adorado subteniente, y doña Tomasa de Verdolagas, viuda de Verrugo, se retiró á su lugar nativo, en donde gasta honradamente su viudedad, jugando al burro con sus conterráneas y contemporáneas las comadres más calificadas de aquel mercado público.

MANUEL POLO Y PEYROLON.

LA MISA DEL GALLO

EN MADRID

¿En qué iglesia de la corte podremos asistir á la Misa de media noche con más comodidad y entre un público silencioso?—me preguntaban el día 24 del pasado tres forasteros amigos míos y muy buenos cristianos, recién venidos tras un asunto de interés.

—En ninguna;—les respondí sin vacilar.

—Te chanceas—me replicaron.—¿Entre más de 75 templos no habrá uno que?... ¿Y la Catedral? ¿Y las Parroquias? ¿No hay otras iglesias grandes, como San Francisco y la Real Capilla, bien dotadas y servidas?

—Las hay en efecto; pero no es posible celebrar en ellas ese acto solemne de nuestro culto, no por falta de recursos; pues si bien no tenemos aquí iglesias ricas, se hacen otras funciones más costosas.

—Todavía lo entendemos menos. En Valencia y en Barcelona, por ejemplo, en todas las Parroquias (no hablemos de Catedrales, Colegiatas y otras de primer orden), hay, á pesar de la pobreza de estos tiempos, sobre todo en Valencia, que no es rica, un cuerpo de Capellanes que, con el Párroco y sus Coadjutores, forman cierta especie de Cabildo que va á coro diariamente, y en esa noche canta con solemnidad, no solamente la Misa, sino los maitines; y cuenta que esos Sacerdotes ganan muy poco para el sustento; seguramente menos que los de aquí, aunque también sean pobres. ¿Cómo, pues, en un Madrid?...

—Calma, señores, y escúchenme por unos momentos.

Madrid es la ciudad de España, y quién sabe si de otros países, en que más libertad se concede á la chusma, en perjuicio, es claro, de las gentes honradas y pacíficas. La cantidad de populacho que alberga es también mucho mayor que en cualquiera otra población española, y las costumbres de esa escoria social son las más ruidosamente agresivas.

El número de tabernas excede al de las tiendas de cada ramo comercial, si no equivale á la suma de todas ellas. Por otra parte, el vino, que no sólo en los templos del mosto, sino en los almacenes de comestibles y en otros muchos se expende, es el que mayores perturbaciones produce, á causa de su malísima calidad, en las cabezas de bebedores tan mal educados y abyectos.

Ahora sepan, por si lo ignoraban, que nuestra policía es muy deficiente, no reñida por cierto con los taberneros ni con sus parroquianos, y que en esa noche es ya antigua costumbre hacer con unos y otros lo que se llama *la vista gorda*; mientras no lleguen al crimen, y á veces aunque lleguen, ya pueden molestar á medio mundo, alborotar y cometer todos los excesos imaginables sin que nadie les vaya á la mano. Difícil es hallar en cualquier evento la pareja de guardias ó el inspector que evite cualquiera demasía, si bien caso de hallazgo tan raro es frecuente que acuda muy despacio, si acude, murmurando entre dientes: ¡Bah! ¡Cosas de Noche-Buena!

En tal estado la población, ¿quién es el guapo que con hábitos clericales atraviesa las calles á las diez ó las doce de la noche para ir á la iglesia, ó á la una de la madrugada al salir del Oficio? Ni aun acompañado por algún amigo ó pariente seglar va seguro el eclesiástico. Ahora comprenderéis por qué solamente hay Misa, y nada más, en algunas de las iglesias en que el Capellán tiene habitación; y por eso es lo más frecuente que celebre él solo sin Ministros, mientras el órgano acompaña las voces de las monjas ó colegialas.

—Poca solemnidad es esa, y mucha desgracia para los fieles, exclamó uno de los forasteros. ¡Quién lo creyera de la capital de España! Pero, en fin, nos contentaremos con lo que hay.

—Tampoco podréis disfrutarlo; porque á causa de la turbulencia del populacho, esas funciones sencillas se verifican á puerta cerrada, ante una concurrencia de amigos de la casa que, mediante papeleta, entran por el postigo excusado, y de ocultis, con más precauciones que si fueran conspiradores anarquistas.

—Pero, hombre, en las parroquias al menos, como suelen vivir el Cura y dos Coadjutores, mas los sacristanes y algún otro sirviente, habrá Misa de tres siquiera, ya que tan exiguo número no baste para cantar los *Maitines*. El personal eclesiástico domiciliado en San Francisco bien pudiera cantarlos.

—Se equivocan ustedes también. Hace unos veinticuatro años aún era eso posible; pero desde la Revolución de Septiembre se ha ido volviendo el pueblo tan levantisco y brutal, que si oye el órgano desde la calle, se agiomera á la puerta del templo, la aporracea con palos y piedras, mientras clama con espantosas vociferaciones, en que abundan las blasfemias y los insultos más groseros contra el Sacerdocio y todo lo que es sagrado. Necesario es por eso, que el recinto del templo esté muy al interior, y aun así hay que usar los registros suaves del órgano, sin levantar mucho la voz.

—¡Delicioso pueblo! ¡Patriarcales costumbres! ¡Celosa autoridad!

Gracias á esto, en la Catedral de la corte no puede haber *Maitines*, ni Misa del Gallo. ¡Cualquiera puede costear el precio de un coche que lo saque de su casa á las nueve y media, y lo vuelva á ella á las dos de la madrugada! Unico medio de que los Canónigos y Beneficiados pudiesen asistir cumpliendo con los Cánones.

—¿Y en la Capilla Real?

—Allí se canta el Oficio completo de esa noche, es cierto; pero no les aconsejo que asistan, aunque no hace falta papeleta. La Capilla no es muy grande; pero el ceremonial cortesano exige que esté vacía toda ella. Casi junto á la puerta, y en un banco sin respaldo, se sientan los Capellanes de honor, que no toman parte en el canto de los Salmos, confiado á los Sochantres, que ocupan invisibles el coro alto, donde está la orquesta y las voces encargadas de ejecutar los responsorios de Séptima; buenos sí; pero la música no muy bien avenida con la letra; pero larguísimos, interminables.

La disposición del local no permite las ceremonias esplendorosas de las Colegiatas y Catedrales; hace frío allí en todas partes, y además no queda para el público sino un rincón en el que apenas caben cien personas, y han de estar en pie ó de rodillas si quieren no sentarse en el suelo, porque allí no hay un solo banco; verdad es que por la puerta pasa el aire colado de las galerías que es una bendición. A veces hay sus apreturas para entrar, y dificultad,

una vez dentro, de coger un sitio desde el que se vea el altar.

—Buscaremos influencia para obtener papeleta que nos introduzca en cualquiera de esas iglesitas.

—Sufriréis una decepción. Acostumbrados al culto grandioso y severísimo de vuestra tierra, no os produciría efecto la Misa rezada con órgano y villancicos en un oratorio pequeño, de malísima arquitectura, adornado á la moderna, de modo que casi no tiene aspecto religioso, ó en cualquiera iglesia chica de monjas pobre y destartalada, como son por desgracia, las de aquí. Eso no era lo que esperábais hallar seguramente.

—Así es; por lo tanto iremos á la Catedral ó al palacio régio al día siguiente por la mañana.

—Es lo mejor.

—Si supieran esto allá...

—Quizá lo sepan, porque me están dando ganas de transcribir este diálogo é insertarlo, en forma de artículo, para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.

—¡Buena idea! pero ¿cómo se llamará ese escrito?

—*La Misa del Gallo en Madrid.*

—Más propio sería que en ese epígrafe intercalaras entre el Gallo y la preposición *en*, la palabra *imposible*.

—Verdad; imposible ó poco menos, gracias á las costumbres populares.

JOSÉ FERRANDIZ,
Presbítero.

CONSEJOS

de madama Maintenon, segunda esposa del Rey Luis XIV de Francia á madama la duquesa de Borgoña

Amada princesa: Tened presente que las penas de los grandes son muchas veces más crueles que las de los particulares: en la vida privada se acostumbra uno á sufrir; en la corte, jamás.

Vuestro sexo está aún más expuesto á sufrir, porque siempre depende de alguna persona. No os avergoncéis del dominio de vuestro esposo, ni de todos aquellos que están en el orden de la Providencia sobre vos.

Que el señor duque, vuestro esposo, sea vuestro mejor amigo y vuestro único confidente; tomad sus consejos, dadle los vuestros cuando le sean necesarios; es decir, que vos y él no seais más que un corazón y un alma.

No esperéis que vuestra unión sea perfecta; los mejores matrimonios son aquellos que sufren el uno para el otro con dulzura y con paciencia; no existe uno en que no haya contradicción, tarde ó temprano.

Sed complaciente, sin hacer valer vuestra complacencia; soportad los defectos del himeneo, tanto los del temperamento, como los de la conducta; igualmente respetad la diferencia de oposiciones y de gustos; sed sumisa para vuestro esposo el señor duque; sometéos á él, que reinaréis sobre él. Tomad la carga de los trabajos en la familia; sobre vuestro esposo, jamás.

No exijáis tanto cariño como vos tengáis; los hombres, generalmente, son menos tiernos que las mujeres, y seréis desgraciada si sois delicada en este punto.

Pedid á Dios de no ser jamás celosa. No esperéis rendir á vuestro marido con vuestros gemidos, vuestras quejas y vuestros reproches, porque las impaciencia ágria y endurece el corazón del marido. Sacrificando vuestra voluntad no pretendáis nada sobre la de vuestro marido; los hombres son aún más atascados que las mujeres, porque se les educa con más libertad y menos contradicciones. Ellos son, naturalmente, tiranos; quieren el placer y la libertad, pero que las mujeres renuncien completamente á ello; no examinéis si sus derechos son fundados, porque os dirán que por algo se han establecido; son los maestros, y no hay más que sufrir y obedecer, mal que nos pese.

Hablad y escribid como si tuviérais mil testigos, porque así no os arrepentiréis jamás, pues tarde ó temprano todo se sabe, y es muy peligroso escribir.

No confiéis á nadie lo que pueda perjudicaros, pensando que si vos no sabéis guardar el secreto, mucho menos sabrá guardarlo otro, que no le interesa tanto; y sobre todo, que en ninguna parte hay más indiscreción para esto que aquí en la corte, en donde todo se hace y dice con misterio.

A vuestros hijos amadles mucho; vedles y acariciadles frecuentemente; que sientan el calor de vuestro cariño; es la mejor ocupación que una princesa puede tener. Introducid en sus tiernos corazones la semilla de la virtud y del temor de Dios: acordáos que de su educación depende muchas veces la dicha de un pueblo y el bienestar de una nación.

Presentáos en el mundo con la decencia y decoro de vuestro estado; si sois orgullosa é inaccesible, no seréis amada.

Destruid tanto como podáis la vanidad y el lujo, y más que todo la calumnia, la maledicencia y las chanzas ofensivas, y todo lo que sea contrario á la caridad.

No os ocupéis de los defectos de los demás, ni de sus pasiones; moderad los vuestros y no seguir aquéllas.

Mirad como vuestros verdaderos amigos á los que os inclinan por el camino de la dulzura, es decir, á la paz, á la unión y al perdón de las injurias; pero temed y no escuchéis á los que quieran excitaros contra los otros, pues que con la apariencia de celo y razón cubren sus intereses y sus resentimientos.

Desconfiad de las personas interesadas, vanas, ambiciosas y vengativas; su comercio no puede hacer otra cosa que perjudicaros grandemente.

Na hagáis traición á nadie; no os expongáis que os vayan á insultar por haber soltado una frase incoherente.

Dad siempre buenos consejos; escusad á los ausentes y no acuséis á nadie aunque hubiere motivo para ello.

No entréis jamás en las pasiones de los cortesanos, mantenéos apartada y sin afecciones particulares; así os amarán más; una princesa no debe ser de ningún partido, sino establecer en todas partes la paz.

Santificad todas vuestras virtudes, dando por motivo el deseo de agradar á Dios; amad el estado y la nobleza, que es su sustento; proteged al país y aliviadle tanto como podáis de sus muchas cargas.

A vuestra servidumbre, amadla y conducidla por el camino del Cielo; dadles posición, pero no los hagáis jamás grandes; no halaguéis su vanidad ni su avaricia, y que vuestro talento ponga sus deseos á la moderación que deben tener todas las cosas.

Protegiendo alguno que os sea conocido, acordáos de la injusticia que estáis haciendo con el hombre de mérito que vos no conocéis.

No seáis aficionada al placer: es preciso poder prescindir de disfrutarlo, y sobre todo, en vuestro estado de contradicción y de pena.

No se sabe dar á los príncipes más que una máxima, que es la del disimulo; ella es falsa, la hace caer en grandes inconvenientes.

Si vuestra amiga está enferma, demostradle inquietud; si muere, aflicción y sentimiento. Sed tierna á las súplicas de los desgraciados; Dios no os ha hecho nacer en alto rango, sino para que tengáis el placer de hacer bien á la humanidad. El poder rendir favores y hacer dichosos á desgraciados, es la indemnización con que podéis favorecer á los servicios que os han prestado en atención á vuestra alteza y rango.

Sed complaciente hacia los que acuden á vos para obtener gracias, pero no importunéis á los que los distribuyen ó las dan.

No entréis en ninguna intriga aun cuando diviséis en ella vuestra gloria ó vuestro triunfo.

Amad á vuestros padres y amad á la patria, porque la patria os amaría tanto como vos sabréis amarla.

No esperéis disfrutar una felicidad completa en la tierra, y mucho menos en la corte; acordáos que la felicidad verdadera Dios nos la tiene reservada para gozarla en el cielo.

Traducido del francés al castellano,
por
NARCISA MASSAGUER.

Gerona Diciembre 1892.

El panegírico del Santo.

AL SR. D. MANUEL VERGARA
Arcipreste en el Arzobispado de Valladolid

La educación es primera piedra de civilización en las naciones.
La Religión conforta el espíritu y es el único consuelo del alma.
(Preceptos de sana moral.)

I

TERMINADO el toque de oraciones, el volteo de campanas anunciaba la víspera de la fiesta del pueblo X. El señor Párroco, que, paseando por las eras, contemplaba los desvanecidos matices del crepúsculo después de la postura del sol, se descubrió, quedando su corona protegida por el solideo, mientras rezaba las *Ave Marías*.

Los campesinos regresaban, y conduciendo las huebras alegremente cantaban aires populares.

Según iban pasando saludaban respetuosamente á su director espiritual, á su Párroco. Este correspondíales mostrando la faz risueña, retratándose en ella la satisfacción al ver regresar de tan buen humor á los hijos del trabajo más modesto, cual es la agricultura.

Ya entre dos luces, reflejándose la simpática silueta del traje talar, el Sacerdote, por calles tortuosas, se dirigió á su casa. La morada de éste era habitada por la venerable anciana madre y sobrina, huérfana, que vivía bajo el amparo de ambos desde que su padre (hermano del Sacerdote), sucumbió luchando con toda fe por la causa del Duque de Madrid. Cuando el Sacerdote entró en la casa, encendieron las luces en el oratorio, y ante la imagen del Salvador rezaron el Santo Rosario y demás preces. Terminado el acto hicieron *colación*, pues la víspera del Santo era de precepto. Inmediatamente en aquella bien ordenada morada reinó el recogimiento.

Los vecinos que solían acudir diariamente en tertulia á la casa del Párroco, se abstuvieron aquella noche, obedeciendo á la previa advertencia que se les notificó.

En casa del mayordomo se reunió en pleno la Cofradía, para acordar la brillantez de la fiesta religiosa, disponiendo varios regocijos públicos. El maestro de escuela hizo una objeción, ensalzando y poniendo de manifiesto las dotes del Párroco, prometiéndose un sermón que desde luego haría saltar las lágrimas á los fieles.

Las mozas que tenían novio esperaban impacientes el turno de la *ronda*, para escuchar las alusivas tonadillas que al compás de las guitarras las dedicaban.

En las casas solariegas el ganado piafaba al salir al pilón á beber agua, volviendo á saborear el pienso de escogida cebada, apartando, retozándose, con el belfo, los granzones.

Todos aquellos actos formaban, separados á la misma hora, una armonía que testifican las costumbres rurales.

AMARGOS RECUERDOS

AL VOLVER DEL CAMPO.—(Cuadro de Porta)

II

En las altas horas de la noche, cuando todo es calma, sombras y tiniebla, y el rumor más insignificante es perceptible, el pueblo entero en el silencio dormía en los hogares.

Sólo el piadoso Párroco veló hasta la aparición del alba, buscando, en los libros de los cuatro Evangelistas, consultas y citas para refrescar su memoria con millares de excelsos actos de fe é indestructibles dogmas.

Como la semilla de las malas yerbas está sembrada en los campos más floridos, sucedió que por rescuillas se cometió un conato de crimen en aquella noche; á las desgarradoras voces del que pidió auxilio, acudieron los mozos de la *ronda*, consiguiendo dar alcance á los malvados fugitivos, los cuales, sin oponer resistencia, se entregaron convictos y confesos, conduciéndoles á la cárcel hasta que el juez municipal empezara las diligencias sumariales.

III

Amaneció el día del Santo Patrono San Pedro Regalado, radiante de esplendor; un verdadero día de primavera. El pueblo entero hizo ecos del suceso, lamentando al herido y pidiendo el castigo para los delincuentes; pero la celebración de la fiesta debía seguir su curso natural, y á los primeros volteos de campanas la Cofradía, precedida de la clásica *dulzdima*, se dirigió en busca del señor Cura, para acompañarle á la celebración de la solemne Misa.

En el atrio de la iglesia, colocados al lado del pórtico, estaban los grandes cestos de las ofrendas, en las que los fieles depositaban la limosna que, una vez bendita, se repartiría á los pobres.

Terminado el Evangelio con majestuosa reverencia, é inspirado por la Divina gracia, el Párroco, con amante frase y singular sencillez, dirigió desde el presbiterio la palabra á los feligreses que, pendientes, anhelaban escuchar la repetición de los milagros de San Pedro Regalado, su devoto y elegido patrono.

Después de un breve exordio, dijo: «Alabad, amados míos,» cuando estando el Santo predicando, había dentro del templo escuchándole unos jóvenes que tomaron por ofensa propia el relato de cierto sucedidó análogo que cometieron *ellos*, y prometiendo burlarse, al terminar la función esperaron al Santo. Efectivamente, al salir el Santo, los jóvenes iban á increparle; pero sucedió que acercándosele una mujer que llevaba en sus brazos á una niña de *meses*, le imploró limosna. El ilustre Fraile, como no llevaba consigo moneda alguna, hizo caricias á la criatura, diciéndola: «¡Quién tuviera el alma tan pura como tú!...» Entonces la niña de *meses*, causando el asombro de los jóvenes, contestó: «¡Tú tienes tan pura como la mía tu alma!...» Y los jóvenes, humillados ante el milagro, se arrodillaron pidiendo perdón y clemencia.

El Párroco expuso algunos ejemplos más, haciendo un elocuentísimo panegírico, y prosiguió la solemnidad hasta terminar la ceremonia con el más perfecto orden.

El elemento joven se distraía y regocijaba con el atractivo de los festejos.

Después de consumado el acto de la espléndida comida de los cofrades, el Párroco, simulando que se retiraba algunas horas á descansar, se despidió hasta la hora de la celebración del Santo Rosario; pero agobiado por el sentimiento de la niña habida, se dirigió á la casa Ayuntamiento, en donde presos se hallaban los agresores.

La presencia del Sacerdote ante aquellos *desdichados*, infundióles respeto; pero el venerable anciano les habló de este modo:—No podría estar satisfecho si os privase de escuchar las máximas que he repetido en el templo. No vengo á molestaros con averiguaciones que son de la incumbencia del tribunal de la justicia de los hombres; vengo, por el contrario, á confortar vuestro abatido espíritu, vengo á consolaros; así, pues, hijos míos, escuchadme en beneficio vuestro y para satisfacción mía.

Y acercándose á *uno* le dijo con entrañable sublimidad: «Tú, Antonio, sé que desgraciadamente de tus padres no recibiste la sólida y bien cimentada educación que al niño es menester para que, cuando se hace hombre, sepa respetar y cumplir los deberes que la sociedad impone para ser útil al prójimo como á sí mismo; sé que desoiste los consejos de tu madre, que pecaste, y la debilidad del carácter de la que te dió el sér procuró, muchas veces, ocultar tus faltas á tu honrado padre, evitándote el severo castigo que merecías; sé que elegiste por compañera á una joven del inmediato pueblo, á la cual, tus malas costumbres, hicieron mártir y esclava, teniendo que emigrar por tus amenazas de muerte á ignorada ciudad (hasta hace poco) buscando paz y trabajo; sé que con ella tus dos pequeños hijos se llevó, y se sabe de público que ella, sufriendo mil torturas, logró enseñarles un oficio, con el cual hoy la recompensan las privaciones y sinsabores que arrostró por defenderles de tus garras de tirano. ¡Ay, Antonio! Tu conducta depravada debes corregir; aún estás á tiempo, eres joven, tu naturaleza puede sufrir los rigores del trabajo á la intemperie, y tus robustos remos ser útiles á la agricultura; no te faltará un jornal si te arrepientes; imita á los más pobres del pueblo, que llevan con resignación las calamidades, y verás cómo tu espíritu se vigoriza. Yo tengo la obligación de servirte el alimento que consolará los errores y las flaquezas de los vicios; yo te serviré de guía; desde mañana te visitaré á diario y te daré fuerzas para sobreponerte á la atmósfera repugnante con que la sociedad te cerca; yo, que tengo la misión por el sagrado ministerio que ejerzo, no cesaré hasta esclarecerte y regenerarte; yo te haré bueno con mi perdón, trayéndote á reflexión. Piensa en tus hijos y evita que llegue un día en que se avergüencen; ellos son ignorantes de los pecados que cometes; vuelve á la redención y medita este mi sano consejo.»

«Y á tí, Juan, te repito lo propio; no ignoro que blasonas de *ateo*, que niegas todos los actos de fe y que eres holgazán, sembrando la discordia y defendiendo tus maquiavélicas ideas políticas desmoralizadoras; que populas la ANARQUÍA, que encuentras á cada momento ocasión para pendencias y que tienes aversión á todo lo creado; que eres, en fin, misántropo. Pero debes tener en cuenta que por el camino que sigues, te conduces á perder la hermosa libertad que tanto aman los hombres, y de seguir así, repito, vivirás encarcelado, y el presidio correccional será tu única morada. Difícil sería, si tú no intentas corregirte, salvarte; pero á veces, y mil ejemplos palpables tenemos, que por obra de un fenómeno se trasforma la fiereza en idiotismo, y el imbécil atiende las razones, aunque al parecer no las comprenda... Pon de tu parte todo para empezar una senda nueva que te redima. Lo mismo que Antonio, eres joven, ten cordura. Pensad maduramente que al semejante que á vuestra ira sucumbirá, deja en este valle de lágrimas desolado el hogar con la muerte que le arrebata en la plenitud de su vida; que vosotros, con vuestra menguada hazaña, sois los únicos culpables, y que al mismo tiempo que el Todopoderoso le reciba en su seno, sobre vos pesará el castigo por la ejecución de tamaña villanía que pedirá reparo justísimo la vindicta pública. Arrepentíos y llevad con resignación la condena, y cuando tienda su manto la noche y todo sea tinieblas, rezad esta oración, que es de precepto para ir ganando indulgencias; este librito es *La cartilla del presidiario*, tenido en gran estima por los arrepentidos, que expían su culpa. Quedad con Dios.

IV

Desde el calabozo se dirigió el Sacerdote á la desconsoladora morada del agredido, el cual sufría con resignación el daño inferido. Su estado era gravísimo, hasta el punto de desconfiar la ciencia de salvarle.

El Párroco, que conocía las estimadas dotes que adornaban al paciente, calmaba su dolor con amante plática, poniendo de manifiesto la conformidad necesaria en tan augusto trance, y aplicándole como bálsamo la FE, único remedio, pero de grandes efectos, pues sus resultados salvan al mortal. Y después de administrarle los Sacramentos y leídas las oraciones para la recomendación del alma, salió el Sacerdote abatido; pero *satisfecho* por haber cumplido los deberes espirituales lo mismo con los agresores que con el agredido, por el medio que la Divina Gracia nos permite, ó sea comunicándoles la *palabra*.

La fiesta del Santo Patrono seguía su curso, sin que amalgase en lo más mínimo su esplendor este incidente, que sólo la *Religión* es la que, por medio de sus *Ministros* se acerca en todas las ocasiones á auxiliar al NECESITADO.

ANGEL VERGARA DE PRADO.

6 Noviembre 1893.

JUDITH

Canto IV

Regreso de Judith á Betulia.—Batalla de los sitiados contra los sitiadores.—Conducta de Achioro.—Entrada de los vencedores en Betulia.—Triunfo de Judith.

De Betulia los tristes pobladores
soltaban quejas de mortal angustia:
como flor, que del cierzo á los rigores
perdiendo la beldad se pone mustia;
iban perdiendo gracias y colores:
la zozobra sus ánimos angustia;
pues de Judith heróica la tardanza
minora su valor y su esperanza.

—

Con las noticias de el valiente Achihoro
no podían dudar un solo instante
que Judith arriesgaba su decoro,
siendo cruel Holofernes y arrogante,
á quien movían los montones de oro,
más que los ruegos de mujer galante:
sólo esperaban, no más, el trance fuerte
de abreviar su desgracia con la muerte.

—

Llega Judith al pie de las murallas
que Betulia á cercaban débilmente:
con la ayuda del Dios de las batallas
á su patria volvía prontamente,
como blanca paloma que las mallas
de impío cazador burla prudente,
y de gozo y salud el pecho henchido,
vuelve al regalo del caliente nido.

—

Entre las sombras de la noche oscura
negros bultos divisa un centinela,
que, ganando á los otros en bravura,
pasó tres noches en contínua vela,
ansioso de vengar afrenta dura,
y armado con su lanza y su rodela,
rehusaba el descanso, si primero
con sangre no lavaba el noble acero.

—

Achioro, mientras en su larga ausencia
Judith heroína su deber cumplía,
de Betulia con arte y con su ciencia
los vacilantes muros sostenía;
á todos adiestraba Su prudencia
con su esfuerzo robusto competía:
general y soldado, con exceso,
de la defensa sustentaba el peso.

—

—¿Quién sios? Achioro sin temor exclama
viendo á los bultos en la sombra incierta.
¿Es enemiga gente la que llama,
estar creyendo ya Betulia muerta?
¡El sacro fuego del honor inflama
nuestros pechos aún. La férrea puerta
no se abrirá con mengua de la gloria!
—Yo soy Judith, que traigo la victoria.

¡Judith! ¡Judith! Llevó de boca en boca
la fama luego el nombre bendecido:
todo el pueblo al instante se convoca
por halagüeñas voces atraído:
ni se harta de mirar con ansia loca
de Judith el semblante esclarecido:
—¡Es ella, dicen: su gentil figura:
la reina del valor, de la hermosura!—

—

Judith entonces desplegó sus labios:
—Bendecid, dice, al Dios de la victoria,
que comunica pensamientos sabios
y destreza y valor para su gloria.
El venga poderoso los agravios
con que ultrajan los necios su memoria,
mientras acoge súplica sencilla
de quien su propio corazón humilla.

—

¡Mirad, mirad! ¡Es esta la cabeza
con que Holofernes se gloriaba ufano:
á pesar de mi sexo y mi flaqueza,
yo la pude cortar con esta mano!
Dios escuchó mi ruego, y fortaleza
vencedora me dió contra el tirano.
Dios protegió mi honor. Ilesa y pura
logré para mi patria la ventura.

—

Bendita seas—exclamó—mil veces,
lleno de asombro el pueblo circunstante:
profunda gratitud y honra mereces
por hecho tan heróico y tan brillante;
Dios puede sólo premiar con creces
tu admirable virtud sin semejante.
Dios te bendiga! ¡Colme Dios tu anhelo
con su amor, con su paz, con su consuelo!

—

Y repuso Judith:—Conviene ahora
que dispuestos estéis para el combate,
y empuñando la espada vengadora
á mi empresa pongais feliz remate.
Cuando su rubia faz muestre la aurora,
saldreis al campo asirio, donde late
el tronco de Holofernes todavía
manchando el suelo con su sangre impía.

—

Horrible confusión vuestra presencia
dentro del campo causará enemigo;
buscarán de Holofernes en la ciencia
contra súbitos golpes un abrigo
los que ,viendo á su jefe en la impotencia,
se llenarán de horror. Seré testigo
yo misma del horrible desconcierto
que ha de causarles Holofernes muerto.

—

Yo de Betulia en el lugar más alto
mostraré del tirano la cabeza,
infundiendo en sus pechos sobresalto
y en los vuestros poder y fortaleza;
las armas disponed para el asalto,
que ya la aurora su camino empieza.
¡Sús! hijos míos, ¡sús! ¡nada os asombre!
¡blandid la espada del Señor en nombre!

—

Con paso cauteloso los sitiados
de Betulia con ímpetu salieron;
y sobre los asirios descuidados
cual tempestad horrísona cayeron,
los cuales, como tímidos ganados,
fuga ignoble cobardes emprendieron;
cundió el espanto por doquier. ¡Cual nube
vapor de sangre por el aire sube!

—

Del desorden y espanto que sentían
á salir los asirios no acertaban;
ciegos de furor no conocían
que á los extragos crecimiento daban;
con los propios aceros que blandían
unos á otros pugnando se mataban.
¡Día de horror aquel y de venganza!
¡Ni uno solo escapó de la matanza!

—

En medio del horror y la pelea
se descubre de Achioro la figura;
contra el agravio recibido emplea
su constancia tenaz y su bravura;
no los despojos, ni el botín desea,
sino en sangre lavar la afrenta dura,
y ofrecer á Betulia con su diestra
de franca gratitud gallarda muestra.

—

Por todas partes, como rayo, brilla
sembrando muertes su incansable acero;
aunque bisoñas huestes acaudilla,
á do el riesgo es mayor se lanza fiero;
y, cual los mares, endeble quilla
desafía y traspasa el marinero,
tal Achioro, mil riesgos superando,
la furia vence del asirio bando.

—

Mientras de pie Judith en la muralla
del vil tirano la cabeza ostenta,
cuya vista decide la batalla;
pues si á los suyos dá vigor y alienta,
entre los hijos de Nemrod estalla
pavor horrendo y confusión sangrienta,
y á los pies de una mujer, de Dios esclava
toda la gloria de Nabuco acaba!

—

Cayeron en poder de los judíos
innumerales tiendas de campaña,
do se hallaron riquezas y atavíos,
fruto del robo, en confusión extraña;
del ejército Asur los restos fríos
se quedaron expuestos á la saña
de las voraces fieras, cuya gula
el olor de los muertos estimula.

—

Del caudillo feroz el tronco inerte
quedóse allí tendido por el suelo;
y al verlo, dijo Achioro: —De esta suerte
la indócil presunción castiga el cielo;
sólo el Dios de Judith es grande y fuerte,
ya de Fraortes el postrer anhelo
cumplido queda: ya mi afrenta dura
lavó la sangre del asirio impura.

—

Vuelven á Betulia vencedores
los hijos de Jacob, y en su camino
todos entonan himnos y loores
de la bella Judith al plan divino.
—Ella, dicen, merece los honores
de reina de Betulia. Su destino
señaló en su reloj la Providencia,
para mostrar al mundo su clemencia.

—

Llegaron á Betulia los guerreros
debajo el mando del valiente Achioro,
con cuyos golpes mágicos, certeros,
logró colmar la muerte su tesoro;
cargados de botín y placenteros,
saludando á Judith en almo coro,
entraron en Betulia por las puertas
ya sin temor de par en par abiertas.

—

Con dulce abrazo jóvenes y ancianos
todos unían los amantes pechos;
y, enlazando el amor queridas manos,
de puro gozo en lágrimas desechos
padres, hijos, esposos, como hermanos,
el parabién se daban satisfechos;
y llamando á Judith su honor, su gloria,
celebraban su nombre y su victoria.

—

Dios —contestó Judith—es quien alcanza
con su poder tan brava maravilla;
Él sólo es digno, digno de alabanza,
solo Él es poderoso y sin mancilla:
Él premia de los justos la esperanza,
y del inícuo la soberbia humilla:
Él, rompiendo las frágiles cadenas,
trocar en gozo sabe ardientes penas.

—

Quien en su nombre máximo confía,
practicando su ley, vive seguro:
que no puede lograr la hueste impía
de la honesta ciudad hundir el muro.
Emprendan otros del placer la vía,
sigan de la maldad el signo impuro,
mientras nosotros al Señor, que amamos,
perpetuas alabanzas tributamos.

—

Quedando así Betulia libertada
del temor enemigo, con presteza
siguió Judith la vida retirada
como antes de empezar su gran proeza,
siendo de todo el pueblo venerada
por su virtud y mágica belleza;
no hubo reina jamás que tan profundo
lograse amor de pueblos en el mundo.

—

Abrazó la mosáica ley Achioro,
siendo á la vez honrado y distinguido;
su brillante valor y su decoro
recibieron el premio merecido,
que en su propia morada, sin desdoro,
dióle Judith albergue apetecido:
vivieron juntos hasta ser ancianos,
en paz inalterable, como hermanos.

—

Tal hizo Judith; por tal proeza
en todas partes su memoria dura;
cortando de Holofernes la cabeza
con la espada inmortal de su hermosura,
de otra noble Mujer, de otra Belleza,
fué portentoso símbolo y figura:
de la Madre de Dios, que con su planta
la vil cabeza de Luzbel quebranta.

JAIME MARTÍ BESTARD,
Presbítero.

JOYAS LITERARIAS

ENSAYO CRÍTICO
SOBRE ALGUNAS ÉPOCAS
DE LA LITERATURA ESPAÑOLA
POR
D. GABINO TEJADO

(Conclusión).

Hablamos sin pasión; los que vivimos hoy día no somos ciertamente partidarios de los *esprits forts* del enciclopedismo, ni tampoco en verdad abrigamos aquella devoción ardiente y recelosa que caracterizaba á nuestros padres; por consiguiente, no tenemos odios de secta ni aun preocupaciones de escuela; y de seguro podemos juzgar de los hombres y de las cosas con frialdad, ya que no con exactitud. Demos á la humana flaqueza lo que la razón histórica no podrá negarle nunca, y abstengámonos de acusar biliosamente la memoria de un hombre cuyas faltas como literato y como moralista, más bien que suyas, son de su tiempo. Al cabo, cuanto delante de sí miraba, tanto en el orden literario como en el orden moral, era un bastardeamiento tan grosero de nuestra antigua sociedad y de nuestra antigua literatura, que bien puede disculpársele por haber desconocido la verdadera índole de la una y de la otra, y por no haber adivinado que donde creía no hacer más que combatir abusos, lo que hacía era unirse con cuerpo y alma á las falanges de una filosofía absurdamente destructora.

La Francia estaba entre nosotros de moda: en francés se pensaba, porque se estudiaba en francés, y el lenguaje se resentía ya de la peste del galicismo, que después nos ha cogido de medio á medio. Verdad es que la calamidad no era solamente española: francesa era la corte de Federico II: por los modelos de París se iba formando la cultura de casi todas las cortes septentrionales de Europa: y España ligada con la corte francesa por vínculos de parentesco, por interés político, y por la suma, en fin, de circunstancias que nos ponían en tan íntimo contacto con los franceses, no estaba ciertamente en posición muy ventajosa para libertarse de una influencia que se había apoderado hasta de la misma Alemania, cuyas pretensiones de originalidad puramente individual y exclusiva empezaban ya en fines del pasado siglo á hacerla notable por su estravagante y demoledor filosofismo. Ninguna nación se había eximido de pagar su tributo más ó menos espontáneo, más ó menos copioso al enciclopedismo. Entre nosotros, el célebre Aranda, corresponsal de Voltaire, mientras por una parte daba tan relevante prueba de su ilustrado patriotismo oponiéndose al *Pacto de familia* y á su más funesta consecuencia, el auxilio español á la emancipación angloamericana, aconsejaba por otra parte y ejecutaba la expulsión de los

Jesuítas. Coincidía con estos hechos, si bien hay otros anteriores que lo explican, el imperio de una especie de jurisprudencia *ultrarregalista*, que con las miras sin duda más patrióticas del mundo, era un fortísimo ariete asestado contra el principio católico en lo que tiene de más concreto é inconmovible en la tierra, es decir, la Sede pontificia.

Nuestra rancia nobleza, herederos y representantes de aquellos ricos homes y caudillos esforzados, que espantaban á la morisma con sus tizonas y á la herejía con su insigne piedad; aquellos magnates que, á porfía con la Iglesia, se honraban de cultivar y proteger las letras y las artes, habían llevado la manía de familiarizarse con las clases inferiores, hasta el punto de no proteger más que á toreros, ni gustar de otros espectáculos más que de las comedias caseras, representadas por lo ínfimo del vulgo. La monarquía, por primera vez en España desde los tiempos de Enrique IV, había tenido que transigir con un alboroto popular: el motín de Esquilache; y porque nada faltase en aquel cuadro de costumbres, importadas de la nación vecina, tuvimos en los últimos años del siglo hasta una tentativa, bien que aislada y ridícula por su insignificancia, para proclamar en Madrid la *Constituyente*. La corte no vivía, ciertamente, de una manera ejemplar; á vista del pueblo surgían y medraban favoritismos y disensiones en el mismo alcázar regio, que no eran muy á propósito para acreditar y robustecer el principio de autoridad. Por último, nuestras armas de mar y tierra habían sufrido descalabros á cual más lastimosos: la expedición de Argel, la guerrilla de Portugal, la campaña del Rosellón y la de Trafalgar, de triste memoria.

Esta era la época en que D. Leandro Fernández de Moratín escribía sus estimables producciones: contaminado de la peste del filosofismo galicano, inscripto en la lista de los *espíritus fuertes* del tiempo, había perdido el punto de vista conveniente para juzgar y comprender el espíritu nacional de nuestra literatura; encontraba á nuestro teatro clásico tan desemejante, como es, en efecto, del teatro francés; y porque aquél no se acomodaba á las reglas de éste, le pospuso y aun despreció, bien que su claro talento le obligase á confesar algunas de sus culminantes bellezas. Limitó sus juicios á la mera cuestión de formas, y encontrando las de la dramática francesa, indudablemente, mucho más acabadas y perfectas que las de la española, se apasionó ciegamente de las formas, y desconoció cuanto constituía lo elemental, lo radical de nuestro antiguo teatro. Y como, por otra parte, el filosofismo de su tiempo le provocaba á examinar la vida interior de las sociedades, fácilmente encontró en la sociedad española los vicios más culminantes de su constitución íntima. Figuraban, sin duda, en primer término, el pedantismo y el abuso de la autoridad paterna, y los representó en la escena para combatirlos, al mismo tiempo que, dócil á las inspiraciones de su secta, aprovechó cuantas ocasiones tuvo á mano para dar á sus ideas religiosas la tintura del volterianismo que le consentía el estado del país. No me negarán la exactitud de este último aserto cuantos sepan y de buena fe quieran recordar, aquel tordo que en la posada de Alcalá *edificaba*, rezando toda la noche el *Gloria Patri* y la oración del Santo Sudario; aquél

> le recetaron la Unción,
> que para el alma es muy buena,

y, por regla general, todos los pasajes que la censura ha suprimido alguna vez ó tolerado á duras penas en las obras del que escribió las notas al auto de fe de Logroño.

Cuenta que no hago estas citas con ánimo de echar sobre la memoria de D. Leandro la nota de impiedad; mi objeto es sólo consignar que, en punto á devoción y fe católica, no supo ni quiso hacerse superior á la moda de su tiempo. Lo que quiero es demostrar que era todo un hombre de su época, y que, por consiguiente, siendo su época, en espíritu y en forma, externa, distinta y aun contraria á la de nuestro teatro clásico, era muy difícil que el poeta comprendiera el fondo de éste, y, por tanto, que supiera restaurar su imperio como hubiera convenido, es decir, modificando sus formas, pero respetando su fondo.

No modificó sus formas, sino que, al contrario, las anatematizó, y huyó de imitar lo mucho que en ellas era imitable, como de cosa vitanda. El solo respeto á la tradición en cuanto á las formas, es probable que le hubiese hecho un poco más cauto en la elección de asuntos para sus obras, y, sobre todo, un poco menos francés de lo que era, mirada la cosa con alguna profundidad, en la manera de tratarlos. Las comedias de Moratín son un modelo de sobriedad en el diálogo, de verdad natural y absoluta en la representación de los caractéres, de rigoroso ajustamiento de aquellas reglas que no podía llevar en paciencia el bueno de Pipí; tienen gracejo; tienen lo que ahora se llama trascendentalismo. Todo esto tienen, y todo eso son las comedias del Sr. D. Leandro; y con todo esto que son y tienen, y sin que por añadidura se les pueda negar un colorido local, que les presta cierta fisonomía española, todavía me parece que para ser obras literarias españolas, les falta todo lo que al autor le sobraba de filosofismo en cuanto al fondo, y de ciega y exclusiva adoración al clasicismo francés en cuanto á las formas.

Desde los *don Juanes* y los *don Felix* que para hacer á sus damas salvas de amores, ponían á contribución todas las galas de la tierra y todas las magnificencias de los cielos, hasta el enamorado *don Carlos* de *El sí de las niñas*, que al ver á su amada no tiene que decirle otra frase más poética que «*Paquita, vida mía, ¿cómo vá?*» hay un abismo. Desde la época en que es posible presentar en la escena un celoso tan feroz que asesina á su mujer por sospechas mal justificadas, hasta la época en que puede hacerse una comedia como *El viejo y la niña*, hay otro abismo no menos insondable. La distancia que separa el respectivo espíritu de estas obras ¿debía salvarse con el ímpetu que Moratín lo verificó? ¿Era prudente, era patriótico, era propio de un alma poética bien templada romper tan abiertamente con nuestros hábitos y nuestras creencias? Aun suponiendo, como no puede menos de suponerse, y por lo mismo que necesariamente se supone tan mundana nuestra sociedad en su vida interna y externa como debía ya estarlo para que Moratín fuera comprendido y aplaudido en ella, ¿era preciso restaurar destruyendo en vez de restaurar modificando? En un tiempo en que el regicidio se llamaba justicia popular; en que el adulterio cortesano prestaba caractéres tan seductores al personaje llamado *cortejo*; en que á vista de las gentes y en lo más encumbrado de la escala social dominaban favoritismos vergonzosos y criminales; cuando por adular aquella propia monarquía que el filosofismo quería poner en tutela, se expulsaban cruel y livianamente de sus templos y sus hogares toda una familia de ilustres Sacerdotes; cuando sucedían estas cosas y otras muchas de su mismo jaez, ¿cumplía la literatura su noble y augusto encargo combatiendo el principio de autoridad en lo que, humanamente hablando, tiene más respetable la autoridad paterna y el derecho conyugal? ¿Era aquel tiempo oportuno para sembrar doctrinas y representar hechos, cuya inmediata aplicación había de ser la indisciplina de los hijos y la liviandad de los esposos?

Esto en cuanto al fondo de las obras: en cuanto á su forma, ¿qué era más sencillo y más conveniente, reproducir con las oportunas modificaciones el tipo inmortal de nuestro teatro clásico para recordar su índole, y mostrar sus bellezas al pueblo, que no veía reproducidos por el *comellismo* sino sus defectos y extravagancias, ó dejar aquel tipo como cosa caduca y despreciable para sustituirle con una pálida imitación de obras exóticas, extrañas á nuestras tradiciones? ¿Por qué esforzarse en demostrar con palabras y obras que nuestros monumentos literarios estaban reñidos con el buen gusto y con sana razón? ¿Por ventura no hubo ya alguno, como lo fué D. Vicente García de la Huerta, que ó deliberadamente ó por instinto, supo probar en su *Raquel* cómo es posible hacer dramas con reglas sin apartarse de los modelos españoles; cómo es posible no ya en una *comedia famosa* de capa y espada, sino en toda una *tragedia* respetar las unidades, determinar caractéres, y usar con sobriedad un lenguaje propio, todo ello conservando á la obra la fisonomía, el colorido, la vitalidad propia, en fin, de la dramática española? Por ventura, lo que Huerta hizo escribiendo una tragedia, ¿no podía hacerse también escribiendo comedias? Si se pretendía aclimatar en España (y la pretensión era muy laudable), la comedia moliéresca, ¿tan desacertado habría sido buscar el tipo de locuciones urbanas, de gracejo ameno y decente en Alarcón y en Moreto? Compréndese que se temiera buscar modelos en las atrevidas imaginaciones de Lope y de Calderón; compréndese que hubiera prevenciones contra tal ó cual poeta, y aun individualmente contra todos los del siglo de oro de nuestra dramática; pero todavía el buen sentido literario y el deseo ilustrado de lograr una restauración verdadera, habrían sabido hallar y estimar un tipo de formas verdaderamente español en lo que pudiéramos llamar el tono general de aquel teatro.

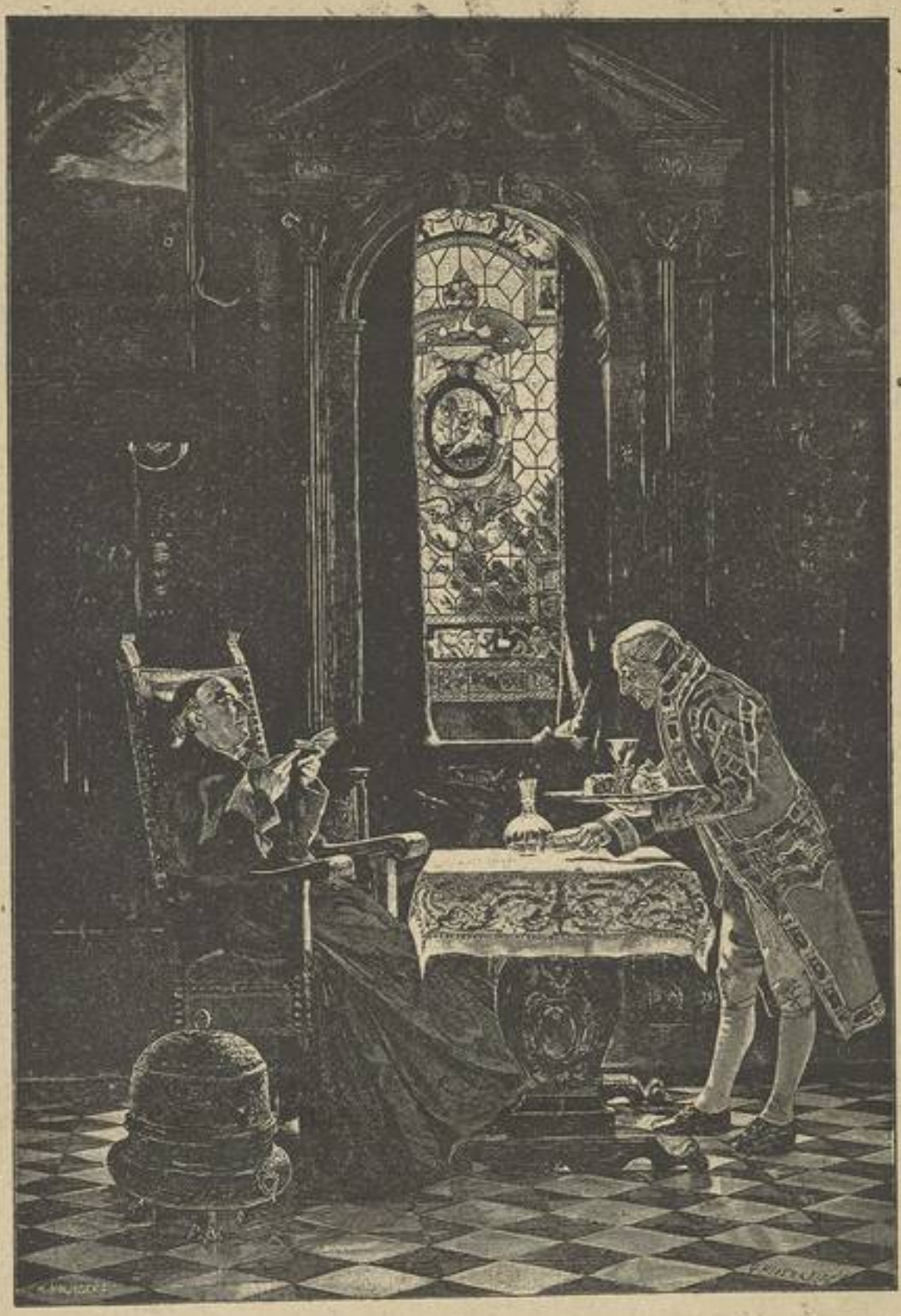
Precisamente este tono general era antipático para Moratín, y lo ha sido después para los escritores de su escuela. Se habían formado un gusto facticio. Y por cierto es curioso de observar que este resultado de su educación literaria procedía precisamente de un punto de partida que le es contrario. Lo que se proponían los restauradores literarios del siglo pasado, era cabalmente conformar sus obras en todo lo posible á las leyes eternas de la verdad natural y absoluta; pues su punto de partida era el axioma «la poesía es un arte de imitación». El principio es exacto y conveniente en cuanto á que el arte debe ser por regla general amigo y discípulo de la Naturaleza; pero se hacía de este principio eternamente verdadero una mala aplicación, en cuanto se olvidaba que si bien el arte en general tiene condiciones esenciales, que no pueden ser desatendidas en ningún lugar ni en ningún tiempo, también tiene, considerado como fenómeno social, como hecho histórico de cada pueblo y de cada época, condiciones especiales, típicas, que no pueden tampoco ser desatendidas sin condenarlo á morir de inanición. Pues bien; el olvido ó el desprecio de las condiciones especiales y típicas del arte español, sacrificadas al prurito de no aceptar otro guía ni maestro más que la Naturaleza, fué lo que produjo aquel gusto facticio, y como consecuencia de él aquella literatura exótica de fines del siglo pasado y principios del presente.

Este prurito era, en verdad, una consecuencia de la manía niveladora del tiempo; la Revolución francesa, hija legítima de la Reforma protestante, se había propuesto nada menos que renovar la humanidad entera, y tendía, como el protestantismo, á borrar en cuanto le era dable el sello característico de todas las instituciones y de todas las nacionalidades. Cual si quisiera poner su Catolicismo puramente filosófico y humano en lucha de igual á igual con el Catolicismo verdadero y divino, intentó crear su Dios, su Iglesia, su Estado, y por consiguiente su arte y su literatura. Las fórmulas y los medios de esta pretensión tan ambiciosa como impía, eran franceses, por la sencilla razón de que en Francia habían nacido el impulso y la propaganda: necesario era, pues, que donde aquella pretensión lograra algún éxito, penetrasen el espíritu y la forma francesa en exacta proporción del éxito que alcanzara la propagada. Y he aquí por qué vemos á los innovadores de aquel tiempo calcando todos sus proyectos revolucionarios sobre los modelos franceses. ¿Querían revolucionar el Estado? Echaban mano de la *Table des droits* y de la Constituyente. ¿Querían revolucionar la Iglesia? Echaban mano de la Enciclopedia, y los más moderados se guardaban bajo sus pelucones una mediana dosis de jansenismo. ¿Querían revolucionar la literatura? Echaban mano de los novelistas, de los didácticos y de los dramáticos franceses.

Tal es, en resumen, la historia de España en el tiempo á que nos vamos refiriendo. Contra la antigua piedad católica de nuestros padres, tuvimos nuestro poco de filosofismo volteriano, y nuestro mucho de regalismo jansenista. Contra nuestra antigua constitución política, atacada ya en su institución más fundamental por la importación de la ley Sálica, tuvimos una generación educada con tales ideas, que cuando fué llamada á dirigir la cosa pública, nos dió por ensayo de sus teorías la Constitución del año 12. Y últimamente, contra nuestra antigua literatura, tuvimos aquel afrancesamiento intelectual del siglo pasado, que nos produjo á los Meléndez y Moratines.

Resulta de estas consideraciones una consecuencia que las comprende á todas, á saber: que si nuestra literatura era entonces francesa en cuanto á la forma, procedía de ser revolucionaria en cuanto al fondo; no tanto se había cambiado su fisonomía como sus elementos constitutivos. Nuestra literatura se hallaba divorciada de nuestras tradiciones porque los literatos se hallaban divorciados de nuestras creencias y costumbres verdaderamente españolas. Y obsérvese que digo *los literatos*, y no la sociedad, porque, á mi modo de ver, había también divorcio entre la sociedad y los literatos. Aquellas reglas que no podía digerir el mozo de *El café*; aquella predilección que él mismo tenía por las comedias que empiezan «Arma, arma, guerra, guerra», necesitan ser un poco explicadas, con perdón del Sr. Moratín, que tanto encomiaba aquellas reglas, y que con tanto gracejo ridiculizaba esta predilección.

El mozo de *El café*, ó, para hablar más claro, el público del tiempo en que se escribió esta comedia, tenía prevención contra las reglas, no porque eran reglas, sino porque eran francesas; porque se presentaban, no como amigas y aliadas que viniesen á dar regularidad y verdad á nuestro teatro español, sino como adversarias audaces y provocativas que con un desdén insolente y con pretensiones exageradas venían á condenar en masa toda una literatura, todo un cuerpo de tradiciones. Y si aquel mismo público miraba con cariño las comedias de *arma, arma, guerra, guerra*, era porque es-



EL DESAYUNO DE SU EMINENCIA

tas comedias, absurdas y todo como eran las que se escribian entonces, le recordaban aquel cuerpo de tradiciones y aquella literatura que el pueblo amaba por instinto.

Y así se explica la boga que llegó á alcanzar el *comellismo:* las obras de esta secta fatal no se aplaudían en el teatro porque eran malas, sino porque querían ser españolas. Eranlo en verdad á su modo, y este modo no podía ser más funesto; pero llevaban en sí el espíritu vital de nuestro antiguo teatro, se presentaban con las formas del mismo; eran, en fin, una lastimosa degradación, pero no una diferencia absoluta y enemiga del arte español. Y por eso el público, ó sea la sociedad, de ordinario mejor conservadora de sus tradiciones que los literatos, aplaudia, contra la opinión y el gusto de éstos, unas obras, que respecto de las de nuestro antiguo teatro, tenían el aire de familia. Y acaso lo que más excitaba contra ellas la bilis de los literatos, no era tanto su deformidad, como el árbol genealógico á que pertenecían.

Si á pesar de este divorcio entre el público y los literatos, pudo alguno de ellos, casi exclusivamente Moratín, hacerse entender y aplaudir del público, lo debieron, sin duda, á causas transitorias por una parte y por otra, á que tuvieron el suficiente talento para hacer bien sus comedias. Ya se comprenderá que yo no les arguyo por haber hecho comedias buenas (en el sentido absoluto y general del arte), sino por haberlas hecho en oposición con nuestras tradiciones literarias; por no haber empleado su talento en restaurar nuestro teatro, como pudieron, pues que el público era masa dispuesta para segundar y coronar su empresa; por no haber, en fin, inaugurado un nuevo período que en vez de pasar como un meteoro, sin antecedentes y sin consecuencias en nuestra historia literaria, hubiera reanudado el hilo de nuestras glorias, interrumpido por el marasmo y la degradación del siglo XVIII.

Pero ya lo hemos dicho y es ocasión de repetirlo: los defectos y los extremos del tiempo que nos ocupa, no son tanto la culpa de los hombres, como del tiempo mismo. En rigor no se les puede negar buena intención, talento positivo, amor al arte; y si bajo otros conceptos los censuro, más bien lo hago para que sus errores nos sirvan de lección que por gusto de acriminarlos.

BREVE MUESTRA
DE
POESIA ALEMANA
DIVIDIDA EN
COMPOSICIONES MORALES, LITERARIAS, JOCOSAS Y RELIGIOSAS
traducida del original
POR EL P. RAMÓN GARCÍA, S. J.

(Continuación)

SILA Y EL MAL POETA

Un vate á quien Minerva
Jamás rió propicia,
Si bien raudal de versos
De la su vena rica
Brotaba tan copioso,
Que los pesaba en libras,
Aunque entenderlos nadie,
Ni aun él los entendía,
Cantó en la edad sangrienta
Del afamado Sila
Héroe de su entusiasmo,
Canción, por peregrina
Modelo de los siglos,
Fruto de hambre canina.
Madeja los cabellos
Como Medusa impía,
Y como el fuerte Alcides
Casi en las carnes vivas,
Al protector glorioso
La humilde frente inclina,
Y de su ingrata musa
El parto le consigna.
Leyó el principio el héroe
Y le asomó la risa,
Y al infeliz poeta
Se le anubló la vista,
Y demudado el rostro
De cera parecía.
Así delante el reo
Está de la justicia,
Sentencia ya esperando
De muerte ejecutiva.
No con mirar adusto,
Sino con voz benigna,
Le dice el Cónsul: «toma
»Tu necia algarabía.
»Te doy jardín florido
»Con fuentes y delicias,
»Si fiel con juramento
»Por la laguna estigia
»Prometes no ya un verso
»Forjar más en tu vida.»
Juró gozoso al punto.
También yo juraría;
Que ya de luengos años
Tener hacienda rica
Es mi pasión; y sólo
Pensarlo aquí me empina.
Empero no hay Macenas
En esta edad indigna
Que á los vates de á cuarto
Suban á tanta dicha;
Aunque también es cierto
Que si el potente Sila
Volviese del sepulcro
A su grandeza antigua,
Y á todos los que el estro
Y el hambre martirizan
No diese más en pago
Que un palomar (no es risa),
Roma, y entera Roma
Aún no le bastaría.

PFEFFEL.

Con motivo de haber empezado los franceses á llevarse á París las obras maestras de las artes.

MIL OCHOCIENTOS

Las esclarecidas obras
De la celebrada Grecia,
Con las armas lleve el galo
A las márgenes del Sena,
Y en suntuosos Museos
Pompa inútil haga de ellas.
Callarán eternamente
Como mudas, como muertas,
Sin dejar los pedestales
A encender una centella;
Que las musas soberanas
Sólo están en quien las lleva
Dentro el pecho enardecido,
Y á los vándalos son piedras.

SCHILLER.

MODESTIA DEL HOMBRE SABIO

Viole.a azul, del sabio
Imágen tanto propia,
Entre mayores plantas
Te ocultas vergonzosa;
Pero en contorno esparces
Tu regalada aroma,
Mientras que erguida frente
Las flores inodoras
Alzan diciendo á todos:
Aquí estamos nosotras.

GESSNER.

JOCOSAS

Á LA MUERTE DE UN PALACIEGO

¿Con que ha muerto el cortesano,
El insigne engañador,
El de trápalas decano,
El de chismes inventor,
De palacio orgullo y prez?
¡Quiera Dios no nos engañe
A lo menos esta vez!

GÖKINGK.

MI BARBERO

Mi barbero es una alhaja
Y estupenda la navaja:
El segundo carrillo aún no ha pelado
(Nadie piense que esto es broma)
Y la barba al otro lado
Vedla aquí, de nuevo asoma.
Y echa el sello (1)
El dolor, que más me aqueja,
Y la sangre y el desuello,
Y las cruces que me deja.

VOSS.

EL ENFERMO VALIENTE

Santiguóse y abrió devoto libro:
Si ve esta dura cama al fin me libro,
Y Dios da por quien es paz al estado,
Prometo al punto armarme de soldado.

LESSING.

JULIAN

Con tres llaves Julián todos los cofres
Tiene cerrados ¡singular cautela!
De todo el mundo, Hipólitos, Onofres,
Abuelo, hermanos, tíos,
Y aun de los hijos y mujer recela.
¿Y por qué tanto? Porque están... vacíos.

LESSING.

(1) Esta última idea la añadió el traductor.

LOS RIZOS DE GALATEA

No es verdad que Galatea
Dé color á sus cabellos;
Que el día que los compró
De sí rubios eran ellos.

LESSING.

LA ANTIPATÍA

Estaba ya un beodo agonizando,
Su mujer le besaba sollozando;
El que el riego sintió que así corría
De la ternura que en amor se fragua,
«No llores, ¡ah! le dijo, cara mía;
Que nunca pude soportar el agua.»

PFEFFEL.

LA JUSTICIA

¿Y por qué á la justicia sacrosanta
Vendar los ojos porque á nadie ofenda?
Ynútil es la venda:
Será consejo más sano
Atarle bien la mano.

KLEIST.

ESPLICACION

¡Qué gusto tan singular
El del médico Gabanto,
Ir la casa á fabricar
Tan cerca del Campo Santo!
—¿Y no sabes tú, Dolores,
Que de artistas y de autores,
La delicia, el regodeo
Es decir: mis obras veo?

JUNGER

EL EJEMPLO

Siempre nos arrastra
La opinión ajena.
Hasta el más prudente
(Y en esto me fundo)
Ir con la corriente
Juzga cosa buena,
Prefiriendo (¡ah mundo!)
A ser singular,
Aun el rebuznar.

BURDE.

TRISTEZA DE MORANTE

Algun mal tiene Morante,
Bien lo dice su semblante,
Desgracia le ha sucedido,
O fortuna otro ha tenido.

EINEM.

ARMONÍA DE UN MATRIMONIO.

¡O dulcísima armonía
La de Pablo y su María!
El de noche trinca bien,
Y ella trinca muy rebién;
El se pierde por la sota,
Y ella juega y pierde y vota;
El el gato se reserva,
Y ella guárdalo en conserva;
El se pone los calzones,
Y ella quiere pantalones.
¡O dulcísima armonía
La de Pablo y su María!

GÖTZ.

A NARCISO

Ven á vernos mañana, Narcisito;
Ya está el espejo grande bien limpito.

HAGEDORN.

FORTUNA DE JUAN LANAS.

Lo que Juan el jorobado,
Varón de mansedumbre acreditado,
Pierde en la honrosa frente
Por ir pegando entre la mucha gente,
Cadá día más buena su mujer
Lo procura ingeniosa reponer.

BÜRGER.

EL VIEJO.

La gloria entonó en sonoroso canto
De un viejo benemérito entre miles,
Columna firme y de la tierra espanto,
Que á Ponoma florida en sus pensiles
Vestir ha visto y de poner el manto
Noventa y seis Abriles.
Decid, oh vates del fecundo Apolo,
Del estro arrebatados prepotente,
Los afanes decid de polo á polo,
Los afanes de amor y vino ardiente;
Mi lira del anciano lleva solo
La prez de gente en gente.
Cantad los héroes cuyos fuertes pechos
Fuéronte ¡dulce patria! antemurales,
En el campo de honor rotos, deshechos
Por libertarte de amargosos males:
Yo al viejo encomiaré, su forma y hechos
Con versos inmortales.
Viva su claro nombre en la memoria
Por mil generaciones propagada:

Tiempos futuros ensalzad la gloria
Del anciano á los cielos remontada:
Vino al mundo, creció,
Tuvo mujer, murió.

GELLERT.

LA OVEJA Y LA ZARZA.

De repentina lluvia
Huyendo una ovejuela,
Metióse como pudo
Dentro de zarza espesa;
Lana empero, y no poca
La triste dejó en ella.
En uñas de abogados
No pongas, no, tu hacienda,
Si á bien librar no quieres
Salir sin la pelleja.

HAGEDORN.

PEDRO CORRIENDO TIERRAS

No quiere Perico más tiempo tizones,
que mundo ver quiere corriendo naciones:
Le estorba su madre tan grande osadía,
Rezunga el mozuelo, y hay larga porfía.
«¿Qué harás sin arrimo, de casa lejano?
»¿No ves, inocente, cuán justa es mi queja?
»El tuno primero que pase á la mano,
»Tu primo se finge y en cueros te deja».
Si llanto á los ojos maternos asoma,
A burla el bergante riendo lo toma,
Y cada mañana, sea claro, sea bruno,
Canción de viaje repite importuno.
«La tierra es mi patria de un cabo á otro cabo;
»Aquí no hay fortuna, buscarla resuelvo;
»La alcanzo, y las alas le tomo y la trabo,
»Y á casa con ella medrado me vuelvo.»
Parientas acuden, auxilio copioso,
Le dá cada una consejo amoroso;
Mas él los oídos impávido cierra,
Y á más persuaciones, más terco se emperra.
Por última carga se acude á los besos:
Que aprenda, le dice benigna su madre,
Que muchos viajantes volvieron camuesos,
Y mire la prueba mejor en su padre.
Plegarias y besos, y llantos en balde:
¿Qué amor á una testa de bronce rescalde?
Al fin el anciano se ablanda y le dice:
«Te doy mi permiso de hacer lo que hice.»
De ropa y de lienzos el tráfago empieza,
Que vientre le abriguen y pecho y cogote,
Le cubren de lana de pies á cabeza,
Chalecos y chupa, y encima capote.
Finalmente, el día se vió amanecer,
Hoy sale Perico después de comer:
A todos extiende los brazos de amor,
La casa se hunde de llanto y dolor.
Van mustios sus padres con él largo trecho,
Y en dulce taberna que está en el camino
Se paran un rato y alivian el pecho
Con junta amigable de rosca y de vino.
«Perico, á tu pronto regreso brindamos,»
Y va la botella vaciándose á tramos:
También bebe el joven y triste los mira,
Y el pecho angustioso le late y suspira
Por dos ó tres veces sacando el moquero,
Se enjuga los ojos y ya se despide;
Mas vuelve á sentarse como de primero
Y estar otro poco gimiendo les pide.
Al fin ya camina, si bien azorado,
Y á cada cien pasos se queda parado;
Y ya se arrepiente volviendo la cara,
«El mundo es más grande que yo imaginara.»
Tampoco es el tiempo conforme á su gusto:
«Hoy quiere, decía sin duda nevar:
»Con aire tan frío, tenaz y robusto,
»Si acaso no es hoy, no puede tardar.»
Y vuelve á pararse, y atrás el mezquino
La vista revuelve midiendo el camino:
En dos que se cruzan al fin vino á dar,
Sin alma que diga por cuál ha de echar.
Suspiros al aire dolientes envía:
«Perdóneme el cielo; que yo si pensara
»Lo bien que mi madre amorosa decía,
»Sentado y caliente con ella me hallara.
»¿Por qué mi fortuna tan pronto perdí?
»Pollino de albarda confieso que fuí.
»¡Qué abrazos, qué besos mi madre me diera,
»Si al fin pesaroso de aquí me volviera.»
Apenas lo dijo, tomó desalado,
Que más era vuelo que listo correr.
»¡Oh patria querida, mi bien deseado!
»De nuevo en las calles me vas hoy á ver.»
En tanto los viejos allí en la cantina,
Por ser de las penas salud peregrina,
Suspiros de ausencia templaban mascando,
Y el codo á menudo también levantando.
Con gusto el mancebo los deja yantar;
Que solo le tira la iglesia matriz,
Y en pos de la cuna y la casa y hogar
Por un senderillo brincaba feliz.
Alegre pensando que no se perdió
Ni cerca ni lejos, al cabo llegó,
Llegó á sus hogares con buena fortuna,
Al dar en la plaza risueña la luna.
Apenas en casa los pies hubo puesto,
Zumbó maliciosa la risa tan recia,
Que no faltó mucho llegase á denuesto;
Mas calla y prudente lo sufre ó desprecia.
«Reposa, Perico, de tanta fatiga,
»Consuele sus penas la triste barriga,
»Y al fuego sentado mordiendo en el pan,
»Relata las cosas de Francia y Milán».
La hogaza se embucha sin ruego segundo:
En esto sus padres ya pisan el tranco,
La vieja levanta gemido profundo:
»¿Por dónde irá ahora? ¿por cumbre ó barranco?
Salió mansamente, la risa en la boca:
«No, madre, no llores; aquí Pedro está.»
Por poco se vuelve de júbilo loca;
Fruncido el anciano le dice «¿aquí ya?»
Por fin el valiente prorrumpe:
«Si el tiempo asomado no hubiera nevoso,
»Y en dos el camino si no se partiera,
»¿Quién sabe á estas horas en dónde estuviera?»

GRÜBEL.

(Se continuará).

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de Paris y que prescriben los medicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tonicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo ademas la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

A las once de la mañana.

Suponte que eres un hombre pobre, como será lo más probable, pues la mayor parte de nosotros somos pobres y nos vemos obligados á trabajar para ganarnos la subsistencia. Suponte que no tienes probabilidades de nada mejor, é imagínate la escena siguiente.

Estás tomando tu modesto desayuno una mañana, y ese desayuno no es ni muy nutritivo ni muy abundante; pero tú le sacas el mejor partido charlando y riendo con tu mujer y tus hijos, cuando de repente se te presenta el cartero con una carta. Es de un abogado, y su membrete va estampado en el sobre; rasgas éste, y entonces lees la carta con los ojos abiertos y temblándote las manos; en la carta te informan de que has heredado una fortuna de un pariente lejano que se halla en país extranjero, hombre á quien nunca habías visto ni del cual habías oído hablar. ¡Qué asombro! ¡Qué noticia tan agradable! Recibes la carta el 18 de Agosto á las siete de la mañana, y ya no te se olvida jamás ese día ni esa hora; jamás, por mucho que vivas, como yo realmente deseo que te suceda.

Pues bien, Manuel García no olvidará nunca la hora de las once de la mañana de cierto día de Marzo de 1893. Era marinero, y se hallaba en los Docks de Cartagena ayudando á descargar el buque á que pertenecía, cuando de repente se vió atacado de frío, acompañado de palpitaciones en el corazón. Al frío sucedió un violento dolor de cabeza; la lengua se le puso tan seca como un jarro vacío puesto al sol. Estaba ya cerca la hora de tomar un tente en pie, y había él estado pensando en ella con gozo, pero ya todo deseo de tomar alimento se le fué como hulle el pájaro á quien asustan. No pudo tomar nada, y sólo el pensar en comer le era ya repulsivo. Hacia la tarde apareció ya la fiebre, sudó un poco, y se sintió ligeramente mejor, pero no bien, y muy lejos de estarlo.

Aquella noche se fué á la cama sin esperanzas de poder descansar, y sus temores se realizaron; después de una modorra inquieta se levantó á la mañana siguiente y se sintió débil, lánguido y abatido.

Al día siguiente, á las once de la mañana, el frío y la fiebre volvieron á aparecer, y al cabo de una hora se hallaba ardiendo de calentura; á ésta siguió el dolor de cabeza. Era horrible, dice; casi le volvía loco. Comprendió que debía ponerle un remedio desde luego y consultó á un médico joven, quien le dijo que debía frotarse el estómago fuertemente con la mano; lo hizo, y, cosa curiosa, obtuvo algún alivio con ello. Pero esto es lo único que se pudo decir. Después de esto, naturalmente, siguió el tomar la quinina, medicamento que en determinados casos es muchas veces eficaz y útil, pero que á la larga es malo, como lo saben cuantos han adquirido la costumbre de tomar quinina. En su caso, Manuel García nos dice que le produjo hinchazón en los piés; pero no fué la quinina, sino algo peor, lo que se la causaba. En un momento voy á decirte lo que era.

En la carta en que él describe todo esto, fechada en Cartagena el 7 de Abril de 1893, dice:

«Catorce días había estado viviendo en tan miserable estado, casi sin comer, y trabajando por la mañana con una completa excitación de nervios, sintiéndome tan débil que á cada momento me sentía desfallecer. A pesar de estar dotado por la naturaleza de una constitución robusta, comprendía que esta se iba destruyendo. Ninguna medicina parecía bastar á hacer desaparecer aquellos ataques de frío y fiebre, cuando, por fin oí hablar del Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y lo probé inducido á ello por haber leído y oído su eficacia en conseguirlo en otras personas, después que todo tratamiento les había sido ineficaz.

»Con gran sorpresa y gozo mío los ataques disminuyeron así en frecuencia como en intensidad, tanto que á los ocho días habían cesado por completo, y recobré fácilmente el apetito, la fuerza, y mi fácil y restaurador sueño. Mis amigos me habían recomendado muchos remedios, pero sólo el Jarabe me fué eficaz. Pueden ustedes recomendarlo, en mi nombre, á todos aquellos que sufran como yo sufrí. Ahora voy á bordo del buque en muy buena salud, y doy á ustedes las gracias por haberme sugerido el remedio que me ha curado.—Firmado, Manuel García.»

La sangre de Manuel García estaba llena de ácido venenoso proveniente de la torpeza del estómago y del hígado—indigestión y dispepsia y en este estado la exposición del calor del sol, probablemente junto con el demasiado ejercicio, produjeron la fiebre periódica, y los pies se le hincharon á causa de la acumulación de agua, dando á conocer la inactividad de los riñones y la hidropesía. El Jarabe de la Madre Seigel expelió el veneno y corrigió la digestión y necesariamente se siguió á este restablecimiento.

Felicitamos á nuestro amigo el marinero; pero ¿se olvidará él nunca de la hora de aquel ataque, ni del remedio que le dió la victoria?

No, hasta tanto que no emprenda el último viaje de la vida.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitaran pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis

Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos.

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, Paris

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FELIPE PINTO
11, Flor Baja, 11:
1893

Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival** y es el **el remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultados. Exigid firma y marca de garantía.*

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España y América

Depósito general: ALMERIA, Farmacia VIVAS PEREZ

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA
DE
VICENTE GARCIA MUSTIELES
(SUCESOR DE PÉREZ)
CALLE MAYOR, NÚM. 50
MADRID

Flecos, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos.
Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecos de maderas en estilo antiguo.
Se sirven los pedidos con toda prontitud.

ALMACEN DE RELOJES
EL MÁS IMPORTANTE DE ESPAÑA
GIROD Y FONTANEZ

En esta casa se encuentra á precios de fábrica desde el reloj más fino de Losada, Patek, Piquet, hasta el popular y seguro reloj Roskopf.
Es casa que merece ser visitada.

POSTAS, 25 Y 27

FÁBRICA DE GUANTES
J. F. IRUMBERRI
Calle de Fuencarral, núm. 7
Guantes, Corbatas, Bisutería, última novedad.—Guantes para señores Obispos, Sacerdotes y Colegiales.—*Encargos á provincias.*

BAZAR MÉDICO J. CLAUSOLLES BARCELONA
SUCURSAL EN MADRID
35, CARRETAS, 35 (frente á Correos)

Fábrica de aparatos ortopédicos, bragueros, fajas ventrales, instrumentos de cirujía, artículos de goma, higiene, etc.
Especialidad en la contención y curación de las hernias, por rebeldes y voluminosas que sean.—Gabinete de consultas abierto de diez á doce y de tres á siete. Los domingos de nueve á una.

Precios fijos baratísimos

CARRETAS, 35 (frente al buzón de Correos), MADRID

ES DIGNA DE SER VISITADA
LA NOTABLE
EXPOSICIÓN DE FLORES, PLANTAS
Y CORONAS
DE
G. KUHN SIETE SALONES PISOS PRINCIPALES CRUZ, 42

Sección 1.ª: Flores para vestir.—2.ª: Ornato de salón.—3.ª: Flor para iglesia.—4.ª: Flor para cementerio.—5.ª: Material para flores.—6.ª: Plumas y azabache para sombreros.
Siempre el PRIMER surtido en plantas de salón.—Ramos de altar y modelos de cristalería, mayólica y mimbre de alta novedad, decorados artísticamente con flores y plantas.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
DE
ZOZAYA, (Editor).
PROVEEDOR DE LA REAL CASA
Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españole y extranjeros.
OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

PAPEL DE ARMENIÁ

El más fino é higiénico de los desinfectantes perfumados para las habitaciones, especialmente en las de los enfermos, *un libro cincuenta céntimos*, las cajas con 12 libros y dos quemadores, 4,50 pesetas, al por mayor más barato —enviamos gratis á quien lo pida, muestras y nota de precios.

THOMAS—Mayor, 30—MADRID

MEDICACION ANALGÉSICA
Solucion
y
Comprimidos
DE
EXALGINA
DE
BLANCARD

JAQUECAS
COREA
REUMATISMOS
DOLORES
NEVRALGICOS,
DENTARIOS,
MUSCULARES,
UTERINOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento
CONTRA EL DOLOR
PARIS, rue Bonaparte, 40